Julio
1915

PACIFICO
MAGAZINE

Precio:
UN PESO

FERROCARRIL DE ANTOFAGASTA A BOLIVIA

Servicio directo semanal
ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

TRENES DE SUBIDA

Antofagasta . . .	Sale . .	8.40 P. M.	Sábado
Uyuni	Llega. .	7.30 P. M.	Domingo
Oruro	" . .	7.40 A. M.	Lunes
La Paz	" . .	4.30 P. M.	Lunes

TRENES DE BAJADA

La Paz	Sale . .	8.00 A. M.	Sábado
Oruro	Llega . .	3.45 P. M.	Sábado
Uyuni	" . .	7.55 A. M.	Domingo
Antofagasta . . .	" . .	Amanece	Lunes

NOTA.—El tren de Antofagasta combina con el vapor rápido del Sur de la Compañía Sud-Americana de Vapores, y el tren de La Paz combina con el vapor rápido de la misma Compañía, procedente del Norte.

Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y del Norte.

El precio de un pasaje de primera clase de Antofagasta a Oruro es de £ 3.8.8½ y de Antofagasta a La Paz de £ 4.14.5.

El boleto de cama por cada noche importa £ 0.12.1 y en un viaje a Oruro o La Paz debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa salitrera (Sección chilena) salen de Antofagasta diariamente, menos los domingos, a las 8 A. M.

Para mayores datos consultar con la Administración General en Antofagasta

Vista de una aldea árabe

PACIFICO MAGAZINE

Que ayer | VOL. V.—Santiago de Chile, julio de 1915.—NUM. 31. | — Que mañana

Las lenguas de los santiaguinos

(Narración del siglo XVII)

Por

J. DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

La pobre ciudad, aplastada doblemente por la pobreza y por el pasado terremoto del cual apenas se reponía, obscura, misteriosa, triste, conventual, velaba aquella noche, la última del año 1670, esperando un acontecimiento que venía a interrumpir la lúgubre monotonía de su existencia.

Don Alonso de Zúñiga, capitán y caballero de buena estirpe, corría por la calle principal a *contar a su mujer*, doña Blanca de Mendoza, la buena nueva. El reloj de la Compañía, *la máquina*, como se le llamaba con respeto supersticioso, iba a marchar por la primera vez y daría la última hora del año en medio del silencio supersticioso de la ciudad. Don Alonso había hablado con los dos *brujos*, los jesuítas alemanes que, en un rincón del convento, habían martillado durante año y medio para ajustar piezas y armar el gran cuadrante que iba a señalar desde la torre sin ayuda de hombre, la hora lenta y perezosa del vecindario.

—¿Dará las campanadas? se preguntaba todo el mundo.

Y don Alonso se iba deteniendo a cada paso para contar que sí las daría y que él mismo había visto marchando la máquina, sin intervención de mano. Por esto llegaba tarde a la cena doméstica y repetía allí nerviosamente el espectáculo del enorme péndulo, que bajaba colgado de la cadena, y apresuraba la marcha del año que moría.

—Que se marche; sí que se marche!— decía el santiaguino como de costumbre, como lo dice hoy día, descontento siempre del tiempo pasado y lleno de esperanzas mal fundadas para el porvenir. Alguien creía que el reloj estaba destinado a hacer andar el tiempo más de prisa; otro aseguraba que lo mediría mejor. Don Alonso rectificaba con aires de sabio y explicaba el simple funcionamiento mecánico de la maquinaria.

En el silencio más profundo, cada cual esperaba la hora. Las mujeres oraban y no faltaban almas timoratas que esperasen un temblor para castigar esta soberbia de los hombres. Se decía que los dominicos, envidiosos del triunfo de los jesuítas, tocarían las campanas de su iglesia antes de la hora para impedir que fuesen escuchadas las del reloj. A los niños se les había dicho que las campanas serían tañidas por el ángel de la guarda. Las religiosas, medio escandalizadas, se proponían taparse los oídos después del primer toque. Y así fué pasando la noche hasta la aproximación del momento supremo.

Un golpe sonoro resonó en la alta torre, y después otro y otro, hasta completar doce que cada cual iba acompañando en voz alta.

Don Alonso escuchaba embelesado, cuando del fondo de la casa vinieron algunos alaridos. Era la mulata Candelaria que daba a luz una hija. Pequeña interrupción sin importancia, a lo menos sin mayor importan-

cía que la aparición de una yegua de trabajo en el establo de un rico hacendado.

—O será una santa o un demonio, vaticinó un viejo criado, "porque quien ha nacido con la campana de las doce, de esta máquina que ha inspirado Dios o el Diablo, está predestinado." Asintieron todos y sin esperar los comentarios pintorescos de la muchedumbre que volvía de la plaza, cansados ya de este enorme esfuerzo, los habitantes ricos se fueron a dormir mientras la mulata agonizaba sobre un saco de paja.

Comenzaba a efectuarse en Chile la transformación de los gobernadores, soldados en gobernadores administrativos. La colonia era tal vez el más pobre de los dominios de España; vendida y agotada por la guerra, por el terremoto, por la viruela endémica, por la larga tramitación de los pleitos, por un pagano y excesivo desarrollo de las fiestas religiosas, no ofrecía campo alguno a los hombres de gran posición de la península, sino a aventureros más modestos que querían ganar méritos renunciando casi a la fortuna, siempre soñada, con buenos y leales servicios a su Rey.

Desde la famosa campana del reloj de los jesuítas, que marcó la venida al mundo en el huerto de la casa de Zúñiga a una mujeque volverá a ocupar unas líneas en esta leyenda, han pasado algunos años que en el siglo XVII no significaban casi nada. Después de Henríquez había llegado, a fines del año 1682, desde Tucumán, donde gobernaba, ascendido al de Santiago, un caballero español, don Marcos José de Garro.

No se extrañó tanto el nuevo gobernador de la pobreza de la aldea, donde lo traía su mérito, sino de la maledicencia del ocioso vecindario santiaguino. A la salida de las iglesias y capillas, en las reuniones de familia, que se suspendían durante todo el invierno, a causa de los pantanos intransitables de las calles y el desborde de las acequias, en las pocas míseras tenduchas, donde las mujeres hacían sus compras; en todas partes, se hablaba del vecino, del pariente, del prójimo, inventándose aquello que no se sabía, exagerándose lo que se sorprendía o atisbaba. No había mujer hermosa que no hubiera sido calumniada ni hombre rico a quien no se acusara de haber robado en el tesoro del Rey o participado en algún comercio ilegítimo. Era ésta la peor viruela,—como dice un cronista de la época—y el símil es preciso, porque aparecían verdaderas manchas en los rostros de acusadores y acusados, a causa de la fiebre con que procedían aquéllos y de cuánto sufrían éstos por la impunidad del chisme venenoso. Eran conocidas algunas mujeres que rodaban el día entero vendiendo, por favores, por comilonas, por un vaso de mistela o por dulces de las monjas, escándalos de alcoba o de tejados que suponían o abultaban y eran aceptados como dogmas de fe. ¿Había una dama de veinte años, soltera o casada, que se vestía con trajes traídos de Lima porque era rica, usaba un poquito de agua para lavarse el cuerpo y afeites de mejor calidad para colorear sus mejillas? Pues, señor, inmediatamente se explicaba la causa de todo este refinamiento: "la fulana peca; si no se conoce el autor, es porque no hay uno sino varios." La prueba era concluyente y la infeliz se mordía al sorprender las miradas del vecindario y oir más de una vez la frase de doble sentido de algún mulato enviado ex-profeso para que la gritase al pasar.

Por esos mismos días, más por la murmuración a la puerta de las iglesias y hasta en el confesionario mismo, que por verdadero desenfreno, el obispo Carrasco amenazaba con prohibir los puntos de Flandes, de la ropa inferior de las mujeres, que asomaban en el borde de los pantalones, un poco más abajo del ruedo del vestido, y la seda de cambrai a la *gente ordinaria* "que sin caudales querían igualarse con las ricas."

La casa de un Baltasar de Cuevas se prestaba a maravillas, para estos comentarios, de los cuales todavía hay ejemplos hoy día a pocos metros del antiguo solar, en el Club de la Unión de esta ciudad. Pequeño corral exterior, grande y sombrío segundo patio, era sitio de reunión hospitalario, después del medio día, para vecinos y vecinas, que tomaban el primer sol de primavera después de pasar entumidos en las húmedas salas durante todo un invierno. Esas reuniones parecerían hoy de convalecientes de un hospital. Envueltos los viejos en sus capas, mal afeitadas las barbas, sucias las manos; metidas en gruesos pañuelos las mujeres, desgreñadas o mal peinadas; fumando, los primeros, pitillos hechos en hojas de maíz, que habían amari-

Pero don Marcos de Garro los tenía clavados en las silletas de palo...

lleado sus dedos de enormes uñas con la nicotina allí depositada durante años; bordando algún tapiz, remendando ornamentos de la iglesia o rasgueando en la guitarra las segundas; estas reuniones eran interrumpidas con bostezos por los que no habían hecho la siesta o con ruidosos estiramientos de los brazos por los que venían levantándose y siempre se hablaba en ellas del prójimo, salvo que hubieran llegado noticias de Lima o hubiera pleitos de frailes, monjas u oidores, en que el prójimo quedaba en lugar secundario; pero no desaparecía.

Tocaba una vez cada dos meses una curiosa escena a la cual, aunque común en esos tiempos, la señora de Cuevas, una rica y presuntuosa heredera de apellido Caravantes, daba caracteres de ostentación: el asoleo de la plata. Cada cual guardaba entonces sus caudales amonedados sobre grandes cueros, y la humedad del cuartucho donde estaba el tesoro manchaba la plata y era común decir que el sol devolvía al noble metal el peso que perdía a la sombra.

Durante toda la mañana doña Berta Caravantes había contado a sus vecinas al salir de misa que era tarea superior a la fuerza de los criados arrastrar hasta el patio los cueros con la plata sellada, y, eso, decía que las onzas de oro estaban dadas a rédito en Lima y debían ser devueltas en la misma forma. Había natural ponderación en el cuento. El mulato y dos indios ocupados en el huerto, bastaron para extender los cuatro cueros en que las mismas manos del señor don Baltasar habían corrido una a una los trocitos de la plata acuñada a golpe de martillo y algunos centenares de monedas españolas. Allí habían quedado los tesoros, resguardados por la vieja criada que había dado su leche a la señora y por el mulato que contaba en voz baja rumores recogidos en la recova en esa misma mañana, mientras la familia hacía su comida de las 12.

Fueron entrando, como de costumbre, los

compadres, vecinos y amigos, entre los cuales no era el menos notable el tesorero de la Santa Cruzada y fray Bartolomé Piñas, cuya enorme nariz no hacía sonreir a nadie, por el prestigio de ciencia, estudio y santidad de que gozaba. Era éste un tema prohibido entre los niños y nadie se habría permitido asustar, al más recalcitrante para dormirse, con el enorme pero venerable apéndice de esa autoridad teológica. Otros caballeros de menor importancia, a juzgar por sus vestimentas y saludos, querían también ser testigos de esta riqueza, una de las pocas que no era objeto de calumniosos comentarios por lo claro de su origen...

—Y ya que de orígenes hablamos—dijo don Bernardo Mercado, el más entendido de fortunas entre los contertulios de Cuevas,—mucho se dice que el señor Gobernador ha traído diecisiete capachos con dinero, producto de su gobierno de Tucumán, que no ha sido tan cristiano...

—No soy de aquellos maldicientes que sin papeles a la vista hablan de las ajenas reputaciones,—replicó Cuevas,—pero en el caso de Su Excelencia, nadie me quitará de aquí (y señaló con un dedo el centro de la calva frente), que ese dinero es mal habido. Ejemplos tenemos en esta misma tierra.

—¿Si los tenemos?—exclamó el padre Piñas, y absorbió una narigada de rapé.

—Bien dicen vuesas mercedes,—interrumpió en ese punto la conocida Visitación Alava,—llamada Visitación porque fué encontrada al pie del Altar de la Visitación de Santa Isabel, en Santo Domingo, y Alava por el apellido del gobernador que la hizo recoger por las monjas del vecindario.—P'en dicen vuesas mercedes, pues ayer no más oí contar en casa de don Bautista Lémus, que nunca deja de decir verdad, que el señor de Garro, a quien Nuestro Señor guarde, tenía sobre sí más de un muerto.

Un rumor de espanto fingido corrió en la concurrencia. Se trataba naturalmente de un muerto, para robarle la hacienda, porque de ajusticiados por el Rey o de asesinados por venganza o riñas, no se hablaba entonces, y no pesaban sobre conciencia alguna.

—Y habrá que tener paciencia, exclamó suspirando el comerciante Orozco, porque viene de gobierno pobre y si allí ha sabido cosechar, pronto veremos cómo los diecisiete baúles se convierten en cuarenta.

—¡Diecisiete! ¡Diecisiete!—coreaban los que escuchaban tan edificante conversación.

Para que en esos tiempos corriera en toda la ciudad un chisme se necesitaba solamente el espacio de dos horas, que era lo que había calculado un tendero español de la Plaza, aficionado a números y víctima de la maledicencia santiaguina.

—Dos horas,—decía,—lo necesario para que Visitación Alava corra desde su casa hasta la capilla de la Soledad, pasando por lo de Cuevas, lo de Bravo y las Claris...

En un momento ardía la palabra lanzada por la mensajera de la calumnia, como chispa en un pajar. Nadie dejaba por supuesto de añadirle flecos a la narración y de decir "me consta" y por "Dios que no me dejará mentir" y por "mi santa madre a quien D'os tenga en su santa gloria", que todo esto servía para engrosar y apoyar y hacer a veces indestructible el primer rumor que luego arraigaba en tierra en el corazón del pueblo y formaba parte de la tradición.

No es, pues de extrañar que al día siguiente el gobernador supiera con detalles que en casa de don Baltasar de Cuevas se había hablado de los diecisiete baúles y de sus robos y muertos, que toda la ciudad comentaba los más imaginarios incidentes de su vida y que ya estaba lanzada la sospecha de que, por haber puesto mano en persona consagrada, había sido excomulgado. El nuevo capitán general, que era caballeroso y noble, había observado que esta ciudad tan risueña al parecer, estaba enferma de mentiras, que su única vida era el chisme y el enredo, que en el fondo nadie se quería bien y cada cual desconfiaba de su amigo o deudo; en fin, que bajo los tejares húmedos y los álamos en punta salía un nido de alacranes.

Resolvió llamar a dos caballeros que la fama señalaba como los más soberbios, hinchados y honestos de Santiago. Llegaron ambos vestidos de gala, saludaron con rendimiento cortesano, excusáronse por no haber presentado antes sus homenajes al enviado de Su Majestad, le hablaron de las virtudes de los habitantes de Santiago, que eran ciertamente los mejores de la tierra de la dulzura del clima como no podía haber otro, de las fiestas y devociones que estaban en proyecto y de mil cosas galanas y seductoras. Pero el Gobernador los miraba

Se había detenido ante la vieja imágen de la virgen...

con faz adusta, no sonreía, sus penetrantes ojos buscaban los de sus interlocutores, que giraban fugitivos para mirar ora las vigas del cuarto desnudo, ora la reja de madera de la ventana, ora el piso formado de lastras de piedra pulida, sacadas del vecino San Cristóbal. Uno de ellos, creyendo notar en el Gobernador cierta curiosidad por las cosas de la iglesia, arrebató la palabra a su compañero para decirle que era una lástima que Su Excelencia no hubiera llegado antes de Semana Santa, porque habría visto la curiosa y ejemplar procesión sacada por los padres domínicos, en que la multitud, imitando a los judíos con verdad pasmosa, corría una anda de Jesús Nazareno a palos y pedradas, haciendo lujo de puntería extraordinaria. Esta noticia había hecho sonreir a otro Gobernador en situación análoga; pero Garro no hizo el menor movimiento de aprobación.

A medida que pasaba el tiempo, los señores santiaguinos gastaban una labia más fácil y pedantesca, buscaban en el pasado gratos recuerdos para un enviado del Rey, contaban anécdotas de la guerra, volvían a mencionar los horrores del terremoto, por fin caían de nuevo en la viruela, tema de obligadas conversaciones durante dos siglos. Pero don Marcos de Garro los tenía clavados, en las silletas de palo en que se habían sentado, con la fulminante mirada de sus ojos. Por fin, interrumpió este largo silencio para decirles con voz airada:

—Caballeros, ¿de qué color tenéis vuestros ojos? Hace una hora que os escucho y no me habéis dado la mirada. Hace una hora que me contáis sucesos que conozco y que son objeto de vuestras conversaciones; pero no me habéis dicho que los vecinos hablan de mi fortuna y dicen que ha sido mal habida...

—Vuestra Merced nos trata con rigor — balbuceó uno levantando la cabeza.—En realidad hemos oído miserables rumores que han sido por nosotros sofocados.

—Sois vecinos nobles de esta ciudad y os he llamado por esto. Pues bien, cuando un caballero falta a la verdad, pierde la estimación que su nobleza merece. Si escuchásteis esos rumores, ¿cómo los habéis sofocado? Como a injuria que no os importaba seguramente, ya que no habéis acudido a pedirme noticias que hubiesen destruído la calumnia. Yo voy a defenderme ahora, no como delante de hombres a quienes bastan razones y nobleza, sino como delante del insensato o privado de inteligencia que quiere palpar con sus manos las cosas ajenas para creer en ellas. Habéis faltado a la obligación que tienen los servidores del Rey de rendir acatamiento y respeto a su representante, habéis faltado a la conveniencia de que los hombres de una misma estirpe se defiendan unidos contra la maldad de los miserables, que no tienen nombre ni dignidad que perder. Tendréis pronto noticias de los caudales del Gobernador.

Los caballeros oían todo esto con la vista baja y al terminar Garro, juraron no haber tomado parte en tales intrigas y ocuparse en destruirlas. Salieron con muchas venias y cortesías, mientras el Gobernador les clavaba imperturbable la vista, para descubrir cuánta falsía se había acumulado, por la vida de pobrezas y de sufrimientos en hombres tan principales.

Al salir, don Ruy Vega dijo a su compañero más anciano, don Pedro Candia:

—Cara de ladrón tiene el Gobernador.

—Sí que la tiene, ya que le ha escocido tanto lo que dicen.

—Por nuestra parte, nada diremos de esta visita.

—Como Vuesa Merced, creo que no hay que mentarla, como no sea para decir que nos ofreció su amistad.

—Cara de ladrón tiene, volvió a repetir en voz baja don Ruy.

Al día siguiente, al amanecer, don Pedro Candia se encontró con su compañero a la salida de la iglesia, y le dijo:

—¿Qué ha querido decir el ladrón del Gobernador cuando nos habló de que pronto tendríamos noticias de sus caudales?

Don Ruy se encogió de hombros.

En medio del infiernillo de la aldea de Santiago, había un rincón sereno: la casa de don Alonso de Zúñiga. En su gran huerto interior se gozaba de paz completa. Florecían allí malvas y verbenas, azucenas y madreselvas, como en ningún otro jardín de ese tiempo. La bella doña Blanca de Mendoza había encanecido, ya que desde la noche en que el reloj de los jesuítas dió su primera campanada, (así se medía el tiempo algunos años después de este aconteci-

Delante, marchaba erguido; con la vara de la autoridad...

miento), habían pasado trece larguísimos. Desde el sillón donde bordaba, eternamente preocupada de su hijo que acababa de tornar de España hecho ya un soldado, dirigía las faenas del jardín. Había querido preparar la casa para recibir dignamente a este único retoño de sus románticos amores con Zúñiga, uno de los más aguerridos capitanes de la guerra de Arauco.

Una tarde del pasado otoño doña Blanca miraba embelesada sus flores, cuando surgió delante de ella a pocos pasos aquella hija de la mulata que había nacido durante el toque de Año Nuevo, el año 70. Habituada a mirarla, no la había *visto* nunca; por primera vez notó que la niña era ya una mujer, y además la más extraña belleza conocida. Puso lentamente la mano sobre el brazo de don Alonso, que leía un gran libro manuscrito para recordar sus cuentas, y le dijo en voz baja:

—¿La habíais admirado, don Alonso? Es demasiado hermosa para que quede aquí y nuestro hijo la encuentre.

—El viejo sonrió amablemente, y juzgó, por su sangre, muy razonable el cuidado materno. Poco después se convino en que Candelaria recibiría algunos reales e iría a buscar trabajo con la niña en otra parte. Así se arrojaba en esos tiempos al más viejo servidor, cuando convenía. Ni éste protestaba ni nadie derramaba una lágrima de gratitud. Solamente las nodrizas, *"la mama"* gozaba del privilegio de morir en la casa donde había amamantado al señor o señora.

Pero, en realidad, si la pobre pareja había sido lanzada al mundo con escasos recursos, sus patrones le hacían señalado servicio en no venderla a otros, pues la Candelaria era esclava, como lo fué su marido, Agustín Isborán, traído de Lima y pagado a altísimo precio. En medio de su ignorancia, la mulata comprendió la mezcla de generosidad y de indiferencia que merecía a doña Blanca y caminaba bendiciéndola, mientras salía atontada como una pobre oveja con su cría.

Era inútil precaución de madre, y lo era en todo sentido: don Pelayo de Zúñiga y Mendoza, traía la reputación del más perfecto caballero y del más casto soldado. Además, junto con llegar a Santiago, había visto en la recova a la vieja Candelaria, que lo llamó por su nombre, y admiró la belleza de la niña.

El recién venido, sacado muy niño de la vida aldeana y llevado a Madrid por un tío, religioso franciscano, acababa de tener un curioso incidente que le había revelado al horror de la existencia colonial como no fuera combatiendo en tierra de indios. Había descubierto, entre todo ese numeroso vecindario, un solo amigo, y, por raro contraste, se trataba de un religioso de la Recoleta Franciscana, de un antiguo minero de Potosí, llamado Fray Pedro Bardesi. Hombre de cuarenta y cinco años, culto, de afables maneras, filósofo práctico de la vida, conocía diversos puntos de la América española, y había tratado a los colonizadores más célebres de Méjico, de Venezuela y del Perú. Muy pronto el joven soldado y el religioso trabaron amistad sincera. Aquél era un fervoroso creyente y éste un valeroso propagandista. Habían conversado juntos de los supuestos milagros y apariciones de una monjita de la Victoria, que había profesado hacía poco, a los quince años de edad. Se trataba de la visionaria Ursula Suárez, a quien todo Santiago daba el título de santa y suponía el don de profecía, la adivinación de los que habían ganado la salvación de su alma y otros conocimientos muy útiles para esa fecha. Ni el soldado ni el religioso creían en esas visiones; pero se guardaban muy bien de darlo a entender a nadie, pues entonces, como hasta nuestros días, se perdonaba todo menos la incredulidad ante las apariciones, milagros, vaticinios terribles y demás cuentos de portería de convento. Desde entonces los dos amigos se confiaron muchas veces sus reflexiones sobre la abundancia de ostentación religiosa de la sociedad criolla y la escasez de sentimientos profundos de sinceridad, lealtad y rectitud de las gentes.

Una noche, en que don Pelayo volvía de cenar en compañía de Bardesi, creyó divisar en la sombra, al atravesar una calle obscura, la silueta de una mujer encubierta. Este fenómeno,—recordando bien,—se había repetido antes; pero el capitán tal vez ignoraba que a esas horas mujer embozada ocultaba a un asesino o un espía, y así no le dió mayor importancia.

Al día siguiente oyó don Pelayo susurrar su nombre en todas partes y notó que su sola presencia provocaba sonrisas maliciosas de las mujeres jóvenes y escrutadoras y severas miradas de las viejas. Supo enton-

ces por un compañero de armas,—el capitán Reinoso,—la causa de esta curiosidad. Visitación Alava lo perseguía para conocer la causa de sus frecuentes excursiones de noche. Colocada cerca de la puerta de la Recoleta, había escuchado claramente que el soldado decía a Bardesi:

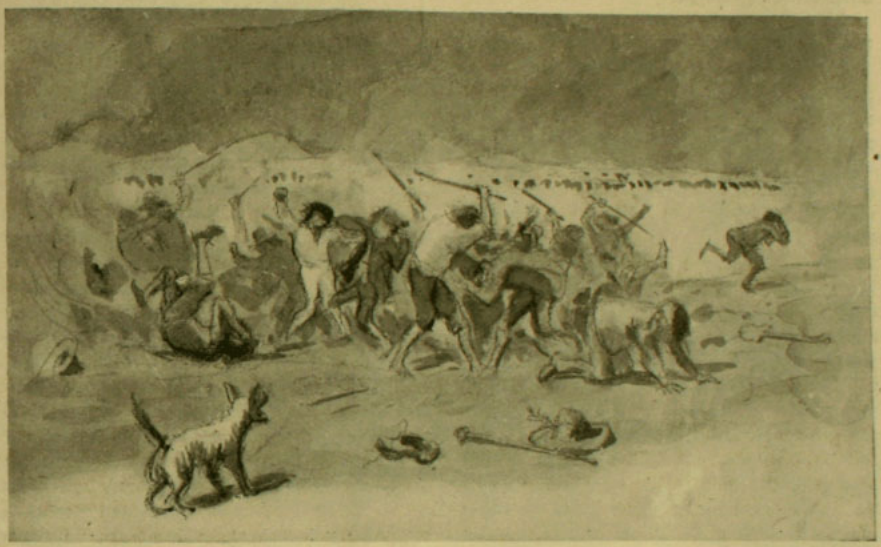
—"Voy ahora a hacer una rápida visita a mi único amor."

Visitación corrió a apostarse en una esquina no sin haber antes avisado a dos o tres viejos que la secundaban en este terrible espionaje nocturno. Todos siguieron al capitán, reteniendo el aliento y ocultándose en los huecos de las puertas, tras de las pilastras, en las calles atravesadas. Por fin, vieron que Zúñiga se detenía en una esquina cerca de una ventana. Visitación oprimió con alegría salvaje el brazo de uno de los viejos y susurró a sus oídos:

—"Será el escándalo del año; don Pelayo el casto viene a rondar el cuarto redondo de la mulata que fué la criada de su madre."

Pero, en realidad, el capitán se había detenido ante la vieja imagen de la virgen que estaba en el muro de la casa de Orozco, ante cuya estatua de madera vestida ardía una linterna de hierro forjado. Allí rezaba una corta oración cada noche,—no por devoción de piedad sino por antigua costumbre,—y seguía su camino. Los espías se creyeron descubiertos porque atribuyeron a ardid la devoción del soldado y contaron toda la escena, acusando a Zúñiga de una ruin seducción de calle atravesada, y además de una hipocresía sacrílega con la imagen venerada.

Don Pelayo escuchó toda esta historia y supo con tristeza que la antigua vieja criada de su madre había muerto y que su hija ejecutaba trabajos en la recova y era objeto de las solicitaciones de algunos bajos tenorios de esa fecha, que escandalizaban realmente al vecindario con su vida y sus incidentes de salta-murallas.



Nunca los chismosos y espías de la ciudad recibieron paliza más merecida...

Esta breve aventura que habría dejado en alma mejor templada, una profunda decepción, pasó casi sin desflorar su espíritu, porque en esos días ocurrieron sucesos importantes para el vecindario de chismosos de Santiago. El Gobernador Garro cumplía la promesa de hacer palpar sus caudales, como lo había dicho a los señores de Candia y de Ruy Vega.

Tal vez nunca han sufrido los santiaguinos maldicientes un castigo más ejemplar que el propinado por don Marcos José de Garro.

Era la mañana esplendorosa de un domingo de septiembre. Sobre los tapiales barrosos, todavía coronados por el musgo, las manzanillas y las florecillas amarillas del "yuyo" asomaban las ramas florecidas de los duraznos y almendros y colgaban las de los sauces. Volvían de la misa de nueve los fieles, cuando lejano ruido de tambores y las carreras de los indiecitos descalzos, indicaron la proximidad de tropa o procesión que no estaba apuntada entre los escasos acontecimientos de la ciudad.

Desde la Plaza partía un extraño cortejo. Delante, marchaba, erguido, con la vara de la autoridad, un corregidor eminente, delegado especialmente para la circunstancia, patrulla de veinte arcabuceros rodeaba una parihuelas sobre la cual se ostentaba un pequeño cofre de cuero de Córdoba, lleno de sacos. Más atrás se desarrollaba una fila de mestizos e indios, atraídos por la curiosidad. Frente a la puerta de la Catedral, el regidor levantó la vara y se detuvo la procesión. Entonces, con voz estentórea, declaró en nombre del Gobernador que ese cofre contenía toda su fortuna en dinero, consistente en veinticinco mil pesos, fuera de sus trajes y sus armas y su caballo, que también le pertenecían. Esa fortuna había sido hecha con su propio trabajo, parte con economía de salarios y parte dada a rédito en su pasado gobierno, además de una corta herencia de un hermano a quien había sucedido en sus haberes y derechos, consistentes en cuatro mil pesos. El Gobernador declaraba no tener ni en España ni en el Perú, en Tucumán ni en otro punto alguno del orbe, dinero alguno que le perteneciese, juraba no haber traído a Chile otro cofre con monedas que el que mostraban en andas los cargadores, y desmentía solemnemente a los caballeros de la ciudad, que naturalmente inclinados a pensar mal por largo hábito, habían contado como cosa que les constaba, fábulas calumniosas sobre su vida y sus negocios. Luego el regidor desafiaba a cuantos le escuchaban a que como buenos y leales hombres respondiesen si tenían objeción alguna que hacer a las aseveraciones del señor Gobernador. Cuatro oficiales sacaban las bolsas y las contaban. Y la procesión continuaba inmediatamente.

Los calumniadores, apenas se dieron cuenta del significado del cortejo, se apresuraron a ocultarse en el fondo de sus casas; pero hasta allí les llegaba, primero por frente de la casa, media hora más tarde por el fondo, y en seguida por la calle del costado, los clamores del vocero, los redobles del tambor, el ruido de la marcha pesada de los arcabuceros y el rumor de sandalias y pies desnudos de la indiada.

Todo ese día, del norte a sur, de oriente a poniente, frente a las iglesias y conventos y de algunos vecinos principales, el cofre del Gobernador se detenía, el heraldo contaba los negocios hechos y sumaba implacablemente las cantidades, los oficiales abrían las bolsas y se desafiaba al vecindario a la contradicción.

Don Pelayo seguía con otros caballeros, sin ocultar su agrado por el ejemplar desmentido, el cortejo de los caudales del Gobernador, cuando su fiel amigo que le había impuesto de los chismes de Visitación Alava, le mostró a la distancia la figura de la niña Isborán, alta, erguida, de enormes y sombríos ojos negros, de turgente pecho, andrajosamente vestida, que tenía a su lado a un hombre mal mirado en esos años, y que purgó después con destierro a Quillota la liviandad de su vida y el mal ejemplo dado a la ciudad. Pelayo le pidió a su amigo que por interés hacia la pobre perseguida, se acercara a escuchar qué cosas le hablaba el viejo Lugo. Esa noche supo toda la historia: el avaro había cedido a la muchacha un cuarto miserable en su propiedad vecina a la recova y le cobraba ahora a su inquilina la suma de cuatro pesos que le adeudaba y no podía pagarle. Estaba claramente establecido el miserable intento. Amenazada la infeliz con la vagancia por las calles, tal vez con el hambre y la venganza, cedería como habían cedido sus antecesoras en el mismo miserable rincón de ignominia.

Zúñiga fué esa noche a la Recoleta donde su amigo y le contó las últimas incidencias. Una delicadeza que no conocían los hombres de guerra y de lucha de esa época advertía al joven el peligro que se colocaba él mismo y en que colocaba a la antigua criada de su casa, si se acercaba personalmente a auxiliarla. Le parecía hasta injuriosa una limosna dada a esa belleza, condenada a sucumbir tristemente en las sombras de la calle atravesada.

Fray Bardesi escuchó con su bondad inagotable la relación, y comprendió su deber que se encuadraba bien en sus obras de ca-

De fray Bardesi corrieron hechos maravillosos...

ridad silenciosamente, hechas en todas partes, y procuró verse con la Isborán, para lo cual le envió recado con una de las vecinas del convento.

Luego tenía a una de sus sirvientas en constante vigilancia de la antigua esclava. No daba ésta un paso sin ser seguida. Temía el avaro, con razón, que, en medio de su inmenso desamparo, la niña recordara a sus antiguos patrones y les pidiera el auxilio de que dependía en esos momentos su salvación. Así supo que fray Bardesi deseaba venir a su habitación al caer la tarde. La vecina lo había contado al indio que montaba la guardia en la esquina, con buena intención, para que cuando reconociese al religioso fuera su guía hasta la puertecilla

de la Isborán, que vivía allí en compañía de otra pobre mujer.

El indio dió cuenta a su patrón, y éste convocó en el acto a la Alava y a diez o doce de sus tertulios. Creían haber descubierto toda la trama. Recordaba Visitación, en medio de una infernal habladuría, cómo en aquella noche, en que atisbaba a don Pelayo, le había dicho éste al fraile: "Voy donde mi único amor." y como, sorprendido más tarde o temeroso de que lo siguieran, se había detenido a los pies de la vieja imagen para despistar. Ahora iban a caer en la celada todos, el amante y el protector de la maldad. Correría a contarlo hipócritamente a la misma doña Blanca de Mendoza y a medio vecindario.

Se reunieron, pues, en casa de Lugo como veinticinco a treinta personas, entre señores y criados, toda la flor y nata de la calumnia y de la intriga de la ciudad.

Cayó la noche, se extinguieron una a una las campanitas que tocaban al *Angelus*, resonó a lo lejos el clarín de la Plaza, dando el toque de queda y todo se durmió en esa sombra tenebrosa, peculiar de la ciudad en sus viejos tiempos coloniales.

Don Pelayo creyó conveniente reunirse a fray Bardesi para acompañarlo hasta la vecindad. Pasaron ambos a buscar al joven Reinoso, que estaba al tanto del proyecto, y avanzaron cautelosamente para no caer en los abismos ni toparse con los bruscos salientes de los edificios, estribos y puntales que habían quedado afianzando murallas desde el último terremoto.

Como a distancia de sesenta pasos de la esquina, se detuvieron los acompañantes y el fraile siguió lentamente avanzando las manos. Habían pasado algunos momentos, cuando Reinoso hizo guardar silencio a don Pelayo. Rumor de pasos cercanos revelaban un grupo de personas que salían de casa de Lugo.

—"Esta es una celada que te tenían preparada", exclamó el joven, y ambos llevaron la mano a sus espadas y avanzaron de prisa. Entonces llegaron claramente a sus oídos gritos de la Isborán, la voz aguda del viejo y la varonil de Bardesi, en una disputa violentísima.

La llegada de los soldados infundió inmediato temor. Reinoso, empujado por Zúñiga, tomó a la defensa del religioso. Lo acusaban de haber llegado en las sombras a ofrecer dinero a una mujer de mala vida. La Visitación levantaba la voz para decir que lo había visto; Lugo declaraba que aunque él se beneficiaría porque la mulata le debía dinero, encontraba escandalosa para la religión y para la orden de la Recoleta un acto tan vergonzoso, ofrecía guardar secreto siempre que se marcharan todos y no alborotaran más al vecindario. Pero habían salido a todo esto varios hombres ocupados en la recova que preparaban a esa hora las cuelgas de carne para el día siguiente y que conocían como buena mujer a la niña. Así lo dijeron, mientras Reinoso comenzó a contar en voz alta lo que había visto el día de la procesión de los dineros del Gobernador y cómo el dinero que traía el fraile era suyo y venía a salvar a la mujer del apremio malvado del avaro. Visitación vió que las cosas tomaban mal camino para Lugo y dijo pronto que le constaba su culpable deseo. Gritaron unos y otros, y Reinoso dió el *ejemplo lanzándose* sobre los amigos del viejo y sacudiéndoles golpes y cintarazos sin piedad alguna. Los de la recova lo imitaron y nunca los chismosos y espías de la ciudad recibieron paliza *más merecida*.

Las lenguas santiaguinas tenían mucho que hablar; pero se habían paralizado.

La paliza dada a Lugo, a Visitación Alava y a los más señalados calumniadores de la ciudad, creció en la imaginación del vecindario, tomó caracteres de pública justicia y todos creyeron ver la mano oculta de la autoridad resuelta a castigar la maledicencia que nadie desconocía y cuyos horribles efectos los mismos maldicientes lamentaban. Durante un tiempo, cuando alguien quería hablar del prójimo, los más tímidos extendían la mano diciendo:

—"En mi casa no se habla de nadie; ya hemos sido bien castigados con la procesión del baúl del Gobernador y con las calumnias hechas al siervo de Dios Bardesi."

Por otra parte, los ecos de estos incidentes se extinguieron en forma romántica. Candelaria Isborán fué a pedir asilo al convento de las Agustinas, y por primera vez las damas santiaguinas reconocieron públicamente la belleza de una esclava y rindieron homenaje a su virtud. El viejo Lugo fué aprehendido por el denuncio de Reinoso y

enviado a Quillota en destierro para purgar sus faltas, que eran muchas, según apareció en el proceso levantado a indicación del obispo. De fray Bardesi corrieron hechos maravillosos, entre otros, el de haber adivinado que un caballero llevaba, en su tabaquera, rapé envenenado para dar muerte a un rival, con lo cual evitó la consumación del crimen.

Comenzaba una franca reacción en "la aldea de los chismes". Y, como por hábito exageramos en el mal y en el bien, muy pronto declararon santos a los protagonistas de esta narración. El siervo de Dios Bardesi tal vez merecía el dictado; pero no sabemos si ocurría lo mismo con el Gobernador, que ha pasado a la historia con el nombre del *Santo* Garro.

De don Pelayo nada se dijo, porque murió en duelo en Lima, al pie de la ventana de una dama.

Y aquí tienes, lector amigo, cómo este pueblo, donde un viejo proverbio aconseja no creer sino la mitad en materia de dineros y bondades y deja ilimitado campo para creer en vicios, robos y rumores sobre el prójimo, tuvo desde el siglo XVII justa fama de maldiciente y chismoso.

EL HECHICERO

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

Hace ochenta años, el ameno valle de Maquegua, dividido hoy por lo menos en una docena de heredades, constituía una sola hacienda, agreste, selvática, casi desierta; lo que entonces se llamaba una estancia de costa.

Desde el portezuelo de los Corcolones, por el cual penetraba al valle el camino que conducía al pequeño pueblo parroquial de Santa Rosa de Itahue, el viajero podía abarcar con una mirada el conjunto de aquel vasto y pintoresco dominio. Cerrábanlo, por el lado del Oriente, las obscuras y redondeadas cimas de la Cordillera de la Costa, en cuyas boscosas quebradas tomaba su origen el claro esterito de Maquegua. A las orillas de aquel arroyuelo, las tierras de cultivo del fundo se extendían por un espacio de tres leguas, con caprichosa irregularidad y avaramente regadas por toscas acequias tan antiguas, se decía, como la conquista incásica. Al Norte y al Sur limitaban el horizonte, sendas cadenas de colinas de mediana elevación, cubiertas también en su mayor parte de tupido monte y que descendían suavemente en dirección al mar. Por último, hacia el poniente, el estero, después de atravesar el estrecho y tortuoso vallecito, se perdía en las hondas sinuosidades de una garganta abrupta y pedregosa.

Era así la hacienda de Maquegua, como un país aparte, aislado del resto del mundo y perdido en las soledades perfumadas de nuestra región costina. Y sin embargo, aquel oasis de tierras de cultivo, que rodeaban por todas partes agrias serranías y enmarañadas selvas, distaba sólo unas veinticinco leguas de Santiago, la ya orgullosa capital de la entonces naciente República de Chile.

El camino de que hemos hablado, después de serpentear por las faldas de una quebrada cubierta de tupidas plantas montaraces, alcanzaba las orillas del estero. En aquel punto sobre un ribazo árido y amarillento en el estío, se alzaban las antiquísimas casas del fundo. Aquella especie de meseta, carecía de aguas de riego. Las paredes que rodeaban el vasto edificio surgían del páramo, blancas y severas. Ni un árbol, ni una flor, contribuían a amenizar esa residencia majestuosa en su sencilla rudeza. Sólo un poco más abajo, al borde mismo del riachuelo, algunas manchas de obscuro verde, soñaban el obscuro y descuidado huerto que plantara, allá en las medianías del siglo XVIII, el abuelo del actual propietario del dominio.

El aspecto de las casas era más bien el de una fortaleza o convento, que el de una residencia patricia. La sequedad del alma castellana, tan poco accesible a las bellezas de la naturaleza como a los agrados del arte, había presidido sin duda a la construcción de aquel vetusto edificio. El ancho portalón de entrada, se abría sobre un enorme patio, desnudo, polvoriento, flanqueado a derecha e izquierda por construcciones semi-ruinosas, de paredes de adobes sin revocar. Eran los graneros, los almacenes y las cuadras del fundo. Diformes tinajones de greda; una piedra de molino de añeja fecha e inservible ya; yugos fuera de uso; anchos correones de cuero sin curtir; un birlocho desvencijado cubierto de polvo y telarañas, y mil otros objetos análogos, todos sucios, abandonados y semi-destruídos, constituían el único adorno de ese patio señorial...

Una figura extraña acababa de franquear el ancho portalón...

Frente por frente al portalón, un comedor ancho, y empedrado de deshechos ladrillos rojos y sin más cielo que las toscas vigas sin labrar que sostenían la techumbre, anunciaba la residencia de la familia, compuesta de vastas salas escasamente alumbradas al través de puertas y ventanas muy bajas, abiertas a guisa de troneras en el anchísimo

espesor de las murallas de adobe. El mobiliario, muy viejo, roído por la polilla y por los años, mostraba con cierto aire de grandeza, haber adornado en otro tiempo a más lujosa residencia, probablemente a la casa patricia que el señor de aquellas tierras poseía en la capital.

Tras del largo cañón de piezas, residencia de la familia, se abría otro patio, mucho más risueño y ameno que el primero. Un parrón, bajo y tosco, pero cubierto de exuberantes vides; un jardín en que las plantas útiles y las de adorno, creían en pintoresca confusión al lado de la maleza; media docena de naranjos perfumados; el conjunto todo entero, anunciaba, a pesar de su rusticidad y abandono, el cuidado cariñoso de una mano, probablemente femenina.

Caía la tarde de un día cálido y ebrio de luz, como suelen serlo en Chile los de las canículas. La naturaleza dormía la siesta. Ni el menor soplo de viento agitaba el bosque. Sobre un fondo de azul profundo, corrían algunas nubes en forma de capas de algodón, deslumbrantes de blancura... sólo se escuchaba el monótono chirrear de las cigarras...

Don Cosme de Azagra, el soberbio propietario de Maquegua, acababa de descender de su caballo, después de jirar su acostumbrada visita por las eras, y se disponía a entregarse, sentado cómodamente en un roído sillón de baqueta, el plácido descanso de las últimas horas del día.

Era casi un anciano, pero ágil y robusto todavía. Sus facciones correctas, de perfiles agudos, profundamente acentuados, impregnados de calma soberbia, anunciaban al gran señor habituado al mando. Toda la vida de aquel hombre parecía encerrarse en sus ojos verdes de mirar a la vez altivo y melancólico, su pasado en los hondos surcos que dejaran en su rostro pálido y distinguido, las luchas azarosas del mundo.

Cierto pensamiento desolador, trabajaba sin duda en aquel cerebro endurecido por una jornada áspera y ya larga... ¿Era el pasado o el porvenir el objeto de su meditación?

Los Azagra fueron siempre hombres de una sola pieza. En el mismo molde se vaciaron todos: altaneros, soberbiamente tranquilos, sin dudas ni vacilaciones acerca de lo que debían pensar o hacer. Muy pocas complicaciones en la cabeza; líneas rectas y definidas en todo. Un Azagra en Santiago, en París o en Pekín, siempre había sido un Azagra. El medio ambiente, nada podía sobre ellos... Creían ser ellos mismos su medio, su universo, el aire que respiraban.

El bisabuelo de don Cosme, se llamaba don Diego y fué el primero que vino a Chile, allá en las alboradas del siglo XVIII. Logró hacerse de una fortuna y de una nobleza. Los genealogistas supieron decir de sus abolengos cuanto él quizo que dijeran. Lo hacían descender de los antiguos reyes de León... Aquello era vago, infantil, mal hilvanado, pero tales pretensiones venían apoyadas con tantas y tan relucientes onzas, que a nadie en Chile se le ocurrió ponerlas en duda.

Cruces de Santiago y de Calatrava primero, y más tarde un flamante título de Castilla, vinieron a consagrar la prosapia de los Azagra. Don Cosme era todo un señor marqués cuando sobrevino la revolución de la Independencia. Pero la gran tormenta no logró variar en un ápice ni sus costumbres, ni su modo de entender la vida, ni un músculo de su rostro... Las gentes y los acontecimientos se revolvían a su alrededor como las olas del mar en torno de una roca inmutable. No fué precisamente godo: había creído descender de su solio al profesar una opinión, al enrolarse en un partido... Su orgullo era tan grande, que había sabido formarse un mundo para su propio uso, y apenas advirtió que todo cambiaba y se desmoronaba a su alrededor. Sucediera lo que sucediera, don Cosme de Azagra sería siempre don Cosme de Azagra... Lo demás le parecía insignificante e indigno de preocupar su atención.

Detestaba sobre todas las cosas, la idea de singularizarse en algo. Para los hombres de su rango, la vida debía deslizarse por un camino trazado de antemano. Así, en las intimidades, por lo menos, sus actos fueron siempre los de los caballeros de su condición. Asistió al Cabildo abierto el 18 de septiembre de 1810, con igual naturalidad que si se hubiera tratado de un Sarao en casa del Excelentísimo señor Presidente del Reino, pero en las agitaciones de los años siguientes, adoptó la actitud pasiva y reservada de la mayoría de los magnates de la época. Vino la reconquista y don Cosme halló tan natural el presentar sus respetos al general Osorio y a Marcó del Pont, como si nada de extraordinario hubiera ocurrido.

Tronó el cañón de Chacabuco: los godos emigraron y don Cosme con ellos. Por vez

primera los acontecimientos habían sido más fuertes que su voluntad inflexible. Fué como el despertar de un sueño. El opulento patricio hubo de correr los campos envuelto en la espantada vorágine de los fugitivos, náufrago como tantos otros de un pasado que caía para no volver a levantarse.

Entonces se produjo la gran catástrofe de su vida... Trece largos y turbulentos años, llenos de cambios y de sorpresas, habían pasado sobre su recuerdo punzante y doloroso... Un mundo entero se había dislocado desde sus cimientos, pero para don Cosme de Azagra sólo había una tragedia que le conmoviera todavía... La de esa noche memorable de febrero de 1817, en que conoció el dolor que ya no debía jamás abandonarle . el dolor que bañaba de lágrimas sus ojos la tarde de verano de 1830, en que lo encontramos sentado en el corredor de las casas de su fundo de Maquegua.

II

Una voz clara y cristalina sacó al anciano de su melancólico arrobamiento.

—No se duerma, taitita, que ño Vásquez acaba de llegar con la valija de Santiago.

Estas sencillas palabras fueron pronunciadas por una hechicera criatura de dieciocho años, fresca como un capullo de rosa, sonriente como una mañana de primavera, de mirada profunda y cariñosa, como un sueño de amor.

Don Cosme se incorporó en su sillón, y alargó el brazo hacia el paquete de correspondencia que le presentaba la niña.

—Papeles públicos, gruñó, apartando desdeñosamente algunos ejemplares de los periódicos de la época. Allá se las entiendan pipiolos y pelucones... Mucha tinta y mucha sangre derramada, pero el mundo continúa rodando..

¿Qué es esto?... ¡Una carta del subdelegado! Veamos para qué me quiere ese pelagrano...

Apenas hubo recorrido, el viejo, algunas líneas de la epístola aludida, su rostro se animó en sarcástica cólera...

—¡Se acabó el respeto! dijo... ¿Qué tiene que hacer esa gente en mi casa?

Era de oirse la entonación con que don Cosme decía "mi casa".

—¿Pero, ¿qué le sucede, taitita? preguntó la niña entre afligida y temerosa.

—Ahí es nada... El subdelegado me anuncia que debo alojar esta noche un piquete de húsares... Lo demás es lo de todos los días: montoneras, incendios y revueltas...

—¿Hasta cuándo se cansarán esos hom

Aquí estoy padre, exclamó una voz...

bres de matarse? Me parece que sería tan fácil el quererse todos.

Don Cosme se encogió de hombros. La fraternidad humana lo tenía sin cuidado, y no concebía que los partidos en lucha vinieran a dilucidar sus querellas a *su casa*... ¡No faltaba más!...

—Dice mi tía Elvira, continuó la niña, que debemos pedir a Dios por el triunfo de los pelucones...

¡Su hija hablando de política...! Esta idea perturbó más a don Cosme que si se hubiera trastornado todo el sistema planetario.

—¡Cállate, Isabel y no seas bachillera! exclamó... Vete a tus quehaceres y cuando reces, hazlo como tu madre y tu abuela y tu bisabuela, que nada supieron ni de pelucones ni de pipiolos, ni de tirios ni de troyanos...

La niña iba a obedecer, pero se detuvo. Una figura extraña acababa de franquear el ancho portalón y avanzaba por el patio, vívamente iluminado por los rayos amarillentos del sol de la tarde.

Era un viejo, vestido de harapos y de cueros de oveja, cuyo rostro curtido por las intemperies y surcado de profundas arrugas, desaparecía casi entero bajo revueltas guedejas de un larga cabellera y de una barba no menos inculta y diforme... Colgaba de sus hombros un roído morral de pellejos que abultaba bastante... Caminaba encorvado y silencioso, como una aparición del otro mundo.

—Allí viene ño Mellita, exclamó Isabel con cierto alborozo.

El rostro de don Cosme se serenó. Ño Mellita era un capítulo de la vida diaria, un elemento de sus costumbres y de su medio. La visita de aquel viejo extrambótico, buhonero con ribetes de médico, y a quien las gentes sencillas tenían en concepto de brujo, le chocaba menos y le interesaba más que los emocionantes relatos de la guerra civil, y que el resultado de la lucha que pipiolos y pelucones tenían empeñada. Como la mayor parte de los soberbios de su rango, don Cosme tenía a punto de honra el ser afable y paternal con todos los humildes que no se hallaban bajo su inmediata dependencia.

—¿Qué tal ño Mellita? dijo al viejo casi con bondad. Esta mañana me aseguró la cocinera, que eras tú un chonchón que pasó dando graznidos... ¿Vienes por sal?... ¿O nos traes algo que vender?

—De todo un poco, murmuró el viejo con voz indefinible y mientras una horrible mueca contraía sus rudas facciones... Traigo remedios para el cuerpo y para el alma... La cachanlagua que cura la fiebre, el latué que turba el cerebro, el cuerno del unicornio la uña de la gran bestia... y el pico del ave Fénix.

La preciosa niña, entretanto, sonreía al monstruo.

—¿Y nada traes para esta chiquilla? preguntó don Cosme...

—Mil años de vida y un príncipe para novio, repuso ño Mellita con tono equívoco; el patrón y yo nos hacemos viejos... ella será feliz mañana.

A don Cosme le interesaba sin duda aquel extraño personaje, sus disparates pintorescos, sus remedios y sus pronósticos..

—¿Para qué sirve, le preguntó, el cuerno del unicornio?

—Para encontrar lo que se nos ha perdido... Es más milagroso que las benditas ánimas del Purgatorio.

—¿Lo que se nos ha perdido? balbuceó don Cosme enterneciéndose... ¿Todo lo que se nos ha perdido?...

—Todo, patroncito... todo...

Don Cosme quiso decir algo, pero se detuvo, encogiéndose de hombros.

—¡Soy un necio! murmuró por lo bajo.. Ve a la cocina, agregó, dirigiéndose al mendigo, y que ña Feliciana te dé algo de comer.

Ño Mellita, seguido de Isabel, penetró en el zaguán...

III

Cerraba ya la noche, cuando el enigmático buhonero dejó las casas de Maquegua, perseguido por el lúgubre ladrido de los perros.

Sin volver una sola vez la cabeza, tomó por uno de esos senderos que en los campos de la costa abre el tráfico de los animales más que la industria del hombre y que se internan entre los desiertos matorrales que sumían de tinte por el poniente a la rica estancia de don Cosme de Azagra.

Caminó largo rato: las sombras invadieron lentamente el mundo y pronto ño Mellita se encontró en lo más profundo de un monte tupido, obscuro ya como la boca de un lobo. Reinaba un silencio profundo, sólo interrumpido por el crujir de la madera seca bajo las ojotas del buhonero... El viejo alzó la cabeza... al través de un claro del

A aquella misma hora todo era animación en el inmenso comedor...

bosque brillaba Orión en un cielo purísimo...

—¡Si fuera brujo de verdad! murmuró.

Como respondiendo a su pensamiento, un enorme tucúquere, lanzaba, en ese momento, su siniestro graznido, desde las alturas de la atmósfera.

Entonces sucedió algo singular. Ño Mellita, colocándose la palma de la mano frente a la boca, repitió el grito del buho... Parecía contestarle...

—El hijo de Ella no estará lejos, dijo sonriendo en forma siniestra.

De las profundidas del monte surgió otro grito extraño... El canto del Pequén.. Crujieron las ramas de unos árboles espinosos y una vaga silueta se destacó en la obscuridad.

—Aquí estoy, padre, balbuceó una voz medrosa y plañidera, pero de acento juvenil.

—Es la hora del descanso, dijo el viejo, pero aún no es llegada la hora del sueño... ¿Traes hambre?

Por toda contestación, el recién venido, se puso a sacar chispas de un pedesnal... Momentos después, un montón de ramas secas comenzó a arder... A sus inciertos resplandores se iluminó la figura de ambos hombres. El mozo era un adolescente, sucio desharrapado, de mirar vago... Su rostro curtido por las intemperies, nada revelaba de los misterios de su alma... ¿Se escondía el mal o el bien tras aquellos ojos grises e inciertos? Ese hombre parecía cansado casi antes de haber vivido, y seguramente de la vida no había conocido sino los trabajos y el dolor.

Ño Mellita y su acompañante se sentaron sobre el césped resecado por el estío...

—Te traigo que comer, dijo el viejo revolviendo su inmundo zurrón y alargando al muchacho un trozo de pan, que el otro comenzó a devorar ávidamente.

—Hace hambre, dijo ño Mellita, en tono burlón. Por desgracia nada mejor tengo que ofrecer al príncipe mío... Si estuviéramos allá abajo en la casa de don Cosme, sería harto diferente... Me hicieron el honor de llevarme a la cocina... ¡Qué festín, hijo mío, tenían preparado!... El festín de todos los días... ¡Que Dios los bendiga!...

El horrible viejo soltó una carcajada.

El muchacho continuó comiendo sin pronunciar palabra.

—No sabes odiar, continuó ño Mellita, y es que no conoces de la vida sino uno de sus aspectos... Desde niño vagas por los campos sin que nada te haya sonreído, sufriendo

los ardores de la canícula, y los helados vientos del invierno, durmiendo en el duro suelo del monte y sin probar otros manjares que esos mendrugos que nos arrojan de allá arriba... Hay, sin embargo otra vida que ésta... Mira tú, estos montes, y estos valles y estos ganados... todo es suyo, hasta los hombres que cultivan los campos... Bajo su mirada todo se humilla y tiembla... ¿Por qué?... Tú bien lo sabes... ¡Llegará su hora!

—Llegará su hora, repitió el muchacho como un eco siniestro.

La frente de ño Mellita se iluminó.

—Oirás de nuevo tu historia, dijo solemnemente... La fortuna quiso que nacieras rico y feliz... El día de tu bautizo todos los patricios de Santiago rodearon tu cuna. El sonrosado cuerpecito dormía sereno, sobre pañales de encaje... El padre era el más apuesto caballero, y la madre la más hermosa y gentil del Reino de Chile... Y hoy vagas hambriento por los campos... Ese *hombre lo hizo todo*... Te arrebató a tu padre, deshonró a tu madre, te quitó el nombre... ¿Sabes lo que es el nombre? Te llamas Gabriel... y eso te parece bastante... Te engañas... Hay algo en el mundo que es el nombre, y ese algo hace a los poderosos y a los miserables... Al que nace llamándose de un modo, todo ha de sonreirle en la vida... Será don Fulano de Tal... Si nace llamándose de otra suerte, no tiene parte en el festín del mundo... Dicen que la revolución y la República cambiaron esto, pero es mentira.

—Ya lo sé, ya lo sé, gimió el muchacho... ¿Pero no podré recobrar mi nombre?...

—¡Nunca! ¡Jamás! Esa es la más horrenda perfidia de aquel hombre... De su crimen no quedó la menor huella y tanto mejor para ti... Así puedes comer los mendrugos que arroja de su mesa y dormir bajo el cielo que te vió nacer... No te queda sino un camino... la venganza... Júralo por tu padre, muerto sobre un patíbulo infamante y por tu madre, agonizando de dolor y de vergüenza en el lecho fétido de un hospital, júralo por tu vida tronchada para siempre... ¡Habrás de vengarte!...

El pálido e indeciso rostro del muchacho, se iluminó fugazmente, como galvanizado por una fuerza superior.

—¡Me vengaré...! exclamó...

Ño Mellita se había transfigurado... Bajo sus cejas espesas y revueltas, fulguraban dos negros ojos de águila... Su mirada parecía mandar imperiosamente, en nombre del poder sobrehumano, de un magnetizador... El niño era un instrumento ciego, inerte, sin más voluntad que la que le infundía el tremendo mágico.

La luna aparecía en ese momento, roja, siniestra, velada por negros retratos, sobre las boscosas serranías del oriente.

IV

A aquella misma hora todo era animación en el inmenso comedor de don Cosme de Azagra.

El rico hacendado, más alegre y menos absoluto que de ordinario, hacía los honores de la casa. A su derecha sentábase Isabel a su izquierda su hermana Bárbara, la recalcitrante solterona, y junto a ella un joven militar, que llevaba airosamente el hermoso uniforme de los húsares.

Era el huésped anunciado en la tarde por el subdelegado y que había llegado al fundo poco antes de la hora de la cena.

Don Fernando de Gundián, que éste era su nombre, había cumplido apenas los veintiséis años y ya su nombre comenzaba a sonar en la República. Hijo de una noble familia de Concepción, había hecho casi niño las sangrientas campañas de la guerra a muerte. Se le decía invencible en el amor y en la guerra. Ese joven sencillo, de rostro placentero, de azules ojos de ángel, poseía los secretos todos de la dominación y del éxito. Su conquista de aquella noche era soberbia; a pesar suyo, había logrado interesar al inaccesible don Cosme... El férreo hidalgo le sonreía. Sin darse cuenta, se encontraba discutiendo con su peligroso huésped...

—Portales es el hombre, decía el mancebo, la patria se ha salvado, o mejor dicho, la salvaremos.

—La patria se ha salvado, repitió don Cosme... ¿De quién y para qué?... Es estupendo que aún se repitan tales cosas... Para creerlas es necesario tener veinticinco años... Es Ud. tan joven y más inexperto que la República... Estos y aquellos, Carrera y O'Higgins, los patriotas y los godos, Freire más tarde, el pobre iluso de Infante en seguida, la Constitución del 28, la arañita tejedora de Pinto, los estanqueros, los pipiolos... todo el mundo ha dicho que va a salvar la patria...

—Al fin alguno tendrá razón, repuso gravemente el mancebo.

—Y esos serán un negociante chasqueado y un viudo que se ha hecho clérigo, ayer Ministro de Marcó del Pont y hoy político de la República... Diego Portales y Francisco Meneses... ¡Habría que verlo! Sólo ha habido en América un hombre razonable... Don Gaspar Rodríguez Francia, dictador del Paraguay.

—¿Y quién es ése?...

—Un hombre que ha buscado el sueño, el reposo, en este nuevo mundo que convida al reposo y al sueño, y cuyos campos tranquilos burlan hoy las ambiciones y las novedades...

—¿Volverá el coloniaje? preguntó don Fernando.

—Va Ud. a decirme que soy godo y que no me he reconciliado con la República... Piense Ud. lo que quiera... No tengo opiniones políticas... Hace veinte años que es la primera vez que me ocupo de ellas, aquí en mi casa, y sin que pretenda imponer a nadie un modo de pensar... Confienso que no he nacido para vivir en República, que no sirvo para pedagogo ni para ganar voluntades... Sean todos libres si les da la gana, pero que me dejen en paz...

—De eso se trata, repuso don Fernando sin pestañear, por eso luchamos, por dejarlo a Ud. en paz...

—No deja de ser interesante el programa de Uds., dijo el viejo con cierta sorna; pero como todos los programas políticos, lo cumplen de un modo bastante extraño... Hace tiempo que la gente no se entraba aquí en Chile, pero desde Chacabuco y Maipú nunca se ha derramado tanta sangre como ahora... A propósito de paz... ¿Peleó Ud. en Ochagavía?

—Tuve el honor de servir de ayudante al señor general Prieto... Es la más hermosa guerra ésta en que estamos... la guerra que traerá la paz...

—¿Piensan Uds. restablecer la monarquía? ¡Bonita complicación! ¿Nos vendrá a gobernar alguien a nombre de don Fernando VII?... El amado Fernando, como decíamos hace veinte años... Otro partido más... Y ya no son pocos.

—No creo que se restablezca la monarquía... Pero alguien nos gobernará, como antaño los presidentes y capitanes generales, en nombre sólo de los que deseen la paz... Se obedecerá por esto y sólo por esto... Volverá la calma a nuestras tranquilas ciudades, no habrá más bullicio en las calles ni más pronunciamientos en los cuarteles...

En el negro hueco de la puerta...

—¿Y mandarán Prieto y Portales, en lugar de Pinto y Vicuña?... ¡Bah!... Ese es el programa de todos los revolucionarios. No joven, no nos pondremos de acuerdo.

El terco anciano había pronunciado estas últimas palabras en el tono cortante y dominador del que no quiere ser contradicho. El oficial de húsares lo comprendió y tuvo la gentileza de guardar para mejor ocasión sus entusiasmos de político y sus ardores de guerrero.

Entonces se habló de todo y muy principalmente del pasado. Don Cosme, en general taciturno y poco aficionado a las reminiscencias, estuvo comunicativo y hasta locuaz. Pero no se volvió a mencionar la política.

—Conozco a los Gundián de Concepción, dijo de pronto a su joven comensal. Es una familia muy distinguida. Ud. debe ser nieto de don Ramón...

—Precisamente.

—Permita entonces que le trate como a un viejo amigo. El nieto de don Ramón Gundián ha de ser por la fuerza un perfecto caballero. Hay un tiempo en que todos creemos en la felicidad de esta vida, y entonces él hizo por mí, cuánto un hombre puede hacer por otro... ¡Pobre Ramón!... Murió peleando en Cancha Rayada... ¡Cuántos se han ido como él!

Y don Cosme enmudeció, con los ojos azules y dominadores fijos en una idea, abstraídos del mundo material.

—Ud. es mucho mayor que él, dijo de pronto, sin darse cuenta de que daba forma a un pensamiento incoherente.

Isabel miró a su padre. Repentina angustia se pintó en su mirada purísima, alegre hasta ese momento, como una mañana de octubre.

—Mi hijo único, el que perdí cuando comenzaba a vivir, continuó el viejo con acento sombrío... Era todo mi cariño y la esperanza de mi raza... Desde entonces no puedo ver un joven caballero sin imaginarme que él podía ser como ese joven caballero, apuesto, lleno de fe, creyente en la dicha, llenando el mundo con sus pensamientos y sus sueños... Y de él apenas queda un montón de polvos, y hasta su recuerdo perecerá con este pobre viejo vecino al sepulcro.

. . . . . .

La cena tocaba a su fin. Los criados se habían retirado, y también la hermana Bárbara, salió de la estancia a mascullar sus oraciones.

—La noche está muy hermosa, dijo Isabel. ¿Por qué no iríamos a gozar de la luna, hasta el huerto viejo?

Don Cosme asintió. El orgulloso y acerado patricio, gustaba también del silencio y de la noche.

Los tres salieron del comedor, atravesaron el patio que resplandecía a los rayos de la luna, y, precedidos de un criado que llevaba un farolito, tomaron por el sendero que descendiendo por las laderas de la agreste colina, conducía al rústico huerto de Maquegua.

El viejo y los dos jóvenes se comunicaban sus pensamientos en voz baja, porque la noche en sus misterios, nos trae el recogimiento cuando estamos solos, y el deseo de unirnos mutuamente, cuando vamos en compañía.

Los tres parecían ya antiguos amigos. La voz de don Cosme, se hacía más y más paternal, la de Isabel tierna como el arrullo de la tórtola, y gravemente cariñosa la de Fernando.

Creían conocerse desde muchos años atrás. No concebían un tiempo en que fueron extraños el uno para el otro. Las palabras de Isabel hacían vibrar ya un sentimiento nuevo y desconocido, en el pecho del joven capitán... Era el preludio de la poesía eterna del amor.

Al final de un parrón medio destruído, bajo un añoso sauce llorón de rugoso y retorcido tronco, estaba el tosco escaño de madera, que sirvió durante medio siglo a la familia de Azagra, de único solaz en las largas temporadas de campo.

Aquel sitio estaba preñado de recuerdos. Don Cosme se sentó instintivamente en la vieja reliquia, y los dos jóvenes lo imitaron. Atrás el sauce levantaba su tupido cortinaje de verdura. Por delante los árboles envejecidos, las enmarañadas malezas, proyectaban sus sombras fantásticas, mientras la luna plateaba allá arriba el follaje indeciso, que se destacaba sobre una atmósfera pura, cuajada de misteriosos rumores.

Hubo un instante, un largo instante de silencio. De pronto don Cosme, como movido por un resorte, cogió el brazo del capitán, y sin decir una palabra, señaló un punto del espacio, allá en los linderos del jardín...

Sobre el derruído tapial se destacaba una

Fuertemente amarrado de pies y de manos, y con una mordaza en la boca

forma extraña, salvaje, casi imposible de describir... Parecía una cabeza humana, en la que brillaban dos ojos de fuego...

¿Era una ilusión?

El capitán se levantó...

—¿Quién vive? exclamó con voz de trueno.

La extraña figura no se movió.

—¿Quién vive? repitió el capitán... avanzando hacia el tapial, mientras amartillaba su pistola.

Un tiro resonó en el silencioso valle. La cabeza había desaparecido.

Don Fernando se volvió. Don Cosme, de pie también, parecía paralizado por una fuerza extraña. Isabel, medio muerta de terror, ocultaba su rostro junto al corazón de su padre...

—Algún ladrón de frutas, dijo el joven capitán, sonriendo tranquilamente... Ya irá lejos...

El viejo se pasó la mano por la frente...

—Soy un loco, exclamó, como si quisiera desechar un pensamiento terrible...

Los tres tomaron el camino de regreso. La noche continuaba serena y tranquila... Una brisa fresca hacía gemir suavemente los árboles del huerto...

V

Una noche y un día pasaron. Volvió a descender el sol sobre las serranías de Maquegua. Obscurecía ya y don Fernando de Gundián iba a partir con su destacamento. Airosamente sentado sobre su caballo dió el último adiós a aquel viejo caserón, que nunca más en la vida podría olvidar. Allí quedaban el amor, la paz, los gratos recuerdos, las alegrías puras... Más allá de esos cerros cubiertos de enmarañado bosque, se desencadenaban los odios fratricidas y la guerra civil.

La cena fué triste y silenciosa en el austero comedor de la hacienda. Antes de alzar los manteles, don Cosme se levantó de su asiento para rezar la oración de gracias...

Un rumor insólito interrumpió de pronto el silencio profundo del campo... Fueron aullidos de perros, gritos de angustia, precipitado ruido de pasos acelerados e impacientes...

En el negro hueco de la puerta del comedor, apareció un grupo siniestro de hombres andrajosos, toscamente armados y con los rostros cubiertos por diformes caretas.

La escena fué rápida, violenta, casi silenciosa...

Don Cosme no pronunció una palabra. Las dos mujeres se habían desmayado...

. . . . . .

¿Qué había sucedido? Más fácil es imaginarlo que describirlo. Mientras cenaba la familia del orgulloso hacendado, una treintena de seres que apenas tenían de humano la figura, se habían precipitado sobre el inviolable santuario del orgullo de los Azagra.

Pocos minutos más tarde, el desdeñoso patricio, fuertemente amarrado de pies y de manos, y con una mordaza en la boca, yacía sobre su viejo sillón, contemplando atónito el cuadro de luz que los rayos de la luna dibujaban sobre el enladrillado de la estancia solitaria. Su hija y su hermana habían sido arrastradas, fuera, por aquellos seres hediondos, que parecían haber brotado de las entrañas de la tierra.

Don Cosme no pensaba ni sentía. Estaba petrificado por el estupor... En hombres de su temperamento el miedo, el dolor, la impotencia, carecían de medios de expresión. Aquello estaba más allá de lo creíble, de lo que era posible que sucediese...

Pasos lentos pero decididos resonaron en el corredor; una sombra extraña se dibujó sobre el pavimento... Don Cosme no supo reconocerla al punto... Le parecía estar viendo algo que le era familiar...

Era sí la misma silueta que se destacara la noche anterior sobre ruinoso tapial del huerto viejo, pero era algo más que eso todavía... La figura que tenía delante le era muchísimo más conocida... Un rayo de luz atravesó su mente... Una carcajada histérica y un nombre pronunciado con voz silbante y estridente respondieron a su obscurecido pensamiento...

—Ño Mellita... exclamó la voz del misterioso visitante... ¿Me conoces, Cosme de Azagra?... Tranquilízate... Soy ño Mellita, el brujo, el chonchón que tanto te divierte... Tenemos mucho que hablar los dos... Es cierto que con esa mordaza en la boca no podrás pronunciar muchos discursos, pero para lo que habrías de decir no vale la pena... Comenzaré por tomar asiento... Yo siempre de pie y tú siempre sentado, era el orden natural de las cosas hasta hace unos pocos minutos... Ahora conversaremos de igual a igual.

El hediondo viejo, cuya singular catadura apenas podía distinguirse a la pálida luz de la luna, se sentó frente a frente del patricio...

—Ño Mellita, repitió como dando vueltas a una idea fija... Mucho te has divertido con ño Mellita... El vagaba por los campos, era un sér estrambótico y raro, y te proporcionó algunos ratos de pasatiempo... Era la utilidad de ño Mellita... Mis alegrías y mis dolores poco te significaban. Así es el mundo y no me quejo del mundo... Gran señor, como eras, bien podías haberme hecho despedir de tu fundo y de tu casa, con el auxilio de tus lacayos y de tus perros... Preferías darme de comer y te dignabas conversar conmigo, desde la altura de tu inagotable soberbia... Con que ya lo ves... Debo estarte agradecido, si no a tu caridad, por lo menos a ese tu humor fantástico que gustaba del brujo pordiosero...

En la comedia del mundo cada cual representa su papel. El tuyo era el de señor poderoso y el mío el de bufón... Muy bien arreglado, pero la del demonio es, que mi papel no lo había escogido yo, muy a mi gusto... ¿Vas conociéndome?... Imposible... Será necesario que te ayude a refrescar un poco tus recuerdos.

Un vago estremecimiento sacudió el cuerpo del infeliz hacendado... Ño Mellita, después de contemplarlo un momento de hito en hito, prorrumpió en una nueva y sonora carcajada...

—No... No creas que te voy a acusar de ningún crimen... Eres un hombre honorable... Malo... eso sí... malo... Como lo son casi todos los hombres, es decir egoísta... Para cada uno de los hijos de Adán el mundo empieza y acaba dentro de sus propias sensaciones, de sus dolores y de sus placeres... El resto son polichinelas que nos importan poco... Así los solemos tratar: con amor cuando nos causan placer, con odio cuando nos causan dolor; con indiferencia casi siempre... Ahora yo te causo dolor y me abo-

rreces, pero si esto que está sucediendo aquí en Maquegua, hubiera sucedido en China, pongo por caso, y tú leyeras en la gaceta el relato de lo ocurrido, el asunto más bien lo encontrarías divertido, y ño Mellita un personaje acaso no sólo indiferente, sino estupendo, curioso, quizás simpático. Pero da la maldita casualidad de ser don Cosme de Azagra y no un mandarín del Celeste Imperio, la víctima del atentado, y ese detalle, harto pequeño en absoluto, hace variar por completo en tu criterio la faz del asunto...

Queda, pues, establecido que eres egoísta y por lo tanto malo... No lo digo por ofenderte, sino para ponerte a mi nivel, porque, te lo confieso, yo también soy malo y egoísta...

¿Quiéres replicarme? Pues bien, será menester que tengas paciencia. Durante muchos años sólo he hablado ante ti, cuando tú querías permitírmelo. Ahora me toca a mí... Antes de continuar, voy a fumar un cigarro.

El viejo sacó una petaca con mucha calma, y después de liarlo cuidadosamente, lo encendió.

—Hasta aquí, dijo en seguida, los agravios de ño Mellita... Hablemos ahora del pasado... No... No te espantes... Repito que no voy a acusarte de ningún crimen...

Medio Santiago recuerda de tu señor padre... Se llamaba, si no me engaño, don Francisco Javier de Azagra, y era todo un gran señor... No vendió trapos en la calle del Rey como tu bisabuelo, ni se dedicó al cultivo de sus campos como tu abuelo. El objeto de su codicia no fué el oro sino el oropel... Hizo dos viajes a Europa, gastó un dineral comprando honores en la Corte de Madrid... El marquesado de Peñablanca le costó un sentido... Gustaba también de los placeres y como hombre de negocios no valía gran cosa.

Conoces el resultado de los costosos caprichos y de las empresas nada sensatas de señor marqués: que cuando él murió tú heredaste sólo su título y muchísimas deudas... En realidad no te pertenecía del todo ni la más escuálida vaca de los potreros de Maquegua.

Hiciste un gran matrimonio. ¿Te acuerdas? Toda la juventud brillante de Santiago codiciaba a la que fué tu mujer... Sus blasones no estaban acaso muy limpios que digamos, pero en cambio, era tan hermosa y, lo que a ti más importaba, muy rica... Un marquesado fué lo que diste en cambio... Eso decidió al vizcaíno imbécil de su padre... Magnífico negocio que hizo la desgracia y trajo la muerte de un hombre...

El hijo de don Cosme penetró en la estancia...

¿Qué importaba eso a tu inmenso, a tu inconmensurable egoísmo?

Voy a recordarte quién fué esa víctima .. Se llamaba *Diego de Medina* y como tú, era joven, lleno de ambiciones, sediento de felicidad, de amor, de placer... Tenía tanto derecho como tú a la vida y también como a ti le acechaban la pobreza, la deshonra, un porvenir obscuro de humillaciones, de trabajo infecundo; la soledad y la tristeza del que fracasa y cae... Egoísta... Sí... le era también como tú, y los éxitos y los triunfos de Cosme de Azagra, le eran tan indiferentes como a ti sus dichas y sus dolores...

Vino la lucha y venciste... En la embriaguez de tu victoria, no pensaste acaso ni por un minuto, en la desgracia inmensa de esa existencia troñchada y sin esperanza, que el torrente de la vida arrastró bien pronto, de caída, en caída, primero a la taberna y el garito, a la cárcel después...

Debiste sentir una especie de alivio cuando supiste su muerte, allá en la frontera de Arauco, luchando como soldado raso, en emboscada obscura y sin gloria...

—Pobre Medina... eso dirías con lástima y desprecio, desde las alturas de tu orgullo de gran señor... Y no pensaste en que todo cuanto te pertenecía y era tu soberbia, tu bienes, tu mujer, tu felicidad y tu situación social, debería ser de ese desdichado, muerto a lanzazos por los bárbaros.

¿No es verdad, Cosme de Azagra, que si los muertos volvieran, tendrías una cuenta que pagar?...

Un estremecimiento convulsivo agitó el cuerpo del patricio...

—Veo que vas comprendiendo, añadió ño Mellita, con horrible sonrisa. Has gozado lo que otro ha sufrido... Necesario es pagar... Pero te imaginas acaso que la cuenta no puede ya ser cancelada. Has vivido sesenta años y lo que te queda de vida no basta a satisfacer la deuda... No extrañes, pues, que la justicia vengadora cargue ahora un poco la mano.

De todos los bienes de que injustamente has gozado, el cielo o el infierno te arrebató ya uno... así que toco la gran herida de tu alma... Perdiste a tu hijo, que era también el hijo de ella... Fué en la noche de la batalla de Chacabuco, hace trece años, trece largos años... Huías en medio de las tinieblas... A caballo tú, el niño con su ama en un birlocho... Amanecía ya cuando el grupo de fugitivos, escoltado por un pelotón de soldados ebrios, llegó a Curacaví... Pero aquel birlocho no llegó... Lo aguardaste algunas horas de mortal ansiedad, mientras luchaban dentro de tu corazón el amor de padre y el miedo egoísta de tu alma cobarde... Hay que hacerte esa justicia... Fué más poderoso en ti, el amor que el miedo... y con peligro de caer en manos de los republicanos, volviste grupas, ciego y desesperado, hasta el vado de Pudahuel... Allí supiste la horrible verdad... El cochero había errado el vado y caído con su carruaje en una de esas hondonadas traicioneras, que hacen terrible allí al Mapocho, sobre todo cuando se le atraviesa de noche... Algunas cuadras más abajo fué encontrado el cadáver de la infeliz niñera, pero al birlochero y a tu hijo se los había tragado la corriente del río...

Acaso maldijiste entonces a la Providencia, pero aquel castigo no te vino de lo alto... Ese birlochero era yo... ño Mellita... y ¿entiendes ahora quién soy...? Lo adivinas ya... Soy Diego de Medina... El hombre a quien redujiste a la desesperación y a la indigencia... la supuesta víctima de los bárbaros de Arauco, el que fué primero prisionero de los indios... más tarde vagabundo sin nombre y sin patria, en las playas de Buenos Aires... y ahora el vengador... el justiciero....

No... No te imagines que voy a matarte... Te reservo una suerte mucho más cruel todavía... Si no estuvieras amarrado y con mordaza, dentro de breves instantes te vería, a ti, el más soberbio de los hombres, arrastrarte a mis pies, pidiéndome gracia...

El hidalgo hizo por primera vez un gesto... Movió enérgicamente la cabeza en ademán de negativa inflexible...

—No... interrumpió ño Mellita... no resuelvas el caso tan ligero... Pidas o no gracia tu suerte está decidida... Vas a morir, pero no a mis manos... Quien va a matarte es... tu hijo...

Has llorado su muerte y ahora llorarás su vida... Lo robé aquella noche, y ese niño no ha vibrado desde entonces sino al impulso de un solo sentimiento: el odio hacia ti... Preparar este instante supremo ha sido la bora única de todos estos mis años de humillación y de miseria... Dentro de pocos momentos, tu hijo, un bandido sin entrañas, capaz de los mayores crímenes,

Señor capitán, esclamó el niño; corred alla abajo...

va a darte cobarde muerte, sin que tú puedas hacer una señal, ni lanzar un grito... Estas breves horas serán el infierno que has merecido... ¿Pedirás ahora perdón, Cosme de Azagra?...

El orgulloso hidalgo quiso incorporarse en ademán suplicante, pero no pudo... Su cuerpo rodó pesadamente por el pavimento... Ño Mellita lanzó una carcajada, y después de contemplar por un momento, ebrio de diabólica alegría, a aquella ruina humana que se retorcía en el suelo, salió rápidamente de la estancia

VI

Dos horas transcurrieron. Para don Cosme de Azagra, esas horas parecieron siglos... Pero la desesperación y el dolor, no dominaban únicamente en el corazón del hidalgo...

El espíritu bajo, villano y vengativo de Medina era incapaz de comprender los secretos de una alma superior a la suya... Un sentimiento en esos crueles instantes, era más poderoso que todos dentro del dolorido corazón de don Cosme... No era el miedo a la muerte, no era la forma cruel en que la esperaba...

Iba a ver a su hijo... Su hijo no había muerto...

Y don Cosme esperaba a su matador, con ternura, con ansiedad... ¿Qué le importaba su vida, si con ella amparaba la del hijo de sus entrañas?... Y don Cosme, sentía dentro de sí algo que templaba las fibras más profundas de su existencia, y que dominaba todos sus dolores...

¡Ah! Si él hubiera podido, a costa de mil muertes, salvar a ese pedazo de su sér... Si hubiera podido asegurar su ventura... Entonces la muerte que le preparaba su cruel enemigo, habría sido para él el mayor de los beneficios... Y don Cosme no pensaba sino en el porvenir del que lo iba a matar...

El orgullo de raza lo fortalecía, infundiéndole esperanzas quiméricas.

—Es de la sangre de los Azagra, se decía... Debajo de sus miserables harapos, por sobre las infamias con que han pretendido encanallarlo, hay un caballero... hay un hombre de bien... Es mi hijo y será bueno y feliz algún día, aunque ahora me mate...

Así deliraba el infeliz...

—No... nunca sabrá que ha sido parricida... Medina, cobarde como todos los malos, no tendrá nunca el valor de decírselo... Y Dios le perdonará desde el cielo... como yo lo perdono y lo bendigo... El no hará mal a nadie sobre la tierra sino a mí...

. . . . . .

El hijo de don Cosme penetró en la estancia. En su diestra brillaba un puñal, y en su siniestra un candil derramaba rojizos resplandores...

El muchacho, instrumento ciego del destino, se acercó en silencio, sin pronunciar una sola palabra, al cuerpo inmóvil que yacía de espaldas sobre el suelo...

—Es preciso que muera sin pronunciar palabra, le había dicho el miserable viejo... Si le desatas... si le quitas la mordaza, si tu cuchillo no va recto a su corazón infame... ¡Ay de ti!...

Y el mancebo, desnuda el alma de todo sentimiento, sin temor, sin odio, sin remordimiento siquiera, alzó friamente el puñal sobre el pecho indefenso de su padre...

Pero su brazo se detuvo inmóvil...

Casi sin darse cuenta había dirigido la mirada al rostro de su víctima... En él no se pintaban ni el odio, ni el miedo a la muerte... Aquellos verdes ojos húmedos no imploraban siquiera...

Al pobre niño nadie lo había mirado, como lo miraba ese hombre que iba a morir a sus manos...

El mancebo creyó soñar, e incorporándose, pasó su mano por la frente... Reinaba un silencio tan profundo, que en ese instante de estupor, oyó latir el corazón del anciano...

Entonces se produjo una revolución en todo su sér...

Violentamente arrancó la mordaza de los labios del viejo.

—Habla, le dijo... Daría mi vida por oir lo que tienes que decirme...

Don Cosme permaneció mudo por algunos instantes... Desde que viera el ademán de su hijo, había adivinado lo que iba a suceder, y por un momento su voluntad de hierro, fué más poderosa que todos los sentimientos que embargaban su sér...

Lentamente, como un murmullo casi imperceptible, dijo sólo estas palabras...

—Sé bueno y feliz... Huye de ese hombre que te ha enviado aquí... El y no tú debe matarme...

—¿Y por qué ha de matarte? balbuceó el muchacho.

Esta pregunta no alcanzó a tener respuesta. Rápido como el rayo, un hombre penetró en la instancia y se desplomó terrible y amenazante sobre el viejo y el niño...

Los aterrados ojos de don Cosme contemplaron entonces cómo dos puñales lanzaban, heridos por los rayos de la luna, resplandores siniestros... No se percibía otro rumor que el de la respiración jadeante de esos hombres empeñados en una lucha suprema...

Al fin un cuerpo rodó pesadamente por tierra... El mancebo, cubierto de sudor, con los ojos extraviados, rendido y casi exánime, blandía su puñal, de pie en medio de la sala... A sus plantas, el cuerpo de Ño Mellita se retorcía en las últimas convulsiones de la agonía.

VII

Allá en lo alto del agreste portezuelo de los Corcolones, el capitán don Fernando de Gundián había hecho alto con su tropa. Debía llegar al amanecer del siguiente día al pueblo de Santa Rosa de Itahue, y después de tres horas de marcha, resolvió dar algún descanso a su tropa.

¿Por qué había escogido aquel sitio, en la cumbre misma de las montañas?... Sus ojos decían demasiado la verdad... Mientras los soldados agrupados en torno de los fusiles arrimados en pabellón, se entregaban al reposo después de la fatiga, el joven capitán no tenía miradas sino para el valle, que allá abajo se esfumaba misteriosamente envuelto en las tenues brumas de aquella noche de verano...

Amor y recuerdos... Allí en esa hondonada había dejado todo eso junto con la parte más noble de su sér... Pero don Fernando mientras procuraba inútilmente distinguir el sitio en que se encontraba, las casas del fundo, estaba muy lejos de imaginarse la espantosa tragedia que en esos mismos instantes se desarrollaba allí.

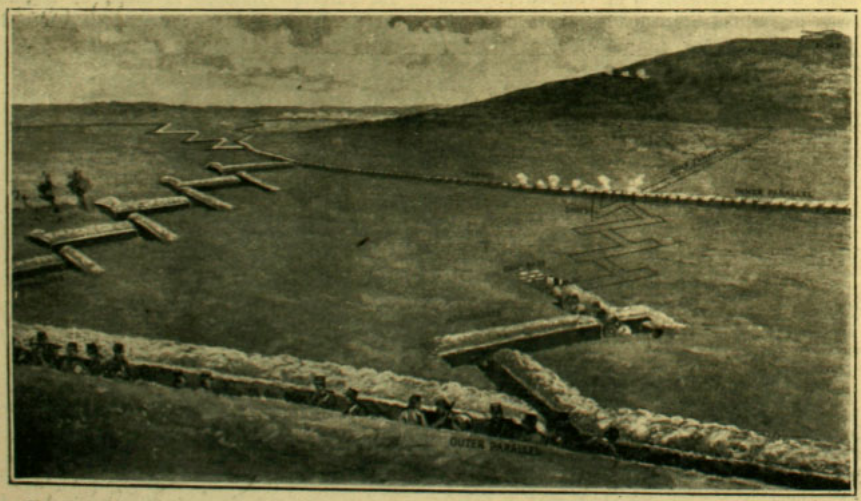
De pronto interrumpió el silencio, el agudo ¡Quién vive!... del centinela. Camino abajo, se sentía el precipitado resonar de una carrera insensata... y antes de que el capitán hubiera tenido tiempo de preguntarse el significado de aquello, un muchacho, casi sin alientos, vestido de toscos harapos, con la ansiedad y la fatiga, pintadas en el pálido rostro, se precipitó en medio de los soldados...

—Señor capitán, exclamó el niño, corred allá abajo... Los bandidos han asaltado las casas del fundo... La vida de don Cosme de Azagra y de su familia están en peligro...

Segundos después el escuadrón de húsares volaba hacia Maquegua más rápido que el viento, y antes que clarease el alba de esa espantosa noche, vencido el mal con las tinieblas, un sol tan espléndido como el del día anterior, iluminó la dicha de algunos seres, que le habían comprado a costa de tanto dolor y de tantas angustias.

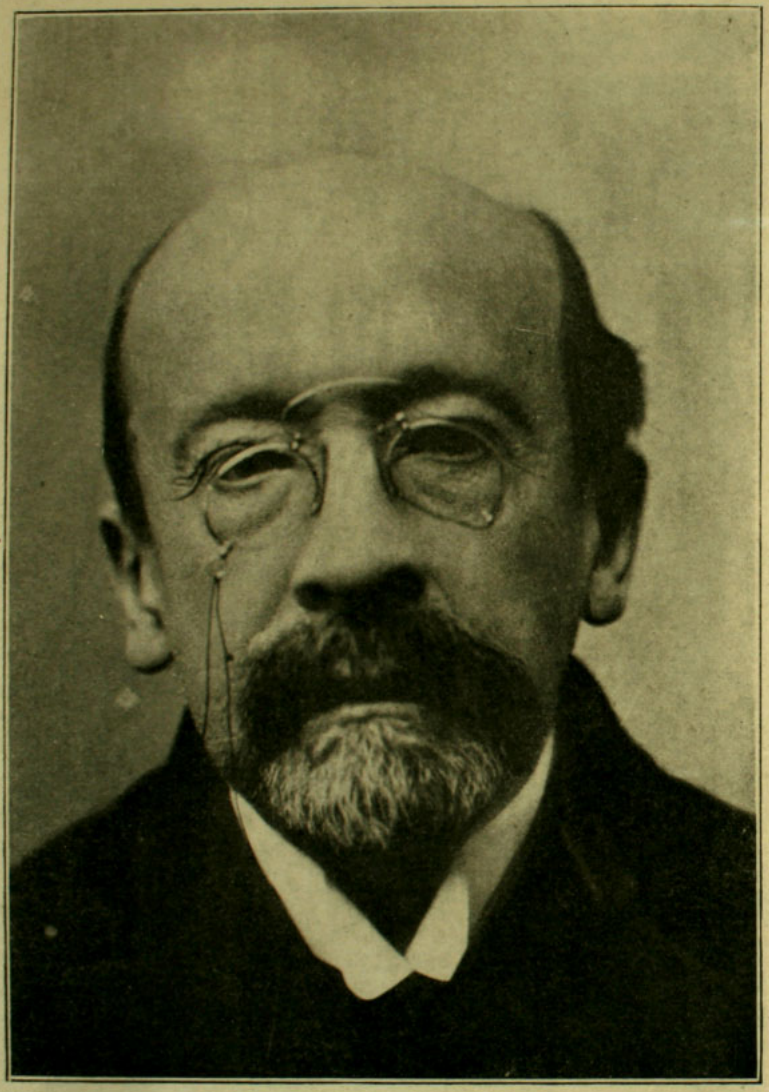
ARTE RUSO.—"Los nuevos propietarios", por N. Bogdanoff Bicski

---



Como se ataca las posiciones enemigas. Labrando una trinchera en línea quebrada que se flanquea con sacos de arena, hasta alcanzar el foso que se desea atacar

TEMPESTAD...



J. T. Medina

Conversando con Don José Toribio Medina

Recuerdos de su vida intelectual

Por

ARMANDO DONOSO

Ilustraciones fotográficas.

No es el de Chile un medio propicio para los estudios de especialización científica ni de erudición literaria; vivimos preocupados de más prosaicas atenciones que de las disciplinas espirituales y apenas si como solaz admitimos de tarde en tarde un libro tan ameno cuanto baladí. El número de aquellos que dedican su vida entera al estudio, se podría contar por los dedos de la mano, que tan mezquino es entre nosotros el culto de todo lo que habla más al cerebro que a la bolsa. ¡Cuántos escritores de primer orden no han trocado la péñola por los códigos o el bisturí, por la fusta del hacendado o la pluma del oficinista! Recordemos los casos de los que pudieran publicar anualmente hermosos libros y no lo hacen, pues la tiranía del cotidiano mendrugo les obliga a ser galeotos, atados a su cadena: ahí están los Augusto Orrego, los Rafael Egaña, los Díaz Garcés, los Augusto Thompson, perdidos, olvidados, como el hombre del cerebro de oro de Daudet, que ignoró el tesoro que llevaba consigo hasta que lo hubo consumido todo entero. Desgraciadamente, nuestro ambiente mezquino seguirá siendo el mismo por mucho tiempo y el mejor de sus libros no le dará a un autor la cantidad de dinero suficiente para vivir tres meses con decencia: preguntadle a los Blest Gana, a los Orrego Luco, a los Valdés Cange y seguramente os confesarán que "Durante la reconquista", "Casa Grande", "Sinceridad", a pesar de haberse vendido varias ediciones, apenas si les han compensado los gastos editoriales y las incomodidades de tener que tratar con libreros poco escrupulosos. Y si esto sucede con los géneros literarios más socorridos, pensemos qué no acontecerá con los libros de filosofía, crítica, educación, ciencias puras, bibliografía. El caso de don José Toribio Medina, como los de Thayer Ojeda, Guevara, Lenz, Román, Hansen, Salas Errázuriz, son un ejemplo elocuente; cuarenta y dos años consecutivos de labor y un centenar de obras no le bastan para ser tenido en Chile en lo que se merece. Ha sido necesario que Medina fuese antes muy conocido en el extranjero y honrado por cuantas instituciones doctas existen en Estados Unidos, Inglaterra, España, Argentina y que la Sociedad de Historia y Geografía le tributara su más alto homenaje—como es la medalla anual de oro con que ya ha distinguido a don Crescente Errázuriz y a don Gonzalo Bulnes—para que comenzáramos a darnos cuenta lo que significa la enorme labor crítica, investigativa y bibliográfica del autor de la "Historia de la literatura colonial de Chile". A menudo en libros extranjeros, en las obras de Menéndez y Pelayo, de Rodríguez Marín, de Altamira, de Herrera, de Palma, de Hazañas y la Rúa, de Adler, de Garnett, de Mitre, y de tantos otros cuyos nombres colmarían más de una carilla, hemos visto citado el nombre de Medina y elogiada sin reticencias su altísima labor bibliográfica. Hace poco nos recordaba Luis Popelaire que en su viaje realizado alrededor del mundo en la corbeta "Baquedano", tuvo que desembarcar en las Islas Filipinas; al visitar la Universidad de Santo Tomás, en Manila, los frailes le colmaron de atenciones por el sólo hecho de ser compatriota de Medina, cuya obra conocían, siendo la única noticia cierta que tenían de esta apartada latitud geográfica. Yo recuerdo por mi parte que de entre las pocas obras chilenas que se han adquirido por necesidad en el Museo Británico de Londres, están las de Vicuña Mackenna—la colección completa en elegante estantería aislada—y las de Medina que, viajeros idos de todos los climas, consultan con mucha frecuencia. Un día nos refería don José Toribio que una de las más agradables sorpresas que había experimentado en los últimos años, se la había dado Mr. Bryce, a quien vió llegar una mañana a su casa, acompañado de don Joaquín Walker Martínez, saltando por sobre montones de escombros y de tierra, que estaban hacinados en la calle, donde se trabajaba el alcantarillado, lleno de curiosidad por conocerle: las referencias del fundador de la Hispanic Society of América, Mr. Archer Milton Hutington y de su bibliotecario, el doctor Martin, interesaron a Mr. Bryce hasta no olvidar en su viaje a este país rendirle el homenaje de su visita. Más tarde, cuando publicó su libro "La América del Sur, observaciones e impresiones", es a Medina al único escritor chileno a quien le dedica un juicio breve, pero elogioso. ("La última y la presente generación—dice Mr. Bryce—han producido escritores de talento y entre los muy pocos investigadores de hoy día hay que contar a uno de los más cultos historiadores y bibliógrafos de la América Española, el señor José Toribio Medina"). Otro tanto podríamos decir de W. H. Koebel, que obsequió a Medina, durante su última estada en Londres, con una simpática manifestación, a la cual concurrieron conocidos escritores ingleses, y a quien considera en su libro "Chile Moderno" tal vez como la mayor autoridad histórica de Sud-América. (At the present moment probably the greatest historical authority throughout South America is the famous Chilean, don José Toribio Medina...)

Cuando estuvo en Chile don Adolfo P. Carranza, al día siguiente de su arribo preguntó por el domicilio de Medina a fin de hacerle a él su primera visita; pero, ¡oh comicidad sólo concebible entre nosotros! no faltó uno que, pasándose de

listo, creyese que se trataba de Medina, el preparador de caballos de carrera, y hacia allá condujo al conocido polígrafo argentino. Es preciso figurarse el asombro que esto le causaría a Carranza; él comprendió que en Chile apenas si sabíamos que Medina existiera.

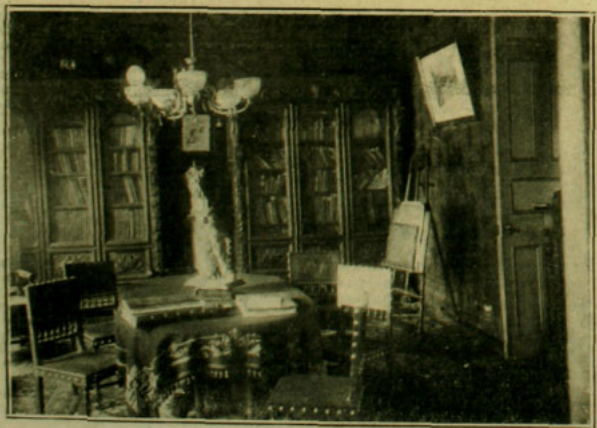
¿Y qué decir también de las distinciones con que le han demostrado el aprecio en que tienen su obra todos los bibliógrafos y eruditos que concurrieron al décimo-séptimo Congreso de Americanistas del Centenario en Buenos Aires? ¿Qué agregar también del décimo-octavo Congreso de Londres, donde el discurso inaugural de don Samuel A. Lapone y Quevedo se redujo casi exclusivamente al elogio de la obra de Medina? Como W. H. Koebel, el anciano y respetado Mr. Clements R. Markham, presidente de la Sociedad Geográfica de Londres, y que también lo fué de dicho Congreso, le colmó de atenciones: "Markham, que había estado en Chile en 1837—nos decía el señor Medina—nos preguntaba con gran interés por las personas que en ese entonces conoció entre nosotros y de quienes no pude darle noticias, pues solamente he conocido a los nietos."

Hace algunos días no más la Sociedad de Historia y Geografía de Santiago, le transcribió al señor Medina una comunicación enviada al presidente de ella por el cónsul chileno en San Francisco, que dice así: "El Presidente de la Asociación de Historia Americana, Mr. Morse Stephens, me ha dirigido la comunicación que en copia me es grato acompañar a la presente, rogando a la Sociedad que Ud. preside, se sirva consideraría, y si lo tiene a bien, ejercitar sus buenos oficios con el señor don José Toribio Medina, a quien dicha comunicación se refiere, para que este caballero acepte la invitación que se le hace y concurra al Congreso Histórico del Pacífico que se celebrará en esta ciudad (San Francisco), del 19 al 21 de julio próximo. El profesor señor Stephens está vivamente interesado *por contar con la cooperación del señor* Medina en el citado Congreso..., etc."

Desgraciadamente, llegó esta nota a conocimiento del señor Medina hace tan sólo algunos días, cuando ya no era tiempo para que alcanzase a concurrir a dicho Congreso. En 1902, estando en México, recibió también una nota del Gobierno de Chile en la que lo designaban para que concurriese al Congreso de Historia que debía verificarse en Roma; pero, como en el caso actual, lo tardío de la comunicación le impidió asistir, perdiéndose con ello la magnífica ocasión de que pudiese figurar de un modo tan digno la intelectualidad chilena en una reunión de hombres de estudio.

La verdadera biografía de un hombre no es la que tan sólo refiere hechos aislados, ateniéndose a la pura cronología superficial de los acontecimientos que se han verificado en el curso de una existencia; no, es preciso vivir cerca de un escritor, conocerle hondamente, como Boswell conoció a Johnson o Eckermann a Goethe; es necesario escudriñar su vida, recoger cuanto pueda parecer banal y luego comparar, rectificar y analizar, para referir todo lo que tenga algún interés y esté en consonancia con su obra. ¡Leed el Diario de los Goncourt y os explicaréis muchas cosas que en las historias literarias son un misterio: las debilidades de Sainte Beuve, los pujos aristocráticos de Renán, el dogmatismo de Taine, el orgullo de Flaubert!

En la obra de Medina no es la parte menos interesante aquella que se refiere a sus viajes, a sus sacrificadas busquedas a través de los Archivos y Bibliotecas en los países europeos y americanos. Una larga vida consagrada al estudio es siempre interesante, cualquiera que sea la índole de sus producciones: en el caso de este polígrafo, su obra es un monumento de investigación y tal vez, como afirma Altamira, será poco menos que imposible "dar un paso en historia americana sin acudir a las publicaciones del señor Medina". Lectores atentos de muchos de sus libros, hemos tenido la fortuna de conocerle de cerca y de aprovechar largas y amenas charlas para recoger de sus labios interesantes noticias sobre su labor y su vida; además, ha querido nuestra suerte propicia que escucháramos, en muchos casos, el testimonio de valiosos recuerdos a la distinguida compañera de su vida, la señora Mercedes Ibáñez, que ha sido para el escritor lo que el árbol para la enredadera: sostén y eterna promesa de felicidad en la altura de los sentimientos más delicados, *allí donde no llega el lodo de las* pequeñas miserias humanas. Y si en el hogar fué siempre ella una compensación contra las horas de árida labor, en el trabajo ha significado una inteligencia más al servicio de la obra de Medina: no pequeño es el esfuerzo suyo que guardan las páginas corregidas, las copias de *largas notas y la improba minucia* de áridas lecturas y calcos fatigosos. Bello símbolo de esta elevada armonía de dos cerebros y de dos corazones encontramos en aquella medalla en que aparecen los bustos de ambos cónyuges sobre campo que adornan ramos de mirtos y de laurel y que cubre un Cupido, disparando su flecha sobre la corneja que se ha posado sobre una lámpara que arde, sencilla alegoría que explica la sentencia latina: "*Amor laborque felicitas vitaes*".



En el fondo del salón se advierten dos riquísimos estantes contentivos de libros valiosísimos.

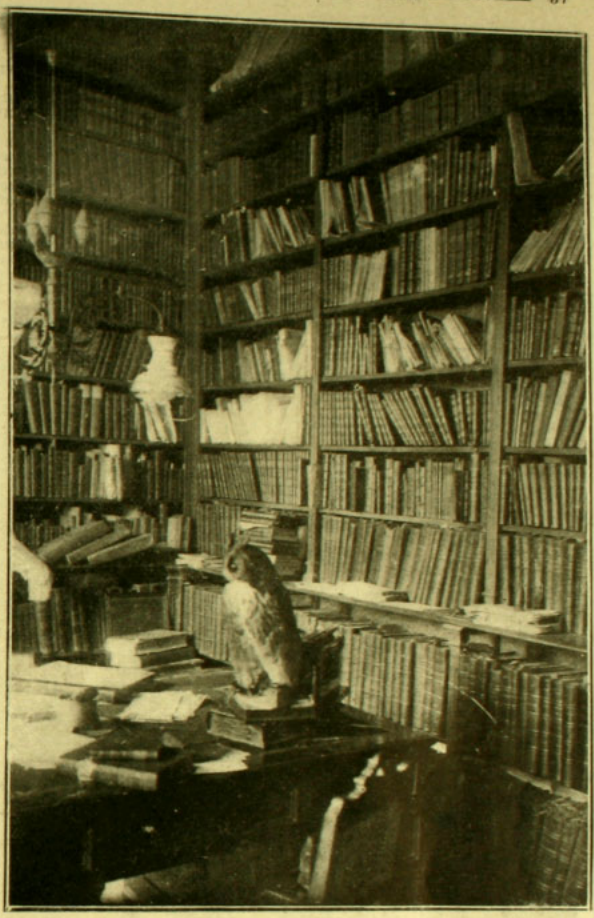
Tiene Medina en la actualidad sesenta y tres años. (Nació el 21 de octubre de 1852). La historia de su juventud es breve, como la de cualquier hombre estudioso, que desde su más tierna niñez ha vivido en el comercio activo del libro. De sus días de estudiante universitario conserva vivo el recuerdo de una anécdota sabrosísima: él y su amigo muy estimado, Hermógenes Donoso, habían hecho la licenciatura en derecho. Debiendo *presentar ambos la memoria* correspondiente, Medina tenía escrito un largo trabajo de investigación sobre el vocablo *Fósil* aplicado a la jurisprudencia; pero, quiso la mala fortuna que a su padre, magistrado recto e inflexible, no le agradara mu-

cho el asunto, viéndose obligado a redactar una segunda memoria: *Si la donación es un acto o un contrato*. Presentada ésta a la Universidad, le obsequió la primera a su amigo: y cuánta no sería la sorpresa de su padre al saber que a la memoria enviada por Donoso como propia se la había considerado sobresaliente, acordando el Consejo de Instrucción que fuese publicada en los Anales de la Universidad.

Jamás fué su padre don José del Pilar Medina, hombre partidario de que se hiciera una profesión de las bellas letras: a pesar de haber rimado él hermosos versos (1), nunca miró con buenos ojos las inclinaciones intelectuales de su primogénito. — Tú no tienes fortuna, le recordaba a menudo, y necesitas ganarla. No debes dedicarte a la literatura; sólo tienes ante tu porvenir un doble camino: tu profesión y la política. Monttvarista por tradición, su padre contaba en aquel partido con amigos tan numerosos cuanto leales.

—Un día me ofrecieron —nos dice don José Toribio — la secretaría de partido, siendo aún muy joven. En dos ocasiones rehusé la oferta para ser diputado: ya tenía la firme resolución tomada de consagrar mis esfuerzos en otro campo, que podría tener mayor utilidad nacional.

Transcurren más de dos años después de recibir su título; en los momentos que le deja libre su profesión se dedica a leer con vivo interés la historia de Chile: son los antiguos cronistas de los primeros años de la conquista los que más excitan su interés y comienzan a despertar en él al historiador que aguarda su hora para revelarse. También las bellas letras no le son indiferentes, pues traduce con primoroso cuidado "Evangelina" de Longfellow y escribe interesantes estudios sobre literatura, entomología y folk'ore; unos apuntes para un juicio sobre la novela de Jorge Isaacs, unas notas sobre los insectos enemigos en Chile y sobre los motivos para la fundación de una sociedad entomológica nacional y curiosas noticias sobre El Piuchén, el popular mito chileno.



Un rincón de la biblioteca

Dos años apenas hacía que se había recibido de abogado cuando fué nombrado secretario de Legación en Lima, siendo allí Ministro don Joaquín Godoy. Nunca pudo recibir un mejor estímulo su espíritu inquieto de estudioso que comenzaba a iniciarse en las disciplinas de la investigación. Cerca de Ricardo Palma, a quien le liga desde entonces una franca amistad, y del erudito don Francisco de Paula González, Director por aquellos años de la Biblioteca Nacional, vivió áridas horas de estudio entre los manuscritos y los legajos de los archivos limeños.

—En Lima—recuerda Medina—comenzó ya a interesarme seriamente el estudio de Ercilla. Desde aquellos días hasta hace pocos años, en que realicé mis deseos de comenzar a publicar mi obra sobre el poeta de "La Araucana", acaricié aquel proyecto que espero en breve ver coronado, después de áridos estudios y enormes dificultades.

En efecto, si revisamos la bibliografía de las obras publicadas en Lima por Medina, encon-

(1) En la introducción al volumen de poesías de su padre, editado por Medina con esmero en su imprenta particular, en tirada de treinta ejemplares, escribía: "Casi sin apoyo en el mundo y miembro de una familia establecida en una campiña lejana, allí en sus días de vacaciones pasaba algunas horas cantando en los versos las primeras emociones juveniles, interrogándose sobre la suerte que le guardara un obscuro porvenir o celebrando las tiernas expansiones de la amistad, sentimiento que dominó siempre su corazón y que a pesar de tantos desengaños, conservó hasta los últimos instantes de su vida." (Ejemplar núm. 6 de la Bib. de don Enrique Matta Vial). Bien claramente expresan todas las dolorosas emociones del poeta y su santa conformidad cristiana, dos versos que hemos leído al azar en uno de sus pequeños poemas:

En tantos años que mi suerte lloro
¡Ay! Dios me queda!

traremos dos estudios interesantísimos sobre *El Amor en La Araucana*, y *Ercilla juzgado por La Araucana*, que aparecieron en *El Correo del Pe-* en un año antes había dado ya a la estampa su primer libro histórico, las "Memorias del Reino de Chile y de don Francisco Meneses", escritas por el P. Fray Juan de Jesús María, hermosa edición que constituye actualmente un valioso tesoro bibliográfico. "Sirvió al señor Medina para publicar la presente obra—escribe su biógrafo don Víctor M. Chiappa—un manuscrito que le obsequió don Manuel de Mendiburu (autor del erudito "Diccionario histórico y geográfico del Perú"), el cual donó él en seguida a la Biblioteca Nacional de Santiago." (1).

Cerca de dos años residió Medina en Lima. Como secretario en la Legación tenía que realizar un trabajo enorme, que le dejaba bien pocas horas libres para sus ocios; además, sus relaciones con el Ministro Godoy eran poco cordiales. A promedios del año setenta y seis estudio en Europa, a través de sus museos y bibliotecas. En Londres sus primeras visitas fueron para el Museo Británico, donde había de encontrar valiosos documentos relativos a la historia y a la literatura americana.

—La Universidad de Chile había abierto por ese entonces un concurso para una historia de la literatura colonial—recuerda Medina.—Como el tema era tentador, aproveché mi viaje, procurando sacar el mayor partido posible en la busca de muchos documentos interesantes. Y he aquí que después de presentar mi solicitud para obtener entrada a investigar en el Museo Británico, me correspondió mi asiento en las mesas de trabajo junto al erudito don Pascual de Gayangos, que por ese entonces formaba el catálogo de manuscritos, y a don Gaspar del Río, que se ocupaba en escribir su "Historia de la Inquisición en los Países Bajos", libro al cual dedicó veinte años de su vida. Una sincera amistad me acercó al prestigioso traductor

Don José Toribio Medina, acompañado por su esposa, en la sala de trabajo

había solicitado dos meses de licencia para trasladarse a Chile con el objeto de ver a su padre, que se encontraba enfermo, cuando se le presentó una ocasión magnífica de realizar un amplio viaje de estudio. Había conocido íntimamente, llegando a ser el amigo de toda la confianza de la casa, a Mr. Thorndike y a su esposa la señora Genoveva Mathieu. (2). Sabedores ellos que Medina había obtenido permiso para ir a Chile, le propusieron que les acompañase a Estados Unidos, a fin de visitar la Exposición de Philadelfia: accedió gustoso Medina, no sin tener antes que renunciar su puesto en vista de la negativa terminante de Godoy para acordarle el traslado de la licencia.

Tres meses permaneció en Estados Unidos; luego partió de Nueva York en dirección a Inglaterra, dispuesto a realizar una excursión de

(1) "Noticias de los trabajos intelectuales de don José Toribio Medina".—Santiago de Chile, 1907.

(2) A quien le había de dedicar más tarde "La Imprenta en Lima".

de la Literatura de Ticknor, quien, andando los días, había de darme la para mí inapreciable noticia del paradero de la obra de Xofre del Aguila, (1), que este vendió al librero Henry Stevens; y que éste había enviado a la John Carter Brown Library de Rode Island.

Después de algunos meses de trabajo en Londres, continúa Medina su viaje a Francia, logrando descubrir en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de París la continuación del " Parnaso Antártico" de Diego Mejía, (2), obra cuya primera parte se debió a una curiosa casualidad en hora buena propicia

(1) Melchor Xufre del Aguila.—"Descubrimiento y conquista de Chile".

(2) "La segunda parte del "Parnaso Antártico" de divinos poemas dirigidos al excelentísimo Príncipe de Esquilache, Virrey y Capitán General del Perú, por el Rey nuestro señor, por Diego Mexía de Farángel, Ministro del Santo Oficio de la Inquisición, en la visita y corrección de los libros, y natural de la ciudad de Sevilla".

para las letras. Navegaba Mejía desde las provincias del Perú a las de la Nueva España, cuando un naufragio le arrojó en Acaju, puerto de Sonsonate. El temor de naufragar una vez más, le hizo ir por tierra a la ciudad de Méjico, que debía ser el término de su viaje. El camino, largo y fastidioso, hecho a paso de recua, le obligó a leer un libro de las Epístolas de Ovidio, "el cual para matalotaje de espíritu (por no hallar otro libro) compré a un estudiante de Sonsonate. De leerlo vino el aficionarme a él; la afición me obligó a repasarlo, y lo uno y lo otro, y la ociosidad, me dieron ánimo a traducir con mi tosco y totalmente rústico estilo y lenguaje, algunas epístolas de las que más me deleitaron." El aislamiento de la Nueva España le fué propicio a Mejía para rematar su obra: "Entusiasmado con resultado tan lisonjero—escribe Medina en su "Biblioteca Hispano-Chilena"—dió cima al trabajo iniciado, y al fin y al cabo se resolvió a enviar años después desde Lima a España los originales para que se publicasen, (puestos bajo la protección de Juan de Villela, que tan encomiástica aprobación prestara al libro de nuestro licenciado), como en efecto lo hicieron cajistas de Sevilla el año de 1609, con el título de "Primera parte del Parnaso Antártico de Obras Amatorias".

Tras rápido viaje por España, durante el cual frecuentó quince días el Archivo de Sevilla, regresa Medina a Chile en junio de 1877. Los frutos de ese viaje de estudio y de sus prolijas investigaciones en las bibliotecas de Santiago y Lima, habían de transcender en el siguiente año al público en los tres nutridos volúmenes de su "Historia de la Literatura Colonial". A pesar de haber sido premiada esta voluminosa memoria por la Facultad de Filosofía y Humanidades, Medina se vió en la dura obligación de tener que dirigir circulares a varias personas para costear la edición. Una vez impreso el libro, menos de la mitad de los subscriptos no pagaron su ejemplar, encontrándose su autor en la dura prueba de abonar dicho pago a plazos, hasta cubrir la deuda contraída. Y, como en el caso de toda obra seria y meritoria, sólo se vendieron del libro contados ejemplares.

Sin embargo, el amor al estudio podía más en Medina que todas las ingratitudes de sus compatriotas: a la moneda deleznable de la indiferencia, respondía él con el oro de un nuevo libro de pura erudición. Fué así cómo realizó un largo y penoso viaje a través de la Araucanía, para conocer de cerca a los indios y su territorio, a fin de documentarse y escribir la obra que había de ser más tarde "Los aborígenes de Chile".

—Nunca pude realizar un viaje más lleno de contratiempos y dificultades—recuerda Medina. —Asediados por los peligros de los asaltos nocturnos cuando fuimos...

—¿Fuimos? ha dicho Ud? ¿Iba acompañado?—le interrumpimos.

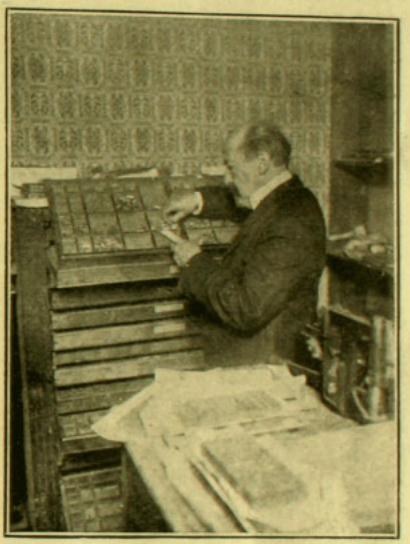
—Sí, me acompañó en ese viaje un guía, don Basilio—que de paso sea dicho, nada tiene que ver con el del "Barbero de Sevilla"—quien me sirvió mucho. ¡Ah, no lo olvidaré nunca!: era un pobre infeliz que no llevaba en el cuerpo más que la camisa y la manta. Si no es por don Basilio, seguramente no regreso del viaje: era él compadre de cierto cacique, a quien le explicó que yo viajaba por negocios de compras de animales, lo cual nos franqueó muchos caminos erizados de peligros. Pero, volviendo a lo anterior, le decía que cuando fuimos a visitar las ruinas de Nueva Imperial, debíamos dormir en la noche, en medio del campo, con el sueño liviano del que tiene la amenaza muy cerca. Los indios nos acechaban: a veces sobre la cabalgadura, otras junto a un árbol, con la rienda presta en la diestra, disfrutábamos de un sueño que a nadie le deseo menos sobresaltado.

—¿Cuánto tiempo tardó en escribir, después de este su viaje de estudio, "Los aborígenes de Chile"?

Calla un instante Medina, como repasando las fechas de aquellos lejanos recuerdos, que se fueron con su fresca juventud, y nos dice:

—Cuando tenía todos los materiales listos y muchos más recopilados sobre la historia de Chile, estalló la guerra contra el Perú y Bolivia, y fuí nombrado auditor de guerra del ejército de reserva, viéndome obligado a trasladarme a Iquique. Durante la fabricación de balas en el Parque de Artillería, me cupo una buena parte en aquellas tareas, ideando una especie de canastillo que facilitaba dicha fabricación enormemente: éste y otros insignificantes trabajos atrajeron la atención del general Maturana, quien pasó una larga nota al Ministerio de la Guerra, en la que me colmaba de elogios. Ese fué el origen de mi nombramiento. Luego que me encontré en Iquique, fuí encargado con una misión para Baquedano, que se hallaba en Tacna, en la víspera del asalto de Arica.

Consistió dicha misión en comunicarle a Baquedano que intentara realizar un ataque combinado con el ejército de Villagrán. En seguida regresó Medina nuevamente a Iquique, donde,



Medina comparte sus trabajos de escritor con los de cajista: no pocas líneas de sus libros han sido compuestas por él

por instancias del Presidente Santa María, quedó con el cargo de juez, poco más de año y medio. De su estada en el Norte sólo conserva el recuerdo trágico de haberle tocado condenar al primero que fusilaron. Entretanto, sus estudios habían sido interrumpidos; sin embargo, el haber tenido que practicar una visita judicial en la provincia de Tarapacá le permitió estudiar los vastos territorios del Norte, hasta ese entonces casi inexplorados, realizando algunos descubrimientos valiosos, entre los cuales cuenta el de algunos huesos dispersos de un *megaterio*, diverso del que ha descrito Cuvier. "El doctor Phillippi dedicó esta especie a su descubridor. Ya en años anteriores había dado su nombre a una especie de díptero, nueva para la ciencia, el *Congrophora Medinae*, cuya monografía fué enviada al Congreso Internacional de Ciencias Geográficas de París." (1).

No era, pues, Medina un simple estudioso enamorado de la historia por ese entonces: su maciza cultura científica le encaminaba por de-

(1) Chiappa.—"Noticias acerca de la vida y obras de don J. T. Medina".—Santiago, 1907.

Detalle de la biblioteca

rreteros en aquellos años muy poco socorridos y le iría a servir más tarde en sus deducciones históricas como a Taine y a Buckle, sus estudios antropológicos. ¿Acaso no hay mucho de verdad en aquello de Guerra Junqueiro, de que la historia no es más que una larga experimentación zoológica y que los fenómenos humanos pueden y deben ser estudiados como las variaciones botánicas? Y Medina, antes de darse por entero a las disciplinas históricas, gustó mucho de los estudios de las ciencias naturales y de la astronomía.

Siendo juez en Iquique, había tenido la fortuna de conocer muy de cerca a don Patricio Lynch, quien, a su regreso de Lima, y al ser enviado a España como Ministro Plenipotenciario, le pide al Presidente Santa María nombre a Medina secretario de la Legación, nombramiento que tardó algunos días en extenderse pues el Presidente deseaba colocar en ese cargo a Bruno Larraín Barra, el malogrado autor de "Hypatia".

Era por ese entonces España para Medina el Sancta Sanctorum donde había de encontrar millares de documentos necesarísimos para los estudios que tenía en preparación: un viaje a la Península cifraba tal vez para él la realización de muchos proyectos largamente madurados. En los archivos españoles se conservaban casi vírgenes los mejores papeles relativos a la historia americana. El Gobierno quiso contribuir positivamente a la labor que iba a realizar el escritor, concediéndole una suma de dinero (2 mil pesos) destinada a hacer sacar copias de aquellos documentos de la historia de Chile, que no existiesen en las bibliotecas de Santiago.

—Trescientos sesenta y cinco volúmenes de quinientas hojas fueron los resultados de mi labor investigadora y documental en la Península,—nos dice Medina.—copiados de los legajos, libros y demás documentos existentes en los archivos y bibliotecas españolas.

Trabajó infatigablemente en el Archivo de Indias, cuyos veinticinco mil legajos demandarían un cuarto de siglo para ser examinados someramente: "bástenos saber que Chile,—ha escrito Medina,—la más pobre de las colonias, está representada por no menos de setecientos legajos, que contienen desde las cartas de Pedro de Valdivia, copiadas con letra tan clara y en tal estado de conservación, que parecen escritas ayer; hasta las notas de García Carrasco, que dan fe de sus vacilaciones, dudas y errores ante el asomo de los primeros síntomas de revuelta que, bajo apariencias tímidas y encubiertas, dejan vislumbrar los hasta entonces sumisos habitantes de este país".

En Sevilla permaneció largo tiempo, realizando investigaciones en el archivo notarial y en las valiosas bibliotecas del Duque de T'Serclaes y del Marqués de Jerez de los Caballeros. El archivo de Simancas le retuvo fecundas horas entre sus legajos, donde hizo valiosos hallazgos de documentos relativos a la Inquisición en América: "Nuestros investigadores más diligentes—dice Medina—apenas si habían podido descubrir algunos trasuntos de lo que aquel tremendo Tribunal había sido en Chile, y, sin embargo, se ven allí en tan rico caudal las piezas más interesantes y curiosas, que su publicación, (si es que todo pudiera publicarse), demandaría volúmenes enteros."

También dedicó continuas horas de labor a los manuscritos y volúmenes existentes en las bibliotecas y archivos de la Academia de la Historia, en la Biblioteca Nacional, en la Sección de Manuscritos de la del Escorial, en la de Alcalá de Henares, en el Ministerio de la Guerra y en el Depósito Hidrográfico. Es de suponer lo que pudo significar para Medina un trabajo semejante de comprobaciones, copias, lecturas difíciles que requieren larga preparación filosófica, descifrar manuscritos comidos por la humedad y cuyos caracteres ha borrado la accion de los años, tomar aquí una nota,

leer muchas veces un volumen para comprobar una cita y verificar centenares de textos mal transcritos de copias hechas por pendolistas poco escrupulosos. A no haber realizado Medina dicha labor, todavía estaríamos a obscuras en muchos puntos capitales de la historia americana: recordemos tan sólo el caso de Lea, que, auxiliado por los libros suyos, ha completado su Historia de la Inquisición, con un volumen dedicado a América.

—¿En Madrid hizo Ud. frecuente vida de diplomático, no faltando a las recepciones y a las fiestas de la Corte?—le hemos preguntado a Medina.

—Cumplía con las obligaciones oficiales—nos ha respondido—y frecuentaba algunas amistades que eran de mi dilección. Por ese entonces conocí de cerca, llegando a ser muy buenos camaradas, a Monseñor Della Chiesa, el actual Pontífice Benedicto XV. Era él secretario del entonces Nuncio ante el Rey de España, Monseñor Rampolla, quien me había invitado a su casa para tratar de los asuntos de Chile, cuyas relaciones con el Vaticano estaban interrumpidas. Por ausencia del almirante Lynch, yo quedé como Encargado de Negocios, lo cual me acreditaba para ventilar los asuntos diplomáticos de la Legación. En tales circunstancias, había intimado con el secretario, con quien íbamos todas las tardes al Congreso a escuchar el gran debate sostenido entre Cánovas, Zagasta y Castelar. Por esos días llegó a Madrid don Marcial Martínez, Ministro de Chile en Londres, aquel año del 84. Una tarde invité a don Marcial a escuchar el debate desde la tribuna diplomática; nos tocó en suerte asistir a una sesión memorable, lo cual me indujo, una vez terminada, a preguntarle al señor Martínez:—¿Qué le pareció, don Marcial?—como esperando oír de sus labios una expresión de asombro y admiración ante aquella oratoria de oro puro. Pero, cuál no sería mi sorpresa, al escuchar que don Marcial me respondía:—Principiantes, principiantes, hombre...

—De sus impresiones de estudioso en la Península, de sus amistades literarias y de sus buscas eruditas, ¿conserva usted recuerdos gratos? pues no sería el suyo el primer caso de haber tenido duras dificultades en sus investigaciones.

—Eso, no; a mis amigos de España le debo atenciones exquisitas. Como recuerdos agradables, no olvidaré jamás la emoción que sentí en la iglesia de Santa María, en Alcalá de Henares, cuando leí la partida de nacimiento de Cervantes. Respecto de mi amistad con escritores, puedo decirle que a menudo tenía de visita a Núñez de Arce en la Legación; que a Campoamor y Menéndez y Pelayo les veía frecuentemente (no olvido qué fué él quien me propuso en la Real Academia de la Lengua); y casi a diario charlaba con el bueno de don Manuel del Cañete, con Tamayo y Baus, entonces Director de la Biblioteca Nacional, con el erudito don Aureliano Fernández Guerra; con los americanistas don Marcos Jiménez de la Espada, don Justo Zaragoza, don Cesáreo Fernández Duro, don Adolfo Herrera, con quien íbamos todos los domingos a los toros, pues estábamos abonados.

Encima de la mesa de trabajo de Medina vemos la última obra de Herrera 'El Duro" (estudio de los reales de a ocho españoles y de la moneda de igual o aproximado valor labradas en los dominios de la corona de España), que le acaba de remitir desde Madrid su autor. Hojeamos los dos enormes volúmenes, magníficamente impresos, y encontramos a menudo citas de sus obras. Herrera es también el autor del libro "Las medallas de Proclamaciones y juras de los reyes de España".

—¿Tuvo ocasión de conversar con el rey alguna vez?

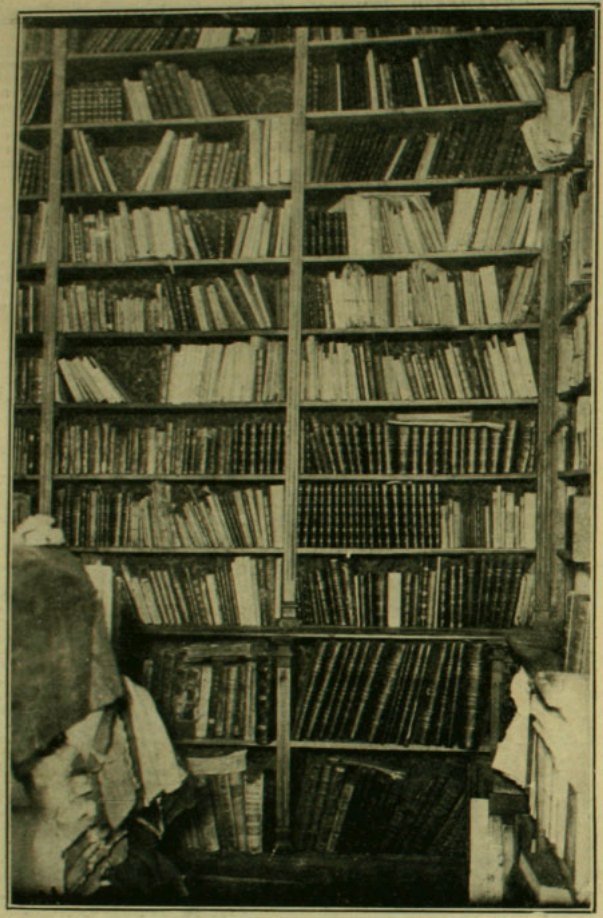
—Sí. En dos ocasiones nos recibió con amabilidad exquisita, a pesar de que la reina, sobrina del infortunado Emperador Maximiliano de Méjico, veía con malos ojos a todos los americanos...

—¿Cuál fué el resultado que Ud. estima más importante para su labor documental, obtenido en ese viaje a la Península?

—Sin lugar a dudas todos los papeles que descubrí sobre la Inquisición en América. Recuerden ustedes mis volúmenes sobre el Tribunal del Santo Oficio en Lima y Chile, y allí encontrarán muchas noticias sobre lo que significó para mí la labor de tal estudio en los archivos españoles.

En efecto, hemos hojeado la "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima" y la "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile" y en las introducciones de ambas obras hemos leído lo siguiente: "Cuando a fines de 1884 penetraba en el monumental archivo que se conserva en la pequeña aldea de Simancas, estaba muy lejos de imaginarme que allí se guardaran los papeles de los Tribunales de la Inquisición que funcionaron en América, ni jamás se me había pasado por la mente ocuparme de semejante materia. Comencé, sin embargo, a registrar esos papeles en la expectativa de encontrar algunos datos de importancia para la historia colonial de Chile; y, al mismo tiempo que vi coronados mis propósitos de un éxito lisonjero, fuíme engolfando poco a poco en su examen, hasta llegar a la convicción de que su estudio ofrecía un campo tan notable como vasto para el conocimiento de la vida de los pueblos americanos durante el gobierno de la metrópoli. Pude persuadirme, a la vez, que cuanto se había escrito sobre el particular estaba a enorme distancia de corresponder al arsenal de documentos allí catalogados, al interés y a la verdad del asunto que tenía ante mis ojos." "Estos materiales (documentos para el Tribunal del Santo Oficio en Chile), existían, sin embargo, enterrados en un obscuro aposento—el Cubo de la Inquisición—del monumental Archivo de España establecido en el Castillo de Simancas; y con ellos a la vista hemos de proceder a relacionar las causas de la fe que se desarrollaron en Chile."

La sección tipografía de su imprenta particular



La tercera salá de la biblioteca

—¿No publicó alguna obra suya durante su estada en España?

—Nada de importancia, en realidad. Todas las horas que me dejaban libres mis ocupaciones diplomáticas, las dedicaba al estudio y copia de documentos para la colección de Historiadores de Chile y para mis obras sobre el Tribunal del Santo Oficio... ¡Ah! un recuerdo que debo consignar por haber causado un doloroso trastorno en mi vida: fué la noticia de la muerte de Vicuña Mackenna, que me dolió como si hubiese sido la de mi segundo padre.

El año 86 regresó Medina de España para contraer matrimonio en diciembre con la que es hoy la ejemplar compañera de su vida, la señora Mercedes Ibáñez y Rondizzoni. Desde el año siguiente 1887 hasta 1892, fecha de su tercer viaje, da a la estampa las siguientes obras, que son el mejor testimonio de su labor enorme, casi incomprensible: "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima", dos volúmenes; "Biblioteca Americana", catálogo de su colección de libros relativos a la América Latina con un ensayo de bibliografía de Chile durante el período colonial; "Las Guerras de Chile", poema histórico por el sargento mayor Juan de Mendoza Monteagudo; "Histórica Relación del Reino de Chile", reimpresa con una introducción biográfica y notas; "Colección de documentos para la Historia de Chile", cuatro volúmenes; "Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional", cuatro volúmenes; "Cosas de la Colonia"; "Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile"; "Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile" por Felipe Gómez de Vidaurre, con una introducción biográfica y notas, dos volúmenes; "Catálogo de la colección de mapas, planos y vistas relativos a Chile"; "La Imprenta en América", epítome; "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile", dos volúmenes; "La Imprenta en Lima", epítome; "Biografía de la Imprenta en Santiago de Chile"; "Monedas y medallas hispanoamericanas".

Los acontecimientos de la revolución de 1891 interrumpieron esta su labor fecunda. Ratos muy desagradables tuvo que vivir en aquellos días agitados: como partidario de la causa del Presidente Balmaceda, se le consideró enemigo peligroso: y, cosa extraña, por tres veces fué allanada su casa, por creerse que en su imprenta particular se imprimían las proclamas revolucionarias que circulaban en la ciudad y más de una vez también el arrojo de uno de sus mejores amigos, el inglés Mr. W. B. Calbert salvó su casa y con ella el tesoro inapreciable de su biblioteca, de las turbas exaltadas que pretendían saquearla. Horas amargas de sobresalto fueron aquellas que le tocaron vivir en pleno período revolucionario, hasta que al fin, perseguido de todas maneras, se vió obligado a marcharse a la República Argentina. Los meses de destierro que tuvo que soportar en Buenos Aires los aprovechó en la preparación de su obra "Historia y bibliografía de la Imprenta en el antiguo Virreinado del Río de la Plata", cuya impresión costeó el Museo de la Plata, gastando en ello cerca de doce mil nacionales. La edición es cuanto de más primoroso se puede exigir: "Los pliegos de esta obra pasaron cinco veces por las prensas, empleándose en sus estampas cuatro procedimientos: grabado en madera (algunos retratos), zincografía (láminas de impresos), litografía (facsímiles, fototipia (láminas mayores.)" (1).

—¿Cuánto tiempo alcanzó a permancer en Buenos Aires?

—Sólo ocho meses, desde marzo a octubre del 92. Los sucesos de la revolución me obligaron a partir solo y aguardar que mi esposa

(1) Chiappa.—Bib. Med.

me encontrase en Buenos Aires algunos meses más tarde.

—¿Ya contaría usted con muchas relaciones intelectuales en la vecina República, debidas a sus obras?

—A Mitre le conocía bastante. Me ligó a él una de esas amistades que perduran a través del tiempo. ¡Cuántas atenciones exquisitas le debimos mi mujer y yo! Casi a diario tenía ocasión de encontrarme con él en su biblioteca. Por ese entonces estaba ardientemente ocupado en su traducción del Dante. También fuí amigo muy de cerca con los Carranza, hombres de mucha cultura y de una bondad imponderable para conmigo...

Como de improviso corta Medina la hilación de su discurso; piensa un instante, se sonríe sabrosamente y nos dice:

—Le voy a contar algunas anécdotas muy divertidas de un amigo muy íntimo que tuve por ese entonces en Buenos Aires, y que era un bibliógrafo... más bien debería decir un bibliómano, consumado. Tanto fué su amor por los libros que en él se confundía sin reparos con la cleptomanía... Y va de cuento: un día solicitó permiso para visitar la valiosa biblioteca de los Franciscanos de Córdoba. Como en el convento no ignoraban del todo las aficiones de mi amigo, le concedieron dicho permiso, pero no sin antes ordenarle a un lego que no le abandonase un instante. Mirando por aquí en los anaqueles y busca buscando, vió en un rincón hasta cinco ejemplares del primer libro impreso en la Argentina, las "Laudationes quinque", de Bernabé Echeñique, en honor de Duarte Quiroz, publicado en Córdoba de Tucumán en 1766. Para un bibliógrafo como mi amigo, este hallazgo era inapreciable. El pensó: ¿cómo obtener un ejemplar? Caviló un instante y recurrió a una treta ingeniosísima: cuando estaba más descuidado el lego, que no le perdía pisada, fingió un desmayo, y cayó redondo al suelo. El lego, al ver esto, dió voces de socorro y corrió disparado a dar aviso. Tranquilamente mi amigo tomó los cinco ejemplares y los colocó en los bolsillos especiales que tenía en su sobretodo para tal objeto. Más tarde le obsequió uno de éstos al general Mitre, quien, a su vez, me lo regaló a mí, y que es el que tengo ahora en mi biblioteca...

—¡Deliciosa la anécdota!—alcanzamos a decir cuando Medina nos replica:

—Oiga usted otra no menos sabrosa. Supo este mi amigo que iban en viaje a Roma algunos frailes franciscanos del convento de Ocopa, Bolivia, llevando un magnífico cargamento de libros raros. Saberlo y trasladarse a Salta todo fué uno. Por allí debían pasar los viajeros. El día de la llegada de éstos se instaló con varios soldados en la plaza de Salta, no sin olvidar llevar antes numerosos perros bravos. En la tarde, cerca ya de la oración, los cencerros advirtieron a lo lejos el paso de las récuas. Al desembocar las mulas en que cabalgaban los frailes, llevando su carga fueron soltados los mastines y se dispararon algunas armas de fuego. El susto y la confusión lo desbarataron todo: rodaron los sacos por el suelo, huyeron sus dueños, y los libros quedaron en poder del interesado. Entre estos volúmenes tuve la fortuna de conseguirle a mi amigo me cediera, para obsequiarle a Mitre, un ejemplar de "La Vida de Cristo", del Padre Bertonio, impresa en 1614, en July, una de las ciudades del interior de Bolivia que contó con una riquísima imprenta, de la cual salieron obras que hoy son tesoros bibliográficos.

—Hace pensar esta anécdota en una de esas saladas escenas del "Gil Blas".

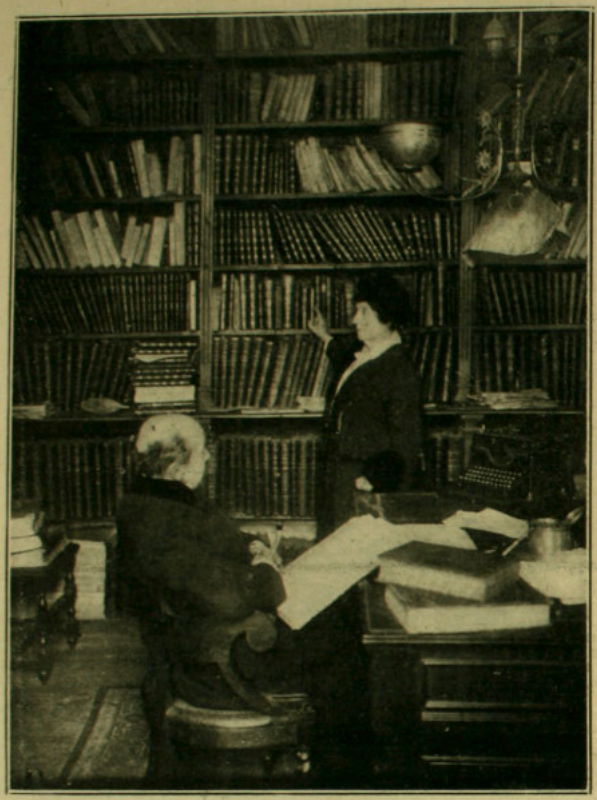
—Y, sin embargo, nos agrega Medina, no quito ni pongo un punto: es una historia auténtica que en Buenos Aires la conocen muchos y que mi amigo refería a cuántos querían oirla. A pesar de haber muerto hace algunos años, no doy su nombre, por respeto a su memoria.

En octubre del 92 partió Medina, acompañado de su esposa, a Europa. Desembarcó en Cádiz, donde le ocurrió un incidente digno de ser referido. Llevaba treinta ejemplares de su obra impresa en Buenos Aires, con las respectivas dedicatorias, para ser repartidos en España. Al querer retirar el cajón de la Aduana, le cobraron doscientas cincuenta pesetas de derecho. Medina, como era natural, se negó a pagarlas, renunciando a retirar los libros. Poco tiempo más tarde, estando en Sevilla, el Cónsul de Chile le comunicó que una señora ofrecía despacharlos de Cádiz, previo el pago de cincuenta pesetas. Gustoso accedió y obtuvo sus libros.

—En Sevilla—nos refiere Medina—había tertulia diaria, ora en casa del duque de T'Serclaes, ora donde el Marqués de Jerez de los Caballeros, cuyas bibliotecas, (vendidas hace algún tiempo a Mr. Archer Huntington, fundador de la Hispanic Society of América), constituían por ese entonces el mayor tesoro bibliográfico particular de la Península. (Recordamos que en alguna parte de sus libros habla Menéndez y Pelayo de la valiosa colección de novelas españolas del duque de T'Serclaes, como de una de las únicas completa en España). Allí iban Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín, Gestoso y Pérez, autor de la obra "Sevilla monumental, y artística"; Valdenegro, cuyo libro "La Imprenta en Córdoba", es un monumento de erudición; Chávez, autor de "El periodismo en Sevilla"; el doctor Hazañas y la Rúa, que ha publicado las obras de Gutiérrez de Cetina y un tomo sobre "La Imprenta en Sevilla"; Montoto, poeta apreciadísimo; Leopoldo Cano, Serrano, Carlos Jiménez, el doctor Laso de la Vega. A esa reunión no faltaba el impresor, que editaba sus obras, don Enrique Rasco, muy conocido y estimado en toda Sevilla. En esas reuniones siempre se trataba de materias literarias, y se hacía labor provechosa en el seno mismo de las bibliotecas del duque de T'Serclaes y del marqués de Jerez de los Caballeros.

Durante ese viaje, en España trabajó asiduamente documentándose para publicar su "Biblioteca Hispano Chilena" y para componer su volumen sobre Vasco Núñez de Balboa. Recogió cuánto le fué posible sobre la Imprenta en América. Dió a la estampa su "Descubrimiento del Río de las Amazonas", publicado en lujosa edición a expensas del duque de T'Serclaes y dedicado también a él. El Archivo de Indias le vió a diario aguardando sus horas de acceso para dedicarse a la obra de compulsar toda clase de manuscritos y documentos, pagando a

Precioso estante tallado en el cual se conservan ediciones raras, que constituyen tesoros bibliográficos



La esposa del historiador ha sido hasta hoy su mejor colaboradora

peso de oro a los cópistas los trabajos que necesitaba traer consigo a Chile. Publicó además en España una "Nota bibliográfica sobre un libro impreso en Macao en 1590", la "Doctrina cristiana y catecismo" del Padre Luis de Valdivia, un "Brevísimo epítome de la Imprenta en Manila", una linda pequeña edición de un "Catálogo de libros españoles cuya descripción bibliográfica solicita J. T. M."

—¿Muchas dificultades encontró para su labor en los Archivos Españoles? Recordamos los casos de numerosos investigadores extranjeros que habiendo ido a trabajar a España en eruditas buscas bibliográficas, se vieron obligados a desistir de sus empeños ante los inconvenientes que encontraban por doquiera en sus labores.

—Mis amistades me valieron de mucho y me ahorraron a veces incomodidades que en otro caso tal vez hubieran dado al traste con todo mi empeño. Pero, ya verá Ud. más adelante, lo que me han costado algunos de mis libros más recientes.

En efecto, en una de las últimas obras del docto Rodríguez Marín encontramos una referencia sobre Medina que prueba sobradamente la altísima estimación en que tiene al autor de la "Biblioteca Hispano-Chilena". Al dedicar un curioso artículo a sus trabajos en el Archivo de Protocolos de Sevilla, dice: "Inagotables es aquel venero histórico hispalense; tanto abunda en documentos peregrinos, que hay para ir gastando en libros, opúsculos y conferencias, para guardar, y aún para regalar a todo amigo necesitado o curioso; y, con todo esto, allí se está la cantera como si a ella no hubiesen tocado. Yo dí al eximio historiador chileno don José Toribio Medina obra de una veintena de copias de escrituras que otorgó el famoso cosmógrafo Sebastián Caboto... etc."

En 1896 regresó Medina a Chile. Cerca de cuatro años había permanecido en la Península, enteramente dedicado a sus labores bibliográficas. Siete reside en Chile, antes de emprender el mayor de sus viajes, para documentarse y componer sus libros sobre la Imprenta en América. Durante esos años publica más de setenta y ocho volúmenes, que representan el resultado de todas sus busquedas; muchos de esos libros son publicaciones de documentos anotados sobre la Historia de Chile, otros volúmenes bibliográfico-críticos y no pocas obras de historia y de erudición; trabajo abrumador, digno de un docto benedictino, que sólo compartiese sus horas de labor entre el breviario y la mesa de redacción.

Deseoso de terminar sus trabajos sobre la Imprenta en América, parte, pues, a fines de 1902. Todo el material que había recogido en Europa era aún insuficiente; necesitaba ir de ciudad en ciudad, y de biblioteca en biblioteca en América para visitar cada lugar donde hubiesen funcionado imprentas durante la colonia: Lima, Guatemala, Méjico. La ciudad de los Virreyes será el primer alto en su peregrinación de estudio. Ricardo Palma, a quien le ligaba una sincera amistad desde su primera estada en Lima cuando Medina fué testigo de su boda, le acoge dándole toda clase de facilidades y aún cuando no había olvidado que los soldados chilenos vencedores el 79 le habían saqueado su casa de Barranco. Poco más de tres meses se detuvo en Lima, dejando terminada la documentación para su volumen "La Imprenta en Lima".

Continuó en viaje a Guatemala, donde estuvo cerca de sesenta días.

—Nunca olvidaré—recordaba Medina — las atenciones obsequiosas que debo a los guatemaltecos. Mi sala de trabajo era la Corte Suprema y a un paso del cuartel de policía, donde fusilaban a diario. Mis mejores amigos fueron allí don Antonio Batre Jáuregui, diplomático y escritor; don Agustín Gómez Carrillo, historiador, padre del conocido cronista Enrique Gómez Carrillo. Un día el Presidente Estrada Cabrera me hizo anunciar que me recibiría en audiencia, pero, oportunamente aconsejado por un benévolo amigo, desistí de la visita. Este mi amigo me advirtió que en la sala presidencial donde debía ser recibido había dos cortinas y tras ellas varios oficiales con revólver amartillado, prestos para disparar sobre la visita si ésta hacía un movimiento que se pudiese considerar

sospechoso. He aquí la razón por qué no le hice la visita de rigor a pesar de serle deudor de delicadas atenciones. Creo poderle explicar lo que era por ese entonces aquella República con decirle que para abandonar Guatemala se necesitaba autorización del Ministerio del Interior y para embarcarse en San José un telegrama del Presidente de la República, de lo cual no se exceptúan ni los Ministros diplomáticos, como puede corroborarlo Beltrán Mathieu... Olvidaba decirle que en Guatemala tuve la fortuna de encontrarme con un letrado muy inteligente, don Ramón Salazar, autor de una "Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala".

—¿Tiene que decir otro tanto de Méjico?

—No; en ningún caso. Por la inversa, todo fué aquí atenciones y gentilezas. Desembarcamos en el Puerto de Salinas Cruz, mi esposa y yo, y encontramos desde el primer instante, personas amabilísimas que tenían noticias de nuestro arribo. Durante nuestro viaje en ferrocarril a Méjico, tuve ocasión de leer en un periódico, creo que se llamaba el "Mexican Herald", un elogioso saludo de bienvenida, en el cual se noticiaba sobre el objeto de mi viaje. A los dos o tres días de estar en la capital, fuí recibido en audiencia por el Presidente Díaz, quien me colmó de atenciones, ordenando que se me diesen amplias facilidades. Recuerdo que don Porfirio me preguntó si era efectivo que el Gobierno de Chile pensaba acreditar como Ministro en Méjico a don Joaquín Walker Martínez. Como yo asintiese a la pregunta suya, él no pudo contener un gesto de disgusto, dando a entender claramente que en Méjico no sería bien recibido. Creí yo de mi deber comunicarle esto al señor Riesco, entonces Presidente, quien le dió más tarde mi carta a leer al propio señor Walker acarreándome su enojo. Yo no había hecho otra cosa que prevenir al Gobierno chileno y al señor Walker para que se evitaran malos ratos y posibles complicaciones. Felizmente, creo que más tarde don Joaquín, comprendiendo mi intención, no me llevó el hecho a mal.

En Méjico debió Medina muchas atenciones mientras realizaba sus trabajos bibliográficos, a don Vicente P. Andrade, autor de una "Bibliografía de Méjico en el siglo XVII", que puso su riquísima biblioteca a su disposición; a don Luis González Obregón, autor de "Méjico Viejo"; al licenciado Genaro García, investigador eruditísimo, editor e ilustrador de las obras de Bernal Díaz del Castillo, para quien le obtuvo una copia del retrato que existe en Guatemala; al doctor don Nicolás León, gran arqueólogo y bibliógrafo; a don Joaquín Casasús, diplomático y poeta, buen traductor de los poetas latinos; a don Amado Nervo, conocido además de sus volúmenes líricos, por su curioso estudio sobre Sor Juana Inés de la Cruz; a don José María de Agreda y Sánchez, segundo Director de la Biblioteca Nacional y poseedor de la más rica biblioteca mejicana que exista en cuanto a obras raras; al licenciado Chavero, diplomático y escritor.

—Una de las cosas que sentí hondamente—recuerda Medina—fué no poder consultar la valiosa biblioteca de García y Calvaceta, que había muerto.

—¿Qué ciudades visitó en Méjico?

—Muchas y de muy linda y peligrosa manera: Puebla, Guadalajara, Guajaca, Guanajuato, Veracruz, Querétaro. Algunos de estos viajes fueron realizados en diligencias, otros a lomo de cabalgadura, varios en ferrocarril. Con razón no faltaba quien considerase a mi mujer como una heroína, pues ella me acompañó a todas partes, hasta el último y más apartado rincón.

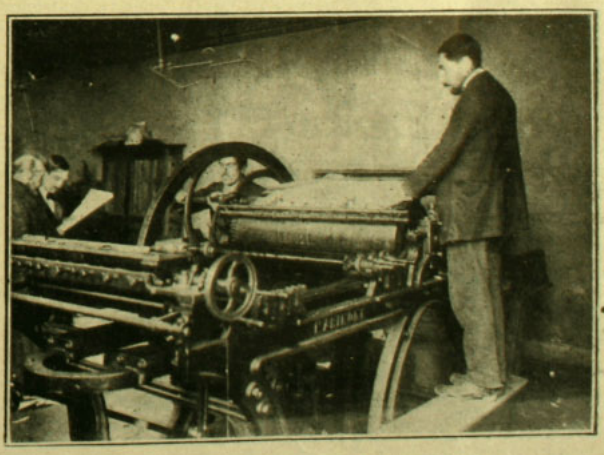
Terminada su misión, partió en viaje a Francia y luego a Italia. En la Biblioteca del Vaticano, encontró cordial acogida en el sacerdote jesuíta Ehrle, quien le dispensó muchas atenciones, pues conocía su obra. Le dió toda clase de facilidades, hasta el punto de poner a su disposición bibliotecas que acababan de ser adquiridas y que aún no estaban catalogadas. Prosiguiendo en su viaje de estudio, visitó la biblioteca de Turín, donde encontró el primer ejemplar de que se tiene noticia del Chilidugu del Padre Havestadt, impreso en el Monasterio de Münster, en 1777.

Regresaba a Chile Medina en 1904, trayendo millares de documentos y apuntaciones para emprender la publicación de la imprenta en América; para comprender lo que significó este su viaje de estudio a través de tantos países, sería menester recordar las peregrinaciones eruditas del insigne Menéndez y Pelayo, insaciable e inteligente espurgador de archivos y de legajos cosmopolitas. Análoga a la obra del autor de la "Historia de las ideas estéticas en España", es la de Medina, aunque ella se haya orientado en un sentido un tanto diverso: más histórico y bibliográfico que literario.

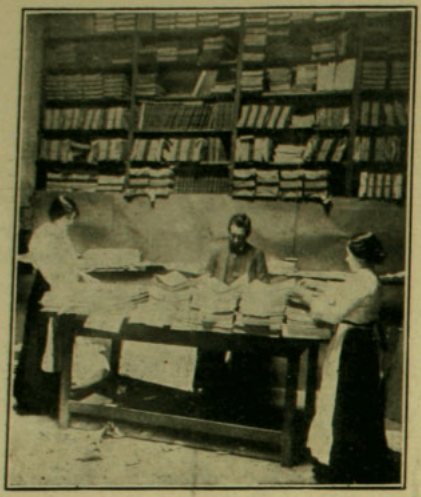
Más de sesenta volúmenes son el fruto de su labor durante los ocho años que permanece en Chile después de su último viaje; publica todos sus trabajos sobre la Imprenta, algunos de los cuales, como "La Imprenta en Lima" e "Imprenta en Méjico", son tal vez los mayores emporios bibliográficos que se han dado a la estampa en la América indo-latina. ¿Qué decir también, que ya no haya sido señalado allende y aquende los mares de su "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Méjico", del "Diccionario Biográfico Colonial de Chile", de su historia "El veneciano Sebastián Caboto", de su primorosa edición de "La Araucana"? Son todos ellos títulos que completan la vasta labor comenzada a los veinticinco años.

Pero, recordemos ahora lo que le significó a Medina el trabajo de su obra predilecta, la que llena sus mejores horas y que constituirá en el futuro el mayor título de gloria para este erudito: sus trabajos y publicación de documentos sobre Ercilla.

Tuvo noticias en 1903 Medina de que el sabio cervantista don Cristóbal Pérez Pastor poseía multitud de documentos valiosísimos sobre Ercilla y que cedería el derecho de copia de ellos por la cantidad de seis mil francos. Presentó



La prensa impresora de la imprenta



Talleres de encuadernación

Medina una solicitud al Consejo de Instrucción Pública, a fin de que insistiera ante el Gobierno para que se consultara dicha cantidad en los Presupuestos, pudiendo realizarse la adquisición del derecho de copia de los documentos ercillanos. Sin embargo, fracasó tal proyecto en la Cámara donde se estimó inútil semejante gasto. En espera de poder publicar Medina algún día los documentos sobre Ercilla junto con el texto de "La Araucana", la había impreso en 1903; pero como negó su apoyo el Congreso fué preciso que la diera a la publicidad en 1910, aprovechando la fiesta del Centenario.

Como Pérez Pastor no había encontrado comprador para dichos documentos, pensó utilizarlos en su discurso de ingreso a la Academia de la Lengua; pero murió sin llegar a incorporarse, siendo obsequiados los documentos por los herederos del extinto a la Real Academia, la que, a su vez, como un homenaje a sus donantes, le encomendó a Rodríguez Marín su publicación, cosa que no pudo hacerse, y a la cual éste había renunciado en definitiva por estar entregado del todo a sus estudios cervantistas.

Así estaban las cosas cuando partió a España Medina, a proseguir de cerca ahora sus gestiones para la posesión de los documentos.

—Una vez en Madrid—nos dice don José Toribio—insinué la idea de realizar el trabajo que seguramente Rodríguez Marín no emprendería; pero se me dijo que si aquél no lo hacía por el momento, lo había de emprender más tarde. Algunos días después manifesté deseos de ver el testamento de Ercilla que se conserva en la Real Academia, a lo cual se negó ésta terminantemente, o más bien dicho, el secretario señor Catalina, que era allí omnipotente, alegando que sería desdoroso para España que un *extranjero* hiciera esa publicación. En vista de tales negativas, yo me lancé, por mi parte, en busca de los documentos originales, tarea que no era fácil, porque la entrada en el Archivo Notarial de Madrid era poco menos que imposible, siendo, como es, de propiedad particular, sin antes sufragar derechos prohibitivos, cuales son los de pagar treinta céntimos por cada año de antigüedad del protocolo que se consulte y que en el caso que me interesaba eran los de doscientos veinticuatro notarios obrados en el espacio de treinta años, suma que por sí sola habría excedido a todo el Presupuesto de Instrucción Pública de Chile, sin contar con los derechos de busqueda, de copia y de autorización. Pero la cuestión era entrar al Arch'vo **Notarial, (a aquel Sancta Sanctorum al cual** no tenía acceso ni el propio Director de la Biblioteca Nacional, Rodríguez Marín), gastando en estas gestiones semanas y semanas, sin que me valiera un ápice la comisión que el Gobierno de mi país me había conferido (para estudiar la organización de aquel Archivo), pues al cabo de consultas y trámites se resolvió que la entrada me sería permitida en las condiciones de cualquier hijo de vecino, esto es, pagando los derechos correspondientes. Sin desmayar por nada de esto, moví entonces los resortes del empeño, habiendo sido al fin la llave maestra de todo el Marqués de Laurencin, Secretario del Senado, quien logró del Ministro de Instrucción Pública, una carta de su puño y letra para el archivero. Quedaba por doblegar la voluntad del encargado del Archivo, sargento de caballería y hombre listísimo que, en previsión de que se le asaltara, tuvo la precaución de colocarse revólver al cinto y hacerlo notar con cualquier pretexto. Entonces, la tarea comenzó a facilitarse. Merced a recursos de ingenio y a los no menos eficaces del bolsillo y al cabo de seis meses de labor diaria, se completó la obra de las copias para partir al día siguiente de Madrid en dirección a Chile. Se habían gastado treinta y cinco mil pesetas y traía en mi poder seiscientos documentos ercillanos. A mi llegada a Santiago recibí la agradable nueva de que los seis mil pesos con que el Gobierno auxiliaba la publicación de esos documentos habían sido devueltos a la Tesorería por ausencia del que debía editarlos... ¡Debo agregarle que, publicado el libro, no se ha vendido un solo ejemplar!

Mientras recordamos estas últimas palabras de Medina, pronunciadas con amargura, como quien recuerda la conducta ingrata de un hijo, le decimos:

—Pero, en cambio, no olvide Ud. que en España todo un Marqués de Laurencin ha dicho a la Real Academia de la Lengua, lo siguiente, en un informe elogiosísimo: "No tendréis, pues, **por exagerada, si por gráfica y exacta, mi afir**mación de apellidar soberbio e imperecedero monumento el erigido por los nobles arrestos del ilustre publicista chileno a la memoria de Ercilla. Del íntimo maridaje del genio poético y el heroísmo español, surgió la epopeya sin par de *La Araucana*. Necesitaba un comentarista digno de ella y lo ha encontrado en don José Toribio Medina."

—Tal ha sido, pues, amigo, mi labor: mucho trabajo y muchos desengaños.

Queremos apartar el ambiente de tristeza que reina en ese instante; mientras Medina nos alarga una carilla de prueba de sus últimos volúmenes sobre Ercilla, le decimos:

—Para completar nuestro estudio, quisiéramos que nos contara algo de su biblioteca, de las riquísimas ediciones que ella encierra: los libros que han sido, con su digna esposa, los más fieles amigos de su vida de estudioso, guardarán muchos recuerdos gratos y muchas impresiones de sus primeros años de labor.

—En efecto, mi biblioteca representa la mitad de mi vida. ¡No es posible imaginarse ni relatar los sacrificios que ella me ha costado. Para mí, el desiderátum en materia de libros han sido las Araucanas. No tengo completas todas las ediciones, me falta la edición príncipe de la primera parte, impresa en 1569. Sin embargo, pienso que pude obtenerla y... me quedé sin ella. A mí fué a quien primero me ofreció en venta el ejemplar que poseía el librero don Mariano Murillo; yo había descripto ya en mi Biblioteca Americana tal volumen, y así, pues, fué grande la sorpresa de Murillo cuando al mostrarme el ejemplar, después de hojearlo, le hice notar que le faltaba el retrato de Ercilla que, contra lo acostumbrado, iba colocado en la última página. Fué necesario que Murillo mandase ver el ejemplar que existía en el Museo Británico para que se convenciese. Hizo fotografiar dicho retrato y de este modo completó su volumen para venderlo a Huntington.

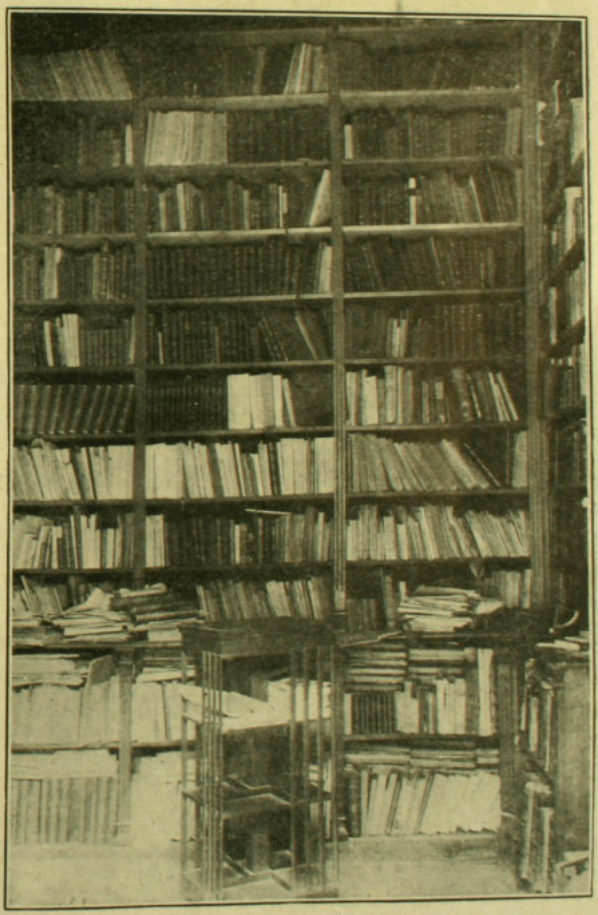
Medina ha coleccionado su Biblioteca en el espacio de cuarenta años. "El objeto a que ha obedecido su formación ha sido, principalmente, el de reunir las producciones tipográficas de la América latina desde que en ella se estableció el arte de la Imprenta hasta que terminó la dominación española. El período que abarca la parte relativa a Cuba alcanza sólo hasta 1810, y es vario en las demás naciones del continente. Llega hasta esa fecha en la Argentina, en Chile hasta 1817, en Méjico y Guatemala hasta 1821, en el Perú hasta 1824, *et sic de coeteris*." Cuenta actualmente dicha Biblioteca más de doce mil volúmenes, de entre los cuales los libros mejicanos suman más de ocho mil títulos, el resto se compone de obras americanas, especialmente relativas a la Colonia. A la parte moderna de su librería le concede poca importancia. En varias ocasiones John P. Winship, bibliotecario de la John Carter Brown Library, le ha hecho ventajosas proposiciones para adquirirla y otro tanto la Universidad de Haward.

Medina comprende que la mejor explicación que puede darnos de los tesoros bibliográficos que guarda en sus anaqueles, será haciéndonos verles. Cruzamos dos salas colmadas de libros, que en sus estanterías se alinean de un modo imponente, hasta tocar lo alto del cielo de la pieza, para encontrarnos en un amplio salón confortable: arrimados a los muros hay varios estantes tallados, que denuncian su prosapia tradicional. Durante algunos minutos desfilan ante nuestros ojos hermosos incunables admirablemente conservados, pequeños volúmenes ricamente encuadernados, ocultos en estuches sencillos: libros, que denuncian la característica huella del tiempo en sus hojas carcomidas y en sus márgenes manchados por la humedad: he aquí el primer volumen impreso en la América del Sur, un ejemplar admirable de la "Doctrina de lengua quichua", impreso en Lima en 1584, con una firma autógrafa del Padre Acosta.

—Por esta obra—nos dice Medina—me han ofrecido seis mil marcos. Tiene una historia curiosa: cuando se estaba imprimiendo, el Papa Gregorio XIII quitó diez días al calendario lo cual ocasionó trastornos curiosísimos en la época; hubo entonces que detener el trabajo de la impresión para dar a la estampa por la misma prensa, la Real Cédula que incorporaba la orden pontificia, en la cual se ordenaba el vacío del calendario. Así, pues, son ambas dos impresiones casi simultáneas.

He aquí otro libro valioso: los "Nueve sermones en lengua de Chile", del Padre Valdivia, que Medina le compró a don José Sancho Rayón en Madrid por la cantidad de mil francos; acá vemos "La Argentina", de Barco Centenera, de la cual se conocen sólo cuatro ejemplares: hermoso libro es el que tienta nuestros ojos: el "Manuale Sacramentorum", impreso en Méjico en 1568, ejemplar único conocido en el mundo, que Medina le compró en Puebla a un abogado; otro de sus tesoros es el volumen pequeñito, primoroso, del "Thesoro Spiritual de pobres en lengua Michuacal", impreso en Méjico en 1575, que adquirió en mil quinientos marcos; hasta hoy sólo se conocen cuatro ejemplares. El que posee Medina está incompleto y ha hecho reproducir del Museo Británico las copias de las hojas que le faltan. Con visible emoción nos muestra Medina el único ejemplar que existe del "Ceremonial y rúbricas generales", impreso en 1579 en Méjico. ¿Y qué decir de las ediciones de "Las Araucanas", a través de las cuales podemos apreciar el más completo tesoro de la tipografía antigua? ¿Qué de la bonita primera edición del Diccionario de la Academia?

—Esta obra tiene su historia—recuerda Medina.—En 1880 estaba yo en el Norte, siendo auditor de guerra en Pisagua. Se ofreció un reconocimiento a Tarapacá, entonces abandonado: nos guió Laiseca, el mismo que extravió a la expedición de Arteaga y que, para no ser menos esta vez, nos extravió también a nosotros.



La segunda sala de la Biblioteca

Desesperado me encontraba una tarde sestean do bajo un pimiento, cuando acertó a pasar por allí un granadero que llevaba los dos primeros tomos del Diccionario. Como le preguntara el origen de ellos, me dijo que los había recogido en una casa abandonada. Le ordené que me trajera los restantes, y ellos vinieron a constituir lo único que granjeé durante mi estada en el Norte.

Muchas anécdotas sabrosas brotan en la charla. Como Medina tiene una memoria prodigiosa, no olvida ni los detalles de las cosas más lejanas. He aquí una de ellas, que por ser muy sabrosa y referirse indirectamente a Medina, relatamos con sus pelos y señales. Uno de los libros más escasos fué siempre "La Ovandina", de Mejía. En cierta ocasión el Ministerio de la Gobernación de Madrid expidió un decreto mandando que todos los libros existentes en los archivos y oficinas de las provincias fueran enviados a la Intendencia de la metrópoli. Entre los primeros libros remitidos fué un ejemplar de "La Ovandina" que, poco más tarde, había de ir a parar a poder del librero Murillo, quien, a su vez, lo trocó en la Academia de la Historia, por otras obras. De allí lo sacó Barrantes, a título de ser compatriota del autor, sobre el cual deseaba escribir un estudio. Jamás devolvió Barrantes dicho ejemplar. Estaba a la sazón entonces en Madrid Ricardo Palma; llevaba escrita una extensa conferencia sobre "La Ovandina", cuya edición primitiva no había visto jamás. Siendo muy amigo de Medina, le dió a leer dicha conferencia antes de dictarla desde la tribuna de la Academia de la Historia. Y, como era natural, don José Toribio, le hizo notar a Palma que estaba plagada de errores, como el de describir el libro en octavo siendo en folio; sin embargo, el autor de las "Tradiciones Peruanas" no quiso oir aquel consejo desinteresado, y tuvo que soportar en medio de su conferencia la rectificación del Marqués de Laurencin. Medina conocía el ejemplar de la obra que había tenido Murillo antes de cederlo para la Biblioteca de la Historia.

—¡He aquí la razón—recuerda Medina—de una serie de folletos tan injustos como violentos de Palma contra Laurencin! Hace algunos años apareció en Ica un nuevo ejemplar de "La Ovandina", que pertenece actualmente a la Biblioteca Nacional de Lima.

La mayoría de sus obras, primorosas en cuanto a la tipografía, las ha impreso Medina en la imprenta particular que posee en su casa. El año 77 compró una pequeña prensa, en la que imprimió el "Catálogo Breve de mi Colección de libros relativos a la América latina". Más tarde, con la idea de dar a la estampa los Documentos para la Historia de Chile, hubo de cambiarse en un establecimiento formal, que exigió la construcción de departamentos especiales y realizar el encargo de tipos y máquinas convenientes. Toda esta instalación fué vendida en 1891, cuando Medina tuvo que abandonar el país, obligado por los acontecimientos revolucionarios. El año 95 instaló definitivamente otra imprenta, que es la que posee en la actualidad. En este taller se han dado a la publicidad numerosos libros de amigos del autor: la "Física ilustrada", de don Diego Antonio Torres; la "Historia de un polizón", de Barros Grez; los "Lepidópteros de Chile", de don Guillermo Calbert; el tercer tomo de la "Crónica de 1810", de don Miguel Luis Amunátegui, encargada por don Domingo Amunátegui; los "Naufragios en las costas de Chile", de don Francisco Vidal Gormaz; la "Vida de Sarmiento", de Guerra; las "Relaciones Geográficas de Chile", de don Nicolás Anrique Reyes; las "Voces usadas en Chile", de don Aníbal Echeverría y Reyes; "La guerra con España", de William Rebolledo.

A pesar de sus sesenta y tres años, Medina está en plena juventud espiritual: es un hombre enérgico, seguro en sus movimientos, de fácil y fresca verba. Trabaja con la actividad de un mozo, no sólo escribiendo y consultando los legajos de sus documentos, sino que en los menudos menesteres de componer en las cajas de su imprenta e imprimir en la prensa. Actualmente tiene en preparación las siguientes obras, la mayor parte de ellas terminadas en sus manuscritos: los volúmenes tercero y cuarto sobre Ercilla y "La Araucana"; "Tres comedias españolas sobre América", que denuncian la influencia del poema ercillesco; "Hernando de Magallanes y la primera vuelta al mundo"; "Monedas coloniales hispano-americanas, con la historia de las casas de moneda en que se acuñaron"; "Monedas opsidionales"; "Medallas del Almirante Vernon" con la historia de su expedición y ataque a Cartagena; "Juan Fernández y el descubrimiento de las islas que llevan su nombre"; "Historia de la literatura chilena de nuestros días"; "Medallas de Proclamación de los Reyes de España en América".

Medina ha obtenido en el extranjero los mayores honores a que puede aspirar un erudito. Es miembro de la Real Academia de la Lengua, de la Real Academia de la Historia, del Instituto Geográfico Argentino, de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, de la Sociedad Geográfica de La Paz, de The Jewesh Historical Society of England, de la Academia Nacional de la Historia de Bogotá, de la Hispanic Society of América, de la American Antiquariam Society, de The bibliografical Society of America y de la Sociedad Científica Argentina.

Tal ha sido la vida y la obra de este erudito infatigable, que prolonga una eterna juventud espiritual. Tal vez; más afortunado que Juan Ponce de León, descubrió en algunas de sus sacrificadas peregrinaciones, la fuente de Juvencio; y en ella bebió el agua de la felicidad.

Panamá, El "Benjamín" de las Repúblicas Americanas

Por H. G. S.

Ilustraciones fotográficas.

La más joven de las Repúblicas americanas, Panamá, está entre las repúblicas de Costa Rica y Colombia, y ocupa la parte más angosta del istmo. Tiene 82,560 kilómetros cuadrados, y es, comparándola con las naciones europeas, un poco menor que Portugal. El número de sus habitantes es de 380 mil, población formada en su mayor parte por nativos: la inmigración reside en la zona del canal.

Un paseo matinal

Las costas, que están bañadas por ambos océanos, son muy sinuosas, prestándose, por consiguiente, a la formación de muy buenos puertos. En el Atlántico encontramos, viniendo del norte al sur, una gran escotadura, la bahía o laguna de Chiriquí. Síguele, en importancia, la bahía del Almirante, llamada así en honor a su descubridor Cristóbal Colón (1513). Porto Bello está situado en un magnífico fondeadero, que fué abrigo de los galeones españoles que hacían el tráfico del nuevo al viejo continente.

Una plaza en Panamá

En el Pacífico encontramos el gran anfiteatro de David, donde se ven algunas fértiles islas; la bahía de Panamá, en la que desemboca el canal, y, cerca de las costas de Colombia, la magnífica bahía de San Miguel, fondeadero para buques de cualquier calado. A pesar de que la cordillera de los Andes se manifiesta de modo notable en esta parte del istmo, el país no tiene sectores volcánicos. La mayor altura es el Pico Blanco, de 3,580 metros. Innumerables ríos corren hacia los dos mares, fertilizando el territorio. Algunos de esos ríos son navegables, sobre todo en las horas de alta marea, en que, por razón de la entrada de las aguas del mar, parece cambiarse el curso de la corriente.

Un fuerte español

Suelo muy rico es el de Panamá. Encuéntrase allí todo lo concerniente a la flora y fauna tropicales. Bosques enteros de made-

Hospital Colón

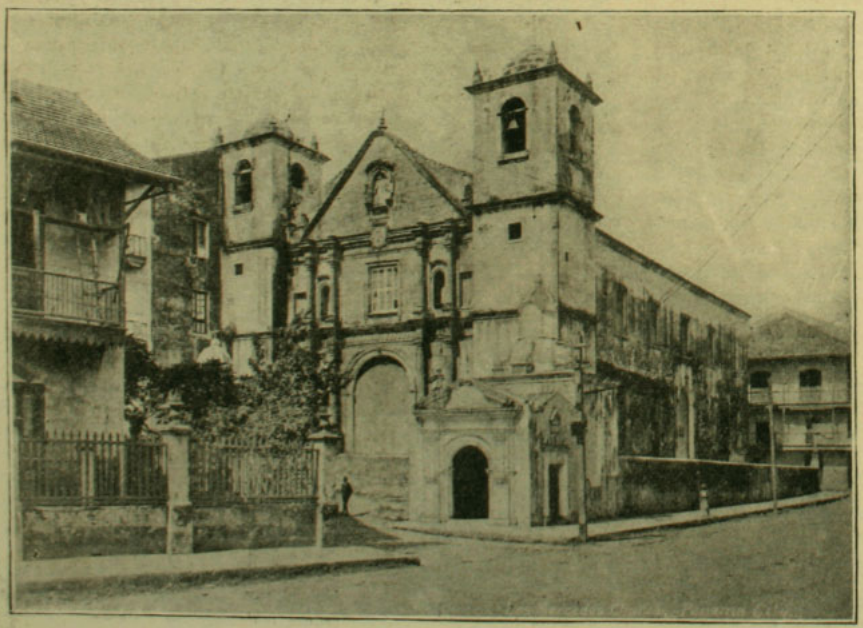
ras preciosas permanecen todavía inexplotados; plantas medicinales de todo género están allí para cuando quiera aprovecharlas la farmacopea. Entre los cultivos extendidos en Panamá, debemos citar en primer término, el de el banano, que constituye la riqueza de gran parte de la zona norte y que se exporta en grandes cantidades a Estados Unidos. Los cocoteros constituyen otra riqueza natural.

Una sola línea férrea tiene Panamá, y ésta es la que une la capital al puerto de Colón, línea que corre en la zona del canal. Se proyecta construir un ferrocarril por cuenta de la nación en la zona más agrícola, aparte de buenas carreteras en las extensas regiones del oriente, donde domina la ganadería.

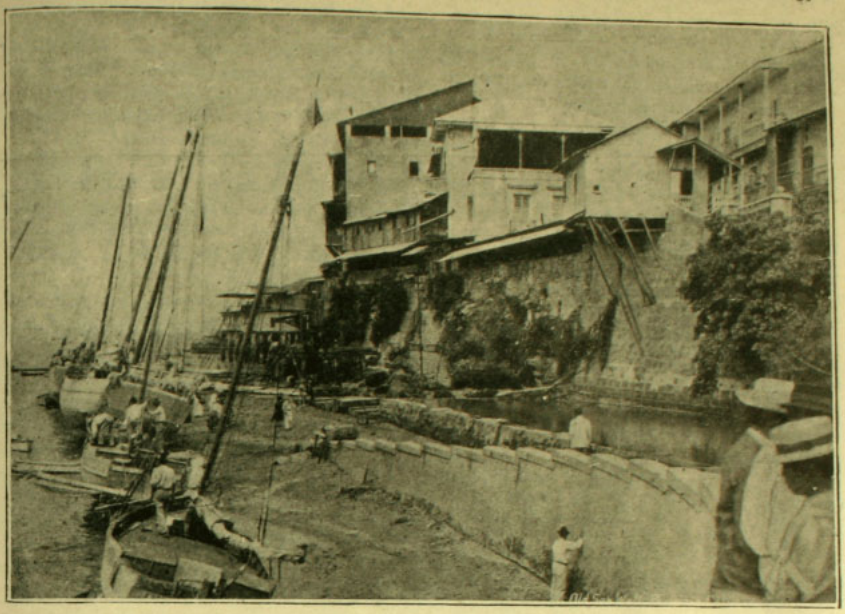
Magníficas líneas de navegación parten del puerto principal del Atlántico, Colón, para Estados Unidos y Europa, y de la boca del canal, que está a menos de veinte minutos de la capital, para todos los países de Centro y Sud América, lo mismo que para San Francisco de California y aún el lejano Oriente. Hay una línea nacional de navegación entre los puertos panameños del Pacífico.

La temperatura media del país es de 26 a 27 grados centígrados, un poco más bochornosa en las costas del Pacífico. Los puertos de los extremos del canal, que antes eran muy insalubres, se encuentran ahora totalmente saneados por los norte-americanos, quienes han hecho habitables las regiones donde murieron los europeos por millares en la época del proyectado canal francés.

El litigio internacional que ha tenido Panamá, aparte de la disidencia con Colombia, es la cuestión de límites pendiente con Costa Rica, en que dictó fallo, como árbitro



Iglesia Las Mercedes



La bahía vieja

el Presidente de la Corte de Justicia de Estados Unidos. El fallo fué desfavorable para Panamá, pero la enérgica y activa actitud del actual Presidente, Dr. Porras, y del Secretario de Relaciones Exteriores, señor Lefevre, logró que se reabriera el juicio, a fin de darle a Panamá oportunidad de hacer valer sus indiscutibles derechos. Ha sido ese un triunfo del Gobierno de aquel país, que es de justicia reconocerlo, trayendo a la memoria los nombres de los altos funcionarios que lo auspiciaron.

La principal ciudad de la república es Panamá, la capital, que se encuentra unida al territorio nacional por una faja que atraviesa la zona norte-americana del canal. Panamá fué fundada por Pedrarias Dávila en 1518, pero en un sitio algo distante del que hoy ocupa. En 1670, Morgan, "el Exterminador", la saqueó y la incendió. Fué reconstruída al pie del cerro de Ancón y cerca de la desembocadura del riachuelo denominado "Río Grande". Existen todavía los muros de la antigua construcción española y otros vestigios de aquella época, tales como la prisión de Las Bóvedas. Panamá está unida a Ancón, ciudad de la Zona, cuya edificación avanza hacia la boca del canal. Está muy modernizada la capital; tiene hermosos edificios, como el Palacio y Teatro Nacional, Palacio Municipal, lo mismo las novísimas construcciones de la Exposición próxima a inaugurarse y que después serán destinadas a oficinas de servicio público. En ese mismo campo se levantarán en breve los palacios que luego servirán para las Legaciones de Estados Unidos, España, Cuba y Venezuela. La idea de la Exposición Nacional, fué del señor Presidente Porras, quien ha tenido como colaborador eficaz a su Ministro de Fomento, señor Acevedo. Fué, asimismo, gestor principal, en su carácter de Director de la

Plaza y Catedral de Panamá

Exposición, el ingeniero centro-americano señor Bermúdez. Tiene un buen servicio de alumbrado y tranvías eléctricos, así como un excelente servicio de agua potable.

Sigue, en importancia, el puerto de Colón, a cuya entrada se destaca una hermosa estatua del marino genovés; Bocas del Toro, puerto de algún movimiento. David, Chiriquí y la ciudad de Santiago de Veraguas, llamada antiguamente Santiago de los Caballeros, y que es una de las antiguas de América, pues fué fundada por Alonso de Ojeda en 1500.

Cuenta esta joven República con hombres públicos entusiastas, deseosos de la mayor prosperidad del país. A más de los citados, podemos nominar al Dr. Ramón Valdés, que ha sido Secretario de Estado, Presidente de la Asamblea y Ministro diplomático; al Dr. Eusebio A. Morales, actual Plenipotenciario en Washington; al Dr. Carlos A. Mendoza, ex-Presidente de la República y legislador, y a don Guillermo Andreve, el más distinguido hombre de letras del país y actual Ministro de Instrucción Pública, cuya dedicación y entusiasmo por el ramo harán perdurar su simpático nombre.

Tales son algunos de los más salientes rasgos en la vida de la joven nación panameña.

Un fuerte abandonado

Un gran discurso que despierta a un pueblo

La oración de Gabriel d'Annunzio

Hemos emprendido, para nuestros lectores de **Pacífico Magazine** el trabajo un tanto audaz de traducir **todo** el discurso dannunziano y no tres o cuatro párrafos como lo han hecho algunos periódicos franceses. Hemso conservado ciertos giros y el ritmo de la prosa, para dar idea más cabal de esta invocación al alma de un pueblo. Creemos que es buena introducción al bellísimo discurso del poeta, la parte del artículo de don Carlos Silva Vildósola, en que cuenta así a "El Mercurio", sus impresiones de Quarto:

"Sobre el escollo para siempre unido a la epopeya italiana, en medio de esta prodigiosa Riviera sofocante de perfumes de flores, frente al mar de la Liguria, el golfo azul que vió tantas grandezas, en presencia de un pueblo inmenso que temblaba de emoción se ha inaugurado el monumento que marcará perpetuamente el punto de donde partió empujada por el genio de Italia la expedición de los Mil de Garibaldi."

"Salimos de la ciudad muy temprano y ya apenas se circulaba en las calles y playas invadidas por los cortejos triunfales, las sociedades de obreros y de estudiantes, las escuelas que se embarcan para asistir desde el mar a la ceremonia, la multitud entusiasmada en que se revuelven todas las clases sociales, río humano arrollador, ruidoso, pintado de cien colores que corre por la carretera, que invade trenes y tranvías y barcas y va hacia Quarto, hacia el escollo histórico."

"Es el episodio triunfal de la tragedia que va pasando sobre la Italia. En un anfiteatro de colinas boscosas entre cuyos jardines asoman las villas de clásicas líneas con el mar por escenario infinito y el cielo itálico como "velarium" primaveral, la muchedumbre va hacia Quarto como a un rito sagrado grandioso y fatal, algo como un juramento sobre un altar, como un voto de sacrificio."

"Banderas e insignias flotan sobre las cabezas, se agitan en los balcones de las casas, empavesan las grandes naves y los barquichuelos que han llenado el golfo de manchas de colores y de ruidos que apagan el de las olas."

"Y llegan cortejos y cortejos con nuevos estandartes que recuerdan a todas las regiones de Italia, con coronas que son el tributo de ciudades y provincias."

"Habla el alcalde de Génova, y al terminar dice, señalando el monumento cubierto todavía por una tela: "Caiga ese velo y hable el Poeta".

"¡El Poeta! ¡Envidiable misión que la suerte reservaba a Grabriel d'Annunzio en el mediodía de su vida! ¡Ser el intérprete de su pueblo, cantar para su raza el himno de la grandeza pasada y vaticinarle la gloria futura!"

"Todo el sentido antiguo de la palabra *Poeta* vuelve a tener su fuerza maravillosa. El que va a hablar en esta hora suprema, elegido como el *Poeta* de la Italia, debe ser un sacerdote de la patria, un rapsoda de su gloria, un augur de su fortuna bélica, un oráculo de sus destinos."

"Descubierto el monumento, aparece a la luz fortísima de la mañana, la figura desnuda del héroe que avanza en un ímpetu irresistible como la proa de un barco que nada detiene, a cuyo paso se alzan de sus sepulcros los muertos héroes, las almas dormidas que con él se embarcarán."

"El Poeta, seguido de los viejos sobrevivientes de la Expedición de los Mil, rudos y fuertes ancianos de camisa roja y mostachos gruesos, sube las gradas del monumento y habla desde allí, envuelto por la muchedumbre, sobre la cual flota su cabeza calva, de perfil muy agudo y con algo de fantástico pájaro heráldico."

"En un silencio absoluto que cuesta mucho producir después de las aclamaciones frenéticas que lo han acogido, d'Annunzio pronuncia con una voz clarísima que vierte cada palabra, como quien sirve un licor gota a gota, la oración estupenda que ha escrito para esta hora única de su vida."

"Es más que un discurso, es un poema en prosa rítmica, cuya armonía íntima el Poeta marca con su pura dicción. Tiene algo de la arenga antigua con que los cónsules

romanos empujaban al pueblo a las guerras, para la grandeza de Roma, tiene pasajes de sabor homérico cuando recuerda la leyenda todavía viva que allí representan Ricciotti Garibaldi, sostenido por sus muletas y los jóvenes nietos del héroe, que vuelven del Argonne cargados de laureles y con el alma llena de voces que les mandan vengar a los hermanos caídos en defensa del mundo latino."

"Termina casi como una plegaria, como un salmo que entona las bienaventuranzas de los que darán sus vírgenes vidas a la Patria, de los que tienen sed de gloria, de los que verán el nuevo rostro de Roma y la triunfal belleza de Italia."

"Y todo ese día y toda esa noche, bajo los pórticos de Genova, en torno de sus monumentos, delante de la habitación que hospeda a los Garibaldi, alrededor de d'Annunzio, llevado en triunfo, en las calles embanderadas e iluminadas, la multitud canta, grita, oye discursos, arroja flores sobre las estatuas de los padres de la Patria, forma cortejos, desfila tras de las banderas, como presa de una necesidad religiosa de renovar en la solemne velada todos los ritos de su historia, toda la sacra liturgia de su patriotismo."

I

Majestad del Rey de Italia;

Pueblo grande de Génova, Corporación del Resurgido San Jorge;

Ligures de las dos riberas y del extranjero yugo;

Italianos de todas las generaciones y de todas las confesiones, nacidos de la única madre, gente nuestra, sangre nuestra, hermanos;

y vosotros, milagro revelado por el no ciego destino, últimos de la sagrada hueste, sobrevivientes en tierra, o, quizá, reaparecidos hoy de la profundidad de la gloria para atestiguar a los faltos de memoria, a los incrédulos, a los indignos, como verdaderamente un día respirara en bocas mortales y multiplicara la fuerza de los caducos huesos esta misma alma que aquí conmueve y levanta el bronce imperecedero;

vosotros también, descendencia carnal de la Libertad y de Aquel que en el bronce se entroniza, imágenes vivas de su juventud indefensa que perpetuáis en el mundo su amor por la tierra lejana y su ansia de combatir a los monstruos;

y, entre vosotros, he aquí las dos sombras penantes, parecidos a los gemelos de Esparta que llevan abierta en medio del pecho esa fuente de sangre que de un golpe, esparció el perfume de la primavera italiana sobre el fango batallador del Argonne;

¿por qué os habéis juntado hoy día sobre esta ribera que nos es ahora tan misteriosa como que en ella comienza otra vida, la vida de más allá, la vida del futuro?

¿por qué estamos aquí reunidos como para hacer expiación, como para celebrar un sacrificio, como para obtener, por medio de la plegaria, una respuesta o una orden?

Cada uno de nosotros lo siente en su corazón abnegado. Pero conviene que sea dicho, bajo este cielo, para que todos, desde la Majestad del Rey hasta el rudo operario nos sintamos temblorosos de amor, como una sola alma.

Hoy brilla sobre la patria un día de púrpura; y ésta es una vuelta para una nueva partida, oh gente italiana!

II

Si alguna vez las piedras gritaron en los sueños de los profetas, he aquí realmente que en nuestra vigilia de armas este bronce manda.

Es un mandato levantado sobre el mar.

Es una mole de voluntad severa en cuya cima se abren dos alas y una guirnalda de laureles se encurva.

Es ingente y poderosa como el torrente decumano, oh marineros, como esa onda que surge con ímpetu después de la nave por la cual fué precedida, antes de la nave que va a seguirla: onda maestra que ofrece o lleva el coraje y la audacia.

Los resucitados héroes levantan con esfuerzo titánico la pesadez de la muerte para que su creador los conduzca a la inmortalidad.

En pie está el creador fijo en esa belleza que solamente destella en las pupilas de nuestros mártires y quedó sellada bajo sus párpados exangües.

El la mira, él la descubre, él la realza. Está delante de él como una masa confusa. El la considera como Miguel Angel su mármol enemigo.

Brazos de arterias terribles son sus brazos. Vosotros lo véis. Y sus manos tienen en

sus dedos "el acto", como las manos de un dios estrechan el rayo. No se sabe si la congestión de sus grandes venas es el esfuerzo de la obra realizada o de la que va a cumplir.

¿Dónde está, sino en vosotros, sino en vuestra improvisada unanimidad, oh italianos, la penetrante belleza que él sustenta y pone delante de sí para conducirla a la sublime perfección?

Ya ninguno habla en baja voz; que han cesado la intriga y la vergüenza; la imbecilidad de no ver y no sentir pasó.

Hacia los Alpes de oriente resucitan los héroes de sus tumbas; de sus carnes laceradas se rehacen; de las armas con las cuales perecieron se arman; de la fuerza que los venció se acorazan; hacia ellos, de cuyos enormes hombros brotan las plumas de la Victoria.

. . . . . .

Ah! si alguna vez las piedras gritaron en los sueños de los profetas realmente este bronce hoy día grita y ordena.

Si alguna vez a la grandeza del héroe fué dedicada eterna construcción de metal—vivificante deuda de nuestros antepasados, esto es, hecha de fuego y aire—he aquí la más poderosa, toda hecha de fuego y de aliento, de fe inflamada y de anhelo incesante, de ardor sostenido y de ansia creadora.

Está caliente todavía. Aún retiene el quemante ardor del horno. El numen ígneo la habita. Tal vez la veríais enrojecida si la luz del sol no la velase. Pero creo que esta noche aparecerá rugiente hajo el gemido del mar, hecha como esta nueva concordia nuestra, de fundición que no se enfría. Y los otros héroes volviendo hacia el Tirreno, de los sepulcros de Sicilia, donde espiga el trigo y está cargado de fruto, dirán:

"Loado sea Dios! Los italianos han reencendido el fuego sobre el altar de Italia."

III

Fuego de amor, de acérrimo amor, de indomable amor, como lo llevaban encerrado en su pecho los predestinados de esa noche de prodigio, en esta costa donde estamos atónitos de escuchar el ansia del mar y la palpitación de los vivientes tantos es remoto en su extraña idealidad como la llanura de Maratón, como el promontorio de Micale, pero sobrepasa aún estas venerandas imágenes sobre toda ponderación;

que allá había legiones ordenadas, naves preparadas, ímpetu previsor, enemigo abierto; pero aquí solamente una embriaguez de consagración a lo desconocido, aquí nada más que pasión y trabajo, ofrecimiento y entrega, ansia de renuncia, olvido de la vuelta; y el poder místico del número estelar: Los Mil!

Las madres, las hermanas, las esposas, las amadas, venían por el camino, vagando de la Porta Pila a Quarto a Foce, llorando, gimiendo, orando, consolándose, esperando y desesperando, con calientes lágrimas, con temblorosas voces, con tiernos brazos;

y ninguna de esas criaturas vivas era para los partidos tan viva como aquella que abandonaba su cuerpo nocturno al mar de Mayo, viva con un soplo, con una mirada, con un indecible semblante; amada de amor, predilecta de dolor: la señora de los tiempos, la señora de los reinos, la Italia.

IV

¡Los Mil! Y se hace la luz en nosotros. El verbo es esplendor. La palabra fulgura ¡Los Mil! he aquí, en medio de nuestra alma, abierta una vertiente de vida perpetua.

¿Conmemoramos el pasado? ¿O volvemos a aquello que fué? Las figuras de la historia corren sin tregua como una cabalgata de ensueño, se extienden en las nubes en un cielo de nimbos, se alejan como los remolines de viento en el desierto, dispersando en el infinito aquella parte de nosotros que no puede volver.

Pero he aquí que esta figura, sobre la fugaz y voraz historia, culmina como una flor inexpugnable en la novedad perenne de la creencia.

Nuestro Dios, a pesar de nuestra larga miseria, darnos quiso un tardío testimonio de nuestra sangre privilegiada.

Innumerables años laboran para formar el invencible diamante en la entraña obscura de la tierra. La raíz desmesurada de la estirpe trabaja en los siglos de los siglos por convertir el acontecimiento en cumbre inmortal.

Y nosotros míseros, nosotros tristes, nosotros perdidos, hemos visto surgir esta cima de lo más profundo de nuestra substancia, del íntimo misterio de nuestra alma. El Dios nuestro, en señal de salvación, ha creado de nosotros mismos este ejemplo.

Ahí está El. Se manifiesta sin sombra; que el medio día es su hora permanente.

¿Cuál levantado pico de los Alpes es más visible para el Ligure que vigila en el alba más transparente?

Ahí está El. Nosotros lo sentimos y lo miramos.

¿Quién piensa en el tiempo? ¿Había tiempo cuando las cerúleas encantadoras del Mar Tirreno llamaban desde la isla de los narcisos a los navegantes peregrinos? Orfeo alzado en la popa pudo vencer la melodía; el rey de Itaca encadenado al árbol pudo no escucharla. ¿Pero cómo la nave de Argo y la nave de Ulises volvieron cargadas de otros hechos y de otros héroes nuevos?

No; fué solamente ayer, grandes testigos lo afirman. El jefe, en el bronce ¡hélo ahí! tiene la posición y grandeza de Teseo. Pero vosotros, oh viejos santos, vosotros lo vísteis con su cuerpo de hombre, con su humana vestidura mortal, en su paso sobre la tierra. Tal es hoy día ante vuestros santos ojos!

Uno de sus hijos, una criatura de su carne, que sus brazos mecieron, vive entre nosotros, habla, obra, trata de combatir todavía. ¿Y no rearde su más rápida sangre en la juventud de sus descendientes que no saben vivir sin gloria, pero entretanto saben morir?

El fué hombre: hombre entre los hombres. Y vosotros lo habéis visto, oh viejos muy santos, vosotros lo habéis visto de cerca, como la Verónica vió a Jesucristo en la Pasión. Su verdadero rostro quedó impreso en nuestras almas como el del Salvador en el Sudario. Ninguna sombra la ofusca.

El sonríe. Vosotros lo véis sonreir! Dínos cuál era la sonrisa de su coraje. Abridnos vuestro corazón y mostradnos este milagro humano. Cualquiera de vosotros habría querido morir en ese momento de su transfiguración.

Este mismo sitio en que estamos El lo atravesó. Con sus pies de marinero lo marcó, balanceando sobre la espalda su espada envainada y levantó los ojos para ver si ya su estrella brillaba. Escuchásteis su voz fatal, más tarde, en el silencio de la bonanza, sobre el agua llena de cielo. Pero, ¿cuál de vosotros estaba a su lado cuando parece que quiso morir sobre uno de los siete círculos desesperados? ¿Escuchásteis entonces su poderosa voz de Arcángel que decía: "Aquí nace la Italia o se sucumbe"?

Y a El que está en el futuro le responde ahora Italia: "Aquí renace y se hace una Italia más grande".

V

Oh, primavera angustiosa, estación de duda y de padecimiento, de esperanza y de temores!

Vosotros no escuchábais sino el rumor del enjambre callejero, sino el clamor de las disenciones, de las disputas, de las riñas. Tendíais el oído al reclamo de los corruptores. Consumíais vuestros días sin verdad y sin silencio!

Pero los lejanos descubrían, debajo de las discordias de los hombres, a la patria recogida en sus riberas, a la patria profunda, sola con su pesadumbre, sola con su trabajo, sola con su destino.

Se desesperaban de piedad filial adivinando su esfuerzo espasmódico, conociendo cuánto debía sufrir, cuánto debía fatigarse para generar su futuro.

Y pensaban dentro de sí: "Cómo sufres! Cómo te afanas! En qué angustia deliras! Te hemos amado en los días negros, te hemos llevado sobre el corazón cuando pesabas como una muerta. ¿Quién de nosotros dirá ahora cuánto te amamos?"

"Toda la pasión de nuestras vidas no sirve para aliviar tu espasmo, oh Tú que eres siempre la más bella y la más paciente. ¿Cómo y dónde te serviremos?"

"Nosotros somos hombres y hombres pequeños y tú eres demasiado grande. Pero hacerte siempre más grande es tu suerte. Y para esto tú debes sufrir, trabajar, angustiarte. Tú tienes tus días predestinados."

Y se mostraban los presagios.

Cuando en la selva del Argonne cayó el más bello de los seis hermanos de la estirpe leonina, fueron rendidos los honores fúnebres a su cuerpo juvenil, que fuera de la trinchera el coraje había hecho numeroso y el número hostil.

Pareció entonces a los poetas que los cuatro hijos de Aimon bajaran de los Ardenes para llevar sobre los hombros la salma funeraria del caballero tirreno.

El primogénito que me escucha, aquel de la espaciosa frente, avanzó sobre el campo cuadrado donde otros de nuestros muertos yacían en perfecta ordenanza: se inclinó, removió la tierra, tomó un puñado y dijo:

"Renovando una costumbre de nuestros

primeros antepasados, sobre estos queridos compañeros que a la libre Francia dieron la vida, y el último pensamiento a la Italia atormentada, esparcimos esta fresca tierra para que la semilla germine."

Entonces el espíritu de sacrificio apareció a la nación conmovida.

Y vino otro presagio.

El último de los mártires de Mantua, el único de los intrépidos que haya sobrevivido a las torturas del verdugo, Luigi Pastro, lleno de años y de soledad, murió después de una larga agonía, pues su fe enclavada en sus duros huesos no podía separarse de ellos.

Cuando sus amigos lavaron su cadáver casi centenario, encontraron en torno de los músculos de su pierna los surcos hundidos de las cadenas. Estaban allí indelebles desde sesenta años, y parecían revelar a los italianos, por la primera vez, un beneficio de la muerte.

Entonces el espíritu de sacrificio apareció de nuevo a la nación que recordó a Belfiore.

Y vino otro presagio.

Una ira oculta recorrió, sacudiendo y arruinando una región noble entre las nobles, aquella donde de sus orígenes se radicó la libertad, aquella donde el Toro sabélico luchó contra la Loba romana, donde los ocho pueblos se juraron fe, se consagraron al tremendo destino y a sus ciudades fuertes llamaron Itálica.

Aquí convocó a todos los hermanos la virtud del dolor. El duelo fué signado como un pacto. Quejas no se oyeron, lágrimas no se vieron. Y los sobrevivientes salidos de los escombros ofrecieron a la obra sus brazos contusos. En la lúgubre confusión, las voluntades se multiplicaron, y entre todas la primera la del soberano. La acción fué unánime y pronta. Una ideal ciudad fraternal pareció fundada entre las ruinas por el concurso de todas las sangres, y, mejor que aquella de antes, pudo llamarse Itálica.

Los salidos de Trieste y del Istria, los desterrados del Adriático y del Alpe de Trento, los más duros en el trabajo y los más bondadosos, dieron a los caseríos construídos los nombres de las tierras cautivas como para augurar y anunciar el rescate.

El hermano miraba al hermano, para leer en el fondo de los ojos la cierta respuesta a la muda pregunta.

Entonces el espíritu de sacrificio entró en la nación reconcentrada y fué precursor de la primavera de Italia.

VI

He aquí el signo supremo, he aquí el mandato.

Esto estaba, esto está en los designios de Dios.

De angustia en angustia, de error en error, de temor en temor, de presagio en presagio, de plegaria en plegaria, él se ha levantado hasta la santa solemnidad de esta mañana.

Mientras este santo bronce iba naciendo en la rugiente hornada, y la forma que había de llenar enmudecía en la sombra de la fosa moldeada, una hornada más vasta, una desmesurada hornada se encendía en los límites de la ascendiente belleza nacional.

Y no trozos de bruta materia eran izados en alto; pero, como los operarios arrojan uno a uno en el horno los metales, así los espíritus más generosos os arrojaban lo mejor de su virtud e incitaban a los tardos y a los inertes con el ejemplo.

Ahora bien, he aquí que a la dedicación y consagración de este momento os ha llamado un mensaje de amor.

Y a esta consagración de un pueblo donador de mártires, por altísimo auspicio, está presente la Majestad de Aquel que, hace muchos años, en una noche de duelo, conmovida con un temblor de esperanza, saludamos Rey electo del destino, con predestinación que nos pareció también santa. (1).

A esta consagración tirrena instituída por los marineros está presente la Majestad de Aquel que llamado por la Muerte vino del Mar, que apadrinado por la Muerte fué Rey en el Mar.

Saludémosle de nuevo con concorde voto: el Destino le fué fiel y El será ahora fiel al destino.

Mira El esta estatua que se levanta, esta estatua que dura; pero al mismo tiempo oye el rumor profundo de la fundición magnánima.

Encendida está todavía la inmensa y cerrada hornada, oh gente nuestra, oh hermanos, y quiere nuestro genio que permanezca encendida y que el fuego respire y que el fuego se gaste, hasta que todo el metal quede fundido, hasta que toda la fundición quede lista, hasta que el golpe del hierro abra

(1) Víctor Manuel después del atentado de Monza que dió muerte a Humberto.—N. del T.

los marcos a la sangre invasora de la resurrección.

Ya en todas las hendiduras, ya en todos los resquicios blanquea y enrojece el fulgor. Ya el metal comienza a moverse. El fuego aumenta, aumenta y no basta. La fuerza de la llama crece más y más, y no basta. Pide ser alimentada; todo lo pide, todo lo exige.

Había querido el Dux, un sitio de suplicio sobre la roca, donde se consumase su despojo de hombre, donde se redujera a cenizas su triste escombro, y no le fué concedido.

No ornamentos de acacia ni de laurel ni de mirto, sino de almas masculinas os pide hoy, italianos.

Y el espíritu de sacrificio, que es su espíritu mismo, que es el espíritu de Aquel que todo lo dió y nada obtuvo, mañana gritará sobre el tumulto del sagrado incendio:

"Todo lo que seáis, todo lo que tenéis, entregadlo a la Italia inflamada."

VII

Bienaventurados aquellos que más poseen, porque más pueden dar, porque más pueden arder!

Bienaventurados aquellos que tienen veinte años, una mente casta, un cuerpo bien templado, una madre animosa!

Bienaventurados aquellos que, esperando y confiando, no disiparon su fuerza sino que la custodiaron en la disciplina del guerrero!

Bienaventurados aquellos que desdeñaron los amores estériles para ser vírgenes en este primero y último amor!

Bienaventurados aquellos que, teniendo en el pecho un odio eterno, se lo arrancarán con sus propias manos para ofrendarlo!

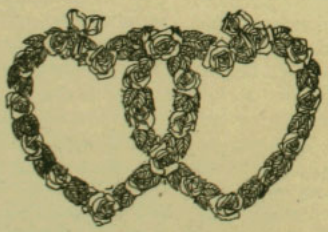
Bienaventurados aquellos que, habiendo gritado hasta ayer contra el suceso fatal, aceptarán en silencio la alta necesidad y no querrán ser los últimos sino los primeros!

Bienaventurados los jóvenes sedientos de gloria, porque serán saciados!

Bienaventurados los misericordiosos, porque enjugarán una sangre esplendorosa y vendarán una herida de radiante dolor.

Bienaventurados los puros de corazón.

Bienaventurados los que vuelvan con la victoria, porque verán el nuevo rostro de Roma, la frente recoronada del Dante, la belleza triunfal de la Italia.



Aspecto de la China nueva: la edificación moderna substituye a la de la prehistórica China tradicional

Recuerdos de viaje

Por L. P.

Ilustraciones fotográficas.

En Shanghay parece que ha tenido sus repercusiones la guerra actual. Las colonias europeas allí radicadas, cada una de las cuales tiene su barrio, era imposible que se mantuvieran quietas ante la conflagración que asola al viejo mundo. Era natural que en ese centro comercial reventasen los odios que la competencia comercial ha hecho nacer entre ingleses y alemanes y no sería extraño que la población china participase de esos odios y rivalidades.

Hace ya algunos años que visité aquella ciudad, pero no tantos que mis recuerdos puedan considerarse añejos. Quiero evocarlos, ya que ese centro comercial chino ha adquirido actualidad.

Hoy día esta ciudad cuenta con una población de 500,000 habitantes en el barrio chino, y unos 15,000 europeos, distribuídos en los barrios francés, inglés y americano.

A pesar de que hay una división más o menos marcada entre estas dos poblaciones, es

frecuente encontrar edificios, almacenes y casas chinas en la parte europea de Shanghay, lo que le da un aspecto curiosísimo.

El comercio en grande escala del mundo entero con la China, se hace por dos puertos: Cantón y Shanghay, de manera que los alrededores del río, las avenidas y los muelles de esta última ofrecen un aspecto animadísimo y pintoresco, por la variedad de los tipos que recorren las calles y las plazas.

Al lado del europeo se ve al japonés, al coreano y al cooli, propiamente dicho. Los carruajes y los djin-riches, pasan con sus **mafoos** y conductores y en medio de todo aquel movimiento se destaca la hermosa y conocida figura de los policiales indúes, que son hombres elegidos, cuya estatura no baja de 1 m. 90, de uniforme elegante y cubierta la cabeza con un turbante blanco.

Usan barba larga, sus facciones son finas e inspiran un saludable terror a los chinos

En la parte europea hay dos arterias principales, en que la vida y el movimiento de la ciudad es más amplia que en el resto: el **Bund** y **Nankind Road.** El **Bund** es un hermoso, amplio boulevard, más amplio y más pintoresco que el mejor de los grandes boulevares de París. Es allí donde se concentra, durante la mañana y a primeras horas de la tarde, la vida de los negocios. A uno de sus lados están los edificios públicos mejores y más ricos de Shangay; los bancos extranjeros, que allí tienen derecho de emisión de billetes entre los que descuella el ruso-chino, todo él de piedra; el Club Internacional y el Club Alemán, este último recién construído, de estilo gótico alemán y acaso el edificio más artístico de la ciudad; las Aduanas Imperiales chinas, el Telégrafo, el Astor House, el Palace Hotel, las principales casas de comercio y agencias de navegación, el Consulado General de la Gran Bretaña, precedido de jardines y praderas, etc. Al otro lado entre el río, el hermoso Wampoo, que pocas millas más abajo desemboca en el Yangtze, hasta donde llegan, para anclar frente al **Bund,** los barcos de guerra extranjeros, y donde siempre hay muchos vapores mercantes, lanchas, juncos chinos y **house-boats,** anchos y cómodos botes, en los que, a través de los ríos y canales de China, suelen hacerse expediciones muy interesantes, por el interior de aquel país o pasarse los primeros días de la luna de miel.

Un grupo pintoresco en Shanghay

Nankind Road, que arranca del **Bund,** es la principal arteria de la ciudad. Es la calle de las tiendas; tortuosa, estrecha a trozos, pero alegre, animadísima, siempre concurrida de día y de noche, y tan abigarrada, tan pintoresca, que al lado de una elegante joyería suiza encontraréis una tienda china de te, de verdu-

ras o de frutas, y junto a un gran almacén de muebles de lujo, admirablemente hechos a la europea, con aquellas ricas maderas de sándalo, de teca o de laca de Cantón o Foochow, veréis un restaurant, frecuentado por coolíes chinos, con sus mesas nada limpias y sus fritangas y macarrones poco apetitosos, a la vista del público, o un **tea-house**, precedido del lujoso pórtico de madera tallada y dorada desde el que llegan a la calle las canciones de las cantadoras chinas, que se acompañan con estridentes instrumentos.

Por la tarde, el paseo favorito de Shanghay es **Bublind Well Road**, hermosa avenida que, en caprichosa línea curva, conduce desde el campo de sports y de carreras al final de Nanking Road, hasta los límites del **Foreing Settlement**. Es el barrio aristocrático, donde están las mejores construcciones de habitación; los lindos hotelitos y chalets, sin grandes apariencias, sin exquisiteces de estilo arquitectónico, que allí suele ser ramplón y feo, pero con mucha amplitud y comodidad en las habitaciones, con cuartos de baño, con amplias **Verandahs**, adornadas con profusión de macetas con cerros y jardines y lawn tennis courts, con dos cuerpos de edificio completamente independientes: uno, destinado a los señores; otro, destinado a las cocinas, cocheras y habitaciones de los criados chinos. Allí, a Bubling Well Road, acude por las tardes todo Shangay; el Shanghay que bulle y se agita y figura. La señora extranjera, en su elegante victoria o en cómodo **brougham**, admirablemente dirigido por el *mafoo* chino, con librea caprichosa y sombrero de mandarín; la dengosa y sonriente chinita, con la cara pintarrajeada de blanco y rojo y complicado peinado nacional; el comerciante chino, lujosamente vestido con rica túnica y negligentemente recostado en su coche, tirado por un tronco de ligeros **poneys** de Tientsin; el marinero de algún barco de guerra extranjero que, al llegar a tierra quiere desquitarse de las disciplinas de a bordo, atormentando un mal caballo de alquiler o montando torpemente una bicicleta, en la que se dirige al próximo bar; y por último **the sporting girl**; la aventurera norte-americana que en su victoria, se encamina a la **Alhambra** o al **Alcázar**, especie de cafés cantantes situados en las afueras de Shanghay.

Cementerio en los alrededores de Shanghay

En los alrededores de Shanghay existe uno de los observatorios astronómicos más célebres del mundo: el observatorio de Zi-ca-wei, regentado y dirigido por los jesuítas, como el de Manila. En muchas partes del mar de la China este establecimiento tiene estaciones que se llevan continuamente telegrafiando a la estación central el estado del tiempo, de manera que los navegantes que llegan a Shanghay tienen continuamente datos precisos sobre el estado atmosférico, cosa indispensable en esa región donde imperan las trombas y los ciclones.

El barrio indígena propiamente dicho de Shangay, la parte central de la ciudad china, no tiene gran relación con la parte europea. Allí viven los hijos del Celeste Imperio según sus leyes y sus costumbres, con jueces

propios y observando religiosamente sus hábitos, ritos y supersticiones.

Y decimos con jueces propios, porque en Shanghay la administración de justicia y el gobierno de la ciudad son excepcionales. Aunque independientemente de hecho, esta región no es independiente de derecho en lo que se relaciona con las concesiones a países extranjeros, porque sus habitantes retrocedieron en época no muy lejana ante el temor de que, consideradas estas concesiones como una República independiente, tendrían gastos y complicaciones de que hoy se ven libres. Los municipios sostienen cuerpos de policía europea, indú y china, y de bomberos; además todos los residentes de 20 a 50 años forman una milicia voluntaria organizada, armada perfectamente y capaz de resistir un ataque de los chinos y sostenerse hasta recibir auxilios de Europa; pero, careciendo de autonomía, ni tiene leyes que obliguen por igual a todos los habitantes, ni tribunales de justicia. Este grave inconveniente se ha solucionado investiendo a los cónsules de cada nación de atribuciones judiciales. En su carácter de jueces, éstos imponen penas a los delincuentes comunes de su propia nación, y envían a su país a los reos de delitos graves.

Los cónsules, además, se constituyen en tribunal mixto, acompañándose de un funcionario chino en los casos de delitos cometidos por chinos en los barrios europeos o en casos de querellas entre indígenas y extranjeros.

Pero para los chinos y en el barrio chino imperan las leyes nacionales y juzgan los magistrados de coleta.

De manera que el barrio chino es algo aparte y completamente distinto, y aún hostil al barrio europeo.

Es tan atroz la miseria del pueblo chino, que hay una parte de la población que vive en el río Yan-tze-Kian, en sus sampanes y que se alimentan de lo que arrojan los buques que llegan al puerto.

Apenas anclado, nuestro barco se vió rodeado de una nube de aquellas embarcaciones que se arrojaban sobre los desperdicios que caían de las compuertas, con ansias verdaderamente repugnantes.

Esa miseria es una de las razones que explican la degradación del chino y su falta de hombría para hacerse respetar del europeo. Es común la brutalidad de los policiales indúes para con los chinos. Tuve ocasión de observar cómo se trata al chino, el desprecio profundo que tiene el europeo por aquel triste y degenerado producto de la civilización asiática y me sentí sublevado.

El policía es sumamente rápido en su manera de proceder para con los chinos. Por la más mínima falta, los golpean, a veces cruelmente, y los reducen a prisión. El público, en general, es duro para con el indígena. El garrotazo, el puntapié y otras manifestaciones de grosería las tienen siempre a la mano los europeos en sus diferencias con el coolí. He visto policiales indúes y americanos patear a un conductor de dirsho, por haber tenido la audacia de rozar por casualidad con su cochecito, a la victoria en que iba un marino europeo, y he visto oficiales de un buque de guerra americano, entretenerse en atar por las trenzas a varios chinos, tomar éstas de los extremos y jugar en esta forma a los caballitos, ayudados de una buena y silbadora varilla.

En el barrio europeo de Shanghay hay un hermoso jardín y en la puerta un letrero que dice: "Chinesse and doggs arenet alloved to enter"; lo que equivale a: "Se prohibe la entrada a los chinos y a los perros".

Es de suponer que el movimiento político que ha tenido lugar en China en los últimos años trate de reformar las concesiones que se han hecho en Shanghay a los extranjeros, para evitar esa anomalía cruel que hace que los chinos sean extraños en su propia casa.

De lo que no cabe la menor duda es que los japoneses sabrían solucionar este asunto en forma viril... demasiado viril quizás, el día, no lejano, en que, al amparo de la ceguera criminal de los europeos, se adueñen para siempre del que fué Celeste Imperio.

El hombre de nieve

Una carga de los franceses a través de los gases asfixiantes que hacen irrespirable la atmósfera

La toma de la Bastilla

Por CARLYLE

La fisonomía de Carlyle es una fisonomía única en la historia literaria. Si nos atreviéramos a imitar en cierto modo su estilo, diríamos que es una fisonomía bella y salvaje, exaltada y gesticulante, por la cual atraviesan violentamente todas las expresiones humanas y sobrehumanas; fisonomía que tan pronto dibuja una mueca de sarcasmo, o se contrae a impulsos de la indignación, como se ilumina con la inspiración de un vidente, mientras de sus labios brotan las metáforas y los apóstrofes, semejante al torrente de lava de un volcán. Esta enorme y audaz fisonomía jamás recuerda que se halla delante de un público ni se compone por tanto para agradarlo: desde lo alto de la más elevada montaña, divisa la humanidad como un rebaño apretado y uniforme, como una comparsa de máscaras o como una confusión de sombras que pasan... y le grita sus extrañas palabras de anatema y de bendición, agitándose en su Sinaí con la majestad de un profeta.

Traducir a Carlyle es tarea casi imposible: su genio está unido a su estilo, a las geniales libertades de su estilo y de su lengua, como una enredadera cuajada de espinas a un árbol inaccesible y colosal. ¡Pueda que en la imperfecta versión que vamos a dar de uno de sus mejores trozos hayan quedado algunas hojas y algunas ramas de esta poderosa enredadera!

H. D. A.

14 de julio. La inmensa ciudad se despierta; mas no para su trabajo diario, sino para cuán diferente trabajo! Cada trabajador es ahora un guerrero y no siente sino una necesidad: *armas*. Se han suspendido todas las industrias, excepto la de los forjadores que martillean enérgicamente, y con menos actividad, la de los cocineros, porque "la bouche va toujours". Las mujeres se fabrican escarapelas, no verdes, que es el color de los Artois, sino azules y rojas, los cuales sobre un fondo blanco "constitucional" están destinados "a dar la vuelta al mundo".

Thomas Carlyle

París está en las calles y se precipita, espumoso como un cristal de Venecia envenenado. El "tocsin" truena en todos los campanarios. ¡A las armas! Electores municipales y tú, Flesselles, dadnos armas! Flesselles da lo que puede y más que todo, promesas mentirosas. Todos buscan armas. El arsenal de Su Majestad, el "Garde-Meuble", es forzado, y se sacan dos cañones montados en plata, regalo del Rey de Siam a Luis XIV, la espada de oro de Enrique IV, armas y armaduras de la antigua caballería, todo lo cual es ávidamente cogido por el patriotismo

en apuros. Y los cañones siameses se van rodando hacia una tarea que no les estaba destinada, y entre los malos fusiles, sobresalen lanzas de torneos, brillantes cascos sobre cabezas desgreñadas imagen de una época en que todas las épocas se confunden.

De pronto, el secreto se divulga y corre: en el Hotel de los Inválidos hay mosquetes! Cierto que allí está Besenval con su fuerza; pero si nos fusila, no podemos hacer otra cosa que morir.

Ay! pobre Besenval con sus tropas que se desbandan, no siente la menor tentación de hacer fuego! A las cinco de la mañana, mientras dormitaba aún en la Escuela Militar, una aparición surgió súbitamente junto a su lecho, una bella aparición; los ojos inflamados, la palabra rápida y breve, el continente audaz, semejante fantasma que descorrió las cortinas de Príamo. Le advierte que toda resistencia será inútil y ¡desgraciado el que haga correr sangre! Así habló la aparición y desapareció. "En todo, había una elocuencia que fascinaba". Besenval confesó que debía haberla arrestado, pero no lo hizo. ¿Quién pudo ser esa aparición de ojos inflamados, bello rostro y palabra rápida y breve? Besenval lo sabe pero lo oculta. ¿Camilo Desmoulins? ¿El Marqués de Valadi, excitado en el Palais Royal? La fama nombra además al joven Meillar y luego cierra para siempre sus labios.

En todo caso, ved a las nueve de la mañana a nuestros voluntarios nacionales corriendo como un inmenso torrente hacia el Hotel de los Inválidos. El Cura de Saint-Etienne du Mont marcha en actitud hostil a la cabeza de sus feligreses y los voluntarios nacionales por decenas de mil. Todos tienen una sola idea en la cabeza: los mosquetes del Rey son los de la Nación.

Y luego, ¡a la Bastilla, intrépidos parisienses!

El viejo Launay se había retirado al interior, poco después de la media noche del domingo. En este momento, está aplastado por las inquietudes, como todos los militares. Una comisión lo invita a dejar penetrar a los soldados nacionales, fórmula más suave que la de rendirse; pero por otra parte las órdenes de su Majestad son precisas. La guarnición se compone de 82 viejos inválidos y 32 jóvenes suizos. Cierto que las murallas tienen nueve pies de espesor, pero la ciudad es francesa y luego no hay comestibles sino para un día. Austero y viejo Launay, piensa en lo que vas a hacer.

Durante toda la mañana, desde las nueve, ha resonado el grito: ¡A la Bastilla! A medio día, el elector Thuriot de la Rosiére consigue llegar a la presencia de Launay y lo halla poco dispuesto a rendirse. Thuriot sube con él hasta el parapeto; trozos de piedra fierros viejos y toda suerte de metrallas se encuentran amontonadas; en cada almena, un cañón debidamente apuntado hacia abajo. Y abajo ¡oh! Thuriot, contempla la multitud que afluye de todas las calles: el "tocsin" resuena con furor, todos los tambores baten a la generala, el barrio de San Antonio marcha contra la fortaleza como un solo hombre. Tal es la visión fantástica, pero real, que en este momento contemplas, oh! Thuriot como desde la montaña de la tentación, y que profetiza otras visiones, realidades espectrales, fecundas en sus enseñanzas, *que no ves aún, pero que verás.*

—*¿Que voulez-vous?*—dice Launay, palideciendo ante este espectáculo.

—Señor—replica Thuriot, elevándose al sublime—¿no lo véis? ¿No comprendéis que en este momento podría precipitarnos a ambos desde esta altura?

Cien pies, sin contar los fosos. Launay queda silencioso. Thuriot avanza, se muestra a la multitud que bulle abajo; después, desciende y sale.

¡Ay! de ti Launay, si en estas circunstancias no puedes tomar una resolución enérgica! Cada vez más espumosa, se eleva la ola de hombres y ya resuenan las imprecaciones, las detonaciones de balas extraviadas! Una tercera diputación logra penetrar al fuerte; no consigue nada y el tumulto redobla. Launay ordena alzar los puentes y hacer fuego. A la vista de la sangre, los insurrectos hacen explosión y se escucha un fuego interminable de mosquetería, gritos, maldiciones. Ahora, la Bastilla está sitiada! Adelante, pues, franceses que tenéis un corazón en el pecho! Vociferad con vuestras gargantas de cartílago o de metal, hijos de la libertad! Que despierten todas vuestras facultades, alma, cuerpo, espíritu, porque ha llegado la hora! Hiere tú, Luis Tournay carretero del Marais, viejo sargento del Delfinado: golpea la cadena del puente levadizo exterior, entre la lluvia de balas que silban, que jamás habrás dado golpes pa-

Las primeras escenas de la revolución: el pueblo enfurecido contempla la cabeza de Necker que es exhibida para tranquilizar la ira de las masas

recidos y de mayor resonancia en el mundo! Golpea, brvao mío! Abajo con ella, abajo hasta los infiernos! Que todo el maldito edificio se derrumbe y que la tiranía sea sepultada en la eternidad!

Subido, dicen unos, sobre el techo del cuerpo de guardia, otros sobre las bayonetas clavadas en el muro, Luis Tournay golpea, secundado por el valiente Aubin Bonnemére, también un viejo soldado: la cadena cede, se corta, el gigantesco puente levadizo cae con estruendo. ¡Qué gloria! Pero, ¡ah! no son sino los primeros obstáculos. Las ocho sombrías torres, con sus inválidos armados de mosquetes, su metralla de piedras y fierros y las fauces de los cañones empotrados en las almenas nos dominan todavía desde lo alto y están intactas. El foso se abre enorme, infranqueable y más allá vemos el puente levadizo interior. Ah! la Bastilla está todavía por tomar!

Describir el sitio de la Bastilla, considerado como uno de los grandes hechos históricos, está acaso por encima de la capacidad de los mortales. Solamente a fuerza de estudio puede uno darse cuenta del plan de la célebre construcción. Al término de la calle San Antonio hay una explanada abierta; y luego tantos patios: el patio Avanzado, el patio del Olmo, el portal abovedado, el nuevo puente levadizo, otros puentes, bastiones, fortificaciones y por encima de todo las ocho torres sombrías; una masa inextricable de murallones que dominan la ciudad desde hace cuatrocientos veinte años, sitiada ahora por el caos. La atacan piezas de todos los calibres, bocas de todas especies, hombres de todas las iniciativas: desde la guerra de los pigmeos no se había visto semejante anomalía. A cada esquina, una barricada, y tras la barricada, un torbellino humano que grita mirando hacia la banda inflamada que azota la Bastilla. Llegan los guardias franceses sublevados, con verdadera artillería, y la lucha se hace más seria. Desde las torres, los inválidos lanzan cómodamente un diluvio de fuego. Abajo, un peluquero exaltado quiere ponerle fuego a los depósitos de pólvora del Arsenal, y lo habría hecho si un patriota filósofo no lo derriba por tierra con su fusil. Una muchacha encantadora huye y la multitud creyéndola hija de Launay, va a quemarla viva, cuando interviene Bonnmére, el viejo soldado, y la salva. Queman paja; tres carretas llenas de combustible arrojan una humareda capaz de asfixiar al mismo patriotismo, y se forma una confusión como de infierno.

Corre la sangre, nuevo alimento del furor, y los heridos arengan a sus compañeros, incitándolos a no cejar hasta la caída del maldito bastión. ¿Pero cómo rendirlo? Uno versado en los clásicos propone construir una catapulta. Santerre aconseja arrojar por medio de las bombas una mezcla de fósforo y aceite. Oh! Spinosa Santerre, ¿tienes pronta esa mezcla? Las mujeres mismas hacen fuego, y los Turcos, o por lo menos, una mujer con su amante turco.

Mientras tanto, en el interior de los patios de la fortaleza, el gran reloj de la Bastilla da las horas como si nada extraordinario sucediera para él o para el mundo. Dió la una cuando comenzó la fusilería; luego va a dar las cinco y aún el fuego no disminuye. Del fondo de sus prisiones, los presos oyen un pequeño rumor y preguntan; los carceleros responden con vaguedad y pasan.

Ay! de ti Launay, con tu pobre centenar de inválidos! Broglie, el dios de la guerra está lejos y su oreja sorda no te oye. Besenval te oye, pero no se mueve. Escucha... ¿Has pensado cómo el corazón humano vibra con el corazón de todos como una campana? ¿Has reflexionado en el poder de las voces de los hombres reunidos y qué angustias desconocidas producen? El compositor Gluck decía que el tono fundamental en el más noble pasaje de sus óperas, se lo había dado la multitud vienesa que gritaba: Pan! Pan! Poderosa es la voz de los hombres; es lo más grandioso que hay en este mundo, hijo del tiempo. El que puede resistirla, tiene un pie puesto en la eternidad. Launay no la resistió. Desgraciado Launay, llegó la agonía de la Bastilla como la tuya! Cárcel y carcelero deben caer juntos!

Durante cuatro horas ha rugido este mundo furioso; se le puede llamar mundo quimérico, que resopla fuego. Cansados al fin, los pobres inválidos fabrican con unas servilletas una bandera blanca y la baten en el aire. El fuego cesa. Se abre una ventanilla bajo el puente levadizo interior y el ugier Maillard se encamina por una cuerda tendida sobre el abismo y llega hasta el Suizo, que desde la ventanilla le tiende un papel, regresando saeteado por las miradas de la multitud, mirando abajo el cadáver de otro que cayó al foso. Los términos de la

rendición son perdón e inmunidad para todos. ¿Se aceptan?

—*Foi d'officier!* Aceptadas!—responde Hulin. El puente levadizo se baja y el diluvio viviente se precipita gritando:

—¡Victoria, la Bastilla ha sido tomada!

✲

¿Nos extrañaremos de que no se respetara la fe de oficial? De Launay, reconocido en frac gris con una cinta roja, quiso suicidarse: Hulin, Maillard acuden, lo apresan, lo escoltan, lo llevan al Hotel de Ville! Desgraciado Launay, no llegarás al Hotel de Ville! No llegará sino tu cabeza ensangrentada, en lo alto de una mano asesina! Tu tronco paseará en triunfo por las calles, austero Launay. La cólera del patriotismo es cruel. El indulgente Losme, muere; otro oficial es ahorcado; el prefecto Flesselles, traidor, es fusilado en una esquina...

Oh! sol poniente de julio, a esta hora tus rayos oblicuos caen sobre el segador en los apacibles campos, sobre las viejas que hilan a la puerta de sus chozas, sobre los bajeles lejanos que surcan la inmensidad del Océano, sobre las damas ataviadas que danzan con los húsares en 'L'Orangerie" de Versalles y también sobre este tumultuoso infierno de París. La torre de Babel con su confusión de lenguas no puede dar idea de la fortaleza después de su caída: hay que agregar Bedlam con su confusión de ideas. La multitud curiosa se derrama como una inundación por corredores, pasillos, celdas y sótanos; los viejos archivos salen a luz y alguien lee: "Si para mi consuelo, Monseñor quisiera acordarme por el amor de Dios y de la Santísima Trinidad que pudiera tener noticias de mi querida mujer, aunque fuera su nombre escrito en un papel, para saber que vive, sería el más grande consuelo que podría recibir y bendiciría para siempre la grandeza de Monseñor". Pobre prisionero que te llamabas Queret-Deméry y que no has tenido otra historia. Hace cincuenta años que tu corazón destrozado formuló esa petición, que nadie oyó entonces, pero que debe vivir largo tiempo en la memoria de los hombres!

Más hé aquí que el crepúsculo se obscurece y París, como un niño enfermo, se duerme después de gritar.

✲

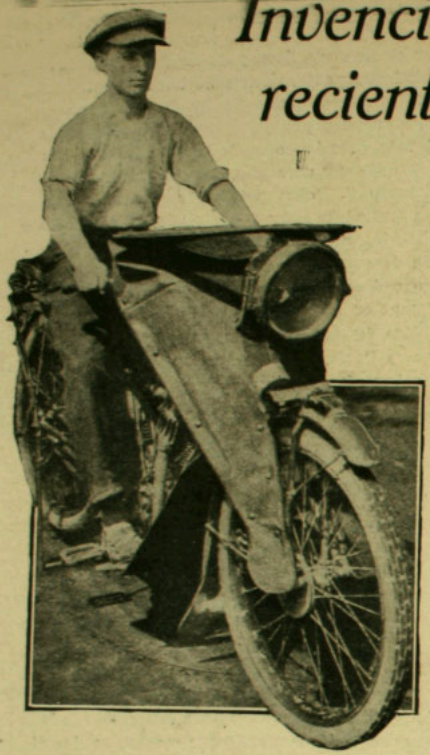
Mientras tanto, en Versalles, los bailes y las cenas han terminado; "L'Orangerie" está muda, excepto para los pájaros nocturnos. En la Sala de los Convites, el vice-presidente La Fayette, vela sobre cien cabezas inclinadas sobre las mesas. Tres diputaciones se han presentado ese día ante Su Majestad, pero sin efecto. ¿En qué terminará todo?

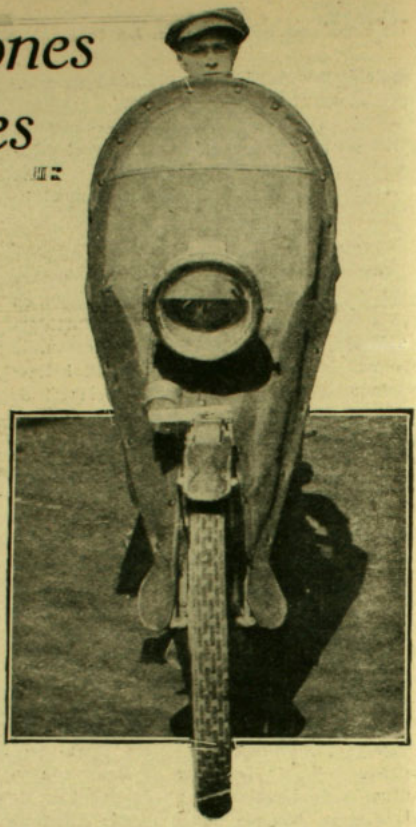
En la Corte, todo es misterio, no sin cuchicheos de terror, aunque estemos en bailes y fiestas: Su Majestad, mantenido en una feliz ignorancia, sueña tal vez con cazas en los bosques de Meudon. En la noche, tarde, el duque de Liancourt, que tenía el derecho de aproximársele a toda hora, entra y con su manera clara y constitucional relata los sucesos desastrosos.

—Pero—balbucea el pobre Luis—esto es una revuelta.

—Sire—replícale Liancourt—esto no es una revuelta: es una revolución.

Invenciones recientes





DEFENDIENDOSE DEL VIENTO EN LAS MOTOCICLETAS

Un escudo que defiende al ciclista del ímpetu del viento y de las salpicaduras de barro ha sido inventado hace poco y su fabricación consiste de tubos de acero y de tejidos de pelo de camello. Una ventanilla cubierta con celuloide permite al motociclista abarcar con su vista el sendero que sigue, sin recibir en sus ojos la racha del aire que pasa sobre su cabeza por encima del escudo protector. Gracias a esta feliz disposición el ciclista puede gozar de mayor comodidad librándose del enfriamiento que se produce con la ausencia de este aparato, cuya adopción permite el amplio uso de la motocicleta tanto en otoño como en invierno.

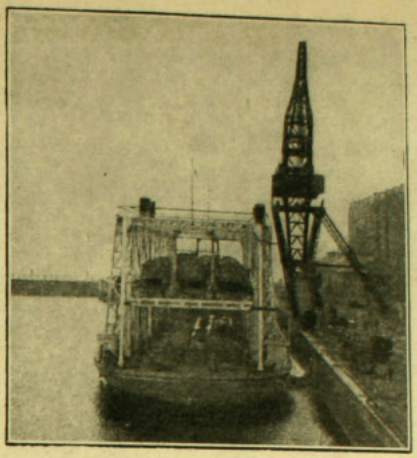
El cobertor no se extiende más allá de las manillas y carece de accesorios que puedan enredarse en la máquina o en los objetos que se encuentren en el camino. El peso del aparato protector es de cuatro kilos y puede colocarse en cualquier clase de máquina motocicleta en muy pocos minutos. Cuando el escudo o cobertor no necesita emplearse debido al buen tiempo, puede doblarse hacia abajo tal como lo mostramos en una de las fotografías adjuntas.

UN NUEVO TIPO DE BARCA PARA EL TRANSPORTE DE TRENES

En Inglaterra se ha construído últimamente una barca rompe-hielos que posee muchas nuevas características y destinada a transportar trenes de ferrocarril a través del río San Lorenzo, entre las ciudades de Quebec y Levis, durante las diversas estaciones del año. Este sistema ha sido adoptado por la Empresa del Ferrocarril Transcontinental del Canadá.

Este barco es de doble hélice con un propulsor para romper los hielos, colocado en la proa y tiene una cubierta o plataforma que se puede hacer subir o bajar según las va-

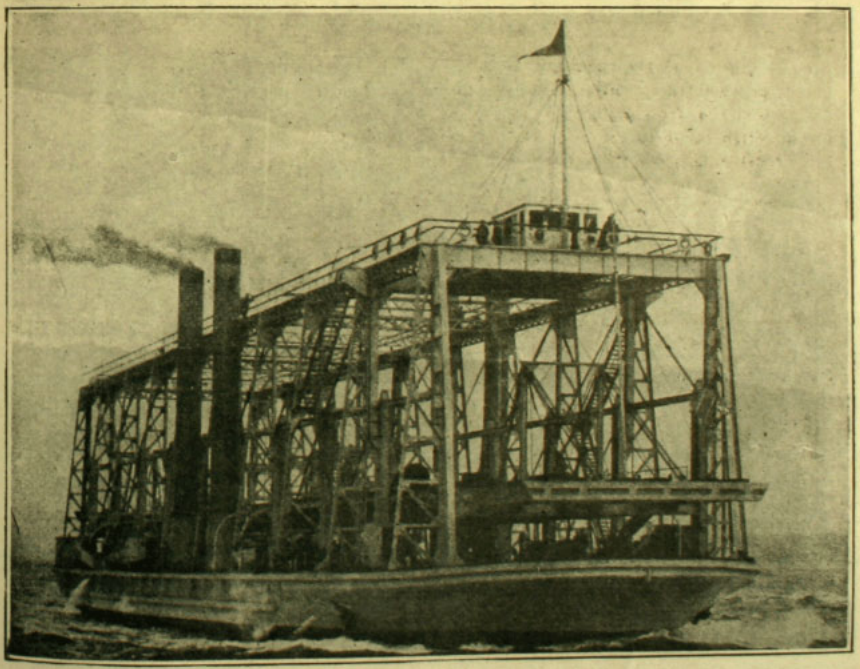
riaciones de la masa. Las líneas del ferrocarril en los desembarcaderos del Quebec y Levis, están fijas en un mismo nivel y la plataforma o cubierta puede cubrirse o bajarse para tomar los trenes de estas vías ferroviarias en cualquier estado de la marea en una altura hasta de 18 pies. Esta plataforma movible está colocada sobre la cubierta del barco y descansa sobre diez vigas, cuyos extremos reposan a su vez en gigantescas tuercas que giran en los tornillos correspondientes dando a la plataforma movible la suficiente altura para las diversas fluctuaciones de la marea. Tres series de vías férreas van colocadas sobre esta plataforma permitiendo el transporte de igual número de trenes.



Barca destinada al transporte de trenes

UN MOTOR DE TRACCION QUE SE GUIA TAL COMO UN CABALLO

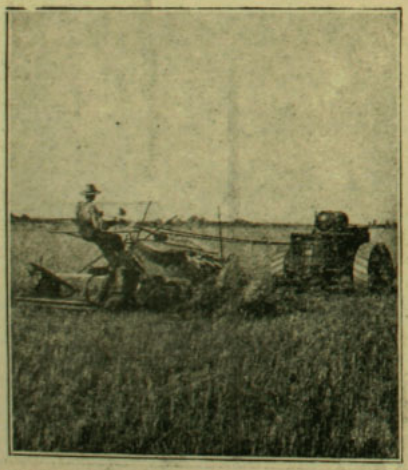
Un hombre trepado en lo alto de un carro cargado con pasto o con cosechas y arrastrado por un motor de gasolina, tal como lo haría una pareja de caballos percherones, es uno de los espectáculos más curiosos que nos brinda el progreso actual de la mecánica. Este motor de tracción es guiado por un par de riendas que gobiernan la dirección que debe llevar el carro, tal como las riendas fijas en el freno de los caballos los llevan por el camino escogido por el conduc-



Barca rompe-hielos

Un transportador conducido por amarras

tor. La tensión de las riendas a derecha o izquierda cambian la dirección del motor de tracción y al tirar ambas a la vez el motor se detiene al instante, obediente a la voluntad del guía. Otro tirón hacia atrás con las riendas lo hace retroceder. El conductor puede dirigir el motor de tracción y su carga a un tiempo mismo. Esta máquina es de tamaño reducido y puede emplearse en toda clase de maquinarias y enseres agrícolas y su colocación o cambio a uno u otro se hace con tanta facilidad como si se tratara de una pareja de caballos mansos. Esta invención modernísima tiene más o menos un año de duración.



Máquina de tracción movida por la gasolina

MEDIDORES DE GAS Y ELECTRICIDAD VISIBLES DESDE LA CALLE

Los graves inconvenientes que se presentan a la consideración de los dueños de casa, debido a la entrada forzosa de los empleados de las compañías de gas y electricidad, que están obligados a leer el estado de los medidores, puede evitarse en adelante con el empleo de un medidor exterior que mostramos en la lámina adjunta. El medidor se coloca en la muralla exterior de la casa, vuelto hacia la calle.

El costo de instalación de estas cajas exteriores es muy bajo si se construyen cuando la casa está en vías de construcción.

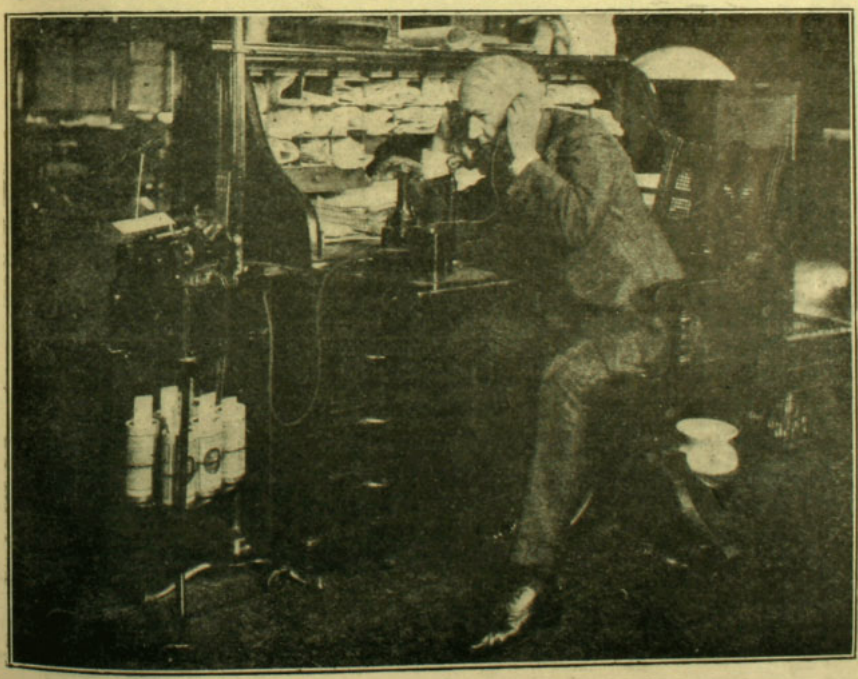
Muchas instalaciones se hacen en la actualidad en casas ya construídas, pues los propietarios desean evitarse las incomodidades que resultan de la colocación acostumbrada antes.

LA ULTIMA INVENCION DEL MAGO EDISON. "EL TELESCRIBE"

Mr. Thomas A. Edison ha logrado combinar en un nuevo aparato, que ha denominado el "Telescribe", el fonógrafo con el teléfono, para conservar y recordar las conversaciones telefónicas. Hasta la época actual no existía medio alguno de reproducir con exactitud lo que se decía; no existía en este medio de comunicación la seguridad que se encuentra en una conversación firmada o en la reproducción al carbón de una misiva enviada por correo. Pero ahora, gracias al empleo del "telescribe", puede conservarse una conversación telefónica.

Para utilizar el aparato se saca del gancho el receptor del teléfono y se coloca en un hueco del telescribe. De esta manera, la conexión acústica para la máquina de dictado se hace sin peligro de que sea advertida por la compañía de teléfonos, pues el instrumento no está conectado ni mecánica ni eléctricamente con las líneas telefónicas. El que habla o escucha toma un pequeño receptor que forma parte del telescribe y pide la comunicación. La conversación que sigue y la voz de la telefonista quedan grabadas en forma indeleble. Después de la conversación, el telescribe la reproduce cada vez que se desee.

Nuevo tipo de buzón



Tomás Edison usando su nuevo aparato "Telescribe"

Una intensa publicación española

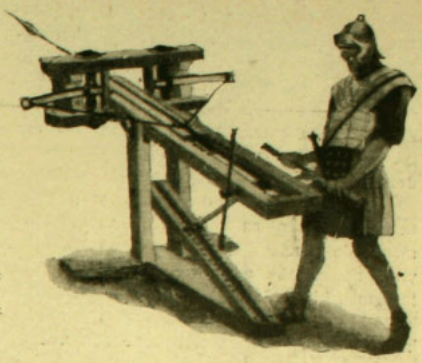
Se publica actualmente en Madrid, desde hace algunos meses, una hermosa revista: "España", de pocas páginas pero de mucha y muy sesuda lectura. ¿Qué pretende esta revista? ¿Cuál es su programa? Difícil es contestar a ésto de un modo perentorio, pues de querer buscarse alguna punta doctrina en la publicación no la hallaríamos. "España", responde tan sólo a un elevado sentimiento de españolismo, en estos instantes de crisis por que atraviesa la nación. "Se han reunido en colaboración para publicar este periódico—dice en uno de sus anuncios—José Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Luis de Zulueta, Gregorio Martínez Sierra, Ramón Pérez de Ayala, Luis Olariaga, Luis Araquistain, Juan Gixe, E. Diez Canedo y Miguel Sarmiento, todos deseosos de prestar auxilio en forma orgánica y persistente a cuanto aparece en nuestra sociedad con los caracteres de intento sano, de queja honrada, de alma limpia, de demanda justa, de efectivo mérito. Y a la vez con el deseo de contribuir con sus fuerzas, pocas o muchas, a que acaba de hundirse la España insalubre, inepta, inactual, la España de las frases hechas y la política deshecha, de las instituciones fantasmas y de las acciones destructoras,—la España oficial enemiga de la otra humilde España, de los pueblos, los campos y las costas.

"La redacción de "España" no sólo está en Madrid, sino que se extiende sobre todo el ancho ámbito nacional; en cada provincia tiene "España" un núcleo de colaboradores que enviarán sus páginas corrientes vivas de la existencia local.

"España" publicará de la nueva política y de la vieja, de economía, de arte y letras, de la capital y de la aldea. "España", en fin, sin renunciar a la crítica más enérgica, quisiera fomentar en los ánimos españoles la esperanza."

¿Puede pedirse un programa más firme y resuelto? Es el mejor elogio que se puede hacer de una publicación. De desear es que ella cobre amplia vida para bien de España. A.

La evolución del cañón de artillería desde la honda hasta el obús



Por

Svetozar Yonjoroff

Con ilustraciones.

A pesar del inmenso progreso realizado por la civilización en el arte de conservar la vida en tiempos de paz, no es menos digna de consideración la perfección alcanzada por las máquinas ideadas por el hombre para destruir la vida de sus semejantes en tiempo de guerra. El gran mortero de cuarenta y dos centímetros, del cual tanto se ha hablado en el presente espantoso conflicto, no es una máquina ofensiva recién inventada. Es simplemente la última faz en el lento desarrollo de las máquinas de guerra empleadas para la destrucción y la muerte y que tuvo su origen en los primeros tiempos de la historia del mundo.

La primera mención de esta clase de máquinas la encontramos en la Biblia, en el Libro de las Crónicas, capítulo 26, versículo núm. 15; en el cual el desconocido autor describe las máquinas ofensivas empleadas por Uzzías, Rey de Judea, que parece haber sido un gran conquistador del siglo IX. antes de la era cristiana.

Dice el mencionado párrafo:

"E hizo en Jerusalén máquinas por industria de ingenieros, para que estuviesen en las torres y en los baluartes, para arrojar saetas y grandes piedras..."

El hombre, desde la infancia de la historia, descubrió que daba el primer paso en la perfección de sus armas de combate, lanzando un proyectil con una máquina y con mayor fuerza a su enemigo, en vez de emplear la fuerza de las manos. La eficacia del arco estirado por medios musculares con el objeto de disparar los proyectiles, insinuó, naturalmente, el empleo de medios mecánicos de propulsión. Por esta razón encontramos formidables arsenales de máquinas ofensivas y defensivas que emplearon en gran escala los guerreros asirios, persas, griegos y romanos mucho antes de la nueva era cristiana inaugurada con la aparición del Príncipe de la Paz, que predicó el evangelio del amor a nuestros semejantes.

En el sitio de Cartago, acometido por el general romano Escipión el Africano, en el año 149 antes de J. C., se vieron aplicaciones grandiosas del arte ofensivo y defensivo de los antiguos. Este sitio duró tres años, al término de los cuales cayó el gigante enemigo que amenazaba siempre aferrar la garganta del coloso dominador encornado en la antigua Roma. En esa operación militar de importancia decisiva, los romanos emplearon la ballesta, la catapulta, el ariete, la torre y la jabalería, además de muchas otras armas y máquinas de destrucción que daban al gigantesco drama de la guerra un nuevo aspecto aterrador y fantástico.

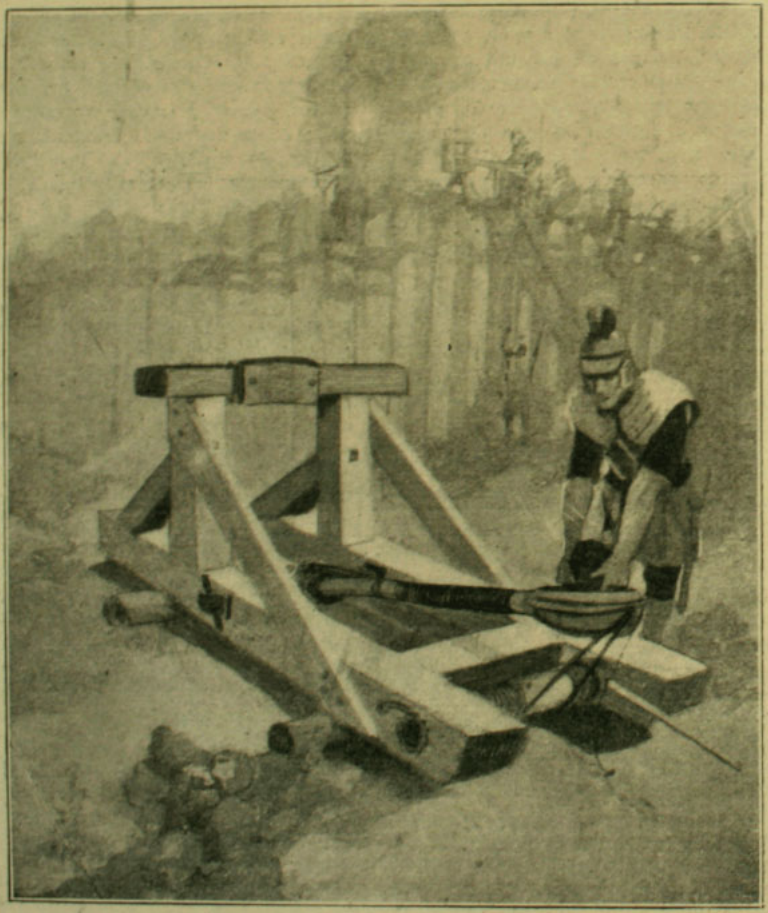
El ariete es la primera manifestación del mortero u obús moderno. Esta arma consistía de un madero muy largo y de gran diámetro, guarnecido en uno de sus extremos por una pieza de metal que tenía, generalmente, la forma de una cabeza de carnero. Al principio este madero era llevado en los hombros de centenares de soldados que lo aferraban y se lanzaban con él de punta contra la muralla o puerta que querían derribar.

La segunda aplicación del ariete fué la de suspenderlo a un enorme trípode, en

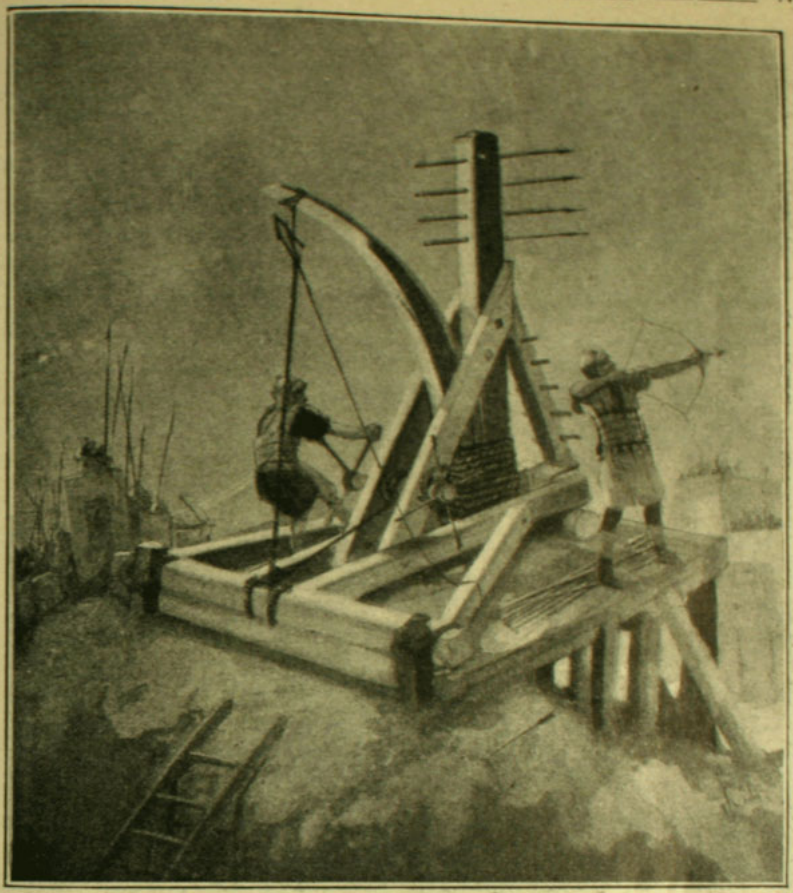
vez de ser colocado sobre los hombros de los guerreros. Poco después, haciéndose necesario tomar en consideración el elemento de una mayor movilidad, se montó el trípode en una plataforma con ruedas.

Esta disposición del ariete le permitía aumentar considerablemente su poder demoledor. Se ha calculado que la percusión del extremo de metal era equivalente al choque de una bala de treinta y seis libras. Formaba esta máquina un instrumento de preciosa ayuda para la torre movible que estaba compuesta de varias plataformas blindadas y la que era arrastrada hasta las fortificaciones enemigas y desde la cual se concertaba el ataque con dos o trescientos guerreros armados con espada, jabalinas, arcos y flechas y zunchos de metal y puentes levadizos para lanzarse a las murallas de las fortificaciones. Estas estructuras ofensivas tenían a veces hasta veinte pisos y alcanzaban a la cima de las más elevadas murallas.

A medida que el arte defensivo hacía progresos, se hizo necesario efectuar las operaciones ofensivas desde cierta distancia más o menos grande. Esta necesidad fué afrontada con el empleo de la catapulta y la ballesta. La fuerza propulsora de ambas máquinas es descripta por Francis Grose, una autoridad militar del siglo décimo octavo, que dice acerca de ellas lo



La forma precursora del cañón entre los romanos: con esta especie de honda se arrojaban grandes piedras contra las fortalezas



Una catapulpa, que era el principal elemento de ataque en la antigüedad

siguiente: "es grande el poder que imparte la elasticidad de cuerdas retorcidas sacadas de las tripas de los animales, de sus nervios y del cabello humano y cáñamo sin peinar", toda esta mezcla se retorcía en una sola cuerda que servía de gigante resorte accionado por medio de un gatillo.

La catapulta, que al perfeccionarse se usaba montada en un carruaje de cuatro ruedas, fué, al principio, una máquina empleada para lanzar piedras, pedazos de madera y fragmentos de hierro, aunque este mismo término se empleaba también para designar la ballesta, aparato usado para descargar jabalinas y lanzas. Estaba equipada con un brazo que terminaba en una cuchara, en la cual se colocaban los proyectiles; otras veces éste era reemplazado por una honda. El brazo movible era impelido con súbita pujanza al soltarse el gatillo y lanzaba los proyectiles contenidos en el cucharón con una violencia extraordinaria.

Athenseus, un escritor griego del siglo III, describe una especie de catapulta, de un pie de largo, que lanzaba una flecha a una distancia de seis cuadras. Otras máquinas de esta especie lanzaban jabalinas a través del anchuroso Danubio, en sitios que distaban más de siete cuadras de una a otra orilla.

Una máquina parecida a la catapulta y que algunas veces reemplazaba a ésta en-

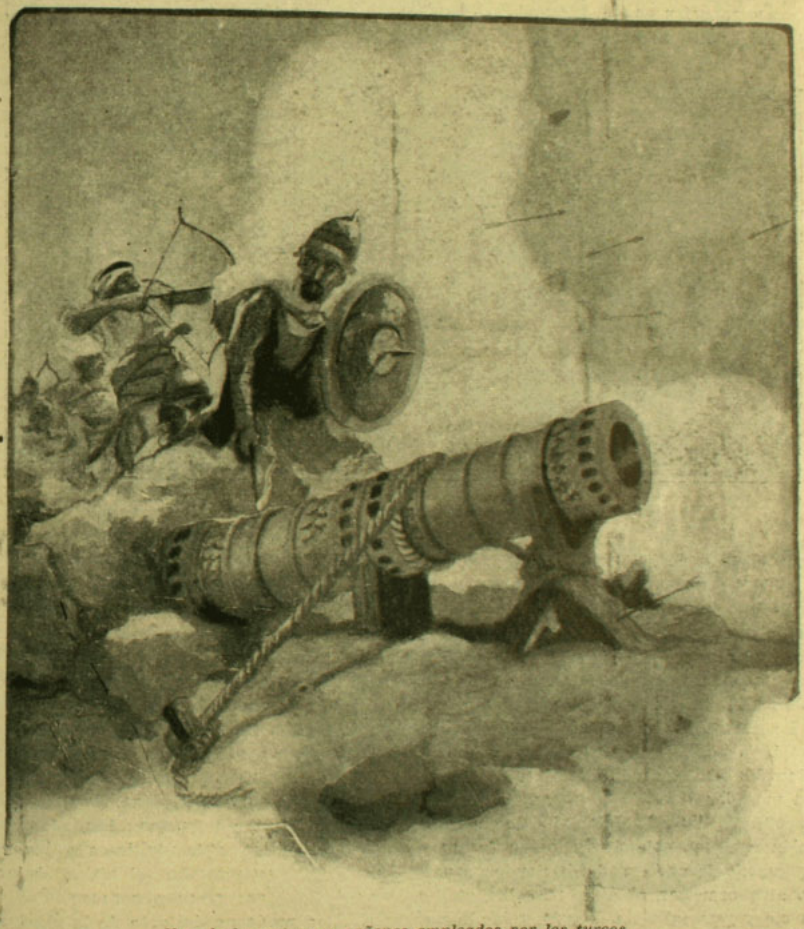
Otra gran catapulpa empleada por Simón de Montfort; conde de Tolosa en el siglo XVI

cazmente, era la ballesta. Este utensilio guerrero estaba formado por un arco colocado sobre una plataforma o carruaje y descargaba enormes flechas y jabalinas, aunque parece que se la empleaba, asimismo, en lanzar piedras y otros proyectiles. Se manejaba por medio de un molinete y al soltar la cuerda que lo sujetaba, partían los proyectiles a través del espacio con una velocidad inusitada.

Algunas de estas máquinas descargaban grandes trozos de madera, lanza y piedras o trozos de roca que pesaban hasta trescientas sesenta libras. Josephus relata los efectos de la ballesta, que abatía los baluartes y las torres, despedazando filas enteras de soldados.

Diversas modificaciones de estas máquinas empleadas en la guerra, vieron muchas ocasiones para lucir sus cualidades especiales. Entre éstas estaba la catapulta de la edad media, denominada mangonel; el escorpión, usado en la defensa de las murallas, y el lobo de la guerra. Algunas de estas máquinas se empleaban para descargar la substancia inflamable llamada fuego griego, el antecesor de los proyectiles explosivos que ahora constituyen el arma más destructiva de la guerra.

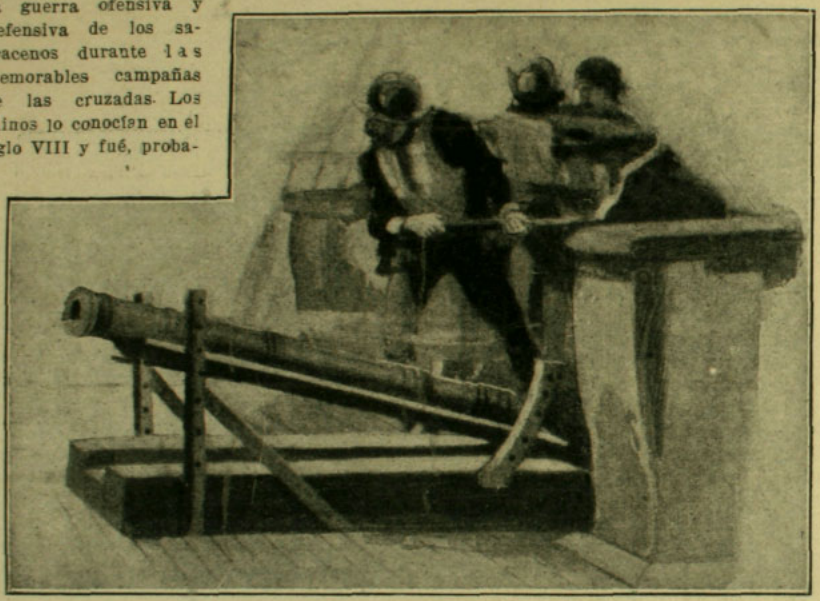
El origen del fuego griego es descono-



Uno de los primeros cañones empleados por los turcos

cido. Una tradición nos dice que su descubrimiento fué debido a Callinicus, un sirio, que dedicó su invento al Emperador Constantino Pogonatus, a fines del siglo séptimo.

Hay, sin embargo, serios motivos para creer que esta substancia fuera producto de los experimentos científicos de los alquimistas moriscos, pues este elemento ofensivo jugó un rol muy importante en la guerra ofensiva y defensiva de los sarracenos durante las memorables campañas de las cruzadas. Los chinos lo conocían en el siglo VIII y fué, probablemente, el conocimiento de este secreto que les permitió el empleo de los cohetes guerreros que usaron en la India durante la guerra de conquista. Pero, cualquiera que sea el origen del fuego griego, sus efectos eran realmente terribles.



Cañón naval empleado por los españoles en el siglo XVI

Joinville, uno de los célebres cronistas de las Cruzadas, ha relatado, para beneficio de la posteridad, que esta substancia inflamable era lanzada desde el fondo de una máquina llamada petrary; "y salía el fuego", nos dice, "del tamaño de un gran melón con una cola de fuego en forma y del tamaño de una espada, haciendo un ruido, al chocar con el aire, parecido al del trueno y semejaba un dragón volando por los aires; y era tal la cantidad de fuego que el resplandor alumbraba los campos como si fuera de día. Era tal el terror que causaba entre los jefes del ejército de San Luis, que Gautier de Carrill, un caballero de la edad media, guerrero osado y de gran experiencia, aconsejaba a sus soldados que al ser atacados de esa manera debían prosternarse y rogar al cielo que los librase de tan tremendo peligro, pues no había contra él otra protección que la de Dios. Era el fuego griego un agente tan eficaz para causar la destrucción, que siguió siendo empleado en la guerra aún después de la invención de la pólvora y de las armas de fuego. El uso simultáneo de estos dos medios de causar la muerte, es descripto por un cronista del siglo catorce, en los siguienes términos:

"Cuando el obispo de Norwich sitió a Ypres, la guarnición se defendió con tal bravura, empleando piedras, flechas, fuego griego y ciertas máquinas llamadas gonnes, que obligó a los ingleses a levantar con gran precipitación el sitio, dejando tras de ellos sus grandes gonnes.

La era moderna del arte de la guerra se inauguró más o menos en 1320, con el des-

La idea primitiva de una ametralladora constituida por un cañón triple

cubrimiento de la pólvora en Europa; mucho tiempo después de ser una substancia conocida en China y tal vez también, en la India. Ha surgido siempre una ardua discusión entre las autoridades históricas inglesas y alemanas, en cuanto al descubrimiento de esta substancia, que tanta influencia ha ejercido en la evolución del arte de la guerra, pero una tradición muy conocida es la de que la pólvora fué descubierta accidentalmente por Bartoldus Schwarty, un monje alemán, muy entendido en química experimental. La historia refiere que el Hermano Bartholdus había mezclado en un mortero un poco de salitre, sulfuro y carbón y habiendo cubierto éste con una piedra achatada, se produjo una explosión que lanzó la piedra a gran distancia, despedazando todo lo que se encontraba en la celda del fraile.

Esta desgracia muy interesante, se relata, dió origen inmediato a los proyectiles y a las máquinas llamadas gornes, que estaban destinadas destruir el predominio del jinete sobre los infantes y que proclamaba, con voz de trueno, la igualdad entre los hombres. El mortero de fray Bertholdus, que había sido el primer instrumento que había lanzado lejos de sí una piedra, por medio de la explosión de la pólvora debía necesariamente, dar su nombre a los primeros cañones europeos que se llamaron morteros, usando piedras como proyectiles. A pesar de la habilidosa combinación de esta leyenda, es un hecho que la invención del cañón siguió al descubrimiento o propiamente hablando al segundo descubrimiento de la pólvora en las regiones de Europa, plagada en ese entonces de señores feudales. Un siglo después de este incidente histórico, acaecido en Alemania, la ciencia de la artillería se había enriquecido con una multitud de términos nuevos que correspondían a una gran variedad de piezas para disparar proyectiles, tales como: morteros, bombardeadoras, culebrines, semi-culebrines, disparadores de piedras, cañones triples, cañones mortíferos, etc.

Froicoart, cuyas pintorescas relaciones históricas forman cuadros vívidos de las guerras del siglo XIV, nos refiere cómo efectuaban el bombardeo de Oudenarde, por los burgueses de Gante, sus vecinos.

"Para atemorizar la guarnición de Oudenarde, el (Van Ártevelde) efectuó un bombardeo admirable por su fuerza y eficacia, por medio del empleo de bombardeadoras de cincuenta pies de largo, que lanzaban piedras muy pesadas y voluminosas. Cuando se descargaba este cañón podía oirse el estampido a cinco leguas de distancia, si era de día y a diez leguas, si se disparaba de noche, haciendo un ruido tan infernal que parecía que habían salido a pasear todos los diablos del infierno."

Al apoderarse los turcos de Constantinopla, en el año 1453, el cañón de artillería formaba parte del arsenal de guerra de las naciones.

Mohammed II, como heredero de los secretos de los alquimistas árabes, que habían introducido el empleo de la pólvora en las guerras de conquista del suelo español, en el siglo décimo tercio, usaron en

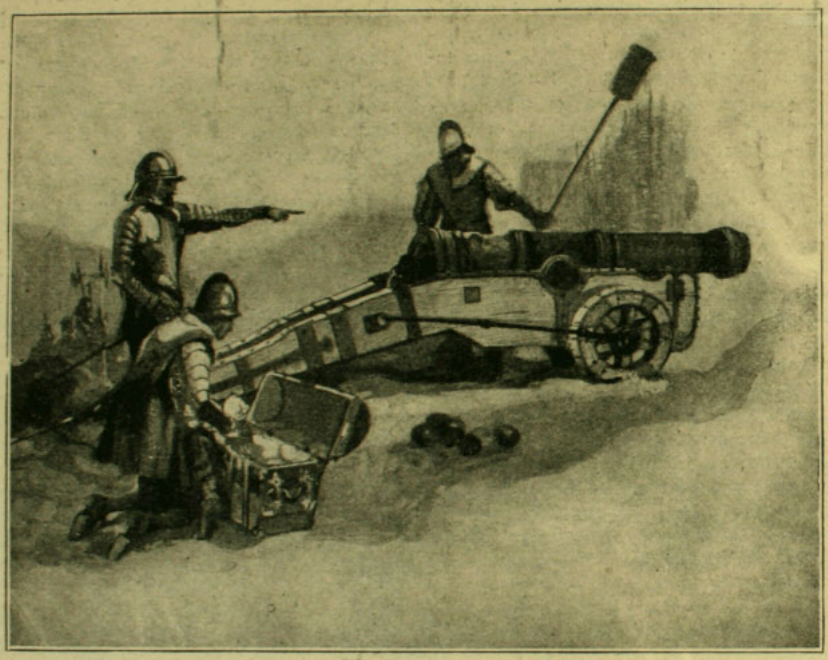
Pequeño cañón empleado por los ingleses

el bombardeo de la ciudad en el Bósforo un gran cañón que descargaba un proyectil de piedra que pesaba mil doscientas libras. El arma era, sin embargo, tan pesada, que obligaba a moverla rodando sobre sí misma, como un barril, y el cañón era elevado y bajado por medio de cuñas que se colocaban en su parte inferior al golpe de grandes martillos.

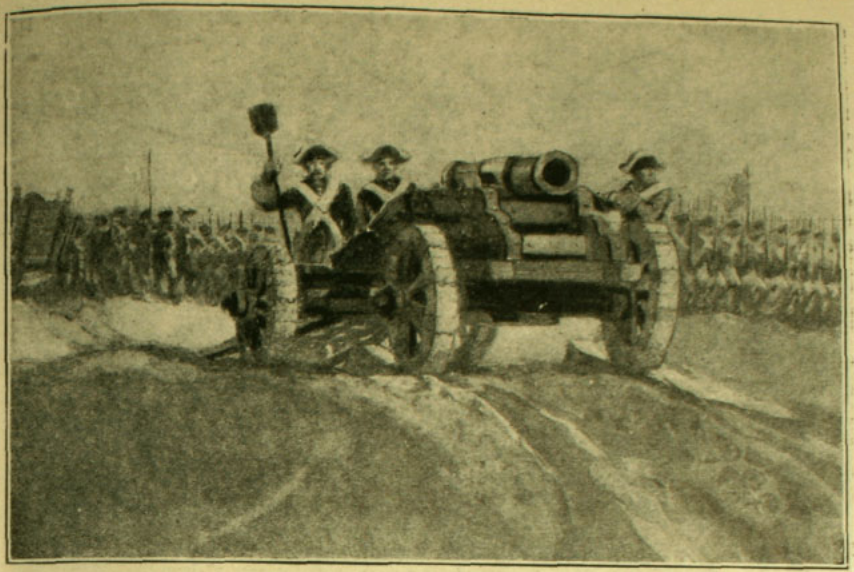
A pesar del gigantesco peso de los proyectiles disparados por estos toscos monstruos, el daño que causaban era relativamente muy limitado. Era necesario inventar algún proyectil que multiplicara su eficacia estallando al caer. Esta invención se realizó en 1543, por medio de un aparato que vino a ser el antecesor de la granada actual. El nuevo proyectil explosivo inventado en aquel entonces ha sido descripto por un escritor inglés en la siguiente forma:

"Se fabricaron moldes huecos de fierro fundido, rellenos con materias explosivas o fuego infernal. Los más grandes de estos moldes tenían tornillos de fierro que aseguraban una mecha que mantenía el fuego encendido y llegando a los explosivos hacía estallar el envase en muchos pedazos, cada uno de los cuales podía matar o herir al que tocase."

Por otra parte, aunque estas armas eran entonces formidables, sus efectos se veían retardidos o aminorados por su inmovilidad y por el largo tiempo que demoraba su carga y descarga. Hasta el fin del siglo décimo quinto, muchos de los grandes cañones se colocaban fijos en tierra o sobre plataformas inmóviles. En las guerras de Francisco I de Francia y del Emperador Carlos V, hizo su primera aparición en los campos de batalla la artillería de campaña o movible. El tren de cada cureña incluía cañones para disparar culebrinas de 18 libras, era arrastrado por varias yuntas de bueyes, y las fuerzas expedicionarias se veían secundadas por cañones de otros tipos, tales como los falcones y falconetes, arrastrados por bueyes o caballos y estos cañones eran manejados por los mismos soldados que empezaban a reemplazar a los an-



Cañón de campaña de que se valió Gustavo Adolfo en sus guerras

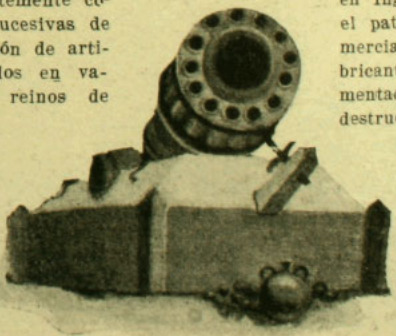


El precursor del actual cañón de campaña empleado en el siglo XVIII

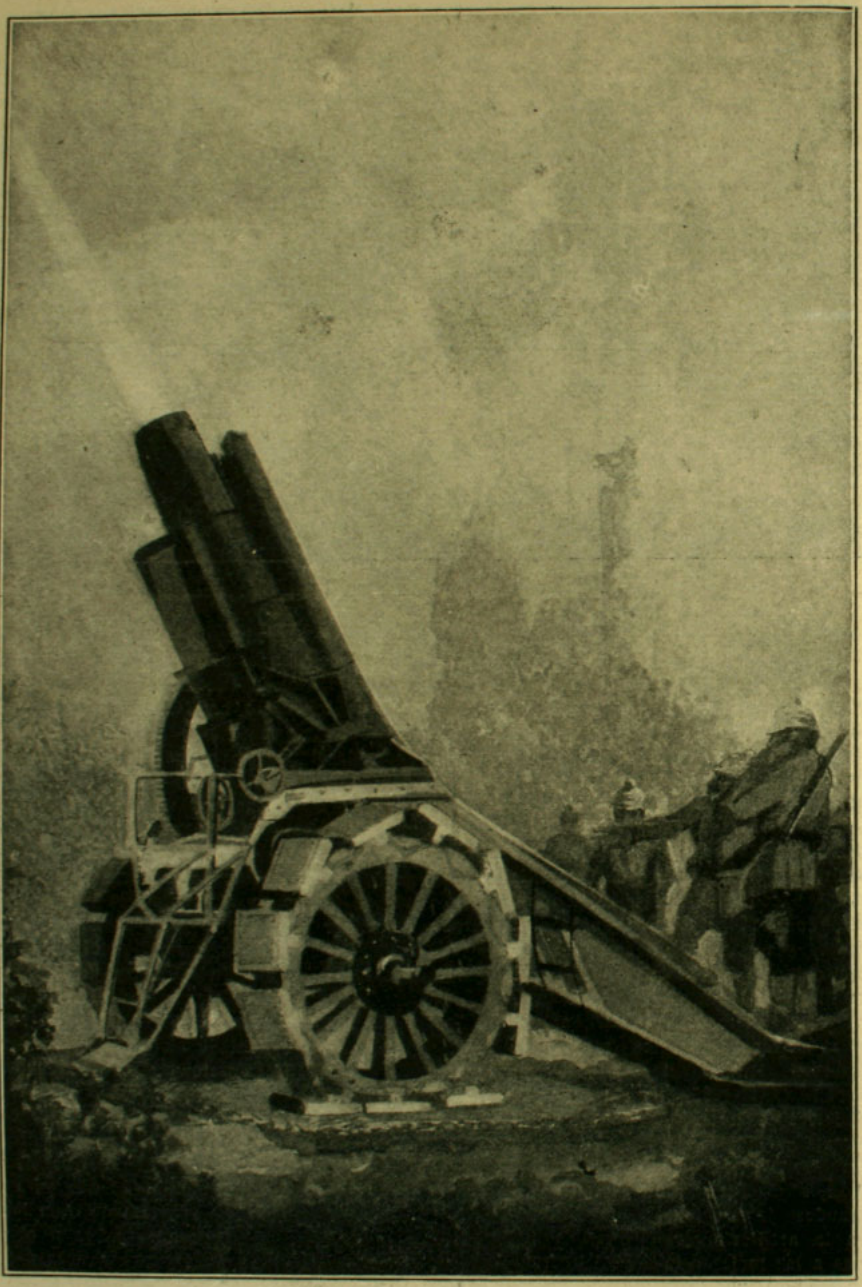
tiguos "maestros de cañones" y su heterogénea turba de ayudantes.

Las mejoras en la construcción y equipo del cañón de artillería continuaron en un grado notable, durante las guerras religiosas de Francia y en la segunda mitad del siglo décimo sexto. Los artífices hugonotes, que eran los más hábiles en las industrias en tiempo de paz, especialmente en las artes mecánicas, aplicaron su ingenio al desarrollo de la artillería que ganó en movilidad y en valor táctico, empleándola más y más en unión a las otras armas y no independientemente como antes. Las épocas sucesivas de la historia del gran cañón de artillería se vieron marcados en varios adelantos en los reinos de Gustavo Adolfo de Suecia (1611-1632) y Federico el Grande de Prusia (1740-1786). En este último período se realizaron grandes innovaciones en la artillería, gracias a las mejoras introducidas por Gribeauval, llamado con justicia, "el padre de la artillería moderna". Este francés ingenioso hizo grandes adelantos en el arma con la cual Napoleón (que fué desde su juventud un magnífico artillero) ganó sus más grandes victorias.

Desde el tiempo en que combatieron esos poderosos capitanes, el desarrollo de los cañones de campaña y de sitio ha estado principalmente en las manos de los grandes fabricantes de cañones de las grandes potencias militares, tales como los talleres de Krupp en Alemania, los talleres de Schneider en Francia y los de Armstrong en Inglaterra. Alentados por el patriotismo y por el comercialismo, los expertos fabricantes de cañones han aumentado el alcance, el poder destructor y la movilidad de sus armas. El adelanto más marcado ha sido en la eficacia de los cañones más bien que en su gran tamaño. Aún los grandes cañones alemanes de cuarenta y dos centímetros, de cuyo gran poder tanto se ha hablado en



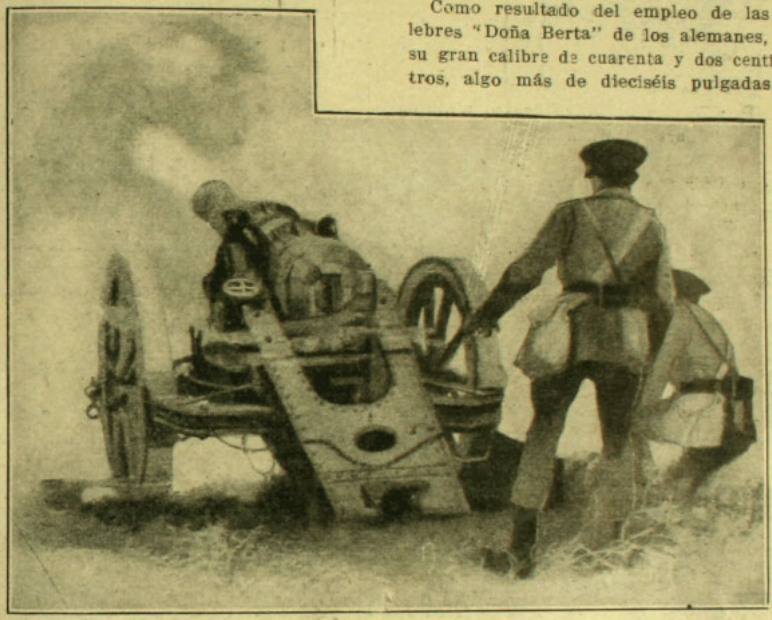
Un curioso mortero ideado en el siglo XIX



El cañón Krupp moderno que emplea el ejército alemán. Es una de las armas más eficaces en los sitios de ciudades defendidas

los últimos tiempos, no son los más grandes cañones que se han fabricado. El ingeniero francés, Paixhans, fabricó en 1832 para efectuar el sitio de Amberes, un mortero con un calibre de sesenta centímetros.

En el museo de Woolwich, en Inglaterra, hay un cañón de artillería que tiene un calibre de noventa centímetros. En el Kremlin, en Moscow, al lado del Czar Kolokol, o Rey de las Campanas, hay un viejísimo cañón fundido en talleres turcos, con un calibre de un metro. Ninguna de estas armas resultó satisfactorias. El cañón monstruo empleado por los rusos parece que no fué jamás empleado para atacar a los enemigos que se quería destruir con él.



El liviano cañón inglés de artillería que ha dado magníficos resultados en la guerra actual

En marcado contraste con estas vetustas armas están las máquinas de guerra tan eficaces empleadas por alemanes, ingleses y franceses en el actual conflicto. Parece que la artillería rusa es algo ineficaz en el empleo del arma de artillería, a pesar de la actividad desplegada por dos excelentes fábricas de cañones. El Ferrocarril transiberiano, se asegura, está atareadísimo en el acarreo de trenes completos cargados con cañones de artillería, fabricados en el Japón y en los Estados Unidos. Estas transacciones deben mantenerse, en lo posible, en el secreto, pero se ha confirmado el rumor en los informes oficiales de los artículos exportados de los Estados Unidos. Durante el mes de noviembre de 1914, estos informes revelan que se han despachado seiscientos mil dólares de armas de fuego, término que incluye desde el revólver hasta el cañón de sitio, todo lo cual ha sido embarcado a la Rusia Asiática.

Como resultado del empleo de las célebres "Doña Berta" de los alemanes, con su gran calibre de cuarenta y dos centímetros, algo más de dieciséis pulgadas, se dice que el Gobierno inglés está preparando en los astilleros de Elswick una gran cantidad de morteros que tienen un cañón de nueve y media pulgadas de diámetro, los que pueden disparar granadas de trescientas libras, con una carga explosiva de cincuenta y tres libras de lydita. Se asegura que estas poderosas máquinas de destrucción son suficientemente movibles para ser transportadas a la línea del fuego.

Los franceses, que han alcanzado gran fama en el arte de la fabricación de cañones, tienen un nuevo super-mortero en cuya eficacia se fundan grandes expectativas. Este cañón de artillería se denomina Ri-

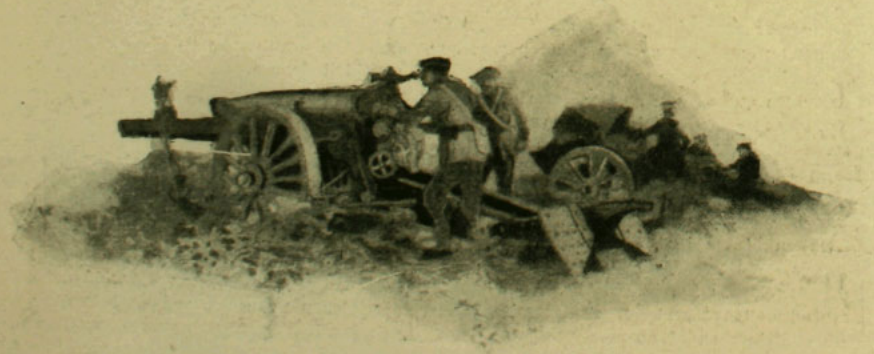
mailko, cañón descripto como una reproducción gigantesca del famoso setenta y cinco, el cañón francés de campaña. Se dice que dispara una granada que pesa alrededor de cien libras y la rapidez de los disparos es dieciséis veces mayor que la de los morteros que se ha intentado sobrepasar. Su movilidad es realmente admirable dadas sus dimensiones, pues pesa sin el avantren, cerca de tres toneladas. Puede ser desmontado en dos minutos y mientras los otros tipos de morteros, en circunstancias ordinarias, requieren doce horas de trabajo constante para ser montados y estar listos para disparar, estos nuevos cañones Rimailko de los franceses pueden empezar el fuego cuatro minutos después de darse la orden de disparar.

Este no es el cañón de artillería más grande que usan los franceses. Tienen un cañón fabricado por Creusot, de catorce pulgadas, y que figura en su material de guerra y el cual debe ser un monstruo formidable cuando tenga ocasión de desarrollar su poder destructor. Debe dudarse que esta arma tan pesada haya prestado servicios en las batallas de la guerra actual, pues su transporte debe ser un problema muy complicado.

Los fabricantes alemanes de cañones sin duda alguna, están muy atareados tratando de sobrepasar los efectos que ya han alcanzado con sus poderosas piezas de artillería. Si hay algún fundamento para los rumores, tan propalados, acerca de los propósitos del Estado Mayor General del Imperio alemán, que espera bombardear las costas de Inglaterra desde el suelo francés, mandando su metralla sobre el Canal Inglés, la operación, si llega a efectuarse, debe ser un espectáculo impresionante y único.

Los Estados Unidos de Norte América han introducido grandes mejoras en la ciencia y en el arte de la artillería moderna. Una de las innovaciones más notables es la cureña Buffington-Crozier, que se oculta automáticamente. Innovación que ha aumentado la eficacia de la defensa en las fortificaciones, pues les proporciona un cañón que se alza mecánicamente a la posición necesaria para disparar y en seguida baja automáticamente para protegerse tras las obras de defensa. Esta disposición resultó del esfuerzo combinado de dos distinguidos oficiales del Ejército yankee: los generales A. R. Buffington y William Crozier.

El cañón más eficaz, inventado recientemente, y en actual uso, es el nuevo rifle naval empleado en la marina de los Estados Unidos. Esta arma de combate, después de repetidos experimentos, ha sido fabricada en los arsenales navales de Washington sin tratar de despertar la curiosidad pública. Los ensayos preliminares efectuados en el mes de noviembre del año pasado, indican que su poder ofensivo es dos veces más destructor que las "Doña Berta" de 45 centímetros, fabricados en los talleres alemanes de Krupp. Dícese que tienen un alcance de quince millas, disparando una granada de dieciséis pulgadas de un poder destructor sin precedentes en la historia de la guerra.



Los horrores del invierno y de la guerra han completado la obra destructora en las ciudades y los campos. El caso presente habla más claramente que todas las explicaciones

Una ciudad destruída en el norte de Polonia

CERCA DE IPRES

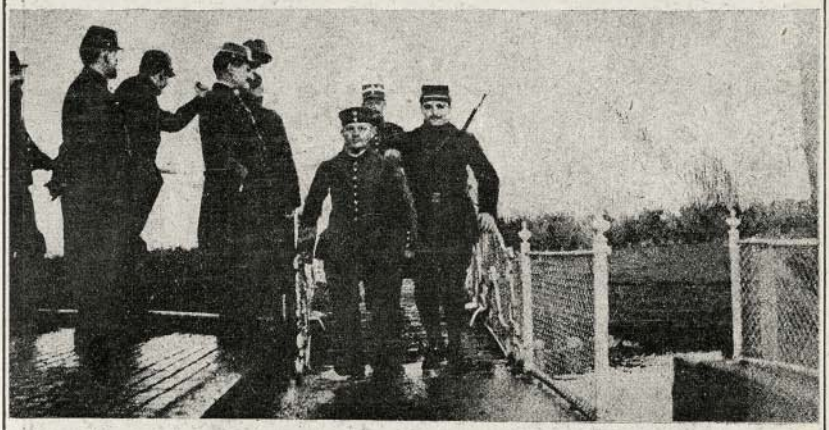
Una escena patética de un asalto a las trincheras alemanas, reconstituída por un dibujante

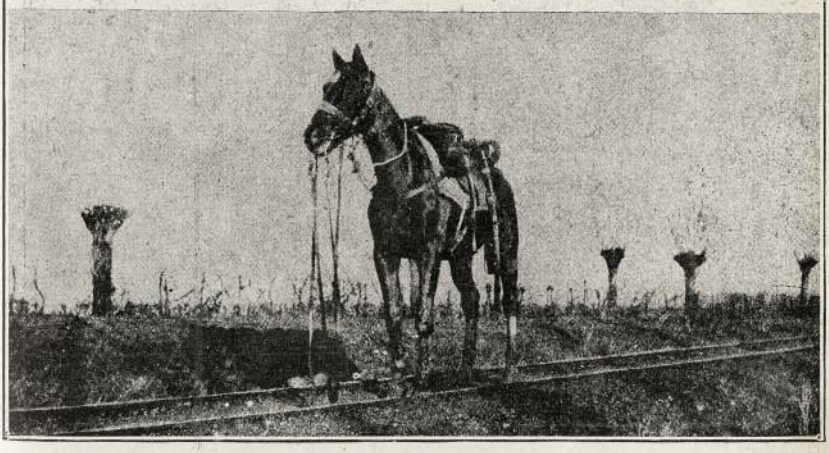
EN EL NORTE DE FRANCIA

Los servicios de telefonía y telegrafía en campaña: el comando militar transmite las órdenes de trinchera en trinchera y en un momento dado los soldados abandonarían sus sepulturas para lanzarse al asalto

EN LAS TRINCHERAS INGLESAS

Los soldados ingleses colocan en las trincheras maniquíes que simulan soldados sobre los cuales dispara el enemigo creyéndolos soldados





Curando a un herido.—Un prisionero alemán entre los franceses.—El caballo del granadero, abandonado en medio del campo, después de ser muerto éste

EN BELGICA

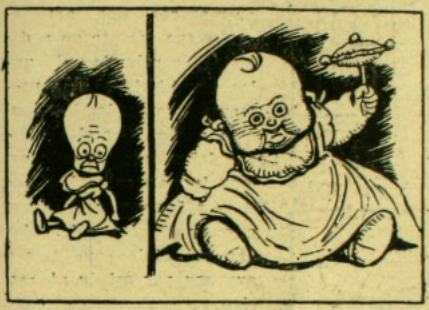
Los altos comandos militares dan las órdenes del día a los soldados, mientras un miembro de la familia real acompaña a los jefes

Tras de lo cómico, Mr. Charles Harrison

Por WALTER EMANUEL

Los presentes dibujos pertenecen a una serie de ellos que publica el "Strand Magazine" obedeciendo a una idea lo más original. Un artista humorístico, distinto cada mes, pero siempre de fama, se constituye en editor y se esmera en cumplir su cometido lo más cómicamente posible. Mr. Charles Harrison, de quien son los actuales dibujos, solicitó la colaboración literaria del escritor Mr. Walter Emanuel, de "Punch". Será curioso escuchar de los lectores de "The Strand Magazine" a la terminación del concurso, cuál es el editor que consideran que ha excitado su risa con más fortuna.

Es cosa que me intriga, a fe mía, cómo los artistas encargados de ofrecernos sus dibujos cómicos acuden a mí para que haga



El primer retrato del artista. Antes y después de tomar uno de esos tan conocidos alimentos para los niños

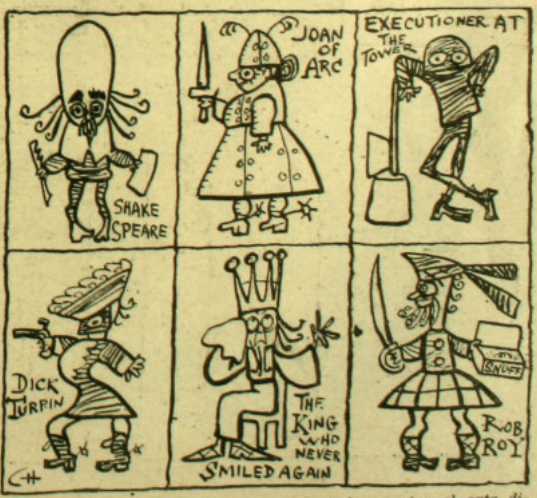
resaltar sus producciones. Creo que terminarán por encargarme a mí los mismos dibujos. Primeramente fué Tony Sarg más tarde Harry Rountree y ahora Mr. Harrison, que me pide que ponga un poco de sal en sus monos.

¿Y qué voy a decir yo de estos dibujos de Harrison? Confesaré que muchos de ellos me causan la impresión de ser excesivamente infantiles para un artista que, si no estoy mal informado, pasa ya de los veintiuno.

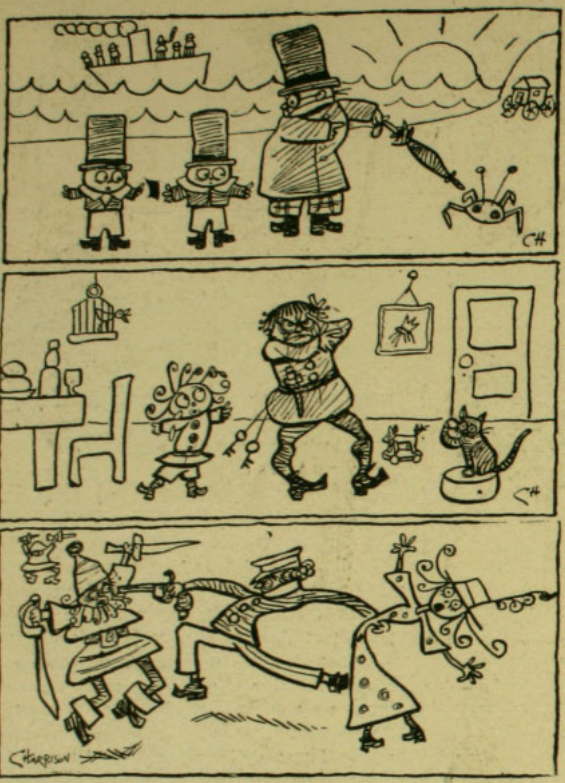
Mr. Charles Harrison, el autor de los dibujos

Es curioso que la mayor parte de estos artistas que se llaman cómicos, a pesar de que dibujan con toda la severidad de hombres adultos, aparecen como inteligencias infantiles. A mi modo de ver, es éste un caso patológico de esos que los profesionales denominan "desarrollo tardío". De todos modos, ya es algo el que no haya en estos dibujos nada vicioso ni malévolo. Desde luego yo encuentro uno o dos de éstos extraordinariamente divertidos. Ved si no ese ja-

Un retrato posterior del artista hecho de memoria según una fotografía del álbum de la familia



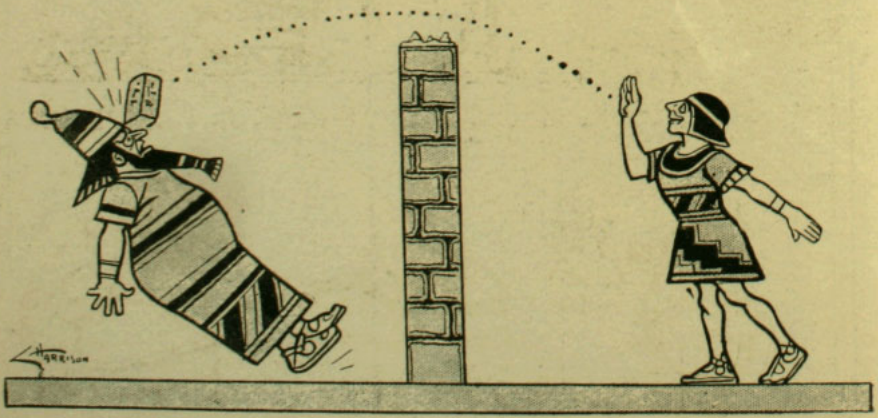
Celebridades mundiales. Primeros atentados contra el arte dibujados en las páginas de un borrador. (Shakespeare, Juana de Arco, El ejecutor de la sentencia, Dick Turpin, El Rey que nunca sonrió, Rob Roy).



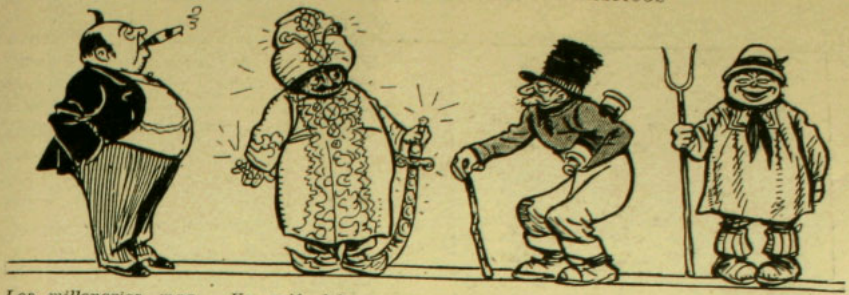
PRIMEROS ATENTADOS CONTRA LA ILUSTRACION.—I. Mr. Barlow explica a Sandford y a Merton una lección instructiva de historia.—II. Hubert y el Príncipe Arthur.—III. De una novela sensacional. Y su pistola apuntó a la cabeza del bandido.

titulado. "Por encima de la muralla del jardín". Presumo que esta idea se la dió algún literato. Y el ladrillo está primorosamente dibujado. No sé a punto fijo si Mr. Harrison no haría muy bien en dedicarse a dibujar ladrillos. En la pintura de la familia de microbios encuentro también un humorismo encantador. Los "Retratos prematuros del artista" están (yo me atrevo a decirlo), revelando al que los ha dibujado evidentemente lisonjeado. Y llegamos a las "Grandes figuras del mundo", donde vemos la particularidad que lleva a figurar en el escaso número de las celebridades mundiales que temen avanzar por miedo al castigo.

Prevengo a Mr. Harrison que hubiera hecho mucho mejor en no acudir a mí. Deploro el intento de producir hilaridad con "Sandford y Weston", viendo cuán pocos y raros entre nosotros mejoran y perfeccionan sus libros.



Por encima de las tapias del jardín. Una carta amorosa escrita en un ladrillo. La hija la larga y el padre la recibe inopinadamente



Los millonarios, magnates y mayordomos son frecuentemente propensos a la obesidad

Un rajá debe aparecer cuajado de brillantes

Los viejos deben aparecer con las piernas débiles

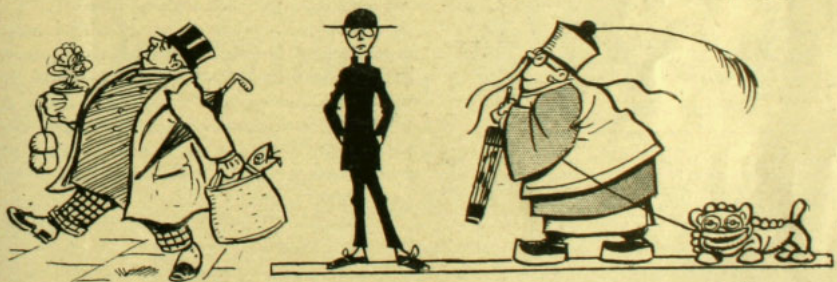
Los aldeanos es preciso pintarlos siempre sonrientes

Los rusos forrados de pieles

Las duquesas con impertinentes

El sabio con cabeza pelada

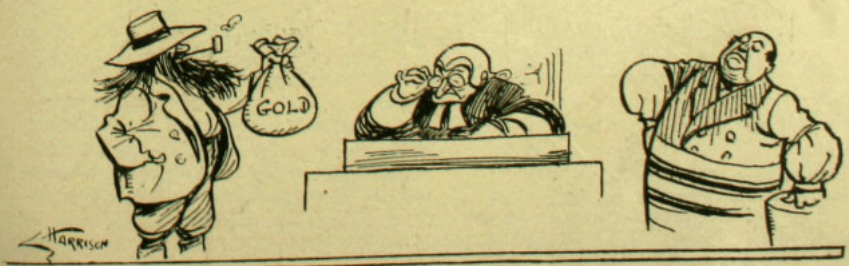
La doméstica rucia y desgreñada



El caballero de negocios llevando siempre a casa algo de la ciudad

El clérigo volviendo la escalera hacia el noveno peldaño

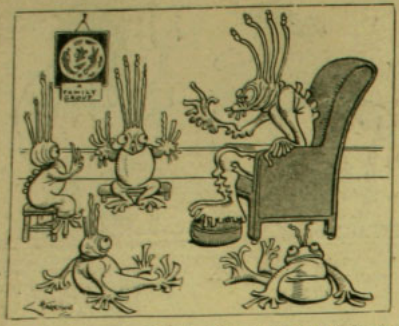
No olvidarse de estos ridículos perritos. El mandarín chino no saldrá nunca sin él.



El tío rico de Australia aparecerá siempre con patillas

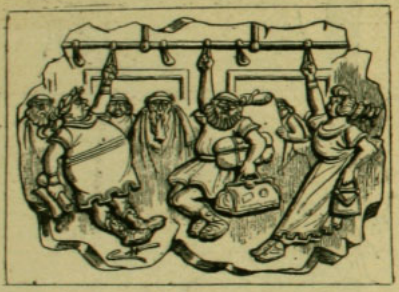
El magistrado estará ya en los límites de la senectud

Y el carnicero tendrá un aspecto de dignidad



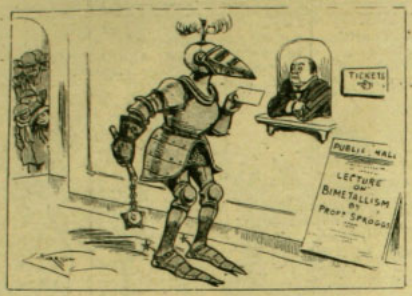
Una familia microbiana. El microbio abuelo relata a sus nietos sus milagrosas escapadas de los microbicidas

Pero en estos tiempos nadie tiene respeto por nada. Puede que hasta veamos a alguno tomando a risa al futuro Kaiser. La ignorancia de los artistas ha sido siempre cosa



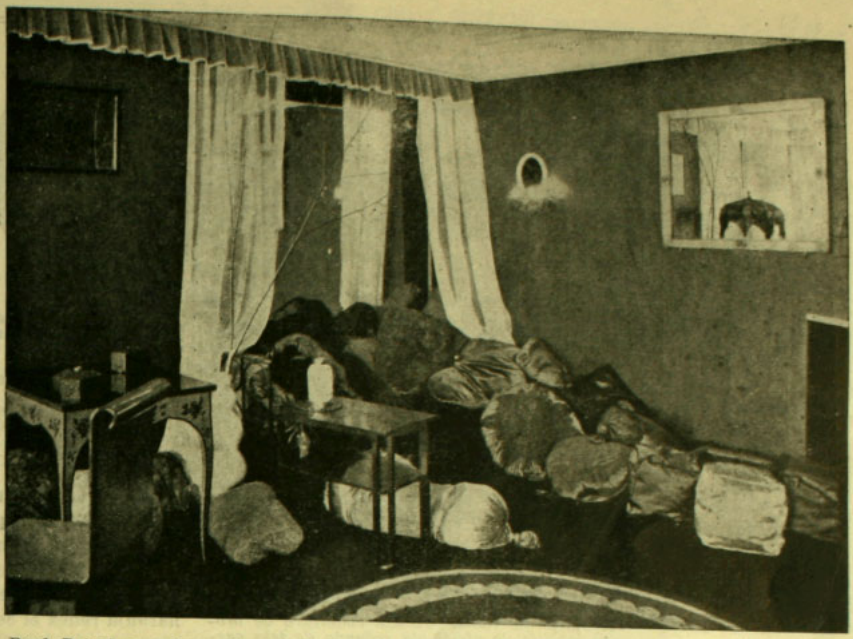
Nadie se sorprendería si hoy día se desenterrase alguna escultura que nos demostrase que el uso de tubos o pasamanos en los tranvías estuvo en boga en la Roma antigua

muy sabida. De ello tenemos un ejemplo contundente en este dibujo de Mr. Harrison. "Tuba". Evidentemente que nunca supo nada del famoso discurso de Julio César que comienza con las palabras "Et tuba brutoe". Con recelo toco el punto del "Traje para un baile de fantasía". Ese traje de armadura es especialmente adecuado para una clase de bimetalismo. Jamás he visto un



En una sala pública. Está Ud. equivocado en la fecha, señor. El baile de fantasía se efectuó la noche pasada; esta noche se da una clase de teoría bimetalista

hombre con más metal por todas partes. Las "advertencias para los artistas humorísticos" paréceme que envuelven un insidioso atentado contra los colegas rivales que quieren ganarse la vida. Desde luego el dibujo del pavimento por el que va el Gentleman de la ciudad, me parece excepcionalmente bien hecho y Mr. Harrison haría perfectamente si se dedicase a pintar pavimentos lisa y llanamente.



Paul Poiret, a quien seduce todo lo oriental, amontona sus cojines en su sala de la tienda Martín en una profusión exótica de formas y colores; los hay de todos tamaños, colores y formas hasta los cúbicos rellenos con plumilla y algodón para darle la solidez necesaria para poder usarlos como pisos.

Descanso y Cojines

Por

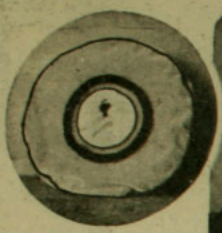
RUBY ROSS GOODUOW

Ilustraciones fotográficas

Para evitar que los amoblados rojos y paredes negras roben el encanto a los cojines, grandes artistas como Paul Poriet, Iribe y Barón de Meyes, adoptan un estilo severo y salpican de vivos colores a *sus cojines*.

Aunque parezca una paradoja cuando vivimos en un siglo, donde todo se realiza en grande escala, la expresión más feliz y acertada de un decorador es en el uso de los detalles pequeños. Sus cojines son más encantadores que sus muebles; puede explicarse esto por la facilidad con que se puede colocar un cojín en cualesquier rincón sin tomar en cuenta su forma o color, mientras que una silla o sofá de un diseño ultra moderno no armonizaría con el resto del mobiliario, paralizaría el resto del cuarto y llamaría demasiado la atención.

Convirtiendo a América.—Hasta hace poco, nosotros en América habíamos tenido poca oportunidad de estudiar decorados, excepto por medio de grabados. Han habido exhibiciones de decoradores extranjeros y algunas de sus ideas nos han llegado, pero los decoradores nacionales se han esforzado poco para convertir el gusto de sus clientes



Barón de Meyer exhibe sus cojines uno por uno para evitar que los contrastes resulten chocantes; este cojín es de raso cereza con una silueta en raso blanco, encuadrada por fleco tupido y mocho negro.

Sofá largo de caoba con una cobertura de brocato japonés, la almohada redonda de tela carmesí negro y plata, un conws pieds acabada en las esquinas con enormes borlas carmesí y oro, el forro brocato carmesí y el derecho de brocato negro y plata.

Este cojín blanco nos nace recordar un unión de jardín, en donde crecen poids de sentens en alegre confusión; las flores de seda de diferentes matices están aplicadas sobre la tela.

a lo menos común. La más joven de todas las naciones en artes decorativas somos los más porfiados en seguir protegiendo nuestros antiguos estilos, moderación blanca, caoba colonial con variaciones de panneaux importados y muebles franceses.

Recién, por buena fortuna nuestra, un artista extranjero, Barón de Meyes, que habita Londres y París y que ha atraído nuestra atención por sus notables y asombrosas fotografías, nos ha conquistado al nuevo tratamiento de decorados.

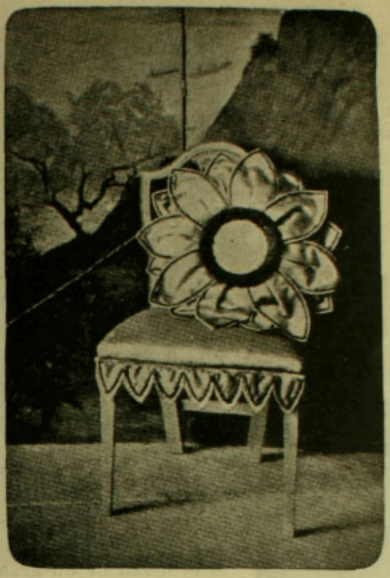
En sus retratos los decorados son un factor tan importante que causó poca sorpresa cuando declaró su sumo interés en decorados de interiores. Como Paul Poiret, quien es decorador y es costurero, y Paul Iribe, quien fué arquitecto, caricaturista y joyero antes de decorador, Barón de Meyer tiene la versabilidad que es padrina de toda originalidad. En su filosofía decorativa, una silla de color alegre está tan bien en un salón como un bónito vestido y un cojín tan atrayente como un ramillete de flores.

Es en sus cojines donde demuestra su mayor personalidad, cuando diseña un cojín jamás lo copia.

Un cojín que asombra en su colección sugestiona un enorme girasol. El cojín es de taffetas azul con recejos rojos, el inverso es liso, pero al derecho tiene varias corridas de pétalos de seda amarilla verdosa ribeteados con el taffetas azul y un pequeño vivo color naranja,—un fleco mocho y tupido en seda naranja rodea el centro, que es azul.—De Meyer también ha inventado o recreado una silla que hace juego con este cojín, la silla es un estilo Heppelwhite, pintada en amarillo verdoso con combinaciones de azul. El asiento está tapizado con taffetas azul y un vuelo de la seda amarilla con ribete azul y naranja, una silla y cojín de esta especie le darían vida a cualquier salón que se encuentra tristón.

Otro cojín, que ilustramos, está confeccionado de dos rectángulos de gamuza blanca ribeteado con seda negra. El cojín es de raso blanco sobre el cual se coloca el de cuero; un ancho fleco lo termina a las puntas. En la tapa de gamuza un panneaux de terciopelo está primorosamente pintado y bordado con flores exóticas en colores vistosos, dalias, azulejos y capucinas y flores de su imaginación que representan ingenuidad y artificio. En su estudio, Barón de Meyes produce cojines como éstos uno por uno y los expone en dados sofáes. En esto no sigue a Poiret, que amontona sus cojines con prodigalidad oriental; pone tanto cuidado con la colocación de un cojín como pondría con un cuadro.

Un sofá de terciopelo negro les da a todos la bienvenida, pero él jamás permite que se junten dos cojines que pudieran cho-



Introducir una nota alegre en una habitación es la muestra del valer de un decorado, pues, ¿no es tan necesario para una pieza introducir una nota brillante como lo es un elegante traje o un bouquet de flores? Cojín azul, naranja y amarillo imitando una flor girasol, la silla pintada y decorada con los mismos colores

car en rivalidad chillona. La mayor parte de sus cojines más apreciados los tiene escondidos detrás de un biombo y los saca y exhibe uno por uno. Hay uno encantador, en terciopelo cereza con un gran hoyo en el centro, que asemeja a un picarón o salvavidas. Otro color cereza, tiene un centro de raso blanco con una silueta hecha a la pluma. Un enorme cojín (oblondo) tiene una tira azul con enormes pintas negras y tiras color naranja y negro en la orilla. Líneas de chenilla verde fuerte separan las dos telas y como fleco piel de angora negra. Otro de los cojines ilustrado es de gamuza amarilla en forma rectangular con una aplicación negra y fleco negro. Hay cojines allí que por su forma se pueden usar como coberturas en una chaise longue. Estas tapas miden de cuatro a cinco pies de largo y de dieciocho a veinte pulgadas de ancho; son rellenadas con un acolchado delgado y llviano. El forro de uno de ellos es brocato chino, rojo llama, y el derecho de brocato negro con plata. Las puntas tienen borlas diseñadas por el dueño, oro naranja y negro.

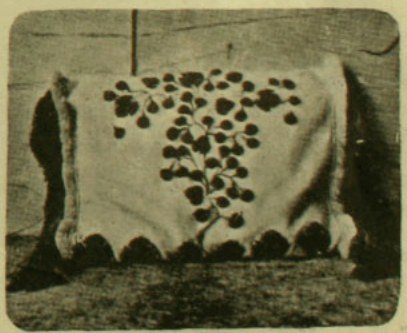
Este cojín se pliega una vez y esto junta las cuatro esquinas, quedando los pies cómodamente rellenados en su elegante forro.

Dos cojines redondos han copiado el colorido, pero usando terciopelo rojo en combinación con el brocato negro y plata. Estos cojines se usan en un sofá de caoba con forro de brocato japonés.

El cojín según el gusto de Paul Iribe

Iribe es el primero entre los diseñadores de muebles, educado como arquitecto; después se desvió hacia caricaturas y en seguida inventando modelos para joyeros de renombre, se ha dedicado del todo al decorado de casa y de muebles de rara elegancia. En la ilustración se admirará una de las obras más características de Iribe. Este mueble de madera finísima está decorado con oro y cuero pulido y una rosa de oro, la marca de fábrica de Iribe, aparece en el frente de cada cojín. Los candelabros son de oro con pantallas de seda verde, la alfombra es azul con dibujos rojos.

La otra fotografía nos muestra una alfombra negra con fleco y centro coral. El marco del espejo es de laca roja y el canasto es negro con forro verde y borlas rojas. La amplia silla es de ébano forrada con un terciopelo verde plomo y fleco metal; el mueblecito es de madera laca; el pequeño espejo lleva un marco de ébano y oro. Un decorado característico de Iribe nos muestra la tercera ilustración. Un gran espejo con marco de laca roja, una canasta con fruta, tallada y dorada, es el metal principal. La silla a la izquierda está tapizada



América se sostuvo de la influencia de decoradores de ultramar, pero se ha convertido cuando ve cojines como el de arriba, gamuza amarilla, fleco de seda negro y un racimo de uvas con hojas bordadas en negro; cojín de Meyer.

con terciopelo coral rayado con negro. La alfombra es azul obscuro y verde y la silla a la derecha luce un forro de velones verde-plomo con rayas negras.

Cuando estalló la guerra. Iribe había abierto una pequeña salita en el Farbourg St. Germain, para exhibir sus cojines, especialmente ideados para el estilo sugestivo de sus muebles. Estos cojines tienen una personalidad propia, y Mr. Iribe dice que su arte no se atiene a ningún período definido, es original y de este siglo.

La era de los cojines de taffetas con vuelos y los de los de longerie sobre forros de colores, ya pasó. Los cojines cuadrados con franjas diagonales de un género transparente, negro sobre oro y adornado con bellotas negras y doradas, no guardan ninguna relación con los afeminados cojines de ayer. El cojín ilustrado es de raso azul-plomizo con las extremidades bordadas con trencilla plateada; en el centro un adorno bordado con hilo de plata. El otro cojín es también azul plomo, cruzado con tiras negras transparentes sobre dorado, terminando en un fleco de seda; el cordón es negro y azul. Aún más característicos del genio de Iribe son los otros dos cojines que ilustramos. Uno está hecho de moaré con fleco de oro y flores convencionales, bordadas en colores llamativos; el otro es de seda azul desteñido con fleco de plata sobre el centro naranja, bordado en colores búlgaros. La silla iribesca es de roble tallado, tapizada con un forro amarillo con rayas azules. El cojín es de taffetas negra con las esquinas errejadas bordadas con seda verde intenso y borlas de seda color caoba.

Un sofá negro sirve de marco a una infinidad de cojines como el de la ilustración, que es de gamuza con una gran placa negra, donde están primorosamente bordadas dalias en sus colores naturales, azulejos y capucines

Cuando Poiret inventa un cojín

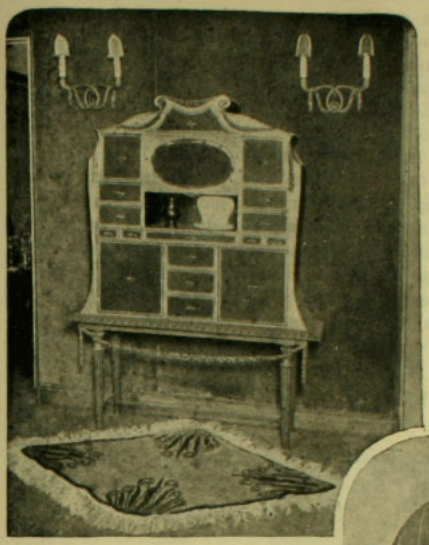
Chez Martín, que como todo el mundo sabe, es Poiret, hay una sala oriental donde Poiret ha amontonado cojines persas en hermanable confusión.

Grandes cuadros de terciopelo azul-verdoso con aplicaciones de encajes gruesos dorados, están acabados con borlas de diferentes especies y formas. Hay una cantidad de cojines de género plateado y dorado con un ligero relleno y plegado sobre sí; los más raros de todos son los cúbicos que sirven como pisos para sentarse en ellos. Son hechos de malla de oro o plata y rellenos con plumilla y algodón, para darles la resistencia necesaria. Los hay que parecen grandes almohadas destinadas para el diván de un gran pachá; éstos son de tela dorada con adornos verdes y terciopelo bermejo. Hay miles de cojines negros con una aplicación cuadrada de bordado persa en el centro, los hay también redondos en verdes y rojos rechillones, generalmente con un centro bordado en oro. Las puntas a veces van tomadas por un racimo de cuentas de madera teñidas, y Poiret también hace uso del estilo persa, acabando el cojín con un bordado imitando el signo de interrogación.

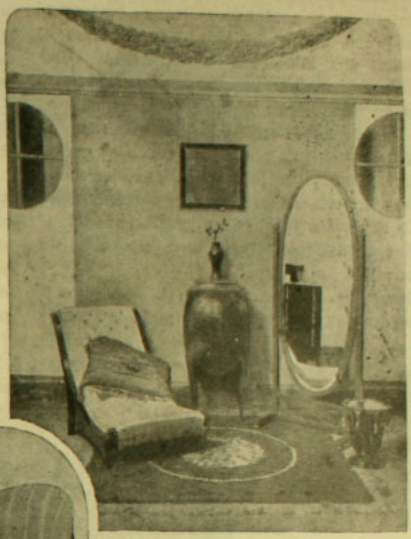
En casa de Tallmann

En el apacible hotel, al cual uno entra cruzando por un patio de palmeras, Tallmann ha dedicado dos departamentos para exhibir sus cojines. Hay un ambiente de gran lujo en los cojines que él muestra para el boudoir, un torbellino de encajes, brocados antiguos y rosas plateadas, servirán de adorno a la chaise longue, y cojines frágiles y distinción tenue servirán para rodear y anidar a Madame en su cama.

Para una chaise longue un cojín de bro-



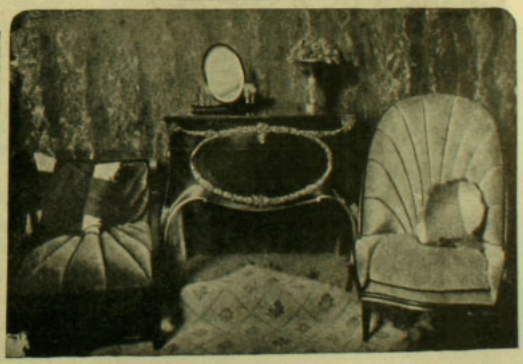
Caracteriza el gusto de Iribe este elegante mueble de madera finísima, cuero pulido y decoraciones de oro; este mueble recuerda a los cuartos decorados por Iribe panneaux en bermejo chino y paredes negras y doradas.



Un cojín de seda metal bordado con colores vivos y franjeado con oro sobre una silla forrada en velonís verde plomo dan una tenue luz a un rincón donde el conjunto es negro y rojo. El piso es negro con coral, el espejo óvalo lleva un marco de laca lacre y el plomo de ébano, sobre el mueble de laca lacre contiene pimentones del mismo color. Amoblado y cojín de Paul Iribe. París.

Esta silla es de encina tallada, el forro es de seda azul y amarilla.

Raso plomo azulejo, galón plateado y un bordado en plata constituyen el primer cojín, el segundo es de raso del mismo color con malla negra sobre oro.



Para ofrecer un contraste entre el mueble de laca bermeja y silla tapizada en rojo y negro, un cojín azul con franjas de oro. La alfombra azul con diseños en verde forma el eslabón que necesita para no chocar el sillón tapizado en terciopelo plomo verde con su cojín redondo amarillo

Una flor es el único adorno de este cojín de tisú de plata fleco de oro azul con un fleco de plata y un bordado en colores búlgaros es el de abajo.

cato azul hatters es adornado con encaje legítimo, en el cual van aplicadas rositas de plata, una orilla de piel café termina el adorno; una almohada en los mismos colores hace juego con esta preciosa cobertura. Hay un cojín largo y angosto para los pies, de brocato rosa seca con las esquinas de punto de Venecia y acabado con piel, galón de oro y franja de lo mismo. Para el suelo lo hay en tela de oro con un elegante bordado en oro a las orillas y una canasta al centro bordado en alto relieve con hilos de plata.

Entre los hermosos cojines bordados a mano hay una serie representando los castillos de Touraine, todo en blanco, pero con un detalle tan esmerado como sólo pueden ejecutarlo manos francesas; éstos van acabados con recortes o incrustaciones de filet. Los cojincitos más originales aunque no los más lujosos, son chintz (cretona); en el centro hay un espacio blanco, donde se borda o imprime un versículo.

Omar Khayam es el poeta favorito, pero hay otros de autores picarescos franceses, con toda la ingenuidad latina, tal como el soneto de Planto, escrito y dedicado a su hija en el día que ésta contraería matrimonio. Este cojín, nos dijo Mr. Tallmann, con los ojos chispeantes, tiene mucha clientela.

Dos años en la Universidad de Michigan

Hace poco ha regresado a Chile el estudiante don Lorenzo de la Maza, que permaneció en Estados Unidos cerca de dos años. Creemos interesante consignar sus impresiones sobre la Universidad de Michigán, que fué donde permaneció estudiando el señor de la Maza.

Por L. de la M.

Está la Universidad, en primer lugar, en un pueblo pequeño, Aun Arbor, de 14.000 habitantes cuya vida depende precisamente de ella, que tiene 7,000 alumnos, y donde los estudiantes, no encontrando las distracciones de los grandes centros, no tienen otro recurso que el estudio. Con todo, no se crea, por esto, que el estudiante permanece alejado de toda distracción culta y necesaria, como la Opera, Comedia, etc., pues la Universidad tiene especial cuidado en fomentar estos gustos artísticos, en sus alumnos, contratando artistas de celebridad mundial, quienes dan sus conciertos en el Auditorium. ¡Qué aspecto más lindo presenta la ciudad en esos días!... Van a Aun Arbor familias, hasta de Chicago. Los automóviles con sus "peunants", que indican su procedencia, van de muchas ciudades hasta de 100 millas de distancia, tapizan las calles, que dicho sea de paso, son perfectamente bien pavimentadas. En uno de esos conciertos tuve la suerte de oir a Pasquale Amato, el gran barítono ya tan conocido en Chile.

Sr. Lorenzo de la Maza

Como ya lo he indicado, la vida es en Aun Arbor barata.

El estudiante de ingeniería, por ejemplo, tiene que pagar $ 90 (dólares) al año, lo cual entrega al tiempo de matricularse. Con ésto él tiene derecho a médico, hospital y entrada a la cancha de juegos, en los grandes campeonatos con otras universidades. El dentista también es barato, pues no se cobra sino los materiales empleados, a precio de costo.

Una pieza bien amoblada, con calefacción de aire caliente y derecho a baño con calentador, cuesta de 2 a 3 dólares a la semana. La comida, $ 4.25 (dólares), a la semana también. La ropa, asimismo, muy barata; ternos hechos, que son los que se usan, por lo general, de pura lana, valen $ 15.00. Camisas valen 1.00-1.50 cada una, etc., etc. En fin, para terminar, diré que un estudiante puede holgadamente vivir en Aun Arbor con $ 70.00 mensuales. Tengo varios amigos de Puerto Rico, cuyos padres no les envían sino $ 50.00 al mes, y todavía hay americanos que se ganan la comida, sirviendo a la mesa, haciendo de cocineros, etc.

Todos, absolutamente todos, los mozos de los "boarding houses", son estudiantes, a quienes a las horas de comida se ve llegar con sus libros y reglas de cálculo, para cam-

tiarlos por el delantal y la blusa del walter.

Después de todo esto, todavía, el estudiante de Michigán tiene la seguridad de encontrar trabajo no sólo para cuando se gradúe, sino también para cada una de las vacaciones.

Días antes de las vacaciones se ven las paredes de los pasillos y corredores de los edificios del Departamento de Ingeniería, como tapizadas por las cartas que los dueños y directores de faenas o fábricas dirigen al Deau, solicitando alumnos para distintos trabajos. Algunos puestos son de ingeniero, ctros ayudantes de ingenieros, mayordomos, maquinistas, etc., etc., pero muchos de ellos son también de peones, y los yankees, sin miramiento de ninguna especie, los aceptan con gran satisfacción.

Todo mi curso fué en varias ocasiones contratado en distintos trabajos. En uno de ellos, que duró una semana, se nos llamó para la instalación y prueba de dos turbinas que habían de aumentar la fuerza eléctrica de Aun Arbor. El trabajo, aunque de cierta delicadeza y responsabilidad, era de peón, y como a tales, se nos pagó a razón de $ 0.25 (am) la hora.

PAISAJE DEL LAGO TODOS LOS SANTOS.

LAGUNITA EL ENCANTO,
PROXIMA A PERILLA.

MADEMOISELLE ANITA

Por

EDOUARD ROD

Con ilustraciones.

I

LA FAMILIA NICOLLET

Entre mis recuerdos más antiguos y más vivaces, conservo el de una catástrofe de la vida real, que sólo imperfectamente comprendí cuando ocurrió ante mi vista infantil, y cuyos pormenores, sin embargo, quedaron grabados en mi memoria.

Al correr los años, a veces con largos intervalos, he podido seguir sus lejanas consecuencias, por lo menos en una de las personas cuya suerte decidió.

Ahora se presenta a mi mente con tal claridad, que casi me he vuelto niño para sentir la emoción que me produjo; probablemente porque ciertas reflexiones recientes me han explicado su significación.

Durante mucho tiempo tuve a los dos seres cuya historia voy a procurar reconstituir, por ejemplares del tipo medio general de la humanidad. A uno de ellos me unía el frágil lazo de la simpatía respetuosa y agradecida, lazo nunca roto, a pesar de la poca frecuencia de nuestros encuentros. El otro me asombraba, me inquietaba, me desagradaba y me parecía el reverso de un "héroe de novela".

Pero de repente, estas dos figuras, sumergidas en confuso montón de los transeuntes, con quienes nos codeamos sin comprenderlos, se destacan con un relieve extraordinario de la muchedumbre de las personas y de las cosas de antaño.

Sin perder ninguno de sus rasgos individuales, se convierten para mí en verdaderos prototipos de sendas variedades humanas, importantes y desemejantes, y me obligan a concederles una curiosa atención, que no puse en ellas cuando las tuvo a tiro para su estudio, y cuando hubiera podido completar las nociones rudimentarias que sobre ellas tenía, a fin de comparar, digámoslo así, las dos ideas que suscitan en mí con su realidad objetiva.

Hoy ya no existen. Ya no puedo, como en otro tiempo, interrogar a mademoiselle Nicollet sobre cosas suyas o de su tío; ya no puedo entablar con monsieur Pedro Dionisio una de aquellas conversaciones en las que su absorbente personalidad no tardaba en manifestarse.

Algo de esos seres se me presenta ya borroso y desvanecido, como a un pintor se presentan a veces sus modelos envueltos en la niebla. ¿Cómo evocarlos de manera que se les vea claramente a plena luz y animados con el soplo de la vida? Si contase los fragmentos que he conocido de su historia, mostraría lo que un hombre puede saber y pensar de dos de sus semejantes, que un día han llegado a ser para él algo más que dos indiferentes.

Pero, al proceder así, sólo lograría dar de ellos retratos incoherentes. Por tanto, me veo forzado a recurrir a veces a la hipótesis para reconstituir momentos de su vida cuya impresión directa no recibí.

Tal será la única parte que en estas notas tendrá la imaginación, y esta parte será muy escasa.

. . . . . .

Debía yo de tener siete años, porque acababa de entrar en la escuela primaria del colegio de Bielle.

Con mi delantal azul y mi cartera de hule a la espalda, paseaba dos veces al día las rechonchas arcadas del Mercado viejo—recuerdo de la dominación bernesa en el país de Vaud;—tomaba a la izquierda por una callejuela antigua y me encontraba ante el pesado caserón, tampoco nuevo, de tres alas, en donde se hallaban instaladas las escuelas primarias, el colegio clásico y dos de los profesores. Uno de estos privilegiados monsieur Gidard, era nuestro maestro. Un hombre excelente, pero que tartamudeaba. Aquel ligero defecto le quitaba toda su autoridad y le convirtió en el hazmereír de los escolares que durante treinta años se sucedieron en su clase; tanto más, cuanto que entraba en cóleras terribles, que su tartamudez hacía ridículas. Me parece verle con su rostro escarlata, cortado por unas pequeñas patillas color de cáñamo, con sus ojos furiosos, sus movimientos desesperados. En aquel estado no conseguía proferir sino sonidos ininteligibles que parecían ladridos de perro viejo constipado y concluía por quedarse vencido y aplanado bajo nuestras rechiflas, hasta que el alboroto traía en su socorro a un colega más temido. Como estaba solo en el mundo, se consolaba de las desazones de su carrera con el vinillo blanco de la tierra que nunca ha hecho daño a nadie. Esta fué la razón de que al fin le ubilaran de oficio con una pública pensión, que le permitió morir en paz en su polvorienta madriguera.

Desde que entré en la escuela primaria trabé gran amistad con Pedro Nicollet, un muchacho mayor que yo, mucho más fuerte, no muy estudioso, de ojos claros y de pelo rizado, verdadera guedeja, fina, ligera, espumosa, de color indefinible, un poco amarilla, casi gris, que nos divertía extraordinariamente y que provocaba las pullas de monsieur Gidard cuando le dejábamos tiempo para tener ingenio.

Ya hacía bastante tiempo que yo le conocía—dos o tres años, quizá cuatro—porque habíamos aprendido juntos a leer en la escuela de su hermana, de mademoiselle Anita. Pero allí casi no me fijé en él; la escuela era mixta, y yo prefería a las niñas. Además, me sentía demasiado feliz para necesitar amigos. La escuela de mademoiselle Anita Nicollet era una verdadera escuela de Telemos, de las que existían antes de que la pedagogía tomara asiento entre las ciencias, en el tiempo en que la cuestión del exceso de trabajo no estaba sobre el tapete, cuando el alfabeto sólo era un libro muy bonito con estampas; cuando no se inventaban cada año nuevos métodos para enseñar a hacer palotes. Las lecciones tampoco nos ocupaban mucho, y en cambio los recreos eran largos. ¡Qué buenos y dulces recreos, en el ambiente tibio de la primavera, bajo los plátanos y los castaños de "la Explanada", ante el sonriente paisaje que se extendía ante nuestra vista! A nuestros pies, la Bielle baja, con su dédalo de casas confusamente entremezcladas, con su torre romana, ennegrecida por los siglos, la boca del puerto, el muelle, cuya línea gris cortaba el azul de las aguas; y más allá el lago, donde se deslizaban las velas latinas de las barcazas que transportan las piedras de Meillerie; las sutiles canoas de los paseantes, los vapores, cuyos nombres nos entreteníamos en adivinar desde lejos.

—Ese que viene es el "Aguila".

—No, no; es el "Helvecia".

Y seguíamos disputando, hasta que mademoiselle Anita nos decía con su voz tranquila:

—No es ni el "Aguila", ni el "Helvecia", es el "Leman".

Así como no estábamos nunca de acuerdo sobre los nombres de los vapores que apuntaban en el horizonte, en lo referente a nuestra maestra reinaba una extraordinaria unanimidad; el mismo sentimiento nos unía como una religión y llenaba nuestras pequeñas almas de piadosa dulzura: era el de la adoración; apasionada en aquellos de entre nosotros cuyo natural inclinaba a la pasión; ingenua en los cándidos; inconsciente, tierna o ya violenta en otros, según los temperamentos. Mademoiselle Nicollet era para nosotros el principio y el fin de nuestros pensamientos, absorbía nuestras mañanas y nuestras tardes; nos hacía odiar las vacaciones, porque no la veíamos. Ninguno hubiera sido capaz de desobedecerla; el temor de disgustarla sin querer, era lo único que nos impedía ser completamente felices a su lado. Observábamos sus menores gestos para adivinar sus deseos, admirábamos sus palabras más insignificantes; era para nosotros toda la belleza, toda la bondad y toda la ciencia. ¡Lo extraordinario es que hoy, casi me parece más que entonces, que ella era todo eso!

Mademoiselle Nicollet era bonita; el retrato que he conservado de ella me lo ase-

gura tanto como mis recuerdos. Es una fotografía mediocre, anterior a los progresos del arte, picada y amarillenta por los años; sin embargo, ¡cómo me recuerda los abundantes cabellos obscuros, peinados a la moda de entonces, en trenzas sabiamente entrelazadas, la frente pequeña, combada y provocativa; los grandes ojos castaños, tiernos, acariciadores, luminosos; la boca un poco dura, pero de líneas tan bonitas, que sonreía siempre, ¡y el hoyuelo de la barbilla! Sí; mademoiselle Nicollet era bonita y lo fué siempre. Luego, de ser una muchacha bonita, se convirtió en una mujer bonita; después en una solterona bonita. La vida pasó por ella sin robarle pizca de su encanto. No conoció las alegrías de otras mujeres que fundan una familia, y, sin embargo, su alejamiento no la libró de su carga de preocupaciones. Pero lo mismo que supo renunciar sin acritud a los bienes que le negaba la existencia, soportó, sin que sus espaldas se encorvaran, las pesadas cargas con que la abrumó el destino; y quizá esta resignación explica la persistente frescura de su cutis, la gracia siempre joven de sus facciones, de sus maneras, de toda su persona.

Mademoiselle Anita

Tan naturalmente como era bonita, mademoiselle Nicollet era buena; sin mayor esfuerzo ni rebuscamiento, y guardó su bondad como su belleza, activa y fresca, hasta la muerte, tan ingeniosa y tan delicada que se sentía sin verla...

En fin, mademoiselle Anita si no poseía la omnisciencia, como pretendíamos nosotros a los cinco años, por lo menos sabía muchas cosas interesantes que enseñaba maravillosamente, porque tenía esa inteligencia intuitiva, que es una de las más raras cualidades del espíritu.

Cuando ahora pienso en ella, me parece comprender, que en la época en que vigilaba nuestros juegos de la Explanada, gozaba de otra virtud—la única que más tarde perdió: la esperanza. Quiero decir; el aguardar incierto y delicioso, el alegre presentimiento de mil promesas infinitas que murmuran las voces de la juventud a las almas nobles que parecen destinadas a un hermoso porvenir Sí; esa esperanza debía ser la que prestaba aquel hermoso fulgor a sus ojos, la que la rodeaba de efluvios misteriosos y diáfanos que emanaban de ella como un calor de simpatía o como un aroma benéfico. Seguramente su corazón estaba henchido de ternura, su espíritu lleno de ensueños y aspiraba a la felicidad con todas sus energías internas.

Al dejar la clase de mademoiselle Anita para entrar en primaria, como mi edad exigía, tuve mi primer disgusto. Pronto esta pena se volvió razonadora, me guió por la senda de los peligrosos descubrimientos, incitándome sordamente a la rebelión; yo comparaba la dulce familiaridad de los recreos en la Explanada con las lecciones de monsieur Gidard y esta comparación me llevaba tanto más lejos en mis primeras reflexiones, cuanto que desde todos los puntos de vista salía ganancíosa mademoiselle de Nicollet; porque al fin, divirtiéndonos, nos enseñaba muchas cosas que se debían saber y bajo el pupitre de monsieur Gidard sólo apren-

díamos: malas pasadas que le destinábamos, a fabricar muñecos de papel, a romper los libros, a grabar nuestros nombres en los bancos y a lanzarnos unos a otros bromas groseras.

Una o dos semanas me pasé afligiéndome e irritándome en los rincones del patio empedrado, en donde jugábamos diez minutos después de cada hora de estudio, entre las tres alas del sombrío caserón. Pedro me consoló, hablándome de ella, porque aún siendo su propio hermano no se libraba de su influencia. Las dos palabras "mi herma-'na", tenían en sus labios un sentido distinto del corriente. Para nuestros compañeros, sus hermanas, sólo eran pequeños seres inferiores, que lloran al primer golpe, que juegan con muñecas y que se dan tono; ¡chicas al fin! Para él, en cambio, su hermana era un objeto de orgullo, de estimación, de cariño. Estaba orgulloso de ella. La quería, aunque con menor exaltación novelesca que yo. Me figuro que mademoiselle Anita era la que había hecho de él un muchacho más agradable que los demás, con su cara despierta y su poco vulgar cabello rizado, un muchacho de gustos delicados, franco como él sólo, naturalmente amable y que no abusaba de su fuerza para oprimir a nadie.

Nuestra creciente amistad me valió el seguir viendo a mademoiselle Anita. Pedro me llevó a merendar o a jugar a su casa después de la clase. Lo confesaré: el marco de la familia de Nicollet me gustó menos para ella que el de la Explanada.

En primer término, estaba el cabeza de familia, el abuelo, paralítico, que me aterraba; desde el fondo de su butaca de ruedas, con sus ojos autoritarios, emboscados bajo tupidas cejas, que escudriñaban todos los sitios que no podían recorrer sus piernas, dirigía la casa como si hubiera conservado su fuerza de antaño. Al encontrarme en todas mis visitas con su rostro duro, siempre amenazador, pensaba en el ogro del Pulgarcito; tanto más, cuanto que sabía le entraban cóleras terribles que hinchaban las venas de su cuello, mientras de sus labios afilados brotaban sílabas incoherentes; ogro encadenado por lazos invisibles que sujetaban sus potentes músculos. Pertenecía a la secta de los "darbystas", y en su mutismo conservaba una religiosidad implacable; algunos "hermanos" venían a rezar con él o a leerle los más terribles pasajes del Antiguo Testamento, o del Apocalipsis, y sus ojos flameaban con los relatos de las matanzas de los Filisteos y con el terror de los últimos días. A pesar del ardor de sus convicciones y aunque no bebía más que agua, había hecho prosperar una fábrica de licores, heredada de su padre, que ahora dirigía su hijo mayor, Justo, padre de mademoiselle Anita, de mi amigo Pedro y de varios otros chicos intermedios, que apenas conocí. Justo Nicollet era un pobre hombre, lento, pesado, de inteligencia soñolienta, que solía despertar a ratos para darle ocasiones de incurrir en torpezas. De él había heredado Pedro su famosa guedeja; pero en la cabeza del padre parecía arrancada a trozos como el vellón de un carnero que hubiese corrido entre zarzales; su perfil hacía pensar en él de una oveja triste; su misma voz parecía un balido. Su mujer padecía de una enfermedad que la obligaba a estar siempre echada. Cuando dominando el dolor se entregaba a los cuidados de la casa, su rostro tomaba una expresión desesperada, como si cada uno de sus movimientos le clavase pinchos en la carne; yo me estremecía como ante la proximidad de un espectáculo desagradable cuando la oía arrastrar los pies sobre el entarimado de un interminable corredor, al que daban todas las habitaciones. Porque el cuarto, mal ventilado y con malas luces, pertenecía a una vieja casa larga y estrecha, situada entre una plazoleta y la calle Mayor.

Un olor rancio de vetustez flotaba allí constantemente, mezclado con los aromas del ajenjo, del anís, de la menta y de los otros ingredientes que servían para la fabricación de los jarabes y de los licores.

Por amabilidad me daban de cuando en cuando golosinas inéditas.

Me acuerdo que un día mi padre me prohibió comer una fruta rara que había traído en el bolsillo: una especie de habichuela grande, aplastada, seca y obscura.

Durante mucho tiempo pensé con gran sentimiento en aquella fruta misteriosa, que quizá venía de lejanas tierras; más tarde descubrí que era una algarroba. ¿Qué hacía allí aquella algarroba? Lo ignoro; pero Justo Nicollet tenía un decidido gusto por las cosas desconocidas; gusto que le empujaba a veces a extraños caprichos comerciales; él fué, por ejemplo, quien importó a Bielle las aceitunas verdes y las sardinas en lata; dos "novedades", que fueron el asombro general.

De cuando en cuando traía, corriendo los riesgos, una barrica de ostras o un lote de

pescado, que distribuía entre los aficionados a tratarse bien.

Una vez, hasta intentó introducir el caviar; pero la opinión unánime le demostró que no podía arriesgarse hasta aquel punto, y su tonelito de huevos de esturión no habría encontrado consumidores sin la brecha que hizo en él uno de nuestros maestros, monsieur Lumet, que había pasado su juventud en Rusia. Yo no sé si estas pequeñas combinaciones prolongaron o precipitaron la agonía de la fábrica de licores.

El viejo paralítico había tenido numerosos hijos; los que aún vivían andaban corriendo mundo y yo oía de tiempo en tiempo hablar de ellos.

Así, supe que uno, Pedro Dionisio, el padrino de mi amigo, se encontraba en la América del Norte haciendo, según se decía, "una gran fortuna". Se había marchado muy joven con algunos francos en el bolsillo, declarando que sólo volvería rico, y no escribía sino cartas muy cortas, sin noticias ni detalles, para que supieran que aún vivía, y que sus negocios prosperaban. Un día presencié la llegada de una de esas epístolas. Justo se la llevó corriendo a su padre, mientras la familia galopaba tras él, y luego se agrupaba alrededor de la butaca de ruedas esperando algo importante. La leyó tres veces, subrayando cada palabra. Todos los ojos brillaban, sin que yo pudiese comprender por qué; en realidad, cada uno adivinaba entre líneas, hacía conjeturas, fantaseando sobre los hechos y los gestos de su "tío de América". El alma del paralítico se había asomado por sus ojos, que chispearon alegres un instante, y luego se fijaron con una indecible expresión de desprecio en el lector, mientras sus pesados labios, barrera en que se estrellaban las palabras, murmuraban con dificultad:

—¡El, él... bien, bien...! un hombre... un verdadero hombre...

Mademoiselle Anita estrechó a su padre que bajaba la cabeza bajo la indirecta censura. Me dieron los sellos del sobre.

Otro hermano, Julio, también corría el mundo—de otra manera—como la piedra del proverbio, que no cría musgo. Como de niño tenía gran facilidad para todas las cosas, se le destinó a los estudios. Pero al llegar a los quince años desapareció un día detrás de una comparsa de titiriteros. Durante mucho tiempo, no se supo nada de él. Luego envió su retrato; un inmenso retrato con marco dorado, que se colocó en el comedor: de pie, con el brazo izquierdo caído sosteniendo el sombrero de copa, mientras con la mano derecha, apoyada en el pecho sujetaba un bastón de puño de marfil; su cabeza salía de un cuello de pieles, altiva, con bigotes belicosos y ojos audaces. La elegancia de este retrato, imponía a mi amigo Pedro que sin saber nada de su tío Julio hablaba de él siempre con un tono de respetuosa admiración, sonriéndose un poco:

—Cuando vuelva mi tío Julio...

Un día que me contaba delante de su hermana mayor todo lo que esperaba de su hipotética vuelta, mademoiselle Anita, mejor informada, le interrumpió, diciéndole con un matiz de tristeza o de inquietud en el fondo de sus hermosos ojos castaños:

—No cuentes mucho con el tío Julio. Quizá es menos rico de lo que se podría suponer viendo sus pieles y su sombrero. Ya sabes el refrán: "no es oro todo lo que reluce".

Pedro quedó parado, reflexionó un momento y comenzó a preguntar:

—¿Qué es lo que hace, pues, el tío Julio?

—Esa es la cuestión—exclamó mademoiselle Anita.

Su mirada se entristeció más.

—¿No lo sabes?—dijo Pedro.

—Viaja—replicó ella haciendo un esfuerzo—no se sabe a punto fijo por dónde anda. Nunca está contento con lo que tiene y siempre anda tras de lo que no encuentra. El abuelo ha prohibido que se hable de él. Pero yo creo que a pesar de todo es una buena persona.

Pedro, que admiraba por su retrato al tío Julio, no hacía ningún caso de su tío Adolfo que no lucía. El tío Adolfo, en efecto, era un hombre sin importancia; pasaba por ser un pobre de espíritu; en vez de procurar elevarse en la escala jerárquica de las carreras burguesas, se había hecho jardinero, porque, según se decía entre los suyos, no tenía alcances para más. Después de haber trabajado mucho tiempo a jornal, como peón, "en las campiñas" de los alrededores, había entrado al servicio de un banquero inglés, mister Smithson, que pasaba sus útimos veranos en la quinta Carlota; una posesión maravillosa, a dos kilómetros de Bielle, en la carretera de Ginebra. Mister Smithson dejó en plena libertad a su jardinero, que demostró en el arreglo de las estufas y de los parterres un gusto de verdadero artista, adormecido en el fondo de su alma lenta, como embotada, sin que él se lo hubiera

podido figurar nunca. Aquel ignorante, que apenas conocía los nombres de las plantas—los iba aprendiendo mal que bien para salir del paso, y no los citaba sino estropeándolos;—aquel hombre sencillo, sin ambiciones ni deseos, transformó los vulgares jardines de la quinta Carlota en jardines de cuentos de hadas, cuya reputación irradió pronto alrededor del lago. Pero salvo los proveedores y algunos parientes de Inglaterra, nadie entraba allí, porque mister Smithson, no imitando a los complacientes propietarios ribereños, quería estar solo en su casa y cerraba su verja al público. Por su parte, Adolfo Nicollet, a quien estos jardines parecían un mundo, salía de ellos lo menos posible y se le veía poco en la población, en donde se sentía fuera de su centro. Los suyos continuaban mirándole como un sér inferior; ni la curiosidad de penetrar en el misterio de la quinta Carlota pudo decidirles a visitar a aquel pariente desgraciado, que según afirmaban, había descendido al nivel de los campesinos y que trabajaba la tierra. Unicamente, mademoiselle Anita, a quien su fiel instinto elevaba por encima de las preocupaciones de casta, iba a verle, sin decir nada a nadie. Yo tuve la suerte de encontrarla un día, al volver de una de estas expediciones, en un estado tal de entusiasmo, que no pudo dejar de tomarme por confidente. Con frases tan expresivas que daban color y vida a las cosas, me contó la magnificencia de las plantas exóticas que en las vastas estufas parecían brotar de las fuentecillas, trasladándono al espectador a los trópicos; la abundancia de los rosales que rodeaban la casa con su esplendor oloroso, lo extraño de las flores exóticas, cuyos nombres de difícil pronunciación no acertaba a decir su tío.

—Hay rocas artificiales con todas las plantas de los Alpes, flores tan hermosas, tan claras, que tienen colores de piedras preciosas...

Con un gesto de orgullo, añadió:

—El tío Adolfo es el que ha creado todo esto. ¡Hay que verle y que oirle en su jardín! ¡Habla de él como un poeta!

Estas palabras me produjeron una viva extrañeza, porque en aquellos tiempos yo compartía los prejuicios de los Nicollet. Un jardinero, a mi parecer, sólo era un obrero de clase inferior que no podía asemejarse a un poeta.

Mademoiselle Anita, continuó:

—¡Y es tan bueno! ¡No puedo comprender qué es lo que le echan en cara! ¿Cultivar plantas es menos noble que fabricar licores...? ¡En fin!...

Además de estos tres tíos, mi amigo Pedro, tenía dos tías: una, Jacoba, era aya en Rusia, en una gran familia, a la que concluyó por adoptar como suya; cambió su nombre poco distinguido por el de Cesarina, volvió una sola vez a su tierra, asombrando con sus alhajas, sus trajes de seda, sus maneras de princesa y su acento extranjero; dijo a todos impertinencias, se marchó como un ciclón y murió años después en un balneario sin haber visitado de nuevo a los suyos, por quienes profesaba sentimientos análogos a los que les inspiraba a ellos el tío Adolfo.

—¡Mi tía Cesarina—decía alguna vez mademoiselle Anita,—no comprende que todos no podemos ser príncipes!

Su hermana Emilia se había casado en Inglaterra, donde estaba de ama de gobierno. Era la única que escribía regularmente. Hablaba de su marido, un comerciante que parecía marchar viento en popa; de sus hijos, cuyo número aumentaba cada año, de su deseo de volver a ver a su familia, prometiendo anualmente una visita "para la primavera próxima".

Esta dispersión de la familia tenía un carácter definitivo que no tendría hoy, porque si bien es cierto que los ferrocarriles no constituían ya una novedad, un viaje era todavía una gran cosa, sobre todo en una pequeña población, un poco apartada, tradicionalista y lenta. Por eso, cuando pensaban unos en otros aquellos hermanos y hermanas, sin duda se decía que no se verían con frecuencia; que su viejo padre podía morir de un momento a otro, sin tenerlos a su cabecera y cuando él hubiera desaparecido, ¿qué lazo quedaría que los ligase a su pueblo natal?

Poco tiempo antes de la tormenta que debía concluir de dispersar a los Nicollet a los cuatro vientos, corrió el rumor de que mademoiselle Anita era novia de Marcos Maguet, el hijo del médico, el mejor partido de la población. El muchacho acababa de graduarse en una universidad alemana, de donde volvía con un dogo de Ulm, botas de montar, dos magníficas cuchilladas en la mejilla derecha y un aire de "burschikos" que producía gran efecto. Iba a asociarse con su padre, en la dirección de la clínica de

especialista para las enfermedades de los oídos, que le valía al doctor una reputación europea y atraía a Bielle gran número de extranjeros. Como además era guapo mozo hacía soñar a las muchachas casaderas y a sus respectivas madres. Por otra parte, se sabía que el doctor estaba lleno de ambición; a Marcos se le encontraba "un poco orgulloso" y "más bien presumido", y se creía que preferiría casarse en el extranjero por la dote y las relaciones. Que un hombre semejante, que podía apuntar tan alto entrase en una familia tan modesta, sin que su padre pareciera desaprobarlo, era lo que nadie podía comprender. Las habladurías no escaseaban.

—Porque, hija, es un matrimonio verdaderamente desigual. Los Nicollet son de origen muy vulgar. No se sabe de dónde han salido. ¡Y uno de ellos es jardinero!

—Cree usted—replicaba monsieur Quartier, el alcalde, que profesaba ideas de igualdad y que poseía una pasmosa provisión de frases pintorescas,—¿cree usted que los Maguet han salido del muslo de Júpiter? ¡De sobra sabemos que su abuelo era colchonero!

Algunas personas contestaban repulgando los labios, indignados de que se recordara de aquel modo tan desconsiderado la humilde extracción de un hombre que había hecho su camino.

—¡Es posible... pero con sus relaciones... su fortuna!

Otros insinuaban:

—Dicen que el doctor se ha dejado engatusar... ¡a un vivo, otro mayor!

Así se agitaban las lenguas, malévolas más que malas, porque el temor de desagradar a gentes importantes, contenía a las más venenosas. Fué la primera vez que sentí a la población zumbar en torno de los asuntos del prójimo. Furtivas siluetas se introducían en las tiendas donde tenían lugar interminables conciliábulos, so pretexto de compras que no se hacían; en los cafées, ante las "copas" de vino blanco que las camareras renuevan en cuanto se vacían, los hombres más serios hablaban como porteras. Mientras tanto, mademoiselle Anita resplandecía de felicidad, con sus bonitos trajes, ligera como una mariposa, con los ojos más brillantes, los labios más rojos, aspirando con todo su sér la alegría de vivir, de lanzarse hacia el amor, despertando

Luego me besó en los dos carrillos

más que nunca esa impresión de esperanza que emanaba de ella como de la primavera, como de las rosas entreabiertas, como de los manantiales que arrojan sus aguas de plata hacia riberas desconocidas. Las buenas señoras de la población, en general estiradas, y muy sobre sí, le encontraban un aire. ¡Oh, cómo movían la cabeza para desaprobar aquel aire!

Recuerdo habérmela encontrado en la calle Mayor del brazo de su novio. La gente les saludaba con fingida amabilidad, y mientras Marcos se quitaba el sombrero con un gesto un poco altanero, ella contestaba con

una sonrisa franca, como si cada uno de estos saludos le demostrara que el mundo entero se regocijaba con su alegría. Cuando había pasado, todos se volvían, encogiendo los labios, y el reloj grande que ve tantas cosas desde lo alto de su torre cuadrada del final de la calle, parecía observarla con su ojo redondo. Al rozar la pareja la esquina del Mercado viejo, la saludé exageradamente con mi gorra. En vez de contestarme como a los demás, mademoiselle Anita me llamó con un gesto, y dijo a su novio, colocando su mano sobre mi cabeza:

—Es un amigo de mi hermano, a quien he enseñado a leer. ¡Es un chico muy gracioso!

Luego me besó en los dos carrillos.

Me pareció que Marcos Maguet me miraba aviesamente, y maldije el error del destino que me había hecho nacer con quince años de retraso.

II

LA QUIEBRA

El día nefasto no vino Pedro al colegio. Como no faltaba nunca, su ausencia me produjo un asombro al que pronto se mezcló una seria inquietud. No teniendo amistad sino con él, pasé todo el recreo de por la mañana completamente solo, en un rincón del patio, con la cabeza llena de negras ideas, mientras mis compañeros jugaban.

Por la tarde, antes de entrar en clase, dí una vuelta para observar la escuela de mademoiselle Anita; las maderas estaban cerradas como en las casas donde ha muerto alguien. Yo me preguntaba: ¿Qué habrá pasado? Y mi corazón palpitaba con dolorosa emoción.

Apenas había entrado en el patio, cuando Pablo Bourdon, se separó de un grupo para dirigirse a mí. Pablo Bourdon, el hijo del procurador, me llevaba dos años; era fuerte y bruto y en aquella primaria, donde se había quedado atrasado, su fuerza le vengaba de su bestialidad. Era el tirano temido; nunca hubo peor muchacho. Sentía gran placer pegando a los débiles y viéndolos llorar, mientras gritaba:

—¡Cuidado con el que se meta!

Era de color bilioso, la piel agujereada por la viruela, de nariz larga y torcida, y tenía instintos de verdugo. De tal padre, tal hijo, decíamos nosotros, porque el procurador gozaba de una sólida reputación de maldad y de hipocresía, y era sabido que jugaba con los desgraciados que caían entre sus garras como un gato con un ratón. Uniendo nuestras fuerzas, Pedro y yo, lográbamos que nos respetase aquel enemigo, pero yo sólo no podía hacer nada. Cuando le vi dirigirse a mí, creí que únicamente quería aprovecharse de la ausencia de mi buen compañero para proporcionarme una buena paliza, y me prometí no darle el gusto de llorar. Pero en vez de atacarme inmediatamente, se detuvo y cruzando los brazos sobre el pecho, me miró un momento, y me dijo:

—¿Has visto...? ¿Tu amigo Pedro...?

Su tono amenazador me hizo más daño que un puñetazo. Como yo no contestase, continuó:

—¿Qué? ¿No lo sabes...? Su padre se ha declarado en quiebra.

¿Quiebra? Yo ignoraba el sentido exacto de esa palabra, que no se encuentra ni en Pedro ni en Cornelio Nepote. Sólo comprendí que se trataba de algo muy grave y desdichado para la familia Nicollet. A punto de llorar, a pesar de mi resolución, continuaba mirando en silencio al muchachote que rebosaba de infame alegría y que nunca me había parecido tan feo. Entretanto, algunos compañeros se acercaron para enterarse del fin del diálogo. Bourdon me gritó:

—¿Pero es que no entiendes?

Yo balbuceé:

—¿Quiebra? ¿Qué quiere decir?

—¡Idiota!—respondió burlándose.— ¿Ni siquiera sabes eso? Quiebra, quiere decir que no tiene más dinero, que no pueden pagar las deudas, que están deshonrados, que van a vender todo en su casa, todo, hasta las camas, hasta los lavabos, que nadie querrá hablar con ellos, que dormirán en la calle y que se morirán de hambre.

No podía contener su gozo al detallar tanta miseria; paseó alrededor una mirada de triunfo y añadió:

—¡Lo sé perfectamente! ¡Mi padre los persigue!

De pronto tuve la visión del terrible procurador, más amarillo aún que su hijo, estrechando entre sus garras a toda la familia Nicollet, a Pedro, a mademoiselle Anita, al viejo paralítico; y dominado por una ira que centuplicaba mis fuerzas, me arrojé sobre Bourdon sin decir una palabra. Desconcertado por lo brusco del ataque y tam-

bién por el vigor inesperado que le demostré, el muchachote retrocedió ante mí, parando los golpes, hasta que mi puño lo alcanzó en un ojo. Entonces, como en el fondo era un cobarde, se encorvó, aullando sin pudor. Mi inesperada victoria no había agotado mi ira; le agarré por los cabellos con una mano mientras con la otra le daba de puñadas en la espalda. Los compañeros aplaudieron, gritando:

—¡Ha hecho muy bien! ¡Se lo ha merecido!

Y los aullidos del vencido se duplicaron.

Por desgracia, monsieur Gidard llegaba al campo de batalla; no comparó los fuertes músculos de Bourdon con mi flaca figura; no preguntó quién había empezado; se acercó a nosotros, me agarró por los hombros, y me dijo:

—Dos horas castigado.

Yo exclamé:—¡Oh!— sin encontrar siquiera una palabra para defenderme.

En un instante había descubierto los negocios, el odio y la injusticia. Era una tarde aprovechada.

En cuanto cumplí mi castigo, corrí a casa de los Nicollet. Decididamente aquel día no perdía el tiempo; allí comprendí la desgracia.

Estaban todos juntos;—pobre gente!—en el comedor, la habitación más obscura de la casa, en torno de la mesa redonda en donde humeaba el café con leche de por la noche. Noté que al lado de la cafetera había pan, manteca y hasta miel. Esto, en un principio, me tranquilizó. Pensé, algo aliviado:

—Les queda algo que comer todavía.

Pero al mirar aquellos rostros, comprendí que la manteca y la miel no significaban nada, porque se levantaron de la mesa sin haber probado la comida, estrechándose unos contra otros, como carneros demasiado asustados por la tormenta para pensar en pacer la hierba que está a sus pies. Me miraban con ojos sorprendidos, como preguntándome qué nueva desgracia les aportaba, y yo permanecía en el umbral, dando vueltas entre los dedos a mi gorra, sin decidirme a entrar. Al fin Pedro, se separó del grupo y se acercó hacia mí, diciendo:

—¡Eres un buen chico, porque has venido!

A su vez, mademoiselle Anita, se aproximó y repitió, besándome en la frente:

—¡Sí, es un buen chico!

Y bajó la voz para añadir:

—¡No tenemos muchos amigos que continúen siéndonos fieles!

Reinaba profundo silencio en la habitación. Ella lo volvió a romper, diciendo:

—Sin embargo, no desesperamos. ¡Dios puede salvarnos, si quiere!

Gruesos lagrimones corrían por las mejillas del paralítico, cuya butaca de ruedas había sido empujada hasta su hueco habitual por uno de los chicos; ella fué a enjugarlas con un gesto cariñoso, procurando sonreir, mientras su padre, que se había puesto a pasear de arriba abajo, con las manos a la espalda, se detenía ante mí y empezaba:

—¡No, no! No podemos esperar nada de nadie... estamos entre las garras de Bourdon.... y cuando cae alguien entre ellas estruja..., y ni el mismo Dios le haría soltarlo..., si Dios se ocupase de estos asuntos.

—¡Dios... sabe... todo...! ¡Dios... puede... todo...

Justo, sin volverse, esbozó un gesto de desesperación.

—Sí—repitió mademoiselle Anita, de pie al lado de su abuelo,—¡Dios ayuda a los que le invocan!

Su confianza me tranquilizó; puesto que Dios podía salvarlos, ¿por qué no lo haría? ¡Era tan sencillo! Mil anécdotas referidas en las pláticas dominicales probaban su intervención en las cosas humanas. Yo me acordé de la historia de un rico inglés que llegó a una aldea de los Alpes en el momento preciso para comprar a peso de oro la vaca de una pobre mujer que un terrible acreedor hacía vender en pública subasta.

Los días siguientes, espié los rumores que circulaban sobre la catástrofe que era la comidilla de toda la población. Los Nicollet, de origen francés, habían arraigado en Bielle desde hacía tres generaciones, y los ancianos recordaban haber visto siempre en la calle Mayor, a cien pasos de la torre cuadrada, desde donde el reloj grande observa a los transeuntes para contar a todo el mundo adonde van, su muestra de letras blancas sobre fondo negro:

"NICOLLET, HIJO, FABRICANTE DE LICORES".

Ahora, sobre la tienda cerrada, la muestra carecía de sentido, y la ruina de la casa daba la impresión de un árbol que se tala.

Naturalmente, se buscaban las causas: en el Casino, en el café de la "Cabeza de Moro", en el de la "Cruz Roja", en los umbrales de las tiendas, en el mercado, bajo los porches, alrededor de las casetas de verduras, nadie hablaba de otra cosa; algunos ecos de las conversaciones llegaban hasta mí en la mesa de mi casa, porque mi padre nos los refería:

—¿Qué habrá hecho?—preguntaba el gordo alcalde Quartier, tirándose de los hirsutos pelos de su barba roja.

—¿Habrán especulado...? ¿Jugado a la Bolsa?...

Su contradictor habitual, el notario Tiercet, largo, delgado y negro, respondía con su aire de ave nocturna su vocesita desentonada que casi no se oía:

—¿A la Bolsa? ¡El pobre Justo Nicollet no ha sabido en su vida lo que era la Bolsa!

—Sin embargo—continuaba el Alcalde,—no hay efecto sin causa, ¡qué demonio! No se llega a la quiebra como a tomar una "copa".

—Competencias, dificultades...—decía el sombrerero Rabourin.—¡No hay que buscar más lejos! Cuando un comercio empieza a marchar mal... va muy de prisa. Estos últimos años han tomado a préstamo. Tenían pagarées en todas partes.

—¿Bourdon también se ha mezclado?

—¡Probablemente!

—¡Oh! ¡Entonces...!

No eran necesarias más explicaciones: cuando Bourdon se ocupaba de alguien, era asunto terminado.

De cuando en cuando algunas bocas pronunciaban aforismos:

—Cuando se ve que las cosas van mal, debe uno detenerse.

O bien:

—Ante todo, no se debe hacer perder nada a nadie.

—Y éstos harán perder.

—¿Cuánto?

—No se sabe. Quince, veinte mil francos.

—Pero no será Bourdon quien los pierda.

No he olvidado un fragmento de conversación que tuve la suerte de sorprender un domingo, a la salida del templo. El diálogo empezó entre monsieur Massod de Bussens, el hombre más importante de la población, grueso, rígido, solemne, y el doctor Mathorel, un libre pensador a quien gustaba siempre distinguirse en sus juicios. Se habían detenido ante la estatua romana recostada en uno de los contrafuertes de la vieja iglesia, que ciertos arqueólogos tomaban por una diosa y otros por una emperatriz. Al pasar *detrás de ellos, oí la voz sonora de monsieur* Massod de Bussens, que pronunciaba el nombre de los Nicollet. Inmediatamente agucé el oído y sorprendí lo siguiente:

—... Peor que una desgracia: una decepción. Sí, una decepción para todas las personas decentes... ¡Ya no se sabe de quién fiarse!

Aún me parece verle, apoyando la mano derecha en el puño de plata de su paraguas y con la mano izquierda en la solapa de la levita, más majestuoso que la vieja estatua romana. El doctor Mathorel, con los ojos en el suelo, respondió moviendo un guijarro con la punta de su bastón:

—Después de todo, quizá no tengan la culpa; sería preciso saber...

Hubiera querido saltarle al cuello por aquellas bondadosas palabras, pero monsieur Massod de Bussens afirmó con tono perentorio:

—¡Desgraciados o culpables, en los negocios es lo mismo!

—Perdone usted, perdone usted,—respondió el doctor.

Con gesto autoritario monsieur Massod de Bussens le cortó la palabra:

—*No, no los defienda usted. Es imposible.* Está perdida la causa. Ya verá usted cómo no se pueden quedar en Bielle.

Monsieur Tiercet llegó, empujado por la oleada de los fieles. Pilló al vuelo la última frase, comprendió de quién se hablaba y se detuvo para insinuar:

—¡Y la pobre muchacha que tiene tantos méritos, la que es maestra! ¡Y al agua su casamiento! ¡Una boda tan buena!

Monsieur Massod de Bussens, noble de raza, sólo podía desaprobar las uniones desiguales, así es que respondió con autoridad:

—¡Ese matrimonio! Yo nunca creí en él; era absurdo.

—Sin embargo, los muchachos congeniaban mucho—dijo Tiercet.

El alcalde Quartier que se acercaba enorme, sudando, secándose la frente, tan pesado, que parecía hundir el empedrado a cada paso, interrumpió la conversación:

—¿Qué sermón, eh? ¡Oh, estos sermones interminables! Veinte o veinticinco minutos

pase; ¡pero tres cuartos de hora! Porque, señores, ha durado tres cuartos de hora, reloj en mano.

Los cuatro hombres se decidieron a bajar la calle Mayor, mezclados con la multitud que se alejaba lentamente charlando y formando grupitos. Los seguí, esperando oir algo más, pero habían bajado la voz y su conversación se perdía en el zumbido general. Un poco más allá, cuando los rostros compungidos, las levitas raídas, los trajes negros y los guantes de seda de los darbystas se veían salir de la obscura alameda y desfilar a lo largo de las tapias, monsieur Mathorel se detuvo para señalar la silueta del procurador Bourdon:

—¡La de gente que se ha devorado ése!—murmuró.

Nadie le contestó. Mr. Bourdon, completamente afeitado, amarillo, con su salterio y su Biblia bajo el brazo, se alejaba con paso menudo, los ojos entornados, un poco encorvado, rumiando en la paz de una conciencia tranquila las santas palabras que acababa de oir o de pronunciar. El doctor continuó cada vez más excitado:

—Y se hace el santo. Quiere fundar iglesias. Se cree del rebaño de los elegidos. Se declara escogido por Dios para tocar el arpa en el Paraíso. Si son así las falanges celestes...

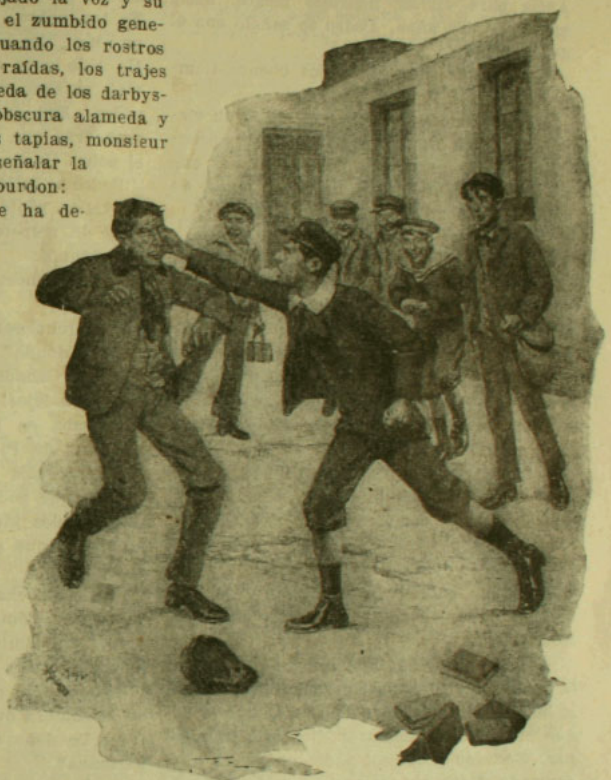
Para apaciguarlo, monsieur Tiercet insinuó:

—Yo creía que el viejo Nicollet era de la misma secta.

—¿Y eso qué importa?—respondió el doctor.—Los lobos son los únicos que no se muerden entre sí. Estos farsantes, cuando se trata de dinero, son más feroces que los antropófagos.

Los Nicollet, que no compartían el fanatismo del paralítico, asistían con bastante exactitud a la iglesia nacional, pero su aflicción, en vez de conducirles al culto, les alejaba; temían las miradas, el desprecio, la compasión; no se les veía por ningún lado y seguían recluídos en casa, esperando inquietos el momento de marcharse.

A largos intervalos, uno de los pastores o alguna persona caritativa o curiosa iba a visitarles, escuchaba sus quejas, les aconsejaba valor y esperanza; pero el tiempo transcurría, ningún socorro llegaba, y pronto un cartel pegado en la puerta del establecimiento anunciaba la venta judicial.



... hasta que mi puño le alcanzó en un ojo

Una tarde de asueto, conseguí que Pedro saliese conmigo para tomar el aire. Lo necesitaba; acostumbrado al ejercicio, el pobre chico palidecía y enflaquecía de un modo alarmante, en su ociosa inmovilidad. Sin embargo, no me hubiera acompañado sin la intervención de su hermana, que le dijo:

—Ve, Pedro. No vayas a caer malo. ¿De qué serviría?

Salimos por el patio, desde donde pudi-

mos salir por una callejuela a la Explanada sin pasar por sitios frecuentados. ¡Qué de recuerdos agradables bajo aquellos castaños! Desde allí veíamos aparecer los barcos que doblaban la punta de Ivoire, al venir de Thonon. En aquel banco de piedra en forma de media luna, se sentaba mademoiselle Anita para vigilar nuestros juegos, hacía menos de dos años. Pedro lo señaló con el dedo extendido, y dijo:

—¿Te acuerdas? ¡Eran los buenos tiempos!

Mi pobre amigo hablaba casi como un viejo, porque en algunas semanas había aprendido muchas cosas más de las que nos enseñaba monsieur Gidard en veinte meses de clase. Dando un gran suspiro, añadió:

—¡Esos tiempos no volverán!

Luego, al ponernos otras vez en marcha, me contó sus propósitos, tranquilamente, con cierto tono reflexivo y un aire serio de hombrecito:

—Por lo menos, ahora ya sabemos lo que vamos a hacer. Se ha decidido todo en esta semana. ¡Hemos visto tantas cosas...! ¡Tantas cosas que me han asombrado...! ¡Si supieras...!

—Cuéntame, Pedro, eso te aliviará

Movió gravemente la cabeza, y contestó:

—Es que... ¿comprendes?... ¡Son asuntos de familia!

—No se lo diré a nadie.

Vaciló un poco, luego, cediendo a la necesidad de desahogarse, me contó con voz sorda:

—No te puedo explicar cómo ha sucedido la catástrofe: es demasiado complicado y no lo he entendido del todo. Lo único que sé es que era preciso encontrar diez mil francos para Bourdon y que mi padre no los ha encontrado. Entonces, otros han reclamado el dinero que les debíamos, diciendo que no querían esperar más, y Bourdon ha hecho declarar la quiebra. Entonces mi padre ha escrito a todos sus hermanos y hermanas, para pedirles su ayuda, con objeto de obtener una transacción; una transacción, sabes, es un arreglo con los acreedores para que nos dejasen continuar con nuestra fábrica. Primero, mi padrino, el que vive en América, ¡es tan rico! Ya comprendes que contábamos con él. Mi padre decía: "Pedro Dionisio hará, seguramente, algo por nosotros". Ha contestado que él no tenía nada que ver con eso. Tres líneas en una hoja inmensa de papel. ¡Así! Mi tía Emilia ha enviado mil francos: "una gota de agua en el mar", ha dicho mi padre. Mi tía Cesarina ha escrito que tenía que ir a tomar unos baños contra el reuma y que no podía mandar nada por el momento; pero que más tarde, si era necesario, haría un esfuerzo. ¡Más tarde! El único que se ha portado bien ha sido el tío Adolfo. ¡Y con él no contábamos! Es tan pobre... y es muy sencillo, parece un niño. Nos ha traído todas sus economías. Ha sido muy conmovedor el verle con su vieja cartera que se empeñaba en dar a mi padre. Era tan poco dinero...; ya comprenderás que con un oficio como el suyo, el pobre tío no ha ganado mucho.

Pedro se calló como para contemplar aquella visión rápida del egoísmo humano. Después de respetar un momento su silencio, le pregunté:

—Y entonces vosotros, ¿qué pensáis hacer?

—Marcharnos.

—¿A dónde?

—¡Al Canadá!

—¡Tan lejos!

Pensaba en las narraciones de caza, en historias de Pieles Rojas.

—¿Qué váis hacer allí?

—Lo que podamos. Mi padre dice que en esos pueblos jóvenes, hay sitio para todo el mundo, y que siempre se puede uno ganar la vida.

—¿Os marcharéis todos?

—No. ¿Cómo quieres que el abuelo se ponga en camino? Se queda, y con él mi hermana Anita.

Aquello fué como una claridad saludable en la sombra que me rodeaba. Dije:

—¿Te debe dar mucha pena dejar a tu hermana?

—¡Claro! ¡Pero cuando no hay otro remedio!

Lanzó un profundo suspiro y añadió:

—¡Ella también se querría ir!

Pareció vacilar, se aseguró con una mirada alrededor de que nadie nos observaba, y continuó en tono más confidencial:

—Porque su matrimonio... ¡Ha ido a tierra!

Pregunté ingenuamente:

—¿Por qué?

Pedro se sonrió sarcásticamente, como un hombre que conoce la vida.

—El doctor Maguet ha ido a ver a mi padre—dijo;—hablaron mucho tiempo, muy alto, como si disputaran. Yo procuré ente-

rarme, detrás de la puerta, y oía palabras como "honor", "consideración", que se repetían mucho. Mi hermana no quería escuchar y miraba por la ventana. Al fin se marchó el doctor. Mi padre tenía los ojos llenos de lágrimas, y se puso a explicar a mi hermana lo que ese canalla le acababa de decir: que retiraba el consentimiento por lo de la quiebra, y que Marcos había concluído por hacerse cargo... Mi hermana contestó: "¡Bueno! Pues no me casaré y nada más". No lloró ni se quejó; pero se ve que está muy apenada. Por eso digo que preferiría marcharse con nosotros. Pero alguien tiene que quedarse cuidando al abuelo.

Charlando así, habíamos abandonado la Explanada, y descendiendo la cuesta que conduce a la orilla del lago, estábamos en la playa, separados de la carretera por una hilera de acacias, en el sitio en donde nos bañábamos en verano. Pedro se entretuvo en lanzar guijarros al agua con tal destreza, que los hacía saltar cinco o seis veces antes de desaparecer. Pronto se cansó de este juego, se sentó en un montículo de arena, cruzó los brazos sobre las rodillas y se puso a contemplar el hermoso paisaje, el agua pálida, las aldeas saboyanas cuyos tejados brillaban con los rayos del sol poniente, el Monte Blanco que se esfumaba en el aire turbio del otoño. Suspiró.

—¡Ya no volveré a ver nada de esto!

—¡Pero, no digas eso!—exclamé yo—cuando seas mayor, volverás!

—¡Quién sabe! América está tan lejos, y luego cuesta tanto arrancar de donde se vive... Ninguno de nosotros tendrá gana de ver otra vez Bielle; hemos sufrido demasiado.

Aspiró a boca llena el aire fresco del lago, como haciendo provisión de él, se levantó de su montículo y me dijo:

—¿Quiéres que volvamos?

—¡Como gustes!

En el camino se tornó niño, y echó a correr en dirección a Ginebra, gritándome:

—Quiero ver si me quedan piernas todavía. ¡A ver si me alcanzas!

Me lancé tras él y corrimos hasta cerca de la quinta Carlota. Nos paramos, para tomar aliento, junto a la verja monumental, al tiempo que una puertecita de servicio se abría en el muro, para dar paso al tío Adolfo. Llevaba blusa gris, delantal azul, con uno de los picos sujeto a la cintura, sombrero de verano de paja amarilla, con un cordón alrededor a guisa de cinta, y pesadas botas cubiertas de barro y de polvo. Tenía una cara bonachona, amplia y rojiza, de toscas facciones, de mejillas mal afeitadas. Colocó su gruesa mano vellosa como pantalla ante sus ojos opacos, miró en derredor suyo como un hombre prudente que examina el terreno antes de decidirse a atravesarlo, reconoció a su sobrino y le llamó:

—¡Calle, Pedro! ¿Qué haces por aquí? Precisamente tengo que ir a la población para hablar con tu padre. ¿Vuelves ya a casa?

Pedro no se atrevió a decir que no, y el tío Adolfo echó a andar a nuestro lado con su paso pesado, sin pronunciar palabra. Me acordaba de la frase de mademoiselle Anita, "es un poeta", de la hermosa acción que acababa de contarme mi amigo, y me sentía dispuesto a admirarle, a pesar de su aspecto de campesino, de peón caminero, de palurdo sin afinar. ¿Quién sabe si durante el camino diría algo bonito, como los labradores de Virgilio? Pero nada, no abrió la boca y se hubiera podido creer que no veía nada, ni el lago, ni los Alpes, ni la preciosa silueta de la población posada en la colina; tan indiferente o ensimismado caminaba. Tampoco pasó como nosotros por callejuelas; siguió valientemente la calle Mayor de un extremo a otro, llevando de la mano a su sobrino, sin molestarse lo más mínimo cuando la gente se volvía para mirarlos. A veinte pasos del reloj grande, nos encontramos a Marcos Maguet con su enorme perro. Desvió la cara, y me pareció notar que se ponía muy colorado.

Pocos días después de este último paseo acompañé a la estación a mi amigo y a su familia. ¡La estación! También en otro tiempo, era un buen sitio para jugar. Rondábamos por allí, a la hora de la llegada de los trenes, para averiguar el nombre de las locomotoras o para hacer rabiar a Enrique "el loco", un pobre diablo idiota que descargaba baúles y llevaba maletas. Pero, desde aquel día, la estación sólo fué para mí un lugar de tristeza. Me parecía siempre ver el triste grupo de los Nicollet, de pie con sus paquetes en el andén; el padre, abrumado como un carnero que olfatea el matadero, con inquietos movimientos; la madre, con los ojos hinchados y con el rostro crispado por el esfuerzo para contener sus dolores; los niños, que hacían por parecer valientes, y sobre todo mi

amigo Pedro que silbó hasta el último momento, con las manos en los bolsillos, aparentando un aire despreocupado. Se amontonaron todos juntos en un departamento de tercera con sus sacos de noche, sus cestos, sus paquetes, sus provisiones para el camino, tan ocupados que no pensaron en despedirse de nadie. Un empleado, para cerrar la portezuela, separó las manos que se tendían hacia ellos. El tren partió. Se agitaron los pañuelos. Ya estaban lejos; no se les volvería a ver. Mademoiselle Anita lloraba en los brazos de su tío Adolfo, sin preocuparse del jefe de estación que con su gorra de galones los observaba, ni de Enrique el loco, que hacía muecas en el marco de su barba gris. Al verme llorar me estrechó ella junto a sí, cariñosamente, diciendo:

—¡Pobre pequeño! ¡También tú te apenas!

Algunos días después se vendieron los muebles: todo, todo, todo, según lo predijo Pablo Bourdon. Las camas, las mesas, las sillas, las estampas que adornaban las paredes; incluso unos viejos daguerreotipos de familia que rescató el tío Adolfo. Luego, mademoiselle Anita fué a instalarse con su abuelo a un cuartito de la calle del Colegio. Su criada, la vieja Emiliana, que los servía desde hacía treinta años, no quiso abandonarlos, aunque no le pudieran prometer sueldo.

III

PASO TRIUNFAL

Transcurrieron algunos años. Me convertí en un estudiante y sólo pasaba en Bielle algunas semanas del verano, en vacaciones. Todos los semestres encontraba las mismas personas fosilizadas en medio de la paz de las costumbres, los mismos rostros lentos en envejecer. El notario Tiercet estaba cada vez delgado; tenía las espaldas encorvadas y los hombros más juntos. Se había quedado tan seco que se esperaba oir crujir sus huesos y su nariz de pico de águila tocaba la barbilla saltando por los labios que se abarquillaban sobre las encías desdentadas. Los rojos pelos de la barba y del cabello del alcalde Quartier, que continuaba sudando y resoplando, adquirían tonos indefinibles de cáñamo hilado. La calvicie de monsieur Massod de Bussens, al desguarnecerle la frente, le daba como una aureola de pensador. El doctor Maguet proseguía cuidando los oídos de todo el mundo, y su hijo que le ayudaba, no parecía inclinado al matrimonio, cosa que hería en su amor propio a todas las madres de las mejores familias. El procurador Bourdon no cesaba en sus beaterías, como para expiar a fuerza de devoción las crueldades que seguía perpetrando, al tiempo que su hijo Pablo, que trabajaba con él, se las daba de hombre alegre y libre pensador, a fin de atraer otra clientela. Un joven pastor, monsieur Trembloz, asombraba a la población con su elocuencia, y aún más con una "historia" que tuvo con madame de Massod de Bussens, que, obligada por desagradables habladillas, hubo de pasar una temporada en el Mediodía, y luego, a su vuelta, retraerse lo más posible. (1). Nuevas generaciones jugaban en la Explanada bajo la vigilancia de mademoiselle Anita, fiel a su banco de piedra en forma de media luna; todavía elegante y bonita, pero ya no era la fresca muchacha que conducía su batallón infantil hacia lo desconocido de la vida. En sus hermosos ojos pardos, se había apagado la llama de la esperanza. Continuábamos siendo amigos; yo me quitaba la gorra cuando la veía, y ella me dirigía una sonrisa; a veces cambiábamos algunas palabras bajo el ojo redondo del gran reloj o delante de las arcadas bernesas del Mercado Viejo.

—¿Tiene usted noticias de Pedro, mademoiselle?

—De cuando en cuando.

—¿Qué hace?

—¿Cómo decirlo? ¡Es una vida tan diferente de la nuestra!

—¿Los Pieles Rojas?

—No, no, el trabajo. Ya ves, tienen que derribar árboles seculares, descuajar el bosque palmo a palmo y la tierra que les ha de alimentar. Es una existencia muy dura, te lo aseguro, que no se parece a las novelas que se cuentan de ella.

—¡Pobrecillos!

—No los compadezcas. Les gusta aquello. Ya no querrían vivir como nosotros.

—¿Hablan de volver por lo menos a hacer una visita?

—¿Para qué? ¡Está tan lejos y cuesta tan caro...! ¡Luego, como el abuelo es tan viejo...! Ya no reconoce a nadie. No advertiría su presencia.

—Pero, por usted, mademoiselle Anita.

(1) Véase las "Rocas Blancas", del mismo autor.

El alcalde Quartier que se acercaba enorme, sudando, secándose la frente

Pintóse el asombro en sus grandes ojos pardos, ante aquella disparatada suposición.

—¡Por mí! ¡No vale la pena! ¿A quién se le ocurre dar la vuelta al mundo para volver a ver a una solterona vieja como yo?

Ni en el tono ni en la sonrisa desencantada que acompañó a estas palabras, había la menor amargura; mademoiselle Anita había tomado su partido en todas las cosas, y encontraba natural envejecer aislada cuidando de su abuelo, que chocheaba. Era su

destino; lo aceptaba sin desear nada. Su alma estaba tranquila y resignada.

En un verano que yo estaba en Bielle, corrió la voz de que Pedro Dionisio Nicollet, el gran Nicollet, el que desde hacía años se enriquecía en América, viajaba por Europa y que atravesaría su villa natal. Inmediatamente se despertaron todas las curiosidades. ¿Por qué volvía a su tierra? ¿Qué se sabía de su fortuna, de sus proyectos, de su persona? Algunos informes confusos le crearon una biografía conjetural.

—Parece ser que...

Esta fórmula cómoda permitía la oleada de afirmaciones inciertas que al correr la villa se transformaban en hechos probados. Así, pareció ser, que aquel hombre eminente se había marchado contra la voluntad de su padre, sin un céntimo en el bolsillo, y que pasó mucha hambre; luego había hecho toda clase de oficios, "vagabundo, cargador, peón de albañil, etc.", y un día había inventado una cosa, un muelle, un tornillo "algo de mecánica", sacado la patente, fundado unas fábricas y recogido millones, sí, millones, como sólo se encuentran allá, en aquellos países jóvenes, donde basta inclinarse para recogerlos.

Las gentes positivas, estupefactas, preguntaban:

—¿Cuántos tiene?

Las contestaban:

—El mismo no lo sabe.

Y la imaginación colectiva fantaseaba sobre ese tema.

—Parece ser que emplea centenares de obreros. Parece ser que posee un verdadero palacio en Nueva York, en la quinta Avenida. Parece ser que tiene un ejército de negros a su servicio.

Se recordaba su niñez; no se asemejaba a los otros muchachos; los más avisados, siempre le habían predicho brillante porvenir.

—Yo no me cansaba de decírselo a su padre... Qué de veces no le he repetido, cuando todavía el pobre estaba sano: "Ese es un chico que hará camino."

—¿Y se ha casado?

—Creo que no.

—¿Cómo?

—No es viejo. ¿Qué edad tendrá? Cuarenta a cuarenta y cinco años, lo más. Ya se casará cuando tenga tiempo...

Un poco de esta gloria salpicó a mademoiselle Anita; aunque su tío era todavía joven, y se admitía un principio que alguna vez habría de escoger mujer, ella se advirtió, de todos modos, en la presunta heredera. ¿Cómo creer que continuaría de maestra de escuela por toda la vida con un ricacho así para darle la mano?

—Seguramente, la dotará.

Ella no pensaba gran cosa en nada de eso. Turbada, sin embargo, por las miradas que la seguían en la calle, por los saludos más respetuosos de los hombres, por los rostros más amables de las señoras.

—¿Y qué, mademoiselle Anita—le pregunté un día, parándola cuando salía de la escuela,—es verdad lo que cuentan de su tío?

Hizo un ligero movimiento de hombros y sonrió irónicamente:

—No me lo ha dicho.

—Pero entonces todos esos detalles tan precisos, ¿de dónde proceden?

—De la gente. No tienen otro origen. Ya sabes cómo se forjan esa clase de historias.

Luego, pensativa:

—Por mi parte, me cuesta trabajo creer que sea tan rico, porque...

Se interrumpió, vaciló, sonrojóse y acabó por añadir:

—Si fuera tan rico como dicen, habría pensado en su familia, en su padre.

Yo insinué:

—Quizá no haya tenido tiempo.

Ella exclamó indignada:

—¡Oh!

—Fíjese usted en que hacer semejante fortuna absorbe todas las facultades. No hay espacio para pensar en otra cosa, para entregarse al sentimiento. El dinero, los negocios; en primer término. A los sentimientos se les reserva su vez para el porvenir, si es posible. Con que tenga sólo la mitad de los millones que se le suponen, su tío de usted ha debido trabajar como muchos hombres juntos.

Mademoiselle Anita bajaba los ojos, mordiscaba los labios, golpeaba con la contera de su sombrilla el empedrado plano, nuevo, que gracias a la iniciativa del alcalde Quartier, había substituído a las puntiagudas y desiguales piedras de antes.

—¿No te acuerdas?—dijo.—Le escribimos una vez en un momento terrible. ¡Estuvo tan duro!

—¿Le guarda usted rencor?

—¡No! Me parece un extraño. Nada más

Un telegrama de monsieur Pedro Dionisio

Nicollet advirtió a su sobrina de su llegada, y ella le fué a esperar a la estación. Bastantes personas, y yo entre ellas, también acudieron: unas para saludar al antiguo compañero, otras por curiosidad. Se vió descender de un coche de primera clase a un hombre pequeño, rechoncho, afeitado, de pronunciado perfil, de sólida y cuadrada mandíbula, con una mirada que se posaba sobre los objetos como para apoderarse de ellos, y que se desviaba como si se los llevase. Vestía traje gris, cuello alto muy rígido, corbata amarilla en la que relampagueaba un brillante, sombrero blando, guantes de color de ladrillo, y llevaba una doble cadena de oro que se destacaba sobre el chaleco. Un negro que descendió tras él, tenía en la mano una maleta de piel de cerdo. La aparición de este personaje hizo correr un estremecimiento de asombro entre los asistentes, como si confirmara los maravillosos cuentos.

El viajero buscaba con la mirada en derredor suyo, y mademoiselle Anita se acercó:

—¿Tío?

—Sí, soy yo.

Inmediatamente se aproximaron otras personas. Hubo saludos y cumplimientos, durante los cuales, el negro se mantuvo derecho como un poste, detrás de su amo, con la maleta en la mano. El rostro de monsieur Nicollet expresaba cierta impaciencia, cuando el alcalde Quartier, familiar locuaz, jovial, le puso la mano en el brazo y le invitó para el día siguiente a una modesta "cena", que deseaban ofrecerle los hombres importantes, dichosos de volverle a ver o deseosos de conocerle.

—Le agradezco la atención — respondió Mr. Nicollet, con un tono seco; — mañana por la noche, me habré marchado.

—¡Cómo! ¡cómo! — exclamó el alcalde, moviendo desesperadamente sus grandes ojos redondos;—vuelve usted después de tantos años a su villa natal y no se queda veinticuatro horas. ¡Es imposible! ¡Es im...

Monsieur Nicollet sacó su reloj con un gesto maquinal y le interrumpió diciéndole:

—¡Los negocios!

El tono era tan cortante como la palabra. Felizmente, monsieur Quartier, a pesar de su enorme vientre, tenía el espíritu ágil y sabía tomar su partido. Interrogó con la vista a las personas presentes, y audazmente, propuso sin detenerse por las dificultades:

—Bueno. ¿Y esta noche?

Y como advirtiese una sombra de vacilación en los ojos del viajero, añadió:

—¿A menos que se halle usted cansado del viaje?

La idea de que pudieran creerle capaz de fatigarse por algo, hizo encogerse de hombros a monsieur Nicollet, que respondió:

—Acepto con gusto; yo no me canso nunca.

Después de lo cual, tocó el ala de su sombrero, hizo un gesto al negro, otro a su sobrina, y dijo:

—He encargado alojamiento en la "Cabeza de Moro". Espero que todo esté dispuesto.

El portero del hotel que se había retrasado, llegaba bufando y disculpándose. Un

murmullo de admiración se elevó detrás del grupo que se alejaba:

—¿Eh? ¡Qué hombre!

—¡Conoce el valor del tiempo!

—¡Quién sabe lo que querrá!

Al principio de la tarde, la vieja Emiliana atravesó la población con toda la velocidad de sus piernas reumáticas. Sin embargo, viendo a la tendera en el umbral de su establecimiento, no resistió a la tentación de pararse cuatro segundos para decirle de paso:

—Voy a encargar el coche del tío Brindeau. ¿Lo creerá usted? Habla de comprar la quinta Carlota.

En efecto, desde la muerte de mister Smithson, es decir, desde hacía dos o tres años, la quinta Carlota estaba en venta, únicamente guardada por el tío Adolfo, que cuidaba los jardines, y por un portero. La noticia dió la vuelta a la población en un abrir y cerrar de ojos, volando de tienda en tienda, trepando las escaleras de las casas de dos pisos, zumbando por los cafées. En todas partes era acogida con esa expresión local que pinta tan admirablemente el asombro, la duda, el temor de ser engañado y el deseo de creer.

—¿Es posible?

Todo el mundo se asomó a las ventanas al sentirse ruido de ruedas en el empedrado, que indicaba el paso de un coche; la vieja Emiliana volvía en la mejor calesa del tío Brindeau, que guiaba él mismo, tieso, en su asiento, a pesar de sus setenta y cinco años; y ella miraba a la gente, moviendo su arrugado rostro, con un aire de extrañeza que parecía decir: ¿Es posible que esté yo aquí, yo, una pobre criada de tan pobre gente, en estos almohadones verdes, llevada por ese caballo blanco, como una princesa? Cuando daba la vuelta a la esquina de la calle del Mercado, el alcalde Quartier, siempre un poco bromista, le dió un gran sombrerazo, haciéndola enrojecer hasta la punta de sus cabellos blancos, cubiertos por su cofia de aldeana.

El murmullo levantado a su paso aún no se había apagado, cuando la calesa retornó con el tío y la sobrina y con el negro en el pescante, al lado del tío Brindeau. Primero fueron rodeando la población; de cuando en cuando, monsieur Nicollet tocaba el ala de su sombrero de copa, más reluciente y mejor planchado que los mejores modelos del escaparate de monsieur Rabourin; o bien con su mano enguantada de gris, indicaba alguna casa nueva, algún edificio reparado, y adivinándose que procuraba informarse. Mademoiselle Anita contestaba, explicando en dos palabras la construcción de la casa de Correos o las reparaciones del castillo; luego se callaban ambos, no teniendo evidentemente nada que decirse. En el puente se detuvieron un instante; monsieur Nicollet fué hasta el extremo del embarcadero y reconoció al viejo pontonero que desde tiempo inmemorial arrojaba la amarra a los vapores.

—¡Calle!—dijo.—¿Todavía hace el servicio?

—¡No!—respondió Mademoiselle Anita.—Está ciego. Pero, hace que lo traigan aquí a las horas de llegada de los vapores.

—¡Qué cosa más rara!—exclamó Nicollet, volviendo al coche.

Hacia las cinco concluyeron el paseo. Se vió otra vez a la vieja Emiliana en calesa; luego, de nuevo, con monsieur Vallot, el registrador, encargado de la venta de la quinta Carlota, a quien su pasante había ido a buscar a escape al café de la "Cabeza de Moro", en donde dejó su "copa" empezada, con el vaso sobre la botella, para preservarla. Se murmuraba:

—Parece ser que ya es un hecho...

—Parece ser que...

Las negociaciones no duraron arriba de veinte minutos; monsieur Vallot volvió con la cara de un hombre que sale de un sueño agitando los brazos y gesticulando como para convencerse de que estaba bien despierto. Como el notario Tiercet se encontraba en su camino, le agarró del brazo.

—Venga usted a tomar una copita, Tiercet, y le contaré...

Y repetía:

—¡Es increíble! Palabra de honor, no hay idea de una cosa semejante.

Algunos curiosos les siguieron, invadiendo la "Cabeza de Moro", en donde monsieur Vallot empezó por terminar su copa, y se sirvió una segunda, porque no hay nada que dé tanta sed como los buenos negocios. En torno suyo estaban, entre otros, Tiercet, el alcalde Quartier, el sombrerero Roubarin, el animal de Pablo Bourdon, a quien no había visto desde el colegio, y hasta el doctor Mathorel, que, sin embargo, no frecuentaba el café. Los miró a todos, diciendo:

—Pueden ustedes escuchar. Ya no es un secreto, puesto que está concluído.

—¿Cómo, en un cuarto de hora?

—Verán ustedes.

Y monsieur Vallot, con su rostro granuloso y resplandeciente, empezó su relato, acariciándose la barba:

—La cosa ha ocurrido del siguiente modo: Yo estaba aquí, en esta misma mesa, ocupado en tomar mi copa, cuando mi pasante llega a decirme: Monsieur Vallot, venga usted corriendo, quiere comprar la quinta Carlota. ¿Quién?—le pregunto.—El americano... parece que tiene prisa.—Pues vamos a escape, entonces—le contesto—y alcanzo a la vieja Emiliana que me dice:—Monsieur Vallot, ande pronto, que no quiere esperar.—Le respondo:—La quinta Carlota no se va a marchar.—Verdad, señor; pero con él todo va a la carrera, como si le hubiesen puesto un cohete. Subo en la calesa: el tío Brindeau hostiga al animal como si fuéramos a apagar un incendio...

Quizá encontraba la gente un poco largo el preámbulo, pero monsieur Vallot no quería perder ni uno sólo de sus efectos y pensaba contar sin omitir un detalle el empleo de los veinte minutos. Vació la mitad de su copa y continuó con el bigote mojado:

—Llego a casa de los Nicollet. Todavía estaba el café sobre la mesa. El paralítico en un rincón—parece que tiene el alma tan agarrada al cuerpo, que va a vivir hasta el fin del mundo. El americano fumaba un puro, ¡un puro!

El gesto de Vallot esbozaba un formidable habano:

—¡Y que olía! Me señala una silla y me dice, antes que me sentara: ¿Cuál es el precio de la Quinta Carlota?—Yo le contesto: Por el precio, ya nos arreglaríamos si le conviene a usted la posesión. ¿Quiére usted con el mueblaje?—Sí.—Es buen negocio; sólo el mueblaje ha costado un ojo de la cara; mister Smithson lo mandó traer de Londres, directamente; sólo los papeles, mired usted...—Me cortó la palabra:—No le pido a usted todas esas explicaciones; le pregunto el precio de la quinta con el mueblaje.—Los herederos de mister Smithson, que tienen confianza en mí, me han dejado plenos poderes; yo sé, que lo que desean, es venderlo a todo trance; sin embargo, cuando se trata de fijar un precio, así, de buenas a primeras, sin conocer la intención del comprador, se duda un poco; ¿no es eso? Le gusta a uno verle venir, charlar, entenderse. En fin, me pongo a explicarle que no hay

posesión más hermosa junto al lago hasta Ginebra, exceptuando, naturalmente, la del barón de Rothschild. Pero frunce las cejas, me mira como si quisiera comer y acaba por gritarme con una vocecita rara que silbaba:—No le pregunto nada de eso, sino que el precio de la quinta Carlota; ¿no me entiende usted?—Yo me decido y lanzo una cifra enorme, con una cierta precaución:—Yo creo que los herederos de mister Smithson la darían por 500,000 francos. Vuelve a fruncir las cejas:—Usted cree, usted cree—me dice—vamos, ¿tiene usted poderes para contratar, sí o no? ¿Sí? Bueno; pues ofrezco cuatrocientos cincuenta.—Procuro sacarle algo más: Con el mueblaje que procede de Londres...—Me interrumpe con un condenado gesto que corta el aire en dos:—¿Cuatrocientos cincuenta, sí o no?—Ustedes comprenden que con un hombre así, era imposible chalanear. Yo digo:—¡Sí—Entonces se vuelve a su sobrina.—Dame una hoja de papel—le dice.—Saca de su bolsillo una especie de pluma de caucho que tiene tinta dentro y me la tiende, añadiendo:—Escriba usted la promesa de venta..., y nada más.

Los oyentes se miraron buscando el medio de expresar su asombro. El alcalde exclamó:

—¡Caracoles!

Rabourin, más enérgico aún, profirió un atronador:

—¡Joroba!

Pablo Bourdon, con el aire de suficiencia que le daban los escudos arrancados por su padre a la pobre gente, declaró:

—¡Los americanos son así!

Y Vallot:

—En mi vida, ¡es que en mi vida! hubiera creído que un negocio pudiera marchar tan de prisa.

En aquel momento, el tío Brindeau, el cochero, hizo su entrada. Con su barba en forma de collar, su rostro bronceado por el aire, sus dos colmillos prominentes, ennegrecidos por el tabaco, era un viejo taciturno, a quien no se sacaban cuatro palabras seguidas. Venía sin curiosidad a tomar su copa cotidiana fumando su eterna pipa y deletreando "El Correo de Bielle". Pero no le dejaron en paz: todos los oyentes se dirigieron hacia él, y le asaltaron con una infinidad de preguntas a la vez.

—Vamos, Brindeau—preguntó el alcalde,—usted que le ha llevado a la quinta Carlota, ¿qué ha dicho?

—¿Ha estado mucho tiempo?— añadió Tiercet.

Pablo Bourdon, al mismo tiempo:

—¿Qué cara ha puesto? ¿Qué le ha gustado más?

El viejo filósofo desplegó tranquilamente su periódico, encogióse de hombros y contestó con tono mal humorado:

—No sé. Yo me he quedado en el patio con mi caballo. ¿Para qué ocuparme de los negocios que no son míos?

Aunque un poco desconcertados, los otros no se dieron por vencidos.

—¿La visita ha durado mucho tiempo?—dijo Rabourin.

—¡Psch! Ni siquiera media hora.

Todos cambiaron miradas de asombro y exclamaciones. Luego, Tiercet preguntó con los ojos brillantes de malicia curiosa:

—¿Pero, ¿ha visto a su hermano, el jardinero?

El tío Brindeau bebió un trago, se enjugó los labios con el dorso de la mano y contestó:

—¿El jardinero? No ha aparecido. Se escondió.

—¿El americano no ha preguntado por él?

—¡Psch! Tampoco.

—¡Le ha olvidado!—dedujo Vallot, guiñando un ojo.—Un hombre como él no puede tener tiempo para pensar en su familia.

Y habiéndose agotado el capítulo de los informes previos, se entró en el de los comentarios y conjeturas.

Yo no asistí a la comida que siguió a esta escena, pero tantas personas que la han contado, y tan al detalle, que voy a procurar recordarla, con todos sus datos.

En primer término, monsieur Nicollet causó la más viva sorpresa a sus amigos al presentarse con frac negro y corbata blanca. La solemnidad de su traje acentuó el contraste más bien penoso, entre la bonachonería de los modales, los largos levitones, las faltas de elegancia de los comensales y la actitud seca y las maneras cortantes y frases breves e incisivas del personaje. Esperaban verle familiar, sonriente, tratable, feliz al reconocer las caras de antaño, al volver a las viejas costumbres, y se encontraban con que hablaba apenas, posaba sobre la gente miradas frías, fruncía los labios y hacía bolitas de pan como hombre que come sólo en la fonda de una estación. Quar-

tier, muy entendido en vinos, había preparado una admirable "gamma" de los mejores vinos del cantón, gamma que empezaba por el "Villeneuve", claro y ligero al paladar; seguía por el perfumado "Dézaley"; después por el fuerte y sabroso "Yonne"; pasaba por un "Cortaillod" tinto que valía tanto como el Borgoña, y terminaba en un dorado "La Côte" de 1834. Monsieur Nicollet examinó indiferentemente las maravillosas muestras de la vinicultura vaudesa, y sólo bebió agua, sin preocuparse de la decepción que causaba.

—Un dedo de este "La Côte", querido. Nada más que para brindar con nosotros. Qué demonio, o se es de la tierra o no se es.

—Nunca altero mis costumbres.

Habían creído darle gusto encargando platos locales, triunfo de la vieja cocina del país, que debía de haber comido en su infancia. Sirvieron pescado del lago en salsa de vino blanco, un guisado de liebre con crema, patos con cebolletas, un enorme salchichón de Payerne, hecho con hojaldre, una ensalada de tocino, un relleno de espinacas, y de postre un pastel de nata, adornado con flores de chocolate. Nicollet comió tres pedazos de pescado sin salsa, un filete de pato y una cucharada de espinacas. Como uno de los señores insistiese para que probase el salchichón, él afirmó:

—No tomo nunca nada de salchichería.

Llamar cosa de salchichería un salchichón de Payerne, ¿quién hubiera podido preverlo?

—Por aquellas tierras se debe perder la costumbre de comer y de beber—exclamó Rabourin.

La conversación fué penosa; creían que Nicollet preguntaría por sus antiguos compañeros, de las personas que había conocido en otro tiempo, por algunos tipos legendarios, cuyos chistes o desdichas proporcionan tema inagotable en las reuniones de amigos. El se contentó con hacer algunas preguntas categóricas sobre el desarrollo de la población, sobre el estado de las escuelas sobre los establecimientos de beneficencia, sobre la biblioteca: ¿cuántos volúmenes tenía? ¿Cuántos alumnos tenía el colegio clásico? ¿Cuántos enfermos pasaban al año por el hospital? ¿Cuántas plazas había en el asilo de niñas? ¿A qué cantidad ascendían los negocios de la fábrica de loza? Los comensales se interrogaban con la vista, y el alcalde, azorado, se rascaba la cabeza, contestando:

—Todos esos números no se pueden conservar en la memoria.

Los ojos glaciales de Nicollet, posados en él con un desdén inexplicable, parecían decir:

—Pero, entonces, ¿qué conserva en la memoria, si no tiene números? ¿Y qué hace usted de su tiempo, usted alcalde, si no estudia las estadísticas que pueden interesar a la población?

Aquella mirada, como la de un juez, turbaba atrozmente a monsieur Quartier, que no se atrevía a comer ni a beber según se lo pedían su apetito y su sed, y que experimentó el miedo del escolar en su primer examen, cuando Tiercet le hizo una seña para indicarle que había llegado el momento de pronunciar su discurso. El pobre hombre golpeó largo rato su vaso con el cuchillo para reclamar silencio, que inmediatamente se hizo; se levantó enjugándose la frente, y comenzó con voz mal segura y los ojos fijos en el pastel de nata. Explicó que Bielle estaba orgullosa de reconocer a uno de sus hijos que había seguido tan buen camino; que todo el mundo se alegraría de ver regresar definitivamente a monsieur Nicollet a gozar del descanso que tanto merecía; que su ejemplo era un gran ejemplo para los jóvenes de la nueva generación; y así sucesivamente. Pero la frialdad de aquel ambiente se dejaba sentir también en su elocuencia. Rabourin no pudo menos de decir por lo bajo a Tiercet:

—Nuestro alcalde no se luce hoy.

Cuando concluyó, se le aplaudió apenas. Nicollet había escuchado aquella peroración sin pestañear, con la cabeza hundida en su alto cuello, y jugando con el cuchillo. En cuanto Quartier se hubo sentado, se levantó como impelido por un resorte e improvisó en frases cortas y claras, la contestación, la cual salió dos días después en el diario:

"Señores: Les agradezco su buena acogida. Me honra mucho; pero no veo cómo he podido merecerla. He hecho buenos negocios y nada más. He trabajado y he tenido éxito, por consiguiente, gozo la recompensa que he ganado. No pido más. ¡Ojalá muchos de vuestros hijos hagan lo que yo! El mundo es grande; en todas partes se puede desplegar actividad, se pueden intentar esfuerzos, hay terrenos que conquistar y dinero que ganar. Trabajar y enriquecerse son las

verdaderas funciones del hombre. Si estoy satisfecho de algo es de haberlas cumplido porque he puesto en ello, señores, todas mis fuerzas. Pienso continuar así todo el tiempo que me sea posible, porque nunca debe uno cansarse de trabajar. Cuando ya no tenga más fuerzas, volveré a vuestro lado, porque esta es una hermosa tierra y porque he nacido en ella. Espero que será dentro de mucho tiempo, porque me siento aún bastante joven para trabajar y para aumentar mi fortuna. Señores, a su salud..."

Y mojó los labios en su vaso de agua, mientras le aplaudían.

Todos ardían en deseos de interrogarle sobre el negocio de la quinta Carlota; pero a pesar de la alusión que había hecho en su discurso a proyectos futuros nadie se atrevió; a aquel hombrecillo de corbata blanca y de finos labios que ignoraban la sonrisa, no era posible preguntarle, así es que continuaron, contestando mal que bien, a sus preguntas:

—¿Qué produce la fábrica de gas? Las viñas, ¿cuánto dan por hectárea los años buenos? ¿Y los malos? ¿Como término medio de unos cuantos años? ¿Qué precio tiene el vino en el lagar? Etc., etc.

Al dar las diez se levantó para despedirse. Quisieron detenerle:

—¿Cómo? ¡Ya! ¡Pero si es el rato más agradable de la noche!

El respondió:

—Me acuesto siempre antes de las diez y media... Siempre.

—¿Aún de viaje?—insinuó Quartier.

—También. Cuando las horas de los expresos no cuadran con mis costumbres, mando que me formen un tren especial.

Este último rasgo, los dejó con la boca abierta.

Cuando se marchó hubo un momento de silencio, como si cada uno analizase su impresión. Luego, el alcalde Quartier, echó mano de una botella y se puso a llenar los vasos de los que le rodeaban, diciendo:

—¡El condenado, quiere enterarse de todo!

Rabourin repitió:

—¡Es todo un hombre!

El notario Tiercet, sentencioso:

—El mundo pertenece a los hombres de voluntad como la suya.

El doctor Mathorel, que gustaba de darse buena vida y que se había aburrido mortalmente durante la cena, exclamó, dando un puñetazo sobre la mesa:

—Pues yo, si quieren que les diga la verdad, le encuentro pesadísimo. Ya no es de la tierra ni tampoco es un americano!... Yo he conocido verdaderos americanos, y éste es su caricatura... ¿Que tiene dinero? ¡Mejor para él! ¿Que dispone de trenes especiales?... ¡Que le aproveche! Pero si todo el mundo se le pareciese, habría que marcharse a la Luna... beber agua, no comprar nada, no reirse y no pensar ni hablar sino de números... ¡Yo no quisiera ser así ni por todo el oro de la California!...

—¡Oh! ¡Usted, doctor,—contestó Raubourin,—es un original!

Al día siguiente, por la mañana temprano, Nicollet se dirigió al Banco de La Côte, en donde permaneció un cuarto de hora, y luego a casa del notario Tiercet. En seguida fué a la Explanada, echó una ojeada al paisaje y volvió al lado de su padre. En el camino se encontró a algunos de los comensales de la víspera, que tuvieron la idea de pararle, pero el saludo que les hizo les mantuvo a distancia. No visitó a nadie y se marchó en el expreso de medio día con su negro y su maleta de piel de cerdo. Desde aquella tarde, supo toda la población que su padre y su sobrina se trasladarían a la quinta Carlota, que les fijaba una renta considerable, que daba diez mil francos al Asilo de niñas y que fundaba cuatro camas en el hospital. Hubo una explosión de entusiasmo. Aunque no hablaba gran cosa, hacía las cosas bien; era un hombre generoso, bueno con los suyos, que sabía abrir la mano; en fin, un hombre verdaderamente superior. En las conversaciones en que se alababa su munificencia, esta frase se repetía como estribillo:

—¡Qué de millones y de millones debe tener!

Algunos días después de su marcha, encontré a mademoiselle Anita, con su trajecito castaño, su sombrero modesto y unos guantes muy usados, igual que antes del paso triunfal de su tío. La paré con objeto de felicitarla. Fijó en mí sus hermosos ojos pardos, que se desviaron en seguida y erraron a la ventura, como si hubieran buscado algo que no encontraban en aquel ambiente familiar.

—¡Al fin—le dije—va usted a estar tranquila y va ser feliz en esa espléndida quinta Carlota!

(Continuará).

Agosto
1915

PACIFICO MAGAZINE

Precio:
UN PESO

FERROCARRIL DE ANTOFAGASTA A BOLIVIA

Servicio directo semanal
ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

TRENES DE SUBIDA

Antofagasta . . .	Sale . .	8.40 P. M.	Sábado
Uyuni	Llega. .	7.30 P. M.	Domingo
Oruro	" . .	7.40 A. M.	Lunes
La Paz	" . .	4.30 P. M.	Lunes

TRENES DE BAJADA

La Paz	Sale . .	1.40 P. M.	Sábado
Oruro	Llega . .	8.27 P. M.	Sábado
Uyuni	" . .	7.55 A. M.	Domingo
Antofagasta . . .	" . .	Amanece	Lunes

NOTA.—El tren de Antofagasta combina con el vapor rápido del Sur de la Compañía Sud-Americana de Vapores, y el tren de La Paz combina con el vapor rápido de la misma Compañía, procedente del Norte.

Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y del Norte.

El precio de un pasaje de primera clase de Antofagasta a Oruro es de £ 3.8.8½ y de Antofagasta a La Paz de £ 4.14.5.

El boleto de cama por cada noche importa £ 0.12.1 y en un viaje a Oruro o La Paz debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa salitrera (Sección chilena) salen de Antofagasta diariamente, menos los domingos, a las 8 A. M.

Para mayores datos dirigirse a

Prat 65 - Casilla 43
Valparaíso

Moneda 1120
Santiago

FUMADORES ARABES

PACIFICO MAGAZINE

× Que ayer | VOL V.—Santiago de Chile, agosto de 1915.—NUM. 32. | — Que mañana

LA HISTORIA DE LA UNIDAD ITALIANA

1821 - 1870

Por

Nicanor Molinare

Con ilustraciones fotográficas

Piérdese en la noche de los tiempos la libertad de Italia, que durante siglos ese pueblo firme, arrastrando las duras cadenas de la opresión, buscando en la tierra, en los cielos y hasta en los cráteres de sus volcanes, la fórmula sagrada que le da Mazzini, uniendo su glorioso grito de **Dios y el pueblo**, al credo bendito de: **Igualdad y Libertad, Humanidad, Independencia y Unidad!** con que los descendientes de Rómulo y Remo juran ser libres.

Y ese códice, que es toda una profecía, inicia en la patria de Los Gracos y de César, de Cavour y de Silvio Pellico, de los Manzoni y Caixoli la era de los mártires de la Tierra del Lacio, de los que pelean sin tregua, sacrificándolo todo: vidas, familias y haciendas, en el ara santa de la independencia, de la unidad de Italia, desde la segunda década del siglo XIX hasta el inmortal año de 1870:

Y Giuseppe María Garibaldi aparece un buen día al lado de Mazzini; y por 1821 principian los movimientos con que el genio itálico funda los cimientos de la libertad de la península.

Desde 1821 a 1847, una alborada de sangre sacude a la tierra del Dante; los mártires de la libertad fertilizan con sus vidas los cadalsos; y los Plomos de Venecia y los Spielberg austriacos, resuenan con los lamentos, con los gritos de rabia y de desesperación con que se asesina y se tortura a los amantes de la unidad italiana.

Un grito único, un gesto gigante de independencia o muerte, sacude a las masas italianas, y desde los Alpes a Silicia la sangre de los antiguos dominadores del mundo, hierve al unísono de las lavas de sus volcanes, pidiendo libertad.

Carlos Alberto y Camilo Cavour proclaman sus ideales en el Piamonte; Mazzini y Garibaldi aparecen en Génova; y mueren, cual mártires de la unidad italiana, en Modona Cixo Menotti y Faluzi y los milaneses asombran a los Tixanos por su valor; y el viejo estoicismo latino reaparece en la península en las heroicas figuras de los hermanos Bandiere, del coronel More Hi, con Silvio Pellico, el conde Oroboni, el abele Fontini y con miles de bravos que juran morir o ser libres.

Los generales Olivi y Zuchi asombran por su valor a la Romana; Doménico Moro es un héroe en Venecia; los hermanos Caisoli ganan un bronce famoso; en la Calandria juegan nobilísimo rol Mazzini de Londra y Ricciandi: y la Italia entera es un inmenso volcán por cuyos cíclopes cráteres se derrama la lava heroica de la independencia de la patria!

La sangre, que durante los primeros 26 años de lucha y de martirio inunda a la antigua dominadora del mundo, fertiliza las montañas y llanuras, y la Italia en alas del movimiento regenerador de 1848, estalla también, lanzando ante el mundo su grito de: independencia o muerte!

Los que asistieron al Congreso de París en 1856 y sus firmas

Y durante el año de 1848, Carlos Alberto desafía a los austriacos; y se suceden, casi día a día, los encuentros; se ganan y se pierden batallas y aparecen los bersaglieris que triunfan o mueren calando bayoneta; y en la historia se escriben con la roja sangre latina los nombres de Sotto Valta y de Giotto; de Pastrengo y de Santa Lucía; de Rivoli, batallas en que pasan a la historia los generales Durando; Pepe y Lamarmora.

Mazzini intertanto funda "La Asociación Nacional Italiana" y proclama ante la tierra, que se conmueve a los gritos de libertad, la unidad de **la patria!**

Desde el 26 de marzo de 1848, el ejército piamontés que ha cruzado el Tesino se bate sin descanso; y un buen día, en uno que Italia ha escrito en letras de oro, el 21 de junio del año citado, desembarca, toma tierra en Niza con unos cuantos legionarios que conduce desde América, José Garibaldi, el gran soldado italiano, a quien los sajones austriacos de Génova han condenado a ignominiosa muerte en 1834, por el grave delito de ser compañero de Mazzini.

Y desde este momento, Garibaldi, por cuyas venas no circula sangre real; que viene de abajo del pueblo; que tiene brazo de hierro, mirada de águila y corazón de león; que es republicano bondadoso, bueno y patriota cual ninguno, que ama con delirio a su Italia, entra en acción, inicia sus inmortales combates.

Y el héroe no descansa sino para tomar

alimentos, continúa la gran jornada, pelea y se bate hasta septiembre de 1870, fecha en que la patria es independiente, soberana y libre.

La guerra salvaje, terrible, continúa por el año 1849.

Radetzki, comanda los ejércitos austriacos, que acaban de jurar por emperador y rey a la siniestra y fatídica figura del hoy ya octogenario Francisco José; y el viejo mariscal al vencer en Novara y en la Bicoca a las tropas de Carlos Alberto, que son inferiores en número, obligándolo a deponer el mando supremo en su hijo el duque de Savoya, coloca sobre el trono del Piamonte a Víctor Manuel, al futuro gran rey de Italia.

Novara, no apaga la guerra, que ella continúa sin tregua en el sector de la península.

En Roma se baten ahora Garibaldi al lado de Mazzini, que ha proclamado la república.

Venecia es bombardeada y Rodetzki toma posesión de la gentil ciudad de los Dux sólo cuando el general Pepe no tiene pólvora con qué pelear.

Roma se rinde también, no al empuje de las tropas austriacas, que cae ante las bayonetas francesas del mariscal Oudinot, que protege al papado en nombre de la república.

Brescia paga asimismo su tributo, y la península cae de nuevo entre los durísimos perros de la más insólita tiranía.

Durante el decenio de 1849 a 1859, Víctor Manuel y sus ministros, diplomáticos y generales preparan cívicamente a su pueblo.

La Italia entera, hierve de cólera, ante las terribles represalias de los austriacos, de los reyes de Nápoles y de Sicilia, del gran duque de Trocana, de los pequeños tiranuelos de Modena y Parma, de Milán y de Venecia!

Todas las torturas imaginables se ponen en juego por los sajones de la tiranía; los antiguos, los viejos tormentos se exhuman; el palo, la rueda, las tenazas, el fuego, castigan a los heroicos libertadores; y la Italia se cubre, se llena con los mártires de la independencia.

Agecitao Milano al pie de la horca, sin in-

La entrada a Milán de Víctor Manuel II y de Napoleón III

El Estado Mayor de Garibaldi

mutarse exclama: **Viva la libertad! Viva Italia!** Y caen fusilados, colgados, muertos a fuerza de tormentos espantosos, Nicotera a quien hermoso bronce ha levantado Nápoles; Carlos Pisacane, Antonio Sciesa y cientos más de héroes a quienes hoy, la patria rinde culto de admiración, de profundo agradecimiento.

Víctor Manuel y su esposa María Adelaida, reina del Piamonte, Cavour y La Marmor trabajan sin descanso por el **risorgimento**; y con paciencia infinita preparan los soberanos sordos a su pueblo para lanzarse tras la divisa de Mazzini: **¡Unidad e independencia!**

Y llega el año 1859; y con él la Francia de Napoleón III, estrechamente aliado con el **Re Galantuomo**, declaran la guerra al Austria, a Francisco José, a quien Milán poco antes ha recibido fríamente en medio de sepulcral silencio.

Iniciada las hostilidades, Garibaldi, reune a sus infinitos voluntarios que irrumpen en las llanuras del Piamonte y en la Lombardía, entonando la **Canción de los Alpes**, la que escribió Luis Mercantine y cuya popular letra es la siguiente:

"Si scopron le tombe, silevano i morti,
I martiri nostri, son tutto risorti!
Le spade nel pugno, gli allori alle chiome,
La flamma ed il nome, d'Italia nel cor!
Veniamo! Veniamo! su, ogiovani schiere,
Su al vento per tutto le nostre ban diese!
Su tutti colferro, su tutti colfoco,
Su tutti colfoco d'Italia nel cor!
Ve fuora d'Italia, va fudrach'e l'ora
Va fuora d'Italia, va fuora o straniet!"

Napoleón III invade Italia por el Monte Cenis; desembarca sus tropas en Génova y en Livono el 13 de mayo, y el 20 del mismo mes franceses e italianos dan la batalla de Montebello.

Sesia, Palestro, Confienza y Turbigo son acciones en que los austriacos son siempre rechazados por Víctor Manuel, Napoleón III, La Marmosa y Garibaldi que con sus casa-

La partida de Quarto

dores alpinos a la vanguardia infiere golpes de muerte al odiado tudesco.

El 4 de junio se pelea Magunta; y luego viene Solferino y siempre unidos franceses e italianos combaten sin descanso y a morir hasta conseguir firmar la paz de Villa Franca.

Milán queda en poder de Víctor Manuel; el Re Galantuomo consigue adelantar sus fronteras; la Italia se estremeció al grito de Libertad y la patria esboza ya en el concierto de las naciones su histórica unidad!

Pero, Garibaldi, no duerme; el año de 1860 es la data inolvidable de los 1,000 de Marsala; de los heroicos soldados de Quarto, de los expedicionarios que conduce el padre de la independencia, Garibaldi, a bordo del "Lombardo" y del "Piamonte".

En la noche del 12 al 13 de mayo de 1860 los 1,000 de Quarto, la gran legión garibaldina, ocupan a Marsala; desde ese momento la Sicilia principia a ser libre y en letras de oro escriben sus nombres Nino G. Bicio, Steffano Turr, que es húngaro, Menoti Garibaldi, Francisco Cricpi secretario del héroe, Acerbis, Medici Pedoti, Bandi, Antonio Mosto, José Gerzonni poeta y soldado; Bautista Basso que es la sombra del general; los Caisoli, Carbonelli, Onini, Sachi, Masa, La Russa, Luis Cavalli, Pilo, Cipollini, y cuantos más, a quienes el bronce, el mármol y el granito recuerdan sus inmortales hazañas.

Y no faltan sacerdotes entre los 1,000 de Marsala, que al lado de Garibaldi predican el amor a la humanidad, Fra Sanfalco y don Antonio Rotolo, sacerdotes católicos que han nacido en Sicilia y que al entregar al general una cruz le dicen: "No desprecéis este cristiano símbolo que será para los enemigos de la patria, tan terrible como vuestro cortante sable!"

Garibaldi triunfa en todas partes; el 27 de mayo asalta y toma a Palermo; el 20 de julio vence en Milaso; y la legión garibaldina que se ha convertido en ejército ocupa a Mesina, se lanza sobre el último trono borbónico, sobre Nápoles.

En Aspiamonte, que es el bosque Sagrado de los ..... italianos jura morir; en Volturno cumple su palabra y el dictador de Sicilia al frente de 20,000 garibaldinos, de camisas rojas, destrosa a 40,000 borbones, se apodera de Nápoles y proclama al pie del Vesubio la unidad de la patria italiana.

Víctor Manuel y Cavour no se duermen ante los triunfos de Garibaldi; con su ejército invaden al reino de Nápoles; triunfan el 18 de septiembre en Castelfidasdo, se apoderan de Ancona, y a principios de octubre, el día 5, el marqués Jorge Pallaviscino Tribulzio, toma posesión de la ciudad del Vesubio, en nombre de Víctor Manuel.

Un plebiscito ideado por Garibaldi, en que votan por la anexión 1,300 oro ciudadanos de Nápoles al rey, que penetra a esa buena ciudad en la mañana del 25 de octubre de 1860.

"Salud al rey de Italia" grita con voz de trueno, Garibaldi, al recibir a Víctor Manuel, que abriéndole los brazos exclama:

Salud al mejor de todos mis amigos.

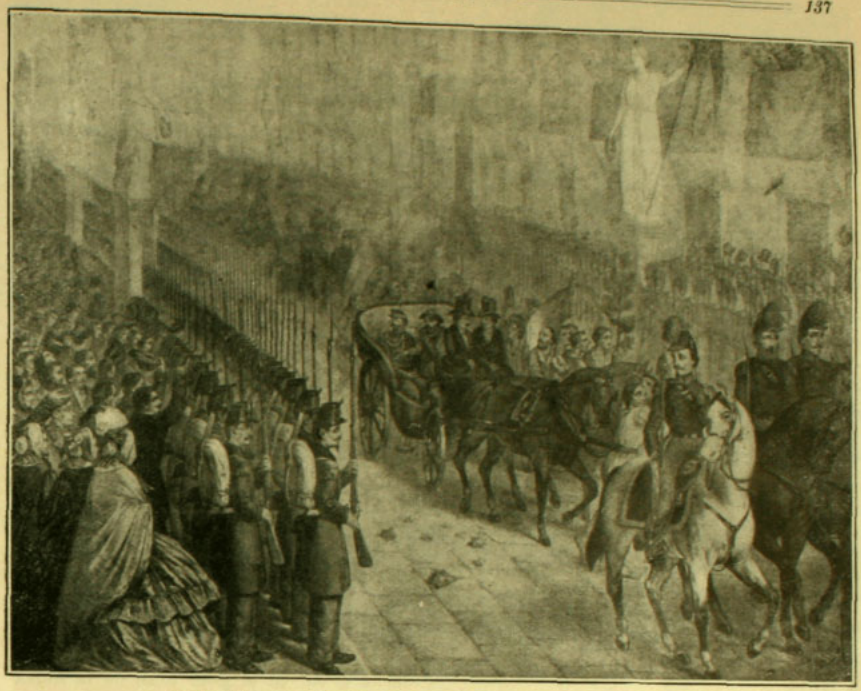
La bandera italiana, ... tricolor de Saboya y Lombardía, bate sus colores en media península: quedan Roma, Venecia, Trieste y la Sicilia sin unir sus latidos al corazón de Saboya; pronto veremos cómo cayeron los muros y baluartes de la ciudad eterna.

Por 1861 se rinden Gaeta y Mesina; el príncipe Eugenio de Carignan y el general Cialdini son los héroes de esas jornadas, que dan al rey Galantuomo la posesión de casi toda Italia.

Garibaldi, por cierto no ha faltado a esta campaña; y cuando el pueblo recuerda las guerras de estos años exclama: "Napoleón dió a Víctor Manuel la Lombardía y Garibaldi le obsequió la Sicilia!"

La década más famosa, la más notable, sin duda, del medio siglo de lucha por la independencia es la de 1860 a 1870.

Durante ese último período, Víctor Manuel y Garibaldi, se unifican y sin temor, con ímpetus y así helos de gigantes retan al Austria, vencen a Roma, ocupan a Venecia, unifican ad eternum a Italia.



Víctor Manuel y Garibaldi en Nápoles el 7 de noviembre de 1860

Marsala, Aspromonte, y Tienzza son estrellas que titilan en la frente de Garibaldi, que ha jurado no dormir mientras en la guerra fiera de los Gracos, el pueblo, sus germanos y el rey no aspiren desde los Alpes a Siracusa el libre soplo que beben los independientes.

En la primavera de 1866, estalla la guerra; la Italia invade la Sajonia y Víctor Manuel al frente de 30,000 hombres, entre los cuales figuran numerosos voluntarios garibaldinos, divide sus tropas en dos ejércitos uno que marcha sobre el Mincio, y otro que opera por Ferrara sobre Venecia.

La Marmosa, Cialdini y Garibaldi se baten al lado de Víctor Manuel.

Los voluntarios alpinos, con el general a su frente operan en la extrema izquierda sobre el Lago Mayor.

Y con rapidez inusitada se empeña la campaña; y antes de poco, en Custoza es derrotado Víctor Manuel, batalla en que hace lujo de valor, Amadeo de Saboya que es recogido gravemente herido del campo.

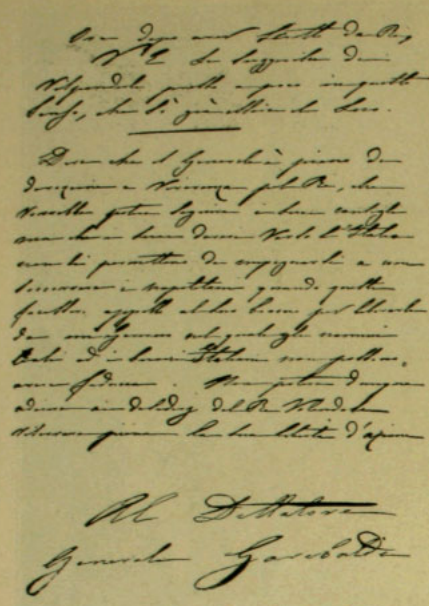
Cincuenta mil italianos con 105 cañones, al mando de La Marmosa son detenidos en su avance por 70,000 austriacos que cuentan con 150 bocas de fuego.

Y en el mismo 24 de junio, Humberto de Saboya, hijo mayor del rey, se encierra en el cuadro de Villafranca, y resiste sin miedo, sin demostrar jamás flaqueza, las brillantes cargas de la caballería austriaca.

El futuro rey, Humberto I, manda ese día a los granaderos de Lombardía, y es tanta la sangre fría y valor del joven príncipe, tanto el denuedo de sus soldados, que lenguas se hacen los generales Bixio y Della Roca pregonando su coraje y serenidad.

En esta guerra el heroísmo italiano no cosecha laureles, que más bien alcanza dolorosas lecciones, grandes experiencias para el futuro.

Así, a las peleadas jornadas de Custosa, Villafranca y Lodrone, hay que añadir la derrota naval de Lissa, infligida por el almi-



Autógrafo de Víctor Manuel y Garibaldi

rante fegettof a Persano, comandante en jefe de la flota italiana.

Y si necesario es confesar que tremendo fué el desastre, mucha la pericia del almirante austriaco, también hay que dejar constancia de que los italianos fueron vencidos no por falta de coraje sino única y exclusivamente por la necesidad absoluta, por la mala dirección de Persano, que llevado ante un consejo de guerra fué destituído por incapacidad.

Garibaldi que ha visto a Víctor Manuel recibir de manos de Napoleón III a Venecia, se dirige a Capura, mientras el rey, que todavía no puede llamarse soberano de Italia, acepta las llaves de la maravillosa desposada del Adriático, la señorial ciudad de los Dux.

Ahí, en esa solitaria roca, cura el héroe las heridas de su cuerpo y del espíritu; y cuando la salud alienta sus energías se lanza al continente buscando en las campiñas de Roma, la unidad de Italia.

O Roma o muerte, exclama Garibaldi al frente de sus legiones cuando emprende su última campaña; y en las siete colinas de la ciudad eterna le responde un grito franco, el de Eugenia de Montiyo, la soberana del segundo imperio: **¡Roma no puede morir!**

Y el deseo de la emperatriz se cumple, que a pesar del silencio con que el solitario de Caprera abandona su isla, pronto circula por la península y el mundo, la noticia de que Garibaldi se encuentra a las puertas de Roma.

Rattazzi, Ministro que ha sucedido a Cavono, que es enemigo del gran Condotieri, hace dimisión de su puesto ante tan grave acontecimiento; Napoleón III, ordena a las tropas imperiales que defiendan a Roma, y el general Menalsea asume la dirección de los negocios públicos del reino Sardo.

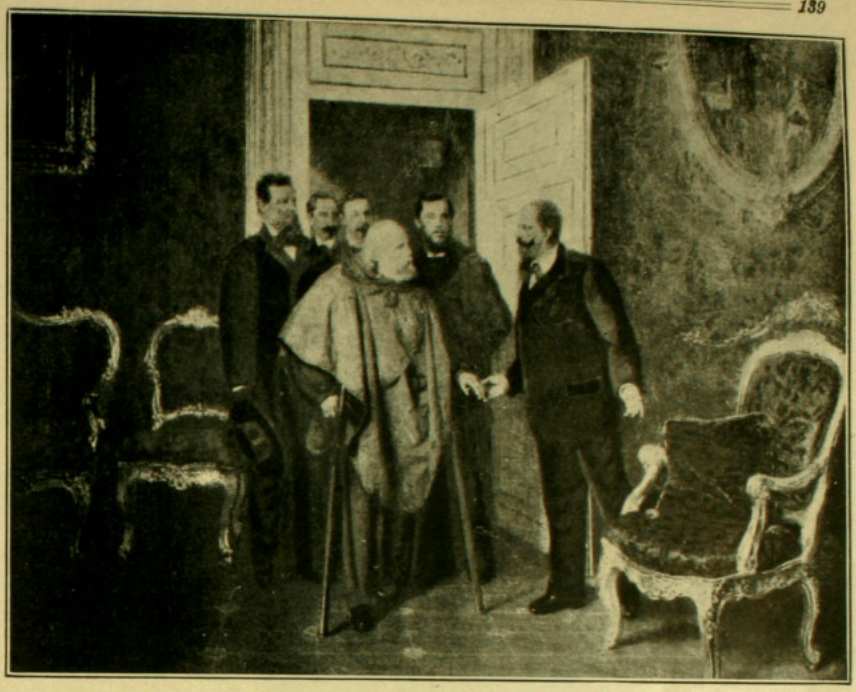
Garibaldi, junta intertanto a los veteranos de la independencia, y con ellos, por última vez, trata de ocupar a Roma; la fortuna vuelve las espaldas al gran libertador y Monte Redondo, Villa Gloria y Mendana, no son sino tres sangrientos florones, que escriben con su generosa sangre los rojos legionarios, los fundadores de la independencia de la vieja Italia!

Suena al fin en el gran libro de la humanidad la hora solemne, la de septiembre de 1870.

Los triunfos de la poesía sobre el imperio francés han desguarnecido a Roma y las tropas de Víctor Manuel y Garibaldi avanzan ahora sobre la altiva ciudad de los césares y del papado, en son de guerra, resueltos a ocupar a la cuna del Lacio, a unir para siempre en una sola y grande monarquía a la altiva madre Italia, tierra bendita donde nació la raza latina.

El 20 de septiembre de 1870, el general

Una carga de los famosos bersaglieri



Visita de Garibaldi a Víctor Manuel II

Rafael Cadorna, al frente de un ejército fuerte de 70,000 hombres, emprende el asedio de Roma, asaltando las puertas Pía y Salaria, y tras un reñido combate, que dura cinco horas, la ciudad de Lacio, la antigua dominadora y señora del orbe, se rinde a su vencedor, al general Cadorna.

El 34 de Bersaglieri, junto con el 39 de infantería, a paso de carga, calando bayoneta, toman la Puerta Pía; y al trote, en medio del júbilo más estruendoso del pueblo romano que viva a Saboya, a la Italia, a la humanidad entera, los latinos proclaman la independencia, la libertad y unidad de su patria.

Y cuando una diputación pone en las manos de Víctor Manuel, el oficio en que se le avisa que Roma quiere quedar bajo el gobierno constitucional de Saboya, al rey Galantuomo, declara que: **Como rey y como católico no proclamará la unidad de Italia, sino con el propósito de asegurar la libertad de la iglesia y la independencia del Sumo Pontífice y sólo bajo esta solemne declaración acepto, egregio, señores, el plebiscito de Roma.**

Cuatro fueron como hemos visto, los grandes espíritus que alzaron a Italia al rango de nación: Camilo Cavour, fué quien primero tendió el vuelo a la eterna mansión, falleció cuando el alba de la unificación pardeaba en las almas de la joven Italia.

Su patria, ha poblado las ciudades de la península con soberbios monumentos en que se reconoce a las excelsas virtudes del conde de Cavour.

El 10 de marzo de 1872, el gran espíritu de José Mazzini, abandonó la tierra para vivir eternamente en el bronce y en el corazón de Italia, que el alma del gran pensador durará lo que vivan los mundos y los mares de su patria, a la que amó con ferviente delirio.

Víctor Manuel se durmió en el eterno sueño el 9 de enero de 1878; murió en Roma, en la capital del reino de Italia, tierra bendita cuya alma fundó porque buscó en el pueblo la moral, la fuerza y la constitucionalidad de su gobierno, bases de granito sobre las que fundó la unidad e independencia de Italia.

Monumento a Garibaldi en Roma

José Garibaldi, el compañero de Mazzini y de Cavour, el brazo derecho de Víctor Manuel, el heroico soldado que durante medio siglo esgrimió su sable en favor de la libertad de su patria, alcanzó el eterno descanso plácidamente, el 2 de junio de 1882, en Caprera, la hermosa isla en que viviera largos años.

El gran filósofo y soldado de la unidad itálica, obtuvo la inmortalidad en vida; que Italia y el mundo reconocieron al unísono los inolvidables, grandiosos servicios que durante toda su existencia prestó a su patria el héroe de Milán y de Marsala, de Palermo y de Mentana.

Garibaldi, sincero republicano, sacrificó sus ideales en el ara sublime de la patria.

Amigo íntimo de Víctor Manuel y de su

dinastía prefirió el voluntario destierro de Caprera a las fastuosidades de la corte del Quirinal.

Filósofo, pensador y soldado, el amigo de los reyes, el fundador de la independencia y unidad de Italia, tuvo por norma durante su vida la misma espartana sencillez que ostenta su tumba en Caprera; lápida, túmulo de tosca piedra, y en medio del cual como único epitafio, gravado a cincel se lee: su nombre: **Garibaldi.**

Suena de nuevo en la hermosa península el clarín guerrero; las sonoras trompas latinas pueblan los espacios con sus broncos sonidos, y las selvas, los valles, mares y volcanes del antiguo imperio romano proclaman jubilosos la **Unidad de Italia!**

Los excelso espíritus latinos entran en lucha, y antes de poco, la tradicional tierra del Lacio, completa, entera, sin que le falten el Trentino, Trieste y el Tirol, de pie, latiendo al unísono su gran corazón, proclamará **ad eternum** la unidad absoluta de Italia, pensamiento bendito que idearon Mazzini y Cavour, Víctor Manuel y Garibaldi.

Junio 2 de 1915.

SANTIAGO ANTIGUO

Ha sido la nota culminante de los últimos días la exhibición de los hermosos cuadros de rem i niscencias históricas titulados "Santiago Antiguo". En estos cuadros plásticos se han hecho revivir costumbres que parecían perdidas para siempre; se han puesto en exhibición trajes y toilettes

que la moda no ha vuelto a poner de actualidad. Damas y caballeros distinguidos de nuestra sociedad han contribuído con entusiasmo y talento al realce de esta exhibición. Los autores de esta idea brillante, que ha venido a romper la monotonía de nuestra vida de aldea grande y a hacernos olvidar los ásperos incidentes de una larga y pesada lucha electoral, merecen las felicitaciones de nuestro gran mundo. Ha sido esa una fiesta de recuerdos y de arte, una fiesta que no se olvidará tan pronto.

Y hay que tener presente que los personajes de Santiago no vistieron en su totalidad trajes de reciente confección, trajes de copias, sino de legítima procedencia, los mismos que llevaron las altivas damas y los encumbrados magnates de los comienzos del siglo pasado. El señor

Marcos García Huidobro, por ejemplo, lució un hermosísimo traje de terciopelo morado; el mismo que llevó el Marqués de Casa Real, uno de sus antepasados. La señora Ana del Campo de Larraín se presentó con el vestido nupcial que llevara su abuela, la señora Irene Cuevas de Ortúzar. La señora Matte de Bell lució un manto de encaje blanco de remota época y que es una verdadera maravilla como obra de arte. Llamó la atención un espadín con guarniciones de piedras preciosas, que perteneció al secretario de la Real Academia, don Júdas Tadeo Reyes. Este espadín lo llevó su tataranieto don Teófilo Reyes Cerda. La señora Peñafiel de Zañartu llevó un traje, un hermoso traje blanco, que en su época se lució en los más suntuosos salones de Santiago. Gustó mucho el soberbio traje verde obscuro con que se presentó la señorita Valdivieso Barros, traje que perteneció a su bisabuela, la señora Mariana Urmeneta. Don Eduardo Balmaceda, en

traje de oidor, hizo una entrada soberbia. La capa que llevaba había pertenecido al oidor de la Colonia don Juan de Balmaceda y Cangano. Sería largo y difícil dar una nómina completa de los trajes auténticos que en aquel desfile de personajes de otra época presenció

el público más distinguido de la capital. Fué aquel un museo movible de antigüedades, fué una resurrección feliz de nobles personajes, que nos hacían recordar otras edades y otras costumbres. El cinematógrafo ha copiado esos cuadros y de ello debemos felicitarnos, pues nos quedará perdido el esfuerzo de sus gentiles organizadoras. La historia ya no se escribe ahora en letras de molde, sino que se estampa en la película donde sus hechos culminantes quedan eternamente grabados para que puedan sufrir adulteraciones o arreglos convencionales.

Roman Calvo el Sherlock Holmes chileno.

La prenda perdida

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

Cuando Felipe Manso hubo concluído de referirme su extraordinaria historia, no pude menos de decirle:

—Vea, mi amigo, conozco a Román Calvo y nadie más que yo aprecia sus talentos. Pero el caso de Ud. me parece desesperado... Eso es correr tras un fantasma, tras un imposible...

Y sin embargo, hube de convencerme más tarde de lo contrario. Tan sencillo era el caso de Felipe, que he dudado mucho sobre si merecía o no ser publicado. Sírvame de disculpa al hacerlo, ahora, el hecho de que sus antecedentes, antes de ser conocidos por Román, nos parecieron, al menos a nosotros, tan obscuros, que ni siquiera nos atrevimos a esperar que podrían encerrar una solución.

Felipe Manso, era lo que se llama ordinariamente un vividor. Joven, rico, inclinado al placer y al ocio, bueno como el pan en el fondo, sin inclinaciones viciosas de ningún género, se dejaba arrastrar por el torrente de la vida, como lo hacen tantos otros a quienes la fortuna se encarga de proporcionarles un camino abierto de antemano.

Viajaba un poco, pero París era el único objeto de sus excursiones. Allá, en la capital de Francia, continuaba haciendo lo mismo que en Santiago de Chile: dormía la siesta a medio día, y después de la noche iba a divertirse donde su humor le daba a entender.

—¿Qué es de Felipe? se le preguntaba a los recién llegados de Europa...

—Allá está, respondían haciendo en el Bar Americano lo que hace aquí en el Club de la Unión.

Hay así muchas existencias sin objeto, sin cambios ni emociones, sin felicidad y sin desgracia.

Cuatro o cinco meses después de haber estallado la guerra europea, Felipe regresó de su último viaje, pero entonces todos sus amigos notamos en él una extraordinaria transformación. Era un hombre nuevo, grave, pensativo, de pocas palabras y que apenas sonreía. Su juventud nómica y escéptica, se había quedado en Europa... A sus viejos camaradas les hizo el efecto de un hombre muerto, o, por lo menos, muy enfermo.

No abandonó, sin embargo, del todo sus hábitos de noctámbulo. Se recogía muy tarde, y pasaba en las noches, sentado largas horas junto a una mesa de la cantina del Club, escuchando silencioso y complaciente las eternas disputas sobre Francia y Alemania o sobre las candidaturas presidenciales. Aquellos problemas parecían serle, por otra parte, absolutamente indiferentes.

Una tarde que regresaba a casa de a pie, nos encontramos en el camino. Lo invité a comer. Se excusó al principio, para aceptar después. La velada fué muy agradable. Aunque nunca habíamos sido amigos íntimos, Felipe estuvo esa noche tan alegre y expansivo como en sus antiguos tiempos de mozo alegre y despreocupado. Nos encantó a todos con su charla amena, con sus salidas inesperadas, y principalmente con sus observaciones tan originales como exactas.

Era verano y después de comer, nos fuimos a fumar un cigarro al corredor del jardín.

—No se imagina Ud., me dijo de pronto, el bien que me ha hecho este ratito de vida de familia... ¡Qué miseria es el hombre!... Algunos grados de más o menos en el termómetro, y un escéptico incorregible como yo, se siente capaz de gozar hasta con la felicidad ajena, aún cuando haya perdido la propia para siempre.

Le miré estupefacto. No fué mayor la sorpresa del profeta Balám cuando oyó hablar a su burra. El hombre que tenía delante era, de cuantos conocía, el más incapaz en mi opinión de enternecerse ante el espectáculo de la felicidad doméstica.

El se echó a reir al notar mi asombro.

—Los hombres no acabaremos de conocernos nunca, añadió. ¿A qué no adivina en lo que estoy pensando? Pues en esa mi felicidad que hace un momento decía haber perdido para siempre... No viviríamos sino esperáramos... ¿No es verdad, Miguel, que todo en este mundo tiene su remedio?

—Pero, ¿qué le pasa a Ud? le pregunté...

—Una cosa trágicamente cómica... Estoy enamorado como un chiquillo, e ignoro en qué rincón del mundo vive el objeto de mi amor... No, Miguel, no crea que estoy loco... Se trata de una mujer de carne y hueso, tan real como Ud. y como yo... La he perdido, como el alemán del cuento perdió su sombra... No la volveré a encontrar a menos que...

Felipe se interrumpió, con la ansiedad del que teme jugar la última carta de una partida decisiva... Yo terminé su pensamiento.

—A menos, dije, que Román Calvo tome cartas en el asunto.

Su rostro se iluminó al oirme.

—"Voila mon ami..." dijo, sin concluir la frase.

Felipe, en sus grandes entusiasmos, hablaba siempre en francés.

Pero su alegría no duró mucho.

—Es una historia insensata, añadió... Su amigo Román no querrá oirla hasta el fin, y si la oye, tanto peor... Aquello no tiene rastro posible... Dicen que el mundo es pequeño, después que han sido descubiertos el telégrafo y el vapor... ¡Mentira!... Es siempre tan grande, tan insondable como antes...

El asunto empezaba a interesarme y no temí parecer indiscreto.

—¿Quiére Ud., le dije, contarme algo de esa historia insensata, o prefiere lisa y llanamente que lo lleve donde Román?....

—Más vale que me confiese con Ud... Temo que su amigo se ría de mí... El no me conoce... y Ud. puede aconsejarme si vale o no la pena que le veamos... Porque le repito, no hay en este caso el menor indicio...

II

Felipe Manso comenzó así su historia:

—Fué en el mes de junio del año pasado, después de las carreras del gran premio de Longchamps, cuando por primera vez me sentí aburrido en París. Hacía un calor intolerable; los amigos, unos después de otros, se fueron a sus excursiones de verano, y yo, sin grandes deseos de volver a Chile, resolví *hacer lo que aquellos*... Salí a viajar....

Cuarenta y ocho horas después me encontraba navegando en un vapor que por las aguas del Rhin debía conducirme desde Maguncia hasta Coblenza.

El paisaje aquel es famoso, y muy celebrado por los guías de viajeros, aunque a decir verdad, no vale lo que el de nuestros ríos del Sur, pero que gran cosa son los recuerdos. Allí cada piedra tiene su leyenda.

Estaba escrito, sin embargo, que yo no iba a gozar ni con las bellezas del panorama ni con la magia de la fantasía. Apenas habíamos salido de Coblenza, cuando vi por primera vez a Mary Ford.

Fué un deslumbramiento... Nunca creí en los amores a primera vista, y si he de ser franco, debo confesar que fuí siempre bastante escéptico para todo género de amores. Pero una sola mirada bastó para que rodara por tierra mi ignorante soberbia de falso espíritu fuerte. Ahora profeso otra teoría: todos los hombres estamos expuestos a enamorarnos, sólo que a veces sucede que la mujer capaz de rendirnos no se pone a nuestra vista... ¿Es aquello o no, una circunstancia feliz? A la verdad no sé encontrar respuesta a esa pregunta.

Hay encantos indefinibles, pero no son de ese género los de Mary Ford... Es una belleza triunfante, perfecta, superior si se quiere a la fantasía, tan acabada, tan clásica en sus detalles y en su conjunto, que me encuentro capaz hasta de describirla. Un cutis de nieve y azucena, tan fresco y suave como los pétalos de una rosa; magníficos ojos pardos soberbiamente dibujados, de mirar a la vez cariñoso y alegre, garganta de reina y facciones de diosa... Y, ¿cómo sonreía? Dudo que hombre alguno haya gozado esa sonrisa sin volverse loco...

Yo lo estuve, desde el primer momento...

Estaba sentada sola en un escaño de la cubierta y con el imprescindible Baedecker en sus manos... ¿Notó algo de lo que pasaba por mi corazón y mis sentidos? Yo debía parecer una estatua del éxtasis. Entonces me sonrió por vez primera...

Juré seguir a esa mujer hasta el confín más remoto del mundo, ser su esclavo o su sombra, dar por ella hasta el último aliento de la vida...

Pero mi diosa, era amable, alegre, sencilla como una niña. Sin saber cómo, me encontré a su lado... Quería ella saber si aquel pueblo de la orilla derecha era Rudesheim...

. . . . . .

Así comenzó mi idilio... Al llegar a Coblenza, éramos ya muy buenos amigos... Yo creía haber vivido eternamente con esa mujer, cuya existencia ignoraba pocas horas antes... Casi la había dicho que la adoraba... pues ella seguramente ya se lo tenía bien sabido, y ello no parecía desagradarle.

Desembarcamos juntos.

—Me he hecho reservar una pieza en el Hotel du Géant, me dijo... Apuesto que a Ud. no le desagrada, agregó riéndose.

—Desde hoy lo declaro el mejor hotel del mundo, le contesté en el mismo tono.

Felipe Manso parecía complacerse en recordar aquellos detalles casi pueriles... Quise llamarle a la realidad, a lo práctico.

—Si así cuenta Ud. a Román su historia, le dije, no vamos a sacar gran cosa en limpio... Hasta ahora nada me ha dicho Ud. ni de la nacionalidad de su adorada, ni siquiera cual era su idioma.

—Tiene Ud. razón... Mary Ford es americana y hablaba conmigo en inglés.

—Pero, ¿de qué ciudad era?... ¿Dónde vivía?...

—¿Creerá Ud? No se lo pregunté... Esto le parecerá raro, pero se explica fácilmente... Yo no podía imaginar lo que después ocurrió, y la inesperada forma en que me vi separado de ella... Además, supe casualmente el lugar de su residencia... En una de sus maletas se leía un letrero con estas palabras: "Mary Ford", Baltimore, E. U., es decir, Estados Unidos...

Felipe Manso continuó su interrumpida relación.

—Ella y su dama de compañía, una vieja bastante complaciente, como suelen serlo las ayas de las niñas americanas, se alojaron en el mencionado Hotel du Géant, pero yo no tuve igual suerte... En verano Coblenza suele estar atestada de viajeros, y no encontré una sola pieza disponible. Tuve que resignarme con un cuartucho bastante modesto, en una casa de pensión de Ringtrasse... Pero durante tres días que duró mi felicidad, nos veíamos mañana, tarde.... y noche... A las cuarenta y ocho horas de conocernos, ya éramos novios...

—¡Qué par de locos! exclamé... Eso se llama andar de prisa. Sin saber Ud. quién era, ni la familia a que pertenecía... La misma facilidad de su conquista, me parece sospechosa...

—Si Ud. la hubiera visto, lo comprende-

ría todo, dijo Felipe suspirando... En cuanto a ella, juraría por la salvación de mi alma que es buena y pura... Americana... eso sí lo concedo... Ud. Miguel ha viajado por Europa y conoce a las americanas.

Hice con la cabeza un signo de asentimiento.

—No olvidaré nunca, continuó Felipe, la última noche que pasé junto a Mary... Ella y yo estábamos demasiado abstraídos con nuestro amor para sospechar siquiera la terrible catástrofe que iba a separarnos para siempre... Veíamos sin ver... oíamos sin escuchar. Con su encantadora sonrisa de siempre, Mary me anunció aquel viaje funesto...

—Vamos a estar algunos días sin vernos, me dijo. Anoche ha llegado a Coblenza Susana Grace, mi antigua amiga de colegio. Tengo compromiso para acompañarla en un viaje en automóvil... Estaré de regreso antes de una semana...

Aquella separación me pareció insoportable... No creía que pudiera haber una desgracia mayor que dejar de verla por unos cuantos días... Y me despedí de ella con el alma destrozada... ¡Ah!... ¡Si yo hubiera sabido!

III

Cuando al día siguiente muy temprano salí de mi pensión y me lancé a la calle, me pareció que Coblenza era una ciudad distinta de la que con Mary recorriéramos la noche anterior... Todo me parecía triste, aburrido, melancólico... Las horas se me hicieron siglos.

Reinaba, sin embargo, una animación inusitada, de cuya causa no me dí cuenta por de pronto... Tan embebido había estado hasta entonces en la adoración de aquella mujer divina... No me dominaba otro pensamiento que el deseo de volver a verla...

Pasé el día vagando sin objeto por la ciudad y sus alrededores. ¿Cuántas millas me separarían ahora de Mary?... Cené en el Hotel du Géant... Aquella era su mesa, la silla en que se sentaba ella y la de su dama de compañía, ocupadas ahora por gentes extrañas.

¿Cómo supe la tremenda noticia?... Apenas puedo recordarlo... Rugió como un huracán en la sala del Hotel... La Rusia le había declarado la guerra al Austria... En Alemania se había decretado la movilización... Acababa de encenderse el formidable incendio que abraza a la Europa.

Mi primer pensamiento fué correr en busca de Mary... Pero, ¿qué dirección había tomado?... Nadie lo sabía en el hotel... La dama de compañía había partido con ella... Mi turbación duró, sin embargo, muy poco... Si los azares de la guerra la impedían volver a Coblenza, estaba seguro de encontrarla en los Estados Unidos, en la ciudad de Baltimore. Entretanto la esperaría por algunos días en Coblenza. Acaso me escribiría... Pronto me convencí de que esto último era imposible.

—¿Por qué?... pregunté.

—Sábelo... y llámanos ahora locos con razón. Ya te he dicho que mi historia es la más extravagante e inverosímil que sea dable imaginar... Mary no podía escribirme porque en los cuatro días que nos conocimos, no supo ni mi apellido, ni la casa en que me alojaba en Coblenza... ¿Quién podía imaginarse esa guerra inesperada?

. . . . . .

Quince días estuve preso en Coblenza. El servicio de trenes interrumpido, los automóviles requisados... Las tropas del imperio se dirigían hacia la frontera francesa. Toda comunicación había sido interrumpida entre Alemania y los países del oeste.

No llegó carta de Mary por supuesto. El correo libre tampoco existía ya.

—Sabré de ella en Baltimore, me dije entonces, y resignado, pero inquieto partí por la vía de Suiza hacia Cherburgo.

Tuve que contentarme con un camarote de segunda. Los grandes transatlánticos podían contener la misma muchedumbre de los turistas americanos que la guerra sorprendiera en Europa.

Llegué a Baltimore en los últimos días de agosto.

La capital de Maryland es una ciudad de 600.000 habitantes. Nada me parecía más fácil que averiguar en ella la residencia de Mary. Interrrogué a todo el mundo, acudí a la policía y a las agencias de informaciones, publiqué avisos en los diarios.

Reuní noticias acerca de cincuenta y cinco Marías Ford. Ninguna era la mía... Derroché el dinero a manos llenas pero todo fué inútil.

En Nueva York fuí más feliz. Encontré, hurgando en los registros de las compañías de vapores y de los hoteles, que Mary Ford había partido para Europa en el "Lusita-

nia", el 25 de mayo de 1914, después de estar alojada por dos días en el hotel Astoria. Pero nada más pude adelantar... La América es todo un mundo poblado por ciento diez millones de habitantes... ¿Comprendes mi desesperación?...

Una mañana leyendo el "New York Herald", mi corazón dió un vuelvo formidable... El nombre de Mary Ford, aparecía entre los pasajeros recién llegados en el "Cute"... ¡Estaba en Nueva York!...

Recorrí cielo y tierra nuevamente... No acabaría de contarte los pasos que dí. Estaba verdaderamente loco...

Volví nuevamente a Baltimore, sólo para convencerme de que Mary Ford no estaba allí... ¡Ah, si hubiera tomado la vulgar precaución de atisbar la llegada de todos los vapores en los muelles de la gran metrópoli norte-americana!...

Entonces recordé la existencia de Sherlock Holmes y tomé la resolución de pasar una vez más el charco, a riesgo de ser torpedeado por un submarino alemán.

En la clásica habitación de Baker Street, tuvo lugar mi entrevista con el gran detective inglés. Está un poco viejo, pero es formidable todavía. Le acompañaba el inseparable doctor Watson, que a decir verdad es un gringo bastante vulgar y más que medianamente torpe.

Holmes oyó mi historia, dejando vagar una irónica sonrisa por sus labios y haciendo girar sus pulgares. Me hizo una docena de preguntas, encendió en seguida su pipa y dirigiéndose a Watson:

—Doctor, ¿qué le parece este caso? le preguntó.

Watson, tartamudeando, contestó no recuerdo qué tontería. Holmes sonrió con aire satisfecho.

—Vea Ud. Mr. Manso, me dijo, aunque la verdad sea dura de escuchar, voy a permitirme darle un consejo... No se ocupe Ud. más de esa Mary Ford... Seguramente se trata de un nombre supuesto... El caso es muy frecuente entre las damas americanas que viajan por Europa, y que por lo regular vienen a divertirse de cualquier manera, mientras sus maridos trabajan en los Estados Unidos, para pagar caprichos no siempre muy excusables... Su pretendida novia es seguramente casada... Se lo dice a Ud. Sherlock Holmes.

Aquella brutal respuesta me dejó petrificado. El gran detective sin duda notó mi sorpresa.

—¿Lo duda Ud? me dijo... Creo que dejará de dudarlo cuando me escuche un par de observaciones harto sencillas... Basta para convencerse de lo que digo, un poco de lógica. Conoció Ud. en Coblenza una niña que se compromete a casarse con Ud., sin saber ni siquiera su apellido... Francamente, eso es demasiado americano... Convengo que su hermosura le haya trastornado a Ud. la cabeza, pero las mujeres no se arrebatan tan fácilmente. Agregue Ud. a esto la circunstancia de que esa niña se hacía llamar Mary Ford, que sus maletas indicaban que vive en Baltimore, y que sin embargo no existe en aquella ciudad americana, ninguna Mary Ford que corresponda a la que Ud. busca. Por último, conozco más de cien casos de americanas que han incurrido en flirts de la misma especie. Si Ud. reune todos estos antecedentes, no puede llegar a otra conclusión, a menos que el amor le haya hecho perder su buen discernimiento.

Watson aprobaba cada una de las palabras de Sherlock Holmes con estúpidos movimientos de cabeza.

—Pero, ¿cómo sabe Ud. que es casada? pregunté temblando.

—Las solteras no se avanzan tan fácilmente, dijo Holmes, a menos que...

Un rayo de esperanza atravesó mi corazón...

—A menos que sean peor que casadas... concluyó el detective.

—¿Viudas? preguntó cándidamente Watson.

Sherlock Holmes miró al opinante de un modo bastante expresivo...

. . . . . .

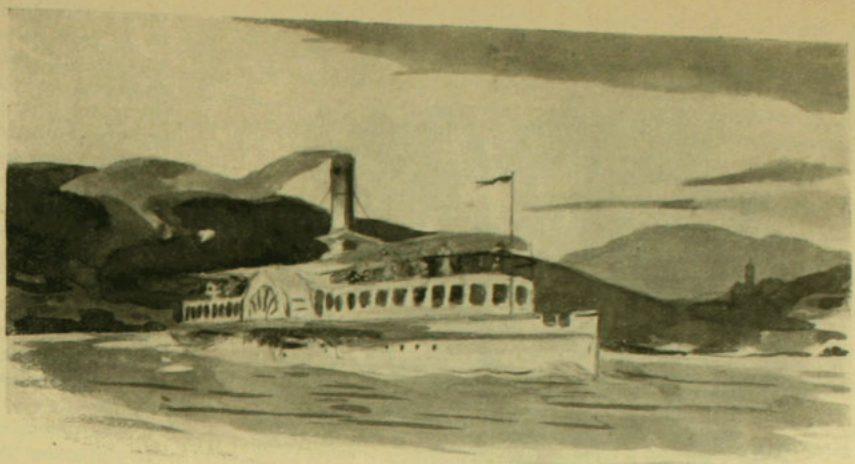
Salí de aquella casa, sintiendo que el mundo entero se había desplomado sobre mi frágil existencia... Las casas, los traseuntes, los carruajes, las brumas del cielo, parecían girar en mi torno.

Y aquí concluye mi historia... Sólo me queda una esperanza... La de que Román Calvo sea de otra opinión que Sherlock Holmes.

—Vamos allá, fué mi respuesta.

IV

Encontramos a Román, en un cafetín de



mala muerte de la calle de San Diego, del cual era entonces asiduo concurrente.

Cuando supo la causa que nos llevaba allá, puso el grito en el cielo.

—Si ya no me ocupo de policía, exclamó... Me tienen aburrido... No me dejan en paz a ninguna hora... Y la culpa de todo la tienes tú, Miguel, con tus indiscreciones de "Pacífico Magazine"... ¿Por qué no dejas descansar a tus lectores y a tu amigo?

Procuré apaciguarlo.

—El caso presente, le dije, no te dará mucho que hacer. Ya he manifestado al señor Manso, que se trata de un imposible absoluto... que ni aún con tus talentos puede descubrirse nada cuando no hay rastros de ninguna especie. Además, ya tenemos la opinión de Sherlock Holmes, que a mí no me parece desatinada...

Román Calvo sintió despertarse su interés.

—Vaya... Pues sólo se me exige que oiga la relación de los hechos, lo haré en obsequio de este caballero, dijo aparentando resignación. No me desagradará del todo, conocer los procedimientos de mi colega británico, referidos por otra persona que el doctor Watson...

Felipe Manso repitió de punta a cabo toda la historia que Román escuchó sin pestañear, pero sin prestarle tampoco al parecer mucha atención.

Cuando el pobre Felipe llegó al relato de su entrevista con Holmes, Román salió al fin de su silencio.

—Querría saber, le dijo, cuáles fueron las preguntas que a Ud. hizo el detective.

Felipe se las enumeró una a una, no sin vacilar muchas veces.

—Nimiedades, observó Román. Se conoce que el hombre, cuando hizo estas preguntas, tenía ya formulada "in petto" su teoría.

—¿Y qué le parece a Ud. esa teoría? interrogó ávidamente Felipe.

—Ni buena, ni mala... Es posible, no lo niego, es más aún, probable, aunque me parece formulada muy de ligero. Ahora con la guerra Holmes debe tener muchas ocupaciones y quería despacharse pronto... Yo, a mi vez, voy a interrogar a Ud... Para comenzar, hágame una descripción de Mary Ford... tan completa como si estuviera encargado de encontrarla, sin más guía que su filiación...

—¿Es posible? interrumpió Felipe... ¿Sería Ud. tan bondadoso como eso?

—Tenga Ud. calma y describame a esa mujer tan minuciosamente como le sea posible... En casos como éste, no hay detalle perdido...

Felipe habló largo y sin vacilar. Sin duda si algo sabía de memoria, era el retrato de su adorada... Hubo, sin embargo, un momento en que se detuvo...

—¿Hay algo más? preguntó Román mirándolo fijamente

—Sí, pero tan insignificante que casi no vale la pena de ser mencionado... El andar de Mary es un poco desigual, sin dejar de ser airoso y hasta elegante.

—¿Es cojita? preguntó Román.

—No... no puede decirse eso, protestó Felipe... No es coja ni nada que se le parezca... Cuando niña se cayó de un naranjo del patio de su casa y se torció un pié... Conserva rastros de esa aventura, pero hay que fijarse mucho para darse cuenta de ello... Lo disimula con infinita gracia.

—¡Qué cosa tan interesante! exclamó Román, con gran asombro de nosotros.

—¿Le parece a Ud... preguntó Felipe algo amoscado.

—Sí, me lo parece... y Ud. va a darme veinticuatro horas para indicarle el paradero de esa encantadora niña.

—¿Va Ud. a buscar una coja?... Pues entonces no dará Ud. con Mary, le dijo Felipe resueltamente...

—No, dijo Román, es otra cosa lo que voy a buscar...

Y dicho esto, se separó bruscamente de nosotros.

V

Me preparaba la tarde siguiente para sentarme a la mesa, cuando Felipe Manso hizo irrupción en mi casa como una tromba. Venía desolado, enloquecido y agitaba un papel en la mano.

—Mire Ud. me dijo, alargándomelo, lea Ud. eso.

El papel era un cablegrama. Decía sólo estas palabras:

Los Angeles, California, enero 5 de 1915. —Felipe Manso, Moneda 1840, Santiago, Chile.—Y am waiting for you.—Mary.

—Me dice que me espera... exclamaba Felipe medio loco... ¿Cómo ha averiguado mi apellido y la dirección de mi casa...? ¡Es estupendo!... El corazón me decía que Sherlock Holmes se equivocaba.

—Veo en eso, le dije, la mano de Román Calvo.

Felipe me miró estupefacto...

—¡Román Calvo! dijo... Ud. sí que ha perdido el juicio... Si debo a su intervención este cablegrama, creeré firmemente que es brujo... Fíjese en el encabezamiento... No viene de Baltimore, sino de la otra extremidad de los Estados Unidos... ¿Cómo ha podido él saber la residencia de Mary? Hay seguramente millares de Marías Ford en aquel vasto país. Y el dato aquel del modo de andar de Mary no tiene importancia alguna... Se lo repito a Ud... Es necesario fijarse mucho para notarlo... Ella misma, riendo, me llamó la atención sobre él; de otra manera, no me habría dado cuenta.

—Esperemos lo que nos diga Román, le contesté con mucha calma. El siempre tiene reservada a sus clientes alguna sorpresa.

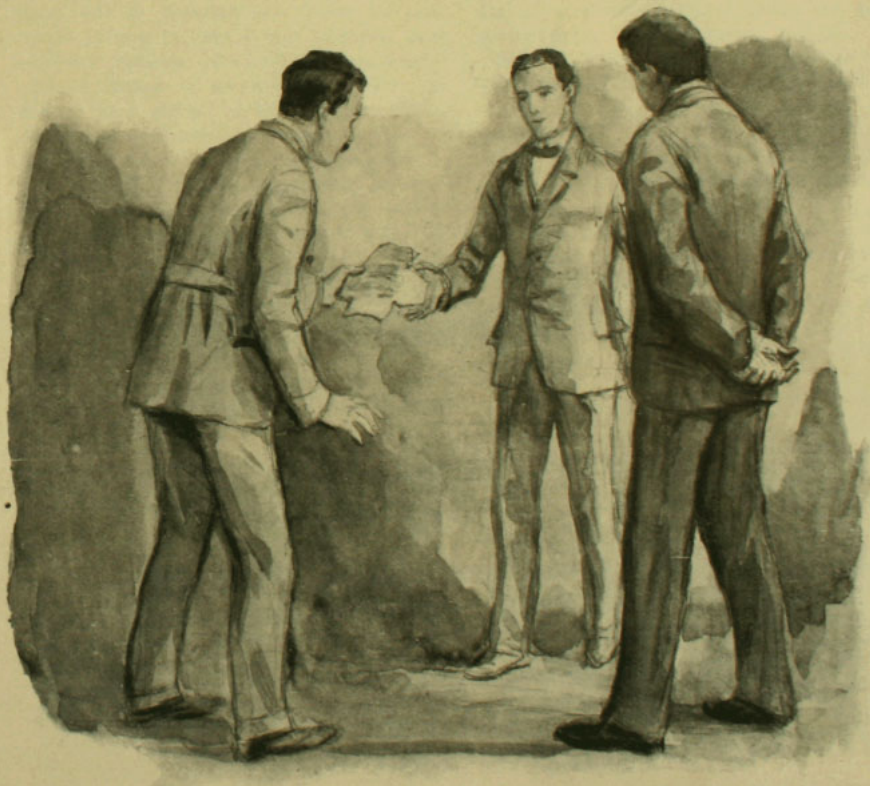
No habíamos concluído de comer cuando llegó el presunto brujo.

—¿Ha recibido Ud. noticias de Norte América?... No me lo diga, porque se le conoce en la cara, le dijo a Felipe tranquilamente, después de saludarnos.

Felipe le pasó el cablegrama.

—"Y am waiting for you"... "Lo estoy esperando"... Corto, pero expresivo... Si no podía ser de otra manera...

—Pero, ¿cómo diablos ha sabido Ud? ex-



clamó Felipe próximo a estallar de curiosidad y de impaciencia.

—Preferiría guardarme el secreto, dijo Román, porque al narrarlo, va a disiparse parte del prestigio de mi descubrimiento... Pero allá va... Me dijo Ud. que la señorita Mary Ford, cojeaba un poco, a consecuencia de haberse caído de un naranjo en el patio de su casa... Estoy seguro de que si Sherlock Holmes hubiera conocido esta circunstancia, habría también resuelto el problema. En Baltimore las casas no tienen patio con árboles, ni bajo su clima se produce el naranjo... Casas con patio y con naranjos, sólo hay en Estados Unidos, en el Sur, en la parte ocupada antiguamente por los españoles y los franceses y en California. Además aún que no hay sino una ciudad de Baltimore en Estados Unidos, existen algunas pequeñas aldeas del mismo nombre. La enorme cantidad de poblaciones, obliga a los americanos a repetir los nombres geográficos, y por eso acostumbran agregar a éstas las iniciales del Estado en que se encuentran. Si Ud. se hubiera fijado bien en la maleta de Mary, habría leído sin duda: Baltimore, Cal... Lo demás se comprende fácilmente... Busqué en un atlas muy completo de Estados Unidos, los Baltimore situados en la región del naranjo... Eran sólo dos: uno en Florida, cerca de Tampa, y el otro en California, a una milla de Los Angeles... Me tomé la libertad de dirigir a ambos puntos, sendos cablegramas bastante expresivos en nombre de Ud... Y he ahí todo.

. . . . . .

Felipe partió pocos días después para los Estados Unidos. Por carta recibida ayer, he sabido que se ha casado con la señorita Mary Ford.

LA VISIÓN DE LA PAMPA

POR

J. D. SARIDAKIS

Ilustraciones fotográficas

Ahora que las energías del hombre tienden principalmente a las grandes empresas llamadas industriales; ahora que se explotan substancias ya sea escalando las más altas cumbres o escudriñando el fondo del mar; que se desafían los climas tórridos, donde peligra la vida a cada instante, para explotar metales preciosos—el caucho, el café, el tabaco—y se barrena la costra terrestre para extraer la hulla, que se esconde en sus profundidades; ahora, cuando todo, hasta la crianza de avestruces, se ha trocado en "empresa industrial", convendría quizás "mirar" esas faenas, por un instante, desde un punto de vista de mera observación, de arte si se quiere mejor, con el espíritu despojado de toda intención mercantil, para admirar las visiones de belleza que ofrece el hombre en su constante y porfiada lucha con la Naturaleza.

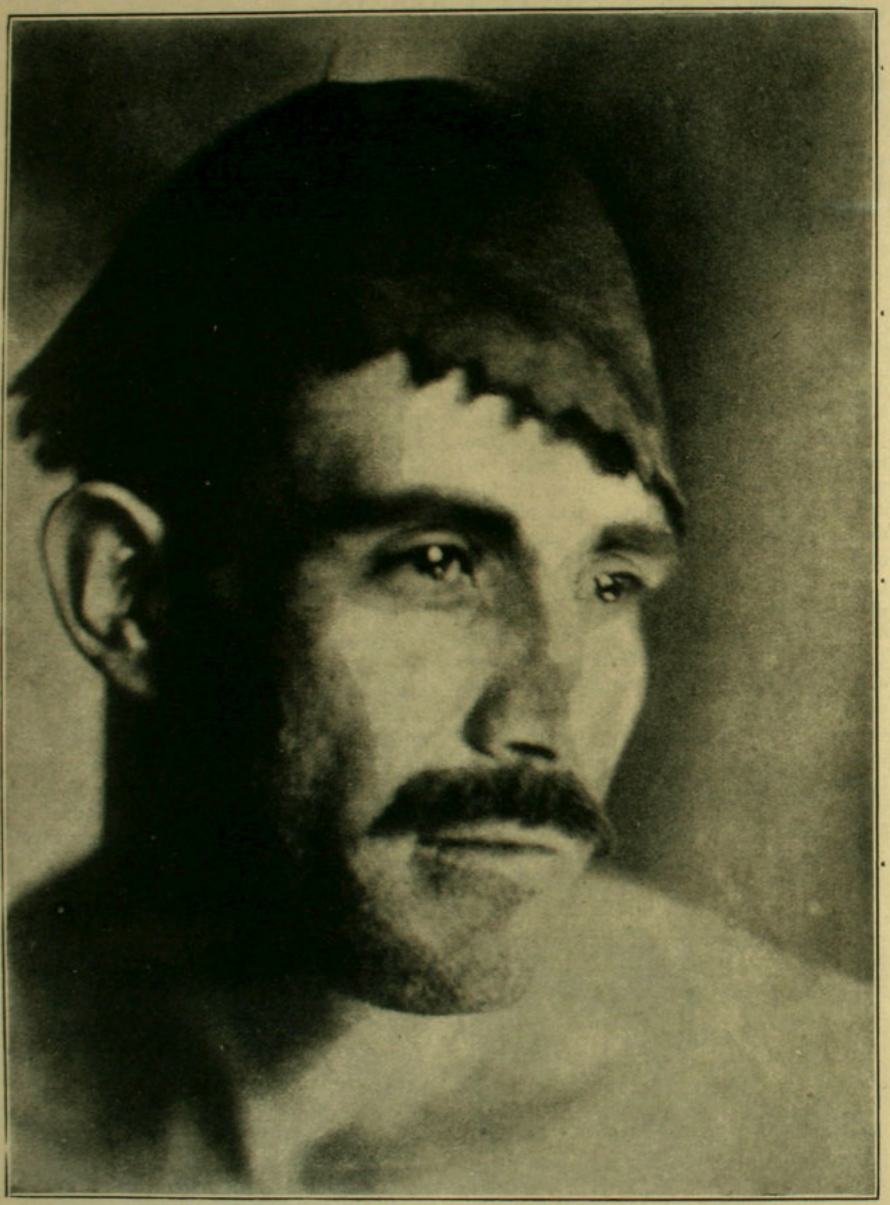
Los genios de Charlier, de Millet, de Meunier y tantos otros artistas han debido estremecerse a la vista de los cuadros animados que les han inspirado obras maravillosas, y nuestros contemporáneos han superado acaso toda previsión con los soberbios trozos de arte puro y decorativo, en que se mueven, en líneas armónicas, los grupos de hombres en activo trabajo.

Pero es distinto admirar esos cuadros en vida! La visión es más intensa, porque los efectos se contemplan en un ambiente de realidad.

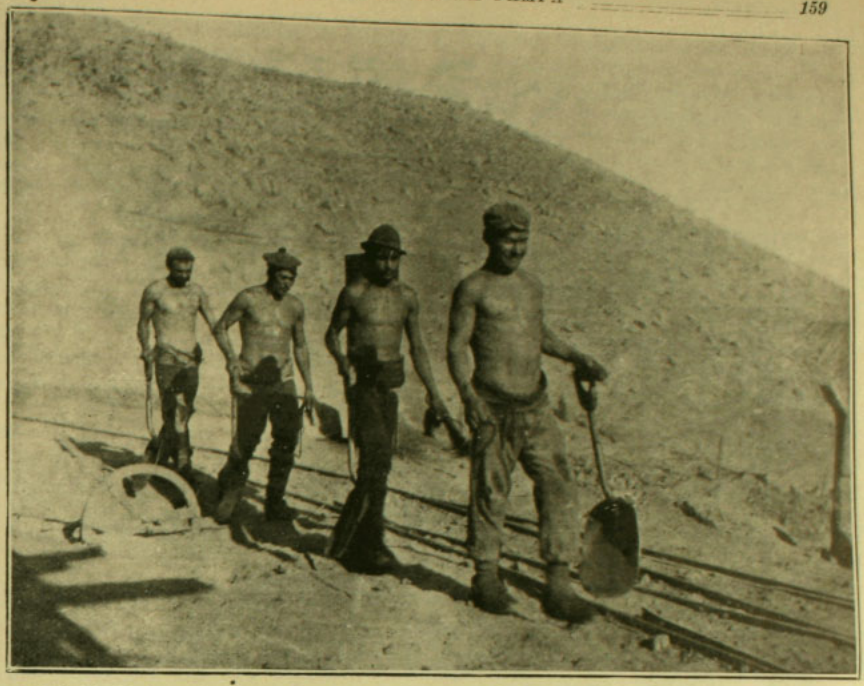
Ahí, sin el consejo del artista que tiene preferencia por tal o cual efecto, veis los hombres moverse, agruparse, tan pronto a la sombra como bajo los rayos del sol y admiráis las situaciones de equilibrada actitud—natural después de todo—en un ambiente de luz, en que los colores brillan sobre la piel curtida haciendo resaltar el músculo que ondula bajo la delgada envoltura...

Yo he probado esa sensación cada vez que

Los terrenos salitrales de donde arranca el obrero este oro rubio que constituye la mayor riqueza de Chile



El tipo característico del hombre de la pampa: duro, fuerte y esforzado en la obra titánica de arrancar el salitre a la tierra



Bajo el sol abrasador, medio desnudos cruzar la tierra que arde como una brasa...

me ha tocado asistir a un ambiente de trabajo que pone a prueba el vigor del hombre. En la Pampa de Chile los hay a cada paso, y considero que en pocas partes hay espectáculos más dignos de admiración.

Visión grandiosa la de esa Pampa! de una grandiosidad imponente, y por mucho que la hayan escrutado los científicos permanece aún, ante nosotros, sumida en un misterio perenne, que realza más su belleza austera!

Ese desierto inmenso, iluminado por un sol abrazador, brillante, transparente, encierra en sus entrañas riquezas incalculables. Es la Esfinge Americana, y como la otra, no despliega los labios para entregarnos su secreto: el secreto de su vida atormentada que, a través de los siglos ha transformado sus planicies sin fin en inmensas regiones salitrosas.

Un obrero de la pampa

Es la aridez misma. Casi nunca la lluvia ha refrescado la sequedad de su suelo, y cuando por algún fenómeno extraño ha caído un chubasco han brotado en los cerros, donde no se advierte el menor signo de vegetación, multitud de plantas cuajadas de florecillas exóticas, de aspecto nuevo, que se mueven ufanas e inquietas bajo el sol, que no tarda en evaporar la poca humedad que les dió la vida.

Ninguna niebla turba la infinita pureza de su cielo, que permite así abarcar de una ojeada el horizonte, hasta donde alcanza la profundidad de la mirada, inundando la retina de un paisaje saturado de sol,

que perfila hasta las menores sinuosidades del terreno con una nitidez incomparable, sembrado a trechos de piedras graníticas, depositadas allí al través de las evoluciones geológicas por fenómenos que nadie podrá descifrar jamás. Todo se destaca en una luz de oro...

La cordillera de los Andes se yergue majestuosa, cerrando el panorama con sus inmensos cordones de sierras en que se advierte, aún en verano, algún resto de nieve que brilla como un montón de brillantes, cambiando de tonalidad, según avanza el día. A la puesta del sol esos cerros aparecen cubiertos en un manto purpúreo, de un aspecto verdaderamente grandioso, que se refleja sobre la tierra amarillenta ofreciendo, de lejos, la ilusión de torrentes de agua.

El río Loa que atraviesa una parte de la Pampa, ligeramente salobre, serpentea al través de una espesa vegetación, de una especie de junco muy característico, de un verde intenso, que alegra la vista por un instante luciendo sus aguas cristalinas en ese oasis improvisado y formando contraste, único en su género, con la aridez de los campos que ha debido perforar a su paso.

Las "oficinas", o sean los establecimientos de elaboración de salitre, se hallan diseminadas, a distancias más o menos largas las unas de las otras, ofreciendo la impresión de lunares a lo largo del desierto; y con sus chimeneas que vomitan humo, indican que allí se trabaja intensamente, de día y de noche.

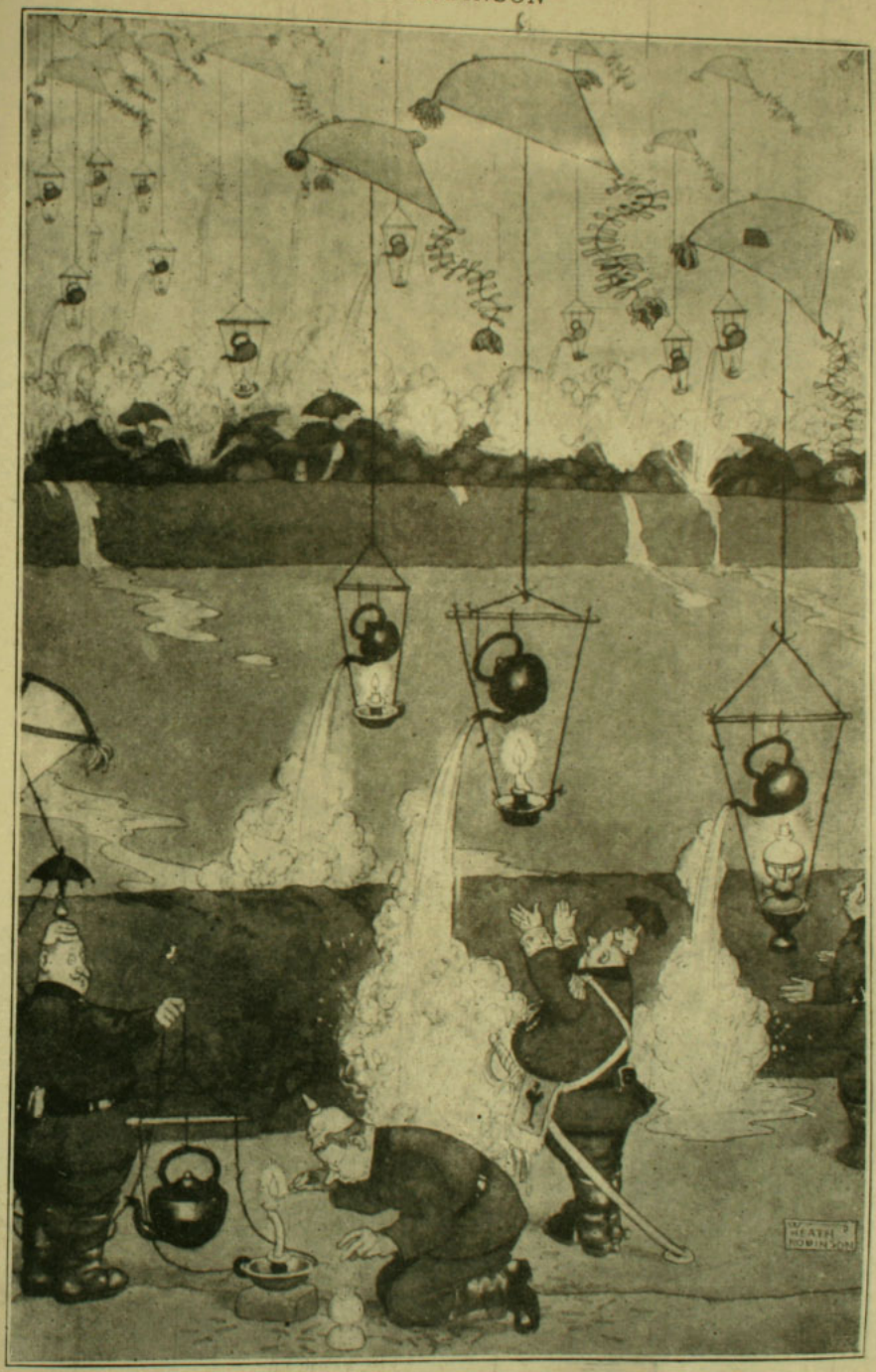
Fácil es, pues, imaginarse el espectáculo imponente de estos panoramas chilenos, que cautivan la mirada ante esa naturaleza que se revela en toda la salvaje esplendidez de su fuerza misteriosa y potente.

La evolución geológica, de gran transcendencia que ha sufrido esa tierra, la convierte en algo doblemente interesante y digna de atención. Los fósiles de peces y maderas petrificadas abundan a alturas de 2 y 3 mil metros, evocando las selvas pobladas de lagos y ríos que en alguna época muy remota han vivido allí mismo!

De toda esa vida ya no quedan sino las huellas; las ruinas de un mundo que se ha transformado; quebradas secas donde han serpenteado grandes caudales de agua arrastrando en su camino substancias misteriosas, transformadas ahora, en ese inmenso crisol, en otros tantos productos útiles al hombre.

De esa Pampa se extrae el salitre, que va a fortificar tierras lejanas, devolviéndoles las energías absorbidas por los cultivos; devolviéndoles las fuerzas agotadas por el hombre, por él y para él mismo...

Junio de 1915.



Un sistema colosal para invadir Inglaterra y acabar con los ingleses

Dios castigue a los ingleses, piensan los alemanes empleando sus medios guerreros

Tarde en el Santa Lucía

Por

ISMAEL CENDRE

Con ilustraciones.

Si es verdad que Santiago es relativamente pobre en cuanto a jardines y parques, no es menos cierto que poseemos una joya única, una esmeralda de perpetuo verdor, engarzada en pleno centro de la ciudad.

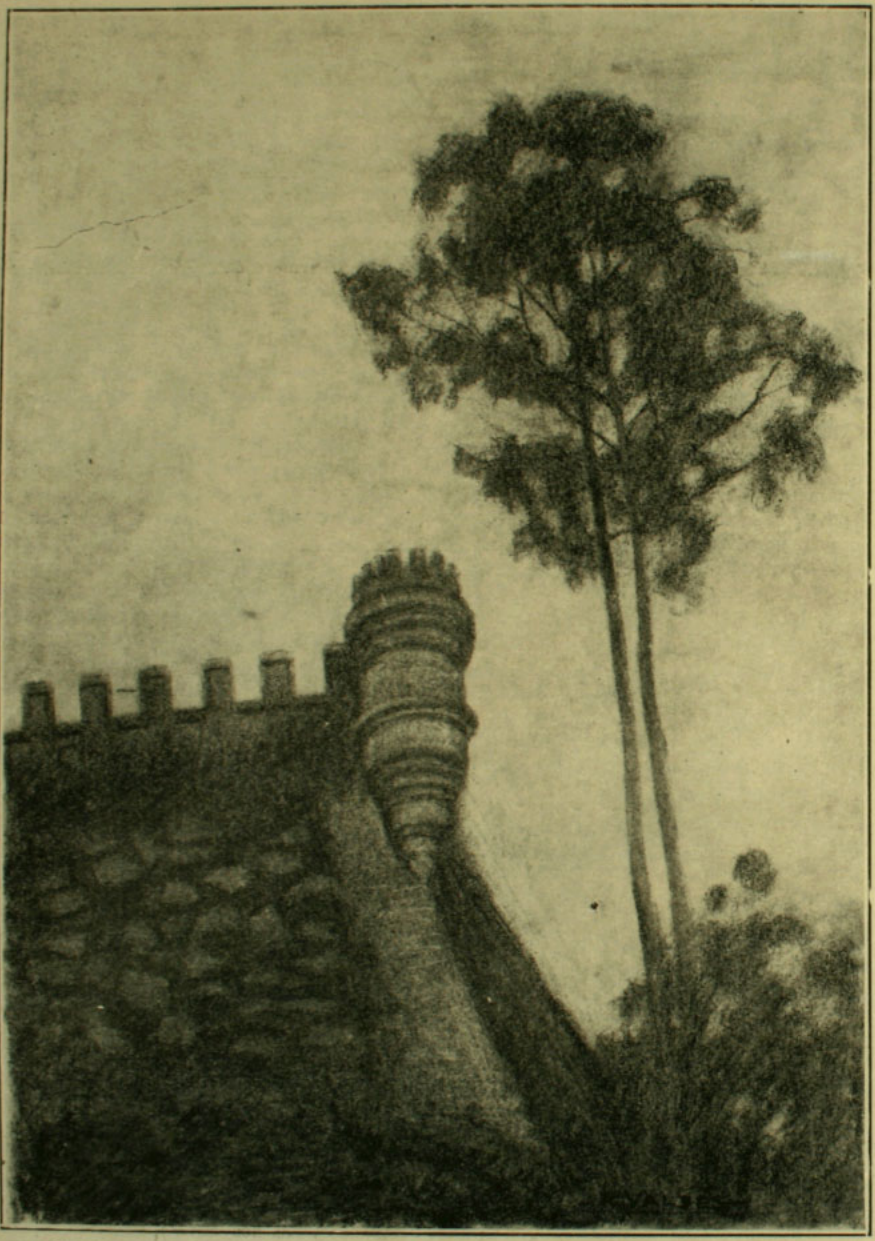
Podemos decir "única", pues el *Pincio*, de Roma, cuyo nombre he oído a veces pronunciar mal a propósito del *Santa Lucía*, no puede comparársele; si desde aquél nuestra vista puede gozar contemplando el Duomo de San Pedro el castillo de San Angelo, o la cúpula del Panteón, en sí mismo, en cuanto a la propia belleza, no puede rivalizar con éste.

Antes de ascender, detengámonos un momento en la plaza que lleva el nombre del artífice que supo tallar y pulir esta joya; saludemos a Benjamín Vicuña Mackenna, cuya memoria perpetuará el hermoso monumento de Jules Coutan. Pudo éste realizarse después de veintidós años de continuas dificultades, aunque su costo fué rápidamente cubierto por subscripción pública, como que se trataba de una obra de evidente justicia y gratitud.

Olvidemos, si fuese posible, que existe la monumental entrada por la Alameda; y, dejándola para el uso personal de quienes permitieron semejante ingerto, penetremos bajo los umbrosos pimientos que dan gracia y sombra a la subida de los caruajes. Prefiero también esta entrada, porque desde el primer recodo ya diviso en lo alto a Polimnia, la suave Musa que envuelta en la yedra, parece sumida en no sé qué perpetuo ensueño, la mirada perdida en el horizonte.

"... por la roída boca del mascarón, hoy mudo..."

Camino lentamente, porque... ¿lo confesaré? a mis años ya no sienta bien sino un ejercicio moderado; y como no es, por supuesto, una cita lo que me trae al *Cerro*, pue-



"... La explanada de lo que fué "Castillo González", recorta sobre el cielo sus torreones y sus enorme muralla almenada..."

do detenerme a mi antojo ante los vestigios del pasado.

He aquí la "punta de diamante", del puente de Cal y Canto, por el que, siendo joven, pasé tantas veces. Una inscripción de la época recuerda que "Don Luis de Zañartu, entre muchos servicios, hizo este puente, año de 1782."

Algunos pasos más allá, me detengo ante la fuente de piedra, extraída de la Moneda: la yedra la encierra en su marco verde, y algunos de sus brazos parecen seguir el extraño decorado; por la roída boca del mascarón, hoy mudo, hablaba en otros tiempos la cristalina voz del agua, viniendo de la "Gruta de la Cimarra"; tal vez nos contaba las aventuras de aquel "antiguo sitio de vedados amores y de furtivas escapadas del aula"...

Tengo predilección por las fuentes, y no escasean en el Cerro; las hay en mármol y en piedra, en bronce y en hierro. Hasta las hay que son verdaderas curiosidades, como el "pilón de las Agustinas", primera fuente pública que hubo en Santiago, surtiéndole de agua por espacio de dos siglos; aún hoy día está en servicio, y se halla al costado sur de la Administración.

Pero, la más hermosa y la más notable es, sin duda, aquella de bronce, fundida en Chile, en 1671. Es lástima que se encuentre colocada en un sitio poco a propósito, encerrada entre el acuarium y la escalinata de la Alameda. Su antigua inscripción, cuyos últimos renglones hay que leer bajo la transparencia del agua, dice:

ISOSTAOOLEPROROSTAMIB•

MRCDAÑOD1671

GOBERNANDO ESTE REINO

/ELMVI ILVSTRES DIVANENRIQVEZ

EPPGNRE PRESIPNTEDSTARLAVDN•

SIENDERGDRELGBERNADRDGRRDAVMD

ASISTIOLECEPPDRÓMDORERGRPROETO•

ELEPPALONSOMELENDEZ MEFESIT

Lo cual significa:

"Hizo esta obra con los propios de esta muy noble—y muy leal ciudad, año de 1671—gobernando este reino—el muy ilustre señor don Juan Henríquez—Capitán General y Presidente de esta Audiencia—siendo corregidor el Gobernador don Gaspar de Ahumada.—Asistióla el Capitán Pedro M. de Lorca, regidor propietario.—El Capitán Alonso Meléndez me fecit." (1).

No está demás recordar lo que, al respecto, dice Vicuña Mackenna en su "Historia de Santiago":

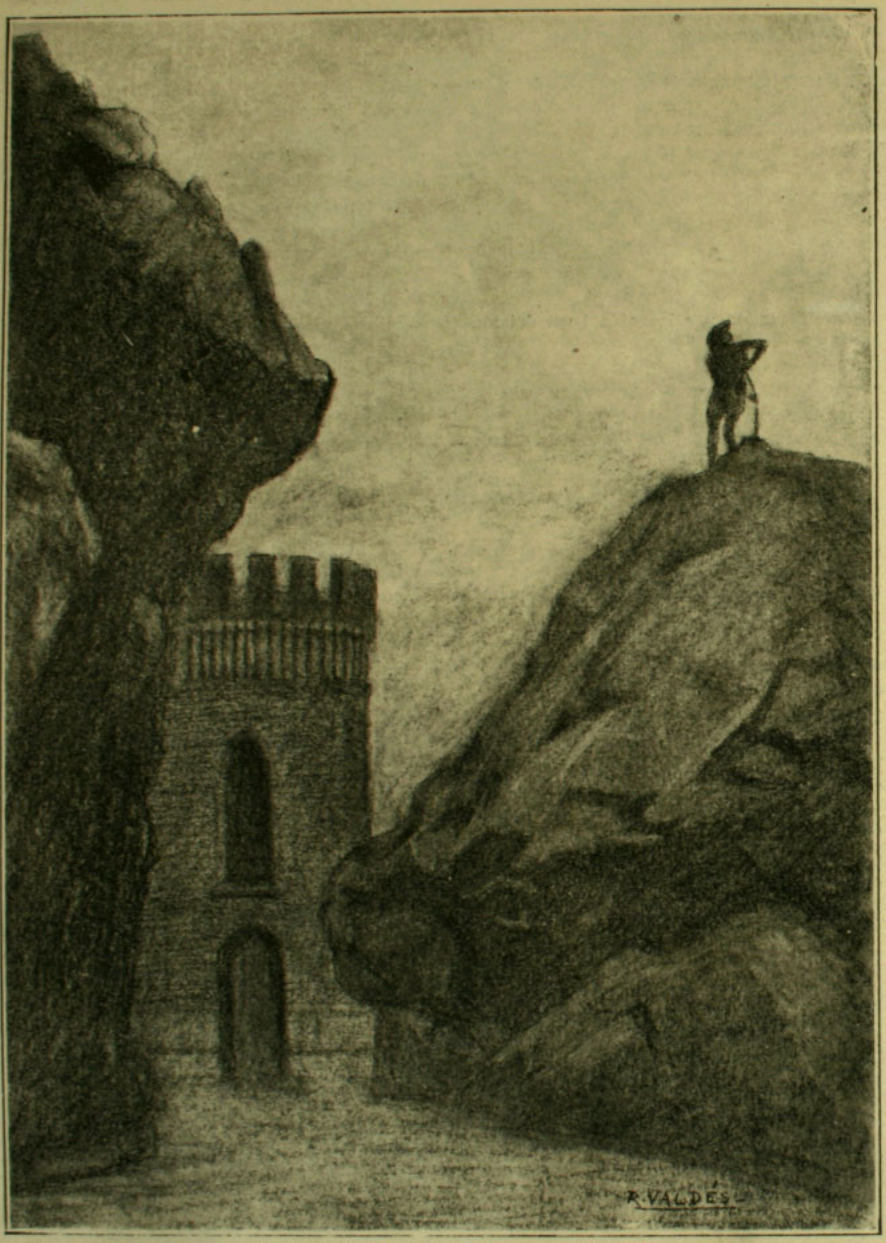
"En aquellos tiempos, modelar y fundir una pila de bronce era una empresa que parecía superior a toda diligencia, pero la del Gobernador Henríquez fué bastante a procurársela. Hizo venir de las fronteras un excelente armero que entendía en fundición, y con un mulato albañil, de su propiedad que tenía a su servicio, emprendió la obra. Existe ésta todavía en la forma de una columna coronada de una elegante taza, en el óvalo de San Miguel de la Cañada, a donde la ha hecho llegar de inmigración en inmigración y de desdén en desdén, el ignorante desprecio de nuestros ediles, desde que fué arrancada del sitio que refrescó, durante cerca de dos siglos, en el centro de la plaza pública."

Sigo por la "subida de las niñas", que serpentea entre la yedra; viejos escaños de piedra invitan al reposo bajo el verde cortinaje de los pimientos. Me detengo un instante sobre el puente; desde aquí, con sólo alzar la vista, puedo imaginarme en plena Edad Media: la explanada de lo que fué "Castillo González" (antes "Batería Marcó") recorta sobre el cielo sus torreones y su enorme muralla almenada; las piedras ennegrecidas y casi enteramente tapizadas de musgo seco, me hacen creer que tienen siglos; se espera ver los cañones, apuntando al horizonte, y el vigía en lo alto del torreón. Y completando a deseo el antiguo decorado, dos altos brazos de un hermoso eucaliptus, elevan hacia el cielo la gigantesca masa obscura de sus ramazones.

Hay más arriba, y dejando atrás la explanada que contemplo desde aquí, otro punto igualmente evocativo: sobre un enorme peñón, el Caupolicán, de Plaza, dibuja su fiera silueta, dominando el castillo del fondo; tras él diríase van a surgir las huestes que conduce al asalto...

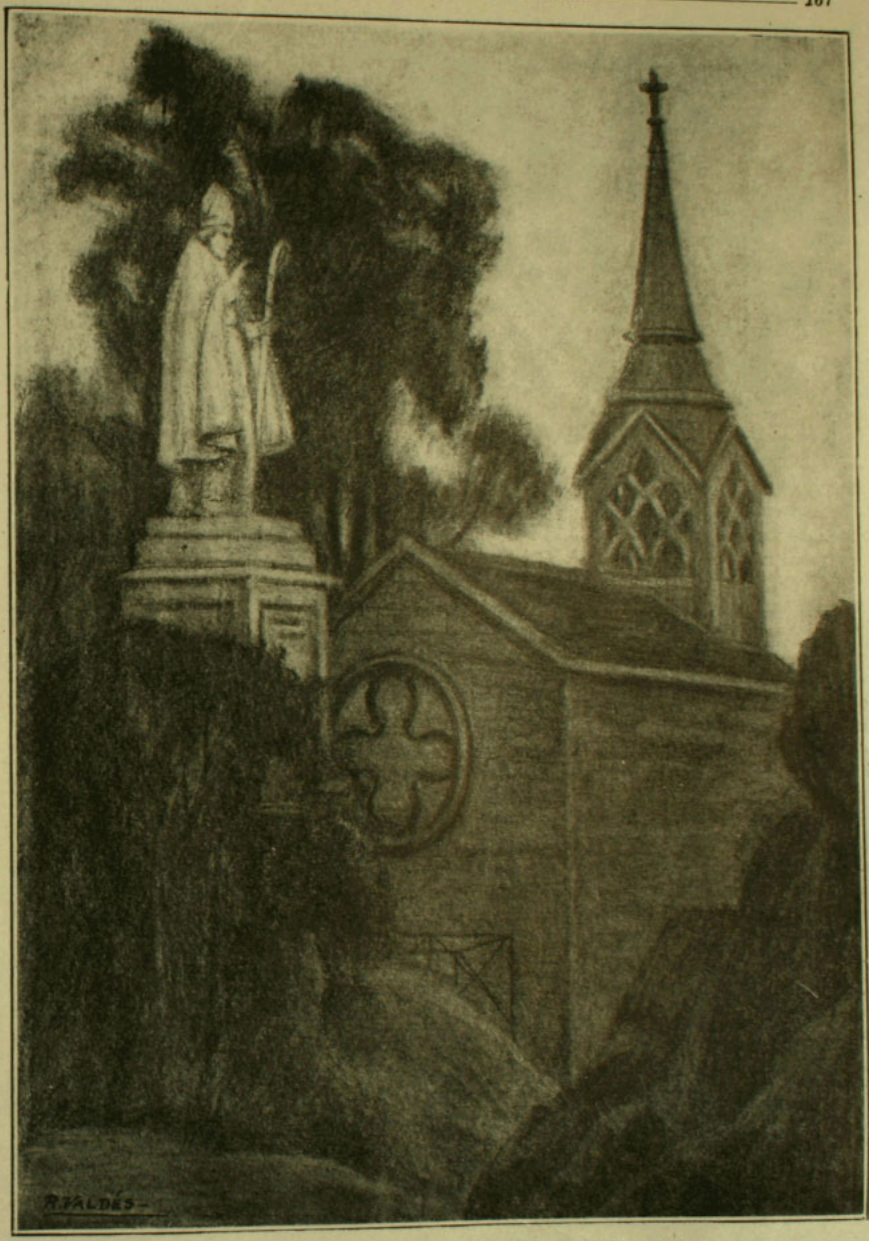
Mas, hoy, prefiero detenerme ante el monumental escudo de España que, por cierto, habrá llamado la atención de los paseantes. Dejemos que nos cuente su historia quien tuvo la feliz idea de desenterrarlo y traerlo hasta aquí, el mismo Vicuña Mackenna:

(1) Con S en el original.



"Sobre un enorme peñón, el Caupolicán, de Plaza, dibuja su fiera silueta..."

"Cuando en el año 1805 estaba por terminarse el Palacio de la Moneda, su primer superintendente, don José Santiago Portales, encargó a un artista chileno, el presbítero don Ignacio Andía y Varela, la ejecución de un escudo de armas de España, de tamaño colosal y de piedra de las canteras del San Cristóbal, que trató en $ 12,000."



"... la blanca figura del primer Arzobispo chileno..."

"Tres años empleó el escultor, ayudado por media docena de hábiles talladores del país, y cuando se disponía a instalarlo en el sitio de honor para que había sido pedido, ocurrieron dificultades en el pago, sobrevino la revolución de la independencia, y resultó que esta obra de arte nacional, la más notable que nos ha dejado la Colonia, quedó

sepultada en el mismo lugar en que había sido labrada y que después fué convertido en caballeriza."

(Los herederos de Varela lo obsequiaron a la ciudad en 1872).

Mientras estoy embebido en los detalles del escudo, me roza el brazo una joven pareja; embebidos, ellos también, pero en la mutua contemplación; una de las habituales parejas que vienen a arrullar sus amores en este nido de verdura. A fuerza de vernos casi diariamente, hemos concluído por saludarnos, (esto, cuando tienen un momento de distracción y pueden ver algo que no sea ellos mismos).

Anteayer subían al restaurant; me encontraron ante la reja, releyendo por la centésima vez su inscripción:

"Reinando don Carlos IV y gobernando este Reino...."

Ella le dió con el codo y se inclinó a su oído, después de señalarme maliciosamente con una linda mueca. Imagino que le habrá dicho: "Ya está ahí ese viejo maniático..." El, para disimular, me saludó, y hasta fingió interesarse, preguntándome si sabía su procedencia. Naturalmente aproveché la ocasión; le dije que era de hierro forjado, hecha por un chileno (de apellido Rojas, por más señas), y para el Palacio de la Moneda; que en 1864, el Gobierno la había vendído. *"como hierro viejo por catorce reales"*. Y para castigar a la traviesa, gozándome en su impaciencia, me enredé en interminables consideraciones sobre el Museo Histórico que hubo aquí hasta el año 86. Pero ella discurrió una salida: interrumpiéndome bruscamente, dijo al joven: ¿Oyes? Vamos, que mi mamá nos llama... ¡Ah! la pilluela... su mamá... ¿Acaso no sé que vienen siempre solos?

Ahora se dirigen, estoy seguro, a ese pequeño jardín encantador que hay bajo la Ermita. ¿Tendrán, acaso, un pensamiento de gratitud para el que allí duerme, para el que embelleció para ellos estas breñas desnudas? Pasarán sin darse cuenta, porque los enamorados no tienen ojos sino para ellos mismos; así, no verán tampoco la blanca figura del primer arzobispo chileno, cuya mano en alto bendice la ciudad extendida a sus pies.

El airecillo es cálido y el día hermoso; me sentaré en algún banco de piedra, en la plazuela Pedro de Valdivia, la laguna que ocupa los cimentos del antiguo castillo Hidalgo; refresca allí el aire muy agradablemente.

Estoy algo cansado; podría sentarme en este escaño, el escaño de Diego Portales, pero no me atrae; en cambio, me gusta sobre manera aquel otro que hay más abajo, el del General Baquedano; tal vez por sus finas rosetas de piedra, o tal vez porque allí recuerdo haberle visto leer su periódico y cabecear, cuando ese banco estuvo en la Alameda, en la esquina de Santa Rosa.

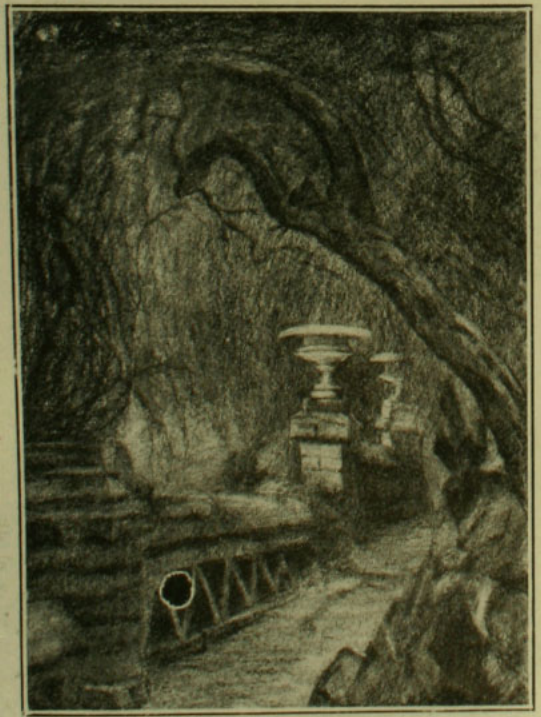
Pero ahora no bajaré; esperaré aquí la tarde, desgranando algunas migajas que he traído para los pajarillos. Y, cuando las aguas del estanque se tiñan de rosa, o la bruma envuelva el horizonte bajo su manto azul, iré a ver morir el día desde aquella terraza solitaria que yo amo.

Mas, antes que el sol decline, llegaré hasta el "camino angosto": es por la inscripción de la vieja lápida extraída de los tajamares. Quiero ver si hoy descifro el último renglón; la humedad y el musgo hacen ya poco visible su escritura; y, como tengo mis dudas sobre una cifra, me he provisto de una poderosa lente, pues mi vista se va debilitando...

Es todo inútil; la daré tal cual:

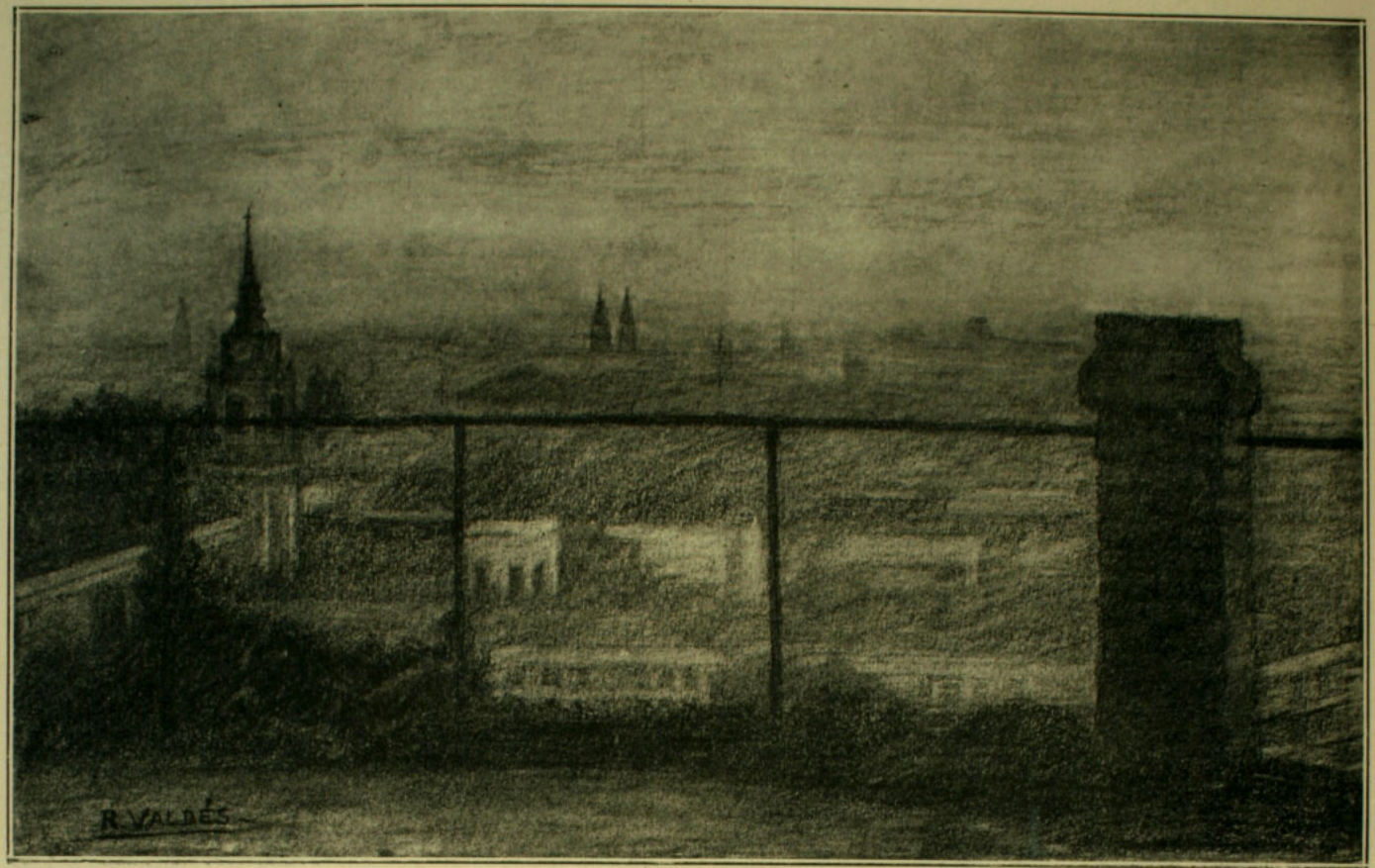
D O M
REYNANDO FERNANDO VI
Y GOVERNANDO ESTE Rno
EL EXmo SOR D DOMO ORTE D ROZ
S.SUPERNTE DOBS PVBLAS
EL SOR D JOSECLEMTE D TRASLAVIÑ
SE EMPEZO ESTA OBA CVYO D
EL TESO D JNMRZ D CAPYNO
EN 1o DE N°1749 Y SE ACBAR ON
EN 1773 VS EN 30 D JVNo DE 1751

"Reinando Fernando VI— y gobernando este Reino—el Excmo. Señor don Domingo Ortiz de Rozas—siendo Superintendente de Obras Públicas—el señor Oidor don José Clemente de Traslaviña—se empezó esta obra al cuidado de—el Tesorero don Juan Martínez de Campino—en 1.o de enero de 1749



"... aquel estrecho caminillo angosto que tan bien conocen los enamorados..."

"Cupido armando su arco parece aguardar a los peregrinos del amor..."



"... desde aquella terraza solitaria que yo amo..."

y se acabaron—773 varas en 30 de junio de 1751."

Paso por aquel estrecho caminillo que tan bien conocen los enamorados, deplorando que una poda brutal haya suprimido la perpetua penumbra verde, propicia a los dulces coloquios; es apenas si subsiste todavía el antiguo misterio de algún rincón solitario.

Llegaré hasta el kiosco donde la amable señora María sabe expender la fruta y las golosinas entre dos sonrisas de su rostro bondadoso; somos viejos amigos, y creo que sus primeros cabellos blancos fueron contemporáneos de los míos.

Insensiblemente, ha venido el crepúsculo. a lo lejos, la ciudad se envuelve en sus gasas de violeta y de azul; aquí y allá, emergen entre la sombra creciente, las innumerables torres de los templos; las de la Merced, más cercanas, dan una nota exótica, evocando no sé qué arquitecturas de la India legendaria; más allá las viejas torres de piedra de Santo Domingo, que nos hablan de la Colonia; y más lejos, otras y otras, hasta los confines del horizonte...

Ante mí se extiende el pequeño "jardín circular", el primero que se plantó en este Cerro; sobre una columna, el hermoso "Cupido armando su arco" (copia del Bouchardon del Louvre), parece aguardar a los peregrinos del amor...

Resplandores de oro viejo perduran en el cielo; mientras la noche extiende sus sombras alrededor, miro las parejas que pasan ante Cupido... En mi espíritu el símbolo se precisa y la realidad me lo hace viviente. Pienso en esta isla de verdura, con sus avenidas umbrosas, sus grandes árboles que la yedra abraza, sus rocas extrañas, sus mil caminos y vericuetos que suben, bajan, se entrelazan sin fin; pienso en sus deliciosos jardincillos perdidos, en que canta alguna fuente; en sus terrazas solitarias de balaustres carcomidos de musgo... y creo, en verdad, encontrarme en Citerea... Las parejas pasan, lentamente, lánguidas, los ojos en los ojos...

Esta noche de primavera remueve no sé qué fibras dormidas en mi viejo corazón; visiones de mi juventud lejana se esbozan alrededor mío, toman cuerpo y se precisan... Y tras el recuerdo llega su compañera inseparable: la melancolía.

Desciendo pausadamente, como, a pesar mío, retenido por la paz y frescura de este oásis encantado. Se oye como un débil suspiro, tal vez el rumor de la yedra que besa los troncos...

LOS DIBUJOS DE COKE

Hay en Coke un satírico; y hay también un dibujante, un verdadero dibujante con vistas a la pintura.

Coke es todavía un muchacho, y le falta posiblemente esa madura experiencia que se hunde en la vida como un escalpelo, y es la única capaz de engendrar obras maestras; pero ese es defecto que se le irá quitando con los años, según la frase del pensador inglés. Hay en él, por sobre toda otra consideración,— ingenuidad, dibujo, intención, transcendentalismo,— un verdadero artista, un artista de gusto, con rico venero de verdaderas facultades.

Su juventud, sana, alegre, dicharachera, corre por su lapiz con simpática espontaneidad, copiosamente; y en esta facilidad están precisamente sus cualidades y sus defectos. Sus cualidades, digo,—porque en el desarrollo de ideas y de trazos, el artista ha puesto lo que su temperamento puede dar espontáneamente en este instante de su desarrollo; y en esta forma, nos muestra la amplitud de su porvenir; y sus defectos, porque, al tocar tan diversos géneros,—caricaturas, ilustraciones de novelas, estudios más serios, escenas humorísticas, etc.,—su personalidad se ha desparramado generosamente y flaquea en muchos de los asuntos tratados.

Por ejemplo, creo que Coke abusa un poco de ese colorido rosa, que, si en ciertos casos es de gran efecto, en otros me parece de mal gusto. El colorido de la cabeza de don Javier Figueroa es francamente un desacierto, a mi ver.

Coke, por la misma salud de su temperamento juvenil, no coge en la caricatura, por ejemplo, el detalle moral que se refleja en la curva de una nariz o en la prolongación de una barbilla; él sorprende con rara habilidad la línea externa, objetiva; y en esta forma, el dibujo, más que caricatura, es un retrato deformado; podrá tener todo el parecido que se quiera, — esto es cuestión de habilidad, y la técnica Coke la domina,— pero no será la sátira viva, palpitante, de internos movimientos del espíritu en las ágiles líneas del lápiz satirizador.

Creo que Coke está mas en carácter en el desarrollo de una escena cómica: Pasa el aviador; Entierro de un millonario; Tan linda que l'an de ver; Quien mucho aprieta, poco abarca, etc. En cuya amena y chistosa interpretación hay algo de esa humorística ingenuidad de los dibujantes ingleses, el *humour* algo bufonesco de los isleños que tiene mucho de la mueca enharinada del payaso bajo la capa movible. No creo que Coke, muchacho inteligente, sufra en su amor propio de artista por estas pequeñas verdades, que en nada aminoran sus méritos de dibujante.

Le hablo así porque tengo fe en su talento, y creo que el porvenir está en sus manos, siempre que tenga igual entusiasmo para trabajar y la misma sinceridad artística que hemos anotado en esta exposición.

MARIANO LATORRE.

Por el

MARQUÉS DE CERRALBO

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Cuenta la leyenda histórica que hacia el año 1070, cuando reinaba en Castilla Alfonso VI, hubo un ricohome llamado Muño Sancho de Finojosa, señor de la villa de Hinojosa, en tierra de Soria, que tenía a su sueldo, en propia mesmada, 70 caballos, y con ellos hacía muy frecuentes correrías y rebatos por la inmediata frontera de moros, siendo contra ellos tan valiente guerreador cuanto generoso en la victoria, como sobresalía en nobles cualidades y en destreza para las cacerías y las armas.

Uno de aquellos días, saliendo con su hueste a correr la enemiga tierra, sorprendieron a fuerte golpe de gentes sarracenas lujosamente ataviadas, sobre gallardas cabalgaduras con ricos jaeces y vistosos alcafares. Sin resistencia les aprehendieron, pues con sus galas pregonaron ir tan de fiesta como en olvido de las armas.

Grande fué la sorpresa de los moros, y aún mayor la pena de darse a la esclavitud, según las leyes de aquellos tiempos. Mas, acudiendo al último asidero de la esperanza, se adelantó el moro que iba en jefe, y dejando ver su arrogante y grata figura, dirigióse a Muño Sancho, a quien según el tono de la leyenda, debió decirle con acento del que no teme, pero que sufre: "Muño Sancho, si eres hombre bueno y caballero, no nos mates, ni deshonres, que moros somos, pero íbamos de fiesta; no corríamos el campo en batalla, sino en viaje de boda, porque yo soy el noble Aboabdil, que iba a casarme a un inmediato castillo con aquella que allí al medio está de esos señores que nos acompañan; y tú, mi prometida y amada Alifra, adelántate y une tu ruego al mío, que no le haría por mí, pero a tanto me reduzco por tu vida y por tu honor."

Adelantóse una blanca y engualdrapada cabalgadura, sobre la que se asentaba entre mantos almajares de telas tartarías y velos de casi bombacyna una encantadora

joven, que temblaba como el tallo de la rosa sobre el exornado búcaro de una maceta.

Ni a que hablase dió tiempo el caballeroso don Muño, pues dejando descansar la lanza sobre el borrén, tendió la mano al moro, diciendo: "Caballeros y hoy amigos: pues caminábais a la felicidad, yo no os tuerzo el camino; pero si queréis acortarle, venid a mi castillo, ya que más cerca está, y mi amada señora doña Mari Palacín, lo arreglará a usanza de complaceros, pues aderezar todos los recursos para obsequiaros con fiestas, corre de mi cargo." Y con decir esto, y echar atrás los estribos, y torcer el rendaje, tornóse el caballero dando cara a la ruta de Hinojosa, porque atrayendo don Muño con afectuosa mirada y galante ademán a sus cristianos y a los atónitos moros, todos echaron los caballos a la andadura, llevando a la mora entre su prometido y don Muño, siguiéndoles ya mezclados como compañeros, los de ambas razas enemigas.

Mandó el de Finojosa que al escape se adelantara un escudero a prevenir a su señora de la aventura extraordinaria que iba a ocurrirla con el deseo de que resultase a todos placentera.

Y de este modo aconteció; quince días, nada menos, pasaron, y brevemente, en públicos festejos, con que se solemnizaron las bodas de Alifra y Aboabdil; añadiendo la crónica que hubo infinitos agasajos y sen-

dos banquetes y luminarias. limosnas. músicas. danzas y "correr é lidiar toros et facer muy grandes alegrías."

Terminadas estas bulliciosísimas y caballerescas fiestas. dispuso don Muño acompañar a los recién casados hasta la frontera. llevando la más numerosa y lucida escolta que pudo reunir y engalanar. dando en todo muestras y alardes de su caballeresco proceder y de su grandeza.

Llegado al sitio que en aquel día era la frontera. pues a cada momento variaba. despidiéronse unos con afecto y los otros con gratitud. lo que no llegada a enmohecer las armas. y todos se partieron meditando cómo la bravura se muestra en la victoria con la generosidad. y la hidalguía del hospedaje al enemigo no es sino un grato paréntesis. pues el emblema de la fe y la bandera de la patria no se arrían jamás.

Pasaron años. y en ellos no pocas incursiones de unos y de otros. llegando al fin un día en que don Muño. corriendo con su mesnada la tierra de Almenar. halló frente el moro más poderoso de aquel país. que. asistido por numerosa algarada. salióle al encuentro. Formidable fué el de entrambas huestes. y tras de sangrientas horas en recio pelear. alcanzó tan descomunal hachazo bajo el hombro a don Muño. que le cortó a cercén el brazo. Acúdenle los suyos; forman ante él barrera de lanzas que matan y defienden; quién le vendó como pudo. y los más se empeñaron en que saliese de la pelea para curarse; pero él. con voz de imperio. en la que retumbaban la fe y el heroísmo. gritó: "Non será ansí. que fasta oy me dixeron Muño Sancho; de aquí adelante non quiero que me digan Muño Manco"; añadiendo: "Ferit. cavalleros. et moramos oy aquí por la fe de Nuestro Señor Jhesu-Christo". lanzóse con desesperado empuje al punto de mayor peligro. sembrando la muerte y hallándola con gran gloria. en cuyo martirio le siguieron sus setenta caballeros y casi todos los suyos.

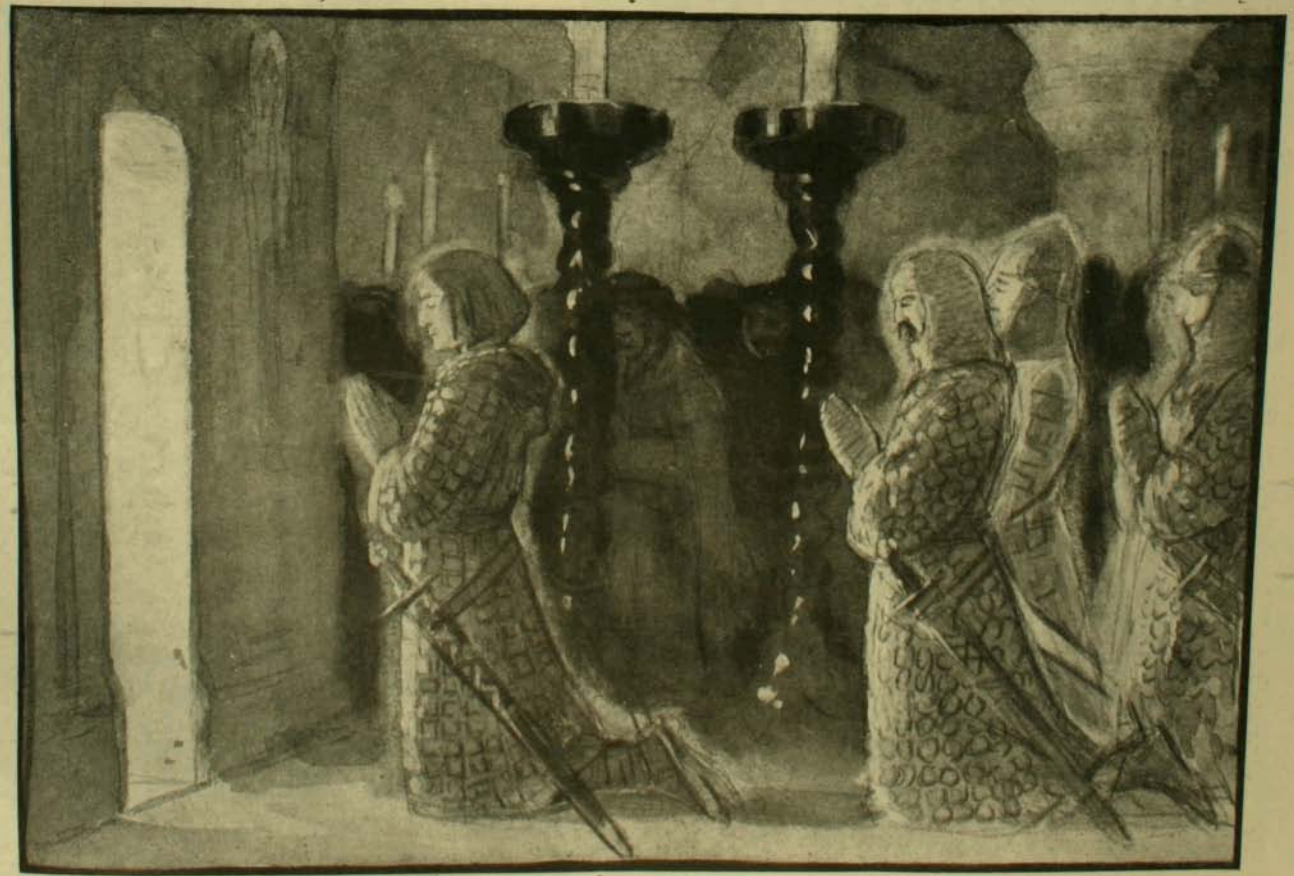
Por morir tan santa como heroicamente este noble Finojosa. no pudo cumplir promesa que tenía hecha de pasar a Jerusalén en peregrinación.

Y unos cuentan que llegando después de la pelea y otros que hallándose en ella. fué el caso que el moro Aboabdil. al que tanto hubo obsequiado y dió libertad don Muño. revisando los cadáveres de los más significados por sus arneses. tuvo la inmensa pesadumbre de reconocer las armas de don Muño. y descubriendo el noble rostro. no podía mirarle por las lágrimas que le cegaban los ojos. Tomóle en sus brazos. y llevándole a su inmediato castillo. le envolvió en xemet bermejo. la más riquísima tela de su tiempo. y depositándole en espléndida caja de arcaz de oriental abenuz. cubierto de exornado guadalmecí. con chatones y abrazaderas de plata. dándole compañía él y su muy lucido cortejo de caballeros y sirvientes moros. llegóse al castillo de Finojosa a entregarle a la desmayada viuda. doña Mari Palacín. y después de las más apesadumbradas lamentaciones y de los funerales más fervorosos y concurridos. dice el viejo libro de letra del siglo XIV. descubierto por el P. Yepes en Silos que a aquel renombrado monasterio llevaron la viuda y Aboabdil el cadáver de don Muño. y añade: "El moro ficol facer muy onrrada sepultura. ansí como es oy en día, por la onra quel fiço a sus bodas".

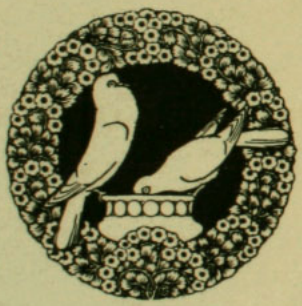
Y esto ocurría en San Sebastián de Silos. en donde era a la sazón abad Santo Domingo. que le dió tan gloriosísimo nombre. reinando Alfonso VI.

Hízosele. pues. noble enterramiento en el patio del claustro. y afirma Cordón que se descubrió aquél en 1600. copiando los misteriosos versos en que aún se indica más extraordinaria aventura; pues si da en romántico asunto de leyenda cuanto nos legaron por historia en ésta que voy relatando. aún logra parte segunda. que la excede en mucho por lo fantástica y hasta milagrosa.

Cuéntase. por entera verdad. que el mismo día de la batalla en que murió don Muño. se presentaron de repente en Jerusalén un noble señor con lucidísima escolta de enarnesados caballeros. y no escaso número de peones bien puestos en armas. Acudieron las gentes a ver su llegada. pues aunque tan provistos de hierro. se advertía al instante que traían un superior continente de peregrinos. Entre los curiosos se hallaba un castellano. capellán del Patriarca. Si grande fué su alegría. mayor fué su asombro al reconocer al jefe. por haberle visto en su tierra. y corrió a avisar de tan extraña novedad al Patriarca. quien. "con grand procession muy honrada. salliolos a resçebir". y conduciéndolos al templo. hicieron muy fervorosa oración. con nunca vistos homenajes. ante el sepulcro de Cris-



to. Terminadas estas preces, volvióse el Patriarca hacia los castellanos, y allí ya no estaban. Todos les habían visto llegar y acudir al templo y caer de rodillas murmurando sentidísimas y fervientes plegarias, pero de pronto desaparecieron. La estupefacción general no se daba término, pues por algún milagro, de origen y causa misteriosos, lo tenían; de modo que para buscar explicación al inmenso asombro, hizo el Patriarca que el capellán castellano escribiese a su tierra de Soria, inquiriendo del mismo don Muño Sancho le aclarasen este misterio, pues que don Muño con su mesnada fueron los que a Jerusalén habían visto llegar, y les reconocieron, y les hablaron, y por tales se daban, y tan como evaporados desaparecieron. Pero aún el caso de asombro y la fantástica historia habían de extremarse cuando tuvieron contestación y certidumbre de que en el mismo día y a la misma hora en que los guerreros castellanos llegaban a Jerusalén, morían en cruenta batalla don Muño y sus mesnaderos, en los sangrientos campos de Almenar. Así por siempre ya fueron voz y creencia que, pues murieron por la fe de Cristo sin haber logrado realizar su prometida peregrinacion al Santo Sepulcro, Dios, recogiendo sus almas, las concedió el premio de peregrinar a Jerusalén antes de volar al cielo.



En el bosque de las arenas negras, en Victoria, en Australia

Un pais bien organizado

Por KIOTO

Ilustraciones fotográficas.

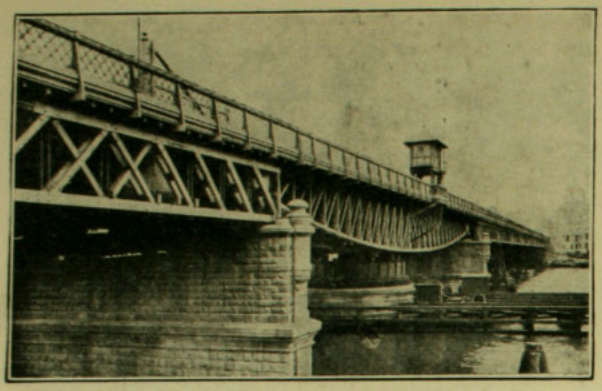
Probablemente la forma violenta en que se produjo la independencia hispano-americana ha sido en gran parte el origen de las revoluciones y trastornos políticos que han asolado al mundo de Colón. La brusca transición de la suma sujeción a la libertad debía traer perturbaciones e inconsecuencias. Si la España no se hubiere encastillado en su funesto sistema colonial, quizás pudiera aunque fuera nominalmente, conservar algunas de sus colonias en América, y, como Inglaterra, ser la madre y no la madrastra de sus provincias lejanas. Pero ésta es historia vieja y la porfía e ignorancia empañolas las castigaron las leyes de la historia y de la humanidad.

Desgraciadamente de ese sistema asombrosamente absurdo que practicaba la España en el gobierno de sus colonias de América nacieron muchos de nuestros defectos políticos que, aún ahora, son escollos de nuestro progreso.

En Chile, por ejemplo, ni la educación, ni las costumbres, nacionales, permitirían el establecimiento ni la progresidad de ciertas instituciones que tienen propia y vigorosa vida en ciertas colonias inglesas.

Cuando viajé por Australia, en Sydney, tuve ocasión de estudiar algunos hábitos sociales que revelaban en esa nación un inmenso progreso en el sentimiento y en la práctica de la verdadera democracia.

Más tarde he tenido ocasión de leer en periódicos y revistas artículos que se relacionaban con estos tópicos y me he afirmado en mi creencia.

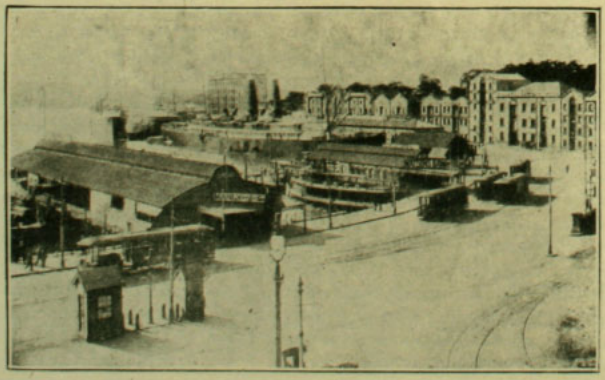


Puente Pyrmont

Ultimamente en folletos que han llegado a mi mesa de trabajo he podido ver que Australia, a pesar de ser una colonia inglesa, es en el fondo, más libre que muchos de los países calificados de tales.

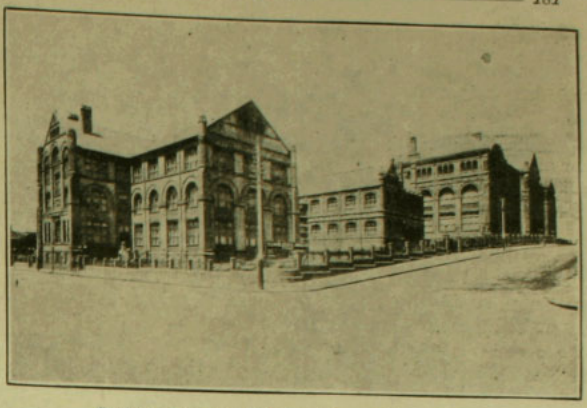
Debidas a la amabilidad de Mr. Watking Winng, secretario del gran diario australiano, el "Daily Telegraph", consigno aquí algunas notas que tienen relación con lo antes expuesto y con el progreso social de Australia.

De todas las instituciones sociales de aquel país ninguna ha alcanzado tanto éxito como la de los comitées de salarios. La tarea de estos comitées, de los que con tanta frecuencia se han ocupado los periódicos, era la fijación legal de las condiciones del trabajo y del salario. Este sistema no estaba previsto en un principio sino para determinada clase de obreros; pero, a causa de las felices experiencias hechas con esa minoría, bien pronto se extendió a toda la industria. Ahora en todos los Estados de la Confederación Australiana, donde funcionan comitées de salarios, las huelgas han desaparecido casi por completo. El principio constitucional de la colaboración de todos los interesados se ha introducido en la vida industrial, y a la guerra entre obreros y patrones, ha venido a suceder la paz. Hace tres años y medio, los excelentes resultados del sistema australiano decidieron a Inglaterra a instituir también comitées análogos que velaran por los intereses de las industrias a domicilio. Todos estos comitées han establecido ya tarifas de salarios que mejoran notablemente la situación, hasta hace poco tan desgraciada, de los obreros y de las obreras a domicilio. Un paso más ha sido dado el año anterior con la creación, en las minas inglesas, de comitées de la misma especie. El voto de esta ley bastó para poner fin a terribles huelgas, huelgas que amenazaban aniquilar toda la vida económica del país, como la última ya también finiquitada. Estos nuevos comitées se han puesto a trabajar desde luego y han promulgado sus decisiones, tomadas sea por unanimidad de los delegados patronales y obreros, o bien gracias al voto de calidad del presidente. Sin duda, estas decisiones no han traído, para los trabajadores de las minas, mejoramientos tan profundos como los que exigía la triste situación de los obreros a domicilio. No se trataba, en efecto, de poner fin a una miseria real, sino más bien, por una parte, de reemplazar la hulla (que es un medio de fijar



Muelle circular

las condiciones de trabajo, pero un medio singularmente perjudicial a las industrias no interesadas en el conflicto), por un método más pacífico, y, por otra parte, de asegurar una remuneración equitativa a los obreros de las minas que trabajaban en lugares donde la extracción es particularmente difícil, y donde, por lo mismo, no lograrían reunir un salario suficiente si fueran pagados de acuerdo con la tarifa ordinaria. Los resultados en materia de tarifas a que se ha llegado hasta el presente, fueron bastante bajos. Sin embargo, el último congreso de los sindicatos ingleses se ha declarado francamente en favor de la ley.



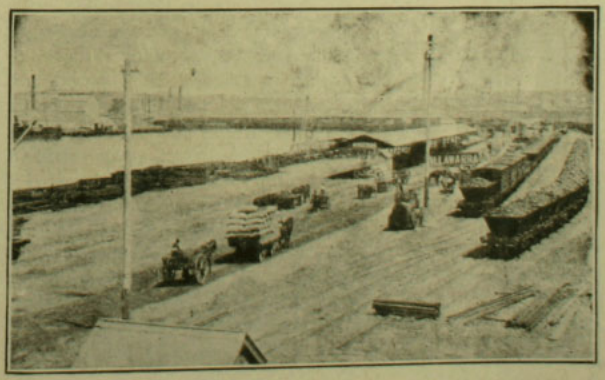
Colegio Técnico y Museo Tecnológico, Sydney

No se necesita poseer el don de profecía para prever que, antes de mucho tiempo, este mismo sistema, o un sistema análogo, funcionará también en los ferrocarriles ingleses. La situación es poco más o menos idéntica y las huelgas de los ferrocarriles son también funestas para los intereses de la colectividad.

Cuando se haya realizado la idea de la fijación legal de las condiciones de trabajo y de salarios en estas dos industrias tan importantes, y cuando la práctica haya demostrado sus excelentes efectos, podrá tenerse la seguridad de que esa idea continuará ganando terreno; la experiencia de Australia está allí para demostrárnoslo. Podemos esperar que, en un porvenir no muy remoto, veremos pasar también a Inglaterra del período de luchas anárquicas entre el capital y el trabajo al período de constitucionalismo industrial.

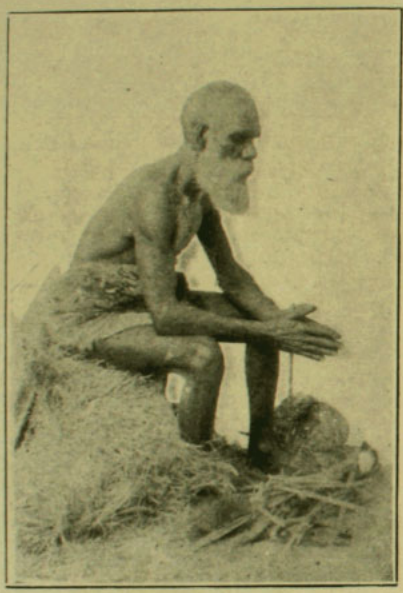
Es probable que, en el continente europeo, semejante evolución habrá de ser más lenta. Pero ha comenzado ya, como lo demuestran las resoluciones de la asociación internacional para la protección legal de los trabajadores. Los proyectos de ley francesa, concernientes al arbitraje obligatorio para solucionar las diferencias entre las compañías ferrocarrileras y sus empleados, así como sobre el salario mínimum de los obreros a domicilio, la ley danesa sobre el arbitraje industrial, etc.

Es también en Australia y la Nueva Zelanda donde por primera vez se ha realizado la idea de los tribunales de arbitraje obligatorio para los conflictos del trabajo, y es allí también donde pueden estudiarse los resultados. Y por más que los comités de salarios hayan posteriormente casi suplantado en Australia, por ser más prácticos a los tribunales de arbitraje, estos últimos constituyen un método aceptable para Europa, cuando menos como forma de transición.



El puerto y los galpones de los FF. CC.

Australia posee también, desde hace cierto número de años, un sistema de pensiones para la vejez, pagadas únicamente por el Estado. Todos los ciudadanos, hombres y mujeres, que pasan de sesenta y cinco años, tienen derecho a una pensión, y esto sin haber tenido que efectuar ningún pago. En 1907, una ley análoga, pero con un límite de edad un poco más elevado, ha sido votada en Inglaterra. Por más que este sistema sea un funcionamiento sencillísimo y que reduce casi a cero los gastos de administración, nos parece dudoso que llegue a introducirse en el Continente europeo. Mientras que sus recursos de presupuesto sean acaparados en su mayor parte por el ejército, los Estados continentales darán, ciertamente, su preferencia al método alemán de seguro obligatorio.



Un aborigen australiano haciendo fuego mediante la fricción

Por otra parte, Australia acaba de resolver, sin la menor dificultad, el problema de los *trusts*, que los Estados Unidos han tratado en vano de solucionar desde hace más de veinte años. La opinión pública en Australia está conforme, casi unánimemente, en reconocer las ventajas que presenta la concentración de la industria, especialmente en lo que concierne a los perfeccionamientos técnicos. Unicamente que los australianos no creen en que los monopolios privados a los que tiende esta concentración, deban ser la forma definitiva. Estiman, por el contrario, que es el Estado a quien corresponde tomar la dirección de todas las industrias que, a causa de su natural desarrollo, han llegado a constituir verdaderos monopolios. En este mismo momento, el Gobierno federal australiano está procediendo a la nacionalización de las manufacturas de tabaco, de la industria azucarera, de las fábricas metalúrgicas y de los servicios de navegación entre Australia y Europa. Esto sería un hecho consumado si no fuera por algunas dificultades presentadas por ciertos Estados australianos, que se muestran todavía hostiles a esta medida claramente socialista, dificultades que, por lo demás, no tardarán en ser allanadas. Un movimiento análogo empieza a delinearse también en Europa. El partido radical francés ha inscripto en su programa la nacionalización de todas las industrias monopolizadas. Inglaterra, que durante tanto tiempo se mostró rebelde a toda infracción del principio de la iniciativa privada, piensa ya seriamente en nacionalizar sus ferrocarriles. La nacionalización de las minas ha hecho últimamente progresos considerables en Rusia y Sajonia, y, por último, Italia acaba de realizar la nacionalización de seguros sobre la vida.

En el dominio de la política, Australia ha dado un ejemplo digno de imitarse. Al conceder a las mujeres el derecho de voto, ha introducido en la vida pública nuevos factores cuya acción se ha ejercitado sobre todo, como se ejercitará ciertamente en Europa en el sentido de una más amplia previsión social. Por la separación de la Iglesia y de la escuela, lo mismo que por la coeducación, ha formado una generación nueva llena de salud moral y apasionada por el progreso. Con la creación de milicias que tienen por base un servicio obligatorio de corta duración, Australia ha demostrado a Europa la posibilidad de satisfacer las necesidades de la defensa nacional sin recurrir al sistema de esos ejércitos permanentes, que con frecuencia sólo se usan para fines puramente políticos, de esos ejércitos que ofrecen un terreno tan favorable

a los viejos prejuicios de castas, y que, sobre todo, hacer pasar sobre los Estados modernos formidables cargas, con perjuicio de las obras verdaderamente útiles para la civilización.

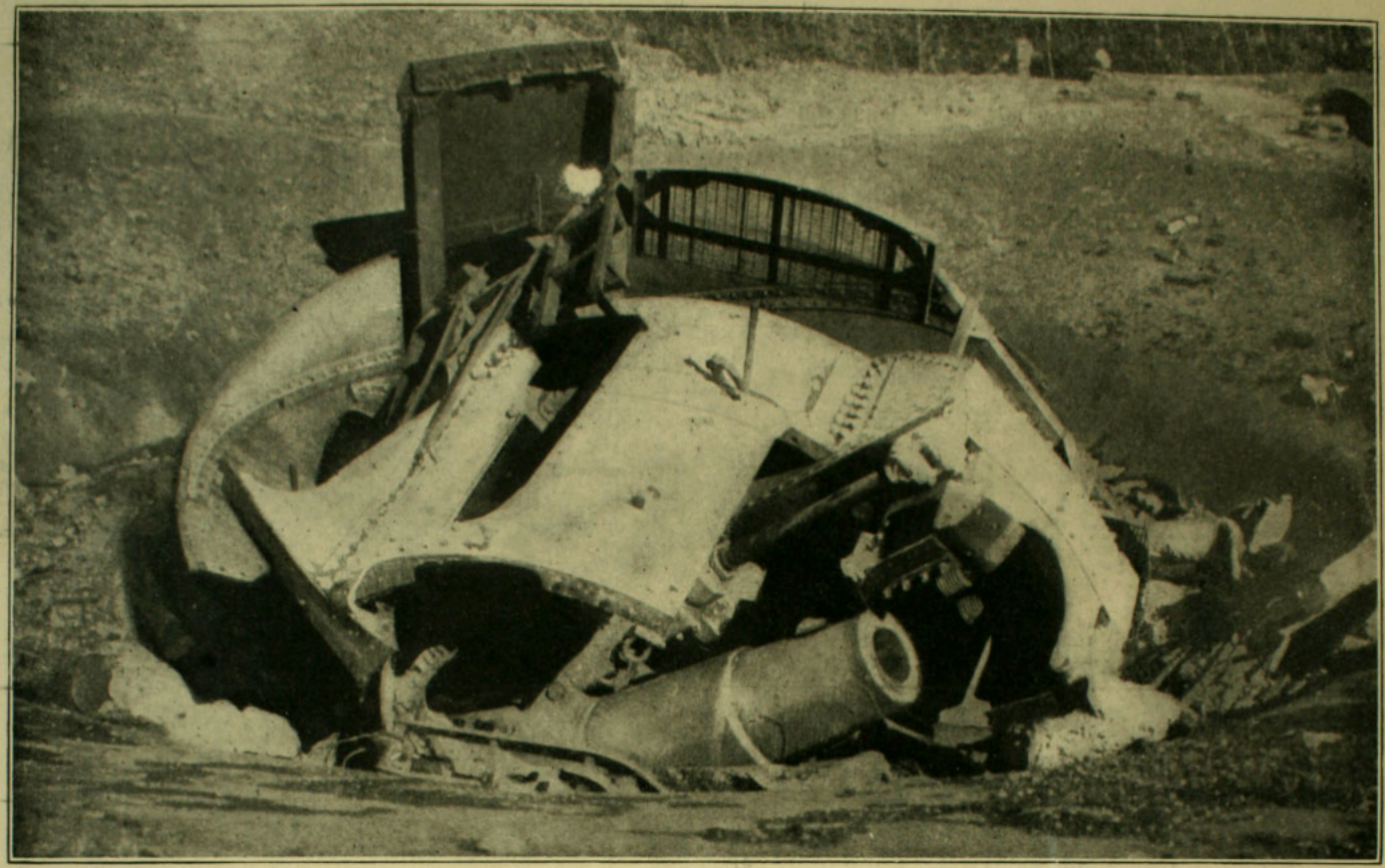
Por medio del referéndum nos ha mostrado Australia, lo mismo que Suiza, el camino que conduce al ensanchamiento de la soberanía del pueblo y a una mejor educación cívica de las masas. Igualmente, al conceder a las municipalidades el derecho de prohibir en sus territorios la venta de alcohol, nos ha enseñado un medio de combatir eficazmente, por etapas sucesivas, los estragos del alcoholismo.

En resumen, Australia ha realizado sin sacudidas revolucionarias, la mayor parte de las reformas democráticas y sociales que nos preocupan hoy. Las ha realizado de una manera tan fecunda en felices resultados, que ha merecido ser tomada como modelo, primero por Inglaterra, después por todo el universo civilizado. Cierto número de sus instituciones (comitées de salarios, pensiones para la vejez pagadas por el tesoro) han penetrado ya en la Gran Bretaña. Otras, como el sufragio femenino, han sido adoptadas por algunos Estados escandinavos y las demás vendrá un día en que se adopten en todo el mundo. Australia es, en cierto modo para Europa, un "laboratorio social", de donde salen notables experiencias que se imitan y que cada día se imitarán más, constituyendo una preciosísima contribución al progreso de las sociedades humanas.

Puede parecer una paradoja que uno de los países menos poblados del globo sea como el centro de la evolución de la humanidad, y, sin embargo, la verdad me obliga a declarar que la futura civilización mundial presentará en sus puntos esenciales, los rasgos característicos del medio social de la Australia contemporánea.

Finalmente, en el actual conflicto europeo, Inglaterra ha encontrado en Australia grandes recursos, tanto en soldados como en provisiones que prueban que la Confederación, además de su progreso social, cuenta con una grande y positiva riqueza material.

Palacio del Correo

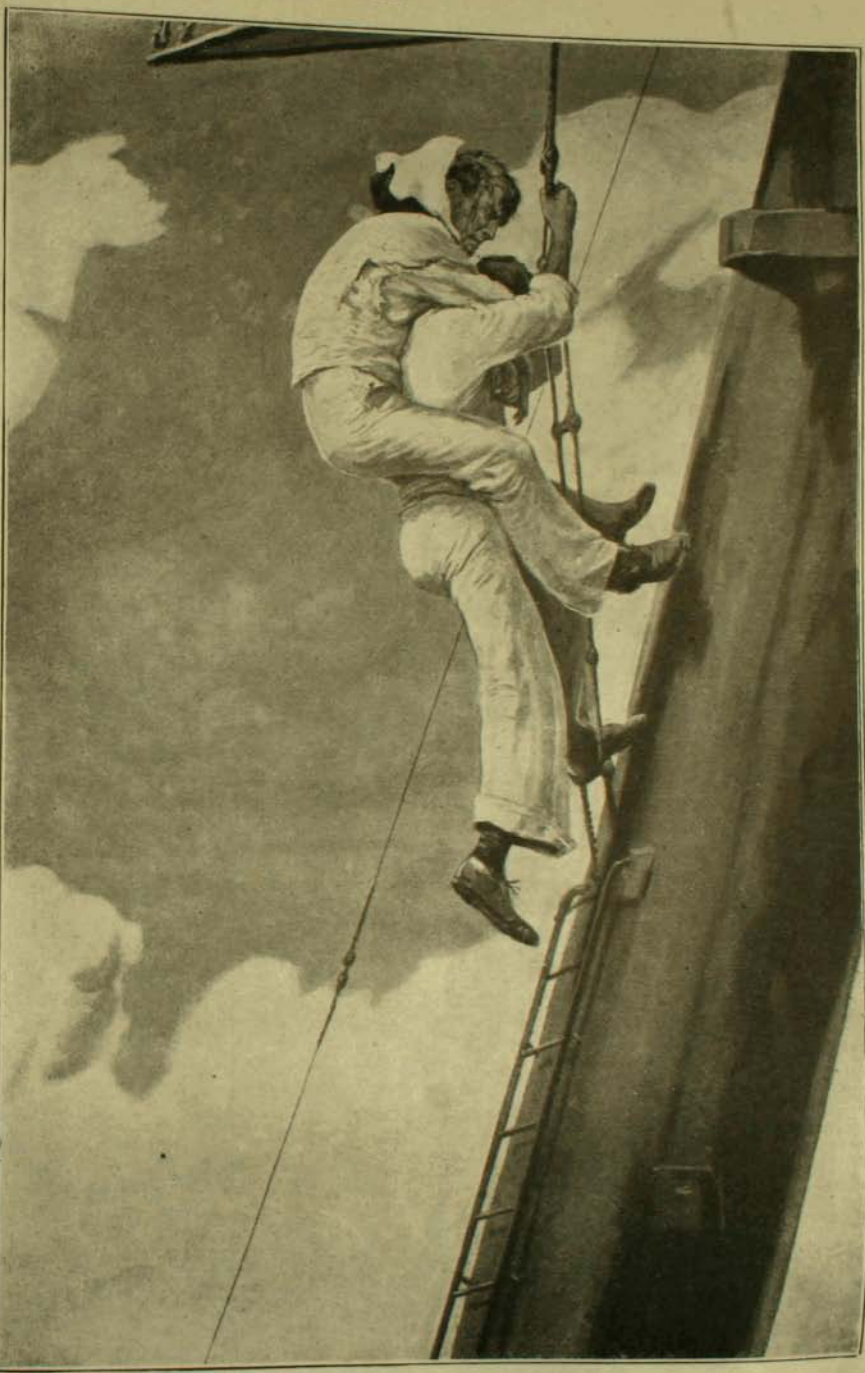


Los efectos de los cañones japoneses en un fuerte alemán de Tsing-Tan

Cuando el "Emden" realizaba sus correrías: a lo lejos se advierte la silueta del acorazado alemán después de un bombardeo

Un centinela en Tsing-Tan

Un desembarco de tropas alemanas en Africa del Sur



En las operaciones contra los Dardanelos ocurrió el episodio que reproduce el grabado: uno de los marineros baja a un compañero herido en medio del combate en su puesto de observación

El ataque en masa de los alemanes a una trinchera inglesa

La Exposición Valenzuela Llanos en el Palacio de Bellas Artes

Por BACKHAUS M.

Ilustraciones fotográficas.

Uno de los acontecimientos artísticos más importantes de este año ha sido la exposición retrospectiva Valenzuela Llanos. Este distinguido paisajista ha reunido en el gran salón del Palacio de Bellas Artes la mayor parte de sus cuadros ejecutados durante 25 años de labor constante y abnegada.

Nada puede hacernos comprender más claramente el talento de un pintor como una exposición retrospectiva de su obra. Las dudas que pudieran tenerse sobre él se aclaran y el espíritu puede analizar con facilidad la intención y el camino que persigue el artista. Además, una exposición retrospectiva es siempre una lección para los que estudian y para los aficionados a la pintura.

En ella se puede seguir paso a paso los progresos, las dudas y las convicciones del pintor y el desarrollo de su temperamento; se puede estudiar de un cuadro a otro el terreno que ha conquistado en el oficio y en el desarrollo de su sensibilidad.

En estas exposiciones no sólo podemos admirar la belleza que encierra cada cuadro aisladamente, sino que también podemos darnos cuenta de las complejidades del talento de su autor, de todas esas variantes que tiene el espíritu humano, que se impresiona a veces con un sentimiento, otras con otro de un orden de ideas diferentes, conservando siempre algo de invariable en la diversidad de los temas y que es el sello de su individualidad.

Por lo menos una vez en la vida, cuando se ha llegado, como el señor Valenzuela, a la plenitud de su desarrollo, es indispensable hacer una de estas exposiciones, que son la única y la verdadera consagración del talento de un artista. Son una consa-

Cuadro de Valenzuela Llanos

Jurado en el Salón de París para primera medalla

gración muy superior a la de las medallas y que el señor Valenzuela también ha obtenido, porque aquí no hay un jurado más o menos tendencioso que dictamina, sino que es el público mismo que juzga sin ser influenciado: formando por sí solo esa atmósfera de prestigio que constituye la fama.

Y como dice el antiguo proverbio: "Vox populis vox Dei", "la voz del público es la voz de Dios", es éste el juicio más certero sobre una obra.

Ha habido famas de artistas como Gustavo Moreau, que fueron creadas más por lo que se decía de sus obras que por sus exhibiciones ante el público; se hablaba mucho de esas obras casi mágicas que pintaba Moreau y se veía aparecer sólo de cuando en cuando algún cuadro misterioso en alguna exhibición. Generalmente no se comentaba la obra exhibida sino que se hablaba de las otras que estaban ocultas en el taller del artista. Por fin, un día se abrieron las puertas de este taller por haber sido legado en el testamento de Moreau a la ciudad de París; y esta obra vista en conjunto dejó una impresión muy inferior a lo que se creía de ella.

En cambio, la exposición retrospectiva de la obra de Whistler, que había sido tan discutido en los salones y tan maltratado a veces, se impuso de tal suerte, que desde entonces ya nadie pudo negarle el título de gran maestro y de uno de los más grandes pintores modernos.

Igual cosa sucedió con Carriére, con Puvis de Chavannes, y últimamente con Ménard, Cottet y Gastón Latouche.

Para nosotros, que somos chilenos, la exposición de Valenzuela Llanos debe tener tanta importancia como para un francés la exposición de un Cottet o un Latouche, porque es una gran parte de la historia de nuestra pintura nacional, que se encuentra por una vez reunida y que se puede admirar en su conjunto. Es la labor de 25 años de uno de nuestros artistas más concienzudos y el que ha obtenido más altos triunfos en el extranjero.

Todo chileno amante de la cultura de nuestro país, tiene el deber de visitar esta exposición, que le permitirá darse cuenta de lo que puede la voluntad en el estudio, el amor a la naturaleza y al trabajo.

Para nuestros jóvenes pintores, para los que serán nuestros pintores de mañana, la exposición de Valenzuela Llanos es un gran ejemplo y un poderoso aliciente.

En ella podrán darse cuenta prácticamente del único camino seguro que existe para llegar a poseer un arte perfecto; éste es el camino del estudio y de la sinceridad. Cual-

quiera que sea el talento con que se haya nacido, cualesquiera que sean las dotes naturales que se posean, si no están unidas a una gran sinceridad y a una laboriosidad constante y tenaz, no se podrá llegar a un resultado serio.

Los más grandes artistas nos lo demuestran, pues ellos, que han sido los mejores dotados por la naturaleza, han sido a la vez los más tesoneros y abnegados en el trabajo.

Para el estudiante que desea llegar a la perfección de su arte, ningún ejemplo le podrá ser más útil en Chile que el que puede darle esta exposición.

En ella puede ver cómo desde el cuadro que lleva el Núm. 1 del catálogo, "Puesta de sol en los Andes", ejecutado en 1890, el señor Valenzuela ha ido conquistando palmo a palmo el terreno de su arte. Cada cuadro nuevo es un progreso de año en año; se puede medir el camino recorrido. Metódicamente las experiencias recogidas en un cuadro, son aplicadas en el siguiente, y esto lo hace avanzar cada vez un paso adelante. No se ve ningún salto brusco, pero tampoco se puede constatar ningún retroceso.

El mayor paso que da Valenzuela Llanos y que divide su carrera de pintor, data del segundo año de su estadía en Europa.

El estudio en las academias de París, las visitas a los museos del Viejo Mundo y el contacto con un medio más propicio al arte refinan su gusto y convierten al pintor ingenuo y sincero que había sido hasta entonces, en un maestro completo, que dominó todos los recursos de su arte.

De esta época es el Núm. 26 del catálogo, ese admirable puente sobre el Sena en Ville-Neuve-Sn. George, que es seguramente la obra más simpática que ha producido Valenzuela. De esta época también (1903), es su "Efecto de nieve en Suresnne" y el "Fin de Otoño en Charenton", dos obras muy completas, que marcan una etapa en su carrera.

El estudio de Monet de Pizarro, de Sisley de Remoir, han afinado su ojo en el color y lo han hecho ocuparse de la armonía y Haspigny lo ha afirmado aún más en su convicción sobre la importancia del dibujo y la composición.

Con este bagaje de conocimientos y des-

Ultimo cuadro ejecutado por Valenzuela

pués de haber recorrido los museos de Italia y España, vuelve Valenzuela a Chile y comienza su serie de paisajes de nuestra tierra, que nos ha ido mostrando de año en año, y en los cuales hemos podido constatar siempre un progreso.

Las lecciones recibidas en el Viejo Mundo no las olvidó; al contrario, sigue haciendo esfuerzos por ajustarse cada vez más a ellas y es por este motivo que continúa haciendo desde Chile sus envíos anuales al Salón de París, hasta que por fin el jurado de este Salón premia los esfuerzos de este abnegado pintor chileno, otorgándole en 1913 una segunda medalla, que es una de sus más altas recompensas.

Este gran triunfo no envanece al señor Valenzuela, ni lo induce a dormirse sobre sus laureles.

Por el contrario, se le ve continuar su obra con la misma aplicación, sinceridad y deseo de progresar que tenía antes y el cuadro que exhibe al año siguiente, en 1914, en el Salón de París, es aún superior al que obtuvo 2.a medalla, puesto que fué propuesto para la primera, obteniendo 18 votos del jurado.

No dudamos que esta primera medalla será otorgada un día a nuestro concienzudo pintor nacional, cuando pasen los tristes acontecimientos en que está envuelta la Europa.

Y este triunfo sería no sólo un gran triunfo para Valenzuela, sino también un triunfo para nuestro país, porque hasta ahora ningún artista sud-americano ha sido premiado con tan alta recompensa.

Haciendo votos porque estas predicciones se cumplan, felicitamos al señor Valenzuela por su magnífica exposición.

El arte chileno en el extranjero

La señora Rebeca Matte de Iñiguez

Por J. D.

Con ilustraciones fotográficas

Los lectores del "Pacífico Magazine" han podido seguir el trabajo progresivo e intenso de la gran escultora nacional, en sus manifestaciones de los últimos dos años. En las páginas de nuestra revista están las reproducciones de sus grandes obras y se recordará especialmente el magnífico grupo de la "Guerra" destinado por encargo del Gobierno de Chile—y generosa donación de la artista.—al Palacio de la Paz en La Haya.

La alumna del glorioso maestro Monteverde ha fijado en las vecindades del Arno, a la vista de Florencia, en las faldas de Fiésole, entre olivos y viejos campanarios, su residencia y su taller. Allí lleva intensa vida de estudio y de creación. Y a este retiro,—poblado de visiones de arte,—se deben las nuevas elocuentes obras que presentamos ahora a nuestros lectores, el grupo que—según su idea primitiva,—lleva el rótulo de "Ulises y Calipso", a pesar de que es símbolo más intenso todavía de una escena universal, y la doliente figura de mujer para la tumba de su padre, don Augusto Matte.

Terminando Paolieri en "Il Mattino" de febrero último decía de este grupo, después de una visita al taller de la escultura: "Ulises y Calipso" era el primer título de esta colosal escultura; pero, después, mientras la creta tomaba forma duradera bajo sus manos nerviosas, la escultora cambió de idea e hizo bien. No; no vienen a la mente los sublimes versos de la Odisea cuando Ulises sueña con la patria lejana, con Penelope, mientras Calipso lo detiene desesperadamente. No; aquí estamos lejos del sueño de Ulises que se realizó con su vuelta bajo los andrajos de un mendigo; no, aquí estamos en plena y trágica realidad. Un hombre tendía ansiosamente hacia una visión lejana y seductora, he aquí que la vida, aunque cautivante de aspecto, lo ha aferrado y, lentamente, fatalmente, lo trae hacia sí, se estrecha con él y lo conduce al abismo. El, el luchador, el atleta, está vencido, no se opone ya, no puede combatir más: los brazos musculosos caen inertes a lo largo de los costados, el cuello se plega al dulce yugo de los brazos encantadores; solamente los ojos, los ojos solos siguen la visión antigua, mientras la materia desciende, mientras la pobre carne cede."

El motivo es conocido; pero nunca ha sido levantado al rango de símbolo humano con la audacia y energía de nuestra escultora. "Palpitante de verdadera actualidad", dice otro de los críticos, manifestando con esta vulgar frase periodística una de las íntimas condiciones de este grupo escultórico: su simbolismo. "Delante de este grupo—exclama otro escritor, nos preguntamos aterrorizados *¿por qué?* ¿Por qué ese hombre grande, cuadrado en su solidez, hecho para la vida, para la fecundidad, para el trabajo, deberá caer domesticado por este pólipo blanco y voluptuoso?"

Buscando siempre el pensamiento mas amplio e histórico que se escapa de todas las obras de la señora Matte de Iñiguez, dice en otra parte de su artículo Paolieri: "La escultora ha visto, en su último rápido viaje al través de la Europa convulsionada, todo este desastre, este derrumbe de sueños, de familias, de razas, de pueblos y ha creado "el sueño aferrado a la vida..."

Serse Alessandri en "La Nazione" de abril, llama a este grupo: "Un gesto homérico in una escultura moderna". Del gesto zolianio de la "Guerra", dice en breve síntesis, Rebeca Matte ha pasado a la Odisea homérica para arrancarle, en el solo contraste de dos figuras humanas, la poderosa creación de un símbolo civil. "Trágico grupo dell'amore e del dovere obliato".

Los dos caracteres de los personajes de

Tumba de don Augusto Matte

Elíses y Calipso

esta intensa escena moral están trazados con un relieve de incomparable vigor. El cuerpo femenino se alarga como una serpiente y envuelve el dorso potente del héroe. La expresión de éste tiene una elocuencia verdaderamente conmovedora. La tempestad de los recuerdos "plega su cuerpo robusto y nubla sus ojos de águila".

"La Cultura Moderna", hermosa revista ilustrada de Milán, nos dá también una impresión de nuestra gran artista y de su obra en que se refiere a "Ulisse e Calipso". Esta consagración del arte, tan raro en centros cerrados para el extranjero, nos revelan la autoridad del joven y vigoroso talento de la señora Matte de Iñiguez.

Queremos, para terminar, reproducir para los lectores que entiendan el italiano y aman la bella expresión poética de esta lengua, unos párrafos que terminan el artículo de Serse Alessandri en "La Nazione":

"La vidi alla fine d'autunno.

Parlammo di teatro, di poesia, d'arte: ella ne parlava con tanta sicurezza che talvolta m'appariva un critico geniale acuto: parlava con precisione, quasi ascoltando il ritmo della sua voce, pacatamente, ma con viva vibrazione e commozione como se volesse, appunto, che nessuna parola tradisse il suo pensiero: la sua intelligenza era in equilibrio con la sua anima: equilibrio che si manifestava luminosamente nei vari paragoni tra arte e arte, fra artisti ed artisti.

—Pensi—Ella mi diceva con tremito sottile di voce—alla Francia...

Essa aveva bisogno di nutrirsi piú della letteratura di Victor Hugo che di quella moderna.

E mentre ella parlava, io guardavo il bel gruppo: Calipso, formosa e bella, piena di seduzioni e di allettamenti, nei quali s'erano immagliate le virtú eroiche di Ulisse: amore che aveva arrestato il braccio di lui, spenta la fiamma ardente del suo sguardo: voluttuosa, ma dannosa prigione di un uomo che aveva cambattuto giganti e conquistate cittá.

Calipso, la letteratura francese moderna che s'attorciglia al vecchio robusto eroe, simboleggiato in Ulisse che soltanto fuori di quelle spire potrá ritrovare la sua forza e il suo valore...

Io ho forse fantasticato: e Rebeca Mathe Iñiquez, col magico splendore della sua fantasia, con la potenza del suo stile volle certo dire qualcosa di meno determinato, di piú vasto e di piú solenne: volle solo eternare, con la sua allegoria, perfetta in ogni elemento anatomico, la virtú e l'oblio di un Eroe preso assolutamente come simbolo dell'Umanitá.

Comunque sia, ella ha compiuto un'opera d'arte."

EL CAMINO PROPIO

Por

DANIEL de la VEGA

Comedia en prosa en un acto y dos cuadros.

PERSONAJES

Gabriel	25 años	Clara	30 „
Doña Sara	50 „	Julia	30 „
Marta	22 „	Luciano	25 „
Ernesto	20 „	Mario (militar)	20 „
		Una criada.	

La escena pasa en Santiago. Epoca actual

CUADRO PRIMERO

Escena

Comedor de la casa de Gabriel, sencillamente amueblado. Es de noche. Se conversa a la hora del café.

ESCENA I

Gabriel, Doña Sara, Marta y Ernesto

GABRIEL.—Les advierto que no pienso invitar a nadie.

MARTA.—Muy bien hecho.

ERNESTO.—Supongo que no es por temor a los chismes.

GABRIEL.—Yo voy al matrimonio porque sé que voy a ser feliz, y creo que mis parientes no contribuirán mucho en la formación de mi futura felicidad.

DOÑA SARA.—No dejarán de hablar.

GABRIEL.—Pero no me molestarán con su presencia.

MARTA.—A quien molestan es a mí.

ERNESTO.—¿Te molestan?

MARTA.—Chico, ¿te parece poco todo lo que me dicen?

DOÑA SARA.—Rencor...

GABRIEL.—Envidia.

DOÑA SARA.—No, rencor, no le pueden perdonar a ésta su falta.

GABRIEL.—No, madre, envidia; porque si el amor que a Marta le dió un hijo, no le dió un marido, sea como sea fué amor, y por lo tanto felicidad.

MARTA.—Bien dices, felicidad.

GABRIEL.—Felicidad que no te pueden perdonar.

DOÑA SARA—Y no pueden perdonar al nene porque él la constituye.

MARTA.—¡Parece mentira que al hijo de mi alma, pueda haber en la tierra un mortal que no le quiera!

DOÑA SARA.—¡Parece mentira!

MARTA.—¡Pobrecito! Cuando me ve, y mueve las manecitas y los ojos se le alumbran, si me parece que también algo de mi cariño se ha metido dentro de él.

ERNESTO.—¡Tonta! Hablando de tu chico te olvidas de todo.

MARTA.—¿Y de qué quieres que me acuerde?

GABRIEL.—Ernesto no quiere que olvides que esta noche hay música en la plaza, y que una corista del Municipal le dijo que tenía unos ojos muy monos.

ERNESTO.—Gabriel, no digo eso.

GABRIEL.—O algo parecido.

ERNESTO.—No, hombre, es que ustedes son muy exclusivistas, porque son felices; ésta con su nene y tú con tu novia, creen que el mundo termina en los brazos de la niñera y en las fórmulas del matrimonio.

MARTA.—¡Bonitas frases!

GABRIEL.—No seas tonto, Ernesto. La plaza y el teatro sólo sirven para llenarte de humo la cabeza.

ERNESTO.—O para equilibrármela.

GABRIEL.—Tienes razón; nosotros los que sólo queremos ser buenos y buscamos un rincón en donde saborear nuestra felicidad, nosotros que amamos la vida calladamente, somos los desequilibrados!...

ERNESTO.—Exageras, Gabriel.

DOÑA SARA.—Según tu modo de pensar, no exagera.

GABRIEL.—¿Entonces éste tiene un modo de pensar?

ERNESTO.—No entiendo tu pregunta.

GABRIEL.—Dispensa, chico, yo creí que no tenías ninguno...

ERNESTO. (*Con rencor*).—¿Tú tienes varios?

GABRIEL.—Varios. Y para entenderme como una persona elijo el que mejor se adapte a ella.

ERNESTO.—Y para entenderte conmigo, ¿qué haces?

GABRIEL.—Elijo el más simple...

ERNESTO.—¡Con qué naturalidad ofendes tú!

GABRIEL.—Es que me veo obligado a tratar mucho a mis primos.

(Suena un timbre en el interior)

DOÑA SARA.—¿Llamaron?

MARTA.—Sí.

ERNESTO.—Debe ser Mario.

GABRIEL.—Este chico, ¿es amigo tuyo o de la criada?

ERNESTO.—Eres un grosero.

GABRIEL.—Te lo pregunto porque todas las noches conversa más con la criada en la puerta que contigo aquí dentro.

ERNESTO.—Para tus bromas y para todo, ¡tienes un mal gusto!

GABRIEL.—No, quien tiene mal gusto es tu amigo.

ERNESTO.—¿Por qué?

GABRIEL.—Porque la criada es muy fea.

ERNESTO.—Te advierto que bromas a Mario no te soporto.

GABRIEL.—¿Por qué?

ERNESTO.—Porque bien sabes tú que le estimo mucho.

GABRIEL.—Creo que exageras.

ERNESTO.—No. Siempre hemos sido muy amigos.

GABRIEL.—¿No te disgustaste cierta vez con él?

ERNESTO.—No, bien sabes tú que no, que siempre le he querido mucho. Recuerdo que cuando estábamos en el colegio nos íbamos a clase siempre juntos, aunque yo para ir a buscarlo tenía que hacer un trayecto mucho más largo... Y me acostumbré tanto a hacer el viaje con Mario, que cierta vez que él enfermó, no pude transitar por mi calle, y seguí yéndome por la calle de Mario, aunque era muchísimo más larga...

LA CRIADA. (*Desde la puerta del fondo*).—El señorito Mario.

ERNESTO.—Que pase. (*Se retira la criada*).

GABRIEL.—Si Mario te oyese se enfadaría contigo.

ERNESTO.—¿Por qué?

GABRIEL.—Porque manda a su novia con una autoridad...

DOÑA SARA.—No bromees, Gabriel.

GABRIEL.—¿Pero no tengo razón, mamá?

ERNESTO.—Estás muy chistoso. Te falta una cuerda... ¡y el circo!...

GABRIEL.—Me voy con Marta.

DOÑA SARA.—Ella no es loca como tú.

GABRIEL.—Por lo mismo. Así va un payaso con una cuerda.

MARTA.—¡Qué chiste más malo!

GABRIEL.—Perdóname, hermana. ¿Está encendida la lámpara de la escalera?

DOÑA SARA.—No.

GABRIEL.—Se conoce.

DOÑA SARA.—¿En qué?

GABRIEL.—En que... Mario tarda mucho en subir.

ERNESTO.—Aquí viene.

ESCENA II

Dichos y Mario

MARIO.—Buenas noches. (*Saluda a todos*).

GABRIEL.—Muy buenas, insigne militar.

MARTA.—Tome asiento, Mario.

MARIO.—Muchas gracias, vengo sólo a buscar a Ernesto. (*Se sienta*).

GABRIEL.—¿Y qué cuenta de nuevo?

MARIO.—Nada... ¡Ah! Le felicito por su próximo enlace.

GABRIEL.—Muchas gracias. ¿Y usted, cuando se casa?

MARIO.—Cuando abandone el servicio.

GABRIEL.—¿Quién?... ¿Usted o ella?...

MARIO.—Cuando yo abandone el servicio militar. ¿Qué entendía usted?

GABRIEL.—Nada... ¿Verdad que se casa?

MARIO.—No, bromas... ¿Sales Ernesto?

ERNESTO.—Sí, ¿a dónde vamos?

MARIO.—Al cerro. (*A doña Sara*). Y usted, señora, no sale.

DOÑA SARA.—No, está tan variable el tiempo.

GABRIEL.—Ahora ustedes tienen muchos asuntos de qué hablar con sus novias.

ERNESTO.—¿Por qué?

GABRIEL.—Porque hay tantos cambios atmosféricos.

MARIO.—¡Qué bromista es usted, Gabriel!

ERNESTO.—Bueno. ¿Vamos?

MARIO.—Vamos, ¿sale usted, Gabriel?

GABRIEL.—No puedo. Esta noche vendrán mi tía Julia y mi tía Clara a buscar nues-

tras firmas para unos escritos, así es que me es imposible.

MARIO. *(Despidiéndose).*—Entonces... Muy buenas noches...

MARTA.—Buenas noches. Salude a su hermana.

(Todos se despiden. Sale Mario y Ernesto)

ESCENA III

Gabriel, Doña Sara y Marta

GABRIEL.—¿Adónde dijeron que iban?

MARTA.—Al cerro.

DOÑA SARA.—¿Por qué satirizas tanto a estos muchachos?

GABRIEL.—Lo hago sinceramente, madre; pena me da verlos aburrirse en esta vida frívola y tonta, donde la juventud se hace escéptica sin motivo.

DOÑA SARA.—¿Y qué le vamos a hacer?

GABRIEL.—No sé. Pero no voy a desconocer el mal porque ignore su remedio.

DOÑA SARA.—Ellos serán dichosos así.

GABRIEL.—No, madre, no lo son, y me fastidia que un hermano mío viva esa vida falsa y gris que no lleva a ninguna parte. Creo que todos debemos trabajar por hallar nuestro camino propio, la ruta que armonice con nuestro espíritu.

MARTA.—Esa será la de Ernesto.

GABRIEL.—No, Marta, no puede ser esa. El camino propio lleva siempre a la felicidad. ¿Y qué felicidad cabe en esa vida desco-

florida donde el fastidio es la última manifestación de la elegancia?

MARTA.—Y si no lo encuentran.

GABRIEL.—Es que todo el secreto está en abrigar grandes ambiciones humildes. Yo he pasado toda mi vida soñando con un rinconcito lleno de cosas familiares, a donde había de llegar una mujer bonita que me quisiera mucho, que fuera alegre y triste, toda corazón y humildad y para que llenara de poesía la vivienda. Que supiera poner flores sobre mi mesa de trabajo y tocara el piano en las últimas horas de la tarde.

MARTA.—Te has puesto sentimental, sin querer.

GABRIEL.—Siempre lo he sido.

MARTA.—Se burlaría de ti Ernesto, si lo supiera.

GABRIEL.—Es que Ernesto todavía no sabe que la vida es bella, no sabe que en el fondo de todas las cosas hay un principio de honda poesía...

(Suena un timbre en el interior)

DOÑA SARA.—Allí están.

MARTA.—Ellas son.

GABRIEL.—Me alegro.

DOÑA SARA.—¿Por qué?

GABRIEL.—Porque los malos ratos han de pasarse pronto.

DOÑA SARA.—Cuidado, Gabriel, no quiero que tengamos un encuentro.

GABRIEL.—Tampoco lo quiero yo.

LA CRIADA. *(Desde la puerta del fondo).* La señora Clara y la señora Julia.

MARTA.—Que pasen. *(Se retira la criada).*

GABRIEL.—Si te dicen una grosería les muestro la puerta.

DOÑA SARA.—Gabriel, no lo hagas. Yo ya te conozco.

GABRIEL.—Ahora falta que me conozcan ellas.

DOÑA SARA.—¿Estás loco?

GABRIEL.—¿Y por quién creen ustedes que lo voy a hacer?

DOÑA SARA.—Por nosotras, sí, pero no lo hagas.

GABRIEL—Por lo mismo, ustedes no tienen derecho a pedírmelo.

ESCENA IV

Dichos y Clara y Julia

CLARA.—Buenas noches.

DOÑA SARA.—Buenas noches. *(Todos se saludan).*

MARTA.—Tomen asiento.

CLARA.—¿Y cómo están ustedes por aquí?

DOÑA SARA.—Muy bien, gracias. ¿Y Rodolfo?

JULIA.—Esta noche quedó en casa, no sé por qué no quiso salir.

CLARA.—Hemos llegado muy tarde, ¿verdad?

GABRIEL.—¿Tenían acaso la ilusión de hacerse esperar?

CLARA.—Bien sabemos que tú no nos esperas nunca.

MARTA.—¿Por qué dice eso?

CLARA.—Porque Gabriel es siempre muy descariñado con sus parientes.

DOÑA SARA.—No sé por qué lo dice.

CLARA.—Porque siempre ha sido así. Gabriel rió mucho cuando su primo Ramón tuvo aquella caída del caballo, y el golpe en la cabeza que le dejó... trastornado...

GABRIEL.—¿Sólo Ramón sufrió ese golpe?

CLARA.—No comprendo tu pregunta.

GABRIEL.—Preguntaba porque por las consecuencias parece que todos mis primos se hubiesen caído del caballo...

JULIA.—Bueno, no discutamos. *(Dirigiéndose a Doña Sara).* Aquí traemos los escritos para que los firme, pues para que la partición sea legal, el abogado me ha dicho que necesita las firmas de todas las tías. *(Le pasa los papeles a Doña Sara).*

GABRIEL.—Entonces mi madre no debe firmar.

JULIA.—¿Por qué?

GABRIEL.—Porque es la única que no es tía.

CLARA.—Siempre tú tan orgulloso, ¿por qué eres así?

GABRIEL.—Porque no puedo ser humilde como ustedes...

CLARA.—Debías ser humilde como es ahora Marta.

GABRIEL.—¿Ahora sólo?

CLARA.—¿Por qué nó?

GABRIEL.—¿Desde que tiene un hijo? ¿Verdad?

JULIA. *(Alarmada).*—No decimos nosotras eso...

GABRIEL.—¡Sí! Dicen eso porque pretenden señalar una falta en el hijo de mi hermana.

DOÑA SARA.—¡Gabriel!

GABRIEL.—Espera, madre, es que quiero decirles a mis queridas tías, que si Marta encontró al amor es porque es digna de él, y si hay mujeres que no lo encuentran es porque el amor no baja nunca al fango.

JULIA.—¿Por quién lo dices?

GABRIEL.—¿Necesitan una alusión directa?

JULIA.—Sí.

GABRIEL.—Por ustedes.

MARTA.—Gabriel, no quiero que por mí...

GABRIEL.—Sal, tú, Marta. *(Sale Marta).* Quiero que aquí, cara a cara, ahora que desean nuestra firma, conozcan la firma de mi madre y el sello de la familia.

CLARA.—Lo conocemos.

GABRIEL.—Pero muy mal.

CLARA.—Y tú pretendes mostrárnoslo.
GABRIEL.—¡Sí!
CLARA.—Difícil lo veo.
GABRIEL.—No crean. Como para que se hagan públicos sus enredos sólo basta la murmuración, para conocer nuestra nobleza sólo basta un poco de sinceridad.
CLARA.—¿La tienes tú?
GABRIEL.—¡Me llamo Gabriel del Mar!
CLARA.—Lo sabíamos.
GABRIEL.—Pero no son capaces de comprenderlo.
JULIA.—Fíjate con quién hablas.
GABRIEL.—Por lo mismo que me fijo.
JULIA.—Eres un atrevido.
GABRIEL.—Pero... ¿Cabe algún atrevimiento con ustedes?
JULIA.—Que te fijes con quién hablas.
GABRIEL.—He dicho que me fijo.
JULIA.—Es necesario que sepas que nosotras nunca hemos tenido un hijo natural.
GABRIEL.—Pero han tenido la desvergüenza de casarse con comerciantes adinerados, sin quererlos, ¡sólo por la renta!
JULIA.—Y nosotras, ¿para qué queremos rentas?
GABRIEL.—Para pagar los amantes que vinieron después!
DOÑA SARA.—¡Gabriel!
CLARA.—¡Eres un grosero, un cobarde!
GABRIEL.—Tengo la valentía de hablar cara a cara.
CLARA.—¡Eres un grosero, un grosero!

(Apareciendo en la puerta izquierda)

MARTA.—¡Chist!...
GABRIEL.—¿Qué pasa?
MARTA.—No hablen tan alto que el niño se ha dormido...

Telón rápido

CUADRO SEGUNDO

Escena

Sala en la casa de Gabriel. Habrá una mesa en el centro, sobre ella es indispensable un timbre y una caja de cigarros. En una esquina un armario para papeles. Es de noche.

ESCENA I

Doña Sara y Marta, entretenidas en labores de mano

DOÑA SARA.—¿Salió Ernesto?
MARTA.—Sí, hace un momento, con Mario.
DOÑA SARA.—¿Y Gabriel?
MARTA.—No, Gabriel está en el comedor.
DOÑA SARA.—Lo siento.
MARTA.—¿Por qué?
DOÑA SARA.—Porque se va a encontrar otra vez con Julia y se acalorarán.
MARTA.—Dile tú, entonces, que salga.
DOÑA SARA.—¿Y crees tú que va a salir? Si se ha quedado lo ha hecho para encontrarse con Julia.
MARTA.—Lo bueno sería que ellas no vinieran.
DOÑA SARA.—No lo sueñes. Les conviene tener pronto nuestras firmas, y ante las perspectivas de un negocio la delicadeza se pone una venda en los ojos.
MARTA.—Tienes razón. Vienen.
DOÑA SARA.—Y el encuentro será inevitable.
MARTA.—Lo siento.
DOÑA SARA.—Yo lo siento por ti.
MARTA.—¿Por mí?
DOÑA SARA.—Natural.
MARTA.—¿Por qué?
DOÑA SARA.—Porque vendrán con frasecitas contigo.
MARTA.—¡Vaya, madre, qué importa!
DOÑA SARA.—Eso lo dices por calmarme.
MARTA.—No, madre, yo vivo como el corazón quiere que viva, y estando de acuerdo con él, nada importa el exterior. Cuando en la vida tenemos la valentía de elegir el camino que el corazón nos manda, el campo nuestro, el camino propio, el cielo parece más grande y más claro, el sol más bueno, el aire más fragante y la tierra por donde caminamos parece tener ternuras y tibiezas de regazo de madre. ¡Qué hermoso es ser humilde y darle la mano al corazón para que nos lleve por donde él quiera! Y cuando llegan voces ajenas que nos insultan y pretenden herirnos, el camino se eleva para mostrarnos horizontes más grandes. Por eso cada vez que estoy triste, parece que mi nene lo comprendiera, y me hecha los bracitos al cuello, y me oprime la cara, y se ríe, y me dice mamá, como si adivinara que sólo con esa palabra veo la vida más amplia.
DOÑA SARA.—¡Vamos! ¿Empezaste ya?
MARTA.—No, madre... Tonterías...

DOÑA SARA.—No, tontería, no, pero no me gusta oirte hablar de esa manera.
MARTA.—Tienes razón, soy una tonta.
DOÑA SARA.—No te digo eso, pero te exaltas demasiado.
MARTA.—Sin tener motivo, ¿verdad?
DOÑA SARA.—Sin tener motivo.
MARTA.—¡Cómo puedes decir eso, madre! Tú ves lo pequeñas que son, viven entre chismes y comentarios, preocupadas de las vidas ajenas más que de las propias. ¿A qué vienen aquí? A buscar noticias, que luego aumentan a su antojo. ¡Qué Gabriel se recoge muy tarde, que Gabriel pasea mucho, que Ernesto no estudia, que yo salgo sola... ¡Ah! ¿Sabes? Hace poco ofrecieron acompañarme...
DOÑA SARA.—¿Ofrecieron acompañarte?
MARTA.—¡Y con mucho entusiasmo!
DOÑA SARA.—¿Por qué?
MARTA.—¿Cómo, por qué?
DOÑA SARA.—¿Por qué ofrecieron acompañarte?
MARTA.—¡Pues porque sabían que no había de aceptar!
LA CRIADA. *(Desde la puerta).*—El señorito Luciano.
DOÑA SARA.—¿Luciano? ¡Que pase!
MARTA.—Que pase. *(Se retira la criada).*
DOÑA SARA.—Yo no sentí llamar.
MARTA.—Yo tampoco; es que no ha llamado.
DOÑA SARA.—¿Y cómo pudo entrar?
MARTA.—Pues la muchacha ha estado en la puerta, como siempre...
DOÑA SARA.—Es muy posible.
MARTA.—Si se pasa toda la noche allí ¡es un amor a la calle!... y cuando se cierra la puerta ¡pues al balcón!...

ESCENA II

Dichos y Luciano

LUCIANO.—Buenas noches.
DOÑA SARA.—Muy buenas noches.
MARTA.—Buenas noches. ¿A qué debemos el milagro de tenerle por aquí?
LUCIANO.—A que tengo esta noche libre, y ustedes saben que no es ningún milagro que yo esté por aquí.
DOÑA SARA.—Sin embargo, hay épocas en que se pierde.
LUCIANO.—Usted sabe, doña Sara, que mis ocupaciones...
MARTA.—Así lo dice Gabriel.
LUCIANO.—Y Gabriel, ¿está?
DOÑA SARA.—Sí; y es una casualidad que le encuentre, pues sale todas las noches.
LUCIANO.—¿Y a qué se debe la abstinencia de hoy?
DOÑA SARA.—¡Caprichos! Y, ¿usted qué hace que nunca se le ve?
LUCIANO.—Trabajar... Fastidiarme...
DOÑA SARA.—Fastidiarse... ¡A su edad!
LUCIANO.—¡Ya lo ve usted!
DOÑA SARA.—¿No tiene un amigo?
LUCIANO.—Los de la oficina, pero... No se pueden contar como amigos.
DOÑA SARA.—¡Parece mentira!
LUCIANO.—Francamente, no tengo ningún amigo.
MARTA.—¿Y una amiga?
LUCIANO.—¡Menos!
MARTA. *(Socarronamente).*—¿De verdad?
LUCIANO.—Seriamente.
MARTA.—Alguna vecinita... Alguna conocida.
LUCIANO.—Nada, se lo aseguro, de verdad, Marta. Madrugo mucho y me marcho a la oficina, trabajo todo el día, en la tarde vuelvo cansado ya, y en la pensión me encuentro con otros pobres muchachos como yo, que madrugan, trabajan, y vuelven cansados en las tardes. Allí leo un poco, y a veces escribo a mi familia. Los domingos voy un rato al teatro, y así pasan las semanas y las semanas, hasta que un día, sin darme cuenta, voy a encontrarme viejo...
MARTA.—Vaya, ¡qué pesimista!
LUCIANO.—De verdad, Marta, es una vida tan monótona, tan igual, que ni siquiera se siente el tiempo...
MARTA.—¡Pero qué desanimado! ¿Y cómo Gabriel no es así?
LUCIANO.—¡Ah! Gabriel es muy feliz... Está tan contento con su matrimonio.
DOÑA SARA.—¿Y usted no podría hacer lo mismo?
LUCIANO.—¿Cómo lo mismo?
DOÑA SARA.—Casarse.
LUCIANO.—Es que todos no tenemos la suerte de Gabriel.
DOÑA SARA.—Todo está en querer.
LUCIANO.—No, señora, en que nos quieran.
MARTA.—¿Y usted encuentra difícil eso?
LUCIANO.—Natural.
MARTA.—Bien lo decía, ¡pesimista!
LUCIANO.—No, Marta, el amor no se busca, llega solo, cuando menos se le espera. Muchas veces he pensado en la llegada de una mujer, y sigo trabajando, sin levantar los ojos de mis papeles y mis números y pasan los días y los días, y va ve usted, la esperada, la soñada no llega...
MARTA.—¿Y está desalentado?
LUCIANO.—No, desalentado no, pero... ¡Hola, Gabriel!

ESCENA III

Dichos y Gabriel

GABRIEL.—Hola, chico, ¿tú aquí?
LUCIANO.—Sí, Gabriel, de pasada.
GABRIEL.—¿Cómo de pasada?
LUCIANO.—Voy a la redacción a dejar unos artículos, y aproveché esta salida de noche, para venir a dejarte estos libros. *(Le entrega dos libros).*
GABRIEL.—¿Qué te parecieron?
LUCIANO.—El de Rusiñol muy bello.
MARTA.—¡Ah! Sí. Yo también lo he leído.
DOÑA SARA.—¿Cómo se llama?
GABRIEL.—Hojas de la Vida.
DOÑA SARA.—No lo conozco.
LUCIANO.—Es el libro de un impresionante exquisito.
MARTA.—El patio azul, uno de sus cuentos, ¡qué lindo!
GABRIEL.—Sin embargo, me gusta más en sus composiciones breves, por esa ironía tan delicada.
LUCIANO.—El de Blasco Ibáñez, no me interesó nada.
GABRIEL.—¿Y te atreviste con él?
LUCIANO.—Te diré francamente, hasta la mitad.
MARTA.—Lo mismo que yo, no lo puedo pasar, aunque no entiendo de literatura.
DOÑA SARA.—Yo creo que para encontrar bello un libro no hay necesidad de ser un literato.
GABRIEL.—Claro que nó.
DOÑA SARA.—Bueno, les dejamos solos, así hablarán con más libertad.
LUCIANO.—No, señora, yo no traigo ningún secreto.
MARTA.—Aunque no traiga secretos, a los hombres siempre le gusta más hablar solitos.
LUCIANO.—Si usted lo dice...

ESCENA IV

Dichos menos Doña Sara y Marta

GABRIEL.—¿Y qué cuentas de nuevo, chico?
LUCIANO.—El de las novedades eres tú.
GABRIEL.—¿Por qué?,
LUCIANO.—Por tu casamiento, hombre, ¿te parece poco?
GABRIEL.—Aquí me tienes decidido a recluirme.
LUCIANO.—Bien hecho, con tal que no te arrepientas después.
GABRIEL.—No creas, esta vida solitaria me fastidia atrozmente.
LUCIANO.—Y a mí.
GABRIEL.—¡Ah! ¿con que a ti también?
LUCIANO.—También.
GABRIEL.—Y luego me preguntabas si no me arrepentiría...
LUCIANO.—Bromas, hombre.
GABRIEL.—Esta vida de muchachos solteros es estéril y monótona. Horas de oficina, charlas frívolas, y chistes en un bar, un poco de teatro, y en la noche vuelta a casa entreteniendo con literatura el pobre corazón dormido...
LUCIANO.—Es que ahora, chico, el matrimonio es un lujo, y no todos podemos cargar con él.
GABRIEL.—Por lo tanto, tú piensas que hay derecho de amar únicamente después de haber ganado unos recios lances comerciales...
LUCIANO.—No te lo digo.
GABRIEL.—Entonces tu corazón debe tener un infalible regulador económico...
LUCIANO.—No te entiendo.
GABRIEL.—Quiero decirte que ha de existir un serio maridaje entre tu ensoñación y tus presupuestos.
LUCIANO.—No seas irónico, Gabriel.
GABRIEL.—No es ironía. Es que creo que cuando el amor se lleva las manos al corazón no lo haces para asegurar la cartera...
LUCIANO.—Tan interesado me crees.
GABRIEL.—Interesado no te creo, pero sé que sabes guardar una justa proporción entre la intensidad del beso y el equilibrio económico.
LUCIANO.—Es que soy práctico.
GABRIEL.—¿Práctico? ¿Por qué?
LUCIANO.—Porque me sacrifico hoy en ganar dinero, con el que podré mañana saborear la felicidad.
GABRIEL.—Pues, más práctico soy yo.
LUCIANO.—¿Por qué?
GABRIEL.—Porque saboreo hoy la felicidad, y dejo que la vida me cobre mañana el sacrificio.
LUCIANO.—¿Y si te lo cobra?
GABRIEL.—Se lo pago.
LUCIANO.—Quedamos iguales.
GABRIEL.—¡No! Tú aseguras el sacrificio y dejas para el problemático mañana la felicidad, yo hago lo contrario: aseguro la felicidad, y mañana que cobre la vida... ¡si puede!...
LUCIANO. *(Riendo).*—Me has vencido, chico.
GABRIEL.—Se te agradece la nobleza.
LUCIANO.—Bueno, ¿tú no sales?
GABRIEL.—No, no puedo, esta noche viene Raquel, y tú comprenderás...
LUCIANO.—Yo me marcho.
GABRIEL.—¿Adónde vás?
LUCIANO.—Al Teatro Santiago, a fastidiarme un rato.
GABRIEL.—Voy a llamar a mamá para que te despidas. *(Llamando).* ¡Mamá! ¡Marta!
LUCIANO.—No las molestes, hombre.
GABRIEL.—Están aquí.

ESCENA V

Dichos y Doña Sara y Marta

MARTA.—¿Se marcha?
DOÑA SARA.—Tan pronto.
LUCIANO.—Ya que Gabriel no me quiere acompañar.
DOÑA SARA.—¿Por qué?
GABRIEL.—No salgo esta noche, madre.
MARTA.—Y usted se va siempre tan desilusionado.
LUCIANO.—¿Me pregunta por burlarse?
MARTA.—¿Por qué? ¡Vaya! Se lo pregunto sinceramente.
LUCIANO.—¿Por compasión, entonces?
MARTA.—Tampoco. Porque me interesa.
LUCIANO.—Muchas gracias.
MARTA.—¿No le comunicó su optimismo, Gabriel?
LUCIANO.—Algo, y se lo agradezco.
DOÑA SARA.—Si se lo agradeciera vendría a vernos más seguido.
LUCIANO.—Lo haré.
GABRIEL.—Promesas...
LUCIANO.—Y aunque así fuera, Gabriel, tú sabes que lo más bello que tiene la vida son las promesas.
MARTA.—¿Usted ha hecho muchas?
LUCIANO.—Ninguna.
MARTA.—¿Y cómo sabe el valor de ellas?
LUCIANO.—Porque me las han hecho.
DOÑA SARA.—¡Ah! ¡El desilusionado!
GABRIEL.—¡Con que esas teníamos!
MARTA.—¡Y quién lo hubiera pensado... tan pesimista!
LUCIANO.—Por que no me las han cumplido.
MARTA.—Ya no le creemos.
GABRIEL.—No le quiten el tiempo a Luciano.
LUCIANO.—¿Por qué?
MARTA.—¡Verdad! Vaya para que le cumplan las promesas.
LUCIANO.—Me voy, pero no para que me

cumplan las promesas, sino que para que usted no se ría de mí.

DOÑA SARA.—¡Vaya un pretexto!

LUCIANO. *(Despidiéndose).*—Señora Sara... Marta, buenas noches... Gabriel...

GABRIEL.—Que no te pierdas.

LUCIANO. — Descuida. ¡Buenas noches! *(Sale).*

ESCENA VI

Dichos menos Luciano

DOÑA SARA. *(A Gabriel).*—¿Tú vas a salir?

GABRIEL.—No.

DOÑA SARA.—¿Por qué?

GABRIEL.—Porque viene Raquel y mis *queridas* tías.

DOÑA SARA.—Vamos a tener otra discusión.

GABRIEL.—Que creo que va a ser la última.

DOÑA SARA.—Gabriel.

GABRIEL.—Es necesario que esto termine pronto.

DOÑA SARA.—Pero... déjame, yo las recibiré sola.

GABRIEL.—Acepto. Pero, yo también solo, las despediré.

MARTA.—Pero para qué.

GABRIEL.—¿Entonces quieres que estas deliciosas visitas se prolonguen indefinidamente?

DOÑA SARA.—No decimos eso.

GABRIEL.—Esto tiene que terminar aquí.

DOÑA SARA.—Pero fíjate... Ahora habrá un conflicto... Van a venir ellas, va a venir Raquel, estás tú... se van a juntar todos.

GABRIEL.—Eso es lo que yo quería, que nos juntáramos todos. ¡Todos cara a cara! Las que hacen de la vida un infierno, frente a frente con la que hace un cielo de la vida! Aquí nos veremos, madre. Es necesario. Tendrán que salir con su vergüenza por donde entre el amor! Por esa puerta saldrán mis tías, y Raquel entrará por esa puerta!

DOÑA SARA.—Pero pensarán que no te atreves a saludar a Raquel delante de ellas.

GABRIEL.—Todo lo contrario, madre, sabrán que no quiero despedirme de ellas delante de Raquel.

MARTA.—Gabriel, reprímite, hazlo por mí.

GABRIEL.—Por ti lo hago, Marta, porque a ti te debo todo, tú me mostraste el camino, ya conozco la ruta ahora ¡déjame ir!

DOÑA SARA.—¿Y crees tú que a Raquel le agradará esa actitud tuya?

GABRIEL.—Sí.

DOÑA SARA.—¿Por qué?

GABRIEL.—¡Porque es mía!

DOÑA SARA.—Pero, Gabriel, date a la razón. No es posible que todos los días tengamos aquí escenas violentas.

GABRIEL.—¿Y tú prefieres que todos los días tengamos aquí el escándalo de fraseeitas y sátiras?

DOÑA SARA.—No, no lo prefiero.

GABRIEL.—Es que es necesario terminar pronto. Nosotros que hacemos alarde de una propia conciencia, no podemos saludar al chisme y ofrecerle un asiento en la sala. Si somos fuertes y convencidos, ahora lo probaremos.

LA CRIADA. *(Desde la puerta).*—La señora Julia y la señora Clara.

GABRIEL.—Que pasen. *(Se retira la criada).*

DOÑA SARA.—¡Gabriel!

MARTA.—Ten calma.

DOÑA SARA.—Pero, es que tú...

GABRIEL.—¿Qué?

DOÑA SARA.—Es que tú las vas a recibir de...

GABRIEL.—No, las reciben ustedes. ¡Yo las despido!

ESCENA VII

Dichos y Clara y Julia

JULIA Y CLARA.—¡Buenas noches!

DOÑA SARA.—Buenas noches. *(Se saludan todos).*

CLARA.—Creímos que tú no estarías.

GABRIEL.—Mal hacen en venir a mi casa con ilusiones.

CLARA.—Tienes razón.

GABRIEL.—Acostumbro a tenerla.

JULIA.—¿Frasecitas?

GABRIEL.—Dispensen.

CLARA.—¿Qué?

GABRIEL.—Que haya empezado con frasecitas.

CLARA.—¿Por qué?

GABRIEL.—Porque no las entienden.

JULIA.—Gracias.

GABRIEL.—¿Le molestan a usted mis groserías? *(Irónico).*

JULIA.—No estoy acostumbrada a ellas.

GABRIEL.—¿Entonces hace tiempo que no vive usted con su marido?

CLARA.—No queremos palabrería. Hemos venido, Sara, por tus papeles.

DOÑA SARA.—Están aquí. Pásalos, Gabriel.

GABRIEL. *(Cogerá un rollo de papeles que habrá en el armario, y se lo pasará a Julia con una acentuada amabilidad irónica).* Está servida, querida tía.

DOÑA SARA.—¿Está conforme así?

JULIA. *(Consultando los papeles).*—Sí, están bien. ¡Qué letra más clara tiene usted, Sara! Se entiende tan bien...

MARTA.—Y mamá que creía que no le iban a entender.

GABRIEL.—En la familia todos tenemos letra clara... Y nos hacemos entender muy bien.

CLARA.—Nosotras también tenemos letra clara.

GABRIEL.—Pero caen en ciertos errores ortográficos.

CLARA.—Te advierto que creo poseer la lengua.

GABRIEL.—Y manejarla maravillosamente.

JULIA.—Con su hijo no se puede hablar, Sara.

DOÑA SARA.—¿Por qué?

JULIA.—Porque es un satírico formidable.

MARTA.—Es de familia.

CLARA.—Gabriel no se puede quejar de tener parientes sin talento.

GABRIEL.—¡Vaya! ¡Claro que no! Si hay unos talentazos en mi familia... Todos nacen genios... Lo malo es que después se caen del caballo y...

JULIA.—¿En tu casa nadie ha perdido los estribos?

DOÑA SARA. *(Inquieta).*—¿Por qué pregunta eso, Julia?

GABRIEL. *(Súbitamente indignado).*—Porque desea mi querida tía que hablemos claramente como vamos a hablar. Madre, hazme el favor de dejarnos solos, Marta, vete.

MARTA.—¡Pero, Gabriel!

GABRIEL.—¡Vete, Marta! ¡Marta, vete también!

CLARA.—¿Empezamos otra comedia?

GABRIEL.—No. Este es el final. *(Sale Doña Sara y Marta).*

ESCENA ULTIMA

Dichos menos Doña Sara y Marta

GABRIEL.—¿Esto deseaban?

CLARA.—¿Qué?

GABRIEL.—¿Que nos encontráramos a solas?

JULIA.—Nos es indiferente.

GABRIEL.—Bueno, a mí no. Necesito que terminen estas batallas de arrabal. Aquí en mi casa no.

CLARA.—¿Nos va a arrojar de ella?

GABRIEL.—Todavía no.

LA CRIADA. *(Desde la puerta).*—La señorita Raquel.

CLARA.—Vamos a tener la suerte de conocer tu linda novia.

GABRIEL.—No les daré ese gusto. *(A la criada).* Que tenga la bondad de esperar en la salita. *(Se retira la criada).*

JULIA.—¿Cómo? ¿Nos arrojas de tu casa?

GABRIEL.—Esta es mi casa. Aquí va a entrar Raquel. No quiero que se encuentre con ustedes!

JULIA.—¿Por oué?

GABRIEL.—Por respeto a ella.

CLARA.—¡Nos arrojas de tu casa! De ti no esperábamos otra cosa, sabíamos que...

GABRIEL.—Les advierto que no quiero que Raquel espere mucho rato.

JULIA.—Muchas gracias.

GABRIEL.—De nada.

CLARA.—Buenas noches.

GABRIEL.—Buenas noches.

(Sale Clara y Julia por la puerta del fondo. Gabriel cogerá con toda serenidad un cigarro de una caja que habrá en la mesa. lo encenderá calmadamente, tocando el timbre).

LA CRIADA. *(Desde la puerta del fondo.).* ¿Mandaba, don Gabriel?

GABRIEL.—A la señorita Raquel, que pase!

Telón rápido y fin de la comedia.

Autógrafos de Pérez Rosales

Damos a continuación algunas páginas autógrafas del manuscrito "Recuerdos del Pasado" de don Vicente Pérez Rosales, copiado e ilustrado por el propio autor de su puño y línea, antes de dar la primera edición a la estampa.

y apareña distinguen al aventurero sus americanos

Rifles, pistolas de seis tiros, puñal, navajas, polvorines y cartucheras, botas granaderas y muchas botellas de brandy constituyen los instrumentos mineros del Yankee.

Hay aquí tres o cuatro carretones de alquiler p.ª llevar por bagajes y pidiendo un desatino por el flete de la

al Chino, al bengala, al ruso y al californio tra
tando de enebrar una compania

al Chileno y al oregones mirandose de reojo

y al frances y al italiano guiñando a una india
Canaca coronada de flores de mano, vestido azul y zapa-
to colorado. Todo en fin cuanto puede verse ex-
raro y extravagante en los trajes de un baile de
mascara, se ve en esta tierra de promision.
pero en proporciones gigantescas. Lo q.e se estra
na mucho en este perpetuo Carnaval son las
Criaturas de aquel que unos llaman bello
sexo y otros hembras como los yankees (femels)
y q.e otra cosa han de ser las mugeres de estos animales.

quiere dar el q.l los tiene, por que el comprador considerando q.l el tiempo es oro en California con tal q.l encuentre a la mano lo que necesita no se para en tanto mas cuanto mi lo va a callejear a otra parte. La moneda corriente es oro en polvo y la desemboltura con que lo manejan p.a las compras o ventas da a entender lo poco q.l les cuesta el adquirirlo; las calles estan empedradas de botellas rotas y entre las muchas casuchas que se levantan como p.r encanto á guisa de las cayampas en los primeros aguaceros de Mayo se ven multitud de ventas de licores y ¡¡¡ casas de juego. Cerca de la playa como en la mitad de la poblacion se esta levantando una hermosa casa de cal y ladrillo perteneciente a un tal Vassar marinero ayer, hoy millonario. En la plaza se construye con mucho lujo un inmenso establecimiento p.a Café de otro marinero no menos rico q.l el primero. Aqui la mayor parte de la gente habla ingles bien o mal pero p.r los trajes y el acento descubre V. al lado del yankee flaco y de calzones cortos al abultado ¡¡¡ boer

da de hermosos cerros poblados de pinos. Nos aseguran q.e hay muchos ganzos liebres perdices venados, algunos osos y todas las demas golosinas q.e amenan al cazador.

Eran las 11, de la noche, a las nueve se resolvio hacer el viaje a la contra-costa y desde entonces hasta ahora nos hemos llevado limpiando las armas y proveyendonos de los articulos necesarios V. puede imajinarse q.e mientras las manos trabajaban la boca no cesaba de contar proeza de caza. El decano tubo entonces la honra de hacer a los circunstantes atonitos una larga reseña de su punto seguro, su ojo certero su marchar cauteloso su presencia fascinadora y su todo de Apolo Dios de la hermosura de los poetas y de los cazadores.

La noche se nos ha pasado en agradables ensueños. Apolo se soñó en un tremendo campo de batalla sembrado de sangrientas cadornices, de mutiladas liebres, de agujereadas ciervos y de mucho al buelo mucho buelo, mucho buelo sin señora, y le aseguro a V. que si la Gloriosa California no viniera a desplie-

La Nueva Polonia

La historia dramática de su larga lucha para conseguir la independencia nacional

por

FEDERICO AUSTIN

Ilustraciones fotográficas.

Hace tres siglos, cuando Prusia era aún un ducado diminuto y semi-bárbaro; cuando Austria era un insignificante archiducado y Rusia una federación de pueblos nómadas, mal organizados, se extendía al través de la Europa oriental la República de Polonia, orgullosa, independiente y turbulenta.

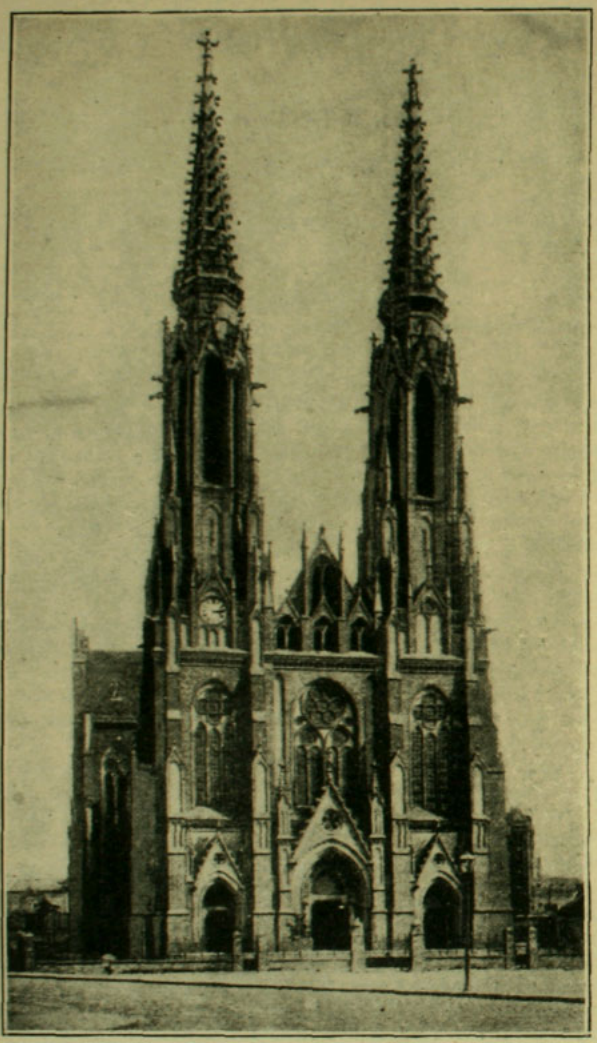
Por una de aquellas amargas ironías del destino, sobre el territorio en que imperaba la autoridad de un estado independiente, las fuerzas armadas de las tres monarquías vecinas, que llegaban a su turno a ser poderosas y ambiciosas a su vez, se repartían aquel territorio conservando sólo el nombre de la antigua nacionalidad para designar una provincia subyugada y poblada por seres desgraciados que jamás olvidaban que se les había arrebatado su libertad. Es muy posible que la actual guerra europea tenga, como una de sus múltiples consecuencias, el conceder a veinte millones de polacos la aspiración, jamás abandonada, de volver a constituir un pueblo unido, y tal vez llegue a formar de nuevo un estado independiente y respetado por todas las naciones.

Las naciones mueren; pero mueren con gran dificultad y a veces rehusan permanecer enterradas.

No se sabe con precisión su origen. No encontramos el nombre de Polonia en la historia antes del siglo X; pero se sabe que formaban una de las numerosas divisiones de la raza eslava, que en una época muy remota emigró desde el valle regado por el Danubio a las hondonadas del Oder y del Vístula; formando, según las crónicas de aquel tiempo, una población compuesta de gente dedicada a los trabajos agrícolas.

En los comienzos del siglo XI fueron bautizados por sacerdotes católicos romanos y hasta la época actual han conservado esa religión a pesar de que la mayor parte de las ramificaciones de la raza eslava pertenecen a la iglesia griega ortodoja. En el siglo XI se dió el título de rey, por la primera vez, al príncipe que regía sus destinos; y a pesar de haber sido rechazado el título por el Papa en 1079, lo concedió doscientos años más tarde y fué conservado desde entonces por una larga dinastía hasta la época de la repartición final de los territorios polacos, verificada hace ciento cincuenta años.

El siglo de oro del desarrollo de Polonia fué el siglo XIV. Durante el reinado de Casimiro el Grande (1333-1370) "el rey de los campesinos" y fundador de la renombrada Universidad de Cracovia, el reino de Polonia adquirió el principado de Galicia y las provincias de Lemberg y Volhynia. En el año 1386 el área del reino se extendió al duplo con la anexión del populoso principado de Lithuania, que se extendía por el noroeste hasta el Báltico y por el oeste hasta las cercanías de Moscow. La amalgamación de los nuevos dominios con los antiguos fué una tarea difícil y molesta y puede decirse que jamás se vió terminada. Aún en la época de su mayor apogeo, en los siglos XVI y XVII, la Polonia apenas era otra cosa que una confederación de media docena de principados, semi-independientes, discordantes en su raza, lengua, leyes y costumbres; dominados por intereses diversos y opuestos entre sí. El desgraciado fin de la nación polaca fué, sin duda, demasiado cruel e injusto. Basta, sin embargo, recordar las condiciones in-



Una iglesia en Praga, de perfecto estilo gótico

trínsecas de aquel Estado para comprender por qué aquella suerte parecía inevitable desde el principio de su constitución.

En cuanto a su régimen político la Polonia fué siempre una forma extraña de monarquía, aunque teóricamente era una República. Al principio los duques, y después los reyes, eran verdaderos monarcas que obtenían su título por derecho hereditario. Después del siglo duodécimo se formó una nobleza que concentró en sus manos la dirección de los negocios públicos. El principio hereditario fué desde entonces atropellado y la designación del monarca llegó a ser la señal para que se desencadenara periódidicamente una lucha desenfrenada de candidatos al trono, que eran enviados por las reales familias de Austria, Rusia, Francia, Sajonia y Suecia. Las elecciones daban origen a escenas de inusitada violencia, en las que se hacía un derroche de revelaciones traidoras y mezquinas que hubieran escandalizado a Maquiavello y Mazprimo.

Entretanto se dió en suponer que los nobles constituían la nación entera y era en las reuniones de la Dieta, en la cual estaban presentes los nobles o sus diputados, donde se discutían y resolvían los más complejos negocios del Estado.

El tópico más interesante de la constitución polaca era el curioso: *liberrum veto*. En las asambleas deliberativas del mundo entero las decisiones se alcanzan por medio del voto de mayoría. En ciertos casos se requieren los dos tercios o, cuando más, una mayoría de las tres cuartas partes. En las postrimerías del siglo XV se acordó, en una reunión de la Dieta Polaca, que las votaciones debían tener la unanimidad de los votantes y durante doscientos cincuenta años se respetó este extraño convenio.

Gracias a este medio, un solo miembro de la Dieta que se opusiera a algún proyecto lo hacía fracasar. Pronunciando simplemente el término "me opongo" podía, en cualquier momento, dar por terminada una discusión y obligar a la asamblea a suspender la sesión. No podía inventarse una práctica po-

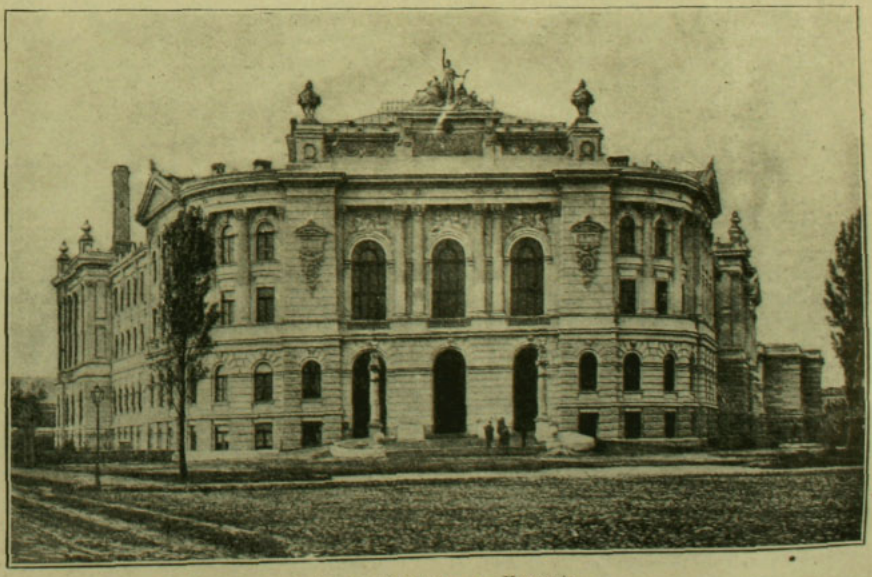
lítica más insensata y, por esta razón, los que estudian la historia de la desventurada Polonia atribuyen al *liberum veto* la ruina de esa nación. La corrupción entre la nobleza era legendaria y nunca fué difícil para una potencia extranjera o algún interés bastardo, dominar los procedimientos de la Dieta mediante el soborno de alguno de sus miembros.

Mientras hubo en el reino de Polonia una clase media o de burgueses, esta clase estuvo compuesta principalmente por comerciantes y artesanos alemanes o judíos. La gran masa de polacos que formaban el pueblo eran campesinos: y su condición, hasta desaparecer su autonomía nacional, fué extremadamente dura. Podía considerárseles como siervos empleados en las estancias de los nobles y entre ellos y sus amos no había más juez que Dios.

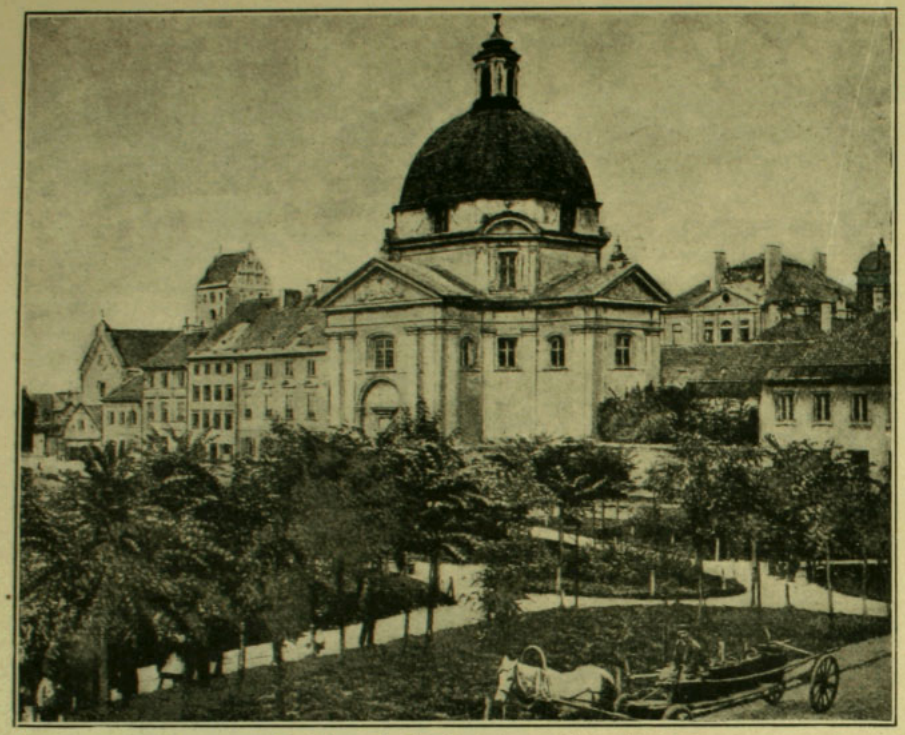
A pesar de este cuadro desconsolador, en lo que concierne a las condiciones sociales y económicas del pueblo de Polonia durante los siglos XVII y XVIII, es necesario recordar que ella era más o menos igual a las condiciones en que se encontraban las demás clases desheredadas de los otros países de la Europa; en cambio, en las otras fases de su civilización, era muy superior a los demás países. Las Universidades y colegios tenían gran número de alumnos; la literatura se enriquecía con obras imperecederas y desde Cracovia, Copérnico, precursor de Newton, mostraba a la Humanidad nuevos horizontes desconocidos que le revelaban la magnitud y el esplendor del mundo en que vivimos. Por último, el genio polaco se encarnaba en obras musicales y en otras manifestaciones artísticas que despertaban la admiración del mundo entero.

De cuando en cuando Polonia desempeñaba un gran papel en la política, en la diplomacia y en las guerras más famosas, añadiendo nuevas glorias a su ya glorioso renombre. Una de estas victorias la obtuvo en 1683, cuando los ejércitos polacos, mandados por Juan Sobieski, derrotaron a las feroces hordas turcas que sitiaban a Viena, salvando, al mismo tiempo, a la ciudad de una captura indudable y a la civilización de la Europa occidental de un asalto análogo al realizado por el feroz Atila con sus hunos.

La idea de la repartición de la infeliz Polonia, se asegura, tuvo su origen en el fértil cerebro de Federico El Grande de Prusia; pues él envió su primera proposición a la Emperatriz de Rusia, Catalina II, a principios de 1769. Esta proposición fué mal mirada por ésta e igual impresión recibió de la reina María Teresa, que ocupaba el trono



Instituto politécnico en Varsovia



La Iglesia de San Casimiro, en Varsovia

de Austria. Viendo Federico el Grande que ambas vacilaban, despertó la animadversión entre ellas, y con esto obtuvo la aprobación del proyecto de partición, que ambas rechazaron al conocerlo la primera vez y que en seguida aceptaron sin vacilar.

El tratado de partición se firmó en San Petersburgo el 5 de agosto de 1772, y para excusar este acto ante el mundo se observó que la condición desordenada del reino de Polonia era una amenaza para la seguridad de las potencias vecinas. Hasta el último momento los polacos rehusaron creer que se realizara un proyecto tan inescrupuloso y atrevido. Sin embargo, bajo la protección de las bayonetas rusas se convocó una Dieta en Grodno, asamblea que ratificó los convenios efectuados entre los enemigos de esa nacionalidad.

Por medio de esta repartición, Polonia perdió algo más de la cuarta parte de su territorio. Austria obtuvo la mejor parte, pero Federico consiguió para Prusia lo que deseaba: la moderna provincia de la Prusia Occidental. Rusia recibió la Livonia Polaca y varios otros distritos que antes habían sido territorios suyos.

Se introdujeron muchas reformas políticas y se dictó una nueva constitución ideada por los estadistas de Rusia e implantada en 1775, y tres años más tarde la Dieta promulgó una serie de reformas políticas de consideración, urgentemente reclamadas dada la condición desastrosa de la clase más humilde.

Era indudable que la existencia de Polonia estaba en gravísimo peligro, pues ella era tolerada sólo por la voluntad de sus poderosos vecinos y la realización de estos temores se verificó veinte años después, en el año 1791. Los polacos habían despertado y comprendido muy tarde que su desorganización había acarreado para ellos la pérdida de su libertad y procedieron a promulgar una nueva constitución política. En este instrumento público se inauguraba un reino de carácter hereditario; se organizaba en el papel un servicio administrativo copiado del sistema francés usado en aquel en-

tonces; se abolía el *liberum veto*; se creaba un gran ejército permanente y se admitía en la Dieta a los representantes de las diversas ciudades de Polonia, colocando a los campesinos, por la primera vez, bajo la protección de la ley.

No formaba parte del plan de intervención de Prusia y de Rusia el permitir la implantación de tales reformas. Cuando los polacos rehusaron abandonar las reformas acordadas, las dos potencias intervinieron con sus ejércitos, obligando a Polonia a conservar el régimen de gobierno implantado por Rusia. Como merecido castigo por su insubordinación se le arrebató más de la mitad del territorio restante, según acuerdo entre estas dos potencias firmado el 4 de enero de 1793.

Quedaba reducida la desventurada Polonia a una extensión de ciento cuarenta y una millas cuadradas, un área menor de la del Estado de California en Norte-América. Enloquecidos con el duro tratamiento que recibían, encontraron un guía inspirado en la persona del general Tadeo Kosciuzko, héroe de la independencia de los Estados Unidos, y el pueblo de Polonia se alzó en masa para hacer frente a la soberbia dominación de sus enemigos.

A pesar de los esfuerzos desesperados del valor indomable y de la ardorosa voluntad de conservar la independencia de su patria, los polacos fueron vencidos. Esperaban socorro de los elementos republicanos de Francia; pero éstos tardaban en venir, y la última esperanza que cifraban los patriotas polacos en la falta de cooperación de Rusia, Prusia y Austria, se vió defraudada y para colmo de desventuras, estallaron hondas discordias políticas entre los mismos hijos de Polonia.

Después de una lucha deseperada, que

La Catedral greco-católica de Varsovia

duró seis meses, la insurrección fué dominada; la sangre polaca había corrido a torrentes; el país estaba exhausto y pudo ser pisoteado impunemente por las plantas de los conquistadores. El último rey de Polonia, Estanislao, y el general Kosciuzko, fueron apresados y conducidos a la metrópoli rusa, donde el primero fué encerrado por el resto de sus días y sometido a constantes y dolorosas humillaciones. Kosciuzko fué puesto en libertad después de algún tiempo y el Emperador Pablo I le ofreció un alto comando militar.

El día de la extinción total de Polonia estaba ahora muy próximo; y este momento se veía postergado tan sólo por las naturales desavenencias de los lobos al repartirse su presa. El 3 de enero de 1795 Rusia y Austria terminaban un nuevo tratado de repartición al que Prusia prestó su aprobación nueve meses más tarde. Prusia obtuvo esta vez los territorios situados entre los ríos Oder, Bug y Niemen; Austria se apoderaba de Cracovia y dos palatinados vecinos; Rusia conservaba lo restante. El nombre de Polonia se borraba del mapa, rendido con el peso de tantas glorias y tragedias ocurridas durante más de diez siglos.

Al contemplar la destrucción de su patria, gran número de polacos se enroló en los ejércitos de los Estados vecinos. Luchando bajo las banderas de Napoleón derramaban su sangre en el territorio de Europa y allende los mares, pues una legión de estos incansables hijos de las llanuras de Polonia formó parte de la expedición que se vió diezmada por los estragos de la fiebre amarilla en las playas de Haití, en los años 1801, 1803.

Durante muchos años los patriotas polacos acariciaron la ilusión de recuperar su perdida autonomía, gracia a la cooperación del gran conquistador nacido en Córcega. Adquirieron mayor fuerza estas expectativas después de la derrota sufrida por Austria y Rusia en los campos de Austerlitz, en diciembre de 1805, seguida de la declaración de guerra a Prusia algunos meses más tarde. La campaña rapidísima de Jena aplastó al reino de los Hohenzollern y cuando Napoleón avanzó cruzando el territorio de Polonia para atacar a Rusia, se vió asediado por diputaciones y ruegos de innumerables polacos que le pedían reconstituir su antiguo reino.

Sus contestaciones fueron evasivas; sin embargo, los patriotas de Polonia recibieron el consejo de prestar al Emperador francés su apoyo moral y material. Una medida adoptada por Napoleón en 1807 reavivó estas esperanzas, pues, según una proposición del Czar Alejandro I, se creó el Gran Ducado de Varsovia.

Este ducado, reconstruído con gran rapidez, incluía la mayor parte de las tierras que Prusia había adquirido en las tres diversas particiones efectuadas. Tenía una población de dos y medio millones de habitantes y en 1909 se le añadió el territorio situado al oriente de Galicia y ocupado por otro millón y medio de polacos. Se le otorgó una constitución que organizaba un gobierno parecido al de Francia; se implantó el Código Napoleónico; se decretó la libertad del culto; se abolió la esclavitud, por lo menos en el papel, y el ducado fué entregado al cuidado de uno de los aliados de Napoleón, el Rey Federico Augusto de Sajonia.

Para la mayoría de los polacos esto equivalía a iniciar la resurrección del reino independiente; pero muchos patriotas, y entre ellos Kosciuzko, rehusaron francamente servir a las órdenes de Napoleón si no declaraba públicamente su resolución de conceder a Polonia su perdida libertad.

Esta declaración no fué jamás formulada por el Emperador francés. Para el aventurero de Córcega, Polonia era una de las piezas que formaban el juego de ajedrez en el continente europeo, y en Tilsit, aquella famosa conferencia a la cual asistió, prometió al Czar Alejandro I que el nombre de Polonia no sería jamás admitido en el concierto de las potencias. En 1808, al dar sus instrucciones al Mariscal Davout, le ordenó mantener en jaque a los polacos, que "son muy porfiados". El gran ducado debía sufragar hombres y dinero en abundancia y las mejores tierras se entregaron a oficiales y generales franceses. En 1810 se firmó una convención solemne que garantizaba a Rusia la extinción completa del reino polaco.

Los patriotas hasta el fin esperaron en vano; y cuando el conquistador de Europa atravesó sus territorios, en la memorable expedición contra Rusia, solicitaron en vano la realización de su constante deseo. Sesenta mil soldados escogidos se plegaron al ejército francés y lo acompañaron hasta

Moscow, compartiendo los crueles horrores de esa retirada horrible. Pero no consiguieron promesa alguna del genial capitán y la caída de Napoleón, dos años más tarde, hizo esfumarse aquellas esperanzas.

En el congreso de las naciones, reunido en Viena el año 1814, se puso sobre el tapete la cuestión de Polonia y su futuro. El Czar Alejandro deseaba reunir en un solo reino los antiguos territorios de Polonia, bajo la soberanía de su dominio, como un protectorado cualquiera. En 1811 había propuesto este proyecto a los jefes del partido polaco, y había empezado a aconsejarles ponerse bajo su protección en vez de buscar el apoyo de Francia. En 1814 y 1815 las demás naciones no consintieron en la aprobación de esta idea y la solución adoptada fué la de la repartición final.

Lithuania y otros distritos que Rusia adquirió en las reparticiones de 1772, 1793 y 1795, fueron conservados como parte de su propio territorio. Austria y Prusia perdieron grandes extensiones de los territorios ya adquiridos. La primera, conservó a Galicia con millón y medio de habitantes; la última, quedó con Posen; con la Prusia Occidental y Enverland, con una población to

Iglesia de Santa Ana, Varsovia

tal inferior a un millón. Quedaba una extensión de ciento cincuenta mil millas cuadradas y con una población de dos y medio millones y esta región se denominó el Reino de Polonia, sometido a la soberanía del Czar.

Para terminar, debemos añadir que la antigua ciudad de Cracovia, con una población de sesenta mil habitantes, se constituyó en forma de República independiente neutra, bajo el protectorado conjunto de Prusia, Rusia y Austria.

Los polacos tenían fundados motivos para regocijarse con este cambio: el nombre de Polonia volvía a aparecer sobre el mapa mundial: se había concedido al nuevo reino una constitución de tipo occidental europeo, que designaba a ministros responsables; creaba un Parlamento parcialmente elegido una franquicia de tipo más liberal que las análogas existentes en Francia e Inglaterra; organizaba también un ejército nacional, con estandartes nacionales; formaba, asimismo, presupuestos separados de entradas y gastos; proclamaba la libertad de la prensa y de los cultos religiosos; y, en fin, autorizaba el uso de la lengua polaca como idioma oficial.

Además el Czar prometía, aunque en forma vaga, que procedería a unir el reino con las tierras de Polonia que ya habían sido incorporadas al Imperio ruso. Como este monarca gozaba de la reputación de tener aspiraciones generosas y románticas, él se hizo el centro de las esperanzas de libertad para los patriotas polacos, tal como Napoleón había sido, diez años antes, el centro de sus aspiraciones. Se creía entonces que Rusia llegaría a ser con el tiempo la restauradora de la nacionalidad polaca.

La unión de una enorme monarquía autocrática con un pequeño reino constitucional, debía tener su desenlace lógico y prematuro. Alejandro tenía buenas y sanas intenciones, pero, por diversos medios, reaccionó en las postrimerías de su reinado.

Todas las influencias cortesanas se oponían a la libertad polaca; y éstos, a su vez, por medio de una oposición insensata, aceleraron la obra de sus enemigos. La decantada promesa de unir las provincias Lithuanias al reino, no se vió realizada, y los actos del gobierno se encontraron frecuentemente perturbados.

En 1825 Alejandro fué reemplazado en el trono por su hermano Nicolás I, la encarnación del absolutismo y pocos años bastaron para que la opresión del nuevo Czar encendiera el descontento entre los hijos de Polonia. Después de todo, lo que anhelaban ellos no era un gobierno liberal sino la ansiada libertad.

En 1830, inspirados por el ejemplo de franceses y belgas, los polacos del reino se rebelaron y trataron de desprenderse del yugo impuesto por los rusos. El movimiento revolucionario empezó con un motín de carácter militar en la ciudad de Varsovia. Pudo este movimiento haber sido dominado desde el primer momento, con mano firme; pero, no hubo autoridad que se preocupara de ello o que se resolviera a dominar la situación.

Los hombres dirigentes de la nación se oponían de corazón a la revuelta, pues sabían que no podían esperar el éxito en las armas y temían el castigo que forzosamente se les impondría. La gran masa de la población carecía de aprendizaje y de disciplina militar; pero tenían, en cambio, la ardiente resolución de sacrificarse por su libertad. En Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, el pueblo simpatizaba con el movimiento, pero ningún Gobierno quiso acudir en ayuda de los desesperados polacos y el resultado de aquella guerra de nueve meses de duración debía ser desfavorable a los patriotas.

Al expirar la rebelión de 1831, Polonia perdió su constitución de reino organizado, separadamente. Se implantó un sistema de gobierno militar, bajo las órdenes de un plenipotenciario especial, llamado Virrey de Polonia; y poco después, Gobernador General de Varsovia, el cual, aunque nominalmente proveído, permaneció ejerciendo el cargo hasta principios del siglo actual.

Los insurgentes fueron bárbaramente castigados; muchos fueron fusilados y enviados a las estepas de Siberia. Miles de polacos huyeron a los países extranjeros y en París, en Berlín y en Viena formaron un elemento incansable que estaba siempre dispuesto a combatir por la libertad de Polonia. Como pueblo, los polacos quedaron con la satisfacción altruista de haber logrado atraer la atención de las potencias vecinas a su revuelta, impidiendo la intervención en el movimiento revolucionario de julio de 1830 en Francia, y dejando a Bélgica recobrar su independencia.

La destrucción del reino de Polonia de-

bilitó la acción del elemento de esa nacionalidad en los dominios de Rusia. Prusia y Austria, debilitamiento que fué seguido de una opresión inhumana.

En Rusia, la potente intelectualidad polaca, que se había enseñoreado en la floreciente Universidad de Vilna, fué aniquilada por medio de la fuerza; y, eventualmente, aquella Universidad y la de Varsovia fueron clausuradas. Era un verdadero crimen poseer libros de autores polacos y se prohibió a la prensa la inserción de artículos relacionados con la política polaca.

Las tropas polacas fueron distribuídas en los regimientos rusos; millones de polacos católicos se vieron obligados a ingresar a la iglesia griega y se hizo cuanto fué posible para hacer olvidar a los polacos su propio idioma. Se trataba de *rusificar* a los polacos, y Polonia llegó a ser un territorio subyugado y sometido al imperio de la fuerza.

En Austria la situación era más o menos idéntica. Sólo en Prusia, donde fermentaba el sentimiento liberal alemán, la opresión no era tan sangrienta. A causa de ésto la ciudad alemana de Posen llegó a ser en los años comprendidos entre 1830 y 1848, el principal foco de las aspiraciones nacionalistas y del pensamiento polaco.

Estimulando el odio de los polacos al yugo extranjero y cerrándoles todas las vías para el desarrollo de su actividad política, la opresión extranjera provocó frecuentes conspiraciones. Las insurrecciones locales fueron infinitas. Una de estas insurrecciones, ocurrida en la Polonia austriaca en el año 1846, tuvo consecuencias excepcionalmente trágicas para los mismos patriotas polacos, pues el gobierno de Metternich, aprovechándose de la ignorancia de los campesinos, les hizo creer que las clases ricas de Polonia pretendían volver a implantar la esclavitud, y colocando frente a frente a unos y otros, produjo una matanza general de polacos de las clases acomodadas, que es una mancha ignominiosa en la historia de este desgraciado país.

Incidentalmente, después de haber sido dominados los disturbios, la pequeña República de Cracovia, el último fragmento de la Polonia libre, fué anexada a los dominios de la dinastía de los Hapsburgos. Once años antes las tres potencias contratantes habían convenido secretamente que éste se efectuaría tarde o temprano.

Bajo la autoridad severa del Gobierno de Berlín, los polacos prusianos mantuvieron una existencia apacible, pero en 1863 estalló en la Polonia Rusa una revolución que se extendió prontamente sobre el antiguo territorio de Lithuania y con vastas ramificaciones en todas las provincias polacas. El movimiento, mal aconsejado, fué el más insensato, desesperado y heroico de las revoluciones que han ocurrido en los tiempos modernos.

Con la reciente exaltación al poder de un Czar de ideas liberales, que tomó el nombre de Alejandro II, y considerando los

El Rey Juan Sobieski

hermosos triunfos que la idea nacionalista alcanzaba en otras naciones, principalmente en Italia, que obtenía en ese entonces su unidad política, los entusiastas patriotas polacos se imaginaron que obtendrían el éxito en esta lucha tremenda. Los polacos no tenían ejército; carecían de un gobierno nacional y no tenían tesoro ni recursos de ningún género y su única esperanza se fundaba en la intervención extranjera. Buscaron nuevamente esa ayuda; nuevamente se manifestaron en todas las naciones del mundo la gran simpatía que inspiraban, pero ninguna nación se atrevió a afrontar el enojo de Rusia. Las potencias occidentales

formularon una débil protesta ante el Canciller imperial de Rusia, pero éste la rechazó con mal disimulado enojo. El valor insuperable demostrado por los insurgentes prolongó durante muchos meses esta lucha que, según los críticos militares, no demoraría más de dos semanas.

El castigo impuesto a los insurrectos fué menos dramático que el sufrido en la rebelión de 1831; pero no fué por eso aplastante. El elemento campesino apenas había tomado parte en la insurrección y escapó ileso; no así la nobleza incansable, que se vió arrebatar sus propiedades por medio de una ley de expropiación general.

La escisión entre la clase campesina y la oligarquía polaca fué la nota dominante en la vida social de Polonia, y Rusia siguió el ejemplo de Austria al aprovechar las diferencias existentes entre estos dos elementos. Por un decreto del año de 1864 se despojaba a los nobles de casi la mitad de sus tierras, las que fueron entregadas a los labradores gratuitamente; libertándolos de la obligación de servir en aquellas tierras que algunos nobles conservaron. Con esta resolución se mejoró en algo la situación de los campesinos, pero la gran mayoría de los nobles polacos quedaron en la más abyecta pobreza y durante largos años se vieron aquellos seres, de educación tan esmerada trabajando como conductores de tranvías, ferrocarriles y carruajes, y ocupados en oficios tan mal mirados como el de mozo en los hoteles.

Terminada la insurrección se procedió a reorganizar la administración de la Polonia rusa, intensificando su carácter rusófilo. Se prohibió usar el idioma polaco en las iglesias, escuelas, teatros, diarios, transacciones comerciales, y los funcionarios encargados de la administracion pública hablaban del día no lejano en que "las madres polacas arrullarían a sus hijos en lengua rusa".

Con éxito diverso el sistema opresivo de Rusia fué mantenido con firmeza durante el resto del siglo pasado. Las pequeñas concesiones arrancadas a las autoridades rusas en 1905 cuando el Imperio estaba en vísperas de verse envuelto en una revolución gigantesca, han resultado ineficaces. Los polacos están excluídos del servicio público; su religión y su lengua están excomulgadas y es un crimen enseñar a un adulto a leer o escribir, crimen que castigan con prisión o con el destierro en la lejana Siberia.

Los polacos sometidos a la soberanía del Austria no están en condiciones tan deplorables, pues, desde la derrota sufrida por el Imperio austriaco de parte de Rusia en 1866, su política ha sido más liberal. Siguiendo una conducta cuidadosa y sumisa, los polacos obtuvieron del Emperador Francisco José, en el año 1869, un rescripto imperial que establecía la autonomía de la provincia de Galicia. Esta provincia polaca tiene una constitución provincial propia. Mandan sus representantes al Parlamento del Imperio, representación que consta de más de ochenta miembros, y han sido representados en el Ministerio por estadistas tan notables como Badeni y Goluchwski.

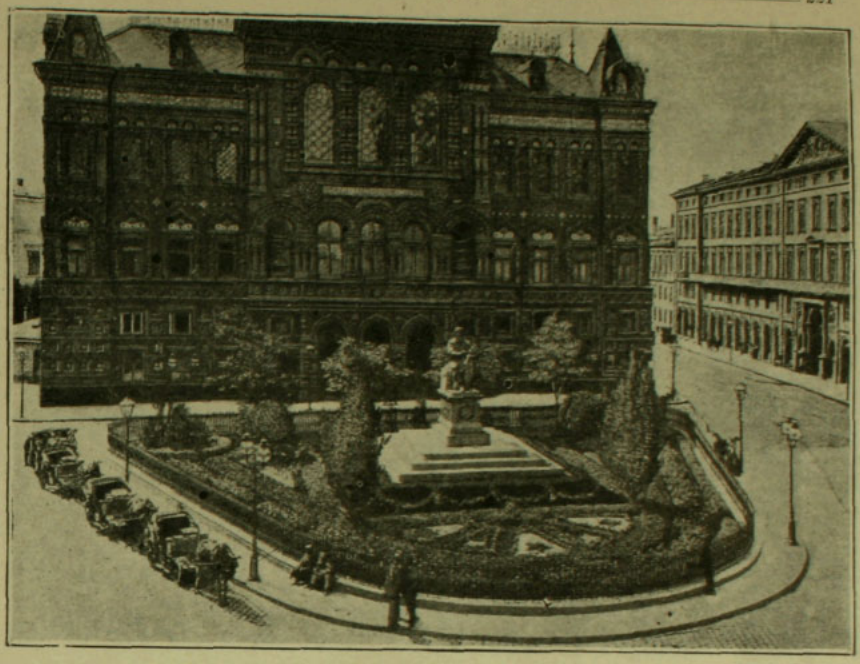
En Prusia, tal como en Rusia, los polacos han estado y están en la actualidad sometidos a la más rígida obediencia. En la época en que el reino de los Hohenzollern trataba de vindicarse, dirigiendo los destinos de la raza germánica, se temió que la supremacía germánica se debilitara en las provincias habitadas por polacos.

Como resultado de esta aprehensión las autoridades prusianas iniciaron una política de germanización que con el transcurso del tiempo adquirió una severidad rara vez sobrepasada por la autocrática política rusa.

Los medios de germanización empleados fueron dos: la supresión violenta del empleo de la lengua polaca y la inyección, en los territorios polacos de colonos alemanes, los que se esperaba dominarían la civilización de la antigua Polonia confundiéndose con aquellos elementos. En 1872 una ordenanza imperial hizo obligatoria la instrucción alemana dada en las escuelas, y la policía recibió orden de disolver cualquiera manifestación pública en la que se pronunciaran discursos en lengua polaca.

Siguiendo las inspiraciones de esta política se organizó un comité encargado de la tarea de comprar tierras a los polacos y establecer en ellas a los colonos alemanes. Se entregó a este comité la suma de cien millones de marcos con ese especial objeto, y diez años más tarde se duplicó esta suma. Durante quince años seguidos se adquirieron seiscientas millas cuadradas, en las que se radicaron cuatro mil familias de colonos alemanes. Pero, entretanto, los inmigrantes polacos que regresaban de la frontera oriental entraban en mayor cantidad que los inmigrantes alemanes.

En el año 1902 se formó un gran escándalo



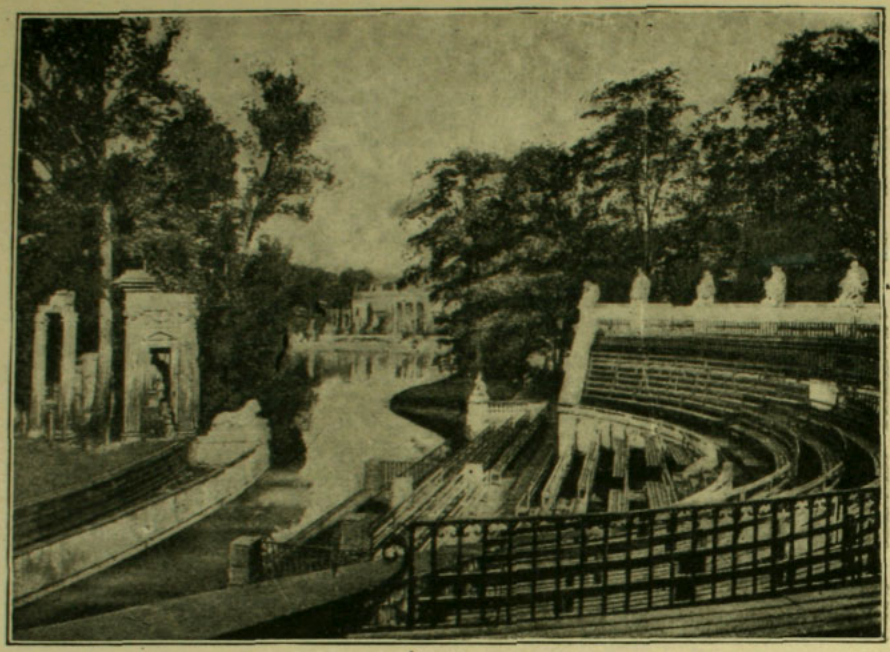
El primer plantel de instrucción en Varsovia

por las revelaciones formuladas en el Parlamento de Alemania acerca de los métodos de germanización empleados en Polonia y causó general indignación la práctica de azotar a los niños polacos que asistían a las escuelas al rehusar la recitación del Padre Nuestro en el idioma alemán. El Canciller del Imperio alemán, von Büllow, se vió obligado a declarar que "los castigos corporales en la enseñanza de la religión no eran convenientes" y a manifestar, al mismo tiempo, que la política alemana en las provincias orientales había fracasado por completo. Estas declaraciones, por otra parte, fueron seguidas de nuevas medidas gubernativas para incrementar la colonización alemana y por un decreto que prohibía a los colonos alemanes vender sus heredades a los polacos.

En 1906, año señalado por una célebre huelga de más de cien mil escolares, que reclamaban contra la práctica de azotarles cuando rehusaban contestar las preguntas que se les hacían en idioma alemán, el barón von Rheinbaben, Ministro de Hacienda de Prusia, se quejó públicamente de que en los quince años transcurridos la población alemana del Este de Prusia había disminuído en seiscientos treinta mil habitantes, mientras que la inmigración polaca, en la tercera parte de aquel período, había sido superior a trescientas mil personas. Estas revelaciones fueron seguidas de nuevos decretos gubernativos que estaban destinados a fomentar la colonización provincial y a impedir la emigración del elemento alemán.

El punto culminante de los esfuerzos del Gobierno se manifestó en 1908, al dictar una ley que establecía la expropiación obligatoria de las tierras pertenecientes a los polacos en favor de los alemanes que las solicitaran. Es necesario añadir que aunque el sentimiento público alemán aprueba, en general, el objeto que persigue la política del Imperio germánico, ha condenado los métodos puestos en práctica por las autoridades para conseguir la realización de esos propósitos. En 1909 el Reichstag tomó una resolución en la que manifestó su franco disgusto. En la actualidad, sin embargo, no se ha manifestado en el Gobierno imperial ningún deseo de alterar su política en aquellas regiones.

Recorriendo las páginas de la historia del mundo civilizado, sólo encontramos en el



Un parque, en Varsovia

pueblo judío una sucesión más calamitosa de desgracias que las ocurridas a Polonia.

Veinte millones de hombres, mujeres y niños viven en la actualidad dentro de los límites del antiguo reino de Polonia; diez millones de estos seres hablan la lengua polaca (o la hablarían si se les permitiera hacerlo) y son, en el estricto sentido de la palabra, hijos de Polonia. La mitad de esta población viven bajo el dominio de Rusia, un tercio vegeta bajo la autoridad del Austria y el resto gime bajo el poder autoritario de los funcionarios nombrados por el Kaiser. En Rusia y en Prusia se ha borrado todo rastro de su gobierno pasado y aún en Austria los muchos recuerdos imperecederos que les prueban en todo momento que no pueden considerarse como pueblo noble y libre.

El espíritu polaco está siempre latente. En Austria-Hungría se levantó en el tercer cuarto del siglo pasado un notable grupo de patriotas publicistas que fundaron en 1866 la Revista Polaca, que es en la actualidad el órgano del nacionalismo polaco. Sus sucesores son hombres eminentes que cultivan la literatura, la música y la política y que trabajan incesantemente en la gran obra de reconstituir la solidaridad nacional de Polonia.

En el año 1886 se fundó en la Polonia rusa una Liga Polaca, que tiene un tesoro nacional y un órgano de publicidad de gran circulación. Nueve años más tarde la citada sociedad se reconstituyó bajo el nombre de Liga Nacional y desde entonces esta organización ha incrementado el número de sus miembros que se encuentran diseminados en todos los ámbitos del antiguo reino de Polonia y ha sido el principal agente para la conservación de los ideales nacionales de Polonia. Los diarios y revistas polacas se imprimen y se reparten fraudulentamente, si es necesario; se establecen asociaciones educativas y las fuerzas desquiciadoras que trabajan en pro de la Rusia, Germania y Austria encuentran un formidable factor que se les opone sin darse treguas y con una fe ciega en el triunfo final.

Las masas populares responden eficazmente a este movimento nacionalista de los grandes pensadores polacos. En la fructífera labor del genio polaco no se ha notado decaimiento alguno. Ya sea en los estudios científicos, en la música, en la escultura o

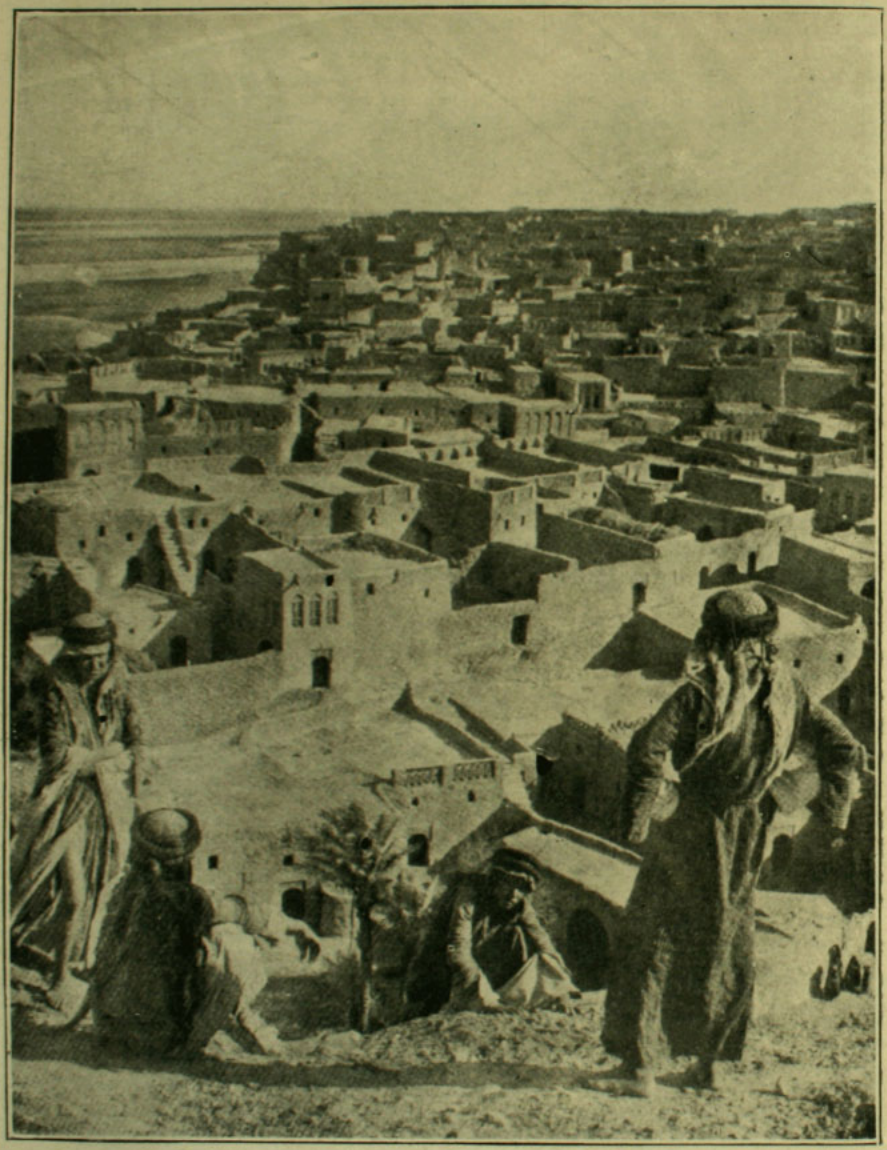
en la literatura los nombres polacos descuellan y conservan su carácter netamente polacos.

Estos signos inequívocos de la vitalidad de un pueblo extinguido oficialmente por la fuerza de sus tres poderosos vecinos tienen especial interés en la actual contienda de las naciones, pues, como resultado de ella, es muy probable se reanime y vuelva a existir la nación de Polonia. Quince días después de la declaración de guerra a Alemania, el comandante en jefe de las fuerzas militares de Rusia publicó una proclama en lengua polaca dirigida a todos los hijos de esa atormentada nación, prometiéndoles conseguir la unión de las demás porciones de su patria, bajo la protección del cetro del Czar y otorgándoles entera libertad para usar su propio idioma, su religión y un gobierno autónomo.

Poco después el Emperador Nicolás de Rusia hizo una proclamación similar. De un sólo golpe se alteraba la política tradicional de Rusia en Polonia, a lo menos desde los últimos años del reinado de Alejandro I. Se ha roto el lazo de unión que durante más de un siglo y medio estrechaba al Austria, a Prusia y a Rusia como socios en la expoliación del glorioso reino de Polonia.

No se puede predecir cuál será la conformación geográfica de este nuevo Estado como resultado de la guerra. Es verdad que no se encuentra en las proclamaciones rusas la promesa de conceder a Polonia su ansiada libertad; pero la derrota de Austria y de Alemania bien pudiera significar la unión de las tierras polacas divididas desde hace tantos años y han sucedido en el mundo cosas más extrañas que la posible reconstitución de Polonia en una nación independiente y soberana.

La probabilidad más cierta de realizarse es la de que Polonia después de la guerra será, por lo menos, tan extensa como la Polonia rusa actual, y si este gran territorio puede conseguir un gobierno autónomo y volver a conquistar la perdida libertad de emplear su lengua y su vida misma como mejor le plazca, se habrá dado un paso gigantesco hacia la devolución a un pueblo de grandes cualidades de lo que es legítimamente suyo.



LA CIUDAD DE TEKRIT, A LA ORILLA DEL TIGRIS LEGENDARIO

EN LOS ALREDEDORES DE BAGDAD, LA VENECIA DEL ORIENTE

BAGDAD: LOS PEREGRINOS QUE ARRIBAN A ESTA CIUDAD MILENARIA

Estación del Oeste.

EL PROGRESO DE ESTA REPUBLICA. — EXTRAORDINARIO MOVIMIENTO COMERCIAL DEL PUERTO.—OBRAS MONUMENTALES. — SERVICIO DE FERROCARRILES.—LECHE PURA Y ESTABLECIMIENTOS MODELOS.

La vía de extraordinario progreso en que ha entrado la República Argentina durante los últimos diez años la debe, seguramente, a la liberalidad con que ha protegido la inmigración sin distinguir nacionalidades.

La Constitución Pública de este país reconoce al extranjero tantos derechos como al hijo de la nación y de ahí que el que llega puede sentirse tan garantido como en su propia patria. Se le ayuda, se le protege y se le ofrece cuanta facilidad es posible para que se radique en las condiciones que su capacidad física e intelectual se lo permite.

Unas tres cuartas partes de los que llegan se quedan para siempre. Forman un hogar y se sienten tan argentinos como los criollos mismos, adaptándose a las costumbres del país en forma admirable.

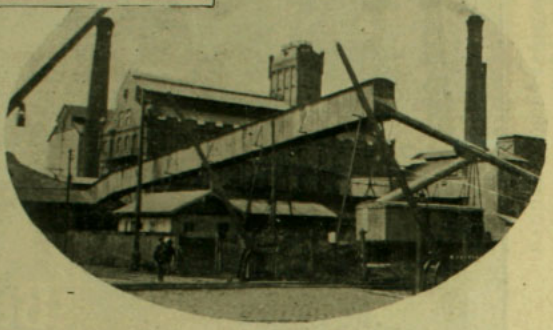
Aún hasta ahora casi no hay vapor que no traiga semanalmente de Europa trescientos o más inmigrantes que reciben albergue en el Gran Hotel que el Gobierno argentino tiene para ellos. Allí el recién llegado tiene alojamiento y comida hasta que encuentra donde colocarse. Este hotel de Inmigrantes, como se le llama, es elegante y limpio. Ocupa una manzana de terreno, vecino al muelle de desembarque.

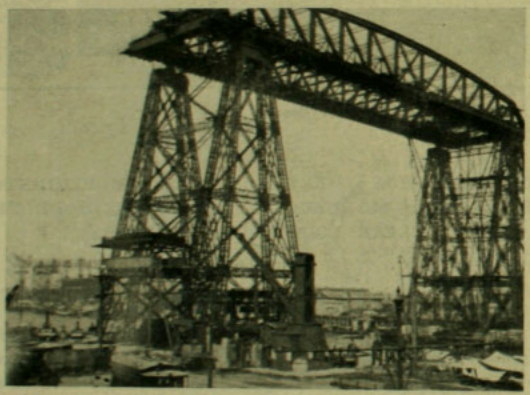
El Gobierno se encarga hasta del equipaje de los inmigrantes que hace trasladar en automóviles hasta el Hotel. Así como estas pequeñas atenciones el huésped recibe muchas otras que contribuyen a dar confianza al que viene en busca de fortuna o de trabajo simplemente.

El puerto de Buenos Aires, con su estupendo movimiento comercial, da trabajo a muchos millares de hombres. La actividad que se nota en los almacenes donde embarcan y

desembarcan centenares de vapores a un mismo tiempo, da una idea de la importancia que tiene este centro marítimo. Los buques anclados en ambas riberas del brazo del Río de la Plata, que forma el puerto, forman una fila que recorrida a lo largo en un tranvía no se le encuentra término en media hora de viaje.

A ambos costados del Riachuelo (como se denomina ese río) existen formidables instalaciones eléctricas y a vapor para el embarque y desembarque de la carga de los vapores

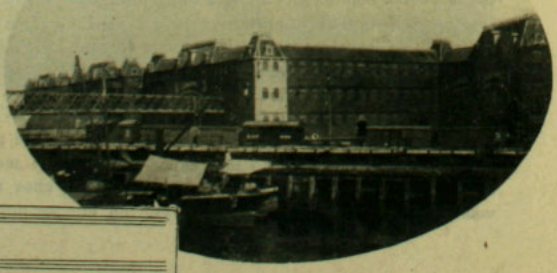


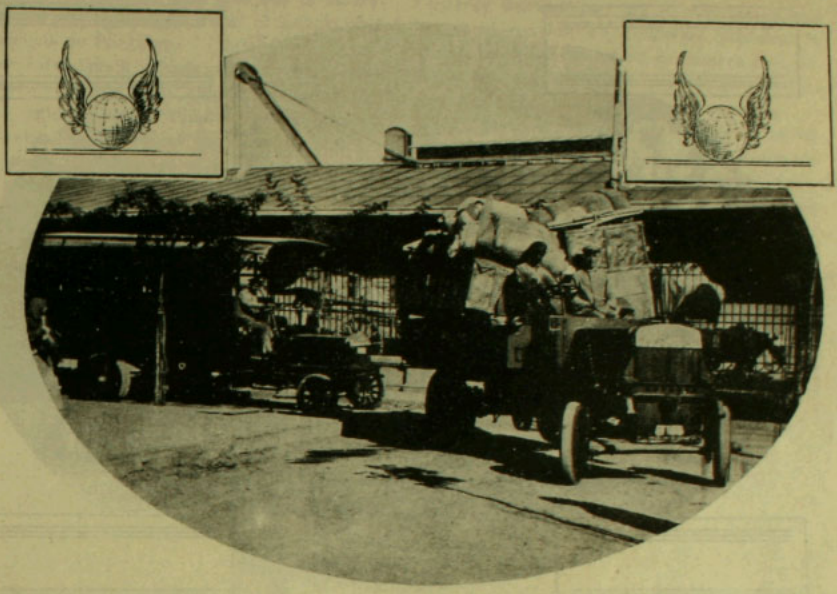


de tierra cruzan el río a un metro de altura del agua y transportan dos o tres grandes carretones cargados de bultos y listos con sus respectivos caballos para seguir viaje a las bodegas. Estas son obras monumentales. La fotografía respectiva dará al lector una idea de ellas.

con una capacidad media de 2,500 toneladas cada uno. Estos poderosos brazos mecánicos hacen la carga de un gran vapor en unas pocas horas.

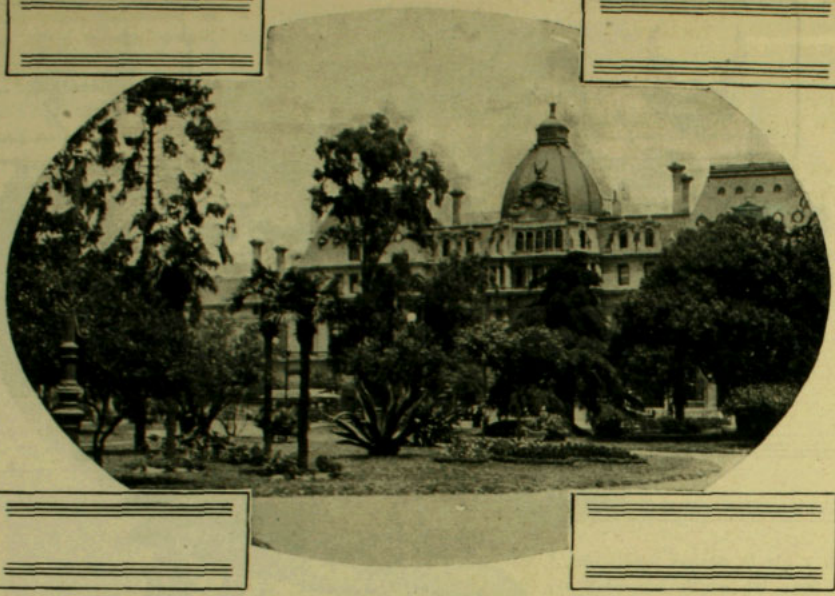
Enormes puentes de hierro que se elevan a una altura de 55 metros cruzan el Riachuelo en varios puntos para facilitar el rápido transporte de carga de un lado a otro, sin usar de las embarcaciones. De uno de los extremos de estos puentes pende un gran carro colgante de hilos de acero que se mueven con fuerza eléctrica. Estos carros, dispuestos a nivel





Servicio postal.

Hotel de inmigrantes.



Estos puentes tienen también a ambos costados ascensores para el público que quiera subir a contemplar desde 55 metros de altura el magnífico panorama que ofrece la ciudad o el paso de un gran buque debajo de ellos.

Hay otros puentes para el paso del ferrocarril que se levantan para dejar expedito el paso por el río. Otros giran hasta quedar paralelos a la ribera.

Si se sigue recorriendo el puerto se encuentra el visitante con los Elevadores de granos que prestan sus servicios de día y de noche.

En el costado norte del Riachuelo se encuentra el Mercado de Frutas en un local hecho especialmente y que reune todas las comodidades necesarias. Hay frigoríficos e instalaciones útiles para la conservación de los productos.

El subido precio que han alcanzado los alquileres de las casas de habitación en el centro de la ciudad ha obligado a las familias de la clase media, muy especialmente, a irse a vivir en las pintorescas poblaciones que en gran número rodean a Buenos Aires.

Las Empresas de ferrocarriles han comprendido la necesidad de dar facilidades a los que viven en los alrededores y al efecto han establecido trenes que hacen el servicio hasta la 1 de la madrugada.

Las tarifas de los pasajes son bastante reducidas y a ellas pueden acomodarse hasta los empleados más modestos.

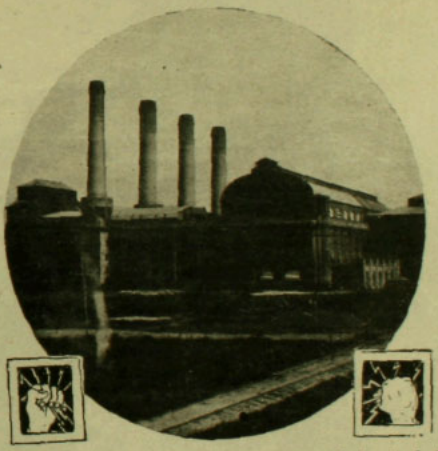
Entre 7 y 8 de la noche las Estaciones del F. C. Oeste, la de Constitución, 11 de Septiembre y otras dan el espectáculo de una colmena humana y se hacen estrechísimas para el tránsito de los pasajeros que van en busca de sus trenes.

En Buenos Aires se consumen muy pocas bebidas alcohólicas. Los numerosos cafées instalados en la ciudad venden casi exclusivamente café. Las lecherías abundan aquí tanto o más que las cantinas en Santiago. Por diez centavos se expende al público un gran vaso de leche caliente o fría, pero completamente pura. Decimos pura, porque aquí la inspección de este artículo se hace en debida forma y el castigo para los que la adulteran no

es cosa de broma. Es algo más que la modesta multa que aplica sin éxito el Laboratorio Municipal de Santiago.

La Intendencia Municipal ha establecido en varios puntos de la ciudad Lecherías Modelos, aquí llamados Tambos, donde hay vacas holandesas y suizas tan bien tenidas como jamás lo habíamos visto. Al recorrer estas instalaciones las envidiábamos de buena gana y más de una vez se vino a la mente el recuerdo de aquellas que en nuestra capital tienen el nombre de **Lecherías Modelos.** Si vieran éstas los productos de nuestro país, cómo se sonrojarían y con qué rapidez cambiarían seguramente el nombre del negocio.

Hay también Tambos de cabras y de burras. En todos ellos se ve la limpieza más absoluta, tanto del animal como de la ordeñadora y del local donde, ni siquiera, hay moscas ni se nota en la pesebrera un mal olor.



Una de las cinco usinas eléctricas de la ciudad.

LA PUERTA SAGRADA EN JERUSALEM

MADEMOISELLE ANÍTA

Por

EDOUARD ROD

Con ilustraciones.

Ella me contestó pensativa:

—¿Tú crees?

—¡Digo...! una posesión magnífica. Sin preocupaciones... ¡Todas las comodidades que se pueden apetecer! ¡Parece un cuento de hadas! ¿Su abuelo de usted ha comprendido?

—¡Qué sé yo! El pobre abuelo piensa muchas cosas, pero no las sabe explicar... Le previne de que el tío Pedro Dionisio llegaba, y de que le decían millonario... Y creo que me entendió. Luego, cuando el tío me explicaba sus proyectos de la compra de la quinta Carlota, la renta que haría pasarnos y lo demás, el abuelo le miraba... le miraba con unos ojos grandes, lúcidos que se le salían de las órbitas... los ojos de quien tiene llena la cabeza de cosas. Era horrible, te lo aseguro, aquellos ojos que querían hablar... aquellos ojos que gritaban en su lenguaje mudo, incomprensible... Yo... estoy segura de que he adivinado lo que quería decir...

Ella bajó la voz:

—Pero mi tío no procuraba siquiera comprenderlo. Parecía que su padre no era para él más que un objeto... que estorbaba... Sin embargo, al marcharse, le ha estrechado la mano... esa mano que no puede mover... y le ha dicho: 'Vaya, padre, espero que lo pasarás bien en tu nueva casa. Siempre estarás mejor que aquí". Entonces los ojos del abuelo han expresado una indecible desesperación, y he visto correr una lágrima, la primera desde nuestra desgracia... ¡Sí; estoy segura de haber adivinado su pensamiento!!

IV

DOCE AÑOS DE HISTORIA ANONIMA

Hay biografías complicadas de personajes ilustres que llenan volúmenes y volúmenes a pesar de que los encargados de escribirlas nunca dicen todo, y pasan por incompletos.

Sin embargo, tienen en su ayuda numerosos testimonios, memorias contemporáneas correspondencias, diarios íntimos, retratos y caricaturas; todo el equipaje que deja tras sí una existencia brillante, con el eco un poco apagado del ruido que ha hecho.

Por el contrario, las biografías de las personas medias, de aquellas cuyos nombres se borran, casi siempre pueden resumirse en pocas líneas. Sus vidas se deslizan semejantes a las aguas lentas que atraviesan paisajes monótonos, para ir a perderse en los mil canales del olvido; como los riachuelos minúsculos se arrojan a los ríos, que los conducen a otros mayores, para llevarlos al mar.

Los documentos del estado civil que afirman el nacimiento, el casamiento, la muerte, son los títulos esenciales de estas modestas biografías, y aún cada uno de estos capítulos que cobran tan grande interés al tratarse de un conquistador, de un sobera-

LA PUERTA SAGRADA EN JERUSALEM

MADEMOISELLE ANITA

Por

EDOUARD ROD

Con ilustraciones.

Ella me contestó pensativa:

—¿Tú crees?

—¡Digo...! una posesión magnífica. Sin preocupaciones... ¡Todas las comodidades que se pueden apetecer! ¡Parece un cuento de hadas! ¿Su abuelo de usted ha comprendido?

—¡Qué sé yo! El pobre abuelo piensa muchas cosas, pero no las sabe explicar... Le previne de que el tío Pedro Dionisio llegaba, y de que le decían millonario... Y creo que me entendió. Luego, cuando el tío me explicaba sus proyectos de la compra de la quinta Carlota, la renta que haría pasarnos y lo demás, el abuelo le miraba... le miraba con unos ojos grandes, lúcidos que se le salían de las órbitas... los ojos de quien tiene llena la cabeza de cosas. Era horrible, te lo aseguro, aquellos ojos que querían hablar... aquellos ojos que gritaban en su lenguaje mudo, incomprensible... Yo... estoy segura de que he adivinado lo que quería decir...

Ella bajó la voz:

—Pero mi tío no procuraba siquiera comprenderlo. Parecía que su padre no era para él más que un objeto... que estorbaba... Sin embargo, al marcharse, le ha estrechado la mano... esa mano que no puede mover... y le ha dicho: 'Vaya, padre, espero que lo pasarás bien en tu nueva casa. Siempre estarás mejor que aquí". Entonces los ojos del abuelo han expresado una indecible desesperación, y he visto correr una lágrima, la primera desde nuestra desgracia... ¡Sí; estoy segura de haber adivinado su pensamiento!!

IV

DOCE AÑOS DE HISTORIA ANONIMA

Hay biografías complicadas de personajes ilustres que llenan volúmenes y volúmenes a pesar de que los encargados de escribirlas nunca dicen todo, y pasan por incompletos.

Sin embargo, tienen en su ayuda numerosos testimonios, memorias contemporáneas correspondencias, diarios íntimos, retratos y caricaturas; todo el equipaje que deja tras sí una existencia brillante, con el eco un poco apagado del ruido que ha hecho.

Por el contrario, las biografías de las personas medias, de aquellas cuyos nombres se borran, casi siempre pueden resumirse en pocas líneas. Sus vidas se deslizan semejantes a las aguas lentas que atraviesan paisajes monótonos, para ir a perderse en los mil canales del olvido; como los riachuelos minúsculos se arrojan a los ríos, que los conducen a otros mayores, para llevarlos al mar.

Los documentos del estado civil que afirman el nacimiento, el casamiento, la muerte, son los títulos esenciales de estas modestas biografías, y aún cada uno de estos capítulos que cobran tan grande interés al tratarse de un conquistador, de un sobera-

no, de un gran artista, conserva en los otros, en los humildes—un carácter general en el que algunos menudos detalles marcan apenas los rasgos personales.

Además, los documentos faltan: cartas de desconocidos, ¿quién pensará en desatar las cintitas descoloridas de vuestros paquetes? Cuando por casualidad alguna mirada curiosa viola su secreto—a menos que un no sé qué piadoso no anime su empresa,—se cansa pronto de descifrarlos; le parecen un vano charloteo, un montón insípido de frases inútiles, un relato vulgar de incidentes muertos.

Las aventuras de los unos—si se puede emplear esa palabra para designar el vegetar diario y monótono,—se asemejan a las de todos; sus sentimientos son casi iguales, las ideas mismas difieren muy poco; cuando viene la muerte, los allegados únicamente advierten que una humilde lucecita ha oscilado y se ha perdido en la noche.

Tal fué para muchos la vida de mademoiselle Anita Nicollet. Pero el novelista, ¿no es precisamente el historiador de las gentes en historia? ¿No tiene derecho a buscar detrás de los hechos obscuros la parte desconocida—el heroísmo, la grandeza, el egoísmo, el dolor, la infamia,—que se oculta en las almas anónimas? No sin razón llama el vulgo a estos personajes, sean cuales sean, "héroes", porque siempre lo son para él.

Hasta adquieren a veces en su espíritu mayor significado que los héroes de la historia, y llegan a ser tan "representativos" como un poeta, que interpreta los sentimientos de su tiempo como un artista que nos lo representa en sus obras, o como un hombre de Estado que guía a las sociedades en su camino.

Esta idea, arraigada en mí, es la que me induce a contaros la vida de mademoiselle Nicollet, poco más o menos como se referiría la de un personaje importante cuya fisonomía se quisiera determinar, y apelaré para ello a mis recuerdos, a mis impresiones y a los dichos e informes que he podido recoger.

El paso triunfal de su tío de América, había, naturalmente, cambiado de un modo radical toda la situación de su familia y también la suya.

En efecto: hasta entonces, mademoiselle Anita era a los ojos de la gente una maestra de escuela sin importancia, condenada al celibato; bien que reconociéndole "mucho mérito", frase un poco insípida, con la que daban a entender que cumplía bien con sus deberes de familia y que enseñaba maravillosamente los elementos de todas las cosas a los chiquillos, demasiado pequeños para entrar en primaria.

En cuanto al abuelo, era ya una ruina que podía acabar de desplomarse un día u otro; era un muerto extraviado entre los vivos.

Nadie veía al tío Adolfo, encerrado en los jardines de la quinta Carlota, más ignorado que si habitase en algún lejano continente. Los tres parecían destinados a vivir en una estrecha medianía, después de los varios peldaños que habían bajado en la jerarquía social a causa de la bancarrota de Justo, y estaban clasificados ya entre los pobres y los tenderos, en ese limbo en que la vanidad burguesa relega a las "buenas familias" que han venido a menos. Y de repente, como por virtud mágica de un hada protectora que se hubiera acordado de ellos, tras largo olvido, se veían trasladados a una quinta "regia", que casi les pertenecía, con rentas y con la perspectiva de una herencia fabulosa.

—Les debe parecer un cuento de "Las mil y una noches"—decía uno.

Algunos insinuaban:

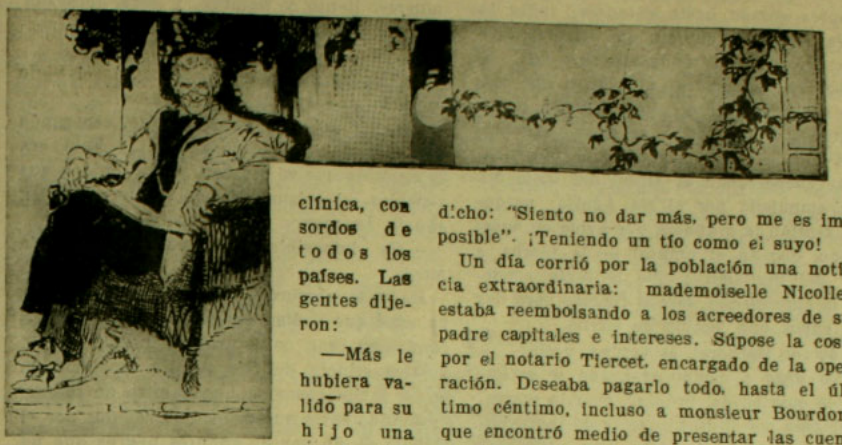
—Si el doctor Maguet hubiera previsto lo que sucede... pero erró el diagnóstico.

Cuando el doctor, impopular por su frialdad y su reserva, pasaba haciendo el molinete con su bastón de puño de marfil y su perro "Turco" pisándole los talones, le seguían con miradas burlonas.

Precisamente su hijo Marcos, para quien no encontraba partido bastante bueno, hizo una locura: aunque ya no era un chico, aunque su gordura, su calvicie y la ambición paternal hubieran debido preservarle de tonterías se casó con una extranjera a quien acababa de curar los oídos.

No era la extranjera esa mujer de gran dote y de admirables relaciones a que desde hacía tanto tiempo, le hacían aspirar, sino una de esas aventureras, cuyos afeites, polvos y tocados, disimulaban mal que bien la edad incierta, el pasado dudoso y la pobreza mañosamente disfrazada de esas personas que dejan tras de sí como un rastro de malas costumbres, y a quien las señoras de la población sólo podían mirar de reojo.

El doctor se encerró más que nunca en su



Nadie veía al tío Adolfo, encerrado en los jardines de la quinta Carlota.

clínica, con sordos de todos los países. Las gentes dijeron:

—Más le hubiera valido para su hijo una buena muchacha sin pretensiones

Tuvo una ocasión a mano, y por ser demasiado ambicioso...

Entretanto, mademoiselle Anita y su abuelo se instalaban en la suntuosa quinta, tan modestamente como en su cuartito de la calle del Colegio. En vez de tomar servidumbre como el cuidado de la posesión parecía exigir, y conforme a las evidentes intenciones del "americano", se contentaron con la vieja Emiliana, siempre dispuesta al trabajo, a pesar de sus sesenta años cumplidos; despidieron al portero, dejando todo el cuidado de los jardines al tío Adolfo. Además, con asombro general, mademoiselle Anita conservó su escuela, recorriendo a pie todas las mañanas, aún en el rigor del invierno, los dos kilómetros que la separaban de su clase. La población murmuró: decididamente, mademoiselle Anita llevaba la economía demasiado lejos, no estaba a la altura de su nueva posición, pensaba quizá más en su dote o en el pan para su vejez que en hallagar con comodidades los últimos días de su abuelo, empeñando así la generosidad de Pedro Dionisio; porque éste sabía perfectamente que Fortuna obliga tanto como Nobleza. Estas habilillas se acentuaron cuando se supo que sólo había dado una ínfima cantidad en la colecta anual para el Asilo de niñas, y eso que mademoiselle de Massod de Bussens había salido de su retiro para presentarle en persona la lista de donativos.

—¿Sabe usted lo que ha dicho? Pues ha dicho: "Siento no dar más, pero me es imposible". ¡Teniendo un tío como el suyo!

Un día corrió por la población una noticia extraordinaria: mademoiselle Nicollet estaba reembolsando a los acreedores de su padre capitales e intereses. Súpose la cosa por el notario Tiercet, encargado de la operación. Deseaba pagarlo todo, hasta el último céntimo, incluso a monsieur Bourdon, que encontró medio de presentar las cuentas del Gran Capitán en cuanto se enteró del asunto. El notario contaba:

—Cuando vino a hablarme de ello a la notaría, le expliqué que no debía nada a nadie. Y ella me contestó: "Mi abuelo no podrá morir tranquilo si las deudas de su hijo no se pagan". Bien, le respondí; iremos lentamente, por pequeñas cantidades. "No, no, señor notario. El abuelo está muy decaído en estos últimos tiempos. Vale más darnos prisa para que tenga la alegría de saber que todo está en regla. Por eso he gastado lo menos posible desde que mi tío nos envía dinero". Pero ese dinero que su tío les envía es precisamente para cuidar la quinta Carlota y para endulzar los últimos días de su padre. "Sí, ya pensé en ello, señor notario. Pero la posesión no padece nada por nuestras economías; el tío Adolfo se encarga de ello y puede usted venir a ver cómo están los jardines. En cuanto al abuelo no necesita nada, y nada puede serle tan agradable como ver que su deseo se cumple". Cuando me dijo ésto, yo le pregunté: "Y a usted, mademoiselle, no le gustaría vivir un poco mejor? ¡Si viera usted qué ojos puso! "¿Yo? ¡Pero si tengo mucho más de lo que me hace falta!"

En aquella ocasión toda la ciudad repitió la frase clásica con que el escepticismo burgués saluda las buenas acciones, con mezcla de admiración y de asombro:

—Digan lo que quieran, aún hay personas honradas por el mundo.

Como el bien lleva en sí en su recompensa, la escuela de mademoiselle Anita Nicollet entró en una era de prosperidad de que

no había gozado hasta entonces; todos los padres de familia querían que ella inculcase a sus hijos "los verdaderos principios", de que se debe saturar al niño para que más tarde conserve algo de ellos, a través de las vicisitudes de la vida. Y se descubrían hasta los pies, cuando en la carretera de Ginebra se encontraban el sillón del viejo Nicollet empujado por el tío Adolfo; porque todos sentían la grandeza que había en aquel anciano, que en el umbral de la tumba, a pesar del mutismo a que le tenía condenado la enfermedad, sacaba fuerzas para dar a los suyos una lección de virtud.

El doctor Mathorel, es verdad, decía:

—No llego a comprender que se estime tanto la opinión del prójimo, cuando se cree uno elegido por Dios, ni que se dé tanta importancia a las deudas terrestres cuando se está en vísperas del juicio final.

Pero el doctor Mathorel llevaba demasiado lejos su amor a la paradoja; ¿no estaba a la vista el ejemplo de Bourdon que continuaba enriqueciéndose a costa de la pobre gente, sin dejar de pensar en su salvación? ¿Y no es sabido además que aún no contando sino con el paraíso hay que ser bueno en este mundo?

Por lo demás, el viejo Nicollet, no sobrevivió casi a su cambio de fortuna; cargado de años y de penas, no teniendo desde hacía mucho tiempo, sino débiles lazos con la vida, se extinguió una noche, en su butaca. Su nieta estaba leyéndole precisamente, como lo había hecho siempre, sin estar segura de que comprendiese, su libro favorito, el terrible Apocalipsis, cuyas profecías había estado esperando más de medio siglo ver cumplidas un día u otro. Inclinada sobre un antiguo ejemplar de la Biblia de Osterwarld, de lomo de badana, de la que caían a veces flores secas que algunas piadosas antepasadas habían introducido entre sus páginas, leía con su tono tranquilo, la trágica descripción de la caída de la Babilonia mística.

"Porque sus pecados han llegado hasta el Cielo y se ha acordado el Señor de sus maldades, devolvedle lo que ella os ha dado y pagadle al doble según sus obras. En la copa que os dió a beber, dadle a beber doblado. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto le daréis de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Estoy sentada en el trono y no soy viuda, y no veré llanto. Por eso un día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será abrasada porque el Dios que ha de juzgarla es fuerte..."

Un ligero ahogo la interrumpió; el viejo sectario no respiraba ya...

¿Viviría sola con el tío Adolfo, esperando al señor de la magnífica quinta? Esta era la cuestión que se discutía por lo bajo, a sus espaldas, el mismo día del entierro de su abuelo. La mayor parte respondían:

—Es imposible. ¡Se casará! Todavía puede.

Hasta se nombró a los hombres de mediana edad que podían convenirle. Contribuía a confirmar esas conjeturas el pensar en la rústica silueta del tío Adolfo, aprisionado en su levita como en una camisa de fuerza, apretando entre sus dedos deformados por el trabajo de un par de guantes negros que no había logrado ponerse. Su grosera figura hacía decir a los más perspicaces:

—Es claro que una persona como ella, fina, inteligente, no se contentará con la compañía de semejante oso. Ahora puede escoger...

Es que no conocían al tío Adolfo. Ignoraban que en su ruda corteza de campesino se encerraba una especie de poeta que sólo su sobrina había comprendido. Dueño y señor de las estufas, de los bosquecillos, de los arriates de la quinta Carlota, sin otra consigna que no gastar nada, el tío Adolfo hacía milagros. Gracias a tratos hábiles, a ingeniosas combinaciones con los jardineros de las quintas próximas, obtenía su ayuda cuando no podía él solo con su trabajo, pagaba su labor en esquejes, y lograba de este modo proporcionarse el concurso indispensable, sin desequilibrar su presupuesto negativo. Sus jardines eran obra suya; nadie al recorrerlos hubiera supuesto que aquel hombre sencillo pudiera crear y cuidar aquel mundo, en donde resplandecía casi toda la flora del universo. En las estufas verdeaban las plantas tropicales, las palmas preciosas de anchas y recias hojas, entre las que brotaban a veces flores enormes, pétalos iluminados con colores brillantes, o blancos cálices cargados de densos aromas; las misteriosas orquídeas—que envidiaba monsieur Massod de Bussens—exhibían sus formas singulares, y su diversidad caprichosa. Próximas a una tabla de fino césped sembrado de hortensias suntuosas y melancólicas, que bajaba hasta el lago las famosas rocas de que en otro tiempo me habían

mademoiselle Anita se cubrían de plantas alpestres. En general el cambio de altitud descolora sus flores admirables, pero en las manos del tío Adolfo, ¿qué flores podían degenerar? Los rododendros conservaban el vivo matiz rojo que ostentan en las altas mesetas; los lirios martagones balanceaban con el viento del lago sus espléndidos turbantes violáceos; las estrellitas de los aster, los pétalos aterciopelados de los sombríos y hermosos pensamientos, los vellosos anémones y las cándidas paradíseas brillaban como en el césped de las altas soledades de que desciende el agua de los ventisqueros. La fachada de la casa desaparecía entre una maravillosa enredadera de rosas, de madreselvas, de clemátides, cuyas hojas estaban tan entrelazadas que las rosas de te parecían brotar de las ramas de las clemátides azules; las pálidas pasionarias azuleaban entre las rosas purpúreas, y las rosas se destacaban de las ramas de madreselva. Por último, a la izquierda del césped, en frente de las rocas, había unos arriates cubiertos de flores de nuestros climas, de las que se vuelven hacia el sol a las horas en que sus rayos no calientan y cuyas raíces gustan de los jugos de la tierra en que vivimos. Eran las preferidas por el tío Adolfo.

El notario contaba: —Cuando vino a hablarme de ello a la notaría, le expliqué que no debía nada a nadie.

Pero el buen hombre se regocijaba aún más en la huerta, que estaba separada del jardín por un bosquecillo. Sus hortalizas le prestaban preciosos servicios contribuyendo al consumo de la casa, y así, en parte, al pago de la deuda sagrada, y vendidas en el mercado, ayudaban a pagar los jornales indispensables a los obreros que le secundaban en sus rudas labores, siendo así útiles, por lo tanto, para mantener el lujo de las plantas bellas y costosas hasta que volviese el amo. Eran las humildes, las insignificantes, las que trabajaban obscuramente como él en allanar y embellecer la vida con su actividad modesta. Su utilidad no les impide ser hermosas a su manera; tienen su florescencia como los árboles frutales que valen tanto como los más finos arbustos cuando el aire primaveral juega con sus frágiles pétalos rosas y blancos. Las estrellitas azafrán de los salsifíes, los soles dorados de las chufas, las enormes cabezuelas violetas de las alcachofas, las campanillas trepadoras de las calabazas, las flores de las arvejas, las de las habichuelas y tantas otras, ¿no tienen también su encanto algo grosero si se quiere, pero que despierta tantas ideas de fuerza, de fecundidad y de bondad?

Cuando se paseaba con sus dos regaderas una en cada mano, entre sus prósperas hortalizas, el tío Adolfo no se hubiese cambiado por un rey. Un artista se hubiera detenido para admirar entre los cuadros de las hortalizas la cabeza grande, la nariz rubicunda, los vigorosos brazos morenos con las mangas remangadas y el aspecto de robustez de aquel hombre, tan en armonía con la escena.

Anita acabó por compartir su pasión. Mientras la gente la casaba tan pronto con Fulano como con Zutano, ella sólo pensaba en las plantaciones de su tío Adolfo, y las prefería a los hombres serios, de mediana edad, a quienes hubiera podido "convenirles". Sus "méritos" ya eran un dogma; los que los pregonaban, compadeciéndola al mismo tiempo, no podían imaginarse cuán feliz era ella con sus costumbres a las que estaba apegada, con sus paseos por la orilla del lago, con tan ameno y variado paisaje ante sus ojos, con sus entradas en la clase donde la recibían los chicuelos brincando de gozo, con las lecciones que nunca encontró monótonas, con la vuelta a sus flores y al trato con el tío Adolfo, que positivamente sólo tenía de rústico su tez curtida, sus camisas de tela grosera, su habla ingenua, muy vaudesa, arrastrando las sílabas y comiéndose los finales.

Cuando se hace todos los días la misma vida, cuando se reside constantemente en los mismos lugares, acaba por repararse en multitud de cosas que han estado allí perpetuamente sin ser notadas; así surgió un nuevo afecto en la existencia de mademoiselle Anita.

Casi al lado de la quinta Carlota había una casita muy vieja, decrépita, oculta tras de un seto de vides, rodeada de un jardincito y de un gran prado que bajaba hasta

el lago. Pertenecía desde 1871 a un refugiado de la Commune llamado Tomás Laugié: filósofo apacible, mezclado por una inexplicable casualidad a las convulsiones de la política, y más taciturno que el mismo tío Adolfo. Vivía allí pobremente con su hija única, que había crecido a su lado sin otro maestro y sin otro amigo, casi sin oír otra voz que la suya. Aquella pareja, cuya llegada dió que hablar, pasaba ahora inadvertida; apenas a largos intervalos se veía atravesar la población para algunas compras al viejo, con su melena gris, apoyado en la muchacha, delicada, rubia y bonita No se preocupaban de ellos.

En sus paseos cotidianos, mademoiselle Anita advertía a veces en la ventana, tras de las macetas de geranios, la graciosa figura de la joven extranjera que también la veía, y luego con la mirada la seguía por el camino. Poco a poco se cruzaron sus miradas, se saludaron con una ligera inclinación de cabeza, con una sonrisa, por fin con algunas palabras. Cristina tenía la costumbre de esperar a su vecina al paso, oculta detrás de un visillo, y se sonrojaba al verse sorprendida. Pronto se fué familiarizando como un pajarillo a quien se domestica; entreabrió su puerta, se adelantó hasta la carretera, en donde se cruzaron las primeras palabras, encogidas, azoradas, como en una primera cita de enamorados. Al fin consintió en penetrar en el recinto de la quinta Carlota y acabó por hacerse amiga de Anita; una amiguita inquieta, tímida, muy cariñosa, que no se atrevía a entregarse del todo y no daba su corazón sino temblando, una amiga a quien un temor refrenaba en el camino de la confianza: el temor a su padre que observaba con ojos celosos sus menores pasos, que fruncía sus cejas enmarañadas cuando la veía desde su ventana en el jardín de al lado, y sufría quizá, siendo solo para ella, al sentirse insuficiente para colmarle la existencia.

El nacimiento, la formación lenta de aquella amistad llenaron todo un invierno; luego, otro cambio sobrevino en la existencia de mademoiselle Anita; su tía Emilia murió dejando una colección de huerfanitos entregados al cuidado de un padre enfermo, cuyos negocios se embrollaban. Ella no la había visto desde hacía muchos años, pero recibía de Inglaterra cartas constantes, llenas de buenos recuerdos de la tierra y de detalles circunstanciados sobre sus primos, principalmente sobre uno de ellos, al que había servido a distancia de madrina: sobre Anthony. Muy orgullosa de este lazo, se había forjado grandes ilusiones con el pequeño, ilusiones que no debían realizarse, porque de año en año, las noticias que recibía de su ahijado la desolaban, uniéndola a él con mayor cariño. El chico no se desarrollaba, no pudo aprender a hablar; una mancha roja que tenía en la mejilla le devoraba la mitad de la cara; luego padeció ciertos graves accidentes que acabaron por hacer de él una pobre criatura medio idiota; lo suficientemente sensible para sufrir, lo suficientemente consciente para comprender la distancia que le separaba de aquellos a quienes no podía considerar en absoluto como sus semejantes.

—¡Dios mío!—exclamó mademoiselle Anita al recibir la fúnebre noticia—¿qué va a ser de Anthony?

Bien sabía ella que sólo una madre podía querer a un sér tan desgraciado, que siempre inspiraría a los demás horror y asco. "¿Quién substituirá a su madre si no lo hago yo?" se puso a pensar, y después de aconsejarse con el tío Adolfo, que aprobó su proyecto, fué a buscar a Anthony.

¡Triste viaje y triste regreso! En la misma estación de Bielle, la desdichada criatura, fatigada por el largo viaje, experimentó al bajar del tren y a la vista del jefe, de los empleados y de los viajeros uno de los accidentes que caracterizaban su dolencia. Precisamente el doctor Maguet se encontraba allí de vuelta de Lausana. Alguien le llamó. Se acercó, examinó al niño, escribió con lápiz una receta que Enrique el loco fué a buscar a la farmacia. Mientras llegaba el remedio, preguntó:

—¿Quién es este muchacho, mademoiselle?

—Mi primo. Le traigo de Inglaterra.

—¿Va a permanecer con usted?

—Naturalmente. Ha perdido a su madre. Su padre está con una enfermedad incurable y sus hermanos le tienen miedo.

El doctor levantó los brazos al cielo, exclamando:

—¡Pero si adonde debe ir es al hospital!

Mademoiselle Anita protestó:

—No, no. Es mi ahijado. Le cuidaré lo mejor que pueda.

—No sabe usted lo que le espera. ¿Conoce usted su enfermedad? Es horrible, sólo

el nombre espanta; ¡y no hay esperanza de cura!

Tranquila, con lágrimas en los ojos, mademoiselle Anita respondió:

—Sí, lo sé, es una enfermedad terrible. Me impongo una obligación muy penosa pero con la ayuda de Dios, doctor, creo que podré cumplirla.

Enrique el loco, resoplando, llegó con unos polvos. Maguet se los administró por sí mismo al enfermo, a quien mademoiselle Anita sujetaba la cabeza crispada y llena de espuma. El coche del tío Brindeau, que había sido encargado de antemano, condujo al pobre enfermo. Maguet le siguió con la vista lanzando un profundo suspiro. Quizá comparaba a su nuera, mal reputada, cuyos gastos amenazaban el equilibrio de su presupuesto, con la madre, la esposa que se había perdido al desechar a la mujer de quien acaba de separarse. Así realiza sus grandes injusticias el destino; con un gesto brutal en el momento decisivo, trunca la vida dichosa de algunos seres y colma de favores a otros indignos de ellos. En este complicado juego, en que se mezclan las existencias, hay errores y equívocos, iniquidades y compensaciones misteriosas; y todo ello constituye la vida.

En Bielle se habló de su nuevo habitante. Algunas personas caritativas, encontraron aquello admirable.

—Es hermoso, verdaderamente hermoso, sacrificarse a un enfermo, después de haber consagrado toda su juventud a cuidar a un anciano.

Algunos respondían:

—Eso es ya la manía del sacrificio. ¡Porque la caridad tiene sus límites; el pensar en sí mismo es a veces un deber!

Tiercet, que siempre veía el lado práctico de las cosas, hizo un día una pregunta que a mademoiselle Anita no se le había ocurrido siquiera:

—¿Qué dirá monsieur Nicollet, cuando se encuentre con este heredero a su regreso?

A lo cual el alcalde Quartier, respondió sonriendo:

—Dirá que es una agradable sorpresa. ¡qué demonio!

En la población se solía hablar de monsieur Pedro Dionisio como si estuviera al caer. Se le esperaba, se contaba con él para ciertas empresas que exigían grandes capitales, para mejoras locales que la pereza del alcalde iba relegando a las calendas griegas. Porque monsieur Quartier era en efecto, el que había encontrado aquella cómoda fórmula:

—Cuando vuelva monsieur Nicollet...

Entretanto, monsieur Pedro Dionisio daba pocas noticias suyas. Apenas, a largos intervalos, escribía alguna carta de negocios al Banco de Côte, o contestaba en cuatro palabras a las minuciosas epístolas que se le enviaban por Navidad y por Pascua de Resurrección. Cuando la muerte de su padre puso diez líneas a mademoiselle Anita para anunciarle que le seguiría pasando íntegra la renta, "a fin, decía el billete, de que puedas cuidar la quinta y vivir tú misma como corresponde". En esta ocasión hubo nuevo diálogo entre ella y Tiercet, que éste divulgó.

—Me temo mucho—dijo—que monsieur Nicollet no se ponga muy contento cuando vuelva. He procurado insinuárselo a su sobrina delicadamente. "Piense usted, le he dicho, que su tío desea que lleve usted una vida feliz".—"Pero—me ha respondido—¿no tengo derecho a ser feliz a mi modo?"—Y a eso le repliqué: "¡Quizá desearía él que lo fuera usted a gusto suyo!" Ella tiene mucho ingenio, porque me contestó riendo:—"¡Es que entonces yo no lo sería!"—"¿Y si un día se lo echa en cara?" Si ustedes la hubieran visto erguirse...—"Estoy demasiado segura de tener razón, señor notario, para temer tal cosa. Además, se lo repito, venga usted a ver la quinta Carlota y juzgará." He ido. ¡Palabra! ¡Si monsieur Pedro Dionisio no queda satisfecho cuando vuelva, es que es difícil de contentar!

De hecho, el tío Adolfo continuaba trabajando por amor al arte y la vieja Emiliana devolvía con los ahorros que hacía en los gastos de la casa los veinticinco francos que consentía en recibir. Sólo la presencia de Anthony aumentaba un poco el presupuesto y retrasó algo la amortización de las deudas de la quiebra, tanto más cuanto que ahora, mademoiselle Anita reservaba su sueldo de maestra para colocarlo en la Caja de Ahorros a nombre de su primo.

A pesar de esta nueva carga, llegó el día en que la rehabilitación solemne de Justo Nicollet fué pronunciada por el tribunal de la Sala de Justicia del viejo castillo bernés. Por una de esas coincidencias que las crueldades de la vida preparan a veces, una carta de mi amigo Pedro anunciando la muerte

de su padre, llegó casi al mismo tiempo, de manera que mademoiselle Anita estaba inconsolable.

—¡Pobre padre! No ha sabido nada de lo que se estaba haciendo. Yo no se lo escribí; quería que recibiese la sorpresa completa... y no ha esperado; ha muerto sin saber que su nombre era otra vez inmaculado, que sus hijos pueden volver a la tierra sin que nadie les eche nada en cara.

La carta de Pedro, bastante larga, daba detalles de su vida de allá, en la provincia de Quebec, a orillas del lago Temiscamingue. Solos, no teniendo por vecinos, y eso a muy gran distancia de ellos, sino algunos colonos, esparcidos también en vastos espacios, y luchando duramente para conquistar palmo a palmo su suelo en el inmenso bosque donde se consumían sus esfuerzos.

"¡Si siquiera tuviéramos algún dinero—decía la carta—para pagar la mano de obra que es escasa y cara y para comprar útiles e instrumentos! Pero cuando no se cuenta sino consigo mismo para derribar árboles gigantescos y seculares y se carece de las cosas necesarias; cuando es preciso contentarse con dos caballos haciendo falta cuatro, todo marcha lentamente. Al llegar nosotros, nos decíamos: dentro de algunos años seremos más felices. Los años pasan y seguimos diciendo lo mismo.

"El término de los trabajos se va alejando a medida que adelantamos. Ha de pasar mucho tiempo para que nuestra propiedad esté en marcha; nuestro pobre padre habría nunca llegado a verlo, pero creía en ello, y me decía: "Si yo no lo alcanzo, vosotros lo alcanzaréis..." ¡Quién sabe! Nosotros o nuestros hijos..."

Entonces el dinero que el tío giraba desde Nueva York, volvía a atravesar el mar, hacia el Canadá, y las cartas de Pedro menudearon, alegres y agradecidas. La pobre maestra de escuela hacía que allá lejos, del otro lado del Océano, cayesen más pronto los árboles seculares, los altos tilos, enhiestos como mástiles de navío, los cabelludos pinos, las espinetas de roja corteza, los nutritivos arces; gracias a ella, se ensanchaba el terreno laborable, la hierba crecía más fuerte, se agrandaba la humilde casita aislada en el claro abierto en el bosque, y eran más las vacas que pacían entre las gruesas raíces que iban lentamente consumiéndose.

"Prosperamos, excelente hermanita. Teníamos sólo una manchita en la linde del bosque; hoy, gracias a ti, la mancha aumenta y el bosque retrocede..."

Unas fotografías adjuntas mostraban la casita blanca que había reemplazado al "loghouse", a la cabaña hecha de troncos de árboles que les había servido de morada hasta entonces; el campo roturado en que humeaban los últimos restos de los troncos cortados; al bueno de Pedro, tan animoso, en traje de caza, con los pies en los largos patines de madera que allí se usan para andar por la nieve. Anthony miraba esas fotografías como si pudiera comprenderlas; el tío Adolfo procuraba darse cuenta del clima, y Cristina misma, en cada una de sus visitas, preguntaba por los ausentes, a quienes creía casi conocer.

Esta tranquila existencia se prolongó durante dos o tres años, sin que ningún incidente viniera a turbar su monotonía. Hasta que un día, Julio Nicollet, el hermano casi olvidado, el que rodaba por el mundo como una bala perdida, vino a caer en la quinta Carlota. Era un verdadero vagabundo, en los huesos, de aspecto lamentable, muy diferente del brillante dandy que se veía en el retrato. En su raída levita se descubría la urdimbre; en sus bigotes de viejo conquistador se veían partículas de tabaco; tenía las mejillas enrojecidas por la fiebre, y una tos ronca sacudía todo su cuerpo y parecía arrancarle a jirones el pulmón que le quedaba.

Anthony gruñó de miedo cuando se acercó; pero la vieja Emiliana le reconoció al punto, y corrió a llamar al tío Adolfo y a mademoiselle Anita para avisarles de la vuelta del hijo pródigo.

—¿Es posible, Dios mío? ¡Monsieur Julio que está aquí otra vez!

El desgraciado permanecía en el umbral, con la cabeza baja, inquieto por la acogida que le esperaba. Contemplaba con ojos asombrados los ricos tapices del vestíbulo, el piso de mármol, los espléndidos jarrones y la escalera monumental.

Cuando Emiliana volvió con toda la velocidad de sus piernas, él le preguntó:

—Oiga usted. Diga: ¿en dónde estoy? ¿En casa de quién?

—De monsieur Pedro Dionisio—explicó la vieja criada;—pero él no está aquí, está en América; la que vive en la casa es mademoiselle Anita y monsieur Adolfo.

—¿Anita? ¿Una hija de Justo, verdad?

—Sí.

—¿Y Justo?

—Murió.

La llegada de mademoiselle Anita interrumpió el diálogo. Ella ciertamente no suponía que el tío Julio hubiese hecho fortuna como Pedro Dionisio, y recordaba que las pocas cartas que escribía eran sólo para pedir dinero; pero nunca lo creyó en el triste estado en que lo veía, semejante a un pobre de los que mendigan por los caminos.

—¡Pobre tío!—exclamó.—¡Qué aspecto de enfermo tiene! No tenga miedo; le cuidaremos bien.

El tío Adolfo acudió a su vez vestido con su vieja y cómoda almilla de lana, y abriendo tamaños ojos repetía:

—¡Eres tú, eres tú!—sin encontrar otra frase.

—Entre usted, tío—dijo Anita.—entre usted pronto. Dios mío, ¿qué podríamos darle?

Se le sirvió un caldo caliente, que tragó en el comedor vorazmente, sin darse tiempo para quitarse el sombrero, mientras Anita preparaba a toda prisa el mejor cuarto de la casa, el "azul" del primer piso, la habitación del amo. El se metió en la cama, diciendo:

—De veras, no creí nunca que viniera a morir en un palacio como éste.

Porque se sentía completamente perdido el pobre infeliz; se le acababa el aceite, como él decía; estaba sin fuerzas, y día y noche le entraba aquella maldita tos que hacía crujir sus huesos como el cierzo al sacudir un árbol seco.

A pequeñas jornadas, pidiendo limosna, haciendo escala en los hospicios se había encaminado al hogar paterno, no seguro de encontrar a alguno de los suyos y sin saber si iría a acabar en un hospital; sostenido por ese instinto vago que devuelve a su patria a los vencidos, a los extraviados, a los moribundos. Y véase cómo al final de su último viaje, al acabar su existencia incoherente de mariposa que se ha quemado con frecuencia las alas, hallaba un buen albergue, un lecho caliente y a Emiliana, que le había visto nacer y le traía unos vasitos de vino añejo o de exquisito coñac que su sobrina iba a buscar a la población "para darle fuerzas", y que le hacían olvidar sus desgracias.

—Ya comprendes. Una máquina vieja como la mía, ya no funciona sola. Tiene resortes rotos, rodajes oxidados. Para marchar necesita aceite.

Se reía con una risa amarga que descubría sus dientes amarillos; con una risa que parecía forzada y que tenía el acento de la desesperación.

Como se encontraba bien allí, Julio Nicollet no se dió prisa para marcharse. Iba poco a poco empeorando, es verdad; pero lentamente, con breves intervalos en que hasta se sentía fuerte y se creía fuera de peligro.

—Un catarro después de todo, ya se sabe lo que es.

Se hubiera dicho que se asía a la vida, para saborear sus últimos momentos. En su hermoso cuarto, elegante, con un balcón desde donde se distinguía un inmenso panorama al que hacían fondo en la lejanía el lago y los Alpes, radiantes con el sol de invierno, se abandonaba a la dulzura de vivir, dejando renacer sus gustos de elegancia y de capricho que hacía mucho no podía satisfacer. Se mandó traer dos o tres trajes, con corbatas apropiadas, "para parecerse a su hermano", según decía con maligna sonrisa. Al levantarse, cerca de medio día, pasaba una hora frotándose con cosmético sus últimos cabellos, rizando su bigote reacio y perfumando su piel, reseca por la fiebre; tanto que quien le hubiera visto paseándose muy emperejilado en los días serenos por el jardín en donde su hermano Adolfo iba y venía, le hubiera tomado por el verdadero dueño de la casa. De hecho daba consejos, casi órdenes, como si Pedro Dionisio hubiera delegado en él sus poderes; hablaba seriamente de trasplantar árboles o de cortarlos, y sacaba de quicio al tío Adolfo con sus disparatadas advertencias.

—Si yo fuera el amo...

Luego, por la noche, a la luz de la lámpara, se complacía en contar su vida. Mademoiselle Anita oía con estupor aquellas historias de juego, de mujeres, de príncipes rusos, de baronesas válacas—todo el personal abigarrado de los casinos, de los garitos, de los balnearios, de las capitales—de comedias bufas, y hasta de pujos de tragedia, con la escena del revólver apoyado en la sien.

—¡Desgraciadamente, falló el tiro!

—¡Tío!

—¡Bah! Más me hubiera valido, porque desde entonces... Sin embargo, aquí estoy

bien. Esto es agradable. Buenas habitaciones, butacas cómodas y este paisaje... Muy bonito para este esqueleto de tío!

Los mejores momentos del pobre hombre eran los que Cristina Laugié, aprovechando la siesta de su padre, iba a pasar en la quinta Carlota. Aquella linda cara, cándida como la juventud, fresca como la flor del melocotonero, le regocijaba el corazón. Erguíase, reprimía la tos, medía sus palabras, no decía más que cosas sencillas, amables, a veces poéticas. Bajo el viejo vagabundo destrozado por el exceso de la fatiga, desgarrado por las asperezas de la vida, marchito, maculado, degradado, apuntaba un ser nuevo, cuyo germen, siempre ahogado, no había podido florecer nunca; un niño maravillado, casi ingenuo. Cristina le hacía adivinar un aspecto de la vida que él ignoraba; experimentaba al tenerla a su lado una paz, una dulzura que le encantaban, despertando en su ánimo sentimientos a un tiempo alegres y melancólicos que nunca había conocido. Su voz cascada en que resonaban las resquebrajaduras del alma, encontraba palabras tiernas para expresar esos sentimientos tardíos; tanto, que Anita decía a su tío Adolfo: "El pobre tío Julio no es tan malo como nos quiere hacer creer... y que la vieja Emiliana contaba historias de "cuando monsieur Julio era pequeño".

Anita, sin embargo, sentía cierta secreta desconfianza que le impedía dejar a solas a su joven amiga y a su tío. Cristina, tan buena, se prestaba con su poco de coquetería a los tiernos requiebros del moribundo. Le sonreía, le abandonaba un instante su manita y le decía como a un niño:

—¿Se portará usted bien, monsieur Nicollet? ¿Tomará sus medicinas y aguantará su cantárida mucho tiempo, sin chillar, valientemente?

—¿Para poder tirar todavía un mes o dos?

—Cállese usted, monsieur Nicollet. Usted se curará, si quiere. Mi padre, que ha visto tantas cosas, dice que cuando uno quiere siempre se cura.

Cuando se alejaba, volando como una mariposa, Julio se quedaba pensativo, con la barba apoyada en su mano de esqueleto lanzando hondos suspiros o persiguiendo en el fondo de su memoria la florescencia quimérica de las cosas que hubieran podido ser.

Otra visita que se le hizo agradable, fué la del pastor Trembloz.

Al principio declaraba que no creía en nada y que no quería oír hablar de "beaterías". Pero Trembloz, con sus severos modales, poco sueltos pero, sin embargo, armónicos, poseía el don de conquistar los corazones rebeldes, y era que tenía esa penetración compasiva de aquellos que habiendo sufrido hondas penas comprenden todos los dolores ajenos. En los primeros tiempos, Julio dijo a la vieja Emiliana, a quien se complacía en asombrar con sus audacias:

—¡Que se prepare ese mojigato de pastor a oirme; y si no entiende las buenas razones, tales cosas habré de contarle que se irá más que a paso!

Y contó las historias que acostumbraba: príncipes, baronesas, casinos, lugares indignos. Trembloz, sin desviar su mirada serena, le dejaba hablar, impasible, para responderle con una indulgencia apacible; y el tío Julio era el que se asombraba.

—¡Demonio de pastor!—gruñía al verle marcharse.—No es malo, pero me fastidia. Espero que no volverá.

Por el contrario, Trembloz multiplicó sus visitas, y Julio, en quien aquella voz grave y aquellos ojos puros despertaban arrepentimientos y vergüenzas ahogados durante mucho tiempo, acabó por franquearse en bruscos arrebatos de sinceridad.

—De todo lo que cuento, no es cierto ni la mitad, ni la cuarta parte. No, no, no es verdad. En la vida he hecho saltar la banca en ninguna parte, ni he sido el amante de la más ínfima baronesa, y si me acerqué a algún príncipe—que en todo caso era un príncipe tronado—fué para ser su secretario durante ocho días. ¿La verdad? He jugado en los garitos donde se hacen trampas. ¿El amor? ¡Ni hablemos de eso! Pero, ¿qué quiere usted, señor pastor? El mundo es grande, hay muchas cosas, y no he sabido distinguir... Ahora que la comedia ha concluído miro hacia atrás, y... mi pobre vida me parece un andrajo sólo bueno para los traperos.

Como se excitaba al hablar así, un acceso de tos vino a interrumpirle, le retorció como un muñeco y con la frente bañada en sudor, continuaba con un hilillo de voz que apenas se oía:

—Los que permanecen donde nacieron, como mi sobrina, como mi hermano Adolfo,

contentos con lo que tienen. ¡esos son los cuerdos. los dichosos! El. mire usted... Adolfo. con sus flores y sus hortalizas. ¿Qué vida eh? Rosas, jazmines. lechugas, ¡nada más! Morirá satisfecho. sin malos pensamientos. como si se durmiese. Y yo. pobre miserable de los caminos. ¿por qué demonios no habré reventado junto a un barranco? ¿Qué he venido a buscar aquí? ¿Por qué he querido volver a ver a estas buenas gentes que me escupirían al rostro si supiesen la mitad de lo que he hecho? Esta tierra que me recuerda que he sido un niño como todos y que hubiera podido ser un hombre honrado como ellos.

Cuando respondiendo a tales palabras Trembloz. le hablaba de la misericordia divina. de la fe que hace reparar los mayores pecados. del Justo muerto por los pecadores y que perdonó siempre. Julio mordiscaba furiosamente sus duros bigotes o tocaba el tambor con los dedos sobre sus flacas rodillas que resonaban como castañuelas; su sonrisa cínica volvía a fruncir sus labios llenos de amargura y tarareaba irónicamente alguna máxima piadosa de su infancia.

De la oveja descarriada
siempre es el pastor...

—Eso—decía en son de burla—es otra cuestión... Sería muy bonito si fuera verdad. convengo en ello... Pero como no lo es... ¡eso es lo malo! Son cuentos como los míos! Los de usted son mejores. convenido. pero en cuanto a verdad... allá se van unos y otros.

Un ligero ahogo la interrumpió el viejo sectario no respiraba ya.

Cuando hablaba así. con los ojos relucientes en el fondo de las órbitas, el bigote erizado, su delgadez cadavérica. tenía un aspecto tan diabólico que Anita palidecía de angustia. Sin embargo, Trembloz aseguraba lleno de confianza:

—La hora no ha llegado todavía. pero llegará. Seguramente. llegará.

Sucedió con el médico como con el pastor. Julio, que al principio no quería que le hablasen de él. había acabado por consentir en que llamaran al doctor Maguet.

—¡Ya que se decida uno a ponerse en manos de un charlatán, que lo sea de veras!

Este juicio sumario. "siempre frases", co-

mo decía el tío Adolfo encogiéndose de hombros, no le impidió seguir al pie de la letra las prescripciones del médico, despellejarse a fuerza de revulsivos, y tragar píldoras de creosota como si fueran bombones. A cada visita gruñía:

—Ya que me aplica usted emplastos a propósitos para piernas de madera, procure usted, doctor, siquiera que no me hagan demasiado daño, que no sepan mal.

El doctor Maguet pasaba por ser muy autoritario con sus enfermos. Sin embargo, le escuchaba con benevolencia inusitada y sus visitas que al principio le hacía de tarde en tarde, no tardaron en menudear lo bastante para llamar la atención de los bielleses. Todos los días, hiciera buen o mal tiempo, por muchos y por muy graves que fueran los casos de enfermedades a que tuviera que asistir, subía la calle Mayor, volteando el bastón, seguido de su perro Turco que le acompañaba dando saltos. Si alguien quería pararle, contestaba en tono seco, como hombre que no tiene tiempo que perder. Al pasar bajo el reloj, levantaba los ojos para mirar la hora, como si temiese haberse retrasado, sacaba maquinalmetne su reloj y erguía el cuerpo que los años empezaban a encorvar. Desde la Explanada se le podía ver descendiendo como un muchacho la cuesta y marchando rápido por la carretera de Ginebra, de modo que llegaba en menos de un cuarto de hora a la quinta Carlota. Turco se instalaba en el patio para esperarle; al principio permanecía sentado sobre sus patas traseras, como solía hacerlo durante las visitas de su amo, que eran casi siempre muy cortas; pero pronto notó que los plantones se prolongaban, y como sus reflexiones no le bastaban para ocuparle, tomó la costumbre de echarse haciendo la rosca, bajo la marquesina, para dormirse en cuanto el doctor llamaba a la campanilla.

Ya dentro de la casa, Maguet escuchaba con paciencia inalterable la cháchara del tío Julio, como si de ella sacara consecuencias sobre el curso del mal; luego discutía largamente con el enfermo empeñado siempre en saber más que él; después preguntaba por Anthony que no se separaba de las faldas de Anita, se lo sentaba en las rodillas, le daba golpecitos en la mejilla y decía:

—Ha cambiado por completo desde que vino. Ahora habla un poco, sus accidentes van siendo menos frecuentes; el cariño hace milagros, a veces, Mademoiselle: ¡qué sacrificio tan grande es el que ha hecho usted con ese niño! ¡Qué buena es usted con él!

—El sacrificio no me ha costado mucho— respondía Anita,—y no veo mi bondad; ¡le quiero y nada más!

—¡Eso es precisamente lo admirable!

—No lo crea. ¡Si supiera usted qué afectuoso es a su modo! ¡No se puede pasar sin mí! Me espera cuando vuelvo; ¡y se pone tan contento con la menor caricia!

Con tales conversaciones las visitas iban haciéndose excesivamente largas, por lo cual no cesaban las murmuraciones. Los mal intencionados insinuaban que el doctor Maguet, gran vividor, trataba de pescar para sí la herencia que había escapado a su hijo en sus narices; otros más benévolos, creían sencillamente, que estaba enamorado de Mademoiselle Nicollet.

—¿Por qué no? ¡Ella no es ya muy joven, pero tiene mucho atractivo, y la vida de él es tan triste en su casa! La nuera manda allí tiránicamente; dicen que le trata como a un perro y que él se va de allí manso como un cordero.

El hecho era que el doctor tenía el aire del hombre preocupado por una idea fija; siempre había cuidado de su persona, pero ahora su atildamiento se exageraba hasta resultar infantil y llamaban la atención las extraordinarias corbatas que trajo de Ginebra y de Lausana. Su humor, que siempre había sido bastante igual, siempre altanero y poco amable, experimentaba ahora bruscos cambios como el de un enamorado de veinte años, que se regocija o se desconsuela, según van sus esperanzas. ¡Si hubiera podido rejuvenecerse siquiera en diez años! Pero por muy bien que cure uno los oídos a la gente, no puede uno nada contra la edad; de sobra lo sabía; y el peso de estos diez años apagaba su entusiasmo, cada vez que se ilusionaba al pensar en la quinta Carlota. En cuanto entraba en ella, olvidaba todas sus preocupaciones; los gastos de su nuera, las murmuraciones desagradables sobre sus periódicas ausencias, los continuos disgustos que hacían de su casa, antes tan tranquila, un infierno, las distracciones de Marcos, que descuidaba la clientela y se tornaba melancólico.

Después de haber palpado concienzudamente en todos sentidos el escuálido cuerpo del tío Julio y acariciado las mejillas de Anthony, permanecía allí charlando de todo, como si no hubiera sido el médico más ocupado de Bielle. Luego Anita le acompañaba

y él la detenía largo rato en el umbral de la puerta, en el patio, repitiendo sus encargos. Al través de la verja monumental de la entrada, percibía la cinta gris del camino, por el que pasaban a largos intervalos algunos peatones, y su viejo corazón seco se esponjaba tanto y se sentía tan joven, tan alegre, como en el lejano pasado, cuando llevaba su gorra de estudiante. Sin embargo, aquel momento delicioso tenía que terminar; el doctor silbaba a Turco que fingía dormir y se despertaba de un salto, y juntos tomaban el camino de la población. El amo marchaba cabizbajo y triste sin voltear el bastón, mientras el perro, reflejo fiel de sus impresiones, trotaba detrás con el rabo entre las piernas. La gente había notado esa diferencia de aspecto al ir y al venir; tanto, que el pasante de Tiercet, que tenía disposiciones para el dibujo, hizo una doble caricatura, que tituló: "Antes y después de la visita", que fué unas cuantas semanas la diversión de todos los que pasaban por la calle Mayor.

Un día que la visita se había prolongado más que de costumbre, monsieur Maguet, en vez de entablar su conversación habitual en el vestíbulo, se quedó de pie ante Anita, mordiscando sus bigotes relucientes por la pomada húngara, sin hablar, sin moverse, como si no pudiera ni decir lo que quería, ni decidirse a marcharse, y Anita, de pie ante él, tiritaba por el cierzo de noviembre que con sus afiladas uñas acababa de desnudar los árboles. Al fin se atrevió. Sin levantar los ojos, y con el tono de un colegial que trata de salir de un mal paso, empezó:

—Escuche usted, mademoiselle. Hace mucho tiempo que quería hablar con usted.

Tosió con los dedos ante la boca.

—Usted es una persona admirable. ¡Sí, sí, admirable! Lo veo a diario, lo sé... yo fuí... un animal... por no haberlo comprendido antes, porque usted sería... ya lo sabe usted... y más nos hubiera valido a todos!

Aquella alusión al pasado hizo ruborizarse a mademoiselle de Nicollet, cuyo corazón latía demasiado fuerte todavía cuando se hablaba de Marcos Maguet o cuando se lo encontraba; porque ella nunca se había consolado por completo de no haberle podido hacer feliz, y este sentimiento se había acentuado desde que supo que estaba lleno de disgustos y preocupaciones. Desvió la vista sin contestar. El doctor continuó:

—Pero ahora lo comprendo; sí, lo comprendo. ¡Cuando la veo a usted tan buena... tan pendiente de su tío... y tan generosa con ese pobre sér que ha adoptado usted! Ha creado usted su alma, infundiéndole todos los sentimientos de afección y de humanidad que caben en ella. Cuando la veo a usted tan buena, pienso... Perdóneme usted, pero necesito explicarme; pienso que usted podría, que usted debía tener una familia, una verdadera familia... suya...

Respiró y prosiguió, precipitando las palabras:

—¡Dios mío! Ya sé que no soy joven. Sin embargo, a pesar de que mis cabellos van encaneciéndose, mi alma, yo no lo podía creer, me parecía dormida para siempre, acabada... y usted la ha despertado. Al notarlo, pensé que era una locura, pero... ¿quién sabe? Después de todo ¡es usted tan buena!... usted sabe perdonar. ¿Por qué no había usted de ser buena también conmigo y generosa? ¿Por qué no consentiría usted en ser mi mujer?

Anita había escuchado con un asombro creciente, pasando por todos los colores del arco iris, porque jamás había observado la impresión que produjera en el doctor, ni esperado una proposición que la parecía injuriosa y culpable. Sus labios temblaron, las palabras se detuvieron en la garganta, y sólo pudo balbucear:

—¿Cómo ha podido usted creer?...

El adivinó su pensamiento y la interrumpió:

—No, no, no me conteste usted todavía, se lo suplico... Sé lo que me diría usted ahora... Pero lo pasado ya no tiene remedio... ¿verdad? Que a usted le haya sorprendido, es natural... Yo también me he asombrado de lo que he descubierto en mí mismo... de haberme atrevido a decírselo a usted. Tómese tiempo para reflexionar... no muy largo... porque voy a sufrir mucho esperando su contestación. Para que un hombre de mi edad, un hombre como yo... le hable de este modo... usted comprenderá... es necesario... es necesario... ¡Estoy seguro de que usted lo comprende todo!...

Poco a poco había recobrado Anita el dominio de sí misma. Ya no se ruborizaba, ya casi no temblaba, y respondió con una voz que al principio logró que fuera tranquila, pero que luego reveló la profunda emoción que sentía:

—No necesita reflexionar, señor doctor, el caso es muy sencillo... tan sencillo que me

sorprende tener que explicárselo a usted... usted que tiene tanta experiencia debía saber que hay cosas imposibles... Dice usted que lo pasado no tiene arreglo. Ya sé que no lo tiene; ¿pero es una razón para olvidarlo? ¿Lo ha olvidado usted mismo?... ¿Ha olvidado usted su visita a mi pobre padre... al día siguiente de nuestra desgracia?

Maguet pasó por sus ojos su mano flamantemente enguantada, como para borrar la imagen dolorosa que evocaban aquellas palabras. Anita, cuya voz temblaba otra vez, continuó:

—Pues bien; fué esa la única cosa que me hizo dudar de la bondad de Dios... la única ocasión en que toqué palpablemente la crueldad de los hombres... Sí; todo pasó, como usted dice. Sólo que para usted es un pasado muy lejano, borrado, perdido... Para mí es de ayer... de hace un momento... Cuando miro tras de mí contemplo aquel tremendo desengaño... Ver que el sér en quien se ha depositado plena confianza, nos abandona en la hora de la desgracia! Por eso, nunca quise creer que era culpa suya, de él... Me hubiera hecho demasiado daño... Creí que le había obedecido a usted. Y ahora viene usted a pedirme...

—¡Oh!—balbuceó el doctor,—¡esperaba que me hubiera usted perdonado!

—¿Perdonado? Sí; sin duda. No conservo el menor rencor, la menor hiel. Le tiendo la mano lealmente. Pero permanezco como estoy, como usted ha querido que permaneciese. Siendo la sobrina de mi tío que se muere y la madre de mi primo que tan duras penas vive. Me he entregado a ellos y no quiero abandonarlos... ¿Cómo ha podido usted creer que...?

No acabó la frase. El doctor continuaba de pie ante ella como si todavía no hubiera perdido la esperanza, golpeando la arena con el bastón, mientras Turco daba vueltas alrededor de ellos, con aire de comprender que algo sucedía. Maguet levantó su mano hasta el rostro y la dejó caer desalentado.

—Sí—dijo—tiene usted razón. Hay cosas imposibles. El mal que se hace expía. Es verdad, fuí cruel, fuí cruel... ¡Así es la vida!

Ella permaneció impasible. Transcurrieron unos breves momentos que las circunstancias hacían eternos. Luego, el doctor, con un gesto vacilante, casi tímido, le tendió la mano:

—¡Adiós, pues, mademoiselle!

Ella tomó la mano que se le tendía, respondiendo:

—¡Adiós, señor doctor!

Aquel día, al atravesar la calle Mayor, monsieur Maguet iba tan cabizbajo que apoyaba la barba en el pecho. No saludó a nadie, y Turco riñó con el perro del carnicero. Dos días después, partió para el Mediodía, so pretexto de enfermedad. Cuando el tío Julio tuvo otro acceso, se llamó al doctor Mathorel.

V

REGRESO

Cuando el doctor Mathorel hubo a su vez auscultado, palpado e interrogado a Julio Nicollet, dijo confidencialmente a Anita:

—Al infeliz sólo le quedan algunas semanas de vida.

Era exactamente la sentencia del doctor Maguet cuando su primera visita. Sin embargo, las semanas pasaban y Julio se sostenía, a pesar de los bruscos saltos de temperatura, de las nieblas, que con frecuencia invadían durante días enteros el lago y sus orillas; de la nieve que, desde mediados de diciembre, descendió de las altas montañas y cubrió el llano. Pero no salía de su cuarto, y, poco a poco, después de los favorables cambios que habían producido en él las atenciones y cuidados de que estaba rodeado, los mimos de su sobrina, y las buenas palabras de Trembloz, volvió a su verdadero temperamento, agrio y caprichoso, a su perpetuo descontento, a sus regaños y a sus cóleras. El tío Adolfo le irritaba por su placidez; Anthony le exasperaba con sus movimientos de mono y sus gruñidos de placer al encontrar a Anita.

—¿Cómo es posible vivir entre ese moluzco y ese chimpancé?—murmuraba.

Y quería dejar aquella cárcel, en donde se ahogaba; abandonar aquel "perro país" de nieblas, de frío, de cierzo y de nieve, trasladarse a un sanatorio de la montaña, hacer un viaje al Mediodía.

—¡Ah! ¡Italia, Argelia, Egipto! ¡Oh! ¡Sobre todo Egipto! El cielo siempre azul! ¡El sol siempre resplandeciente!

Sus proyectos cambiaban diariamente; eran pretextos para sus exigencias insaciables. Tanto que el doctor Mathorel, que no tenía para aguantarle las razones que su predecesor, declaró no haber conocido enfermo tan molesto.

Mademoiselle Anita suspiraba;

—Hay que ser indulgentes... ¡ha llevado una vida tan penosa!...

El invierno tocaba a su fin, cuando un telegrama anunció, de repente, la llegada de monsieur Pedro Dionisio, por cuya última carta, que era de hacía meses, no hubiera podido presumirse su regreso. Fué un golpe teatral. Julio, que se había procurado una Guía de Italia para preparar su próximo viaje, se enterró en su edredón, presa de un terror pánico de que le echaran a la calle. Anita recorrió azorada toda la casa y notó que nada estaba en orden; que era indispensable un arreglo general, y que Julio ocupaba la mejor habitación, la que por derecho pertenecía al amo. Hubiéranse necesitado dos o tres días por lo menos para la mudanza y la limpieza; pero el telegrama venía de Southampton, y su fecha coincidía con la salida de Pedro Dionisio, de modo que sólo podía disponerse de unas veinticuatro horas escasas para poner en orden las cosas. Cristina, aterrada por aquel trastorno, declaró que no se atrevería a volver por allí. Unicamente el tío Adolfo, tranquilo como el buen trabajador del Evangelio, que hizo bien su labor, estaba sereno. En medio de la conmoción general, él se frotaba las manos, repitiendo:

—Lo seguro, es que mi hermano no podrá quejarse del jardín.

Cuando el coche de monsieur Pedro Dionisio se detuvo ante la verja y el tío Adolfo vino a abrirle sonriendo, todo estaba a medio hacer; las hojas de las ventanas se movían a merced del viento; unos jornaleros acomodados apresuradamente enceraban los entarimados, dos mujeres fregaban los vestíbulos, y mademoiselle Anita, trastornada, con las manos llenas de polvo, corría de un lado para otro con Anthony, que se colgaba de su delantal. El americano había cambiado poco: sus cabellos, en forma de cepillo, encanecían apenas; la mirada de sus ojos claros conservaba su agudeza dominadora, el don singular de apoderarse de todo lo que caía en torno suyo; su rostro afeitado, de perfiles salientes y acentuados, no había adelgazado ni engordado; su robusto continente, quizás más sólido y macizo que antes, despertaba las mismas ideas de vigor físico, de energía interior, de salud victoriosa. Descendió del coche, al tiempo que su ayuda de cámara, que esta vez era blanco —un irlandés muy rubio—saltaba del pescante. Pasó por el lado del tío Adolfo sin siquiera mirarle, y se detuvo ante su sobrina, mirando en torno suyo con las cejas fruncidas. Luego, sus ojos se fijaron en Anthony, que le hacía muecas, le señaló extendiendo el dedo índice, y preguntó, sin hacer saludo aún a nadie:

—¿Qué es eso?

Ahogándose de emoción, y bajo las curiosas miradas de las fregonas, que se incorporaban con sus rodillas en la mano, mademoiselle Anita contestó:

—Es el hijo de Emilia, de tía Emilia, que ha muerto.

Pedro Dionisio no debía de estar ya muy al corriente de sus relaciones de familia, porque arrugó la frente como un hombre que hace un esfuerzo de memoria, rebuscó en sus recuerdos, y dijo:

—¿Emilia? ¡Ah, sí! Casada en Inglaterra. ¿Murió, eh? ¿Cuándo?

—Hará tres años en abril.

—¿Y su marido?

Anita adivinó perfectamente la idea que se encerraba en aquella pregunta, porque respondió:

—Está enfermo, sin fortuna, con nueve hijos, y por eso me he traído...

—Al más lindo... ¡Enhorabuena!

Anita balbuceó con el tono de un culpable que busca una circunstancia atenuante:

—¡Mi ahijado!

Pedro Dionisio se encogió ligeramente de hombros sin replicar; luego, viendo al tío Adolfo que encorvaba la espalda con vaga inquietud, preguntó señalándole con la vista:

—¿El jardinero?

Roja como una amapola, Anita respondió:

—Sí, es decir, es el tío Adolfo. El es quien cuida el jardín.

El americano hizo un nuevo esfuerzo de memoria:

—¿Adolfo? ¡Ah, sí!

Tendió dos dedos a su hermano, sin la menor cordialidad, e inmediatamente continuó:

—¿Qué criados tienes?

—Emiliana.

—¿Emiliana?

—Sí, la vieja, ¿no se acuerda usted, tío? La que ha estado siempre en casa. Ella no le ha olvidado a usted.

—All right... Emiliana... ¿Y quién más?

—Emiliana nos bastaba, tío.

Pedro Dionisio la confundió con una mirada terrible, mientras las fregonas reanudaban su tarea.

—¿Cómo?—exclamó.—¿Una mujer vieja para cuidar la casa? ¿Para servirnos? ¿Para hacer todo? ¿Y mi hermano de jardinero? ¿Pero en qué demonio habéis empleado el dinero que yo os mandaba? ¿Lo colocábais en la Caja de Ahorros?

Anita baja la cabeza, como si verdaderamente hubiese malgastado el dinero; y sólo después de muchos esfuerzos, logró balbucear, bajando la voz para que las fregonas no la oyesen:

—Primero, pagué las deudas de la quiebra. El abuelo quiso. Luego, he ayudado un poco a Pedro y a los otros, que están en el Canadá.

El duro rostro no se ablandó; pero tras un instante de silencio, Pedro Dionisio se volvió bruscamente hacia su ayuda de cámara, que esperaba sus órdenes:

—¡Bueno! ¿Y el equipaje?

Inmediatamente los hombres que estaban bruñendo los pisos, aprovechando la ocasión para interrumpir su duro trabajo, corrieron a descargar los baúles que el irlandés les señalaba con aire de autoridad impasible y soberana; unos baúles magníficos, desmesurados, pesados, con cerraduras, correas, candados y aplicaciones de metal. Los músculos de los hombres se tendían bajo el peso; al depositarlos respetuosamente, como si hubieran sido objetos sagrados, cambiaron miradas que significaban claramente:

—¡Cuántas riquezas debe de haber ahí dentro!

Pedro Dionisio siguió un momento con la vista la operación, y dió tres pasos hacia la escalera. Anita le detuvo asiéndole por el brazo:

—¡Perdone usted, tío! Tengo aún que decirle... ¡el tío Julio también está aquí!

Esta vez Pedro Dionisio no necesitó forzar su imaginación; se paró en seco, y se volvió violentamente exclamando:

—¿Julio? ¿El vagabundo? ¿El holgazán? ¿Qué hace en mi casa?

Era la cólera habitual y espontánea de la hormiga contra la cigarra. Mademoiselle Anita dijo en voz baja:

—Está muriéndose.

Siguió otro momento de silencio.

—¡Bien! Ya hablaremos de eso—dijo al fin Nicollet con voz trémula.

Luego, con una ironía que dió a su voz un acento sibilante y cruel:

—¡Bueno! ¿Y habrá por casualidad algún cuarto para mí en la casa, una olla de agua caliente, un baño, un pedazo de jabón?

—Venga usted tío, y haré todo lo que pueda por servirle.

Mademoiselle Anita iba delante de él empujando hacia el tío Adolfo a Anthony, que espantado, no quería separarse de ella. Las fregonas meneaban la cabeza. Uno de los hombres empleados en el bruñido de las maderas se atrevió a decir en voz baja al ayuda de cámara:

—¡No parece muy amable el amo!

El irlandés le confundió con una mirada olímpica, y siguió a su amo llevando una maleta.

Monsieur Nicollet pasó el día recorriendo su posesión, sin abrir la boca, con las manos a la espalda, en la actitud clásica de Napoleón en Santa Elena. El tío Adolfo, asombrado de no haber recibido las felicitaciones merecidas, le espiaba a la salida de las estufas. Pedro Dionisio siempre con su aire de poco satisfecho atravesó las hileras de palmeras, de papiros, de bananos y de daturas. Vió las cuadras desiertas, las cocheras vacías, los salones solitarios, encogiéndose de hombros ante los muebles cuidadosamente cubiertos de sus fundas, y con la frente cruzada por una arruga de descontento. Mademoiselle Anita, muy angustiada, ocultaba a Anthony y contenía a Julio, que hablaba de salir de su habitación para acompañar a su hermano.

—No, no—repetía ella;—hoy no. Está cansado; necesita reposar.

Julio, con la nariz pegada a los cristales respondía:

—¿Cansado? No lo parece. Trota como un gato flaco por el jardín... baja hacia el césped... se vuelve para mirar a la casa... ¡demonio de cuerpo!

Por la noche se convino, que hasta que se conocieran las intenciones del amo, el tío Adolfo comiese aparte con Anthony, al que costó gran trabajo alejar del comedor. Para sentarse a la mesa Anita, advertida por el instinto, se puso el mejor de sus trajes; una faldita de color de castaña, de lana y seda, adornada con encajes de imitación a "guipure". Y sintió no tener nada más elegante, al ver tras ella al ayuda de cámara de gran gala, tan brillante que se le hubiera tomado por un diplomático, sin la servilleta que lle-

vaba al brazo, y más aún cuando su tío llegó de frac negro y corbata blanca, con la cabeza muy rígida embutida en el alto cuello de la camisa, y con un grueso diamante que fulguraba en la pechera. Nunca hubiera ella creído que era preciso tal tocado para comer en casa, sin ceremonia; pero la actitud de Nicollet decía tan claramente "tengo esa costumbre", que no se atrevió ni a sorprenderse. El ayuda de cámara pasaba las fuentes majestuosamente y se las tornaba a llevar casi intactas, porque monsieur Nicollet sólo comía un poco de pescado y de carne asada, y a su sobrina se le había cortado el apetito. La comida fué silenciosa; apenas si dejaban caer algunas frases vulgares a largos intervalos. Sin embargo, Anita comprendió que una explicación era irremediable. Cuando se retiró el ayuda de cámara apeló a todo su valor, y empezó temblando:

—Me va usted a permitir que le diga que si me hubiera avisado un poco más pronto, la casa hubiera estado más arreglada. Pero me avisó usted a última hora, y el cuidado del pobre tío Julio me absorbe el tiempo...

Estaba aturrullada porque tenía muchas cosas que decir y no se atrevía.

—No te he hecho ninguna reconvención —respondió Nicollet.

Levantó los ojos ya más tranquila, y él continuó diciendo:

—Pero comprenderás que hay que organizar esto de otro modo.

Puso sobre la mesa las dos manos—dos manos anchas, de músculos muy marcados y de recios dedos, dos manos vigorosas que no debían soltar la presa de que se apoderasen, hombre o cosa;—luego, con la voz tranquila de una persona que sabe lo que quiere y se explica de una vez para siempre, prosiguió, mientras el enorme diamante que adornaba su anular izquierdo, lanzaba destellos.

—Durante mi ausencia, mi padre y tú habéis hecho lo que os ha antojado; allá vosotros! Ahora que estoy aquí es preciso que las cosas cambien; ya lo comprenderás. He trabajado cuarenta años, no como un negro (los negros son unos holgazanes), sino como un yanqui, que es muy distinto. Así, a fuerza de voluntad, me he enriquecido. El año último la suerte ha cambiado: he perdido dinero. ¡No mucho, tranquilízate! Pero

¿Por qué no consentiría usted en ser mi mujer?

yo creo en la suerte; he comprendido que empezaba a volverme la espalda y que era preciso dejar de trabajar. Esta decisión me ha costado mucho, porque me gusta la acción, me siento fuerte, y quisiera seguir en movimiento; pero he creído que debía tomarla y la he tomado; es un hecho. Nunca me arrepiento de nada. ¿Para qué quedarme allá? América es una tierra para trabajar; cuando no se hace nada se aburre uno. Además, había pensado volver alguna vez a mi país; por eso compré esta quinta que os he prestado. Vuelvo, por consiguiente, a gozar del fruto de mi trabajo, según mis gustos y mis costumbres. Mi vida activa ha terminado; sólo me dedicaré de aquí en adelante a los intereses de la población para distraerme... Ahora bien, como he hecho mucho por vosotros, supongo que estará tácitamente convenido que gobernarás mi casa... ¿Me equivoco?

Anita le manifestó con un gesto su conformidad.

—Quiero que esté bien gobernada porque me gusta el orden, la comodidad, la elegancia, todo lo que contribuye al bienestar. Tendremos la servidumbre necesaria; estoy acostumbrado a ser bien servido y no necesito contar el número de criados. La vieja Emiliana es una buena mujer, pero sólo puede quedarse junto al fuego, en la cocina, sin exhibirse. Toda vuestra instalación cambiará, radicalmente, y ante todo, hay una cosa que vas a comprender: yo no puedo conservar a mi hermano en las condiciones en que está aquí. Es imposible.

Anita escuchaba toda oídos aquellas palabras que sin ser completamente imprevistas, la aturdían como la realización de un doloroso presentimiento. Cuando Nicollet, con su tono breve y seco hubo condenado al tío Adolfo al ostracismo, ella hizo un gesto de angustia y un grito brotó de sus labios:

—Le quiere usted despedir, ¿a él?

—Pedro Dionisio, que la dominaba con una mirada despótica, respondió:

—De ningún modo puede seguir en la casa.

Ante la gravedad del peligro, Anita tuvo valor para resistir.

—Le va usted a matar,—dijo.

Una semi-sonrisa irónica se dibujó en los delgados labios de Pedro Dionisio, que replicó:

—No se muere tan fácilmente, *my dear*.

Anita con su imaginación, todo ternura y lástima, se figuraba al tío Adolfo en el momento de abandonar aquella tierra, en que cada árbol, cada flor, y hasta las hortalizas, que eran su orgullo, eran creación suya. Continuó con voz vibrante:

—¡Usted no sabe... usted no sabe lo que son los jardines para él!... ¡Son toda su vida! ¡Su único amor! Los ha creado: ha hecho crecer las nuevas plantas; ha puesto en ellos su alma... Está orgulloso de sus flores y de sus hortalizas, como usted puede estarlo de sus millones... ¡Los jardines!... ¡Pero si está tan encariñado con ellos como un rey con su reino! ¡Preferiría mil veces morir a dejarlos!

Nicollet la interrumpió, extendiendo la mano hacia ella:

—Mi hermano no es tonto—dijo—o por lo menos así lo creo, y sabía perfectamente que los jardines no eran suyos. Además, déjame arreglar este asunto que es cosa mía. Hay otros dos, que te tocan más de cerca, y sobre los que tenemos que ponernos de acuerdo. Detesto el sufrimiento, la enfermedad, todo lo triste, todo lo penoso; por lo tanto, no pienso que siga Julio aquí.

Anita se irguió con un relámpago de indignación en los ojos.

—¿Quiére usted enviar a ese desgraciado, a su hermano, a un hospital?

Nicollet levantó el puño, lo dejó caer sobre la mesa y su diamante lanzó un terrible destello.

—¡El hospital!—exclamó con voz iracunda.—¿quién habla de hospital? ¿Es que en el mundo no hay más que el hospital y la quinta Carlota? Alquilaré un piso para él, le pondré un enfermero o dos, tendrá lo que necesite y se le tratará como un príncipe. Pero estará en su casa, no en la mía. Morirá en su casa, no en la mía. Te lo repito, detesto la enfermedad y me aterra la muerte. No he vuelto para cuidar tísicos. Pretendo estar tranquilo, vivir tranquilo. Si se necesita dinero, daré el que queráis. ¡Que no me pidan nada más!

Anita repiqueteó con los dedos sobre la mesa mientras reflexionaba. Pedro Dionisio estaba en su derecho evidentemente; ¿con qué argumentos impedirle que realizase su propósito?

—Está bien—murmuró—pero yo me iré con el tío Julio.

—No veo la necesidad—declaró Nicollet—Le instalaremos cerca de aquí y tú irás a verle cuando quieras; eso basta.

Sin desconcertarse por el tono categórico de su tío, Anita meneó tranquilamente la cabeza, obstinada:

—A la altura que está—dijo—no podría pasarse sin mis cuidados. Me necesita a todas horas. Un enfermero no sabría. No quiero amargarle sus últimos días, porque nunca ha sido dichoso.

Nicollet contestó con voz incisiva:

—Si ha sido desgraciado, ha sido por su culpa. Podía haber trabajado como yo y sería rico. No ha querido. Es cuenta suya. Sólo tenemos lo que merecemos.

Los grandes ojos de mademoiselle Anita que expresaban severidad y asombro se clavaron en su tío.

—¡Cómo puede vituperarse a un moribundo una existencia que se apaga!—dijo dulcemente.—Ya sé que el tío Julio no ha trabajado, que su vida ha sido poco edificante, ¿qué importa?... está muriéndose. Además, el pobre nunca hizo daño a nadie: nunca cometió ninguna maldad. ¿Podría decirse lo mismo de todos los que son ricos y considerados? Sea como fuere, yo me he encariñado mucho con él durante su enfermedad y si le despide usted, le seguiré. Quiero cerrarle los ojos...

La conversación no iba por el camino que esperaba Nicollet, que estaba poco acostumbrado a la resistencia y se asombraba de que aquella voz tranquila arrostrara su enojo. El, que nunca vacilaba, intentó reflexionar y pesar el pro y el contra. La perspectiva de quedarse solo en la quinta con sus criados, le pareció, de pronto, muy penosa; comprendió que Anita le era necesaria, y preguntó con una repentina afectación de benevolencia que ocultaba su derrota.

—¡Pero, vamos! ¿Está verdaderamente tan enfermo?

—Tío; venga usted a verle y juzgará.

—¡No! Prefiero creer tus explicaciones ¿Qué dice el médico?

—El doctor Mathorel afirma que es cuestión de unas semanas.

Nicollet vaciló todavía un instante:

—¡En fin!—concluyó;—puesto que tienes tanto empeño, que se muera aquí; con tal de que yo lo note lo menos posible.

Con tono de disgusto, como irritado de su debilidad, añadió:

—Además, durante algunos días estaré muy ocupado. No se me verá mucho por aquí.

Y con esto recuperó la actitud decidida del comienzo de la conversación, los codos sobre la mesa, el busto inclinado hacia adelante, la cabeza erguida, y con un acento más imperativo, continuó:

—Y con el otro, ¿qué piensas hacer?

Anita comprendió en seguida que se iba a librar una tercera batalla, pero la posición que acababa de ganar, le daba valor, tenía menos miedo, y dijo:

—¿Anthony?

—¿Se llama Anthony? ¡Bueno, vaya por Anthony! ¿Adónde le vamos a enviar?

El creía insinuar de ese modo, sin tener que declararlo, que estaba dispuesto a pagar todos los gastos. Los ojos de Anita se llenaron de lágrimas y murmuró:

—Yo no me separaré nunca de Anthony. Ni más ni menos que nunca hubiera abandonado al tío Julio. ¡Nunca!

Para Nicollet las lágrimas eran señal de debilidad; viendo a su sobrina próxima a llorar, creyó que llevaba ventaja, quiso aprovecharse y aseguró:

—¡Pues es preciso! y después de una breve pausa prosiguió, con la vista clavada en Anita:

—Yo no he comprado la quinta Carlota para convertirla en enfermería, sino para hacer de ella una hermosa posesión y me interesa ser amo en mi casa. ¿Comprendes? Además, no veo la razón de que la gente sana aguante la compañía de seres incompletos como ése, para los cuales hay casas, hospicios y asilos; si lo prefieres, se le puede enviar al campo, con una buena familia a quien se pague bien.

Anita recogió la palabra.

—¡Se pague! ¡Otra vez!

—Pero—exclamó Nicollet,—¿no se paga todo?

—¿Se puede pagar el cariño? ¿Pagar para que substituyan el que yo le doy? ¿Y a mí me pagará usted para que no le quiera?

—¡Oh! Tú no le quieres. En ti sólo es bondad. No se puede querer a un sér como ése.

—Sí, le quiero, tío, le quiero. Le quiero porque todos le rechazan; porque es un objeto de asco y de horror. Le quiero porque sufre un mal inmerecido, porque no tiene madre y yo soy su madrina, porque soy la única que le puede querer en el mundo. ¡Nunca me separaré de él!

Se animaba. con las mejillas ardientes y los ojos flameantes.

—Decididamente—dijo Nicollet.—nos va a costar trabajo entendernos.

Anita replicó:

—Me lo temo.

Hubo un momento de silencio. Nicollet golpeaba con su cuchara el borde de su taza de café. con un movimiento brusco de su mano. Se volvió ligeramente, y emprendió la cuestión por otro lado.

—Pero en fin, yo... Sí, yo. yo... ¿Adónde voy a parar yo con todo esto? ¿Qué haces de mi voluntad. de mis deseos, de mis costumbres? ¿Para qué te figuras que he comprado la quinta? ¿No es mía? ¿No os he enviado durante años el dinero necesario para cuidarla? ¿No es ese dinero el que os ha permitido instalaros en ella y vivir no como yo hubiera deseado. pero a vuestro gusto? Bueno. pues, reflexiona: ¿Todo esto no me da ningún derecho? ¿No puedo pedir nada en cambio, o sólo servía yo para soltar dinero? ¡El tío de América era vuestro cajero!

Esta censura hirió a mademoiselle Anita en lo más vivo.

—Es verdad. tío—respondió—es verdad: ha sido usted muy bueno con nosotros.

Nicollet interrumpió:

—No hablemos de bondad; lo que me importa dejar bien sentado es que todos me debéis algo.

—Si lo prefiere usted... Le debemos mucho. estoy dispuesta a pagar por ellos y por mí; dispuesta a todo lo que quiera usted de mí, tío, con tal de que no olvide usted que el tío Julio y el tío Adolfo son sus hermanos. y que Anthony es mi ahijado.

La ironía asomó de nuevo al rostro de Nicollet.

—En otros términos—expuso.—lo que me dices es poco más o menos lo siguiente: tío. me reconozco deudora suya y lo reconozco con gusto. Pero a usted le toca aceptar mis condiciones. sin lo cual me retiro por el foro. ¿No es verdad?

—No del todo. Yo le digo: tío tengo deberes, tengo afectos que no puede usted pedirme que abandone; hay seres a quienes no puedo dejar. porque soy más necesario para ellos que para usted.

—¡Conforme! Lo único que te haré notar es que los has alojado en mi casa y que yo puedo echarlos.

—¡Está usted en su derecho!

—¿Y si lo ejercito?

—Yo saldré con ellos.

—¿Y si te lo prohibo?

—Obedeceré a mi conciencia que me prohibe abandonarlos.

Exasperado ya, Nicollet se levantó de su silla, y arrebatado. gesticulando. mientras su diamante lanzaba relámpagos a diestro y siniestro. dijo:

—Pero en fin. si yo os tengo sujetos por la necesidad. si no podéis vivir sin mí. ¿Qué haréis si yo no os doy más dinero?

—Lo ganaré con mi escuela.

—¡Pero qué! ¿Sigues con la escuela?

—¡Ya lo creo! ¡Y mire usted si he hecho bien!

Nicollet dió dos o tres veces la vuelta al cuarto. Un montón de quejas le subían a los labios, pero se calló. Estuvo a punto de exclamar: "¡Me envenenan mi regreso!", porque esta era la sensación que predominaba en él, pero en su vida de conquistador que jamás había sido vencido, nunca se había quejado. Tuvo, pues. el orgullo de ocultar su desilusión y deteniéndose ante mademoiselle Anita, le dijo para concluir:

—Ya veremos... veremos más adelante... Creí entrar en mi casa y me encuentro en un asilo de enfermos y de locos... ¡Ya tomaré mis medidas!... Y salió.

Anita muy pensativa. se quedó mucho tiempo inmóvil en su sitio; luego bebió tranquilamente su café que había olvidado. Sintiendo resonar detrás de ella unos pasos graves levantó la cabeza; era la vieja Emiliana que se acercaba con precaución.

—Y qué. mademoiselle—preguntó la criada vacilando;—¿lo va a volver todo patas arriba. verdad?

Anita contestó con un gesto de incertidumbre.

—Seguramente no querrá que siga aquí monsieur Julio.—continuó la vieja—ni quizá monsieur Adolfo.

Su voz comenzó a temblar.

—Y a mí. ¿cree usted que me echará?

Anita se levantó decidida y respondió:

—¡No te inquietes por nada! Hará lo que le parezca, puesto que es el amo, pero yo seguiré con todos vosotros.

Los días que siguieron. casi no se vió a monsieur Nicollet. que se marchaba por la mañana a Ginebra con su ayuda de cámara y no volvía hasta el último tren. Se vió llegar un billar, cuatro caballos. dos coches.

un palafrenero, un cochero, un cocinero y seis pinches.

Mademoiselle Anita recibía a toda aquella servidumbre, desdeñosa y malhumorada, discutía sus exigencias y se ingeniaba para utilizar sus servicios.

—¿Qué querrá hacer con tanto criado?—gruñía el tío Adolfo observándolos con ojos dilatados por asombro. ¿No estábamos bien antes? ¿Hacen falta tantas cosas para darse buena vida?

La vieja Emiliana se escondía en los rincones; Julio decía que se encontraba peor y se volvía de cara a la pared; únicamente, Anthony continuaba su existencia medio inconsciente, confiando en el bondadoso sér, cuyo nombre no podía pronunciar, pero cuya protección afectuosa y segura sentía pesar sobre él.

Una mañana, monsieur Nicollet llamó a su despacho, por medio del irlandés, al tío Adolfo, a quien no había dirigido la palabra desde su llegada. El tío Adolfo corrió con su almilla de color de castaña y sus zapatos claveteados, y su viejo sombrero de fieltro en la mano.

—Evidentemente—pensaba—Pedro Dionisio ha acabado por notar que los jardines están bien cuidados y va a decírmelo.

Su bonachona cara redonda, reflejaba la alegría ante la proximidad del elogio que iba a premiar su larga vida de abnegación. Pero cuando entró en el despacho en el que su hermano escribía tras de una mesa de innumerables gavetas, se sintió repentinamente más tímido que lo estuviera nunca delante de su antiguo amo, y su corazón empezó a latir con angustia, a pesar de la tranquilidad de su conciencia. Con la pluma en la mano, Pedro Dionisio le señaló una silla, diciéndole en un tono breve que no auguraba nada bueno:

—Siéntate ahí.

El tío Adolfo obedeció como un niño dócil, y se puso a dar vueltas entre las manos a su sombrero, con los entornados, sin respirar apenas. Su hermano, entretanto, concluía una carta, la metía en un sobre, escribía las señas, todo esto sin apresurarse, con movimientos regulares de autómata. Cuando hubo terminado, volteó con un brusco movimiento su silla giratoria y comenzó fijando tranquilamente la mirada en el tío Adolfo.

—Lo que te tengo que decir es lo siguiente: tú has cuidado admirablemente las estufas y la huerta durante mi ausencia. Es prodigioso, que sólo hayas dado abasto a tanto trabajo. Eres un jardinero de primer orden.

Se detuvo dos segundos, durante los cuales la caraza vulgar del tío Adolfo expresaba la alegría que experimentaba; luego prosiguió en el mismo tono:

—Pero... tú eres mi hermano, y estimo que no puedes ser *mi* jardinero. Tengo intención de llevar la vida que me corresponde, y para eso he comprado esta quinta. Tú ya ves las dificultades con que tropiezo; yo no puedo sentar a mi mesa a mi jardinero, ni tener en la cocina a mi hermano. Esa situación es tan imposible ante mis invitados como ante mis criados. Tú eres un hombre muy razonable, supongo que comprendes todo esto sin necesidad de más explicaciones.

No, el tío Adolfo no comprendía; su gruesa cabeza se inclinaba como al recibir un gran golpe. Dejó caer su sombrero. Se pasó y repasó por la frente bañada en sudor su tosca mano; sus labios temblaban buscando palabras que se le escapaban, y acabó por balbucear, con una vocecita cascada:

—¿Entonces... me... echas?

Pedro Dionisio se encogió de hombros.

—Vamos, vamos—exclamó—no digas tonterías. Te he explicado extensamente las razones que me obligan a separarme de ti; no veo que puedan herir en nada tu susceptibilidad.

El tío Adolfo se había puesto muy pálido; su cabeza se balanceaba; se palpaba las rodillas con las manos; permanecía inmóvil y mudo, como si estuviera echando raíces allí, en aquella silla, que se había convertido para él en un potro de tormento. Aquel silencio prolongado irritó a Pedro Dionisio que preguntó:

—¿Qué?

Sin mirar a su verdugo, el tío Adolfo interrogó:

—¿Y vas a tomar otro... jardinero?

—¡Claro!

La vieja cabeza gris continuaba moviéndose de un lado para otro, como para poner en orden las ideas confusas que le agitaban, y que acabaron por brotar en frases entrecortadas, confusas, dolientes, que expresaban desordenadamente las varias ideas que se agolpaban en su mente.

—Pero ¿cómo quiéres que me vaya, di...? Siempre he vivido aquí... en esta quinta... no recuerdo otra cosa. Todo lo he plantado

yo... todo... las flores, las hortalizas, las rocas, son obra mía... los mismos árboles también, casi todos... El wellingtonia, el césped, ¿te has fijado?... Bueno, se le veía crecer de mes en mes, como a un niño... Y cuando me quedé solo después de la muerte de mister Smithson, ¡lo que he trabajado en todos los rincones!... ¡Lo que he sudado por allí, en los arriates! Yo pensaba: cuando sea muy viejo, moriré aquí como un abuelo con su prole... La idea de que podía morir en otra parte, no se me había ocurrido... ¡Y tú me dices que me marche! ¡Que me marche! ¡Vamos!... Pero ¿adónde quieres que vaya? ¿Qué voy a hacer en otra parte?

La causa de semejante dolor le parecía demasiado pueril a monsieur Nicollet para producirle emoción muy honda. Sin embargo, escuchaba a su hermano con benevolencia y asombro, haciendo estas reflexiones: ¡Qué gentes más raras se encuentran en este país! ¡Qué sentimientos tan curiosos! ¡Qué apegos tan incomprensibles! ¿Cómo demonios se puede uno enamorar así de una tierra que no le pertenece? Pero, en fin, como el tío Adolfo había desempeñado bien su oficio, tenía derecho a cierta indulgencia; su voz se dulcificó para responder:

—No tengo intención de abandonarte, ni la he tenido un minuto... Tú has trabajado muy bien, he empezado por afirmarlo, así es que te compraré una pequeña posesión, cerca de aquí, que tú mismo escogerás; estarás completamente en tu casa; podrás cultivar tu jardín propio, sin necesidad de dar cuentas a nadie y plantando los wellingtonias que quieras. ¿No te encontrarás tan bien como aquí?

El tío Adolfo movió suavemente la cabeza, con obstinación.

—Pero no estaré ya en la quinta Carlota —dijo.—Y además, no es eso todo. Aquí habrá otro en mi puesto, que cortará mis árboles, que trastornará mis estufas...

—Te ofrezco lo que puedo—respondió secamente Nicollet.

El tío Adolfo recogió su sombreo.

—Sí, sí, eres muy amable. Sé qué me podrías echar... es tu derecho; y en lugar de eso, me ofreces un regalo, un buen regalo. Pero, ¡qué quieres! durante toda mi vida he trabajado para tus jardines... nunca he tenido cariño a otro. Ya sé que no son míos; sin embargo, yo los he puesto como están... Vamos, Pedro, ¿no me los puedes dejar?

Al oír esta súplica, el rostro de Pedro Dionisio se obscureció; apretó los labios, lanzó a su hermano una dura mirada, y respondió, cortando el aire con su mano derecha:

—Es imposible. Lo siento, pero es imposible.

El tío Adolfo irguió lentamente su cuerpo agobiado, y se levantó.

—Bueno—dijo:—buscaré otra colocación, y nada más.

Pedro Dionisio hizo un gesto de impaciencia.

—Lo que te ofrezco con gusto lo has ganado de sobra. ¿Por qué no lo aceptas?

El tío Adolfo movió su gruesa cabeza, en que se agolpaban tantas cosas que no sabía explicar.

—¡Porque no!—replicó.

Semejante terquedad exasperaba a Nicollet.

—¡Porque no!—repitió, imitando el tono lento de su hermano.—Eso no es una razon. Vamos, te vas haciendo viejo... Yo deseo que estés en tu casita...

El tío Adolfo repitió maquinalmente su gesto negativo.

—No siempre se sabe por qué quiere uno las cosas—dijo;—tú te arreglas a tu modo; yo voy a arreglarme al mío. Nada más.

No cedería en su obstinación, dominado por su pena. Pedro Dionisio lo comprendió, tomó su partido, y rabiosamente, a modo de conclusión, dijo:

—¡Eres muy dueño de hacer lo que gustes!

Y volvió a despachar el correo, mientras el tío Adolfo se levantaba haciendo un esfuerzo, resoplaba y se alejaba lentamente, con su sombrero en la mano, arrastrando sus gruesos zapatones claveteados por la tupida alfombra, que apagaba su ruido.

En la escalera de servicio encontró a la vieja Emiliana, que erraba, como un alma en pena, por la casa.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa a usted, monsieur Adolfo?—exclamó al verle tan trastornado.

En pocas palabras le contó lo ocurrido. Ella repitió dos o tres veces su exclamación habitual:

—¿Es posible? ¡Dios mío! ¿Es posible?

Luego añadió:

—A mí también me llegará la vez; monsieur Adolfo. ¿Qué quiere usted que yo haga aquí? Tiene tantos criados como un príncipe, y esa especie de sinvergüenza que ha

traído con él, quiere mandarnos como si fuera un rey. Aunque no me despidan, yo me voy. ¿Cómo he de pasarme los días mano sobre mano, mientras los otros hacen mi trabajo? Cuando cambian los amos, los criados tienen que largarse.

Aún descontando la fuerza del hecho consumado, Nicollet esperaba las censuras de su sobrina; pero ella no hizo la menor alusión a la marcha del tío Adolfo, que se realizó pronto y en silencio; él dedujo que con un poco de autoridad la dominaría en seguida. En realidad, Anita había comprendido que iban a seguir otros actos, y que la hora de las decisiones estaba próxima; pero trataba de ganar tiempo, por consideración al tío Julio, cuyo estado empeoraba.

Dos semanas después de su regreso, Pedro Dionisio no había visto aún al enfermo, a quien esta conducta inquietaba. Cada vez más irritable, Julio descargaba sus iras contra su hermano, y no se tranquilizaba sino durante las visitas de Cristina, que sólo aparecía en ausencia de Pedro Dionisio.

A cada momento preguntaba a su sobrina:

—¿Por qué no viene? ¿Estoy apestado?

Anita se ingeniaba para buscar explicaciones plausibles.

—Está muy ocupado... Se ha ido temprano a Ginebra; cuando todavía dormías.

—¿Y por la noche al volver?

—Vuelve muy tarde.

—Pero en fin, ¿qué trabajo le costaría acercarse a darme la mano? ¿Soy su hermano, sí o no? ¿Va dejarme morir en su casa, sin hacer caso de mí, como si fuera un perro?

De cuando en cuando Anita detenía al paso a monsieur Nicollet, para decirle:

—¿No quiere Ud. ver al tío Julio? Siempre está preguntando por usted.

Y siempre le contestaba lo mismo:

—No, hoy no; cuando tenga tiempo.

Cuando Adolfo vino a contar a Julio, al despedirse, la escena con su hermano, el enfermo se encolerizó.

—¡Es un mal corazón—exclamó.—¡De sobra lo sabía! El dinero le ha vuelto duro como una peña... Seguramente me echará a mí también. Y ya me hubiera puesto en la calle, si no creyera que no vale la pena... Pero yo seguiré viviendo, aunque sólo sea para hacerle rabiar... ¡Me defenderé hasta el último extremo!

A medida que progresaba la enfermedad, el desgraciado se asía más fuertemente a la vida. Mientras que a su llegada hablaba de la muerte como si la hubiese adivinado detrás de la puerta, ahora que se acercaba ya no decía una palabra, o bien la despreciaba con un cinismo habitual. Necesitaba que el doctor Mathorel, que con su mirada irónica observaba los trastornos de la quinta Carlota, le mantuviese en sus ilusiones, afirmándole que estaba mejor, que podría levantarse cuando los primeros calores, y que las fuerzas volverían con la primavera.

En el fondo, el tío Julio sabía perfectamente que aquello eran mentiras; pero fingía creerlas, para engañarse a sí mismo, aunque las crisis se repitiesen con mayor frecuencia y cada vez más violentas.

Después de una de ellas, Anita tuvo valor para insistir con Nicollet.

—¡Se lo ruego! ¡El tío Julio va de mal en peor! ¡Puede morirse antes de lo que nos figuramos! ¡Le daría usted una satisfacción que le costaría tan poco!

—Puesto que te empeñas... —dijo Pedro Dionisio—vamos allá.

Y siguió a su sobrina, añadiendo:

—Lo hago por ti, no por él. Los seres de su temple, hija, aún siendo mis hermanos, me importan tres cominos; no movería ni el dedo pequeño por ellos.

Al verle entrar, detrás de Anita, que le anunciaba, el enfermo se incorporó en su asiento, y tendió su largo cuello descarnado, en donde resaltaba la nuez; sus ásperos bigotes de gato se erizaron, y dijo:

—¡Ah! ¿Eres tú? ¡Al fin!

Pedro Dionisio, que no le había visto desde su juventud, clavó en él su mirada impasible, buscando en el fondo de su memoria los rasgos borrados de la carita infantil que correspondía con aquel rostro devastado por la enfermedad, con aquella frente ajada por las arrugas, a aquellos ojos hundidos y siniestros. Julio que le examinaba también, adivinó sus pensamientos, porque respondió a ellos diciendo:

—¡Yo te reconozco a ti perfectamente!

—¿De veras?—preguntó Nicollet.

No se le ocurría nada más; se volvió para mirar a Anita que permanecía detrás de él y acabó por preguntar:

—¿Cómo estás?

La vista de aquel hermano tan fuerte, tan rico y tan seguro de sí, despertaba los instintos rebeldes de Julio, que se tornó inmediatamente burlón:

—¿Bien, gracias, y tú?

Pedro Dionisio, comprendiendo la ironía, no pudo menos de contestar:

—Yo, hijo, siempre he estado bien; con un poco de higiene, no se enferma nunca.

A esta contestación, Julio olvidó que se jugaba la tranquilidad de sus últimos días.

—¿Y no se muere uno tampoco, verdad?—refunfuñó.

El giro de la entrevista inquietó a Anita, que se acercó so pretexto de arreglar los almohadones y deslizó muy por lo bajo el enfermo:

—¡Tenga usted cuidado, no le gusta que le lleven la contraria!

Pero Pedro Dionisio molesto por el tono burlón de su hermano, replicaba ya:

—Eso es otra cuestión. Se muere uno cuando le llega la hora. Yo no pienso nunca en la muerte.

—¡Ah! Tú no piensas nunca en ella contestó Julio... nunca... nunca.

Con la voz cascada, la palabra interrumpida por el respirar jadeante, comenzó a divagar a medias doblado en dos, con la mirada perdida:

—Yo tampoco pensaba en ella... pero ¡ahora... ahora! tengo a la fuerza que pensar... y sólo pienso en ella... ya ves.. incluso cuando no se habla de ese asunto... pienso todo el día... pienso cuando el doctor Mathorel me palpa... para ver si me queda algún trozo de pulmón... o si los bacilos lo devorarán pronto todo... Cuando voy a dormirme; esa idea me despierta... me atraviesa como la hoja de un cuchillo... me retuerce el corazón y el cerebro... Y tú, tú no la tiene... pero no tenga cuidado, ya te llegará tu vez... ¡sí, sí, llegará tu vez!...

Anita quiso interrumpirle:

—¡Tío, por Dios! ¡se lo ruego!

El la rechazó diciendo:

—¡Déjame acabar! Quiero hablarle a él... al ricachón... ¡al grande hombre!... Le digo que le llegará su vez, a pesar de sus millones, de sus caballos y de sus coches... Se lo digo... porque comprendo que me desprecia... Ya le bajará ese orgullo cuando esté en la cama en las garras de la enfermedad... sintiendo el aliento de la muerte en la cara... Su orgullo no le valdrá... ni su riqueza... ¡A esa hora todos valemos no mismo!... ¡Sábelo, grande hombre!... Ya verás, ya verás...

Pedro Dionisio escuchaba inmóvil, con los dientes clavados en sus delgados labios.

De pronto se encogió violentamente de hombros, y salió sin decir una palabra, mientras Julio caía hacia delante, agobiado.

—Se va a poner furioso!—dijo Anita.

—¡Qué importa!—respondió el enfermo. —Por lo menos le he dicho lo que merecía. ¡Siempre es un consuelo!

La desgracia fué que aquel día Anthony tuvo una crisis violenta, que trastornó toda la casa.

—A la mañana siguiente, monsieur Nicollet envió a su irlandés a casa de monsieur Vallot, para alquilar "el mejor piso de la población". Precisamente había uno en lo alto de la calle Mayor, en la casa llamada del "Cometa"; una buena casa, espaciosa, construída aquel año de 1811, que fué igualmente famoso para los astrónomos, por su meteoro, y para los viñateros por la cosecha de vino. Pero el piso estaba desamueblado: se necesitó que un tapicero se comprometiese a amueblarlo en veinticuatro horas. Por último acabó el criado su expedición pasándose por el hospital, en donde apalabró un enfermero y tomó las disposiciones necesarias para el traslado del tío Julio. Después de lo cual monsieur Nicollet llamó a su sobrina y la puso al corriente de lo que acababa de hacer.

—El cuarto estará dispuesto mañana por la noche—añadió.—Pasado, durante el día, me harás el favor de transportar tu casa de fieras.

Creía imponerse, y que la cosa se arreglaría como la despedida del tío Adolfo. Anita se puso muy pálida.

—El tío Julio se morirá—dijo.

—¿El? ¿Morirse? ¿Después del escándalo de anteayer?—exclamó Nicollet. ¡Vamos! Se hace el enfermo; es una comedia.

Ella protestó, en tanto que él proseguía con una violencia que no admitía réplica:

—¡Además, comedia o no, no lo soporto más!... ¡No quiero más enfermos! ¡Deseo estar tranquilo en mi casa!... ¡Lo quiero!

Anita comprendió que ya no tenía por qué contemporizar.

—¡Perfectamente—dijo;—me iré yo con ellos!

Miró a su tío con ojos indignados que no capitularon. Aquella mirada hizo que Nicollet sintiera en el fondo de su alma como un secreto pesar de lo que acababa de hacer. Pero no se volvió atrás; desconocía los remordimientos y los escrúpulos.

(Continuará).

Stbre.
1915

PACIFICO
MAGAZINE

Precio:
UN PESO

FERROCARRIL DE ANTOFAGASTA A BOLIVIA

Servicio directo semanal
ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

TRENES DE SUBIDA

Antofagasta . . .	Sale . .	8.40 P. M.	Sábado
Uyuni	Llega. .	7.30 P. M.	Domingo
Oruro	" . .	7.40 A. M.	Lunes
La Paz	" . .	4.30 P. M.	Lunes

TRENES DE BAJADA

La Paz	Sale . .	1.40 P. M.	Sábado
Oruro	Llega . .	8.27 P. M.	Sábado
Uyuni	" . .	7.55 A. M.	Domingo
Antofagasta . . .	" . .	Amanece	Lunes

NOTA.—El tren de Antofagasta combina con el vapor rápido del Sur de la Compañía Sud-Americana de Vapores, y el tren de La Paz combina con el vapor rápido de la misma Compañía, procedente del Norte.

Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y del Norte.

El precio de un pasaje de primera clase de Antofagasta a Oruro es de £ 3.8.8½ y de Antofagasta a La Paz de £ 4.14.5.

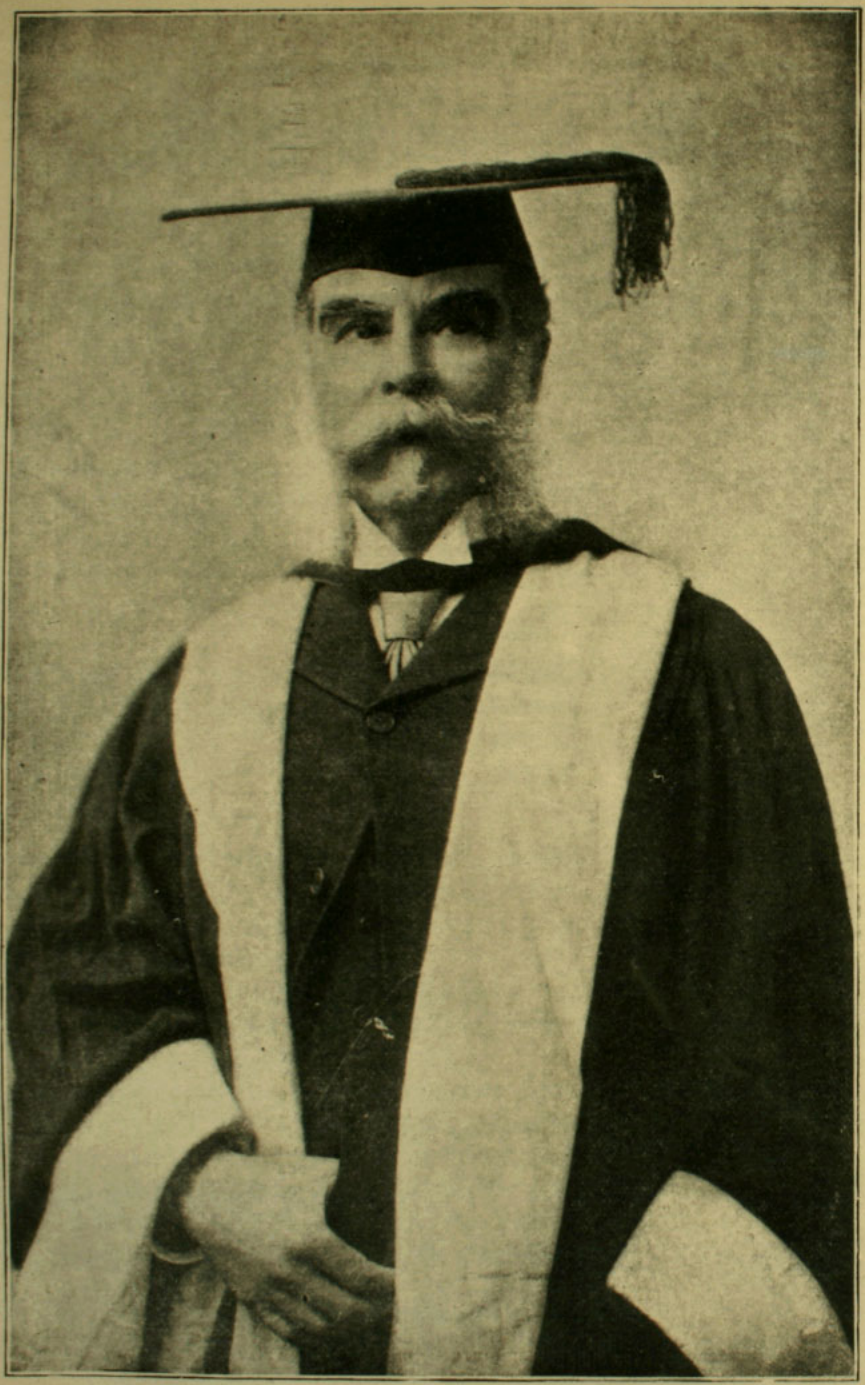
El boleto de cama por cada noche importa £ 0.12.1 y en un viaje a Oruro o La Paz debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa salitrera (Sección chilena) salen de Antofagasta diariamente, menos los domingos, a las 8 A. M.

Para mayores datos dirigirse a

Prat 65 - Casilla 43
Valparaíso

Moneda 1120
Santiago



M. Martinez

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | VOL. V.—Santiago de Chile, septiembre de 1915.—NUM. 33. | — Que mañana

Don Marcial Martínez

RECUERDOS DE SU VIDA

Por

Armando Donoso

Ilustraciones fotográficas

Sólo, entre los ocho mil volúmenes de su biblioteca, observando a través del cristal de su experiencia nuestra vida cívica, don Marcial Martínez siente deslizarse los años magníficos de su vejez estoica cual uno de aquellos patricios romanos que tras una existencia brillante se recluían en el silencio perfumado de una villa, lejos de las palpitaciones de la urbe civil y más cerca que nunca de la Civitas Dei de los filósofos. Distante de su hijo primogénito, desgarrada la paz del hogar con la temprana muerte de la compañera de su vida, y sólo guardado por el afecto de su hija, don Marcial Martínez es un escéptico para los extraños y un epicúreo espiritual para sí mismo: hondamente decepcionado de sus contemporáneos, ha dejado de creer en la política y en la buena fe de los que hoy la practican en nuestro país. Las lecciones de su experiencia le han obligado a ser egoísta y a darse por entero a la lectura: en cuanto se refiere a los goces del estudio, a las emociones del arte y al puro cultivo espiritual es un optimista fecundo que piensa con Kierkegaard en la eterna juventud de comprender y de sentir. Ignoro por qué honda correlación de ideas cerca de él he recordado las admirables ancianidades de Bismarck, de Gladstone y de Thiers: pasadas todas las agitaciones que han sacudido una vida dada por entero a la política, al foro y al estudio, la paz de los últimos años tiene la virtud de un bálsamo. ¡Cuánta verdad no encierra el símbolo del Cándido de Voltaire, que tras hondos quebrantos e inquietudes, se recluye a culticar su predio en el fondo de su huerto! Después de la fatiga de una labor constante y ya conquistados los mayores honores que un hombre puede alcanzar, sienta bien el reposo de la senectud: el varón que ha llegado a ella con el espíritu limpio y el corazón copioso, tiene derecho para sentir la sana alegría del viajero que, habiendo repechado el empinado sendero de la montaña, alcanza el límite soñado y allí descansa mientras observa el camino recorrido, las asperezas, los peligros y el verde prado que se quedó muy lejos, perdido en la lejanía. También la juventud puede aparecérsele al hombre provecto como la fresca campiña que antes cruzara: ¡tan sólo ahora que se encuentra en la cima la recuerda con la nostalgia del que cruzó con demasiada rapidez su césped fresco! Sin embargo, cuando esa mocedad ha sido la de un estudioso a quien las horas le sorprendieron siempre inclinado sobre el libro o junto al laboratorio, entonces los veinticinco años suelen recordarse con santo orgullo, porque la juventud ha dejado de significar una locura para ser el comienzo de una de aquellas epopeyas paralelas que Plutarco evocó en la vida de sus héroes.

En vano buscaríamos entre las de nuestros hombres públicos una existencia más brillante que la de don Marcial Martínez: una vida en la que todos sus triunfos se los debió a su voluntad y a su inteligencia, sin tener que recurrir nunca a los fáciles halagos de los poderosos, a las claudicaciones espirituales, ni a esos medios tan socorridos de los pusilánimes, que acortan todos los caminos. Desde los comienzos fué la suya una vida intensa, de activísima acción y de elevada integridad moral. Templó su carácter en la lucha del "self-help", aprendiendo a mirar cara a cara la vida y a creer que todo lo que se quiere se puede cuando están al servicio de un espíritu bien cultivado todas las virtudes morales e intelectuales que hacen de cada hombre un triunfador.

Muchas veces hemos llegado a su bufete, sorprendiéndole en sus horas de trabajo y ha querido nuestra suerte propicia que nos recibiera siempre con un gesto amable. Leyendo constantemente, entre sus libros inseparables que se hacinan tras él en los anaqueles de las estanterías, que cubren las mesas, ocupan las sillas, llenan todos los huecos, se alzan en pirámides en los rincones, se amontonan junto a los muros,

asoman donde quiera que haya un espacio libre, encontramos a don Marcial absorto en la página de un volumen. Cuando por vez primera nos aventuramos a interrumpir su labor, don Marcial se ocupa en leer por centésima vez en su vida, un libro de Emerson; otro día advertimos sobre su mesa de trabajo "La génesis del siglo diecinueve", de Chamberlain. Como nuestros ojos se abstraen más de lo necesario repasando los títulos que están estampados en la portada de dicho libro, don Marcial nos dice:

—Estoy leyendo a este pícaro, que tiene mucho talento. ¡Es uno de los que sostiene. Sus años de vida no pesan sobre su intelecto; conserva la vital frescura de los veinte años; su memoria es un prodigio de precisión; su claridad de juicio sorprende por lo exacta en cuanto se trata de hombres e ideas distantes; su verba cálida deja ver el cristal transparente de su buen decir; sus apreciaciones variadas, sus argumentaciones sólidas, la oportunidad de tal cual cita hablan de la amplitud de su cultura y de la universalidad de sus estudios.

Se engañan quienes han creído advertir en el severo aislamiento suyo una forma de estéril orgullo. Como todo hombre de es-

La sala de trabajo de don Marcial: en primer lugar se ve el busto de Bello y en el fondo retrato al oleo de algunos miembros de su familia.

nen la superioridad del *pangermanismo*!... Me interesa, a pesar de sus errores... que no son pocos.

Milagro viviente de energía espiritual, a pesar de sus años, don Marcial Martínez mantiene siempre viva la llama de su inteligencia privilegiada. No se da tregua en su afán de conocer todo lo que se publica en el extranjero: algunas de las instituciones doctas de Europa y América, de las cuales es miembro, le envían constantemente periódicos, libros, prospectos, boletines y cuanto brota de sus prensas. Y él lo lee todo, se impone de todo, le agrada estar al día en el movimiento jurídico, científico y filosófico de las Universidades, de las Academias y de cuanto centro prestigioso existudio, ha gustado del severo retraimiento: desde el fondo de su biblioteca ve pasar la vida con ojo atento e interés particular. Desprecia, con sobrada razón, la vaciedad insolente de casi todos nuestros políticos: huye de ellos porque, con escasas excepciones, son flacos de entendimiento, horros de cultura y exuberantes en mezquinos egoísmos. Les mira con desdén, porque viven a la sombra del halago y al amor de una esperanza que les dará honores y provecho antes que bienestar y progreso para los ciudadanos que representan. Por eso hemos encontrado profunda razón y amarga tristeza en sus palabras cuando nos dice:

—Muchas, frecuentes veces me han ofrecido carteras ministeriales, pero no he que-

Don Marcial en uno de sus paseos matinales.

rido descender a aceptar tales puestos con que hoy día se pagan los favores políticos, sin reparar en el merecimiento de las personas.

Cuando, después de conversar largamente con don Marcial Martínez, escuchando atentos sus juicios interesantísimos sobre hombres e ideas de nuestros tiempos, nos arriesgamos a solicitar que desearíamos oirle recordar reminiscencias de su vida de estudiante, episodios de aquella lejana época de promedios de la pasada centuria, don Marcial olvida su tranquilidad y con voz airada replica:

—Bien le sientan las confesiones a las mujeres o a los actores. Yo vivo tranquilo, no me ocupo de nadie y deseo que me dejen en paz. Que se exhiban los que tienen qué exhibir... Hace poco no más estuvo a verme un periodista; lo recibí porque soy ligero de corazón y pensé que no hacía él más que obedecer a un mandado y que tal vez le iba en ello su empleo. Pero, he aquí que por hacer un bien me hice un daño, pues ese periodista me hizo decir que yo no leía nada de Julio Zegers, cuando ni siquiera mencioné a Zegers por una razón muy sencilla: sólo leo de la prensa de aquí lo que se refiere a noticias del extranjero. No me alcanzaría mi tiempo si quisiera leer los periódicos chilenos y todo lo que recibo del exterior: diarios, revistas, libros. Hace un instante, cuando usted llegó, leía a Emerson, y cuando no es un libro de éste, son otros: de Aristóteles, de Michelet o algún cuaderno de la Yale Review. Mi tiempo lo consagro enteramente a estas lecturas, al estudio de otras materias o a las consultas frecuentes que vienen a hacerme. Así pues, no puedo ni quiero destinar la mejor parte de mi tiempo a soportar interrogatorios o a recibir a los periodistas; sobre todo cuando éstos siempre dirán todo lo contrario de lo que oyen y no harán otra cosa que acarrear sinsabores que se pueden evitar fácilmente. Mi hermano, el militar, que fué un gran táctico y era un hombre sencillamente modesto, no toleraba jamás a los periodistas: un día llegó a su cuarto un señor Figueroa, autor de un libro, creo que un diccionario, a pedirle datos de su biografía para su obra. Mi hermano no sólo no se los dió, sino que lo hizo abandonar rápidamente la pieza, amenazándolo con gesto airado. Esta es la razón por qué no figura en esa publicación él, que era un militar distinguido.

Poco a poco vamos comprendiendo lo que significa el fondo ásperamente sincero en don Marcial Martínez. Hombre que ha visto muy de cerca las debilidades de sus contemporáneos, que ha vivido en las épocas más azarosas de la República, que desprecia la comedia política representada por hombres mediocres, ha llegado a una edad en que la experiencia y el estudio le permiten expresarse con ruda franqueza a pesar de que ello pueda rozar finas epidermis y amores propios muy sensibles. Sobre los hombres de antaño, como sobre las figuras de hoy expresa su juicio desprovisto de temores: ni Portales, ni Errázuriz, ni Pinto, ni Santa María, ni Balmaceda, se le aparecen proyectados a través de la historia sobre el solio de grandeza que historiadores indulgentes les han erigido. Antes bien, don Marcial, que conoció de cerca a la mayoría de ellos, tiene sus motivos más fundados que otro cualquiera para fundar sus juicios sobre el particular. Liberal de la más

Retrato de don Marcial tomado en Inglaterra, cuando era Ministro ante el Gobierno de S. M. B.

fina cepa y por sobre todas las cosas espíritu docto, discute a Portales como gobernante, recuerda que era hombre de una incultura crasa y que sustentaba la convicción del gobierno autoritario y la ley del garrote:

—Portales era uno de aquellos gobernantes—dice—que creía en la necesidad de gobernar a palos: inculto, rudo, violento y atrabiliario, no reparaba en los medios que le permitieran hacer valer su autoridad, despótica hasta la inconsciencia. Fué el tipo perfecto del cacique a la americana: de una sola pieza.

—Felizmente ya son idas tales épocas y tales hombres... le interrumpimos nosotros a don Marcial; y él, con gesto rápido, como

La maure de don Marcial Martínez

quien recoge inmediatamente un error que es menester rectificar, agrega:

—No hay tal: el caso de Méjico, el de Ecuador y quién sabe si el nuestro propio mantienen aquel juicio... ¡Es tan fácil pasar por grande hombre en América! Nunca olvidaré a uno de los que en Chile ha sido considerado hombre eminente y a quien conocí de cerca: ignorante y porfiado hasta más allá de todos los razonamientos. Entre otras cosas creía que las máquinas eran seres vivos; que una roca era cosa análoga a un mineral; no se atrevía a entrar a una pieza obscura por temor a los brujos. A don Antonio Varas le oí decir una vez: "No concibo cómo se puede llegar a esa edad con una ignorancia tan completa, porque en verdad no sabía de nada nada. ¡Y... ocupó elevados cargos!..."

Transcurre un instante. Un criado entra a la sala y recibe una orden de don Marcial. Luego piensa durante algunos segundos y exclama, como reconviniéndose a sí mismo:

—Pero, esto es banal y no tiene importancia. Además de que si uno fuese a decir cuánto sabe, todo lo que ha visto y vivido, le arrancarían los ojos. ¡Sobre todo sabiendo lo que son nuestros contemporáneos! A menudo me suelen decir que escriba mis Memorias; pero no quiero hacerlo, pues no deseo igualarme a cualquiera cortesana o a tal o cual majadero que cuentan cuánto saben e ignoran que lo único que deberían hacer sería aprender a callar. Además, tengo ya 83 años y semejante tarea me demandaría largo tiempo, pues guardo mucho que decir y debería ser ante todo exacto. Ahora, es preciso figurarse cuántas horas de disgusto me costarían las verdades que fuera menester estampar: ¡los retratos de cuerpo entero de tantos que son tenidos poco menos que por superhombres, siendo que no fueron sino unos pobres diablos! ¡Y decir cosas agrias aquí donde nadie soporta las verdades y donde todos viven de elogios!... También es cierto que esto de escribir sus Memorias es peligroso: ¡cuántas veces la gente se lleva con ellas más de un chasco! Matternich escribió las suyas y ordenó que no se publicasen sino hasta algunos años después de su muerte: cuando fueron dadas a la estampa los lectores no encontraron en sus páginas nada nuevo. Todos los detalles, secretos y curiosidades eran ya del dominio de muchos; eran secretos a voces.

—Pero, — argüimos, — no tanto por la parte pintoresca y vivida sus Memorias tendrían un valor definitivo, sino que, especialmente, en lo que toca a su actuación histórica en la diplomacia. Sería un modo directo de contribuir a documentar nuestra historia, que necesita en todo tiempo de testimonios como el suyo. Además, aquellos bellos años que corresponden al promedio de la pasada centuria, están ya tan distantes y se presentan tan confusos que bien merecen la pena de ser remozados por el recuerdo de inteligencias como la suya. El recuerdo de aquella generación del año 50, que hoy deberíamos imitar...

No hemos terminado nuestra frase cuando don Marcial pone el más lógico reparo a lo que vamos a decir, reparo que envuelve un juicio exacto y definitivo y una lección de profunda verdad:

—La generación actual vale mucho más que la de entonces; enormemente más. Los jóvenes de hoy están a cien codos de los jóvenes del año cincuenta. Yo que viví aquella época y conocí a todos los hombres que más figuraban, puedo decir esto, habiéndolo verificado en el curso de mi existencia. Eran contados los muchachos de aquel entonces que tenían verdadero amor por el estudio y que podían decirse cultos.

—¿A quiénes recuerda con predilección de aquella época?

—¡Fuí amigo de tantos! A pesar de ser yo mucho más joven, Francisco Bilbao me quiso mucho. A menudo me solía decir:—"Tengo que quererte, porque tú te pareces mucho a Luis Blanc".—Le veía con frecuencia: no olvidaré sus ojos claros, su frente amplia, sus cabellos lisos. Todo su aspecto hablaba en él de un apóstol. Pude conocer también a unos cuantos revolucionarios del 51, pues yo había alcanzado cierta notoriedad cuando presidí la delegación del Instituto Nacional que fué a saludar y ofrecerle su adhesión al general Cruz... Un día recuerdo que estaba en la esquina de Alameda en la calle de las Claras, cerca de Juan Bello, Eusebio Lillo, Manuel Bilbao y Recabárren, cuando comenzó el tiroteo contra las tropas que estaban en el cuartel del Cerro... Huí a todo correr con los temores del muchacho que, no siendo más que un escolar teme comprometerse. No olvido que pocos días antes, en una revuelta que había habido en el Instituto Nacional, yo había tomado parte activa y no me echaron ignoro por qué causa, cuando bien me había ganado mi expulsión... En realidad todos los acontecimientos de aquella época son bien poco conocidos y los escritores que se han ocupado de narrarlos lo han hecho con lamentable y dudosa parcialidad. Por ejemplo, los historiadores han juzgado la batalla de Loncomilla con criterio harto discutible, siendo que en realidad no fué aquel combate un triunfo para nadie. Cruz se dió por vencido sin estarlo y cuando tal vez tenía las mejores esperanzas de alcanzar la victoria.

—¿Y Lastarria?...

—Con don José Victorino me ligó una amistad estrecha que los años no habían de hacer más que afianzar. ¡Ese sí que era hombre de cultura vasta y sólida! Manejaba con desenvoltura los números, sabía contabilidad, era uno de nuestros mejores abogados y el mejor orador parlamentario que hemos tenido. A propósito: recuerdo una anécdota suya muy curiosa sobre el particular. Acababa de ser nombrado Lastarria Ministro en la República Argentina y yo en el Perú. Pasábamos una tarde por el Congreso y entramos a escuchar la sesión desde nuestros asientos de diputados. Se estaba tratando sobre régimen aduanero, cuando, de improviso y sin tener nada preparado, pidió la palabra don José Victorino y pronunció uno de los mejores discursos de su vida... Sin embargo, uno de los mayores defectos que tenía era el de una vanidad inconmensurable. En cierta ocasión hablábamos de Gambetta, con motivo de no sé qué hecho brillante realizado por el parlamentario francés, cuando don José Victorino me dijo:—"Así son las cosas: este mozo es célebre y goza de reputación universal por dos discursos fundamentales.... y yo que he hecho tantos me estoy muriendo de hambre."—Lastarria valía mucho, era un gran estudioso y un pensador tesonero, aunque los mejores de sus libros no sean más que reproducción de las doctrinas europeas de ese entonces: por ejemplo, su "Política positiva" no era más que una trasposición adaptada al ambiente americano del libro de Augusto Comte...

La entrada de una persona a la sala de trabajo de don Marcial interrumpe el hilo de su discurso... Pasan algunos minutos, luego, como volviendo a la superficie de la charla, me pregunta:

—¿Sabe usted si Matta Vial tiene ya terminado su discurso de ingreso en la Aca-

Don Victorino Martínez, cadete de la Escuela Militar en 1857, peleó en Maipú, asistió a las batallas de Tarata y de Moquegua, donde cayó prisionero. El coronel Vidaurre Garretón le envió como parlamentario para el mejoramiento de la provincia de Coquimbo.

demia? Me ha dicho que versará sobre la causa por qué en Chile la producción histórica es tan abundante.

Como nosotros asentimos a su pregunta, don Marcial exclama:

—¡Es curioso! ¡Bien curioso! Si esto ni siquiera merece preguntarse: no caben dudas sobre esto. Aquí hay mayor producción histórica porque es lo más fácil, sobre todo como la escriben aquí: ¡cogen varios documentos e hilvanan entre ellos unas cuantas páginas y sale a la estampa un libro! Otra cosa es la historia como la concibieron Michelet, Lavisse, Macaulay, Taine.

Pensamos nosotros que el día anterior nos ha dicho algo análogo don Emilio Vaïse, quien estaba conteste en afirmar que la producción histórica tal como se escribe en

América es el género literario más fácil de hacer, ya que para ello sólo se necesitan buena voluntad y paciencia.

El nombre de Taine, pronunciado por don Marcial, ha quedado vibrando en nuestros oídos. Ello nos induce a preguntarle:

—¿Acaso entre sus escritores predilectos y junto a Macaulay coloca usted a Taine?...

Y don Marcial nos responde inmediata y seguramente:

—Claro está. Le he leído mucho. Sin embargo, durante estas últimas vacaciones, quise releer "Los orígenes de la Francia contemporánea" y lo encontré muy cansado en sus primeros volúmenes. En la parte moderna es más ameno. Es un maestro, sin lugar a dudas. ¡Pero, cómo deja a los revolucionarios del 79! Creo que se fué a la otra alforja: en Robespierre había mucho de bueno y no era posible tratarlo así.

Como en ese instante traemos a colación el nombre de Aulard, don Marcial replica:

Señorita Felisa Martínez Cuadros.

—¡Tuvo razón tal crítico! ¡Ha hecho obra de justicia!; porque Taine exageró mucho, más de lo necesario y tal vez con deliberado propósito...

Si ha sido fecunda en su mejoramiento auto-didáctico la vida de don Marcial Martínez y tesonera en la labor intelectual, ha sido brillante y laboriosa en lo que respecta a sus servicios prestados al país en la diplomacia. ¿Quién no conoce su actuación como Ministro Plenipotenciario en el Perú y en Inglaterra? En cambio, muchos ignoran la que es tal vez la página más bella de su vida: nos referimos a su estada en Estados Unidos como Enviado Extraordinario del Gobierno de Chile y a su triunfo sobre el canciller Blaine.

Era en 1880. Acababa de llegar a Nueva York cuando tuvo noticias que entre la alta banca, el comercio, la sociedad y la política, circulaba un folleto destinado a reunir adhesiones y a obtener el apoyo del Gobierno norte-americano para obligar a Chile a devolver los depósitos de guano y salitre situados en tierras peruvienses y darle a cambio de su victoria obtenida con la guerra del Pacífico una fuerte indemnización. Descubierto a tiempo el folleto citado tras largas diligencias practicadas por don Marcial, lo envió al Gobierno de Chile. "Aquí se dijo,—ha recordado— (ignoro de dónde partía la voz), que ese documento había sido mandado por un comerciante extranjero, amigo de Chile, sin que mi nombre fuese mencionado para nada." Un abogado yanqui, Jacob R. Shipherd, era el encargado de llevar a cabo la especulación, practicando todas las gestiones políticas y económicas en Nueva York. Denunciado oportunamente en folletos y en la prensa de Nueva York, Boston y Filadelfia el proyecto de intervención y el negocio, consiguió don Marcial hacerlo fracasar totalmente hasta el punto que poco después el Secretario de Estado, Mr. Blaine, cuyas simpatías por el Perú eran manifiestas, escribía en nota de 5 de diciembre de 1881 a Mr. Hulburt, Ministro de Estados Unidos en el Perú, lo siguiente: "La copia inclusa de una carta, que he dirigido a Mr. Shipherd, (el abogado gestor), manifiesta que no tengo una opinión menos decidida que la que Ud. se ha formado de "la indecencia y deshonestidad de su empeño, en influenciar la acción diplomática en pro de su reclamación." Quizás pueda mitigarse en algo la severidad de mi lenguaje en vista del posible hecho, sugerido pertinentemente por Ud., de que Mr. Shipherd no está en plena posesión de su juicio."

El derrumbe de este escandaloso negociado, que habría colocado a Chile en una situación crítica, obligándole a renunciar sus derechos, correspondió exclusiva y aisladamente a don Marcial Martínez.

No menos interesante es la historia del Memorándum de 21 de noviembre de 1881. Mientras el Ministro en el Perú, Mr. Hulburt, comunicábale a su Gobierno que Chile estudiaba la conveniencia de la anexión definitiva del Perú pretendiendo formar de esta nación una provincia chilena, Mr. Blaine le decía en nota oficial que interpusiese sus buenas relaciones a fin de que Chile liquidase su situación con el Perú sin recurrir a anexión territorial. En cambio, los comunicados transmitidos a Estados Unidos por el Ministro norte-americano en Chile, Mr. Kilpatrick, probaban la correcta, serena y legal conducta de Chile. A fin de contribuir a organizar el Gobierno en el Perú y de evitar los propósitos de conquistas territoriales por parte de Chile, el Gobierno de la Casa Blanca acordó enviar una misión especial compuesta por W. Trescot y Walker Blaine, hijo del Secretario de Estado. En las instrucciones dadas al jefe de la misión, se le ordenaba que si Chile rehusaba acep-

tar la mediación de Estados Unidos, debía hacer su viaje de regreso por Buenos Aires y Río de Janeiro, con el fin de atraer a esos países "al círculo de la política de Estados Unidos y aislar a Chile, en su campo de resistencia. Los agentes debían proponer una amplia y franca conferencia entre todas las repúblicas del Norte y del Sur, con el especial objeto de poner término a la guerra del Pacífico. En tales circunstancias y en semejante atmósfera de hostilidad política, debió don Marcial obrar a fin de parar aquel golpe. "Pedí varias veces al Ministro de Relaciones Exteriores que expidiese una nota o memorándum, justificativo de la conducta, observada por nosotros después de las jornadas de Chorrillos y Miraflores, y justificando nuestras proposiciones de paz, que eran, en 1881, de pública notoriedad. Convenía hacer esto, no para mendigar favores, sino para presentar nuestra causa, a la faz del mundo, con la frente alta." Pero como no obtuviese la redacción de un informe diplomático, debió emprender una fuerte campaña en la prensa "y aún dentro del Congreso" y redactar en seguida el memorándum de 21 de noviembre de 1881, (exposición admirable de claridad y de síntesis, apoyada con lógica de hierro en el Derecho Internacional), que entregó personalmente a Mr. Blaine, e hizo distribuir al cuerpo diplomático." "El Ministro de Inglaterra mandó su ejemplar al "Foreing Office", y dos días después de recibido por Lord Granville, pidió tres ejemplares por telégrafo. A Chile envié 200." Guardó silencio Mr. Blaine y pocos días después caía del poder, sucediéndole Mr. Freelinghuysen. Treinta y cuatro días más tarde invitó el nuevo canciller a don Marcial a un "five o'clock tea", expresándole allí mismo y con entera franqueza lo siguiente: "Yo soy un abogado que he estado siempre separado de los negocios públicos y que he ejercido mi profesión en New Jersey. No he tenido ni el más leve conocimiento de las relaciones diplomáticas de mi país con las demás naciones del globo, y, en especial, no había ni siquiera oído hablar de las complicaciones, en que mi antecesor ha tomado parte, con motivo de los asuntos pendientes entre Chile y el Perú. Pero, el papel (así califican los ingleses todo escrito, largo o corto) de Ud., el memorándum, me ha proporcionado un conocimiento completo de los negocios de la costa del Pacífico, y declaro a Ud. que el Gobierno de los Estados Unidos no tomará ninguna participación, en el desarrollo de esos negocios, pudiendo Chile obrar, en sus relaciones con sus adversarios, como lo estime de justicia."

Cuando don Marcial comunicó a la Moneda nueva tan feliz y triunfo tan hermoso, el Ministro de Relaciones, don José Manuel Balmaceda, le presentó el cablegrama al delegado yanqui Mr. Trescott, "reservándole el nombre de la persona, que la había transmitido de Washington, el Ministro Extraordinario de Estados Unidos quedó atónito, diciendo que él no tenía noticia de semejante cambio de política en su país."

Tal es la historia sucinta de una de las más altas páginas en la vida diplomática de don Marcial Martínez. La memoria de semejantes hechos nos induce a recordarle su elección en la Universidad de Yale, que fué un eco del alto prestigio alcanzado en Estados Unidos tanto en los círculos diplomáticos y sociales como en los intelectuales.

—Estaba en 1881 en Nueva York—nos dice don Marcial,—cuando recibí un telegrama de Yale en el que me pedían asistiese al *Commencement Day*, o sea la fiesta de

Don Marcial Martínez en su gabinete de trabajo, rodeado de sus libros.

clausura de la temporada universitaria; como no me apresuré a contestar, recibí un segundo comunicado, preguntándome terminantemente si podía trasladarme a Yale. Realicé el viaje y con gran sorpresa de mi parte supe que era nada menos que para distinguirme con el grado de Doctor en la Universidad. Fué aquella ceremonia algo solemne e imponente: es preciso figurarse el anfiteatro de la vasta sala universitaria, atestada de señoras y profesores, de exalumnos que estaban ordenados en sus grupos correspondientes a los años en que habían hecho sus cursos. Fuí colocado al lado derecho del Presidente de la Universidad y me recibió el profesor Brosh, sabio naturalista que a menudo era muy consultado de Alemania y que ahora tiene un be-

llo monumento en su país. Conocí entonces muy de cerca al profesor Nap, catedrático de español y miembro de la Real Academia de la Lengua. Pasada la recepción se verificó un agradable "lunch", en el cual me vi obligado a pronunciar un *speech* que fué recibido con visible agrado. Quince días después de ser elegido en la Universidad de Yale era rechazado el Emperador don Pedro del Brasil, por las circunstancias que verá luego: era el Emperador hombre de aparente cultura, pues hojeaba las obras, leía juicios sobre ellas y las daba por conocidas. Poseía una biblioteca de más de 40 mil volúmenes. Sin embargo, y a pesar de su barniz de lecturas, era un hombre rudo y poco cuidado en sus maneras; sumamente orgulloso, hasta pagar con este su orgullo el no haber sido elegido en la Universidad de Yale. El día de su presentación se constituyó el cuerpo de profesores de la Universidad: siguiendo una costumbre tradicional reunidos en semicírculo en torno de la sala. Deber de cortesía del optante es el de saludar de antemano al cuerpo de profesores, uno a uno; pero, tal vez el Emperador don Pedro creyó esto indigno de su posición y, al penetrar en la sala, sólo atinó a preguntar, en mal inglés: *Where ist profesor...* (cuyo nombre se me escapa), y avanzó hasta él el catedrático de sanscrito, con quien conversó durante algunos minutos. Vino en seguida la votación para la elección y el Emperador fué rechazado por 7 votos, siendo en estos casos necesaria la unanimidad para que la elección sea válida... Y, a propósito del Emperador, debo recordar que era un hombre curioso. Tenía tan buena memoria don Pedro, que una vez, al encaminarse a su sala de audiencia, dió a una persona que aguardaba, a quien había conocido 13 años antes, en circunstancias que había estado en su casa sólo algunas horas. Con gran sorpresa de aquélla, le preguntó por una de sus hijitas, que no había olvidado, y por el resultado de cierto pleito de aguas que en aquellos años aún no había sido resuelto.

De sus mejores años de estada en Europa y de sus viajes recuerda don Marcial curiosas anécdotas que van cayendo de sus labios en el calor de la charla. En un diario viejo del año 84, recordamos haber leído un día lo siguiente, entre las gacetillas noticiosas: "Por carta particular llegada en el *Britannia*, hemos sabido que el Ministro Plenipotenciario de Chile en Londres, don Marcial Martínez, fué recibido en audiencia por S. M. la reina Victoria, en el castillo de Windsor, el día 25 de febrero a las doce y media P. M. El señor Martínez viajó en tren especial de Londres a Windsor, acompañado de Lord Rosebery. Tuvo el Ministro de Chile el honor de hacer el "lunch" en la mesa real. Poco después tuvo lugar la audiencia, en que S. M. recibió la carta de retiro, dirigió algunas preguntas al Ministro que se retiraba y le presentó a la princesa Beatriz. Esos actos son muy breves en la corte inglesa y llevan impreso un sello de sencilla pero imponente gravedad."

—¿Recuerda haber conocido algunas grandes personalidades científicas o literarias durante su estada en Londres?—le preguntamos a don Marcial.

Sin hacer siquiera un esfuerzo de memoria, que tan maravillosa es la suya, nos replica inmediatamente:

—Conocí a Huxley, a Spencer... Iba yo a menudo al Athenaeum Club, que es el *rendez-vous* de los grandes bonetones ingleses: aristocrático e intelectual. Solía yo concurrir a su sala de lectura, donde no faltaban ocho o diez viejos que leían silenciosamente: si hablaban, sabían hacerlo en voz tan baja, que el silencio era lo mismo que si no despegasen los labios, costumbre que es rigurosa entre la gente noble inglesa. En aquella sala no se sentía el vuelo de una mosca. El bibliotecario me presentó un día a Spenser. El filósofo pasaba en el piso bajo frente a una botella de Oporto y con un puro encendido. Recuerdo que siempre parecía estar dormitando... Una vez que le fuí presentado me quedé ante el filóso-

Otra sala de la biblioteca de don Marcial, en la que conserva las ediciones de sus folletos y de sus libros.

fo como una momia, porque él no despegó los labios. Era un hombre huraño, el tipo del solitario de mal humor...

—¿Durante sus viajes en otros países?... alcanzamos a insinuar la pregunta, cuando don Marcial, nos dice:

—Estando de paso en Lisboa, donde había concurrido al Congreso Postal, conocí al cardenal Vicente Vanutelli, con quien llegué a cultivar una franca amistad, hasta tal punto que debiendo partir casi improvisadamente un día a las 3½ de la tarde de la capital lusitana, el cardenal llegó al hotel a las 3 en punto, a fin de despedirse. Demás estará advertir que me dió una serie de cartas para Italia, adonde entonces debía partir, destinadas a obispos, arzobispos y altos magistrados... Un día, estando en Nápoles, al regresar al hotel, encontré sobre mi mesa los títulos que acreditaban mi elección de Arcade. ¿Había sido el influjo de Vanutelli el que me había valido en esta elección? Así lo pienso. Otro día, mientras visitaba la Iglesia Santa María la Mayor y estaba largo rato de pie escuchando la orquesta maravillosa y los coros, dos ujieres me llevaron un sofá, a fin de que pudiese escuchar cómodamente la ceremonia. Yo era allí un desconocido: ¿Quién sino Vanutelli podía preocuparse de tales atenciones?

—¿Visitó Alemania?

—Sí, pero durante corto tiempo. De mi estada en Berlín recuerdo que vivía en un hotel que está casi inmediatamente junto al Palacio Real, en la Avenida Unter den Linden. Diariamente tenía ocasión de ver al emperador que solía pasarse largo tiempo en la ventana moviendo la cabeza, como uno de esos juguetes de alambre.

El hecho de que las últimas elecciones para Presidente de la República hayan asignado el triunfo al candidato del partido que seguía al Presidente Balmaceda en 1891 y que cayó del poder junto con él, nos induce a preguntarle a don Marcial Martínez cuál fué su actitud durante la Revolución. Sin temer las posibles complicaciones internas que pudo haber levantado en la capital aquel movimiento, él no se alejó como los revolucionarios al Norte, ni buscó seguro abrigo contra las turbas, ni se ausentó del país: quiso afrontar de cerca la tempestad, oir sus rugidos, presenciar su vértigo, como Moratín había visto los días más aciagos de 1879 en Francia, desde el balcón de su hotel y mientras componía una estrofa o hilvanaba una crónica. Bien pudo don Marcial Martínez trasladarse al extranjero, que su cuantiosa fortuna holgadamente se lo permitía; pero, pudo más en él su serena convicción cívica que en aquellos instantes trágicos podía hacerle útil, una vez más, a los suyos y a su tierra, más necesitada que nunca de consejos prudentes y de voces serenas.

—El hecho de que usted fuese un testigo

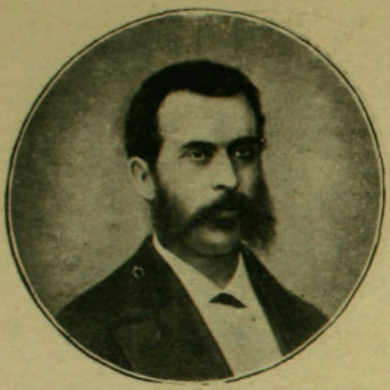
General de División don Aristides Martínez, senador de la República y perito nombrado para suceder a don Diego Barros Arana.

imparcial—le decimos—en los días aciagos de 1891 y que el testimonio de sus recuerdos podrá allegar un juicio exacto para la historia sobre aquellos hechos tan discutidos como tergiversados, nos induce a solicitar de su benevolencia nos diga cuál fué su actitud durante la guerra civil...

Hombre tan seguro de sus actos y de sus reflexiones como es don Marcial Martínez, cavila un instante, concentra su pensamiento y pasea sus pupilas vagamente, sin fijarlas en nada, lo cual dá una sensación de que ellas miran hacia adentro.... Luego, mientras se anima su rostro con un gesto vivísimo, como si una luz insólita le alumbrase por dentro, dejando escapar sus rayos a través de los ojos, nos contesta de la manera siguiente:

—El tema es muy extenso y tendría que demorar a Ud. más de un día, si hubiera de referirle todos los recuerdos que tengo de la luctuosa guerra de 1891; pero, le diré a Ud. lo que me parezca más substancial, sin invadir el terreno de lo que sea para mí mismo privado y confidencial. Muchos hechos, incidentes, episodios, apreciaciones y nombres propios no pueden salir de mi boca todavía; todo eso podía ser materia de una memoria de ultratumba.

Siendo muy joven, fuí apoderado general de la familia Gutiérrez, propietaria que era del gran fundo La Punta, en las inmediaciones de Santiago. En esa capacidad, contraté la venta del fundo con don Manuel José Balmaceda, fundador de la familia que todos conocemos. Hubo una multitud de detalles, que dieron lugar a multiplicadas conferencias, en el ajuste definitivo del contrato. El señor Balmaceda diputaba, para entenderse conmigo, a un su hijo, que se presentaba a mi estudio con traje talar del Seminario Conciliar. Desde entonces conocí muy de cerca al que más tarde había de ser un hombre público eminente. En

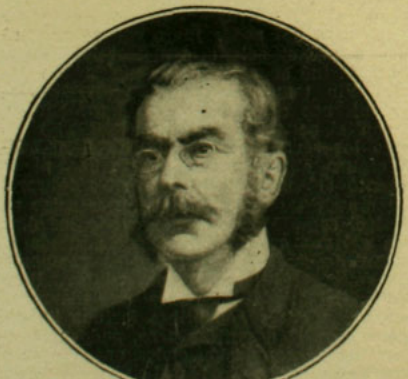


Señor Carlos Alberto Martínez Cuadros

efecto, encontré frecuentemente en sociedad al joven Balmaceda y también en círculos políticos y literarios. Así, estrechamos relaciones, aunque nunca pude decir que fueran íntimas. En el curso de esas relaciones, celebramos un contrato de asociación, en que, además de nosotros dos, concurrieron don Vicente Reyes, don Manuel Salustio Fernández y un ingeniero suizo muy reputado, de apellido Flumann. Reunimos un pequeño capital para los estudios preparatorios. El objeto de la asociación era llevar el agua a Valparaíso, tomada de las fuentes del río Aconcagua. Cuando nos apercibimos de que la empresa necesitaba enormes capitales, grandes esfuerzos personales y unidad de acción, cedimos Fernández, Reyes y yo, nuestros derechos a Balmaceda, quien nos devolvió los aportes que habíamos hecho. El traje le quedó demasiado grande al joven empresario, quien se limitó a realizar un canal de irrigación para terrenos de su propiedad.

Tal era el estado de nuestras relaciones cuando falleció el padre común, suceso que dió lugar a un importante y bullado pleito de la madre, asistida por algunos de sus hijos, entre los cuales tomó el timón don José Manuel, con los otros hijos que trataron de hacer valer ciertos derechos en contra de aquélla. A mí me tocó defender a tres de estos últimos: don Vicente, don José María y don José Elías. La discusión fué sobremanera candente, y don José Manuel, que era irrespetuoso de carácter, derramó una suma de gruesas injurias en contra del abogado de sus hermanos. Aquí, debo decir, entre paréntesis, algo que es doctrinario y que quizá pueda servir a algunos. El canciller Dagesau, explicando la moral y la cultura profesionales, repitió muchas veces que la defensa es, en los pleitos, enteramente anónima y que nunca debe el litigante encararse con el abogado de su contrario. El doctor don Gabriel Ocampos, que ha sido, a mi juicio, el más ilustre abogado de este foro, nos repetía frecuentemente esa lección, diciéndonos que era lícito maltratar a la parte contraria o a su procurador, pero jamás al abogado. Esta lección ha sido aprovechada por algunos, pero desgraciadamente por la minoría. En cuanto a mí, la he tenido como un dogma, y así es que nunca he abierto el fuego contra un patrocinante contrario; pero, confieso que, cuando el adversario ha principiado, yo he aplicado severamente la ley del Talión. Contesté a don José Manuel Balmaceda ácremente y nuestras relaciones quedaron cortadas. En esas condiciones, salí del país, y, a mi regreso, no hubo reconciliación, solicitada por ninguna de las partes. Pero, reconozco y dejo aquí constancia de que Balmaceda sentía simpatía por mí, de lo cual tuve diversas pruebas. En lo sucesivo, no nos volvimos a hablar ni siquiera a saludar, excepto en la conferencia de que más adelante haré mérito.

En la furibunda lucha que se armó entre el Presidente Balmaceda y sus contrincantes, yo me mantuve en un terreno absolutamente neutral. Esto no podía ser extraño para nadie, porque he manifestado aversión por las luchas políticas. Toda mi vida acredita esta verdad y entre las pruebas que de ello tengo está la de no haber aceptado jamás una cartera ministerial. El señor Balmaceda me ofreció, por intermedio de amigos comunes, no menos de cinco veces, cualquier Ministerio. Y la última vez que recibí esa oferta, fué por conducto de don Juan E. Mackenna, quien entró a mi comedor, a la hora de almuerzo, saludando con el *introivo* de "Le traigo a Ud. la banda presidencial". Como todos mis amigos eran oposicionistas y yo guardaba la más severa reserva, nadie me miraba con desconfianza y todos me referían, con más o menos amplitud, los sucesos que se iban desarrollando. Así como Bettmann Hollweg ha empleado cien veces la metáfora de com-



Doctor don Francisco Martínez, miembro que fué de la Facultad de Medicina y Secretario General de la Universidad.

primir el botón, para significar que hacía presión sobre algún gobierno, así mi amigo don Eduardo Matte me decía con frecuencia hasta el día antes del levantamiento de la escuadra, que estaban apretando el tornillo.

A mi nulo juicio, tanta culpa tuvieron Balmaceda y sus contrarios en el horroso conflicto que se produjo. Así como José Antonio Gandarillas me dijo varias veces que había sido Balmaceda el revolucionario, así Balmaceda y con él las nueve décimas partes del país calificaron de revolucionarios a los constitucionalistas. Que Balmaceda cometió gravísimos errores y, en-

te viva, que él creyó volver a los dos días a su domicilio, y que, en comprobación de ello, le bastaba recordar, que no llevó ni siquiera una camisa, y por todo ajuar se echó sobre el brazo el chal con que se abrigaba las piernas.

De la misma manera me formé entonces la convicción de que no eran tanto los atropellos a la Constitución los que excitaban el furor patriótico de los opositores, sino la resistencia invencible de Balmaceda a dar participación al país en la elección presidencial. Era en aquella época muy sabido que don José Manuel reclamaba como un

Cuando don Marcial no está entregado a la lectura de sus libros, se dedica a escribir: discursos, alegatos, estudios de varias índoles o su correspondencia que es copiosa.

tre ellos, el de declararse solemnemente dictador, nadie puede ponerlo en duda. Le habría bastado asistir una sola vez a la opereta. "La hija de madame Angot", para haber recordado que hay ciertas cosas 'que se hacen pero que no se dicen". El hecho fué que la horrible tempestad se desencadenó sobre este país, cuyo principal mérito, en Europa, era el de no ser revolucionario.

Tengo la íntima persuasión de que los constitucionalistas creyeron que el levantamiento de la escuadra traería a Balmaceda a una capitulación. Don Waldo Silva, que fué uno de los cabecillas del movimiento, refiriéndome, en su casa, las peripecias de ese movimiento sismológico político, me dijo, en presencia de una persona actualmen-

derecho consuetudinario el de designar a su sucesor. Si en el momento crítico, y aún después de producido el levantamiento de la escuadra, hubiera el Presidente afirmado, lealmente, en una proclama, que dejaba libertad absoluta de voto para la elección presidencial, prescindencia hecha de los trámites constitucionales, que nominalmente se habían cumplido, la oposición habría desarmado y habría cubierto con un bill de indemnidad las algaradas anti-parlamentarias del impetuoso mandatario. Sé, de positivo, que el día inicial de la revolución tuvo don José Manuel la voluntad inicial de transigir; pero sus íntimos se lo impidieron.

Sí, antes del estallido era yo absolutamente imparcial, durante la guerra civil me en-

tregué al nirvana índico. No tomé arte ni parte, ni en el hecho ni en el espíritu, en ese desgraciado acontecimiento. Me encerré en mi casa, entregado a la lectura y creo que recorrí la novena o la décima parte de los libros que poseo. Pasé, puede decirse, las dos terceras partes de mi vida, sentado en una gran butaca de mimbre, que me obsequió el conde Dundonald, la que quedó casi desvencijada.

Mientras tanto, una buena parte de los revolucionarios, que era innúmeros, me miraban como si yo fuese contrario. Un pariente mío, el senador don Teodosio Cuadros, que estaba confinado en esta ciudad,

Don Marcial Martínez, según una antigua fotografía.

hacía esfuerzos diarios para que me declarase enemigo de Balmaceda, siendo así que él reconocía que yo no era amigo y que condenaba sus faltas. Un día a la semana comían ocho personas en mi mesa y todas eran partidarias de la revolución. Jamás invité a uno sólo de los amigos de Balmaceda, entre los cuales había algunos que lo eran míos. Digo más, y esto es bajo la fe de mi palabra, que durante la guerra civil, no me visitó ningún balmacedista, excepto don Eulogio Allende, que estuvo una sola vez en mi escritorio, durante media hora.

Ahora me preguntará Ud., ¿por qué no se dejó arrastrar por la avalancha revolucionaria? Este es el punto, en que puedo decir, a boca llena, que soy rigurosamente doctrinario, a saber, mi decidida aversión a las revoluciones. Adquirí esta convicción por los desgraciados ejemplos que tuve en mi familia, por las experiencias que yo mismo recogí desde la revolución de 1851, y por lo que pude leer en libros clásicos de historia y de política. Molinari dice, en una de sus obras, creo que es en "La Moral Económica", que las revoluciones son, han sido y serán, fatales para los pueblos, sin que pueda señalarse una sola que haya producido saldos ventajosos. Puede el hombre pensador declararse neutral, casi indiferente, cuando hay quejas que demandan en conciencia en uno y en otro sentido, pero no apoyar las revoluciones. Recuerdo en este momento, que, encontrándome de visita en casa de don José Arrieta, en donde había cuatro o seis personas, de las que puedo recordar algunas, acertó a entrar al salón un distinguido caballero venezolano, que venía expatriado por Guzmán Blanco y que se dirigía a Europa, quien, emitiendo su juicio, en general, sobre las revoluciones, a pesar de saber que estaba en terreno revolucionario, dijo que, si Guzmán Blanco lo tomase y lo condenase a prisión perpetua, pudiendo hacerle la revolución, no se la haría, porque tenía la convicción profunda de que el peor de los Gobiernos era preferible a la mejor de las revoluciones.

En Chile se produjo ese estado de ebriedad, de que han dado muestras tantos pueblos revolucionarios y de que tenemos el triste ejemplo en Méjico. Había muchas gentes que creían que la caída de Balmaceda iba a ser para Chile el principio de una bienandanza celestial. Yo oí decir muchas veces que el triunfo de la revolución nos traería la paz perpetua, la libertad de elecciones, la probidad económica, que todos nos convertiríamos en verdaderos pastores de Arcadia; me parecía oir a Kant y al abate Sempiere. Fácil es calcular cuál era mi contestación a esos utopistas visionarios. La experiencia ha descubierto los que entonces eran arcanos del porvenir.

Mi actitud, repito, era absolutamente neutral, porque, aparte de los principios teóricos doctrinales, militaban hechos en pro y en contra de cada uno de los contendientes. Pero, por fuera se me creía partidario de Balmaceda, a quien yo ni aún saludaba. Se repetía que yo tenía conferencias nocturnas con el Presidente, a las 12 de la noche, siendo que yo me recogía a mi cama a las 9. Sucedió una vez, en una tertulia política, que uno de los grandes corifeos de la revolución tomó, a presencia de todos, una tarjeta mía y la hizo añicos, diciendo:—este hombre lo que quiere es mi ruina completa—Ese mismo cargo había podido hacérmelo, con igual razón, el Negus Menelik. Para muchos estaba yo apestado, porque no entonaba el coro revolucionario. Una vez llegué de visita a casa de la señora Magdalena Vicuña, en circunstancias que había en el salón diez o doce personas, que conversaban, acaloradamente, sin duda sobre el tema revolucionario, lo cual pude observar desde la puerta con vidrieras, y apenas llegué todos guardaron silencio. Una vez ve-

nía yo de Valparaíso, y en el mismo vagón se encontraba solamente una dama muy conocida, que era amiga mía, y naturalmente la conversación rodó sobre el tema del día. La señora calificó a los dictatoriales de horda de bandidos, y de repente exclamó:—"no vaya a oirme alguno de ellos" (refiriéndose indudablemente a mí), y yo le repliqué:—'hable con entera libertad porque estamos los dos solos."—Otra señora, que está en plena vida, me dijo, aludiendo indudablemente a mí, que no era concebible que un hombre bien nacido, de probidad y de educación, pudiera ser dictatorial.—Otra dama, que ha muerto, me interpeló diciendo que ningún hombre, que no hubiera sido revolucionario, sería en adelante admitido en sociedad. El país ha contestado a esta profecía con la entrega del Gobierno a los vencidos del 91.

Un día pasaba yo por la esquina entre Estado y Moneda, encontrándose allí un grupo de personas y fuí detenido por don T. Méndez Urrejola, quien dijo:—"aquí tenemos a don Marcial, que está en el secreto de los dioses"; mi contestación fué sencillamente:—"no sé nada, absolutamente nada, ni tengo por qué saber". Seguí mi camino.

En otra ocasión, fuí convidado por mi amigo Eliodoro Gormaz a comer con veinte o veinticinco personas, y, en medio de la conversación, me interrogó Gormaz sobre si vendría o no el ejército del Norte. Como yo carecía de noticias y no tenía más que mi recto juicio para juzgar, contesté:—"Creo que no vendrá, porque es más débil que el ejército de Balmaceda", mientras tanto ya estaba resuelta la movilización del ejército, constitucional, el cual se embarcó dos o tres días después.

Tal era mi participación en los sucesos de la guerra.

He dicho que me parecía racional que no se aventurara el ejército del Norte a venir sobre Valparaíso, porque el que debía mandar el general Velásquez era indudablemente mucho más numeroso y aguerrido. Aconteció un hecho que, a todas luces, para mí, determinó el triunfo de la revolución. Un día revistó el Presidente Balmaceda parte de las fuerzas desde la Moneda. Mandaba esa parada el general Velásquez, que era Ministro de la Guerra. Yo me encontraba contemplando la escena desde uno de los balcones de mi casa. Sin que yo me diera cuenta de por qué ni para qué, Velásquez subió su caballo a la vereda, en donde se resbaló y fracturó una pierna al jinete. Al día siguiente iba yo al Correo por la calle del Estado y delante de mí iban dos piadosas señoras, vestidas de iglesia, y la una decía a la otra, en voz bastante alta: "La quebradura de la pierna del Tuerto Velásquez ha sido un milagro patente, lo que prueba que Dios está con la revolución". No de otra manera se expresa don Guillermo II, Emperador de Alemania. Efectivamente, si Velásquez no hubiera sufrido ese contratiempo y si hubiera esperado, como era natural, un contingente de siete mil hombres que venía del Sur, la victoria habría sido indudablemente de Balmaceda, "porque Dios proteje a los malos—cuando son más que los buenos". A consecuencia de ese accidente, enteramente casual, el mando de las fuerzas gobiernistas quedó entregado a dos generales de poco talento, viejos, diabéticos y que estaban en malas inteligencias entre sí. Todavía más, el joven Bañados Espinosa, quiso ser el Carnot de la época, y fué a los campos de batalla como consejero de los generales.

Don Marcial en uno de sus acostumbrados paseos al Cerro Huelén.

Tan independiente y tan imparcial fué mi conducta durante la guerra, que el teléfono de la revolución estaba en los altos de una casa próxima a la mía, habitada por don Domingo Munita, en situación tal que yo, desde mi butaca, oía todo lo que se decía; y la primera vez que me encontré con Munita, saliendo yo de mi casa, le previne que hablaran más despacio, porque yo oía todo lo que decían.

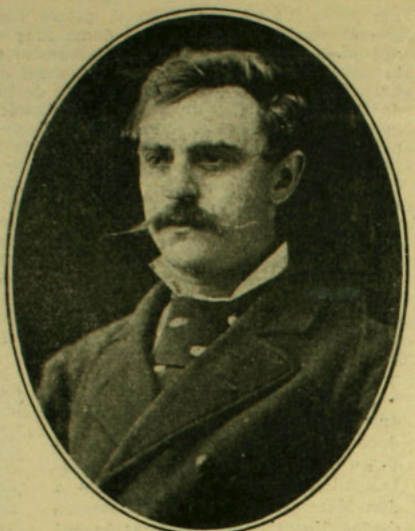
El día de la entrada de las tropas victoriosas, tuvo lugar el inolvidable saqueo. Como he dicho a Ud. al principio, yo no puedo hablar de muchos hechos, circunstancias y episodios, que sólo tendrían cabida en una Memoria de Ultratumba. Ese día me paseé con el caballero belga señor Montenaecken por todas las calles de Santiago, y presenciamos indecibles escenas.

Aquí cabe que yo haga una confesión que, hasta ahora, no he querido formular. Ella es que, cuando tuve pruebas irrefragables

de que, si hubiera triunfado Balmaceda, por medio de su "alter ego" el general Velásquez, éste habría sido el Presidente y no don Claudio Vicuña. Ante la expectativa de una dictadura militar, que nos habría colocado a la altura de Venezuela, de Méjico, etc., yo concebí, en el fondo de mi alma, la idea de que no convenía al país el triunfo de Balmaceda.

Supe que se había discutido, en una camarilla revolucionaria, si yo debería ser saqueado y que se habría resuelto la negativa por varias razones, y, entre ellas, por dos, a saber: que yo no había querido aceptar los Ministerios que se me habían ofrecido y que tampoco había admitido la clase de Derecho Romano que el Ministro de Instrucción Pública de entonces vino a mi casa a poner a mi disposición. Pero eso no quitó que una persona, que se daba por amiga mía y que aún está llena de vida, hiciese señas a una numerosa poblada, que pasaba por frente de mi casa, estando la puerta abierta, que invadiese ese domicilio. Yo vi la mímica como estoy viendo mi escritorio.

Caído el partido balmacedista, le presté todos los servicios que estaban a mi alcance. Lo mismo, exactamente lo mismo y quizá con mayor energía, habría hecho en favor de los contrarios, que eran todos amigos míos. Durante la guerra aconteció que



Señor Alejandro Martínez Cuadros.

Un rincón de su sala de trabajo.

la casa de Besa y Compañía, tuvo no sé qué contraste que requería que se gestionase en el Gobierno el allanamiento de algunas dificultades. Como era creencia general que yo tenía influencias en la Moneda, vinieron a verme, para encargarme, la gestión del negocio. Contesté que no era persona grata y que yo no acostumbraba acercarme a las oficinas por asuntos administrativos.

Guiadas las gentes por el mismo concepto de que yo podía hacerme escuchar en las esferas gubernativas, formaron el plan de nombrarme, en unión de don Alvaro Covarrubias, en calidad de negociadores amistosos, para que habláseme con Balmaceda y después nos trasladásemos a Iquique, a efecto de ajustar una componenda política, que pusiese término al conflicto. Llegó a mis oídos que el señor Covarrubias, con quien yo había cultivado las más amistosas relaciones, desde que fuimos colegas de relatoría, había manifestado desconfianza respecto de mi persona, porque suponía que tiraría la cuerda en favor de Balmaceda, siendo así que él era un revolucionario intransigente. Me bastó esto para contestar a los que vinieron a verme que yo no aceptaba la misión, que se quería conferirme. Sabido esto por Balmaceda, me mandó suplicar que le hiciese una visita. Fuí a la Moneda y me recibió en el salón de la casa, no en su despacho. Ahí me explicó la situación en que se encontraban las cosas, y concluyó con estas textuales palabras. "Si yo entrara en transacciones, si, por ejemplo, formase un Ministerio de administra-

ción, compuesto de tres personajes revolucionarios de entre los más prominentes y de tres partidarios míos, tenga Ud. por cierto que yo no saldría vivo de la Moneda."

Mi conducta fué la que correspondía al valor cívico, que siempre he desplegado en todos los actos de mi vida. Defendí a los caídos ante los Tribunales, sacando a muchos de las prisiones y poniendo en salvo la fortuna de otros, mientras tanto las gentes obsecadas y ofuscadas trataban de boicotearme social y profesionalmente. Recuerdo un hecho que me dejó la más ingrata impresión, cual fué que, habiendo ido a la Legación de España en donde se encontraron refugiados quince o veinte de los caídos, con quienes yo necesitaba hablar para organizar la defensa, el *ataché* militar, coronel Osma, que estaba a cargo de la Legación, me recibió de la manera más impertinente y ofensiva, lo que tuve que tolerar, porque de otra manera las puertas me estaban cerradas.

A raíz del triunfo de la revolución, tuvo lugar la elección del Congreso; y en esa batalla se unieron para darme el triunfo como senador por Santiago, los liberales, a los cuales yo pertenecía, los radicales y los balmacedistas. De esta manera quedó limpia la pretendida mancha del dictatorialismo, que los ignorantes, los malquerientes a los maldicientes, me habían impuesto.

Con este motivo, le voy a referir un incidente muy curioso, que demuestra hasta qué punto pervierte el criterio la pasión política.

Don Eulogio Allende, de quien he hablado arriba, y que era mi cliente por espacio de muchos años, escribió un folleto, con el objeto de comprobar que el régimen político de la Constitución de 1833 era híbrido, que participaba del sistema presidencial y del parlamentario, pero que predominaba el primero, a semejanza del norte-americano, y que, como el gobierno de las naciones se rige, en gran parte, por la práctica, como en Inglaterra principalmente, parecía muy conveniente que, en Chile, se diese preferencia al sistema de los Estados Unidos. El señor Allende me obsequió con toda solemnidad, un ejemplar de su folleto, acompañándolo de una carta, en que me suplicaba que le diese mi opinión, acerca de su trabajo. Este procedimiento probaba, hasta la última evidencia, que yo no mantenía inteligencias con los balmacedistas y ni siquiera con mi amigo Allende, puesto que, a haberlas tenido, este caballero habría explorado mi opinión antes de ponerse a escribir y no me habría mandado un ejemplar de su obra impresa, con toda la etiqueta que emplean los autores. Yo contesté que el trabajo estaba bien pensado y bien redactado y que mi opinión era que el sistema americano era preferible al parlamentario, tanto más, cuanto que éste estaba tristemente desnaturalizado.

Don Eulogio hizo acto de cortesanismo al llevar mi carta a don José Manuel Balmaceda, dejándola en su poder.

El día de los saqueos, fué violada toda la parte de la Moneda, que servía de habitación al Presidente, y en el saqueo fué comprendido principalmente el archivo de don José Manuel.

Mi carta cayó en manos de don C. C., quien la leyó, en pleno Club de la Unión, para comprobar que un hombre, que optaba por el régimen de Gobierno de los Estados Unidos, no podía menos que ser dictatorial furioso; y que todavía era más grave el haber manifestado esa opinión en carta dirigida a don Eulogio Allende.

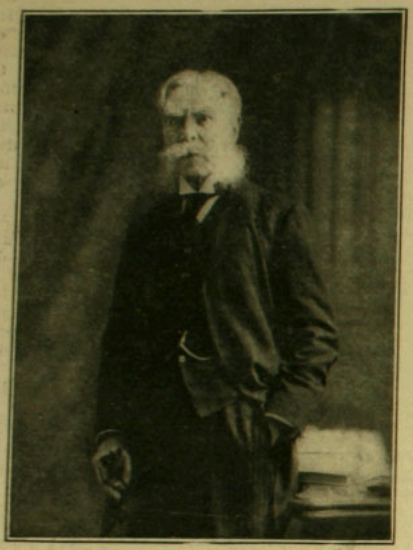
Es de advertir que, cuando don José Alfonso fué, acompañado de su hijo don Paulino, a Norte-América, en desempeño de una misión, redactó, no recuerdo bien si una nota o un artículo de diario, que fué extensamente publicado en Chile, en que preconizó entusiastamente el régimen presidencial; y esa opinión no causó escándalo a nadie.

Cuando los radicales me hicieron el honor de acompañarme, para conferirme la senaduría por Santiago, un diario de esta

Srta. Victoria Martínez, hermana de don Marcial

ciudad salió armado de punta en blanco en mi contra, a excitar el chavinismo de aquellos caballeros, mostrándoles mi carta y diciéndoles que un hombre, que prefería el sistema americano al parlamentarismo, era indigno de los votos radicales. Felizmente, éstos no hicieron el menor caso de esa intimación y contestaron al diario: *vade retro Satanás.*

Encontrándome en pleno ejercicio del cargo de senador, ocurrió la elección de don Rafael Errázuriz, para ocupar una senaduría. Resultó que le faltaban a ese caballero algunos días para tener la edad requerida para el ejercicio del cargo. El Senado debía hacer la calificación de la elección y las fuerzas de los partidos contendientes estaban equilibradas; el triunfo dependía de mi voto. Errázuriz me dirigió una carta, en que recordaba la amistad que yo había cultivado con su padre y la que nos ligaba a nosotros dos. Le contesté inmediatamente que en materia de principios yo no transigía por ningún motivo. Que, por otra parte, él era conservador y yo liberal, lo que me impedía hacer acto alguno de complacencia. Le agregué que si yo fue-



Uno de los últimos retratos de don Marcial

ra inglés sería conservador, pero que en Chile el vocablo conservador era sinónimo de clerical, razón por la cual ese partido debía llamarse francamente católico. En este estado las cosas, vino a verme don Enrique Salvador Sanfuentes, para decirme que se rugía que yo iba a votar en favor de Errázuriz y que, si tal cosa sucedía, yo me cerraba las puertas del Senado. Le repuse que hacían dos o tres días que había dado contestación negativa a una solicitud del señor Errázuriz; y que, por lo que tocaba a mi nuevo ingreso al Senado, ni lo esperaba ni lo deseaba. El señor Sanfuentes me replicó: "Quiéralo Ud. o no lo quiera, nosotros nos consideramos obligados a llevarlo al Senado y se lo impondremos."

Para verdades el tiempo. Cuando murió don Carlos Walker, senador por Santiago, me proclamaron todos los liberales; el partido conservador no quiso oponerme candidato, y el liberal democrático me puso a un caballero, que era virtualmente de los caídos y que además tenía tinte conservador. Yo comprendí, en el acto, que el triunfo tendría que ser mío, pero que me costaría quizá cincuenta o más mil pesos. Yo he tenido como regla de conducta y como principio teórico, no gastar, para echarme una carga encima, sino lo que sea legítimo, en toda contienda electoral, pero no comprar votos y emplear agentes de mala ley. Renuncié la candidatura; fué elegido por los liberales en mi lugar, don Javier A. Figueroa, quien triunfó, habiéndole costado cerca de cuarenta mil pesos la función. Así fué como el partido liberal democrático me cumplió la promesa de imponerme una senaduría. Tuve en esa época ocasión de hablar con don Aníbal Sanfuentes sobre la manera cómo me habían tratado él y sus amigos, por quienes yo había hecho sacrificios de todos géneros en los momentos de conflictos para ellos. El señor Sanfuentes me contestó que ellos habían tenido que ceder a las quejas de la persona, a quien habían conferido la candidatura, porque decía ese señor que nunca su partido le había ofrecido nada y que la mayor parte de los que habían contribuído a ese acuerdo tenían simpatías por mí y que yo vencería a mi contrario con la mayor facilidad; pero que había resultado que don Marcial Martínez no era hombre de combate, como ellos se lo habían imaginado." Contesté a don Aníbal que yo no compraba cargos parlamentarios, pero que siempre había contribuído a la elección de otras personas con cantidades más o menos considerables. Desde entonces he quedado fuera del Congreso, no habiendo querido aceptar, por diversas razones, cuatro candidaturas que se me han ofrecido.

Con lo expuesto, creo haber dejado bien en claro cuál fué la actitud que yo observé en la guerra civil de 1891, y cuál es el grado de amistad y simpatía o de homenaje

Srta. Lastenia Martínez, hermana de don Marcial

a los principios que han de prestarme los partidos que entonces lucharon. Hoy podrá decirse si estuve o no, en aquella época, en el terreno de la justicia y de la verdad. La inmensa reacción, que se ha operado, en favor del partido caído, perseguido y befado, no puede menos que causar admiración y estupor en todos los espíritus conscientes. El partido que encabezó aquella revolución es el que ha cantado la palinodia estableciendo así un precedente desconocido hasta hoy en la historia política de este país. Espero que la buena estrella de Chile nos saque con felicidad a la ribera.

Las luces del día se han ido apagando poco a poco en los cristales de la ventana. Ya no se columbra afuera y por sobre un tejado vecino, el pedazo de cielo de hace un momento. La penumbra suave confunde en el escritorio los objetos. Han entrado en la sombra las estanterías repletas de libros, los amplios sillones, los retratos que parecen conversar desde los muros. La voz de don Marcial se ha apagado de repente, después de hablar tres horas consecutivas. Una paz llena de misterio nos inunda. Los ruidos de la cercana calle del Estado vienen a turbar de cuando en cuando la tranquilidad de la hora sedante. Poco a poco se va ese instante, ese último recuerdo del día que aún queda prendido entre dos luces: hora propicia al ensueño, al recogimiento y a la meditación. Mas, he aquí que de pronto se ilumina en la calle un foco y luego la luz se derrama en un torrente en el interior de la pieza. El encanto de la hora ha pasado. Don Marcial calla. Nos alzamos de nuestro asiento para despedirnos. Entonces don Marcial nos dice:

—¿No le decía yo que necesitaría por lo menos un día para contarle algo?...

—Sin embargo—le replicamos—con gusto quisiéramos transcurrir muchas jornadas más como ésta de hoy, en que se ha abierto ante nosotros el encanto de una época ida, con sus hombres y sus tragedias. ¡Si nuestra historia pudiera animar las cosas pasadas como Ud. lo hace en la charla!

—Pero todo esto me fatiga mucho y crea Ud. que a mi edad esto significa un *tour de force*.

Cuando descendemos la escalera de la casa ya la calle resplandece completamente iluminada. La paz se ha quedado con la sombra propicia a la tranquilidad de la pieza que animan los libros y donde don Marcial vive sus días engolfado entre sus autores favoritos: allí están, cerca de él,

Don Marcial Martínez acompañado por el doctor Arturo Valenzuela.

Suart, Mill, Emerson, Taine, Carlyle, Michelet, fieles compañeros en el aislamiento epicúreo de su vida tranquila.

Afuera el bullicio aturde. Nos perdemos entre la multitud de la calle como en un laberinto sin salida...

La calle de la Larderie en Arras, apunte de M. Méheut.

Reposo, dibujo de Jorge Bruyer.

En las líneas de Fuego

Ilustraciones fotográficas.

La guerra ha llevado al campo de batalla, hombres de todas las condiciones. Junto al palurdo que ayer no más cultivaba su plantío, carga su fusil un sabio o un artista. Todos han acumulado datos de la gigantesca contienda, con la esperanza de que ha de servir a los historiadores de mañana, como documentación vívida y llena de luminosas revelaciones.

La revista parisiense "L'Art et les Artistes", ha publicado recientemente un número especial con los apuntes y dibujos que le fueron enviados, de todos los puntos de la enorme línea de batalla. Los brochazos y rasgos maestros en los que se pueden seguir todas las incidencias de la vida del soldado, reproducida en esos pedazos de papel o de cartón, con lápiz sereno y firme, en medio del fragor de los combates.

He aquí un fragmento de la sencilla carta de Georges Bruyer, conocido como grabador inteligente, y que ahora se ha revelado un profundo conocedor del alma del soldado, cuyos trazos psicológicos más salientes ha sabido copiar con arte exquisito y conmovedor.

..."Estos croquis han sido hechos ayer, mientras que, mochilas a la espalda, nos aprestábamos a rechazar un ataque alemán. Voy a entretenerme, de aquí en adelante, en dibujar algunas pequeñas viñetas para fin de capítulo... si estoy aún vivo porque, con las minas, balas, granadas, obuses, ataques y contra-ataques, jamás podemos responder del minuto siguiente...

No se sorprenda usted de mi extraña escritura; escribo con un pedacito de madera aguzada"...

Es quizás con ese mismo trozo de madera, que, bajo la impresión de una serie de visiones y escenas imprevistas que se desarrollaban a su alrededor, en los días grises y tristes del invierno, con la visión de la muerte siempre presente, que ha anotado con rasgos rápidos y seguros, a través de la sinceridad

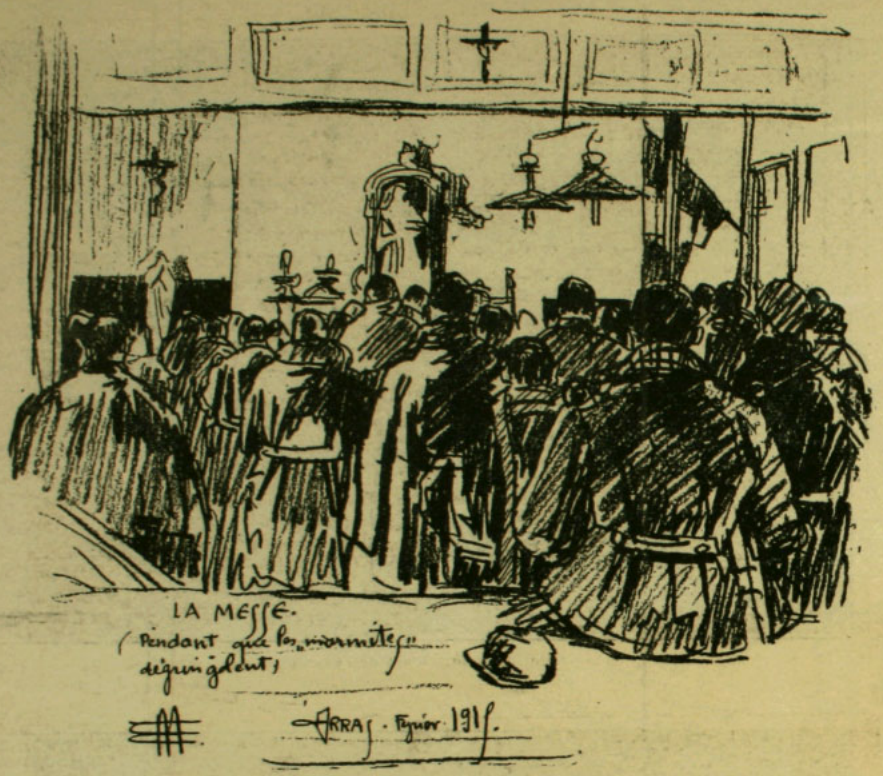
de su alma, todas las dolientes y heroicas imágenes temblorosas de fiebre o agitadas por el heroísmo, que reproducimos en estas páginas.

Bernardo Naudin, también cumple valientemente con su deber, desde el comienzo de las hostilidades. Conocido por sus notables ilustraciones de soldados del pasado, ha hecho llegar hasta París, bocetos maravillosos: croquis vivos de soldados ingleses recién afeitados, erguidos bajo su magnífico equipo de combate, la corta pipa de madera en los dientes; spahis y cazadores de Africa, ligeros de movimientos, con sus flotantes capas; "barbudos" de aspecto decidido, que se dirigen a la trinchera, rectos y sólidos bajo su pesada carga; o bien rozando el suelo, al salir de la tierra, con movimientos casi felinos prontos para saltar y sorprender al enemigo... A veces escenas de dolorosa emoción, las que impresionan su retina: nos muestra un soldado detenido frente a un grupo de una madre y dos pequeñuelos azotados por la miseria y entre los que reparte de todo corazón, las escasas riquezas de su generosidad; más adelante es un croquis sobrio, casi esquemático pero lleno de genialidad, en el que nos muestra a un recluta, empeñado en colocar sólidamente la cruz de madera sobre la tumba de un compañero y compadre.

Cerca de las trincheras de Naudin, a varios kilómetros solamente, otro veterano, conocido en el arte, anota sobre las hojas de su cartera, las imágenes que impresionan su sensibilidad: Mathurin Mékent, el pintor del océano y de sus secretos. Llamado a la primera línea, pronto su heroísmo le ganó los galones de subteniente. En los croquis que envía desde la línea de fuego, el arte y temperamento del artista, se revelan claramente, a pesar del grafismo restringido de la fórmula de expresión. Siempre es la busca del máximum de intensidad vital mediante una simplificación

Ante la horda, dibujo de Jeanniot.

Estudio para un agua fuerte: Los horrores de la guerra, de Jeanniot.



Dibujo original del célebre Méheut.

sintética; pero siempre es también la representación de los seres y las cosas, a través de la emoción espiritual y enternecida de una alma de artista enamorada de la verdad.

Después de cuatro años de ausencia el caporal de reserva Carlos Hoffbaüer, se presenta con su fresca apariencia de alsaciano, fuerte y sólidamente tallado, con su uniforme de trinchera, lleno de barro y de sangre.

La carta que acompaña su envío, es sencillamente deliciosa:

"Dos de los dibujos que le envío son aceptables: el pequeño croquis del caballo tendido y la acuarela del claro de luna en una trinchera de avanzada. Los otros son malos... El croquis del caballo fué hecho poco después de la retirada de Bélgica y de la batalla del Marne. Los caballos estaban en lamentable estado, casi todos completamente rendidos, se echaban en el suelo. Al amanecer, ofrecían un espectáculo en verdad doloroso y lamentable.

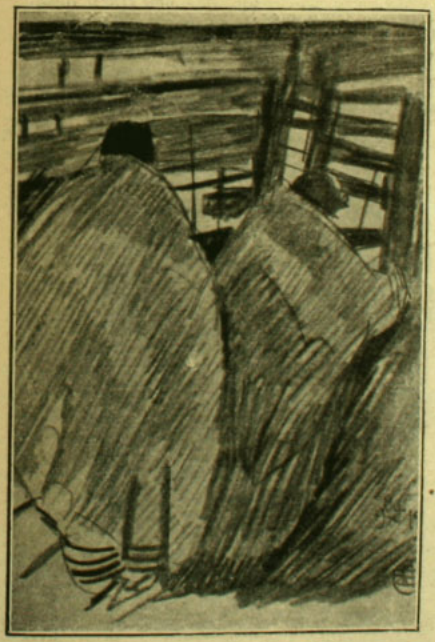
La acuarela ha sido hecha en condiciones críticas. Enormes "marmitas" nos llegaban regularmente cada tres minutos, y más de una vez he abandonado acuarelas, armas y bagajes, para ir a ocultarme tras una gruesa muralla. Sírvase excusar la calidad mediocre del envío. Tenía demasiadas distracciones..."

Junto a los simples soldados Hoffbaüer y Bruyer, además del caporal Naudin y del subteniente Méheut, está batiéndose en la primera línea el teniente Alexis de Broca, pintor profesional de bastante talento, con notas vigorosas y sinceras, y que pasea su curiosidad artística por doquiera existe un tipo racial puro que pintar, para quien ha sido campo de vastas observaciones y de hermosos triunfos, la vida de trincheras.

Son muchos los aficionados y dilettantis

El "territorial", de Bruyer.

"Tiradores manoceanos", de Bruyer.



"Los centinelas", de Mehaut.

"Tipo exótico, de Scott.

que se baten en defensa de la patria, y que ocupan sus ratos de ocio en trazar en sus carteras de guerra, croquis y apuntes vibrantes y llenos de vida.

El teniente Broca y el caporal Leroux, que se encuentran en un sector sumamente agitado, no han podido contribuir con gran número de trabajos.

Además, está batiéndose el distinguido pintor Luis Montagné, al que se deben los paisajes que ilustran este artículo, y cuyo block-notes está lleno de bocetos emocionantes y de temas admirables. Tiene apuntes de una sugestiva histórica enorme, que alternan con notas gráficas alegres de esta gran contienda.

Entre los que contribuyeron con sus trabajos a la formación del número de Guerra de L'Art les Artistes, es preciso nombrar también a los que, con misión oficial, se trasladaron a los campos de batalla, a recoger con toda fidelidad, las palpitaciones de este momento heroico.

Francisco Flamens y Forain, han visto caer incesantemente las bombas en torno suyo, pero en cumplimiento de su misión, han seguido valientemente su trabajo; Henri Jacquier, autor del hermoso retrato del general Joffre que reproducimos, esbozó en su carnet, bajo una lluvia de proyectiles, las ruinas de la iglesia de Nieuport; Carlos Fonqueray, entusiasmado en medio del ardor del combate, por el aspecto marcial y heroico de los fusileros marinos, grabó en luminosa acuarela, sus rasgos y actitudes; Jorge Scott, André Alenambez, Raymond Deavarreux, F. Bouchor, J. J. Berne-Bellecour, J. P. L. Linayre y tantos otros que han ido a la línea de fuego, han acumulado con sus apuntes un valioso material gráfico.

Hay un artista que impedido por su edad para trasladarse al frente del combate, que conoció en sus mocedades, en la guerra del 70, desahoga su odio hacia el enemigo, en maravillosas ilustraciones para el Libro Rojo de las atrocidades y crímenes alemanes que publicará con el profesor Bédier.

Sus dibujos, de un colorido y una intensidad dramática enormes, comunican una emoción que hace temblar, al que los contempla detenidamente.

"Imposibilitado para tomar las armas, dice Jeanniot, tomo mi lápiz, y no lo dejaré hasta que haya dado a esa obra vengadora "El Libro Rojo de las atrocidades alemanas" una ilustración donde habré puesto todo mi odio, mi disgusto y todo mi horror".

Pacífico Magazine, se complace en ofrecer a sus lectores estas páginas llenas de vida y de intensa emoción, que nos traen desde los campos de batalla, imágenes luminosas y verdaderas.

Recuerdos de "La Tarde"

Por

MIGUEL A. GARGARI

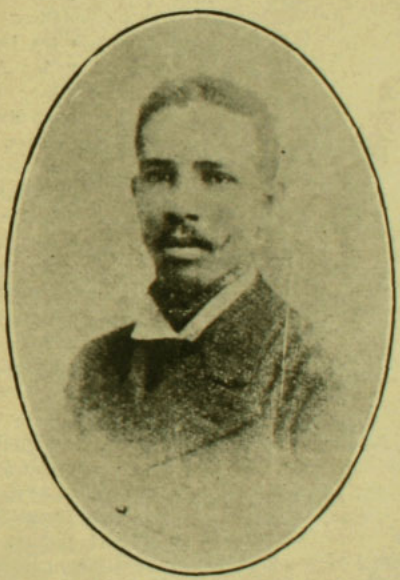
Con ilustraciones fotográficas

Recordar es vivir, dicen los poetas. En la vida del periodismo, vida intensa, que pasa como un relámpago, los recuerdos se apagan con mayor rapidez que en la de los negocios, del arte, de la política, etc.

Los diarios son hojas del árbol del progreso, hojas que tienen también su otoño Caen a impulsos del viento del olvido y en tropel van a formar el montón, lo que no sirve, lo que pasa.

Por eso cuando se escribe en el libro o en la revista, la historia de un diario se hace, si se nos permite la expresión, obra humanitaria, porque se perpetúa un puñado de recuerdos que estaban destinados a perderse en la inmensidad del bullicio de la vida.

De todos los órganos de publicidad que han visto la luz pública en nuestro país, ninguno tiene una historia más bulliciosa que el que durante ocho años se llamó "La Tarde".



Juan Coronel, malogrado periodista centroamericano que fué uno de los principales redactores de "La Tarde".

En los primeros días de la administración del Presidente don Federico Errázuriz Echáurren, los hermanos Alfredo y Galo Irarrázaval concibieron la idea de fundar un diario que sirviera de pedestal al nuevo mandatario.

Debía ser "La Tarde" una publicación moderna, brava, audaz y al mismo tiempo seria, levantada y escrita en sus informaciones.

Para lo primero estaba Alfredo, espíritu inquieto en aquel entonces, el mismo que en 1887 se presentara ante el público con sus Guitarrazos, nombre sugestivo aplicado a unos versos chispeantes y atrevidos que merecieron los más espontáneos aplausos de las personas inteligentes.

Para lo segundo estaba Galo, espíritu tranquilo, reposado, caballeroso, como el de su hermano, pero capaz de exponerse en cualquier circunstancia difícil.

Apareció el primer número del diario y fué un alboroto.

Su formato era igual al de los diarios de aquella época: cuatro páginas de tamaño grande, pues todavía no se conocían en Chile los diarios-libros.

Pero dentro de ese marco rutinario "La Tarde" iba a ser una incineradora.

Los reportajes, pocos explotados hasta entonces, fueron el pan cuotidiano que la nueva publicación daba a sus lectores.

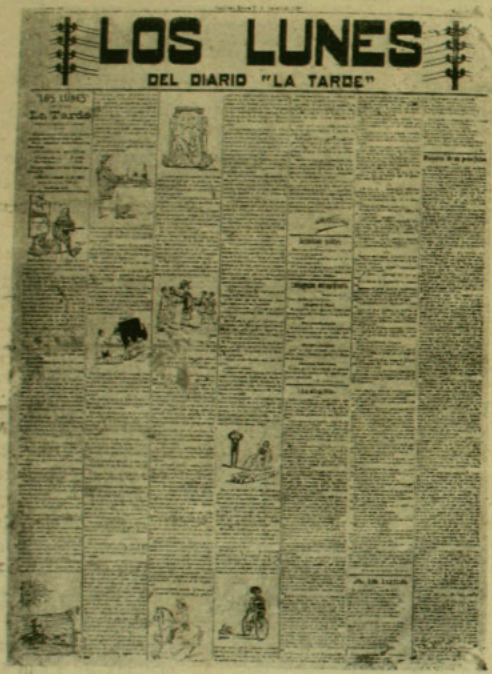
El ingenio de Alfredo Irarrázaval encontraba en este género periodístico ancho campo para lucirse.

La crónica social que tampoco había sido

explotada, apareció allí por primera vez, abriendo nuevos horizontes a la sociedad. Se publicaban en esa sección hasta los nombres de los viajeros que compraban boletos en las estaciones de los Ferrocarriles del Estado.

Las informaciones a varias columnas con títulos nerviosos y alarmantes fueron otra especialidad de "La Tarde".

El público, acostumbrado a los diarios es-


LOS LUNES
DEL DIARIO "LA TARDE"

Fotografía de un ejemplar de "La Tarde".

tilo "Ferrocarril", consideró al principio que la innovación era demasiado violenta y desde sus primeros números llamó a "La Tarde" "el diario alarmante".

"La Tarde" quería imponerse por la novedad de su estilo, por su franqueza, por su estética, por lo sensacional de sus informaciones y ¿por qué no decirlo? por sus talentosas insolencias. Su lema era este: "No callar nada".

El periodismo moderno, cuando se tiene talento para hacerlo, es éste, en verdad.

Ya pasó la época en que los diarios sólo sirven para anunciar los turnos de botica y para publicar los larguísimos artículos de polémicas en que solían enredarse el redactor tal con el redactor cual.

El diario de hoy es un trozo de la vida, es el eco de la opinión y ojalá que en sus columnas más escribiese el público que sus propios redactores.

Ocupó "La Tarde" durante todo el período de su existencia el local que ocupaba la casa Saavedra y Bénard, en la calle de Bandera, frente a la Cámara de Diputados.

Era ese un sitio estratégico que secundaba maravillosamente los propósitos del diario.

Figuraron en su redacción en los primeros tiempos: don Gonzalo Bulnes, don Antonio Subercaseaux, el canónigo don Saturnino Belmar, confesor que fué de la reina Isabel de España, don Luis y don Augusto Orrego Luco, don Víctor Grez, don Emilio Rodríguez Mendoza, doctor don Narciso Briones, don Luis Bherg, don Carlos Luis Hübner, don Mariano Martínez, talentoso escritor español, don Pedro Iñiguez Senerín y el que esto escribe.

Administrador fué don Enrique González Manen, español, sobrino del popular cura Mancio de Valparaíso, don Enrique, como todos lo llamaban cariñosamente, conoció a los Irarrázaval en Europa y con ellos se vino a Chile.

Contar los primeros sufrimientos de Galo Irarrázaval, que hacía el papel de jefe "de estado" en el diario sería cuestión de nunca acabar.

Aún más, parece verlo en la sala de máquinas, desesperado ante las torpezas de los prensistas. El motor que era a gas, se taimaba cada tres minutos. ¡Qué apuros aquellos!

Los suplementeros en la calle exigiendo la devolución del dinero en vista de que el diario se atrasaba demasiado, y el motor parado o caminando a paso de tortuga.

Se buscaban los mejores mecánico de Santiago, y nada, el motor seguía parado!

Pasaron así los primeros meses, casi de ruina para la Empresa, y cuando ya se había

perdido toda esperanza de arreglo, un sargento de la Fábrica de Cartuchos, sin emplear otro material que una simple caja de fósforos vacía que arrugó a su modo, metiéndola en cierto agujero del motor, hizo que éste corriera desesperadamente, sin volverse a empacar jamás.

Don Galo Irarrázaval escribió un artículo cariñosísimo en honor del sargento. Creemos que hasta lo llamó semidiós.

El éxito periodístico se aseguró desde que salió a la calle el primer número.

Hasta los propios adversarios de las ideas que sustentaba "La Tarde" esperaban con ansiedad la hora en que los muchachos la vendieran para conocer las extrañas novedades que en sus columnas encontraban.

Es que en ese diario sobre todas las cosas, imperaba el talento, la gracia, el ingenio y la forma nueva de presentar los hechos.

El periodismo chileno entraba con la nueva publicación en un período francamente revolucionario.

El diario comatoso había recibido un golpe de muerte.

Las oficinas y salas de redacción de "La Tarde" fueron, poco a poco, convirtiéndose en un centro de actividad intelectual jamás visto hasta entonces con excepción de los tiempos de "La Epoca", aquel diario que reunió en sus salones a toda la juventud inteligente que figuró en el período de 1885 hasta la revolución del 91.

En materia política los Irarrázaval iban cambiando de opinión, iban hablando con más lógica, alejándose del Presidente Errázuriz, creyendo que éste no era el tipo ideal de Jefe de Estado que ellos habían soñado, al apoyarlo en la campaña electoral de 1896 con un calor de muchos grados.

La cuestión argentina entraba en un camino peligroso y "La Tarde" se transformó de la noche a la mañana en el diario "cañón".

Sus artículos, en esos días en que se creía que la guerra era cuestión de horas, levantaban en la opinión oleadas de tempestad.

Por esos días fué cuando salió a luz un artículo que dió origen al famoso duelo entre los generales del Canto y Boonen Rivera, en la cordillera, más allá de la línea divisoria.

Más tarde, cuando se produjo la ruidosa cuestión económica, vino la moratoria, el diario se embarcó en una campaña turbulenta y el mismo publico que días antes había aclamado a sus redactores por su valiente actitud en la cuestión internacional, los silbaba con estrépito.

Miguel Angel Gargari y Salvador Nicosia, redactores de "La Tarde".

Así era "La Tarde". Un día se hacía aplaudir por las multitudes y otro día se hacía silbar.

Pero ese diario bullanguero, desordenado, por ser dirigido por dos hombres de gran corazón y de gran talento, dieron en una ocasión la nota más alta de amor al pueblo.

En 1898, una lluvia no interrumpida de quince días inundó los barrios pobres y millares de personas quedaron en la miseria.

"La Tarde" en el acto organizó una casa

Fundadores y redactores de "La Tarde"

de socorros y sus propios directores convertidos en sirvientes, estuvieron durante un mes dando de comer a los menesterosos, haciendo vida común con ellos, ayudándolos a sufrir, ayudándolos a vivir.

Galo Irarrázaval (perdónesenos si sólo aludimos a él, pues ya no existe, y por lo tanto no podemos herir su modestia), poseía una alma incomparablemente hermosa. No conocía el enojo; todo su afán era ayudar y hacerse querer.

¡Y cómo se le llenaban los ojos de lágrimas cuando se acercaba a su mesa de redacción alguna anciana o algún niño a pedirle alguna limosna!

El personal del diario lo idolatraba.

Pero hay que distinguir.

En una ocasión, los suplementeros se declararon en huelga.

A la hora de salida del diario Galo dijo a sus amigos de la redacción en alta voz, para que también oyeran los tipógrafos que trabajaban en la misma sála, sobre un segundo piso:

—Yo voy a salir a vender el diario a la calle. Si alguno quiere acompañarme, quién sabe si no dejaríamos inédita la edición de hoy.

Todos sus amigos de la redacción, desde el primero al último acogieron la idea con entusiasmo, y cinco minutos después todo el personal de "La Tarde", seguidos por los suplementeros que silbaban estrepitosamente vendía el diario en las calles del centro de Santiago.

Sólo, y aquí viene lo que había que distinguir, los tipógrafos se negaron a acompañar al querido periodista que así tan democráticamente entendía su papel.

En esa peregrinación suplementera ocurrieron escenas verdaderamente cómicas.

El más popular de los suplementeros, en aquel entonces, llevaba el apodo de Pedro-Montt. Era este un muchacho andrajoso y capaz de todas las maldades.

Pues bien, este muchacho al ver a Galo Irarrázaval, de sombrero de pelo, vendiendo el diario, se acercó a él y sacando una moneda de a veinte centavos, le dijo:

—Ven para acá, Galo. Dame "La Tarde".

Irarrázaval le vendió el diario y celebró más que nadie la ocurrencia del granuja.

"La Tarde" fué la casa de todo el mundo. Raro el periodista de talento que no llegara a pedir una mesa donde escribir, que no lo consiguiera.

En una mañana lluviosa de invierno, en 1887, se presentó a la sala de redacción un sujeto extraño, de tez más que morena, negra, de pelo ensortijado. Preguntó por el director y una vez en su presencia, dijo:

—Vengo del trópico; soy colombiano; sirvo de cajista, de corrector de pruebas, de redactor, de cualquiera cosa.

A los Irarrázaval les encantaba todo lo que era raro y en el recién llegado vieron, en realidad, un sér extraño a la vez que un hombre de talento.

Y como no había de ser extraño y de talento el que llegaba, cuando éste era Juan Coronel, el escritor más fecundo que el trópico ha enviado a nuestro suelo y a la vez el orador más florido y ardoroso.

Juan Coronel entró a ocupar el modestísimo cargo de atendedor de pruebas, pero a las pocas semanas había saltado muchos puestos, ocupando la secretaría de redacción del diario.

A qué contar la vida de este escritor extraordinario. Tampoco a qué contar su triste fin, cuando todos lo conocen y todos lo lamentan aún.

Coronel asistió al período de oro de "La Tarde".

Bajo el amplio techo de cristal de la gran sala de redacción tenían su sitial Oscar Sepúlveda, aquel bohemio de sedosa melena y de gran talento que se firmaba con el seudónimo de "V. ey"; Emilio Rodríguez Mendoza, que se firmaba "A. de Gery", y que en ese tiempo, no puede negarse, dió las mejores producciones de su pluma. Gery fué más tarde a Europa como diplomático y regresó con capa de coro, grave. No escribió más aquellos sabrosos artículos que tanto celebraba el público inteligente.

Escribía también Perico Rivas, Alberto Walker, Manuel Mackenna, Santiago Vicuña, Víctor Eyzaguirre, que había resultado un delicioso cronista de vida social, Ventura Fraga, aquel vidinista excéntrico que acaba de ser cónsul de Chile en un pueblo argentino, portándose de una manera desastrosa, Luis Galdames, hoy rector de un importante establecimiento de educación, Tomás de la Barra, militar, artista, poeta y marino y varias otras cosas más a un mismo tiempo, y otros más,. todos de talento, todos a propósito para figurar en un diario en que era obligatorio ser lo más desordenado posible.

En "La Tarde" el teatro nacional recibió su primer impulso serio. En el número de 1898 Perico Rivas, Emilio Rodríguez, Santiago Vicuña, etc., escriben zarzuelas, comedias y monólogos que indujeron a otros escritores a dar nuevas producciones a la escena.

Aquella juventud bulliciosa se ganaba el aplauso popular donde lo encontraba.

El viento del destino ha esparcido a todos esos alegres muchachos de otros tiempos, pero es seguro que todos ellos conservan del viejo diario recuerdos imborrables.

"La Tarde" tuvo una edición semanal que se titulaba "Los Lunes". Este periódico era del mismo formato que aquella y el papel que desempeñó en la literatura nacional no se puede negar que fué brillante.

En sus columnas lucieron sus primeras armas Carlos Varas Montero (Mont-Calm), Augusto Halmar, Alberto Mauret Caamaño, Eduardo Valenzuela Olivos, José Ignacio Escobar y muchos otros.

Las charlas semanales las escribieron Alfredo Irarrázaval, Carlos Luis Hübner, Víctor Grez y Luis Orrego Luco.

Hubo un tiempo en que el semanario decayó notablemente y entonces Galo Irarrázaval dijo a uno de sus secretarios de redacción:

—Haga usted un párrafo despidiendo del mundo de los vivos a "Los Lunes". Dejan pérdida y no podemos seguir con ella.

El encargado del entierro tuvo compasión del pobre semanario y en vez de cumplir la orden hizo por su cuenta y riesgo una charla semanal, adornándola con clichées viejos y ya muy repetidos.

Al poco tiempo el semanario de 800 ejemplares que tenía de tiraje se encumbró a quince mil.

Vino después la campaña presidencial Riesco-Lazcano y vino también la enfermedad y muerte del Presidente Errázuriz. Estos acontecimientos influyeron grandemente en los destinos del diario.

Nombrado Vice-Presidente de la República don Aníbal Zañartu, este mandatario qui-

Grupo de redactores de "La Tarde".

so aprovechar el talento de Galo Irarrázaval, enviándole al Ecuador en calidad de Ministro Plenipotenciario.

Alfredo Irarrázaval se tentó con la política y quiso ser diputado.

"La Tarde", entonces fué adquirida por don Enrique Delpiano, propietario de "El Chileno" y "Los Lunes" fueron obsequiados al que los había hecho resurgir, desobedeciendo la sentencia de muerte dictada contra el pobre semanario.

Empezó, pues, para el bullicioso diario una vida nueva.

El señor Delpiano nombró Director del diario al distinguido periodista don Rafael Egaña, el cual pronto declinó el cargo, convencido de que no estaba dispuesto a continuar una labor nerviosa, propia de una publicación que de ninguna manera había de estar en la vida de la seriedad sin exponerse a una muerte casi repentina.

El señor Delpiano, persona de talento y sumamente simpática, pero que en ese tiempo vivía fuera del mundo, resolvió entregar la dirección del diario a los señores Belisario Gálvez y Heraclio Fernández, dos periodistas talentosos y llenos de entusiasmo.

Luego esta dirección fué derrumbada por el propio señor Delpiano, entregando la jefatura del diario al que esto escribe.

Por ese tiempo fué cuando se presentó de improviso a la imprenta un caballero vestido de la manera más extraña, un caballero sumamente simpático que atraía con su palabra, con su sonrisa y con su buen humor.

La indumentaria del recién llegado vale la pena que sea descripta, aunque sea a la ligera: pantalón blanco, zapatos del mismo color, chaleco de fantasía, paletó azul, corbata roja y sombrero de paño suelto.

El aspecto del personaje, lo repetimos, era atrayente, simpático.

—Vengo del Brasil, dijo al presentarse, y como "La Tarde" no es para mí un diario desconocido, pues fuí su corresponsal en tiempo de las grandes fiestas que se celebraron en Río de Janeiro en honor de Chile, creo que llego a mi casa.

No hay para qué decir que el caballero en cuestión era don Salvador Nicosía, el que desde ese momento fué como de la casa y agasajado por todos, porque todos comprendieron que se trataba de un hombre de talento, a pesar de su extraña vestidura.

En esos días "La Tarde" se transformó en una casa de bohemios.

Se hacía el diario alegremente, sin que esta alegría, naturalmente se reflejara en el diario en forma inconveniente.

Nicosía había resultado un gran repórter y daba cada día un triunfo informativo al diario.

Lo que más admiraba era cómo ese extranjero recién llegado al país, en poquísimo tiempo conocía a todos los políticos y a todo el mundo.

El señor Delpiano, sin embargo, no comulgaba con él, pues estaba convencido de que no era muy dado a las cosas de la iglesia, y antes por el contrario, creía que sería un enemigo personal de Dios.

Llevaba don Enrique un libro verde, secreto, en el cual se anotaban las acciones buenas y malas de los redactores de "La Tarde", y en que Nicosía ocupaba varias hojas de malas acciones.

Las mañanas invernables de "La Tarde" eran deliciosas.

El movimiento de la gran sala de redacción era de madera, en forma de parquet. Al fondo de la sala existía una estufa y en aquellos días tremendos de agosto había que calentar el local, y como la administración negaba la leña, no había más remedio que sacar el parquet y echarlo a la estufa.

En un mes medio pavimento había sido convertido en ceniza, quedando en descubierto el suelo de tierra húmeda, por las goteras de arriba.

Después de algunos meses nacieron espléndidas callampas.

En esta situación desastrosa llegó un día de visita don Ramón Martínez, contratista fiscal, lo cual no impedía que tuviese una alma generosa.

Don Ramón al ver la ausencia del pavimento y la intromisión de las callampas en un sitio destinado a cosas más elevadas y dignas, declaró que por su cuenta haría entablar el salón, lo que hizo, colocando primero un sub-suelo de carboncillo de los ferrocarriles del Estado, artículo que se consiguió fácilmente, pues en esos días el diario atacaba con fiereza el robo del fierro viejo.

Por razones que nunca se supieron, un buen día don Enrique Delpiano, que desde hacía ocho meses no pagaba "a los directores", resolvió que la dirección de "La Tar-

de" pasara otra vez a manos de don Heraclio Fernández.

Se obedeció la orden y el último de los fundadores del diario y el último de los tripulantes de los tiempos de los Irarrázaval abandonó el viejo barco.

Nicosía tampoco podía quedar a bordo, pues su hoja de servicios anotada en el libro verde de don Enrique, no tenía espacio para anotar mayores frases incrédulas suyas.

Tres meses después "La Tarde" dejaba de existir, sin ruido, sin testar, sin invitar siquiera a su sepelio.

Uno de sus ex-redactores escribió un artículo sentido, recordando a sus organizadores y la labor hecha por el diario durante sus siete años de existencia.

Galo Irarrázaval en un viaje que hizo del Brasil, por asuntos del servicio diplomático, leyó conmovido ese artículo y dijo a su autor:

—Espero que he de volver a fundar un nuevo diario en Santiago. "La Tarde" no ha muerto, está aletargada y la resucitaremos.

Y al hablar así el noble periodista ignoraba que esa era la última vez que pisaba el suelo de su patria, que la gran traidora, la Muerte, ya había anotado su nombre en su fatídico carnet.

EL ELIXIR DE LA FANTASIA

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

Nunca podré olvidar aquella triste noche de la primavera del año de 1907. Allí estábamos arrojados como los restos inservibles de un naufragio, algunas de las víctimas de la gran crisis económica que por ese entonces afligió a la República. De las ilusiones y los triunfos del pasado resurgimiento no nos quedaba nada, ni siquiera la esperanza.

Jugábamos al dominó en un rincón olvidado del Club de la Unión. Eramos cinco o seis individuos, para quienes hacía pocos meses no había ni trenes bastante costosos, ni especulaciones demasiado atrevidas. Nuestros deseos no habían conocido límites y cuanto ganábamos, que no era poco, nos parecía sólo el comienzo de una era de opulencia sin término ni medida... En esos tiempos sí que no jugábamos dominó a veinte centavos la partida... Los billetes de a mil rodaban despreocupadamente por el tapete verde, y la vida toda nuestra consistía en amontonar riquezas y satisfacer caprichos...

¡Tremendo despertar! Ahora nos era preciso mirar el porvenir, con la inquietud cruel del que nada ve por delante, sino luchas y sacrificio, sintiendo a cada instante sobre su cabeza la amenaza de verse arrastrado de pronto por la vorágine de los que caen y sucumben.

Nuestras quimeras eran harto diversas de

lo que fueran en la época brillante de prosperidad, apenas desconocida. El uni tenía puestas sus esperanzas en un empleo público; el otro en un triste décimo de la lotería de Buenos Aires; el tercero en la protección de cierto abogado que le había prometido un rincón de su bufete, donde podría recoger las migajas de una numerosa clientela... Y así todos.

Situaciones como esas convidan a meditar, pero así en la prosperidad como en la desgracia el hombre medita poco: siente, espera, y sobre todo, representa la eterna comedia de la vida.

Aunque la mayor parte de los negociantes frustrados que se habían reunido esa noche, junto a la mesa del dominó, estaban liquidados, como se dice en el comercio, continuaban hablando de negocios, como si las cotizaciones de la Bolsa pudieran afectarles en algo, como si se encontraran, no al frente de una mina difructiva, sino capeando un temporal pasajero.

—Las Llallagua han aflojado hoy más de cinco puntos, observó Julio Elizalde, después de barajar y repartir las cartas: en la liquidación de mañana, tendremos novedades.

—Se habla de la quiebra de Rodríguez y a comprometer a mucha gente.

Aleántara, dije yo por decir algo: esto va

—Es preciso liquidar de una vez, opinó en tono sentencioso Ramón Molina, que ya no tenía nada que perder.

—Exacto, repuso otro que se encontraba en igual predicamento. La situación no mejorará, mientras no se resignen a quebrar, los que ya están quebrados.

La procesión iba por dentro. Cuánta amargura y desengaño en esas frases que corrían vacías y lánguidas, junto a la realidad de nuestro pobre dominó a veinte centavos la partida.

Pedimos cerveza Pilsener Valdivia. Era ya nuestra bebida habitual y más nos costaba ahora el pagarla, que antes el champagne por docenas y docenas...

Al hacer esta reflexión vulgarísima, un escalofrío recorrió mi cuerpo... ¡Cómo se había evaporado todo aquello...! ¡Parecía ahora un sueño!... ¡No!... Jamás podríamos resignarnos.

Fué entonces cuando entró a la sala Félix O'Neil... Su llegada produjo sensación. Hacía quizás años que no se le veía en parte alguna. Hombre de pocos amigos, sabio melancólico, soñador, desde el colegio había llevado una vida bastante solitaria, y tenía bien merecida su fama de excéntrico.

Le llamábamos sus compañeros el hombre de las cuatro naciones. Su abuelo paterno, aunque nacido en Chile era hijo de irlandeses, de sus dos abuelas, la una era rusa y la otra dinamarquesa, y se decía que su abuelo materno era hindú.

Había algo en su continente y en su modo de ser que denunciaba aquella mezcla estrambótica de razas. No podía negarse que tuviera talento, inventiva, amor al estudio y hasta condiciones de hombre de trabajo. Pero su carácter incierto, flotante, parecía deber cansarle todos los caminos.

Lo sabía todo: era médico recibido pero nunca ejerció su profesión; heredó de sus padres una pequeña fortuna y una farmacia bastante próspera, y se contaba que por algunos años la supo dirigir con acierto. Ahora casi no se ocupaba absolutamente de nada y vivía de un pobre empleo en el tribunal de Cuentas. No tenía amistad con persona viviente, ni mucho menos deudas o acreedores. Se le había olvidado. Era el sér más inútil al par que el más inofensivo de la tierra.

Aquella noche se sentó junto a nosotros: llevaba en la mano un pequeño libro.

—¿Qué es esto? le preguntó Julio Elizalde.

—Ya lo ves, repuso el aludido, alargándole el volumen. Una historia de los más antiguos tiempos de la Caldea. Aquí se habla de esos reyes de la época casi fabulosa en que tuvo su origen la civilización humana; la trama de esta crónica se desarrolla en un período tan remoto, que comparado con él, la evocación del patriarca Abraham es cosa de ayer.

—¿Y ello te divierte? objetó Pedro García... ¡Demonios!... Las conquistas de este Urgana de Sirgulla, cuyo nombre veo aquí, no es de temer que hagan bajar el cambio.

—Pues, créelo, a mí me interesan muchísimo más que todo lo que puede ocurrir en el día de mañana, afirmó Félix O'Neil, ruborizándose un poco.

Miramos todos al hombre de las cuatro naciones. La compasión debió pintarse en nuestros semblantes. Sin duda Félix había perdido el poco juicio que hasta entonces tuviera.

El comprendió perfectamente nuestro gesto.

—Sin duda me tienen ustedes por loco, dijo tranquilamente, y yo no puedo asegurarles de que no lo estoy en verdad. Pero quisiera que me contestaran ustedes algunas preguntas. Para comenzar los noto mustios y melancólicos. Alguna preocupación trabaja a ustedes... ¿De qué se trata?...

Hubo un instante de silencio. La penetrante mirada de Félix continuaba interrogándonos.

—Hablábamos de negocios, dije yo entonces.

—¡Ah! los negocios, repitió Félix... es decir el dinero... ¿Querrán decirme ustedes para qué sirve el dinero?

Esta última pregunta nos pareció ya francamente insensata.

—Más difícil sería decir para que no sirve, exclamó el locuaz Ramón Molina. El mundo entero está construído alrededor del dinero, ahora como en los tiempos del viejo Urgana de Sirgulla, tu reyezuelo de la Caldea. Por el dinero los hombres luchan, trabajan, producen, edifican el progreso, inventan y se matan... El dinero es la libertad, la satisfacción de los deseos, la palanca de las ambiciones, el instrumento del bien y del

mal... Con el dinero se come, se vive y se goza; el oro lo compra todo, desde el placer más grosero hasta el logro de aspiraciones más nobles... Pero, estoy perdiendo el tiempo y tú te burlas de nosotros...

—No... No has perdido el tiempo... Convengo en que el dinero sirve un poco para todo eso que dices, y para algo más todavía... Pero sirve de un modo imperfecto... Voy a explicarme... Quiero suponer que fueras tan rico, como para comprar toda la tierra... Serías propietario de una casa bastante imperfecta. Y es muy probable que el dominio de los hombres y las cosas te proporcionaran muchos más ratos malos que buenos...

—¡Vaya, Félix! exclamé... No nos imaginarás a cada uno de nosotros ambicionando la monarquía universal.

—No, por cierto, continuó el aludido... Me ponía sólo en un caso extremo... Por otra parte, nuestro desacuerdo es sólo aparente, y la respuesta de Ramón Molina me ha dejado satisfecho... He oído por centésima vez la verdad sobre el dinero, y es todo cuanto deseaba por esta noche. Ahora no me resta sino devorarme esta antigua historia de la Caldea.

Como se ve, las palabras de Félix tenían la incoherencia de las de un loco. Todos sentíamos la misma impresión penosa. Yo quise penetrar un poco más en el cerebro descompuesto de aquel sér estrambótico.

—Permíteme, le dije, hacerte a mi vez una pregunta. ¿Por qué querías saber nuestra opinión sobre el dinero?

Félix vaciló un momento. Su respuesta no pareció muy espontánea. Sin duda pensó un poco antes de darla.

—No van ustedes a entenderme, dijo.— Hombres que, como ustedes, pasan todo el día presa de la fiebre del número de pesos que ganan o pierden, estaban en mejor situación que nadie para disipar ciertas dudas y vacilaciones de mi espíritu... Por eso he venido a buscarles esta noche, y vuelvo a mi retiro satisfecho y tranquilo... He ahí, puedo decir ahora, que estos que todo lo sacrifican al dinero, no verán en él más de lo que yo veo... Créanlo, caballeros, si esta no es la solución de mi problema, es por lo menos el dato más importante para esa solución...

¡Ya no cabía duda! El hombre de las cuatro naciones se había vuelto loco.

Momentos después tomé el camino de mi casa.

II

Era todavía muy temprano, pero las calles estaban más solitarias que de costumbre. Caía una llovizna fría, desagradable y tan triste como mis propios pensamientos.

De pronto sentí pasos que me seguían. Volví el rostro. Era Félix O'Neil. Me detuve y luego me alcanzó.

—¿Qué tal de negocios? me preguntó con el acento más natural del mundo. Su voz ahora era la de un sér normal y razonable.

Le expliqué francamente mi situación. Al fin y al cabo era un buen muchacho, y las confidencias que pudiera hacer a aquel individuo divorciado con la sociedad y los negocios, mal podrían perjudicarme.

Un año antes pude liquidar fácilmente más de un millón de pesos y había sido lo bastante loco para no hacerlo. Por el contrario, cometí la locura de embarcar, como suele decirse, todos mis huevos en un canasto. Se trataba de unas canchas salitreras que se discutían ante los tribunales de justicia: la comunidad "Esperanza del Loa". En tal situación un golpe bastó para arruinar todas mis expectativas: la Corte Suprema había fallado desfavorablemente un caso idéntico al nuestro, y ahora no se encontraban compradores de "Esperanzas" sino a vil precio.

Esta historia tan sencilla era entonces la de muchos.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? me preguntó Félix O'Neil.

—¿Quién sabe? contesté. Nuestro juicio acaba de verse en la Corte y la causa ha quedado en acuerdo. Es cosa segura que vamos a perderla. Los Ministros son los mismos que dieron la otra sentencia... Voy a quedar sin un cristo.

—¿Y si ganaras el pleito? insistió Félix en forma misteriosa y enigmática.

—¿Para qué nos ponemos en casos imposibles?

No importa... Los jueces pueden cambiar de opinión, y por otra parte, nada hay más agradable que gozar con la imaginación

del dinero que no se tiene... ¿Qué harías si volvieras a ser rico?

—Todo lo que no hice cuando lo fuí. Así es el mundo. Somos cuerdos cuando ya nada se gana con serlo. En primer lugar me dejaría de juegos de bolsa... Vendería a buen precio mi parte en las maldecidas "Esperanzas", e invertiría el producto en inversiones sólidas y seguras. En seguida me dedicaría a gozar tranquilamente de la libertad y de la vida. Mi pasión son los viajes... Para comenzar daría la vuelta al mundo...

—Buen uso piensas dar al dinero, observó Felix con ironía... ¿No es verdad que para eso sirve?

Miré a mi interlocutor... Era evidente que volvía alrededor de su tema.

En ese momento llegábamos a la puerta de mi casa. Le invité a entrar por cortesía. El no se hizo de rogar.

Le recibí en la biblioteca. Por lo visto Félix no había perdido su loca afición por los libros.

—Aquí tienes algo que te consolará de muchas penas, dijo mostrando los anaqueles. ¡Cuánto libro de viajes! Leyendo esto puedes dar la vuelta al mundo en cierto modo... ¡Vaya! ¡También te gusta la historia! Ya no sólo puedes viajar por nuestro mundo contemporáneo, sino por el pasado romántico y

pintoresco... ¡Aquí Flammarion!... El mundo solar, los astros lejanos, todos los misterios, lo ilimitado en la fantasía... ¡Pícaro!... ¡Qué feliz eres!

Hablaba con tanta convicción que no pude menos de sonreir. Por un momento hasta olvidé las "Esperanzas del Loa" y mi pleito perdido.

Nos sentamos un momento, después de destapar dos medias botellas de cerveza.

Félix O'Neil estuvo incomparable. Nunca le había conocido por aquella faz de charlador ameno. Me habló de viajes como para alejar lo que él llamaba mi manía. Era muy instruído y la geografía no tenía secretos para él. Recorrimos el mundo entero en tres cuartos de hora de conversación, hojeamos muchos volúmenes...

—¡Qué encanto sería el poder viajar! exclamó al fin, entre pesaroso y humillado. Pensar que pude estar tan libre como el aire, sin más pasión que este vasto planeta, tan lleno de variedad y de belleza... Ahora, por mi culpa la pobreza me tendrá para siempre esclavizado... ¡Demonio! ¡Cuán en lo cierto estuvo en que dijo que había tanta diferencia entre el rico y el pobre, que no parecían animales de la misma especie... Hoy me cambiaría por un caballo de coche portino... ¡Qué imbécil he sido!

Féliz O'Neil se despidió. Era ya cerca de media noche y yo me fuí a la cama. Pero la conversación con aquel sér estrambótico me había hecho bien. Esa noche no fué de insomnio como las anteriores, y me quedé pronto dormido con la tranquilidad de un padre provincial.

III

Por uno de esos contrastes, tan frecuentes en la primavera bajó nuestro clima, el día siguiente amaneció tan alegre e impregnado de sol, como había sido de triste y húmeda la noche precedente.

Yo mismo me sentí otro hombre. El buen humor me retozaba por todos los poros, y apenas me acordaba ya de mi fortuna perdida y de mi pleito que ya casi lo estaba.

Mi sirvienta entró, trayéndome el desayuno y el diario.

Apenas había recorrido distraídamente algunas líneas de este último cuando lancé un grito... Creía estar soñando y me restregué los ojos... Sí... Seguramente estaba bien despierto... Allí bajo gruesos y llamativos caracteres, se leía la más estupenda e inesperada de las noticias. La Corte Suprema acababa de fallar favorablemente el pleito de la "Esperanza del Loa". Uno de los Ministros había cambiado de opinión"... Por supuesto que el diario contaba amargamente aquella sentencia que arrebataba al Fisco la más valiosa de sus propiedades salitreras.

¡Era rico!...

—¡Ese loco me ha traído suerte! exclamé saltando alegremente de la cama.

El cielo, el sol, la temperatura, las casas, las calles, el aspecto de los transeuntes, la naturaleza toda entera me parecían hoy diversos que el día anterior... Adiós las preocupaciones, la esclavitud y la pobreza... ¡Adiós!

Eran las diez de la mañana cuando llegué al Club. La noticia se había esparcido como una mancha de aceite. ¡Qué de abrazos y de felicitaciones! ¡Qué de rostros amables y placenteros!

Saltó el tapón de una botella de champagne, y luego otro y veinte más. En torno de ese hombre feliz se hacían coro los amigos. Luego llegó un corredor de la bolsa. Las Esperanzas se cotizaban ya a $ 4,600 y no había vendedores. Hice rápidamente un cálculo mental... Podía liquidar en ese momento $ 1.500,000.

No hay para enseñar cordura a los hombres mejor maestro que la experiencia. Llamé aparte al corredor que traía la noticia y le dí con mucha reserva mi primera orden de venta.

Más tarde aquello fué un delirio. Las "Esperanzas" subían como la espuma. En la rueda de la tarde estaban pedidas a $ 5,850... Vendí otro lote y luego otro a $ 6,000... Fuí al tope. La fiebre iba calmándose poco a poco y mis últimas acciones fueron vendidas a $ 5,800.

Como se comprenderá fácilmente aquel día primero de mi fortuna transcurrió como en un torbellino. Me fuí a la casa cansado de triunfos y repitiendo mentalmente esta sola frase, la única que acudía a mis labios:

—Un millón ochocientos noventa mil pesos...

¡Era mi fortuna!... ¡La fortuna del que la víspera era sólo un pobre diablo.

El placer del día siguiente fué de otra naturaleza. Era necesario invertir aquel di-

nero... Lo primero era buscar un fundo...

—Eso es lo más seguro, me había dicho siempre en mí mismo.

Con la avidez de un glotón que recorre un sabroso menú, busqué en el diario, los avisos de fundos en venta.

Las dichas como las desgracias no vienen nunca solas. Pronto encontré lo que buscaba. Se iba a rematar el fundo "El Peñascal" de la sucesión Argomedo. No podía presentarse una ocasión mejor. Si me hubieran dado a escoger una propiedad rural, no habría elegido otra. Tierras magníficas, instalaciones de primer orden, perspectivas soberbias... El minimum era $ 1.150,000; había que pagar $ 300,000 al contado, $ 480,000, reconociendo una deuda hipotecaria y el resto a seis meses.

El fundo me fué adjudicado. Los amigos me felicitaron por la compra. Esa misma noche un viejo y entendido agricultor ya me ofrecía $ 100,000 a ganar. No acepté.

No menos felices que estas fueron mis otras inversiones. Estaba decididamente con buena suerte... Ya no era yo aquel infeliz que no hacía sino pocos días, regresaba a mi casa taciturno y sombrío, en una noche húmeda y fría, sin esperanzas en el alma, después de jugar al dominó a veinte centavos la partida.

Una de las ventajas de la fortuna, es el poder hacer el bien del prójimo. No tardó en presentárseme la ocasión de gustar tamaña alegría.

Cierta tarde, al salir del Club, me topé con Ignacio Andrade. Era una de las víeti-

mas del resurgimiento. Agricultor afortunado y experto, cometió un día la falta de embarcarse en el juego de las acciones. Dicho se está que lo liquidaron en pocos meses, y ahora el pobre andaba sin rumbo, buscando una ocupación.

Lo llamé para ofrecerle la administración de "El Peñascal" con un quince por ciento de los beneficios. Fué de ver la alegría del infeliz.

—No sabes lo que me ofreces, me dijo. Estoy seguro de sacar el primer año más de treinta mil pesos.

—Tanto mejor, le contesté. Para ganar es necesario hacer que otros ganen. Esta verdad tan sencilla no está, sin embargo, al alcance de estas gentes de aquí, tan **pirquineras**.

No dejé de recibir parabienes por la elección que había hecho.

—Ni buscándolo con un cabito de vela, habrías encontrado mejor administrador, me dijo Pancho Ruiz en el Club.

Y en estas materias la opinión de Pancho Ruiz es inapelable.

IV

Ahora podía lanzarme al través del ancho mundo. ¡Era mi sueño!... El plan de aquel viaje al lejano Oriente había recreado infinitas veces a mi fantasía, pero, ¡con qué fruición arregló sus últimos detalles! Era verdad que mi inesperada fortuna había hecho de mí un hombre nuevo. Sentía en el alma una capacidad para gozar, de que antes no tuve la más remota idea. Casi siempre el bien deseado, vale más que el bien adquirido. Ahora me sucedía a mí todo lo contrario.

No era la primera vez que iba al viejo mundo, pero en este viaje todo me parecía nuevo y halagüeño. ¿Era que el recuerdo de mis pasados infortunios realzaba por contraste, dando mayor encanto a mi situación presente? Sí; eso debía ser... Pero debo confesarlo: comenzó a germinar en mi conciencia una superstición singular... Creía que la visita que me hiciera O'Neil aquella triste noche de primavera que precedió a mi triunfo, no sólo me había traído suerte, sino que había logrado despertar en lo más profundo de mi sér, cierta facultad optimista y poderosa, cuya naturaleza no podía definir...

—Gozo, decía, pero gozo sólo porque tengo dinero...

Así atravesé las soberbias cordilleras de los Andes, luego las pampas monótonas, la brillante Buenos Aires y el turbio estuario del Plata.

Había tomado un camarote de gran lujo en el "Cap Vilano". ¡Espléndida navegación de inolvidable recuerdo! Nunca mis pulmones respiraron con más voluptuosidad las apacibles brisas del Atlántico. El día y la noche los claros de luna y las puestas de sol, la vida amable y bulliciosa de tantas gentes conducidas por el placer y la esperanza, la hermosura de las mujeres, la charla liviana de a bordo, los azares del juego y hasta el studio y la lectura, todo embargaba mi ánimo con sensaciones que hasta entonces no había conocido sino imperfectamente.

Mi libro favorito, lo había comprado en Buenos Aires el mismo día de mi embarque. Se llamaba "El Oriente de los Misterios" y era escrito por un italiano descendiente del célebre viajero Marco Polo. Pretendía el autor que los vastos países del Sur de Asia, entre el Mediterráneo y los archipiélagos de la India, encierran aún, en pleno siglo XX, todos los románticas encantos de las Mil y una noches. Para gozar plenamente de aquella resurrección de la más fantástica de las creaciones de la imaginación humana, sólo era preciso un poco de estudio en la elección del itinerario de viaje, libertad y dinero.

Dicho se está que resolví seguir paso a paso las indicaciones del italiano.

Desembarqué en Lisboa, aquella que para los americanos es la puerta obligada de la Europa del turista, aderezada y limpia como una mujer mundana, exuberante de paisajes soberbiamente clásicos, toda comodidad, arte, recuerdos y placeres.

Estábamos en invierno, la estación del Mediterráneo y del Oriente. Cuando viniera la primavera estaría de regreso y sería el tiempo de pasar una gran temporada en París.

No hice más que atravesar rápidamente la península española y el sur de Francia. Mi primera escala de cierta duración fué en Monte Carlo.

Aquel rinconcito encantador rebosaba vida y alegría. Pasé allí una temporada de gran señor, jugué con fortuna, y hasta, ¡Dios me lo perdone! creí estar verdaderamente enamorado.

Fué un idilio de quince días. Ella era irlandesa y se llamaba Violeta... Nunca supe lo que esa mujer quería de mí, ni lo que yo esperaba de ella... Fué un amor fugaz, caprichoso, sin honduras, ni complicaciones, como deben ser los de las mariposas... Ella y yo seguimos después el camino de la vida, me decía por lo bajo que iba a encontrar en el futuro, muchos placeres y muchos amores como ese.

De Monte Carlo pasé a Nápoles, y de Nápoles al Oriente. Ahora llegaba el momento de aprovechar las lecciones del extraño autor que saboreara a bordo del "Cap Vila-

sin que nos quedara de nuestro romance pasajero, ni recuerdo injusto, ni remordimientos, ni dolores.

Ello parecerá inverosímil, pero es el hecho innegable que mi alma se sentía, como aligerada de todas las cadenas que hacen esclava y miserable nuestra vida, en la buena fortuna, como en la mala, en el amor como en el odio. Mi nuevo y encantador optimismo,

no". Desembarqué en Biarritz y veinticuatro horas después estaba en Damasco, en el umbral del paraíso de mis sueños.

Nunca pensé que aquella antiquísima ciudad que visitaba por vez primera, iba a producirme una impresión tan profunda. Me parecía haber retrocedido muchos siglos de la historia del mundo.

No hay pasado como el de Damasco. Dicen

en el Oriente que del lino rojizo de su exuberante vega, formó Dios el cuerpo del primer hombre, y en verdad, que el misterio de esa ciudad que era ya vieja, cuando los primeros Faraones iniciaron sus conquistas, perdura todavía, a despecho de la civilización moderna, niveladora y monótona.

Allí vi patios perfumados, en que la luna penetraba por entre el follaje de las palmeras, dibujando penumbras misteriosas, que convidaban al placer y al ensueño. Allí también me ocurrió una aventura que era como el preludio de la realización de las promesas de mi autor italiano.

Recorría cierta tarde, una de las calles de la ciudad, viviente y llena de colorido, como un cuadro de Fortuny. El sol iba a ponerse sobre un horizonte de fuego, envuelto en magnífico crepúsculo...

Una caravana entraba en la ciudad... Larga fila de camellos ricamente enjaezados, conducidos por negros vestidos de vivos colores, y el todo iluminado por los rojizos rayos del sol que iba a ponerse...

Era el viejo cadi de Bassara que regresaba con su familia de la peregrinación a la Meca... Así debió ser, pensé, en los tiempos brillantes de Harún el Raschid, y de la sultana Zobeída. En tardes como esta, bajo la fascinación de este ambiente voluptuoso, cuajado de colores y de perfumes, tomaron forma en la fantasía humana, los relatos encantadores de Sheherezada.

Una niña de formas delicadas como los lirios rojos de los campos de Siria, cabalgaba junto al anciano cadi, de faz profética y barba venerable. Llevaba el rostro cubierto, a usanza del Oriente, pero sus ojos negros, sombreados por largas pestañas, eran por sí solos un poema, lleno de promesas...

Seguí tras la caravana...

Obscurecía ya, cuando aquella flor del Oriente, penetró con su fantástico acompañamiento, en una de esas posadas de Damasco, que son hoy lo que fueron en la época legendaria de los primeros califas de Bagdad.

Yo tenía el amor y el diablo en el cuerpo. Aunque apenas chapurreaba el árabe, esa misma noche era ya comensal del cadi... La niña no cenó con nosotros, pero, ¡oh dicha! el anciano Abu Taleb, que así se llamaba mi nuevo amigo, había consentido en que me agregara a su caravana, en su viaje hasta Bassora.

Me parecía un sueño... Atravesar los desiertos de la Siria, en soberbia caravana de camellos, en compañía del cadi de Bassara, como buen musulmán que regresa de la Meca, envuelto en los misterios de otros tiempos y de otra vida.

Se realizó este sueño insensato... Tras de largas y fatigosas jornadas, bajo un cielo candente, llegaba la plácida noche del desierto, y allí al abrigo de las palmeras de los oasis, enamorado por la brisa tibia y suave, comencé un nuevo idilio.

En el mundo frío y convencional de la civilización apenas podemos tener una idea remota de lo que es la mujer. Necesario es ir al Oriente para saberlo. Allí el alma femenina, conserva todavía el fuego sagrado de la juventud de la tierra. Entre nosotros todo en la mujer parece artificio, fórmulas y convenciones... Bajo las palmeras del desierto palpitan de otra suerte los corazones; la imaginación es fresca, juvenil, sin límites; los cuerpos y las almas se entregan por entero, con locura y sin cálculo, sin remordimientos ni temores.

Cómo describir el encanto de esas creaturas que parecen vivir fuera del mundo real, envueltas en misterios, sintiendo vibrar las fuerzas ocultas de la muchacha virgen, ebrias de la vida. No son como en el Occidente un miembro banal de la sociedad humana, ni pertenecen a una estirpe, ni siquiera llevan un nombre convencional. No son la señora de Tal, ni la baronesa de Cual, ni la generala, ni la banquera. Se las llama "Cadena de los corazones", "Lirio del Valle", "Tormento del alma".

. . . . . .

Y aquello también pasó sin dejar ningún recuerdo amargo y sí un perfume eterno de amor y juventud dentro de mi alma.

La India me abrió por fin sus brazos opulentos. Al paso que navegamos por el golfo de Persia, cálidamente coloreado por los rayos implacables del sol de Oriente, me parecía desprenderse más y más de la corteza mezquina y vulgar, dentro de la cual, viviera encerrado hasta entonces.

Aún para los árabes, la India fué ya en lo antiguo, el país de las maravillas portentosas y de las leyendas increíbles. Hacia sus playas repletas de tesoros extraños, bogó

Simbad el Marino, inquieto como yo, y soñando también con el placer y las aventuras.

La India es un mundo dentro de otro mundo. Todo en ella está construído en preparaciones gigantescas. Sus templos resplandecen de oro y pedrería, como las de las ciudades legendarias, en que mostrasen su poderío Nabucodonosor y Sardanápalo.

Los bosques cuajados de monasterios, luchan con las ciudades populosas, en que brillan abigarradas multitudes; allí se alzan tronos de marfil, los poderosos se cubren de diamantes; se adoran dioses multiformes como en el antiguo Egipto; los sacerdotes de cultos legendarios celebran desconocidos misterios; las hadas y los gnomos pueblan el campo y la floresta; el agua de los ríos es sagrada; las fuerzas de la naturaleza, el mal y el bien, la vida y la muerte, todo lo que el hombre ama y teme, tiene su personificación y su culto... Es la humanidad en su infancia, dentro de este siglo de hierro.

El autor italiano recomendaba el Nerbudah, allá en el corazón mismo de las montañas del Decán: en la India de los Rajahs, lejos de los centros comerciales, contaminados por la opaca civilización de Occidente.

Y así fué cómo una mañana, montado en un caballo blanco del Tibet, me interné en la selva que formaba los confines del reino de Nerbudah... Ya no pertenecía a raza ni a siglo alguno... Iba tras la aventura desconocida que siempre fascinó a los hombres.

Anduve tres días y tres noches, como los héroes de las viejas leyendas. Hacíanme sombra árboles colosales, contemporáneos del mundo...

Al atardecer de mi última jornada, la selva pareció aclararse, y allá, en los confines del horizonte, vi elevarse algo como una rojiza llamarada, destacarse entre las asoladas lejanías.

Era como un palacio encantado; el sol reverberaba sobre sus cúpulas cubiertas de bruñido bronce. Más lejos se extendía una ciudad de prodigiosa arquitectura, medio oculta entre las flores y las arboledas.

Me detuve... Un sér extraño venía hacia mí. Era una vieja cubierta de harapos, de nariz encorvada y ojos de mochuelo. Hablaba un idioma que no me era desconocido... No podría precisar ahora cuál era ese idioma.

—¡Vas a la corte de Nerbudah!... dijo... Que te sea propicia Keli, la diosa de las venganzas implacables... Devorarás el monstruo o el monstruo beberá la sangre de tus venas....

Y la horrible vieja se echó a reir.

La vi desaparecer en las profundidades del bosque.

Continuó caminando. Otra vez me obligó nuevamente a detenerme. Bajo la sombra de un árbol colosal, una docena de guerreros, cubiertos de hierro, montaban la guardia. Les servía de jefe un anciano de luenga barba blanca, caballero en brioso corcel negro como el azabache.

—Extranjero, exclamó el viejo con voz cuyos ecos parecían salir del fondo del pasado... Llegas a la tierra sagrada de Nerbudah... ¿Eres acaso el que Kali debe enviar para destruir al monstruo?

Apenas era dueño de mis palabras y pensamientos. Contesté que sí, y no bien hube balbuceado mi respuesta, los doce guerreros alineados herméticamente desplegaron al aire luengas trompetas e hicieron resonar en medio del silencio de la tarde, bárbara armonía.

Me vi conducido por aquellos hombres hacia el opulento palacio que ya envolvían las sombras invasoras de la noche. Resonaron de nuevo las trompetas, centenares de encendidas teas, brillaron en la obscuridad. Allá dentro del magnífico edificio se sentían los acordes de extraña música.

Atravesé una tras otras, salas espléndidas en que habían sido acumuladas todas las preciosidades del Oriente. Nubes de humo impregnadas de enervantes aromas se desprendían de los pebeteros de plata. Hombres y mujeres, soldados y sacerdotes, adornados en forma extraña me saludaban a mi paso.

Y me encontré por fin frente al Nebal de Nerbudah. Estaba reclinado sobre un cojín de bordada seda y su cuerpo desaparecía bajo las perlas y los diamantes.

No reconocía ya casi en mí mismo, el hombre que meses antes, jugaba tristemente en el Club de la Unión, una partida de dominó, ni siquiera al negociante afortunado, que realizara fabulosa e inesperada ganancia, vendiendo "Esperanzas del Loa".

Aquellos días pasaron como en un sueño. Todo lo tuve; placeres del cuerpo y del alma, brillantes cacerías, opulentos festines, nuevos amores y nuevas fantasías...

Por las noches, cuando la suave brisa de las montañas venía a refrescar el abrasado ambiente, sentado a la mesa del Rajah, sa-

boreaba licores extraños y manjares exóticos, mientras hermosísimas mujeres danzaban bajo el amplio verandah, al compás de desconocidos instrumentos. Allá abajo desplegaba la exuberante naturaleza de la India sus abigarrados esplendores, y muchas veces algún anciano, reliquia de otros siglos, me contaba fantásticas historias... Todo ello parecía una mezcla inverosímil de todo cuanto existe de bello y armonioso en la realidad y en la fantasía.

Pero hambriento de contrastes y de emociones, abandoné por fin el reino de Nerbudah... No... No olvidaría jamás el camino de ese encantado rincón de la tierra, pero ahora, me era preciso regresar... ¡París también me esperaba!

. . . . . .

VI

Pocos meses después llegaba a Santiago, de vuelta de mi viaje prodigioso. Había transcurrido un año cabal, desde el día feliz de mi fortuna. Las calles estaban tristes y solitarias y la lluvia caía fría y lenta, como la noche aquella de mi encuentro con Félix O'Neil.

¿Por qué venía ahora ese recuerdo a mi memoria?

Penetré en mi hogar tanto tiempo abandonado. La vieja sirvienta me ayudó a subir mi lujoso equipaje de turista. Allí estaba la alcoba, testigo de tantas noches de insomnio. Todo había cambiado en mi vida menos esa alcoba... ¿Y qué era en realidad ahora, todo el año brillante que acababa de transcurrir?... Nada, sino un recuerdo halagüeño.

A la mañana siguiente desperté desasosegado. Alguien disputaba con mi sirvienta junto a la puerta del dormitorio. Me pareció reconocer aquella voz: era la de Félix O'Neil.

El hombre de las cuatro naciones, entró en la habitación sonriendo plácidamente.

—¡Qué tal Miguel! me preguntó. ¿Cómo te ha ido?

No es el menor placer de un viaje, como el que yo había efectuado, el referirlo. No me hice pues de rogar. Estaba verdaderamente entusiasmado. Creía estar gozando nuevamente las portentosas emociones de los últimos meses.

Un momento fuí cruel con aquel pobre diablo sin más oficio ni beneficio que su miserable sueldo en el Tribunal de Cuentas.

—¿Negarás ahora, le dije, el poder del dinero?

Félix O'Neil, sonrió irónicamente.

—Ahora más que nunca, repuso en forma un tanto ambigua... ¿Conque eres feliz?...

—Por supuesto, le contesté.

—Entonces ya somos dos hombres felices... Me alegro de tu conversión... Ahora vas a pensar sin duda como yo, y no es poca suerte, porque te traigo una noticia nada agradable... **Has perdido tu pleito**...

Le miré como se mira a los locos.

—¿Lo dudas? continuó implacable el hombre de las cuatro naciones... Aquí tienes "El Mercurio" que no me dejará mentir. La sentencia salió ayer tarde.

—Pero si yo vendí todas mis acciones... balbuceé... Si el pleito se ganó hace un año.... Si ahora todo lo tengo muy bien invertido... No me cogerán otra vez en juegos de bolsa, ni en pleitos, ni en salitreras...

Félix se echó a reir.

—Debes haber soñado todo eso, me dijo.

Yo me afirmé más y más en la creencia de que mi pobre amigo había perdido el juicio.

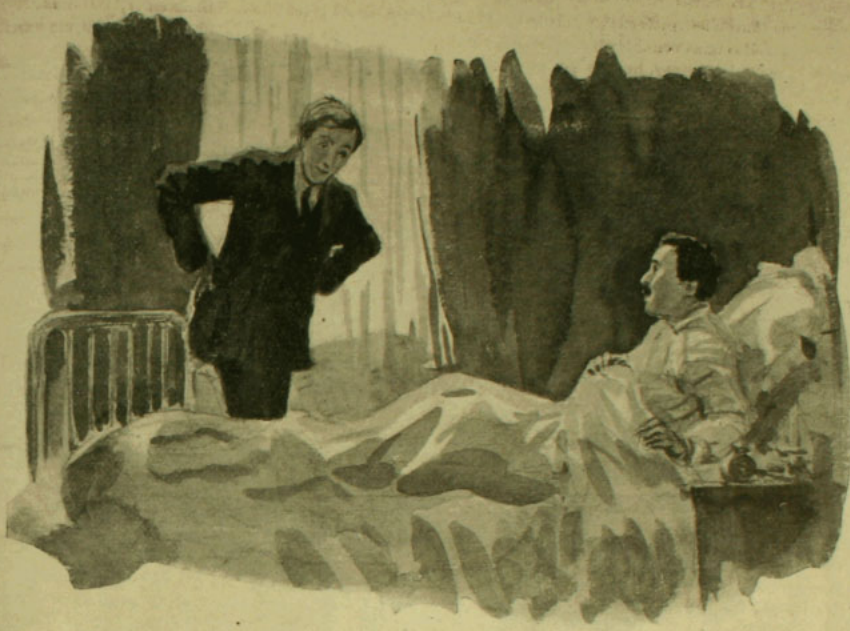
El por toda respuesta, me alargó el periódico

Entonces sí que creí en el juguete de una horrible pesadilla. Aquel diario traía en realidad la inverosímil noticia. El pleito de las Esperanzas del Loa, había sido fallado adversamente la tarde anterior.

Me restregué los ojos... Sin duda era un sueño... Al fin vi algo que me tranquilizó.

—¿Pero Félix, le dije, no ves que este diario es añejo y está mal informado...? Mira su fecha... Es del 7 de octubre de 1907... Hace justamente un año que el pleito se ganó y yo recibí mi fortuna, y ahora estamos en octubre de 1908.

—Tienes razón, repuso Félix con mucha calma: no hay cuentas como las que hace uno mismo, cuando se trata de apreciar el tiempo y la vida... Has hecho fortuna y gozado de ella durante un año: justo es que cuentes ese año. Pero el redactor de este periódico piensa de otra suerte, y se imagina en octubre de 1907... ¡Cuestión de apreciación!...



Las incongruencias de mi amigo me tenían perplejo. Estuve a punto de estallar...

—¡Cuestión de apreciación! exclamé. ¿Hay acaso algo más inflexiblemente real y matemático que el calendario?

—Antes sí lo era, contestó Félix.

—No te comprendo.

Pues bien, dijo con energía el hombre de las cuatro naciones. Te juro por la memoria de mi padre, que tú y el redactor del periódico, tienen ambos razón... Que has ganado y perdido tu pleito... Que tienes y no tienes fortuna o mejor dicho, que la tuviste hace pocas horas, y ya no la tienes, pero en seguida volverás a tenerla, si te place... Porque en adelante vas a poder construir no sólo tu propia vida, sino el mundo entero como te dé la gana o poco menos... Porque vas a ser más libre y poderoso que los reyes y los millonarios... Y pruebas al canto... ¿No has vivido un año, rico, feliz, realizando los sueños que te parecían más absurdos e imposibles?... Contesta:

—Sí, contesté temblando.

Aquel hombre me había puesto miedoso. Comenzaba a entrever no sé qué disparatado misterio.

—Pues bien, Miguel, continuó mi extraño interlocutor. Una sola palabra te explicará todo el enigma... Tu vida de un año a esta parte ha sido un sueño...

Mi cabeza dió un vuelco horrible... No podía creer aquella afirmación insensata, pero algo vi en la mirada y en el acento de mi amigo, que esto dejó la duda en mi conciencia... ¿Si yo también me había vuelto loco?

Félix soltó una carcajada.

—Ante todo, dijo con voz insinuante, no te desconsueles.. ¿Te parece triste perder en un momento tan gratas ilusiones?... Ello no vale la pena... Un poco de calma y escucha... ¿No ha sido tan real tu sueño como la vida verdadera?... ¿Qué te importa entonces que sea un sueño?... Se ha desvanecido. En hora buena... pero si quieres volverá a empezar hoy mismo, y la pesadilla será entonces, estas pocas horas que nos separan de la noche... Ese es mi secreto, Miguel, y tú acabas de experimentar sus maravillosos efectos. Félix O'Neil, este pobre em-

pleado del Tribunal de Cuentas que tú conoces, es también poderoso y rico la vida entera... Sólo una vez al año sufre por un día, la pesadilla de ser lo que tú te lo imaginas...

Miré con espanto al hombre de las cuatro naciones.

—¿No lo entiendes todavía? continuó éste siempre sonriendo. Pues vas a saberlo todo... He inventado la droga que nos hace soñar... Anoche la bebiste con tu cerveza, mientras conversábamos aquí en tu biblioteca...

Un rayo de luz iluminó mi cerebro. Contra el testimonio de mis sentidos... A pesar de la fuerza y realidad de mis recuerdos, comprendí que O'Neil decía la verdad... Me pareció que se me derrumbaba la vida.

—Vuelvo a suplicarte que no te desconsueles, dijo O'Neil... ¿Qué te importa ser pobre o rico si vas a disponer de ésto?... Tus noches serán cada una, un año de felicidad... ¿Qué significan al lado de eso tus días?... Algo que apenas merece ser tomado en cuenta.

Félix sacó de uno de los bolsillos de su chaleco, un pequeño objeto y me lo alargó... Era una botellita que contenía un licor de reflejos opalinos...

—¿Qué son todos los placeres que pueda brindarnos lo verdadero o que hayan inventado los hombres, delante del Elixir de la Fantasía? exclamó con entusiasmo... El hace inútil el dinero y con él todos los afanes y miserias de la vida... El prolonga nuestra existencia y la enriquece... Haz un pequeño cálculo. Veinte años contienen 7,300 días... Con el Elixir esos 7,300 días se convierten en otros tantos años...

En medio de mi estupor, se me escapó una observación baja, pequeña, de hombre de negocios en bancarrota.

—Podrías, sin embargo, ser el mejor millonario del mundo... Ese licor que has inventado... Si lo vendieras... ¡Qué fortuna!

La frente de O'Neil se nubló súbitamente... Gruesas gotas de sudor corrieron por sus mejillas...

—¡Eso jamás!... exclamó con voz sorda... No quiero ser la causa del desastre final del mundo... Ni el alcohol, ni la morfina, ni el hatachis de los árabes, ni el ajenjo, ni todos los venenos juntos, serían más fuertes a la humanidad que este licor maravilloso... Se perdería la sociedad entera, los hombres dejarían de trabajar y de producir, y los pueblos perecerían de hambre y de miseria, en medio de sueños deliciosos... A nadie perjudican las fantasías de los pobres diablos como nosotros, pero la fantasía colectiva de todos, sería el fin mismo de la raza humana...

Se siguió entre él y yo un instante de silencio solemne...

—¿Has comprendido? me preguntó O'Neil.

—Sí, he comprendido, le contesté.

—Pues bien, me dijo, ahí te dejo dos botellitas de mi elixir. cada una contiene la dosis de una noche... Examina clara tu con-

ciencia y el porvenir... y escoge entre vivir la realidad o el sueño...

Y sin añadir una palabra, después de depositar sobre mi velador, dos minúsculos frascos del prodigioso elixir, salió sin añadir una palabra.

VII

Nunca se libró dentro de mi alma una batalla semejante. Me levanté del lecho y salí a la calle como un ebrio o un loco... Estaba tan triste y pobre como la noche anterior, y sin embargo, había vivido con plena realidad, un año entero, gozando de todos los placeres que puede proporcionar el mundo.

¡Cabía vacilar ante la elección?... Félix decía verdad. No había sobre el haz de la tierra, virtudes ni caracteres para resistir a la magia del prodigioso elixir.

Y cuando llegué al centro, a la bolsa y al club, cuando vi en torno mío, en lugar de lisonjeros parabienes y frases de adulo, miradas compasivas y sonrisas equívocas, cuando comencé a saborear las realidades amargas de mi situación... Ya no vacilé...

—Voy a vivir, me dije, la vida de Félix O'Neil...

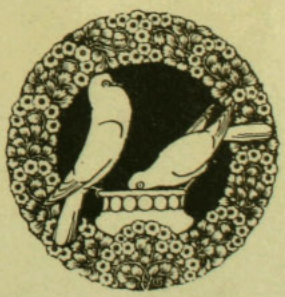
Después de almorzar me dirigí al Tribunal de Cuentas. Pregunté al portero por el hombre de las cuatro naciones.

—¿No sabe la noticia? me contestó aquel... Don Félix acaba de caerse muerto, en la calle.

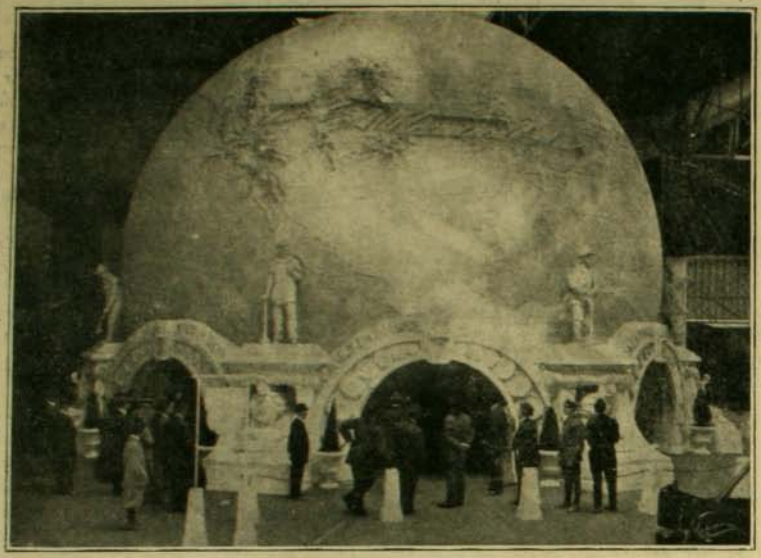
Necesité apoyarme en el quicio de la puerta para mantenerme de pie...

. . . . . .

En un rincón de mi casa, conservo las dos botellitas del Elixir de la Fantasía... Son mi consuelo... Con ellas podré ser feliz por dos noches... quiero decir, por dos años... Las guardo para cuando me sienta muy desgraciado..

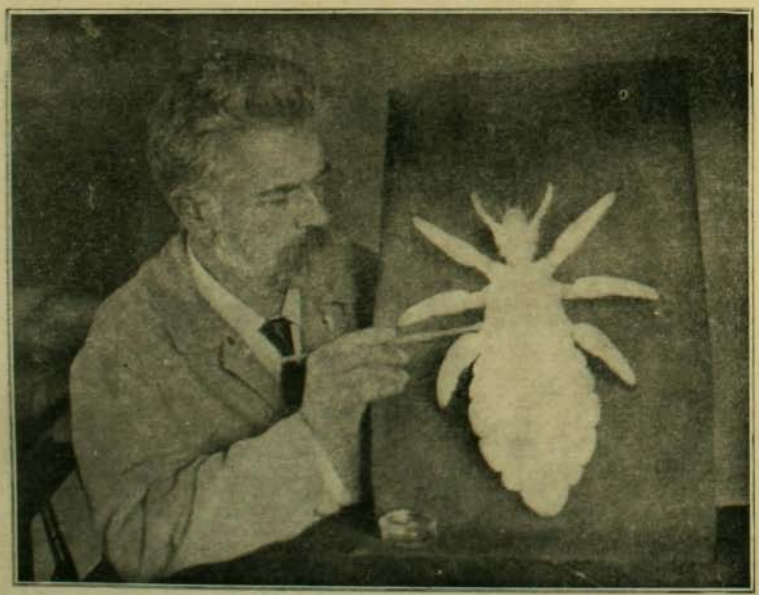


UN ENORME MAPA EN RELIEVE



En el Palacio de Transporte de la Exposición Panamá-Pacífico de San Francisco, puede verse un notable mapa en relieve de los Estados Unidos. Tiene la forma de un enorme globo de 52 pies de diámetro cuya base descansa sobre un pedestal con entradas por donde pueden entrar los visitantes hasta el interior. La parte exterior muestra los rasgos topográficos del país, y por medio de un aparato eléctrico se señalan los trenes que salen de San Francisco por el Este por las respectivas líneas. La cúpula del interior representa el cielo por la noche indicándose las constelaciones por medio de luces eléctricas que parecen estrellas.

TIPO AMPLIFICADO DEL PORTADOR DE LA FIEBRE TIFOIDEA



El azote más terrible de la guerra europea, que hace más víctimas que todas las mortíferas armas modernas, es quizá la fiebre tifoidea. Hace como unos cinco años un bacteriólogo francés, y luego varios investigadores norte-americanos, demostraron que el germen de la enfermedad lo transmite el piojo, y a veces, otros insectos.

LOS EFECTOS DE UN 75, POR JEANNIOT.

VUELO DE UN AEROPLANO ILUMINADO

Este grabado, reproducción de una fotografía sacada con una sola exposición, representa el vuelo de un aeroplano iluminado sobre los terrenos de la Exposición Panamá-Pacífico de San Francisco. Dícese que es la primera vista que se ha sacado de un vuelo nocturno. Las líneas paralelas están quebradas por la intermisión de la luz del aparato cuando el aviador volaba horizontalmente. Antes de llegar a la altura de que descendió el intrépido aviador, dió cuatro vueltas en el aire, en los que describió cuatro círculos completos en dirección vertical hacia la tierra y uno hacia atrás vuelto con la cabeza para abajo.

El Romancero del Guerrillero

Por

Antonio Bórquez Solar

Con ilustraciones

UNA JUGADA

I

Hermanitos, nobles, bravos,
entusiastas, picarescos,
arrebatados, a veces,
ladinos y de buen genio,
socarrones, bonachones,
y siempre caballerescos,
capaz de decir verdades
más que no sea mintiendo;
a las buenas, como mieles,
a las malas, como perros,
astutos y generosos
o porfiados y matreros,
seguidores de mujeres,
de juergas y galanteos,
con vuestro corvo en el cinto
y cicatrices al seno
por defender a la dama
de un gallo de reñidero;
cumplidores de palabra,
briosos, de pelo en pecho,
en valores temerarios
a puño limpio o acero;
y con la baya y el tinto
flores de sentimiento,
para cambiaros a rato
en furibundos guerreros;
así sois todos vosotros,
hermanos míos, chilenos;
más entre tantas virtudes
y otros no pocos defectos,
sobre todo, se levanta
el amor a nuestro suelo
fecundado con la sangre
de padres, hijos y abuelos;
el amor a nuestra patria
que bendijo el Dios Eterno!

★

Sabéis vosotros quién era
Manuel Rodríguez yo creo.
Reblén valiente el muchacho,
abogado y montonero.
Si no es por él de seguro
que no entra la patria a tiempo,
que le jugó más diabluras
que estrellitas tiene el cielo
a todos los realistas
y a Marcó del Pont, el viejo.
Si queréis os cuento algunas;
pero venga el mosto luego
porque si no se le seca
la garganta al romancero.

El caso es que don Mañuco,
así le decía el pueblo,
Vino una vez a Santiago,
como lo hizo más de ciento,
sin importarle un comino
que estuviera puesta a precio
su cabeza tan hermosa
y de abundantes cabellos,
con su mirada tan viva
que clavaba bien adentro
y su expresión bonachona
y maliciosa en el gesto.
Los famosos Talaveras,
unos soldados perversos,
más que soldados, bandidos,
al diablo todos se dieron
al saber que andaba el zorro
paseando en el gallinero.
La cordillera, nevada,
los guardianes, en sus puestos,
¿cómo, pues, había entrado,
lo mismo que un hechicero?
—"Hay que quemar ese pícaro
después de darle tormento,
que nos subleva la tierra
con sus proclamas y pliegos;
porque es el mismo demonio
o tiene pacto secreto."
Así decía San Bruno,
mandando a diestro y siniestro
cien soldados que registren
a Santiago fuera y dentro
hasta dar con el hereje
y arrastrármelo del pelo.
Mientras tanto, de las suyas
iba haciendo el montonero,
alentando a los patriotas
o colectando los pesos
para mandar a Mendoza
y darle a sus compañeros.
Cuando lo supo Rodríguez
que lo buscaban, soberbio,
exclamó con arrogancia:
—"¡No hay quién me toque el
[pellejo!"
Y a que de juego una buena
al mismo San Bruno, apuesto!"

★

Después de andar todo el día
por más de mil vericuetos
entusiasmando a la gente,
cuando estaba atardeciendo
se encaminó hacia la Chimba
Manuel Rodríguez, el bueno.
Salió la luna brillante
como joya de platero:
bien rebonita la noche
para quererse al sereno
y besando a flor de labios
pasar la noche despierto.
Bien haya el hombre tan guapo
que va a meterse derecho
donde el capitán San Bruno
diz que tiene amor secreto.
Pues, ahí va don Mañungo,
hermanitos, ahí mesmo
con la chupalla y su poncho
y corvo en vaina de cuero.
El capitán de los diablos
siempre va con dos sargentos
Si conocen a Rodríguez
me le tuercen el guarguero.
Vamos a ver con qué trazas
va a salir en este encuentro.
Al llegar pone el oído
a la puerta, bien atento,
y le parece que escucha
en la guitarra rasgueos.
No duda que como siempre
los sicarios están dentro.
No importa. ¡A Roma por todo!
Y, vamos, quién dijo miedo!
Toca la puerta de golpe.
—¿Quién es?—dice un agrio
[acento
Y Rodríguez:—"Un viajero
(con una voz afligida)
fatigado y medio muerto."
—"Siga su camino; no se abre!"
—"Por la virgen! Un momento,
que he corrido más de legua
de unos ladrones huyendo."—
Se oyó un arrastrar de sables,
el levantar de un tranquero
y una voz de toro:—"¡Pase!"
Entró Rodríguez fingiendo
una cojera tremenda
y haciendo que iba con miedo
San Bruno, que no era otro
aquel que le había abierto,
amenazante le dijo:
—"¿Qué es lo que quiere el via-
[jero,
y quién es y a dónde viaja?"—
Y haciéndose el zorro rengo
Rodríguez, humildemente
—"Soy mandado de don Pedro
de Roquez y Mendilarso,
español y caballero,
el más noble mayorazgo,
y sólo una carta llevo,
que me robaron las doblas
los demonios del infierno,
me quitaron mi caballo
y a chicote me molieron."—
—"¿Y quiénes eran?"—La Virgen

que lo sepa desde el cielo..
Mas en algo parecían
que eran todos guerrilleros."
—"¿Había entre ellos un mozo
de tu porte, más o menos?
—"De los cinco, uno había..
Pero, por Dios, que me muero
si no me dáis un bocado.
Ni mover la lengua puedo."
—"Pase un rato a la cocina!"
Y gritando en tono fiero:
—"Hazte cargo de ese pillo,
dale un trago, Juan Pinedo,
y después de la cazuela
al cuartel lo llevas preso.
No hay que confiarse de nadie
en estos pícaros tiempos!"—

★

Entróse bufando el bárbaro
muy orondo y satisfecho
a cortejar a Rosita
y a burlarse del abuelo.
Con los tragos que tomaba
sacaba fuerte el resuello
y le mandaba a la niña
que tocase el instrumento.
Y la guitarra y el canto,
y los ojazos de fuego
y la baya picantita
le tenían medio medio.
Pero San Bruno era bruto
que se tomaba hasta un cuero
y apenas si se quedaba
con sólo un ojo durmiendo.
Entretanto en la cocina
también había lo bueno:
la cocinera, una moza
como la calor de enero,
espumaba la cazuela
y embromaba a los sargentos,
los que tardos, lentamente,
a la jarra daban tientos.
Al entrar Manuel Rodríguez
entró cojeando y diciendo:
—"¡Ave María Purísima,
ésta es la gloria del cielo!—
Los militares un trago
muy seriotes le sirvieron
y agradecido el patriota
le dió larga a la sin hueso.
Les contó diez mil mentiras
de brujos y de hechiceros,
de apariciones del diablo,
de fantasmas y esqueletos.
Los Talaveras oían
asustados, boquiabiertos,
y con más frecuencia daban
a la jarra largos tientos.
Precisamente era martes,
día que salen los muertos.
De pronto Rodríguez cambia
el asunto de sus cuentos
y comienza a hablar horrores
de patriotas montoneros,
y él mismo sólo se pinta
con los toques más siniestros
y brinda con los soldados
casi momento a momento.
Cuando llevó la cazuela
la muchacha para adentro
los dos bravos militares
ya se caían de sueño
y don Manuel les decía:
—"¡Aprendan de mí lo fresco!"
Un rato después estaban
estirados y durmiendo.
De pronto llegó San Bruno
así un poco medio medio
y al ver a los dos dormidos
echa sapos y echa truenos.
Y el patriota cabeceando
que se caía en el fuego
—"Mira, pillastre—le dice—
tú te haces que estás durmiendo!"
y el patriota cabeceando
que se caía en el fuego.
Y dándole una patada
que lo hace saltar un metro:
—"¡Por Santa Tecla, parece
que has bebido como un cerdo.
Ven conmigo, por sí acaso,
ya que duermen mis sargentos.
Y el otro pára su capa
se dijo:—"¡veremos luego!"—

★

Entró San Bruno delante.
A la mesa tomó asiento.
Mandó a Rodríguez que hicies
al lado de él de copero.
El otro que más se quiso.
Al son de los pespunteos
de la niña en la guitarra,
échale trago ligero.
Cuando vió que ya la baya
le estaba turbando el seso,
le dijo bien al oído:
—"¡Borracho estás, Talavera!"
De un salto se alzó San Bruno
para sentarse de nuevo:
no podía mantenerse
de pie sin venir al suelo.
—"Borracho—dijo Rodríguez—
y verdugo, bandolero!"—
Y arrebatándole el sable
a la niña volvió luego
que estaba como una muerta
y tiritando de miedo;
estas palabras les dijo
a la niña y al abuelo,
mientras estaba el Talavera
sin poder moverse, yerto:
—"¡Mirad a Manuel Rodríguez,
como vosotros, chileno,
que por amor a su patria
hace tiempo es montonero.
Ud. niña, no debiera
recibir aquí ese perro,
asesino, desalmado
y verdugo de los nuestros,
que aquí mismo no le mato
porque mancharme no quiero!"—

Y a San Bruno que no hablaba
más recurado que un cuero,
de un empeñón lo echó a tierra,
y cuando estuvo en el suelo
sacó su corvo afilado
en molejón de barbero,
—"Y no te muevas—le dijo,
entre enojado y risueño—
voy a afeitarte las cejas,
o si no te corto el cuello".—
Y lo afeitó muy pausado.

A San Bruno el bandolero,
castiga así el guerrillero.

Y terciando al hombro el poncho
salió a la calle derecho,
diciéndoles:—"¡Buenas noches!"
a la niña y al abuelo...
Y la luna se reía
prendida al azul del cielo.

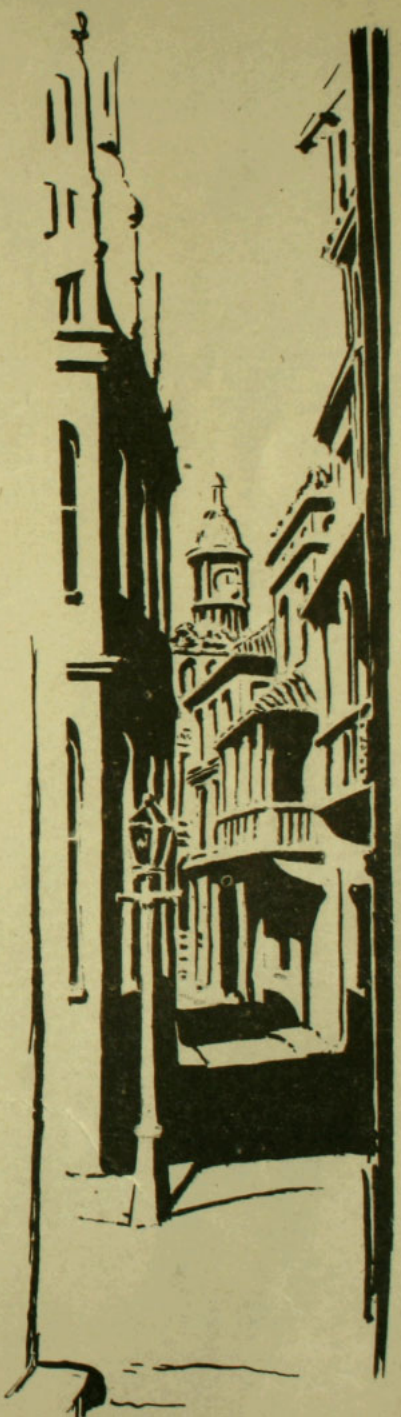
EL JUSTICIERO

II

A la sombra de unos árboles
gruesos, altos y sombríos,
Manuel Rodríguez descansa
con su partida de amigos.
Ha campeado como un héroe
de Santiago al Mataquito,
levantando gente en armas
con su palabra y sus bríos.
Marcó del Pont está loco,
sus soldados sin sentido,
y persiguiendo guerrillas
andan todos divididos.
Los patriotas multiplícanse
acosando al enemigo
que no puede darles caza
ni hacer un sólo cautivo.
Los que defienden la patria
son valientes, son altivos;
los realistas rabiosos
los motejan de bandidos.
Manuel Rodríguez se ríe
y los pasma con prodigios:
de entre sus manos se escapa
como un fantasma, lo mismo.
Hoy aquí y allí mañana,
y al propio tiempo lo han visto
en diez partes batallando
con su sable y su cuchillo:
los Talaveras afirman
que tiene el diablo metido.

★

Es hermoso mes de octubre,
templado, alegre y florido:
en todas partes sonríe
el horizonte tranquilo
y hay un anhelo de vida
en perpetuo regocijo.
A la sombra de los árboles
gruesos, altos y sombríos,
Manuel Rodríguez descansa
con su partida de amigos
Ha hecho mil correrías,
ha libertado cautivos,
ha castigado sayones,
a los pobres socorrido,
alentado a las mujeres,
acariciado a los niños,
repartiendo en todas partes
dones, consuelos y mimos.
Apenas hace un momento
que su pie dejó el estribo.
Lleva chambergo de paño
a medio lado caído,
un buen poncho de vicuña
café claro y crespos hilos,
un puñal y una pistola,
botas que mucho han servido
y las plateadas espuelas
con los pihuelos sin brillo.



Miguel Neira está a su lado,
otro valiente caudillo,
del Cachapoal hasta el Maule
ha campeado y recorrido,
siendo el temor de españoles
por sus ímpetus bravíos.
A don Manuel le refiere
respetuoso y sumiso
sus correrías y hazañas.
De lo último que ha dicho
el relato es de este modo:
—"Los realistas, vencidos
por sorpresa en cuatro encuen-
[tros;

prisioneros traigo cinco,
uno de ellos es chileno
y por desgracia un bandido:
ya tres veces lo he tomado
y ha muerto a dos de los míos;
lo he perdonado tres veces
porque enmienda ha prometido
y fingiéndose patriota
es sarraceno y es pillo,
es renegado y espía:
ha denunciado el asilo
de mis bravos montoneros
y ayer por él estuvimos
en un triz que nos mataran
como corderos dormidos.

Es ladrón de añadidura
y por robar asesino.
Es un hombre que es afrenta
de la patria y del partido.
Y Rodríguez le responde:
—"Sea ejemplar el castigo."—

★

Y manda que a su presencia
le traigan a los vencidos.
Ordena que formen filas
marcialmente sus amigos.
Se acercan los prisioneros:
el último es el bandido.
A éste dice bondadoso:
—"De la patria eres mal hijo;
eres traidor, renegado
¿y no estás arrepentido?"—
El prisionero hace un gesto
de hondo rencor y fastidio.
Más Miguel Neira iracundo
repite que es un bandido
y que ya no tiene enmienda
si no le dan cuatro tiros.
Manuel Rodríguez responde:
—"La sentencia tú la has dicho;
pero antes, que se confiese
con nuestro padre Benicio,
y sea allá por el monte

porque ese hombre está maldito."
A los cuatro de adelante,
así les dice benigno:
—"¿Vosotros sois españoles?"—
Y el más valiente:—"Y cautivos."
—"¿Tal vez vuestro jefe es Sán-
[chez?"—
—"Mi coronel ¡Don Francisco!"
—"Os encuentro, sarraceno,
en la intención atrevido."—
—También lo fuí en la batalla
y aquí estoy entre enemigos."
—"Así lo queréis vosotros
que nos habéis oprimido,
que nos tenéis con el yugo
como bueyes, ya tres siglos.
Cansado de tantos males
y de tan cruel servilismo
libre la patria queremos,
la tierra en que hemos nacido.
Y si vosotros quisiérais
seríais nuestros amigos
y nosotros como hermanos
y acaso más los querríamos...
Y ahora oid la sentencia
que os va a dar vuestro enemigo:
por habernos atacado,
como fieras perseguido
sin descanso en la campaña,
bien merecéis cuatro tiros..."
—"Señor, tenemos esposas."
—"Y también tenemos hijos."
—"¿Son pequeños? ¿Son chile-
[nos?"
—"De Rancagua son nacidos."—
—"Pero... Pues bien, ¡Por la pa-
[tria!

Por esta vez os váis vivos.
Por los Manes de Rancagua
os doy la libertad, ¡idos!
Y vosotros a caballo
a pelear de nuevo, amigos!

¡Viva la patria! exclamaron,
los patriotas en un grito.
Saltaron como relámpagos
sin poner el pie al estribo.
¡Viva la patria! gritaron
con un noble regocijo.
¡Viva la patria! escucharon
los godos enternecidos:
no esperaban tal justicia
de su más grande enemigo.

EN LA CORDILLERA

III

Llegan noticias a Chile
de San Martín, de Mendoza,
que está listo y se apresura
a la invasión con sus tropas.
Los bizarros regimientos
los bravos chilenos forman,
más un millar de argentinos
que están sedientos de glorias.
Marcó del Pont, desvariando,
ya no duerme ni reposa,
porque el día y el boquete
que han de elegir -él ignora.
Así por esto resuelve
con las dudas que le ahogan
poner en todos los pasos
centinelas y custodias
que vigilen noche y día,
sin descuidar una hora;
que destruyan los caminos,
que los obstruyan con rocas.
Sus soldados disemina
en la cordillera toda:
unos dan a la barreta,
otros llevan tercerola
y tienen orden estricta
de no permitir persona
pasar de uno u otro lado,
y fusilar sin demora
al que sorprendan en viaje,
así sea fraile o monja.

★

Una tarde de noviembre,
en un cielo color rosa,
cuando un solo barretero
el boquete ya abandona,
vió asomar allá a lo lejos
no sabe si bulto o sombra.
Esperó que se acercara
y más creció su zozobra
cuando miró claramente
que avanzaba una persona.
Quizo dar la voz de alarma;
pero antes al hombre toma
del extremo de la manta
que era vieja, sucia y rota.
—"¿Cómo se atreve, viajero?"—
le dice con cierta sorna.
—"Parece ¡ché! que no estima
su pellejo ni una nota."
—"Paisanito, por su vida,
por su taita o por su esposa!...
Porque veo que es chileno:
su misma voz lo denota...
No me denuncie y el cielo
le pagará esta buena obra."
—"Es que la vida va en ello."
—"Nadie me ha visto hasta aho-
ra."
—"¿Y qué viene a hacer a Chile?"
—"Mi taitita que se muere,
así me escribe mi novia."
—"Si trae pliegos o cartas..."
—"Si no traigo ni una nota!"
—"Pero es bueno que lo sepa
mi teniente Juan de Arjona."
—"¡Por la Virgen! yo le ruego
que me lleve adonde aloja
y ya mañana si quiere...
No traigo ni un arma sola."

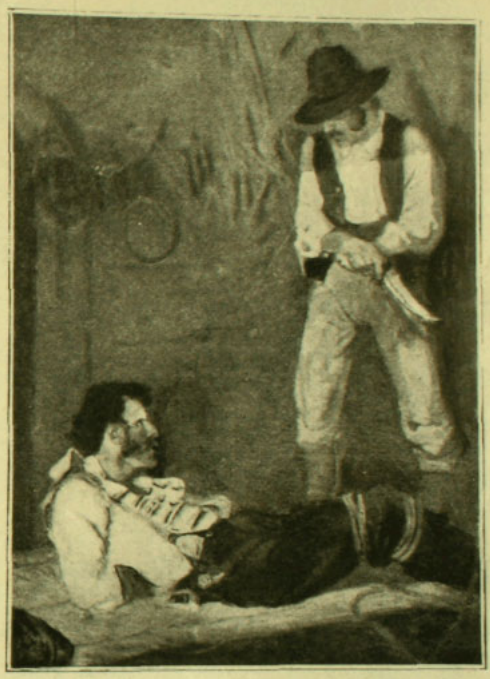
★

La noche se había entrado.
Una luna ¡cuán hermosa!
su suave fulgor vertía
con su carita redonda.
Manaba paz y dulzura
y ponía en cada cosa,
en nieves, almas y nubes,
su caricia encantadora.
Era una luna de aquellas
que dicen cosas muy hondas
y que, en el alma despiertan
otra alma más bondadosa.
Y el viajero ante la muerte
muy sereno ya no implora;
pero le habla al barretero
de la vida y de la honra,
de la patria encadenada
que tiranos crueles violan;
de los huérfanos y viudas
que mendigan, que sollozan,
de los hermanos que yacen
apilados en las fosas;

El barretero suspira
y hasta parece que llora.
la mano del hombre estrecha
y lo conduce a su choza.
El pan de la pobre cena
ensimismados devoran
y al cabo ya de un momento
uno piensa y otro ronca.

★

A la mañana siguiente
tempranito y a la aurora
en la cuadrilla uno nuevo
trabajando se sofoca.
Su barreta no descansa
con su fuerza prodigiosa.
Por sus mejillas tiznadas
corre el sudor gota a gota.



de las cárceles repletas
con las víctimas que lloran,
de los hombres que en trabajos
matadores los explotan;
de la injuria de los látigos,
de la furia de las hordas,
de los padres que ya ancianos
bajo yugos acogotan;
de delaciones infames,
de la hoguera y de la horca,
de los martirios sangrientos
de millares de patriotas;
y al final ante sus ojos
una patria nueva evoca,
independiente, sin amos,
con las armas victoriosa.
Y tal encanto el viajero
pone en sus palabras todas,
que una música sagrada
parece en fiesta de bodas:
unas dulzuras de mieles
en un raudal de su boca.

Y qué peón más alegre
con sus risas y sus bromas:
por cada golpe en la piedra
dice unas diez chirigotas.
Sus compañeros se ríen
con carcajadas sonoras.
Después vienen los soldados
y el teniente Juan de Arjona,
muy tiesos y cejijuntos
con sus sables y pistolas.
El nuevo sigue el trabajo
y sus esfuerzos redobla.
Lo mira el teniente un rato
y acercándose lo toca:
—"¿Está aquí desde cuándo?"—
le dice con cara fosca.
—"Desde ayer, mi **comandante**,
desde ayer que no doy soga."
Al oír el **comandante**,
disimula lo que goza
y con voz más moderada
así otra vez le interroga:

—"¿Y con quién te has arreglado?"
—"Ese, mi hermano, me abona."
—"Mi teniente—dice el otro—
si usted a mal no lo toma;
deje que aquí me acompañe;
es mi hermano y tiene fuerzas
para alzar solo diez rocas."
Lo miró otra vez el nuevo,
y vió su cara simplísima
con su risa bonachona;
Dió media vuelta; marchóse
y bien se tragó la bola.

★

Han pasado cuatro días.
Es la siesta, y a la sombra
de unos álamos, dos hombres
están conversando a solas.
—"¡De buenas hemos librado!"
-"Jamás, patrón, me vi en otra!"
Cuando le hablaba el teniente
creí que era mi última hora."
—"Noble fué tu acción. La patria
tiene muy buena memoria.
Hoy, así Manuel Rodríguez
con abrazarte se honra.
Y en San Fernando te espero
como alférez de mi tropa...

Y el guerrillero se pierde
a la vuelta de una loma.

MELIPILLA

IV

Ya están contados los tiempos,
la Edad Nueva se aproxima;
Rodríguez, valiente heraldo,
la anuncia: nuevo Bautista
precursor de la Era Magna,
diz que faltan sólo días
y antes de Pascua de Negros
quiere estar en Melipilla.
Piensa hacer una muy grande
que colme toda medida,
que a Marcó más lo confunda
y espante a los realistas,
una de marca mayor
de audacia y de valentía.
A cuatro bravos patriotas
su proyecto comunica
y por la hacienda del Paico
de mañana se encaminan.
Mañana de sol dorada,
hay en ti tanta alegría,
en el cielo y en la tierra,
que bien se ve que adivinas
que va a ser esta aventura
de antigua caballería.

★

El guerrillero se aposta
camino de Melipilla
y detiene a los que marchan
a pasar alegre el día
de la Pascua de los Negros
que corriendo se avecina.
Les habla y los entusiasma
para tomarse la villa
en el nombre de la patria
y sin peligro de vidas.
—"No haremos mal a ninguno—
les dice—en esta partida;
libertaremos los presos
que por la patria querida
hicieron los sarracenos,
y de la tesorería
repartiremos la plata
entre jolgorios y vivas."—
Cuando ya fueron ochenta,
sin más armas que cuchillas,
chicoteras o garrotes,
hicieron la acometida
y por las calles entraron
con tremenda gritería.
Y en menos que canta un gallo
tomáronse a Melipilla,
apresaron a los godos
de mayor categoría,
libertaron a los presos,
y sin hacer una herida.
La población entusiasta
tomó parte en la alegría:
dispararon mil cohetes

ancianos, mozos y niñas.
Rodríguez, el Guerrillero,
tomó la tesorería,
le dió a su gente el dinero,
pero en iguales partidas,
después de bailes y fiestas
se pasaron todo el día
más contentos que unas Pascuas
entre disparos y vivas.
Celebraron de anticipo
de la patria la venida,
y porque llegara pronto,
como Rodríguez decía,
hacían fervientes votos
y mandas a Dios hacían.
Al declinar de la tarde
dejaron a Melipilla
Rodríguez y compañeros
por las haciendas vecinas.
Cada uno siguió su ruta
tras alegre despedida,
antes que llegue a Santiago
tan estupenda noticia
y salgan a darles caza
rabiosos los realistas.

★

Rodríguez marcha contento
a otras nuevas correrías,
va sólo con su asistente
en esta tarde tranquila.
Va por los campos desiertos,
por alamedas umbrías.
Pasa llanos y potreros,
pasa alcores y colinas.
Los zorzales en las ramas
le cantan su despedida
y lo envuelven en su aroma
poleos y margaritas.
Y cuando la luna sale
y desde el Andes le mira,
oye al aura que le dice:
—¡Qué Dios te guarde la vida!

LA MUERTE DEL GUERRILLERO

V

Al fin, Chile se hizo libre
tras de sangrientas batallas,
asombros de las edades
de bizarrías y audacias.
La nueva patria ha nacido
de laureles coronada
entre torrentes de sangre
y resplandores de espadas.
O'Higgins, Jefe Supremo,
en la República manda,
organiza, forma, crea,
y vela como atalaya.
Rodríguez, el Guerrillero
de corazón entusiasta
a quien debe tanta gloria
y sacrificios la patria,
porque es vehemente y altivo,
de nobles ímpetus su alma,
porque nada oculta y todo
lo que piensa lo proclama,
a sus muchos enemigos
por su mal los desagrada;
y éstos murmuran y dicen
que es Rodríguez amenaza
para la unión y concordia,
para el orden y la calma.
Y lo acusan de faccioso,
que una guerra civil trama,
y lo meten a la cárcel
para seguirle una causa.
El pueblo cuando lo supo
se compadece en el alma
y que es injusticia dice,
y muchas más cosas habla.
Por temor que se levante
el pueblo que tanto lo ama,
al Guerrillero, a Quillota,
con un batallón lo mandan.

El Batallón Cazadores
a Quillota se traslada,
Rodríguez entre soldados
a la delantera marcha.
Es una noche de mayo
tan obscura y tan pesada,
triste como una mortaja.
Ni un rayo de luz de estrellas
esta lobreguez traspasa
y el batallón silencioso
como una culebra avanza
lentamente, lentamente
se desenrosca o se para.
Los arbustos del camino
parece que se agazapan;
tienen formas y apariencias
de monjes o de fantasmas;
se diría que murmuran
las diabólicas palabras.

dialogando con su alma
y en su diálogo inaudito
destila la hiel amarga.
Más ahonda en su tristeza,
Rodríguez va taciturno
oye voces que le llaman,
adivinar le parece
unas cosas muy extrañas;
mira sombras muy espesas,
siente pasos de emboscadas,
recuerda glorias antiguas,
piensa en todas sus hazañas
y se le hinchan los ojos
como si fuese con lágrimas;
mira manchada de sangre
su reluciente casaca
y no tiene ni una gota:
sus turbios ojos le engañan.
Y algo le aprieta en el pecho
y también en la garganta,
angustias, miedos y dudas,
sublevaciones y ansias.

★

A Tiltil llega la tropa
y aquí que descansen mandan.
La noche está más obscura,
el viento gimiendo pasa.
Un sargento y un soldado
cuando la tropa descansa
invitan al Guerrillero
a aprovechar la parada
y a salir al campo un rato.
Con ellos Rodríguez marcha.
A poco andar en la sombra
un tiro le descerrajan
a traición, y cae a tierra
de muerte herido en la espalda.
Y después a bayoneta
los dos bandidos lo acaban.
Sin exhalar un suspiro
el Guerrillero da su alma
que fué volando a la gloria
a coronarse de palmas.

★

Así muere este chileno,
de valientes flor y nata,
cuya vida toda entera
a la patria la consagra.
Su corazón generoso
ardió siempre en vivas llamas
por las más nobles virtudes,
patrimonio de la raza.
Ánimo caballeresco,
gentileza y arrogancia,
en el valor temerario,
aventurero de audacias,
jovial y dicharachero
malicioso y de alma sana,
y socarrón a las veces,
era la flor de la raza.
Orgulloso y mano abierta,
su corazón palpitaba
al unísono del pueblo
con sus dichas y desgracias.
Vistió poncho y usó ojotas,
y usó corvo punta arqueada,
y con estas prendas hizo
sus campañas más sonadas,
y andaba más orgulloso
que con galones y espada.

★

De siglo en siglo en aumento
irán su nombre y su fama,
será ídolo del pueblo
su figura legendaria.

La Industria del Papel

Por

LUIS POPELAIRE

Ilustraciones fotográficas.

Una de las industrias que se ha visto seriamente afectada por la conflagración europea es sin duda la de la fabricación del papel. Recién estalló la guerra fué verdadero pánico el que se apoderó de las publicaciones diarias y periódicas del mundo entero. Se restringió apresuradamente el formato y el tamaño de los diarios y revistas y se tomaron todas las medidas conducentes a economizar la valiosa mercadería. En gran parte el temor de carencia de papel ha disminuído; pero no en Francia ni en Alemania cuyas publicaciones aún son menos de la mitad de lo que eran antes de la guerra. Así la "Lecture por tous", por ejemplo, ha suprimido casi la mitad de sus páginas y hay diarios en Berlín que sólo constan de una hoja.

Acarreo de maderos por flotación

Para América la solución del problema ha consistido en la provisión de papel, hecho por Estados Unidos y Noruega. Pero esta es una excepción y lo cierto y lo lógico es que actualmente el papel que se produce en el mundo es escaso, como lo prueba el alto precio que ha alcanzado. Queremos, pues, en este artículo, ya que la cosa es de actualidad, hablar de la fabricación del papel y de la posibilidad de producirlo en Chile.

Composición del papel

Si examinamos al microscopio una hoja de papel cualquiera, vemos que ella se halla formada por pequeñas fibras entrelazadas de cierta trasparencia. Estas fibrillas se componen exclusivamente de celulosa, elemento vegetal que entra en la organización de todas las plantas. El papel y el algodón son celulosa casi pura y de ahí el origen de la industria y la razón por qué se hiciera uso en los primeros tiempos de los deshechos de este último para fabricarlo.

Antes del empleo de los trapos de algodón, cáñamo, etc., los egipcios fabricaron una especie de papel con el papyrus, planta que crece naturalmente en los bordes del Nilo. Este producto fué de uso universal en Europa durante la edad media, subsistiendo su empleo hasta el siglo octavo de nuestra era en que se propagó por los árabes el papel de algodón conocido ya desde tiempo inmemorial por los chinos, japoneses y otros pueblos del Oriente.

Aparatos donde se muelen los trozos de madera hasta quedar reducidos a pulpa.

El extraordinario desarrollo alcanzado en la última mitad del siglo pasado por la prensa periódica y el libro, hizo escasear enormemente la materia prima del papel. Los trapos subieron por las nubes, siendo apenas suficientes para fabricar ciertas clases determinadas. Como dice con mucha oportunidad Lassar-Cohn, ni con el desgaste de su ropa en un año podría hoy suministrar una persona el material necesario para reemplazar lo que consume en papel de escribir y en periódicos en sólo treinta días.

La necesidad es madre de la industria y habiendo llegado a ser el trapo viejo artículo de lujo, se pensó naturalmente en reemplazarlo por otro producto más barato y del cual pudiera extraerse también la celulosa. Todas las plantas, como hemos dicho, la contienen, por cuyo motivo la idea de utilizar aquellas más apropiadas en lugar del trapo es muy antigua. En 1772 un sabio alemán, Schaeffer, hizo imprimir en Ratisbona un volumen conteniendo ochenta y una muestras de papel, obtenidas cada una de un vegetal diferente y un librero de París publicó poco después las obras del marqués de Villette sobre papel hecho de malvavisco, agregándose al fin del libro veinte hojas que procedían de otras plantas más o menos semejantes.

Pero estos trabajos no pasaron de simples ensayos sin aplicación industrial, con excepción de la paja de los cereales, del alfa y del esparto que no alcanzaron, sin embargo, a suplir las crecientes necesidades del consumo. La madera vino al fin a resolver el problema. Su empleo, aunque sospechado por el célebre físico Reamur, observando a las avispas construir sus nidos, sólo llegó a hacerse práctico por la máquina de Keller, perfeccionada en 1860 por Voelter, fabricante de papel en Heidenheim.

En la Exposición de París de 1867 figuró la primera máquina de esta especie, cuyo funcionamiento práctico y económico colocó a la pasta de madera producida con ella en primer lugar, como materia prima para fabricar papel. Los aparatos empleados en esta nueva rama de la industria papelera se encuentran ahora muy perfeccionados y la celulosa obtenida de la madera proporciona el 80 por ciento de la materia prima consumida anualmente en las diferentes clases de papel.

Consumo mundial

El enorme vuelo de la imprenta en los últimos años, ha venido a colocar la fabricación del papel entre las industrias más intensivas del orbe. Una revista norte-americana dice que este artículo ocupa el tercer lugar entre los productos más necesarios a los habitantes de aquel país, siguiendo inmediatamente a los de la agricultura y al hierro y acero. Son verdaderamente colosales las cantidades de papel consumidas en la actualidad por los diarios, revistas y toda suerte de publicaciones.

Hace poco tiempo, M. Maire hizo en la "Revue Scientifique" la siguiente estadística de este consumo distribuído en sólo seis países:.

Estados Unidos.	2.661,000	toneladas
Alemania.	850,000	"
Inglaterra.	520,000	"
Francia.	380,000	"
Austria.	314,000	"
Italia.	240,000	"

A los 4.975,000 toneladas que suman en conjunto esos países, deberá agregarse el

papel consumido en el resto de la Europa, Canadá, Australia y repúblicas hispano-americanas, donde el arte de imprenta ha hecho también grandes progresos. No parece exagerado calcular, por lo tanto, el consumo universal de papel en unos 8 millones de toneladas por año.

Vemos que los Estados Unidos marchan a la cabeza de esta enorme inversión de papel. Según Mr. Arren, el número total de ejemplares de diarios, revistas y periódicos que en 1880 eran de dos mil millones al año, ha subido en la actualidad a más de once mil millones. Los diarios y revistas publicados en aquel país llegan a 21,950 sobre un total de 70,000 que se editan en el mundo entero. En las estadísticas no se incluyen los libros que suman varios millones de volúmenes anuales.

Alemania es también otro gran centro productor de papel impreso. Los periódicos y revistas remitidos por correo llegan a dos mil millones de números por año. La cantidad de papel fabricado hasta hace poco antes de la guerra era de un millón seiscientas mil toneladas por año, de las cuales un millón doscientas mil toneladas aproximadamente se consumían en el propio país. Comparando estas cifras con los datos proporcionados por M. Maire se puede ver el gran desarrollo alcanzado por la industria del papel impreso en los últimos años.

El consumo de Inglaterra, Francia y demás naciones civilizadas del antiguo y nuevo mundo, ha seguido un desarrollo más o menos paralelo al de los dos países señalados.

Producción de materia prima

Habiendo tomado la pulpa derivada de la madera el primer lugar como materia prima en la fabricación del papel, nos referiremos exclusivamente a este producto en el presente estudio. La industria hállase localizada, según es natural suponer, en las regiones boscosas del hemisferio norte, siendo Suecia, Noruega y Alemania en Europa y Estados Unidos y Canadá en América los países más productores del artículo.

Como dice con mucha razón Urbain (Les Succedanes du Chiffon) todas las maderas podrían en rigor ser utilizadas en la fabricación de la pasta de papel, pero ciertas condiciones de orden económico han hecho con-

Preparando troncos para las desfibradoras.

siderar en la industria ciertas especies con preferencia a otras. Los árboles de madera blanca a más de contener una proporción mayor de celulosa, son preferibles por su menor precio y por su blandura para la elaboración.

En Alemania y países escandinavos se usan las coníferas, abetos y pinos principalmente. En el centro de Europa, Canadá y Estados Unidos se emplean además de estos árboles, los álamos, sauces, tilos, hayas, etc. He aquí la proporción en celulosa de las principales especies utilizadas en la industria:

Alamo	62.8 %
Abedul	55.5
Sauce	55.1
Pino	53.3
Abeto	53.0

La producción mundial de pulpa de madera era hasta hace poco como sigue:

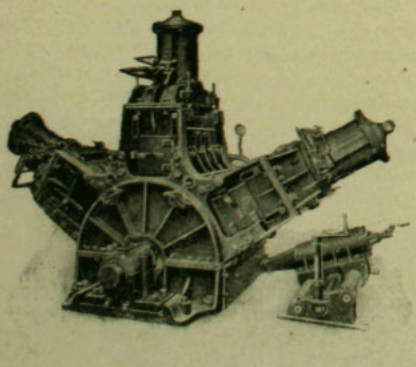
Estados Unidos	1.800,000	toneladas
Canadá	1.100,000	"
Alemania	1.200,000	"
Suecia y Noruega	1.000,000	"
Francia e Inglaterra	800,000	"
Austria y otros países	500,000	"

Como en la fabricación de cada tonelada de pulpa se emplean tres de madera, el gasto de bosques que impone esta industria es enorme, amenazando extinguir en plazo más o menos inmediato las selvas europeas y hasta hacer sentir la escasez en los inmensos recursos forestales del Canadá y Estados Unidos. De este agotamiento proviene el alza cada vez más acentuada de la materia prima y por consiguiente del papel.

Algunos datos estadísticos ayudarán a demostrar gráficamente la extensión de este consumo. Según la compañía proveedora de papel de la publicación "The Boston Globe" este diario necesita actualmente el producto de unos 60,000 árboles, lo que equivale a 1,200 acres de bosques. La edición de Navidad del "Herald" de New York invierte 270 toneladas de papel. Un solo diario de París, el "Petit Parisien" emplea cotidianamente 188 bobinas con una longitud total de 940 kilómetros de papel, o sea más o menos la de nuestro ferrocarril central.

Se calcula que la prensa de los Estados Unidos consume 4 millones de árboles por año. A razón de 50 árboles utilizables por acre resulta que se necesita derribar cada año una extensión de 800,000 acres o sean 1,250 millas cuadradas de bosques. Pero el caso más sugestivo y original de esta industria lo ofrece lord Northcliffe, el célebre empresario de diarios londinenses, cuyos periódicos consumían papel por valor de 25 millones de francos y que se decidió a ser su propio proveedor.

Adquirió con este objeto en el centro de la isla de Terranova cinco mil quinientos kilómetros cuadrados de bosques vírgenes, poblados hasta entonces por lobos, osos y castores. Cuatro años después inaugurábase en esas regiones salvajes una de las mayores fábricas de pasta de papel del mundo entero. Máquinas movidas por veinticinco mil caballos de fuerza motriz, devoran cada día en Grand-Falls 50,000 árboles para devolverlos convertidos en pasta de papel, o sea un consumo anual de 16 millones de troncos que producen 48,000 toneladas de materia prima y 60,000 de papel listo para las rotativas.



Máquina desfibradora.

Fabricación del papel

Conocido el origen y maravilloso desarrollo de una de las invenciones más útiles del ingenio humano, vamos a describir ahora sucintamente las operaciones que son necesarias para llegar a convertir un trozo de madera en la fina y satinada hoja depositaria de nuestro pensamiento. Estamos lejos de los tiempos en que un pesado mortero y algunas batidoras y zarandas eran suficientes para producirla. La mecánica moderna al perfeccionar su fabricación ha creado una serie de aparatos de admirable y curioso funcionamiento.

La rapidez de las operaciones es tal que una fábrica alemana de Eisenthal ha podido llevar a cabo la siguiente experiencia: a las 7 y 35 minutos de la mañana se derribaron tres árboles en un bosque vecino al establecimiento, los cuales fueron entregados inmediatamente a la desfibradora. La pasta de madera se llevó todavía líquida a la máquina, la que a las 9 y 34 entregaba su primera hoja de papel. Esta fué enviada en automóvil a la imprenta de un periódico situado a cuatro kilómetros de distancia. A las 10 la hoja aparecía impresa. Sólo se habían necesitado, como se ve, dos horas y veinticinco minutos para que el público pudiese leer las novedades del día sobre un pedazo de papel que era poco antes un árbol lozano y lleno de vida en medio del bosque.

Las fibras de celulosa que sirven para el papel se hallan acompañadas en la madera de una materia incrustante o principio leñoso al cual Fremy dió el nombre de vasculosa. En la mayor resistencia que presenta la celulosa a los agentes o reactivos químicos se basan los procedimientos de separa-

Pulpa empaquetada.

ción de ambos productos. Dos sistemas diferentes se emplean en la fabricación de la pasta que ha de servir de materia prima para el papel: tratamiento puramente mecánico y procedimiento químico.

El primero sólo proporciona un material de mediana calidad que se emplea en la fabricación de cartones y papelería ordinaria. El papel hecho de pasta mecánica es poco sólido y amarillea pronto a causa del principio leñoso no completamente eliminado, pero es, en cambio, muy barato, constituyendo como dice Billon la providencia de los periódicos de cinco céntimos. La clase común empleada en la prensa diaria contiene entre 75 y 85% de esta pasta.

El procedimiento químico da, por el contrario, un producto excelente que en nada cede a la mejor pulpa de trapos. Los reactivos empleados disuelven las materias extrañas dejando la celulosa casi completamente pura. Es un procedimiento costoso y que sólo puede hacerse en grande escala, por lo cual sólo se emplea cuando se trata de obtener un material para papeles de superior calidad. Las materias empleadas como reactivos son cal, azufre y soda cáustica.

La fabricación del papel puede decirse que empieza desde el bosque donde se cortan mediante sierras especiales los árboles que han de servir para la preparación de la pulpa. Los árboles muy gruesos se desechan a causa del endurecimiento de su madera por la transformación de la celulosa en vasculosa que se opera con los años. Es lo que se llama, comúnmente en Chile "apellinado". Se prefieren los ejemplares de 15 a 25 centímetros de diámetro. Los renovales dan un material de superior calidad.

Condición esencial para un buen funcionamiento es que el bosque se halle inmediato a la fábrica o que se pueda contar por lo menos con ríos que permitan el acarreo de las maderas por flotamiento. Sólo por excepción algunas fábricas de Francia e Inglaterra pueden costear el transporte de su material en otra forma. Los grabados que acompañan este estudio dan una idea de la explotación del bosque y movilización por vía fluvial de las maderas hasta el lugar de su destino.

Para preparar pasta mecánica, la madera cortada en troncos de 50 a 60 centímetros y privada de su corteza y nudos en apara-

tos especiales es sometida a la acción del desfibrador que una especie de gran molejón encerrado en una caja metálica y donde se comprime contra la piedra que efectúa el raspaje por presión hidráulica. Un chorro de agua facilita el arrancamiento de las fibras que salen del aparato en forma de una pulpa más o menos coloreada. Cada aparato tiene tres o cuatro cajas hidráulicas para comprimir la madera.

La pulpa salida del desfibrador pasa a grandes estanques cubiertos de cribas que separan las pequeñas astillas escapadas en el trabajo. Por pendiente natural o mediante bombas especiales es llevada en seguida a una serie de tamices donde se refina, pasando por último a los aparatos de blanqueo y depuración final que la dejan con 50% de agua y en punto de ser empleada como materia prima para hacer el papel.

Esta operación se inicia en un estanque de forma elíptica denominada "batidora" mezclándose en él la pulpa mecánica con una cantidad determinada de pasta química según se quiere dar más o menos resistencia al papel. Se agrega también cola, alumbre, caolina y materias colorantes para neutralizar la tendencia de la pasta a volverse amarillenta con el tiempo y para uniformar su composición. La proporción de las materias añadidas depende de la calidad de papel que se quiera obtener.

De la batidora la mezcla pasa a varios estanques donde es removida constantemente por agitadores que mantienen la pasta en suspensión. Por una manguera de funcionamiento automático se escurre en seguida a la máquina en que se fabrica el papel, denominada "fourdrinier" cuya pieza principal la constituye una tela de alambre sin fin de varios metros de largo. Esta tela tiene un movimiento de avance bastante rápido y otro de trepidación lateral que tiene por objeto el escurrimiento del agua, la repartición uniforme de la pasta en la superficie y el entrecruzamiento o fieltraje de las fibras.

A los pocos metros de la entrada de la pasta comienza a formarse sobre la tela metálica una finísima película y cuando llega al primer cilindro aspirador de la humedad, apenas si se puede descubrir en ella el delicado tejido de papel en su fase preliminar, presentándose a la vista como ligera capa de escarcha sobre un estanque. La vaporosa trama de fibras entrelazadas pasa en seguida de la malla movible al primer cilindro secador recubierto de fieltro, por un mecanismo especial de funcionamiento delicadísimo.

El paso de la hoja de papel por los cilindros secadores, de los cuales suelen contarse hasta cuarenta y ocho, hasta que es satinada, enrollada y cortada requiere un cuidado y vigilancia constante de parte de los operarios encargados de las distintas máquinas. Se precisan para esto obreros muy inteligentes y de reconocida competencia, siendo por tal razón los que ganan mejor jornal en la industria papelera.

Para la fabricación de la pasta química de madera existen varios procedimientos, habiéndose usado primeramente la soda cáustica para la disolución y separación del principio leñoso. Hoy se usa de preferencia el llamado al bisulfito inventado por Mitscherlich y que consiste en tratar la madera en autoclaves cerrados y bajo presión por una disolución de bisulfito de cal. Al cabo de ocho a diez horas la separación de la celulosa es completa.

El aparato en que se opera es un cilindro vertical de fierro y revestido interiormente con planchas de plomo y ladrillos refractarios para protegerlos de la solución ácida. La madera cortada en pequeños pedazos se echa por la parte superior y en seguida el bisulfito hasta cubrir dos terceras partes de su altura. Una vez terminada la operación se deja escapar la pulpa por la válvula en que termina su parte inferior.

La pasta al bisulfito es tan valiosa como la mejor pulpa de trapo, cotizándose en el mercado a más del doble del precio de la pasta mecánica. Este género de fabricación tiene, sin embargo, el inconveniente de no poderse efectuar sino con la inversión de grandes capitales.

Los bosques chilenos

A raíz del estallido de la guerra, como ya lo hemos insinuado al principio de este artículo, se vino a evidenciar en Chile lo útil que habría sido poder disponer de papel nacional para el consumo de los diarios y publicaciones chilenas. Y la posibilidad de implantar esta importantísima industria en nuestro país fué y es problema de actualidad y de interés. Veamos pues qué se ha

hecho en el sentido de llegar a fabricar y producir pulpa y su derivado.

La región austral, nos está, desde luego diciendo que tenemos aquí materia prima en abundancia para fabricar papel durante años y siglos.

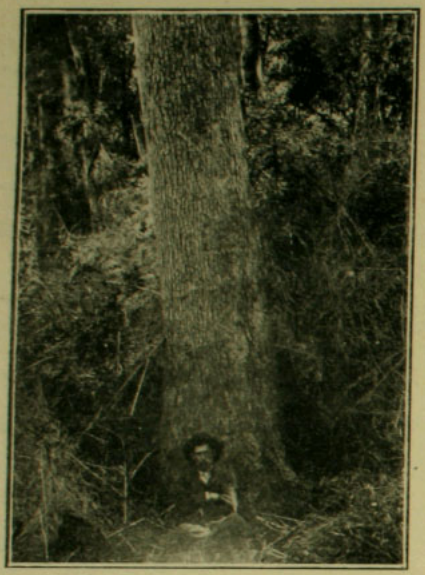
De todos los países situados en el hemisferio sur, Chile es el único favorecido con idóntica riqueza forestal a la que ha servido de base para la industria de la pasta de papel en las regiones boscosas de Europa y América del Norte. Tanto la Argentina como la Colonia del Cabo, Australia y Nueva Zelandia, carecen de árboles aprovechables o por lo menos sus selvas no los tienen en proporción suficiente.

La selva virgen que se extiende casi sin interrupción por toda la región austral del país, comenzando desde la provincia de Valdivia, se halla formada en su extremo norte por diferentes géneros de Fagus con algunas Laurineas y Mirtáceas. Un poco al norte de esta zona se encuentran los bosques de araucaria, la esbelta y gigantesca conífera chilena que desarróllase en agrupaciones aisladas de las demás especies por los faldeos andinos y en la cordillera de la costa.

Desde Llanquihue al sur la vegetación se acentúa alcanzando toda la esplendidez y magnificencia de una floresta de aspecto tropical. Los troncos muy agrupados, crecen rectos, lisos y uniformes y el entrelazado ramaje de la cúspide, siempre verde y lozano, forma una pantalla impenetrable a los rayos del sol. La vegetación herbácea desaparece falta de vida en esas sombrías enramadas y sobre el mullido piso de hojas muertas sólo se ven surgir aquí y allá los vigorosos renuevos que reemplazan los árboles caídos bajo el peso de los años.

Las coníferas continúan siendo el principal ornamento de la selva sucediendo a la araucaria el alerce, uno de los árboles más hermosos de la flora chilena y cuyo tronco suele elevarse en ocasiones a más de 70 metros de altura con 5 a 6 de diámetro. El mañio, de espléndida madera blanca y hermo-

Bosque chileno.



Coihue.

so follaje, el cedro y el ciprés son también árboles del mismo género, pero que no crecen en agrupaciones aisladas como los dos primeros, sino diseminados entre las demás especies.

Pero son la variedad de hayas chilenas, el roble, el coihue, el ñirre y el pumillo, con algunas mirtáceas, el arrayán, la patagua, la luma y el tepu y dos especies aisladas, el laurel y el canelo, los árboles predominantes en nuestros bosques del sur. En la región central de la selva, por la provincia de Chiloé y zona continental del grado 42 para adelante sobresalen también algunas proteáceas, como el ciruelillo, el radal y el avellano, que son notables por la belleza de sus maderas.

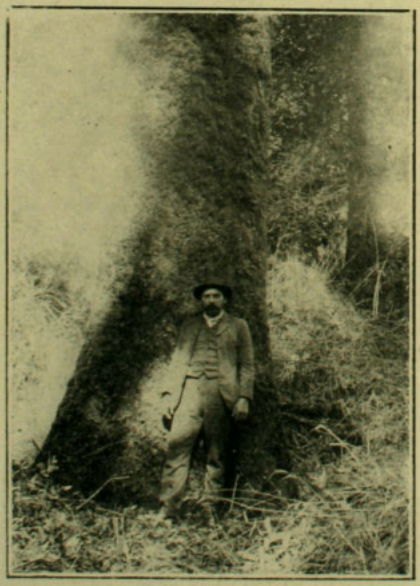
Sin haberlas visitado es imposible darse siquiera mediana idea de lo que son esas selvas. Desde el estuario de Reloncaví hasta la península de Taitao, es decir, en una extensión de más de 500 kilómetros, toda la sección de tierra firme de nuestro territorio hállase cubierta literalmente de bosques que principian desde la misma orilla del mar y que se prolongan hacia el interior sin dejar libre ni un sólo palmo de superficie.

Las ondulaciones de la selva parecen prolongar los oleajes del océano, como dice pintorescamente Bellessort, viajero francés que exploró la región en 1895.

Esa interminable floresta, dotada de magníficos puertos en sus costas y cruzada por caudalosos ríos, constituye un porvenir industrial de imponderable riqueza, sobre todo cuando hayamos podido convertir sus maderas en materia prima para el papel.

Fué esta la reflexión que se hizo un chileno emprendedor al visitar una fábrica de papel en Estados Unidos. Para dar mayor autoridad a nuestro relato dejemos hablar al señor Pedro A. Rezca entusiasta compatriota, que trabaja asiduamente por llegar a tener papel chileno.

"En 1901 me encontraba en Búffalo, dice el señor Rezca, entre el personal de la comisión chilena a esa exposición. Visitando un día las caídas del Niágara en compañía de mi amigo don Francisco del Campo, nos llamó la atención una soberbia construcción de altísimas chimeneas situada en las inmediaciones. Atraídos por su aspecto monumental nos dirigimos hacia ella. Sobre la puerta principal aparecía despertando nuestra curiosidad este simple rótulo "Wood Pulp" (pasta de madera).



Laurel.

Aunque con algunas dificultades conseguimos penetrar a la fábrica, quedando maravillados de lo que veíamos por vez primera en nuestra vida. Troncos de árboles recién cortados y que poco antes alzábanse quizás robustos y lozanos en alguna selva próxima, eran trozados, divididos y reducidos a pulpa en el transcurso de pocas horas, quedando por último convertidos en la fina e interminable hoja de papel que emplean las modernas rotativas.

El señor del Campo cuyas aficiones industriales son conocidas, se entusiasmó al ver aquello.—¡Caramba, qué revelación!—me dijo. Esto también puede hacerse en Chile donde la región sur está toda poblada de bosques. ¡Qué riqueza será para mi país! y al pensar en esto nuestra imaginación transportábase a los frondosos bosques de Chile austral viendo surgir con los ojos del alma las fábricas y la vida industrial, ahuyentando la eterna soledad de esas regiones...

Ya casi había olvidado aquel incidente y me encontraba en París dedicado a mis estudios artísticos, cuando un buen día recibo la grata visita de mi amigo. El señor del Campo llegaba a la gran ciudad trayendo consigo una completa colección de maderas de Chile. Nos pusimos en el acto ha diligenciar su ensaye para ver cuáles servirían en la fabricación del papel.

Alerce.

El estudio se practicó en el instituto técnico de Phomme y Cía., resultando que 4 de esas maderas daban una excelente materia prima para producirlo. Estas maderas eran el canelo, el laurel, el huahuan y la araucaria. La de coihue también resultó buena, pero solamente para utilizarla en la variedad denominada pasta mecánica.

Ustedes calcularán el júbilo que tuvimos al contemplar esta transformación de nuestras propias maderas en la mágica vitela transformadora del pensamiento humano. Donde el poeta y el artista dan forma a sus ensueños y donde hallan perenne asilo las meditaciones y enseñanzas del sabio y del filósofo. ¡Qué emoción la de aquellos instantes!

Se desprende de aquí que hay en abundancia maderas chilenas que pueden dar una excelente pulpa y que ya se ha fabricado un buen papel con pulpa de madera chilena".

Canelo.

El esparto chileno

Hemos dicho al comienzo de estos apuntes que la materia prima de esta industria escaseaba en el mundo y que en otros países estudiaban la posibilidad de producir pulpa con otras materias que la madera. De ahí

Señor don Oscar Bravo.

el cultivo y propagación del esparto en Inglaterra donde los bosques son escasos.

Pues bien: en Chile tenemos la galega; un esparto muy superior al esparto inglés y sobre el cual se hacen actualmente estudios prolijos por parte del distinguido profesional chileno don Oscar Bravo E., agrónomo graduado en la escuela de papelería de la Universidad de Grenoble.

Esta maleza importada a Chile con la esperanza de que sirviese de forraje para los animales, contiene gran cantidad de celulosa y es de un enorme poder vegetativo puesto que admite hasta cuatro cortes al año. Estas cualidades hacen que ella sea una base económica de fabricación de la pulpa o pasta de que tratamos. Tan evidente aparecía esto a los ojos del señor Bravo que venciendo dificultades ensayó la fabricación y ha obtenido ya de la galega una buena pasta para fabricar papel.

De manera que en Chile tenemos maderas y esparto suficientes para abastecer de materia prima no sólo a una sino a varias fábricas de papel.

Ubicación de las fábricas

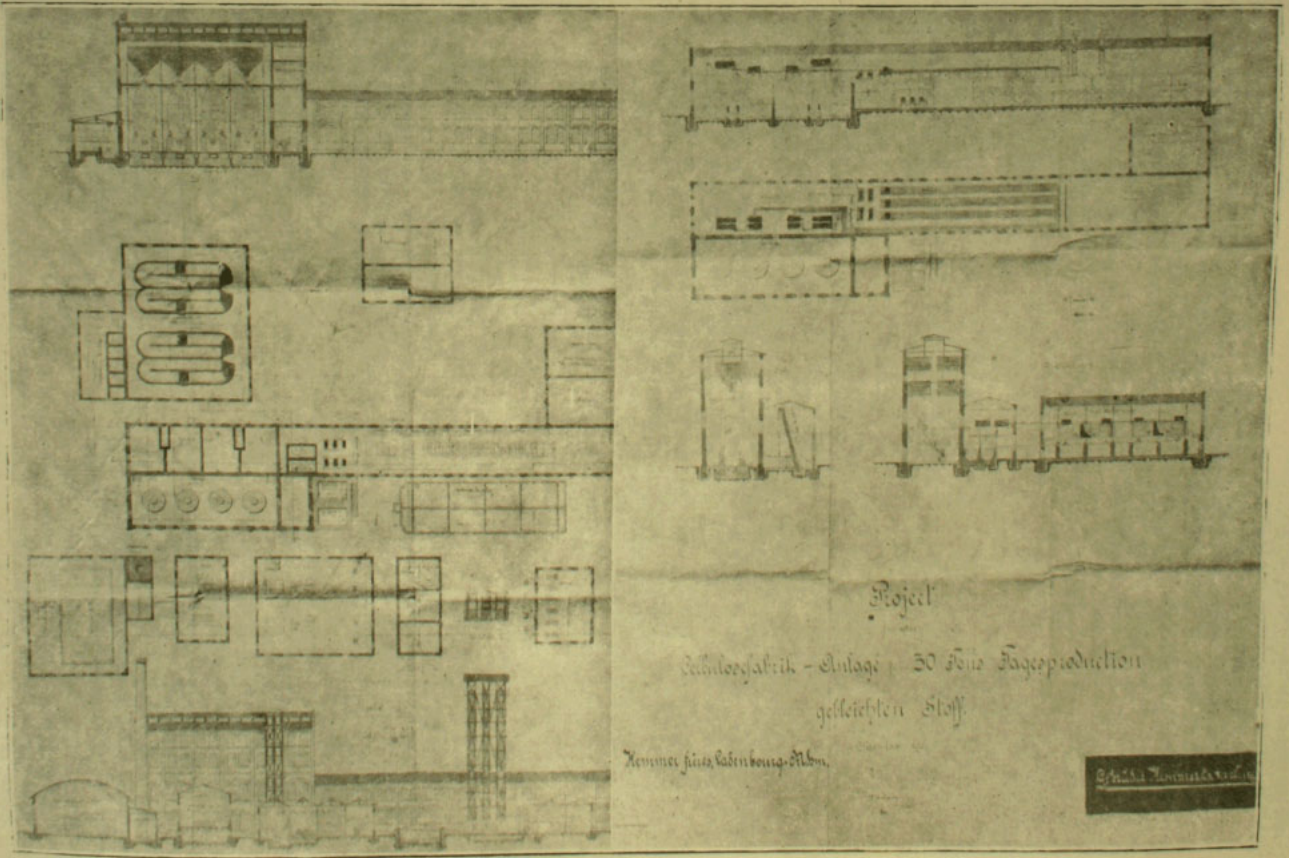
Como hemos dicho la fábrica de papel debe establecerse en puntos especiales donde los elementos de que necesita puedan ser eficazmente utilizables. Tanto para la conducción de las maderas como para las manipulaciones que exige el proceso fabril es menester que estos establecimientos se ubiquen en las orillas de los ríos. También es necesaria a esas manipulaciones el agua del mar que mediante su descomposición por medio de la electricidad deja escapar el oxígeno que sirve para la descoloración de la fibra o blanqueamiento de la pulpa. El agua de los ríos debe ser normal en su composición para que no haga desmerecer la calidad de la pulpa. El exceso de cualquier componente del agua puede ser muy grave inconveniente y causar el fracaso de una empresa.

Tropiezos que ha encontrado en Chile la industria del papel

El local ideal estaba ya encontrado en Chile y a punto de llevarse a cabo la instalación de la fábrica, cuando un inconveniente al parecer nimio tronchó las ilusiones de los esforzados industriales que querían dotar a Chile de un gran adelanto industrial. El mismo señor Rezca nos explica lo que ocurrió. Hablando de las gestiones hechas por don Francisco del Campo para obtener una cesión de bosques para implantar la industria del papel así se explica el caballero aludido:

"Cumplida la primera parte de su misión el señor del Campo regresó a Chile de donde volvió a París a principios de 1910. Traía como base para la futura empresa un lote de bosques situado en las vecindades del río Palena.

Bosques en el interior del Palena.



Proyecto de la fábrica de papel y celulosa para la SocietéFóvibién du Chili en la región del Palena.

Con la activa cooperación del conde Bernard de Saint Seine, industrial muy conocido en este país, pronto quedó organizado un sindicato para su explotación y del cual formaron parte los Bancos de Nancy y Franco Americano de París. Esta agrupación de capitalistas inició sus operaciones enviando a Chile una comisión técnica para estudiar las selvas ofrecidas en negociación y sus condiciones industriales.

El delegado de los Bancos Mr. Petit inspector adjunto de la Oficina de Bosques de Francia, visitó en compañía de los señores Stetler y del Campo la región del Palena en el verano del mismo año, habiendo llevado a cabo esta excursión con un escampavía de la Armada Nacional que fué facilitado por el Gobierno.

Las fotografías tomadas durante el viaje fueron hermosísimas llamando mucho la atención en París donde fueron reproducidas por algunos periódicos. Con el informe favorable se procedió, como he dicho, a la organización de una sociedad anónima para llevar adelante la empresa.

Hasta aquí todo marchaba viento en popa y a no haber mediado la desgraciada circunstancia de estar esos bosques en terrenos fiscales ya tendríamos establecida y floreciente la industria con gran beneficio para el sur de Chile y el país en general.

Como los bosques se hallaban dentro de una concesión otorgada a la Sociedad Yelcho Palena y esta había celebrado un contrato con el señor del Campo cediéndole un lote para establecer la industria, los capitalistas creyeron necesario recabar la aprobación del Gobierno sobre este contrato.

No se creyó que la gestión presentara dificultad, tanto por estar la aludida sociedad en legítima posesión de esos terrenos como por tratarse nada más que de una simple explotación de bosques que no afectaba en manera alguna la propiedad del suelo. Este se iría devolviendo a la misma sociedad, al Fisco o a quien correspondiesen en derecho a medida que avanzara la explotación.

Región del Palena. Entre la bahía de Tic-Tic.

Hay que tener presente que esos bosques se hallan en una región completamente desamparada y desierta, sin ocupantes de ningún género que pudieran ser lesionados en sus derechos. Reina allí la soledad más absoluta y sólo de cuando en cuando suelen ir por sus costas los buscadores de cipreses que incendian grandes extensiones para alcanzarlos. La selva lo cubre todo desde la orilla del mar hasta la cumbre de las montañas.

La solicitud a que me refiero se presentó al Ministerio de Colonización a fines de 1910 y ella no fué despachada ese año, ni en el siguiente ni en el sub-siguiente...

Otras condiciones favorables

En Chile es fácil también obtener la fuerza motriz necesaria para mover las maquinarias que necesita una fábrica de papel ya que las frecuentes cascadas y rápidos existentes en la cordillera dan base para la instalación de turbinas u otros aparatos generadores de movimiento.

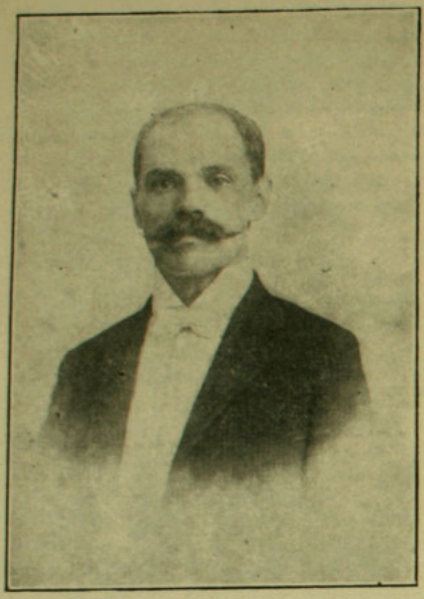
Otros elementos necesarios a esta labor son los ingredientes químicos. De estos el principal, la soda cáustica; se produce ya en Chile en una fábrica ubicada en La Cisterna y por lo que respecta a los ácidos y al hiposulfito su producción es facilísima o se importarían del extranjero con mínimo gasto.

Hay, pues, en Chile materia prima, vías fluviales y accesorios para implantar la industria del papel. Nos queda por estudiar el mercado, factor esencialmente decisivo en un negocio de la cuantía e importancia de una fábrica de papel.

El mercado

El papel que se importa a Chile según datos suministrados por la Oficina de Estadística corresponde al siguiente detalle en que están comprendidos el año 1914 y el primer semestre de 1915:

	Año 1914		Primer semestre 1915	
	Kls.	Oro 18 d.	Kls.	Oro 18 d.
Papel para cazar moscas	13,640	14,822	3,032	3,294
Papel estraza	153,220	30,644	6,245	1,249
Papel ordinario para envolver	249,135	49,827	60,350	12,070
Papel secante	61,475	12,295	22,800	4,560
Papel para volantines	742,090	445,254	145,470	87,282
Papel liso para impr. telegraf.	50,840	15,267	8,170	2,451
Papel con cola para varios usos	99,595	29,787		
Papel para encuadernar	20,910	16,732	6,225	4,980
Papel para floristas	8,038	12,108	3,671	6,779
Papel sin cola para imprimir	7.283,880	2.185,164	4,521,920	1,356,576
Papel a media cola para imprimir	2.433,770	730,131		
Papel rayado o sin rayar para escribir	568,700	454,960	147,470	117,976
Papel para música y para cuentas	170	136	925	740
Papel con monogramas, calados, etc.	15,655	18,786	3,365	4,038
Papel para letrinas	55,720	33,432	19,965	11,979
Papel para dibujo, planos y fotografías	29,850	73,641	8,447	18,338
Papel y cartón aceitado para copiar	1,638	4,121	171	347
Papel para reproducir, calcar, copiar y uglacier	12,319	61,595	1,462	7,310
Papel para copiar en prensa	13,870	20,805	6,406	9,609
Papel picado o en tiras para juegos	23,950	9,580	6,240	2,496
Papel alquitranado para techos	1,820	364		
Papel para cigarrillos	151,710	197,223	91,100	118,430
Papel para tapicería	579,496	377,679	105,273	70,374
Papel para tapicería, dorado o plateado a fuego	2,455	5,430		
Papel de otras clases	141,322	107,984	37,031	2,011
Recortes de papel para sombreros	118			
Sobres	44,370	354		
Tarjetas	25,213	75,429	12,120	20,604
Tarjetas postales para uso comercial	2,555	69,409 5,110	5,536	11,292



Señor don Francisco del Campo.

Como se ve el papel para imprimir solamente que se importa a Chile fluctúa alrededor de 10,000 toneladas anuales lo que no es exagerado si se toma en cuenta que en nuestro país hay 281 publicaciones que usan papel sin cola para imprimir y 123 que usan casi por mitad del papel sin cola o encolado o satinado.

La empresa del "Mercurio" o sean las dos ediciones de "El Mercurio" de Santiago, el de Valparaíso y el de Antofagasta de los señores Edwards Hermanos, consume alrededor de cuatro mil quinientas toneladas anuales de papel y "El Diario Ilustrado" gasta más de 1,900 en su tiraje.

El precio de este papel importado principalmente de Noruega y Estados Unidos ha subido últimamente a causa de la guerra europea llegando a valer 29 chelines los cien kilos del papel noruego y 31 chelines los 100 kilos de papel americano o sea 14 y media libras la tonelada de papel noruego y 15 y media libras la tonelada de papel americano.

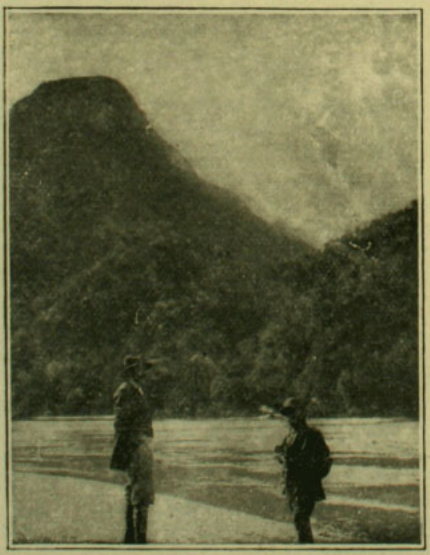
Ahora bien, de los cálculos hechos por los gestores del negocio en que entendían los señores Rezca y del Campo resulta que en el costo de producción de la pulpa un 70 por ciento corresponde a la madera y que en Chile se podría haber producido la tonelada de papel similar al noruego con un gasto de poco más de 4 y media libras la tonelada, lo que significa para los que fabriren este artículo que podrían darlo a un precio sumamente inferior al que cobra el extranjero y todavía ganar si se quiere el 100 por ciento dando el papel a 9 libras esterlinas la tonelada. El negocio es evidente y la seriedad de los datos incontrovertibles.

Las fábricas de papel existentes en Chile

Las fábricas de papel que hay en Chile llevan una vida hasta cierto punto precaria ya que la carestía de la celulosa estranjera no les permite elaborar papel de imprenta. La más importante de estas fábricas, la de los señores Schorn y Concha, de Talca; así nos expone los pormenores de su movimiento comercial.

La materia prima que se usa, en primer lugar es la celulosa y pasta de madera, que se importa en su mayor parte de Alemania. Por el momento a causa de la guerra, se está trayendo de Suecia.

También se usan los recortes de imprenta y papeles viejos limpios, pero éstos sólo para papeles de embalaje.



Señores Petit y del Campo en la región del Palena.

Se fabrican aquí toda clase de papeles, como ser: de embalaje, para envolver, en diversos colores y clases, papel para envoltura de paquetes de tabaco, id de clavos, fideos, velas y muchos otros usos.

Desde hace ya algún tiempo se está proporcionando aquí todo el papel que necesita la Cía. Chilena de Fósforos para la elaboración de sus cajas y paquetes.

Papeles satinados de colores diversos, para obras de imprenta (papel llamado prospecto) que se usa para los programas y carteles de los teatros y biógrafos.

También se está fabricando desde principios de este año todos los papeles que necesita la imprenta de los Ferrocarriles del Estado para sus boletos, sobres y demás. Los boletos de avalúo que hay actualmente en circulación son hechos con papel de nuestra fabricación.

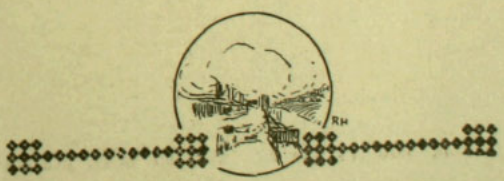
Cartón se fabrica también de todas clases para la elaboración de cajas y otros usos varios.

Respecto al papel de diarios debemos hacer presente que esta fábrica estuvo proporcionando durante algún tiempo todo el que necesitaba uno de los diarios de la localidad y algunos otros de los pueblos vecinos; pero no creemos que por el momento se pueda establecer a firme la producción de este artículo, mientras no se produzca la materia prima (celulosa y pasta de madera) en el país, pues como esta hay que importarla, resulta la elaboración de este papel muy cara, de tal manera que no se puede competir con el similar que viene de fuera.

*

Como se ve, falta y se hace indispensable la fabricación de pasta de papel en Chile, tanto para nuestro consumo como para la exportación y sólo depende del Gobierno el éxito de este negocio. A pesar de las dificultades sinnúmero que ha encontrado en su camino el infatigable industrial a que nos hemos referido, no hay por qué dudar tanto del patriotismo de nuestros hombres dirigentes.

La energía del señor del Campo nos llevará luego a dotar a nuestro país de este elemento de progreso, del papel de imprimir nacional, barato y bueno, que facilite la difusión de las ideas y las opiniones que son bases del adelante democrático necesario a los países libres.



Un Dieciocho en Tokio

Por

Manuel Magallanes Moure

Debemos las siguientes páginas a la galantería de un turista chileno, de cuyo diario de viaje forman parte.

Tokio, 18 de septembre.

¡Quién había de decirme que el día de la patria me encontraría aquí; en la capital de este país exótico, con el cual soñé tantas veces al contemplar de niño las barnizadas latas de las cajas de té o los caprichosos bordados de los chales de seda! ¡Cómo había de imaginar, cuando en mañanas tan claras como ésta, pero menos frías que ésta, despertábame en Santiago el alegre rumoreo de las bandas militares que recorrían la ciudad; quién habría de decirme que alguna vez habría de celebrar tan lejos de Chile el glorioso 18 de septiembre!.

Y, sin embargo, la realidad es ésta. Estoy en el Japón, el país de lo maravilloso, la tierra de lo fantástico, la patria de los budas enigmáticos y de los ciruelos en flor. Y me parece que todo este mundo caprichoso y extravagante que me rodea no fuera sino el producto de un poderoso ensueño, de un ensueño tan vivo, tan patente, que toma todas las apariencias de lo real, pero sin que en el fondo deje de ser un ensueño...

❦ ❦

No es que me haya asaltado de pronto el recuerdo de que allá, en Chile, celebran hoy las fiestas nacionales. Día tras día ha venido mi mente presentándome la visión de la patria lejana. Puedo decir que he visto venir el Dieciocho desde lejos. Y me he aprestado para recibirlo dignamente.

He dicho a mi intérprete que hoy es la fiesta nacional de mi país, y al principio no me ha comprendido claramente. Ha sido menester que le explicara la historia de nuestra independencia y las gloriosas hazañas llevadas a cabo por los patriotas para libertarnos de la esclavitud que nos oprimía. Yoshi me escucha atentamente, arrodillado sobre el "tatami", o estera del piso, en esa actitud peculiar de los japoneses, que tanto los asemeja a nuestros fieles en oración. Sus inteligentes ojillos se iluminan cuando le refiero las proezas de nuestros héroes, que él compara a las realizadas por los bravos "samurajes" nipones.

He necesitado dar a Yoshi, mi intérprete, esta conferencia histórica a fin de que no se sorprenda si mis hábitos de frugalidad experimentan hoy algún trastorno. Es la única persona con quien me liga algún afecto en esta enorme ciudad extraña, y sentiría que, por falta de advertencia de mi parte, este hombre servicial y abnegado pudiera variar el concepto en que hasta ahora me ha tenido.

Es necesario prepararlo para la sorpresa de un almuerzo extraordinario, como el que he pedido al hotel más cercano. Salmón salado, aves en salsa, pescado, legumbres, naranjas y huevos. Quédase el arroz para los días vulgares. Todo esto remojado con "saké"—licor de arroz—de la mejor clase.

¡Qué impresión más rara me causa el brindar con este japonés, cara de mono, por la felicidad del distante Chile!

❦ ❦

Aunque el "saké" es un licor que de ningún modo puede compararse con nuestra chicha en punto a cualidades embriagantes, con-

tieso ingénuamente que al concluir de almorzar me sentí bastante alegre y dispuesto a continuar con mi buen Yoshi nuestra pequeña celebración.

La criadita había retirado ya la vajilla—los mil pequeños objetos de laca porcelana que componen una vajilla de buen tono—cuando volvió a cerrarse la puerta de papel pintarrajeado de mi habitación y un "kurumaya", o conductor de vehículo, apareció en el umbral, todo sudoroso y alargando un cuadrado de papel blanco.

Cogí con cierta curiosidad aquello y traté de comprender. Mis conocimientos del Japón no llegaban hasta entender la escritura endemoniada de sus hijos y en aquella especie de tarjeta no se veían sino tres filas de caracteres trazados a pincel. Hube de recurrir a Yoshi, quien, en breves instantes, me tradujo el significado de aquellos misteriosos signos. He aquí lo que decían, más o menos:

"Iqui-chi se inclina respetuosamente ante el señor... (aquí mi nombre) y le ruega pasar a sus habitaciones, en donde ha preparado una modesta comida en su honor".

El hecho me ha llenado de asombro. Interrogo a Yoshi, respecto de quién será éste mi amable invitante, que ni siquiera se da la molestia de indicarme su dirección, y él me hace saber que el tal Iqui-chi, a quien él conoce, por suerte, es un acaudalado negociante en frutas del barrio del Ginza, hombre muy estimado en Tokio por su habilidad para los negocios y la seriedad de sus procedimientos.

Preguntéle en seguida qué debo hacer en tales circunstancias y él me aconseja que acepte sin titubear la invitación de mi desconocido amigo.

Vístome, pues, mi kimono de más lujo, cálzome las "getas" más altas y en el liviano cochecillo del "kurumaya" portador de la invitación, corro por las calles y los puentes de la gran ciudad, haciéndome toda clase de emocionantes reflexiones...

❦ ❦

¡Cómo he agradecido el consejo que me dió Yoshi de aceptar el extraño convite!

En mi vida he tenido mayor placer que el experimentado esta tarde en casa del buen Iqui-chi.

Cuando el "kurumaya" se detuvo jadeante y me indicó por señas que habíamos llegado, me encontré delante una casa japonesa del mejor aspecto. Un muchachito del país, con una túnica cuyas mangas casi tocaban al suelo, jugaba en la puerta con un pequeño gato de porcelana blanca. Entré, atravesando un zaguán decorado con ramas de cerezo florido y bandadas de grullas, y, ¡cuál sería mi sorpresa al sentirme estrechado de pronto por unos brazos fornidos y cortos, que me aplastaban contra un abdomen inflado y enorme! Era Iqui-chi en persona el que así, con tan poca etiqueta, me recibía. Y, lo que me asombró sobre toda ponderación, fué que aquella manifestación tan espontánea fuera acompañada de un saludo en castellano y dirigido a mi propio nombre.

La impresión era demasiado fuerte y no sabía qué contestar al buen hombre, cuando éste me empujó a una pequeña habitación en donde, para colmo de mi sorpresa, colgaban en cuerdas que cruzaban el techo nutridas sartas de banderitas tricolores...

Iqui-chi se quedó mirándome con un malicioso gesto. Luego, su rostro estalló en una carcajada que hizo vibrar los tabiques de papel de la habitación y echándome un brazo al cuello, me dijo:

—¿Entonces le parece a Ud. muy raro que un chileno celebre como pueda el dieciocho de septiembre?

❦ ❦

Iqui-chi es chileno y su nombre verdadero Francisco Alvarez.

Mientras comíamos el suculento banquete, me ha referido su historia. Era jornalero en los muelles de Iquique. Espoleado por su espíritu aventurero, un buen día, deseoso de correr mundo, se embarcó en un vapor que iba a San Francisco de California. Vivió en Estados Unidos dos o tres años, y otro buen día se contrató de marinero en un buque que partía a Yokohama. En este puerto dedicóse a ganar su vida en el embarque de mercaderías; era jornalero, como en Iquique. Hizo algunos ahorros y comenzó a comerciar en frutas. Le socorrió la suerte y poco a poco fueron aumentando sus capitales, hasta que se trasladó a Tokio, en donde instaló un gran almacén de frutas y cereales. Se casó con una graciosa muchachita y hoy es un

hombre feliz, padre de dos muñecos vivarachos, uno de los cuales es el que divisé en la puerta, jugando con un gato de porcelana blanca.

Vuelvo a preguntarme si estoy soñando. Iqui-chi me sonríe con su rostro de nipón enriquecido y, juntos, hacemos reminiscencias de la patria. La comida ha sido espléndida, y mientras comíamos, dos encantadoras criaturas no han cesado de ejecutar en sus "shamisen"—especie de antiguos rabeles—tocatas melodiosas y de una rara originalidad.

Demás está decir que el "saké" se ha deslizado con basfante frecuencia por nuestras gargantas.

Después de los postres, Iqui-chi me ha dado aún otra sorpresa. Un violento taponazo ha roto uno de los tabiques de la estancia, en tanto que una de las criadas corre hacia mí trayendo en sus delicadas manos de cera una botella que se corona de blanca espuma. Es champagne, y lo bebemos de pie, a la salud de la patria lejana.

Luego, enardecidos por el burbujeante licor, nos ponemos a cantar a voz en cuello la Canción Nacional. En un instante de sangre fría doy una rápida ojeada en derredor y no puedo menos que reirme interiormente al ver nuestras figuras extravagantes y pensar en que algún compatriota pudiera vernos...

Iqui-chi, medio ebrio, ensaya una cueca sobre el "talamí". Las amplias mangas de su "kimono" vuelan como torpes alas y la habitación entera se estremece a causa de sus ridículos saltos. De vez en cuando se asoma por la puerta entornada una cabecita ratonesca, y desaparece rápidamente. No hay duda que la mujer de Iqui-chi teme por la salud de su marido.

Por fin, a la media noche, logro escaparme de los brazos de Iqui-chi, que amenazan estrujarme, tanta es la efusión con que me estrechan.

Trepo a mi "kuruma" y me alejo velozmente, en tanto el buen Iqui-chi, afirmado de través contra la puerta de su casa, y rodeado de su pequeña mujer y sus criaturas, me grita a todo pulmón:

—¡Sayonara! ¡Sayonara! (Buenas noches, buenas noches).

Mi cochecillo vuela a través del aire helado de la noche. Aún oigo la ronca voz de Iqui-chi que me grita: "¡Buenas noches!" y luego llegan indistintamente a mis oídos estas palabras lanzadas como en un rugido:

—Viva Chileee... y algo más que yo no entiendo claramente, pero que me imagino lo que es....

La felicidad modesta en la vida

Por ALBERTO EDWARDS

Casar a las niñas

Se ha discutido mucho acerca de si es peor la pobreza del casado y la del soltero. El asunto tiene su pro y su contra, pero lo que sí no puede descubrirse es que no hay calamidad más insoportable para un hombre sin medios de fortuna que el ver llenársele la casa de hijas mujeres...

Y si son feas el negocio se duplica todavía más... es para pegarse un tiro...

Los hombres causan menos desasosiego y al fin y al cabo concluyen por ganarse bien o mal lo que comen. Si por desgracia sale alguno inútil para todo, nunca falta un senador o diputado amigo que, a fuerza de molerle la paciencia al Ministro, le consiga un empleíto fiscal.

Pero a las niñas no sólo hay que alimentarlas y vestirlas, sino también casarlas. Este es el gran problema. No hay otro medio de que dejen de ser una carga para la familia.

¡Y cuidado con los futres que se han puesto más mañosos y calculadores que si fueran gerentes de banco!

En tiempos de más candor y sencillez de costumbres, los padres de familia para casar a las niñas, no necesitaban calentarse mucho la cabeza, salvo el caso siempre irremediable de fealdad sugestativa, y pobreza notoria...

Pero de todos modos era necesario presentar el artículo, como dicen en el comercio. Había principalmente dos caminos a elegir.

Primero: carita de ángel; peinado sencillo pero coqueto; un delantal blanquísimo, emblema de capacidad administrativa en el hogar; alusiones funestas y discretas de dulce genio de Fulanita, a su buena mano para todo, a su modestia y amor al trabajo, etc., etc...

Segundo: ricos vestidos, palco y coche, casa de mucho frente y bastantes hipotecas.

Había, como se ve, para todos los gustos. El hombre sencillo y económico, movía el primer cebo; el rangoso y de gustos refinados, el segundo. La novia del primer tipo, era garantía segura de economía doméstica; la del segundo ofrecía buenas perspectivas de que iba a proporcionar bastante dinero para costear sus propias leyes y también del presunto marido.

Por desgracia, el progreso complica la vida, y en estos tiempos que corren los padres de familia han abandonado el primer camino porque juzgan, quizás acertadamente, que ya no hay hombres a quienes satisfaga la economía y la modestia. Para colmo de males, también el segundo camino, se presenta ahora preñado de dificultades. Las jóvenes del día conocen demasiado el activo y pasivo de todos y cada uno de los suegros en perspectiva, y saben también que, como reza el adagio, no es oro todo lo que reluce.

No es pues, fácil casar a las niñas en el siglo XX. Las pobrecitas van de baile en bai-

le y de tertulia en tertulia hasta que acaban por mosquearse, como esos géneros pasados de moda, que los comerciantes exhiben inútilmente en sus escaparates.

Cuando la prole femenina es numerosa retrae más aún a los posibles candidatos al matrimonio. Estos deben entonces, no sólo sumar y restar, sino también dividir, operación esta última, de resultados desastrosos, cuando se trata de herencias o de algo semejante. El cuociente resulta tanto más dividido, cuanto más grande es el divisor, es decir, en este caso, el número de herederas.

El caballero o la señora que penetra en un baile o en una tertulia, con una media docena de pimpollas en estado de merecer, no tiene pues sólo seis veces más dificultades para establecerlas que el penetrar con un único pimpollo. Lo arduo de la tarea crece, para seguir hablando en reuniones matutinas, en relación directa del cuadrado del número de niñas por colocar.

Pero, ¿qué podemos hacer entonces? dirán desconsolados los suegros presuntos. No les queda sino un recurso; pero al proponerlo se me va a acusar de iluso, de romántico, de hombre que vive fuera de las realidades de la vida. Ese recurso, tan viejo como el mundo, no es por eso menos poderoso, y se llama el amor.

Los hombres son hombres y se enamoran todavía. Es una de las cosas bellas que el puritanismo moderno no ha logrado notar. ¿Quiéren los viejos casar a las niñas? Pues hagan porque se enamoren de ellas.

¿Dónde, cómo y cuándo?

Es un error creer que el amor nace principalmente en los bailes suntuosos, en las tertulias de etiqueta, y en el teatro de la ópera. Bellezas peregrinas, de esas que son por desgracia excepcionales, pueden realizar milagros semejantes. Pero la generalidad de las mujeres poseen otros encantos: una voz suave; una imaginación discreta, y en el peor de los casos, dulzura y agrado.

Es en las pequeñas reuniones íntimas, donde las niñas pueden esgrimir esas armas, tan peligrosas para la libertad de las solteras; y son precisamente esas pequeñas reuniones íntimas las que hoy hacen falta en nuestra sociedad.

En otro tiempo las doncellas permanecían recluídas, en virtud de preocupaciones que hoy con razón consideramos absurdas. Pero no lo son menos, las que ahora hacen de la mujer un artículo de fantasía que como las joyas o los encajes de Inglaterra, sólo pueden ser exhibidas en las grandes ocasiones, y rodeadas de un ceremonial rigurosamente prescripto.

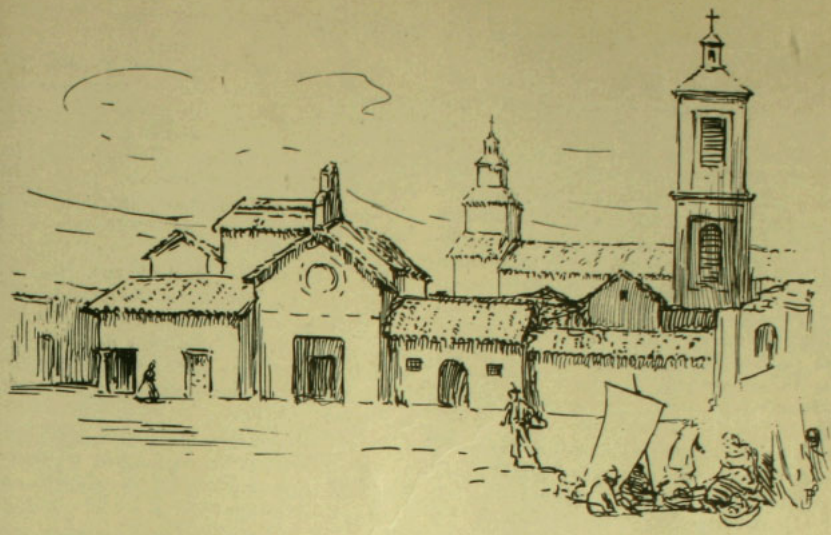
Trajes sencillos; discusiones honestas; un poco de música (esto último no en exceso, porque no todos los hombres son igualmente sensibles a los encantos de aquel arte); un ambiente de señorial confianza, y de amable intimidad; tales son en mi humilde concepto las condiciones más adecuadas, para que crezca ese sentimiento divino que se llama el amor. Las mujeres son como las flores. Unas pocas, más raras y celosas que verdaderamente bellas y amables, necesitan de cajas de un conservatorio; la misma mayoría son como las rosas y las violetas: el artificio las perjudica.

Un padre que sepa crear en su casa alrededor de sus niñas, una atmósfera tranquila de bienestar doméstico y de diversiones agradables, ganará más batallas (teniendo el verdadero amor por principal aliado), que el que se obtiene con exhibirlas a todo costo en el gran mundo.

La comedia casera, por ejemplo, es una de las buenas cosas que se nos han ido y que nada cuesta restaurar. ¡Cuántos cariños sinceros y profundos no han venido en una comedia casera!

Antes de concluir estas mal hilvadas líneas, me permitiría hacer a los padres de familia, no ya una recomendación, que ello no me estaría bien, sino una simple observación.

No hagan sus listas de invitados tomándolos de la juventud banal y paseadora que figura en todos o casi todos los párrafos de la vida social de los periódicos. Ahí se encuentra poco de lo **aprovechable**, y el mundo no empieza tampoco en esos personajes, más decorativos que útiles para el caso de que se trata. Vean y comprendan que basta la circunstancia de una vida mundana demasiado activa para presumir en el que la lleva; no pocas dosis de frivolidad, afición a los placeres caros y fugitivos, y poquísimas condiciones de hombres de trabajo y de hogar, esto es de candidatos a un patrimonio sin mucho bello ni grandes ventajas pecuniarias.



Historia del sentimiento de lo bello en Chile

Por

RAMON SUBERCASEAUX

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux y apuntes de Foradori.

En realidad, un libro más bien que el marco estrecho de una conferencia debería de ser el resumen del estudio de los ánimos y sentidos, puestos en contacto con el arte y la naturaleza, durante los siglos de vida que llevamos los que hemos nacido en Chile. No sé si alguien ha tentado o tentará hacer tal estudio. Quien lo haga producirá en todo caso obra de provechosa y amena aplicación, pues el instinto de las cosas hermosas es un indicio para medir y pulsear un estado social. Y la historia de los pueblos en su pulimiento intelectual y artístico no es menos digna de ser considerada que la historia de sus gobiernos y de sus guerras.

Prestando, pues, atención a las pocas consideraciones fundadas y a los escasos datos materiales que nos han sido transmitidos, representémonos, en corta revista, las emociones que en el orden de lo bello han debido de producirse entre nosotros durante los tres siglos de coloniaje y los cien años pasados en la existencia libre y nacional.

No nos forjemos demasiadas ilusiones desde un principio. No ha sido la misma cosa el reino de las musas y el reino de Chile. Pero tampoco la obscuridad fué tan completa que no aparecieran algunos resplandores desde el tiempo de la conquista acá. Antes veremos que hasta unas pocas estrellas de primera magnitud han brillado bajo este olvidado cielo.

Demasiado rudos eran los indios nativos de Chile para que el arte en forma alguna los influenciara sino muy débilmente. Una

alfarería tosca y uno que otro tallado rudimentario son los elementos que conocemos de aquella época, a la cual se puede adjudicar todavía la hechura sencilla de pequeños objetos trabajados con hierro o con metales finos. La indumentaria era escasa, pero existían tejidos pintados con colores vistosos. Las conchas, piedras transparentes, y luego las cuentas de vidrio de los mercaderes, junto con algunas pieles y plumas, realzaban el decoro de algunos jefes o de sus mujeres. En cuanto a las otras artes, el dibujo, la construcción y la música, tan en ciernes se encontraban, que no es para detenerse en considerarlas, por lo menos en esta ocasión.

Eso respecto a los habitantes de los tiempos lejanos, aquí encontrados por los conquistadores. Dentro de los mismos sitios se van a señorear, en breve transición, los europeos, los españoles.

Figurarse ahora que estos hombres diferentes, llegados de lugares no menos diferentes, caballeros y peones, por incultos e iletrados que fuesen, carecían de toda idea o de todo impulso de los que comunican los objetos de belleza de cualquiera suerte, sería una error que no habría motivo de substentar. Entre los pliegues de sus ropajes, si no en los rincones de la mente, traían forzosamente, y sin notarlo, parte del ambiente que por aquellos tiempos envolvía todas las cosas vivas de España; porque eran los tiempos del despertar, precursores del renacimiento, comparables a las brisas que anuncian la primavera.

La belleza plástica en sus variadas formas, los espectáculos de la misma naturaleza nueva que se presentaba, los aires de música que se anidaban dentro del recuerdo, la expresión del concepto, debían de ser, pues, motivos de alguna ocupación si no de preocupación en el alma de esos hombres extraordinarios que vinieron a descubrir y dominar las Américas. Qué de veces, durante las prolongadas travesías de mar o en el avance por las sierras y llanos de continentes desconocidos, no pensaron en los mil objetos atrayentes dejados atrás, no repitieron versos y prosa de Castilla, no entonaron cantilenas de su casa y de su pueblo, o no se detuvieron conmovidos ante un escenario imprevisto de cordilleras y océanos, de bosques y praderas de aspecto nunca soñado!

Si los conquistadores eran hombres sin finura de nacimiento ni de formación, no por eso dejaban de ser hombres del siglo XVI. Es de ellos de quienes ha podido decir más tarde Menéndez Pelayo, refiriéndose a las disposiciones generales de su espíritu, que un fraile obscuro cualquiera sabía expresarse mejor que un académico en el siglo XX.

En el apogeo de aquel tiempo, llegaron pues, más y más pobladores, hombres de guerra, letrados, comerciantes y aventureros, tocados de una manera u otra, y dentro de su corteza, por la llama sutil, por la virtud penetrante del movimiento naciente del estudio y del arte.

Pero también llegaron otros hombres de formación verdaderamente pulcra y distinguida. A parte de clérigos y frailes que traían los principios de la fe, de la doctrina y de las letras, ya por la mitad del siglo XVI arribaron, como formando una lucida hueste que atraía el decoro y la finura dentro de sus propias venas, don García Hurtado de Mendoza, don Pedro Lisperguer y don Alonso de Ercilla. Al venir de las cortes de Felipe II y de Carlos V, no es dable ni dudar que los tres mancebos abrigasen en sus espíritus anhelos, inclinaciones o gustos de un orden superior, propios de los grandes señores del Renacimiento. Es así cómo la guerra de Arauco, puesta en forma de epopeya por Ercilla, se hizo a un mismo tiempo gloria de las letras castellanas y justo motivo de notoriedad para Chile. Era una época en que la acción guerrera y política de España se compartía brillantemente entre los lampos y ciudades de Flandes, y los bosques y montañas del extremo de las Américas. Fué aquí donde la Poesía selló para siempre el mejor recuerdo de la época.

¿Por qué dudar ahora de la impresión de dulce solaz y de elevada distracción que en medio de la tierra de Chile hicieran desde su primera producción las varoniles estrofas de la Araucana. ¿No se declamaron acaso muchas de ellas en los hogares de Santiago por el propio autor? ¿No se repitieron cantando, a la vuelta de la campaña, por los amigos que retenían en la memoria las más valientes y sonoras?

Que la guerra de Arauco era un motivo que se daba a considerar como de carácter épico, lo prueba el interés que ella suscitó en otro poeta de alto mérito. Este era Pedro

de Oña, el autor del "Arauco domado", nacido en Chile a fines del siglo XVI, y celebrado por el mismo López de Vega, en España.

La fuente de todo quedaba, sin embargo, en la tierra de España. Volvamos a ella, y miremos cómo se desarrollaba entonces el arte. Conocer la fuente equivale a explicarse uno después de cerca de cuatro siglos, el pensamiento de nuestros hombres en este punto que los escritos y tradiciones no nos permiten penetrar debidamente.

Conquistadores, funcionarios, colonos, o lo que fuesen, casi todos nuestros antepasados estuvieron viniendo de las Castillas, de las provincias vascongadas, o de Andalucía y Extremadura. En su emigración sucesiva de tres siglos trajeron, como frutos de diferente estación del año, no sólo gustos variados o modificados por las circunstancias, sino muestras materiales del arte y de la industria de cada época. Existe la pequeña imagen de la Virgen traída por Pedro Valdivia, como también el mueble de rico tallado que perteneció a Inés Suárez.

No dudemos, pues, que los vecinos de Burgos, de Toledo y de Sevilla llegaban, cual más, cual menos, con el recuerdo impregnado de los famosos monumentos que en las respectivas ciudades eran terminados por aquellos tiempos. Eran las mismas catedrales góticas de romántica magnificencia, de riquísima ornamentación, de sólida y elegante contextura que hoy visitan los criollos descendientes cuando van—cuando vuelven, iba a decir—a la Península. Así era formada, por consiguiente, respecto al arte arquitectónico, la mente de nuestros hombres, españoles en América, al moverse hacia las nuevas regiones donde fundarían nuevas sociedades, con nuevos criterios conformados a los nuevos sitios.

Vamos a ver, ahora, en qué forma iban a exteriorizar esas ideas los españoles, y con qué inconvenientes iban a tropezar para darles cumplimiento.

Por de pronto no encontraron aquí aplicación las nociones de estilos floridos de arquitectura o de vastos edificios que necesitarían gran número de artífices. Los primeros pobladores de Chile debieron pensar ante todo en levantar edificios resistentes, que ya se hacían sentir los terremotos, y sencillos, que no había tiempo ni dinero para más. Y cuando ya hubo lugar, más tarde, a levantar verdaderos edificios públicos, el estilo, cual moda de vestir, había cambiado en la España misma. Llegaron entonces alarifes y maestros, poseídos, seguramente, de nuevos ideales de la forma.

Estos cambios no afectaban probablemente en nada a lo que pudiera llamarse la arquitectura privada, pues durante no menos de medio siglo las casas eran un poco más que meras chozas.

Acaso una que otra, sin embargo, quiso descollar sobre las del vecino: asunto de hacer sentir mayor fortuna o autoridad. Hay documento del tiempo de Pedro Valdivia que da fe de la existencia de una casa de altos.

Ya durante el siglo XVII se comenzaron fábricas de cierta importancia. Fueron, naturalmente, templos y conventos. La piedad y la fe viva llenaba a los primeros y quería verlos vastos y hermosos. Los segundos tenían a su cargo, fuera del culto, los únicos servicios de enseñanza pública y los únicos estudios científicos o literarios establecidos en el país; los conventos eran muy dilatados, casi grandiosos. Fuera de que el material primitivo de barro y horcones se empleó con más arte o más disimulo, y que se cocieron adobes al sol y ladrillos al horno, se tallaron piedras y se labraron canelos tomados en los frescos bosques de la vecindad. Quedaba en pie hasta el año pasado de 1914, y en estado de perfecta conservación, el refectorio del convento de San Francisco, sala grande con muros blanqueados de más de un metro de espesor, con cielo de envigado aparente, artesones y consolas. Mirarlo era evocar el pasado chileno; la mente volvía atrás al coloniaje, a la madre España.

El refectorio del convento de San Francisco había resistido al terremoto de 1647 que había echado al suelo toda la ciudad.

Los relatos de este cataclismo han servido para fijar el inventario de los principales edificios de Santiago en la mitad del siglo XVII. Se ve que existían ya en el cos-

tado norte de la plaza, y destinados a los servicios de gobierno, las Cajas Reales, la Audiencia, el Cabildo y la Cárcel. Hay constancia de las *corridas de arcos* que substentaban las oficinas. El aspecto debía de ser como de un portal de una cuadra de largo, parecido a los que existen hoy, y que fueron levantados en ese mismo siglo XVII en Burgos y otras ciudades de la Península. Mirar aquello, era una satisfacción para los vecinos.

Según el obispo Villarroel, que debió tasar en dinero las pérdidas del terremoto, fueron éstas de 200,000 ducados para el solo templo de Santo Domingo, lo cual indica no poca magnificencia en la construcción. Pero si queremos considerar artísticamente aquella primera situación, debemos detenernos un instante en la iglesia de la Compañía de Jesús, que se llamaba de San Miguel y se levantaba sobre lo que es hoy jardín del Congreso.

Se sabe que los jesuítas venían encarnando toda idea de arte y ciencia, de auge y de empresa, por aquellos primeros tiempos del reino de Chile. Ningún estudio puede hacerse del desarrollo de nuestra sociedad en sus primeros pasos sin encontrarse con ellos. Por coincidencia, San Ignacio de Loyola, el fundador, fué hecho general de la orden por los mismos días (abril de 1541) en que Pedro Valdivia era nombrado gobernador de Chile.

Entre los primeros jesuítas vino precisamente un insigne escultor y arquitecto, llamado el hermano Francisco Lázaro. Fué empleado su talento en la erección del templo de San Miguel. Parece, por las mi-

nuciosas descripciones recopiladas por antiguos jesuítas, que era aquello una verdadera obra de arte. Si hasta hoy se conservara, llegarían los forasteros a visitarla admirando el cuidado, el gusto y la riqueza de la construcción. Tenía una sola nave, anchurosa, como dice el documento que he leído, cortada por un crucero cubierto por una media-naranja, que así también dice el documento, trabajada de cedro y alerce, con muchos labores, finos tallados y vistosas flores de relieve con sus correspondientes colores. Las paredes eran de piedra blanquizca, asentada en yeso, y finamente labrada a cincel en la fachada. Una alta torre lateral, de la misma materia, servía de punto de mira a los viajeros desde 4 leguas antes de llegar a Santiago. El interior era magníficamente encabezado por un altar mayor de retablo lleno de relicarios, todo con riquísima ornamentación dorada; costó el altar 31,000 pesos, que es como si dijéramos hoy medio millón. Los trabajos del templo habían durado 26 años.

Y nuevo todavía, casi flamante, el terremoto de mayo lo deshizo por todos lados.

Después veremos a los jesuítas formando en el Ecuador la ingenua y secular escuela llamada quiteña qué llenó de devotas imágenes, pinturas y *santos de bulto* a medio continente americano. Más que como obras de arte, han sido tenidas tales obras como objetos del culto, y no todos eran malos, como se cree.

Pero toca a los jesuítas una verdadera gloria artística en la producción, años más tarde, de la obra mas primorosa hecha en Chile y acaso en toda la América, hasta el día de hoy. Me refiero al cáliz y la custodia que hoy se guarda en el tesoro de nuestra iglesia Catedral. El primero es de oro, y la segunda de plata dorada con diamantes y otras piedras preciosas. Parece imposible que lejos del ambiente europeo, donde viven los ejemplos y los estímulos, hubiera podido emprenderse tales trabajos, que son de la más rica, más fina y elegante orfebrería que uno puede imaginarse. Pero ahí están los objetos, los documentos y hasta el propio horno en la Calera de Tango donde se fundieron los metales que, repujados y cincelados por el insigne artista, han llegado a constituir las primeras poyas del patrimonio artístico de la iglesia chilena.

Desconocido ha quedado el nombre del hermano jesuíta alemán autor de tales primores, y que cegó por causa de los trabajos. El nombre merecería ser recordado al lado del de Benvenuto Cellini.

Y aquí están, señores, las estrellas de primera magnitud, aunque sean ellas de naturaleza bien diversa. Aquí, en nuestra tierra, se produjo el poema épico de la Araucana, nunca superado en España; y aquí fueron formadas estas maravillas de oro y plata, de que acabo de hablar.

Como la arquitectura es el arte fundamental en toda sociedad que pretende formarse con método y cimentarse sobre instituciones regulares, volvamos atrás a ella por un momento.

Naturalmente, como no había en Chile elementos de reproducción por láminas o imágenes, y faltando hasta las descripciones adecuadas, nos debemos conformar hoy con seguir los procedimientos de la inducción o con basarnos en simples analogías, para reconstituir las ideas y los objetos. Discurriremos sobre ellos después de estamparlos en la imaginación como si fuera ella placa impresionada por la luz de verdadera escena.

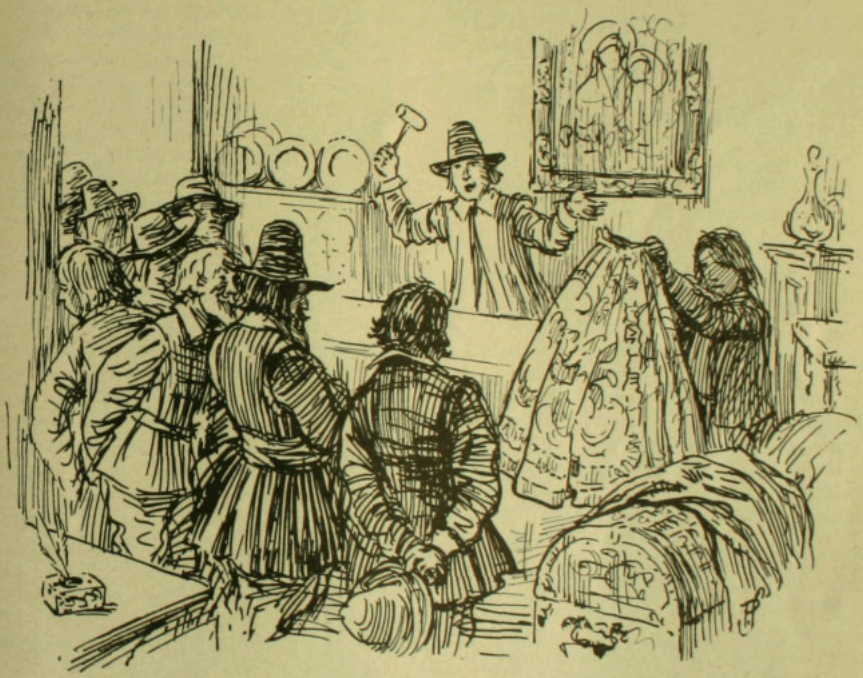
Es claro otra vez que el gusto que presidió fué el de los últimos maestros mayores si no arquitectos que iban llegando de España, o más bien de Lima, metrópoli de estas costas occidentales de América, como México lo era en las del norte. La progresión de estilos españoles, desde el mudéjar derivado de los árabes hasta el que se llamó romano por venir de Italia, se hizo sentir en Chile como débil oleaje producido desde la distancia. De aquí las fachadas públicas con pretensiones clásicas y las arquerías de las plazas; de ahí las casas con patios, con paredes blanqueadas, aleros de tejas y ventanas de rejas historiadas.

Sobre el templo de Dios o el edificio del Rey señoreaban de preferencia el estilo y orden dóricos; era lo que sentaba a la solemnidad y rigidez españolas. Y cuanto al amaneramiento de los hidalgos o caballeros de más presunción, quedaban sus seres representados en los hogares y aún en lo público y dentro de los templos por otro estilo español que gozó de prolongada acogida. Me refiero al estilo *plateresco*, así llamado

por recordar las formas llenas de rica y casi voluptuosa elegancia que en sus obras empleaban los plateros. Y como sucede con los estilos de construir lo propio que con las modas del vestir, la exageración trajo de Europa a todas las Américas, otro gusto todavía, el cual mereció el nombre de *grotesco* o *monstruoso;* éste era ya la exaltación de la fantasía de las formas, al punto de hacerles perder toda unidad y armonía en medio de sus exuberantes y desordenamentación. Este arte intrincado resultaba también dificultoso; así, surgió mucho en España y poco en América, la cual pagaba principalmente estas fantasías.

En la misma Península hubieron, sin embargo, sus reacciones. Ya en tiempo de Felipe II tuvo su imperio el estilo llamado *desornamentado*, que engendró el colosal palacio del Escorial.

Las severas líneas dóricas aparecen otra vez. El arquitecto Juan de Herrera, conde-



dos movimientos. Yo he alcanzado a ver en mi niñez dos ejemplos de esta corriente artística: un gran altar en la Catedral, al lado izquierdo, y el aparatoso y complicado altar mayor de la iglesia de San Francisco, demolido poco después que el otro, hace unos 40 años.

Lo que es en España, hubo un artista que fué más lejos aún. Se llamó Churriguera, padre del estilo y del predicado correspondiente. *churrigueresco*, que quiere decir y explicar el período del delirio en la ornamentación, viene aquí a reflejar la idea de negación a toda iniciativa. El sistema político imperante llega hasta las artes.

Es este espíritu el que apareciera haber acogido posteriormente el arquitecto de la Moneda de Santiago, cuyo patio de entrada es un patio de Escorial, de buenas proporciones si se quiere, de aire clásico y circunspecto, de estudiada solidez; de resultado imponente, en una palabra, aunque de cierta pretensiosa vaciedad si se le mira por su ver-

dadero mérito artístico. Es como aquellos estadistas dotados de más compostura que talento.

Dentro del dominio privado, faltando siempre las estampas u otros documentos de carácter plástico, nos es dado reconstruir sólo con la imaginación las casas de nuestros primeros mayores. No podían diferenciarse, sin embargo, de las que hemos alcanzado a conocer hace medio siglo, más que por su mayor sencillez y tosquedad de trabajo. Ahí está todavía la noble casa colorada de la calle de la Merced, la cual fué en un tiempo la más importante morada, sin duda, del apartado reino.

El estilo solariego consistía en el porte aplastado y era caracterizado por sus escasas puertas y ventanas y por sus aleros muy pronunciados. La parte rica de aquellas casas era la entrada, coronada a veces por esculturas heráldicas penosamente hechas en la dura piedra del Santa Lucía. Parecida a la casa colorada, aunque no de piedra, debió de ser más de un siglo antes, la que fué de la acaudalada y disoluta doña Catalina de los Ríos, más conocida en la historia y en la leyenda con el sobrenombre de Quintrala. Se hallaba situada en la esquina de la calle del Rey, hoy del Estado, y de la de las Agustinas. Después de los días de doña Catalina fueron vendidos, entre muchos otros objetos de su testamentaría, *un juego de clavos de bronce y unos mascarones nuevos* para adornar la puerta de calle; el precio alcanzado fué de 350 pesos, prueba de que eran grandes y hermosos; y ese lujo no sería el único de la casa.

Si hubieran existido familias muy ricas y fastuosas, habrían edificado, seguramente, moradas del gusto sevillano como la del marqués de Torre-Tagle de Lima. Porque la influencia de Europa, donde nacía el conocimiento o la afición, llegaba siempre hasta nosotros, pero modificada por la obligada estación del Perú, de cuyo gobierno y sociedad éramos tributarios.

Fué en tiempo relativamente cercano, en el año 1780, cuando llegó a nuestras playas el romano Toesca, llamado a preparar los planos tanto de la Moneda como de la Catedral. Como tributo al arte español, hizo para la Moneda el patio de Felipe II, que ya he nombrado, y las tres fachadas de balaustradas, con las perinolas que, en mala hora y como muestra de perfecta ignorancia, mandó arrancar la Dirección de Obras Públicas de hace unos veinte años. Pero en su mente traía Toesca otras cosas superiores, que debieron de dar que discurrir algo a las personas del círculo del ilustre gobernador de aquellos días, don Ambrosio O'Higgins, bajo cuyos auspicios se iban a emprender no pocas obras grandes, nuevas y bellas.

Toesca importaba al país elementos peculiarmente sobrios, robados al clasicismo romano del siglo XVIII. Observando su obra se nota luego la alta proporción del ático sobre la corniza, y la multiplicación de los pilastrones de las paredes, apoyados sobre otras pilastras de pronunciada saliente. ¿De qué parte de Roma tomó sus ideas? ¿Qué maestro anterior le había influenciado o había guiado con su ejemplo las disposiciones de sus planos? Sólo decirlo parece una fanfarronada; pero se ve, en sus masas formando apoyos exagerados, propios de fortalezas, un dejo pronunciado de las arquitecturas de Miguel Angel; la parte exterior trasera de la basílica de San Pedro fué fabricada de esa suerte. Y los cuadrados pilares que sostenían las naves de la Catedral de Santiago fueron remedos de los mismos que sujetan el interior de San Pedro de Roma. Aquí son de porte colosal y de un riquísimo revestimiento de mármoles policromos y de esculturas; en nuestra modesta Catedral era igual el sistema, aunque realzado con simples tableros de piedra tallada sobriamente. Si pudiéramos deshacer por un momento la costra de estucos y coloretes que desfiguran la obra de Toesca, mi pensamiento se demostraría por sí mismo, y todos apreciarían hoy en nuestra Catedral esa obra característica, sana, robusta y digna que dejamos de ver desde hace cerca de veinte años.

No sé qué maestro mayor o arquitecto trazara por aquella misma época los edificios del costado norte de la Plaza de Armas, frente a los portales de Sierra Bella, hoy de Fernández Concha. Mi generación los ha conocido casi intactos, hasta que otra vez los implacables estucadores se apoderaron de ellos en su mayor parte. Lo que es hoy torre y reloj de la Intendencia era otra torre, elegante, propia de Ayuntamiento de Vizcaya; el resto era, si no monumental, bien dispuesto y equilibrado, decoroso en medio

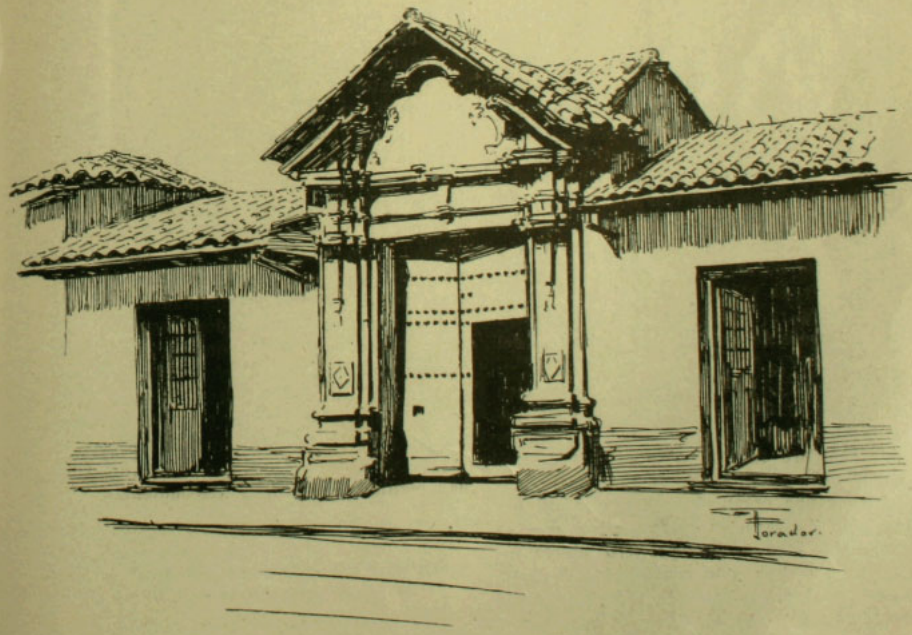
de su blanqueo, y lleno de un cierto sabor arcaico, desaparecido para siempre.

El arte de la arquitectura, lo hemos visto, es el que mejor encarna la vida pública y social de un país, cuya historia, puede decirse, es la historia de sus monumentos; por esto me he detenido en citar, aunque someramente, lo más importante que en ese orden afectó a los chilenos desde la conquista hasta la independencia.

Las impresiones posteriores pueden ser reasumidas en las obras que todavía tenemos a la vista porque son relativamente recientes. La sensación de los estilos franceses correctos y castigados, nos fué traída por Henaut y Brunet Desbains; y emisario de la belleza clásica italiana, patentizada en los templos principalmente, fué otro romano como Toesca, Eusebio Chelli. Después han venido otros y otros, siempre franceses e italianos en su mayor parte. Entretanto se ha ido aguzando el instinto de la belleza respecto al arte de la arquitectura. Ya no es indiferente a nadie una mala fachada erigida ante el público.

Pero, hoy en día se puede decir que la brújula está loca. El criterio general se encuentra indeciso, si no perturbado. En medio de ejemplos demasiado variados no se encuentra ni un método normal, adecuado al ambiente, ni un rumbo que permita orientar las inclinaciones. Cuando venga, en Chile, el establecimiento serio del juicio y del interés en materia de arte nacerán estilos propios, derivados de la vida y del clima del país, y que acaso parecerán clásicos italianos, con fases de atavismo español.

El hombre que va por la calle, ocupado o de paso, piensa en lo que le sugiere la vista de los edificios que encuentra. El edificio público le habla del gobierno; el emporio comercial le recuerda los negocios, la casa particular le lleva a la familia, al hogar; todos los edificios se hacen apreciar, además, por su belleza, si la tienen. El pensamiento es así modificado a cada paso por lo que van mirando los ojos; de ahí la fuerza del arte, la cual es hoy negada sólo por espíritus de poca penetración.



El objeto de empleo interior, el mueble, el decorado de los aposentos, tienen también su sitio en esta breve reseña de las impresiones estéticas de los chilenos al través de los pocos siglos de existencia que llevamos corridos. Los salones de las casas de Santiago, que se llamaban cuadras, y las demás piezas, todas de piso enladrillado, contenían por lo general muebles muy sencillos, que no tenían estilo, a no ser que los llamáramos espartano. La estera, trenzada con las totoras de la hacienda, no allegaba ningún ornato.

Pero también solían arribar de España alfombras de una pieza; con ellas la cuadra cambiaba de aspecto, y lucían mejor entonces los sillones de baqueta, si los había, con sus cueros de Córdoba y sus brocatos, las mesas redondas de caoba, las doradas de arrimo, los espejos con luces de Venecia, las cornucopias, y otras prendas y accesorios de abolengo. Esta, entonces, era llamada casa grande.

Rasgo característico del criollo chileno, como del colombiano y del peruano, fué siempre la aparente hidalguía en modales y en indumentaria; también, cuando abría sus estrados lo hacía con solemnidad y gentileza. Hay constancia de que vinieron desde los primeros tiempos y con quién sabe cuántos sacrificios, algunos pocos muebles de preciosos tallados, con incrustaciones de carey y nácar, con ricos géneros y objetos de platería. Hoy se encuentra en el Palacio Arzobispal la credencia de Inés Suárez, de que hice mención, mueble primoroso que miran con ojos ávidos los anticuarios y aficionados. El mismo tedio e igualdad desesperante de todos los días y sucesos del año durante el coloniaje movía a distraer el espíritu, atendiendo objetos de hermosura, ocupándose un instante en ellos después de concluir los quehaceres del día.

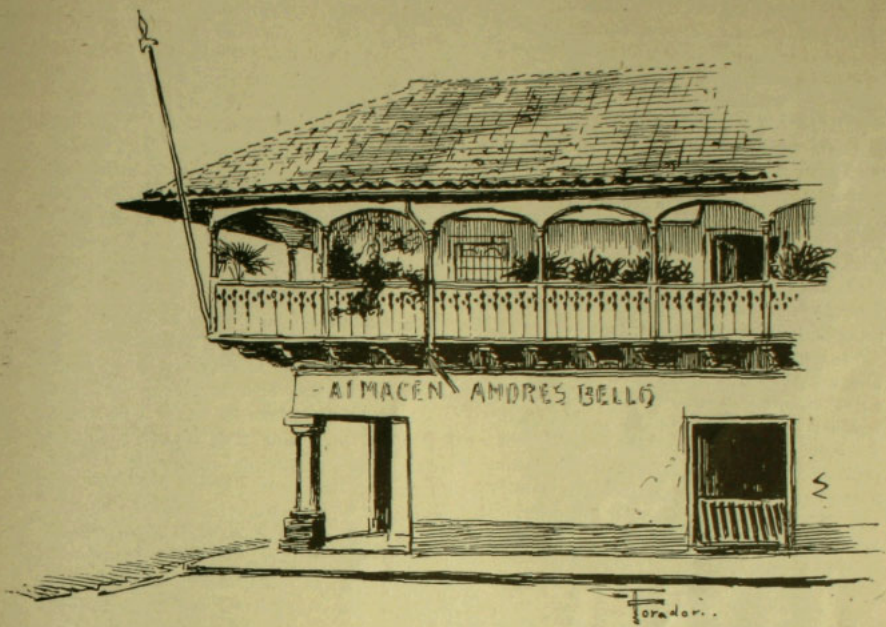
Ello es que había también casas bien alhajadas en medio de la general modestia, y que el ajuar solía contener hasta objetos de verdadero mérito; algunos son conservados todavía. Allá por el año 1873, Vicuña Mackenna organizó en Santiago una exposición de carácter retrospectivo, que no ha habido otra de más positivo interés entre las que han sido organizadas después. Desde la carroza hasta la cajuela y desde el retrato del marqués hasta la vajilla o el tiesto de plata, de todo se encontraba allí. Pues se pudo comprobar, por aquellas muestras sacadas de entre él polvo y las telarañas, que durante tres siglos se habían internado, para nuestras viejas familias no pocas cosas elegantísimas y lujosas, que hubieron de alternar con otras no menos interesantes, debidas a nuestros propios artífices, los plateros del país.

Comprobación escrita de la exposición objetiva realizada por Vicuña Mackenna se encuentra en la obra de Gómez de Vidaurre, historiador jesuíta, chileno, nacido en Concepción en 1748, cuando dice: "Las mujeres están en los estrados que están siempre cubiertos de alfombras en invierno y de tapetes de paja fina en verano; se sientan sobre cojines aforrados de damascos o de terciopelo y nunca vienen a las sillas, ni reciben en los cojines a los hombres si no es que sean de mucha confianza o cuando no hay personas de cumplimiento. Las cuadras están adornadas de bellísimos espejos con marcos dorados y de cuadros de precio, no pocos de ellos con los marcos de plata; las sillas y mesas siguen esta misma magnificencia. La mesa donde trabaja la señora los ratos que le deja libre el gobierno de la casa y las visitas de otras mujeres son todas de plata y algunas se ven curiosamente trabajadas. El servicio todo de mesa, platos, fuentes, salvillas, azafates, palangana, candeleros, etc., son todos de plata, y en una palabra, nada se pone en la mesa que no sea servido en plata." (1)

El minucioso cronista no describe la forma, la cinceladura o el repujado, el brillo o la pátina de los objetos; pero es de presumir, y lo comprueban los ejemplares aún existentes, que se trataba en muchos casos de verdaderas preciosidades, con las cuales nuestros antepasados regalaban la vista, harto más de lo que hoy podemos hacerlo ante las falsas orfebrerías que nos ofrecen los bazares europeos. Tenían puestos su gusto y su lujo las familias en estos ramos, y lo hacían con una delicadeza en los detalles que—¿por qué no decirlo?—han perdido las familias descendientes.

Séame permitido ahora, antes de entrar a ocuparme un poco en el arte de la indu-

(1) Gómez de Vidaurre. Hist. de Chile. Libro último. Cap. VI.



mentaria, decir unas palabras referentes a otro elemento peculiar de la estética chilena; y hago notar desde luego que, siendo la belleza más fácil de comprender la de las mujeres, es tan natural discurrir sobre ella como sobre cualquier otro elemento estético con origen de nuestro país. Pues bien, la naturaleza ha colmado a Chile en este punto. No hay lisonja en ésto; porque me bastaría, si no fuera así, con no tocar la idea. La naturaleza, digo, ha colmado aquí a las mujeres; y el tipo criollo se ha ganado fama en los países vecinos y aún en los europeos. Llamo tipo criollo al de las razas europeas prendidas en Chile desde los primeros tiempos, con poca o con ninguna mezcla de raza indígena. Me viene a la mente el recuerdo de una velada de gran espectáculo, a que asistí una vez entre un público muy numeroso. Era interesante la función, pero parecía que nadie miraba tanto al proscenio como al gran palco entre columnas, a la derecha, donde lucían la figura tres damas de una hermosura singular; de ellas dos eran chilenas. El teatro era el de la grande ópera de París.

Mas no se crea que es ésto un tributo a la época y sociedad en que vivo, ni una ilusión ofrecida a mis propios sentidos inclinados a buscar y descubrir lo que es bello. Voy a leer otra vez lo que escribe Gómez de Vidaurre, observador de otro siglo, extranjero, y padre jesuíta por añadidura: "De las mujeres chilenas se debe decir que son generalmente bellas, de buen talle proporcionado a su sexo; su color blanco rosado y su pelo largo, rubio y sutil, de genios amables, de ingenios sublimes y, en una palabra, adornadas de todas las cualidades que hacen adorable su sexo." (2) Y para abonar la imparcialidad del testigo, las señoras que me escuchan perdonarán que cite todavía las líneas siguientes, que ya no son loas sino reproches. "Si las mujeres chilenas acompañasen la buena administración de las casas con una moderación prudente y no con un lujo grandísimo, las criollas y los maridos no padecerían los atrasos que frecuentemente experimentan."

El capitán González de Nájera, que vino a Chile en el año 1600, escribía a su vez:

(2) Gómez de Vidaurre. Hist. de Chile. Libro último. Cap. IV.

"Digo que las españolas criollas de aquella tierra son dotadas de particular hermosura, gracia y donaire calificado de discreción y cortesía, mucho más de lo que se puede hallar en pueblos tan abreviados o poco populares". Y después añade, como despejando la mala nota de Gómez de Vidaurre: "Son muy trabajadoras, y en ocupación de varias labores y recamos muy ejercitadas y maestras, agraciadas en el vestir, y los trajes que usan tan conformes a los de las mujeres de estos reinos, especialmente sus modos de tocados, que los que en ellos se innovan se ponen tan presto allá en uso como si los penetrasen con la vista".

Tenemos, pues, documentación de más allá de tres siglos para probar que las señoras chilenas de antaño no desdecían en figura y belleza respecto de las de esta generación. El hecho ha sido notado y comprobado: siempre también pusieron las señoras chilenas especial esmero en realzarse por el vestido y tocado, con instinto natural y adivinación de lo que se llama la moda.

Se ve que el arte de la indumentaria en general ha sido, por siglos, el mismo de España, con el retraso, para llegar, consiguiente al largo viaje y a la espera obligada de la metrópoli limeña, que hasta en ésto era llamada a dar el pase. Sería un error creer que en los pobres siglos del coloniaje no se prestaba a la persona el decoro que se le debía, y aún un poco más. Hemos citado a doña Catalina de los Ríos, la famosa Quintrala; ella nos dió a conocer, también por medio de su testamentaría, las riquezas de su ajuar. De sus veinte o más faldellines, fueron algunos vendidos hasta por cien pesos. Las altas damas cargaban, pues, ricas telas, encajes y bordados, de los que de tarde en tarde aportaban los galeones de España, de México o del Perú. Eran materias de alto precio; y se sabe que eran riquísimas de dibujo y de color, con lo cual pasaban las sayas o las piezas sueltas en herencia o constituían parte de dote, inventariadas en actas notariales.

No quisiera olvidar a los hombres en esta parte de mi revista que se refiere al arte y deleite del bien vestir. Sabemos, desde luego, que en aquellos siglos que precedieron al siglo XIX, eran los hombres cuidadosos, por lo menos como las mujeres, de su indumentaria y tocado. Los militares en servicio del Rey, y después los de la patria, nunca fueron en ésto inferiores a los de la Península. Los uniformes, por ejemplo, que trajo don José Miguel Carrera, eran tan ricos y elegantes, que deslumbraban en las paradas a la muchedumbre. Hemos conocido las casacas bordadas de nuestros marqueses, las cuales en el siglo pasado, hecha y consolidada la República, eran entregadas a los niños para sus juegos o representaciones.

Los oidores de la Real Audiencia y demás funcionarios elevados tenían sus ricos distintivos; y los universitarios, que hoy se distinguen más bien por la descoloración y sobriedad de su vestir, hacen poner estas líneas al Padre Alonso de Ovalle cuando se describe una ceremonia académica en Santiago: "Lo más que hay de ver en estos grados es el aparato, concurso y solemnidad con que se dan, porque fuera del acompañamiento ordinario de los doctores y maestros con sus capirotes y borlas y todo lo demás que se usa en las Universidades, está ya recibido convidar a la caballería de la ciudad, etc." (3) El decoro y lustre del cuerpo docente oficial, exigía, pues, en sus festividades, hasta un despliegue de caballería, como se hace hoy para prestigiar candidaturas a la Presidencia de la República.

Después de estas pequeñas artes, o meros adornos de la vida que acabo de considerar, convendría dar lugar a lo que pudiera ser abarcado bajo el dominio del arte de la escultura; pero aquí la producción fué nula o poco menos, si nos hemos de fijar principalmente en las producciones con material de mármol o de bronce. La escultura en madera fué más socorrida. Ahí está el señor de Mayo, paseado por nuestras calles en la secular procesión del mes que le dió el nombre. La efigie, sin embargo, fuera de su indiscutible interés piadoso y arqueológico, no tiene gran mérito artístico; si impresiona es por su mirar tétrico y por la fuerza de la leyenda que le atribuye tantas cosas extraordinarias. Fué tallada en madera, y pintada, al viso como se usaba en

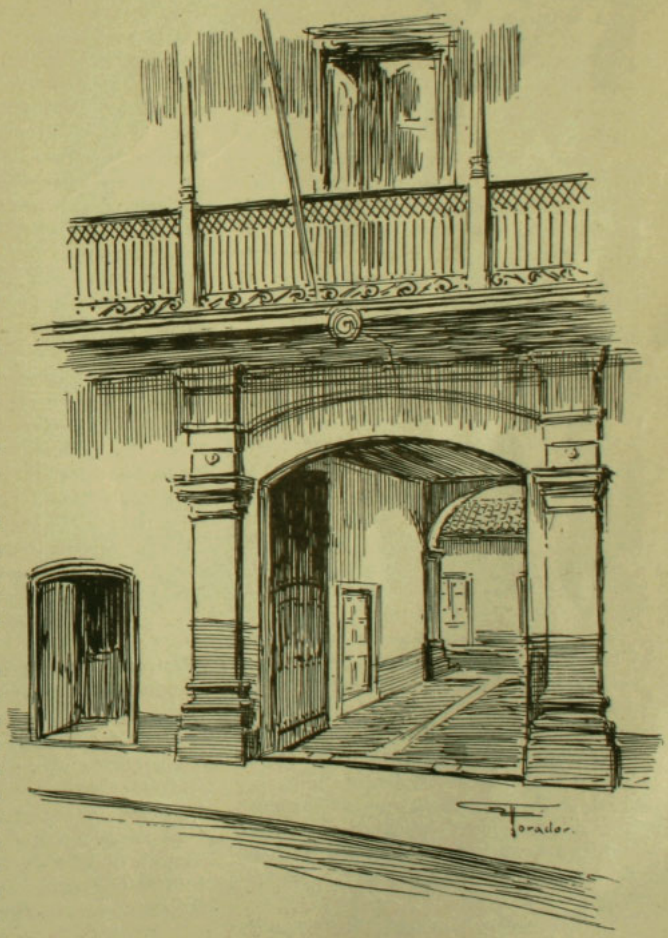
---

(1) Padre Alonso de Ovalle. Histórica relación del Reino de Chile. Lib. V. Cap. V.

aquel tiempo, por un religioso del mismo convento de San Agustín, donde hoy es guardada con veneración, y cuyo nombre era Pedro de Figueroa. En cambio, el San Sebastián de Bucalemu, trasladado a la parroquia de Los Andes, y el San Francisco de Borja, estatua yacente sobre un altar de nuestra Catedral, son magníficos trabajos dignos de la reputación en que durante siglos han sido mantenidos por los pocos peritos de Chile que en estas cosas se han interesado. Fueron obras, probablemente, de jesuítas españoles o chilenos de principios del siglo XVIII. No tengo yo reparo en atribuir a chilenos, cuando para hacerlo hay indicios, la hechura de alguna obra de belleza de los pasados tiempos. Se sabe que los criollos chilenos, cuando tuvieron ocasión y maestros, no dejaron de hacer progresos en artes y oficios, no sólo aquí sino también en Europa. No todo fué obscuridad o incapacidad, como algunos escritores pretenden, en los siglos del coloniaje.

Para extenderme hasta la época actual, tendría que dar nombres de dos o tres escultores chilenos, los cuales viven aún, y pasan como verdaderos fundadores de nuestra escuela; pero no cabría ésto en mi plan. Pasaré a ocuparme en otros ramos brillantes que también se dieron a ver en el reino de lo bello, y a esbozar, ya que el tiempo me faltaría para más, las impresiones de conjunto que su conocimiento ha infundido en las almas e inteligencias chilenas.

Si la más fundamental y positiva de las artes, en vista de nuestro caso y de los siglos vividos, es la arquitectura, la pintura es siempre por sí misma la más lucida y atrayente. El dibujo y los colores, con la variedad infinita de temas que pueden substentar, han cautivado en todo tiempo la imaginación de los individuos y la atención de las sociedades. Este arte seductor



de la pintura fué introducido, pues, y estimado, seguramente, desde un principio por los civilizados pobladores de Chile, como cosa útil y deleitosa. Y como los sentimientos se elevaban movidos principalmente por la actividad de la fe, tenemos desde luego que las obras primeras, y en su mayor parte las que les sucedieron por el espacio de tres siglos, fueron de inspiración casi exclusivamente religiosa.

Ahora, ¿cuáles fueron los primeros cuadros que aparecieron, cuáles sus descripciones, cuáles sus méritos? No lo sabemos. Basándonos otra vez en inducciones y analogías, podemos creer, sin embargo, que estas primeras obras no pudieron ser sino telas o tableros de altares y de devoción doméstica, o uno que otro retrato de deudos vivos o desaparecidos. No conozco menciones de autores chilenos o europeos, antiguos, y establecidos como profesores o profesionales de pintura. No se puede hablar de escuela alguna de pintura dentro de tales condiciones. Si se puede hacer referencia determinada, en cualquier orden de cuadros, resulta siempre ser la escuela de Quito, invariable y único centro floreciente de las bellas artes indio-españolas en el trascurso de todo el largo régimen colonial.

¿Y qué es la escuela de Quito? Otra vez más: un establecimiento de jesuítas donde se tentaba, y con singular fortuna de divulgación piadosa, la enseñanza y la práctica de la pintura y de otras artes finas. Naturalmente, entre los muchos escolares que se sucedieron, algunos tuvieron talento, y otros no lo tuvieron. La composición y factura ingenuas, el toque lamido permiten fácilmente hacer la clasificación: ante una obra de más o menos de esas cualidades se dice, sin más: obra quiteña.

Por lo que a nosotros toca no fué, sin embargo, la pintura quiteña la última exposición de la belleza en tal arte. Sin que podamos precisar cómo ni cuándo, llegaron también hasta aquí algunos lienzos pintados dentro de un arte superior. Hay actualmente en el Museo de Bellas Artes una cabeza de Virgen, positivamente de Murillo, y de lo mejor de Murillo; parece, que antes de ingresar a la colección nacional, ya se encontraba en Chile desde hace siglos.

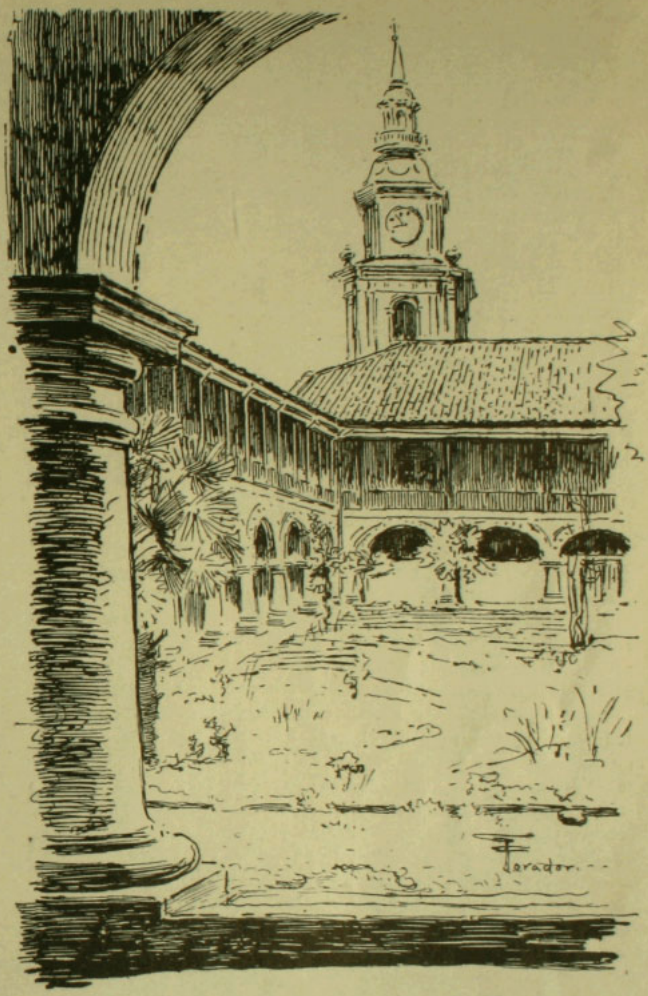
Un libro español moderno da la explicación de hallazgos como éste cuando dice, contando un paso de la vida del insigne pintor: "Compró una porción de lienzo; la dividió en muchos cuadros; los imprimió por su mano y pintó en ellos asuntos de devoción. Después los vendió a uno de los muchos cargadores a Indias que había en aquella ciudad." Pudieron, pues, venir algunas obras de maestros, aunque muy contadas y pequeñas; y, en realidad, vinieron. Lo que es a México y a la Lima llegaron, naturalmente, primero, y en número importante y de calidad principal.

Iría muy lejos—y tampoco es éste mi plan—si tomando el curso de la vida nacional, hiciera aquí la reseña de todas las emociones pictóricas nacidas de la Independencia acá. Siempre es grato recordar, sin embargo, que los pintores Rugendas y Wood fueron, en la primera mitad del siglo XIX verdaderos colaboradores de la historia, como lo fue Somerscales para la guerra del Pacífico. Aquellas emociones fueron todas de carácter patriótico a la vez que de sentimiento artístico, éstas son cosas que se hermanan fácilmente.

Por esa época del siglo pasado comenzaban los chilenos a hacer viajes de instrucción y placer a Francia e Italia. Casi no había uno que no trajera sus copias de maestros antiguos o sus originales contemporáneos; revelaban estas obras una especie de anhelo decorativo de parte de los viajeros compradores; querían, desde Europa, ver cuadros con marcos dorados en los fondos y testeras de sus salones de Santiago. Entre tanta obra llegada ha habido cosas regulares, buenas y sobresalientes. Ya poseemos, en colecciones públicas y privadas, hasta algunas obras maestras.

Quiero ahora completar mi revista de las impresiones de artes plásticas, haciendo un esbozo de otro arte nuevo que ya viene dominando por las grandes ciudades del mundo, pero que entre nosotros apenas es mentado, y en todo caso muy poco conocido y estimado; me refiero al llamado Arte Público. ¿Qué es el arte público? No es más que el intento de lo bello en cuanto lo provoca el amplio espectáculo de la calle, del paseo, de la perspectiva, del escenario, en una palabra, de la ciudad que habitamos.

Me explicaré mejor diciendo todavía que aquella continua y placentera satisfacción que acompaña al transeunte dentro de metrópolis tales como Roma y París, Londres, Nueva York y las ciudades nuevas de Alemania, es el resultado de ese arte, el cual ha presidido al trazado de avenidas, a los reglamentos de edificación, a la selección de los monumentos y a la disposición de las plantaciones. El arte público no era definido en los siglos anteriores, pero fué siempre practicado, sobre todo cuando regía en alguna parte la voluntad de algún gran mandatario, de esos que dejan gran nombre en la historia.



Debo confesar que este impulso prende poco entre nosotros; es impulso que no nos mueve.

Lo que tiene o promete de bello una ciudad, aunque sea la propia capital de Chile, deja indeferentes a sus ciudadanos. Y la ausencia de toda belleza, aunque llegue al extremo de lo feo y de lo repulsivo, los deja igualmente conformes. Así sucede que en la mayor parte de su área poblada, Santiago no es todavía más que una gran aldea. Podría citar calles centrales, con desarrollo de tres kilómetros de triunfante fealdad. Prueba es ésto de que el sentimiento público colectivo no nace aún en el campo de la estética aquí donde más que hoy en día se movían los ánimos en tiempo de don Ambrosio O'Higgins, de Bascuñán Guerrero, de Echáurren y de Vicuña Mackenna.

Pero como los temas desbordan del espacio y tiempo de que dispongo, voy a decir sólo una palabra del arte dramático, ya que no se puede prescindir de mencionarlo en una revista de las bellezas de toda suer-

te como la que vengo terminando. Cuanto a bellezas literarias, no alcanzo absolutamente a ocuparme en ellas. Estimo que la primera vez que el teatro se vió alzado a los más nobles fines fué cuando allá por el año 1873, vino a Chile el eminente actor italiano Ernesto Rossi. Palidecieron hasta en sus últimos recuerdos las emociones de las antiguas y trilladas comedias de París y de Madrid ante la primera producción de obras de arte tales como "Hamlet" y "Romeo y Julieta" que por primera vez, entre nosotros, fueron representadas en manera digna. Han venido despues muchos distinguidos actores y actrices de España, de Francia y de Italia, pero que no han sabido o no han querido comunicar el alto gusto de las tragedias de Shakespeare, ni aún el de los otros grandes maestros de la escena que vienen más abajo de él.

Las piezas que han encontrado favor exagerado, que me permito llamar tropical, pues la observación toca tanto a Santiago, como a Río Janeiro y Buenos Aires, son las comedias y sainetes de París. No digo que en el repertorio de este gran centro del ingenio moderno no existan elementos de arte teatral verdaderamente superior; allí estarían para desmentirme Víctor Hugo y los dos Dumas, Sardou y Sandeau y otros todavía. Pero se prefiere el género y los autores correspondientes a lo que en la misma Francia se llama con desdén: la *pieza de bulevar*, divertida si se quiere, pero casi siempre inconveniente en lo moral y falta de imaginación en lo artístico: lo uno suple a lo otro. ¿Por qué no vienen esas *tropas*, como dicen en su jerga los actores franceses y sus periodistas, a pelear la batalla del arte limpio con sus propias gloriosas armas que son las inmortales piezas de Moliere, de Corneille y de Racine, a parte de los modernos que ya he mencionado?

Y ahora, señoras y señores, diré algo sobre el arte peregrino de la música, en cuanto él también, arte sutil y trasminante, ha herido nuestros sentimientos, y acaso más que los otros ha tomado cabida en nuestras costumbres, en el desarrollo y el movimiento de nuestro espíritu.

Lo primero fué, pues, como siempre, el canto de iglesias, con poco acompañamiento o con el de orquestas incompletas y de órganos de fabricación casera. Era música de España, que correspondía a los fines que le eran pedidos. La música criolla y profana era propiamente la de tonadas, ya para oirla simplemente o para oirla y bailarla, como lo manda el gusto indígena. Hasta el día de hoy subsiste este gusto, que se exterioriza y se hace sentir con inflexiones de cantilenas, con sonidos guturales y voces tristes y gangosas, en las prolongadas fiestas del bajo pueblo, por el dieciocho y por la Pascua.

No hay duda, por otra parte, de que los españoles, junto con sus misas aparatosas y sus novenas de carácter familiar trajeron, como primer elemento de música de salón, sus romances y piezas que a la sazón se hallaban en boga, los cuales muy probablemente eran en su mayor parte de origen italiano. La familia García Huidobro conserva, entre sus papeles, dos piezas de canto y acompañamiento de pequeña orquesta, compuesta, como reza la carátula, por el maestro Pérez. La fecha es del año 1755 y el tema los dolores de Dido para una, y simples quejas amorosas para la otra.

Pero el acontecimiento de la vida musical es la llegada de la ópera italiana, en los mediados del siglo pasado. Para dejarse impresionar por este género tiene disposiciones especiales el criollo sud-americano, según más de una vez lo he visto escrito por los críticos europeos; debe de ser así cuando uno ve que una sociedad relativamente modesta como la de Santiago se precipita, digámoslo así, a pagar sitios de teatro cada vez que se anuncia la temporada lírica. Pone más en relieve esta pronunciada inclinación del sentimiento chileno el verdadero buen gusto en la materia y el buen espíritu crítico revelado generalmente por el público. Hay dramas líricos de primer orden conocidos y repetidos desde hace tiempo en Santiago, como el *Mefistófeles* de Boito, que todavía no han sido representados en París.

Lo que ha faltado, y falta todavía es el gusto o, lo que es lo mismo, el claro discernimiento en materia de audiciones públicas y de música privada o de salón. En esta última rama, que es de importancia puesto que forma dentro de los hogares lo que podría llamarse la conciencia respecto del arte en que me ocupo, sólo en los últimos

años se están cultivando las composiciones de los maestros; antes, todo era valses insípidos o malas transcripciones de óperas y operetas. En cuanto a los ensayos de las audiciones de los más grandes trozos de música que se han producido, como las sinfonías de Beethoven y Mozart, han sido hasta ahora tímidos y escasos. Ni el público en general, ni los poderes constituídos han comprendido aún que ésto debe de ser protegido como elemento seguro de civilización, de cultura social.

Las artes plásticas han sido más felices en ese sentido; son ellas las que han podido presentarse en manera casi continua a tocar la fibra de lo bello que, aunque contraída, vive en el corazón chileno; y es de notar el gran progreso hecho, y el auge que les espera, cuando se compara, por ejemplo, lo que va desde los rosetones de cobre de la casa de la Quintrala a las variadas y preciosas colecciones de arte que encierran hoy no sólo el Palacio de Bellas Artes sino un gran número de mansiones particulares chilenas.

Venga el auge en hora buena. La belleza, reflejo de atributos divinos, cautiva las mentes, atrae los sentidos, llama el espíritu a contemplaciones altas y serenas, infunde amor y paz. El que puede ser tocado por ella puede, por su propia naturaleza, encontrar la armonía en los momentos en que otros no quisieran oir más que los sonidos de la discordia. La educación dentro de los respetos debidos al sentimiento de lo bello, es la educación que cuadra a un pueblo con vocación de lo grande y fuerte, como el griego, que en sus grandes tiempos dictó la norma, así de las virtudes cívicas y guerreras como de la justa proporción en la arquitectura y de la perfección suma en la estatuaria.

ESCENA EN SCHENECTADY, ESTADO DE NUEVA YORK.

Varios de los delegados de Chile aparecen en el primer plano del grabado (a la izquierda), conversando con el Subsecretario Peters, del Departamento del Tesoro, y con el señor Emmons, director general del establecimiento eléctrico que la comitiva estaba a punto de visitar

Una hora de música

Traducido para "Pacífico Magazine" por H. D. A.

I

Me salí del teatro en mitad de la función...! Necesitaba refrescarme el alma y descendiendo por la avenida de La Opera, llamé a la casa de mi amigo Wilhelm Kittel, un verdadero músico, que vive solo.

Estuvimos juntos hace treinta años en la Universidad de Gena y muchas veces filosofamos el uno contra el otro, bebiendo cerveza. Después, yo gané una fortuna en América y él siguió otro camino. Vivió dando lecciones en Berlín, en Viena; al fin un tío murió a tiempo, dejándole mil libras de renta, con lo cual se encontró rico, pues no tenía que perder tres o cuatro horas al día, para vivir. Pero, pobre o rico, no ha pensado jamás en el dinero. Tampoco ha pensado en la gloria; su carácter reconcentrado, su temperamento tímido le hicieron huir de la intriga parisiense y se quedó en su casa, leyendo las partituras, yendo a las bibliotecas a estudiar los oratorios. Ha concluído por no asistir nunca a teatros ni conciertos; la ejecución ostentosa, los gangoseos de cantatrices pagadas y la imbecilidad de los aplausos le destruían sus ensueños. Pretende que no se oye bien la ópera sino en el piano. Cinco o seis compositores célebres lo conocen; y de cuando en cuando Réber y Gounod suben los cuatro pisos de su casa y se marchan contentos si él les ha dicho: está bien. No se queda a comer jamás fuera, come poco y no piensa casarse. Me tocó la sonata en el sol menor, óp. 90., de Beethoven.

La música tiene de exquisito que no despierta en nosotros ideas de *formas*, tal paisaje, tal fisonomía humana, tal acontecimiento o situación determinados, sino estados de alma, un matiz de alegría o tristeza, tal grado de tensión o abandono, la más rica plenitud de serenidad o un mortal desfallecimiento de tristeza. Toda la multitud habitual de las ideas desaparece: no queda sino el fondo humano, la potencia infinita de sentir, de sufrir, de gozar, el levantarse y apaciguarse de los nervios, las variaciones y las armonías inagotables de su agitación y su calma. Es como si se expulsara de un país a los habitantes y se borraran las divisiones del cultivo: quedaría el suelo, su estructura con los montículos, quebradas, llanuras y el murmullo del viento y de los ríos y la eterna poesía de la luz y la sombra.

—Wilhelm, repite el segundo trozo: estaba distraído...

Volvió a tocarlo, ese trozo melodioso y tierno, ese cántico de notas cristalinas que serpentea por encima de los acordes, desaparece, vuelve, y desarrolla sus variaciones ondulantes como un río en una pradera. A veces se dirían suspiros de flauta; con frecuencia se oye la voz profunda de una mujer enamorada y triste. De pronto, las dulzuras se detienen; el alma impetuosa reaparece y se lanza en cascadas de notas precipitadas, en finos caprichos delicados, en bruscos campanilleos de acordes bizarros; después, todo cambia; un enjambre de vocecillas ágiles suben, descienden, se persiguen, como un estremecimiento, una agitación, una encantadora locura de aguas parleras hasta que la melodía vuelve a su antiguo curso y su onda clara vuelve a tomar su mesurado curso, corriendo por fin más sinuosa, más amplia que nunca, entre un cortejo de sonoridades argentinas.

Oh! Beethoven... Cuán injusta ha sido la fama con su nombre; se le reconoce como soberano de lo gigantesco y lo doloroso, pero se limita allí su reino, sin acordarle por dominio sino una pampa desierta, azotada por los huracanes, desolada y grandiosa como la que vió Dante. Ciertamente que impera en esa soledad y ningún otro músico penetra en ella; pero aún hay más. Todas las riquezas y magnificencias de la campiña como la suavidad y la sonrisa de los valles floridos y sombreados le pertenecen, y la frescura virginal y tímida de la primera aurora...

Sus cartas de amor, entre frases triviales, hallan cosas sublimes: "Mi inmortal bien amada" "Mon immortelle bien-aimée!"

Vivió en un mundo ideal, en el que des-

cribieron Petrarca y Dante y su pasión fué austera. No pudiendo casarse, permaneció casto. Abominaba el *Don Juan de Mozart* porque, fuera de sus reminiscencias italianas, "el arte santo—decía—no debe prostituirse hasta una historia tan escandalosa".

Era orgulloso como un soñador.

Su testamento:

"Oh vosotros hombres, que me miráis como amargo, intratable y misántropo, cuán mal me habéis juzgado! Vosotros ignoráis la causa secreta de mi tristeza. Mi corazón y mi carácter se inclinaban desde la infancia hacia la alegría y la ternura; y mi ideal era realizar grandes acciones. Pero recordad que hace seis años estoy atacado de un mal que la ignorancia de los médicos ha agravado cada vez más, hasta que, engañado siempre en mi esperanza de remedio, debo resignarme a considerarlo incurable... Nacido con un temperamento vivo y ardiente, apasionado por la sociedad, héme visto forzado a llevar una vida solitaria y retirarme, joven aún, de mis semejantes... Me era imposible decir a los hombres: Hablad más alto, soy sordo! Ah! ¿cómo habría podido confesar la debilidad de un sentido que era tan perfecto en mí como en los demás, qué poesía en un alto grado de perfección, con una perfección que pocos hombres de mi arte han tenido nunca! Oh! me era imposible! Casi siempre sólo, cuando una extremada necesidad me obligaba, me he decidido a acudir a alguien. Debo vivir como un desterrado; si me aproximo a alguna persona, temo que se dé cuenta de mi estado. ¡Y qué humillación cuando escucha una flauta en la lejanía y yo no oigo nada, cuando alguien oye cantar a los pastores y yo no oigo nada! Tales cosas me han conducido a la última desesperación: he querido poner fin a mi vida. El arte, el arte sólo me ha detenido! Ah! me parecería imposible abandonar el mundo antes de producir todo lo que tengo la misión de producir!"

—Ahora—me dijo Wilhelm—escucha.

Y comenzó el último trozo de la última sonata.

Es una frase de un solo color, lento y de una tristeza infinita que va y viene incesantemente como un solo y largo sollozo. Bajo ella, sonidos ahogados se arrastran; cada acento se prolonga en los que le siguen, y muere sordamente, semejante a un grito que acaba en un suspiro; de modo que cada nuevo impulso de sufrimiento, lleva por cortejo las antiguas quejas y que bajo la lamentación suprema, se descubre siempre el eco debilitado de los primeros dolores. No hay nada áspero en esta queja, ninguna indignación, ninguna rebeldía. El corazón que la exhala no se dice que es desgraciado, sino "que la felicidad no existe..."

H. TAINE.

Lo que nos ha enseñado la Guerra

Por
HILARIO BELLOC

En tiempo de paz se habían formulado incontables teorías guerreras que se han visto contradichas en la actual contienda. En este artículo, sumamente interesante, Mr. Belloc señala en sencillo lenguaje las lecciones que se derivan de los sucesos que están desarrollándose en los campos de batalla. Es una información vívida que analiza los actuales acontecimientos de la guerra europea, con el dominio que tiene sobre la materia la mayor autoridad científica en asuntos militares.—Ed. P. M.

PUNTOS EN DISCUSION

Largos períodos de paz, turbados por algunos acontecimientos guerreros, tal como ha acontecido en los últimos tiempos de la historia del mundo, debían dar origen, necesariamente, a una gran cantidad de teorías que señalaban la forma en que los hombres se verían afectados por el azote de la guerra cuando ella estallase. Son períodos de tiempo, durante los cuales se perfeccionan las armas cuyo efecto no ha sido aún puesto en práctica; y durante los cuales se perfeccionan también los medios de defensa, cuya eficiencia para resistir el ataque de las armas ofensivas correspondientes quedan en la penumbra de la duda.

Toda la estrategia militar y naval de los tiempos actuales, a pesar de conservar sus reglas fundamentales inalterables, está afectada con el empleo de nuevos materiales de guerra sobre cuyas características no se puede decidir hasta que entren en acción.

Hace muy pocos meses, una eminente autoridad naval de Inglaterra, ensalzó la eficacia del submarino. Esta nueva arma de combate no había sido empleada en forma eficaz en las operaciones navales, a pesar de tener una existencia ya muy antigua. Hacía notar esta autoridad, que en la próxima guerra naval, el blindado y el crucero quedarían inutilizados por el submarino que dominaría todas las operaciones navales.

Su teoría, que era simplemente una opinión personal, fué calurosamente atacada. Pero entre las dos escuelas que se formaron en pro y en contra del empleo del submarino, nada podía decidir mejor la cuestión planteada que la guerra naval en que estos fueron empleados.

Esta existencia de escuelas rivales, de teorías opuestas sobre los tópicos relacionados con la estrategia militar y naval es lógica cuando el progreso de las invenciones de máquinas modernas para la guerra ofensiva y defensiva son muy rápidas y están en relación con el perfeccionamiento gradual de los métodos mecánicos que se efectúan en tiempos de paz más o menos prolongada.

Todas estas condiciones han existido en Europa, en su conjunto, y especialmente en la Europa Occidental, a lo menos durante la actual generación y esta es la causa que ha hecho de esta guerra una guerra de enseñanzas, prolífica en lecciones para aquellos que estudian los asuntos militares y navales y la que ya ha resuelto muchos puntos que eran materia de arduas discusiones entre los tácticos militares.

Las maniobras podían revelar muchos factores pero ellos se encuentran siempre desprovistos del importante factor que constituye el temor y el factor consiguiente y

tan importante como el primero, determinado por la destrucción efectiva.

La lista de problemas, generales y detallados, que ya han sido entera o parcialmente resueltos por las presentes campañas militares pueden extenderse indefinidamente. Hay centenares de cuestiones diversas en aquel estado; y si consideramos sólo las principales, descubriremos que ellas se encierran en dos grandes categorías: Existen las cuestiones técnicas relacionadas con los armamentos, su uso y su efecto; todas las demás son cuestiones de carácter político.

En el primer grupo se encierran las acciones de los seres humanos bajo las formas especiales del peligro que corren y del efecto real de las armas que emplean, dadas las condiciones actuales de una refinada civilización.

En el segundo grupo se encuentran las acciones de los seres humanos, considerados bajo su aspecto de ciudadanos, no de soldados; ¿En qué forma harán frente al estado de guerra? ¿Acaso el sentimiento nacional prevalecerá sobre el antagonismo de las diversas clases sociales? ¿Podrá conseguirse el secreto en las comunicaciones? Existen muchas otras cuestiones de índole análoga.

Una lista de los principales tópicos se encuentra en las cuestiones que enumero a continuación:

En la primera serie había escuelas opuestas en lo que se refiere a:

(1) El valor de las fortificaciones modernas permanentes y su poder de resistencia contra un ataque con máquinas ofensivas modernas.

(2) La mejor formación en que pueden organizarse las tropas para una acción y, particularmente, para decidir si debe optarse por formación cerrada o dispersa.

(3) Las dudas relacionadas con el grado de confianza que debe depositarse en los observadores aéreos; su capacidad, para empeñarse en combate con las armas enemigas y las cualidades que le darían el dominio de los aires y, particularmente, el valor táctico de los grandes dirigibles modernos.

(4) El efecto, el mérito y el valor proporcional del tiro de rifle y el uso de la bayoneta.

(5) El uso de la artillería de campaña; y, particularmente, si después de un cierto grado de velocidad valía la pena tratar de incrementar la rapidez del fuego.

(6) El rol exacto que representarían en la guerra moderna el empleo de ciertos materiales cuyo uso es hasta ahora de poca importancia, extraídos sólo de ciertas regiones limitadas, muchas de ellas fuera del territorio de la Europa. Hay gran cantidad de estos materiales de los cuales el más importante es el petróleo.

(7) Por último, y la más importante de las cuestiones técnicas vitales para Inglaterra, la solución de ciertas teorías opuestas acerca de lo que se ha denominado: "el dominio del mar" o lo que debiera llamarse más propiamente, la superioridad naval.

Segundo grupo, las cuestiones de índole puramente política, de las cuales las más importantes son:

(1) El empleo de los sistemas de soldados voluntarios o de conscriptos.

(2) La posibilidad de mantener el secreto en las comunicaciones.

(3) Si la movilización se efectuaría en forma viable, en el caso de lucha entre las diversas clases sociales que se supone pretenden sobreponerse a la consideración de los intereses nacionales amenazados.

(4) La acción de las poblaciones de nuestras ciudades ante la tensión moral causada por la guerra.

LECCIONES YA APRENDIDAS

No todas las cuestiones militares o políticas han sido solucionadas con la actual experiencia en los campos de batalla. Muchas de ellas, sin embargo, han sido resueltas parcialmente y otras enteramente. Podemos considerarlas una a una:

(1) Valor de las fortificaciones permanentes.

Tal vez la lección más notable de la guerra actual, y la que ha sido probada en forma más concluyente, es la que se relaciona con los trabajos de defensa permanente de las fortificaciones, a lo menos en su forma conocida hasta ahora, pues son dominadas por la artillería moderna de sitio y, particularmente, por el gran mortero movible que usan los explosivos de mayor poder. Conviene señalar algunos hechos importantes dado su carácter repentino y dramático que han dado origen a muchas lecciones útiles que deben aprovecharse.

Las fortificaciones modernas han caído

después de una corta resistencia a los disparos de los morteros, en todo el campo occidental de las operaciones actuales. En general, al situar grandes morteros movibles a distancia conveniente de las fortificaciones, éstos las despedazan en un período de tiempo que no pasa de una semana y algunas veces en menos de cuarenta y ocho horas.

No se trata de falta de tenacidad o de coraje de parte de los defensores. La mayor tenacidad y el mayor coraje nada pueden hacer en una fortaleza que ha sido reducida a un montón de ruinas y en la cual no puede emplazarse un solo cañón. Todo esto es incontrovertible; pero, no debemos pensar por esto que la época de las fortificaciones ha pasado para no volver y no se debe tampoco pensar que los alemanes tengan a este respecto una ventaja especial. Se descubrirá, a medida que se prosiga la guerra, que todos los ejércitos modernos cuentan con iguales medios para la destrucción de las fortificaciones.

Es verdad que los alemanes tienen un mortero de mayor tamaño que los empleados por los ejércitos de Francia, Inglaterra o Rusia. Tienen los alemanes varios morteros de 420 milímetros, es decir, cañones de un calibre que mide más o menos de 16 a 17 pulgadas. Pero este cañón es demasiado formidable. Lo que basta emplear es el mortero de 11 pulgadas, cañón que poseen casi todas las naciones. Hasta el momento actual la tarea de sitiar fortalezas ha sido tarea exclusiva de los invasores alemanes y cuando se cambian los roles las obras permanentes de defensa empleadas en las fortificaciones alemanas serán igualmente vulnerables para los cañones morteros franceses, ingleses o rusos. Y en cuanto a la abolición de las fortificaciones en el futuro esta es una cuestión que no necesita discutirse.

Es probable que el sistema de grandes fortificaciones permanentes cederá el paso a un sistema de trincheras estrechas y paralelas comunicadas entre sí por senderos cubiertos los que ofreciendo un blanco reducido al fuego de la artillería enemiga hacen muy dificultosa su destrucción y encontrándose varias hileras una tras otra pueden sostenerse más tiempo que las fortificaciones grandiosas de Lieja y de Namur que han debido soportar todo el peso del fuego enemigo. Es indudable, por otra parte, que la táctica defensiva ideará algún medio de afrontar el poder inesperado de la ofensiva, siguiendo las enseñanzas recibidas en la actual campaña.

(2) En cuanto a la formación, la sorpresa de la guerra actual ha sido, indudablemente, el éxito relativo de otra teoría militar alemana, me refiero a la posibilidad de conducir tropas reclutas, en formación cerrada, afrontando pérdidas tremendas. Esta teoría era puesta en duda por todos los demás tácticos militares del mundo y los alemanes han probado que su afirmación era correcta, a lo menos en este caso. Pero hay otro aspecto de la cuestión, que no ha sido dilucidado y se refiere a la consideración que emana de las enormes pérdidas de vidas que importa esta clase de formación. Es necesario considerar si vale la pena su adopción en una campaña que no se ve coronada por el éxito desde su comienzo. No sabemos si las tropas sometidas a esta dura prueba puedan nuevamente ser mandadas al exterminio; ni sabemos tampoco el efecto que esta largueza tendrá en el fin de la campaña, al gastar innumerables vidas si el objeto primordial que ellas persiguen no se consigue.

(3) En cuanto a la navegación aérea, hay cuatro factores que no deben ignorarse y que han sido ya perfectamente comprobados:

(a) Los aviadores militares se empeñan en combates aéreos, sin temor alguno, y con la mayor frecuencia, sorprendente como parecía ser este método de guerra antes de romperse las hostilidades.

(b) Las aeronaves pueden descubrir el movimiento de grandes masas de tropas con mucho más precisión de lo que se imaginaba antes de la guerra.

(c) Los cuerpos de aviadores militares, que están expuestos a sufrir las inclemencias de climas más severos, luchando con vientos más tenaces, tienen una inmensa ventaja sobre los demás aviadores no sólo en tiempo revuelto sino también en buen tiempo. A esto se debe la superioridad reconocida de los aviadores británicos sobre sus aliados y enemigos.

(d) El aeroplano elevado a gran altura no es tan vulnerable como pretendía cierta escuela de tácticos ni tampoco es invulnerable como lo sostenía la escuela contraria. Los accidentes que han sufrido los aviadores de parte de los tiradores enemigos y aún de sus propios compatriotas, no son tan altos en proporción en el número de

las bajas causadas en las demás clases de armas. Parece que la imposibilidad de asegurar si un aeroplano pertenece a un amigo o a un enemigo los aparta de este peligro.

Hay muchas otras cuestiones relacionadas con los aeroplanos las que no se han resuelto hasta la fecha. La más importante de estas cuestiones es la referente a los dirigibles y zeppellines.

(4) La atención que debe prestarse al fuego de fusilería y la importancia que debe dársele a la práctica de la bayoneta parecen haber sido ya demostrados por la guerra actual.

El fuego acertado de fusilería, especialmente tratándose de defender posiciones difíciles, fué la salvación de las tropas británicas durante la retirada en Mons y durante toda la batalla del Marne y los informes oficiales franceses aseguran que la bayoneta fué el factor decisivo en los diversos encuentros. Si fuera verdad el aserto de un oficial francés, que afirma que: "todas las acciones terminan con el empleo de la bayoneta", el número efectivo de tropas que se empeñan en esta clase de combates y las bajas que se producen no son muy altas en proporción al conjunto.

Parece que la bayoneta ha reemplazado la carga de caballería que se acostumbraba y que debía emplearse cuando las fuerzas enemigas estaban despedazadas o se encontraban empeñadas en una fuga precipitada. En condiciones diferentes no hemos oído mencionar que se haya empleado con éxito la carga a la bayoneta.

(5) En las dos cuestiones primordiales relacionadas con la artillería de campaña, las reseñas de los combates nos revelan muy poca cosa. No sabemos, hasta que haya una relacción detallada, si la mayor rapidez del fuego de los cañones franceses de 75 milímetros le han dado una superioridad correspondiente sobre su adversario el cañón alemán de 77. Es evidente que tiene una relativa superioridad sobre él. El grado de aquella superioridad no lo sabremos hasta que los alemanes hayan escrito su historia de la guerra.

Nada hemos logrado establecer en cuanto al peso de las piezas de artillería. La teoría del general Langlois, que convenció a las autoridades militares francesas acerca del empleo esencial de la artillería ligera, no ha sido comprobado con absoluta certidumbre hasta el momento actual y ha

habido ocasiones en que los cañones ingleses más pesados (especialmente en los combates alrededor de Meaux) fueron de gran ayuda a la causa de los aliados. Esta cuestión quedará seguramente resuelta cuando el tiempo se restablezca. En el verano, por ejemplo, sobre el suelo endurecido, la diferencia entre los cañones de artillería pesada y ligera puede no ser apreciable; pero en cuanto caen las lluvias la diferencia está en favor de la artillería ligera.

(6) En cuanto a la provisión de pertrechos de guerra entramos a considerar una cuestión de la mayor importancia para los intereses de Gran Bretaña, pues es la superioridad naval de este país y el bloqueo completo de los imperios germánicos lo que resuelve este punto.

Entre las muchas cosas que necesita un ejército moderno y que se encuentra solamente en determinadas regiones del universo, la mayor parte situadas fuera del territorio del Continente Europeo, se encuentra el más importante de todos: el petróleo. Es la substancia esencial para las exploraciones aéreas y en regiones donde existen muchos caminos, tal como en los campos occidentales de la Europa, es de

igual importancia para producir la fuerza motriz que necesitan los automóviles de toda especie que colaboran a la tarea de los transportes.

El petróleo no existe en la Europa Occidental. La producción es escasa y está confinada a las regiones ocupadas por la Galicia, Rumania y Rusia. La provisión asiática y americana sólo puede recibirla Austria-Hungría y Alemania por la vía marítima y esta vía está cerrada para ellos. No pueden, es claro, recibir petróleo proveniente de Rusia y los yacimientos petrolíferos de Galicia están en poder de las huestes de aquella potencia.

Sólo les queda el petróleo que puede proporcionarles Rumania y aunque este país es neutral, es indudable o casi cierto, que no pueden recibir las potencias teutónicas suficiente cantidad para abastecer sus necesidades. Hasta el momento actual este es el principal efecto causado por la superioridad de Gran Bretaña en el mar.

(7) Muchas de las condiciones predichas en tiempo de paz, acerca del efecto de la superioridad naval o dominio del mar, han sido comprobadas en la actualidad. El bloqueo de las potencias marítimas menores es casi completo; aunque debe recordarse que tiene una costa muy limitada y que el problema sería muy diferente si se tratase de una gran escuadra distribuída en muchos puertos con costas muy dilatadas.

Además, el submarino no ha probado ser un arma tan formidable como muchos creían y la superioridad naval de las grandes unidades de combate es incuestionable. Por otra parte, se ha probado que unos cuantos cruceros hostiles podían amenazar la navegación por un tiempo mucho más largo que el que se imaginaba consiguiendo dificultar el comercio marítimo en forma permanente.

La teoría de que al declararse la guerra aquella misma superioridad naval impediría a la potencia naval inferior destruir el comercio enemigo y que las rutas marítimas de la potencia predominante estarían tan seguras en tiempo de guerra como en tiempo de paz ha fallado por completo; así también, la idea sostenida acerca de que los submarinos podían buscar la escuadra enemiga en sus puertas y destruirla.

RESULTADOS POLITICOS

Al volvernos a considerar los resultados políticos de la actual contienda de las naciones europeas vemos que hemos obtenido resultados inmediatos del mayor interés e importancia para la seguridad de Gran Bretaña.

En primer lugar, hemos descubierto que mientras el sistema de conscripción militar se movilizaba con extraordinaria rapidez en el Continente el sistema especial de servicio voluntario de Inglaterra, para una guerra larga como esta, no ha fallado en este país. Todos convienen en aceptar que la forma en que se ha realizado el llamamiento de los voluntarios, acerca del cual hubo una grande y legítima ansiedad, ha estado fuera de toda proporción, de toda esperanza que en él se cifraba y particularmente ha excedido las expectativas de los enemigos de Inglaterra.

Creo que es necesario recordar que no ha habido una sola equivocación mayor, en lo que se relaciona con la apreciación de la psicología británica, de la cual se habían formado los alemanes un erróneo concepto, que el relacionado con esta cuestión.

Y los efectos de este gran movimiento de voluntarios que se alistan para acudir al llamamiento de la patria, con los mejores elementos de su juventud, es el factor principal que la Alemania no ha considerado al acometer esta empresa formidable de dominar al mundo. Es un factor que crece y se desarrolla con el transcurso de las semanas, más lento tal vez que el predominio del mar que la Gran Bretaña extiende más y más cada día; pero crecerá pronto hasta al extremo de ejercer una influencia decisiva transformando la faz de las operaciones bélicas de esta guerra tremenda.

Ya tenemos una respuesta precisa a la pregunta que nos hacíamos al considerar si sería posible en las grandes ciudades mantener el secreto que es esencial para el éxito feliz de las operaciones.

Hemos recibido una sorpresa al cerciorarnos de la forma tan restringida en que se divulgaban las noticias de la guerra al público ansioso de saber lo que sucedía en los países aliados, comunicándoles sólo noticias secundarias; nadie pudiera haber concebido esto. Debemos reconocer que los adversarios de los aliados han excedido a estos en su reserva. Hay algo de cómico en esta completa seguridad con la cual los gobiernos de Austria-Hungría y Alemania

dan a sus súbditos las noticias de la guerra, condimentadas a su manera, y prohiben en absoluto la menor información que cobija o amplifique aquellos informes oficiales destinados a pasar las fronteras.

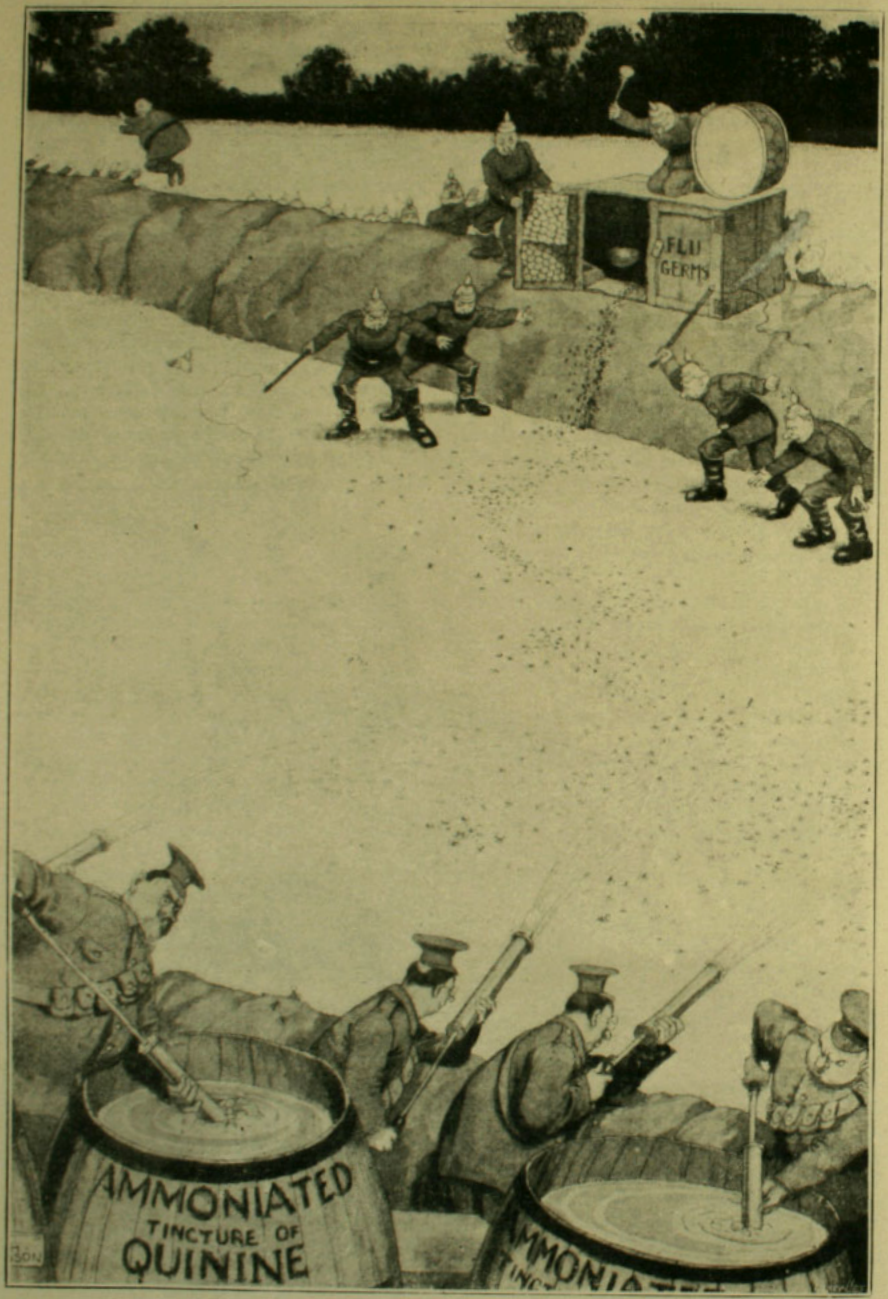
Hasta el momento en que escribo no hay confirmación alguna de la importante cuestión relacionada con la forma en que la población de una ciudad moderna soportará una tensión moral muy prolongada. En cuanto a la tensión moral indirecta provocada por la guerra la contestación a esta pregunta es satisfactoria para el habitante de las ciudades.

Tal vez el punto más importante de todos, entre las cuestiones de carácter político que ha solucionado la guerra, está el relacionado con averiguar si el sentimiento antagónico de las diversas clases sociales se sobrepondrá al interés nacional.

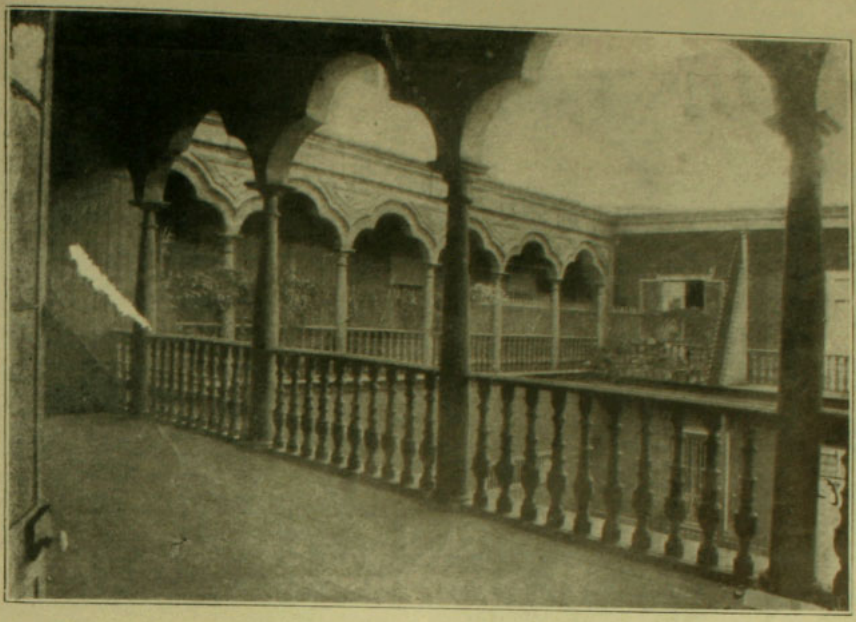
La teoría sostenida por algunos que afirmaban que el sentimiento de castas en cualquier país de Europa sería más fuerte que el sentimiento patriótico, ha obtenido en todas partes una severa contradicción.

En los distritos manufactureros de Alemania, donde las diferencias entre el capitalista y el proletario son tan marcadas, aquella distinción no ha tenido la menor influencia, no sólo en lo que se refiere a la movilización sino al espíritu mismo que anima a las tropas y nada tampoco se ha observado en aquella aristocracia francesa formada por sus propios campesinos o en Rusia que es en su totalidad una nación de campesinos.

Estas cuestiones, que han motivado tantas ardientes polémicas y conjeturas en las cuales se ha extraviado el juicio de muchos hombres versados en psicología, antes de la guerra, han sido resueltas en el sentido de que nada pueda conmover los fundamentos de las nacionalidades en los diversos países de Europa.



Ya no se combate de hombre a hombre en la guerra, sino contra los elementos



Interior de la casa de los condes de las Torres

Lima viejo y Lima nuevo

Una visita a la casa del Marqués de Torre-Tagle, don Ricardo Ortiz de Zevallos, Presidente de la Corte Suprema de Lima, cuyo fallecimiento ocurrido hace poco en el Perú ha causado honda impresión

En un rincón de la montaña de Santander de Burgos se alzan los muros de una casa solariega y se conserva una torre murada que prueba que, en remotos tiempos, vivieron allí hidalgos y valientes que sostuvieron rudas luchas con los moros y con los cristianos: que en las épocas medioevales la principal ocupación de los castellanos era la de luchar siendo lo menos que la guerra fuere contra los cristianos o los moros. Si a los grandes motivos de inquietud y actividad de las adargas y las ballestas, de las lanzas y las espadas, como eran Dios, el rey y la dama, se unían las rencillas particulares ya por agravios de origen ancestral o inmediato, ya por usurpación de feudos, se comprenderá cómo la principal y constante ocupación de los nobles era la guerra. El castillo a que nos referimos es conocido con el nombre de "El Rabanillo de Tagle", nombre en verdad original, cuyo origen no conocemos, pero que nos indica la antigüedad de la procedencia de estos señores Tagle, una de cuyas ramas más ilustres se estableció en Lima, desde principios del siglo XVIII, fundando solar. Según la remota leyenda que encontramos relatada en los libros de ejecutorias y genealogías, el fundador del solar en España, probablemente el que alzó su castillo en Santander de Burgos, debió su nobleza a un

El Marqués de Torre-Tagle rodeado de sus nietos. En sus brazos está José Bernardo Ortiz de Zevallos y Zañartu, hijo de nuestra distinguida compatriota señora Elena Zañartu de Ortiz de Zevallos

acto de valor. Recorriendo un día las espesuras del monte, vió a una gentil dama dando gritos de terror y en grandes atrenzos para librarse de la muerte cruel que la amenazaba, porque una descomunal sierpe,— espantosa y medio infernal como todas las de las leyendas — quería manducarse a la citada doncella.

El caballero, presa de generoso redimiento, arremetió contra la feroz bestia y la mató gallardamente, siendo probable que, con la gentileza heroica que acostumbraban los valientes de leyenda fuera a depositar la cabeza del monstruo a los pies de la bien librada joven, quien, al volver en sí, sintió que la gratitud y el amor -comprometían su corazón por el arrojado joven.

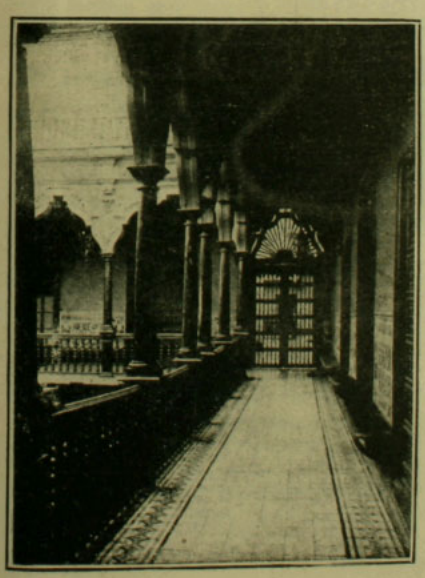
La casa de Torre Tagle, en Lima

Y la dama no era una "cualquiera", sino que era nada menos que una Infanta de León. Tan bien hablaría a sus padres y tan recomendable sería el galán, que pronto se efectuó el enlace, y el rey

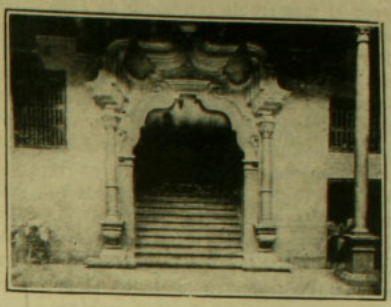
concedió, al que vino a ser su pariente por entroncamiento, el título de nobleza con un sugestivo blasón, cuya divisa o mote serviría para eterna recordación de la hazaña:—Tagle se llamó el que la sierpe mató y con la infanta casó.

Corrieron los siglos y uno de los descendientes de la raza primogénita, por la que se transmitía el título, vino a dar pos estos andurriales con un cargo de la corona. Rico debía ser el señor don José de Tagle Bracho cuando, en 1719, contribuyó con fuertes sumas de dinero para los gastos de la guerra contra los piratas, y en el barco "Nuestra Señora del Carmen" tuvo la suerte de apresar un buque holandés pirata "El San Luis". La corona de España se mostró agradecida con don José de Tagle y Bracho y le concedió el derecho de fundar solar en la Ciudad de los Reyes, según ejecutoria de 1730. Y en efecto ya en 1734 estaba construída esa joya de arquitectura colonial que nos resta, y que hemos tenido oportunidad de visitar recientemente, admirando las bellezas y el noble confort que el hidalgo dió a su solar, tan distinto del que estilamos en estos tiempos de Telefunken y gramófonos.

El señor de Tagle y Bracho supo hacer su



Corredor alto



El arco de entrada de la escalera

casa nobiliaria con todo el arte y comodidad de un gran señor, y en los amplios corredores ricamente embaldosados, en los techos profusamente tallados, en la desahogada escalinata de piedra, en las puertas y ventanales espaciosos en los muros anchos y cubiertos de azulejos que Barreto colocó en 1735, en su riquísima y pequeña capilla comunicada con el refectorio de la casa, en sus numerosos salones, se siente aún el vago ambiente señorial que perdura como una resudación del viejo espíritu que hubiera impregnado las paredes. Se diría al comunicar por las vastas salas—que los actuales moradores de la casa han procurado profanar lo menos posible con los artefactos de la vida moderna.—que de pronto va abrirse una puerta y nos van a saludar las sombras de los antiguos marqueses con un "Guarde Dios a vuesa merced". Los pasos de nuestros zapatones "Uphan" disuenan antipáticamente, nuestros calzonazos tubulares y nuestros hongos prosaicos resultan de una ridiculez invencible, allí, donde se pasearon pantorrillas cubiertas con calzas de seda y casaconas recamadas de oro y piedras, que vistieron a seres ingenuos de alma que no supieron ni jota de Schopenhauer y de Nietzche, que ignoraron de problemas psicológicos, que no conocieron a Leguía, ni leyeron en sus veladas familiares más libro sabio y entretenido que las "Aventuras del Ingenioso hidalgo"... Y eso.

El último de los marqueses fué el que en 1821 dió la muestra de mal gusto de firmar el acta de la Independencia, y de ser presidente en 1823, nombrado por el Congreso, después de la deposición de Riva Agüero.

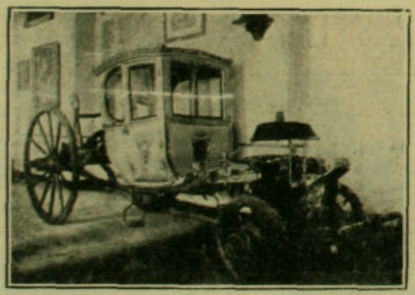
La casa de los marqueses de Torre Tagle fué, según Odriozola, una de las tres que

resistieron el memorable terremoto de 1746. El piso de uno de los corredores altos se cimbró y fué preciso apuntarlo con las columnas que hoy se ven y que no responden al legítimo estilo mozárabe que informara la arquitectura de la casa.

El presidente San Román, en 1863 y a los cinco meses de su gobierno, murió en la casa de Torre Tagle. Pocos años después se verificaron en los salones de esta señorial mansión las sesiones del primer Congreso americano. En 1881 funcionaba la legación francesa en los altos, y en los bajos, el almirante du Petit Thouard, que tan acreedor se hizo a la gratitud nacional, estableció la Cruz Roja y hospital de sangre.

En los altos de la casa, en donde vive el doctor don Ricardo Ortiz Zevallos, vocal de la Corte Suprema y poseedor platónico—ya que nuestra democracia no consiente las farfullas heráldicas—del marquesado de sus abuelos, se conserva, como hemos dicho, hasta donde es posible, el ambiente de grato y rancio señorío. En los bajos funciona la oficina administrativa de una empresa molinera. Y ¡horror! hasta hace pocos años estaban allí las oficinas de una empresa de alumbrado eléctrico. Y es fama que un hermoso león castellano, tallado en madera, que hay en el patio de entrada, rugía con furor cuando comenzaba el ajetreo ignominioso de los dinamos!

CLEMENTE PALMA.



Celosa de los Tagle, que se guarda en el Museo Histórico

MADEMOISELLE ANITA

Por

EDOUARD ROD

Con ilustraciones.

—Como quieras—concluyó volviéndole la espalda.—No te sujetaré a la fuerza.

Estaba mucho más contrariado de lo que se confesaba a sí mismo, porque su sobrina le atraía a pesar de las singulares ideas que profesaba; la había unido a sus planes de vida; y sobre todo, temía la soledad.

Aquel golpe de teatro en la quinta Carlota no podía dejar de provocar comentarios en la población por la cual corrieron tres o cuatro versiones distintas. Tan pronto se echaba la culpa a unos como a otros. Los autoritarios como el alcalde Quartier o como monsieur Massod de Bussens se ponían del lado de monsieur Pedro Dionisio.

—Porque decían—¡ese es todo un hombre!... Tiene voluntad, y se ha ganado el derecho a tenerlo. ¿Por qué imponerle un género de vida que no le agrada? Más sabe el loco... ¡Qué demonio!

Algunos se atrevían a hacer ciertas observaciones.

—Un hermano: es un hermano—objetaba Rabourin;—no se le echa como a un criado, sobre todo cuando ha trabajado como ese pobre Adolfo Nicollet. A propósito, ¿qué ha sido de él?

Monsieur Massod de Bussens se complacía en decir que lo empleaba a jornal, y aunque daba a entender que por caridad, lo hacía en realidad porque nadie cuidaba como él las orquídeas, y por la satisfacción de tener a su servicio al propio hermano del millonario Nicollet.

—Y el otro, el moribundo—refunfuñaba el doctor Mathorel.—¡Trasladarle así, precipitadamente, con un cierzo que mata a un toro! ¿Es eso muy cristiano?

Nadie le contestaba; el doctor era de los que pretenden—con objeto de hacer responsable a Dios de los actos de los que presumen serle fieles,—que no se puede ser piadoso sin ser caritativo, y es sabido que los ejemplos en contra de esta teoría son numerosos. Monsieur Nicollet no tenía más blando el corazón que monsieur Bourdon; y sin caer en las beaterías del procurador, estaba en regla con el cielo. ¿Cómo se hubiera dudado de su fe, si, desde su regreso, había escogido su sitio en el templo, enfrente del púlpito, detrás de los bancos del Municipio? Lo ocupaba todos los domingos, con rigurosa puntualidad. Llegaba en su coche de dos caballos, adoptaba el continente contrito de rúbrica, mirando el forro de su sombrero, escuchaba sin moverse el sermón, aprobando a veces con movimientos de cabeza, y echaba veinte francos en el cepillo que pasaban a los fieles durante el último cántico. El domingo que siguió al golpe de estado, se le observó con tanta mayor curiosidad cuanto que monsieur Trembloz predicó sobre la parábola del Buen Samaritano. Monsieur Nicollet escuchó sin que al parecer, le pasase por las mientes que hubiera la más remota semejanza entre él y los indiferentes que pasaban al lado del caminante herido. Ya fuera, cuando iba a subir a su coche, divisó a monsieur Mathorel que se encontraba allí, por casualidad, y le llamó con un gesto autoritario y familiar.

—¿Cómo ha encontrado usted a mi hermano, doctor?

Mathorel, ya algo picado por la impertinencia del gesto despótico al que, sin embargo, había obedecido, respondió malhumorado:

—Muy mal. Ese traslado le ha fatigado muchísimo.

—No habrán tomado las precauciones necesarias. Yo había encargado...

El doctor interrumpió:

—La mejor precaución, la única, era dejarle en su cama, y puedo asegurarle a usted que si me hubieran consultado...

Pedro Dionisio no le dejó tiempo para explicar lo que hubiera aconsejado que se hiciera, porque dando una vuelta sobre los talones subió a su coche, que partió al galope, dejando al doctor hecho una furia y con la palabra en la boca.

Al dar la vuelta el coche por detrás de la iglesia pasó por el lado del tío Adolfo. Ocupado éste hasta entonces en atender a sus jardines, a los que dedicaba tanto los domingos como los días laborables, sólo venía al templo tres veces al año: en Navidad, el Viernes Santo y el día del Ayuno federal. Pero ahora, que le sobraba tiempo y que vivía en la población, iba como todo el mundo a escuchar los sermones de Trembloz. Con el talle aprisionado en una levita demasiado estrecha, con un sombrero cuya moda se perdía en las lejanías del siglo, volvía con paso menudo, con el aspecto de un hombre agobiado por una gran desgracia. Levantó su buena cabezota para mirar el coche y, sin odio, saludó a su hermano con una sonrisa triste y maquinal que parecía decir: "No ha sido muy bueno conmigo, pero de todos modos eres mi hermano, y no te guardo rencor". Pedro Dionisio, con su acostumbrada seriedad, le devolvió su saludo con su mano enguantada. "Esa gente está loca—pensaba—desconociendo mis bondades. Yo soy quien debo medirlas, no ellos. Si se niegan a aceptarlas, allá ellos. ¡Por mi parte, sólo he querido su bien!"

A pesar del resquemor que tenía contra Julio, no se desentendió de él, estimando que un hombre de su posición tiene que "guardar las conveniencias". No se le ocurrió la idea de ir a verle, pero sí mandarle muchas botellas de vino añejo, de magnífico coñac, de champagne de las mejores marcas—puesto que los médicos aún recomiendan semejantes venenos—y pasteles, capones, ostras, caza rara. El pobre Julio que iba perdiendo el apetito, miraba todas aquellas cosas con ojos apagados, cortaba con la punta del cuchillo un poco de pechuga de chocha o mojaba sus labios en la espuma de una copa de "Viuda Clicquot", y decía con el rostro crispado:

—Pedro Dionisio, practica a su modo el amor fraternal; ¡es extraordinariamente generoso de lo que le sobra!

Luego llamaba a Anthonp para regalarle con las sobras, y se divertía no poco viéndole comer y beber como un animal, gruñendo de placer.

Su única alegría eran las visitas de Cristina, que iban acortándose por la tiranía de su padre. La muchacha llegaba, como trayendo en los pliegues de su falda la frescura del aire del lago y la belleza del paisaje que no alcanzaba a verse desde la casa del "Cometa".

—Usted es la que trae la paz, decía él.

Ella le oía desarrollar sus planes fantásticos, teniéndole estrechada su mano febril entre las suyas. Cuando se quería marchar, él le rogaba que se detuviera diciéndole con voz plañidera:

—¡Un momento todavía!

—¡Qué más quisiera yo! Pero, ¿y mi padre?

—¿De veras que si no fuese por su padre, usted se quedaría un rato más?

—¡Hasta que usted me echase!

—¡Bueno, pues... váyase usted... váyase usted y dígale... que le envidio... que es muy feliz!...

Así duró algún tiempo, con alternativas de mejoría y de recaídas; muy a menudo poniéndose insoportable. Entristecíase cuando no estaba Cristina, embargado por el amor a la vida. Trazaba planes magníficos para cuando se curase, pero de repente una reacción sobre sí mismo, le traía a la realidad:

—¡No, no, nada de esto! Cuando me ponga bueno, sobrinita, me despediré de vosotros y volver a correr mundo. Porque... porque... ¿Qué demonios querrías que hiciera, si no?

—Pues tío, quedarse conmigo!

—Sí, tú eres una buena muchacha; pero no se puede nada contra el destino, y el mío está escrito no sé dónde... en un libro, del que toda tu bondad no podría borrar ni una línea.

Un día se murió de un ahogo. La huéspeda que fingía no esperar ya, acababa de entrársele por las puertas.

La cuestión del entierro llevó a monsieur Nicollet a la casa del Cometa. De igual modo que había colmado a su hermano de golosinas costosas y superfluas, quiso hacerle unos funerales suntuosos: coche fúnebre extraordinario, caballos con arreos de gala, paños, flores, coronas, una magnificencia que hacía resaltar su afán de lujo y de aparato. Mademoiselle Anita rechazó sus ofrecimientos.

—Eso no se hace aquí, tío. No hay costumbre. ¿De dónde había usted de sacar esas magnificencias?

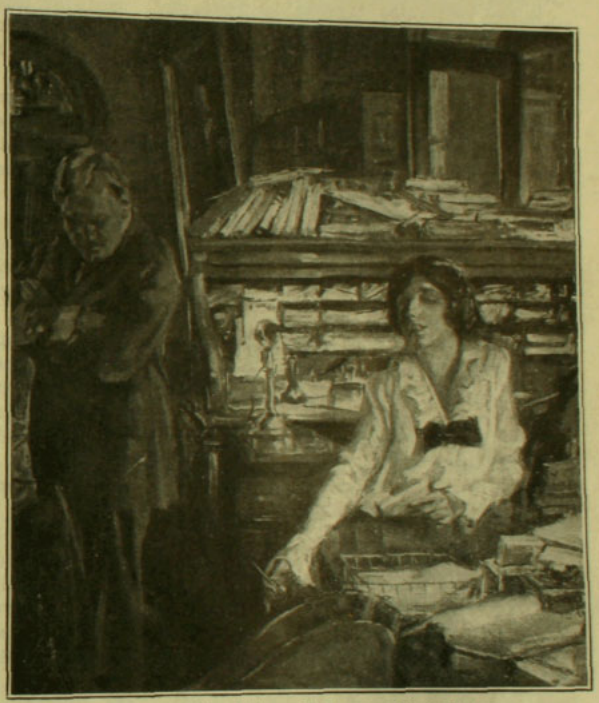
—Se encuentra todo lo que se quiere.

—¿Para qué buscarlo? El tío Julio ha muerto demasiado humildemente para que se le entierre como a un rey.

Pedro Dionisio pretendió objetar las obligaciones que impone la riqueza, la necesidad de hacer bien las cosas; pero ella le detuvo y con aquel tono dulce y firme, cuya autoridad ya había comprendido en otra ocasión, le dijo:

—Hacer bien las cosas no es buscar el relumbrón ni querer asombrar a la gente con un lujo inoportuno; es seguir las costumbres y las conveniencias. No hay para qué trastornar la población por un pobre hombre como lo fué el tío Julio, y más vale que se le entierre sin ruido. Además, no ha muerto en su casa de usted.

Pedro Dionisio sintió la censura de las últimas palabras; pero fingió no entenderlas y emprendió la retirada. Siempre que la voluntad de Anita chocaba con la suya, empezaba por enfurecerse; luego, en el fondo de sí mismo, una voz muy débil, pero que él oía, murmuraba: "¡Tiene razón!" Su egoísmo brutal replicaba: "Es absurdo". Pero la vocecita repetía su estribillo con una tranquila resistencia, y acababa él por preguntarse, con un principio de vacilación, con algo parecido a una inquietud: "¿Tendrá razón de veras?" Y se encontraba un poco diferente de sí mismo, asombrado de apenas reconocerse.



Mademoiselle Anita rechazó sus ofrecimientos

El caso fué que él que tan avaro era de sus pasos como pródigo de su dinero, tuvo que seguir a pie un entierro muy humilde, bajo una malhadada lluvia que parecía caer del cielo gris sólo por fastidiarle. A su izquierda el tío Adolfo, fué secándose los ojos durante todo el camino con un pañuelo amarillo. Monsieur Nicollet no encontró nada que decirle, mientras pensaba:

—¿De dónde sacará este imbécil verdaderas lágrimas, por un vagabundo que le avergüenza a uno que sea pariente?

Y andaba con su paso de autómata, sin mirar a los lados, con los ojos fijos en el modesto féretro que su munificencia había cubierto de ramas y coronas. Bajo la torre cuadrada del reloj grande, en donde se detuvieron para despedir el duelo, la población entera desfiló ante los dos hermanos con un ruido de pasos lentos, pesados, regulares, que acaba por marear. Luego, algunos íntimos acompañaron hasta el cementerio, bajo la lluvia que continuaba cayendo, los restos del pobre Julio. Y aún fué necesario descubrirse mientras monsieur Trembloz le decía el último adiós.

—Era una alma extraña, llena de misterio, una pobre alma atravesada por soplos de ideal; una de esas almas que no podemos conocer, que no podemos comprender, que giran como torbellinos en la vida, como los estorninos en el aire. Nosotros no hemos visto más que sus actos; Dios sólo ha sabido sus pensamientos. Sólo él puede juzgarle.

Pedro Dionisio pensaba:

—Este pastor predica algunas veces muy bien, pero hoy habla como un tonto. Julio era un perezoso y me sospecho que un mal hombre.

Cada uno se marchó por su lado, y Adolfo levantó hacia su hermano sus bondadosos ojos de perro fiel, rojos por el llanto, y le tendió la mano, diciendo con la voz entrecortada:

—Cesarina, luego Emilio, luego Justo, luego él. ¡Sólo quedamos los dos, Pedro!

Este le miró con estupefacción y respondió:

—¡Es verdad! ¡No se me había ocurrido!

Y muy en el fondo de su alma allí donde sentía a veces resonar la débil vocecita que hablaba como su sobrina, sintió invadirle algo indefinible: recuerdos confusos que le trotrajeron hacia seres queridos en quienes no pensaba jamás; una emoción lejana, pero inesperada, un imperceptible comienzo de enternecimiento que evocó vagas impresiones olvidadas.

Sacudió pronto aquella sensación desagradable, estrechó la mano de Adolfo y tomó su coche, que partió al galope; detrás, con la lluvia, los de a pie charlaban sobre la desigualdad de condiciones dentro de una misma familia.

VI

LA CASA DE MONSIEUR NICOLLET

Bielle continuaba aguzando tres mil pares de orejas para recoger las menores frases de monsieur Pedro Dionisio Nicollet; clavaba en él tres mil pares de ojos y observaba todas sus idas y venidas, todos sus gestos y todos sus aspectos. Su cochero, su ayuda de cámara, su palafrenero, su cocinero, el jardinero y su mujer, los porteros, eran otros tantos espías, más o menos inconscientes que hablaban de sus costumbres o citaban sus palabras a los proveedores, que las divulgaban a los criados y a los clientes, de manera que el americano entretenía como ese juego con el que se distrae a los chicos: ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¡Búscalo! Casi podría decir que de año en año he asistido a la elaboración del capítulo de historia local, de que fué él el protagonista. Algunas conversaciones que tuve más tarde con él mismo o con mademoiselle Anita, me han permitido discernir poco más o menos lo que había de verdadero y de fabuloso en esa chismografía.

Quizá hubiera resultado picante y entretenido reproducir aquí, no solamente los hechos, sino las conversaciones interminables que esos hechos provocaron, y si se nos permite la frase, los minúsculos ciclones de habladurías, de hipótesis, de comentarios y de reflexiones de que fueron objeto. Una tal narración agruparía alrededor de nuestros personajes, a seres extraños en quienes causaron ellos impresiones de que probablemente nunca se dieron cuenta; pero esto nos llevaría más lejos de lo que conviene. Me limitaré, por consiguiente, a reproducir, a título de ejemplo, uno de aquellos diálogos que tuve ocasión de presenciar.

Estamos en el viejo "salón de beber" de la *Cabeza de Moro, adornado* de ingenuas litografías de marco de madera, que representan los episodios principales de la leyenda de Guillermo Tell y de la Winkelried, y además, en otra, entre los guerreros de antaño, el general Dufour rodeado de su Estado Mayor saludando con su tricornio empenachado.

Yo me instalé en un rincón de la sala con un antiguo compañero de la infancia con quien me había tropezado en la calle, y

que me detuvo al paso con el tradicional: "¿Quiéres tomar una copa?"

Monsieur Quartier juega su partido de billar con el doctor Mathorel; los médicos nuevos no van por el café: pero monsieur Mathorel es de la vieja escuela, y no quiere cambiar de costumbres. Una docena de consumidores dispersos alrededor de las mesas observan a los jugadores. En el rincón de enfrente a nosotros, el notario monsieur Tiercet ha discutido extensamente un negocio con monsieur Vallot, registrador de la propiedad, cuya frente granulosa da brotes como una planta primaveral. Hay que creer que han llegado a un acuerdo, porque en el momento en que dos parroquianos desconocidos salen bruscamente, monsieur Vallot levanta su admirable nariz, guiña el ojo mirando a la puerta, y exclama en alta voz:

—Es el jardinero nuevo, que estaba con el nuevo cochero.

Monsieur Tiercet respondió:

—¡Ah!

Dos o tres caras se tornan atentas; todo el mundo ha comprendido que se trata indirectamente de Nicollet, del que van a saber algo nuevo.

—Es el cuarto desde que se marchó su hermano—continúa Vallot.

Tiercet repite su exclamación. El doctor Mathorel, que acaba de fallar una carambola, se vuelve hacia la galería, diciendo:

—Si busca uno que valga lo que el tío Adolfo, tiene para tiempo.

Inclinado sobre el billar, que aplasta con su vientre enorme, el alcalde pregunta:

—¿Qué ha sido de él?

Se oye el ruido seco de las bolas al chocarse. Vallot, acariciando su nariz de color de berenjena, responde:

—Trabaja a jornal, unas veces en un lado y otras en otro.

Un consumidor, que no conozco, aporta su informe:

—Ha estado toda la semana en casa de monsieur Massod de Bussens, porque éste dice que no hay nadie como él para las orquídeas.

En aquel momento Pablo Bourdon hace su entrada; está más amarillo que nunca; lleva gafas azules, que hacen aún más torva la expresión de sus ojos. Nos lanza una mirada de desagrado, y va a sentarse enfrente del desconocido que acaba de hablar.

Pregunto a mi amigo en voz baja:

—No es tan beato como su padre, puesto que viene al café.

Mi amigo me contesta en la misma forma:

—No; dos beatos en un solo bufete es demasiado; se ponen de acuerdo para la clientela.

Después de algunos minutos de trastorno, ocasionado por la entrada, monsieur Vallot continúa:

—¡Pobre viejo! El otro día le encontré aquí cerca y le ofrecí una copa. No quiso tomarla. Marchaba todo encorvado, como si lo hubieran deslomado.

El doctor Mathorel, que tiene las tres bolas reunidas en un rincón, con gran descontento del alcalde, interrumpe su tirada de carambolas para decir:

—¡Qué demonio! A su edad no se pueden cambiar las costumbres, y él era quien había creado la quinta Carlota.

—Pero sabía que no era propiedad suya—objeta el alcalde.

Pablo Bourdón dijo en son de aprobación:

—¡Claro es!

Otro consumidor se pone a contar:

—Yo conozco algo al jardinero, al antiguo, al que se acaba de marchar: y me ha dicho que había encontrado un día a ese pobre diablo de Adolfo rondando por los bosquecillos, con un aire tan trastornado... "¿Qué hace usted ahí?" le preguntó, y Adolfo le contestó: "Usted perdone; quería ver si los "plumbagos" van bien, porque a esas plantas hay que conocerlas". "A mí mismo me da lástima, me dijo el jardinero, y le dejé pasearse por la propiedad cuanto quiso, porque el patrón estaba en Ginebra. Y había que verle parándose ante los arbustos y los arriates".

—El pobre acabará mal—dice el doctor.—Tiene el temperamento de un maniaco... acabará mal... y su hermano...

—¡Oh! A su hermano no le quitará eso el sueño—interrumpe Vallot.

—Después de todo—exclama el alcalde, apuntando a la roja.—cada uno es dueño en su casa.

Falla la jugada.

—Seguramente—declara de nuevo Bourdón.

Vallot menea la cabeza murmurando:

—Lo cual no impide que cuando se muera...

—Cuando se muera—repite el alcalde—

su alma rondará en torno de la quinta Carlota, y será una bonita leyenda.

Alguien pregunta:

—¿Y su sobrina?

—¡Oh!—dice Tiercet.—¡Eso es toda una historia!

Todas las miradas se vuelven hacia el notario que balancea un instante su cabeza de pájaro desplumado, preguntándose, sin duda, si es prudente hablar delante de tanta gente. Repite:

—¡Es toda una historia!

Los jugadores interrumpen su partida; corre tal viento de curiosidad por la sala, que el mismo general Dufour parece animarse para oir lo que va a decirse. ¿Cómo resistir a la tentación?

—Veamos—exclama el alcalde recostándose en el billar abandonado.

Entonces Tiercet comienza con su voz de pito de feria:

—Lo que yo sé es lo siguiente: Algún tiempo después de la muerte del tío Julio, monsieur Nicollet fué a ver a su sobrina a la casa del Cometa. Le rogó que se encargara otra vez de su casa, y ella le dijo que no, con motivo de la despedida de Adolfo.

El doctor Mathorel interrumpe:

—¡Tiene carácter esa mujercita!

—Va usted a ver—continúa Tiercet.—Como monsieur Nicollet no tiene costumbre de que desoigan su gusto.... ya comprenden ustedes que con su fortuna... le dijo: "¿Sabes lo que voy a hacer? ¡Casarme y desheredarte!" y ella le contestó: "Me es completamente indiferente", y él se marchó furioso, jurando que no volvería a verla en la vida.

Todos se miran, se consultan con la vista, hacen ¡hem! ¡hem!, y Vallot pregunta con admiración:

—¿Cómo sabe usted todo eso, Tiercet?

Antes de que el notario haya respondido, el alcalde exclama:

—Si ha dicho que se casa, ya verán ustedes cómo se casa.

Tres o cuatro personas interrogan a su vez, mirando al notario.

—¿Con quién?

Ahora la omnisciencia de Tiercet falla; sólo puede agitar la mano, murmurando con aire misterioso:

—¡Oh! ¡Eso!...

Y conversaciones como ésta se repetían a cada minuto.

Por aquella misma época, monsieur Nicollet hizo algunas tentativas para intervenir en la vida local. Siempre había sido esa su intención. Se complacía en recordar que en América los hombres que han llegado a la fortuna se ocupan en seguida en formular bien público y gastan en provecho de todos una parte de sus rentas. Naturalmente, la perspectiva de estas liberalidades regocijaba a la gente importante, que no pedía otra cosa que responder a sus deseos; se le nombró por consiguiente miembro del Consejo Parroquial, miembro de la Comisión de Escuelas, presidente de la sociedad para el desarrollo y embellecimiento de la población y tesorero de la Junta de Asilo de Niñas. Estas juntas, estas sociedades y estas comisiones procedían en el cumplimiento de sus funciones con una lentitud mesurada que no les impedía ser eficaces; monsieur Nicollet declaró que "vegetaban" y se forjó el deber de empujarlas a la acción. Así, por ejemplo, la historia cuenta que en Bielle en tiempo de los romanos se hallaba establecida una colonia ecuestre; pequeños hallazgos habían permitido afirmar a los sabios locales que quizás encerraba antigüedades importantes. Monsieur Pedro Dionisio tomó la iniciativa en las investigaciones, de las cuales se esperaba mucho; unas zanjas trastornaron la calle Mayor, en donde interrumpió la circulación, y se le pudo ver, de pie sobre la tierra recién sacada, con el alcalde o el bibliotecario, examinando los restos de ánforas, de urnas cinerarias y de lacrimatorios que exhumaban los trabajadores. Por desgracia, aquellos trabajos provocaron una epidemia de fiebres tifoideas y al cuarto caso que se declaró, la Municipalidad, hizo prudentemente cegar las fosas, en donde las viejas osamentas volvieron a descansar tranquilamente.

—¡Hasta el día del Juicio!—canturrió el doctor Mathorel.

Monsieur Pedro Dionisio se consoló sin dificultad porque aquellos huesos de muerto y aquellos cacharros inútiles no le interesaban gran cosa; prefería pensar en el porvenir, innovar, buscar medios originales de utilizar en provecho del hombre los productos de la naturaleza. En este orden, mil ideas prácticas brotaban de su cerebro desocupado: ¿por qué no se recogía la fuerza del Arno, el pequeño río que descendía inocentemente del Jura, entre valles flori-

dos de ulmarias? Sin embargo, representaba un número considerable de caballos de vapor y podía mover bastantes turbinas. ¿Por qué no se pensaba en construir tranvías? En América, incluso en las poblaciones ínfimas, los hay desde hace mucho.

—Pero aquí—decía la gente—nos sobra el tiempo para ir a pie.

¿Por qué no se constituía una sociedad por acciones para instalar a la orilla del lago un hotel moderno, de primer orden, con ascensor, que echaría abajo a "La Cruz Roja", a la 'Trucha" y hasta a la "Cabeza de Moro", a todas aquellas casas cuyas muestras pintorescas se balanceaban al viento, hotel que haría afluir extranjeros a la localidad? ¿Pero, quién había de querer disgustar a los dueños de los antiguos establecimientos, suscitándoles un peligroso competidor? Pero ahí estaba el colegio construído y arreglado en tiempos en que no se preocupaba nadie de la higiene de los alumnos, ni de la comodidad de los locales; así es que todos reconocían la necesidad de repararlo y la comisión de escuelas estaba en este punto completamente de acuerdo con la municipalidad. Pero, tres arquitectos rivales habían propuesto cada uno un proyecto, y ¿cómo escoger?

Así es que la buena voluntad de Nicollet chocaba con la tradición, con las rivalidades y con los intereses creados que la paralizaban. Sin embargo, logró un éxito. Se consintió en que arreglara la iglesia. Gracias a su dinero, desapareció la vieja estatua pagana corroída por los siglos, que desde tiempo inmemorial veía entrar y salir a los fieles; se rodeó el templo de contrafuertes que casaron mal que bien con el asperón de los muros, cuya noble pátina se raspó cuidadosamente; de manera que, limpio, revocado por fuera, repintado por dentro, pulido y lustroso, tomó el aspecto original de una viejecilla que se ha cubierto de afeites y de polvos de arroz. Entonces se notó que le faltaba campanario, olvido culpable de su constructor.

—¡Ya le daremos uno!—declaró Nicollet.

—¡Pero eso es una obra nacional; es preciso que todos se interesen por ella!

Poco tiempo después, advirtió que en calidad de estatua, sólo había en la población un viejo caballero bernés que adornaba una fuente, y precisamente los periódicos anunciaban que un escultor célebre de París,

Bajo una malhadada lluvia que parecía caer del cielo gris sólo por fastidiarle

acababa de hacer un "Guillermo Tell". Lo compró sin enterarse de más y le ofreció a la población; obligó a que lo erigiesen bajo el árbol de la Libertad, en donde permanecerá eternamente con su ballesta, su gorra y no sé qué acento extranjero que hace decir a los bielleses:

—¡Lo que es a éste, ya se le nota que no viene de Alltdorf!

Salvo en estos dos casos, los proyectos que monsieur Nicollet explanaba en sus comisiones, espantaban a aquellas buenas gentes tranquilas, acostumbradas al paso sua-

ve de su lenta vida, un poco parecida al río, cuyas fuerzas se pierden en alimentar a las truchas que viven en sus aguas.

Los que no gustaban de decidirse, decían:

—¡Hay que verle venir!

Y todos espiaban sus movimientos, con sentimientos complejos en que el temor se mezclaba a la admiración. Cada vez que en los comadreos de sus colegas de las distintas comisiones que traía [illegible] se relataban sus dichos o se comentaban sus intenciones, los más prudentes enumeraban las dificultades, las discutían, las encontraban insuperables, y concluían diciendo con ese acento lento que devora los finales:

—Si se le dejase hacer todo lo que se le antoja..., ¡oh!

Esto lo decía todo. "si se le dejase hacer" era dar un salto en la obscuridad; era la población derrumbada como al toque de la trompeta del Apocalipsis, otra nueva en su lugar, como ocurría allá abajo, en el otro extremo del lago, en Clarens y en Montreux. Se ganaría dinero, mucho dinero, pero ya no sería la buena Bielle de antaño y haría falta que todos se movieran como con los demonios en el cuerpo, para hacer negocios. Algunos sonreían a estas perspectivas que otros juzgaban aterradoras. El doctor Mathorel, que decididamente no quería a Nicollet, exclamaba a cada paso:

—Aquí no estamos en América, guardemos nuestras costumbres, conservémonos como estamos y que nos deje en paz.

Monsieur Rabourin, el sombrerero, que no tenía ambición política por propia cuenta, pero que no resistía a la tentación de suscitar dificultades a Quartier, respondía:

—Tiene cosas buenas, se lo aseguro. No se haría mal en ir pensando en él para las próximas elecciones municipales, porque nuestro pobre alcalde ha llegado ya a la edad de la jubilación.

Monsieur Quartier, que gobernaba la villa desde hacía más de un tercio de siglo, no tenía el menor deseo de ceder su puesto; plantado sobre sus piernas sólidas, enorme, macizo como un reducto inconquistable, estaba con los partidarios de la pacífica existencia tradicional, a los que arreglaban su vida regular por el reloj grande, que dominaba desde sus alturas de la calle Mayor, y de los tímidos que se espantaban de la rapidez del "progreso moderno". Estos repetían con el doctor Mathorel:

—Sí, sí, todo eso son ideas de ultramar. Aquí no vamos tan de prisa y tenemos razón. Quartier ya no es joven, es verdad, pero él es el hombre que necesitamos.

Estaban en mayoría; una mayoría inerte y tenaz, que se desmoronaría de año en año como la torre romana o las murallas a medida que muriesen los viejos, pero que entretanto resistía valerosamente a su modo.

Naturalmente, la mala inteligencia era recíproca; la lentitud con frecuencia calculada de los bielleses, su plácida cordura, sus tanteos, exasperaban a monsieur Nicollet. Como muchos europeos que se han abierto camino del otro lado del Océano, había vuelto más yanqui que los mismos yanquis, exagerando su gusto por la acción y por el fausto, poniendo su amor propio en sobrepujar sus caracteres, y tanto más, cuanto que su forzada ociosidad le estimulaba a buscar en qué ocuparse. Se complacía en repetir con un poco de acento inglés:

—¡Yo soy americano!

Las malas lenguas decían detrás de él:

—¡Si lo fuera de veras, no se daría tanto tono!

Cada vez que una junta enterraba uno de sus proyectos, volvía furioso a la quinta Carlota, con la cabeza hundida en el cuello de su camisa, y se desquitaba ordenando algún inesperado trastorno en su propiedad. Era su modo de aliviar su mal humor: decretaba la construcción de una nueva dependencia, cuadra con parque para ciervos que en un tiempo se le antojaron, gruta artificial, cochera para las máquinas americanas que no servían, corral maravilloso en donde coleccionaba todos los volátiles de la creación o bien mandaba hacer talas despiadadas en sus bosquecillos. Porque el Ayuntamiento se negó a derribar medio población o a levantar un piso en el hospital, las viejas encinas respetadas por míster Smithson, los castaños y las "Wellingtonias", plantadas por el tío Adolfo, cayeron bajo el hacha, se destrozó un carpinal, se cambiaron de sitio las rocas, que se convirtieron en un montón de piedras de las que brotaba alguna hierba. El tío Adolfo, que rondaba constantemente en torno a la posesión, se plantaba en la carretera, observando lo que podía percibir de semejantes destrozos, hasta que Cristina Laugier salía de su casa para consolarle un poco. A las buenas palabras que ella le decía, él, meneando su gruesa cabeza, contestaba:

—Ver deshacer todo lo que uno ha hecho durante su pobre vida, toda su obra, por semejantes bárbaros, ¿no es muy triste? ¡No puedo conformarme!

El cuento de la cólera devastadora de monsieur Nicollet que un criado cualquiera se encargaba de divulgar en la población, divertía a los bielleses; no les disgustaba afirmar su independencia en frente de aquel hombre poderoso que había rescatado esclavos durante la guerra de Secesión, y luego hecho pesar sobre muchos hombres, blancos o negros, el despotismo de su dinero. El alcalde Quartier le decía en su fuero interno:

—¡Aquí, hijito, no harás tu bendita voluntad!

Muchas personas decían lo mismo para sus adentros, porque se hayan ganado millones, Dios sabe cómo, no es una razón para venir a la vejez a volver patas arriba su villa natal por distraerse. Cuando se es rico, se descansa, gastando prudentemente sus rentas; y así se hace progresar el comercio, sin amenazar la tranquilidad del prójimo. Los más hostiles comenzaban incluso a murmurar, imitando el acento de monsieur Pedro Dionisio:

—¡Puesto que se ha hecho americano, debía haberse quedado en América!

Monsieur Nicollet llegó a ser completamente impopular, cuando se supo que se había adherido a "La Cruz Azul", recientemente importada de Inglaterra, y que solicitaba del Ayuntamiento la sala grande del castillo para que hablase un apóstol de la abstinencia. Esto colmaba la medida: que bebiese agua aquel ricachón, era cuenta suya; nadie le disputaba el derecho de hacer ascos al vino; ¡pero querer impedir a los demás que bebieran! ¡Aguar el placer de la buena gente que tiene apego a su copa declamando que el vino es un veneno que mata a los conejos de Indias, y tanto más de prisa, cuanto mejor es! ¡Confundir así el uso permitido con el abuso pernicioso, el producto de la viña que el mismo Señor ha bendecido y que desde hace dos mil años sirve para conmemorar el divino sacrificio con los alcoholes abominables que verdaderos criminales preparan en las fábricas! ¡Ligarse con el oidium y la filoxera contra las hermosas cepas que maduran en las costas asoleadas del Lemán, como si el vino no fuese el verdadero contraveneno del ajenjo y de otras drogas del mismo jaez! Eso pasaba ya de castaño obscuro; así que el Ayuntamiento estuvo a punto de negar la autorización pedida; pero por último se concedió la sala, prometiéndose acoger al apóstol, según sus méritos.

Jamás conferencia alguna fué anunciada en Bielle con semejante ruido. Desde ocho días antes las arcadas del Mercado viejo desaparecían bajo anuncios de un rojo sangre, en donde el nombre del orador se destacaba en letras enormes entre calaveras, tibias cruzadas y botellas marcadas con el rótulo: "Veneno". Al mismo tiempo, las personas importantes recibían una invitación impresa en que se las convocaba en la quinta Carlota, "para comer con el reverendo Amós Hobstett". El doctor Mathorel llevó su ironía hasta responder que aquel día estaba ocupado en el trasiego de la cosecha. Pero los otros no se atrevieron a negarse, y muy serios y cariacontecidos fueron a sentarse a una mesa suntuosa, en donde como acompañamiento de los manjares especiados, se les dió a beber agua helada y agua Apollinaris en las copas de champagne. Después de lo cual los coches de monsieur Nicollet les condujeron directamente al castillo.

Se encontraron casi solos, con algunos beatos pálidos, entre otros, monsieur Bourdon, el procurador, obstinadamente joven a pesar de la carga que debía agobiar su conciencia, y cuya presencia bastaba para justificar el dicho vaudés: "Todos los malos beben agua, como quedó bien probado cuando el Diluvio."

El reverendo Amós Hobsttet era uno de esos predicadores charlatanes que los buques ingleses descargan por docenas en todas parte del Continente. Habló durante más de hora y media en una jerga casi incomprensible, soltando estadísticas, narrando aterradoras anécdotas, exhibiendo láminas que representaban unas enfermedades tan terribles en las entrañas, que daban escalofríos. De cuando en cuando monsieur Bourdon daba con su bastón en el suelo para demostrar su aprobación, o con las secas manos enguantadas de seda aplaudía con un ruido desagradable de castañuelas. Monsieur Quartier tuvo que despertar a monsieur Rabourin que roncaba; otros durmieron con más discreción. Cuando el orador al fin hubo terminado, los invitados de Nicollet fueron en fila a estrecharle la mano, como es costumbre hacer en los entierros, después de lo cual le dejaron marchar con el ame-

ricano y decidieron concluir la noche en la 'Cabeza de Moro'', en donde algunas buenas botellas de viejo La Cote les consolaron del agua Apollinaris que perturbaba su digestión.

Tras el fracaso de aquella tentativa filantrópica, monsieur Pedro Dionisio dejó de preocuparse por sus conciudadanos sobre los que había pronunciado esta categórica sentencia:

—¡Son unos burros!

Desde entonces, vivió a dos kilómetros de Bielle, como si Bielle hubiera desaparecido del mapa; pero echaba de menos el trato con la gente. Tiranizado por sus antiguas costumbres, se levantaba muy temprano, como en los tiempos en que trabajaba, de manera que sus días se alargaban desmesuradamente. ¿Cómo llenarlos? Trastornar el jardín, la casa las dependencias, ensanchar su propiedad, despedir criados, todo esto representaba apenas en un año el movimiento y la ocupación de una semana de las antiguas. Ensayó el comprar cuadros, pero eso es cosa hasta fácil cuando puede uno pagarlos a sus precios sin entender de ello. Adquirió una biblioteca. ¿Para qué, si odiaba la lectura? Procuró viajar, pero el aburrimiento que le acompañaba en los baúles de piel de cerdo no tardaba en conducirle de nuevo a su casa. Solamente en dos meses de verano conseguía distraerse; sujetos no pertenecientes a la especie de los "burros" venían a ocupar sus quintas, a orillas del lago, o a llenar los hoteles de Montreux y de Evian; y entonces había "yachts" que entraban en el puertecito de quinta Carlota, y "mail-oachs" que levantaban gran polvareda por los caminos, y comidas, excursiones y almuerzos. Y todo Bielle decía:

—Monsieur Nicollet ha renunciado a ocuparse de cosas serias, ¡prefiere distraerse! ¡Ya no existe para nosotros!

—¡Oh, más bien!—corrigió Mathorel, ya no existimos para él.

—Y a su sobrina—preguntó uno, ¿la ve todavía?

—Nunca, desde que se negó a vivir con él.

—De todos modos, ella hubiera hecho bien, mirando las cosas despacio.

En realidad mademoiselle Anita, no echó nunca nada de menos, salvo al principio, el dinero que enviaba a sus hermanos.

Sobre este punto, las cartas de Pedro la tranquilizaron; la pequeña colonia, provista por ella de lo necesario, prosperaba en una vasta extensión conquistada a los bosques; la holgura sucedió a la miseria de los primeros años; los hijos de Justo se casaban unos tras otros; y constituían una tribu que pensaban en ella con gratitud cariñosa. Pedro hablaba también del momento en que podrían reembolsarla de sus adelantos, y de una próxima visita que pensaba hacer a su tierra. Entretanto, Anita continuaba llevando a sus infantiles alumnos a jugar en la Explanada—por más que la voz pública empezaba a tacharla de falta de método y de ser demasiado indulgente con la pereza infantil; consolaba al tío Adolfo que procuraba tomarse interés por árboles que no había plantado; educaba a Anthony, a quien a fuerza de cuidados comenzaba a acercar a la humanidad, que ya era afectuoso con ella, e inteligente a su modo, algo así como un animal domesticado. De manera que ella no se aburría nunca; cuando alguna señora, madre de un alumno, la decía:

—Ayer encontré a su tío en un magnífico coche de cuatro caballos. Se paseaba con gente muy elegante. Al lado del cochero, iba tocando la trompa, ¡esa gente sí que sabe divertirse! una especie de cazador de pantalón blanco y frac rojo.

Cuando le decían estas cosas, Anita sonreía un poco tristemente, porque en su interior se afligía de la miseria íntima que adivinaba tras de aquel lujo y aquel aparato.

Dos años pasaron así, si no me equivoco; luego un día estalló la gran noticia.

La trajo el cochero al café de "La Cabeza de Moro", de donde voló por toda la población, recorriéndola con la rapidez de una corriente eléctrica. El cochero entró como un huracán en la sala en que los "abonados" tomaban su copa o su vermouth de las seis, agarró a Monsieur Vallot por un botón de su chaquet, y le dijo a quemarropa:

—¿No sabe usted lo que sucede? ¡Se casa!

Inmediatamente todos los consumidores se pusieron de pie, rodeando al cochero.

—¡Que me maten—dijo—si sé cómo se le ha ocurrido esa idea! Ninguno de nosotros se la esperaba. Una vez, sin embargo, nada más que una vez... luego lo he recordado yo... me pareció que miraba a la chica, al pasar...

Consolaba al tío Adolfo que procuraba tomarse interés por árboles que no había plantado;

Hablaba como si todo el mundo hubiera estado informado, y nadie sabía nada.

—¿Qué chica?—le preguntaron.

—¡La hija del refugiado...! la que vive al lado nuestro, en una especie de cabaña.

—¿Ella?

—¡Ya lo creo!

—¡Imposible!

—¡Que sí! Ahora que ya lo sé me acuerdo perfectamente. Cuando pasábamos en coche, ella estaba muchas veces allí, como por casualidad. Había su ojeada y su saludo... Ella debía tener su proyecto... ¿Quién hubiera creído que le había de atrapar? ¡Una pobretona que se ocupa ella misma en todos los quehaceres de la casa! En fin, hace tres días, le veo yo que sale al camino completamente solo. Eso me extrañó, porque siempre sale en coche. Tiene un miedo a poner los pies en la calle... Le acecho, y veo que tira de la campanilla de la casa del viejo. Entonces, me dije: ¡Anda! Y nada, ¡que iba a pedir a la chica! ¡Y ahora ya es cosa hecha!

Hiciéronle mil preguntas; todos pedían detalles, pero el cochero no sabía nada más, porque monsieur Nicollet no acostumbraba a tomar por confidentes a sus servidores. Monsieur Vallot, mirándole, con un poco de conmiseración, exclamó:

—Y ahora, ¡ya no estaréis lo mismo vosotros!

Desde que se supo, se dió como un hecho que monsieur Nicollet había sido 'flechado" por los amaños de la pequeña intrigante. Las almas novelescas se extasiaron ante el poder del sentimiento al que nadie escapa; las malas lenguas se cebaron en Cristina, comedida y prudentemente, sin embargo, puesto que se convertía en "gran señora"; el tono general fué el del asombro, que se expresa en exclamaciones como "¡Quién se lo había de figurar!", o en sentencias como "¡Hoy en día, tiene uno qué esperárselo todo!"

A decir verdad, monsieur Nicollet no había recibido tal "flechazo". Los hombres de su temple están al abrigo de tales sorpresas. Lo que había hecho era sencillamente un antojo, o más bien, una decisión brusca, como las que efectuaba en otros tiempos en los negocios, cuando se arriesgaba en grande sin pesar el pro y el contra, como esas jugadas de "pocker" que se fían más al instinto que a los cálculos.

Un día, quizás maldiciendo de su sobrina en la que pensaba más de lo que a sí mismo, se confesaba, se había acordado de las visitas que hacía a su hermano Julio aquella vecina que se asustaba en cuanto le veía a él, como una de aquellas cervatillas que un tiempo le distrajeron, pero de las que ya se había cansado. Dos o tres veces la había visto a la ventana, dejando errar sus ojos por la cinta gris del camino, o en la huerta que cultivaba su padre recogiendo hortalizas para la sopa. Una idea cruzó por su espíritu: esa niña no debía ser muy feliz, no, ¡no debe ser mucho más feliz que yo! Era un motivo que los acercaba mutuamente. Otra vez pensó: 'Sin embargo, es muy bonita; y haría honor a un marido que le diera trajes de seda y alhajas!" Y un poco después: "Una persona así, acostumbrada al sacrificio, no esperando nada de la vida, sería una mujer abnegada, que no tendría caprichos; pero, ¿quién demonios ha de venir a buscarla ahí, en esa choza que amenaza ruina?" Y casi inmediatamente se le ocurrió contestar: "¿Por qué no yo?" y tras de esa réplica concibió la resolución, al estilo de allí, de América.

Contra su creencia, no se le acogió como a un salvador. En vez de arrojarse en sus brazos, Cristina, a quien no deslumbraban los millones, pidió ocho días para reflexionar.

—¡Ocho días!—exclamó Nicollet. ¡Reflexionar! ¡Pero si yo me he decidido en diez minutos!

La contestación del padre, de Laugié, le dejó estupefacto:

—¡Es posible! ¡Pero para mi hija el asunto es mucho más importante!

Entonces conoció durante una semana, por primera vez en su vida, la ansiedad de sentir que su destino dependía de una voluntad ajena. A veces se preguntaba con desconfianza: "¿Será esto una comedia? ¿Qué motivos tiene ella para vacilar? ¿Qué demonio de cosas tendrá que pensar, si se le ofrece una fortuna? ¡Quieren imponerme; es una farsa!" Otras veces: "Después de todo, es natural; las muchachas son muy novelescas, y todo mi dinero no hará que yo sea el Príncipe Azul". En realidad, sólo existía aquel eterno espíritu de sacrificio que encontraba con tanta frecuencia ante sí; más fuerte que su voluntad y que contrariaba sus ideas. Indiferente a los millones que le ofrecían, Cristina no quería abandonar a su padre. Si cedió, fué por quitar al viejo revolucionario la preocupación de "lo que sería de ella cuando él faltase"; su aceptación resignada fué un acto de suprema obediencia.

Era ella un sér todo dulzura, ternura, bondad, una de esas almas venidas al mundo para vergüenza de los fuertes y de los vencedores, un poco parecida a mademoiselle Anita, aunque menos personal y con menos iniciativas. Con la gracia de su color trasparente, de sus límpidos ojos, de sus finos cabellos pálidos, de su voz clara, de las cosas agradables que siempre sabía decir, era de las mujeres a quienes se compara fácilmente con los pájaros y con las flores. Ella hizo su nido junto a Nicollet, como un pájaro, y perfumó la casa como una flor, después de haber atravesado con una sonrisa maravillada las fiestas suntuosas de sus bodas.

¡Y qué bodas! Los muy viejos, dijeron que les recordaban el paso de la emperatriz Josefina—episodio legendario que ignoraba la generación actual,—y al evocar este recuerdo, vocecitas cascadas intentaban tararear la romanza que una dama de la población, célebre por su hermosa voz, había cantado ante la soberana:

Apenas la puesta del Sol brilla
allá en la lejanía...

¿Pero qué eran aquellas fiestas comparadas con éstas? ¡El siglo ha progresado tanto desde la época en que la Beauharnais escuchaba canciones! ¡El menor ricachón de los actuales tiempos siente un deseo de fastuosidad que los príncipes y los emperadores de antaño apenas hubieran sospechado! Nicollet quería organizar tales fiestas, que Bielle no volviera a ver otras semejantes; trajo la orquesta de Ginebra completa; a un organista de Friburgo y—¡lujo inusitado!—a un violinista berlinés, a una cantante polaca que fué desde Londres, y al más ilustre tenor de la Opera de París.

—¡Y los paga de un modo!...—repetía monsieur Tiercet.

Cuando, no pudiendo contenerse, el notario cometió la indiscreción de revelar la cantidad, monsieur Quartier exclamó:

—¡Pero eso es una locura! ¡Debiera prohibírsele!

Monsieur Tiercet le lanzó una mirada de soslayo y dijo:

—¡Pues a pesar de todo lo que inventa

para tirar el dinero por la ventana, no logra comerse la mitad de la renta!

El día de la boda fué un día de reconciliación general. En primer lugar, monsieur Nicollet no pensaba invitar sino a los extranjeros importantes que estaban terminando la temporada en sus quintas o en los pueblecitos de moda: Divonne, Evian, Territet, pero Cristina obtuvo que invitase a su sobrina, y ésta sólo aceptó con la condición de que el tío Adolfo asistiese a la fiesta. Por este lado las negociaciones fueron laboriosas; cuando monsieur Nicollet cedió sin amabilidad, con un gesto indiferente y desdeñoso, el tío Adolfo puso dificultades, no por rencor, sino por timidez.

—Yo no puedo hombrearme con esa gente—repetía sudando con angustia.— ¿Qué voy a hacer allí? ¡No tengo costumbre!

Sin embargo, no tuvo valor para negarse después de una visita solemne de la novia, y en cuanto dijo que sí, perdió el sueño.

La aceptación del tío Adolfo cambió los proyectos de monsieur Pedro Dionisio.

—¡Bien! ¡Que vengan todos!

Inmediatamente convidó a la gente importante de Bielle, a quienes no veía desde la famosa predicación contra el alcoholismo.

El "Aguila", cubierta de guirnaldas como barco de feria, empavesado con pabellones del mundo entero, les hizo dar la vuelta al lago en una de esas hermosas mañanas de otoño, en las que el sol disipa las nubecillas olvidadas por la noche a lo largo de las montañas. Mientras la orquesta de Ginebra ejecutaba numerosas marchas nupciales, las bellas extranjeras, de sombreros floridos flirteaban con señores elegantes y algunos de ellos célebres en sus respectivas patrias. Y entretanto el modesto traje de seda gris de Mademoiselle Anita fraternizaba con la levita raída de Laugié, cuya historia se contaba sumariamente, diciendo:

—Es el padre de la novia..., un viejo sabio que representó un papel en la Commune de París...

El tío Adolfo, azorado, embutido en una levita nueva que le envolvía con pliegues irregulares, ocultaba sus gruesas manos de uñas persistentemente negras, pensando que estaría mejor en cualquiera otra parte, y Cristina paseaba sus ojos sorprendidos y tristes sobre aquella multitud desconocida que celebraba su sacrificio.

La magnificencia del lunch sobrepujó a todas las esperanzas. Solamente las flores raras que adornaban las mesas, representaban una fortuna; el tío Adolfo no pudo contenerse y dijo a su vecino de mesa, monsieur Rabourin:

—¡Qué hermosas son! Pero hay demasiadas. ¡Las flores no se han hecho para estar hacinadas como sacos de patatas!

En cuanto al *menú*, como el país no producía nada bastante caro, anunciaba entre otras cosas, cambiar fresco de Astrakán, ostras "Blue-Point", esterletes del Volga, terrapines de Virginia, patos "canvass", trufas de Perigord, *foies gras* de Tolosa y de Colmar, una infinidad de platos extraordinarios que venían de demasiado lejos para ser excelentes, pero que costaban un ojo de la cara. Hasta los quesos, se habían ido a buscar, qué sé yo dónde, como si los Stilton, los Coulommiers, los Gorgonzola, pudiesen substituir al Cruyére.

—¡Al bueno—como decía monsieur Quartier,—al verdadero, al que los campesinos guardan para las bodas de sus hijos y que no conocen en el comercio!

Sin hablar de las jarras de champagne helado colocadas delante de cada cubierto, de los vinos ilustres del Rhin, de Burdeos, de Borgoña, de Hungría, que rociaban aquellos magníficos platos, vinos que los bielleses, más fieles a los del país, tuvieron que encontrar admirables. Unicamente el doctor Mathorel defendió hasta el final los vinos de la tierra.

—Sí, sí, muy bueno, conformes—decía paladeando un vaso de aquel Steinberg Cabinet del que el emperador alemán más tarde debía ofrecer una legendaria botella al príncipe de Bismarck.—¡Pero recuerdo haber saboreado en una ocasión cierto Marthoray del año del Cometa...! ¡Palabra de honor que era mejor!

Monsieur Massod de Bussene se dedicaba con preferencia al Tokay que le recordaba su viaje a Hungría.

—Yo—respondía,—no quiero hablar mal de nuestros vinos; ustedes saben qué interés tengo por ellos, y cuánto los cuido. Sin embargo, estas bebidas extranjeras que valen treinta y cuarenta francos la botella... ¡je, je...! en ocasiones como ésta no se deben desdeñar.

—Sí, pero...—suspiró Tiercet que no soportaba más que el Villeneuve y que miraba con melancolía circular las botellas, a las que su prudencia le impedían tocar.—¿Se podría asegurar que son naturales?

El tío Adolfo, aunque con mala cara, había probado de todo los vasos de manera que tenía la cara como un tomate.

—Monsieur Nicollet— le preguntó monsieur Labourin durante el postre,—¿no está usted un poco orgulloso? En Bielle no se había visto una comida como ésta; y es su hermano el que la da.

El viejo jardinero meneó un instante la cabeza, llena de cosas y respondió con su acento lento y cantante como melopea:

—Sí, ha sido muy buena... Pero todo esto no vale lo que un trozo de salchicha con coles, y un vaso de La Côte.

Diez años más tarde, jamás se hablaba en Bielle de aquella comida de novios sin referir la frase del tío Adolfo. Se había olvidado el sabor del esterlete, el del [illegible] "canvas", el aroma del Stilton, pero se recordaba con algo de orgullo que un buen vaudés, el mismo hermano del anfitrión, se había atrevido a proclamar por encima de los más finos manjares de toda la tierra el sabor triunfante de la cocina local y de los vinos del país.

Nicollet fué un marido feliz, serio, despótico, satisfecho y taciturno. Lentamente, quizá sin que su seca inteligencia tuviese lugar de advertirlo, su cerrado corazón se entreabría al goce de sentir en su vida, a su alrededor, un sér que le quería, cuyas nacientes manifestaciones de afecto, y cuya abnegación tímida cohibía sin lograr que desapareciesen. Tieso, autoritario, categórico, trataba a su mujer poco más o menos como a un buen empleado a quien se desea no echar a perder con familiaridades excesivas. Le daba órdenes, exigía cierta consideración, parecía gustar más de la obediencia que del cariño. Sin embargo, el cariño se despertaba en él un poco torpe, como después de un largo sueño un durmiente pertinaz a quien le ha faltado sitio para estirar los miembros entumecidos. Se asombraba de sentir por momentos un vago deseo de ser bueno, de gustar, de descubrir un poco de alegría en los ojos sumisos de Cristina; debilidades que reprimía, naturalmente, en cuanto las notaba. Pero no siempre se daba cuenta de ellas; escondíanse en un repliegue de su alma para hacerle obrar sin que se enterase. Así, a veces, reprimía un deseo desagradable o dejaba de manifestar una exigencia tiránica, sin advertir la concesión que hacía; o bien la ira que habitualmente excitaba en él las menores negligencias del servicio, no estallaba, detenida en firme, fundida en una indulgencia que le sorprendía. De semana en semana la casa variaba, se convertía en menos fastuosa, más familiar, mucho más agradable. ¿Cómo? El no hubiera sabido explicarlo; sin embargo, como su mujer le consultaba para todo, conservaba él la ilusión de ser el autor de aquellos cambios por los que se tomaba un gran interés. Desde el primer mes de su vida común, Cristina le arrancó sin trabajo un acto de justicia, cuyo sólo pensamiento le hubiera antes exasperado. Al visitar juntos las estufas, que estaban exigiendo algunas reparaciones, dijo la joven tímidamente:

—¡Estaban mucho mejor cuidadas en el tiempo del tío Adolfo!

Nicollet desarrolló a su regreso la misma teoría que había expuesto a su sobrina:

—¡Es verdad; pero ya comprendes que no podía conservar a mi hermano como jardinero!

—¿Por qué?—le preguntó Cristina con el asombro pintado en sus ojos.

Esta sencilla pregunta, y más aún la ingenuidad con que fué formulada, quebrantaron la seguridad que tenía en sus afirmaciones. Se sintió tentado de repetirse a sí mismo: De hecho, es verdad. ¿por qué? Y no fué sin cierto trabajo como repitió el razonamiento con que en otro tiempo había abrumado a Anita.

—¡Vamos, reflexiona, hija mía! No puedo hacer que mi hermano coma en la cocina, ni que mi jardinero se siente a mi mesa. Es igualmente imposible para él, para mí, para las personas que pienso recibir y para los criados.

Hablaba sin gran seguridad; en vez de afirmar, defendía sin gran convicción su causa. De repente, mientras las palabras caían de sus labios, se representó en su imaginación el rostro del tío Adolfo el día de la despedida; aquella bondadosa caraza rubicunda, de expresión franca y sincera, demudada bajo el latigazo de la injusticia, y expresiva y dolorosa como la de un mártir. Cristina, entretanto, reflexionaba, siguiendo con la vista las evoluciones de una tortuga bajo las lianas.

—¡Quizás no sean todo eso sino preocupaciones!—dijo con dulzura.

Como su marido no contestase nada, ella añadió:

—Además, hubiera sido tan fácil construirle una casita pequeña en la posesión

oculta entre la verdura. El pobre no es nada molesto; se conforma con cualquier cosa...

—¡Calla!—exclamó Nicollet.—No se me ocurrió esa idea.

Cristina pilló al vuelo aquel furtivo asentimiento.

—Aún puede realizarse—murmuró.

Nicollet objetó:

—¡Es un poco tarde! ¡Ya se marchó!

—¡Volverá!

Y con gran tacto, añadió, dándole un pretexto para deshacer su obra:

—¡Qué contentas se pondrán estas palmeras y las orquídeas, y yo, que le he visto siempre ir y venir por el jardín desde que era pequeña! ¡Es uno de mis mejores recuerdos el tío Adolfo! ¡Puedes creer que cuando era muy chica, le tirábamos con bolas de nieve por encima de los setos? ¡Y fingía huir!

—¡Pues nada, si tienes interés en ello...

Al día siguiente, Cristina misma fué a comunicárselo al tío Adolfo, que sin asomo de amor propio se echó a llorar como una Magdalena al saber que volvería a vivir con sus queridas hortalizas, con sus árboles, con sus plantas.

—O por lo menos con lo que hayan dejado. Porque todo lo han talado esos salvajes. ¡Ya hará falta trabajar para arreglarlo!

Cuando se decidió el regreso del tío Adolfo, Anita no se hizo de rogar para volver a visitar la quinta Carlota.

—Hay hadas malas que cambian a los hombres en bestias— decía a Cristina.—y hay seres benéficos que cambian a los lobos en corderos. ¡No digo que mi tío fuera un lobo, no; pero tenía duro el corazón, y tú se lo estás ablandando!

—¡Te aseguro que mi marido es muy bueno!—respondió Cristina.—Lo que sucede es que ha estado demasiado ocupado en su vida. Ahora ya tiene tiempo, y nada más.

Otro milagro de la muchacha fué mantener el equilibrio entre su padre y su marido. Este, con su terrible instinto posesivo, la miraba como una cosa suya, deseaba tenerla dentro de su mano musculosa y tenaz. Por su parte, el viejo proscripto, por su largo cariño exclusivo, su egoismo de solitario, no admitía que al ceder su hija, hubiera perdido el más patente de los derechos: el de padre. Estos dos afectos inconciliables, igualmente despóticos, chocaban constantemente. Cuando Laugié se consideraba agraviado, se refugiaba entre sus papelotes, triste, abrumado, como si quisiera morirse. Al menor viento de celos que se levantaba en su espíritu, Nicollet volvía a su aspereza, a su agresividad, a su imperiosidad. A Cristina le era imposible eclipsarse diez minu-

Se representó en su imaginación el rostro del tío Adolfo el día de la despedida;

tos sin que él lo notara. En cuanto adivinaba que no estaba en la casa, la revolvía toda ella, preguntando a los criados con aire furioso que los regocijaba:

—¿Dónde está la señora?

A la contestación "La señora está en casa de su padre", él respondía:

—¡Me lo figuraba!

Las doncellas se reían a sus espaldas. Luego, cuando Cristina volvía, comenzaban las quejas injustas:

—¿Por qué estás siempre allí? ¿Por qué no viene aquí tu padre?

Ella contestaba con dulzura:

—Mi padre desea verme alguna vez en su casa.

Con un gesto cortante y una mirada fría:

—Debía comprender," sin embargo, que desde todos los puntos de vista, la quinta Carlota es mejor.

Encerrado en sus costumbres, el viejo no comprendía: llamaba a disgusto y pocas veces a la verja monumental de su yerno, y continuaba reclamando a su hija, que le seguía fiel.

A cada momento Nicollet tropezaba así, con resistencias, con terquedades que le parecían el colmo del absurdo. ¿Por qué antiguamente no había aceptado el tío Adolfo los ofrecimientos que le aseguraban la holgura? ¿Por qué Anita se apegaba obstinadamente a la insoportable chiquillería ruidosa de la escuela, a su ahijado enfermo, idiota y desfigurado, y a la vieja Emiliana, a quien tenía que servir durante diez meses del año, por el reuma que le anudaba las manos y le retorcía los miembros? ¿Por qué aquel imbécil de Laugié—el hombre más iluso de cuantos se ocupan en arreglar el mundo—se empeñaba absolutamente en ver a su hija *en su casa*, es decir, en un barracón cuyos techos se caían, apenas amueblado con miserables sillas de paja y con butacas destripadas, que dejaban asomar sus cerdas? ¿Por qué Cristina, que era tan razonable, tan capaz de apreciar las cosas hermosas, se prestaba a aquel capricho, en lugar de explicar a su padre que se está mucho mejor en una posesión de medio millón, amueblada a la inglesa, con parques, estufas, fuentecillas, etc., que en una casucha, que no querría aceptar un contratista de derribos? Sí; ¿por qué todos aquellos a quienes deseaba complacer, a quienes hubiera podido atraerse un poco: su hermano, su sobrina, su mujer, por qué pensaban de modo tan distinto que él en todas las cosas, como si el ejemplo decisivo de su vida no bastara para demostrar la gran superioridad de sus principios, de su cordura, de sus opiniones y de sus costumbres? Eran pobres gentes sin seguridad del porvenir, a la merced de una enfermedad un poco larga, condenados, según las apariencias, a una vejez miserable; les ofrecía una parte de lo que a él le sobraba—él, que podría a su gusto enriquecerlos o dejarlos pobres,—sin pedirles nada en cambio, sino que gozasen a su manera, y los muy locos seguían su camino desdeñando la buena suerte, como esos caballos estúpidos que se niegan a beber en los descansos y vuelven a tirar de su carga apenas han tomado aliento. Otro motivo de asombro: aquellos maniáticos parecían felices, mucho más felices que él, como si ellos hubieran sido los ricos y él el pobre.

Cristina, del brazo de su padre, estaba en el jardincillo, ante la casucha en ruinas.

Nicollet los observaba desde su ventana, escondiéndose, y los veía inclinados el uno hacia el otro, sin duda hablando de bagatelas, regocijándose juntos por bobadas, por una campanilla blanca que brotaba entre los zarzales o por un nido que los pájaros construían en el seto; mientras que a su lado, en la magnificencia de sus jardines o de sus salones, tenía ella el encogimiento de la persona tímida, en visita a amigos demasiado elegantes. Anita y Anthony le extrañaban aún más; el pobre chico, al crecer se afeaba más y más, con cuatro pelos que vegetaban en matas irregulares en su roja cara, mientras que sus vagidos apenas humanos, y los bruscos arranques de su rudimentaria inteligencia lo confinaban en los dominios de la animalidad; al lado de su madrina se iluminaba su rostro, que a su vez se sentía complacida y orgullosa de sacarle de paseo. Aquella pareja singular parecía dichosa—dichosa a la manera de Cristina y de Laugié.

El tío Adolfo, desde que había entrado de nuevo en funciones, y se encontraba entre sus plantas, sus rocas y sus arriates, era todavía más feliz que los otros, feliz como un rey con su roja cabeza, su sucia camisa, sus zuecos, y su sombrero abollado por la lluvia; él, el más pobre de todos, el que apenas si poseía una libreta pequeña en la Caja de Ahorros y el traje nuevo que le dieran para la boda. Sí; el contento, la alegría, el cariño, la felicidad, en una pa-

labra, florecían en torno de monsieur Nicollet, sin que sus millones interviniesen en ello, y esa felicidad le alcanzaba, le penetraba, y le acariciaba como un suave calor, que poco a poco desentumece los miembros helados. Después de haber dicho mucho tiempo "¡toda esa gente está loca, ni más ni menos!", comenzaba a dudar. ¿Quién sabe?—se decía para sus adentros.—En vez de abrumarlos con su desdeñosa superioridad, se dedicaba a observarlos, los escuchaba, y, a veces, hasta cedía, como si comenzase a comprender que pudieran tener la razón de su parte. Asombrábale el descubrimiento de aquellas personas como si fueran un nuevo mundo. Desapareció el aburrimiento. Cristina le distraía. "¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Qué podría decirle?"

Preguntas a las que procuraba contestarse. Llegó hasta preguntarse: "¿Qué podría yo hacer que le fuera agradable?"

Pero este era un problema, que toda su buena voluntad, era importante para resolver. Las soluciones que encontraba eran soluciones vulgares de las que se arreglan con cheques, y que la muchacha rechazaba sonriendo:

—¿Qué te parecería un yacht?

—¡Si no te gusta el agua!

—El yacht sería para ti.

—Se necesitarían marineros; me gustan más los vapores.

—Pero todos nuestros vecinos los tienen.

—¡Pero si no lo deseamos ni tú ni yo!

O bien, Nicollet, que no acababa de corregirse de su afán de innovaciones, proponía después de pensarlo, transformar la fuentecilla, renovar el mueblaje, o aumentar las cuadras.

—¿Qué te parecerían unos hermosos caballos de silla?

—¡Si no sé montar!

—¡Qué importa, estarán ahí!

—¡No siento el menor deseo!

—¿Pero no tienes ningún capricho?

—Tengo uno... quisiera... no te enfades, te lo ruego... quisiera... ¡un poco más de sencillez!

Hizo él una mueca, y replicó con sequedad:

—Fortuna obliga; muy a menudo pareces olvidarlo.

De hecho, sin embargo, reprimía los caprichos de suntuosidad que le obsesionaban, observaba con mirada menos despreciativa la pobreza de los demás, se esforzaba en charlar con el tío Adolfo, que siempre le tenía un poco de miedo y en familiarizarse con Laugié, que le miraba sin agrado. Iba desarrollándose en él una especie de benevolencia; sus órdenes eran menos ásperas, sus maneras más suaves, sentía un contento desconocido cuando Cristina le manifestaba un poco más de confianza, un poco más de abandono, o cuando Laugié saliendo de su reserva, se atrevía a exponerle sus doctrinas sociales. Con su fina perspicacia, Anita notaba las fases de esta transformación, y cuando volvía a la casa del Cometa, decía a la vieja Emelina:

—La pequeña está haciendo un milagro. ¡Va a convertirle en santo!

El milagro no lo acabó Cristina; murió súbitamente, una noche de verano, en la terraza, junto a su marido que la estaba mirando. Un ahogo, un suspiro, y todo se acabó. Los médicos hablaron de una embolia.

Ante aquel abismo que se había abierto bruscamente en su camino, Nicollet tuvo como una repentina revelación del nuevo hombre que iba desarrollándose en su interior, de las verdades desconocidas que sus ojos comenzaban a penetrar, de los afectos que crecían en su corazón, como semillas largo tiempo estériles, cuya germinación ha retrasado un duro suelo, pero que brotan hacia la luz. ¡Qué desesperación perder todo esto en un momento, por un signo mudo del destino, sin que sea posible oponer más resistencia que la de la hoja seca contra el agua o contra el viento que la arrastran! ¡Qué abrumadora vuelta a la antigua soledad, más temible aún, en el aburrimiento agravado por el sentimiento y los recuerdos! Ahora sólo la pena llenaba sus días. Para ocultarla a ojos extraños, Nicollet ponía en tensión las últimas energías de su soberbia; el dolor, sin embargo, emanaba de todo su sér, de su ociosidad, de sus interminables paseos por el parque o entre las flores que se abrían con el buen tiempo, de sus visitas casi tímidas al viejo Laugié, que por lo menos lloraba con él, de sus injustificadas cóleras de león vencido, de sus soliloquios tras los bosquecillos o en las habitaciones, en donde ya no resonarían más los pasos ligeros de Cristina. ¡Qué indiferencia o qué animosidad la de sus criados, la de los hombres de negocios, la de todos aquellos extraños que le rodeaban y que soportaban su ruda autoridad con rencores y

envidias! Un día, sorprendió al vuelo, entre dos doncellas que no le veían, unas risas ahogadas, y luego esta frase lanzada imitando burlonamente su voz, su acento:

—¿Dónde está la señora?

Eran las únicas palabras que habían delatado su cariño: ignoradas de aquella a quien hubieran podido alegrar, sólo habían llegado a oídos hostiles; labios amargos de envidia se las devolvían en aquel momento para avivar el dolor de la llaga. Su primera intención fué caer, con el bastón levantado, sobre las criadas, golpearlas como a negras y luego echarlas como a perros.

Un súbito pensamiento le detuvo en firme:

—No, no. Ella hubiera perdonado. Yo perdonaré como ella.

Pasó con la cabeza un poco más baja, estupefacto de sentir aquella clemencia extraña a su sér y que la muerta, al partir, había depositado en él, como una levadura de bondad, o que le enviaba quizás al través de lo infinito como un tímido y supremo adiós.

Entretanto, las miradas curiosas de Bielle, que se habían desviado un poco de Nicollet durante el corto período de su vida conyugal, se clavaban en su viudez. ¿Cómo llevaba su desgracia? ¿Qué inventaría para consolarse? ¿Se volvería a casar? Las muchachas y sus madres levantaban castillos en el aire; ¿por qué no había de repetirse la suerte de Cristina? Los padres más positivos respondían:

—Esas aventuras no ocurren dos veces en la misma población.

—¿Quién sabe? ¿Quién sabe?—decía Tiercet, a quien se escuchaba como a un oráculo, porque pasaba por conocer los asuntos de monsieur Pedro Dionisio.—Se aburrirá. Le dará miedo la soledad. ¡Se permiten apuestas!

Anita, naturalmente, volvía a ser un personaje.

—Ya verá usted cómo acaba por heredar: es lo natural, ¿verdad? Y además la virtud siempre queda recompensada.

Quartier urdía planes para recordar el interés que se tomó Nicollet por los asuntos municipales.

—Quizás hicimos mal llevándole la contraria. Un poco de tolerancia con sus ideas y le habríamos conquistado, y nuestros hijos recibirían la recompensa.

Los criados de la quinta Carlota propalaban contradictorios rumores sobre las ideas, los sentimientos, las intenciones y el estado de ánimo de su señor. Así se supo un día por su ayuda de cámara que había encargado para la tumba de la muerta un monumento espléndido a un gran artista de París.

—¡Buen negocio para el cementerio!—declaró el alcalde.

La información fué casi inmediatamente desmentida; el tío Naumeau, el marmolista, que desde hacía treinta años proporcionaba cruces, columnas y arcos a todos los muertos de Bielle, anunció, no sin un asomo de legítimo orgullo, que había recibido el encargo de monsieur Nicollet.

—El mismo monsieur Nicollet—contaba a todo el mundo—ha venido al almacén; sí, él mismo, en persona. Le he enseñado los mejores modelos. Modelos que no se hacen para todo el mundo. Yo le decía: "Mire usted éste, y éste, y cuesta tanto y cuánto". Volvía las hojas del álbum, sin siquiera mirarlas. Luego lo cerró, miró al cielo como pidiendo consejo y dijo: "Una cruz. Una cruz sencilla de mármol blanco será mejor, no muy grande para que quede sitio para las flores." Sí, eso dijo. Yo le contesté: "¡Como el señor quiera!" Entonces se apoyó en el álbum, con la cabeza entre las manos, y permaneció un rato así, mirando a lo lejos, sin decir nada.

El tío Naumeau hizo una cruz que no difería sensiblemente de muchas otras erigidas sobre humildes tumbas, por viudas y huérfanos que no nadaban en oro.

Con frecuencia se veía a monsieur Nicollet salir de la quinta a pie, como un pobre hombre, y dirigirse lentamente al cementerio; daba dos o tres vueltas al rededor de la tumba siempre cubierta de ramas y coronas, pero sin detenerse, porque no era hombre de los que llamamos soñadores. Luego se marchaba, desorientado, como el que ha llamado en vano a una puerta amiga. Con las manos a la espalda, la cabeza inclinada, llegaba hasta su espléndida puerta dorada que se abría inmediatamente de par en par. En vez de meterse en su casa, hacía un gesto imperioso para que volviesen a cerrarla, y desandaba el camino hasta la humilde puertecita de madera de la casucha de al lado, en donde podía pasar horas y horas con Laugié. Desde lo alto de la Explanada los paseantes distinguían a los dos ancianos sentados uno junto a otro en un banco de ma-

dera carcomida en medio del esplendor de paisaje de verano que extendía tras ellos el azul del lago, el del cielo y el verde intenso de las montañas; parecían dos insectos muertos, uno de alas de oro y el otro negro, que la misma rueda hubiese aplastado. Cada uno rumiaba sus recuerdos y pronunciaba a largos intervalos una frase que el otro acababa de pensar, siempre relacionada con "Ella". Laugié decía:

—Cuando "Ella" tenía seis años.

Pedro Dionisio escuchaba aquella historia como el Evangelio. Aquel jardín desarreglado, las persianas rotas las paredes ruinosas de la casucha, ya no le parecían una vergonzosa miseria. ¿No eran el marco modesto del que nunca se separó "Ella" completamente?

—Le gustaba este sitio—explicaba Laugié—decía que aquí, bajo esta acacia, se está mejor que en ningún lado para mirar el Monte Blanco.

Nicollet pensaba:

—¡Es verdad, se está mejor en este banco, para sufrir! ¡Es todo lo que se necesita! Un rincón en donde encerrarse sin sentirse objeto de miradas de envidia, sin escuchar voces hostiles, un rinconcito silencioso y tranquilo!

La carretilla detrás de un seto, y corríamos los prados y los senderos

También descubrió la bondad de su hermano Adolfo, al que el miedo a la soledad le hizo aproximarse. Adolfo había consagrado a la memoria de Cristina una adoración apasionada; él, casi siempre mudo, hablaba de ella, revistiendo su sentimiento de expresiones que monsieur Pedro Dionisio hubiese buscado en vano, expresiones que explicaban el encanto y la luz que emanaban de aquella hermosa alma desaparecida. Apoyado en su azadón, con la frente llena de sudor bajo su abollado sombrero, decía a su hermano que estaba a su lado, de pie y con la cabeza inclinada:

—Ella sembraba la paz y la dulzura a manos llenas. Se hacía uno mejor sólo mirándola. Cuando atravesaba el jardín, yo interrumpía mi trabajo, como ahora, y me decía para mí: ésta es la que nadie puede ver sin amar, cuya alma ignora el mal, cuya alegría brota como el perfume de la azucena. Ha hecho un Paraíso de la casita en que perfumaba la vejez de su padre. Desde que está aquí, el paisaje es más hermoso. Y entonces me ponía de nuevo al tra-

bajo, con gran prisa, diciéndome: Hay que sembrar mientras ella pasa; las flores nacerán más hermosas. Hay que plantar cuando ella mira; los esquejes tendrán más fuerza. Porque embellece aquello en que posa sus ojos. Eso es lo que yo pensaba, cuando ella atravesaba el jardín. Ahora me detengo ante estas cosas que ella no verá más. ¡Dios mío! ¡Cómo ha cambiado todo! Sólo busco en ellas su recuerdo.

Pedro Dionisio, con las manos a la espalda, escuchaba a su hermano, aprobando:

—Sí, es verdad, es verdad...

Y se preguntaba:

—¿Cómo este hombre sencillo encuentra palabras que yo ignoro para expresar sentimientos que creía yo desconocer y que sin embargo se agitan en lo hondo de mí mismo? ¿De dónde le viene esa ciencia que mi trabajo no me ha proporcionado? El sufre, y su sufrimiento se alivia manifestándolo. Mientras que yo lucho con mi pena, quisiera ocultarla, y sólo encontraría blasfemias o gritos de cólera si desplegase los labios.

Lo mismo le sucedía con Anita. A veces, le aguijoneaba una especie de celos, como en los tiempos en que Cristina se escapaba a casa de su padre; todos habían conocido la muerta. El, sólo adivinaba su encanto cuando ya no existía. ¿Por qué, por qué no había absorbido todo el resplandor, toda la bondad y toda la dicha que emanaban de ella, cuando estaba allí, cerca de él, cuando leía tan mal en el fondo de sus hermosos ojos?

—Anita, tú la has querido, ella te ha querido y estoy solo; ¿no quieres volver a vivir en la quinta Carlota?

Fué casi una súplica que brotó de su corazón un día de otoño en que la tristeza del lago, uniéndose a la suya, le había empujado a la casa del Cometa. Añadió:

—Claro es que llevarás contigo a Anthony, que seguirás en tu escuela, que serás libre, y sólo me darás de ti misma la parte que quieras.

Capitulaba sin condiciones, como un general acorralado que se ve perdido. Anita vió aquella figura desesperada, aquellos ojos en los que el espíritu de dominación se apagaba, el temblor de aquellas manos tenaces, el trastorno de todo su sér envejecido por el que en algunos meses habían pasado años, y con una delicada bondad que le impedía vencer en toda la línea, respondió:

—Con mucho gusto, tío... Cuidaré de que Anthony le estorbe a usted lo menos posible... Y en cuanto a mi escuela... ya me empezaba a cansar y renunciaré a ella.

VI

ULTIMOS CABOS

Estuve varios años sin parecer por Bielle. Volví a pasar los veranos en los alrededores cuando ya estaba definitivamente organizada la vida de los habitantes de la quinta Carlota. La población se transformaba completamente. Aunque monsieur Pedro Dionisio no se inmiscuía en los asuntos públicos, sus ideas triunfaban. Cuatro o cinco fábricas de fundición reciente, se repartían las fuerzas capturadas al Arno, hasta entonces alegre e inútil, pero que ahora terminaba su carrera en obscuros canales; el colegio había sido reparado; una calle nueva, habitada principalmente por vendedores de bicicletas, corría a lo largo de la Plaza de Armas; amplios muelles, plantados de árboles nuevos, de frágiles troncos, se extendían a los lados del embarcadero, adonde se hacía conducir a las horas de llegada el viejo pontonero ciego, resto de tiempos pasados. Una generación nueva, más activa, más emprendedora, más audaz, perseguía a los ancianos, a los lentos, a los vacilantes, a los "remolones" a los "tatadzenets". Monsieur Quartier había tenido que dejar su puesto de alcalde. Su enorme silueta erraba pesadamente por las calles, como si hubiera tenido por ocupación, igualar los últimos guijarros puntiagudos a fuerza de aplastarlos bajo sus enormes pies; Marcos Maguet a la muerte de su padre, había cedido su clínica a un médico extranjero y se había marchado de la población. Otros cambios se advertían; gente nueva desfilaba [illegible] redondo ojo del reloj grande que continuaba observando a las personas y las cosas desde lo alto de su torre cuadrada. Los Nicollet, que pertenecían a la historia antigua, ya ocupaban mucho menos la atención de los habitantes de la villa.

Como yo vivía cerca de la quinta Carlota, no tardé en encontrarme a mademoiselle Anita; con frecuencia iba a pie hasta la población, aunque, como los años pesaban algo, consentía a veces en usar el coche. Reanudamos pronto las relaciones:

—¡Vamos, mademoiselle Anita! ya está usted en la opulencia!

—Así parece.

—¿Y está usted contenta?

—Me acostumbro.

Conservaba su buen humor, su agradable sonrisa, su bondad radiante que daba a su rostro, algo marchito, no sé qué expresión de juventud perdurable, a pesar de sus cabellos grises y de sus trajes pasados de moda. Su rostro se entristeció cuando le pregunté por los suyos: la vieja Emiliana había muerto.

—Nos ha servido durante más de medio siglo. Mi tío quería darle un capitalito para que se sintiese independiente en sus últimos días; pero ella no quiso; ¿qué voy a hacer con eso?—decía—téngame usted en su casa, y es lo único que pido. Nunca quiso ir a curarse a Baden o a Aix por abandonar la casa. También decía: "Hay que soportar los males que Dios nos envía". No se quejaba nunca, y no exigía nada. Era una santa.

Anthony también había muerto, el pobre ser incompleto, cuya razón de existir ningún sabio hubiera explicado.

—Pero el tío Adolfo sigue tan firme y tan animoso y es tan feliz como un rey.

—¿Y de mi antiguo amigo Pedro, tiene usted noticias?

Ella se animó al recordarle:

—Nos ha venido a ver el año pasado. ¿No lo sabías?

—No.

—¡Si le hubieses visto! Está hecho un gigante, un verdadero gigante, con una gran barba... y unas manos... manos que han derribado árboles. Puedes creerlo, tiene ya seis hijos. Nuestras dos hermanas se han casado. Poseen inmensas propiedades, que han roturado ellos mismos, y viven todos juntos, como una tribu. Pedro es el jefe de la familia.

Yo buscaba en el fondo de mis recuerdos; ya no le veía sino a través de una vieja fotografía, en la que estábamos retratados juntos; él, que me llevaba la cabeza, con la mano sobre mi hombro, como si nos dispusiéramos a unir nuestras fuerzas contra aquel animal de Pablo Bourdon.

—Pero es todo un hombre—continuó mademoiselle Anita.—El es el que ha levantado la familia, y el que ha hecho su prosperidad.

—Usted también ayudó un poco, mademoiselle Anita.

Ruborizóse hasta la punta de los pelos.

—¡Yo! ¡Estás soñando! ¿Qué hubiera podido hacer por ellos?

Yo creo que, en efecto, lo había olvidado.

En nuestro tercer encuentro, me dijo al despedirse:

—Ven a vernos, puesto que somos vecinos. Mi tío se alegrará de conocerte.

—Su tío, ¿monsieur Pedro Dionisio? Francamente, le tengo miedo.

—¡Qué idea! Ya verás como no es tan terrible.

¿Cómo resistir a la tentación de ver de cerca a semejante hombre? ¿De escuchar de sus labios el relato de sus aventuras? ¿De tener, en todo caso, de su persona, una impresión directa, un conocimiento más profundo? La curiosidad, me llevó por fin ante la verja suntuosa de la quinta Carlota, que se abrió para darme paso. Un ayuda de cámara me introdujo en un saloncito "liberty", al que acudió en seguida Anita a recibirme.

—Mi tío está en la galería—me dijo.—Voy a presentarte.

Halléme en presencia de un robusto anciano, pequeño, seco, nervioso, muy tieso, a pesar de los años, de mirada viva, de rasgos pronunciados, con el cuello apretado en un cuello tan duro como una argolla; el mismo hombre que había visto en otro tiempo, muy parecido, tal como yo me lo representaba. Se levantó para recibirme con un movimiento rápido y brusco, y me tendió la mano, diciéndome:

—Me alegro mucho de verle, puesto que es amigo de Pedro, que es un excelente muchacho, que honra a su familia.

Después, charlamos de todo durante un cuarto de hora. Abajo, en el jardín, divisaba yo al tío Adolfo, en mangas de camisa, trabajando en torno a un macizo de "plumbagos", abiertos como enormes matas de jazmín azul. La conversación languideció y me despedí:

—Vuelva usted por aquí—me dijo monsieur Nicollet.

Me incliné con la idea de no hacer caso de esta invitación. ¿Para qué? Yo no le había interesado, y él me parecía un hombre como tantos otros; no podíamos encontrar ningún placer en visitarnos. Pero dos o tres días después, analizando mi impresión, no me pareció tan clara; había en monsieur Nicollet "algo" que se me escapaba. Para descubrir este "algo", volví. Esta vez fué di-

ferente. Era después del almuerzo, en la galería. El estaba allí tomando el té que servía mademoiselle Anita a los dos íntimos de la casa: al pastor Trembloz y al doctor Mathorel, siempre vivo, exuberante, paradojal, y reconciliado desde hacía mucho con Nicollet. Uno y otro me inspiraban gran simpatía: Mathorel por su franqueza, por su brusca bonachonería, por su independencia de espíritu; Trembloz por una historia bastante novelesca, que se remontaba a unos quince años y que he referido en otra parte (1). Ya se había hecho la calma sobre esas cosas pasadas; a nadie se le ocurría censurarle nada; la parroquia entera le quería y le respetaba, porque era uno de esos hombres cuya elevación de espíritu impone respeto y cuya bondad se apodera de los corazones. De sus luchas, de sus penas pasadas, sólo conservaba un temple más fuerte: el valor de vivir solo y el deseo de sacrificarse; y tan lejos llevaba este último, que había renunciado deliberadamente al don de la elocuencia que poseyera antaño, para esparcir calor sin brillo y luz sin deslumbrar. Sus sermones no atraían como los de ciertos oradores sagrados que emplean frases elocuentes y brillantes imágenes para conmover a su auditorio, pero dejaban una impresión más duradera, y si no provocaban la misma atracción estéril, sembraban más fecunda la semilla de la caridad. El doctor y Nicollet fumaban soberbios habanos importados directamente de Cuba, charlando lentamente, mientras sus ojos erraban por el paisaje que tenía las tonalidades propias del otoño. El otoño es la verdadera estación del lago de Leman, cuyas azuladas aguas parecen ganar en misterio cuando los rayos del sol se reflejan en ellas después de filtrarse por vapores opalinos. Báñanse entonces sus riberas en mágicos colores que se mezclan y combinan con variada y maravillosa armonía, y el macizo y gigantesco Jura, que cierra el horizonte, parece mirar a los Alpes lejanos que flotan en el espacio como si sus primeras nieves o sus viejos ventisqueros fueran a disiparse. Cuando yo entré hablaban seguramente del paisaje, porque monsieur Nicollet continuó tras los saludos que interrumpieron un momento la charla:

—Cuando yo era niño, nada me fastidiaba tanto como oír ponderar a este país como el más hermoso del mundo a gente que nunca habían visto otros. Pues bien; no estoy muy lejos hoy de reconocer que su fe no los engañaba. En todo caso, es agradable acabar aquí la vida cuando se ha estado mucho tiempo ausente.

El doctor Mathorel guiñó los ojos y dijo mirando a mademoiselle Anita:

El doctor Mathorel guiñó los ojos y dijo mirando a mademoiselle Anita:

—Quizá sea lo mejor no salir de aquí nunca.

—Eso es otra cuestión—replicó Nicollet. —Por algo es grande la tierra. Si hay tantos países que se parecen sin ser los mismos, ¿por qué renunciar a pedirles una visión más amplia del mundo o hasta mayor holgura o mayor libertad?

Hablaba tranquilamente, como hombre que reflexiona, que busca el cambio de ideas.

—Sin duda—dijo el pastor Trembloz—las condiciones actuales de la vida permiten, y aún exigen a aquellos que pueden buscar campo más ancho a su actividad.

—¡Bah, bah!—exclamó el doctor.—Hay un refrán que dice: "Donde la cabra esté atada ha de pastar." Los refranes tienen muchas veces razón.

—Las cabras se atan, mientras que el hombre va donde le conviene—dijo Nicollet.—El hombre es un sér libre y voluntario; es el dueño de su destino; hace lo que quiere.

En aquel momento se sintió un ligero ruido en la arena de los paseos; era el tío Adolfo que empujaba una carretilla llena de malas hierbas, de ramillas cortadas y de tallos secos. Las miradas de todos se volvieron hacia él, mientras pasaba por delante del corredor sin levantar la cabeza. El aspecto de aquel anciano, siempre entregado a la misma labor, en aquel pequeño rincón del mundo, de donde nunca se había movido, me sugirió esta reflexión: "Este es uno que podría ser una prueba de lo contrario, porque lejos de ser el dueño de su destino se ha sometido a él, y nadie sabrá jamás por qué." Pero Nicollet, que le seguía con la vista, respondió a mi pensamiento, diciendo:

—Mi hermano es un hombre admirable. Los años pasan por él sin envejecerlo. No tiene necesidades ni nunca las ha tenido. Trabaja siempre y siempre con la misma alegría; y como su trabajo es útil y modesto, jamás se cansará de él.

Esta frase me asombró porque trastorna-

(1) Las rocas blancas.

ba la idea que yo tenía de monsieur Nicollet; ¿era el conquistador, el millonario que hacía en aquellos términos breves y sintéticos la apología del trabajo humilde, desinteresado, tan diferente de la dura caza al dinero que había absorbido su vida?

—Muy modesto, en efecto—dije.— Una labor de hormiga que no se puede comparar con el verdadero trabajo de los hombres cuya actividad transforma el mundo y asegura los progresos de la raza. Anita me preguntó únicamente:

—¿Lo crees así?

Leí en su mirada, como si estuviera impresa esta sentencia: "Caballerito, si estuvieras todavía en la escuela, te diría que hablabas como un chiquillo."

El pastor Trembloz se encargó de responderme:

—Quizás no somos más que pequeñas hormigas, pero hormigas conscientes, cuyo trabajo observan unos ojos invisibles. Ese trabajo produce rendimientos enormemente desiguales en la cantidad, pero idénticos en la calidad. Nos alimenta apenas o nos enriquece, ¿qué importa? Nuestras obras se apoyan unas en otras, se completan y se dan valor mutuamente. Hemos establecido una escala por lo que reportan a sus obreros, es un error; habría que medirlas por su utilidad colectiva. Entonces se vería, quizá, que las mejores, que las primeras, si se empeña uno en establecer jerarquías, son las más inmediatamente eficaces. Monsieur Nicollet ha hecho grandes cosas, y su hermano sólo pequeñas, y, sin embargo... Trembloz se detuvo; su sinceridad le había llevado a establecer un paralelo, que sin duda le pareció difícil de seguir sin faltar a la cortesía.

—Acabe usted su pensamiento, señor pastor—exclamó monsieur Pedro Dionisio bondadosamente.—Quiere usted decir, y sin embargo, de los dos hermanos, el más pobre es sin duda el más satisfecho de su vida.

—Permítame usted...

—Si usted no dice esas cosas, yo las pienso. Positivamente. Desde que tengo tiempo para reflexionar, se me ocurren ideas de ese género Así, por ejemplo, mi hermano es tema de reflexiones continuas para mí. Nunca hubiera creído que pudiera enseñarme nada, y me lo enseña todo. Sí, todo lo que yo ignoraba, es decir, lo esencial. Le admiro, le envidio.

Como yo sonriese con cierta incredulidad, monsieur Nicollet repitió con más energía:

—Sí, señor, le envidio. Se lo declaro a usted, y es verdad.

Y continuó:

—Eso le prueba a usted hasta qué punto está por encima de mí, porque él no me envidia. No cambiaría su suerte por la mía. Es feliz siendo jardinero y mirándome como propietario; toda la belleza que me rodea, la goza él más que yo. Desprecia mi lujo: ¿no es ésta una fortuna que anula la mía? Si le hago probar mi mejor vino, hace una mueca: "No es de la Cote", me dice. Si le ofrezco un habano, lo rehusa y saca de su bolsillo una tagarnina que es lo que más le gusta. Le digo a usted que mi hermano es un hombre admirable. Y, sin embargo, no es perfecto. ¿Saben ustedes por qué? Se lo voy a decir: Porque en su cariño a mi jardín hay egoísmo. En su género es un artista y los artistas son egoístas, como todos los que quieren sacar de su trabajo un beneficio inmediato: gloria o provecho.

—De ese modo—interrumpió el doctor—todos tenemos nuestro pequeño egoísmo.

—Esa certidumbre es la que me permite seguir estimándome a mí mismo—replicó Nicollet.—Sin embargo, conozco una persona que escapa a esta ley. Es verdad que sólo conozco una.

Lanzó una mirada sobre su sobrina, que se puso encarnada como una amapola.

—Esta me desconcierta. Nunca se ha preocupado de su felicidad personal, de su yo. Ha vivido como si sólo existiese para trabajar en la felicidad del prójimo. Repara las injusticias de la suerte, arregla las vidas en mal estado, neutraliza los destrozos de la tontería o de la maldad. Ahora bien, cuanto más medito, más me persuado de que tiene razón. La última palabra de la sabiduría, es un precepto negativo: no hay que pensar nunca en sí mismo. Es todo el secreto de la vida.

—Eso no es muy americano—dijo el doctor.

—¡Se podría discutir!—replicó Nicollet.—Nosotros, europeos, que vamos a buscar fortuna al otro lado de los mares, sólo pensamos en nuestros intereses, es verdad. ¿Pero ellos? Ellos tienen otra preocupación más generosa que ennoblece su actividad, que corrige un poco lo desproporcionado de las ganancias: la preocupación del porvenir de su raza. Al trabajar para sí cada uno, tra-

baja al mismo tiempo por fundar una nación más fuerte; es una manera de amplificar y de purificar la ambición.

—En todo caso, no es muy "moderno"—dijo el doctor insistiendo en su idea.

—¿Qué significa esa palabra?—preguntó Trembloz.—La aplicamos al momento actual, pero el mañana será más "moderno" y aún y será diferente. Entretanto, es verdad, estamos en una época en la que sopla el áspero espíritu de conquista, cuya teoría ha expuesto un filósofo. Los pueblos están imbuídos en ese espíritu y los vemos con frecuencia cometer la peor de las hipocresías: la que concilia la conciencia con el interés.

—Ese espectáculo que ofrece la gran política,—dije a mi vez,—es también el que ofrece la vida en todas partes. ¿No está demostrado que la lucha es el sólo principio de ella? El hombre ha empleado siglos en descubrir su planeta; le falta poseerlo. Es su objeto, su razón de ser, su derecho. Y yo les pregunto: las más útiles empresas, ¿no son las manifestaciones de ese espíritu de conquista que nos arrastra y nos eleva?

Monsieur Nicollet había dejado apagar su cigarro entre los dedos, lo arrojó y respondió pensativo:

—Lo importante es dominar los impulsos peligrosos, el instinto ciego. ¡Pero qué difícil es! ¿Hay nada más cómodo que persuadirse de que usando de la fuerza para sí, se cumple la ley más grande de la vida? Pero un día—¡y qué triste es!—se advierte que la fuerza sola es una cualidad de bruto: que lo conquistado gracias a ella no tiene ningún precio, que se necesitan para regularla otras cualidades, más hermosas, más raras, las verdaderas cualidades humanas.

—Esa decepción dolorosa— dijo Trembloz,—esos arrepentimientos tardíos, no les esperan a las personas de otra especie; a las que se hurtan a la ley fatal de la lucha y renuncian al espíritu de conquista, para obedecer al espíritu, al sacrificio. Este también da una fuerza; ¿y quién sabe si la única verdadera?

—¡La mayor!—afirmó Nicollet, volviéndose a medias hacia mademoiselle Anita, turbada al encontrarse así mezclada a esta discusión—¿Qué he hecho yo, que os hablo? Si se quiere, he facilitado el progreso de algunas industrias, he aliviado el trabajo de unos cuantos obreros, he favorecido la venta o la transformación de determinados productos. ¡Algo es! En cambio, de este haber—haber que no pretendo rebajar,—he adquirido una fortuna que constituiría la riqueza de un centenar de personas, o cuyas rentas alimentarían a algunas familias. Mientras que el sér que tenéis ahí, Anita, ¿conocéis lo que ha hecho? Desde aquí, sin cambiar de sitio, por la sola fuerza de su bondad, ha conquistado para los suyos un vasto territorio que obstruían los bosques, en donde ahora pastan vacas, en donde maduran las cosechas. Sin ella, una familia humana hubiera desaparecido agotada por un esfuerzo estéril; ella la ha salvado mientras yo recogía millones. Yo, haciendo mi camino, he arruinado a seres más débiles con arreglo a esa ley de lucha, que es ley natural, bien, pero que es ley de una naturaleza injusta, cruel, infame, que el hombre debe esforzarse en corregir. Ella con su trajecillo negro, humilde, jamás hizo derramar una lágrima. Al contrario, ha sembrado la alegría a manos llenas. Ha hecho el bien a todos los que pasaban a su alrededor, a enfermos como mi padre, a pobres como mi hermano Julio, a desdichados como Anthony. Me lo ha hecho a mí mismo: con toda mi opulencia he recibido limosna de sus manos. Nada de lo que he adquirido o conquistado, me ha dado jamás el consuelo y la tranquilidad que me proporciona su sola presencia, sencillamente porque ella es buena, y porque la bondad que de ella emana, es calor, luz y aroma.

Todos mirábamos a mademoiselle Anita, que balbuceó:

—Pero, querido tío...

—¡No hay exageración ninguna!—exclamó el doctor Mathorel.

Ella se levantó haciendo un pequeño gesto de impaciencia y se puso a recoger las tazas en la bandeja. En aquel mismo momento, el tío Adolfo volvió a pasar por delante del pórtico con una nueva carga de ramitas, de hojas secas, de tallos cortados. Levantó la vista hacia nuestro grupo, y soltó con una mano su carretilla para tocar el ala de su sombrero, sin detenerse.

—¡El tocado de ofoño del jardín!—dijo el pastor, siguiéndole con la mirada.

El silbido de un vapor que salía del puerto de Bielle rasgó el espacio. Madémoiselle Anita se volvió hacia mí y me preguntó con una sonrisa que evocaba el pasado:

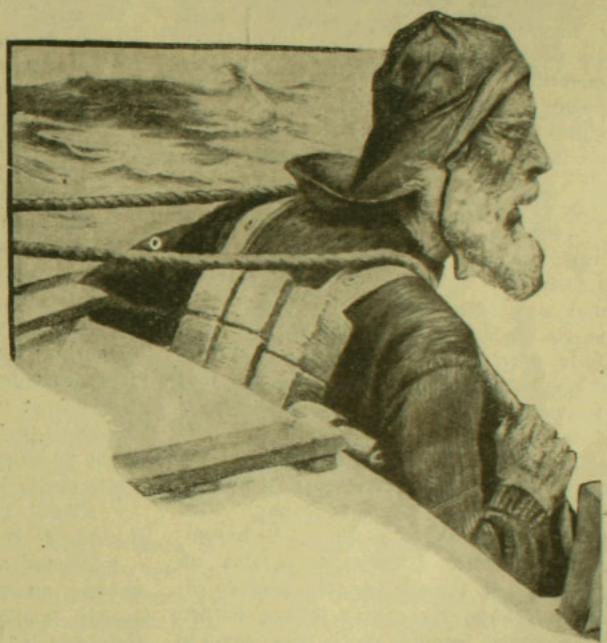
—¿Es el "Aguila" o es el "Leman"?

—¡Ay!— respondí.—Ya no son los mismos. Los de ahora son mayores, tienen otros nombres. ¡Yo no los conozco!

Un instante después añadí, bajando la voz y mirando a su tío:

—Los barcos cambian, como los hombres.

Tuve otras ocasiones de escuchar a monsieur Pedro Dionisio. Continuaba "meditando"; él, que durante cuarenta años se había contentado con obrar; también leía; él, que durante tanto tiempo había tenido odio a los libros combinaba sus reflexiones personales con las que le sugerían sus lecturas; así descubría ideas muy sencillas, que se asimilaba y hacía suyas, y era un espectáculo altamente original el de aquel antiguo hombre de negocios, que se iba convirtiendo en filósofo.



Al llegar al puerto, vimos ante nosotros al viejo pontonero, ciego, encorvado por los años.

Un día que paseaba le encontré en un precioso camino, perdido entre los viejos árboles de unas posesiones muy viejas, entre los que canturrea un riachuelo cubierto de sombra. Marchaba en dirección a Bielle, no con el paso rápido que yo le conocía, sino despacio, cabizbajo, con el aspecto de un desocupado que "flanea" entregado a vagos ensueños.

Me paró. Acorté el paso para ir con él. Charlamos, mirando apuntar entre la cortina de los árboles los grandes aleros de las granjas prósperas.

—¿Anda usted, monsieur Nicollet? Yo creía que los americanos no iban nunca a pie.

—Ya sabe usted que yo no soy americano... No necesito ya ganar tiempo; al contrario, me hace falta perderlo. Y además, hubo un período en mi vida en que no tenía caballos ni coches, y no fué el peor.

Aquel comienzo me inquietó.

—¡Vaya! ¡A qué me cuenta sus años de miseria! La manía de todos los enriquecidos: el pretexto para alabarse de su obra y de su fortuna.

Me equivocaba. El continuó:

—¡He seguido tantas veces este camino en que estamos! ¡Está para mí tan lleno de recuerdos!

—¿Sí?

—Mi padre, antes de su enfermedad, poseía una huerta, allá abajo, más cerca de la población. Dentro de un momento se la enseñaré. Era necesario cuidarla, con mis hermanos; arrancar las hierbas malas, binar, escardar y regar los días de asueto, bajo pretexto de que aquello era "muy sano". Adolfo se entusiasmaba; tenía sus cuadros, con los que soñaba de noche. Justo se resignaba; "puesto que papá quiere..." decía. Julio se sublevaba, porque tenía gusto de señorito,

sobre todo cuando nos enviaban con una carretilla y una pala a recoger el estiércol a la carretera.

—Como principio—dije,—el estiércol no vale menos que el alfiler de Jaime Lafitte, y seguramente es más pintoresco (1).

—Aquello me exasperaba, porque era tiempo perdido. Yo no llegaba a comprender el gusto de mi padre en cuidar hortalizas que se pueden comprar a menos precio en el mercado. Como Adolfo se quedaba en el huerto y hacía nuestra labor y la suya, nos poníamos de acuerdo para esconder la carretilla detrás de un seto, y corríamos los prados y los senderos. Las fresas, los cangrejos, las mariposas... Julio adoraba las mariposas... ¡Pobre muchacho! ¡Se parecía a ellas!

Se echó a reir, con una risa infantil.

—Figúrese usted que un día no encontramos nuestra carretilla detrás del seto; alguién se la había llevado... No entrábamos muy arrogantes aquella tarde en el huerto, donde nuestro padre nos esperaba. Julio inventó historias absurdas... mi padre se encogió de hombros, cortó una vara de avellano y nos dió a cada uno un repaso, metódicamente, sin decir palabra... Adolfo asistió a la ejecución con la cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas, como si hubiera tenido algo que echarse en cara... ¡Qué buen hermano era ese Adolfo...! Se ha conservado idéntico, a través de la vida, un poco aniñado, ingenuo, cándido, dejando correr los años, sin pensar lo que pueden traer consigo, gozando de las cosas como si el agua, el aire, el sol, el cielo y el lago, con todas sus orillas, fueran de su exclusiva pertenencia...

Ya no tenía su aire seco y dominante: se enternecía. En cuanto a mí, le escuchaba sorprendido, sin sentir la necesidad de responderle. Tampoco debía tener gran interés en ello, pues por mucho que mejore uno, siempre conserva los rasgos del primer modo de ser, y monsieur Pedro Dionisio estaba seguro de interesar a su interlocutor cuando se interesaba a sí mismo. Esta vez no se engañaba: mi atención valía tanto como una contestación.

Continuó:

—¡Qué diferente la vida de los cuatro hermanos que corríamos por aquí! ¿Sabe usted que nuestra historia podría ser instructiva? Debía usted escribirla, puesto que hace novelas. Podría ser útil, ¿no cree usted?

En aquel momento aún no había yo penetrado la significación de los incidentes que he procurado resumir en estas páginas. Sólo vi en la pregunta de Nicollet una manifestación de la manía, común a muchas personas que aspiran a ser, digámoslo así, "materia literaria". Quizás por eso le respondí con alguna ironía:

—¡Sin duda! El triste fin de su hermano Julio sería una buena lección para los perezosos; en tanto que el ejemplo de usted, al contrario, mostraría adónde conducen el trabajo y la energía.

Monsieur Nicollet sujetó mi brazo con un movimiento brusco, que delataba la impaciencia de su verdadero temperamento.

—¡No! ¡no! ¡no!—exclamó.—No es eso lo que yo quiero decir, ni mucho menos. Es precisamente lo contrario.

—¡Cómo! ¿Usted quiere que yo hiciese el elogio de la pereza, en contra del trabajo?

—¡Vamos, no comprende usted! Si yo escribiese nuestra historia, la historia de nuestra familia, ¿no sabe usted lo que se vería de ella? Pues dos cosas, ¿entiende usted? dos cosas que me parecen muy importantes...

Se recogió algunos momentos como si quisiera reunir ideas dificultosas. Luego continuó, mirando a lo lejos y acentuando con gestos secos sus palabras:

—En primer término, se desprendería que el espíritu de sacrificio—que representa entre nosotros mi sobrina—es la mayor de las virtudes; que es el único que proporciona la satisfacción interior, y que incluso produce mayor felicidad que ninguna otra disposición del alma...

No pude contenerme, y le interrumpí:

—Esa es, precisamente, la idea cristiana.

—No—dijo;—compréndame usted. Yo no hablo como cristiano, sino como hombre. Los cristianos dicen que nuestra vida importa poco, que la otra es la única en que debe

(1) El cuento del alfiler del famoso banquero Lafitte, es muy conocido; pero lo referiremos sumariamente por aquellos lectores que no lo conozcan o no lo recuerden. Se presentó cuando era muchacho en casa de un banquero para quien llevaba una carta de recomendación. El banquero le manifestó que por entonces no le podía dar colocación en su casa. Al salir Lafitte, vió un alfiler en el suelo, lo recogió y lo colocó cuidadosamente sobre la mesa. Esa acción sorprendió al banquero, que considerándola como manifestación de cualidades recomendables, le indujo a dar inmediatamente un empleo en su casa al muchacho.

pensarse; que la tierra es una antesala en la que no se debe romper nada antes de entrar en el salón.. .Pero yo no soy de esa escuela. Yo creo, por el contrario, que nuestra vida importa mucho, porque no estoy muy seguro de que haya otra. La religión es cosa muy buena, pero poco cierta. Yo sólo pienso en ella los domingos cuando voy a la iglesia para dar ejemplo... En lo que yo le digo, me coloco en un punto de vista terrenal, utilitario... y le afirmo que mi sobrina, que está impregnada hasta la médula en el espíritu del sacrificio, ha tenido mayores satisfacciones que yo, que estoy completamente desprovisto de él... ¡Y en proporciones enormes! Yo me he deslomado amontonando fortuna; ella ha saboreado toda clase de alegría, infinitamente mejores, y ninguna le ha dejado amarguras... Ese es el primer punto. Yo me quedé muy asombrado al descubrirlo. Pero mucho más al advertir el segundo.

Monsieur Nicollet se detuvo al borde del camino, y prosiguió con la mano apoyada en mi brazo y mirándome fijamente.

—El segundo punto es, que el trabajo útil, sencillo y productivo es incomparablemente mejor que el trabajo complicado, científico y lucrativo. ¿Comprende usted?

—Poco más o menos—dije.

Golpeó el suelo con la contera del bastón, y echó a andar.

—Quiero decir, que el mejor trabajo es el que exige mayor fatiga, y aquel que en vez de favorecer el cambio, como el comercio o la industria, aumenta simplemente la cantidad de productos de primera necesidad.

No tengo para qué decir que la enunciación categórica de principios tan diferentes como los que han asegurado desde sus orígenes los progresos de la civilización, hizo surgir en mi espíritu una multitud de objeciones.

—Si hablo así—continuó Nicollet en tono firme,—es porque comprendo que soy el menos feliz de los habitantes de la quinta Carlota. De donde deduzco que mi hermano y mi sobrina han entendido mejor que yo la vida... Mire usted, éste es el huerto de que le hablaba...

Se detuvo de nuevo, extendió su bastón hacia el cercado, en donde brotaba una vegetación rica y confusa de flores, de arbustos, de hortalizas, alrededor de una especie de garita de madera pintada de amarillo.

—Allí metíamos nuestros instrumentos de trabajo... que Adolfo manejaba con tanto placer y que a mí me horrorizaban; aquella esparraguera, que parece un bosquecillo en miniatura, la plantó mi padre... y también aquel manzano que se ve allí, con tanto fruto... Seguramente plantaría casi todos los árboles, pero yo no recuerdo nada más que del manzano.

Sus ojos buscaron aquel lejano pasado en el que veía a los suyos, en el que se reconocía él, de niño; permaneció algunos minutos de pie, junto al seto que enrojecían los agavanzos. Luego se volvió suspirando:

—Dejemos esto—me dijo.— Le voy a acompañar a usted hasta Bielle. No es mi camino recto, pero el rodeo es pequeño.

Atravesamos juntos la vieja población, tan bonita, tan tranquila, que desde hace siglos refleja en las aguas del Leman sus varias arquitecturas: macizas torres romanas, torrecillas de su castillo bernés, pequeña población hoy rejuvenecida con sus muelles nuevos plantados de flacos árboles, que los viejos castaños miran recelosamente desde lo alto de la Explanada; con su capilla inglesa cuyo atrio pseudo-gótico forma contraste con los puros arcos románticos de la iglesia afeada por inoportunas restauraciones; con sus casas nuevas de persianas verdes, que van substituyendo a las antiguas mansiones ruinosas y de colores sombríos.

Primero seguimos la calle Mayor, en la que rostros desconocidos aparecían en los umbrales de las tiendas, hasta el reloj grande que debió de reconocernos, porque dió las seis a nuestro paso para saludarnos. En la Explanada, me puse yo a contar mis recuerdos: la escuela de mademoiselle Anita, los recreos que no terminaban nunca, mi amigo Pedro, aquel paisaje en que se extendían los colores de la puesta del sol, y dije:

—Es cierto, que el presente no vale lo que el pasado; sin embargo, esto es hoy tan hermoso como en otro tiempo.

—Yo—dijo Nicollet con recogimiento.— ¡encuentro que es más hermoso!

Dejando a nuestra izquierda el castillo melancólico donde necesidades modernas han instalado el Museo, el Tribunal, la Biblioteca y la Cárcel, descendimos las escaleras empedradas que conducen a la población baja. Al llegar al puerto, vimos ante

nosotros al viejo pontonero, ciego, encorvado por los años, con el pelo tan blanco y la cara tan arrugada, y todo él tan engañabilado que parecía dispuesto a derrumbarse como una pared que el tiempo y la hiedra han carcomido. A su lado, una niña de diez años le daba la mano: esperaba como todos los días, a aquella hora, el paso del próximo barco, que precisamente doblaba la punta del promontorio vecino y avisaba su llegada.

—También él—dije a Nicollet.— corre tras los recuerdos.

Monsieur Pedro Dionisio le observó un instante como si procurase reconocerle y exclamó:

—En este momento recuerdo que le vi, ahí, cuando visité la quinta Carlota... ¡Hace mucho tiempo! Debe ser casi centenario... Sin duda, lo mismo que yo, ha reflexionado mucho...

—¿Quiére usted que le hablemos?—Le dije.

Monsieur Nicollet movió la cabeza y nos miramos con el mismo pensamiento, no nos atrevíamos; era demasiado viejo; ¿con qué derecho molestarle en la muda peregrinación por la vida que iba extinguiéndose? ¿De qué hablarle? ¿Qué decirle?

Cuando el escrépito de las hélices anunció que el barco iba a fondear, el anciano enderezó su cuerpo encorvado, se aplicó la mano izquierda al oído a guisa de pabellón como si se preparase a representar un papel en el abordaje, le vimos que acechaba los menores ruidos, para seguir los actos habituales: el momento en que el cable— que él había lanzado con tanta frecuencia— chocó con el parapeto, el de fijar el pontón movible, los pasos de los pasajeros que desembarcan... el embarque... la marcha. Unos viajeros pasaron delante de él, luego su sucesor, que le lanzó un rápido saludo luego los dos gendarmes azules con su kepis. Entonces se alejó con andar vacilante, guiado por la niña.

—¡Ese es un trabajador animoso!—dijo Nicollet.—¡Todavía tiene algunos momentos buenos... cuando está ahí y se acuerda!

Casi en el momento en que Nicollet se separó de mí, Quartier, el ex-alcalde, se acercaba. Le ocurría algo de lo que al viejo pontonero: rumiaba su pasado. No teniendo ya nada que hacer, erraba por la población como un alma en pena, examinaba los trabajos emprendidos y los desaprobaba. Desde la reciente muerte del notario Tiercet, su compañero habitual, flaneaba sólo, considerándose feliz cuando se encontraba alguien que le escuchara complacientemente sus quejas. La edad, la ociosidad y el aburrimiento, le amenguaban; sus chalecos cortados para el vientre de sus prósperos tiempos, caían sobre el pantalón, deformados como pellejos vacíos. Me llamó con su fuerte voz familiar, y plantándose sobre sus enormes pies, dijo:

—¿Charlaba usted con el Americano? ¿Qué cuenta ese pajarraco?

Como yo le contestase evasivamente, me asió del brazo, prosiguiendo:

—Ese sí que cambia. ¿Querrá usted creer que el otro día ha entrado en la "Cabeza de Moro" y que ha bebido una copa? Como usted y como yo. Me lo ha contado Vallot que le vió con sus propios ojos. Y parecía saborearla. ¿Qué querrá decir eso?

—Quiere decir, supongo, que ha renunciado ya a la abstinencia. ¿Se lo va usted a censurar?

Quartier meneó su gruesa cabeza erizada de pelos de todos colores, porque no lograba encanecer como otras personas:

—¡No, no! Eso quiere decir otra cosa, cosa que yo no comprendo ni usted tampoco, según parece. Además, se cuentan muchas historias. ¿No sabe usted? La casa que ha construído para su hermano, el dinero que da para todas las buenas obras, en fin, ¿qué se yo? Lo que es claro como el agua, es que se hace bueno. No durará mucho

—¡Bah! Está muy fuerte, se lo aseguro a usted.

—No importa. Cuando los mozos de su temple se enternecen... ¿qué quiere usted? no es buena señal. Es como el pobre Tiercet. Cuando se acercaba su fin, sólo pensaba en sus sobrinos, por quienes en la vida había hecho nada. Y al oírle, se hubiera creído que les adoraba.

Aquella siniestra profecía del ex-alcalde me vino a la imaginación cuando me fuí a despedir de monsieur Pedro Dionisio. Me pareció cansado, con el rostro plomizo, grandes ojeras negras y no sé qué de inquieto, de vago, de doloroso en la mirada. Habló poco y con aire distraído. Las pocas frases que pronunció indicaban, con la obsesión de dos o tres ideas fijas, el singular deseo de cambiar de vida. Encontraba demasiado suntuosa la quinta Carlota. Estaba descon-

tento. Se quejaba de su lujo y de su fortuna en un tono tan serio que excluía la idea de la paradoja.

—¡Dios mío! ¡Qué mal he empleado mi tiempo!—me dijo.—Nunca pensé en la felicidad, ni para mí, ni para los demás. No he gozado de nada, me he contentado con aumentar mis conquistas, tanto, que hoy pesan sobre mí, como si llevase en mis espaldas todos mis millones fundidos en un sólo lingote. Ignoro los placeres que conocen los pobres, y ahora es demasiado tarde. Sólo me queda una satisfacción: hacer el bien, y es un arte tan difícil, que no lo entiendo.

Un gesto de mademoiselle Anita me indicó que era su manía; al mismo tiempo, para interrumpirle, se puso a charlar de la vendimia que nunca había sido más abundante. Nicollet tuvo un instante de buen humor, volviendo con un rodeo a su idea:

—¡Y pensar que durante años sólo he bebido agua!—exclamó.—¡Qué bruto he sido!

Yo me esforcé en probarle que era más digno haber abusado del agua que del vino, y que, por otra parte, es mucho más raro. No me escuchaba; se columpiaba en una mecedora, con la vista perdida en el paisaje y entregado a sus pensamientos. Cuando me despedí, me estrechó la mano, distraído. Su sobrina, al acompañarme, me dijo:

—¡No se puede usted figurar lo bueno que se está haciendo! Pasa la medida. Se enternece con sus recuerdos de infancia. Me da miedo.

Y añadió para tranquilizarse a sí misma.

—Felizmente tiene una salud de hierro. No ha estado nunca malo.

Estos temores eran fundados: la enfermedad se desquitó. Fué larga y cruel. Durante todo el invierno atenazó el cuerpo tan robusto de Nicollet, que entre sus garras se convirtió en un sér encogido, débil, miedoso, con caprichos y exigencias infantiles. Naturalmente, sólo quería que su sobrina estuviese a su lado, no aceptaba nada sino de ella, y murió con la mano entre las suyas.

Al año siguiente le tocó al tío Adolfo; mademoisele Anita pasó meses al lado del lecho de un agonizante sin esperanza, luchando siempre sin descanso contra el mal; y cuando fué vencida, se halló en el vacío que sucede al agotamiento de las noches en vela, al horror del espectáculo continuo del dolor. Y luego, más tarde, ¡qué días más largos en aquella casa desierta! ¡qué atroz impresión la de encontrarse sola en el mundo! ¡Sola entre tanto extraño!

Mademoiselle Anita no pudo resistir mucho tiempo; ¿qué hacer en la vida, si ya no la necesitaba nadie?

Sufrió menos que sus dos tíos; y manos mercenarias cerraron sus ojos.

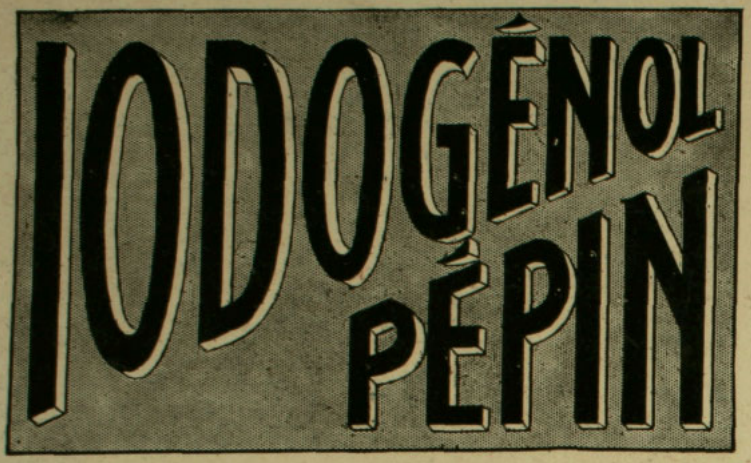
FIN

UNA POBLACION DE HOTENTOTES EN LA PARTE MERIDIONAL DEL AFRICA.

Octbre. 1915

PACIFICO MAGAZINE

Precio: UN PESO



Medicamento científico y de gran valor terapéutico, muy agradable a tomar, se emplea lo mismo si se trata de niños que si se trata de personas adultas. SUBSTITUYE a TODOS LOS MEDICAMENTOS con base de YODO (jarabes y vinos yodados o yodotánicos, aceite de hígado de bacalao, Yoduro de potasio, etc., etc.) y es muy preferible a ellos.

EL IODOGENOL
PEPIN

no ha podido ser igualado nunca.
Los médicos lo dirán.

De venta en todas las Droguerías y buenas Farmacias.

AGENTE

CASA ARDITI

AGUSTINAS 814
Casilla 78-D

SANTIAGO

PANCHITA

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer. | VOL. V.—Santiago de Chile, octubre de 1915.—Núm. 34. | — Que mañana.

Un poeta en Arauco

Por

Joaquin Diaz Garcés

Con ilustraciones

Hacía mucho tiempo que no veía a mi amigo Santibáñez, el pintor de todos conocido, el hábil paisajista que ha trasladado a su tela la nitidez de líneas y colores del paisaje chileno, sin ahogar en luces violentas y contrastes bruscos la poesía infinita de nuestros campos y montañas.

Pero cuando yo busco a Santibáñez voy tras de otras emociones que el simple relato de sus buenas ventas, de sus excursiones a la cordillera, de sus teorías peregrinas y pintorescas sobre el arte y la manera de ser su sacerdote. Santibáñez es un narrador admirable, ingenuo, tal vez largo y monótono; pero admirable en el sentido de traducir con verdad estados de alma fugitivos que los conversadores frívolos descuidan. Santibáñez es chileno hasta la médula; libre e independiente, como el carrilano que sigue a lo largo de la vía y ofrece su trabajo a quien le toca encontrar; observador y socarrón. No se sabe, cuando cuenta historias vividas, si es necesario llorar o reir; o mejor dicho, no se sabe si él espera que llore el auditorio o que ría. El cuenta lo que sabe, lo que ha visto, se enternece sonriendo y ríe con un acento de amargura frío y perezoso. Es así nuestro espíritu montañés, ¿no es verdad?

Cuando encontré a mi amigo, la última vez, se separaba, frente al Club, de un muchacho alto y rubio que había creído encontrar alguna vez en el Ministerio. Lo invité a un aperitivo y Santibáñez vaciló, pesimista como siempre.

—¿No se escandalizarán tus amigos con mi sombrero?

—No lo creas. Mis amigos no son modistas. Aprecian tu talento...

—Pero no compran mis cuadros.

—La crisis...

—La crisis de lo nacional, a pesar de que aseguran que las importaciones han disminuído. Tu famosa crisis sirve para que se pasen de mano en mano los mismos cuadros extranjeros, en la eterna conjugación del verbo deber, "yo debo, tú debes, él debe, nosotros debemos, vosotros debéis y ellos deben", y las pobres telas francesas van cambiando de dueños y de salones cada dos meses.

—Vamos, entra.

Y entramos. Naturalmente el chambergo de mi pintor llama la atención de los desocupados.

—¿Quién era el joven rubio que despedías al frente?

—¿No lo conoces? ¿De veras? ¿Pero es posible que el editor de una revista en boga, el redactor de un gran diario, el escritor de tradiciones, consejas, cuentos y crónicas, no conozca a Floro Fernández, el poeta, el filósofo, el hombre de las aventuras extrañas?

—Pues no. Ni de nombre. Lo de llamarse

Floro me habría dado la idea de un imbécil. Apenas sé que además de genio tiene partida en el presupuesto, pues creo haberlo visto en el Ministerio.

—Sí, señor; en el Ministerio como los otros, los que no son poetas ni filósofos, ni tienen aventuras sino malos modos con la gente pobre... Si supieras! Bueno, has de hacerle un reportaje a este niño y tendrás con qué entretener a tus lectores.

—Pues, hecho. Comienza tú; prefiero oírte a ti mismo y no al Floro con sus versos y su mirada vaporosa. Cuéntame una de las aventuras de tu amigo.

Y Santibáñez juntó los ojos—lo que hace siempre cuando quiere recordar una fecha. Después se borró de la frente la cifra que se venía a su imaginación y encogiéndose de hombros, dijo:

—"En fin, tú no me exigirás que te diga a punto fijo cuándo pasó ésto. Los años se me juntan como los acordeones cuando tocan los bajos. Yo estaba en Temuco y deseaba hacer retratos del vecindario distinguido. Entonces no había en Temuco gente ni distinguida ni que pretendiera serlo. Pero mis necesidades eran grandes y expuse en una vidriera, sobre unas muestras de maíz y apoyado en unas vejigas de grasa, un dibujo que representaba a una vieja. Era un buen dibujo; pero me hacía ruinosa competencia una oleografía vecina, aviso de una salsa italiana, en que aparecía un cocinero rubicundo todo vestido de blanco. Cada vez que me detenía a oir comentarios de los que se acercaban a la vidriera, escuchaba a las chicas hablar del cuadro de colores en contraposición del otro, que debía ser el cuadro negro. ¿Cuál no sería mi sorpresa al oir una tarde, tras de mí, una frase de elogio? No soñaba; alguien había dicho en Temuco—hace doce o catorce años de la fecha—que ese dibujo revelaba estudio detenido, habilidad manual, en fin, las condiciones de un artista. Al buscar a mi admirador encontré erguido a mi espalda a un joven alto, flaquísimo, de larga y despeinada barbilla rubia, vestido con ropa negra, raída, casi verdosa por el uso y cubierto por un sombrero hongo de alas sumamente estrechas. Era un tipo ridículo y se me ocurrió que se hubiera escapado de un álbum de caricaturas especialmente para burlarse de mí, de mi dibujo y de mis pretensiones de hacer retratos en Temuco. Por preguntar algo, por responder a su atención que estaba dirigida, seguramente, a agradarme y hacer mi conocimiento, le hice la más vulgar de las preguntas. Ese hombre era el poeta convencional, el poeta tal como lo representan para el vulgo los dibujantes, el Poeta con mayúscula en una palabra. Yo le pregunté si lo era, esperando que me respondiera que no hacía versos sino escritos en el juzgado; que era dorador o agente viajero. Pues, no, señor; era realmente un poeta y me lo dijo así con una sonrisa de tanta ingenuidad, que desde ese momento y hasta hoy soy su amigo.

—Soy poeta—me dijo, así como en la Vida de Bohemia—hago versos y acabo de publicar unos que han tenido cierta resonancia. Pero, créame usted que me muero en este pueblo; fuera de las pocas horas de la semana en que puedo escapar al campo, no tengo nada artístico que mirar. Su dibujo es una brisa de otros mundos superiores...

Y suspiró y yo me reí".

Santibáñez continuó esa tarde narrándome las aventuras de Floro Fernández y después, cuando al anochecer repasé toda su narración, creí de interés sacar de ella un cuadro breve y original del choque de las razas en la frontera.

Porque, ya es tiempo de decirlo, Floro era hijo de alemana. De ese lado le venía la poesía y el sentimentalismo. Su padre era descendiente de españoles y tal vez no había gota de sangre india en las venas del personaje.

Temuco surgía como avanzada del civilizado sobre las tierras araucanas; surgía como campamento: agrupación de techos improvisados, callecitas pobres, codicia imponderable llenándolo todo. Dos grandes comercios ocupaban la actividad de los más audaces, la profesión de las leyes y la venta de alcohol. El indio perdía la razón en cualquiera de las innumerables tabernas del pueblo, y sus tierras en el juzgado. De pie, contra los muros de adobes sin rebocar, o sentado en las veredas, la mirada inmóvil, el transeunte creía siempre ebrios a esos reclamantes acumulados en la vecindad de la oficina del Protector de Indígenas. Algu-

nos estaban ebrios de vino y de mal aguardiente; pero los otros no: entontecidos por el golpe del lanzamiento e incapaces, por soberbia, de dar gritos de tira y de súplica, preferían callar y miraban estúpidos, con fijeza de bueyes cansados que encorvan la cabeza bajo el yugo fatal.

Naturalmente, en medio de este ariete de penetración civilizadora, se ostentara también la enseña de la Casa de Prendas "El Toro". En la vidriera había monturas, chamantos, ponchos y joyas araucanas, relojes macizos de plata, cadenas, espolines, alcuzas y armas de fuego. Todos esos objetos habían quedado allí para siempre con el objeto de satisfacer la pasajera y diabólica sed del ebrio. Entraban vacilantes, con las cabezas encendidas y los labios secos, echaban sobre el mesón sus objetos de valor y salían de prisa con el escaso dinero recibido, tropezando en el umbral y cayendo sobre los transeuntes ya familiarizados con este mercado natural.

Floro, como poeta, era ciego; contemplaba la belleza en absoluto, sin considerar el medio en que florecía. Era natural que, al admirar la belleza incomparable de la hija del agenciero, no pensara para nada que esa rosa surgía entre abrojos llenos de sangre. Sus amores eran conocidos en el pueblo y todos se encogían de hombros. Y esta indiferencia natural por negocios que no daban dinero ni podían cotizarse en "El Toro", fué solamente interrumpida por unos inspirados versos que insertó en sitio de honor "La Voz de la Frontera", en los cuales el poeta con toda su firma y con el nombre de la amada la maldecía y anunciaba su propósito de terminar la vida en forma trágica.

Los versos de Floro eran ardientes y sinceros, conmovían el alma más dura y se cree que la agenciera tuvo más tarde pesar de no haber conocido todo el mérito de su amante. Pero, entretanto, junto con esta bulliciosa publicación Fernández desapareció del pueblo.

El editor del periódico de la localidad, un italiano que se dedicaba a todos los comercios imaginables y a otros apenas nombrables, había llamado al poeta. Pálido éste, rezagante el empresario; débil la víctima, fuerte el explotador, el mercado quedó concluído pronto. En cambio de una vaga promesa de salario y de la seguridad absoluta de la fama, de la inmortalidad y de otras monedas igualmente sin curso forzoso, Floro vendía su alma al editor. Desde luego debía procurarse, entre sus relaciones, un caballo; condición precisa para un periodista de esas tierras vírgenes.

Corría la voz de un gran lanzamiento del indio Pailahueque, dueño de unas preciosas tierras, no distantes del pueblo, objeto de la codicia del agente del Banco. Sería un lanzamiento a sangre y fuego, porque Pailahueque resistiría con su familia hasta la muerte: su padre, su abuelo, los abuelos de sus abuelos habían sido dueños de toda esa tierra; y el español primero, el chileno después, se las habían ido arrebatando jirón por jirón, de engaño en engaño, con golpe tras golpe. El diario necesitaba dar cuenta del suceso.

—Andiamo giovane valoroso, le decía el editor, avrai la celebritá, raccontanto l'estertore de questo popolo virile. Prende un cavallo!

Floro salió de la oficina desde donde el periodista dirigía sus diversas empresas, la de una fonda que vigilaba por una ventana de su escritorio y la de otro establecimiento del cual le venían voces aguardentosas y clamoreos de orgía. Salió preocupado sobre esta condición absurda que la vida imponía a un poeta para llegar a ser célebre: un caballo. ¿Dónde encontrar en Temuco un buen caballo? Pasando revista a los amigos, y el poeta tenía por amigo a toda persona buena del pueblo (eran pocos esos amigos, por cierto), pensó que el capitán de gendarmes sería bastante amable para facilitarle un caballo mulato, brioso, del cual se había servido en un paseo para seguir y alcanzar en veloz carrera a la niña del agenciero en los tiempos de fortuna de su triste amor.

Y como lo pensó ocurrió, porque la sola mirada inocente de Floro, el candor de sus pupilas azules, la delicadeza de su físico, su noble y ridícula pobreza de ropa, todo inclinaba a benevolencia compasiva a cuantos lo conocían. Guardó secreto el poeta del objeto de su misión porque temía el ridículo. Si había en todo Temuco persona ineficaz para hacer tal investigación en medio de las rucas de Pailahueque, era él mismo. Tímido, amante de la belleza, sentía por los indios, junto con la más honda piedad, irresistible miedo y cierta repulsión. Podría encontrarse en el trágico momento de la llegada de las tropas, ver salir a la

Floro recordaba el pasado...

tribu con sus animales y mujeres, encontrarse impotente para hacer algo en defensa de tan pobres víctimas. Se necesitaba ser muy vil para registrar sensaciones sucesivas y materiales, como simple lente fotográfico. Pero ya no era tiempo de mirar hacia atras: por delante tál vez un sueldo, seguramente la gloria; atrás una vida cómica de privaciones, un mísero jornal de escribiente, la sentencia de quedarse para siempre en Temuco. "Andiamo giovane valoroso", se repitió a sí mismo... y salió en busca de su Pegaso.

Al amanecer del día siguiente los obreros del ferrocarril creyeron primero soñar cuando, entre las brumas matinales formadas por los vapores del bosque, divisaron una extraña figura jamás contemplada en esas soledades severas. Porque, si algo no ha conocido el solemne paisaje de Arauco es la notación alegre o cómica que abunda en otros, donde el hombre ha marcado ya con mano torpe su huella, sea colocando una casa con puntiagudo techo de pizarra apto para la nieve en una región tropical, sea importando plantas europeas que riñen con las nuestras en chocante contraste.

Los carrilanos se fatigaron de hacer conjeturas y aceptaron la más cómoda de las teorías populares: se trataba, seguramente, de un duende. El paso del caballo resonaba en el bosque de tronco en tronco; y durante mucho tiempo, cuando interrumpían sus golpes de combo, pudieron escuchar todavía el ruido de las herradas patas sobre el planchado del camino.

Floro fué exaltándose a medida que avanzaba. La aspereza de la montura de gendarme concluyó por causarle cierta anestesia y entonces, al desaparecer el dolor físico, su imaginación tomó la preponderancia de siempre. Era un conquistador; pero no un vil y sanguinario conquistador de tierras, sino un conquistador de gloria, un capitán del ideal cuya blanca bandera, con un lirio azul en su centro, flameaba sobre casco de bruñida plata. De esta manera su raído chaqué se cambiaba en coraza, el sombrero hongo de cortas alas en yelmo labrado por genial orfebre y el mismo caballo le parecía cubierto con gualdrapas de brocato a flecos de oro. Probablemente la suerte le deparaba un gran destino: escuchar los latidos de un pueblo moribundo en el rincón de la obscura ruca de Pailahueque, asistir tal vez al lanzamiento dramático, contar en seguida con elocuencia arrebatadora los sufrimientos de los hijos de Caupolicán y predicar en todo Chile la gran cruzada de redención de una raza heroica. Quién sabe si, atisbando en la noche, podría oir la tradición desconocida de este indio que no ha escrito ni sus glorias ni sus tormentos; quién sabe si hasta alguna melodía de la tierra nativa iba a surgir en la tarde callada, después del lastimero quejido de los pájaros que se duermen en el gran bosque.

El poeta iba ganando camino lentamente; pero su alma volaba adelante, salvaba años y año, veía a la posteridad repitiendo su poema trágico, el teatro recogía en cuadros coloreados sus visiones y una orquesta colosal se alineaba para interpretar ante muchedumbre recogida la música del Arauco resucitado. Tal vez allí mismo nacería en el futuro una ciudad indígena con su nombre y en la plaza central se levantaría estatua ecuestre al poeta-redentor.

Ladridos lejanos lo despertaron. Allá, en el fondo, grises y confusas, aplastadas junto a los árboles, en un claro del bosque, en medio de una verdura donde pastaba un caballo blanco y algunos escuálidos corderos y bueyes, se podía divisar ya las rucas de la reducción. El la conocía; algunos años antes había pasado en alegre cabalgata entregado a otros sueños de más reducidas proporciones.

El poeta abrió los brazos en señal de concordia, quiso espolear el mulato para llegar donde sus amigos y redimidos en brioso galope, como llegaban los caballeros de la Edad Media a sus castillos después de cambiarse signos con los guardias apostados en la torre del Atalaya. Pero notó que los indios corrían despavoridos, cerraban las trancas de la entrada, animaban sus perros hambrientos y se armaban. No; no estaban todavía redimidos, no conocían a su Mesías; se había adelantado la imaginación a la realidad. Y moderó la marcha.

La reducción de Pailahueque esperaba la terrible hora de la lucha. El viejo era amado por todos y la noticia de su pleito per-

dido, del papel en que se le ordenaba entregar las tierras de sus padres había cundido de ruca en ruca. Espías apostados en el pueblo y en los caminos iban a comunicar la noticia inmediatamente que la conocieran. El primer grupo de gendarmes que llegara a efectuar el lanzamiento tendría que combatir con viejos, mocetones, mujeres y niños; pero en combate a muerte. Valía la pena morir antes que mendigar otro pedazo de suelo, más lejano aún de todo ferrocarril, para que quedara fuera de la codicia por algunos años, ya que habría de llegar también para sus hijos la hora de la prueba.

Ninguno de los amigos había dado el menor aviso sobre este extraño visitante. No había duda, sin embargo, que era un tinterillo. *"el tinterillo"* como decían los indios confundiendo en un solo nombre a toda la ralea, a toda la gusanera de intrigantes y ladrones de esas tierras sin propiedad constituída.

—Es el tinterillo,—corría la voz de indio en indio y de ruca en ruca.

—¿A qué viene el tinterillo?

—Vendrá, como siempre, a hacernos mal, traerá un papel...

—Sí; traerá un papel escrito donde habrá pobreza y muerte.

—Es el tinterillo—repetía una vieja octogenaria que todavía no conocía bien el significado de esta nueva palabra substituída a la de "capitán" y de "soldado", que eran las precursoras del peligro en su juventud.

Y se iba formando, tras de la ruca, un grupo confuso y vacilante, como el de las ovejas que se juntan y dan vueltas sobre sí mismas cuando comienza a caer la nieve en los valles de cordilleras. Viejas de rostro agrietado, el anciano Pailahueque apoyado en un enorme bastón que iba a esgrimir en el momento supremo de defensa, mujeres jóvenes con sus collares y aros de plata, niños y animales; todo ese rebaño, al mismo tiempo aterrorizado y peligroso, buscaba fuerzas para contenerse y no ejercer en el tinterillo la venganza de todos los atropellos sufridos.

El poeta, llamado a la realidad, vacilaba; sus sueños, desvanecidos como el humo, daban lugar a presentimientos tristísimos. ¿Podré escapar vivo de esta aventura?—se preguntaba—mientras el mulato brioso lanzaba su relincho respondiendo al llamado del caballo blanco que pastaba en el cercado. Los animales se reconocían; los hombres desconfiaban unos de otros.

Un viejo del vecindario acudía ante el llamado de la ruca de Pailahueque. Era tan anciano que tenía el cabello gris, lo que acontece—según dice la tradición—después de un siglo de inviernos; se apoyaba en un bastón y venía, desde muy lejos, hablando en voz alta y levantando en el aire la vara con gesto de venganza.

Cuando llegó a la puerta todos corrieron a recibirlo. Era un guerrero que había parlamentado con Bulnes y héchose temer por su ascendiente sobre las tribus comarcanas así como por su valor a toda prueba. Tenía experiencia y guardaba en su pecho lecciones inolvidables.

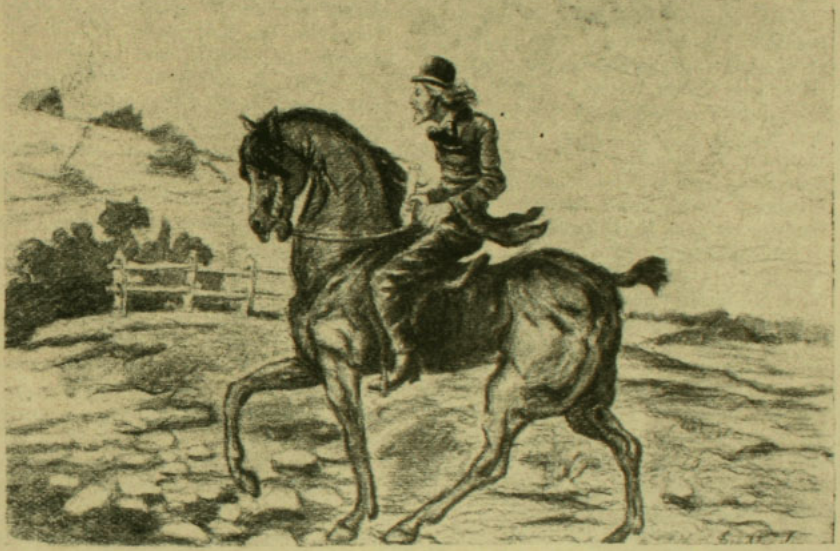
—El que llega es tu enemigo—decíale a Pailahueque—porque es el tinterillo. El español es malo, el chileno es malo; el tinterillo es perverso; te trae el robo, el hambre, la muerte. Yo te lo digo porque, así como ahora, una mañana llegó a mi reducción un hombre que sacó un papel del bolsillo. Después llegaron los soldados y me echaron delante de sus caballos a latigazos. Este es el tinterillo.

Entretanto, Floro detenía su caballo a tiro de piedra de las trancas y observaba con su mirada soñadora el cuadro de las rucas, la ira de los perros fieles, la miseria codiciada del indígena. Pensó con su rapidez constructiva que esos perros eran de origen español y que se marcharían tras de los talones de sus amos aunque no tuvieran qué comer. Si fueran gatos, se decía en su interior, se encerrarían en la ruca al calor de los tizones para salir al encuentro del nuevo dueño a rendirle acatamiento. Pero los perros que ignoraban esta elogiosa impresión del poeta, se iban acercando en actitud no sólo hostil sino agresiva, por lo cual Floro, que había dibujado el movimiento de desmontarse, se mantuvo firme en la silla y comenzó a dar gritos.

Las primeras voces del recién llegado cayeron en el vacío. Cuando dirigió un saludo en español y otro en araucano y empujó todavía su caballo algunos metros, Pailahueque no quiso manifestar temor y avanzó hasta las trancas para invitarlo a acercarse. Los perros fueron mandados con voces breves, y el poeta saltando a tierra tomó su caballo de las riendas y caminó no sin de-

cer a Pailahueque que era un simple paseante amigo que pasaba a saludarle.

La fisonomía del joven inspiró cierta confianza al cacique y él mismo corrió las varas para que pasara el caballo. Los indios se quedaron en actitud reservada, metiéndose las mujeres a la ruca, con la vista baja. El poeta, acompañado de Pailahueque, pero más redondeados y carnosos y sus pies más pequeños. Inmediatamente había notado Floro que estaba delante de la famosa Panchita admirada en el pueblo y solicitada en matrimonio por un rico alemán. En el ruido desagradable de los pesados pies desnudos sobre el piso, de todos esos hombres y mujeres: ruido que a Floro le recor-



El poeta iba ganando camino lentamente... pero su alma volaba...

hizo su entrada oficial en Arauco. No era triunfante hasta ese momento; pero el peligro había sido conjurado.

Entre las mujeres de la familia había una —seguramente la hija menor del cacique— a la cual llamaban Panchita. De belleza fina y delicada, provenía de mezcla reciente de sangre española con la mejor indígena, porque Pailahueque era, a juicio de los temucanos, el indio mejor plantado de la comarca. La niña tenía ojos negros y oblongos, melancólicos y ardientes al mismo tiempo; brazos desnudos con esa maravillosa forma de los brazos femeninos de Arauco, daba siempre el animal y no el hombre, los pasos de Panchita parecían muy livianos y ágiles, sus movimientos graciosos aunque lentos. Latía en su cuerpo la fuerza del indígena; el resto era europeo; el mestizaje había producido una flor de incomparable belleza. El cacique había cambiado dinero y animales por las más originales joyas de plata que realzaran la belleza de su hija predilecta, y así la india era la mejor vestida y adornada que Fernández recordaba haber visto o soñado.

Aunque la araucana es pudorosa y casta, aunque Floro era idealista en sumo grado, es indudable que la primera mirada correspondida que destelló fugitiva en la penumbra de la ruca fué la cruzada por ambos

muchachos. Panchita pensó que el visitante venía por ella, que era bueno y confiado; Floro dió riendas sueltas a su imaginación y se figuró ver en la niña la verdadera reina araucana, la esposa ideal para el poeta redentor. Un momento después ambos se habían sonreído.

—¿Tú eres el tinterillo? Dilo con franqueza.

La voz del cacique resonaba severa como la de un juez. Era apoyada por los demás ojos que brillaban siniestramente en la sombra.

—No, exclamó horrorizado de tal cargo Fernández; ya lo he dicho: nada de juzgado ni de leyes. Soy periodista, soy poeta, escribo, hago *chilca* (letras), y estas letras son fundidas en plomo, con ellas se imprimen muchos miles de hojas como ésta—y mostraba un ejemplar de "La Voz de la Frontera", que Pailahueque miró con temor primero y después con curiosidad y fué pasando de mano en mano hasta quedar en las de Panchita.

—"No es el tinterillo", dijo entonces en forma de sentencia definitiva Pailahueque.

El círculo se estrechó mientras el cacique que había entendido perfectamente la profesión de Floro la explicaba con más detalles, al alcance de todos. Panchita sonreía con menos reserva; sus ojos no la habían engañado, el joven tenía pocos años y ninguna maldad, además hablaba con los pájaros y las flores, pues así había explicado el cacique la condición del poeta; y también su voz, cuando quería levantarla, era escuchada en todo Chile, pues así expresó el poder de la prensa.

Entretanto, el indio había comenzado a dar detalles, al visitante amigo, de la vida de temores y angustia de la reducción, de las amenazas de lanzamiento que demasiado conocía, de la necesidad de amparo. Con acción monótona, con voz lenta, pero con esa precisión de la verdad, Pailahueque contó la red de engaños que se había tejido en torno de sus tierras para arrebatárselas. Lo más temible era la actitud parcial del juez y el deseo del alemán, pretendiente de Panchita, de verla caer en desgracia para que necesitara de sus auxilios.

El poeta tenía el más profundo sentimiento de la justicia, y al escuchar ese triste y vergonzoso relato de persecuciones y fraudes sintió renacer el fuego de sus proyectos de redención. La sangre latió con violencia en sus venas de caballero medioeval y se puso de pie.

Es seguro—sin exagerar—que jamás en los ámbitos de una ruca de Arauco han rebotado acentos de mayor elocuencia que los que salieron de los labios vehementes del poeta y pasaron sobre su auditorio triste como un viento de regeneración y de nueva vida. Floro recordaba el pasado, repetía los nombres de las grandes refriegas cuerpo a cuerpo, mezclaba la leyenda con la historia y esbozaba, con inspiración de vidente, el programa de trabajos para el porvenir. Se creía Pedro El Ermitaño, predicando una gran cruzada de fe, de juventud y de esperanzas.

"Hijos de la tierra chilena—terminaba—dueños de ella, que os veís desterrados y perseguidos por la codicia del blanco después de haberla regado con sangre y lágrimas, os saluda el poeta, os tiende la mano el propagandista, os promete la redención el apóstol."

"Juntaré de vuestras palabras las más iracundas, de vuestros músculos los más fuertes, para convencer con argumentos o para arrancar con amenaza la sentencia de justicia, según el lema doblemente profético de nuestra moneda."

"Mostraré esta raza como una nave que zozobra en el mar ensangrentado de las guerras pasadas, en el cenagoso lago de las lágrimas e infamias del presente, llevando por escarnio en la vela desplegada, como la inscripción de la cruz, la promesa no cumplida del Gobierno y en el fondo, tendido con las manos juntas sobre el pecho, el moribundo cuerpo que ha azotado el gendarme, marcado a fuego el colono extranjero, despreciado el criollo y despojado el juez."

"Ayudadme vosotros a la defensa hablada y escrita: a la hablada, reuniendo, para un solo grito de socorro, todos los ecos del combate secular que quedan en vuestros bosques; a la escrita, poniendo en mi mano una pluma fuerte y flexible como un arco de flecha y como una lanza de guerra y pesada como una maza..."

El cerco se había ido estrechando a medida que Fernández hablaba. Afuera crujían las hojas secas bajo los pasos de los que llegaban en puntillas y oían medrosos, desde la puerta, sin comprender otra cosa

del elevado discurso que la promesa ardiente de defensa y amistad que revelaba. Algunas mujeres casi tocaban, echadas por el suelo, con los pliegues de sus vestidos de gruesa lana negra o azul los pies del poeta. Solamente Panchita no se había movido; parecía paralizada por la escena. Sus ojos siempre docuaces estaban fijos en un punto lejano.

Floro dirigió hacia ella su mirada y sus palabras:

"Y tú, bella araucana, flor de tu raza, esperanza de esta reducción perseguida por el blanco, tiende la mano leal que te ofrenda su alma conmovida."

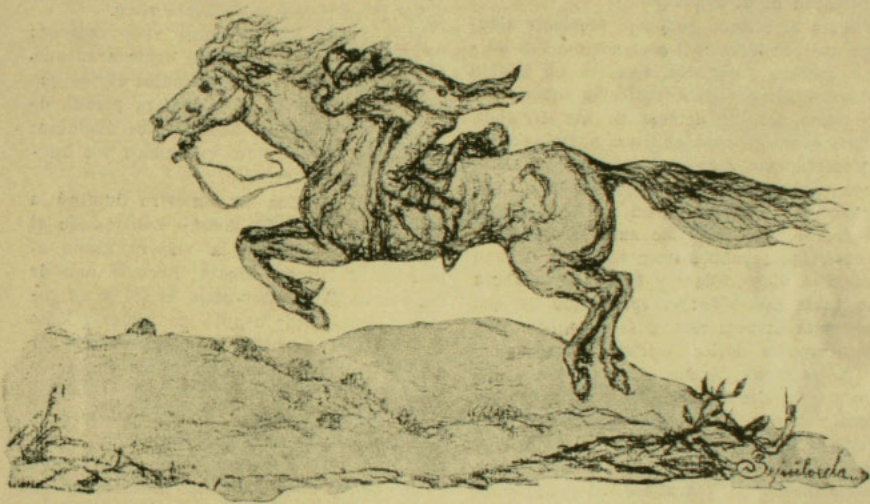
"Era una de esas flores que sembró en el bosque de Arauco la sangre de sus héroes."

"Era una de esas flores símbolo del pudor de la mujer de Arauco, de ese fuego del pasado extinguido en su seno, pero encerrado en brasas entre las verdes hojas de la esperanza para arder mañana al soplo de una nueva era de justicia."

Y el poeta tomó una mano a la niña y la estrechó en sus brazos.

Todos se miraban y callaban como ante un rito nuevo.

El visionario, encumbrado ya en su poema de la raza renovada, siguió hablando.



Entonces la carrera se hizo loca vertiginosa

"Recuerda en la historia de tu casa a tus hermanas heroínas, más obscuras de semblante, más fuertes de músculos, aunque menos seductoras que tú. Recuerda a la araucana que al ver a los chilenos entrar a Villarrica entregada por Epulef, arrojó al Toltén sus joyas y atavíos. Las ondas se llevaron los collares de plata y las trenzas negras como azabache, las sortijas de oro y los aros gigantescos y también la guirnalda de flores con que le habían ceñido la casta y valerosa frente de desposada. Pero, cuando volvió triste y desconsolada a encontrarse cara a cara con su destino, y a presenciar la ruina de los suyos, una mancha roja brillaba enredada en sus cabellos. Era un Copihue."

Las mujeres le ofrecieron agua y harina tostada y Pailahueque ordenó que se preparara alojamiento para el visitante.

La penumbra de los bosques comenzaba a perseguir a la luz vencida y los pájaros tristes de la tierra entonaban su cantinela al acomodarse para el sueño.

En una palabra, el poeta había dado un grave paso: Pailahueque le concedía la mano de su hija y aunque Panchita fuera una acabada belleza, no se ocultaba a Fernández que era esposa para vivir en la vecindad del bosque, en el aire en que se había cria-

do. ¿Y qué? se respondía él mismo, cuando le asaltaba la duda, ¿no he hecho juramento solemne de trabajar por la redención de Arauco hasta la muerte? ¿No será ésta mi vida, la causa de mi vida, el móvil de mis actos, el origen de mi gloria y fortuna? Indudablemente el poeta procedía de buena fé, bajo la exaltación de su espíritu; pero había en sus actos un móvil que tal vez él mismo no llegaba a definir; ese deseo de notoriedad, de originalidad que come el espíritu de los que se creen genios desconocidos. Y hay que advertirlo: Floro era vanidoso, se sentía un gran poeta y estaba cierto de atraer un día la atención de todos los hombres que hablaban nuestro idioma.

Para el cacique no había problema alguno que considerar: el pretendiente era bueno, gustaba a su hija, aportaba un talento desconocido para los indios y sumamente precioso para la defensa de sus derechos. Fué, pues, de ruca en ruca a anunciar el acontecimiento y un día se celebró un festín con carne asada en una gran fogata y algunos bailes que más bien entristecieron al huésped. Pero así como antes Floro había construído espontáneamente sueños de una empresa regeneradora y humanitaria ahora lo hacía con reflexión convencido de que convenía mantenerlos y se buscaba argumentos para darles resistencia material.

Y, en efecto, Arauco había muerto y el poema de Ercilla necesitaba de un intermedio trágico. Era necesario pintar la tristeza, la inmensa, la infinita tristeza del indio; grande y profunda como el mar, torva como noche de tempestad. Era necesario representar la vasta floresta invadida por la serpiente de hierro del ferrocarril, la guerra traidora del alcohol destruyendo por dentro los organismos, la avanzada de llamas quemando los viejos troncos, el rebaño de los antiguos dueños de la tierra expulsados contra la cordillera bajo el látigo de los nuevos colonos. Era necesario, después, producir la impresión de una gran pausa, de un silencio completo. Había que reflejar el ruido subterráneo de la antigua naturaleza trabajando en las capas superiores por sobreponerse a la obra de los invasores; describir los brotes de las raíces y de los troncos asomando sobre el trigo, las casas de los colonos expulsados de cuajo por los vigorosos retoños del roble vengador, las brasas rojas de los copihues ardiendo esta vez una tras otra para quemar las sementeras y las prolíficas extensiones amarillas, la resurrección del caudillo araucano, con un genio estratega novísimo, invencible en sus concepciones, y todo ésto dirigido por un predicador cuya fuerza encontraba alientos en su amada de la raza cautiva.

Todo esto pasaba por la mente de Floro después de la noche de novios y del largo beso de la desposada y la reducida y casta figura de su mujer le permitía adivinar o suponer un fondo de misteriosa ternura y de inagotable grandeza.

Todo esto lo hacía bendecir la hora en que aceptó la comisión periodística de describir el lanzamiento. Estaba cerca del camino de su vida y no lo había visto.

Pero Fernández no había visto tampoco el amanecer de la noche de orgía araucana, el triste amanecer, con los indios ebrios que dormían tirados en la atmósfera pesada de la ruca, y los perros hambrientos disputando afuera, con gruñidos enconados, los huesos del caballo muerto...

¿El caballo? Una luz siniestra iluminó la mente del poeta. El mulato había dado el suntuoso costillar de la víspera asado al palo en la enorme fogata. Recogió uno de los huesos que blanqueaban al sol y un inmenso desaliento invadió su alma. ¿Cómo devolvería el magnífico caballo prestado por el jefe de los gendarmes? ¿Cómo contar la incidencia de su matrimonio?

La venerable figura de Pailahueque le hizo moderar el ímpetu desesperado de sus reclamaciones y preguntó con voz suave quién había autorizado la muerte de su mulato. El indio no daba mayor importancia al hecho. No había sino dos caballos en el corral, *la novia*, es decir, la blanca yegua que el poeta había divisado desde lejos en su viaje y que era el amor y la única fortuna del cacique y el orgullo de la reducción, y el caballo del visitante. "Tú eres rico, tú tienes cuantos caballos quieras con sólo pedirlo, con sólo decir las palabras de iglesia que decías ayer, y además no necesitabas volverte."

Dos días de infinita tristeza pasaron sobre el alma del poeta. Una mañana de alba dijo al cacique que deseaba volver al pueblo para ocuparse de su defensa y pidió *la novia*. Todo se le podía conceder, menos eso. Entonces Floro partió a pie y en la primera casa de los odiados colonos blancos alquiló

un caballo y volvió a entrar a Temuco restregándose los ojos como después de una pesadilla.

La realidad había dado un golpe de maza al joven redentor. Se quedó en la cama sin atreverse a anunciar a nadie su regreso: pero el capitán Sepúlveda, preocupado por la suerte de su caballo, oyó a un gendarme que el poeta había vuelto en otro caballo y resolvió investigar personalmente lo ocurrido. Escuchó atentamente parte de la aventura de Fernández y aunque comenzó por reir de buenas ganas se enfureció en seguida. Floro le ofreció pagar una y dos veces el precio del mulato, vendiendo sus muebles y recuerdos de familia; pero el capitán decía que era indispensable castigar a los indios y castigarlos ojo por ojo y diente por diente, es decir, quitarles *la novia* y traerla para el servicio de la compañía. El conocía como nadie la afección del viejo cacique por su leal servidora.

Y como lo dijo procedió. El poeta, con lágrimas en los ojos, vió esa tarde a *la novia* en el corral de los gendarmes, fijando sus grandes ojos asustados que parecían traer todavía un reflejo de la ruca, en los muros blancos del picadero. No podía aceptar este acto sin dar explicaciones a Pailahueque. Lo tomarían por un desleal y un ladrón. Es verdad que habían muerto su caballo; pero los indios no se daban cuenta del acto. Su venida al pueblo unida a la desaparición del animal favorito de la familia, sería muy mal interpretada, y Floro era y quería ser tenido como un perfecto caballero. Además, iba a causar inmensa aflicción a una mujer. ¿A mi mujer? se preguntaba aterrado cada vez que pensaba en ella.

El capitán seguía desde lejos las cavilaciones de Floro, cuyo carácter admiraba, en medio de ese campamento de aventureros de los primeros tiempos de la ciudad. El joven contemplaba anonadado a *la novia*, tan flaca, tan insignificante al lado de la lujosa remonta de los gendarmes y se figuraba a los indios tristes recordándola a cada instante. Un grito lo sacó de su anonadamiento. El capitán se acercaba con su franca sonrisa y le decía simplemente: "Llévate la yegua, muchacho, devuélvela a tus amigos; pero no te quedes allá, créele a tu compañero; deja las redenciones para los mártires".

El capitán era buen comedor y no entendía de versos ni de sueños. Para él todas las cosas eran simples: los indios robaban animales y debían estar en la cárcel.

Cuando Floro se encontró en libertad para volver, resolvió hacerlo en el acto. Compró harina, azúcar, yerba-mate, una pieza de lienzo, algunas botellas, equipó su nueva montura y partió, al galope, tierra adentro.

Pero esta vez el día declinaba y el aspecto del bosque era melancólico y pavoroso. Su marcha no le parecía ya triunfal como en

Pailahueque.

aquella mañana gloriosa. También *la novia* era baja y enclenque y parecía cojear de una pata. Los caballos de los gendarmes la habían tratado mal, como a cosa de indios.

Recordó otros viajes anteriores, viajes vulgares para alojar en casa de algún colono pariente de su madre o para ir a inspeccionar trabajos de su padre. Era un simple viaje hacia la tierra de indios, de los indios borrachos y ladrones, como decía Sepúlveda. Se los figuró saboreando todavía los restos del mulato, tal vez dando tirones a los trozos de charqui, seco al sol, sobre las totoras de la ruca.

El sol se ocultaba, los pájaros entonaban su canto de queda, el terror descendía sobre

el bosque. Entonces emprendió el galope y luego el animal, atemorizado también, se lanzó a la carrera. En medio de la sombra el joven escuchaba claramente otro galope que lo seguía, y, sin atreverse a mirar hacia atrás, veía un inmenso fantasma blanco que trataba de echársele sobre la espalda. Ruido de grandes alas resonaba cerca de sus orejas afiebradas.

Entonces la carrera se hizo loca, vertiginosa, y el joven cerró los ojos. Cuando resolvió abrirlos, porque *la novia* disminuía su marcha, estaba ya cerca de la reducción. Los indios habían reconocido a *la novia* por un relincho lejano. El poeta pudo entonces dar vuelta la cabeza. La pieza de género se había desenrollado y arrastraba toda ella por el suelo o se inflaba a ratos como un largo estandarte de rendición, a causa del viento. El ruido del galope perseguidor era el golpe isócrono del azúcar dentro del tarro de latón que lo encerraba.

Floro explicó a sus agradecidos deudos la historia de su viaje y anunció su partida para el día siguiente. Panchita nada dijo. Tal vez ella comprendía vagamente que era el último viaje de su amado.

Esta última noche de residencia en la ruca no tuvo ninguna poesía para el joven ni fué visitada por los manes de los héroes de Arauco. Escuchaba los aullidos lastimeros de los perros y pensaba en su regreso.

Muy temprano partió al través del bosque, y esta vez, junto con llegar a poblado, advirtió a los amigos su regreso oficial, y dió cuenta al editor de "La Voz de la Frontera" del escaso éxito de su largo viaje.

Entre la correspondencia acumulada en su oficina había una carta del director de "El Mercurio", en que lo felicitaba por su poema amoroso y le auguraba grandes triunfos en las letras nacionales. Fernández vió abierto su porvenir, y, después de haber empeñado su reloj,—único bien que le quedaba,—partió a Santiago.

La capital era una conquista más difícil que la ruca. Sin embargo, también se vino en el tren entregado a sus sueños. Se presentaría al director, le agradecería su felicitación y se haría inmediatamente cargo del puesto que le tenía destinado. Porque, indudablemente, cuando tal personaje lo felicitaba para algo práctico y conducente habría de ser. Después, ayudado por sus versos y por la influencia de este poderoso amigo, escalaría el poder.

El nocturno lo dejó en una mañana gris en la Estación Central. Empujado por los pasajeros salió a la Alameda con un pequeño rollo en una mano y un maletín raído en la otra. ¿Dónde ir? Tomó la avenida central y se lanzó al acaso. Los paseantes lo miraban y sonreían ante su chaqué raído, de faldones cortos, sus pantalones ajustados, su sombrero hongo rasmillado por las ramas del bosque. Alguna mujer le dirigió mirada compasiva a causa de sus grandes ojos azules y de su rostro sonriente y confiado. En una puerta sucia un letrero anunciaba una pensión barata. Entró allí, ajustó un cuarto, hizo un somero lavado de su persona y se lanzó con ayuda del plano a la imprenta donde se le abriría el camino de la gloria.

Sabía el poeta que había distancia entre una imprenta de Temuco y la primera del país; pero no se figuró ese edificio espacioso, el entrar y salir de gente ocupada, la larga escalera de mármol, el aspecto estirado e importante de los repórters y empleados que circulaban con un lápiz en la oreja. El joven se aplicó contra un muro y aguardó allí que una alma piadosa le hiciera alguna pregunta.

—¿Usted es el nuevo elctricista?—le preguntó un empleado de bien ceñida americana azul.

—No, señor—repuso el poeta, descubriéndose completamente.

—Cúbrase.

Era el portero que andaba loco buscando al electricista para reponer unos tapones quemados.

Media hora después el mismo funcionario, tal vez agradecido por el saludo del poeta, se dignó preguntarle a quién buscaba.

—Al director.

—¡Hum! casi imposible; acaba de negarse a un Ministro...

—El me ha escrito.

—Eso es otra cosa.

Un momento más tarde escuchó la frase consoladora:

—Que pase.

—Siento mucho, le dijo al verlo, un señor de estatura pequeña, ojos claros, nariz muy aguileña, que escribía en una mesa. Siento mucho decirle que su yeso no se ha vendido.

—¿Mi yeso?

—¿No es usted el recomendado del señor Canut de Bon?

—No, señor. Soy el de los versos...

—¿Qué versos?

—Los de "La Voz de la Frontera" de Temuco, que merecieron la felicitación de usted.

—Ah, muy bien! Lo felicito de nuevo.

Y estrechándole la mano lo condujo hasta la puerta.

En fin, días después el joven abordó al periodista en la calle y obtuvo la suplencia de un repórter. Pude comprar el primer terno nuevo, el primer sombrero de paja, los primeros zapatos amarillos, sueños del muchacho pobre y provinciano.

Y entonces el poeta apareció como un guapo muchacho. Era todo un buenmozo. En una de sus diligencias reporteriles, le pidió una recomendación al señor Sanfuentes y fué admitido de supernumerario en el Ministerio del Interior.

He aquí una vida bien prosaica—me decía Santibáñez.

Dos años pasaron de esta existencia administrativa tan opaca. Floro había llenado de versos las revistas y de besos las mejillas de las muchachas de su barrio. Gozaba de cierto prestigio en la Moneda por su elegancia distinguida. Estaba en el candelero para oficial de partes. Respecto de Arauco y de su redención no se cuidaba para nada; y olvidaba de tal manera ese pecado de juventud como un hecho vergonzoso, que jamás sintió un latido más fuerte cuando divisaba en las calles las filas de indios sucios y harapientos y esos ridículos caciques de poncho de castilla y sombrero de copa con sus representantes armados de papeles.

Un día en que el Ministro estaba de interpelación en el Congreso y los muchachos del Ministerio se habían declarado en huelga, Floro fumaba su habano sentado en una mesa y hacía comentarios sobre el estreno de *Madame Butterfly* en el Municipal. Escuchó de pronto un altercado en la puerta y luego vió lo más inesperado que podía verse en su existencia, una especie de aerolito caído por el techo. La puerta se había abierto con ímpetu y el cacique Pailahueque en persona caía sobre él con los brazos abiertos, llamándolo "¡Hijo mío!"

Los empleado sse agrupaban estupefactos. Floro se puso de pie, pálido, y alargando un dedo que a él mismo le pareció desmesuradamente largo, gritó al recién llegado: "¡Fuera! Usted me confunde con otro. ¡Fuera, digo!" Y el viejo salió empujado por los compañeros.

Floro se miró con sus amigos, se miraron todos, y mientras éstos reían, el poeta se dejó caer sobre una silla, ocultó su cabeza entre las manos y se puso a llorar a sollozos.

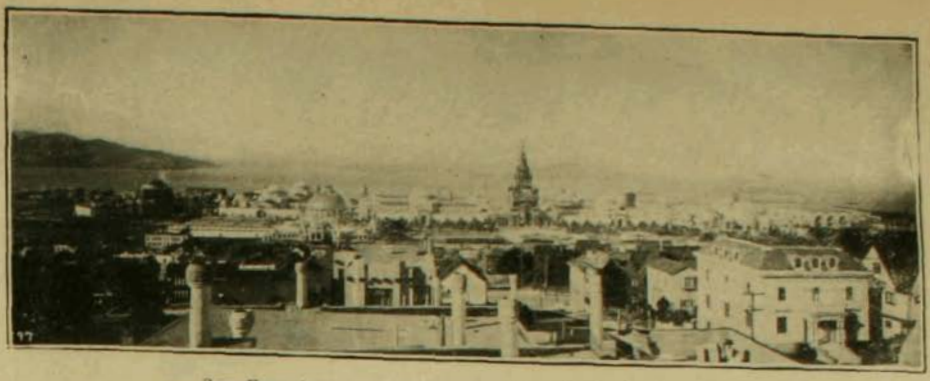
La encantadora Justina.—Hebeken N. J. es gracias a Justina Jehnstene un punto agradable. Basta para ello la sola vista de esta hermosa artista. Esta joven es indiscutiblemente la mujer más encantadora de América, si hemos de dar crédito al fallo de un reciente jurado en un certamen internacional de belleza. Cuando el pasado invierno atraia por el resplandor de las

baterías escénicas dejó los estudios de los artistas, en que servía de modelo, debutó con un insignificante papel en la pieza "Mira tu paso" y al llegar el verano era ya la preferida y una de las más seductoras virtuosas.

La fortuna de Florence.—Florence Walton tenía su idea acerca del héroe con quien habría de unir su suerte. Pero lo que nunca llegó ni a soñar siquiera, es que había de bailar ante la Reina María y el Rey Jorge de Inglaterra. Y sin embargo, ha tenido esa fortuna y esa gloria. En cuanto a su esposo es una de las estrellas coreográficas masculinas, su nombre es Mauricio y el amor llegó una noche en que Florence bailó con él en substitución de la compañera habitual del artista.

Miss Walton en la pose y el traje con que aparece en un cuadro de Fragenard, últimamente adquirido por J. Pierpont Morgan para su galería.

La divina Lucila.—La vocación por el baile se mostró en Lucila Cavanaugh en Brooklyn, Nueva York, de una manera irresistible. Bailaba siempre que se le presentaba la ocasión y no pocas veces era ella la que buscaba la oportunidad. Un buen día llamó la atención de alguien en un estreno del Winter Garden en una pieza titulada "La vuelta al mundo". Muy jor "danceuse" de esta pronto llegó a ser la mejor Revista y en la actualidad hace la temporada en el "Follies" siendo el encanto de los espectadores. La hermosa artista cuenta sólo 19 años y es una morena de irresistible belleza



San Francisco.—La Exposición y la entrada de la bahía

LAS DOS EXPOSICIONES DE CALIFORNIA

Por

Ernesto Montenegro

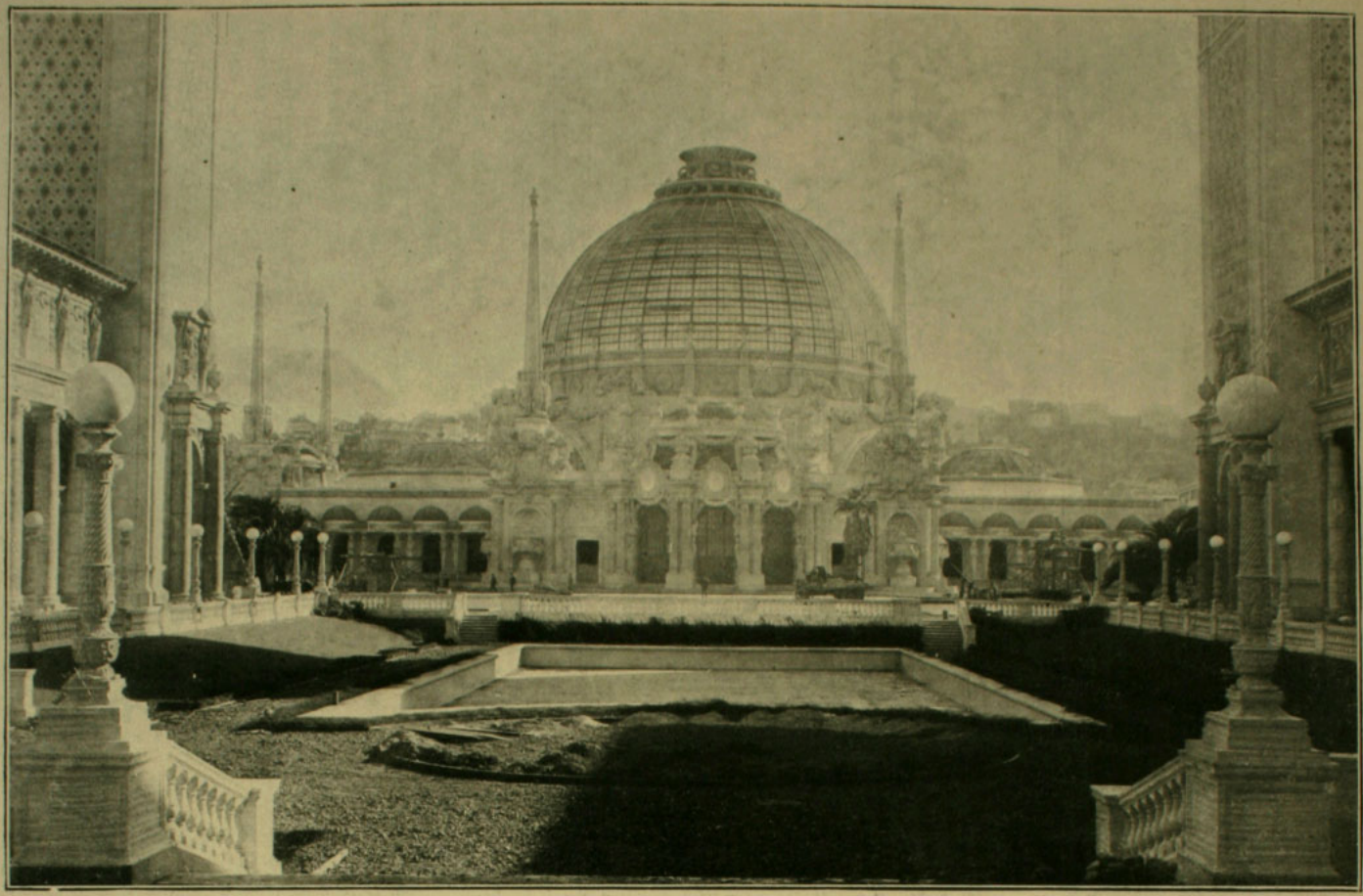
Ilustraciones fotográficas.

I.—SAN DIEGO

Llegué a San Diego la tarde de un domingo de primavera. En la calma del puerto, voltejeaban libremente algunas velas de barcas, y por los caminos que cruzaba el tren, volaban los automóviles cargados de paseantes y de flores. Tarde de primavera y de domingo; la fisonomía de la naturaleza y de las gentes, era igualmente festiva. Y sobre todo esto, un ambiente más sereno que el de otras ciudades americanas, que hacía recordar que Méjico está allí a un paso, que se infiltra en ella con sus tradiciones, sus refugiados políticos, en las ruinas del pasado, y en el viento cálido que llega del sur a madurar los frutos tropicales en estos valles de California.

Desde la estación, que imita en su estuco flamante la arquitectura de las viejas casas misionales, esas evocaciones del período colonial se presentan a cada momento al viajero, en las vetustas viviendas de antiguas familias de sangre española, en los trajes de colores vivos, en las trenzas y los ojos negros de las mujeres, y en el despliegue del arte tradicional que culmina en la Exposición.

Esa noche la Broadway de San Diego encendió sus luminarias eléctricas, entretejidas en arcos y festones, y de las alturas donde se asienta la Exposición, bajaron hacia la ciudad las caudas de los reflectores, que aumentaban hasta el deslumbramiento el esplendor de luz en que gusta moverse este pueblo. Esto obliga a recordar de nuevo que, a pesar de la tradición, nos hallamos en el país de la electricidad, donde, de la mariposa al hombre, tan bien se conoce la seducción de la luz.



Palacio de Horticultura. (Exposición de San Francisco).

Un idealista práctico

Esa misma noche conocí a uno de los directores de la Exposición. Es un hombre bajito, con un resto de juventud en las mejillas cuidadosamente afeitadas y en el brillo de los ojos. El cabello blanquea ya y la voz se arrastra con cierta fatiga. Viste con la estricta decencia, calza gruesos zapatos, y por todo lujo lleva en la corbata una joya en forma de amuleto. Su palabra no es ni breve ni nerviosa, y en cuanto a su cortesía, se ve que le incomoda como un frac que no ha sido hecho a la medida. Le escucho.

—¿Que por qué hemos hecho exposición aparte, me pregunta usted? Verdad que todavía no conoce California! Hay dos Californias, pero no son la mejicana y la nuestra, sino la que se reparte para el norte y el sur de Monterrey. La región de que es centro San Diego forma una zona aparte entre montañas; su clima, su topografía y sobre todo sus productos, son característicos. ¿No sabe usted que somos los primeros exportadores de naranjas en todo el mundo? Aquí madura el dátil y florece el algodonero, como en las regiones cálidas.

Southern California no es un pueblo improvisado. Visite usted la Casa de Ramona, las ruinas de San Juan Capistrano; converse con la gente vieja. Tenemos un pasado y queremos conservarlo. También en este aspecto el suroeste tiene una fisonomía propia. Nuestras ideas no son las del cosmopolitismo.

Todavía otra particularidad: recorra con la vista el mapa del país. Nosotros estamos en el extremo, ocupamos la esquina; y, ¿sabe usted cuánto vale comercialmente una esquina? Estamos a unas cuantas millas de la frontera y doscientas leguas más cerca de Panamá que San Francisco. Arizona y Nuevo Méjico, pueden movilizar sus productos por nuestro gran puerto.

—Pero por lo menos se divorcia aquí la gente—digo yo como en broma.

—Es precisamente lo que haremos un día, independizarnos del norte, formando Estado aparte. A todas las razones anteriores, agregaremos ésta: que los del sur queremos incorporarnos al grupo cada vez más numeroso de los Estados *secos;* y San Francisco no querrá cortar nunca el escandaloso tráfico del alcohol.

La huella latina

Al día siguiente salí a experimentar las indicaciones de aquel idealista sajón. El aspecto de la Exposición es severo y cuidado, y se impone por su dignidad artística. Al flanco de la ciudad se despliega en anfiteatro sobre la abrigada bahía, los palacios del Parque Balboa, con sus almenas, sus cúpulas y torres, son un espejismo del pasado, que surge en líneas claras y esbeltas sobre las fieométricas realidades del presente.

Si se advierte que las industrias de California nacieron dentro de los conventos y que los rudimentos de su cultura se engendraron al abrigo de las misiones, ya no parecerá un extraño contraste el de estos palacios de aspecto religioso, cobijando bajo su techo la maquinaria moderna y los modelos de cráneos de la genealogía darwiniana.

Un puente de arcos romanos y una puerta coronada por torreones, dan entrada a la Exposición, evocando la imagen de una vieja ciudad española. Y completa esta visión la torre franciscana que se levanta a la izquierda, apoyada en el domo del palacio de California, cuyo pórtico monumental luce el estilo florido y plateresco de que hay huellas en toda la América Latina.

Un gran patio cuadrado remeda las plazas de los pueblos de la Colonia, sus portales sonoros, sus balcones de hierro forjado y la fuente que baña los árboles añosos. Los anchos aleros, la puerta franca y la quietud de la siesta, recuerdan las mansiones patriarcales y hospitalarias de "los días del Rey".

Se encuentra con grata sorpresa un conjunto arquitectónico que responde a una idea apropiada, un severo buen gusto, arte, en fin. Mr. Goodhue, el arquitecto que ha sido el alma de todo esto, se revela artista de vasta cultura, cuyas obras merecen quedar, y así lo ha acordado la ciudad de San Diego.

Visiones retrospectivas

Como los moradores legítimos de estas viviendas, nos salen al paso damas de basquiña y caballeros de chaquetilla torera, pantalón galoneado y sombrero puntiagudo. Ellas tienen la piel de un moreno dorado.

los ojos verdes o negros, y parecen hablar inglés por un capricho de colegialas. Esta, bien podría ser la heroína de uno de esos romances de la antigua época; resignada y fiel bajo la férula paterna, debió apelar a la fuga con su amante o sepultarse viva en un convento. Pero nació un siglo más tarde y su alma tiene ahora más espacio para soñar y querer.

Más allá de los patios claustrales, se entra a los jardines de la Exposición, que se extienden a través de lomajes de suaves contornos. Los pimientos y las acacias que dan sombra a los palacios, hacen olvidar que todo esto fué construído hace unos meses y no durará muchos más. Las flores que brotan a millares del suelo mismo, los naranjos con sus frutos y el agua corriente y cantante, hacen más bien pensar en una ciudad de otro siglo exhumada intacta de nuevo a la luz del día.

Después de recorrer los pabellones, es grato quedarse a descansar en un banco de la Plaza de Panamá, dando de comer a las palomas que revolotean, formando en el aire una nube tornasolada. O puede revelarnos una honda emoción el gran órgano al aire libre, que derrama sus notas no en torrentes, sino en un Niágara de armonías. Y en el último caso, es de exquisito sabor exótico una taza de te en el pabellón japonés, preparada con hojas cogidas poco antes en los arbustos del jardín de la Exposición.

¿Hablar ahora de las exhibiciones? ¿A qué? Volveríamos a hallarlas más extensas en San Francisco. Dejemos a San Diego su arte retrospectivo.

II.—EN SAN FRANCISCO

La primera ojeada

La escena es la de un festival que ya dura meses; un flujo y reflujo de paseantes que se reparten por jardines y palacios con un aire desusado de colegiales en vacaciones. La explanada que da frente al grupo principal de edificios, deja espaciarse la mirada libremente, anticipando la impresión del vasto país que así sabe hacer las cosas en grande. Impresión de libertarse de las vallas de torres mercantiles que estrechan las calles de la ciudad; sensación de ver más claro y de respirar mejor. El cielo es diáfano, el sol pone en las cosas ese brillo animador como una sonrisa en la faz humana, y la Exposición que se extiende hasta donde alcanza la vista, aparece a mis ojos como una desmesurada kermese europea por la arquitectura y oriental por el colorido.

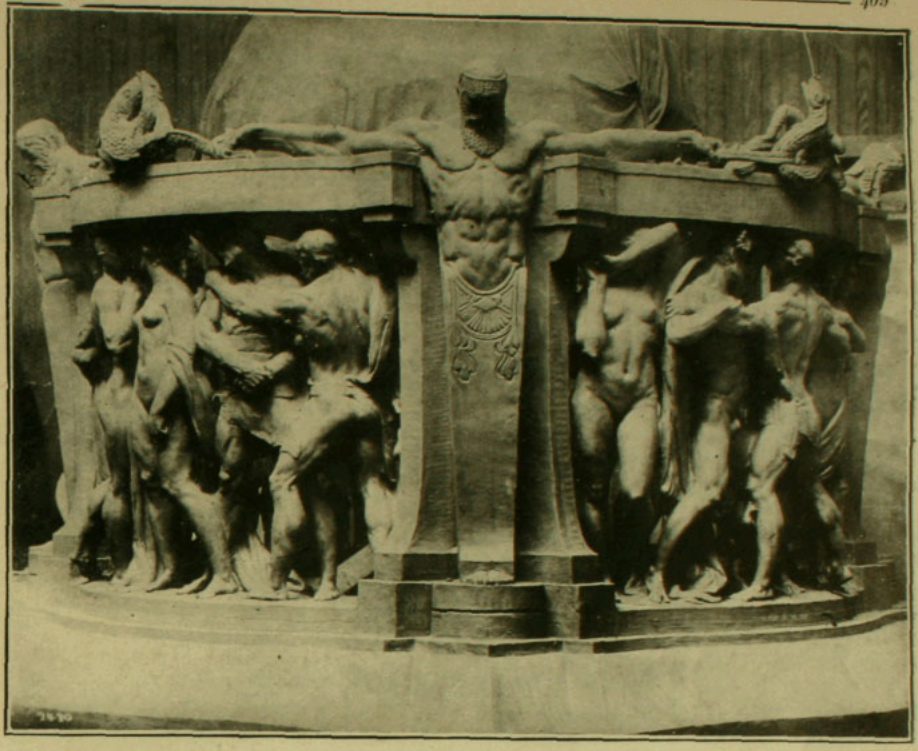
En esta primera ojeada, toda la historia y toda la geografía que uno haya podido retener, toma cuerpo a nuestros ojos. Las sobrias líneas del arte griego, la imponente masa de los monumentos romanos, el esplendor del Renacimiento, la maciza arquitectura indo-española y las policromías orientales, armonizan formas y colores en la profunda perspectiva. Flotan al viento todas las banderas, sobre edificios que renuevan en sus simulacros de hierro la arquitectura de cada país; y en el concierto de los himnos de cada pueblo, en la confusión de las lenguas y de las híbridas vestimentas de la multitud que va y viene sin cesar al pie de la Torre de las Joyas, se piensa en una Babel moderna, edificada para el mítin de las naciones.

La Metrópoli del Oeste

Esto ha ocurrido naturalmente en San Francisco, la ciudad cosmopolita por excelencia. Puesta en el linde de dos hemisferios, queda a medio camino entre Europa y el Asia. Un clima templado por los vientos y las corrientes del Pacífico, la hace igualmente habitable para el europeo y el centro-americano, el japonés o el hindú. Acaso ni en Nueva York ni en Londres el chino se sienta tan en su casa como aquí, y los americanos de habla española vemos levantarse a cada paso un recuerdo que en el idioma escrito o en el de las cosas, nos habla de nuestra raza.

Por eso la Exposición está allí, junto a la Puerta de Oro que se abre ancha y expedita al término de las largas rutas del mar y del desierto. Y como en las remotas épocas en que la Europa y el Asia se reunían a orillas del Volga o del Danubio a cambiar sus productos, esta feria universal es el más surtido emporio que sea posible imaginar.

Ciertamente que San Francisco conocía muchas de estas producciones; las manufacturas japonesas, los frutos de las islas oceánicas, y hasta el arte europeo. Lo que ahora da mayor evidencia a su cosmopolitismo, es que con los productos han venido



"La Fuente de la Tierra".—Patio de la Abundancia.

los productores, la herramienta y la vivienda. Si hay, pues, una característica que pueda señalarse como fundamental, en esta Exposición, es que todo lo que la compone no es una simple exhibición desplegada en escaparates y vitrinas, sino algo que se muestra en todas sus fases de fabricación y empleo, y esto en el ambiente propio que le proporciona el cosmopolitismo de San Francisco.

Historia de la Exposición

Todo esto nació en un mitin popular celebrado por los ciudadanos de San Francisco en 1910. Puesto que el Canal de Panamá estrechaba distancias entre todos los mares, el gran puerto del Pacífico a quien redimía de un largo tributo, era el llamado a celebrar el acontecimiento. Y empeñó la competencia con Nueva Orleans y obtuvo el reconocimiento de su derecho. El vecindario votó una primera cuota de cuatro millones para los estudios y la propaganda, y en concurrencia con el Estado de California, ha llegado a invertir la quinta parte de los cincuenta millones que cuesta la edificación.

Nada más que cuatro años antes la ciudad había sido semi-destruída por un terremoto, seguido de un incendio que consumió el centro comercial. Era necesario entonces, llevar conjuntamente adelante la reedificación y la erección de la ciudad de palacios en proyecto. Arquitectos de Nueva York y de San Francisco trazaban los planos y bosquejos, mientras la comisión directiva lanzaba su invitación a los gobiernos, los productores, los industriales y los artistas de todo el mundo.

El terreno elegido fué una lonja de playa inundada por la marea, a orillas del Canal que da entrada al puerto. Para dar cimiento a las obras, se vaciaron allí los escombros del terremoto. La ciudad, resurgiendo coronada por la más grande de las Exposi-

ciones conocidas, sobre las ruinas de un desastre reciente, no es, pues, un símbolo desprovisto de base material.

Su significación

La apertura del Canal de Panamá ofrece a California nuevas expectativas dentro de su desarrollo comercial. Y equiparando este acontecimiento con los que marcan las fechas decisivas en la vida de las naciones, se acordó darle una conmemoración inmediata, una significación histórica. Los norte-americanos sienten el orgullo de haber dado fin a una empresa que detuvo a otro pueblo tan rico como ellos, y de haber realizado una imitación de una de esas obras que la naturaleza sólo ejecuta a lo largo de muchos siglos.

El nombre de Panamá queda redimido de su acepción sinónima de escándalo y de crímenes político-financieros. El Canal y las dos exposiciones que llevan su nombre, pesarán seguramente más en la balanza de la historia que los errores de Lesseps y la rapiña de parlamentarios y bolsistas.

En cuanto a la obra educadora de la Exposición Universal, han de demostrarla más tarde sus millares de visitantes. Todo el que haya visto cómo se manifiestan las cualidades peculiares de cada pueblo y de cada raza, sus aptitudes y sus gustos propios, habrá recogido una enseñanza útil. No todo el mundo conocía la habilidad del obrero chino, el arte de los tintoreros moros, las riquezas de Australia, los progresos de la educación en la Argentina y el Uruguay. Los pueblos que hoy día trabajan pacíficamente en difundir los frutos de la civilización y los que hoy la destruyen para recomenzar mañana con más vigor el perfeccionamiento de su cultura, manifiestan su genio particular en forma que enseña a los demás a no envanecerse demasiado con sus propios recursos y a mirar el progreso como un resultado de la cooperación de las diferentes razas y naciones.

Sus grandezas

En los patios, por las avenidas y al pie de las columnatas, se tiene la impresión de un público que *hormiguea*, literalmente, al repartirse con lentitud de procesión por los senderos orlados de flores. Los inmensos palacios y las torres pesan sobre nuestros hombros, y de tanto medir con la mirada el volumen de su masa y el grado de equilibrio de sus proporciones, siéntese una aguda opresión sobre la nuca. El hombre, como unidad de dimensión, es un punto borroso y una voz lejana en el coronamiento de la gran torre; y en la forma de los obreros pintores, pequeño como un niño sobre la comba de las cúpulas o bajo el vientre de las estatuas ecuestres. El sol amplifica fantásticamente la sombra de estas masas aplastadoras, y bajo la arcada principal, como en el cañón de una montaña, el viento sopla en furiosas ráfagas.

Enorme y prolija, la Exposición sorprende antes de interesar y concluye por extraviarnos en sus infinitos detalles. Cada rincón tiene su corte de curiosos, aquí donde el artesano y el artista y la naturaleza, la mecánica y la ciencia, han tomado cada una su parte. Nunca tal vez se había dado al mundo una lección objetiva de tal magnitud, como ésta que abarca las últimas adquisiciones en lo práctico, en el dominio del conocimiento y en la actividad moral.

A causa de tan descomunal abarcamiento la Exposición no da luego una impresión más precisa de su conjunto. Los millares de visitantes de cada día se reparten en grupos que no alcanzan a poblar todo el recinto. Anchos lienzos de murallas quedan desnudos de todo adorno en esta sucesión de cuadros en blanco, capaces por su número y extensión de agotar a una generación de artistas.

Siguiendo su impulso nativo, el pueblo norte-americano ha querido hacer de esta Exposición "lo más grande que jamás se haya visto" en la materia. Es una característica ya harto marcada en el yanqui. La extensión del territorio que habita, su expansión en todas las esferas de la actividad, su vigor de pueblo joven en el cual todas las razas se renuevan al mezclarse, abundan en aspiraciones de esta naturaleza. Para que lo grande llegue a ser grandioso, no le falta más que ponderación, finura en los detalles y el elemento de todas las perfecciones... tiempo.

El Arte en la Exposición

La Ciudad Universal reproduce el aspecto de una de esas capitales históricas en las cuales cada dominador ha dejado impresa

Las torres italianas a la luz refleja de una ilumina ción general. (Exposición de San Francisco).

la huella de su paso en las obras superpuestas de su arquitectura. Aquí coinciden las épocas y los diferentes estilos. Al centro, Europa y América; el arte del siglo XVI y la ciencia moderna de la edificación; a la derecha, la imagen de la Edad Media; al fondo, Roma y el Oriente.

La arcada de la Torre es el puente que junta en un solo cuerpo los ocho palacios centrales; ancha y abierta, ella simboliza el

libre paso por la nueva vía marítima de Panamá. Las estatuas que la circundan a la altura del primer piso y las pinturas de los muros interiores representan los personajes reales o emblemáticos de la Conquista del Istmo: Balboa y el Conquistador, el fraile y el soldado. En los frisos el pintor ha reproducido con varia fortuna las escenas del descubrimiento de Panamá y de la apertura del Canal.

Frente a la Torre se levanta la Fuente de la Energía, cuyo asunto principal es la demostración de una característica del espíritu americano, con más alarde que verdadera inspiración. Aquella figura ecuestre, empinada en los estribos, los brazos abiertos y con dos estatuillas equilibrándose en sus hombros, recuerda demasiado a los gimnastas para pensar en el arte.

Hacia el poniente la comba perfecta del Palacio de Horticultura, opuesta a la pesada cúpula del Festival Hall, cierra el gran cuadro en que los estanques espejean, reproduciendo a la acuarela formas y colores, y donde las flores extienden hasta el pie de las murallas sus encendidos arabescos.

Al entrar al Patio del Universo vuelve con mayor insistencia la impresión de lo desmedido. Las entrantes de cuatro palacios forman una plaza circular que desciende hacia el centro y se prolonga por el Norte en una avenida abierta sobre un vasto horizonte de mar y de montañas. Allí donde la avenida y la explanada de la marina se confunden, la Columna del Progreso con su Arquero en la cúspide, representa la concepción ciclopea de esa feria universal.

Dos fuentes monumentales y dos hermosas columnas adornan el Patio del Universo. Sobre las galerías, en contorno, corre una teoría de figuras femeninas, que reproducen el mismo motivo escultórico. Y más altos que los techos y las cúpulas se destacan sobre los arcos laterales los grupos simbólicos de las naciones del Este y del Oeste; aquí la carreta que fué el barco y el hogar de los primeros colonos; el aventurero y el "pioner", el indio y el minero; allá la fauna gigantesca de Asia, la pompa de sus palanquines y sus arneses, de sus guerreros y sus príncipes.

La obra concienzuda del arquitecto Mullghardt en el Patio de la Abundancia, impresiona mejor si se la visita de noche, a la luz de las antorchas que arden en los jarrones de los ángulos. Las torres medioevales bosquejan en la sombra sus agudos pórticos, poblados de alegorías fantásticas, y al centro se vislumbra la ronda de los bajo-relieves que se crispan en sus gestos de dolor con la solemnidad misteriosa de un rito. La columnata claustral, de laborioso estilo, la fronda de las agujas que se recortan en el cielo nocturno, el juego de luces y sombras vacilantes al capricho del viento, dan a este recinto de la Exposición, limitado por los pabellones de las industrias y las artes, el recogimiento algo solemne de las viejas abadías.

Ni el Patio de las Flores, un trozo de Oriente bajo el cielo de Italia, ni los perfiles románicos del Patio de las Cuatro Estaciones, al igual que los pórticos de los palacios, dejan otra admiración que la que produce una buena copia. Aquí, como en algunos pabellones de los estados, la reproducción suele ser feliz cuando se copia la casa de Jorge Washington o un torreón florentino; pero, ¿qué decir cuando se ve un Partenón en pino obscuro, lúgubre y grotesco?

Separado del grupo central de edificios por una laguna, el Palacio de Bellas Artes se extiende en arco como un gran paréntesis dedicado a la especulación desinteresada del espíritu, entre los productos de las industrias nacionales y los de los países extranjeros. El lago pone entre el palacio y el que lo mira un ancho espacio, que permite desplegar todo su vuelo a la robusta columnata romana y a la rotunda central. Por los caminos enarenados vamos encontrando estatuas y bustos de muy diverso mérito. Frente al Lincoln de Saint-Gaudens, fuerte y sencillo en su ejecución como en la vida del héroe, nos sorprende penosamente la estatua de Ward-Beecher: un cuerpo rechoncho agravado por un macfarlán. Hay en la Exposición retazos como éste, (y no olvidar la Zona de los pasatiempos) en que el mal gusto nativo se revela con una energía enteramente americana.

Creo que es imposible orientarse entre los miles de cuadros que contiene el palacio, a menos que se tenga un conocimiento profundo del arte. Cierto número de obras se imponen desde el primer momento por su belleza perfecta, marcada con el signo de la serenidad que da hasta a las concepciones más trágicas la madurez de una gestación definitiva, cuando el óvulo de la idea

ha sido fecundado al calor del corazón. Pero en la mayoría de los cuadros de esta enorme floresta de colores, no se ve más que el intento modernista de hacer más complicada la ejecución para aparentar mayor sencillez en los resultados.

En las salas japonesas abunda el dibujo antiguo, la finura de sus líneas y la frescura de sus tonos; aquí todas las caras tienen el perfil de los ídolos. Sus dioses, en cambio, tienen tipos abyectos de criminales. En la sección moderna, los artistas japoneses presentan excelentes retratos "de carácter": fisonomía oriental y factura europea. Al otro extremo del palacio, el arte chino luce la estupenda prolijidad de su ejecución en la madera, en la seda y en los metales. Sus pinturas antiguas tienen para nosotros mucho de enigmático; y hay un encanto sugestionante en pararse a mirar largamente esas escenas cómicas del tiempo de los Ming, en que los ojos torcidos de los personajes guiñan para el observador con una refinada malicia.

En la pintura europea hay de todo, desde Velásquez hasta Monet y los nuevos de Francia e Italia. Como no todos van preparados para discernir entre tanta producción diferente en carácter y estilo, uno piensa que hay demasiado. Y a causa de que todo aquello acaba por confundirse en la retina como en una película de cinematógrafo, se desearía llevar algunas telas a otro sitio y poder admirarlas en su magnífico aislamiento.

El país de la maquinaria

El local es magnífico en sus proporciones y augura bien de la grandeza de su contenido. Los pilares, no cubiertos por ningún revestimiento, muestran la trabazón de los maderos gigantes, que se dividen en arcos y vigas de sostén a veinticinco o treinta metros del suelo. Debajo, la maquinaria pegada al piso, parece cosa de juguete. En realidad, los motores de gran corpulencia van siendo despedazados por la máquina de combustión interna o de potencia eléctrica. La energía tiende a concentrarse en un pequeño espacio, y sin estruendo ni chispería, es ahora más poderosa y más rápida. La electricidad no es ya la fuerza del porvenir, sino del presente: médico y operario, tractor y cocinero; alegría de los ojos en las fiestas y auxiliar en los naufragios; está en la fábrica y llega como el más humilde sirviente al hogar. Frente a la electricidad, el petróleo y sus derivados representan la energía de trancisión, que ha desterrado al gas de la industria y del taller, que se adueña, de los buques y va a todas partes con ayuda del más simple y económico de los motores.

Esos dos tipos de maquinaria, la electricidad y la de petróleo, ocupan el mayor espacio. Adosadas al caño de una bomba de riego, arrancan a las entrañas de la tierra miles de galones de agua por minuto; el molino de viento no se ha atrevido a aparecer en competencia. En la sección de agricultura, vemos el motor de petróleo en todos los tamaños imaginables, desde el pequeño tractor que puede sacar adelante al dueño de unas cuantas cuadras de tierra pobre, hasta el monstruo que va rajando el suelo bajo sus uñas de hierro, y que en las cosechas arrastra la máquina moderna que siega las espigas, las trilla, las limpia y distribuye en sacos sin detenerse una vez. También aparece ventajosamente en el pabellón de transportes, en forma de locomotora: una montaña de acero que pesa unas cuatrocientas toneladas. Junto a ella, la Westinghouse eléctrica más pequeña y aplastada contra los rieles, es la locomotora que no teme ya el retardo de las grandes distancias y para la cual no hay cuesta bastante empinada. Esta profusión de maquinaria es un signo demostrativo de la tendencia del pueblo norte-americano, como de los europeos, a emplear la máquina siempre que hay una pequeña probabilidad de ganar en rapidez o eficiencia. Bien considerado, toda la Exposición es un muestrario de maquinaria. El hombre vigila, la máquina ejecuta. Las industrias varias, las artes liberales, no son más que aplicaciones ingeniosas de la energía mecánica.

En el Palacio de Agricultura, y en las secciones especiales de los pabellones de los Estados, los frutos de la tierra maravillan por su abundancia y hermosura. El creyente bendice a Dios; el escéptico a la constancia del hombre. El inventor de las rejas modernas para labrar la tierra y el químico que indica los abonos y los remedios contra las plagas de la agricultura, están, aunque invisibles, al lado del labriego que, con la cabeza gacha, sólo atina a la dirección del surco. "Empleo de la máquina, cultivo intensivo y explotacion directa por

el propietario de la tierra'', son quizás el secreto de esta prosperidad maravillosa.

No hay que olvidar, con todo, que la difusión de la máquina ha creado nuevos problemas. Los accidentes son cien veces más numerosos que en la edad del trabajo manual. Así, no es impropio que junto a los ejércitos de automóviles estén las modernas ambulancias y los variados aparatos de salvamento. El obrero se ha hecho más esclavo por la atención de vida o muerte que la máquina exige, y como que su habilidad se ha entorpecido. Y también debe atribuirse a la profusión de medios mecánicos en este vasto país el aumento correlativo de la legión de los desocupados que pulula alrededor de la colmena de sus fábricas, que hace a muchos desgraciados y a no pocos criminales.

Productos industriales

Podemos apreciar la cultura de un pueblo viéndolo en los paseos públicos; pero si queremos estimar en justa medida sus progresos generales, veamos su casa, su vida doméstica. En el Palacio de Artes Liberales, en el de Productos Alimenticios y en cada uno de los pabellones de la Exposición, la máquina, grande o pequeña, está al servicio de las necesidades del hombre. Simplifica y hace más intensa la labor, o como los telares y la máquina de coser, proporcionan al pobre prensas que jamás pudo obtener en otras condiciones. La subdivisión del trabajo que es la característica de las usinas modernas, pone de manifiesto sus ventajas en un taller de trajes instalado en el Pabellón de Industrias Varias. Cada obrera en su máquina movida eléctricamente, no hace más que una pequeña parte de la costura; pero pone en ella tal rapidez y precisión, que uno se convence de que la mano y el ojo humano pueden llegar a adquirir por la especialización, la seguridad del instrumento más delicado.

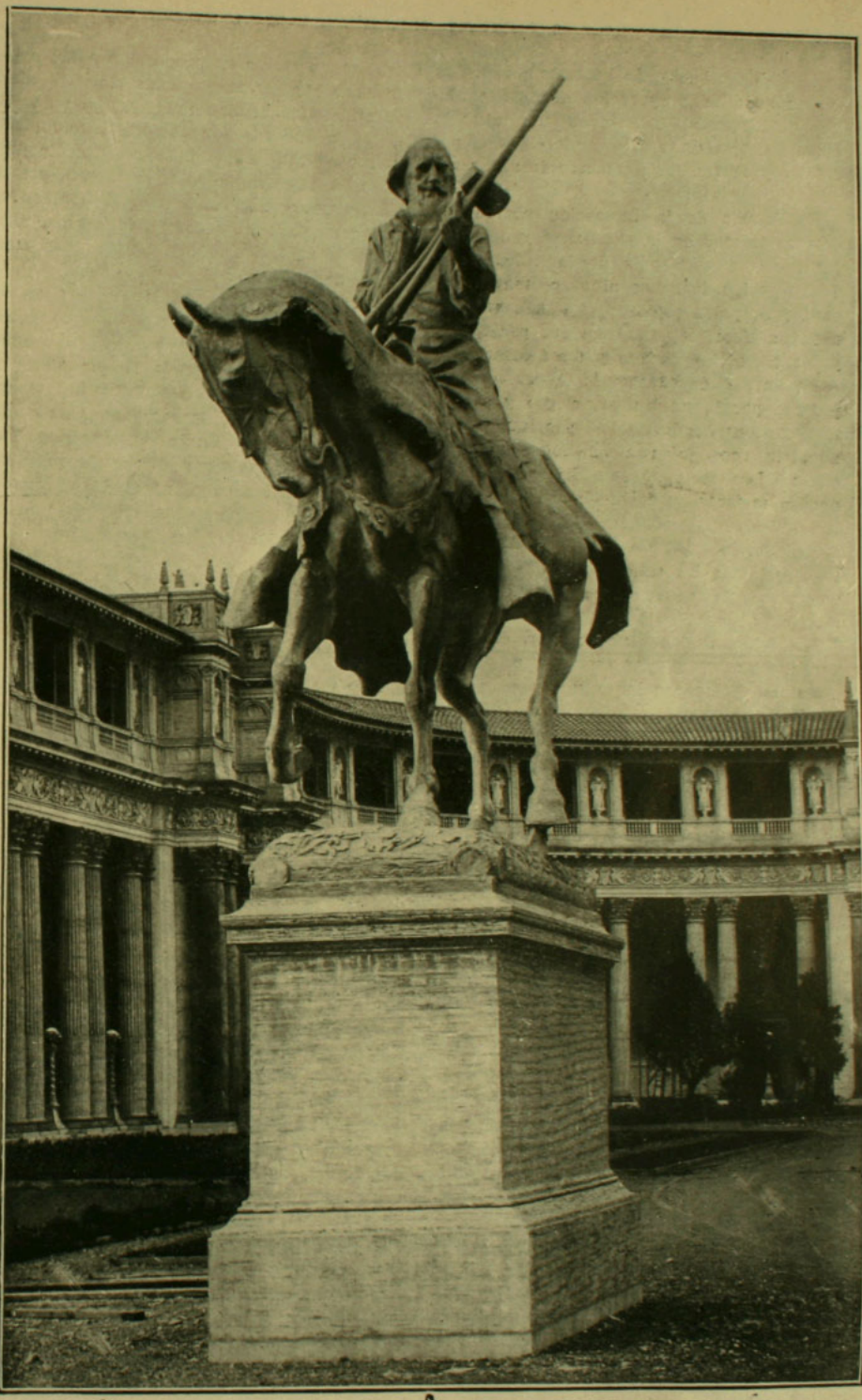
Hay por ahí en la Exposición una oficina que se llama "Cuartel general de las sufragistas"; pero en ninguna parte, a despecho de todas las pretensiones, la mujer está más a sus anchas y domina tan en absoluto, como en el Palacio de Productos Alimenticios, donde ocupa todos los puestos desde las cocinas a la administración. El incremento de los productos conservados significa el comienzo de una nueva era en la vida doméstica, y trae como consecuencia una infinidad de cambios, entre los cuales figura el aumento de las horas hábiles para cualquier labor. Ahora el pueblo halla la carne y los vegetales en punto; su sopa está hecha también, y lo que antes se perdía en las playas o en los campos, se aprovecha íntegro en bien de todos.

Es innegable la influencia de la inmigración en el desarrollo de la industria norteamericana. Sin el concurso de los hombres emprendedores de todas las nacionalidades que han venido a emplear o a ganar una fortuna en este país, él no sería tal vez más que un enorme territorio de colonización. Gracias al concurso libre de todos, hoy día los Estados Unidos son una potencia productora entre las más grandes, y cuando ha fallado la industria europea por causa de la guerra, los norte-americanos han salvado su crisis y se han convertido en proveedores de Europa. La lección que de esto se desprende es tan evidente, que sólo los ciegos podrán en adelante alegar ignorancia entre los pueblos jóvenes y ricos.

En esta obra se ve la acción de un gobierno especulador que mira como de su deber la exploración de las zonas todavía cerradas a la industria. En la sección de la Geological Survey, unos cuantos cuadros nos dan la clave de esa expansión. Primero una comisión de ingenieros explora el terreno; y nada parece indicar que de la acción científicamente desinteresada de aquellos hombres, pueda nacer mañana la represa, el canal de regadío, la mina y la fábrica que suceden al descubrimiento de las riquezas naturales.

La Educación

Pero la escuela, que da concentrada en unos cuantos años la experiencia de muchas generaciones, debía ocupar entre todos los agentes de progreso el puesto de honor que aquí se le ha señalado. Veinticinco millones de niños y adultos reciben actualmente enseñanza en Estados Unidos. La preparación industrial y técnica que comienza en la escuela primaria, principia por hacerles perder la prevención por la labor que exige esfuerzo físico, y concluye por suscitar vocaciones y genio inventivo. Es seguro que sin el desarrollo que han alcanzado las escuelas de agricultura, esta



El Pioneer a la entrada del Patio de las Flores. (Exposición de San Francisco).

rama de la riqueza no sería lo que es. Y si en esto de la preparación técnica se ha llegado al exceso, descuidando un tanto la cultura desinteresada, la biblioteca y el periódico procuran los elementos de una reacción.

El Palacio de la Educación abarca todas las formas de la enseñanza y del proselitismo en este país de las escuelas y de las sociedades. Los niños presentan sus cuadernos y los objetos que han confeccionado en clase; los maestros sus programas y sus textos; el Estado y las asociaciones, sus planteles de educación. Ahora los impedidos por la naturaleza, ciegos y sordomudos, tienen cada uno su oportunidad de adquirir conocimientos en colegios especiales. Los obreros como los presidarios, pueden mejorar su condición con ayuda de la escuela. Los edificios son extensos y apropiados, con campos de juego, pavimento especial en las calles vecinas y letreros que previenen a los carruajes que deben marchar al paso.

Entre las secciones extranjeras, están el Japón, China y otros países que presentan muestras de un adelanto no sospechado. Algunos colegios católicos del Extremo Oriente revelan una vida próspera, abundante en modernos recursos educacionales y hacen suponer que por allá se está operando una transformación de que nosotros no tenemos noticias. No podemos quejarnos, ciertamente, de que se nos desconozca, mientras en América sigamos creyendo que los chinos son unos brutos que viven de inmundas comidas y sumidos en la borrachera del opio.

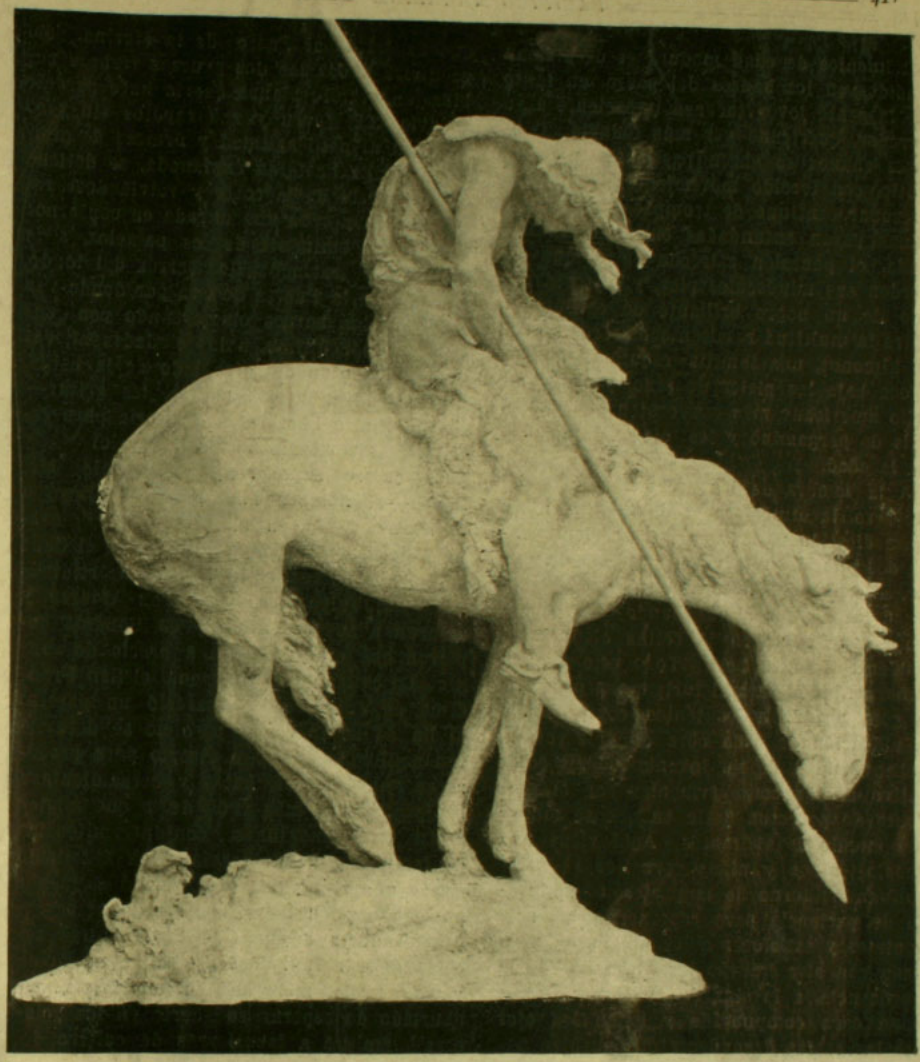
Los Pabellones Extranjeros

La sección internacional de la Exposición, abigarrado conjunto de edificios en que el contraste es la nota predominante, no puede decirse que esté a la altura y en el rango de los pabellones de los Estados de la Unión, sus vecinos. Mientras que Massachussett, Illinois y la ciudad de Nueva York, han construído edificios palaciales, soberbiamente amoblados, Francia ha levantado un caserón vulgar e Italia un grupo de pabellones demasiado grande para la pobreza del contenido.

El Canadá y Australia han erigido construcciones vastas en proporción a las regiones que representan y a las riquezas innumerables de que dan muestra. Son dos territorios que enseñan cómo, luchando cada cual con dificultades opuestas, han podido llegar a la explotación y al incremento de sus riquezas naturales e industriales. El uno demasiado húmedo y frío, seco el otro hasta la aridez, son hoy dos grandes mercados del mundo.

Cuba, Guatemala, Bolivia, exhiben en locales propios y en algunas de las secciones generales, las muestras de sus variados recursos. Las montañas preñadas de minerales, los valles ricos en frutos, el nativo de siesta o de jarana, son países que hacen el efecto de fundos en arriendo. Tan sólo la Argentina aparece con su petulancia característica en el papel de un pueblo a la vez rico y progresista. Su pabellón es, naturalmente, lo más grande posible, y si no es de veras hermoso, parece al menos la tienda de un comerciante próspero. Pero la Argentina es aquí Sud-América, ella nos representa a todos y sinceramente debemos reconocérselo.

El pabellón de Chile... lo he visto a la luz ilusoria de un atardecer; estaba un poco atrasmano, como avergonzado de haber llegado tarde. Era el mismo de la Exposición de París que yace en la Quinta Normal; pero el gusto moderno le había añadido algunas columnas jónicas, capiteles corintios y una balaustrada de edad indefinida. Adentro, no había absolutamente nada, con excepción de un grupo fotográfico medianamente interesante de unos caballeros altos y bajos con aire de personas bien rentadas;—"Comisión de la Exposición de San Francisco", decía un letrero al lápiz y añadía una gruesa cifra. Suspirando nostálgico, rodeé el pabellón en busca de una entrada que me condujera al depósito de la exhibición todavía embalada, de seguro. Pero allí no hallé más que un cartel que prevenía al público que se había pedido a Alemania una muestra de salitre y que se esperaba apenas terminara la guerra. La lista del Ministerio llegaría a última hora, por cable; y con modestia que nos envidiarían nuestros vecinos, se terminaba confesando que no teníamos otra particularidad que exhibir, a no ser la paciencia de los ciudadanos, para la que no habría fletes en toda la costa del Pacífico.



"El fin del Sendero", por James Earl Fraser.—Entrada del Patio de las Palmas (Exposición de San Francisco)

Escenas al aire libre

El sol se pierde ya detrás de la cúpula de cristales del Palacio de Horticultura, fundiéndolo instantáneamente al rojo blanco, mientras que sus rayos oblicuos van a arrancar un tardío brillo a la armonía en rojo y verde esparcida por M. Guerin sobre las paredes y los techos de los pabellones. Hay un rumor de cascadas que no se sabe si proviene de los chorros de las fuentes o de los miles de voces que pueblan la explanada. De lejos llegan intermitentes con la ráfaga los aires de una banda; tuerce por una avenida la columna de un desfile, sus carros alegóricos y sus estandartes, y el público dócilmente comienza a abrir calle. Por el cielo sin un vellón de nube, cristalino, las palomas bajan en entas espirales, y el abanico de los grifos se esparce en lo alto en una polvareda de agua.

El público viene de vuelta de su visita.

Matrimonios de edad madura se desploman rendidos en los bancos del paseo, en tanto que la gente joven taconea impaciente a su derredor, queriendo ver más todavía. Convoyes enanos se abren paso por entre el gentío, con torcido movimiento de gusanos y resonar continuo de trompas. Las damas chinas pasan enfundadas en su blusa floreada, el pantalón estrecho en el que se pierden sus minúsculos pies, y la rosca del pelo de un negro brillante de carbunclo. Entre la multitud resaltan sombreros de copa, kimonos, una familia esquimal que se sofoca bajo las pieles de reno, y luego un indio americano más que centenario, con el cutis de pergamino y los ojos ya nublados por la edad.

A la sombra de los arcos del Patio del Universo, la atmósfera es de recogimiento y de meditación. La joven que se sienta entre dos pilares envuelta en una bata de pintor, a copiar del natural, está tan absorta en su tarea como el vagabundo que se contenta con copiar en la retina el inefable ambiente de esta hora. Todo esto es, sin embargo, inútil para el turista que pasa con la guía pegada a los lentes, comprobando la ubicación de cada obra de arte con la escrupulosidad de un inventario. El color festivo de las cosas armoniza con el ambiente de perpetua fiesta en que se mueve este mundo de visitantes. Aquí viene una escuela; niños y niñas revueltos se arremolinan en torno de la profesora, admirable de paciencia para contener a los más inquietos y satisfacer a los preguntones. O pasan con aire huraño los huérfanos de la beneficencia, a la siga de unas monjas que ponen cara compungida y bajan los ojos ante las castas desnudeces que pueblan patios y jardines. Y junto a una de las fuentes monumentales, he visto a un muchachito empecinado en no moverse de allí "hasta que no salgan del agua los monstruos del carro de Neptuno".

Una niña de puro tipo americano va con paso vivo por los senderos del jardín, en el Patio de las Cuatro Estaciones. Sus ojos reflejan tan serenamente como el lente de su cámara fotográfica las líneas francas de las estatuas de Piccirilli; sus miradas lo absorben todo con igual delicia; luego se vuelve a esperar a sus padres que retardan el paso entre los grupos que se cruzan en todas direcciones.

De la niña que va trasponiendo la arcada que da salida al Paseo de la Marina, sólo se divisa ahora las dos gruesas trenzas rubias, un vestido blanco que la hace parecer todavía más joven y sus zapatos sin taco que dan al paso agilidad y firmeza de gimnasta. Llega hasta la explanada, se detiene ante el molo de la costa y volviéndose reposadamente, echa una mirada en contorno: a la línea eminente de los palacios, a la ciudad que trasmonta los cerros del fondo, al canal de la Puerta de Oro por donde van y llegan los barcos clamoreando con sus silbatos; por último, a las ciudades nuevas que se levantan del otro lado de la bahía, y dirigiéndose a sus padres, les grita:—Quiero fijarlo bien en la memoria para escribirle esta misma noche al abuelo!

Yo quiero suponer que el abuelo, Mr. Smith—el nombre más probable—llegó a California el 51 en el "Skyscraper", después de meses de tempestades desde el Cabo de Hornos, de sueños locos y de incertidumbre. En Valparaíso recogieron víveres y dejaron a sus enfermos, y en Panamá supieron que el oro estaba a precio de sangre. La caleta de Yerbabuena, el San Francisco de entonces, les pareció un paraíso al fin de su travesía; pero no se detuvieron aquí más que lo necesario para procurarse unas mantas, balas y herramientas. La jornada fué más ruda de lo que mister Smith pudo imaginarse, con intermitencias de fortuna y de desgracia. Una vez debió ganar una rica suma y la perdió al juego; en otra ocasión le robaron sus ahorros los organizadores de una de las infinitas sociedades mineras. Fué dueño de un hotel, y más tarde, mozo del mismo, hasta que aburrido de esperar su suerte en los "placers", emigró a las tierras de cultivo del interior.

Y lo que no le dieron las minas y las especulaciones, se lo han dado más tarde sus plantíos. Trabajando, trabajando para una familia cada año más numerosa, se olvidó de la ciudad que crecía allá abajo refinándose en su riqueza, y cuando pensó en visitarla, sus reumatismos, su vista muy empañada, se lo impidieron.—Usted me contará todo cuanto vea en una larga carta, habrá dicho a su nieta; y si es cierto que San Francisco y la Exposición son tan hermosos como dicen.

La ciudad, al borde del gran puerto, ha vivido sesenta y tantos años, veinte menos que Mr. Smith y los otros "pioneers", y

en este tiempo tan corto en la historia social, ha conocido todas las fases de la vida, desde la prosperidad de los descubrimientos hasta la ruina casi completa de un terremoto. Todavía muchos solares erizados de escombros atestiguan el desastre; pero las galas del festival cubren las señales del duelo.

Recapitulación

He querido referir en estricto resumen, para los lectores de PACIFICO MAGAZINE, una impresión general de las dos Exposiciones de California. Una crítica desprevenida de sus obras de arte, y procurar deducir tan sólo la enseñanza "filosófica" de sus exhibiciones, me pareció asunto más apropiado que la relación en detalle de cada una de las interminables galerías.

El lenguaje de commis-voyageur de los agentes y periodistas yanquis, ha exaltado éstas hasta las nubes. Nunca se habría visto nada semejante, a juzgar por esos elogios. Yo quiero creer que jamás se hizo nada tan grande; pero me parece muy posible que en belleza pura y simple, la Exposición ha podido ser superada alguna vez. Ha podido ser superada; ¿pero es por ello menos admirable este alarde de riqueza y de energía como corolario de esa otra hazaña de Panamá?

Ahora, es más difícil predecir lo que significará en el futuro y la influencia que ha de tener en el desarrollo de las relaciones y del comercio entre las Américas. Los productos norte-americanos tienen el alto precio que les fijan su vasto consumo interno, la protección del Estado y las exigencias de una clase obrera bien disciplinada y que no quiere vivir como parias. El capital es en el país otro factor desfavorable, ligado como está a tantos intereses extranjeros. Queda todavía por considerar la calidad de sus artículos, pues mientras que en la maquinaria se ha abierto un buen mercado en Sud-América, otros géneros de productos no están aún a la altura de los europeos, de sus precios y de sus facilidades de crédito.

Sud-América parece con todo fatalmente ligada al desarrollo de la riqueza norteamericana, y para que el fenómeno se cumpla sin trastornos, los espíritus bien intencionados no pueden pedir otra cosa para los países de aquel continente, que el cumplimiento de la ley de la Reciprocidad.

Así esta ciudad fantástica que se ha levantado a orillas del Pacífico, habrá cumplido en su breve existencia la misión de paz que se le encomendó. Y cuando mañana sea cerrada al visitante y sus grandes construcciones ya desarmadas dejen el espacio vacío, los ojos alucinados no creerán haber visto la imagen de un sueño, sino una clara visión del futuro.

San Francisco, julio de 1915.

El Comercio, la Inspiración, la Verdad y la Fe, grupo central de un friso de la Exposición de San Francisco

Crescente Eraçuiz

Don Crescente Errázuriz

Por

Armando Donoso

Con fotografías

¿Ha sido acaso en una añeja crónica escrita por un docto bolandista o en un alado cuento azul, compuesto por un monje poeta, donde he leído esta historia admirable? Erase un santo y pío varón, bondadoso y dulce como la leche recién ordeñada, cuyo espíritu no fué a perturbar nunca ni la sombra de un mal pensamiento. Un día tuvo un sueño y soñó que un ángel llegaba hasta él, enviado por Dios, y, colocándole una pluma blanca en su diestra mano, le decía: "Alaba a Dios y honra a la verdad". Y desde aquel instante comenzó a emborronar muchos pergaminos, sirviendo la causa divina con el oro de su pluma; y, diz que cuando quiso dormirse en el seno de la muerte, cuatro ángeles vinieron en su busca para llevarle hasta el seno del Señor.

¿Tal vez la gloria de la primavera que se manifiesta en este día lleno de sol y de arrullos?; tal vez un suave perfume de incienso que llega de la iglesia vecina?; ¿o acaso la paz del ambiente traen a mi memoria el recuerdo de la ingenua historia primitiva? En este rincón tranquilo de la ciudad, lejos del bullicio y como escondida detrás del follaje del Huelén, se alza la pequeña capilla de la Vera Cruz, en una calleja tortuosa y pintoresca, donde ni el ruido del tráfago urbano viene a turbar la paz sedante de los días. En uno de sus ángulos, que forma con las dos calles vecinas, hay una casa pequeñita, encerrada entre dos patizuelos, que sirve de hogar al santo sacerdote cuyo recuerdo ha traído hasta nosotros la evocación de la alada conseja. Junto a su iglesia y cerca de su jardín siente deslizarse los años don Crescente Errázuriz, ajeno a todos los bullicios mundanos y sólo al servicio de Dios, de curar las humanas flaquezas y al trabajo de sus libros. Su cuarto de trabajo es claro y alegre y nada de él hace pensar en un ambiente conventual. Sin embargo, quien acaba de llegar hasta aquí desde el centro bullicioso de la ciudad, extraña esta paz que nada turba, este silencio amable que invita a reposar largamente, sin pensar en nada. La sala de recibo está

La capilla de la Vera Cruz y la casa de don Crescente

desierta: aquí un amplio sillón de lectura y sobre un soporte destinado a los libros, duerme, aguardando la mano que ha de recorrer sus hojas, un volumen de la "Historia de los Papas"; en una mesa cercana los anteojos denuncian que hace un instante el libro estaba abierto y unos ojos repasaban la lectura; más lejos, en un rincón y bajo un retrato del Arzobispo Valdivieso, una imagen antigua, toscamente tallada, sobre un dragón, pone una nota curiosa y bizarra en medio de aquella sala limpia en la que todo es nuevo y brillante. Pero la alegría que todo lo llena, que es como una sonrisa de la primavera animando el recinto, está en el fresco jardinillo que se recorta a través de los cristales de la ventana; un jardín pequeñito, coquetuelo, lleno de frescas flores blancas, que resaltan sobre el verde nuevo de los brotes y que denuncian el cuidado de finas manos. Sobre el alféizar de la ventana asoman dos rosas enormes, decorativas y alegres: y cuando el viento las agita se dijera que se alejan y se acercan en cuchicheos femeninos...

Hermano de un Presidente, de don Federico Errázuriz Zañartu, tío de otros dos, de don Federico Errázuriz Echaurren y de don Germán Riesco, don Crescente ha vivido muy de cerca de nuestros gobernantes en las épocas de mayores acontecimientos históricos de la República. En no pocos casos su consejo fué bálsamo de suavidad en medio de las tormentas desencadenadas por las pasiones políticas: durante la Presidencia de los dos Errázuriz; en los días inciertos de la guerra del Pacífico, cerca del Ministro Sotomayor; durante los conflictos entre el Estado y la Iglesia, en los años del Presidente Balmaceda; cuando el Gobierno de don Germán Riesco: su saber prudente, su serenidad de juicio, su probada experiencia en los negocios humanos, fueron puestos a prueba una, diez y cien veces. Y, a pesar de haber tenido ante él todas las puertas francas y todos los caminos abiertos para llegar hasta donde hubiera querido, siempre don Crescente Errázuriz prefirió la apartada tranquilidad del hombre de estudio, lejos de las vanidades humanas, que duran lo que las rosas, "el espacio de una mañana", según el lindo decir del poeta. Cuando él estaba más cerca que nadie del Gobierno y más cerca que nadie también de los altos prelados de la Iglesia, ocupando cargos de delicada responsabilidad, así en la época que dirigía el "Estandarte Católico" a fin de satisfacer los deseos del Arzobispo Valdivieso que n los propios, jamás pensó en él y sólo aguardaba la hora de poder retirarse al silencio propicio de la meditación y del estudio, donde se había de dar por entero a sus piadosos menesteres y a las disciplinas de la historia, viviendo muy lejos del carnaval humano, como quería el divino Fray Luis de León:

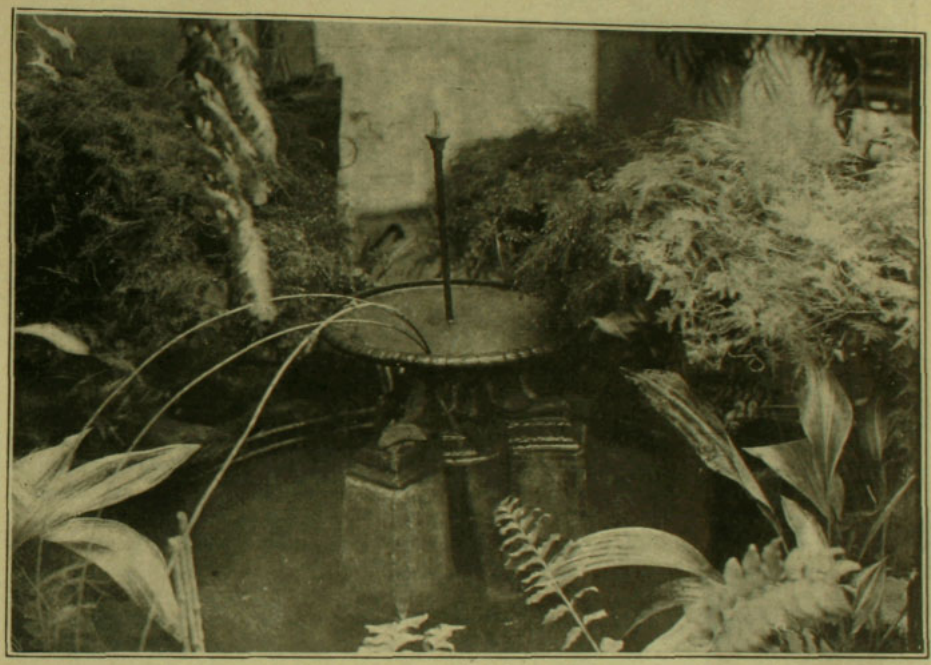
¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Y así se ha deslizado su existencia, conforme a sus tranquilos deseos: silencio, paz, meditación y estudio. Su noble ancianidad es para sus contemporáneos un ejemplo: ejemplo de desinterés, de rectitud, de bondad. Ante una vida como la suya es posible olvidar todas las pasiones y nada nos extraña saber que sus mejores amigos han sido y son no los eclesiásticos, sino aquellos cuyos credos son casi opuestos al suyo. Cerca de él, en su tranquilo hogar, ¡qué lejos se sienten esas ásperas divergencias de opiniones, que alejan a los hombres y tornan mezquina la sociabilidad humana! Nos bastará oir de sus labios el fraternal afecto con que recuerda a don Miguel Luis Amunátegui y a don Diego Barros Arana, para que acabemos de comprender su elevación moral superior distante, a cien codos de altura, de las bajas rencillas que cavan abismos infranqueables entre muchos mortales.

Siete obras de historia, que constituyen las más altas páginas del género compuestas en nuestro país, afirman el prestigio de don Crescente Errázuriz dentro y más allá de nuestras fronteras. Escritor elegante y castizo, ha recibido el homenaje de ser acogido en el seno de las dos instituciones doctas más prestigiosas del mundo hispano-parlante: la Real Academia de la Lengua y la Real Academia de la Historia; y, entre nosotros, la So-

ciedad de Historia y Geografía le asignó a él su primera medalla de oro, distinción bella y única con que más tarde ha honrado también al docto Medina y a don Gonzalo Bulnes. La Academia Chilena, correspondiente de la Española, cuéntale en la actualidad como su presidente. ¿Para qué insistir sobre su altísimo prestigio y sobre sus indiscutidos merecimientos de historiador? En Chile y fuera de Chile su autoridad recibe constantemente pruebas de noble aprecio y testimonios de admiración. Hace algunos años, cuando la publicación de su obra "Pedro de Valdivia", le escribía quien era considerado en la Península como una autoridad indiscutible, don Eduardo de Saavedra: "Por la inmensa acumulación de datos, por la perfección del estilo y por el interés de la narración, "Los seis años de la historia de Chile" son un monumento levantado a la gloria de nuestros comunes ascendientes, no menos que a la literatura hispano-americana contemporánea." Este solo juicio puede ahorrar otros muchos extranjeros, ya que si de los nuestros se trata, harto conocidos son y por tales deben callarse.

De pronto se escuchan unos pasos lentos y firmes en el corredor. Luego aparece en la puerta don Crescente Errázuriz, amable, bueno, dejando ver a través de sus pupilas francas hasta el fondo de su pensamiento.



Una pequeña pila, entre frescos helechos, anima con el cantar de su chorro que constantemente se desgrana sobre la linfa, el silencio del primer patizuelo...

Bien cae sobre sus hombros el amplio traje talar del sacerdote: realza y pone un tono severo a su cuerpo firme y corpulento. Su figura venerable respira mansedumbre e inspira confianza. Su rostro severo, de rasgos firmes y netos, recuerda el perfil de alguna medalla romana: frente amplia, largas cejas, nariz redonda, boca que denuncia firmeza y voluntad, mentón firme y ojos llenos de vida que transparentan la llama ardiente de una inteligencia vivísima, acentúan el carácter particular de su expresión fisionómica.

Cuando le insinuamos una primera pre-

Antiguo retrato de don Crescente y de don José Manuel Balmaceda, de la época en que eran estudiantes.

gunta, como queriendo escapar al momento que corre para volver hacia el pasado, retrocediendo unos doce lustros, hasta llegar a los azules días de su lejana niñez, don Crescente, con gesto paternal y voz llena de mansedumbre, la voz acostumbrada del anciano que a menudo prodiga el oro de su consejo, nos replica:

—Tengo tan poco que decir, tan escasas cosas que puedan interesar. De mi padre no conservo ningún recuerdo, pues cuando él murió yo tenía cinco años. Hace de esto... setenta y un años, porque voy a cumplir setenta y seis. Mi padre murió de setenta y dos...

—¿Y de su vida de escolar?...

—Estudié las primeras letras en la escuela de las señoras Fernández Díaz, primas del antiguo Presidente Pinto, quien vivía también en uno de los costados de la casa donde estaba el colegio, situada en la calle de las Monjitas, al lado de la que es hoy la de la Beneficencia y que después fué de don José Joaquín Pérez, donde él vivió aún durante su período presidencial, pues no se fué a la Moneda. Mi casa estaba muy cerca: yo había nacido y vivía en la casa de mi padre, en la plazuela de la Merced, esquina de la calle de las Claras, la casa que es ahora de la señora Valdés viuda de Letelier... En el colegio de las señoras Fernández Díaz sólo éramos admitidos los hijos de sus amigas, pues ellas eran cuanto de más honorable había en la sociedad y estaban vinculadas por lazos estrechos de amistad con nuestras madres. En esa escuela pasé tal vez hasta los cinco años y recuerdo entre mis condiscípulos a don José Rafael Salas... Después ingresé al Seminario hasta concluir humanidades; antes había estado en el colegio de Fagalde. Terminadas mis humanidades, estuve cinco años afuera para volver en seguida a realizar mis estudios de teología.

—¿De qué época data su primer recuerdo de don Rafael Valentín Valdivieso?

—No podría precisarlo, ya que fué él mi segundo padre; desde que murió éste, hizo las veces de tal, como hermano que era de mi madre. Su recuerdo es para mí la formación de mi niñez: de él tendría que decir lo que se dice de un padre.

—¿Con él realizó su viaje a Europa?

—Con él. También iban el Obispo de La Serena, Monseñor Orrego, el de Concepción, Monseñor Salas, y muchos eclesiásticos. Formábamos una partida considerable. Hicimos todos el viaje juntos hasta Roma y de Roma partí solo, después, a fin de dar una vuelta por Europa... Visité Francia, Bélgica, España y estuve algunos días en Inglaterra...

Interrumpe un instante la charla don Crescente y se sonríe bondadosamente, como repasando un recuerdo sabroso, y luego, nos dice:

—Vea lo que son las cosas. En Inglaterra estuve algo enfermo: boté un poco de sangre, y en verdad que me sentí alarmado. Me vió un médico, quien tras atento examen, me sentenció que no llegaría a Chile, pues me quedaban pocos días de vida... Pero aquel médico se equivocó y quién sabe si poco después murió él mientras yo vivo aún.

—¿Conoció en Francia a Luis Veuillot?

—Estuve con él varias veces y conocí también a los redactores de "El Universo". Más de cincuenta años tenía por ese entonces Veuillot. ¡Qué bien hablaba! Era muy jovial: lo que los franceses llaman un causer. Fué muy atento y obsequioso con nosotros: le dió un banquete en su casa

al señor Arzobispo de Santiago y a nosotros, con quien mantenía antiguas relaciones epistolares de amistad.

—¿Y en España?...

—De algunos meses fué mi estada en la Península. Allí me encontré con Castelar, en casa de un compatriota: don Rafael Vial, que era amigo de aquél. Vial había dirigido un periódico en Lima y le había contado como corresponsal: desde entonces databa su amistad. La impresión que me causó Castelar fué enteramente distinta de la de Veuillot: mientras a Veuillot no le había oído hablar ni una vez de él, Castelar nada dijo que no fuera sobre su persona.

—Durante el tiempo que permaneció en Roma, ¿tuvo ocasión de ver de cerca a Pío IX?

—Dos veces vi al Papa. La primera vez cuando recibió en audiencia al Arzobispo de Santiago con sus acompañantes. Entre ellos fuí yo. Después tuve la fortuna de ser recibido particularmente por él en audiencia especial. Llevaba de mi familia una suma destinada al Santo Padre, la que no le entregué en la primera audiencia para tener ocasión de poder verlo otra vez. Entonces era cosa muy difícil obtener una audiencia suya, porque había tanta gente y prelados de todas partes del mundo, lo cual hacía casi imposible ver a Su Santidad. Poco antes de partir y por intermedio del Cónsul chileno, don Joaquín Santos Rodríguez, pedí una audiencia para entregarle una oblación y la tuve pronto. Me habló el Papa en perfecto español, preguntándome por varias cosas de Santiago y de algunas familias chilenas; y cuando iba a terminar la audiencia, me dijo: "Ya ves, no me he olvidado de Chile", y señalándome un obsequio que le había llevado un compatriota, agregó: "Allá tampoco se olvidan de don Juan"... que así le decían aquí cuando había estado de joven en nuestra Legación Pontificia.

—¿Es cierto que a menudo solía el Pontífice enviarle saludos y recuerdos, con los chilenos que pasaban por Roma, al **Zambo Peluca?**

Bondadosamente se sonríe don Crescente y replica:

—Puede ser. Era tan servicial Romero, conocía a todo el mundo, que no es extraño que Pío IX, tan cordial como era y con tanto afecto como recordaba a Chile, guardase una agradable memoria de aquel buen hombre a quien conocí mucho y todos queríamos.

—En Roma ¿vió a Monseñor Dupanloup?...

—Un día, había almorzado primero con el Obispo Salas, cuando Monseñor Dupanloup llegó a visitar al Arzobispo, que en este momento estaba sentado a la mesa: tuve ocasión de cambiar dos palabras con él y nada más.

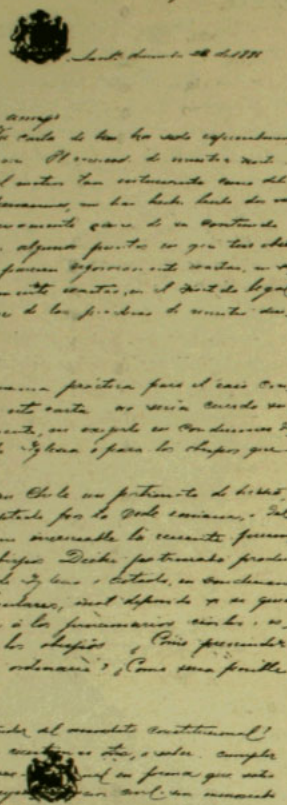
—¿Cuánto tiempo duró el viaje en Europa?

—Poco menos de un año... sí, poco menos de un año.

—De sus días de colegial, ¿recuerda con especial dilección algunos de los juegos de entonces?

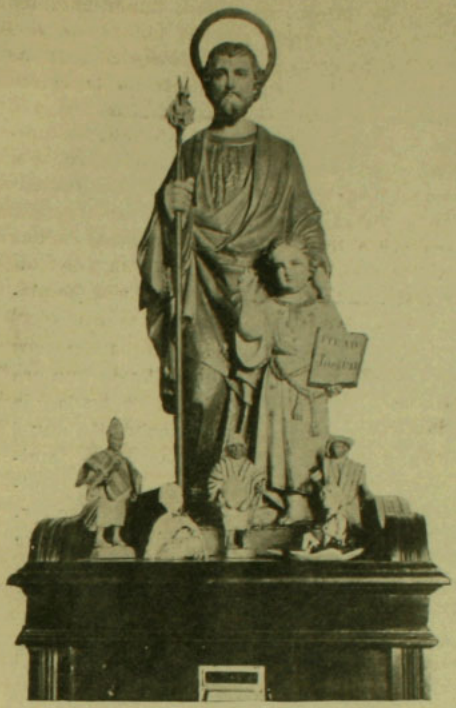
—Sí, naturalmente: el juego del volantín. Hay que deplorar que esas cosas hayan concluído. El volantín constituía un entretenimiento público del pueblo... Casualmente ya en este tiempo habían comenzado. Pero, si bien lo recuerdo...

Hermosa Virgen tallada en madera que adorna una de las salas en la casa-habitación del historiador



Autógrafo de una carta dirigida por Balmaceda a don Crescente en 1881

de entonces a acá deben haber cambiado mucho las estaciones. Mi madre me solía decir que antiguamente la época principal del volantín era entre los **dos patriarcas**, del 4 de agosto, Santo Domingo al 4 de octubre, San Francisco y llegaba entonces la época hasta fines de diciembre. Pero no es cosa parecida a la de aquel entonces la de los volantines que hoy se ven. Solía haber en Santiago cuatro o cinco bolas, o estrellas o barriletes, de sesenta y ochenta pliegos. Se elevaban con cordeles bastante gruesos. Me acuerdo de algunas que se encumbraban en las tardes. Una, sobre todo, era famosa: donde ahora se encuentra la Buena Enseñanza, junto a la chacra del Seminario, ahí la encumbraban. Era la bola de los Pedregales. En el Seminario, situado donde está hoy la Casa de Ejercicios de San José teníamos también bolas y volantines de todos tamaños y colores... Aquel era un verdadero arte para el cual se necesitaba avezada maestría. Por medio de una gran roldana se manejaba la bola: cuando se trataba de bajarla o de hacer comisión, diez o veinte muchachos tomaban el cordel y corrían un buen trecho y luego les seguían otros mientras uno exprimía un trapo mojado sobre la roldana para evitar que se caldeara, quemando el cordel. Encumbrada la bola, se avisaba cuándo podían echar comisión los volantines. Pero aquellos eran volantines de cinco, seis o siete pliegos, que sólo así le podían hacer daño a la bola... Cuando ya tenían la bola **largada**, como decíamos entonces, unas tres o cuatro cuadras de cordel, se daba la señal para que se pudieran echar las comisiones. Contra los volantines la bola tenía sus garfios de tres ganchos de defensa, donde éstos se enredaban: a veces, al bajar la bola, solía ésta llevar enredaba una buena cantidad de volantines de todos colores y tamaños, que constituían una verdadera y riquísima presa. ¡Qué espectáculo tan interesante era aquel! Daba gusto ver a todos estarse mirando hacia arriba, abstraídos en aquella fiesta aérea de las comisiones... El hilo de los volantines era también una cosa **sui géneris**: un cordelito de muchas hebras finísimas. Había en Santiago numerosas hilanderías donde se fabricaba un cáñamo delgadito, de seis o nueve hebras y que podía con facilidad rebanar el cordel, si no se lograba



Otro rincón en la sala de trabajo de don Crescente.

hacerlos entrar a un garfio. Sin embargo, generalmente las comisiones duraban mucho, constituían un espectáculo largo y variado. Había volantines famosos y eran no pocos los caballeros que iban a hacer las comisiones. Muchos de estos volantines tenían sus insignias y hasta su tradición: los había que llevaban un ojo a la izquierda o a la derecha, otros una piquera negra... Sus dueños tenían su amor propio en que no se los entraran, porque los de la bola procuraban tomarlos en el garfio... ¡Era un juego muy bonito! Los muchachos de entonces no pensaban otra cosa y los hombres también, en muchos casos. Casi no había casa que no tuviera su volantín... y, donde había un volantín, había comisión, es decir guerra. Porque en este juego se mostraba bien claramente nuestro espíritu guerrero... Los volantines de las calles echaban comisiones con los de las casas y éstos a su vez con los de las casas vecinas... A veces, el día de ánimas, los volantines salían con calaveras.

—¿Y los otros juegos?

—El mismo carácter guerrero tenía el juego del trompo—nos replica don Crescente.—Así, por ejemplo, se formaban dos partidos que tenían sus jefes: se rifaba quién había de ser el que ponía el trompo en el centro del círculo, hecho en el centro del patio. La gran cuestión en el torneo estaba en hacer llegar el trompo a un extremo del patio. Primero tiraba un partido, después el otro. Cuando vencía uno, el contrario tenía que colocar otro trompo para que le dieran tantos "quiñazos" cuantos eran los apostados. Los ganadores generalmente habían preparado de antemano un trompo para dar los quiñazos: le afilaban la púa hasta que ésta quedaba como una navaja. Pero, antes de ir al juego dicho trompo, tenía que ser sometido a una prueba: debía hacérsele bailar y ser tomado en la mano por el jugador. Con frecuencia los jugadores buscaban a un segundo que tuviera la piel dura y pudiera resistir el trompo sobre la palma de la mano. Luego se daba comienzo al pago: uno, dos, tres... hasta que se partía un trompo... después se colocaba el otro. Solían perderse en una partida dos y tres trompos: éstas eran las víctimas de la guerra...

Sra. Rosario Valdivieso de Errázuriz, madre de don Crescente

—Y respecto de las costumbres de aquel entonces, ¿recuerda algo interesante sobre los paseos, las visitas y la vida social de Santiago?

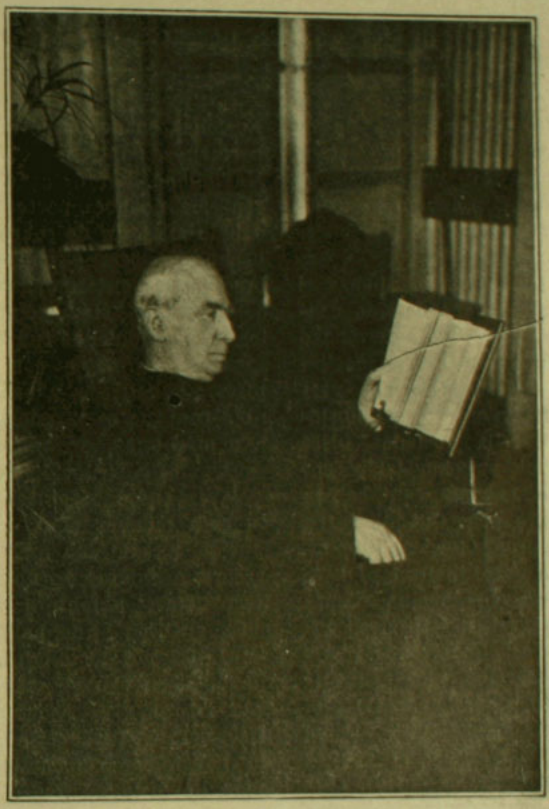
Cavila un instante don Crescente, concentrando sus recuerdos de medio siglo, como en un esfuerzo para revivir aquel antaño tan pintoresco y tan lejano. Se apaga el brillo de sus pupilas un instante, en una suave expresión de ausencia, luego se animan otra vez; se dijera que, después de realizar su memoria un viaje de dos minutos a través del pasado, ya tiene conciencia del presente. Su voz lenta dice:

—Yo alcancé a la siesta a calzón quitado. Aunque era muy muchacho me acuerdo claramente: cerrábanse las puertas de calle y todo el mundo dormía la siesta. Después de la siesta salían a sus ocupaciones los hombres, hasta la hora del paseo.

Retrato de don Crescente en la época en que era Superior en la Recoleta Domínica

El paseo era el puente de Palo y el Tajamar del Mapocho. Porque entonces sólo se conocían el puente de cal y canto y el que llamaban de palo, que estaba frente a la Recoleta. Unos se paseaban por el puente, otros iban por el Tajamar, hasta lo que es hoy la Providencia. Abajo, cerca del Tajamar y en las partes donde estaban las bajadas, escaleras de ladrillos, solían ponerse las ventas. Duraba el paseo hasta el comienzo de la oración... Pero no fué esta sola la única parte concurrida, pues no lo eran menos las calles por donde volvían los paseantes a sus hogares: la de las Ramadas, hoy Esmeralda, la de las Monjitas, la de Santo Domingo y la de Merced. Sobre todo las tres últimas eran las preferidas por los que regresaban de sus paseos. A esa hora también las familias salían a los zaguanes y a la puerta de calle para ver a los que volvían: formaban dos hileras de sillas y, cómodamente sentadas, miraban la gente hasta que era ya entrada la noche. En aquel paseo las amigas y los amigos tenían oportunidad para hablarse, para imponerse de la salud de sus relaciones o para hacer la visita obligada de la intimidad. A veces las que estaban en la puerta convidaban a las paseantes y todas juntas se entretenían viendo pasar la gente, enhebrando comentarios o repasando la crónica del día. Después la dueña de casa invitaba a las amigas al mate; entraban a la cuadra, lo que hoy llamamos sala o al costurero, que actualmente denominamos antesala, y allí las visitas, ya fuesen cuatro o seis, que sumadas a las de la casa, hacían una docena o poco más o menos, aguardaban el obsequio charlando alegremente. Allí se sabía el matrimonio de la amiga, la enfermedad del pariente o se recordaba la próxima fiesta religiosa y el santo de tal o cual personaje linajudo. Ya

sabía la sirvienta de la casa lo que debía hacer: contaba las visitas para regresar luego, llevando en bandejas de plata tantos mates de plata cuantas fuesen las personas. A cada cual se le servía el suyo y podía repetir todas las veces que lo deseara. Después la visita se despedía para llegar a su casa a la hora de la cena, que era generalmente la de las ocho y media... Por lo que toca a la comida, era sumamente sencilla y en todo caso abundante. Si es cierto que no existía el lujo, también es cierto que no se conocían las deudas: todos vivían con mucha holgura. Las dueñas de casa podían recibir a comer cuatro o cinco personas sin que éstas fuesen una carga. Frecuentemente, cuando había un plato especial, la dueña de casa daba orden para que se le preparase una fuente a una amiga y se la enviaba con una sirvienta, que era portadora del siguiente recado: "A misiá Fulanita, que le manda la señora porque le está gustando", y la obsequiada respondía, generalmente, "Dile a la Fulanita que le agradezco mucho su fineza y que en su nombre nos la tomaremos"...

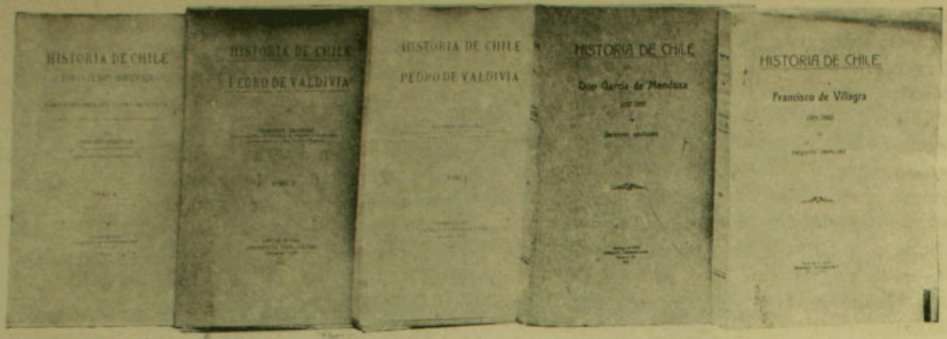


Don Crescente lee un volumen de la "Historia de los Papas"

Calla un instante don Crescente mientras nosotros pensamos en aquella dichosa época en que no sólo el plato especial de la cocina casera solía ir a sorprender el apetito de la amiga, sino en que la vecina mandaba a veces a la criada al hogar cercano a fin de conseguir el hueso chascón para hacer que el caldo rindiera en substancia y sabor. Dichosa época en que la buena memoria de los criados ahorraba las molestias del teléfono y los sinsabores de las esquelas de correo; dichosa época, en fin, en que cada ciudad era como un amplio hogar común, en el cual compartían la felicidad desde el más humilde esclavo hasta el más empingorotado señor, ignorando estas bárbaras complicaciones de la edad en que vivimos.

—De la servidumbre de entonces, ¿conserva algún recuerdo curioso? ¿Alcanzó a conocer esclavos?...

—Los sirvientes antiguos eran verdaderos miembros de las familias. Años de años vivían en las casas hasta morir en ellas. Cuando se acordó la ley que libertaba a los esclavos, fué recibida en general por éstos como una ley hostil, de persecución, porque se imaginaban que los iban a arrojar del seno de las familias. De los de mi casa sólo recuerdo uno que se salió para ir a servir en la de un pariente cercano. Entre las esclavas que alcancé a conocer recuerdo a Carmen, la negrita, era negra, y a Mamaté, también negra y que era esclava en casa de una tía, que así le decíamos por su nombre Teresa. Carmen llegó



a ser, en casa, muy anciana, y a fin de que ella no se creyese inútil y que estaba de más, le puso mi madre una muchacha a su servicio para que la ayudara a cocinar dulces; ¡qué exquisitos los sabía hacer la buena vieja! Por cierto que todo lo hacía la muchacha, pues Carmen apenas si veía ya, dada la edad avanzada que contaba. Antes de morir tuvo una enfermedad larga y dolorosa. Un día mi madre me llamó para decirme: "Es preciso que veas a la Carmen porque quiere irse al hospital. Es necesario que la disuadas". Era entonces yo sacerdote y como tal y por el mucho cariño que me tenía, contaba con cierta autoridad sobre ella. Cuando fuí a verla y le dije mis propósitos, me respondió: "No, amito. Yo necesito irme al hospital. Viene dos veces por semana el médico; soy una carga". Hube menester convencerla con toda clase de razones y decirle al fin: "Pero, Carmen, piensa que le vas a ocasionar a mi madre un serio disgusto y a sus años..." para que ella, al sentirse herida en el fiel cariño que le guardaba, abandonase sus propósitos. Que tales eran en sus sentimientos delicados esas buenas mujeres que nos gobernaban como si fuesen verdaderas madres... Me acuerdo también de dos esclavos varones. Era el primero uno que hasta la muerte continuó sirviendo a mi abuela materna, doña Mercedes Zañartu. Lo llamábamos taita Alonso, y creo que era africano. Lo que aseguro es que siempre habló el español a su manera... Uno de los monasterios de Santiago, con ocasión de no recuerdo cuál fiesta, mandó al Arzobispo una gran torta de dulce, que se repartió en varios regalos. Se envió una parte al Instituto Nacional, en donde se educaba uno de mis hermanos, Santiago; otra al Seminario, a Maximiano. Por desgracia, la famosa torta contenía no poca parte de veneno, tal vez debido al tiesto de cobre con que se había hecho. En casa y en los colegios fueron muchos los enfermos; pero todo no pasó de dolores de estómago y de vómitos. Uno de los más atribulados fué "taita Alonso", que seguramente había comido mucho de la torta y que se negaba a tomar el agua tibia con que se le quería hacer arrojarla: "No más agua, exclamaba. ¡Mientras más agua, más vomitorio!"... Había algunos esclavos que sabían leer y escribir. Sirvió en casa muchos años, creo que hasta su muerte, un antiguo esclavo de las señoras Azagra, a quienes yo no alcancé a conocer. Respondía al nombre de "Ño Carlitos Azagra", apellido que había tomado de sus amas. Cuanto al diminutivo de Carlitos, no tenía, en verdad, razón de ser. Ño Carlitos era un viejo robusto todavía, aunque encorvado, y su cobrizo semblante parecía no haber carecido de hermosura. Sabía, como he insinuado, leer y escribir, y aún tenía la manía de escribir. A falta de papel o pizarra y de plumas o lápiz, llenaba a menudo el umbral de la puerta de calle con letreros escritos con carbón y en hermosa letra redonda... Era Ño Carlitos Azagra fecundo escritor, en cambio hablaba poco y de ordinario sentenciosamente. Había llegado un año el día de Pascua y Ño Carlitos no entregaba a mi madre su cédula. Por antonomasia se llamaba así la cédula de comunión que en la parroquia repartía el ayudante de la misa a cuántos comulgaban, a fin de que pudiesen atestiguar haber cumplido con la Iglesia. Lo

llamó mi madre y le dijo:—"Ño Carlitos, ya va a terminar el cumplimiento de Iglesia y usted no se ha confesado".—"No, señora".—"Pero, no, Carlitos, usted es buen cristiano y sabe que tiene obligación de confesarse: hágalo, pues, pronto".—"No puedo, señora".—"Pero, ¿por qué no puede usted confesarse?".—"Porque mi confesor no está aquí"... El confesor de Ño Carlitos era un padre de San Francisco.—"Si no está en Santiago su confesor, le respondió mi madre, confiésese con otro sacerdote".—"Me desconceptúo, señora"...

Transcurre un instante. Un criado penetra a la sala para comunicarle a don Crescente que alguien le aguarda. Entonces él le responde, en voz alta:

—Dígale que estoy ocupado, que no puedo ir porque me estoy confesando con un caballero...

Dice y ríe buena, dulce y regocijadamente, con esa expresión suya toda mansedumbre, que muestra su alma entera a flor de labios.

—De las personas de su mocedad, ¿a quiénes recuerda con mayor afecto?

—Antes que a nadie y siempre al Arzobispo Valdivieso. Ya le he dicho que fué mi segundo padre. Es a él a quien más le debo. Sus aficiones, sus enseñanzas, fueron las mías. Era notabilísimo escritor: de ordinario agotaba la materia que se proponía tratar y en sus escritos se pueden estudiar a fondo los asuntos dilucidados por él. Se había formado en el gusto de su abuela, doña Rosa Manso, matrona cultísima, lectora de los mejores escritores, que le había educado. A veces solía pensar, cuando estaba escribiendo: "¿Cómo decía mi abuela?"... y de seguro que daba con la frase o la palabra apropiada que buscaba.

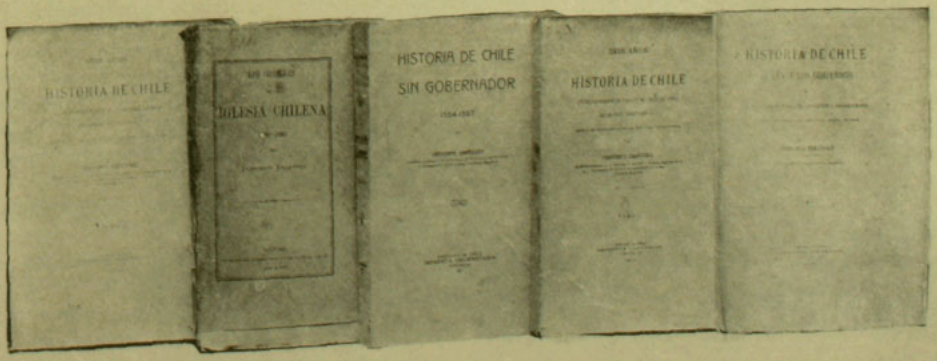
—¿Vivió en alguna época de su vida cerca de su tío don Ramón Errázuriz?

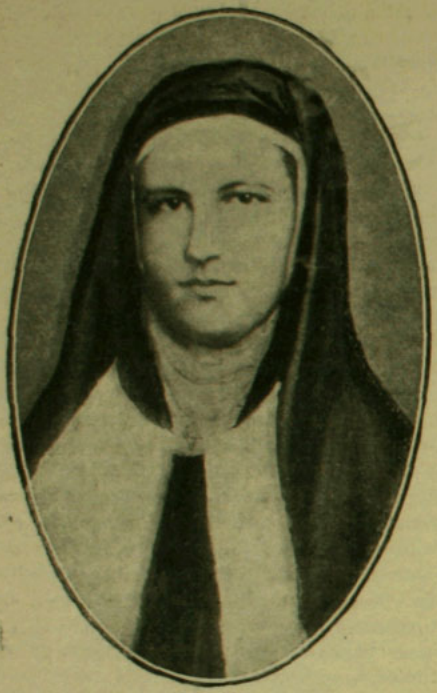
—No conservo sino recuerdos vagos. Le veía sólo de lejos. En mi familia recordaban que mi madre le había llevado a Europa en el segundo de sus viajes. Entonces era cosa muy seria ir a Europa: se tardaba meses de meses, además de todos los peligros que se corrían. Mi padre fué guardia de corps de Fernando VII. Cuando en España comenzaron a presentir que la idea de la independencia tomaba cuerpo en América, una de las medidas acordadas para contrarrestar el movimiento fué la de pedir que de las colonias se enviaran a la metrópoli algunos jóvenes de entre las familias acomodadas del país a fin de constituir una guardia de puro lujo, en la que cada soldado tenía los honores de oficial.. Mi padre fué uno de los enviados de Chile y en su segundo viaje llevó a mi tío Ramón...

—Con Balmaceda, ¿fué compañero de estudios en el Seminario?

—Sí, aunque él estaba en un curso posterior. Fuimos amigos muy íntimos; después los accidentes de la vida nos apartaron y no lo volví a ver hasta que fué Presidente. José Manuel era un alumno aprovechado, muy estudioso y probablemente uno de los primeros de su curso.

—¿Tiene algún fundamento de leyenda que le presenta ya de escolar, dando pruebas de mal carácter y cometiendo a menudo actos atrabiliarios que parecían denunciar en él ciertos pujos de superioridad?





Honoria Errázuriz, hermana de don Crescente, viste el hábito de religiosa, a cuyo apostolado ha dedicado su vida.

—No: era un estudiante tranquilo, aprovechado y, como amigo, lo era muy leal y servidor. De su carácter recuerdo que era afable y que entre los condiscípulos contaba con muchas simpatías... También no olvido, de los compañeros de colegio, a Salvador Donoso...

—¿Estaba usted en Santiago cuando la compra de los buques?

—Sí, me encontraba aquí. Me acuerdo que teníamos la costumbre de reunirnos en casa de Federico, mi hermano, todas las mañanas, Francisco Echenique, padre de los Echenique que usted conoce, los Amunátegui y otros. Una mañana, cuando tuve noticias del encargo de los buques, y como en esos días había habido ciertas manifestaciones públicas contra la Argentina, le pregunté a Federico, que era por ese entonces Ministro de la Guerra: "¿Qué hay peligro de guerra con la Argentina?" a lo que él me respondió inmediatamente: "No, hombre; si son para defendernos del Perú"...

—¿Cultivó amistad con los Amunátegui?

—Aunque no muy de cerca, conocí mucho a don Miguel Luis, a don Gregorio y mucho más a Manuel. Con motivo de los juicios que estampé en el prólogo de mi obra "los orígenes de la Iglesia Chilena", sostuve con él una polémica larguísima. Me acordaré siempre de esa polémica como de un modelo de serenidad, donde no había una palabra hiriente ni un concepto agresivo: casi podría decir que ella se mantuvo en un tono de cordialidad, como si se tratase de amigo a amigo, a pesar de haber abarcado en ella muchos puntos. Creo que actualmente, si él viviese, no tendría que suprimir en ella una palabra; otro tanto puedo decir yo.

Habiendo releído una vez más el prólogo del libro de don Crescente Errázuriz, no hemos podido sino recordar con admiración el tono de dicha polémica promovida por conceptos y apreciaciones como la siguiente: "Mas ya que abandonamos la idea de seguir paso a paso sus investigaciones al investigador de "Los Precursores", y, pues, el lector casi no volverá a oirnos hablar de esa obra, permítanos mostrar con algunas observaciones generales su ningún valor histórico y la razón que nos asistirá para creerla funesta a la religión". Pero, no pudo ser de otro modo: mediaron en esa polémica dos espíritus serenos, antes reflexivos que cegados por las pasiones, que aunque orientados por credos opuestos, sabían colocarse sobre todos los prejuicio al tratar de los más delicados asuntos de la historia.

—¿Con don Isidoro Errázuriz mantuvo relaciones cordiales?—le preguntamos a don Crescente.

—Isidoro era sobrino mío; pero era cinco años mayor que yo. Durante un tiempo nos vimos con frecuencia; después los acontecimientos nos separaron. Solíamos encontrarnos, nos saludábamos... y nada más. ¡Muy simpático era Isidoro... muy simpático!...

—¿Fué amigo con don Benjamín Vicuña Mackenna?

—Sí, muy amigo. Me prestó muchos y muy señalados servicios. Puso en mis manos todos sus documentos, permitiéndome hacerlos copiar. Cuando yo estaba escribiendo los "Seis años de la Historia de

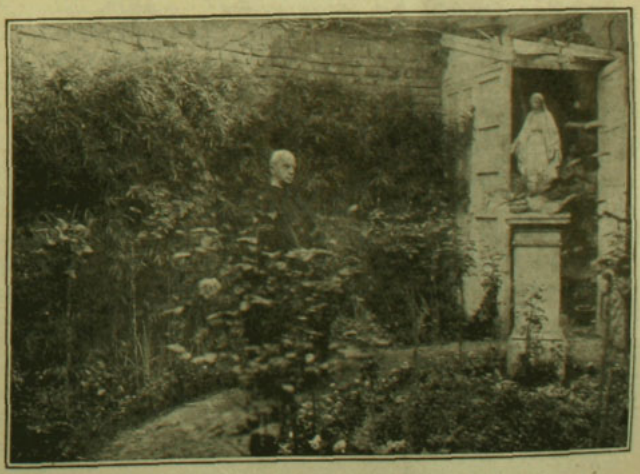
Chile" acababa de adquirir él el manuscrito de la "Historia de Chile", de Rosales, una preciosísima copia: no recuerdo si ya la estaba imprimiendo o si pensaba hacerla imprimir. Me la prestó para que la consultara y pude utilizarla con manifiesto provecho, que no olvidaré nunca. Sin embargo, a pesar de nuestra amistad y del mutuo aprecio con que creo que nos correspondíamos, no dejamos de tener más de una polémica durante los años en que era intendente. Pero, no era posible ser enemigo ni guardarle rencor: ¡era un hombre todo corazón! He aquí un rasgo suyo: había escrito don Marcos Mena un libro muy curioso, en el que había de todo, recetas para ésto y para lo otro, lecciones que aconsejaban no comer carne, otras que ordenaban la abstención de las verduras cocidas. Era su autor muy amigo con Vicuña Mackenna, lo cual le dió motivo al autor de la "Historia de Santiago" para escribir un artículo que se titulaba así: **Un libro crudo y sin sal.** No le sonó a gloria el escrito a don Marcos y lo contestó en un artículo graciosísimo, en el cual convenía que si en su libro abundaba de todo, no había hecho otra cosa que imitar el ornato del Cerro Santa Lucía, donde Benjamín comenzaba a colocar lo que encontraba para embellecer ese paseo. Y si don Marcos Mena se había disgustado con la nota de Vicuña Mackenna, éste no se encontró muy de su agrado después del sabroso artículo de aquél, en el que daba en el clavo de su amor propio. Sin embargo, Vicuña Mackenna, como ya le decía, no era hombre capaz de tener resquemores con nadie: el mismo día en que apareció lo de Mena, le envió cuatro letras, diciéndole que se dejaran de polémicas, invitándole a que almorzaran en el Cerro... Y de ese modo terminó la cuestión.

—Cuando se presentó la candidatura presidencial de D. Benjamín, ¿estuvo Ud. de su parte?

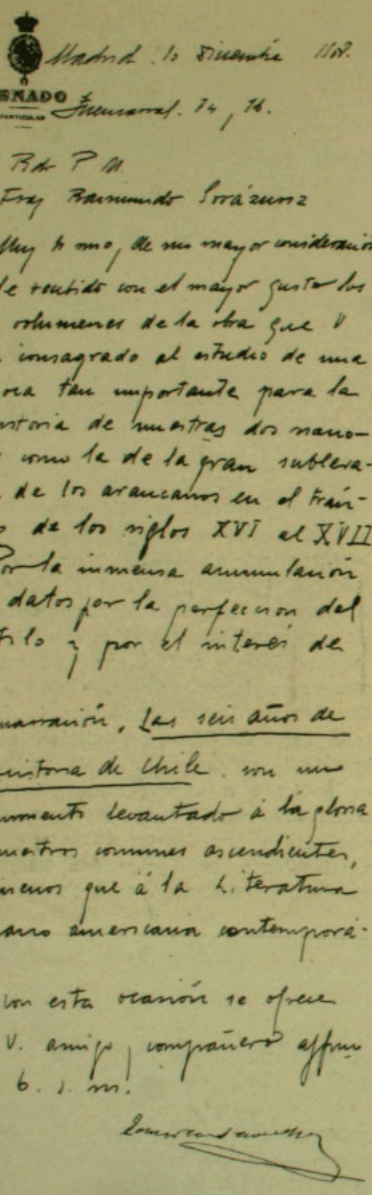
—Era entonces yo redactor en "El Estandarte Católico", y como recibiera frecuentes insinuaciones para escribir, apoyando la candidatura presidencial de Vicuña Mackenna, cuando los conservadores estuvieron medio inclinados de su parte, hice un artículo en el que combatía a ambos, pues eran adversarios.

—¿De cuándo data su decisión por los estudios históricos?

—Comencé a escribir por insinuación del Arzobispo Valdivieso. El Arzobispo tenía viva afición por todo lo que concernía a la historia de Chile. En sus viajes a Europa hizo copiar toda la correspondencia de los Obispos y todas las reales cédulas y, como es natural, tenía interés de que alguien las aprovechase, escribiendo la historia de la Iglesia en lo que a nosotros toca. Muchas veces me dió a entender que yo podía hacerlo, pero bien me guardaba de darme por aludido y disimulaba cuanto podía. En cierta ocasión fué a pasar una temporada a los baños de Apoquindo y un día que estabamos reunidos con él numerosos sacerdotes y amigos suyos, el Arzobispo comenzó a lamentar que, habiendo reunidos tantos documentos para la historia eclesiástica de Chile, no existiese un hombre de buena voluntad y de trabajo que se dedicara a aprovecharlos, escribiendo dicha historia. Entonces, y aprovechando que estaba don Mariano Casanova frente a mi asiento, me apresuré a decirle: "Mi amigo don Mariano, esta indirecta es para



Don Crescente en el fondo de su pequeño jardín


Madrid 1o Diciembre 1917.
SENADO
Fernando 74, 76.

R. de P. M.
Fray Raimundo Serrano

Muy mio, de mi mayor consideración
He recibido con el mayor gusto los dos volumenes de la obra que V ha consagrado al estudio de una época tan importante para la historia de nuestras dos naciones como la de la gran sublevación de los araucanos en el tránsito de los siglos XVI al XVII. Por la inmensa acumulación de datos por la perfección del estilo y por el interés de la narración, Los seis años de la cautiva de Chile son un monumento levantado á la gloria de nuestros comunes ascendientes, no menos que á la literatura hispano americana contemporánea.

En esta ocasión se ofrece de V. amigo y compañero affmo q. b. s. m.

Carta dirigida a don Crescente por don Eduardo de Saavedra, erudito y prestigioso historiador peninsular

usted"; pero el Arzobispo, dirigiéndose a mí, me repuso inmediatamente: "No, mi amigo: es para usted"... Ya ve, pues, como de aquella insinuación saqué energías para escribir mi primer libro: "Los orígenes de la Iglesia Chilena". Hace de esto cuarenta y siete años, porque fué el año 72.

—¿En qué periódico fué el primero en que recuerda haber colaborado?

—Cuando me ordené me hice cargo de la "Revista Católica". En "El Estandarte Católico" escribí muchísimo. Me hice cargo de ese diario por complacer los deseos del Arzobispo Valdivieso. El fin del periódico era defender los intereses de la religión, así es que en él nunca escribía sobre política sino en cuanto ésta se relacionaba con las cosas eclesiásticas. Fuera de tales asuntos solía dar algunos estudios muy interesantes sobre hacienda Eduardo Edwards.

—¿Y en "La Estrella de Chile"?

—Sí: allí dí a la estampa algunos artículos literarios, históricos. Pero son pocos los que he escrito.

—¿A qué escritores, colaboradores de "La Estrella", recuerda haber conocido, o por lo menos haber visto en la redacción de la revista?

Piensa un instante don Crescente, concentrando toda su atención en aquel esfuerzo de recordar nombres y personas de una época lejana. Luego se alza de su asiento, va a una pieza contigua y regresa en seguida con un volumen de la revista.

—Esto auxiliará a mi memoria—dice.—Hojeemos sus páginas y en ellas encontraremos los nombres de las personas que recuerdo haber conocido y muchos de los cuales viven aún... Enrique del Solar, Abdón Cifuentes, los Aguirre, Concha Castillo, Antonio Espiñeira, Gumucio, Esteban Muñoz, Enrique Nercaseau, Zorobabel Rodríguez, Juan Salas, Rodolfo Vergara...

—¿Es verdad que por aquellos años había formado usted con algunos amigos una asociación para corregirse mutuamente lo que escribían?

—Tanto como asociación creo que se podría decir que no era. Eramos cuatro: don Rafael Fernández Concha, José Bernardo y José Antonio Lira, entre quienes nos consultábamos y leíamos todo para corregirlo. Y, puedo decir a conciencia, que jamás sostuve algo que ellos no hubieran aprobado.

—¿A Rómulo Mandiola le veía frecuentemente?

—Casi a diario, durante el tiempo que

estuve en "El Estandarte Católico". ¡Qué inteligencia tan brillante era la suya; qué talento tan claro! El estuvo en "El Estandarte" hasta que yo lo dejé. Cuando murió el Arzobispo Valdivieso, el año 78, me retiré de la dirección, pues yo estaba en él únicamente por cumplir con sus deseos.

—Según entiendo, ¿fué usted muy amigo de don Camilo Cobo?

—Mucho. Fué Cobo uno de los hombres más apreciables y digno de ser querido que he conocido en mi vida. Muy inteligente, de carácter suave, de integridad a toda prueba, escritor correcto y elegante y dado por completo al estudio, sólo su mala salud y algún retraimiento de carácter le hicieron figurar menos de lo que hubiera debido ser. Redactaba "El Mercurio" de Valparaíso cuando fué llamado a desempeñar el Ministerio de Hacienda, pesadísimos entonces, pues no se había creado el de Obras Públicas. Después fué Rector del Instituto Nacional, y hasta su muerte ocupó en la Universidad la cátedra de economía política. Lo conocí en el año 1857, si no me equivoco. En el colegio de San Luis se dió por aficionados una comedia—me parece que "Don Francisco de Quevedo"—y entre los actores se contaban don Abdón Cifuentes y don Camilo Cobo, que más tarde habían de formar parte de un mismo Ministerio... Fuimos largo tiempo compañeros con Cobo en la Universidad, en donde, como él economía política, enseñaba yo derecho canónico. Nuestra amistad no se reducía al trato diario en la Universidad, sino que a menudo salíamos en las tardes a caballo por los alrededores de la ciudad. No da mucho con que mantener a una numerosa familia el cultivo de las letras, y Cobo me hablaba a las veces de sus apuros pecuniarios. Una tarde me decía: "¿Creerá usted que mi mujer se ve en la necesidad de ir a la plaza por no poder aumentar el servicio"... —Pero eso es muy honroso para usted, le repliqué. Tal pobreza después de salir del Ministerio de Hacienda es muy honrosa: —"Será, si usted quiere, muy honrosa; pero es harto embromada"... Varias veces había tenido pulmonía. En la última, de la cual murió, me llamó su esposa y me dijo en su aflicción: "El pobre Camilo está muy malo y él, tan católico y piadoso, no piensa en confesarse. Háblele usted, pues si yo le dijese algo le daría muchísima impresión. Apenas estuve solo con el enfermo, éste me dijo: "De esta pulmonía no escapo. Y lo peor que no me atrevo a llamar a mi confesor por no afligir a mi mujer"... Le prometí hablar con ella y se llamó luego al confesor, que creo era un capuchino.

—¿Qué otros compañeros tenía usted como profesores en la facultad de leyes?

Un rincón de la sala de trabajo del historiador

—Era muy brillante el profesorado compuesto de don Manuel Amunátegui, don Cosme Campillo, don Enrique Cood, don Clemente Fabres, don Jorge Huneeus, don Bernardo y don José Antonio Lira y don Miguel A. Varas. A la muerte de Cobo lo reemplazó don Ramiro Sotomayor Valdés.

—¿Cuánto tiempo ocupó usted la cátedra de derecho canónico?

—Once años: hasta que entré a la Recoleta Domínica.

—Y en la Recoleta, ¿cuánto tiempo estuvo?

—Cerca de veinticinco años.

—¿Cuánto tiempo fué allí superior?

—Diez años, hasta que una gravísima enfermedad me puso en la imposibilidad de servir. La primera firma que estuve en estado de poner la puse al pie de mi renuncia, que envié a Roma. La enfermedad continuó y en medio de atroces dolores me mantuve en el lecho, sin movimiento, como dos años. Tullido, llegué a perder por completo el uso de las piernas. Aunque poco a poco lo recuperé, permanecí en la imposibilidad de seguir la vida común y de asistir a las distribuciones y necesitaba para todo del auuxilio ajeno. En vista de ello y para tener el cuidado de la familia, determiné venirme a mi casa y, de consentimiento del señor Arzobispo, arreglé todo para volver al clero secular. El Internuncio me pidió entonces que conservase el hábito religioso en mi casa hasta que me mejorara. Pasó mucho tiempo y cuando me convencí de que me era imposible tornar al convento, obtuve la secularización perpetua.

Afuera, en el pequeño jardinillo alegre, que sonríe en todo el esplendor de su primavera, la luz de la tarde comienza a apagarse lentamente. Las rosas que hace dos horas, con todo el calor meridiano, se erguían, asomando su nevada blancura sobre el alféizar de la ventana, parecen haberse mustiado: se doblan sobre sus pedúnculos con toda la nostalgia del sol que para ellas ha muerto ese día. La voz de don Crescente calla un instante. Sus pupilas muestran la fatiga de aquel continuo recordar cosas lejanas, hechos distantes y personas idas. Antes que el silencio le permita darse cuenta de lo avanzado de la hora, le pregunto:

—¿De los días de la revolución del 91; de sus relaciones con Balmaceda en aquellos momentos trágicos, ¿conserva algunos recuerdos interesantes?

—Mis relaciones con Balmaceda fueron escasísimas y sólo se refirieron a algunas cosas relativas a los asuntos eclesiásticos... Respecto de la revolución, vi muchas co-

Don Crescente en su sala de trabajo

sas, fuí testigo... pero, ¿sabe usted que sobre estas cosas no es del todo fácil hablar?... Vallejos escribió un artículo titulado "Artículo que no me compromete con alma viviente. Las amas de mis hijos"...

La respuesta es cortante. No es imposible insistir sobre el particular. Don Crescente se ríe buenamente y esa su sonrisa paternal se transforma bien pronto en una expresión de interés cuando le decimos:

—¿Tuvo usted una parte muy directa en la elección de don Mariano Casanova como Arzobispo de Santiago?

—Deseaba yo con vivo agrado que fuese él elegido. Hubo oposición contra don Mariano, pues no era él a quien querían muchos. Yo estuve con él siempre. Después cuando vinieron las bulas y se trató del juramento, me pidió que arreglara la fórmula con Balmaceda, con quien no me veía desde mucho tiempo, porque habíamos ido por caminos tan diversos. Con este motivo nos escribimos largas cartas que conservo, discutiendo la fórmu-
Después me vi con él en la Moneda; fué la última vez que vi al pobre José Manuel.

Tengo lo que deseo: una casa tranquila, sola, con jardín... y buenos amigos...

Hemos esperado el último instante para hablarle a don Crescente sobre su obra. Con todo el interés del que desea oir de labios del padre el elogio del hijo predilecto, le decimos:

—De sus libros, ¿cuál es el que prefiere?

—Nunca los padres atinan sobre cuál es el mejor de sus hijos—nos responde inmediatamente.—¿No dicen que Cervantes prefería de entre sus obras "Persiles y Segismunda"?... y eso siendo Cervantes. Ya ve usted como son los peores jueces los autores. Sí que le diré que el que me gusta menos de mis libros es "Los orígenes de la Iglesia chilena", que fué el que escribí primero, hace medio siglo. He encontrado errores insalvables por aquellos años en que carecíamos de muchos documentos que hoy son conocidos.

—¿Por qué no ha completado su historia de Chile, escribiendo el volumen sobre Almagro?

—Esa obra me demandaría un gran esfuerzo y ya estoy muy viejo. Mi deseo hubiera sido escribir tal vez mi último libro sobre el Gobierno interino de Rodrigo de Quiroga, porque durante su gobierno fué la ocupación de Chiloé y concluyó la conquista de Chile, que comenzó en Valdivia. Y he renunciado a escribirlo porque don José Toribio Medina conserva dos gruesos volúmenes sobre Qiroga y algunas obras de aquella época, que es menester consultar. Esos volúmenes están manuscritos,

puesto que se conservan inéditos los documentos que pertenecen a la colección que Medina publicaba y ahora no ha podido hacerlo por falta de auxilio, y a mí ya mis ojos no me permiten leer... Mucho me han instado Medina, Thayer y otros para que escriba la historia del adelantado don Diego de Almagro; pero no me atrevo pues estas otras cosas son muy fáciles para mí porque conozco los personajes. En cambio, aquel período sería mucho más arduo, exigiría mucho mayor aliento y las fuerzas me faltan.

—Cuando trabajaba, documentándose para escribir sus libros hace algunos años, ¿tuvo ocasión de conocer de cerca a Barros Arana?

—Sí, y le fuí deudor de muchos servicios. Me prestó todos sus documentos, permitiéndome que los hiciera copiar y hasta me facilitó sus apuntes más de una vez. Nunca agradeceré bastante todos sus favores y los beneficios se los debo hasta después de muerto, porque su historia me ha sido imprescindible para iniciarme en lo que he escrito referente a la conquista.

—¿Qué otros autores y obras le han prestado ayuda eficaz en sus investigaciones?

—Cuatro son los hombres a quienes les debo sobremanera en todo lo que se refiere a la conquista y sin los cuales no habría podido hacer nada: Barros Arana y Amunátegui, para guiarme en la época de la conquista de Chile. Ellos me mostraban por lo menos los puntos que debía estudiar, aclarar y en cuanto fuera posible aumentar los datos con los nuevos documentos. En seguida Medina, que, con la publicación de sus documentos me ha puesto en el caso de escribir, porque esos documentos han dado todos los datos nuevos con que se puede enriquecer la Historia de Chile. Y el cuarto es don Tomás Thayer Ojeda: los servicios que a él le debo son numerosos y de varias clases. Primeramente sus libros: no hay idea lo que facilitan: "Los Conquistadores", "Las Antíguas Ciudades de Chile", "Santiago durante el Siglo XVI", para quienes deseen estudiar esa época. Son los verdaderos manuales que le ahorran tiempo, trabajo y le dan certidumbre con todos los datos que le proporcionan. Sobre toda ponderación facilitan el estudio y el trabajo de escribir la historia de esa época... En seguida Thayer, me ha servido como amigo, proporcionándome innumerables datos que ha coleccionado en sus estudios particulares, poniendo a mi disposición documentos que él había recopilado en los Archivos de la Audiencia y otros archivos de acá; traduciéndome muchos de esos manuscritos, que no habría podido entender porque no estoy habituado a la escritura de aquella época y por la vista. Generalmente haciéndome observaciones y corrigiéndome numerosos errores en los manuscritos o en las pruebas.

—¿Cuál es su método de trabajo?

—Comienzo por recorrer todos los documentos de la época. Después, clasificándolos por años o por acontecimientos, hago extracto de todos ellos. En seguida comienzo la redacción de los sucesos. Acostumbro, escribir por un lado del papel dejando el dorso para las adiciones, correcciones o cambios que los futuros estudios me van indicando. Hecho todo esto saco en limpio lo que he escrito.

La voz de don Crescente traduce una fatiga visible. Los minutos vuelan. El día declina. Afuera, en el primer patizuelo, la pequeña fuente que hay entre los helechos, canta suavemente en el continuo caer de su hilillo de agua. La sombra de la iglesia vecina parece que comienza a vaciarse sobre los aposentos. Abandona su silla don Crescente y me invita a salir al jardín, al pequeño jardincito conventual, tapizado de verdes trepadoras y de flores frescas. Una silla de mimbre, arrimada junto al muro, invita al reposo. En el fondo del jardín, en el encuentro de dos senderos, se alza un pedestal y en él una pequeña imagen, que abre su manto en un gesto protector. La tarde cae sobre las flores de este diminuto paraíso con una suavidad de ensueño: ni un rumor, ni una agitación, ni una nota importuna. Bien se nos alcanza que en la paz de este rincón apacible la meditación es un tesoro y la santidad la más noble de las virtudes.

Cuando don Crescente nos alarga la mano

para despedirse y como nosotros prodigamos una última alabanza a su jardín y a la pequeña casita que, junto a él duerme, nos replica suavemente:

—Tengo lo que deseo: una casa tranquila, sola, con jardín... y buenos amigos...

Nosotros pensamos entonces: si esta no es la felicidad, ¿dónde se la podrá encotrar entre los mortales?...

LA CATEDRAL EN AREQUIPA, PERU.

Al caer de la tarde los rayos del sol tocan las copas de los arbolitos de la plaza y los pilares más salientes de la catedral, lo cual hace que la larga fachada de color gris, con su riqueza de columnas, parezca lo bastante poderosa para sostener la carga de Atlas; el Misti, con el cielo y las nubes que le rodean y que a esa hora se ven más cercanos en el cuadro, al parecer está sostenido por un número de columnas.

La arquitectura colonial española

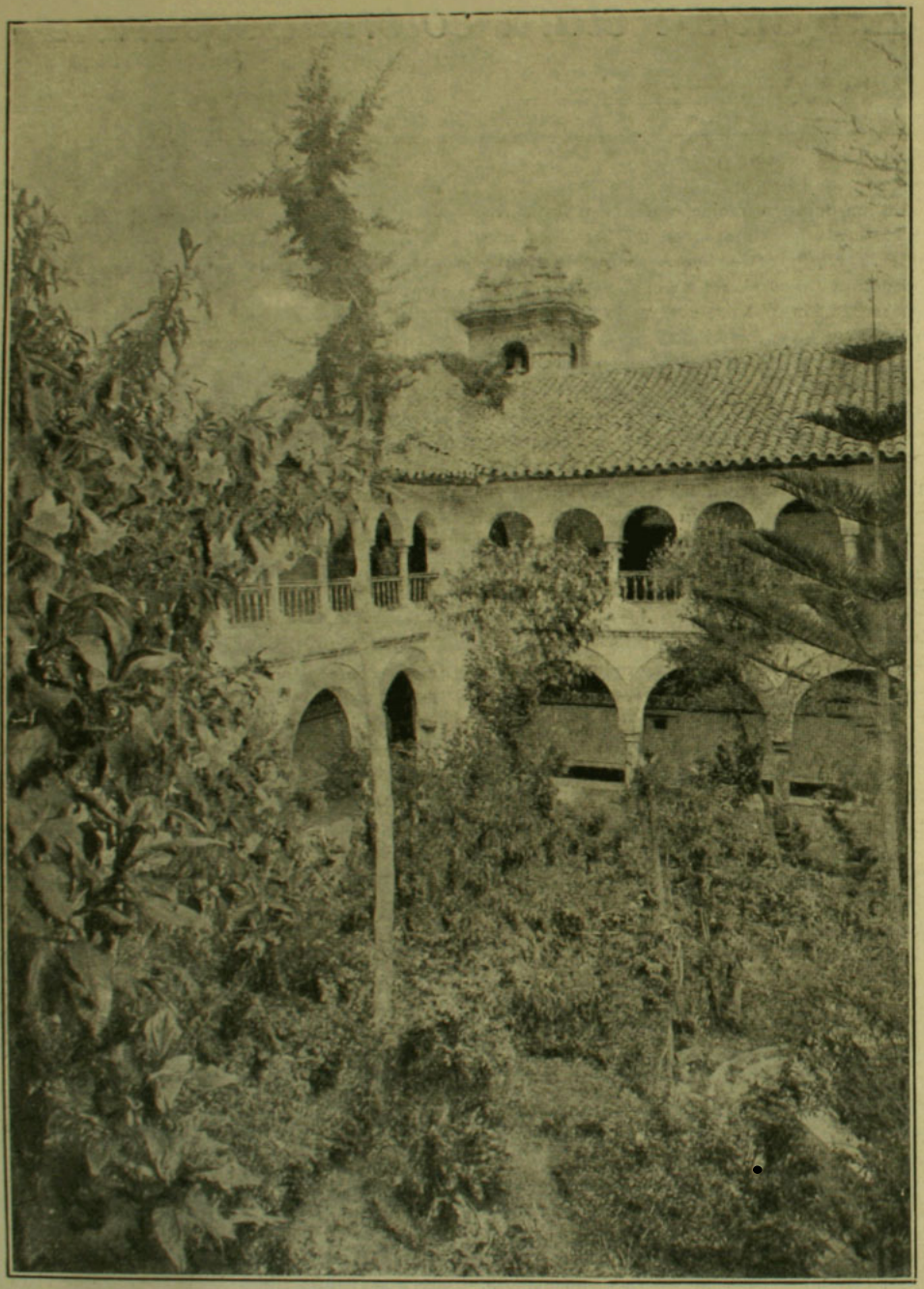
Con ilustraciones fotográficas

En un número reciente de la revista Architectural Record aparece un breve estudio bajo el título, "Ciertos Aspectos de la Arquitectura Colonial Española", escrito por la señora Marión Wilcox, acerca de las antiguas tendencias arquitectónicas en dos de los antiguos centros de cultura hispana del Hemisferio Occidental: el Perú y Méjico. El artículo comienza por la vetusta casa de Torre Tagle, en Lima, situada frente a la casa de ejercicios del Sagrado Corazón, que según se dice, es la única residencia particular en la capital peruana que aún conserva su forma original. La articulista dice que puede considerarse "como cosa típica de la antigua aristocracia de la costa ocidental, a principios del siglo XVIII. En los balcones, techos y postigos de las ventanas hay mucha madera tallada, y el efecto producido por esta ornamentación, la cual contribuye a que descuelle notablemente los detalles a los cuales se aplica, es en verdad sorprendente y llama la atención cuando el visitante contempla por vez primera la fachada o va desde la calle hasta el espacioso patio".

En la Recoleta, convento de la Orden de los Franciscanos, situada en las afueras de Cuzco, se advierte un aspecto diferente, es decir, el del antiguo estilo de iglesia Franciscana, y sobre este particular la autora del citado artículo dice que' es indudable que su diseño ha sido modificado en estos últimos años, aunque no se han efectuado cambios inarmónicos, aún cuando el reloj de pared, del cual el estudiante de Cuzco que me acompañaba sacó una fotografía a ruego mío, fué colocado en aquella misma pared, al principio, según me dijo, cuando no tenía más que una manecilla, y allí había permanecido desde la fundación del convento. Tal vez el detalle más interesante de todos sea el patio, cuyos arcos se ven sobresalir por encima o a través del follaje de retama, floripondio, sauce, pinos, pino chileno, nucau, durazno, capulli, rosas con flores diferentes, fucsia y cedroncillo. Esta es una verdadera lista de las plantas del jardín primorosamente artístico, tan bien irrigado; en un terreno árido tan alto, que parece que llega al firmamento, hablo del jardín del patio del convento".

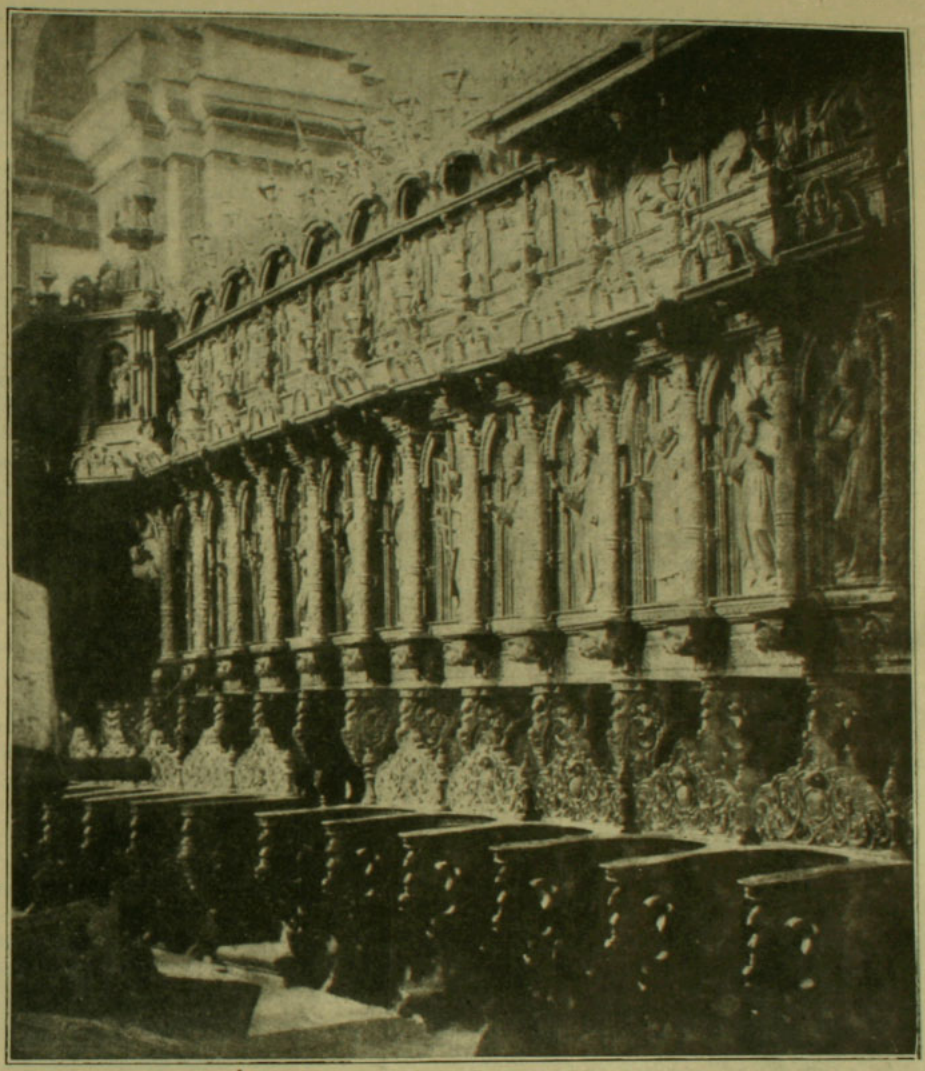
Según opinión de esta distinguida escritora:

"El rasgo más característico de la arquitectura peruana se encuentra en la antigua ciudad de Arequipa, la cual dice que más que ninguna de la costa occidental debe ser considerada como centro de cultura general del cual ha procedido especialmente el modelo, regla y dirección de las bellas artes. Bien pudiéramos llamarla la "Tarrytown" peruana, puesto que la palabra Arequipa en la lengua indígena significa "sí, reposa aquí". Pero los procedimientos ordenados de desarrollo arquitectónico resultaron imposibles en Arequipa, aún más impracticables allí que en otras ciudades populosas fundadas en las montañas o en el litoral andino. Frecuentes y violentos terremotos impedían por completo la construcción de edificios que hubieran podido durar y conservarse en otros países, o con seguridad en cualquier lugar cerca de las curvas y declives que se encuentran en el litoral andino. La catedral de Arequipa, en un tiempo más imponente que ahora, fué construída de piedra volcánica, y el estilo arquitectónico fué adoptado, según ha dicho un viajero famoso, después del terremoto de 1821, que destruyó casi toda la ciudad, con el fin de resguardar el edificio de otras catástrofes semejantes. Satisface las exigencias de las fuerzas plutónicas, y al mismo tiempo que protesta valientemente contra ellas. No tiene torre, ni cúpula, como la Catedral y la Compañía de Cuzco, más la rematan o coronan chapiteles semejantes a los de la iglesia de San Pedro en Lima. Acaso podríamos no hacer caso de ella en una fotografía, pero podemos hacerlo así fácilmente hallándonos en su propio medio. Podría decirse que estas columnas exteriores, que nada sostienen, son indefendibles desde el punto de vista arquitectónico. Pero al caer de la tarde los rayos del sol tocan las copas de los arbolitos de la plaza y de pilares más salientes de la catedral, lo cual hace que la la larga fachada gris, con su riqueza de columnas, parezca lo



PATIO DE LA RECOLETA, EN CUZCO, PERU.

La Recoleta, convento de la Orden Franciscana, que se halla en las afueras de Cuzco, representa uno de los modelos más hermosos de la antigua arquitectura de la época colonial española. El artístico patio, lleno de primorosas flores y ra ras plantas tropicales, constituye un interesante detalle del convento.



TALLADO EN MADERA EN LA CATEDRAL DE CUZCO, PERU.

Muchos de los interiores de las iglesias y catedrales más antiguas de la América española demuestran la maravillosa paciencia y admirable habilidad de los indígenas escultores en madera, que copiaron los diseños de los antiguos padres de la Iglesia. Entre los sacerdotes se encontraban a menudo hábiles artistas y escultores bajo cuya dirección e inspección los indígenas llegaron a ser peritos en este ramo especial del arte.

bastante poderosa para sostener la carga de Atlas; y luego llegan a la cima del volcán llamado Misti, y hace que su enorme volumen semeje como imponderable al cual podría ascenderse antes de la puesta del sol, por más que para llegar realmente a aquella cima y regresar se necesitarían dos días de arduo viajar a pie y a caballo; así pues, el Misti, con el cielo y las nubes que le rodean y que a aquella hora se ve más cercano, aparece sostenido por una serie de columnas que parece no tener otro objeto. Creo que debemos clasificar este edificio junto con otros como ejemplos de un medio excepcional, tan apartado de los procedimientos anormales de la evolución arquitectónica que, como ciertas

variantes en biología, no tienen sucesión".

La distinguida viajera pasa luego a hacer el siguiente análisis y estudio del desarrollo de la arquitectura española en Méjico:

"Méjico es el único de los países latino-americanos en donde la arquitectura colonial española ha obtenido una expresión completa y sucesiva y amplio desarrollo.

Se echan de ver tres períodos principales: (1) Las fábricas o edificios antiguos construídos después de la conquista de Méjico, cuyos rasgos característicos son poderosa solidez y absoluta sencillez. Muy conveniente nos parece la designación o clasificación de Franciscano o antiguo Franciscano, que ya se ha empleado; puesto que esta palabra representa austeridad, exclusión de adornos, y la preponderancia de lo útil sobre lo estético. Sin embargo, no debe pasarse por alto que los mismos monarcas españoles, con el fin de proteger mejor sus súbditos coloniales, dispusieron que las iglesias fuesen construídas de esa manera, es decir, teniendo en cuenta la resistencia y solidez más bien que la belleza, con almenas *más bien que* con adornos, a fin de que pudieran utilizarse como fortalezas *siempre que* fuese necesario. No hay para qué decir que las autoridades civiles y religiosas estaban enteramente de acuerdo con los monarcas; (2) el estilo barroco español; (3) el período churrigueresco, es decir, desde principios del siglo XVIII hasta fines del régimen español en Méjico. En cuanto a su origen estricta y peculiarmente español, el estilo churrigueresco puede compararse a una simiente que cae en buen terreno y que da ppr fruto deliciosas y variadas extravagancias, únicamente en España y sus colonias. En Méjico llegó a manifestarse por completo, y con frecuencia de la manera más extravagante, la tendencia a abandonar la sencillez en la estructura y preferir la mera ornamentación, es decir, el adorno por el mero hecho de serlo. También se advierte la perpetuación de las tradiciones artísticas de los indígenas, como se ve claramente, por ejemplo, en el decorado de la fachada de la Iglesia de la Orden Tercera, del siglo XVII, que está cerca de la puerta que da entrada a la Catedral de Cuernavaca. Cortés escribe sucintamente sobre este particular lo que sigue: "Como los artesanos que construyeron los edificios de los conquistadores eran indígenas, la nueva arquitectura conservó rasgos característicos que hacían recordar el antiguo arte decorativo mejicano, como aún puede verse en las copillas del Hospital de Uruapán, Estado de Michoacán, de Sanctorum de San Joaquín, etc". Una tendencia que se ha notado claramente en estos últimos años hace concebir esperanzas del renacimiento de los ideales artísticos que prevalecieron antes de la conquista, es decir, un renacimiento Nahualt Azteca. Y, finalmente, se nota que todos los constructores mejicanos aceptan la cúpula, rasgo arquitectónico tal vez persa, y sin duda de origen oriental, pero que fué popularizado merced a las grandes obras que se hicieron en el siglo XVI en Italia. Este debe de considerarse como el rasgo arquitectónico predominante en Méjico.

Los magníficos grabados que embellecen el artículo, cuatro de los cuales se reproducen en este trabajo contribuyen a que la descripción de los diferentes aspectos del desarrollo de la arquitectura durante el período colonial español resulte aún más interesante.

EN LA CUNA DEL MUNDO

Por

MEMNON

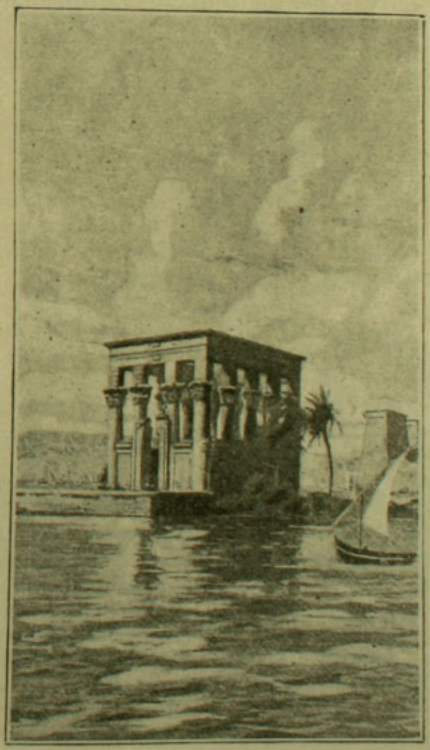
Ilustraciones fotográficas.

Los azares de la guerra han herido a los millonarios y a los turistas en su cuerda más sensible: en su egoísmo.

En Suiza, en Holanda y en España, vagan ociosos y malhumorados los favoritos de la fortuna, sin rumbo fijo, aburridos y quejosos de la suerte.

Algunos más audaces o más originales, se han atrevido a llegar hasta Egipto, delicioso lugar de verano; pero amenazados por las huestes del sultán y perturbados por las tropas que allí descansan y provienen de la India o de Australia.

Pero, a pesar de tales inconvenientes, allí los ricos tienen algo más que hacer que bostezar y quejarse. La antigua tierra de los Faraones tiene demasiados encantos y guarda aún muchas sorpresas para el curioso y para el hombre de estudio. Los turistas, que arroja allí la despedazada Europa, visitan los santuarios que fueron cuna de toda la civilización mediterránea, de esa civilización que domina todavía a Europa y a las Américas, con sus pueblos germanos y escandinavos. A orillas del Nilo, los sabios buscan también la transición sin lagunas, entre la edad de las piedras y la edad de metal. Transición que revela la presencia simultánea, en las mismas tumbas, de objetos de formas idénticas; los unos de silex y los otros de bronce o de hierro. Generalizando un poco, puede afirmarse que el Egipto es la fuente de nuestra vida científica y social. Allí, el hombre pasó del estado primitivo al estado industrial. Luengos siglos hace que cayeron en desuso los simples pedruscos recogidos al azar y tallados por medio del choque con otras piedras, para substituirlos por metales fundidos al calor del fuego. Con la ayuda de esas armas nuevas, los inventores, tal vez abuelos de los que la reina de Saba llevó muchos siglos después ante Salomón, dieron un paso colosal hacia el progreso. Vinieron las guerras y los anous de Heliópolis, secretario del dios Seth—el asesino de Osiris, fecundador—quedaron bien pronto sometidos; porque, a fin de vengar a la víctima divina, las tribus del Egipto tebano, demasiado débiles, habían llamado en su auxilio a los herreros e efopes de Horus, el dios solar. Y éstos, triunfantes, unificaron en



Ruinas del antiguo Egipto.

Mercaderes egipcios

una sola patria la de sus aliados y la de los vencidos.

De esta certeza, casi adquirida, se valen hoy los arqueólogos para demostrar que el Egipto prehistórico fué la obra de pueblos africanos, y no de asiáticos, de semitas, caldeos, como durante tanto tiempo se creyó.

Esta primera inmigración de los hombres con espadas estableció el orden y las leyes sobre las dos llanuras que limitan al Nilo y que componen a todo Egipto, desde las cataratas hasta el mar, desde Filé hasta Alejandría. Más tarde, otros invasores etíopes trataron de expulsar a sus predecesores. Los príncipes de la 12.a dinastía lograron contener a sus audaces primos, conquistando a Nubia con gran dificultad. Contra los herreros del Sur lucharon también los reyes de la 19.a dinastía y los de la 20.a, inútilmente. La 22.a dinastía fué la de los invasores. Como setecientos años antes de Jesucristo, los etíopes dominaron al Egipto en su totalidad. Se hizo precisa la fuerza de los asirios para expulsarles con trabajo, haciéndoles regresar a sus tierras del Sur, más allá de la primera catarata y de la línea que marca Filé.

Situada en la frontera de Nubia, en medio del río, la isla de Isis fué el lugar sagrado en donde las razas del Este africano y las del Oeste asiático, después de choques terribles, concertaron la paz. Allí fueron consagrados, a la esposa de Osiris y madre de Horus, los altares de la Victoria, lo mismo que los de la Concordia. En la fachada izquierda del pórtico que guarda los edificios, la estatua colosal del Faraón padre de Cleopatra, Tolomeo-Neos-Dionyson, sacude todavía a un puñado de adversarios, a los que tiene sujetos por los cabellos antes de matarles con la maza. En la fachada derecha, consagra a Nephthys, diosa de la muerte, y al Horus solar, las dos coronas del alto y del bajo Egipto, aseguradas

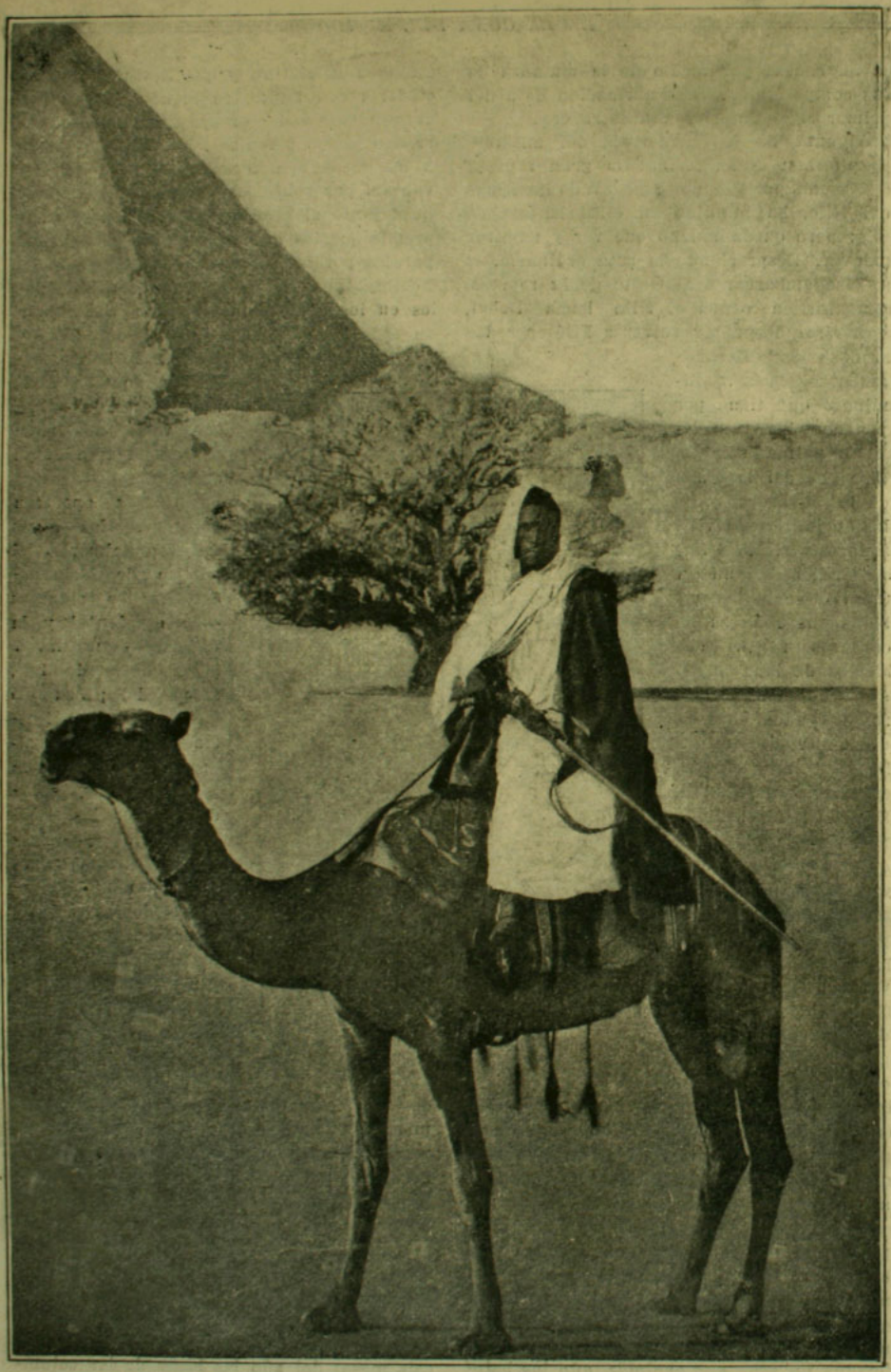
en su cabeza por medio de la matanza de sus competidores. Esta afirmación data del primer siglo anterior a nuestra era.

Algunos de los atractivos del antiguo Egipto han desaparecido: la gran represa de Assuan, por ejemplo, rechazando las aguas del Nilo, ha hundido en ellas la isla de Isis; pero queda mucho que ver y admirar todavía. Despreciando la ruta ordinaria, es preciso embarcarse al Oeste de la represa, remontar en canoa el Nilo hacia Debot, para virar después y volver a Filé entre las arenas deslumbradoras y el granito luminoso que tiene por penacho los ramilletes de palmas solares. Se sigue así la etapa de los invasores y de los primitivos civilizadores africanos. Sus descendientes guían todavía sobre las riberas sus rebaños de corderos negros cubiertos de lana larga, sus camellos obscuros cargados de fardos o envueltos en las finas y multicolores esparterías del Sudán. Estos pastores admiran por la elegancia de sus cuerpos rectos y flexibles, por el brillo de sus dentaduras, por la nobleza de su perfil aguileño: llevan en la mano la glava antigua dentro de una vaina de pergamino adornada con cordones de seda. Sobre sus hombros flotan mantos que descubren sus pechos de ámbar, y que, más abajo, velan sus cinturas. Es la visión misma de la antigüedad. Visión en la que las mujeres aparecen con sus túnicas negras, con las ánforas sobre la cabeza para recoger del río el agua fecunda. Y la brisa hace que la ligera tela se adhiera a las formas de estas criaturas, de la misma manera que el traje que cubre a la Victoria de Samotracia. Aún los que tienen como única fortuna un asno que explotar, aún los bateleros vestidos con una corta clámide azul ceñida a la cintura y que llevan la cabeza cubierta con un fieltro blanco, evocan poderosamente a los antepasados del Mediterráneo jónico y fenicio. Y cuando se llega a las rocas monstruosas del Bigé que levantan, por sobre las ondas, sus altos bloques junto al granito de la orilla, se comprende que los bocetos trazados en aquellos parajes por la Naturaleza, inspirasen a los hombres el gusto de afinarse, convirtiéndolos en los colosos que llegaron a dominar en todas las ciudades santas del Egipto, después de haber arribado a aquellos divinos lugares en balsas con velas que marchaban al hilo de la corriente.

El misterio de la esfinge

Entonces aparecen por entre las copas de las palmeras, el pórtico de Nektanebos, las dos columnas —la occidental y la oriental— que llevan al santuario de Isis, al pie del pórtico trapezoidal, que ilustra, gigantesco, el alto relieve de Tolomeo-Meos-Dionysos, sacudiendo por los cabellos a los príncipes nubios que venciera. Y en el templo, al terrible rostro de la diosa enseña a los pueblos del Sur la funesta suerte que les aguarda si pasan adelante. Se escuchaba en otra época el mugido de los genios de la catarata vecina que se prolongaba por muchos kilómetros de arrecifes negros, formando torbellinos, rápidos y remansos, y que escupía a los cielos de Osiris y de Horus la espuma de su ira.

Por más que este furor haya logrado, con la complicidad de los siglos, domar la resistencia de los granitos y calmar sus aullidos; por más que los ingenieros de Inglaterra hayan aprisionado el río tras del dique, metamorfoseando su curso, durante seis meses del año las bases de las columnas y los cimientos de los santuarios per-



Tipo del clásico mercader que cruza el desierto

manecen debajo de las aguas. Es esto lo que amenaza destruir el rostro rosado y rubio de la Isis sumergida.

Toda nuestra alma se dirige primero al frontis del Egipto militante que reemplazó trescientos cincuenta años antes de Cristo, otras filas de granito rosado y tallado frente a los dioses protectores: Osiris el fecundador que nutre con su carne hecha pedazos por Seth, al pueblo del Nilo; Nephthys, la muerte, que anuda de manera indisoluble el voto de los antepasados con los esfuerzos de los vivientes piadosos; Hathor, la belleza creadora y causa de los amores, de las ambiciones y de la acción; todas las fuerzas incluídas en la mentalidad de una nación capaz de querer y de triunfar.

A la derecha se eleva el kiosco greco-romano, en el cual, grabado, Trajano-faraón hace a su vez ante Horus la libación necesaria para obtener el auxilio del Inmortal contra los enemigos del imperio, que se extiende entonces hasta el Septentrión de las islas británicas. El kiosco es, con sus líneas puras, adorno de proporciones insignes del azul de la profundidad. El contraste definitivo por este orgullo de los edificios hieráticos y por su inmersión lenta bajo la tranquila superficie del lago, cons-

La esfinge

tituye la belleza extremada del paraje. El adversario que ahora, mina y disgrega la omnipotencia de Isis, no es ya la raza vehemente y nerviosa del Sur. Otros nombres, de piel blanca, han venido de los fiords escoceses con máquinas y con el rayo sujeto a algunos hilos del latón. Un cálculo de arquitecto, una ecuación de ingeniero, realiza lo que no habían podido llevar a cabo las naciones guerreras de la Etiopía, durante seis mil años. Por éstos y por su ciencia, Filé va a morir. Su agonía soberbia nos conmueve intensamente cuando nuestra barca se detiene frente al kiosco, frente a su masa rojiza, surgiendo del azur que forman las aguas del Nilo. Hacia atrás, se ven las columnatas y en su extremidad el pórtico rosado. Brilla con sus construcciones posteriores, ante una montaña de rocas, que sirven de fondo a una fila de mujeres veladas de negro y que se inclinan bajo el peso de sus ánforas.

En medio del azur del firmamento, Filé se encuentra entronizado todavía ante las rocas de Bigé, y las canteras de Cellal, frente a ese caos que fué la muralla de los Egipcios, del alto y del bajo, y de donde sus artistas supieron extraer tantas pirá-

mides enormes, tantas esfigies monumentales, rígidas, impasibles y serenas hasta bajo los besos de Ammon-Ra.

Y la mente del viajero no puede substraerse a la punzante visión del Kaleidoscopio de la Historia y cuarenta siglos desfilan en unos cuantos minutos en el pensamiento.

Las edades ciclópeas, las leyendas bíblicas con sus encantadoras inconsecuencias, la conquista romana, la sensual y grandiosa figura de Cleopatra, la fama de Alejandría, la gloria de los Tolomeos, la avalancha de los árabes, el genio de Saladino, el sacrificio de San Luis, el paso asolador de los turcos y la gloria colosal de Bonaparte.

Cuando la emoción de pensar en las épocas pasadas ha abrumado al viajero ordena a los negros que pongan de nuevo en movimiento el motor de la lancha; y es entonces un paseo bello y triste, siguiendo la línea de capitales que surgen de las ondas entre las columnatas incompletas de los "faraones" Augusto y Tiberio. ¡Cuán grande debió ser el respeto que inspiró este pueblo a sus conquistadores, para que Bakon el etíope, Alejandro y los Tolomeos, Augusto y los Césares, hayan todos revestido las insignias del vencido y venerando a sus dioses, olvidando allí, por deferencia, la grandeza de Saba, de Atenas y de Roma! Entre las dos fachadas trapezoidales del pórtico grabado con colosos, la barca se introduce por un pasillo estrecho, siempre fresco por el contacto de las aguas. Sobre el muro, a la derecha, aparece, verdosa, la primera inscripción en caracteres latinos.

"El año VI de la república, el 13 mesidor, un ejército francés mandado por Bonaparte, desembarcó en Alejandría. Habiendo derrotado el ejército veinte días después a los mamelucos frente a las pirámides. Desaik, comandante de la primera división, los persiguió hasta más allá de las cataratas, adonde llegó el 13 ventoso del año VII."

Los franceses vinieron hasta acá a vengar en los mamelucos la muerte de San Luis y a reanudar la obra de la penetración latina en el Africa misteriosa. Si se ha acabado de examinar a los sacerdotes que llevan la barca sagrada de Isis a la capilla consagrada al nacimiento de Horus; si se ha acabado de admirar los capiteles de flores y los capiteles de cabezas de mujer, las murallas elocuentes cubiertas de jeroglíficos, de símbolos, de esfigies reales, imperiales y divinas; si se han observado los colores siempre frescos de los frisos verde-claros, blancos y rojos, que adornan las murallas que conducen al santuario de Isis; y si desde el segundo pórtico dominamos sobre la terraza la región de arena y de granito que surge sobre el azul del Nilo, entonces saborearemos la melancólica nostalgia de algo grandioso que se ha ido, que se ha hundido en el templo de Isis, que es su tumba, cuyas piedras hoy día se desprenden una a una para caer con estrépito en la mansa corriente.

Los ingleses dominan hoy lo que antes dominaron otros pueblos y otras razas; pero la lucha gigantesca que despedaza al mundo quizás produzca inesperados cambios y otro pueblo y otra raza vaya a dominar en la cuna de la civilización, siguiendo las eternas leyes de la historia...

Entretanto, el viejo Egipto alberga a esos parias con dinero que esperan en él con igual impresión la victoria o la derrota de los países en que nacieron y vivieron.

PESADILLA

Por IVAN TURGENEFF

Ilustraciones fotográficas. Traducido para "Pacífico Magazine" por L. A.

I

Tenía yo entonces diez y siete años cumplidos, y vivía en una pequeña ciudad marítima en compañía de mi madre, muy joven aún.

Bajita de cuerpo y rubia, mi madre, de presencia extraordinariamente simpática, estaba eternamente triste, y hablaba en voz baja y pausada, gesticulando como persona espantada. En su juventud había sido muy mal ensalzada por su belleza, y hasta su postrer suspiro fué hermosa y seductora. Nunca he visto cabellos más sedosos ni más suaves que los suyos, ni manos más lindas. Yo la adoraba, y ella me quería entrañablemente...

Con todo eso nuestra existencia no era alegre; mi madre parecía vivir bajo el peso de una desdicha misteriosa, irreparable, e inmerecida, que iba incesantemente minando su existencia.

La pesadumbre que le causara la muerte de mi padre, acaecida siete años antes, no era suficiente a explicar aquella tristeza abrumadora, por más que su dolor fuese profundo, pues lo había amado con pasión, y acariciaba santamente su memoria. No, su aflicción encerraba un misterio impenetrable, sospechado por mí de una manera vaga y vehemente a la par cada vez que mis miradas se posaban en los inmóviles y tranquilos ojos de mi madre, en sus hermosos y también tranquilos labios, cerrados sin amargura, pero al parecer paralizados para siempre.

He dicho que mi madre me quería; no obstante, en ocasiones como si me repeliese, o como si mi presencia le hubiese sido penosa e insoportable. De pronto, parecía sentir una repulsión involuntaria por mí, repulsión de la que muy luego se horrorizaba, derramando lágrimas de arrepentimiento y abrazándose efusivamente.

Yo atribuía aquellos arranques de adversión al estado enfermizo de mi madre y a su tristeza; iba enlutada, y en cuanto a nuestro estado, vivíamos con cierto desahogo, aunque no frecuentábamos el trato de la sociedad.

II

Yo era el blanco de todos los pensamientos y cuidados de mi madre, cuya vida se había concentrado en la mía.

Tan estrecha intimidad entre padres e hijos no siempre resulta para ellos beneficiosa; al contrario, suele serles nociva.

En suma, yo era hijo único, y los niños que no tienen hermanos ni hermanas, casi siempre adolecen de falta de formación, porque sus padres, al educarlos, piensan tanto en sí como en su descendiente... lo cual es lo peor en punto a educación.

Sin embargo, yo no era mimado ni empedernido, dos extremos en que caen fácilmente los hijos únicos; pero sacudido prematuramente mi sistema nervioso, mi salud era delicada, como la de mi madre, a la cual me parecía mucho de rostro.

No me gustaba alternar con los niños de mi edad, en general huía de los hombres, y hablaba muy poco, aún con mi madre.

Placíame sobre todo la lectura, y todavía más, pasearme solo y soñar... ¿Soñar en qué? Difícil es decirlo: a las veces parecíame encontrarme de improviso delante de una puerta entornada que ocultaba impenetrables misterios, y me quedaba en expectación, estupefacto, sin fuerzas para decidirme a cruzar sus umbrales y preguntándome incesantemente qué pasaba allí dentro, tan junto a mí... y esperaba, esperaba en una como angustia que acababa por sumergirme en el sueño.

De haber sido yo poeta, de seguro hubiera expresado en versos tal estado de ánimo; devoto, habría sido quizás ingresado en un convento; pero no era devoto, ni poeta y pasaba el tiempo soñando en una vaga expectación.

III

Acabo de manifestar ingenuamente que me dormía subyugado por pensamientos y divagaciones indefinibles. Dormilón de oficio, los sueños desempeñaban en mi vida un papel importante; no pasaba noche sin que yo soñase, y me acordaba de mis sueños, y les atribuía una significación, tomándolos por advertencias, y me esforzaba en penetrar su misterioso sentido; sueños tuve que se repitieron dos y tres veces, lo cual siempre me ha admirado y parecido asombroso.

Oigan ustedes el sueño que más impresión me produjo:

Me encuentro en una mal empedrada callejuela de una ciudad vetusta, entre altas casas de puntiagudos tejados.

Me paseo, y, al propio tiempo, busco a mi padre, que no está muerto, pero que se esconde de nosotros, y vive en una de aquellas casas.

Cruzo una puerta cochera, chata y obscura; entro en un largo patio, y en lo último de él doy con un aposentito alumbrado por dos redondas ventanas.

En el centro del aposento aquel, veo a mi padre envuelto en una bata, con su pipa en la boca; pero aquel hombre en nada se parece a mi verdadero padre: es alto, amojamado, moreno, de nariz corva y ojos empañados y penetrantes, y, a juzgar por su aspecto, frisa en los cuarenta. El tal se disgusta al ver que he descubierto su retiro, y yo, tampoco satisfecho del encuentro, permanezco en pie en su presencia y perplejo hasta más no poder. Mi padre, llamésmolo así, se inclina, murmura algunas palabras ininteligibles y se pasea pausadamente por la estancia... Luego se aleja de mí refunfuñando y mirándome despectivamente.... Después, el aposento se agranda, se agranda y se desvanece entre nieblas.

Yo me lleno de angustia al pensar que por segunda vez pierdo a mi padre y me lanzo vanamente en su persecución.

Desfallecido, me despierto y a duras penas puedo otra vez dormirme.

Todo el día siguiente lo pasé recordando en sus detalles aquel sueño, sin conseguir explicármelo.

IV

Estábamos en junio, mes en que la ciudad donde vivíamos se animaba. Gran número de buques anclaban en su puerto, y transitaban por sus calles numerosos extranjeros.

Yo era aficionado a pasearme por aquellos muelles, a pasar por delante de los cafées y de las fondas, para contemplar las variadas fisonomías de los marineros y de los viajeros sentados bajo las tiendas de campaña, en torno de blancas mesitas con vasijas de estaño llenas de cerveza.

Cierto día, al pasar junto a uno de aquellos cafées, vi a un hombre que atrajo al punto mi atención.

Llevaba un largo casacón negro y sombrero de paja metido hasta los ojos. Sentado e inmóvil, tenía las manos cruzadas al pecho, y los ralos bucles de sus negros cabellos le caían hasta la nariz.

Se me olvidaba decir que aquel desconocido sostenía entre sus delgados labios una corta pipa.

¿A quién se parecía aquel hombre? Sus curtidas facciones, su cuerpo, estaban tan profundamente grabados en mi memoria, que sin poder irme a la mano, me detuve delante de él.

—¿Quién es ese hombre y dónde lo he visto? me pregunté.

Indudablemente el desconocido sintió el influjo de mi mirada, fija en él, y puso en mí sus negros y penetrantes ojos.

—¡Ah! exclamé involuntariamente.

Aquel hombre era el padre que se me había aparecido en sueños.

—¿Estoy soñando todavía? me dije; no, es de día; en torno de mí la muchedumbre va y viene; el sol brilla alegre en el firmamento, y en mi presencia tengo, no un fantasma, sino un hombre lleno de vida.

Lleguéme a una mesa solitaria, pedí un jarro de cerveza, y me senté a poca distancia de aquel sér enigmático.

V

Cogí el diario y lo desdoblé, tapándome con él para observar a mi antojo, tras aquel refugio, al desconocido, que guardaba siem-

pre una inmovilidad absoluta y sólo levantaba de tiempo en tiempo la cabeza, inclinada al pecho.

Era evidente que aquel hombre esperaba a alguien.

Yo no lo perdía de vista, pensando a veces que era juguete de mi imaginación, que aquel parecido no existía, que me entregaba a un semi involuntario extravío de mi fantasía... Pero apenas aquel hombre se volvía en su asiento o hacía el más leve movimiento, me era casi imposible reprimir una exclamación, y de nuevo veía en él a mi padre, cual se me apareciera en sueños.

Por fin el desconocido notó la insistencia de mis miradas, y si al principio mostró extrañeza, luego, despechado, me miró, y al levantarse hizo caer un bastoncito arrimado a la mesa, bastoncito que yo me apresuré a recoger y a entregárselo, no sin emoción profunda.

¡Oh! dime, ¿es culpable mi amiga?

—Gracias—me dijo el desconocido, esforzándose en sonreir.

Y acercando al mío su rostro, enarcó las cejas y entreabrió los labios, como si algo le hubiese impresionado.

Luego me dijo, con voz áspera, aguda y gangosa:

—Es Ud. muy cortés, y eso en los tiempos que corremos es raro por demás... Lo felicito. Veo que ha recibido Ud. una educación esmerada.

No recuerdo qué le contesté, pero sí que entablamos conversación, y que por ella vine en conocimiento que el tal era paisano mío, recién llegado de América, donde había pasado algunos meses y adonde se disponía a volver. Díjome ser barón, no entendí de qué.

El tal, como el "padre de mis sueños", terminaba sus frases masculando palabras ininteligibles, y me preguntó cómo me llamaba. Díjeselo, y después de quedar un momento reflexionando al parecer, exclamó.

—¿Cuánto hace que vive Ud. en esta ciudad? ¿Está Ud. sólo?

—No, vivo con mi madre, le respondí.

—¿Y el padre de Ud?

—Murió hace mucho tiempo.

—¿Qué nombre tiene su madre de Ud?

Al oir mi contestación, el desconocido soltó una carcajada no muy franca, de que se disculpó al punto diciendo que era un vicio americano y que, por lo demás, él era muy original.

Después me hizo nuevas preguntas, para informarse de mi domicilio, y se lo indiqué.

VI

Poco a poco iba calmándose la emoción

que se enseñoreara de mí al iniciarse nuestra conversación; pero aún me tenía perplejo aquella conexión singularísima.

Disgustábame la sonrisa del barón al interrogarme, y la expresión de sus ojos, que no parecía sino que querían atravesarme de parte a parte... Su mirada tenía algo de feroz y de protectora... un no sé qué doloroso. Aquellos ojos no los había visto yo en mis sueños.

El rostro del barón era singular: a pesar de ser un rostro marchito, fatigado, conservaba un aspecto juvenil, que impresionaba desagradablemente.

Tampoco tenía "el padre de mis sueños" el chirlo que oblicuamente cortaba la frente de mi nuevo conocido, y que sólo advertí acercándome al barón hasta casi tocarlo.

Apenas hube dicho el nombre de nuestra calle y el número de nuestra casa, entró un negro alto y envuelto en una capa que lo cubría hasta los ojos.

El negro aquel se llegó al barón y le dió un golpecito en la espalda.

—¡Ah! ¡por fin! exclamó mi interlocutor volviendo el rostro. Y dirigiéndome un ligero saludo con la cabeza, se internó en el café, seguido del negro.

Con el propósito de esperar la salida del barón para nuevamente hablar con él, me quedé en la tienda de campaña.

En realidad, no sabía a ciencia cierta qué tenía que decir a aquel hombre; pero me guiaba el deseo de ratificar mi impresión primera.

Transcurrió media hora, una hora, y el barón no salía.

Entré en el café y recorrí todas las salas, sin ver en parte alguna al barón ni al negro; evidentemente ambos habían salido por la puerta trasera.

Como empezaba a molestarme un fuerte dolor de cabeza, para refrescarme me pasée por la orilla del mar, a lo largo de la playa, hasta un viejo parque.

Después de haberme paseado dos horas a la sombra de las encinas y de los gigantescos plátanos, me decidí a volver a mi casa.

VII

En el instante en que iba a cruzar el vestíbulo, salió presurosa a mi encuentro la doncella, toda trastornada, y al punto comprendí que, durante mi ausencia, había ocurrido algún contratiempo.

Con efecto, la doncella me dijo que, una hora antes y atraída por una gran voz, había entrado en el aposento de mi madre, a quien halló tendida en el suelo, víctima de un desmayo que duró algunos minutos. Mi madre, al volver en sí, como si estuviese despavorida, tuvo que meterse en cama, y así lo hizo sin pronunciar ni una sola palabra, ni responder a ninguna de las preguntas que le dirigieron y sin dejar de mirar, con horror, a todas partes.

El médico, por quien la doncella enviara sin demora al jardinero, recetó un calmante pero no consiguió una sola palabra de la enferma.

Inmediatamente después de haber mi madre dado aquel terrible grito, el jardinero, según afirmaba, vió en el huerto a un desconocido que precipitadamente y al través de los sembrados se encaminó a la puerta, que comunicaba con la calle.

Nosotros vivíamos en una quinta cuyas ventanas daban a un jardín espacioso.

El jardinero, si bien no pudo ver el rostro de aquel hombre, notó que era un hombre flaco, vestía largo casacón y llevaba un sombrero de paja.

—¡La indumentaria del barón! dije entre mí.

El jardinero no pudo dar alcance al individuo aquel por habérsele enviado en tal instante a casa del médico.

Entré a ver a mi madre, y la hallé en cama, más blanca que las almohadas en que tenía apoyada la cabeza. La pobre me conoció, sonrióse suavemente, y me tendió la mano.

Al principio mi madre se negó a contestarme, pero concluyó por decirme que acababa de tener una visión que la había despavorido.

—¿Ha entrado alguien en tu aposento? le pregunté.

—Nadie, respondió con viveza mi madre; nadie ha venido... pero jurara que he visto un espectro.

Mi madre se calló, y tapóse con las manos el rostro. En cuanto a mí, ardía en deseos de contarle lo que acababa de comunicarme el jardinero, y mi encuentro con el barón; pero una fuerza irresistible me selló los labios. Lo único que acerté a decir a mi madre fué que los espectros no se aparecían a la luz del sol.

—No hables más de eso, hazme el fa-

vor... No insistas por hoy. Ya llegará el día en que todo lo sabrás.

Guardó nuevamente silencio mi madre; tenía heladas las manos, e irregular y apresurado el pulso. Así, pues, para no molestarla, le dí una cucharada de la medicina recetada por el médico, y me alejé.

Mi madre guardó cama todo el día; de cuando en cuando exhalaba profundos suspiros, y abría temerosa los párpados.

En casa todos estábamos perplejos.

VIII

Durante la noche, le dió una ligera fiebre, y me despidió de su dormitorio.

En vez de encaminarme a mi cuarto, me eché en un diván de una pieza contigua a la de la enferma, y cada quince minutos me levantaba para llegarme de puntillas a la puerta y escuchar.

Todo estaba en sosiego; pero mi madre no pudo pegar los ojos en toda la noche.

Cuando a la mañana siguiente, muy temprano, entré a verla, la encontré con las mejillas inflamadas y los ojos animados de un brillo nada natural; con todo, durante el día, experimentó algún alivio, aunque no tanto que por la tarde no volviese a subir la fiebre.

Hasta entonces mi madre había guardado el más obstinado silencio.

Me quedé sentado junto a la enferma, la cual, poco antes de media noche, se incorporó de pronto convulsivamente en su lecho, y empezó a hablar, con voz jadeante, bebiendo continuamente agua a sorbos, moviendo débilmente las manos, sin mirarme ni una vez, y deteniéndose de vez en cuando para hacer un esfuerzo y reanudar su relato...

Era tan extraordinaria aquella escena, que la enferma hablaba como en sueños, cual si no estuviese presente y otro sér se expresase por boca de ella o le sugiriese sus palabras.

En vez de encaminarme a mi cuarto, me eché en un diván de una pieza contigua.

IX

—Escucha atentamente lo que voy a decirte, profirió mi madre; ya no eres niño, y has de saberlo todo. Tuve yo una amiga íntima, la cual casó con un hombre a quien amaba de todo corazón, y con el cual fué dichosísima. El primer año de matrimonio, ambos se trasladaron a la capital para distraerse en ella algunas semanas; se hospedaron en un gran hotel, y frecuentaron la sociedad y los teatros.

Mi amiga era hermosísima; todos se fijaban en ella; los jóvenes la galanteaban a porfía, sobre todo un oficial que no la dejaba a sol ni a sombra. Doquiera iba mi amiga veía clavados en ella los negros y malignos ojos del militar, que a pesar de haberle sido presentado le dirigía la palabra, mirándola descaradamente y de un modo singular.

Esta obstinación desbarató todos los placeres de que en la capital pensaba disfrutar mi amiga, que instó a su ma-

rido para que emprendiesen el viaje de regreso, del que hicieron los preparativos.

Una noche el marido de mi amiga se fué al casino, accediendo a la invitación que de jugar una partida de cartas le hicieran los oficiales del regimiento, entre los cuales figuraba el perseguidor de mi amiga. Por vez primera se quedó ésta sola en la fonda, y al ver que su marido tardaba en recogerse, despidió a su doncella y se acostó.

De pronto mi amiga se heló de espanto: acababa de oir, tras la pared, un ligero ruido, como si un perro hubiese arañado.

Mi amiga examinó la pared.

En un rincón y al pie de una imagen, ardía una lamparilla que alumbraba con tenue luz las colgaduras de que estaba tapizado el dormitorio.

Repentinamente y en el sitio en que se oyera el ruido, movióse un tablero, que se abrió hacia arriba, y aquel hombre terrible, de ojos negros y de mirada maligna, salió de la pared como una estatua siniestra y de magnitud descomunal.

Mi amiga permaneció largo rato sin darse cuenta de lo que le pasaba; todo quedó para ella envuelto en las negruras del caos. Al rehacerse, vió a su lado a su marido, al cual habían retenido en el casino hasta las dos... Con el rostro descompuesto, interrogó aquel a su mujer, pero no obtuvo ninguna contestación.

A consecuencia de aquel percance, mi amiga se puso enferma de cuidado.

Sin embargo, si mal no me acuerdo, al encontrarse a solas inspeccionó las paredes de su aposento, y bajo un tapiz descubrió una puerta secreta.

Entonces fué cuando advirtió que le habían quitado del dedo el anillo de desposada, anillo por cierto muy original, adornado de siete estrellas de oro que alternaban con otras siete de plata; era una alhaja de familia.

El marido de mi amiga le preguntó qué había hecho del anillo aquel, y suponiendo que su mujer lo había extraviado, lo buscó infructuosamente por todas partes.

Bueno será ahora decir que del marido de aquella desventura se apoderó un inquieto deseo de regresar a su casa, y tan pronto el médico permitió a la enferma ponerse en camino, salieron de la capital.

Figúrate que el día mismo de su partida encontraron una ambulancia; en ella iba tendido un hombre con el cráneo destrozado; aquel hombre era el funesto visitante, el de los ojos malignos, muerto en una disputa iniciada en torno del tapete verde.

Mi amiga, que se trasladó al campo y allí por vez primera fué madre, vivió todavía algunos años con su marido, que nunca concibió la más mínima sospecha. Por otra parte, ¿qué hubiera la pobre podido contarle si ella misma casi ignoraba lo que le había pasado?

Con todo eso la dicha de aquel matrimonio quedó destruída para siempre. Entenebrecióse su existencia, y nunca se disipó la nube que sobre ellos pesaba.

Sin más descendencia que aquel hijo único...

Mi madre se estremeció de arriba abajo, se tapó con las manos el rostro, y prosiguió con redoblada energía.

—¡Oh! dime, ¿es culpable mi amiga? ¿Qué puede echársele en cara?... Cierto es que pasó por una grande humillación; pero, ¿no tiene el derecho de declarar, aún ante Dios, que no merecía tal castigo? ¿Por qué ha de ver, pues, de nuevo su pasado en esa horrenda visión, después de tantos años, como si fuese una criminal roída por los remordimientos? Que Macbeth, matador de Banquo, viese espectros, bien... ¡pero yo!

Al llegar aquí se hicieron tan confusas las palabras de mi madre, que no pude ya seguir su relato. Era evidente que la pobre deliraba.

X

No necesito decir cuán dolorosamente me impresionó el relato de mi madre, ni qué de buenas a primeras había adivinado que se trataba de ella y no de su amiga; su equivocación al hablar en primera persona contribuyó a confirmar mis sospechas.

Así, pues, el hombre a quien yo había visto en sueños, y en carne y hueso aquella mañana, era realmente mi progenitor, solamente herido en la riña de que más arriba hago mérito. Pertrechado con mis indicaciones, aquél se había introducido en la casa de mi madre y huído, asustado por el sobrecogimiento de su víctima. De súbito se presentó clara a mis ojos toda nuestra existencia; entonces comprendí la involuntaria repulsión que mi madre sentía al verme, así como su habitual tristeza y el aislamiento en que vivíamos...

Aquellas revelaciones me produjeron un

vértigo, y aún recuerdo que, como para que no se moviese de su sitio, cogí con ambas manos a mi madre. A mí se me había despertado vehemente el deseo de hallar a toda costa a aquel hombre. ¿Por qué? ¿Con qué fin? Yo ni siquiera lo sabía, pero quería dar con él, y el conseguirlo se había convertido para mí en asunto de vida o muerte.

A la mañana siguiente mi madre recobró un poco de calma, y, libre de la fiebre, pudo entregarse al sueño.

En cuanto a mí, después de haber recomendado la enferma al propietario de nuestra casa de campo, la dejé al cuidado de la servidumbre, y empecé mis pesquisas.

XI

Lo primero que hice fué encaminarme al café donde el día antes viera al barón. Nadie lo conocía, ni siquiera se habían fijado en él, que sólo entrara de paso. A quien no habían olvidado los concurrentes del establecimiento era al negro, gracias a su color, pero tampoco sabía nadie su procedencia ni su domicilio.

Dejé allí por si acaso las señas de mi casa, y empecé a recorrer las calles, los bulevares, los muelles y los alrededores del puerto, escudriñando todos los establecimientos públicos; pero no descubrí la más leve huella del barón y de su negro compañero.

Después de haber vagado hasta la hora de la comida, me volví a casa extenuado, y encontré levantada a mi madre, que a su habitual tristeza unía ahora un no sé qué,

Pasé la velada junto a mi madre.

una como perplejidad dolorosa, cuya vista me partía el corazón.

Pasé la velada junto a mi madre, que se entretuvo en hacer combinaciones con una baraja, mientras yo miraba en silencio los naipes, y no hizo alusión alguna a su relato ni a la revelación que me había hecho el día anterior, como si tácitamente hubiésemos entrambos convenido en no evocar para nada aquellos singulares y penosos sucesos. La pobre parecía estar arrepentida de su involuntaria confesión, o quizá no se acordaba claramente de lo que había dicho en su delirio y esperaba que yo me compadecería de ella; y así me esmeré en hacerlo. Ella

echó de ver mi solicitud en este punto, y evitó, como la víspera, cruzar con las mías sus miradas.

No pude pegar los ojos en toda la noche.

De improviso se desató una tempestad. El viento aullaba y se desencadenaba con violencia; los cristales de las ventanas vibraban, y lamentos y gritos de desesperación poblaban el espacio; no parecía sino que la celeste bóveda volaba entre desgarradores quejidos, por encima de las casas aterradas.

Poco antes de clarear me adormecí.... y en medio de mi sopor me pareció ver entrar una persona en mi cuarto, y oí que me llamaba una voz suave y firme, pero no vi a nadie al levantar la cabeza y mirar en torno mío.

Lo singular fué que no sólo no me asusté sino que sentí cierta satisfacción; y es que repentinamente había adquirido la certidumbre de que ahora vería cumplidos mis deseos.

Vestíme apresuradamente y salí de mi casa.

XII

La tempestad había cedido.

Como era muy temprano, las calles estaban solitarias, y acá y acullá se veían trozos de chimenea, tejas desmenuzadas, tablas, ventanas derribadas, ramas desgajadas...

—¡Qué drama se habrá desarrollado esta noche en el mar! dije entre mí.

Mi plan era encaminarme al puerto, pero obedeciendo mis piernas a un impulso irresistible, tomé otra dirección y un cuarto de hora después me encontré en una parte de la ciudad todavía desconocida para mí.

Avancé paso a paso, sin detenerme, con el corazón oprimido y en la expectación de algo extraordinario, sobrenatural e inmediato.

XIII

Realizáronse mis presentimientos.

De repente, y a veinte pasos de mí, y al negro de marras envueltoe n la misma capa que ostentaba al acercarse al barón, en el café. El tal negro, como si hubiese surgido del suelo, y volviéndome la espalda, avanzó ligero por la angosta acera de tortuosa callejuela.

Eché tras el negro, para darle alcance, pero el tal aligeró aún más el paso y desapareció de improviso tras la esquina de un edificio saliente.

Por más que sin demora doblé la esquina y dí vuelta a la casa aquella, sólo vi una calleja completamente solitaria, velada por la niebla matinal, no tan espesa que no me permitiese divisar la calle entera, de la que hubiera podido contar las casas... Pero no vi en ella un solo sér viviente.

El negro había desaparecido como apareció, súbitamente.

Mi sorpresa fué grande, pero fugaz; otro pensamiento me dominaba: la calle que ante mí se extendía, no me era desconocida; la había visto yo en mis sueños.

Me estremecí a la impresión del fresco aire de la mañana, y con verdadero miedo seguí adelante, buscando con la mirada.

Por fin, a mano derecha y avanzando en la acera, vi la casa que se me apareciera en sueños, con su vetusta puerta cochera flanqueada de montones de piedras. En realidad, las ventanas de aquella casa no eran redondas, sino cuadrangulares; pero esta circunstancia era insuficiente.

Llamé a la puerta repetidamente, y cada vez más fuerte, hasta que aquella se abrió con lentitud y rechinando, como si bostezase, y me encontré cara a cara con una criada joven, desgreñada y con los ojos todavía soñolientos, como quien acaba de despertarse.

—¿Vive aquí el señor barón? pregunté mientras dirigía una mirada furtiva al estrecho y largo patio, que era también como yo lo había visto en mis sueños, sin faltar en él las vigas y las tablas.

—Aquí no vive ningún barón, me contestó la muchacha.

—¡Cómo! exclamé, ¿aquí no vive ningún barón? No puede ser.

—Ayer salió de viaje.

—¿Para dónde?

—Para América.

—¡Para América! repetí involuntariamente; pero de seguro volverá.

La muchacha me miró con recelo, y me replicó:

—Sobre el particular, nada sabemos... Quizá no vuelva.

—¿Ha pasado aquí mucho tiempo?

—Cosa de una semana... Acaba de emprender el viaje....

—¿Cómo se llama el barón ése?

—¡Cómo! exclamó la muchacha, abriendo desmesuradamente los ojos, ¿usted no sabe cómo se llama el barón? Nosotros le dábamos únicamente el título. Y viendo que yo tenía ganas de entrar en el patio, llamó a un mocetón desgarbado, que salió de la casa, y le dijo:

—Pedro, aquí hay un desconocido que me abruma a preguntas.

—¿Qué se le ofrece a Ud? preguntóme Pedro con ronca voz; y luego que me hubo escuchado, me repitió lo que la muchacha acababa de decirme.

—¿Quién vive en esta casa, pues? dije.

—Nuestro amo.

—¿Quién es el amo de ustedes?

—Un maestro carpintero. En esta calle todos son carpinteros.

—¿Puedo verlo?

—Todavía está durmiendo.

—¿Me permite Ud. entrar en la casa?

—No...

—¿Podré ver más tarde al amo de Ud.?

—¿Por qué no?... Puede vérsele todos los días, como que es un artesano... Ea, váyase Ud., apenas clarea.

—¿Y el negro? pregunté improvisadamente. El obrero me miró con ojos de estupefacción, y lo mismo hizo la muchacha.

—¿Qué negro? exclamó por fin mi interlocutor... Vuelva Ud. y hablará con mi amo.

Bajé a la calle, y la puerta cochera se cerró tras de mí con estrépito, pesada y rápidamente, pero ahora sin rechinar.

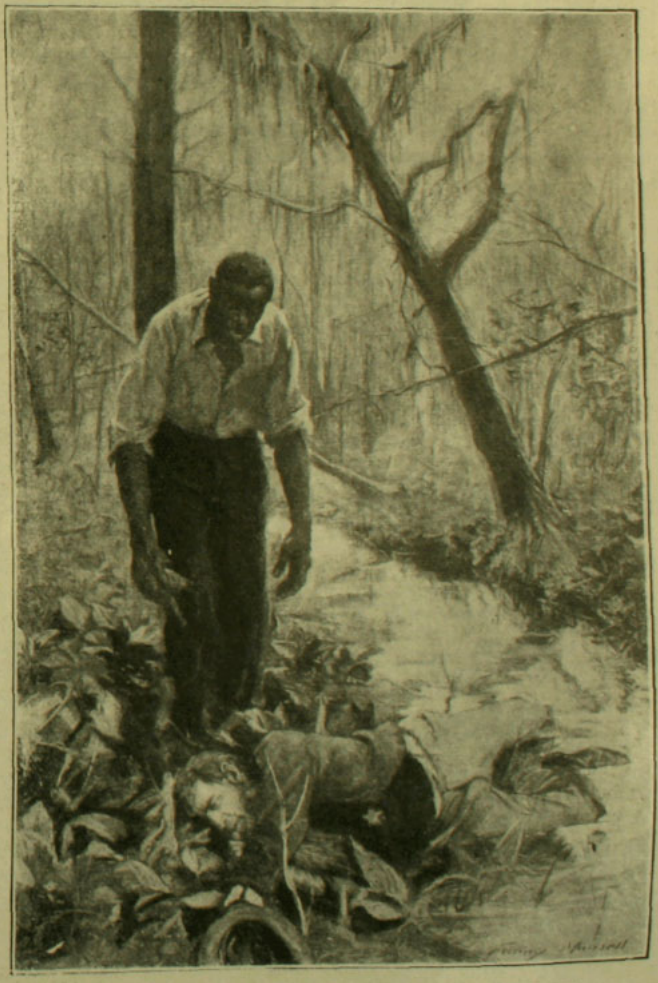
Tomé nota de la calle y de la casa, y me fuí, pero no me retiré de allí muy lejos

Sentíame desencantado, parecíame tan estupendo cuanto me había pasado!

Estaba persuadido, seguro, de que en la casa aquella habría dado con el aposento que ya me era conocido, y que en el aposento aquel habría encontrado a mi padre, al barón envuelto en su bata y con la pipa en la boca... Y en su lugar descubrí que el dueño de aquella casa era carpintero, y que con él podía hablar cualquiera a todas horas y encargarle la construcción de muebles.

Como mi padre se había dado otra vez a la vela para el Nuevo Mundo, ¿qué me quedaba que hacer? ¿Contar a mi madre cuanto me había ocurrido, o sepultar para siempre el recuerdo de aquel encuentro?

Yo no me resolvía a admitir un desenlace tan común y vulgar a aquel lance sobrena-



Es un cadáver. Un ahogado devuelto por el mar.

tural y misterioso, ni pude decidirme a regresar a mi casa.

Eché pues a andar a la ventura, y de esta suerte salí de la ciudad.

XIV

Andaba yo con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin pensar y casi sin sentir; completamente ensimismado.

De mi entorpecimiento me arrancó un ruido monótono, sordo y furioso; era el mar, que mugía a cincuenta pasos de mí. Entonces advertí que mis pies hollaban la duna.

El mar, encrespado por la tempestad de la noche, estaba cubierto de blancas crestas hasta el horizonte, y las agudas cimas de las altas olas venían una tras otras a abatirse en la playa. Me acerqué a la orilla y seguí la línea que el flujo y el reflujo habían marcado en la amarillenta arena, salpicada de plantas marinas dúctiles, de fragmentos de conchas y de retorcidas matas de helechos.

Las níveas gaviotas de afiladas alas venían con el viento del vasto desierto aéreo, y se elevaban lanzando lastimeros chillidos, para precipitarse verticalmente en el agua, saltar de una ola a otra, sobrenadar como argentinas estrellas y desaparecer entre montañas de hirviente espuma. Muchos de aquellos pájaros revoloteaban alrededor de una peña, único objeto que resaltaba vigorosamente en aquella monótona playa. A un lado de dicha peña crecía un helecho de matas desiguales, y en el sitio donde aquellos enredados tallos salían de la salada arena, vi un bulto negro, prolongado y convexo, que me llamó extraordinariamente la atención. Era un objeto siniestro, inmóvil, que se me ofreció más claramente a la mirada según a él iba acercándome, hasta que al encontrarme a unos treinta pasos de él, observé que tenía forma humana.

—Es un cadáver, dije para mis adentros, un ahogado devuelto por el mar.

Y llegándome a la peña vi que aquel cuerpo era el del barón, de mi padre, lo cual me dejó paralizado de espanto.

En aquel instante comprendí que desde mi salida de casa me hallaba bajo el influjo de un poder misterioso.

Ignoro cuánto tiempo pasé de aquella suerte, sin oir más que el incesante mugir de las olas y con el alma aterrorizada en presencia de mi fatal destino.

XV

El ahogado estaba en posición violenta, ligeramente de lado, con la cabeza en la mano izquierda y el brazo derecho doblado bajo el cuerpo. Calzaba altas botas de marinero, y las extremidades de sus pies estaban hundidas en el lodo. Vestía una corta americana azul empapada en sal marina y abrochada hasta el cuello, y su curtido rostro, vuelto hacia el cielo, parecía sonreirse; su labio superior, respingado, dejaba al descubierto dos filas de pequeños y cerrados dientes, y las vidriosas pupilas casi se le confundían con el apagado blanco de los ojos. Olvidaba decir que el barón tenía cubiertos de espuma y de arena los cabellos y los llevaba echados hacia atrás, de modo que le dejaban completamente despejada la frente, cruzada por un chirlo morado. En cuanto a la nariz del difunto, formaba una blanquecina nota entre las sumidas mejillas.

La tempestad de la noche había llevado a cabo su obra; el barón no volvería a pisar la tierra americana. Aquel hombre, ultrajador de mi madre, de la que amargara la existencia, mi padre, porque ya no me cabía duda de que el tal lo era mío, yacía sin fuerzas, en el lodo, a mis pies...

A una sentí el placer de la venganza satisfecha, compasión, aversión y terror... terror sobre todo: el terror que me inspiraba aquel espectáculo y el pensamiento de lo que acababa de acaecer.

—¡Ah! ahora comprendo por qué soy como soy, dije entre mí, lo he heredado.

Pasé todo el día inmóvil junto al cadáver contemplándolo y esperando; porque, entre mí decía: "¿Quién sabe si esos apagados ojos se reanimarán y esos entorpecidos labios volverán a moverse? No, no tornarán a menearse. En el sitio donde las olas lo han arrojado, hasta los líquenes parecen marchitos; las gaviotas han huído, y en parte alguna veo flotar despojos, tablas ni rotas jarcias. Todo está desierto... sólo él y yo estamos aquí, junto al Océano, donde sube la marea... Detrás de mí todo está desierto también; únicamente en el horizonte se eleva una cadena obscura de colinas."

No me decidía a dejar al desventurado en aquella soledad, sumergido en el lodo, entregado a la voracidad de peces y pájaros; una voz íntima me ordenaba que saliese en busca de los hombres para que trasladasen aquellos fríos restos entre los vivos; pero de

repente se enseñoreó de mí un terror invencible. Antojóseme que aquel cadáver sabía que yo estaba allí, que él mismo había preparado aquel encuentro; y aún me pareció oirle susurrar, con la sorda voz que le era propia en vida, palabras ininteligibles.

Para mirar de nuevo al barón, retroc-dí, y algo que brillaba me fascinó los ojos; era un anillo de oro que el cadáver llevaba en la mano izquierda, y en el cual reconocí la sortija de desposada de mi madre.

Nunca olvidaré cómo vencí mi repugnancia, me incliné hasta el yerto cadáver, del que todavía siento el viscoso contacto, como me acuerdo del furor con que, cerrando los ojos y crujiéndome los dientes, arranqué la sortija, que parecía soldada a la frígida carne del difunto, y eché a correr sin mirar hacia atrás, como si alguien me hubiese perseguido, gritándome: ¡ladrón!

XVI

Al regresar a mi casa, en mi rostro llevaba impresas las huellas de cuanto había sentido y padecido.

Me encaminé al aposento de mi madre, la cual, al verme, se puso en pie de un brinco y me miró con tal insistencia, que tras breve instante de vacilación y sin proferir palabra, le presenté la sortija.

Mi madre perdió el color, abrió desmesuradamente los ojos y apoderándose de la alhaja, se tambaleó y vino a dar en mis brazos, donde se quedó rígida, con la cabeza echada hacia atrás y fijando en mí sus grandes y huraños ojos.

La cogí por la cintura, y sin moverme del sitio en que estábamos, le conté lenta y cariñosamente cuánto había pasado, sin omitir circunstancia alguna: mi sueño, el encuentro, en una palabra, todo.

Escuchó mi relato, sin interrumpirme hasta el fin, pero jadeando más y más, y animándosele los ojos, que acabó por entornar suavemente. Luego se puso la sortija en el anular, se apartó de mí y buscó su abrigo y su sombrero.

—¿Adónde va Ud? le pregunté.

Mi madre me miró con asombro, hizo un vano esfuerzo para contestarme, se restregó las manos como para calentárselas, y por fin dijo:

—Apresurémonos.

—¿Adónde vamos?

—Donde él... quiero verle, convencerme... le conoceré.

Procuré disuadir a mi madre, pero al ver a ésta a punto de padecer de un ataque de nervios, comprendí que toda resistencia era inútil, y salimos.

XVII

Heme otra vez en la playa, pero ahora no solitario, sino del brazo de mi madre.

El mar se ha retirado a larga distancia, y está más tranquilo, pero su mugido es igualmente siniestro y de mal presagio.

Por fin percibo la solitaria peña al pie de la cual brota el helecho y por más que miro atentamente para ver si descubro el negro bulto, nada diviso.

Nos acercamos a la peña, e involuntariamente acorto el paso, mientras me pregunto adónde puede haber ido a parar aquel rígido cuerpo.

Henos junto a la peña. El cadáver ha desaparecido, y en el sitio donde yacía sólo queda un hueco en el que se ven las huellas de los brazos y las piernas.

El líquen ha sido hollado por los pies de un hombre, como puede verse por las huellas marcadas en la arena y que se pierden en dirección hacia las montañas de sílice.

Mi madre y yo cruzamos una mirada, y ambos nos asustamos de lo que mutuamente acabamos de leer en nuestros rostros: ¿Se habrá levantado e ido por sus propios pies el cadáver?

—¿Tienes la seguridad de que estaba muerto? me preguntó en voz baja mi madre.

Sin fuerzas para hablar, hago con la cabeza una señal afirmativa. Aún no hacía tres horas que yo había visto el cadáver del barón... alguien se lo había llevado, y yo me propuse descubrir quién era ese alguien.

XVIII

Tantas emociones abrumaron a mi madre y tales espasmos la asaltaron, que temí por su razón.

De regreso en nuestra casa, adonde a duras penas pude conducirla, la hice meter en cama y envié por el médico.

Lo primero que hizo la pobre mujer al recobrarse, fué exigirme que sin demora saliese en busca "de aquel hombre".

Obedecí; pero todos mis esfuerzos resultaron infructuosos. Me dirigí varias veces a la policía; recorrí todos los pueblos circunvecinos, publiqué anuncios en los periódicos, y me informé acá y acullá... Nada conseguí.

Cierto día supe que habían llevado un ahogado a una de las aldeas ribereñas, y a ella me trasladé inmediatamente; pero a mi llegada habían dado ya sepultura al cadáver. Por otra parte, las señas de aquel hombre no concordaban con las del barón, quien, según pude indagar, había tomado pasaje en un buque salido para América, buque al cual daban todos por perdido a consecuencia de la tempestad, pero del que se supo, algunos meses después, haber anclado en Nueva York.

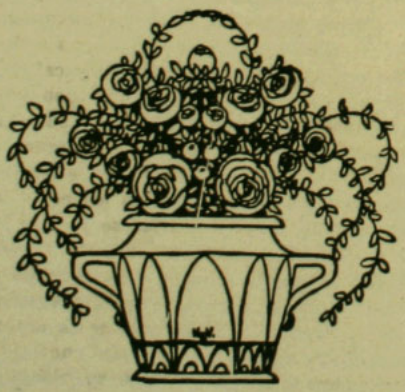
No sabiendo ya a quien dirigirme en busca de informes, procuré indagar el paradero del negro, al cual y por conducto de los periódicos, ofrecí una cuantiosa suma de dinero si venía a verme. Con efecto, cierto día, en mi ausencia, se presentó en mi casa un negro alto y embozado en una capa, y luego de haber interrogado a nuestra doncella, se fué, sin que nadie haya vuelto a verlo. Por manera que todas las huellas de mi padre quedaron envueltas en la obscuridad más profunda.

Mi madre y yo nunca hablábamos del barón. Una sola vez que aquella manifestó su extrañeza porque no le había contado yo más pronto mi terrible sueño, dijo: "Era muy duro..." Y, sin redondear la frase, guardó silencio.

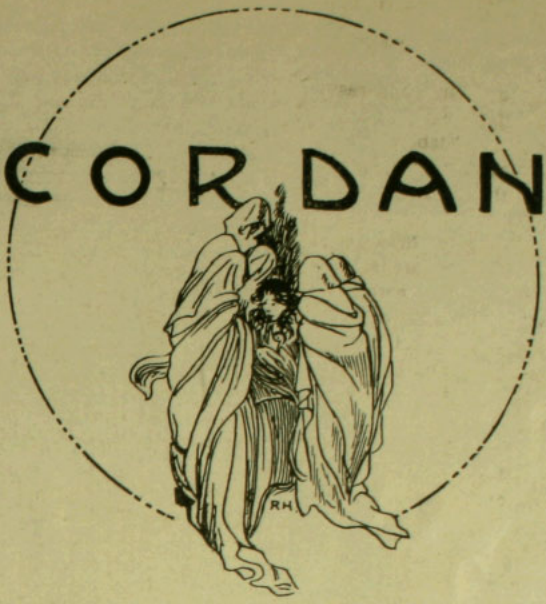
Larga fué la enfermedad de mi madre, y cuando se hubo restablecido, nuestras relaciones continuaron como antes. Durante toda su vida, sintió profundo malestar en mi presencia. Nos agarrotaba un encogimiento, y no había remedio para semejante desventura.

Todo se olvida, el recuerdo de los acaecimientos más trágicos se embota; pero si entre dos personas que viven íntimamente se desliza la desconfianza nada puede disiparla.

Jamás he vuelto a ver el expectro que me perseguía en otro tiempo, ni busco ya a mi padre; con todo eso, aún ahora me parece en ocasiones, en mis sueños, que oigo los lejanos lamentos, continuos quejidos, que resuenan tras una pared tan alta, que me es imposible escalar, y se me oprime el corazón y lloro con los ojos cerrados. No acierto a comprender si es un sér viviente el que se lamenta o si oigo el mugido sordo y salvaje del mar desencadenado, mugido que se transforma, haciendo sonar de nuevo en mis oídos la voz del barón, aquel refunfuñar de palabras ininteligibles... y me despierto con el alma llena de terror y de angustia.



RECORDANDO..



Por

ROXANE

Ilustraciones de R. H.

Las hondas penas de la infancia, esas cuya intensidad dolorosa pareció sumergirnos en un piélago de amarguras sin fin evocadas a través del miraje retrospectivo de la vida, dejan en el alma dulcísima impresión. Diríase que a su recuerdo prestamos algo de la ternura con que consolaríamos el sufrimiento ajeno, lo imaginamos extraño, acaso vivido en otra existencia..., evocándole, no obstante, con tal precisión en el detalle, con tal viveza, cual si transcurriese en la hora presente: sólo que, el sabor amargo del pasado llanto se convierte en sutil aroma de flores marchitas...

Así, una visita, realizada no ha mucho, al convento que abrigó los mejores años de mi niñez, ha despertado en mi memoria con fuerza prodigiosa, el recuerdo de un trágico episodio escolar que tuvo influencia decisiva en la formación de mi carácter. Mi primer contacto con la muerte y su irremediable misterio, ahondó en mi espíritu la conciencia de la fugacidad del tiempo, de la fragilidad de las cosas, pensamiento que desde entonces amargó todos mis goces.

Trece niñas formábamos la primera clase, las mismas trece alumnas que desde años atrás veníamos siguiendo los cursos bajo la dirección de una religiosa inteligente e ilustrada.

Madre Ravelá, atraída por un irresistible deseo de perfeccionamiento espiritual, había abandonado los halagos de un hogar querido. A más de su talento y de su belleza, que hacía recordar a las vírgenes del Ticiano, poseía una voz potente y melodiosa. Esta voz, encauzada ahora en el ritmo nasal de los salmos, cobraba a las veces profanas inflexiones que vibraban insólitamente sobre los sitiales de la austera capilla. ¡Qué martirio debió ser para aquella naturaleza ardiente, enamorada del arte y de la belleza, la obligación de conformar su vida, sus sentimientos, sus planes de enseñanza, sus menores actos, al estrecho marco de una regla monacal. Atadas las alas de su espíritu, aprisionada el alma con indisolubles lazos, sólo sus alumnas predilectas disfrutábamos de esos chispeantes destellos que a su pesar le traicionaban.

Era así cómo una árida clase de matemáticas se trocaba en amena disertación sobre sus autores favoritos, sobre las dulzuras de la vida interior, sus anhelos de perfección, su místico arrobamiento...; mas, cuando el toque de la campana, anunciando el fin de la clase, nos volvía a la realidad de las cosas, su plácido semblante se angustiaba, su falta al reglamento le remordía como un crimen y en sus miradas leíase el mudo

reproche que dirigía a sus maliciosas discípulas.

Con otra maestra menos atrayente, acaso no se habría desarrollado en nosotras ese espíritu místico que flotaba con aroma divino sobre nuestro ambiente escolar y cuya consecuencia fué que lejos de despertar a la vida y a la tumultuosa agitación de las nacientes pasiones, permaneciamos en ese aislamiento candoroso que hacía del estudio nuestro único pensar, del convento nuestro hogar preferido y del altar nuestro embeleso.

II

Inspiradas en idénticos ideales, nutrido el espíritu en las mismas fuentes del saber, aquel pequeño grupo de colegialas había crecido en íntima unión, irradiando sobre el ánimo de todas la dulce influencia de la maestra. Y, para que esta unión tuviese la solidez que sólo dan las preocupaciones compartidas, una mortificante obsesión perturbaba desde algunos meses atrás nuestra quietud.

Objeto de nuestros desvelos era Paula, una de las trece jóvenes que formábamos esa especie de cenáculo. La pobrecita, huérfana, que sólo conoció un remedio del amor maternal en la tibia ternura del hogar religioso, estaba atacada de un mal que, según se decía en el convento, era incurable.

Ella lo sabía, o lo presentía. Quizás, pero ni en la hora de las confidencias más íntimas, sus labios expresaron la terrible angustia que alguna vez vi retratada en sus ojos; en esas grandes pupilas negras cuyo ardiente brillo contrastaba con la palidez enfermiza de su tez. Había en toda su persona cierta languidez de lirio que, al entreabrir su corola se doblegase bajo el peso de su hermosura y hasta sus abundantes cabellos unidos en gruesa trenza parecían pesar sobre sus hombros.

¡Cuánto la amaban sus compañeras y cómo disculpaban las caprichosas exigencias de sus días negros, de esos días de "sequedad espiritual": momentos de tremenda rebelión contra el destino que ella en su rabiosa impotencia vengaba tiranizándonos de mil maneras...

Alegre, risueña y juguetona, su espíritu se bañaba en la luz de una mañana de sol; con gestos de gatita regalona exponía sus exangües manitas al vivificante ardor de sus rayos; el brillo de sus pupilas se dulcificaba y sus labios sonreían beatíficamente. Ninguna le aventajaba entonces en ingenio y sutileza. Sus compañeras, como quien celebra las gracias de un niño mimado, felices y anhelantes, la seguíamos en sus rápidos momentos de olvido. Pero, el menor incidente, su incapacidad para los juegos violentos, una tos importuna, una contradicción cualquiera, la sumía en abismos de tribulación y más de una vez sin mediar causa aparente, Paula se arrojó en mis brazos murmurando entre sollozos:

—Pobre de mí, pobrecita yo...

Estas crisis de desesperación conmovían hondamente nuestro espíritu y dejaban un fondo de melancolía en nuestra vida escolar.

Afortunadamente, los consuelos de la religión mitigaban un tanto su amargura. En sus horas de fervor, Paula se transfiguraba. ¡Cuántas veces dejé yo la comunión, por darme el goce de admirar ese blanco desfile de piadosas alumnas que lentamente regresaban del comulgatorio. De lejos distinguía la faz radiante de mi amiga: sus mejillas se coloreaban y en sus largas pestañas temblaban las lágrimas que una dulce e inefable emoción hacía subir a sus ojos. ¡Qué feliz era entonces Paula y cómo su alegría se reflejaba en nuestros corazones haciendo renacer en ellos la esperanza!...

III

Llegado había el gran día de recreo: la

fiesta de la superiora, esperada con entusiasta vehemencia.

Alumnas y religiosas, sacerdotes y seglares agrupados en la gran sala de honor, asistían al acto literario con que el colegio festejaba a la reverendísima madre vicaria.

Madre Ravelá quiso que la primera clase tomase parte activa en la velada y al efecto había escogido la sentimental epopeya del Tasso para argumento de una comedia.

Con bulliciosa alegría y cierta emoción de artistas noveles, vestimos el hábito de los monjes de San Onofre. Paula, silenciosa y retirada del alegre grupo monacal, ajustaba sobre su grácil talle el negro ropaje del poeta. Todo el día había estado triste, sombría, y en la mañana, durante la gran misa pontifical, sus amigas la habían visto llorar. Aquella persistente melancolía me traía preocupadísima y por dos veces intenté ayudarle a vestir su disfraz. Ella me rechazó con dulzura y sus descoloridos labios balbucearon algo que se me antojó un gemido...

En aquel instante Paula estaba hermosísima: la clásica golilla blanca del Tasso, espiritualizaba aún más su etéreo semblante y sus cabellos recogidos en graciosa melena dábanle candorosa expresión de niño. Mis ojos al detallarla la acariciaban con ternura casi maternal y de antemano se gozaban en sus triunfos artísticos.

En los ensayos de la comedia mi emoción había sido grande al oirla recitar las cuitas del poeta, que ella interpretaba con amor. Acaso la triste niña encontraba cierta semejanza entre el vate desengañado de la vida y ella la infeliz sentenciada a muerte...

—Yo busco... ¡la paz del alma!... suspiraba el Tasso, y en esa queja vibrante y dolorida, Paula vertía sus propios pesares, sus angustias, la intensa nostalgia de sus aspiraciones marchitas... lloraba sobre ella misma...

Concluída la sinfonía orquestal, los monjes toman colocación en la escena. Al descorrerse el telón aparecen éstos disfrutando de la merienda en la sala de un refectorio medioeval.

Al fondo avanza el Tasso desfalleciente y abrumado bajo el peso de los desengaños que la ingrata Roma le infligiera.

La comunidad vuelve el rostro hacia el peregrino y el prior así interroga al caminante:

—¿Qué buscas, noble viajero, en esta abrupta montaña?

Responde el Tasso con voz angustiada:

—Yo busco... ¡la paz del alma!... y cae desfallecido sobre una silla.

—No dudes, repuso el monje, que aquí podrás encontrarla...

Sólo la voz del consueta turbaba el silencio. El Tasso continuaba en su desmayo.

Los espectadores aguardaban ansiosos y los monjes desorientados nos mirábamos perplejos.

En tanto, nuestras actitudes, profundamente dramáticas en su aflictiva realidad, hacían suponer a la concurrencia que la comedia continuaba, y al correrse bruscamente la cortina una prolongada ovación celebró nuestro talento artístico.

¡Irrisión! Nuestras compañeras de colegio no podían adivinar el drama real que tras del telón se desarrollaba. El infeliz Tasso inerte y casi sin vida fué trasladado sigilosamente a una alcoba vecina y la fiesta continuó... no podía desairarse al Nuncio Apostólico que la presidía...

Enmudecidas y presas de la mayor consternación nos despojamos del extraño ropaje. Rosarios, silicios y cruces cayeron sobre el encerado pavimento con un estruendo de cadenas rotas... El menor ruido nos hacía estremecer y a medida que la estancia quedaba en la penumbra los grandes roperos que la circundaban cobraban pavorosas formas en mi excitada imaginación.

Pero, ¿por qué nuestra buena y compasiva madre Ravelá no venía a calmar nuestra zozobra? ¿Por ventura no comprendía

ella nuestra desesperante ansiedad? El rumor de la fiesta y de sus aplausos llegaba hasta nosotras; mas tal era el hábito de sumisión a la disciplina escolar, que, a pesar de nuestra ansiosa expectación, ninguna pensó en violar la orden que allí nos detenía, a fin de no turbar la paz conventual.

Fueron horas o siglos, no lo sé; sólo recuerdo que cuando salimos de la ropería, las sombras de la noche ennegrecían el purísimo azul del cielo y una ola de amargura enturbiaba para siempre la serena limpidez de nuestro espíritu...

IV

Meningitis... ¿qué enfermedad era esa? Madre Ravelá no lo sabía, o no quería decirlo...

Ocho días transcurrieron, largos días de intranquilidad, triste aprendizaje del dolor...

De casa de Paula llegaban noticias desconsoladoras: "Hoy le dieron la absolución, continúa sin conocimiento... está muy grave..."

No, no era posible. Paula no podía morir así, en plena juventud; sólo los viejos morían...

Nunca fueron más fervientes mis plegarias, ni más rigurosas mis penitencias. En el estudio, en el recreo, la idea de la muerte torturaba mi espíritu; nada podía arrancar de mi mente la terrible visión. Por la noche, el sueño tardaba en venir y a solas en la estrecha alcoba, rodeada de blanco cortinaje, mordía las sábanas para ocultar mi llanto. Sufría horribles pesadillas: mi lecho se estremecía, castañeteaban mis dientes y abrazada al cuello de la humilde hermana, que acudía en mi auxilio, murmuraba desesperadamente:

—"Por Dios hermanita mía, no me dejes sola, que me muero."

Y la buena hermanita Eloísa adormecía mi pena.

V

—"Paula sigue muy mal, hoy recibió la Extremaunción; es preciso que todas comulguéis mañana por ella", había dicho nuestra buena madre Ravelá, al darnos la bendición, y, repasando estas palabras en la obscuridad del dormitorio, mi tristeza era tan intensa, que creí desfallecer.

Esa noche soñé que el suelo se hundía bajo mis pies, que me sepultaban viva y que Pancho, el sacristán del convento, arrojaba la primera capa de tierra sobre mi frente. Desperté bañada en sudor y no quise dormir más.

Muy quedamente dejé el lecho, entreabrí la ventana de mi alcoba y esperé el amanecer. La ciudad dormía; el alba se anunciaba apenas: era la hora gris, cuando extinguidas las luces de la noche aún no aparecen las del día; la hora de los sueños venturosos, de los ensueños que ilumina el pálido fulgor del oriente... Sólo el canto tempranero de los gallos, las sirenas de las fábricas vecinas y la tímida campana de las monjas Carmelitas, turbaba el silencio. En la cumbre del San Cristóbal una diáfana claridad se difundía tenuemente. Abajo, en los claustros silenciosos, las religiosas desfilaban de prisa hacia la capilla. En tanto en el cielo, las estrellas desaparecían y los rayos luminosos proyectaban esplendor; pronto aparecería el disco dorado, aureolando la piadosa estatua que corona el cerro.

Absorta en mi contemplación, fuí sorprendida por la religiosa que en su ronda matinal se detenía a mi lado.

Colocando una mano sobre mi hombro desnudo, exclamó:

—¿Qué hace Ud. ahí, niña, con este frío?

—Madre, *no puedo dormir, pienso* en Paula...

La anciana monjita, jubilada ya de la enseñanza, apenas conocía a las pensionistas, y suspirando me dijo con acento conpungido:

—Pobre hija mía, Paulita ya está en el cielo, roguemos por ella...

Retrocedí espantada: ¿Era "eso" verdad?

Mi garganta se oprimió, creí que me ahogaba y antes que la religiosa pudiese cogerme en sus brazos, mi frente fué a estrellarse contra el madero de la ventana, y no supe más...

. . . . . .

Transcurrido algún tiempo, mis padres obligáronme a regresar al Sagrado Corazón. Paula había muerto sin recobrar el conocimiento; sus últimas palabras habían sido las del "Tasso: "Yo busco... la paz... del alma!"

SANTIAGO PAPERCHASE CLUB

El Santiago Paperchase Club fué fundado el 10 de julio de 1905 en sesión habida en los salones de "El Mercurio", a invitación de los entusiastas sportsmen Carlos Swinburn y Luis de la Carrera. En esta sesión se eligió el primer directorio y correspondió presidir a la institución en su primer año de vida a don Julio Subercaseaux B.

Durante sus diez años de vida activa, ha correspondido al Santiago Paperchase Club una actuación prominente en la hípica civil, tomando parte en cuanto concurso hípico se ha organizado para auxiliar diversas sociedades de beneficencia; en el fomento de nuestras razas de caballares, procurando seleccionar sus "hunters", hasta dejarlos aptos para tomar parte en

las diversas pruebas de steeplechase entre jinetes caballeros.

Socialmente ha correspondido al Santiago Paperchase Club ofrecer en varias ocasiones grandes paseos campestres, los ladies-meets, a los cuales son invitados y han asistido cuanto de distinguido y entusiasta tiene nuestra sociedad.

Por la presidencia de este club, formado por un grupo de jóvenes entusiastas han pasado personas bien conocidas en el mundo sportivo, como los señores Julio Subercaseaux, Arturo Lyon, Guillermo J. Swinburn, Enrique Costa y Nicolás Orrego.

Reproducimos algunas fotografías tomadas de los salones del club, situado en la calle Bandera, donde de tarde a tarde se reunen los sportsmen a hacer la tertulia y preparar sus cacerías de zorros, para las cuales varios socios tienen buenas jaurías de fox hounds; otros se dedican a las cacerías de tórtolas, perdices, etc., haciendo competencias en el amaestramiento de sus perros, y no pocos son los aficionados al tiro del pichón, que está recientemente organizado.

Es indudable que un club como éste, lleno de entusiasmo, y que lleva ya diez años de vida próspera y activa, está llamado a surgir e incrementarse día a día.

Un pais de tradición y esfuerzo.

QUISQUEYA

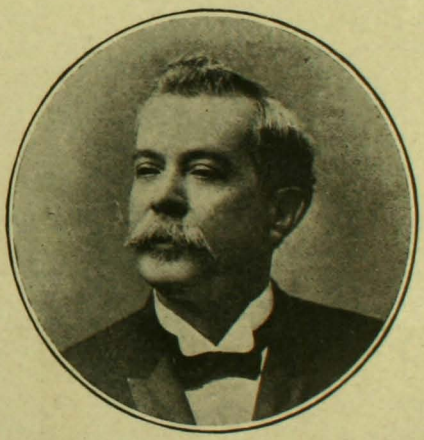
Por

TITO V. LISONI

Con ilustraciones fotográficas

Los acontecimientos que hoy preocupan la atención americana, y muy especialmente de las naciones del trópico, a causa del problema de Haití, con motivo de las exigencias de la intervención armada de los Estados Unidos del Norte en esa República, para imponer el orden y normalizar las instituciones, ponen de actualidad a la bellísima nacionalidad fronteriza tan poco conocida entre nosotros y que tantos títulos tiene para nuestra simpatía: la República Dominicana, *Quisqueya*, como la llamaban sus aborígenes, patria de Juan Pablo Duarte, tierra natal del libertador de Cuba Máximo Gómez, y adoptiva de Eugenio María Hostos.

La isla de Santo Domingo es una de las regiones más hermosas y ricas de América. Su ubicación, tan próxima a los grandes centros de cultura, y su importancia como vía comercial ante la apertura del canal de Panamá, hacen que los dos pueblos soberanos que en ella imperan sean, en época no remota, dos grandes focos de todo orden de desenvolvimiento y de una importancia indiscutible en la amplia evolución hacia el progreso que desarrolla el Continente.



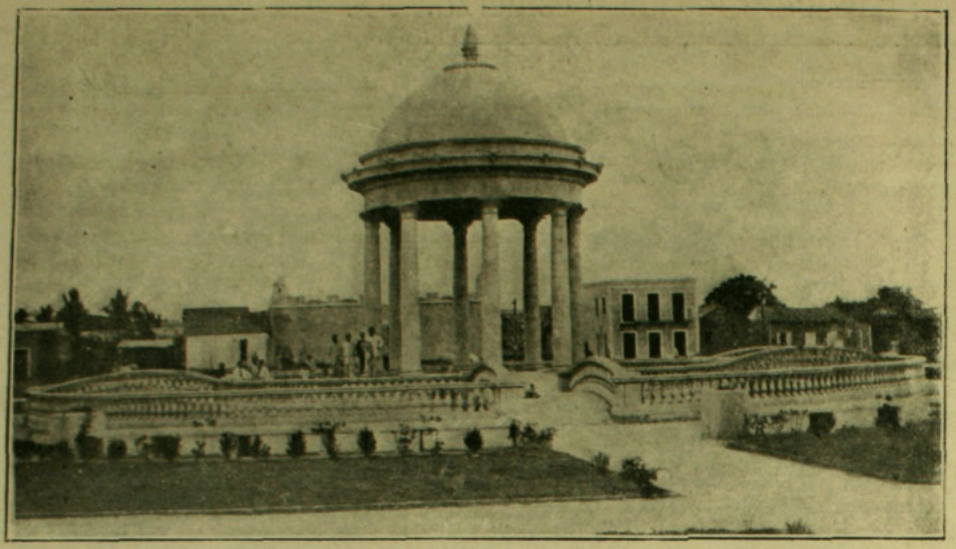
Excmo. señor D. Juan I. Jiménez, Presidente Constitucional de la República Dominicana

La citada isla, la segunda por su extensión de las grandes Antillas, está bañada por el Atlántico en el norte y por el Caribe en el sur. Sus costas están sólo a 39 millas de Cuba, a 54 de Puerto Rico, a 90 de Jamaica, a 480 de Venezuela, a 800 del Istmo panameño, y las septentrionales a unas 550 del extremo meridional de La Florida.

Fué la primera tierra americana hollada por la planta civilizadora de Colón, el descubridor insigne. Desde *La Ispaniola*, como él la bautizara, se espandió en América el dominio castellano y desde allí, como verdadero centro, empezó a extenderse el imperio colonial más grande de aquellos tiempos.

Hoy comparten su dominio y soberanía dos Estados: Haití, independiente desde 1804, y la República Dominicana, desde el 27 de febrero de 1844, no existiendo entre una y otra un límite natural que diferencie el suelo de ambos, haciendo de todo el territorio de los dos países una sola región física, por más que en lo que se refiere a origen, idioma y costumbres sean diametralmente distintos.

Esta última nación ocupa una área

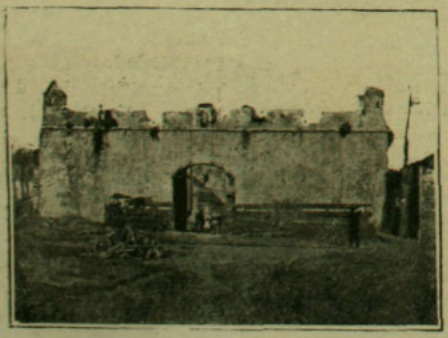


Plaza de la Independencia, inaugurada en Santo Domingo por el Presidente Cáceres. Esta plaza semeja, en general, un jardín italiano y se considera como uno de los más bellos paseos de esa capital.

planimétrica de 50.070 kilómetros cuadrados, o sea 19,325 millas cuadradas, mayor que la de cada uno de los reinos de Bélgica, Holanda y Dinamarca, y que la Confederación Helvética, en Europa.

La belleza natural del suelo dominicano, de cuyos dones la naturaleza supo hacerla pródiga, ha inspirado, y con razón, a muchos notables escritores y artistas, que han descripto el país con todo el entusiasmo de una admiración extraordinaria.

Sus cielos eternamente azules y el potente sol del trópico dan a los magníficos panoramas de esa tierra espléndida, no superada por belleza alguna, el primor de los paisajes edénicos. Quizá si a estas características se deban las condiciones de energía, imaginación ardiente, lealtad y patriotismo de los hombres de esas incomparables regiones.



Baluarte "27 de febrero", donde se dió el grito de Independencia de la República Dominicana.

El eminente repúblico español don Nicolás Estévanez y Murphy cree que "el mar de las Antillas desempeñará en épocas futuras una misión parecida a la del Atlántico. Este fué cuna de civilizaciones y teatro de epopeyas inspiradoras de genios inmortales; como aquel será asiento de las civilizaciones más perfectas que empiezan a vislumbrarse, lazo de unión de los mundos, centro del planeta".

Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, serán, según esa alta opinión, en América, lo que fueron las islas griegas durante el esplendor bizantino.

La República Dominicana tiene el don de todos los climas, desde el calor hasta las nieves eternas. Una cadena de montañas cruza su territorio y numerosos ríos, vigorosas arterias, coadyuvan a la feracidad de su suelo.

Pocos países poseen, relativamente a su población, mayor riqueza. Su agricultura es esplendorosa, su minería está representada

por todos los metales conocidos, por abundantes pozos de petróleo, solfataras colosales y extensos mantos de carbón fósil, y sus numerosas caídas de agua, en día no lejano, serán surtideros de movimiento y de poder económico de valor inestimable. Sus costas marinas, además de la hermosura de sus playas y bahías, ofrecen una base, fuera de todo cálculo, para el desarrollo de futuras grandes industrias.

La riqueza forestal del país tiene una alta significación por la diversidad de géneros y especies de plantas que componen los bosques y por la densidad de la vegetación. Allí existen desde las más finas maderas de ebanistería hasta el tipo de madera de resistencia para construcciones. La *caoba*, el *cedro* y la *cabima* abundan y, como el *pino*, se encuentran en cantidades enormes, constituyendo una de las fuentes de recursos más importantes de su territorio.

En la producción agrícola sobresalen especialmente la caña de azúcar, el café, el cacao, el algodón y el tabaco.

La industria de la caña significa muchos millones de dólares y su rendimiento pasa de 400,000 quintales al año.

El cacao, después del azúcar, es el más valioso producto dominicano, y su cultivo no ofrece dificultad; prospera y se obtiene abundante rendimiento en los terrenos profundos de aluvión con un subsuelo de barro permeable y una capa de humus formado por los vegetales en descomposición, como lo son las tierras de valles, cordilleras y ríos.

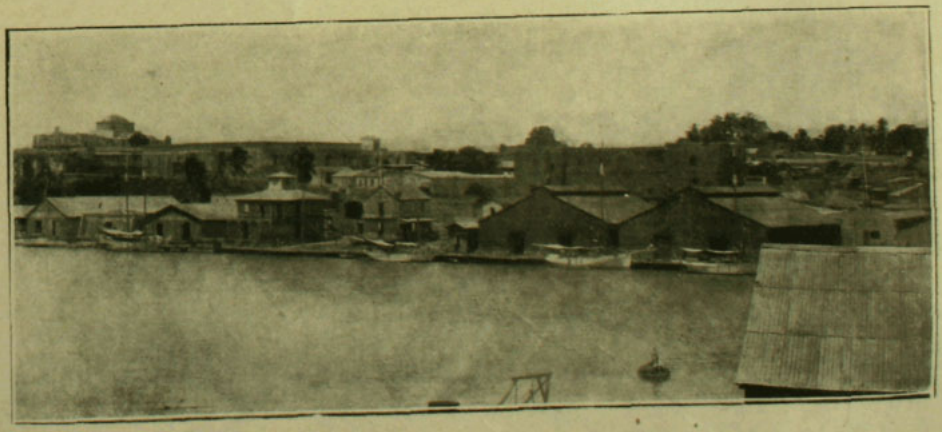
La calidad de las matas de algodón es extraordinaria: las hay con 800 capullos todos visibles a la vez, y se ha dado el caso de que una sola mata haya rendido 5½ libras de algodón con semilla. La planta dura en Santo Domingo por lo menos 5 años después de sembrada, y el algodón nativo 10 años y más.

El tabaco no es inferior al cubano y su exportación sube de 250 mil quintales anuales. En 1911 su producción alcanzó a 13 millones 808,163 kilógramos.

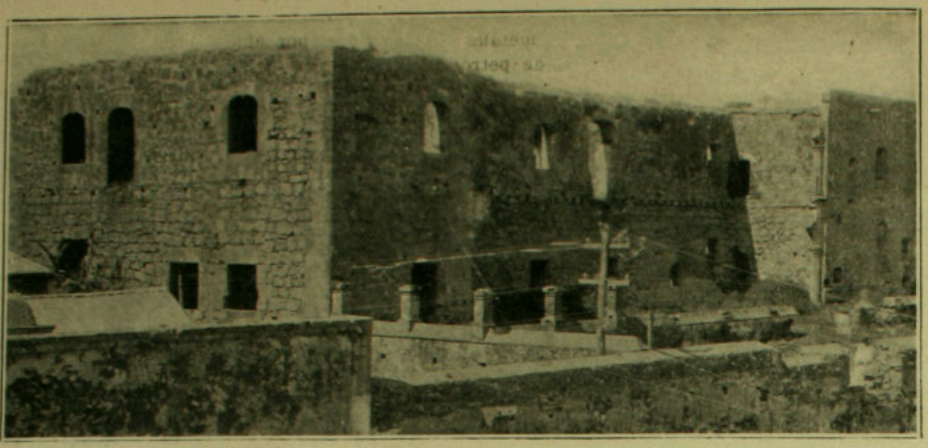
En 1912 las principales cosechas del país representaron las cifras que se apuntan en seguida:

	Kilógramos
Azúcar	88.775,297
Cacao	20.832,602
Café	2.259,147
Algodón	350,042
Tabaco	5.754,649

La República tiene una población que puede calcularse en 750 mil habitantes, en su mayoría de raza española. Hay también alguna mezcla de sangre africana, que proviene de la importación de indígenas de esa raza que se empezó a hacer desde 1514 para substituir a los indios que sucumbían en las rudas faenas que les impusieron los conquistadores. La raza negra se aclimató fácilmente y en tal forma, que a fines del siglo XVIII entre ella y sus productos híbridos formaban la casi totalidad de lo que es hoy la República de Haití, donde la gente de color ha imperado de un modo definitivo.



Muelle de Santo Domingo en el río Ozama.



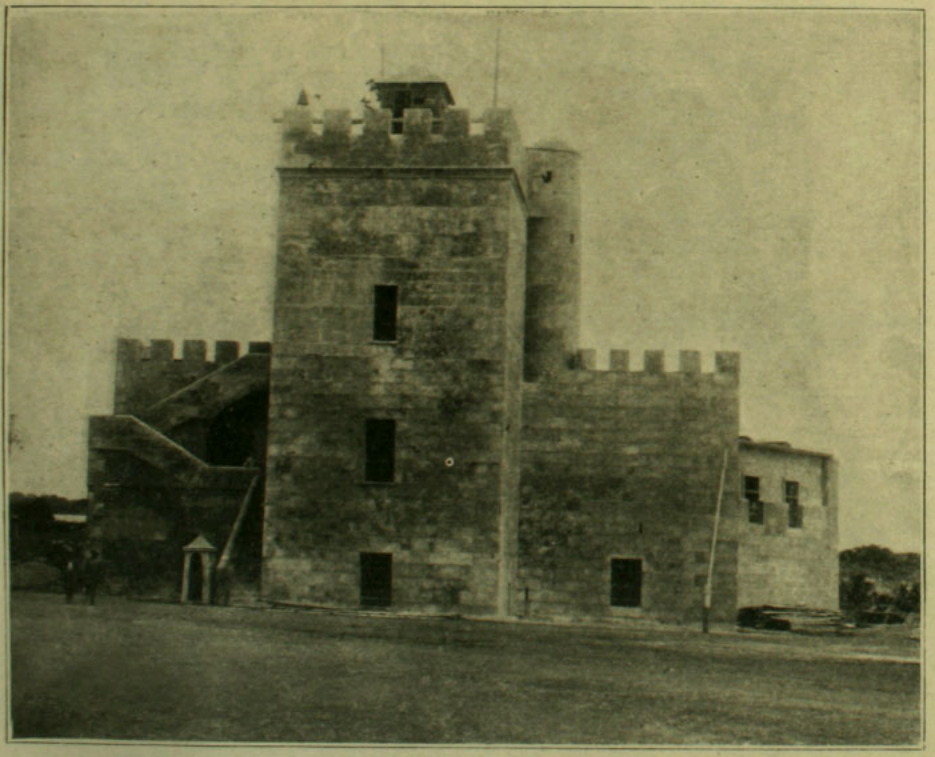
Ruinas del Palacio de la familia Colón en Santo Domingo.

Dicha población está distribuída entre las 12 provincias de la República, así:

Provincia de Santo Domingo, con 130,000 habitantes.

Provincia de Santiago de los Caballeros, con 120.000 habitantes.

Provincia de La Vega, con 90.000 habitantes.



Torre del Homenaje, Santo Domingo.

Provincia de Azua, con 70,000 habitantes.

Provincia de Seibo, con 65,000 habitantes.

Provincia de Pacificador, con 57,000 habitantes.

Provincia de Espaillat, con 55,000 habitantes.

Provincia de Puerto Plata, con 60,000 habitantes.

Provincia de Barahona, con 30,000 habitantes.

Provincia de Monte Cristy, con 35,000 habitantes.

Provincia de Macoris del Este, con 30,000 habitantes.

Provincia de Samaná, con 15,000 habitantes.

Santo Domingo, capital de la República y su primer puerto, con una población mayor de 30,000 individuos, es la ciudad más grande y de mayor importancia del Estado, la más antigua del Continente y una de las más notables de América por su historia y el mérito arquitectónico de sus construcciones coloniales. Fundada en 1496 por don Bartolomé Colón, conserva, como recuerdos de la dominación española, numerosos edificios, entre los cuales se destacan las Fortalezas y la Torre del Homenaje, el Palacio de Justicia, la Casa Consistorial, el Palacio del Arzobispado, el Teatro y las iglesias de Santa Bárbara, San Miguel, San Andrés, El Carmen, San Lázaro y la Catedral, que es una majestuosa construcción gótica, de imponente grandeza en su interior y que guarda, como preciosas reliquias, en un soberbio monumento de bronce y mármol blanco, los restos venerandos de Cristóbal Colón, el inmortal descubridor.

La ciudad, que se eleva en la rivera occidental del río Ozama, es severa y de señorial aspecto y circúndanla paisajes encantadores. En ella tienen su sede el Ejecutivo, el Congreso, el Municipio y la Suprema Corte de Justicia, y posee buenos servicios de beneficencia, hospitales, manicomios y asilos; una espléndida aduana, muelles, mataderos y mercados públicos, etc., etc.

El ornato urbano constitúyenlo, además de los templos y edificios del Estado, importantes plazas, entre las que descuella la de Colón y el Parque Independencia, diversos paseos y las artísticas estatuas del descubridor de América, del canónigo Billini y varias otras, cuyo número será aumentado en breve con el monumento que se erigirá en memoria del genial educador y prócer de la instrucción dominicana, señor Eugenio María Hostos.

Estatua de Colón, en la Plaza de este nombre en Santo Domingo.

En fin, la metrópoli es la plaza comercial más importante del país, al propio tiempo que la cultura de sus pobladores es digna de especial mención. En otros tiempos se la denominó con el sugestivo nombre de "Atenas del Nuevo Mundo".

La salubridad del país habla muy en alto de sus condiciones climatéricas; en pleno verano y en los lugares más cálidos y bajos

Catedral de Santo Domingo. Fachada Oeste.

de la costa jamás sube la temperatura de 32° C.; y su sanidad es una de las mejores del Continente, no habiéndose aclimatado allí ninguna de las endemias reinantes en los demás pueblos del trópico. Fuera del paludismo no hay otra enfermedad que pueda calificarse de endémica, y la fiebre amarilla, si ha logrado en ocasiones desarrollarse en alguna de sus ciudades, no ha tenido carácter contagioso.

Así se comprenderá la razón del por qué la población dominicana, a pesar de las continuas guerras civiles que han azotado al país, vaya hacia un crecimiento de tanta significación, con sólo considerar que en 1844 la República contaba apenas con 40 mil almas.

Hoy la mortalidad representa el 17 por mil, proporción que tiende visiblemente a bajar.

El territorio dominicano está llamado a atraer grandes corrientes inmigratorias, no sólo por las riquezas que contiene y por la hospitalidad de sus pobladores, sino también por su situación geográfica y, muy especialmente, por la ínsuperable calidad de sus tierras.

De éstas las hay: agrícolas tropicales, que son las fértiles de las regiones bajas y calurosas; de crianza, donde se desarrolla, debido a su gran fertilidad, la industria pecuaria y sus derivados y en las cuales el forraje se produce espontánea y abundantemente, y agrícolas sub-tropicales que son terrenos altos y frescos, donde se pueden cultivar el trigo y demás frutos o productos de las zonas templadas del globo. En las primeras se cultiva cacao, caña de azúcar, plátano, arroz, maíz, tabaco y demás vegetales de la zona tórrida. Los terrenos de crianza son grandes sabanas en donde crecen el *marcoté*, el *pajón* y varias otras plantas forrajeras, que le dan gran mérito para la ganadería, la que fácilmente podría desarrollarse en grande escala. Esas sábanas hacen recordar, no la extensión, pero sí la esplendidez de los llanos de Venezuela y de las pampas argentinas.

Las tierras agrícolas sub-tropicales comienzan a 500 metros sobre el nivel del mar y tienen todas las características de las zonas templadas, tanto en el género de producción como en sus paisajes. Allí germina el trigo, la avena, la cebada, la manzana, la pera, la fresa y demás frutos propios de los climas medios, con la misma abundancia y donosura que en los fértiles valles de Chile.

Esta feliz distribución de las tierras en Santo Domingo hace cómoda la estadía en él de los hombres de todas las razas y de todas las regiones del mundo; y esta circunstancia unida al espíritu hospitalario y bondad de carácter del dominicano y a las facilidades que brinda el país para ganarse la vida con poco esfuerzo, señalan a la República como un punto de término y de refugio para fuertes corrientes de inmigrantes europeos. Allí el italiano, el español, el francés, el alemán se asimilan fácilmente

y pueden radicarse a firme y con efectivas ventajas.

Una de las preocupaciones del gobierno de la República ha consistido en abrir ancha puerta a la inmigración y en el establecimiento de un régimen colonizador que dé al país los halagadores resultados obtenidos en la Argentina y el Brasil. La tierra dominicana es fertilísima, el clima benigno, la seguridad personal existe en todas partes y el capital extranjero prospera por los beneficios y expectativas que se le ofrecen.

El régimen político de la nación es una de las organizaciones constitucionales más avanzadas. La Carta Fundamental contiene preceptos verdaderamente democráticos, garantizando la libertad de la vida por causas políticas, de la prensa, del sufragio, de industrias, de reunión y asociación, de petición, de enseñanza y cultos; la propiedad con todos sus derechos, la producción científica, artística y literaria, la seguridad individual y la igualdad ante la ley.

Sólo el pueblo es soberano, quien delega sus facultades en los tres Poderes que ejercen la soberanía nacional: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial.

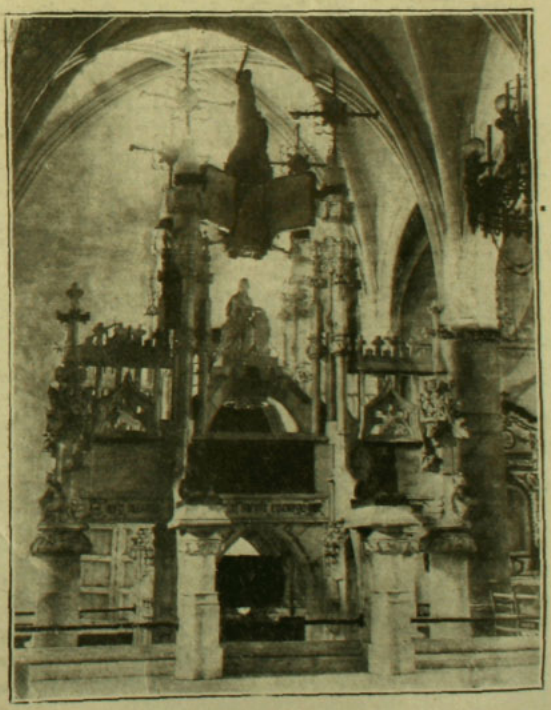
El Ejecutivo reside en el Presidente de la República, elegido por voto indirecto por un período de 6 años, en unión de sus Ministros, nombrados por éste a su arbitrio, pudiendo renovarlos cuando lo estime conveniente.

Los Ministros de Estado son siete: Interior y Policía, Relaciones Exteriores, Justicia e Instrucción Pública, Fomento y Comunicaciones, Agricultura e Inmigración, y Guerra y Marina. No pueden ser miembros del Congreso Nacional mientras duren en sus funciones, carecen de voto en el Parlamento y sólo tienen voz en el mismo.

El Legislativo lo forma el Congreso Nacional, compuesto por las Cámaras de Senadores y de Diputados. Los primeros son 12 y duran 6 años en sus funciones, y los segundos son 24 y duran 4 años en sus cargos, pudiendo ser reelegidos indefinidamente. Ambas Cámaras se renuevan, la de Senadores, por terceras partes, y la de Diputados, por mitad, cada dos años.

El Poder Judicial reside en la Corte Suprema de Justicia y en los demás tribunales señalados por la ley, cuyos miembros son designados por el Congreso y duran en sus funciones el término de 4 años, pudiendo ser indefinidamente reelectos. El Procurador General de la República es nombrado por el Ejecutivo.

La instrucción se desarrolla en forma realmente halagadora. No hace mucho que una importantísima revista mejicana dejaba constancia de "que la instrucción de Santo Domingo es una de las mejor atendidas de Hispano-América", y el 1er. Congreso Científico Pan-Americano, celebrado en la capital chilena, en diciembre de 1908,



Mausoleo de mármol y bronce erigido en la Catedral de Santo Domingo donde se guardan los restos de Cristóbal Colón.

acordó un entusiasta voto de aplauso al Gobierno dominicano "por el eficaz apoyo prestado a la instrucción pública, en todos sus órganos, y por sus elocuentes esfuerzos para darle el más amplio desenvolvimiento".

En conformidad a la ley, la instrucción primaria es gratuita y obligatoria para los dos sexos, y a esto se debe el desarrollo extraordinario de esta rama de la administración, que ha colocado al país, a ese respecto, al nivel de las naciones más avanzadas.

Parte Este de la Catedral de Santiago de los Caballeros, República Dominicana.

Existen en la capital de la República y en las diversas provincias, además de la Universidad, un Instituto Profesional en Santiago de los Caballeros, 12 Escuelas Normales, la Escuela de Bellas Artes, el Conservatorio de Música, un Seminario; y bajo la dependencia del Gobierno, la Escuela Militar y Naval, la Escuela de Ingenieros, etc. Prosperan también en la metrópoli, numerosos establecimientos de educación municipales y particulares, una serie de bibliotecas públicas, de las cuales la Municipal contiene más de 15.000 volúmenes.

En 1911 el número de escuelas de que estaba dotado el país alcanzaba a 590, con un total de 20,453 alumnos inscriptos; y en 1912 esta cifra se elevó, respecto a aquellas, a 606, con 20,895 alumnos. En 1913 funcionaron 617 escuelas de ambos sexos, distribuídas así: 119 en Santo Domingo, 128 en Santiago de los Caballeros, 47 en La Vega, 34 en Espaillat, 37 en Azua, 31 en Seibo, 44 en Puerto Plata, 46 en Macoris, 40 en Monte Cristy, 45 en Pacificador, 45 en Samaná y 41 en Barahona.

El suceso de más transcendencia para la instrucción pública dominicana lo constituye la restauración de la Universidad de Santo Domingo, que tuvo lugar en las postrimerías de 1914, por disposición del sabio Dr. Ramón Báez, a la sazón Presidente Provisorio de la República y actualmente Rector de tan importante plantel.

Esa Universidad, que ocupó durante la Colonia y parte de la época de la emancipación continental el primer puesto entre las instituciones docentes de América, hubo de ser clausurada en 1848, a causa de las guerras y profundos trastornos porque atravesó el país. Desde esa fecha los estudios académicos, superiores y profesionales se cursaron en el Instituto Profesional.

Restaurada la Universidad, se organizaron las diversas Facultades, nombrándose decanos a los más conspicuos hombres de ciencia, y hoy, merced a la labor del Dr. Báez y de sus colaboradores, esa corporación trabaja por conquistar el prestigio de sus mejores tiempos.

La instrucción primaria y secundaria está perfectamente organizada y regida por un Código de Enseñanza.

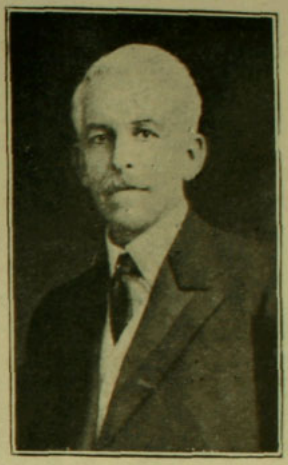
La intelectualidad dominicana contemporánea está brillantemente representada en el concierto de la cultura del Nuevo Mundo. Tiene grandes poetas como Federico Henríquez y Carvajal, Fabio Fiallo, Porfirio Herrera, Apolinar Perdomo, Arturo Pellerano Castro, Juan Cheri Victoria; eximios escritores políticos como Eliseo Grullón, José M. Cabral y Báez, Américo Lugo, Francisco J. Peynado, Enrique Deschamps, Apolinar Tejera, Tulio Cestero, Manuel A. Machado,

M. de J. Camarena Perdomo, Félix M. Nolasco, M. de J. Troncoso de la Concha; literatos eminentes como Federico García Godoy, Bernardo Pichardo, Max. Henríquez Ureña, Valentín Giró, Bartolomé Pérez; músicos y críticos de arte musical de nombradía como Manuel de Jesús Lovelace, José Ovidio García, José Román, Julio Monción, Gabriel del Orbe; pintores y escultores laureados, como Arturo Grullón, Adriana Bellini, Luis Desangles, Julio Pou, Abelardo Rodríguez U., Ramón Mella, Angel Perdomo, Eliseo Roques. Todos ellos forman un exponente del más alto mérito, del cual la República debe sentirse orgullosa, sin contar, por supuesto, con la brillante juventud que, dentro y fuera de la patria, hacen honor al siglo y a la raza.

La prensa tiene en circulación más de 60 periódicos políticos, científicos y literarios.

He aquí el nombre de algunos de los más importantes:

En Santo Domingo: "Gaceta Oficial", 'Boletín Municipal", "Boletín Judicial", "Revista Médica", "Revista de Agricultura", "Revista Judicial", "La Farmacia Dominicana", "Boletín Eclesiástico", "Listin Diario", 'Oiga!...", "El Tiempo", "Ateneo", "La Cuna de América", "Blanco y Negro", "Mefistófeles", "Osiris", "Cójanlo!...", "El Eco Postal", "Renacimiento". Este último y "La Cuna de América" son



Señor Lic. Federico Henríquez y Carvajal, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, gran poeta y literato y Decano de la Facultad de Filosofía, Letras e Historia de la Universidad de Santo Domingo.

revistas de literatura, ciencia y arte que en nada desmerecen a las más importantes, en su género, de cualesquiera de las avanzadas metrópolis de nuestras repúblicas. "Listin Diario" es el decano de los órganos de publicidad del país, tiene un brillante personal de redactores, espléndidos servicios informativos y gran circulación.

En Santiago: 'Boletín Judicial", "Boletín Municipal", "El Diario", "El Civismo", "El Pabellón Nacional", 'Oasis".

En Puerto Plata: "El Nacional", "La Razón", 'Boletín de Noticias", "Boletín Judicial", "Boletín Municipal", "El Comercio", "El Porvenir", "27 de Febrero".

En San Pedro de Macoris: 'Boletín Judicial", "Boletín Municipal", 'La República", "Trabaja".

En La Vega: "Boletín Judicial", "Boletín Municipal", "El Adalid".

En San Francisco de Macoris: "Boletín Judicial", "Boletín Municipal", "A. B. C."

En Monte Cristy: "Boletín Judicial", "Boletín Municipal", 'El Regional".

En Azua: "Boletín Judicial", "Boletín Municipal", "El Principio".

En Samaná: "Boletín Judicial", "Boletín Municipal", "Prensa Local".

Dr. Ramón Báez, ex-Presidente Provisional de la República y Rector de la Universidad de Santo Domingo.

Señor Manuel de Jesús Lovelace distinguido músico y crítico de artes y jefe del Protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Dominicana.

En San Cristóbal: "Voz del Sur".

En Valverde: 'La Pluma", simpática revista mensual, que dirige el distinguido profesor y literato don Guillermo Jiménez Herrera.

La prensa disfruta de la más amplia libertad y respeto y en su tribuna se han debatido y se debaten los más transcendentales problemas públicos del país.

Desde el Gobierno del general Ramón Cáceres el incremento de las vías de comunicación ha sido a todas luces visible. Esa Administración dictó una ley, consagrando un 30 por ciento de la renta interna al pago de intereses hasta del 6 por ciento del capital particular que se invierta en construcción de ferrocarriles y concediendo una prima de 2,000 pesos por cada kilómetro que se entregue al servicio.

Las principales vías férreas son: el Ferrocarril Central Dominicano, de propiedad del Estado, que comunica Puerto Plata con Santiago de los Caballeros, con una extensión de 42 millas; el de Santiago a Moca, continuación del Central, con 16 millas; el de Samaná a Santiago; el de Sánchez a La Vega, con 82 millas de recorrido y con un ramal de 9 millas de Baird a San Francisco de Macoris.

Existen, además, numerosos ferrocarriles particulares de menor extensión para el transporte y con fines industriales.

Las comunicaciones marítimas con Europa y las dos Américas se hacen por las siguientes líneas de navegación:

Línea francesa transatlántica, que parte del Havre y toca en Puerto Plata y Santo Domingo.

Línea hamburguesa-alemana y americana, que sale de Hamburgo, tocando en el Havre, llega a Santo Domingo dos veces por mes y hace escala en Samaná, Puerto Plata y San Pedro de Macoris.

Línea española "Sobrinos de Herrera", que es una comunicación rápida con los principales puertos de Cuba.

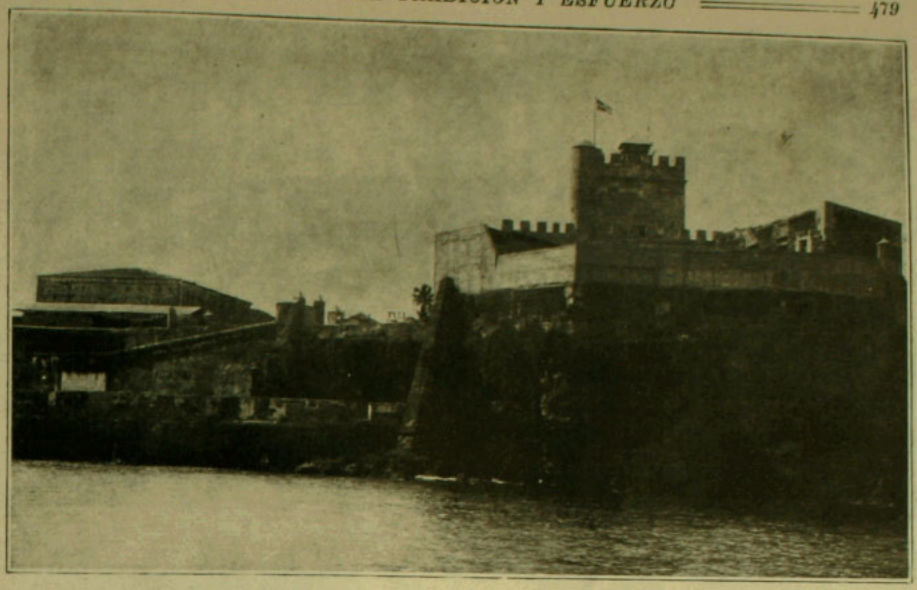
Línea española de "Antonio López", que parte de Cádiz y toca en Santo Domingo dos veces al mes.

Línea americana Clyde, que, partiendo de Nueva York arriba a Santo Domingo, Samaná, Puerto Plata, Macoris y Monte Cristy.

La Sociedad Francesa de Telégrafos Submarinos ha tendido un cable de la costa norte de la República a los Estados Unidos, tocando en Cabo Haitiano, y otro de Santo Domingo a Curazao y Venezuela, con lo cual queda telegráficamente comunicado el país con el mundo entero, pues las dos estaciones terminales del cable están en conexión con todas las líneas principales de la tierra.

La red telegráfica de la República alcanzaba en 1914 a 1.728 kilómetros, con 61 estaciones, y este servicio rindió en 1913,

El difunto general Ramón Cáceres, ex-Presidente de la República Dominicana.



Fortaleza de Santo Domingo, situada en la margen izquierda del río Ozama

por concepto de expedición de despachos privados, 15.774.74 pesos oro americano.

En septiembre de 1913 se declaró abierta al servicio público la estación inalámbrica de Santo Domingo, y, desde el 1.° de dicho mes al 31 de enero de 1914 (5 meses) el tráfico radiotelegráfico alcanzó las siguientes cifras:

Radiotelegramas	2,792
Palabras	55.820

La comunicación postal tuvo en 1913 este movimiento:

Interior.	2.557,174 piezas
Exterior.	1.021.814 "

Estos guarismos representan una diferencia a favor de ese año, comparado con 1912, de 494,426 piezas en el despacho interior y de 315,526 respecto del exterior.

La situación económica de la nación no es hoy desahogada. Los trastornos producidos en las finanzas de todos los pueblos por la conflagración europea y las crisis provocadas en la República por su larga guerra civil última, han mermado sus entradas y restringido en parte su producción.

Sin embargo, el progreso nacional no se ha detenido y las obligaciones externas se cumplen rigurosamente.

Desde 1912 las rentas públicas han venido sufriendo cierta disminución.

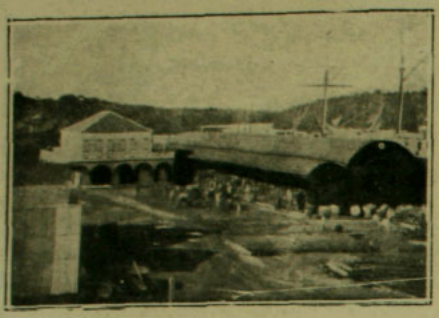
Los ingresos percibidos en 1913 ascienden a 6.975.852,78 pesos oro y los egresos subieron a 6.700.860.74 pesos de la misma moneda. En estos últimos se comprenden los gastos de la administración fiscal y el servicio de la deuda exterior.

En obras públicas se invirtieron 682.126.78 pesos; en instrucción, 208.033.80 pesos; en el servicio de las relaciones exteriores 143,140.79 pesos y 2.192,772.25 pesos en el cumplimiento de las obligaciones pendientes de la deuda externa.

Las fuentes de entradas consisten, principalmente, en rentas aduaneras, derechos de puerto, rentas de alcohol, impuesto de estampillas, en la explotación del telégrafo y teléfono nacionales, de la estación radiotelegráfica, de los ferrocarriles y muelles del Estado.

Las rentas aduaneras produjeron en 1913 un total de 4.221.683.02 pesos oro, correspondiendo

a importación.	$ 3.998,122.63
a exportación.	223.560.39



Aduana de Santo Domingo.

El monto de los valores exportados ese año, excluyendo el de la moneda, alcanza a 10.017,086.56 pesos, y el de la importación a 9.321,651.16 pesos, lo que significa un volumen comercial de 19.368,947.78 pesos.

Los artículos de mayor exportación fueron:

Azúcar, 84.442,828 kilógramos, con un valor de 3.639.904.48 pesos.

Cacao, 19.541,975 kilógramos, con un valor de 3.959,572 pesos.

Tabaco, 9.005.491 kilógramos, con un valor de 936.698 pesos.

Café, 1.142.986 kilógramos, con un valor de 253.088 pesos.

Algodón, 305.826 kilógramos, con un valor de 87.109.69 pesos.

La exportación por países arroja las siguientes cifras:

Estados Unidos	$ 6.150.800.64
Alemania	1.992,863.38
Inglaterra	184.722.32
Francia	875.157.86
España	807.00
Italia	31.049.66
Holanda	865.00
Suiza	1,848.70
Canadá	685.349.83
Turquía	100.00
Cuba	27.532.75
Puerto Rico	41,448.03
Antillas Inglesas	2.164.90
Antillas Danesas	27,469.80
Antillas Holandesas	25.116.99

Los principales artículos importados a la República en 1913 y su valor fueron:

Aceites	$ 448.384.00
Algodón y sus manufacturas	1.880.211.00
Arroz	770,000.00
Harinas de trigo	443,421.00
Manufacturas de fibras vegetales	281,066.00
Manufacturas de hierro y acero	1.345,899.00
Madera manufacturada	392,398.00
Productos de pesquería	237,699.00
Papel y sus manufacturas	125.683.00

En estas importaciones ocupa el primer término Estados Unidos, y siguen Inglaterra, Alemania, Francia y España.

La deuda pública de la nación subía en los comienzos de 1914 a 14.233.000 pesos oro, suma realmente exigua para una población de 750 mil habitantes y cuya cancelación total no se hará esperar por mucho tiempo. Esta deuda proviene de un empréstito por 20 millones de pesos contratado con banqueros yankees, con motivo de la Convención domínica-americana de 7 de febrero de 1907.

En el transcurso de los seis años que iban corridos de dicho empréstito, se habían cubierto 11 cupones semestrales, por interés y amortizaciones, sobre el total del mismo.

El ejército dominicano está en plena evolución. Sus efectivos en tiempo de paz re-

General Desiderio Arias, Ministro de la Guerra de la República Dominicana.

presentan un conjunto de 3,000 hombres de las tres armas, incluyendo la Guardia Republicana.

Existe en la capital, para la formación y preparación de la oficialidad, una Escuela Militar, que fué reorganizada y reglamentada por el general José Bordas Valdés y cuya organización interior débese al general Tadeo Alvarez, quien la mejoró notablemente.

Las fuerzas armadas tienen como órgano "El Porvenir Militar", importante publicación que dirige el bizarro coronel Vicente Ortiz, primer instructor del ejército, y su alto comando está o ha estado, en estos últimos años, en manos de jefes tan preparados y de vasta ilustración, como los generales Desiderio Arias, Mauricio Jiménez, Jaime Yepes, Delio Hernández, Lorenzo Martí, Demetrio García, Pedro A. Llubéres, Cesáreo Jiménez, Raul García Rivas, Manuel de J. Camacho, coronel Rafael Camejo, jefe este último del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra, y varios otros aguerridos jefes que laboran asiduamente en la modernización de las instituciones militares del país y en mejorar la situación del soldado y los sistemas de reclutamiento.

Coronel Vicente Ortiz, Primer Instructor del Ejército dominicano y Presidente de la Institución Militar Nacional de Voluntarios.

Durante la pasada Administración del actual Jefe Supremo, don Juan Isidro Jiménez, se inició la verdadera organización del Ejército, estableciéndose una Academia Militar, dotada de todos los elementos, con espléndido personal docente y un cuerpo de cadetes escogido entre la juventud dominicana.

General Mauricio Jiménez, comandante militar de la Plaza de Santo Domingo.

Pende, en estos momentos, de la consideración del Congreso, el despacho de las nuevas Ordenanzas del Ejército y de varios proyectos elaborados por la Comisión Técnica Militar, relativos al régimen interior de los cuerpos del Ejército y a la reglamentación del cuerpo de sanidad militar de la República.

Coronel Rafael Camejo, Jefe de Estado Mayor del Ministerio de la Guerra de la República Dominicana.

Señor José María Cabral y Báez, ex-Ministro de Relaciones Exteriores de la República Dominicana y eminente escritor.

Con los benéficos fines de propender al espíritu militar entre la juventud, de despertar interés por la carrera de las armas, de tender a la difusión de las ciencias militares y de preparar la generación actual para hacerla apta para la defensa de la integridad de la Patria, cuando ésta se vea amenazada, se acaba de constituir, el 27 de junio de este año, en la capital dominicana, la "Institución Militar Nacional de Voluntarios". Está presidida por el coronel Vicente Ortiz, cuyas ejecutorias de táctico y tratadista en materias relacionadas con la ciencia de la guerra son garantía, para la corporación, del más completo éxito.

Sus miembros, todos voluntarios, deberán tener a lo menos 18 años de edad, organizarse en cada provincia en tantos cuerpos como lo permita su número y ejercitarse en los objetivos propios de una colectividad de este género, sujetándose a los Reglamentos Militares que están en vigor en la República, tanto en la enseñanza práctica como en la teórica.

Para este efecto se han establecido y se establecerán todavía, en las ciudades más importantes, bibliotecas, clases militares, salas de armas, tiro al blanco, gimnasia, juegos de fuerza y esgrima, adaptables al carácter de la Institución.

Fuera de la cuestión de límites pendiente con Haití, respecto de la cual el Gobierno dominicano ha tratado de concertar un protocolo para someter a arbitraje el litigio general de las fronteras, para dar término definitivo a tan prolongado debate, la República no tiene por hoy ningún grave problema exterior por resolver, lo que le ha permitido acrecentar sus vínculos con los demás países y ampliar el radio de sus relaciones internacionales.

En los últimos diez años ese difícil ramo de la Administración ha sido dirigido por los más brillantes diplomáticos que haya tenido el país en sus actuales épocas. Los señores José María Cabral y Báez, Ramón O. Lovatón, Apolinar Tejera, Manuel A. Machado, Eliseo Grullón y Bernardo Pichardo, constituyen, por decirlo así, las personalidades típicas más completas para el dominio de los asuntos exteriores dominicanos. A ellos les ha correspondido afrontar situaciones verdaderamente difíciles en la solución de los arduos problemas a su cargo.

El señor Cabral y Báez manejó la Cancillería durante el Gobierno del inolvidable general Ramón Cáceres, realizando una labor ímproba y fructífera. Prestigió altamente el nombre del país y fué el propulsor de muchas iniciativas de cordialidad exterior.

A él se debe la importante ley y reglamento sobre organización diplomática de la República y los nuevos rumbos dados en el servicio consular. Es un escritor y jurisconsulto notable.

El Dr. Manuel A. Machado profundizó

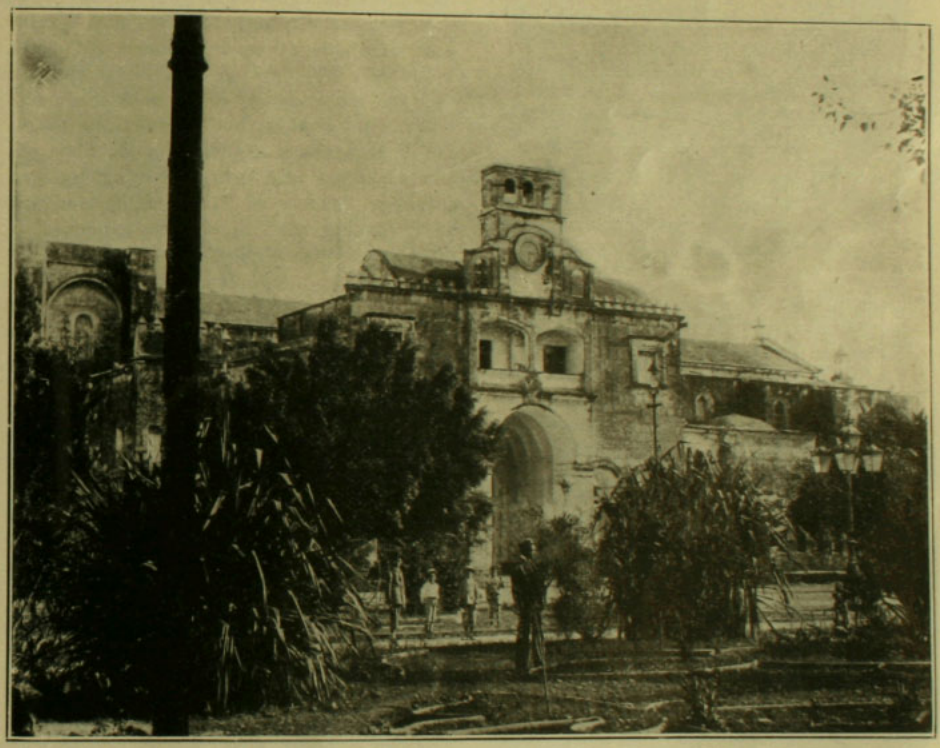
Señor Bernardo Pichardo, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Dominicana y literato eminente.

la cuestión fronteriza domínico-haitiana, dando a luz un importante libro sobre tan dilatada materia y actuó en la administración Victoria.

El señor Elseo Grullón, que antes que todo es un hombre de ciencia y un escritor brillantísimo, dirigió las relaciones exteriores del país durante gran parte de la Administración interina del general José Bordas Valdés, con un tino y una versación admirables. Uno de sus éxitos consistió en la defensa de los intereses nacionales ante las exigencias de la Legación de Francia, sosteniendo la verdadera norma del Gobierno dominicano respecto del procedimiento que, conforme a los principios del Derecho Internacional, debe seguirse en las reclamaciones de extranjeros contra el Estado. Esa pieza fué una brillante y victoriosa exposición de doctrina jurídica.

El actual canciller, señor Bernardo Pichardo, es una joven personalidad del más alto renombre entre los intelectuales de su tiempo. Tiene 36 años de edad. Fué discípulo del eximio maestro don Eugenio María Hostos, bajo cuya dirección hizo los estudios para el bachillerato en Ciencias y Letras. Es doctor en Derecho Diplomático, titulado en Francia, atildado prosista y orador elocuente.

Ha tenido gran actuación en los negocios públicos de su patria. Ha sido regidor del Ayuntamiento de la capital, Juez de Instrucción, Procurador Fiscal, Administrador General de Correos, Cónsul General de la República en Hamburgo, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante la Santa Sede y Ministro de Correos y Telégrafos. Milita en el Partido de que es "alma mater" el eminente estadista Licenciado Federico Velásquez y H., siendo el "leader" de tan importante filiación política. Se le señala como muy probable futuro Presidente de la República.



Catedral y Plaza Colón en Santo Domingo.

Monseñor Adolfo A. Nouel, Arzobispo de Santo Domingo y ex-Presidente Provisional de la República Dominicana.

El Papa lo condecoró con las insignias de Comendador de la Orden de San Gregorio Magno y numerosas corporaciones sabias lo han distinguido, nombrándolo miembro correspondiente.

La Nación tiene hoy día acreditadas Legaciones en Alemania, Estados Unidos, Cuba, España, Francia, Italia, Portugal, Suiza, Haití, Países Bajos, Santa Sede y Venezuela, y Consulados en Alemania, Estados Unidos, Austria-Hungría, Bélgica, Bolivia, Cuba, Costa Rica, Colombia, Chile, Dinamarca, Ecuador, El Salvador, España, Francia, Guatemala, Gran Bretaña, Haití, Italia, Méjico, Nicaragua, Noruega, Panamá, Portugal, Países Bajos, Perú, Suecia, Suiza y Venezuela.

Tiene celebrados diversos tratados internacionales, sobre la base de la más absoluta reciprocidad. Los más importantes son los de amistad, comercio y navegación con Inglaterra, Dinamarca, Holanda, Estados Unidos, España, Francia, Alemania, Portugal e Italia y los de extradición con Cuba, España y Estados Unidos.

Al iniciarse el siglo XX, la República era presidida constitucionalmente por don Juan Isidro Jiménez, el mismo estadista que hoy rige sus destinos. Había llegado al Mando Supremo a la caída de Ulíses Heureaux, con el anhelo de devolver a su patria el imperio de sus libertades y de sus derechos. Su gobierno fué eminentemente civil y, cumpliendo sus elevados y patrióticos propósitos, las garantías ciudadanas fueron respetadas y la justicia fué la única norma de sus actos.

Desgraciadamente, ese período no llegó a su término. En mayo de 1912 una revolución arrojaba al señor Jiménez del solio, dando con ello entrada al general Horacio Vásquez, que también es un político de elevadas concepciones, hombre de alta probidad y de grandes aspiraciones de bien público. No fué éste más afortunado que su antecesor, pues a su vez, vencido por una nueva guerra civil, hubo de abandonar el suelo dominicano, proclamándose Jefe del Estado a don Alejandro Woss y Gil, en abril de 1903.

Este último fué derribado del poder por el general Carlos F. Morales, a fines de octubre de 1903, quien gobernó la República hasta fines de 1905, fecha en que, depuesto a causa del convenio que celebró con los Estados Unidos, dando facultades a esta nación para intervenir en el país en caso de alteración del orden público, fué proclamado Presidente el general Ramón Cáceres, que permaneció en la suprema magis-

General José Bordas Valdés, ex-Presidente Constitucional interino de la República Dominicana.

tratura hasta el nefasto 11 de noviembre de 1911, día en que fué torpemente asesinado.

Cáceres, sin duda, ha sido uno de los mandatarios más honrados y progresistas que haya tenido ese pueblo. Su gobierno de rectos designios se desarrolló bajo una paz que pareció definitiva. Durante su Administración se construyeron ferrocarriles, carreteras, muelles, se fundaron planteles de educación aún en las más apartadas regiones, hubo respeto para todos los derechos, la prensa gozó de sus fueros con una amplitud casi desconocida hasta entonces. La nación pareció que iba a llegar a la cima de su engrandecimiento cuando el crimen político acabó con tan valiosa existencia.

Sucedióle don Eladio Victoria, que sólo pudo mantenerse hasta fines de noviembre de 1912, fecha en que fué nombrado Presidente Provisorio el Dr. Adolfo A. Nouel, Arzobispo de Santo Domingo, cargo del cual renunció el 31 de marzo de 1913, para ser reemplazado por el general José Bordas Valdés, senador por la provincia de Monte Cristy, en el carácter de Presidente interino.

Bordas Valdés, espíritu emprendedor y de alto vuelo, muy poco pudo hacer, porque la revolución se encendió con más furor que nunca. Sin embargo de estos sucesos, su gobierno ha dejado honda huella en las obras públicas, en la organización militar y en la instrucción.

Para evitar mayores efusiones de sangre, Bordas renunció a su mandato y llamóse al notable Dr. Ramón Báez, a ejercer la Presidencia Provisoria de la República. Se preocupó éste, en su corto período, de conciliar la familia dominicana y en preparar una ley electoral que garantiera los derechos de todos los partidos y reflejara la voluntad del pueblo. Bajo el imperio de esta ley se verificaron las últimas elecciones, que dieron por resultado la exaltación del señor Juan Isidro Jiménez para un nuevo período constitucional.

Fuerzas de la Guardia Republicana, pasando revista en su cuartel de Santo Domingo

Entre los benéficos frutos del gobierno del Dr. Báez, se pueden señalar especialmente la restauración de la Universidad de Santo Domingo, la ley de Habeas Corpus y la reorganización de los principales servicios públicos nacionales, perjudicados hondamente por la anormalidad de los acontecimientos.

El señor Jiménez gobierna desde el 5 de diciembre de 1914. Su tino y el prestigio de su personalidad no hacen dudar de que su Administración será próspera y que la paz interna del país será estable y pródiga en grandes progresos para su patria.

Tiene a su lado colaboradores de la talla del Licenciado Velásquez y Hernández, de D. Bernardo Pichardo, de D. Mario Fermín Cabral, del Dr. Pérez Perdomo y tantos otros políticos expertos y patriotas, lo cual es un signo inequívoco de que el esfuerzo empeñado por el señor Jiménez corresponderá, con creces, a las expectativas que la opinión de sus conciudadanos cifra en sus notorias características de talento, experiencia y ecuanimidad y en sus altas miras de gobernante.

Las estampas japonesas

Por

E. Strange

Con ilustraciones

Poco más de una centuria hará que Europa empezó a darse cuenta de la existencia en el Japón de una escuela de grabado, cuya importancia artística no era de despreciar.

Los primeros y raros ejemplares de aquel arte, importados por los mercaderes holandeses al finalizar el siglo XVIII, no llegaron a manos de los escritores de arte de la época, o bien, deliberadamente, los relegaron al olvido, por ser tan completamente opuestos a los principios por ellos profesados.

Retrato de un actor

Corría ya bastante avanzada la segunda mitad del siglo XIX, cuando algunos artistas, entre los cuales basta citar a Monet y Degas, tuvieron ocasión de estudiar y poseer estampas coloreadas japonesas, y supieron apreciar sus bellezas, y aún en cierto grado, sufrieron su influencia. A pesar de esto, no se popularizó su conocimiento, hasta que más tarde, en París, De Goncourt y sus íntimos, entre los cuales se contaban MM. Gillot, Bing, Gouse y Hayashi, con sus entusiasmos despertaron el gusto hacia el arte del imperio del sol naciente.

En la última década del siglo XIX, el valor artístico de las estampas japonesas ocupó su justo lugar en otras naciones, especialmente en Alemania y Estados Unidos.

Y la idea de que el arte japonés era una miseria, una curiosidad rara y extravagante a lo sumo, cedió su puesto a un reconocimiento universal de su importancia decorativa, y quedó establecido, como hecho inconcestable el que, en el arte de la estampa colorida, el Japón no tiene rival en el mundo.

Inexplicable es el silencio que con respecto al arte japonés guardan los tratados que sobre el arte del grabado en madera se han escrito en Europa. Su estudio, la simple descripción de su técnica, hubiera puesto de manifiesto la semejanza, los muchos puntos de contacto que en su esencia tiene con los grabados de madera, de los que tan numerosas impresiones se hicieron y tanta boga alcanzaron en Italia y Alemania en el siglo XVI, conocidos universalmente por el nombre de "chiaro obscuro", semejanzas que yo he señalado ya en otro lugar, sin que por eso declare que el origen de los "chiaro obscuro" sea japonés, como puede presumirse, por la coincidencia de haber aparecido en Europa dicho método de estampación poco después

Carta de amor

de 1582-85, época en que estuvo en Roma una embajada japonesa, que tal vez reprodujera los cuadros religiosos por sus artistas con sus procedimientos, o bien que estos fueran dados a conocer por los misioneros jesuítas que por aquel entonces recorrían el Japón; pero cuestión es esta que al presente no debe preocuparnos.

La técnica de las estampaciones coloridas japonesas es sencillísima, y una breve descripción da clara idea de ella.

Lo que asombra, es la perfecta armonía con que se amalgama el trabajo de tres personalidades diferentes; en efecto, particularmente en el primer período de este arte, tres eran los artistas que producían dichas estampas: en primer lugar, el pintor que proyectaba el modelo, dibujaba luego a línea con pincel finísimo los contornos y dintornos con gran firmeza y precisión, pero sin indicar claroscuro; ejecutaba este trabajo sobre un papel semitransparente que pasaba a manos del grabador, el cual pegaba el papel para calcar el dibujo, cuidando de invertirlo sobre un bloque de blanda madera de cerezo (sakura), procediendo en seguida a hender la madera alrededor de las líneas, rebajando los planos, de modo que el diseño quedase en relieve, resultando de este primer grabado el bloque matriz. Los instrumentos empleados son una serie de buriles y gubias, muy semejantes a las de los carpinteros europeos. De la matriz se obtiene impresiones sobre papel igual, con las cuales se van grabando los diferentes bloques, tantos como tintas haya de tener la estampa. Una vez grabados los bloques necesarios, el estampador prepara los tonos a base de una pasta de arroz; los colores, por lo general, se emplean enteros naturales, y con ellos impregnan los diversos bloques, procediendo a la impresión. Esta no se hace en prensa por presión, sino que el papel, de corteza moral, asombrosamente fino y fuerte, se humedece convenientemente y se aplica sobre la superficie grabada del bloque que se ha de imprimir, frotando el reverso del papel con un estropajo (barrem), formado por un manojo de fibras envueltas en hojas de bambú. Así, sucesivamente, se van imprimiendo todos los colores con tal exactitud y tal perfección en la mano de obra por parte del artífice, que es casi incomprensible para el europeo.

Posteriormente se introdujeron refina-

Joven peinándose

mientos en los procedimientos de la estampación, siendo de mencionar el uso de polvos metálicos, especialmente en los "surimono", produciendo efectos deslumbrantes, así como el "gauffrage" por medio de relieve, del color que, según los japoneses, se obtiene merced al manejo especial del "barrem".

El artista creador era generalmente independiente y libre en su trabajo, y el más estimado de los tres dando su nombre a las estampas, las cuales son consideradas producciones suyas, aún cuando no sean de él ni el grabado ni la estampación. El grabador no es más que un maravilloso y fiel intérprete, y el estampador fué considerado, como simple obrero a sueldo del editor, que en muchos casos era el mismo grabador. Algunas veces los editores tenían también a sueldo en su casa al artista.

Entrepaño pintado

Las estampas eran apreciadas y buscadas que, en ocasiones, se vendían en el mismo taller de producción.

Muchas estampas ostentaban al pie caprichosas leyendas y sentidas poesías. El precio en que se vendían, era verdaderamente irrisorio, una futesa, lo que permitía que fuesen compradores todos los japoneses, las más humildes clases de trabajadores y los samurai o guerreros que iban a Yedo acompañando a sus "señores" feudales en la visita que estos hacían al finar el año a la corte del "Shogun", quien hasta 1868 fué el soberano de hecho del Japón.

Exceptuando unos pocos artistas que trabajaron en la capital del Mikado, Kyoto, y la interesante escuela de Osaka, que floreció antes de mediar el siglo XIX, Yedo (Tokio), monopoliza la totalidad del arte japonés, al extremo de ser conocidas vulgarmente las estampas coloridas, por el nombre genérico de Yedo-ye (Pinturas de Yedo).

A pesar de tal sencillez en los medios de producción industrial, son las estampaciones japonesas de extremada bondad artística, colorido brillante y armonioso, composición correcta, dibujo firme y expresivo, cualidades que el audaz frote del cepillo del estampador, reproduce con absoluta y asombrosa fidelidad. Arte esencialmente decorativo, es convencional; pero, después de todo, ¿qué arte pictórico no tiene sus convencionalismos? Y hay que convenir que ello existe hasta en las escuelas europeas. Pero una vez aceptado, y dentro de su manera especial de ser y sentir, ¡qué honradez de concepto y expresión observamos en él, sobre todo en sus primitivos, y cuán de admirar es la perfecta adaptación y unidad que existe entre la ideal y la técnica! En esto sobresale el artista japonés, y es tan grande el dominio que tiene sobre sí y perfecto el conocimiento de los materiales y medios de expresión de que dispone, que a pesar de su poderosa y fuerte retentiva e imaginación, marcha recto y sin desviarse por el camino que a sí propio se trazara.

Entrepaño pintado

*

La estampación coloreada en el Japón, puede decirse que termina entre 1870 y 1880. Abandonado el empleo de los colores antiguos a los que substituyen por más baratos los de importación extranjera, la estampación degenera, por no prestarse estos últimos tan bien como los primeros a los procedimientos técnicos de la impresión clásica.

Rotos los antiguos moldes, tan sólo dos o tres artistas mantenían la tradición his-

tórica, pero su producción no es comparable a la de las primeras épocas. Tan completa decadencia no es natural; débese, tal vez, en gran modo, al estado de fermentación e inquietud en que el país hallábase sumido en ocasión del gran cambio que en 1868 experimentó el ambiente social del Japón.

Tan sólo un artista, por virtud de su gran talento, pudo salir a flote en el temporal de la época.

Y en lo peor de ella, con pésimos medios y colores, hizo estampas de gran valor e interés artístico. Shojo Kyosai nació en Koga en el año 1831; niño aún, trabajó algún tiempo con Kuniyohsi, pero los principios fundamentales de su educación artística los debe a Kano Dohaku, pintor, y no es cierto que fuera en época alguna discípulo de Hokusai, como se afirma vulgarmente.

A la muerte de Dohaku, dejó la alta pintura adoptando los métodos y procedimientos de la escuela popular, en la que introdujo el uso de la caricatura política en forma tan amarga y mordaz, que le valió ser preso tres veces cuando menos, contra-

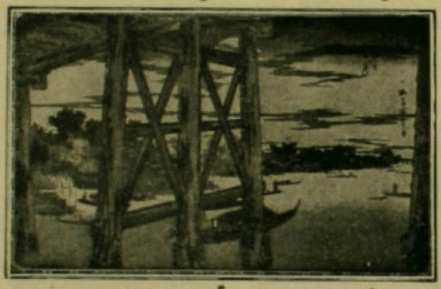
tiempo que sirvió para desarrollar nuevos asuntos a su fácil pincel.

Dibujaba con extrema soltura, rebosando "humor", irónico en la expresión de sus sentimientos, sentíase lleno de amor a la vida; estaba orgulloso de su arte y entregado a él por entero con pasión: era otro Hokusai, en suma.

Sus primeras estampas, firmadas con el nombre de Chikamaro, son tan sólo una promesa de lo que había de llegar a hacer, paisajes en su mayoría, muy inferiores a los de Hiroshige. Pero después, su personalidad se afirma, y sobresale en la ilustración de libros, en los que despliega todo su talento, no habiendo tenido quien le supere en los proverbios ilustrados. Murió en 1889.

Por el 1890, un nuevo género de estampas coloreadas aparece.

Al introducirse en el Japón los colores extranjeros, hubieron necesariamente de mo-



Puesta de sol

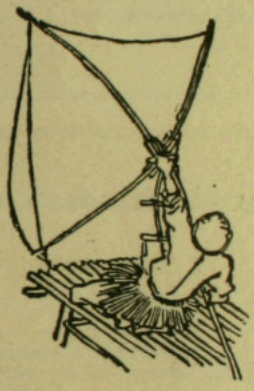
dificarse los procedimientos antiguos de la estampación. Estos colores semi opacos y pastosos, no resultaban bien sobre aquellos bloques tan profundamente tallados; a base de anilinas, en su mayor parte, requerían ligeras presiones para obtener transparencias. Así modificaron los relieves, y contribuyendo al resultado dibujante y grabador, debilitando los trazos; las estampas así hechas son bonitas y alguna vez hermosas, delicadamente grabadas y de finas tintas, pero no pueden en modo alguno rivalizar con las viriles obras producidas cincuenta años antes.

Los artistas japoneses trabajan en estos momentos con ahínco, a fin de conseguir un renacimiento en el arte de la estampación coloreada.

El alma de tan simpático movimiento es

"Yhositoshi", discípulo de Kuniyoshi, fallecido en 1892. Por mucho tiempo siguió la escuela tradicional, pero con la extraordinaria versatilidad que parece ser la característica de su nación, la abandonó sin esfuerzo alguno aparente. Sus estampas son ahora las mejores de la escuela moderna. Su discípulo Toshikata, cuando intenta seguir a los europeos, es un artista agradable, y el joven Kiyokata, a su vez discípulo de este último, es una promesa en el arte.

Yoshu Chicanobu, que estudió con Kunichika, es otro artista que sigue el buen camino; su modelo es Utamaro, y es tal vez de todos sus camaradas el que más se ciñe a la escuela clásica; de buena edad aún, en 1902, deja hablarse de él. Miyagawa Shuntey, Tomioka Yeisen, son excelentes pintores; el primero tiene predilección por



el paisaje. Entre los jóvenes, el mejor es tal vez Ogata Gekko, pintor de reputación en el Japón, perteneciente a la "Shijo" o escuela naturalista, artista de mérito que ha obtenido recompensas oficiales. Con todo, se percibe que el arte de las estampas coloreadas desciende en el Japón y pierde su característica, hasta quedar reducido tal vez a un mero procedimiento de reproducción. Así se puede apreciar últimamente el notable artista pintor Watanabe Seite, por ejemplo. Ha hecho reproducir sus hermosos bocetos por dicho procedimiento, pero no tienen ya nada de los antiguos "nishikiye", son más bien cromo-litografías o tricolores. Los últimos libros del estilo que hemos visto en dibujo y color, de grabador o impresor, son los hermosos estudios de pájaros y flores (1881-1892) por Kono Bairei, que falleció en 1894, y las ilustraciones de

formas vegetales de Imao Keinen (1891-92).

La línea divisoria que existía entre las clases sociales, de artistas pintores y los de estampas coloreadas en las épocas anteriores, no es tan marcada en la actualidad; además, la primera de ellas ha perdido terreno en la opinión general del Japón. Individualmente se aprecia a los artistas por su obra, sean tan sólo pintores sean autores de estampas; el continuo trato con Europa, el intercambio de ideas ha ido borrando la diferencia de clases mantenida bajo el antiguo régimen feudal.

Creemos oportuno en este momento señalar, aunque sumariamente, la evolución del arte japonés en su imitación del estilo europeo. Algunos artistas japoneses, en los últimos años, han intentado seguir los métodos, procedimientos y manera del arte occidental; y los impresionistas japoneses, los de la escuela Barbizon, del "Art Nouveau", y los de las enmarañadas sectas de la Alemania meridional, han llevado a su país, con tal entendida soberbia, la parte superficial, externa, de un arte no comprendido, seducidos tan sólo por la moda, a la cual fíase también la elección de maestros.

Ecléctico otros, intentaron fusionar artes tan diametralmente opuestos como son el europeo y el del Extremo Oriente. Como es natural, han fracasado; no podía ser de otra suerte.

Las escuelas de arte japonés viven actualmente, aún cuando algunas se remontan en su origen a épocas inmemoriales, en tanto que las nuestras han desaparecido. Los pintores japoneses conservan siempre sus métodos y técnica, desenvueltos en la médula del carácter nacional, así su arte es un arte noble, de abolengo e historial ligado íntimamente a la literatura y objeto de los amores patrios. Su nombre custodia y ampara todo cuanto es bello y consérvase puro, sin dejarse corromper por extranjeras raeduras su típico carácter.

EL VALLE DEL TERROR

Nueva aventura de Sherlock Holmes

Por

A. CONAN DOYLE

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR RAMONDRIAG

Con ilustraciones

PARTE 1.ª LA TRAGEDIA DE BIRLSTONE

CAPITULO I

El aviso

—Me inclino a creer, dije...

—También yo lo creería, interrumpió impaciente Holmes.

Me tengo por uno de los hombres más sufridos, pero aquella brusca interrupción confieso que me hizo salir de mis casillas.

—A la verdad, Holmes, dije yo con severidad, que a veces se pone usted insoportable.

Estaba Holmes demasiado embebido en sus pensamientos para darme una inmediata respuesta. Con la sien apoyada sobre su mano, teniendo adelante aún intacto el humeante desayuno, fijaba absorto sus miradas en un pedazo de papel que acababa de sacar de un sobre. Después cogió el sobre y lo miró y examinó minuciosamente al través por dentro y por fuera.

—Este escrito es de Porlock, exclamó de pronto, meditabundo. No me cabe duda que es de él, aunque sólo he visto letra suya una o dos veces antes. Pero esta "e" griega es característica indubitable. Ahora bien, si el escrito es de Porlock, preciso es que sea algo de capital importancia.

Hablaba consigo mismo más bien que conmigo; pero mi enojo desapareció al punto ante el extraordinario interés que sus palabras despertaron en mí.

—¿Quién es ese Porlock? pregunté.

—Porlock Watson, es un pseudónimo, una simple señal de identificación, tras de la cual se oculta una astuta y sagaz personalidad.

En carta anterior me confesó francamente que este no era su propio nombre y me desafiaba a descubrirle entre la balumba de millones de habitantes en esta inmensa urbe.

Porlock es una personalidad importante, no por sí, sino por el gran hombre con quien está en contacto. Figúrate juntos a un chacal con un león, a un pececillo con un tiburón, en una palabra todo aquello que es en sí insignificante, en unión perfecta con lo que hay de más formidable, y aún más que formidable, con lo que hay de más siniestro, pero siniestro en su más alto grado.

Tal es la situación en mi concepto. ¿No me has oído hablar del profesor Moriarty?

—El famoso criminal científico, tan conocido entre los apaches como...

—No me abochornes, Watson, murmuró Holmes con voz suplicante.

—Iba a decir como desconocido del vulgo.

—Una palabra; una sola palabra! exclamó Holmes. Observo que repentinamente se te está desarrollando una vena del mal humor. Watson, contra la que es preciso que yo también me prevenga. Al llamar a Moriarty criminal eres un calumniador a los ojos de la ley, cuyo respeto y gloria echas por los suelos. El mayor embaucador de todos

los siglos, el autor de toda perversidad, el cerebro mejor organizado del mundo, un cerebro que puede por sí solo levantar o hundir una nación, tal es nuestro hombre. Pero tan lejos está de toda sospecha, tan por encima de la crítica, tan admirable es su gestión y suficiencia, que por esas palabras que acabas de pronunciar podría él llevarte a un tribunal y encerrarte a la sombra por un poco de tiempo, mientras se te dulcificaba el carácter.

¿No es éste el celebrado autor de la "Dinámica de un Ateroide", libro que llega a una tal sublimidad en el terreno de las matemáticas puras, que se dice que no hay sabio capaz de comprenderlo? ¿Es este hombre para desacreditarlo? En un tribunal pasarías por un doctor de mala lengua mientras él figuraría como víctima de tu mordacidad.

Es un genio, Watson. Pero si hoy nada podremos contra él, ya llegará seguramente nuestro día.

—¡Que pueda yo verlo! exclamé con entusiasmo. Pero me estaba usted hablando de Porlock.

—¡Ah, sí! Este tal Porlock es sólo un eslabón de la cadena, aunque afortunadamente no muy sólido. Por lo que yo veo es el único punto débil en esa cadena formidable.

—Y a pesar de esto no hay cadena tan fuerte como este débil eslabón.

—Exactamente, mi querido Watson. De aquí la importancia extraordinaria de Porlock. Llevado por ciertas aspiraciones rudimentarias hacia el derecho, y alentado por el prudente estímulo de algún premio ofrecido de diez libras, me ha dado una o dos veces avisos de un valor extraordinario, en cuanto han servido más que para castigar el crimen para prevenirle y evitarle. No me cabe duda que si pudiéramos descifrar la clave de este enigma nos encontraríamos con una comunicación de la índole de las que te indico.

De nuevo Holmes volvió a extender el papel ante su vista. Yo me levanté y por encima de su hombro pude leer esta extraña inscripción:

534	C2	13	127	36	31	4	17	21	41
Douglas		109	293	5	37	Birlstone			
	26	Birlstone		9	13	171			

—¿Y qué va a hacer usted con eso, Holmes?

—Evidentemente esto es un convenio para remitir informaciones secretas.

—¿Y qué podemos hacer con este enigma sin poseer la clave?

—En este caso, nada, absolutamente.

—¿Y por qué dice usted en este caso?

—Porque hay muchos lenguajes cifrados que yo descifraría con la mayor facilidad. Estos entretenimientos divierten la inteligencia sin fatigarla. Pero aquí es diferente. Aquí se hace referencia sin duda, a la página de un libro. Mientras no sepa la página y el libro de que se trata, estoy desarmado.

—Pero, ¿y por qué pone las palabras "Douglas" y "Birlstone"?

—Es evidente; porque no se hallan en la página en cuestión.

—Y cómo no indica entonces el libro.

—Tu misma natural sagacidad, Watson, esa habilidad innata que tanto celebran tus amigos te habría con toda seguridad prevenido de incluir la clave en el mismo sobre que el enigma. Sería una torpeza imperdonable. Hay que prevenirse contra lo que pueda ocurrir. No tardaría en llegar el segundo correo y mucho me equivocaría si en él no llega una segunda carta explicativa, o lo que es más probable, el libro mismo a que se refiere la carta enigmática primera.

A los pocos minutos se veía plenamente confirmada la suposición de Holmes por la aparición de Billy, el paje, que traía en las manos la carta deseada.

—La misma letra, recalcó Holmes abriendo el sobre y ahora sin cifras, añadió con júbilo al desenvolver el pliego. Ven, Watson, hemos triunfado.

Pero sus cejas se arrugaron al fijar sus miradas en el escrito.

—¡Válgame el cielo! ¡Qué contratiempo! Mucho me temo, Watson, que todas nuestras esperanzas vengan por tierra. Empiezo a creer que el tal Porlock no va a caer tan fácil en la trampa.

"Estimado Mr. Holmes, leyó éste. No puedo ya seguir en este asunto. Sería muy peligroso. Se sospeha de mí. Puedo asegurarle que se sospecha. Se me ha presentado de improviso en el momento mismo que acababa de escribir este sobre para Ud. con intención de mandarle la clave de la cifra. Apenas tuve tiempo de ocultarlo. Si él lo llega a ver, ya hubiera yo sentido el peso de su ira. Pero he leído la sospecha en sus ojos. Hágame el favor de quemar la carta cifrada que para nada puede servirle a Ud.—**Fred Porlock**".

Holmes permaneció un buen rato sentado, absorto, estrujando entre sus dedos la carta desconsoladora, mientras fijaba sus miradas en el fuego de la chimenea.

—Después de todo, dijo al fin, nada hay en esto de extraño. Puede muy bien ser la acusación de su conciencia. Comprendiendo su traición, ha creído leer en los ojos del otro la acusación de su falta.

—¿El otro será, a lo que presumo, el profesor Moriarty?

—¿Y quién otro? Cuando alguno de esta banda emplea el "él" ya se sabe a quién se refiere. Este "él" es un "él" enfático, de predominio sobre los demás.

Pero, ¿y qué es lo que puede hacer él?

—¡Hum! Esta es cuestión muy larga. Cuando se tiene de frente uno de los primeros cerebros de Europa con todo el poder de las tinieblas a su espalda, el número de posibilidades es infinito.

De todos modos el amigo Porlock está evidentemente fuera de sí. Compara tú la letra de la carta con la del sobre, que estaba escrito, según él mismo confiesa, antes de ser sorprendido: la una es clara y segura, la otra apenas legible.

—¿Y por que escribiría? ¿Por qué no dejaría el asunto simplemente?

Porque temió que yo hiciese en este caso alguna investigación acerca de él, que tal vez pudiese perjudicarle.

—Indudable, dije, natural. Yo había tomado la primera carta cifrada y reconcentraba sobre ella mi atención. Es dura cosa pensar que haya en este papel un secreto de importancia y que no esté en las fuerzas humanas penetrar en él.

Sherlock Holmes apartó lejos su taza de desayuno aún intacta y echó mano de su desagradable pipa, la inseparable compañera de sus profundas meditaciones.

—Y digo yo, exclamó recostándose hacia atrás y fijando su mirada en el techo, puede de aquí haya puntos que escapen a tu inteligencia maquiabélica. Vamos a considerar el problema a la luz del raciocinio. Esta clave parece referirse a un libro determinado. Tal es nuestro punto de partida.

—Punto vago, por cierto.

—Veamos, pues, si es posible precisarlo. A medida que pongo mi atención en él, me va pareciendo menos impenetrable el misterio. ¿Qué indicios tenemos de este libro?

—Ninguno.

—Bueno, bueno, me parece que no es tanto. La carta cifrada comienza con un número alto, 534, ¿no es así? Podemos bien partir de la hipótesis de que este número 534 es precisamente la página a que se refiere el mensaje. En este respecto, nuestro libro sería, sin duda alguna, un libro grande, lo cual es ya tener algo adelantado. ¿Qué otras indicaciones tenemos sobre la naturaleza de este libro grande?

—C2. Capítulo segundo sin duda.

—Torpe idea, Watson. Convendrás conmigo, estoy seguro, que teniendo el número de la página huelga el del capítulo. Además que si la página 534 sólo nos lleva al capítulo segundo del libro, la extensión del primero sería verdaderamente insoportable.

—¡Columna! grité yo.

—Espléndido, Watson. Estás esta mañana sumamente inspirado. Mucho me equivocaría si no es columna.

Así, pues, como ves, comenzamos a vislumbrar que se trata de un libro grande, impreso a dos columnas, y cada una de las cuales es de un largo considerable, desde el momento que una de las palabras indicadas en el escrito, lleva el número 293. Habremos agotado el límite de los datos que nos ofrece el raciocinio.

—Temo que así sea.

—Pues estás en un error; de nuevo te ofuscaste, querido Watson. Raciocinemos otra vez. Si el libro hubiera sido un poco común, él me lo habría mandado. En vez de esto ha intentado, según él mismo confiesa, mandarme la clave del enigma en este sobre. Aquí lo dice. Esto parece indicar que el libro es alguno que él piensa que yo no sea difícil que posea. El lo tenía y juzga que yo también he de tenerlo. En una palabra, Watson, es un libro vulgar.

—Me parece muy lógica su idea.

—Estamos por tanto concentrados en este asunto a buscar un libro grande, impreso a dos columnas y de uso corriente.

—La Biblia, dije al punto con aire de triunfo.

—Bien, Watson, bien. Pero a lo que yo creo, no bien del todo. Aún cuando a mí también se me había ocurrido tal idea, difícilmente podría nombrarse un libro menos susceptible de estar a la mano de los asociados de Moriarty. Por otra parte, las ediciones de la Sagrada Biblia son tan numerosas que difícilmente pudieran encontrarse dos copias con la misma compaginación. Se trata de un libro editado evidentemente de una sola edición. Por eso él tiene por seguro que su página 534 corresponde exactamente con la mía del mismo número.

—Pero poco libros habrá que llenen todos esos requisitos.

—Exacto. Y esta es nuestra salvación. Nuestro campo de investigación queda reducido considerablemente.

—El "Bradshan"!

—Difícil lo veo, Watson. El vocabulario del Bradshan es vigoroso y escogido, pero muy pobre. No se prestaría a la selección de palabras para un comunicado corriente. Hay que eliminar el "Bradshan": Un diccionario sería inadmisible por la misma razón. ¿Qué nos queda, pues?

—Un almanaque.

—Magnífico, Watson. O mucho me equivoco o has dado en el clavo. Un almanaque! Consideremos las probabilidades que ofrece el de Whitaker. Es de uso corriente. Tiene el requerido número de páginas. Está a columna doble. Aunque exiguo en su vocabulario, al principio ha llegado a ser, si mal no recuerdo, correcto, casi locuaz últimamente. Holmes abrió el cajón de su pupitre y sacó el libro. Aquí está el almanaque. Página 534, segunda columna. Un trozo substancioso de un artículo, sólo que parece sobre el comercio y recursos de la India Inglesa. Toma nota de las palabras y vete apuntando, Watson. La palabra trece es Mahratta. Temo que no sea buen principio. Palabra 127, Gobierno: por lo menos hace sentido, aunque no parece muy a propósito para nosotros y el profesor Moriarty. Sigamos buscando. ¿Qué haría el gobierno de Marhatta? ¡Bah! la palabra que sigue es cerdas de puerco. Nuestro gozo es un poco, mi buen Watson. Lo erramos.

Hablaba en son de broma, pero el arrugamiento de sus cejas dejaba adivinar su disgusto y su mal humor. Yo me senté desesperanzado y con pena, mirando el fuego. Una súbita exclamación de Holmes rompió

el largo silencio; Holmes se precipitó sobre un armario del que sacó un segundo libro de tapas amarillas.

—Estamos pagando las consecuencias de atenernos demasiado al día. Con seguridad

Los ojos de Holmes despedían radiosas miradas de triunfo y sus dedos secos y nerviosos se retorcían mientras contaba las palabras.—"Peligro", ¡Ah! ¡Ah! ¡Soberbio! Apunta ya, Watson.

que hemos avanzado demasiado. Como estamos a siete de enero, nosotros, consiguientemente, hemos acudido al almanaque nuevo. Es, sin embargo, más que probable que Porlock entresacase su mensaje de un almanaque viejo. No me cabe duda que así nos lo hubiera dicho a tener lugar de escribir su carta explicatoria. Vamos a ver por tanto lo que nos reserva la página 534 de uno de los almanaques pasados. El número trece es "Hay", esto es ya prometedor. Número ciento veintesiete es "Hay un". Los ojos de Holmes despedían radiosas miradas de triunfo y sus dedos secos y nerviosos se retorcían mientras contaba las palabras. "Peligro". ¡Ah! ¡Ah! ¡Soberbio! Apunta ya, Watson. "Hay un peligro inminente para un tal", ahora viene la palabra "Douglas" caballero opulento, actualmente con señorío Birlstone. Confidencia Birlstone es apremiante". Bien, Watson! ¿Qué piensas ahora del raciocinio y sus consecuencias? Si el especiero tuviera laurel o algo así, manda a Billy por ello en señal de triunfo.

Yo tenía los ojos fijos en el extraño mensaje que había garrapateado, a medida que Holmes lo descifraba, en una hoja de papel sobre mis rodillas.

—Extraña manera de hacer comunicaciones, dije.

—Por el contrario, respondió Holmes, está hecha perfectamente bien. Cuando se busca una sola columna por la que poder expresar las palabras que uno desea, la tarea no es nada fácil. Hay que dejar necesariamente algo a la inteligencia del corresponsal. Aquí la palabra "confidencia" está, sin duda, por "confidente", y el confidente debe ser el que apremia y amenaza. He aquí nuestro resultado y a fe que es éste, un buen trozo de análisis hecho con toda habilidad.

Holmes irradiaba de júbilo del verdadero artista en el triunfo de su beneficio, así como otras veces se lamentaba amargamente cuando el éxito no correspondía a sus esperanzas. Aún estaba saboreando la satisfacción del triunfo cuando Billy abrió la puerta de la habitación y penetró en ella el inspector Mr. Donald, de la Scotland Yard.

Aún no mucho tiempo atrás, Alec Mac-

Donald estaba muy lejos de alcanzar en el país la fama extraordinaria de que hoy goza. Era un individuo de la fuerza policial, joven, pero de esperanza, que se había distinguido en varias comisiones que le habían sido encomendadas. Su arrogante figura y corpulencia anunciaban una fuerza física extraordinaria, mientras su frente ancha y despejada y su mirada penetrante acusaban con no menor elocuencia una inteligencia poco común. Era un hombre callado, estricto, de un carácter firme y tenía un marcado acento escocés.

En dos ocasiones difíciles habíale Holmes ayudado en su profesión hasta conseguir el éxito, siendo su única ambición la satisfacción espiritual del triunfo. Por este motivo la veneración y el afecto para su colega amateur eran sinceras y profundas y así lo atestiguaba en la franqueza con que acudía a consultar a Holmes en cada caso difícil. Los mediocres no reconocen nada superior a ellos, pero el hombre de talento en seguida reconoce y acata al genio y Mac-Donald tenía en su profesión talento suficiente y estaba persuadido de que no había humillación por su parte en buscar el apoyo y consejo de quien era en su género el único en Europa tanto por sus dotes como por su experiencia. Holmes no era pródigo en sus amistades, pero aceptaba la del corpulento escocés y la acogía siempre con la sonrisa en los labios.

—Es usted ave madrugadora, Mr. Mac, dijo Holmes y le deseo un buen día. Me temo que algo grave le trae a usted por aquí.

—Si Ud. dijera "espero" en vez de temo, se aproximaría más a la verdad, respondió el inspector con un gesto de inteligencia. Falta hacía una escarcha para que atenuara el frío de la mañana. No, ahora no fumo, muchas gracias. Tengo que marcharme en seguida para proseguir mi tarea, pues los primeros momentos después de un acontecimiento son los más preciosos, según Ud. sabe mejor que nadie. Pero, pero...

El inspector se había detenido bruscamente, mientras fijaba una mirada de estupefacción sobre un papel que había encima de la mesa.

Era la hoja sobre la que yo había garrapateado el enigmático mensaje.

—"Douglas"! exclamó asombrado, "Birlstone"! Qué es esto, Mr. Holmes. Hombre, esto parece magia. ¿Dónde diablos ha podido Ud. conseguir estos nombres?

—Esto es una clave que el doctor Watson y yo hemos tenido oportunidad de descifrar. Pero, ¿por qué, qué hay de maléfico en estos nombres?

El inspector nos miraba alternativamente a uno y a otro sin salir de su estupefacción.

—¿Que qué hay? respondió, que Mr. Douglas, del señorío de Birlstone ha sido horriblemente asesinado esta mañana.

CAPITULO II

Sherlock Holmes discurre

Fué uno de esos momentos dramáticos para los que mi amigo era que ni pintado. Exageraría si dijera que apareció conmovido al aun excitado ante la terrible noticia. Sin que por eso se notase rasgo alguno de crueldad en su aspecto exterior, puede decirse que estaba ya de largo tiempo encallecendo para las impresiones. Mas, si bien estas se mostraban atenuadas, sus facultades intelectuales se manifestaban en asombrosa actividad. No se notaba, pues, en él señal ninguna del horror que a mí mismo me sobrecogió ante esta breve declaración, sino que su aspecto revelaba más bien la tranquilidad y el aire de interés con que el químico observa la cristalización de una solución concentrada.

—Notable, dijo, notable.

—¿Pero parece que Ud. no se ha sorprendido?

—Interesado, sí, Mr. Mac, sorprendido, difícilmente. ¿Por qué había de sorprenderme? Yo había recibido un aviso anónimo, de un origen cuya importancia bien sabía, y se me notificaba el peligro que corría cierta persona. En el término de una hora he visto este peligro realizado y sé que esa persona ya ha muerto. Esto me interesa, pero, como Ud. observa muy bien, no me sorprende.

En pocas palabras explicó entonces el inspector lo que había sobre la carta y el enigma. Mac Donald se sentó, apoyando su barba entre las manos y enarcando sus grandes cejas rubias hasta formar un arco de oro.

—Yo iba a ir a Birlstone, esta mañana, dijo. Vine a preguntar a Ud. si tendría gusto en acompañarme, Ud. y su amigo, naturalmente. Pero por lo que Ud. me ha contado, probablemente tendremos más que hacer aquí en la ciudad.

—Yo opino lo contrario, dijo Holmes.

—No comprendo, Mr. Holmes, interrumpió el inspector.

Dentro de uno o dos días los diarios llenarán sus páginas con el Misterio de Birlstone, pero donde está el misterio es aquí en Londres hay un hombre que predijo el crimen antes de ocurrir.

Nuestra misión se reduce, por tanto, a echarle mano a este hombre y luego lo demás vendrá de por sí.

—Claro que sí. Mr. Mac-Donald. Pero, y ¿cómo se las arregla Ud., para echar la mano encima a ese dicho Porlock?

Mac-Donald examinó la carta que Holmes le había proporcionado.

—Sellada en Cambewell. Esto no nos ayudará gran cosa. El nombre dice Ud. que es supuesto. Tampoco esto ha de servirnos mucho. ¿Y no dice Ud. le ha mandado dinero?

—Dos veces.

—¿Y cómo?

—En billetes a la oficina de correos de Cambewell.

—¿Y no ha intentado Ud. averiguar quién retiraba ese dinero?

—No.

El inspector lanzó una mirada de sorpresa y casi de indignación.

—¿Y por qué no?

—Porque yo siempre cumplo mi palabra. Cuando por primera vez me escribió le prometí que nunca intentaría seguirle la pista.

—¿Piensa Ud. que hay alguien que se oculta detrás de él?

—Conozco que lo hay.

—Sin duda el profesor ese de quien yo le he oído hablar a Ud.

—Exacto.

El inspector Mac-Donald sonrió y sus párpados se contraían al fijar sus miradas en mí.

—No quiero ocultarle a Ud., Mr. Holmes, que en la C. I. D. todos pensamos que tiene Ud. sobre este profesor no escasez de datos importantísimos. Yo he hecho por mi propia cuenta algunas investigaciones sobre el particular. Parece que él se presenta como una especie de hombre respetable, ilustrado y de talento.

—Celebro que llegue Ud. hasta reconocerle talento.

—Hombre, Ud., sin embargo, no podría reconocérselo. Después de oirle a Ud. hablar del asunto, hice de él un negocio favorito. Tuve con él una charla sobre los eclipses (no podría decirle cómo llegó nuestra conversación a este punto); él sacó una linterna de reflector y un globo esférico y en un momento me explicó con la mayor claridad la teoría. Me prestaba un libro, pero yo no quise aceptarlo, alegando que tenía cabeza muy dura, a pesar de que había tenido una esmerada educación en Escocia. El habría podido hacer un gran ministro con su rostro enjuto, su cabello gris y ese aire solemne y majestuoso que emplea cuando habla. Cuando al despedirme golpeaba con su mano mis hombros cariñosamente, parecía un padre que bendice a su hijo cuando éste va a entrar en el torbellino del mundo traicionero.

Holmes se frotaba las manos de gusto.

—¡Magnífico! exclamó ¡magnífico! Y dígame amigo Mac-Donald, esta entrevista tan encantadora como emocionante, ¿tendría lugar, supongo yo, en el estudio del profesor?

—Efectivamente.

—Bonito estudio, ¿no es cierto?

—Bonito y elegantísimo también, Mr. Holmes.

—¿Ud. se sentaría de frente al escritorio?

—Justamente.

—¿Con el sol en su cara y la cara de él en la sombra?

—No, era ya de noche; pero recuerdo perfectamente que la lámpara me daba de lleno en el rostro.

—Así tenía que ser. ¿Observó Ud. por fortuna una pintura sobre la cabeza del profesor?

—Cómo no, Mr. Holmes. Seguramente, de Ud. he aprendido a observar así. Vi la pintura, en efecto, una joven con la cabeza entre las manos y mirando hacia uno de soslayo.

—Es un cuadro de Juan Bautista Greuze.

El inspector miró con interés y sorpresa.

—Juan Bautista Greuze, continuó Holmes, tamboreando con sus dedos sobre la silla y recostándose bien en ella, fué un pintor francés que floreció por los años de 1750 a 1800. Me refiero naturalmente a su carrera artística. La crítica moderna ha confirmado ventajosamente el alto concepto que de él tuvieron sus contemporáneos.

Mientras fijaba una mirada de estupef

El inspector abría sus ojos ensimismado.

—No le tenemos nosotros mejor, dijo éste.

—Pero quizás lo tengamos, interrumpió Holmes. Todo cuanto le estoy diciendo tiene un interés directo y una capital importancia con lo que Ud. ha dado en llamar el Misterio de Birlstone. En rigor, puede decirse hasta cierto punto que es el eje de todo este misterio.

Mac-Donald se sonrió ligeramente y me miró como consultándome sobre esto.

—Va Ud. demasiado rápido en sus ideas, Mr. Holmes. Ha saltado Ud. uno o dos escalones y yo no puedo seguir el hilo. ¿Cuál puede ser en el mundo entero la conexión que haya entre este pintor fallecido y el asunto de Birlstone?

re un papel que había encima de la mesa

—Todo dato puede ser provechoso al detective, recalcó Holmes. Hasta el hecho insignificante de que en el año 1865 un cuadro de Greuze titulado "La joven del cordero" alcanzase un valor de un millón dos cientos mil francos, más de cuarenta y cinco mil libras, en la venta de Portales, puede ser tema de reflexión en su ánimo.

Era evidente que sí que lo era. El inspector se mostraba interesadísimo.

—Debo recordar a Ud., prosiguió Holmes, que el sueldo del profesor puede robarse a ciencia cierta por más de un libro digno de crédito. Es de setecientas libras al año.

—¿Cómo ha podido entonces comprar?...

—Eso mismo digo yo. ¿Cómo ha podido?

—Verdaderamente, esto es interesante, dijo el inspector preocupado. Siga Ud. Mr. Holmes, me está gustando esto. Estoy intrigado.

Holmes sonrió. Gozaba con la admiración sincera como verdadero artista.

—¿Y el asunto de Birlstone? preguntó.

—Hay tiempo para todo, replicó el inspector mirando su reloj. Tengo el coche a la puerta y en menos de veinte minutos estamos en Victoria. Pero volviendo al cuadro de Greuze. Creo haberlo oído más de una vez, Mr. Holmes que nunca se había Ud. encontrado con el profesor Moriarty.

—No, nunca.

—¿Cómo conoce Ud. entonces sus habitaciones?

—Esto es ya asunto distinto. Tres veces he estado en esas habitaciones, dos esperándole con diferentes pretextos y marchándome antes de llegar él. Una vez... bueno, no puedo hablar de esa vez a un oficial detective. Fué en la última vez que allí estuve cuando me permití curiosear sus papeles, con el más inesperado resultado.

—¿Encontró Ud. algo comprometedor?

—Nada, absolutamente. Esto fué lo que me asombró. Sin embargo, ya ve Ud. la cuestión del cuadro. Esto demuestra que se trata de un hombre corpulento ¿De dónde le ha venido esta riqueza?... El es soltero. Un hermano suyo más joven es jefe de estación en el poniente de Inglaterra. Su sueldo no es más que de setecientas libras anuales. Y, sin embargo, tiene un Greuze.

—¿Y bien?

—La consecuencia es lógica.

—¿Ud. supone que tiene una gran renta y que es preciso que la obtenga ilegalmente?

—Ni más ni menos. Además, tengo también otras razones para pensar así, una serie de cabos sueltos que me llevan necesariamente a pensar de los medios de que se valen para su lucro las personas poco escrupulosas. Yo hago mención del Greuze porque él nos da más claramente una idea de que aquí hay algo oculto.

Bien, Mr. Holmes. Admito que cuanto Ud. dice es interesante, más todavía, maravilloso. ¿Pero por qué no nos deja ver un poco más claro en el asunto? ¿Se trata de un falsificador, de un monedero falso, de un salteador? ¿De dónde procede este dinero?

—¿No ha leído Ud. algo de Jonathan Wild?

—No sé, el nombre parece que me suena. Algún héroe de novela, ¿no es así? No suelo prestar mucha atención a los detectives de novela. Obran, pero nunca sabemos cómo lo hacen. Todo es fantástico, pero nada práctico.

—Jonathan Wild no fué detective, ni figura en novelas. Fué un criminal, un maestro del crimen y vivió en el siglo pasado, allá por el 1750.

—Entonces nada tengo que ver con él. Yo soy hombre práctico.

—Mr. Mac, lo más práctico que podría Ud. hacer en su vida era encerrarse durante tres meses y dedicar doce horas diarias a leer los anales del crimen. Todo puede encerrarse en un círculo y el profesor Moriarty también. Jonathan Wild fué la fuerza secreta de los criminales de Londres, a los que él dió su cerebro y su organización, cobrando un quince por ciento de comisión. La vieja rueda va dando vueltas y el mismo rayo vuelve a aparecer de nuevo. Lo mismo que se hizo antes, se seguirá haciendo después. Puedo dar a Ud. sobre Moriarty uno o dos datos que han de interesarle seguramente.

—Estoy ya suficientemente interesado.

Ya sé cuál es el primer eslabón en esta cadena; cadena que empieza con esta especie de Napoleón nefasto y termina en un ciento de individuos maleantes y degradados, carteristas, rateros y desvalijadores entre los que no hay crimen que se desconozca. Su jefe de estado mayor es el coronel Sebastián Morán, tan lejos y tan inaccesible a toda acción de la justicia como él mismo. ¿Cuánto cree Ud. que le paga éste?

—Me gustaría saberlo.

—Sies mil libras anuales, como pago de su dirección en los negocios de América. Yo averigué todos estos detalles por pura casualidad. Como Ud. ve, esta renta es más que la del primer Ministro. Esto le dará una idea de las ganancias de Moriarty y de la escala en que trabaja. Otra cosa. Yo me propuse a toda costa adquirir algunos de esos cheques sin importancia con que él acostumbra pagar sus cuentas de casa. Están giradas contra seis bancos diferentes. ¿Qué le pareec a Ud.?

—Es extraño, pero, ¿y qué deduce Ud. de ahí?

—Que no le gusta que se averigüe su riqueza.

Nadie podría saber lo que él tiene. Yo me cabe duda que tiene cuenta por lo menos en veinte bancos, sin contar su capital formal que lo tendría en el Banco Alemán y el Credit Lyonnais, probablemente. Cuando Ud. tenga disponible uno o dos años, le recomiendo se dedique al estudio del profesor Moriarty.

El inspector Mac-Donald había ido tomando mayor interés a medida que la conversación avanzaba. Estaba ya intrigadísimo. Su práctica inteligencia de escocés le hacía retroceder hasta tener a la mano el hilo de aquel intrincado asunto.

—Puedes tenerlos cuando quieras, respondió.

Me ha intrigado Ud. de tal manera con sus curiosas relaciones, Mr. Holmes, que veo francamente que nada hay por ahora que merezca más mi dedicación exclusiva. Ud. supone que hay estrecha relación entre el profesor Moriarty y el crimen de ahora, y se funda Ud. en el aviso enviado por ese tal Porlock. ¿No es así?

—Podemos admitir dos hipótesis para la explicación del crimen. A juzgar por lo que Ud. dice se trata de un asesinato inexplicable, o por lo menos hasta ahora. Suponiendo que la causa del crimen sea la que nosotros admitimos, pueden ocurrir dos cosas. Ante todo debo preveniros que Moriarty dirige a los suyos con vara de hierro. En su código no hay más que un solo castigo, la muerte. La disciplina es terrible. Ahora bien, podemos suponer que el interfecto, este tal Douglas cuyo desenlace fatal era conocido por uno de los súbditos del profesor archicriminal, había de algún modo traicionado a su jefe. Siguió el castigo y éste fué dado a conocer a todos, siquiera fuera sólo para infundir terror.

—Bien, esto es una de las hipótesis, Mr. Holmes.

—La otra es, que este asunto no haya sido el fin sino uno de tantos como ordinariamente sorprende Moriarty. ¿Ha habido robo?

—Nada he oído hablar de esto.

—Porque en este caso habría que renunciar a la primera hipótesis y quedarnos con la segunda. Moriarty puede haberse encargado de dirigir este asunto o con la promesa de un tanto por ciento o por un precio convenido. Todo es probable.

Pero, esa de ello lo que sea, o aún suponiendo que haya una tercera solución, es allá en Birlstone donde hemos de ir a encontrarla. Conozco demasiado a nuestro hombre para suponer que ha dejado aquí algún cabo suelto por donde nosotros podamos vencer en conocimiento de su persona.

—Entonces a Birlstone, gritó Mac-Donald levantándose de su silla. Palabra! Esto se complica más de lo que yo creía. Doy a ustedes, señores, cinco minutos para estar listos.

—Y sobra tiempo, dijo Holmes, mientras apresuradamente se cambiaba la bata por un chaqué. En el camino, nos dirá Ud., Mr. Mac, todo lo que sepa sobre el particular.

El caso era extraordinario y merecía la atención del más experto de los detectives. Holmes se animaba y frotaba sus manos nervudas mientras yo en el coche oía los detalles, todos de aquel suceso.

Terminaba con él el largo período de muchas semanas de enojosa inacción, y se aprestaba para la lucha a desplegar toda esa serie de dones portentosos que le producía pensar cuando no podía ejecutarlos. La inacción embota el cerebro. Sherlock Holmes irradiaba satisfacción; sus miradas eran brillantes, sus mejillas se encendían y todo su aspecto tomaba ahora un tinte de vida y entusiasmo extraordinario.

Recostado en su asiento escuchó a Mac-Donald con atención profunda los escasos datos del difícil problema que nos llevaba a Sussex. El mismo inspector parece que se entusiasmaba ante la perspectiva del trabajo que se preparaba, mientras hacía su relación.

White Mason era el oficial de policía del lugar, y como amigo personal del inspector habíale notificado con mucha más rapidez

que la que en tales casos se acostumbraba

"Mi estimado inspector Mac Donald, decía la carta que este nos leía. En sobre aparte va el llamado oficial a sus servicios. Esta se la remito a Ud. particularmente. Avíseme en qué tren de la mañana llegará Ud. a Birlstone para salir a recibirlo o mandar si yo no pudiese hacerlo por exceso de trabajo. Se trata de un caso original. No demore Ud. un momento; véngase al punto. Si quiere Ud. acompañarse de Mr. Holmes, bueno sería; hay tema aquí para que él despliegue sus dotes incomparables. Si no mediase la muerte de un hombre creeríase que se trata de un hecho preparado para producir efecto teatral. Palabra: es un asunto originalísimo.

—Parece que su amigo no es tonto, dijo Holmes.

—No, señor. White Mason es hombre vivo, si los hay.

—Bien, ¿y no hay más?

—No falta más que los detalles que él nos dé cuando nos veamos. Por el momento sólo sabemos que el interfecto era un tal Juan Douglas, que, según el parte oficial, fué muerto por varios tiros de revólver en la cabeza y que el hecho ocurrió esta noche pasada a la media noche. El parte dice que se trata indudablemente de un asesinato, pero que no se ha hecho arresto ninguno y que el caso presenta circunstancias verdaderamente extraordinarias. Es todo lo que tenemos por ahora, Mr. Holmes.

—Entonces, si le parece, dejemos esto aquí, Mr. Mac. El afán de formar teorías prematuras ha sido siempre la ruina de nuestra profesión. Por el momento sólo sabemos a ciencia cierta dos cosas: que hay en Londres un gran cerebro, y en Sussex un asesinado: dos eslabones de la cadena que tenemos nosotros que construir.

CAPITULO III

La tragedia de Birlstone

Y ahora permítaseme por unos momentos prescindir de mi insignificante personalidad y hacer una descripción de los acontecimientos que tuvieron lugar antes de nuestra llegada a Birlstone, tal como llegaron poco después a nuestro conocimiento. Sólo así podrá el lector conocer a los personajes que intervinieron en esta tragedia y el modo extraño con que se produjeron los hechos.

La aldea de Birlstone es un pequeño y antiquísimo puñado de chozas, casi todas de maderas recortadas en la extremidad norte del condado de Sussex. Durante siglos la aldea permaneció invariable, pero ya en los últimos años su pintoresca situación y aspecto atrajeron un número considerable de gente acomodada, y en torno de los bosques del villorrio comenzaron a surgir elegantes villas y quintas de recreo. Los bosques de la región se consideran el término del gran bosque Wild, que se pierde a lo lejos, allá entre las dunas arenosas del norte.

Para proveer a las necesidades de la creciente población comenzaron pronto a aparecer pequeñas tiendas y almacenes, de manera que no es difícil augurar que el antiguo y pobre villorrio se vea pronto convertido en una ciudad moderna.

Birlstone es el centro de un área considerable de poblado, pues Tumbridge Wells, el punto de importancia más cercano, dista diez o doce millas al este, sobre las orillas del Kent.

Como a media milla de la ciudad, al fondo de un viejo parque famoso por sus bayas corpulentas, se alza la antigua casa señorial de Birlstone.

Recostado en su asiento escuchó a Mac-Donald con atención profunda los escasos datos del difícil problema

Parte de este respetable edificio data del tiempo de la primera Cruzada, cuando Hugo Capeto construyó una fortaleza en el centro del estado, que le fué ofrecido por el rey Rojo. La fortaleza fué destruída por el fuego en 1543 y algunas de sus piedras ennegrecidas por el humo se utilizaron después cuando en tiempo de Jacobo, se levantó una casa de ladrillo sobre los ruinas del castillo feudal.

La casa señorial con sus remates caprichosos y sus ventanas de cuadritos se conservó mucho tiempo como su constructor le dejó a principios del siglo XVII.

Del doble foro que otro tiempo tuvieran para su defensa los guerreros señores uno habíase secado y el presente habíasele reducido a la humilde condición de huerta. El otro foso subsiste aún y se extiente o todo el rededor de la casa en una anchura de 40 pies, aunque de escasa profundidad. Lo atraviesa alimentándolo un riachuelo de manera que el agua aunque turbia, nunca se hace pestífera ni se estanca.

Las ventanas bajas del edificio están casi a flor de agua, a no menos de un pie de elevación. Para el acceso a la casa no había más que el puente levadizo, cuyos goznes y cadenas estaban de mucho tiempo enmohecidas y rotas.

Pero los últimos moradores del castillo subsanaron con mano enérgica estos defectos y el puente volvió a estar en condiciones de funcionar y así se hacía actualmente, que se alzaba todas las tardes y se bajaba todas las mañanas. Con el restablecimiento de esta vieja costumbre de los tiempos feudales, la casa señorial quedaba durante la noche convertida en una isla, hecho que tiene muy estrecha relación con el misterio que muy pronto había de despertar la atención de toda Inglaterra.

La casa llevaba ya deshabitada muchos años, y amenazaba convertirse en ruinas pintorescas cuando los Douglas tomaron posesión de ella. La familia Douglas constaba sólo de dos personas, Juan Douglas y su esposa. El era un individuo notable por su carácter y personalidad, de una edad aproximadamente de cincuenta años, de color encendido, pómulos salientes, bigote gris, ojos pardos de mirada penetrante, y una complexión fuerte y vigorosa que acusaba la fuerza y actividad de la juventud.

Era a todos simpático y agradable, si bien un no sé qué en sus modales, hacía presentir que nuestro hombre había visto la luz en una esfera más baja que la que ocupaba entre la sociedad del condado de Sussex. Pero aunque mirado con cierta curiosidad y prevención por sus vecinos más encopetados, pronto adquirió entre el pueblo una gran popularidad, subscribiéndose generosamente a todo proyecto en beneficio del país, asistiendo a sus veladas y espectáculos, en los que más de una vez, como poseía una hermosa voz de tenor, era obligado a cantar algún bonito trozo. Se le tenía por hombre de fortuna, la que decían haber adquirido en las minas de California y era innegable a juzgar tanto por su conversación como por la de su esposa, que había pasado parte de su vida en América.

La buena impresión producida por su generosidad y sus modales democráticos se aumentó más con la fama justamente adquirida de hombre valiente y despreciador del peligro. Fuerte, detestable, no perdonaba sin embargo, partida de caza y sufría caídas peligrosísimas en su afán de no quedar nunca atrás ni ante el primero. Cuando el incendio del vicariato distinguióse por el arrojo con que penetró al edificio incendiado para combatir el fuego, siendo que los bomberos de la localidad consideraban la cosa ya imposible. He aquí por qué Juan Douglas, el de la casa señorial, se había conquistado en Birlstone en el sólo espacio de cinco años una envidiable reputación.

Su esposa gozaba también de gran popularidad entre las personas de su trato, aunque según las costumbres inglesas, las visitas con una extranjera que fijaba su residencia en el país sin la presentación de nadie, eran muy pocas y nada frecuentes.

Esto no parecía significar gran cosa para ella, retirada como estaba en su vida, dedicándose al parecer, con más devoción al cuidado de su esposo y al cumplimiento de sus domésticos deberes.

Sabíase que era una señorita inglesa que había conocido a Mr. Douglas en Londres, siendo entonces viuda.

Era una hermosa mujer, alta, delgada, pero esbelta, de unos veinte años más jóven que su marido, diferencia que no parecía tener importancia alguna en su vida íntima. Observaban a veces, sin embargo, aquellos que más a fondo los conocían, que la intimidad entre ambos cónyuges no era muy completa, puesto que la esposa solía usar de reticencias sobre el pasado de su marido, quizá porque seguramente no estaba muy informada sobre el particular.

Se sabía también y comentaba por algunos pocos más observadores, que aquellos Douglas se mostraban a veces en un estado de verdadera excitación nerviosa, que se manifestaba en excesos de mal humor, cuando ausente su marido, se retrasaba en llegar algo más de lo corriente. En una aldea tranquila donde todo rumor encuentra eco, esta debilidad de la señora del castillo, no podía pasar desapercibida y no pudo borrarse de la imaginación de la gente, después cuando los acontecimientos dieron a esta particularidad un interés extraordinario.

Pero había en el castillo señorial otras personas, cuya residencia allí, verdad, no era más que accidental y transitoria, pero que por hallarse precisamente en el castillo, cuando ocurrieron los extraños acontecimientos que nos ocupan, vió su nombre correr de boca en boca con el interés que le daban las circunstancias...

Era Cecil James Backer, de Hames Lodge Hampstead.

Cecil Backer con su estatura colosal y su

desgarbo era muy conocido en la calle principal de Birlstone, por ser huésped frecuente y bien recibido en el castillo señorial. Era el más conocedor, por lo mismo que era el más amigo, del pasado de Mr. Douglas tan poco conocido por los demás. Inglés por cuatro costados, traslucióse en él por su acento, claramente que había estado un tiempo en América, donde conoció a Douglas con quien vivió en la mayor intimidad. Aparecía como hombre de no escasa fortuna y se le tenía por soltero. Su edad era menor que la de Douglas; tendría a lo más 45 años y era alto, robusto, ancho de pecho, con una cara completamente afeitada de luchador, nervudo, fuerte, de cejas obscuras y un par de ojos negros, dominadores, que podrían de por sí abrirle paso por entre una multitud hostil, sin auxilio de sus puños vigorosos. No montaba a caballo ni cazaba y se dedicaba sólo a recorrer en coche los alrededores de la población, gozando del paisaje y acompañado de su amigo y huésped, o en ausencia de éste, de la esposa. Un hombre accesible y amable decía de él, Ames, el despensero, pero palabra, por nada del mundo quisiera encontrarme de frente en su camino.

Era un amigo íntimo y cordial con Douglas y no menos con la señora, cosa que en más de una ocasión parece que causaba al marido irritación, que se dejaba traslucir a los ojos de sus servidores.

Tal era la tercera persona que era como de la familia y que estaba con ella en el momento de la catástrofe. Respecto a los demás que convivían en el castillo, bastará nombrar entre la numerosa servidumbre, al acicalado y respetable repostero Ames y a Mrs. Aller, alegre y encantadora joven que ayudaba a la señora a los quehaceres de la casa.

Los otros seis sirvientes ninguna relación ofrecen con los acontecimientos de la noche del 6 de enero.

En esa noche a las 11.45 sonó de pronto el timbre de alarma en el pequeño puesto de policía de la localidad, a cargo del policial Wilson, puesto que pertenecía al distrito policial del condado de Sussex.

Mr. Cecil Backer, extraordinariamente excitado, se había precipitado sobre la puerta y tiraba desesperadamente de la campanilla. Una horrible tragedia acababa de ocurrir en la casa señorial y Mr. Douglas había sido asesinado. Esta fué la explícita relación de Mr. Backer. Al instante volvió a la casa seguido en breves momentos por el sargento de policía, que llegaba a la escena del crimen minutos después de las doce, después de dar el oportuno aviso de lo grave del caso a las autoridades de la comarca.

Al llegar al palacio señorial el sargento encontró el puente bajado, las ventanas iluminadas y la casa entera en un completo estado de confusión y alarma. La servidumbre se había reunido apresuradamente en el hall y el aterrorizado reportero se retorcía las manos en la puerta del vestíbulo.

Sólo Cecil Backer parecía dueño de sí mismo y de sus impresiones. El abrió la puerta mas próxima a la entrada e hizo señas al sargento para que le siguiera.

En este momento llegaba el doctor Wood, un hábil e inteligente médico del lugar. Los tres entraron juntos al cuarto fatal, seguidos a los talones por el horrorizado reportero, que cerró la puerta tras de sí para evitar que los criados presenciaran el terrible espectáculo.

El interfecto yacía tendido a la larga, de espaldas, en medio de la habitación. Vestía sólo una bata color rosa sobre su ropa interior y calzaba sus pies desnudos con unas chinelas. El doctor se inclinó junto al cadáver y le aplicó a la cara la luz de una lámpara que alumbraba sobre una mesa.

Una sola mirada sobre la víctima fué suficiente para demostrarle que su presencia como facultativo era allí innecesaria. El hombre había sido horriblemente herido. Junto al cuerpo yaciente había un arma rara, una escopeta de dos cañones que había sido cortada a sierra a un pie de distancia del gatillo. Se veía evidentemente que se había disparado a descarga cerrada y que esta le había dado de lleno en el rostro, pulverizándole casi la cabeza. Los gatillos habían sido previamente unidos con un alambre, con el fin de que la descarga simultánea fuera más mortífera.

El policial estaba confundido y turbado ante la tremenda responsabilidad que con el hecho se le venía encima.

—Nada se toque hasta que mis superiores lleguen, dijo con voz débil, embargado por el terror de la vista de aquella cabeza espeluznante.

—Nada se ha tocado hasta ahora, respondió Cecil Backer. Respondo de ello. Todo está exactamente como yo lo encontré.

—¿A qué hora ocurrió? preguntó el sargento sacando su libreta de apuntes.

—A las once y media en punto. Yo aún no había empezado a desnudarme; estaba en mi cuarto sentado junto al fuego, cuando oí la detonación.

Esta no fué muy estrepitosa, me pareció como un ruido sordo. Bajé precipitadamente. No creo que tardaría más de treinta segundos en llegar a este cuarto.

—¿Estaba abierta la puerta?

—Sí, abierta. El pobre Douglas vacía tendido allí como Ud. le ve. Encima de la mesa ardía la vela de su dormitorio. Fuí yo quien encendió las lámparas minutos después.

—¿Y no vió Ud. a nadie?

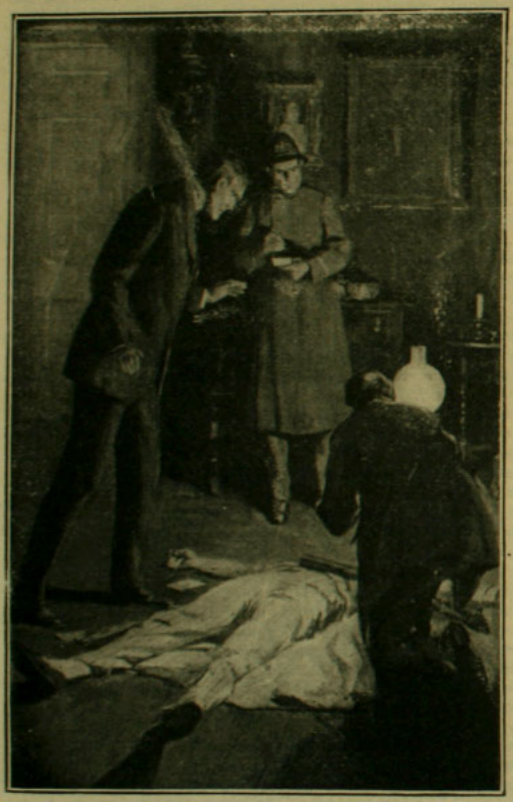
—A nadie. Sentí a Mrs. Douglas que bajaba las escaleras tras de mí, y salí para impedir que presenciase este terrible cuadro. Luego llegó Mrs. Aller el ama de gobierno y la alejé de aquí. Después llegó Ames y entramos de nuevo en la habitación.

—Pero, según tengo entendido, el puente permanece levado toda la noche.

—Efectivamente y así estaba cuando yo lo mandé bajar.

—¡Entonces cómo podía el asesino escapar? No hay duda ninguna. Mr. Douglas debe haberse suicidado.

—Así pensé yo al principio. Pero mire Ud. Backer levantó a un lado la cortina e hizo observar que las anchas hojas de la ventana estaban abiertas de par en par. Y fíjese en esto! Bajó la lámpara y mostró sobre la ventana una huella sangrienta, algo



El doctor se inclinó junto al cadáver y le aplicó a la cara la luz de una lámpara

así como la marca de una suela. Aquí ha pasado alguien para saltar afuera.

—¡Quiére Ud. decir que alguno ha pasado el foso a nado?

—Ni más ni menos.

—Entonces, si Ud. estuvo en el cuarto medio minuto después de cometido el crimen, en ese momento él tendría que estar en el agua.

—No me cabe la menor duda, y ojalá yo me hubiera acercado a la ventana. Pero la cortina la ocultaba como Ud. ve y no se me ocurrió tal cosa. Por otra parte, al oir los pasos de Mrs. Douglas salí para impedirla entrar aquí. Hubiera sido demasiado horrible.

—Ya lo creo, dijo el doctor mirando la despedazada cabeza y las terribles marcas que mostraba. No he visto heridas semejantes desde la catástrofe ferroviaria de Birlstone.

—Pero, y digo yo, insistió el sargento fijo siempre en la idea de la ventana abierta, podrá muy bien ser verdad de que, como Ud. dice, un hombre pudo escapar vadeando el foso, pero pregunto yo: ¿cómo pudo nadie entrar en la casa si el puente estaba levantado?

—Ahí está la dificultad, contestó Backer.

—¿A qué hora se levó el puente?

—Como a cosa de las seis, contestó Ames.

—Tenía entendido, replicó el sargento que era costumbre levantarlo a la hora de la puesta del sol, y en ese caso sería más bien a las cuatro y media que a las seis de este tiempo.

—Mr. Douglas tenía gente al te, replicó Ames. No podía llevarlo mientras los convidados no se fuesen.

Una vez que se retiraron yo mismo lo levé.

—Entonces, dijo el sargento, hay que convenir que si alguno vino de afuera, en este caso, preciso es que haya atravesado el puente antes de las seis, y haya estado escondido desde entonces hasta que Mr. Douglas fué a su cuarto después de las once.

—No puede ser de otro modo. Mr. Douglas daba siempre antes de acostarse una vuelta por toda la casa para ver si las luces estaban bien. En su visita de inspección penetró aquí, el malhechor estaba al acecho y le mató. Entonces escapó por la ventana y dejó su escopeta abandonada. Así me explico yo lo ocurrido, pues ninguna otra resolución admiten los hechos.

El sargento recogió del suelo una tarjeta que había junto al cadáver. Rudamente marcadas con tinta se veía en ella las iniciales V. V. y bajo éstas el número 341.

—¿Qué es esto? preguntó enseñando la tarjeta.

Backer la miró con curiosidad.

Nunca he visto esto antes, la habrá dejado el asesino.

El sargento daba vueltas por todos lados a la tarjeta entre sus gruesos dedos.

—¿Qué será esto V. V.? Iniciales tal vez. ¿Qué es eso que hay ahí junto a Ud., doctor Wood?

Era un martillo, tirado sobre la alfombra junto a la chimenea. Cecil Backer mos-

tró una caja de clavos dorados que había encima de la repisa de la chimenea.

—Mr. Douglas estuvo ayer cambiando los cuadros, dijo. Yo mismo le vi subido sobre una silla y mudando de sitio ese cuadro grande. Por eso estará ahí el martillo.

—Lo mejor será dejarlo sobre la alfombra según estaba, añadió el sargento, rascándose la cabeza en señal de perplejidad. Preciso es que vengan aquí grandes cerebros para desenmarañar este asunto. Malo será que no tenga que intervenir alguno de la capital. Cogió la linterna y caminó lentamente por toda la habitación.

Hombre, exclamó de repente, mientras levantaba por un lado la cortina de la ventana. ¿Qué hora era cuando se corrieron estas cortinas?

—Al encender las luces, dijo el mayordomo, serían poco más o menos las cuatro.

—Aquí se ha escondido alguien indudablemente. Inclinó la luz y en la repisa misma de la ventana pudieron verse distintamente las huellas marcadas de unos zapatos sucios. Estas huellas, Mr. Backer, vienen a confirmar su teoría. Parece evidente que el malhechor penetró en la casa después de las cuatro, cuando las cortinas estaban echadas y antes de las seis, cuando el puente estaba abajo. Se metió en esta habitación porque era el primer cuarto que encontró a mano, y una vez aquí no teniendo otro sitio donde ocultarse se escondió detrás de la cortina. Todo esto parece claro. Es probable que la intención del miserable fuese robar la casa, pero se vió tal vez descubierto por Mr. Douglas y entonces le mató y huyó.

—Esta es la explicación que yo me doy, dijo Backer.

Pero digo yo, ¿no estamos perdiendo un tiempo precioso?

¿No deberíamos salir y registrar la aldea antes que el bandido tenga tiempo de escapar?

El sargento reflexionó por un momento.

—No hay ningún tren antes de las seis de la mañana, de modo que por ahí no puede irse. Si va por algún camino con los vestidos chorreando agua, más que seguro que no faltará quién le eche el guante. Y de todos modos yo no puedo moverme de aquí hasta no ser relevado. Pero Ud. puede hacerlo si gusta, mientras nosotros conseguimos despejar un poco la incógnita de esta comprometida situación.

El doctor había cogido la lámpara y examinaba detenidamente el cuerpo tendido.

—¿Qué marca es ésta? preguntó. ¿Tendrá esto alguna relación con el crimen?

El brazo derecho del muerto aparecía remangado hasta el codo y en la mitad del antebrazo se destacaba como un relieve sobre la piel dura y curtida un triángulo encerrado en un círculo.

—Esto no es un tatuaje, exclamó el doctor, poniéndose sus lentes. No he visto nunca cosa igual. Esta marca está hecha de golpe, tal como se señala el ganado. ¿Qué significación podrá tener esto?

—Lo ignoro, contestó Backer, pero ya había yo visto otra vez esa marca a Mr. Douglas hace unos diez años.

—Y yo también, dijo el mayordomo. Muchas veces cuando el señor se remangaba los brazos me había fijado en esta extraña marca, y siempre me preguntaba de qué podría ser.

—Entonces nada tiene que ver con el crimen presente, dijo el sargento, pero no deja de ser algo extraño. Todo tiene un algo extraño en este asunto. Vaya, ¿qué es lo que ocurre?

El mayordomo acababa de lanzar una exclamación de asombro y apuntaba a la mano del cadáver.

—Le han quitado la argolla, gritó.

—¿Cómo?...

—Sí, sí. El señor llevaba siempre su anillo de boda en el dedo chico de su mano izquierda, en compañía de ese otro anillo, y un cordoncito de oro en el tercer dedo. El anillo y el cordón ahí están, pero la argolla no.

—Es verdad, confirmó Backer.

—Y dígame, replicó el sargento, ese anillo de boda ¿lo llevaba debajo del otro?

—Siempre.

—Entonces el asesino o quien haya sido, sacó primero este anillo, después el anillo de boda y luego volvió a ponerle en el dedo el anillo que tiene.

—Así es.

El honrado policial sólo acertaba a rascarse la cabeza.

Me parece que muy pronto vamos a tener que acudir a Londres para este lío, dijo al fin. White Mason es hombre inteligente. Ningún acontecimiento local ha escapado a la inteligencia de White Mason y no tardará seguramente en estar aquí para ayudarnos; pero presumo que habrá que pedir luz a Londres para despejar esta obscuridad. De todos modos no me avergüenzo en reconocer que este es un asunto muy superior a mis fuerzas.

CAPITULO IV

Tinieblas

A las tres de la mañana el jefe de policía de Sussex acudía al urgente llamado del sargento Wilson y llegaba a Birlstone en un coche ligero tirado por un magnífico trotón. Por el tren de las cinco cuarenta de la mañana mandaba un mensaje a Scotland Yard y a las doce estaba en la estación de Birlstone para recibirnos.

Mr. White Mason era un hombre apacible, de agradable aspecto, de rostro enteramente afeitado, corpulento, elegante; vestía un traje de lana suelto y polainas en sus encorvadas y robustas piernas. Parecía más bien un pequeño rentista o un industrial re-

tirado, pero nunca se hubiera creído en él un oficial provincial de policía.

—Tenemos un caso originalísimo, Mr. Mac Donald, dijo al recibirnos. Allí están los reporteros como nube de moscas, en cuanto han olido algo. Espero que podremos hacer algo antes de que ellos tomen sus notas y las lancen a la publicidad. Yo no he visto en mi vida un caso como este. Hay aquí tema sobrado para sus disposiciones, Mr. Holmes, si no me equivoco. Y para Ud. también doctor Watson, pues algo tendrán que decirnos los médicos antes de solucionar este asunto. Su hospedaje está en el Westville Arms. No hay fonda mejor, pero he oído que sus habitaciones son limpias y buenas. El mozo llevará sus equipajes. Sírvanse, señores, venir por aquí. Era una persona activa y genial este policía de Sussex. En diez minutos estábamos en nuestro alojamiento. Diez minutos más tardé conversábamos todos en el saloncito del hotel y nos imponíamos de todos los detalles del suceso, explicados en el artículo anterior.

Mac-Donald hizo algunas observaciones de su cosecha mientras Holmes absorto en sus pensamientos y asombrado ofrecía el aspecto de un botánico extasiado ante un ejemplar de flor preciosa y rara.

—¡Notable! dijo, cuando terminó la historia del suceso. Muy notable. Difícilmente me acordaría de algún asunto que presente características de mayor interés.

—Ya lo verá Ud., Mr. Holmes, dijo White Mason alborozado. No nos faltará en qué invertir el tiempo en Sussex. Ya he explicado a Ud. la situación y detalles de este negocio tal como a mí me lo ha referido el sargento Wilson entre tres y cuatro de la mañana. Palabra. Me he dado prisa en venir. Pero de nada me ha servido esta precipitación en mi venida, porque nada he podido hacer por el momento. El sargento Wilson tiene todos los datos. Yo los he considerado y madurado y aún quizás he añadido alguno por mi cuenta.

—¿Y cuáles son esos? preguntó Holmes interesado.

—Bien. Yo primero examiné el martillo. El doctor Wood me ayudó en mi tarea. No encontramos en él señal alguna de violencia. Esperaba yo que si Mr. Douglas se hubiera defendido con el martillo, podría haber quedado en éste alguna huella de sangre del asesino, pero no hay ninguna.

—En rigor, esto nada prueba, arguyó el inspector Mac-Donald. Ha habido muchos martillos asesinos y sin vestigio alguno visible.

—Así es. Esto no prueba que no se le haya usado. Pero pudiera haber habido señales y esto nos hubiera ayudado muchísimo. Pero, en fin, las señales no existen. Después examiné el arma. Tenía las vainas de los cartuchos dentro, y como ya hizo notar el sargento Wilson, ambos gatillos estaban unidos con un alambre de tal modo que al oprimir uno cayera también el otro al mismo tiempo y se produjese un doble disparo. Quienquiera que sea el autor, es indudable que puso buen cuidado en asegurar su víctima. La escopeta serrada no tenía más de dos pies de largo; podría llevarse fácilmente, bajo la chaqueta. Estaba incompleto el nombre del fabricante del arma; sólo había tres letras "Pen" en la estria entre los dos cañones; el resto del nombre había desaparecido con el resto del cañón serrado.

—¿Es una "P" mayúscula, llena de adornitos, con una "e" y una "n" pequeñas? preguntó Holmes.

—Efectivamente.

—Penssylvania Small Arm Company, una firma americana muy conocida, dijo Holmes.

White Mason miró a mi amigo con la estupefacción con que el pobre médico de aldea mira al gran especialista de Harbey Street que con una sola palabra resuelve sus mayores dificultades.

—Esto alienta, Mr. Holmes. Indudablemente tiene Ud. razón. Admirable! Admirable! ¿Y tiene Ud. en la cabeza los nombres de todos los fabricantes de armas que hay en el mundo?

Holmes evadió la respuesta con una sonrisa.

—No hay duda que se trata de una escopeta americana, continuó White Mason. Me parece haber oído que la escopeta con los cañones serrados o carabina recortada es el arma muy usada en algunas partes de América. Sin saber el nombre del fabricante, ya me habría ocurrido a mí esta idea. Es, pues, evidente que el hombre que entró en la casa y mató al dueño fué un americano.

Mac-Donald sacudió su cabeza.—Holmes, va Ud. demasiado lejos, dijo. Aún no está probado que ha habido alguien que entrara en la casa.

—La ventana abierta, la sangre en la tarima, la extraña tarjeta, las huellas del calzado en la repisa, la escopeta.

—Todo ello puede muy bien haber sido preparado. Mr. Douglas era americano o vivió mucho tiempo en América. Mr. Backer también. No es preciso tener que importar de fuera un americano para explicar estos hechos.

—Ames el mayordomo....

—¿Qué hay de ese? ¿Es de confianza?

—Diez años con Sir Charles Chaudos, firme como una roca. Hace cinco años que está con Mr. Douglas, desde que éste tomó al Palacio Señorial. Ames asegura que nunca ha visto en la casa un arma de esta clase.

—El arma está dispuesta para tenerla oculta. Por eso están serrados sus cañones. Estaría dentro de algún baúl. ¿Cómo puede él asegurar que no había en la casa un arma así?

Pueno, por lo menos él no la había visto.

Mac-Donald sacudía su obstinada cabeza de escocés. Yo no puedo convencerme de que haya entrado en la casa alguno de fuera, dijo. Le ruego a Ud. que reflexione lo que implica el hecho de admitir que esta arma ha sido introducida en la casa y que todos estos hechos extraños son obra de una perso-

na de fuera. Holmes, si esto es inconcebible. En contra el sentido común. Apelo a Ud., Mr. Holmes; juzgue Ud., por los datos que tenemos.

Vamos a ver, dijo Holmes en el tono de... grave. Exponga Ud. su tesis.

—El hombre en cuestión, sea quién sea, no es un salteador. Lo prueba el asunto del anillo y el de la rara tarjeta. Muy bien. Tenemos pues un hombre que se desliza furtivamente en una casa con el propósito de cometer un crimen. El ha de saber, si es que sabe algo, que le ha de ser difícil la escapada, puesto que la casa está rodeada de agua. ¿Qué arma escoge para el crimen? Cualquiera escogería la más silenciosa. Así podría esperar que al realizar su intento, escaparía tranquilamente por la ventana, vadearía el foso y se alejaría sin peligro. Esto se explica. Pero lo que no se explica es que para llevar a cabo sus planes escogiese el arma más estrepitosa posible, sabiendo bien que esto alarmaría inmediatamente a todos los de la casa, que acudirían al momento y podrían fácilmente alcanzarle en su huída a través del vado. ¿Es esto creíble, Mr. Holmes?

—Bien. Defiende Ud. con calor su teoría, replicó éste pensativo. Esto necesita no poca justificación. Permítame que le pregunte, Mr. White Mason, cuando Ud. examinó la ladera del foso, ¿vió Ud. alguna señal de que un hombre lo hubiese vadeado?

—Ninguna, Mr. Holmes. La orilla es toda de piedra y difícilmente podrían quedar en ella huellas de ninguna clase.

—¿De modo que no había huella?

—Ninguna.

—Hubiera sido un dato interesante, Mr. White Mason. Sin embargo, una vez que estemos allá puede que haya algún pequeño punto que nos dé luz.

—Yo iba a proponer a Ud. Mr. Holmes, nos pusiéramos en marcha; pero quiero antes no dejar punto ninguno sobre este asunto sin someterlo a su consideración. Digo, suponiendo que ello le interese.

White Mason miró con aire de duda al amateur.

—Yo he trabajado antes con Mr. Holmes, dijo el inspector Mac-Donald y sé que jugará la partida.

—Ya lo creo la jugaré cueste lo que cueste, dijo Holmes sonriente. Yo voy al asunto deseoso de ayudar a la acción de la justicia y la labor policial. Si alguna vez no he marchado de acuerdo con esta última, culpa ha sido de ellos que se han separado de mí. Yo no deseo medrar ni fracasar por cuenta ajena. En cualquier forma, Mr. White Mason, yo reclamo el derecho de proceder según mi propio criterio y dar cuenta de mis investigaciones a su tiempo y por entero, no por partes y paulatinamente.

—Tenga Ud. la completa seguridad de que siempre será un honor para nosotros su presencia aquí y el informarle de cuanto nosotros sepamos, dijo Mr. White Mason con sinceridad. Vamos, pues, Dr. Watson, y cuando la ocasión llegue, confiamos que en sus libros de Ud. habrá un lugar para nosotros.

Caminamos a lo largo de una bonita calle de la aldea, a ambos lados, olmos corpulentos mostraban sus ramas desmochadas.

Al medio había dos enormes pilares cubiertos de líquen y patinados por el tiempo, y sobre los pilares se erguía un algo deforme, algo así como la efigie del león rampante de Capus, de Birlstone.

Un pequeño paseo a lo largo de la ruinosa carretera, rodeada de esos característicos robles de la campiña inglesa; de improviso una curva violenta, y apareció ante nosotros el enorme caserón del señorío con sus paredes de ladrillo ennegrecida y a cada lado del edificio un viejo jardín rodeado de árboles gigantescos. A medida que nos aproximábamos al Palacio el puente levadizo y el foso pintoresco brillaban a los rayos del sol cual si fuesen superficies de bruñida plata. Tres centurias habían pasado sobre el Palacio Señorial, tres siglos de nacimientos y recepciones, de saraos y reuniones de cazadores de zorros. Cosa extraña que al cabo de tanto tiempo el crimen viniera ahora a proyectar su sombra fatídica con la de las paredes del castillo. Pero al mirar aquellos bajos y angostos ventanales y aquellas paredes descoloridas, desbarrazadas por los temporales, parecía que ningún escenario se prestaba mejor para la representación de aquella horrible tragedia.

—Esta es la ventana, dijo White Mason. La primera de la derecha junto al puente. Está abierta tal como se encontró esta noche pasada.

—Está hecha parece para el paso de un hombre.

—Bueno, sería uno delgado. Para ver esto no se necesita discurrir mucho, Mr. Holmes. Pero Ud. y yo podríamos divinamente pasar por ahí.

Holmes siguió hasta el extremo del foso y observó detenidamente, tanto el agua del foso, como la orilla y la piedra del borde.

—Ya lo examinamos todo nosotros, minuciosamente, Mr. Holmes. No hay nada. Ninguna señal ha quedado. Pero, ¿y por qué habíamos de encontrar alguna señal?

—En efecto. ¿Por qué habíamos de encontrar? El agua está siempre turbia.

—Generalmente del color que Ud. ve. El riachuelo se lleva todo el fango.

—¿Qué profundidad tiene el foso?

—Dos pies, poco más o menos, a los lados, y tres al centro.

—Entonces podemos desechar todo idea de que el hombre se haya ahogado al cruzarlo.

—Imposible; ni un niño podría ahogarse.

Atravesamos luego el puente y fuimos recibidos por un personaje muy pulido, correcto y acicalado. Era el mayordono, Ames, que estaba pálido y temblaba sin duda de miedo o de impresión. El sargento de la localidad, un hombre alto, ceremonioso y melancólico estaba aún de vigilante, en el cuarto del crimen.

El doctor se había ya marchado.

—¿No hay novedad, sargento Wilson? preguntó White Mason.

—Ninguna, señor.

—Entonces puede Ud. retirarse. Ya ha trabajado bastante. Si necesitamos de Ud. se le mandará llamar.

El mayordomo esperaba afuera. Dígale que avise a Mr. Cecil Backer, Mrs. Douglas y al ama de gobierno que estamos aquí y deseamos hablar una palabra con ellos. Ahora, señores, van a permitirme les exponga mis impresiones personales sobre este asunto y luego podrán ustedes formar su opinión particular.

Holmes siguió hasta el extremo del foso y observó detenidamente, tanto el agua del foso, como la orilla y la piedra del borde

Me impresionaba realmente este oficial de la localidad. Tenía un profundo conocimiento profesional y un perfecto buen sentido y criterio sin igual, que tal vez le llevarían muy lejos en su carrera. Holmes le escuchaba con profunda atención; no se notaba nunca en él esa señal de impaciencia con que muchas veces acogía las manifestaciones oficiales.

—¿Se trata de un suicidio o de un crimen? Esta es nuestra primera pregunta, ¿no es así, señores? Si de un suicidio, entonces tenemos que empezar por admitir que el suicida cogió ante todo el anillo de boda y lo escondió, que después bajó aquí en bata, estampó manchas de barro en la repisa de la ventana, para dar la idea de que alguno le había estado acechando, abrió la ventana, manchó de sangre la...

—Desde luego podemos dar de mano tal hipótesis, dijo Mac-Donald.

—Lo mismo opino. Un suicidio está fuera de toda hipótesis. Ha habido, pues, un asesinato. Tenemos ahora que determinar si éste ha sido perpetuado por alguno de fuera o de dentro del palacio.

—Bueno, veamos sus argumentos.

—Ambas hipótesis presentan sus dificultades, y, sin embargo, una de las dos ha de ser cierta. Supongamos primero que alguna o algunas personas de dentro han sido los autores del crimen.

Escogieron para realizarlo un momento en que todo estaba tranquilo, pero nadie dormía aún.

Llevar a cabo su proyecto con el arma más estrepitosa y más rara del mundo, de tal modo que como todos dicen no se había visto nunca en la casa un arma semejante. Todo esto parece algo extraño, ¿no es así?

—Sí que lo es, efectivamente.

—Bueno; todos manifiestan unánimemente que apenas producida la alarma no pasaría un minuto sin que la servidumbre entera acudiese al lugar del siniestro; esto lo confirman todos no sólo Mr. Cecil Backer, que asegura fué el primero en llegar, sino Ames y todos los demás. Díganme ustedes si en este tiempo es posible que el asesino tuviese lugar a dejar las señales de sus botas en la repisa de la ventana, abrir ésta, marcar la tarima con sangre, quitar el anillo de bodas del dedo del interfecto y todo lo demás. Esto no puede ser.

—Expone Ud. con mucha claridad. Me inclino a pensar como Ud., dijo Holmes.

—Bueno. Entonces tenemos que volver a la hipótesis de que el autor del crimen es uno de fuera. También en este supuesto tropezamos con no pequeñas dificultades, pero en cualquier forma ninguna de ella es un imposible. El hombre entró en la casa entre cuatro y media y seis de la tarde, es decir, entre el anochecer y la hora en que se levantó el puente. Había visitas, de modo que la puerta estaba abierta y nada pudo estorbarle la entrada. El asesino pudo ser o un salteador vulgar o posiblemente un enemigo

particular de Mr. Douglas. Toda vez que Mr. Douglas estuvo la mayor parte de su vida en América, y el arma empleada es de procedencia americana, parece más probable que se trata de una venganza particular. El hombre entró en este cuarto porque fue el primero que encontró a mano, y se ocultó tras la cortina. Oculto permaneció hasta más de las once de la noche, hora en que Mr. Douglas entró en el cuarto. Medió una breve conversación, si es que en realidad hubo alguna, pues según declaración de Mrs. Douglas, apenas habían transcurrido cinco minutos, desde que se separó de ella cuando oyó la detonación.

—La vela lo acredita así igualmente, afirmó Holmes.

—En efecto. La vela que era nueva no tiene consumida más de media pulgada. El debe haberla dejado en la mesa antes de ser acometido, pues de otro modo la vela hubiera caído en tierra al caer él. Esto prueba que el ataque no se realizó en el preciso momento de entrar él en el cuarto. Cuando llegó Mr. Backer estaba encendida la lámpara y la vela apagada.

—Todo esto está bien claro.

—Bueno; tratemos ahora de reconstituir los hechos como pudieron suceder. Mr. Douglas entró al cuarto. Deja la vela. Un hombre aparece detrás de la cortina, armado con una escopeta. Pide el anillo de boda, sólo Dios sabe por qué, pero así debe haber sucedido. Mr. Douglas se lo dió. Después bien a sangre fría, bien en el curso de una acalorada disputa Douglas puede haber cogido el martillo que estaba sobre la alfombra, entonces el otro disparó. Dejó la escopeta, dejó también esta rara tarjeta "V. V. 341" que quién sabe lo que significa y escapó por la ventana y cruzó el foso en el mismo momento que Cecil Backer descubría el crimen. ¿Qué le parece, Mr. Holmes?

—Interesantísimo, pero un poco falto de convicción.

—Hombre, y sería también un disparate si no hubieran otras teorías aún peores, interrumpió Mac-Donald.

Alguien es el autor del asesinato, pero sea quienquiera no me sería difícil probar a Ud. que este se ha perpetrado en otras condiciones. Por qué, dígame, ¿qué fin llevaba ese hombre al emprender una retirada tan fácil de evitar? ¿Qué pretendía al usar un arma tan estrepitosa, cuando un arma silenciosa le habría facilitado la huída? Vamos, Mr. Holmes, expónganos Ud. francamente su opinión y díganos si no es absurda la teoría de Mr. White Mason.

Holmes escuchaba con profunda atención palabra por palabra la interesante polémica y sus miradas se dirigían de uno a otro mientras en su frente se retrataba la honda preocupación que el debate le producía.

—Yo necesito algunos hechos más antes de formular definitivamente una teoría, Mr. Mac, dijo, arrodillándose junto al cadáver. ¡Cielos! ¡Qué heridas más espantosas! ¿Podría venir el mayordomo un momento?... Ames, tengo entendido que Ud. habrá visto otras veces esta extraña marca, un triángulo encerrado en un círculo, en el brazo de Mr. Douglas?

—Muchas veces, señor.

—¿Y no ha oído Ud. nunca lo que esto significaría?

—Esta marca debe haberle causado un dolor terrible al imprimírsela. Está hecha a fuego.

Además, Ames, observo aquí en un ángulo del maxilar de Mr. Douglas un pequeño trocito de tela emplástica. ¿Se lo había visto Ud. antes?

—Sí, señor. Se los puso anteayer, pues se cortó al afeitarse.

—¿Sabe Ud. que se cortara frecuentemente al afeitarse?

—No, señor; en mucho tiempo no lo había visto.

—Curiosísimo, exclamó Holmes. Esto puede ser una simple coincidencia, o indicar que de algún modo preveía el peligro. ¿Notó Ud. algo extraordinario en la conducta de su señor anteayer, Ames?

—Me pareció que estaba algo desazonado e intranquilo.

—Ah. Esta tensión nerviosa puede muy bien no haber sido casual. Algo parece que vamos adelantando, ¿verdad? ¿Quizás Ud. quería seguir preguntando alguna cosa, Mr. Mac?

—No, Mr. Holmes, siga Ud. tranquilamente.

—Bien, entonces, pasamos a la tarjeta "V. V. 341".

Es de canto dorado. ¿Hay en la casa tarjetas de esta clase?

—Me parece que no.

Holmes fué en dirección al escritorio y echó un poco de tinta de cada tintero en un papel secante.

—Esto no ha sido escrito en este cuarto, dijo. La tinta de aquí es negra y la de la tarjeta morada. Las letras están hechas con pluma gruesa y todas las de aquí son finas. La tarjeta se ha escrito fuera de aquí. ¿Sabe Ud. algo de esta impresión, Ames?

—No, señor, nada.

—Qué opina Ud. Mr. Mac?

—Esto me da la idea de alguna sociedad secreta o cosa por el estilo. Lo mismo que la marca del antebrazo.

—Lo mismo pienso yo, dijo White Mason.

—Bien; podemos admitir esta hipótesis como punto de partida para ver si de este modo desaparecen nuestras dificultades. Un agente de una sociedad secreta penetra en la casa, espera a Mr. Douglas, le salta la cabeza casi a boca de jarro con esta escopeta y escapa vadeando el foso, después le deja su tarjeta junto al cadáver, lo que, una vez que se hable de ella en los diarios, servirá para avisar a los demás miembros de la sociedad que la venganza se ha cumplido. Todo esto está muy bien. ¿Pero por qué esa arma de dos cañones?

—Exactamente.

—Y por qué eso del anillo?

—También.

—¿Y por qué no se le ha detenido? Esto ya es cosa hecha. Puede darse por seguro que

desde anoche no hay policía en cincuenta millas a la redonda que no haya estado a la expectativa de un desconocido o extranjero con la ropa mojada.

—Así es, efectivamente, Mr. Holmes.

—Pues bien, a menos que tuviera alguna guarida muy cerca, o tuviera otra ropa lista, a prevención puede asegurarse que habría caído preso. Y sin embargo, se ha escapado. Holmes se dirigió a la ventana y con sus lentes observó la marca sangrienta de la tarima. Esta es, evidentemente, la huella de un zapato. Y es de un pie característico, ancho, un pie chato, como si dijéramos. Esto es curioso, porque examinando la huella empieza en la cornisa de la ventana se ve que es de un pie fino, finísimo.

Y sin embargo, son positivamente del mismo. ¿Qué es eso que hay sobre la mesa?

—Las palanquetas de Mr. Douglas, respondió Ames.

—La palanqueta, será. No hay más que una. ¿Dónde está la otra?

—No lo sé, Mr. Holmes. Debía haber sido una. Yo hace mucho tiempo que no las veía.

—Una palanqueta, dijo Holmes pensativo; pero sus observaciones fueron bruscamente interrumpidas por un golpe dado en la puerta. Un hombre alto, atezado, de aspecto imponente, completamente afeitado se presentó en el cuarto. Sin dificultad ninguna pude al momento reconocer en el nuevo personaje a Mr. Cecil Backer, de quien ya había oído tanto hablar.

Su mirada dominante se paseó de uno a otro con acento interrogador.

—Siento interrumpir a ustedes, dijo, pero vengo a comunicarles los últimos acontecimientos.

—¿Algún arresto?

—No tanto. Pero se ha encontrado su bicicleta. La abandonó en la huída. Vengan a ver. Está a unas cien yardas del hall allá enfrente.

Encontramos allí tres o cuatro sirvientes y curiosos en medio de la calzada contemplando una bicicleta, que acababan de sacar de un sembrado junto al camino, donde yacía escondida entre la hierba.

Era una Rudge-Whitworth embarrada como después de una larga caminata. Con ella había una bolsita y una llave, pero ningún indicio que acusara la persona del poseedor.

—Habría sido una ayuda muy grande para la policía, si estos objetos hubieran estado numerados o marcados, pero al menos podemos alegrarnos del descubrimiento. No sabremos a dónde se ha ido el asesino, pero sabremos al menos de dónde vino. Pero, ¿y por qué diablos ha dejado ese hombre la bicicleta abandonada, y dónde ha podido meterse para no necesitarla? Me presumo que el caso este no nos va a dar mucha luz en el asunto, ¿no le parece Mr. Holmes?

—¿Cree usted que no? respondió su amigo, pensativo.

—No sé, no sé!

CAPITULO V

Los personajes del drama ..

—¿Tiene Ud. ya los datos que necesita? preguntó White Mason cuando entramos de nuevo en la casa.

—Por el momento, dijo el inspector y Holmes asintió con la cabeza.

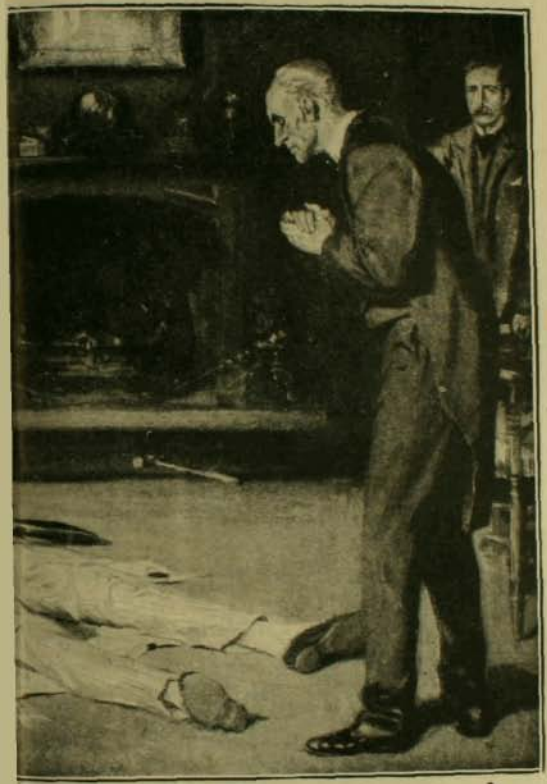
—Entonces tal vez desee Ud. oir lo ocurrido por boca de las personas mismas de la casa? Para esto podemos utilizar el comedor. Ames, sírvase acompañarnos allá y sea Ud. el primero en referirnos cuanto sepa.

Ames, tengo entendido que Ud., habrá visto otras veces est de Mr.

La relación del mayordomo fué sencilla y clara. Dejaba en el ánimo una impresión de sinceridad inequívoca, El había sido contratado cinco años atrás cuando por vez primera llegó a Birlstone Mr. Douglas. Sabía que éste era un rico señor, que había hecho su fortuna en América.

Se le guardaba aprecio y consideraciones

como a empleado, tal vez no tanto como los que él merecía, pero uno no puede tenerlo todo. Nunca vió en Mr. Douglas manifestaciones de recelo; por el contrario, le creía uno de los hombres más sin miedo de cuantos conociera. Si Mr. Douglas había ordenado levar el puente todas las noches fué por conservar las antiguas costumbres tradicionales, cosa que le agradaba en extremo. Rara vez iba Mr. Douglas a Londres ni salía del pueblo, sin embargo el día antes del crimen había estado



traña marca, ¿un triángulo encerrado en un círculo, en el brazo uglas?

efectuando compras en Tumbridge Wells. Ese día Ames había observado a su señor algo intranquilo y desasosegado, y lo que raras veces sucedía, había dado muestras de impaciencia y mal humor. Aquella noche no se había acostado, y se había pasado en la despensa, en la parte de atrás de la casa, atareado sin duda en recuento de dinero, pues se oía constantemente el tintineo de las monedas de plata.

No había oído el disparo, pero ello no era cosa de extrañar, pues la despensa y las cocinas caían completamente atrás del edificio y para llegar allá había muchas puertas que estaban cerradas y un largo pasadizo. El había salido precipitadamente de su cuarto, alarmado por el violento sonar de las campanillas. Llegó a las habitaciones principales a un tiempo con Mrs. Allen.

Al llegar al pie de la escalera había visto a Mrs. Douglas que bajaba. La señora no gritaba; no le pareció que estuviese muy conmovida. En el preciso momento que ella llegaba al pie de la escalera Mr. Cecil Backer salía del gabinete, deteniéndola el paso y negándole volver atrás.

—Por Dios, señora, vuélvase a su cuarto, le gritó.

El pobre Jack está muerto. Nada puede Ud. hacer. Por favor, retírese.

Tras algunos momentos de vacilación en la escalera, Mrs. Douglas se alejó, sin gritar, sin exclamaciones, lentamente. Siguió tras ella Mrs. Allen, el ama de gobierno y juntas entraron al gabinete de la señora. Ames y Mr. Backer volvieron a entrar en el cuarto del crimen donde lo encontrara todo exactamente en el mismo orden que posteriormente lo había visto la policía. La vela estaba apagada pero la lámpara ardía. Miraron afuera por la ventana, pero la noche era muy obscura y nada pudieron ver ni oir. Entonces salieron al hall y Ames hizo girar el cabrestante y bajó el puente. Entonces Mr. Backer corrió a dar aviso a la policía.

Tal fué en síntesis la declaración del mayordomo.

La del ama de gobierno Mrs. Allen fué una confirmación de la de su compañero el mayordomo.

Las habitaciones de ésta estaban más próximas a la fachada principal del edificio que las del mayordomo.

Ella se disponía a acostarse cuando el violento sonido de la campana llamó su atención. Era un poco tardía de oído. Tal vez por esto no percibió el ruido del disparo, aunque de todos modos su cuarto caía bastante lejos todavía. Recordaba haber oído cierto ruido que ella imaginó sería el de alguna puerta al cerrarse de golpe. Eso sucedía un buen rato antes, media hora tal vez de que sonara la campana de alarma.

Cuando Mr. Ames corrió al sitio del suceso ella corrió con él. Vió a Mr. Backer, extraordinariamente pálido y excitado salir del salón, interceptando el paso a Mrs. Douglas que bajaba la escalera. La suplicó que se retirase y ella le contestó, pero no pudo oir lo que decía.

—Llévela. Vaya con ella, le había dicho Mr. Backer. Y la había seguido a sus habitaciones, y había entrado en ella con su señora tratando de consolarla.

La señora parecía muy conmovida y temblaba de pies a cabeza, pero no hizo empeño ninguno de volver a bajar la escalera. Se quedó sentada, envuelta en su bata de mañana, oculta la cabeza entre sus manos. Mrs. Allen se quedó acompañando a su señora gran parte de la noche. Los demás criados, todos habían ido a acostarse y nadie las había molestado hasta el momento de llegar la po-

licía. Dormían en la parte de atrás del edificio y no era posible que hubieran oído nada.

Después el ama que nada pudo añadir sobre los acontecimientos, prorrumpió en tristes lamentaciones y expresiones de terror.

A Mrs. Allen siguió como testigo Mr. Cecil Backer. Muy poco tenía que añadir a cuanto la había dicho sobre los acontecimientos de la noche anterior. Por su parte él estaba plenamente convencido de que el asesino había huído por la ventana. La huella sobre la repisa, era en su concepto una prueba convincente. Además, estando alzado el puente no había más camino de escape. No sabría explicar qué había sido del asesino, ni por qué éste había dejado abandonada la bicicleta, si es que la hallada era de él. No era posible que se hubiera ahogado en el foso, que en ningún punto tenía una profundidad de más de tres pies.

En su ánimo se había él formado una hipótesis muy probable sobre el asesino. Douglas era un hombre reservado y había capítulos en su vida de los que nunca quiso hablar. Había emigrado a América de Irlanda siendo aún muy joven. Le había ido bien y Backer le había conocido primero en California, donde ambos fueron consocios en la explotación afortunada de unas minas en un lugar denominado Benito Cauyon. Les fué muy bien, pero Douglas de la noche a la mañana vendió sus acciones y se embarcó para Inglaterra. Por aquel entonces era viudo, Backer algún tiempo después había realizado todos sus negocios y se fué a vivir a Londres.

Allí renovaron entonces su amistad. Douglas le había dejado siempre la impresión de que algún serio peligro amenazaba sobre su cabeza y en esto le confirmaba la repentina partida de él de California y hasta la elección de lugar tan retirado y tranquilo para establecerse en Inglaterra le parecían a Backer tener su conexión con esta idea. Pensaba él (Backer) que alguna sociedad secreta, alguna banda implacable estaba tras las huellas de Douglas, y que esta no descansó hasta hacerle su víctima. Esto lo sabía él llegando a imaginar por ciertos detalles aunque nunca le había hablado Douglas de tal sociedad ni sabía qué cuentas pudiera tener éste pendientes con ella. Conjeturaba sólo que tal sociedad pudiera existir a juzgar por la extraña tarjeta.

—¿Cuánto tiempo estuvo con Douglas en California? preguntó el inspector Mac-Donald.

—Cinco años completos.

—¿Y él estaba soltero? dice Ud.

—Viudo.

—¿No le oyó Ud. nunca de dónde era su primera mujer?

—No. Creo sin embargo, que era de origen sueco.

En una ocasión vi su retrato. Era una hermosa mujer. Murió del tifus un año antes de que yo conociera a Douglas.

—¿No sabe Ud. que Douglas tuviese negocios en alguna otra parte de América?

—Le oí hablar de Chicago. El conocía mucho aquella ciudad y había trabajado en ella. Yo le oí hablar de los distritos mineros de carbón y hierro. Creo que trabajó allí bastante tiempo.

—¿Y era político? ¿Esa sociedad secreta no tendría que ver con la política?

—No; nunca le vi preocuparse de política.

—¿Y no cree Ud. que pueda ser una sociedad criminal?

—Imposible. Jamás he conocido hombre más recto.

—¿No hay algo extraño en su vida allá en California?

—El prefería residir y trabajar en las montañas. A ser posible no quería vivir donde viviesen otros.

He aquí por qué pienso yo que alguno le acechaba. Luego, cuando partió repentinamente a Europa me convencí de esto. Tengo para mí que él tenía un aviso de cualquier especie. En la primera semana de su partida vinieron a preguntar por él no menos de media docena.

—¿Qué clase de hombres eran?

—Hombres de muy dudoso aspecto. Venían a hacer no sé qué reclamaciones y querían saber dónde estaba. Les dije que se había marchado a Europa y que no sabía dónde estaría. La noticia no les hizo mucha gracia, esto podía verse en sus caras.

—¿Y esos hombres eran americanos, de California?

—Hombre, no sé si serían de California. Americanos eran desde luego, pero no eran mineros.

No sé lo que serían. Lo que sí sé es que me alegré mucho de perderlos de vista.

—Esto fué hace seis años.

—Cerca de siete.

—Ustedes estuvieron juntos en California cinco años, de modo que este asunto data de no menos once años atrás.

—En efecto.

—Serio asunto debía ser ese para tomarse tan a pecho durante un lapso de tiempo tan largo.

Por un asunto trivial no se manifiesta tanto empeño.

—Yo pienso que éste era su eterna pesadilla. Parecía que nunca se borraba de su imaginación.

—Pero si un hombre tiene sobre su cabeza un peligro inminente y sabe de dónde viene este peligro, ¿cómo explicarse que no acuda a la policía en demanda de protección?

Quizás se tratase de un peligro contra el que no podía ella protegerle. Hay cosas, como Ud. sabe, que no admiten defensa. Por lo demás, él iba siempre armado. Jamás faltaba el revólver en su bolsillo. Por desgracia, cuando fué muerto, andaba en bata y había dejado el arma en sus ropas. Una vez alzado el puente parece que ya se creía a salvo de todo riesgo.

—Desearía todos estos datos con un poco de mayor claridad, dijo Mac-Donald. Hace exactamente seis años que Douglas vino de California. Ud. llegó al siguiente año, ¿no es eso?

—Eso es.

(Continuará).

Nov.
1915

PACIFICO MAGAZINE

Precio:
UN PESO

FERROCARRIL DE ANTOFAGASTA A BOLIVIA

Servicio directo semanal
ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

TRENES DE SUBIDA

Antofagasta . . .	Sale . .	8.40 P. M.	Sábado
Uyuni	Llega. .	7.30 P. M.	Domingo
Oruro	" . .	7.40 A. M.	Lunes
La Paz	" . .	4.30 P. M.	Lunes

TRENES DE BAJADA

La Paz	Sale . .	1.40 P. M.	Sábado
Cruro	Llega . .	8.27 P. M.	Sábado
Uyuni	" . .	7.55 A. M.	Domingo
Antofagasta . . .	" . .	Amanece	Lunes

NOTA.—El tren de Antofagasta combina con el vapor rápido del Sur de la Compañía Sud-Americana de Vapores, y el tren de La Paz combina con el vapor rápido de la misma Compañía, procedente del Norte.

Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y del Norte.

El precio de un pasaje de primera clase de Antofagasta a Oruro es de £ 3.8.8½ y de Antofagasta a La Paz de £ 4.14.5.

El boleto de cama por cada noche importa £ 0.12.1 y en un viaje a Oruro o La Paz debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa salitrera (Sección chilena) salen de Antofagasta diariamente, menos los domingos, a las 8 A. M.

Para mayores datos dirigirse a

Prat 65 - Casilla 43
Valparaíso

Moneda 1120
Santiago

Constanza, deslumbradora de gracia y de belleza, no dejó de charlar animadamente, con el que todo el mundo consideraba ya como su novio

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer. VOL. V.—Santiago de Chile, noviembre de 1915—Núm. 35. — Que mañana.

La que venció al destino

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

El mundo que suele ser injusto hasta con el éxito, no perdona jamás a la desgracia. Esto que en todas partes es una verdad, se observa principalmente cuando se trata de dinero, en estas jóvenes naciones de la América del Sur, que, a fuerza de empeñarse en ser democráticas, han concluído por no aceptar otra superioridad social que la riqueza.

Se arruina un hombre de bien, y esto basta para que sea considerado como un inútil o un perdido. Prodiga sus favores la fortuna a un mentecato y no habrá ya altares donde ponerlo. Ocioso parece repetir que semejantes juicios no tienen siempre un fundamento sólido.

Fué el caso de los hermanos Arangua. Todo Santiago los conoce. Su padre, don Bernardo, agricultor rico, pero de escasas facultades, murió en la opinión de gran capitalista en el tiempo, no muy lejano todavía, en que los millonarios podían contarse en Chile casi con los dedos de la mano. Fundo de mil cuadras regadas en el departamento de Caupolicán, gran palacio en Santiago, y sobre ésto lo que las gentes habían dado en sospechar o presumir, constituía la fortuna del difunto.

No es raro, pues, que los muchachos Arangua fueran considerados muy buenos partidos, cuando apenas les apuntaba el bozo. ¿Servían para algo? Esto es más de lo que sus mejores amigos podían sospechar. La vida de aquellos dos adolescentes era tan absurda, estúpida y sin objeto, como la de la mayoría de sus congéneres de la capital de Chile. Estudiaban derecho sin asistir a clase, salían mal en sus exámenes y se pasaban las horas de la mañana en la esquina de Huérfanos con Ahumada, las de la tarde durmiendo la siesta, y las de la noche en el *copeo* o en la jarana. De quince en quince días asistían a alguna tertulia del gran mundo, y era de ver entonces el interés con que las mamáes de pimpollas en estado de merecer, les *echaban el ojo* como futuros maridos de las niñas.

¿Cómo definir el carácter de Juan y de Fernando Arangua?... Eran simples paseantes en corte y con esto todo está dicho. Tenían cuatro hermanas bastante bonitas, que, por supuesto, se casaron poco después de salir a sociedad y todavía en vida de sus padres, sin recibir más dote que buenas esperanzas. Esta es entre nosotros la costumbre.

En cuanto a los niños, no eran pródigos ni derrochadores. La avaricia de don Ber-

nardo no lo habría consentido. Hasta para tomar copas tenían que acudir al crédito del sastre. El papá no les aflojaba mosca.

Como ricos nacieron y como ricos se educaron, y todo anduvo muy bien hasta que don Bernardo pasó a mejor vida. Juan, el mayor de los Arangua, acababa entonces de cumplir su mayor edad; Fernando, cuatro años menor, quedó bajo la tutela de su tío Silvestre, el más estupendo judío que jamás naciera de estirpe vizcaína junto a las márgenes del Mapocho.

Hubo que liquidar la herencia del viejo, y entonces apareció algo que sólo en casos semejantes suele aparecer: las hipotecas. El fundo fué tasado en millón y medio, la casa de la calle del Dieciocho en trescientos cincuenta mil pesos, y a poco más de cien mil ascendía el remanente de aquella que se creía una fortuna inmensa. Sobre ello se debía casi la mitad, y era necesario partirlo en seis porciones y pagar todavía abogados y tasadores. En resumen, la cuota de cada heredero no excedía de ciento cincuenta mil pesos.

Pero el tío don Silvestre era hombre que entendía de lo que es manejarse en el mundo, y tomó tan a pechos los intereses de su pupilo, el joven Fernando, como si hubieran sido los suyos propios, lo que no es poco decir. Por primera providencia hizo que le adjudicaran el fundo, en lo que consintieron los demás herederos por causas diversas pero todas muy explicables. De los mayores de las niñas, los unos andaban más que medianamente urgidos de dinero y los otros querían también plata sonante para hacerla cundir en la bolsa. En esos años la propiedad se cotizaba muy bajo, y los hombres de negocios no conocían otro camino que el de la calle de la Bandera.

Por lo que respecta a Juan, ni tenía vocación para el campo, ni entendía palabra de agricultura, y para decir verdad no era ambicioso, y sí un tanto indolente. Juzgábase bastante rico para sus necesidades, y se formó desde luego un plan de vida tan razonable como podía esperarse de un joven de sus circunstancias. Colocaría su herencia en bonos y viviría tranquilamente de sus rentas, hasta encontrar una buena muchacha que, como se dice vulgarmente, pusiera la cena como él pondría el almuerzo.

Don Silvestre encontró, pues, el terreno despejado. Avido de buenos negocios más que de dinero, habíasele metido entre ceja y ceja hacer la fortuna de su pupilo, y lo consiguió. Buscando dinero en todos los Bancos, pudo, después del remate de los demás bienes de don Bernardo, obtener que el sobrino regalón *"se quedara con el fundo"*; debiendo, eso sí, a cada *santo* una vela. De más está decir que Juan y sus hermanas recibieron su parte oportunamente, y que el negocio de la partición terminó sin pleitos.

No fueron perdidos los afanes del buen señor. Fernando Arangua, sin ser precisamente un hombre de trabajo y a pesar de que su inteligencia era menos que mediana, poseía todas las cualidades del acaparador de dinero: frío, duro, egoísta, avaro sin desdeñar los placeres, era uno de esos hombres que desde niños son ya viejos. Nunca pudo reprochársele una mala acción, pero su alma, más bien seca y pequeña que perversa, era incapaz tampoco de un solo impulso generoso.

Cuatro años después de la muerte de su padre entró en posesión de su herencia. La propiedad agrícola había más que triplicado de valor, y el hijo menor de don Bernardo se encontró más rico que nunca lo fuera el autor de sus días.

Por entonces se creyó enamorado... Quizás lo estaba en realidad. Los egoístas también se enamoran y con furia exclusiva y salvaje.

Ella se llamaba Constanza y era la hija única de don Nicomedes Idiaquez, salitrero riquísimo que acababa de fijar su residencia en Santiago, después de realizar sus negocios.

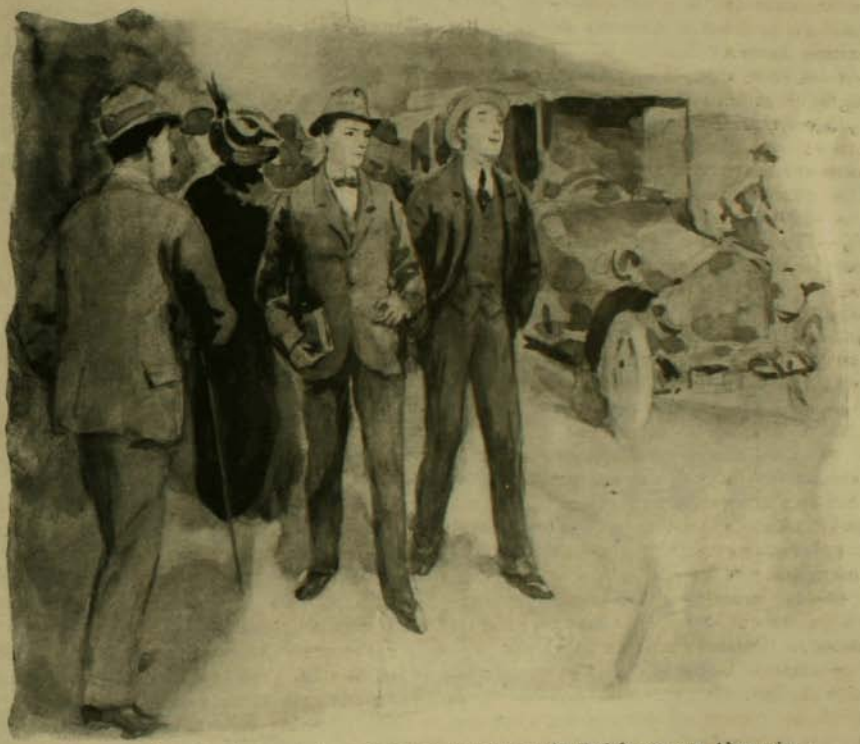
Dicen que ni el mismo diablo conoce bien a las mujeres, pero los hombres se vuelven locos por ellas sin que necesiten profundizarlas ni poco, ni mucho. La verdad es que la hermosura, las gracias, el encanto de Constancita Idiaquez eran cosas discutidas sólo por los envidiosos y las viejas. Era casi de buen tono enamorarse de ella... Cuantos podían acercarse al ídolo del día, se creían en la obligación de declararse, y la mayor parte no mentía...

Fascinaba a primera vista. Sus ojos eran la cosa más bella y más compleja del mundo. En ellos se retrataban todas las pasiones, todos los anhelos, todas las alegrías y misterios humanos. Es imposible definir esa mirada que era a la vez tierna y picaresca, inteligente y sencilla, dulce y dominadora.

De más está decir que Constancita era co-

queta, pero no sé en virtud de qué milagro, los hombres se le acercaban con respeto y hasta con miedo. Se la hubiera creído una diosa entre sus idólatras. Alegre como unas pascuas, elegante, frívola en apariencia, su vida tenía mucho de torbellino. Igual para todos, parecía como si quisiera que nadie a su alrededor dejara de tener parte en el incomparable festín de su hermosura.

Pero su amor no lo dió a nadie. Tuvo infinitos pretendientes y todos llevaron sen-



...se pasaban las horas de la mañana en la esquina de Huérfanos con Ahumada...

das calabazas. Los más codiciados partidos de Santiago, la rondearon uno a uno, atraídos por el irresistible encanto de esos ojos que parecían convidar al amor y que prometían placeres que no existen... pero todo no pasaba de promesas...

II

—No quisiera confesarlo, decía Fernando Arangua, a su amigo Eugenio Ruiz, mientras ambos bebían una media botella de champaña en el Restaurant del Parque Cousiño; no quisiera confesarlo, pero yo también estoy perdido por esa mujer.

—Te casarás con ella el día que quieras, dijo Ruiz en ese tono de insultante aplomo que usan los hombres, cuando hablan de sus amores o de los de sus amigos... ¿Qué más ha de querer don Nicomedes para yerno? Gran nombre, gran fortuna, situación social envidiable... No hay en Santiago media docena de partidos como tú...

—Psch... murmuró Fernando, como asintiendo al dicho de su interlocutor... Se conoce que el pobre viejo me distingue... ¡Es tan bueno!

—Siempre sonriendo a todo el mundo y en actitud de pedir perdón por sus millones, observó Ruiz que se preciaba de psicólogo. Estos provincianos, por ricos que sean, se imaginan que aquí en Santiago les hacemos demasiado honor, si les estrechamos la

mano... Parece mentira que ese viejecito tímido y vulgar haya sabido ganar tanto dinero. Estoy seguro de que ni él mismo se da cuenta de lo que ésto vale y significa. No tengas cuidado, Fernando, vas a hacer la dicha de ese par de prójimos. La niña, estoy seguro, soñará por la noche con la idea de ser la señora de Arangua... y en cuanto al padre...

—La niña es la que importa, interrumpió Fernando... Ha calabaceado a tantos... ¿Recuerdas que la pretendió Manuel Zorrilla?... de Zorrilla como ha dado en llamarse ahora...

—El tipo del tuno aristocrático, dijo Ruiz. Bien hizo Constancita en no cargar con ese fardo de vicios y de hipotecas...

—¿Y que dirás de Salustio Oyaneder?... Un mozo cumplido.

—Pero ¡tan antipático!...

—¿Y Diego Mora?

—Puedes citar a todo Santiago, dijo Ruiz con cierta ironía, pero no deja de ser modestia la tuya... ¿Cómo quieres compararte con Diego Mora? Un individuo sin mundo n. modales, ni brillo... O mucho me equivoco o la Constancita no ha de caer sino ante quien sepa deslumbrarla... Fíjate que viene de Antofagasta... Te lo repito. ¡Tú eres el hombre!

Arangua sonrió satisfecho. En el fondo él también lo creía así, con esa fe de los hombres que jamás han experimentado un contratiempo en la vida y que se imaginan nacidos para vencer y aptos e irresistibles para todo.

—Lo que sea sonará, dijo, pero entretanto, conste que estoy enamorado como un niño... ¿Quiéres comer en casa?

—Imposible, dijo Ruiz; estoy comprometido con Marcelo Fuentes. Después de la comida nos vamos al Municipal... ¿Por qué no nos acompañas?

—De muy buena gana lo haría, pero, por desgracia, tengo anunciada en casa una visita nada agradable... la de mi hermano Juan...

—Le mandas un recado y en paz... No te busca para cosa buena.

—Así me lo imagino, asintió Fernando Arangua con un gesto de desdén... A quien Dios no le da hijos, el diablo le da hermanos... Yo tengo la desgracia de serlo de ese loco... No pasa semana sin que vaya a proponerme un negocio... más disparatado que el de la semana anterior...

—¿Pero tú no le harás caso?

—Ya lo creo que no... Si botó su fortuna, esa no es razón para que ahora vaya a botar la mía...

—¿Cómo diablos se fué a arruinar?

—Nada más que haciendo tonterías... Quiso volar y no le alcanzaron las alas... Al principio vivía muy tranquilo de los cupones de sus bonos, y no creo que fuera capaz de otra cosa... Pero cuando vió que yo me hacía rico en el campo lo tentó la codicia... la emulación... el deseo de no ser menos que su hermano... Y aquí empezaron los desatinos. Puso una fábrica nacional de *parquets*. ¿A quién se le ocurre?... Pero como es tan sencillote y bueno para nada, no hubo quien no le metiese clavos. Por fin, su propio socio, un pobre diablo sin cristo en el bolsillo, acabó por alzarse con el santo y la limosna. El mejor día mi hermano se encontró con la nueva de que el muy pillo, aprovechando del crédito de la firma, había girado doscientos mil pesos contra la cuenta del Banco, y huído qué sé yo para dónde... Así quedó liquidada la fábrica de parquets y la herencia de Juan.. Desde ese día me persigue a sol y a sombra para que lo habilite. Quiere comenzar de nuevo por lo visto. Yo le he ofrecido una mesada de doscientos pesos, pero no quiere admitirla. Tiene más soberbia que don Rodrigo en la horca.

—¿Por qué no le consigues un empleo?

—Es tan antipático el papel de solicitante... Precisamente porque tengo buenas relaciones no me gusta perderlas... En fin, no me recuerdes a mi hermano. ¿Para qué amargarnos la vida?

Y Fernando Arangua, uniendo la acción a la palabra, respiró fuertemente, como quien se siente libre de un peso incómodo.

Eugenio Ruiz lo contemplaba con admiración y envidia. Era uno de esos hombres, demasiado comunes en nuestra sociedad, que como las mariposas alrededor de la luz, pasan su vida al calor de todos los que tienen dinero... ¿Qué sacan de ellos? Difícil sería decidirlo, porque los ricos no suelen pecar de generosos y altruistas... ¿Fumar un buen puro?... ¿Beber unas cuantas copas?... ¿Pasear en auto de cuando en cuando?... No es fácil imaginar qué otras ventajas pretendan tales parásitos de la sociedad de los poderosos.

Ruiz sentía por Fernando Arangua una devoción especial. Parecíale que el afortu-

nado mancebo no sólo era un hombre de un brillante presente, sino de un porvenir magnífico. Justo es decirlo: la sociedad entera pensaba de igual suerte. Las gentes se hacían lenguas del buen sentido, del equilibrio perfecto, de la seriedad y carácter de mano no le negaría su apoyo para emprenderlo... La del diablo era que debía dar una contestación definitiva aquella misma noche.

Cuando supo que Fernando no iba a comer en su casa, se decidió a buscarlo en

...mientras ambos bebían una media botella de champaña...

ese mozo que a nadie debía en relidad nada, sino a su buena estrella y a su egoísmo.

III

Alegre y triunfante, fué aquella tarde la comida con que Marcelo Fuentes obsequió a sus amigos en el Club de la Unión. Fernando Arangua no faltó a la fiesta... Allá se las entendiera su hermano con sus negocios y fantasías de pobre diablo.

Pero Juan era obstinado y terco. La adversidad templa los caracteres, y él estaba decidido a luchar contra la mala fortuna. El negocio que ahora tenía entre manos, le parecía de un éxito evidente, y fuerte con esta convicción, se imaginaba que su hercualquiera parte donde estuviera, y de pregunta en pregunta, llegó a la puerta del comedor reservado, en donde tenía lugar el festín de Marcelo Fuentes.

Su aparición causó estupor. Hacía quizás un año que no se le veía en el Club, y por dos semestres su nombre había figurado entre los de los socios morosos.

La comida iba ya a terminar y alrededor de la mesa todos estaban alegres y decidores.

Marcelo Fuentes invitó al recién venido a que se sentara. Los circunstantes le saludaron con benevolencia compasiva.

—¿Dónde te metes que no se te ve el polvo? le preguntó su antiguo condiscípulo Ramón Andueza, famoso por sus *planchas*.

Juan se encogió de hombros.

—Busco lo que Uds. ya han encontrado: la vida, dijo con sencillez.

Aquella salida pareció a Fernando Arangua de pésimo gusto.

—Supongo que no vienes a buscarla aquí, le observó con severidad.

—Aquí y en todas partes, repuso Juan con firmeza. Te busqué en tu casa y no estabas.

—Luego hablaremos, le dijo Fernando en el tono de quien hace una concesión enorme... Si quieres vamos al teatro.

Juan asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y qué tal de negocios? preguntó Marcelo Fuentes a Fernando, después de vaciar una copita de chartreuse... ¿Es cierto que arriendas el fundo?...

—Parece negocio arreglado, contestó el aludido... Me pagan por él doscientos mil pesos de canon.

—Buen precio, dijo Esteban Olizaga, que era una autoridad en materias de campo. Pero, ¿por qué no continúas trabajando tú mismo esa propiedad? En Chile nada hay más seguro sino la tierra.

—Estoy aburrido... y como pienso irme a Europa...

—¿De modo que es cosa decidida?...

—Decidida a menos que haya inconveniente por parte del arrendatario... Si formaliza su oferta, será cosa arreglada...

Juan se levantó nerviosamente de su asiento...

—Entonces, exclamó, es negocio hecho... Tengo encargo de ofrecerte doscientos mil pesos de canon por el fundo, siempre que todo quede arreglado esta misma noche.

—¿Y de quién es la oferta? preguntó Fernando con cierto desdén.

—De don Matías Ramírez.

—¿Cómo? exclamó Fernando... A sus años y con su fortuna, don Matías Ramírez va a tomar un arriendo...

Juan se sonrió, en la forma del que va a dar una noticia agradable...

—Don Matías, dijo, es sólo el capitalista... El fundo voy a administrarlo yo... No sólo vas a hacer un buen negocio para ti sino para tu hermano...

El rostro de Fernando se contrajo... Hubo un instante de silencio pesado y desagradable...

—¿No me felicitas? preguntó Juan palideciendo...

—No hay para qué, dijo Fernando con acento duro y frío... Dile a don Matías que no me gustan los negocios con parientes cercanos en ninguna forma... Son para disgustos y nada más.

Al pobre Juan le pareció que el mundo entero se desplomaba sobre él... Nunca había soñado una humillación semejante... Se contuvo, sin embargo, y después de despedirse salió del comedor sin decir palabra.

—Bien hecho, dijo Eugenio Ruiz. So pretexto de estar tu hermano por medio, no te habrían pagado el canon...

—Exacto, exclamó Fernando, tan satisfecho de su propia previsión como de la perspicacia de su amigo...

Entretanto, allá en la calle, solitaria y fría, Juan no pudo contener por más tiempo sus lágrimas...

Era una nueva esperanza que se le desvanecía.

IV

La velada de esa noche en el Municipal, fué para Fernando Arangua velada de triunfos. Todos los anteojos se dirigían al palco del rico salitrero don Nicomedes Idiaquez. Constanza, deslumbradora de gracia y de belleza, no dejó de charlar animadamente, con el que todo el mundo consideraba ya como su novio.

El gentil corazoncito de la linda muchacha iba, en realidad, dejándose prender, poco a poco en las redes del amor. Ya no coqueteaba... Ese mozo frío, correcto, aristocráticamente desdeñoso, había ido apoderándose, poco a poco, de la fortaleza hasta entonces inexpugnable... Es el gran secreto de los egoístas... Poseen la táctica segura y serena de que carecen los espíritus frívolos o expansivos...

El carácter de Fernando no era simpático, sobre todo para los hombres, pero, ya lo hemos dicho, estaba tanto más enamorado cuanto que su pasión no era sino un poderoso reflejo, del único amor que era capaz de sentir, el de su propia persona.

Constancita Idiaquez había llegado a serlo todo para él. Esa mujer satisfacía su corazón, sus sentidos, su vanidad y su codicia. Así es que ni el más rendido y romántico doncel hubiera encontrado las seducciones que él supo desplegar. Acostumbrado a vencer, seguro de sí mismo, iba derecho a su objeto y sabía perfectamente que iba a conseguirlo... Esta es la gran fuerza, así en el

amor, como en las demás batallas de la vida.

Como el lector ya lo habrá sospechado, el padre de la hermosa salitrerita, era hombre de una vulgaridad aplastadora, de tanta experiencia en los negocios, como escaso conocimiento de los hombres, fuera de los cálculos un tanto rutinarios del mundo de los negocios. Se había constituído, sin saber él mismo por qué, en un admirador apasionado de su presunto yerno. Sería injusto decir que deseaba para su hija un matrimonio de conveniencia. Era ya demasiado rico y, en cambio, le hacía falta un poco de brillo, un sitio en ese gran mundo, cuya conquista ansiara en sus días de fatiga y ambición, allá en las áridas soledades del Norte. Ver a Constancita esposa de un señor santiaguino de la vieja cepa, emparentado con las familias de estirpe colonial, colmaba todas sus aspiraciones.

A más de eso las cualidades, por decirlo así, negativas del joven Fernando Aranguа, le cautivaban, precisamente porque eran vulgares. Se parecen tanto la sangre fría al egoísmo, el equilibrio a la inercia, la buena fortuna a la capacidad para los negocios, la corrección superficial a la distinción del espíritu, que la mayoría de los hombres suelen ser deslumbrados por cualidades aparentes que en el fondo no son sino defectos.

Por lo que respecta a su joven pretendiente, no es raro, pues, que alrededor de Constancita, todo el mundo pensará como su padre, y la halagadora perspectiva de un gran matrimonio, de un brillante éxito social, no dejaban de influir, digámoslo sin temor de desilusionar a nuestros lectores, en el corazón de la niña. Las mujeres también calculan, de un modo más inconsciente y disimulado, pero no menos efectivo que los hombres.

Alegre y triunfante fué aquella tarde la comida...

Pero Constancita no era por eso lo que el mundo pensaba de ella. Su aparente frivolidad, su coquetería misma, ocultaban una alma muy sana y muy capaz de sentir con hondura. Se creía ahora enamorada y acaso lo estaba en realidad. Se sentía orgullosa de su conquista, de haber dominado a aquel sér frío, reflexivo, profundamente juicioso y sensato, en quien había sabido ella despertar

Allá en el campo, aburrida y fastidiada entre dos señores que sólo hablaban de negocios y de cultivos...

todas las locuras de una pasión frenética, como la de un niño de veinte años.

Así esa noche, cuando a la vuelta del teatro, su padre, con esa falta de tacto, propia de quien no ha resuelto más problemas que los de los números, le interrogó acerca de Fernando, la niña enrojeció hasta el blanco de los ojos.

—Vamos, confiésalo hijita, le dijo don Nicomedes, Fernandito no te desagrada... Eso se conoce a la legua...

—Pero qué cosas tiene Ud., papá... ¿Cree Ud. que estoy enamorada?

—Las señas son mortales... Con él no coqueteas...

La niña se ruborizó todavía más.

—No me digas más, continuó el viejo... Vas a ser la señora de Arangua...

. . . . . .

Y al recogerse a su alcoba, la encantadora niña iba pensando que, en realidad, bien podía ser pronto la señora de Arangua...

V

Quince días después de esta escena, don Nicomedes y su hija eran huéspedes de don Felipe Cerda, en su fundo de "El Retiro".

Don Felipe era uno de esos hombres que padecen del vicio de la hospitalidad. Propietario de una hacienda, considerada con justicia como una de las más valiosas y mejor cultivadas del país, su personalidad se había confundido, por decirlo así, con aquel fundo, que quería como a las niñas de sus ojos. En el Club no tenía otro tema de conversación.

—Huyamos, que allí viene don Felipe a darnos la lata sobre "El Retiro", decían los mozos diablos en cuanto lo divisaban.

Al buen señor no le satisfacían las conferencias orales sobre su propiedad, y cada vez que tenía ocasión, se llevaba al fundo huéspedes, a quienes se complacía en enseñar una a una, y con empalagosa prolijidad, todas las dependencias de la hacienda.

"El Retiro" figuraba como número obligado en el programa de todos los viajeros ilustres que llegaban a Chile; sus paisajes se exhibían en las cintas de los biógrafos, en los diapositivos de las linternas mágicas, y en las ilustraciones de cuanto libro se escribe sobre el país... Don Nicomedes Idiaquez no podía morirse sin haber visitado el legendario fundo, y como su propietario era todo lo que hay de bien colocado en Santiago, se tuvo por muy feliz el aceptar la invitación, que le hiciera el señor Cerda a la postre de extensa disertación agrícola.

Constancita, antes de partir para el campo, se despidió del enamorado Fernando, en forma harto lisonjera para sus crecientes esperanzas.

Allá en el campo, aburrida y fastidiada entre dos señores mayores que sólo hablaban de negocios y de cultivos, el recuerdo del joven fué enseñoreándose más y más de su espíritu, sediento de emociones. Así, a lo lejos, la figura de Fernando se le aparecía rodeada de todos los prestigios y seducciones, con que la ausencia embellece las imágenes que nos han sido gratas.

Cierta noche, después de comer, don Felipe Cerda interrumpió una ya interminable lata sobre su criadero de vacas Durham, para dirigir la palabra a su linda huéspeda.

—Le tengo una buena noticia, dijo sonriendo. Mañana llega para Ud. un compa-

Juan contemplaba la radiante hermosura de la niña...

ñero que la divertirá más que este par de viejos... Un mozo muy bueno y muy simpático... ¿A que no adivina?

Sin saber por qué Constancita se puso colorada.

—No... No es lo que Ud. se imagina, continuó don Felipe maliciosamente... pero... que se quema... que se quema...

—¿Quién es? preguntó don Nicomedes.

—Un hermano de cierto amigo de Constancita... Juan Arangua.

—¡Ah!... Sí... ya he oído hablar de ese mozo, dijo don Nicomedes con no disimulado desdén... Parece que es un muchacho sin fundamento... Mala cabeza... ¿No es así?...

—Fuí muy amigo de su padre, repuso don Felipe, como excusando de dar su opinión... Está muy pobre, y le he ofrecido el cargo de tenedor de libros del fundo... El empleo no es gran cosa, pero peor sería que se muriera de hambre.

—Lo que es carecer de buen juicio, observó don Nicomedes con su habitual falta de mundo... ¡Qué diferencia entre los dos hermanos!...

—Educan tan mal a los jóvenes, dijo don Felipe... Les llenan la cabeza de fantasías y de libros inútiles, y después no saben qué hacer en la vida... Siempre se lo decía yo a Bernardo Arangua... Pero a él se le había metido en la cabeza que esos niños se recibieran de abogados... Ahí tiene Ud. lo que resulta...

—Pero Fernando ha salido aprovechado, observó don Nicomedes con cierto orgullo que ya tenía algo de paternal.

Don Felipe no contestó una palabra, porque no tratándose de agricultura, prefería guardar para sí su manera de pensar.

Constancita no había perdido palabra de este diálogo. Aquel hermano pródigo del que iba a ser su novio, iba a ser en los largos días de su estancia en "El Retiro" un recuerdo constante del hombre que ocupaba sus pensamientos... Con seguridad conversarían muy largo y hablarían de él. ¡Pobre muchacho!... Con sus defectos y todo, estaba seguro de que iba a quererlo como a un hermano... Ella había sido sola en el mundo, y la complacía la perspectiva de un nuevo afecto que no experimentara hasta entonces.

La idea que se había formado de su futuro cuñado, no era, por cierto, muy favorable. Se lo imaginaba, como tantos otros mozos más o menos dejados de la mano de Dios que había conocido en Antofagasta y en Santiago: un tanto rudo, de mirar insolente y despreocupado, decidor y simpático, como suelen serlo los tunos: el término medio, en fin, entre un desequilibrado y un truhán.

Cuando, a la tarde siguiente, después de su acostumbrada cabalgata, penetró Constancita en el vasto "hall" de las casas de la hacienda, lo primero que vió allí sentado en una silla y con un periódico en la mano, fué a Juan Arangua...

No era como ella lo había creído. Es cierto que se parecía muy poco a su hermano, aunque tenía esos mismos ojos grandes, verdes, profundos, cuya mirada había sabido perturbar el corazón de la joven. Un rostro blanco y pálido, una sonrisa bondadosa, pero triste, un continente reservado y modesto, pero digno... Tal era Juan y Constancita no pudo menos de confesarse a sí mismo, que su futuro cuñado era un mozo muy interesante.

Al ver a la niña, Juan se levantó de su asiento y la hizo un saludo respetuoso... Constancita se acercó a él alegremente...

—Supongo que sea Ud. Juan Arangua, le dijo, permítame entonces que yo misma me presente... Soy Constanza Idiaquez... Ud. me conocerá de nombre...

Se siguió una de esas conversaciones tan triviales como embarazosas, que es forzoso enhebrar sin tema definido, entre dos personas de sociedad que se encuentran solas.

Constancita hizo todo el gasto de aquella charla insubstancial. Estuvo aún más alegre y chispeante de lo que solía, pero, dicho sea en honor de la verdad, sin coquetear ni por asomo.

Juan contemplaba la radiante hermosura de la niña, y se decía a sí mismo que había juzgado mal, de lejos, a aquella encantadora creatura, de la que tanto había oído hablar, sin conocerla hasta entonces ni siquiera de vista. El carácter del joven, endurecido por la mala fortuna, serio casi hasta la severidad, no era, por cierto, como para simpatizar con una muchacha a quien todo Santiago tenía por frívola, casquivana, sin más mundo y horizonte que la vanidad de los trajes y los paseos.

Pero a los pocos minutos de conversación comprendió que había algo parecido a una alma, bajo aquellas apariencias engañosas de brillante frivolidad. Sin quererlo se sen-

tía hondamente seducido. La belleza de Constanza, su dulcísimo mirar, impregnado de ternuras misteriosas y de ignoradas alegrías, el placentero sonido de su voz cristalina y pura; la espléndida armonía de sus formas; la gracia llena de bondadoso cariño, con que le dirigía la palabra... todo ello le perturbaba y atraía poderosamente. El pobre había sufrido demasiado, y en el ingrato camino que en su vida recorriera, esos minutos al lado de esa mujer incomparable, eran lo que el oasis al viajero sediento que atraviesa un desierto desolado.

Juan no supo, no quiso resistir a esa mágica influencia. Se dejó arrastrar por ella... Creía estar viviendo una vida nueva... Pero muy luego hubo de volver a la realidad dolorosa de su triste destino.

—Soy muy amiga de su hermano Fernando, le dijo Constancita después de un instante de silencio. Es un excelente muchacho... Mi papá lo quiere mucho.

La niña no pudo imaginar cuánta amargura encerraban para el pobre joven esas sencillas palabras. Demasiado bien sabía él que esa encantadora creatura, era casi la novia de su hermano. Su bondad y sus sonrisas, el tierno brillo de sus miradas, eran dirigidas al otro... El no era sino el reflejo, el recuerdo del sér ausente, por quien palpitaba ese corazoncito.

Por primera vez sintió algo parecido a la envidia... ¿Por qué había querido Dios que todo fuera para Fernando?

¿Comprendió la niña lo que pasaba por el alma de Juan? Bien puede ser, pues es el hecho que, con tacto exquisito, no volvió a mencionar a Fernando.

Nadie lo hubiera imaginado al ver a Constancita en la tarde siguiente en las carreras

VI

Muy diversa fué aquella tarde la comida, de lo que ser solía, en las suntuosas casas de "El Retiro". La presencia de Juan parecía haber venido a animar la conversación de ordinario monótona de don Felipe Cerda y su nuevo amigo don Nicomedes.

Se habló de agricultura, pero también de otros asuntos. La velada fué de Juan. Ni puso él los temas, ni cometió tampoco la torpeza de disertar largamente sobre ninguno, pero cada vez que dijo algo, fué una cosa que merecía ser oída. Ese pobre muchacho poseía la difícil ciencia de dar interés a

todo... No sólo Constancita, sino el propio don N.comedes estaban admirados de encontrar tanta gracia y buen sentido, tanto talento e instrucción, en el que pocas horas antes consideraban un mozo bueno para nada o para muy poca cosa.

Muy parco para juzgar a los demás, profundamente penetrado de la actitud y del lenguaje que convenía a su situación, cautivaba a sus oyentes con una modestia sin afectación, tranquila y segura de sí misma. Si la gentil arrogancia de su hermano, imponía, él también dominaba a su modo, humilde y calladamente...

No dió como suya opinión alguna, salvo en un punto. María Guerrero estaba entonces en Santiago, y la conversación recayó sobre dramas y comedias. Don Nicomedes detestaba las comedias clásicas.

—Son una pesadez, dijo, y sólo se las puede tolerar como una curiosidad... María Guerrero abusa del público... Las prodiga demasiado.

—Es cierto, señor, dijo Juan; comedias españolas del siglo XVII, reflejan costumbres que no son las nuestras, pero los sentimientos humanos son siempre los mismos... Hay algo que me encanta en el teatro antiguo... Se discute mucho cuáles son las mujeres más seductoras del mundo: hay quien prefiere a las inglesas, otros están por las francesas o las españolas... Pero es preciso confesarlo... No hay mujeres como las de Lope de Vega...

—¿Y qué tienen de particular esas niñas de Lope de Vega? preguntó Constancita con mucho interés.

—Que ellas son el eje del mundo, que ellas constituyen la vida y el destino de los hombres. Lope de Vega ha forjado un paraíso, en que el amor de las mujeres reina... Ese amor hace por sí sólo la desgracia o la felicidad, la muerte o la vida... Lope no quiso abordar otro problema, y al lado de éste los de nuestra literatura contemporánea, parecen fríos y sin alma. Bueno está discutir intereses o artículos de código en la bolsa o en los tribunales, pero al teatro se va a experimentar otro género de sensaciones...

—Pero, amiguito, dijo don Nicomedes, ¿se imagina Ud. lo que sería del mundo si estuviera gobernado por las mujeres?

—No, señor; pero en el teatro de Lope la cosa resulta encantadora... ¡Cuestión de fantasía!... y también cuestión de gustos.

Después de comer, la señorita Constanza no creyó poder emplearse en nada mejor que en dar conversación al joven tenedor de libros, mientras su señor padre y don Felipe se enfrascaban en una partida de ajedrez.

Aquel muchacho le interesaba, sin poderlo remediar. Quería saber de su vida y de sus desgracias, algo que no fuera la repetición de lo que oyera la noche anterior.

Pero Juan no era en este punto muy comunicativo. Hablaba muy poco de sí mismo y la linda muchacha agotó antes de saber gran cosa todos los recursos de su ingenio. Juan parecía reconcentrarse en aquel sitio sagrado e inviolable, que es nuestro y sólo nuestro, mientras no lo arrojamos como pasto a la curiosidad vulgar del primer venido.

¿Para qué no decirlo de una vez? Juan estaba ya locamente enamorado de la que creía novia de su hermano; sentía que su vida no iba a ser en el futuro, sino ese amor insensato y sin esperanza. Su profundo buen sentido decíale a voces que no sería él, pobre diablo sin situación y fortuna, el llamado a conquistar el corazón y los encantos de aquella niña a cuyas plantas habían suspirado inútilmente los más brillantes partidos de Chile.

Pero fuerte es el hombre que, aún sin esperanza, no siente miedo, y Juan no lo sentía. Acostumbrado a luchar cara a cara con la vida, se entregó sin vacilar a su amor incipiente, seguro de que él no había de traerle sino nuevas derrotas y amarguras.

—A pesar de todo, se había dicho a sí mismo: la querré porque es mi destino quererla... Ella nunca lo sabrá de mis labios... Sería ridículo, absurdo, quimérico... A otro ha guardado Dios, la felicidad de ser dueño de ese tesoro incomparable... pero yo la adoro... y de eso nadie puede despojarme...

Y durante toda aquella velada, Constancita sintió palpitar cerca del suyo un corazón ebrio de amor, encerrado bajo las formas impecables de un joven digno, reservado, que, sin saber por qué, iba adquiriendo sobre ella irresistible imperio...

. . . . . .

Así pasaron muchos días... Poco a poco la niña iba comprendiendo que la compañía de Juan Arangua se estaba convirtiendo en una necesidad de su existencia. Si alguien la hubiera dicho que estaba enamorada del pobre tenedor de libros, habría rechazado aquella idea como la más absurda del mundo. Juan seguía siendo para ella el hermano pró-

digo de Fernando y nada más... Es cierto que le interesaba mucho, que sólo al verle se iluminaba su hermoso rostro, y que nadie hasta entonces mereciera de sus frescos labios sonrisas como las solía guardar para su nuevo amigo...

¡Cómo lograba el pobre muchacho embellecerlo todo! Qué interés no cobraban a su lado las cosas más triviales... Aquel vencido de la vida, sabía, al igual del personaje

VII

Llegó, por fin, el día en que don Nicomedes y su hija regresaron a Santiago. La niña y Juan se despidieron como dos buenos amigos, casi indiferentes el uno para el otro...

Pero el alma de los dos jóvenes encerraban misterios de que ellos mismos no sabían dar-

Y la niña se inclinó fijando en su padre la mirada serena y dominadora de sus grandes ojos...

de Shakespeare, encontrar lenguas en los árboles, discursos en los arroyos murmurantes, libros en las piedras, y el bien en todas las cosas.

—¿Por qué le había tratado tan mal la fortuna? De cuantos problemas le tocara resolver hasta entonces, éste le parecía el más hondo e interesante de todos...

—La suerte puede ser injusta, se decía... Es necesario que yo sepa si lo ha sido en este caso...

Pero sentía un miedo infantil de hallar culpa alguna en Juan.

se cuenta... Dudas y problemas, sentimientos indefinibles, anhelos vagos...

Nadie lo hubiera imaginado al ver a Constancita en la tarde siguiente en las carreras... Nunca estuvo más alegre, más coqueta y más frívola.

Fernando continuaba siendo el preferido.

Hasta muy tarde no le habló ella de Juan.

—Conocí a su hermano, le dijo... Poca suerte ha tenido el pobre...

Fernando se encogió de hombros.

—No le tiene Ud. lástima, insistió la niña... Parece muy buen muchacho...

El joven elegante no dijo una palabra, pero Constancita estaba resuelta a ir hasta el fin.

—¿Qué tiene Juan, exclamó con viveza, que nadie quiere decir nada de él? Confiésemelo con franqueza... ¿Ha hecho algo que no pueda repetirse?

—Nada de eso, repuso Fernando... es un deschavetado, pero, nada peor que un deschavetado...

—Eso mismo dicen todos, exclamó Constancita, pero yo deseo tener noticia de sus locuras... Las mujeres somos curiosas... Cuéntemelo Ud. todo...

Fernando sonrió. Desde las alturas de su amor propio sentía cierta satisfacción malsana en comparar a sus éxitos las desgracias del pobre Juan.

—Cosas de negocios, dijo... No ha sabido conducirse en la vida.

—Yo también entiendo de negocios... y ese pobre niño me interesa... ¿No quiére Ud. sacarme de mi curiosidad?

—Es una historia muy insípida... dijo Fernando, desdeñosamente... El hecho es que puso una fábrica... Allí todo anduvo a la diabla... No le pagaron las cuentas... El no ha tenido nunca ojo de comerciante... Le estafaron... Su socio se le alzó con los cuatro reales que le quedaron... Eso es todo.

—Bueno, dijo Constancita, mirando muy fijamente a su interlocutor, pero y la locura de Juan... esa locura de que todos hablan...

—¿Le parece poco botar así su herencia?

—Pero era tan joven, observó Constancita...

—Los jóvenes también están obligados a tener sentido común, y hay muchos que saben conducirse en la vida como es debido, dijo Fernando, en el tono sentencioso, del que está seguro de no haber cometido errores.

¿Qué pasó entonces por el corazón de la encantadora niña? No sabríamos decirlo a punto fijo... Miró de hito en hito a su interlocutor y no volvió a hablarle del asunto...

Al regreso a su casa aquella noche, antes de ir al comedor, se acercó de puntillas a don Nicomedes y le dijo muy bajito...

—¿Sabe papá un secretito mío...?

—¿Cuál hijita?...

—Que Fernando Arangua es insoportable... No quiero volver oir hablar de él.

Don Nicomedes miró a su hija con inquietud.

—¿Soplan otros vientos? preguntó...

—Sí, soplan, repuso la niña gravemente... Escúcheme Ud... Yo creía querer a ese hombre, pero me ha bastado oirle cuatro palabras para aborrecerlo... Ud. dirá que soy una coqueta, pero estoy segura de tener el corazón muy limpio y el alma muy sana... Hasta hace pocas horas no había conocido mis verdaderos sentimientos... estoy *locamente enamorada*, y *me he jurado* a mí misma que he de hacer feliz al hombre a quien quiero, y que le daré todo cuanto le falta... Voy a vencer al injusto destino...

—¿Pero qué locuras estás diciendo? preguntó asombrado don Nicomedes, que no entendía una palabra del extraño lenguaje de su hija...

—Digo que el amor, para ser verdadero y sublime, para asegurarnos la felicidad, debe ser así como el que yo siento ahora... Una ansia infinita de hacer feliz a otro, de vengarlo de las injurias de la suerte...

—¿De quién estás hablando?

—¿No lo ha adivinado Ud. papacito?...

Y la niña se inclinó fijando en su padre la mirada serena y dominadora de sus grandes ojos...

Don Nicomedes leyó en esa mirada una resolución inquebrantable.

—Habla de una vez, balbuceó.

—Pues bien, papá... Sépalo Ud... Me caso con Juan Arangua, dijo la niña, sonriente y tranquila.

¿Esperaba el viejo aquella confesión?... Bien puede ser... El hecho es que quiso formular una tímida protesta, pero no encontró palabras...

. . . . . .

Juan Arangua y Constancita son hoy lo que es muy raro encontrar en este mundo: un matrimonio feliz.

La linda salitrerita ha tenido el buen juicio, y éste sí que es milagro, de no recordar jamás a su marido que ella no es sólo su mujer... sino también la vencedora de su destino.

LA EXPEDICION ROOSEVELT-RONDON

Con ilustraciones fotográficas

En un número reciente del "American Museum Journal" apareció un artículo, bajo el título "Resultados Geográficos de la Expedición Roosevelt-Rondon", escrito por el Sr. W. L. G. Joerg, que da una idea de los conocimientos que el mundo ha adquirido acerca de una extensa área del interior del continente sud-americano, merced a los trabajos de esta expedición.

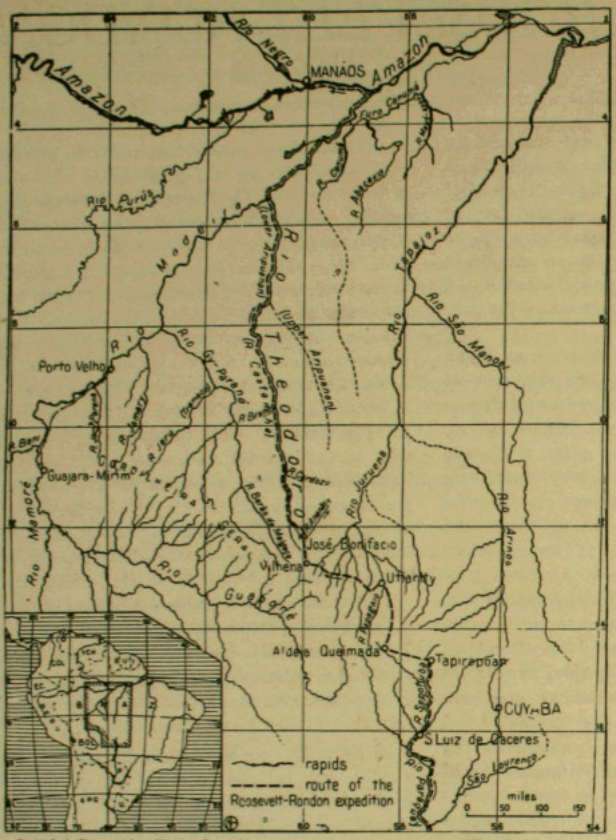
Según el Sr. Joerg, si se examina un mapa que indique lo que hace un año sabíamos de la topografía de Sud-América, encontraríamos, en el mismo corazón del continente, un espacio en blanco tan grande como el Estado de Nevada. Sus bordes eran muy conocidos; al noroeste el Río Madeira, una de las vías fluviales más importantes de la Hoya del Amazonas; hacia el norte hay un grupo de tres ríos a saber: el Canuma, Abacaxis y el Manue-Assu, desembocan en un remanso que une al Madeira y el Amazonas, se conocen desde el reconocimiento que hizo Chandless en 1868; al este corre el Tapajoz, uno de los principales afluentes del Amazonas, que hace mucho tiempo se conoce y que en 1895-6 fué explorado con detenimiento y exactitud por el viajero francés Coudereau, y, finalmente, al sudoeste esta área desconocida queda limitada por el Gy-Paraná, que no se trazó debidamente hasta 1907, año en que el coronel Rondon hizo una de sus expediciones previas.

En la segunda de estas expediciones, en 1909, fué cuando el coronel Rondon tropezó con la cabecera de un río que corría hacia el norte. La expedición de los coroneles Roosevelt y Rondon, de 1914, tuvo por objeto seguir dicho río hasta su desembocadura, pues podía desviarse hacia la izquierda y convertirse en una de las fuentes del Gy-Paraná, o torcerse hacia el este y ser tributario del Juruena, que es una de las fuentes del Tapajoz. Pero no sucede ni lo uno ni lo otro: Corre casi al norte franco, de manera que atraviesa de un extremo al otro un área desconocida. He ahí la importancia del descubrimiento. Así el nuevo río resulta el tributario más largo del Madeira, que hasta ahora se conoce, pues su longitud asciende a unas 900 millas.

Según opina el Sr. Joerg, la posición de este río permite hacer varias conjeturas en cuanto a la hidrografía de la región. Hacia el oeste, en dicho río y el Gy-Paraná, la distancia parece ser demasiado pequeña para que pueda existir un sistema de ríos de tamaño considerable. Es probable que esta área sea desaguada en direcciones opuestas por sus tributarios. Sin embargo, hacia el este, entre este río y el Tapajoz, es muy probable que existan caudalosos corrientes. Así parece indicarlo la relación del coronel Roosevelt. En la latitud 7° 34', a la derecha, al nuevo río se une otro de igual tamaño. Poco tiempo antes la comisión de Límites del Amazonas había comprobado que este río se extendía hacia arriba por lo menos hasta los 8° 48', siendo así que la citada comisión había ascendido hasta dicha latitud. Tampoco parecía improbable que fuera el curso inferior de un río, denominado el "Ananas", cuya cabecera había cruzado la expedición antes de llegar al nuevo río. El Sr. Joerg dice que este problema puede resolverse pronto, y uno de los auxiliares del coronel Rondon se proponía efectuar el descubrimiento del Ananas este año.

El libro del coronel Roosevelt contiene otra alusión que da lugar a creer que en esta región exista otro gran río. Se le dijo que el año anterior cuatro gomeros indios trabajaban en el Canuma, aproximadamente a los 9°, latitud sur, demostrándose así que se extiende hacia el sur por lo menos hasta este punto. El reconocimiento que efectuó Chandless no se extendió más allá de los 5° 17', pero el tamaño del río hacía creer que se elevaba hasta una distancia considerable. Esta conjetura se expresa en varios mapas del Brasil, donde aparece que el Canuma desagua toda la región que se extiende entre el Madeira y el Tapajoz, apropiándose así el área que, según se ha descubierto, es tributaria del nuevo río.

En cuanto a la aseveración de que la expedición recorrió un territorio "desconocido", el Sr. Joerg dice que es verdad que los recogedores de goma habían ascendido hasta dos terceras partes de su longitud. La expedición encontró el rastro de ellos a los 10° 24'. Habían llegado a llamarlo el Castaha, más arriba de su confluencia con el río que se le une a los 7° 34', en tanto que, más abajo de este



Cortesía de The American Museum Journal

REGION CENTRAL DEL BRASIL Y EL NUEVO RIO TEODORO.

Mapa descriptivo de la parte sur de la región del Amazonas, preparado en conformidad con los reconocimientos y mediciones efectuadas por la Comisión Geográfica Brasileña, que indica el curso del Río Teodoro y la ruta que siguió la expedición Roosevelt-Rondon. Escala: 115 millas por pulgada. La intercalación indica la situación del mapa principal. Las líneas curvas muestran los remolinos. Las líneas de rayas siguen la ruta de la expedición. (Reproducido—con el debido permiso después de ser revisado—del Boletín de la Sociedad Americana de Geografía).

punto se le conocía por Bajo Aripuanan, y se le consideraba como el río principal. Por el Alto Aripuanuanan había subido hasta más arriba de los 9°, pero, como dice el coronel Roosevelt, "las autoridades del gobierno y las científicas, tanto del país como extranjeras, permanecían en completa ignorancia sobre el particular", puesto que ningún mapa daba una idea de estos hechos, excepto de la situación de la confluencia del Aripuanan y el Madeira.

Según opina el señor Joerg, las siguientes son otras deducciones interesantes desde el punto de vista geográfico, además de las que se relacionan con el descubrimiento del río: Los últimos raudales o remolinos fueron encontrados aproximadamente a los 7° 30', latitud sur, precisamente más abajo de la desembocadura del Alto Aripuanan. Este punto es digno de mención, puesto que los últimos remolinos en los tributarios del sur del Amazonas indican la frontera entre dos de las provincias fisiográficas más grandes de Sud América, es decir, las altas montañas del Brasil y las tierras bajas del Amazonas. Esta frontera—semejante a la que hay entre nuestro propio llano de la costa del Atlántico y la región de los montes apalaches—se extiende en proporción creciente más allá hacia arriba, a medida que se viaja de este a oeste.

Por ejemplo, en el Xingu, se encuentra a los 3° sur; en el Tocantins, a los 4°; en el Maue-assu, a los 5°; en el Canuma, tal vez a los 7° y en el Madeira, a los 8° 36', Por consiguiente, su situación a los 7° 30', en el Río Teodoro, entre el Canuma y el Madeira, indica que el perfil uniforme de esta frontera natural no se interrumpe en este punto.

Además, los últimos raudales o remolinos revisten importancia porque marcan el límite superior de la navegación en vapor, barrera que, en cuanto al Madeira, se ha vencido mediante la construcción de un ferrocarril que empezó a funcionar en 1912, el cual

llega hasta las aguas navegables, más arriba, en el Río Mamoré.

El contraste que existe entre las otras dos provincias naturales fué muy notable para los expedicionarios. En la altiplanicie de Matto Grosso, que separa el desagüe del suroeste del Alto Paraguay y el Guapore del desagüe del norte y nordeste de los tributarios del Madeira y Amazonas, prevalecen los terrenos de pasto. Hacia el norte se encuentran los bosques ecuatoriales. El itinerario de la expedición se extendía de uno a otro al norte de Vilhena, aproximadamente a los 12° 30'.

Según advierte el Sr. Joerg, en el libro del coronel Roosevelt se encuentran numerosos detalles que revisten bastante interés desde el punto de vista geográfico y, al efecto, cita como ejemplos las oportunidades que ofrecen las altiplanicies del Matto Grosso para el desarrollo de empresas económicas, alude a los indios parecis y ñambicuaras, y luego, en los apéndices, hace una pertinente clasificación de los viajeros en Sud América y algunos comentarios sobre la paleografía del continente. Pero por encima de cuanto se cita y más allá de todo, descuella el dato histórico de una hazaña realizada a costa de muchas penalidades y peligros.

En estas vistas podrá apreciarse la destrucción de los bosques europeos en todos sus detalles. El obus al chocar produce un estallido tan formidable que afecta al árbol hasta en sus últimas raíces, lo seca y lo mata.

Una ocasion para Chile

La utilización de nuestros bosques

Por

LUIS POPELAIRE

Ilustraciones fotográficas

En un artículo que publicó el "Pacífico Magazine" en el número de septiembre ppdo. hice ver la necesidad y oportunidad de establecer en Chile la industria del papel con base de pasta de madera; pero en ese artículo no hubo espacio para evidenciar más enérgicamente la falta de árboles que se va haciendo sentir en los países productores de papel y los otros empleos de la pulpa de madera que abrazan un campo tan o más importante que la fabricación del papel.

Como generalmente se sabe, casi todo el papel que hoy se consume, con excepción del de las clases más finas, es hecho de pulpa de madera, y, con la pronta desaparición de los bosques los precios de la madera para la fabricación de papel, han aumentado rápidamente durante los últimos años. El precio del papel también ha subido de tal manera que no llega a guardar relación con el aumento del precio de la madera, por efecto de las combinaciones de los fabricantes, y esta situación ha causado ya tantas dificultades, que el Gobierno de los Estados Unidos se ha visto precisado a entrar en acción y ordenar al Departamento de Agricultura el estudio del asunto en el sentido de buscar alguna otra materia que pueda servir para la fabricación de celulosa.

La fabricación de la pulpa de madera

Los famosos pinos de Oregón casi extinguidos en los Estados Unidos

Estos estudios han dado por resultado la recomendación de la caña de maíz para fabricar la pulpa. Los experimentos hechos dejan la impresión de que es posible obtener una pulpa mediana; pero sólo con ciertas clases de maíz, y en todo caso inferior a la pulpa que se saca de la madera.

Otra materia, que se emplea con mediano éxito es la turbera, esa fibra negra y esponjosa que se encuentra en los pantanos y cuya utilización más conocida es la de combustible.

En Michigan, cerca de la ciudad de Capac, hay una fábrica de papel de turbera, cuyos productos nunca han tenido en el mercado la aceptación que tiene la pasta de madera.

Este apresuramiento, esta fiebre por encontrar substitutos a la madera para la fabricación de pulpa tiene su razón de ser en las múltiples aplicaciones de la celulosa, cuya producción mundial sólo en parte tiene su empleo en la fabricación de papel.

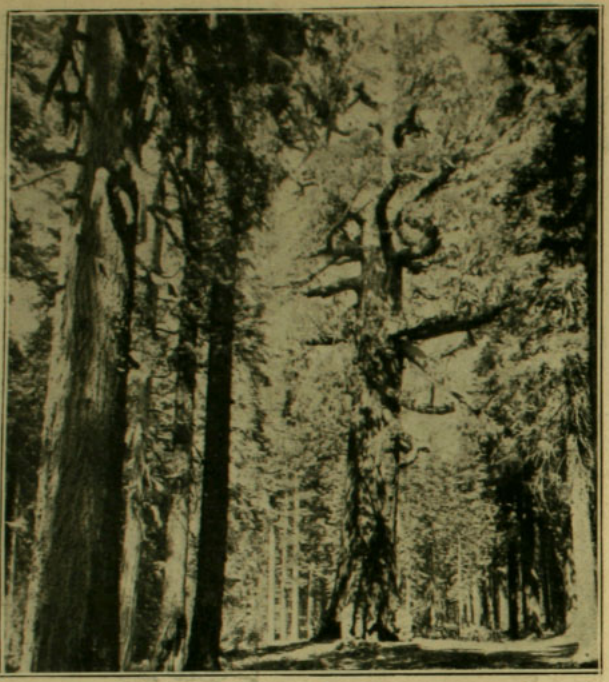
El uso más importante de la pulpa de madera, es, quizás, para la manufactura de cartón-piedra, el cual es susceptible de recibir multitud de formas mientras está blando, conservando la que obtenga definitivamente, una vez seco, con notable estabilidad. Cuando se mezcla con yeso o con cualquiera otra substancia similar, sirve para hacer adornos, molduras y entalladuras decorativas.

La pulpa de madera se emplea extensamente en la confección de *Xylolith*, *Papyrolith* y *Stone wood*, ostentando las obras que se realicen, las marcas registradas que los manufactureros les dan a los productos que de dicha pulpa proceden, la cual ha estado usándose satisfactoriamente en muchos edificios públicos. Cuando está blanda, es fácil de extender sobre la pulpa de madera, cemento o cimientos de albañilería. Se seca en veinticuatro horas y pronto se endurecerá completamente, adquiriendo propiedades impermeables y siendo a la vez sanitaria en grado sumo. La materia de nuestra referencia se utiliza también extensamente en la composición de *Leatherette*, *Latheroid* y *Leather cardboard*, de varias clases, ostentando los nombres registrados dados por los manufactureros. Este material se usa en el acabado de muebles, tapas de escritorio y relleno de paineles decorativos, y también para formar las paredes y techos interiores de los carros de ferrocarril y para formar esteras, entramados y una multitud de objetos pequeños, muchos de los cuales se

Fotografías de bosques franceses destruídos

encuentran en venta en las papelerías.

La pulpa de madera sirve asimismo para hacer vasijas que han probado ser de gran utilidad en las casas para conservar frutas pasadas y otros artículos comestibles, como harina de trigo, sal, granos, azúcar, café, etc., en efecto, para cualquier envase o tarro que no requiera continuos lavados. Los químicos y vendedores de semillas han apreciado de igual manera la utilidad de estas vasijas. En Forbach (Lorraine), Francia, existe una factoría donde se fabrican baldes, platos, diversos artefactos para fusos domésticos y artículos de tocador. Se han fabricado vasijas tan grandes como barriles, estando compuesta la pulpa de paja, en grandes proporciones. La pulpa de ma-



Un bosque californiano provesdor de madera para pulpa de papel

dera endurecida por medio de manipulación química, conocida con el nombre comercial de *bois durci*, es convertida en pequeños objetos de diversas clases por Mr. A. Arnault en su factoría de Séanne (Marne), Francia. Para la fabricación de bolas, bolos, juguetes para los niños y otras novedades, es uno de los materiales más baratos y fáciles de obtener.

Cuando se hace antiséptica empapándola de creosota o ácido bórico, la pulpa de madera es un factor importante para la cirugía, pues proporciona hilas para vendajes y rellenos. Sirve para forrar alfombras y constituye la materia prima para las mismas alfombras, cortinas y otros objetos textiles que no requieren ser lavados con frecuencia. En Leipzig existe una fábrica de hilados de celulosa. Ya son de uso común varias prendas de vestir hechas de papel de pulpa de madera, contándose entre ella, el chaleco de papel. En Francia se fabrica seda artificial (patente Chardonnet) de pulpa de madera obtenida químicamente. También se utiliza la pulpa de madera en considerable cantidad para filtros en las cervecerías e ingenios de cañas de azúcar, y contribuye extensamente para la fabricación de *compo-boards*. El uso de estas tablas aumenta considerablemente en muchos países para cajas de empacar, baúles, cajitas, tablillas para dibujar, azafates, cubiertas para paredes y cielos rasos; y en la construcción de muebles, para tableros de mesas, fondos de gavetas y respaldos de espejos.

En Alemania solamente la pulpa de madera ha sido y es utilizada para diversos usos, tal vez como entibos para minas, traviesas de ferrocarril, piezas de remos, tablones, tablas y tablillas, molduras, listones, muletas, tablillas, cirujano, *excelsior* (madera en hebras para empaquetar), bastones, pipas para fumar, zapatos de madera, taja-maniles, duelas para barriles y cuñetas puertas, cajas y forros de carruajes, etc. Constituye también un ingrediente muy importante en la preparación de la pólvora.

La celulosa de madera se usa extensamente en la producción de nitrocelulosa, substancia que a su vez constituye la materia principal para la fabricación del celuloide, el cual originalmente se preparaba de algodón, pólvora y alcanfor.

Los ladrillos que se fabrican de los residuos de la pulpa de madera, mezclados con serrín, se usan como combustible en algunas partes de Europa. Que para la construcción de edificios pueden fabricarse *piedras* de pulpa de madera capaces de ser aserradas y trabajadas como si fueran madera, háse demostrado en diferentes pruebas realizadas por el Profesor Max Schubert, en Alemania. Como estas *piedras* fueron hechas de los desperdicios resultantes en la fa-

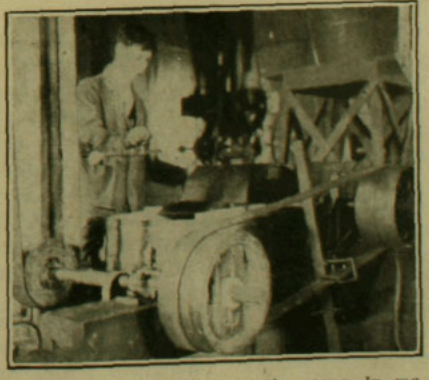
bricación de pulpa, se infiere que dicho material de construcción puede llegar a convertirse en una fuente de riqueza en la ameritada industria. En su libro intitulado "Die Holsstoffder Fabrikation", el Profesor Schubert dice, que al filtrar en las fábricas de pulpa el agua conteniendo desperdicios, se acumulan grandes masas de pulpa desecha. El moldeó de este material húmedo bloques en forma de ladrillos, y fué tan satisfactorio el resultado obtenido, que prosiguió en su obra, añadiendo a la pulpa serrín, corteza de árboles y arcilla. De este componente se hicieron ladrillos que sujetos al calor del horno, se quemaron ligeramente después de haber estado en contacto con las llamas durante largo tiempo. Pesaban una libra y tres onzas cada uno. Miles de ellos fueron utilizados en la construcción de paredes ligeras, a las cuales, en estado caliente, el yeso se adhería perfectamente. El constructor que hizo uso de ellos, declaró que dichos bloques eran resistentes y durables.

Ninguna mención se ha hecho hasta aquí del proceso por medio del cual se fabrica la fibra calificada indiferentemente con los nombres de *dura, vulcanizada* o *endurecida*, y de los muchos usos útiles adicionales a que puede dedicarse la pulpa de madera. Por medio de la máquina desfibradora, el papel hecho de pulpa de madera se pasa por un tanque conteniendo una combinación de productos químicos en estado líquido, y al surgir de nuevo pasa por entre dos grandes cilindros secantes, alrededor del más bajo de los cuales se enrolla. Cuando ha adquirido un espesor de dos pulgadas o menos, se corta el cartón, se separa del cilindro y una vez seco adquiere las cualidades de dureza, resistencia, densidad y no conductividad de calor, frío y electricidad, en grado sorprendente. En electricidad, como material usado para aislar y además para asientos de sillas, tableros de juego, tableros de mesas, baúles y maletas de extensión, cestos, azafates para la mesa, rótulo, marbetes, medallas y pequeños rodillos, empaquetaduras, chumaceras, arandelas y bloques de fricción válvulas y compuertas, carros para almacenes e innumerables artículos de novedad, la pulpa de madera en la forma de *fibra dura*, se utiliza en cantidades que aumentan todos los días.

Después de la actual guerra europea, es natural que el precio de la madera suba más aún, por la necesidad que habrá de ella para edificar lo destruído y por la cantidad de bosques que han sido abatidos o quemados en las regiones arrasadas por la artillería.

¿No es, pues, esta la ocasión de utilizar nuestras selvas del sur? ¿No es, pues, esta la oportunidad para fabricar la celulosa y el papel?

El Gobierno que se inicia debe pensar en este interesantísimo problema nacional, ya que uno de los más importantes números de su programa debe ser el independizar a Chile del yugo económico extranjero.



Máquina batidora funcionando, para la manufactura de la pulpa de tallos de maíz

Apuntes para un libro

Por

ANGEL PINO

Se ha observado por los naturalistas, desde Buffon hasta el señor Porter, de Valparaíso, que el hombre toma muchas peculiaridades de la naturaleza que lo rodea. Así, por ejemplo, en las regiones Articas, el esquimal es peludo, no sólo como su perro que es un verdadero compañero, sino aún como el oso, su enemigo constante. En los países montañosos, el hombre es melancólico, silencioso, recogido; en los países llanos por el contrario, alegre, locuaz, expansivo. En las montañas el hombre tiene menos poder en la vista que sus hermanos del plan, porque la ejercita mucho menos. En los países llanos, el hombre trabaja poco, porque dispone de mayor cantidad de tierra y de un día más largo para cultivarla; en los países montañosos, el pedazo de tierra arrebatado al cerro es más rebacio al cultivo y redobla el esfuerzo del hombre, como la misma luz del día, mucho más corta que en el llano, mantiene ese esfuerzo.

¿No sería natural, en vista de estos hechos, pensar que en Chile pueda existir también una relación de semejanza y de contacto entre el hombre y la naturaleza que lo acompaña? ¿No podría obtenerse una ley sacada de la observación de las plantas, de los animales, de los insectos, que revelara exactamente la esencia del chileno-gobernante, del chileno-congresal, del chileno-comerciante y del chileno-pobre diablo? Yo no soy sabio, no pertenezco a la Universidad, no recibo sueldo del Estado, ni le vendo libros, por consiguiente no tengo derecho de hacer sobre esta materia un tratado didáctico. Pero "El Mercurio" que da hospitalidad a estos artículos, recogerá, seguramente, mis *Apuntes* para el que más tarde se dedique a esta ciencia. Lo único que exijo es que se me cite en el probable prólogo del futuro libro, y se diga: "ya en 1908, un joven periodista (¿joven? ¿si no queréis? ¡sí, sí! ya lo habéis puesto!) dió los primeros pasos en esta difícil materia. Pero la escasez de sus conocimientos y el haber incurrido en el torpe error de sembrar su ensayo con alusiones políticas, da un escaso mérito a su obra".

Entremos de lleno a los *Apuntes* y pidamos benevolencia a las personas que, por una imprescindible necesidad científica, han de aparecer aludidas en su curso. Tendré que hacerlo como el experimentador que inocula en un conejo el serum desconocido.

Una quebrada.—Se sabe que la quebrada es el pequeño valle u hondonada que dejan dos cerros al juntarse por su base. La quebrada es silenciosa y generalmente sombría; pero a pesar de esto suele tener una vegetación pintoresca. En su fondo puede correr un hilo de agua. A las doce del día la quebrada se asolea breves instantes, pero antes y después permanece en una suave y difusa media luz, porque los rayos diagonales del sol son interceptados por los cerros vecinos. Pues bien, cuando una pequeña nube se coloca sobre la quebrada, el que está en el fondo cree que el día amenaza lluvia y se pone impermeable. Mientras tanto el sol está quemando cien metros más arriba.

Aplicación—Viven en el fondo de una quebrada todos los que creen que un país está nublado porque va pasando una nube sobre el patio de su casa.

Para saber si el diagnóstico del tiempo es verdadero o falso hay que preguntar siempre si el que lo da vive en la quebrada o en el cerro.

El cerro.—Un minero ve a la simple vista que la formación del cerro tal o cual promete una veta o un manto mineralizado.

Trabaja alguna vez en él, pierde su dinero, y no encuentra sino piedras; más tarde pasa otro. Observa más atentamente, pone también trabajo y obtiene una ganancia.

Cuenta Severo Perpena, en sus cartas, que leyó un día en el Banco de Chile decir a don José Besa, con su peculiar sonrisa, a un mismo tiempo amable y socarrona: "a este hombre hay que buscarle su beneficio". Se refería a cierto personaje que en esos momentos era condenado ardientemente por la opinión. Y el hábil comerciante y político, añadía con tono convencido: "¡Si todo hombre por malo que sea tiene un lado aprovechable!"

Aquí donde nos gusta poner a los abogados de inspectores de alcoholes, colocar médicos en la secretaría general de la Universidad, comisionar ingenieros como visitadores de escuelas; y donde, por consiguiente, palpamos a menudo los fracasos de hombres, es necesario hacer lo que con el cerro de buena formación: buscar el beneficio con paciencia y después aprovecharlo. Hasta ha ocurrido que broceada como en Chañarcillo una primera región, ha entrado en beneficio muchos años después la segunda, ahondando más en las labores. Nadie ignora hoy que un distinguido político y parlamentario, que durante muchos años enmudeció, ha rejuvenecido ahora, en su segunda región como escritor y periodista.

El espino.—¿Quién no lo conoce? No da sombra ni flores ni fruta. En cambio molesta al que pasa y se queda con lana de la oveja, con un jirón de la manta del vaquero, y con plumas del pájaro que quiso descansar en sus ramas. Para sacarle provecho hay que arrancarlo del suelo, aserrarlo y meterlo al fuego. El espino es útil... después de muerto, cortado y quemado.

No son escasos en Chile los espinos-hombres. Pasan su vida erizados. Nadie se puede acercar a ellos sin recibir un rasguño; lo critican todo, lo censuran todo, pero no son útiles para cosa alguna. Hay que dejarlos tranquilos hasta que... se mueren. Entonces se citan sus frases punzantes y algunos hasta se calientan con ellas.

El quillay.—Sale en el cerro, da sombra y purifica el aire. El que corta el monte para hacer leña respeta sus ramas pero le arranca la corteza.

Hay hombres a los cuales no destruímos para darnos el placer de sacarles el cuero. Nos satisface poder pelarles algo cada año. Entretanto ellos echan ramas y nosotros solemos encontrarnos seguros debajo de ellas.

El huanaco.—Es un animal de formas elegantes, de movimientos simpáticos, nervioso y corredor. Tiene la particularidad de ser sumamente susceptible y de confundir a menudo una ofensa con una caricia. Así, si uno le da un "huascazo" o le hace cosquillas en la nariz con la punta de una rama, "escupe" igualmente. Sin embargo, esta saliva engranuja la piel, pero no hace mal.

El coipo.—Este es un animal esencialmente chileno. Es, además, único en la fauna universal por la extraña circunstancia de que la hembra tiene las mamas en en la espalda. De esta manera al atravesar los ríos, travesías que suelen ser largas, los hijos pueden trasportarse sobre ella, mamando siempre.

Yo veo en este curioso connacional las cualidades que necesita entre nosotros un buen jefe del partido liberal-democrático, para que mientras se echa a nado y cruza cada dos años el río que separa la coalición de la alianza, los partidarios en la lactancia puedan seguir sus aguas sin soltar el pecho.

El litre.—Algo hay que viene a quitarme casi completamente la originalidad de los "apuntes". Me consuelo, sin embargo, pensando que, por otra parte, les da gran autoridad histórica y nacional. En tiempos del Ministro Portales él mismo y sus amigos, llamaban a don Ramón Errázuriz y a sus deudos y partidarios, los *litres*. El litre es un hermoso árbol que crece en los cerros chilenos en compañía del boldo. Tiene un follaje formado por hojas relucientes de un color verde claro; pero el que las toca rara vez escapa de una molesta irritación en la piel, que se llama "el sarpullido del litre". La influencia de este árbol es generalmente temida en los campos. Se tiene como mal presagio haber descansado en la noche bajo un litre. No hay que hacer nuevas aplicaciones; respetemos la autoridad de la tradición.

El natre.—El conocimiento de sus hojas, y aún el de sus flores azules, sirve para bajar inmediatamente la fiebre. No hay que beberlo, ni tampoco aspirarlo por las nari-

ces, ni menos aún frotárselo por medio de friegas. Los viejos decían sin embozos ni rodeos, cómo se aplicaban sus remedios. Hoy día el pudor de botica es uno de los pocos pudores que nos quedan, y cuyos fueros jamás violamos.

Cuando hay en el Congreso un debate acalorado, cuando sobre la órden del día surge una cuestión candente, cuando la oposición compacta y belicosa descubre sus ametralladoras, se han despachado, tradicionalmente por la puerta excusada de la Moneda, mensajeros-natres, que, soplando al oído de uno y dando entender al del otro, han ido raleando la vanguardia enemiga y bajando un poco la temperatura de la situación. El mensajero-natre, a pesar de su acción "subterránea", discreta y reservada, parece, más tarde, que ha ofrecido plenipotencias; y al poco tiempo algún miembro de la oposición parte a Europa.

El chuncho.—Esta aplicación está hecha desde tiempo inmemorial. Todo el que se complace en vaticinar males, es un chuncho. Sin embargo, el oficio es fácil y no está como otros amenazado de descrédito. El chuncho grazna desde un árbol al caer el día. Si alguien muere al día siguiente, todos los que lo han oído exclaman: ¡Bien lo decía el chuncho ayer tarde! Pero si no muere nadie, el chuncho no hacía otra cosa que entonar su canto vespertino.

Las chacras.—Siempre me ha parecido la chacra una exacta imágen de cualquiera de los partidos políticos del país. Si mis lectores lo recuerdan, lo que primero se ve en una chacra es un abundante maizal con sus chocios robustos a la vista. Un retazo considerable sigue, plantado con porotos, que se aplastan modestamente contra el suelo. Otro pedazo de tierra se extiende a continuación, destinado al papal. Y en seguida, para aprovechar los rincones, se siembran los melones de olor, la curagüilla para hacer escobas, los zapallos; y siempre, siempre (jamás falta en una chacra), esbelta y arrogante, la flor de la maravilla o "girasol" asoma sobre las tapias.

A mi juicio—no deseo imponer a nadie mi opinión—el maizal representa al grueso de los contribuyentes del partido, altos, lozanos y bulliciosos cuando el viento del Gobierno los mece, mostrando al respeto y a la consideración de los correligionarios, el "chocio" granado de sus bolsillos. Sigue el porotal, cuyo fruto es base obligada de alimento; pero que por ningún motivo mostramos nunca a las visitas en la lista de nuestras comidas. Estos son los alcaldes, municipales y jueces de provincias, que son la poderosa base electoral; pero que mantenemos a regular distancia para no comprometernos. Las papas, como se sabe, no dan fruto a la luz del día, sino para abajo, entre sus raíces. Estos son aquellos miembros del partido que no hablan en la Cámara; pero trabajan en las comisiones. Gente útil y silenciosa, ésta no vive para que la vean. Con esto sólo, puede haber ya una chacra o un partido; pero conviene rellenar los huecos, sembrando melones de olor que hacen algún trabajo social, ajíes que dicen sus pullas y frasecitas punzantes, y la maravilla o "girasol" que mira siempre hacia el Gobierno, lleva la palabra, habla en la tumba de los que mueren, contesta los programas ministeriales y suele ir a su turno a los Ministerios.

En las chacras se acostumbra plantar a las orillas matas de tunas para arredrar a los ladrones. Pero en los partidos se trabaja con las tapias en el suelo para que cada cual vea si la tierra rinde y si le conviene sembrar ahí mismo. Cuando el chacarero se va, suele dejar en su lugar un "espantajo". Los partidos, cuando se les va el Presidente... siguen el mismo procedimiento.

Caballos de cerro.—Me contaba un ingeniero, excursionista de las cordilleras chilenas, que un día marchaba por un estrecho sendero labrado en la roca sobre un precipicio. El guía se desmontó y siguió un buen trecho tirando su caballo de las riendas. "¿Qué es eso?—gritó él.—Yo sigo a caballo y tú, que eres tan *baqueano*, no te atreves a pasar —Es que voy en caballo cuyano, señor—le contestó—y usted va en caballo chileno. Estoy seguro que si paso montado me desbarranco". Y cuando decía esto, el caballo dió un mal paso y quedó colgado fuera del sendero, mientras arañaba por subir, sujeto solamente de la cabezada. Si ésta se hubiera roto, el caballo estaba perdido. Si el guía no se desmonta se va al fondo sin remedio. Y mientras el hombre revisaba las patas a la bestia para ver si se había hecho mal, decía tranquilamente: "El caballo cuyano no aprende nunca a pasar por

malos pasos, no conoce las piedras que se ruedan y pone la pata en ellas."

Antes—y esto significa 20 años atrás,—organizar un Ministerio era como hacer una excursión al Club Hípico. Podía irse en coche, a pie, en tranvía, en bicicleta, en zancos y hasta sobre patines. Pero hoy las cosas han cambiado, las dificultades son casi insuperables y es lo mismo lanzarse a explorar el terreno político que subir cerros por caminos abiertos en la piedra o en rodados peligrosos. La persona a quien el Presidente encarga organizar, elige inmediatamente caballo para comenzar la diligencia. Debe escoger, por consiguiente, uno muy avezado, uno de esos que conoce cada piedra y sabe cuál está firme y cuál se rueda. ¡Cuántas veces no hemos visto salir en campaña un excelente jinete sobre un caballo cuyano! Los dos se han ido al fondo. Y no valía la pena perder un hombre. También es cierto que muchas veces el caballo es cuyano, y el jinete también.

Guarisapos.—¿Quién no ha observado a la orilla del charco y compadecido el estado lastimoso y rudimentario de estos seres? Pero la transformación dura poco. Luego comienzan a salir las patitas y aún no botan la cola. Un día cae ésta y el joven sapo entona su primera ária nocturna en la orilla. ¡Cuántos guarisapos políticos colean en el fondo de los estanques! ¡Ay de nosotros! Todos ellos van a ser sapos, todos van a saltar, todos van a botar la cola, todos van a cantar un día su romanza!

Familia de hormigas.—Cuando se ve en el suelo la pequeña entrada de una cueva de hormigas y salir una fila afanosa a dejar al lado afuera los residuos del invierno pasado, mientras otra fila entra con las provisiones para el invierno que viene, recuerdo con ternura esas familias diligentes y laboriosas que viven del presupuesto, en que cada miembro corre por la vida llevando al hombro su *ítem* respectivo.

¡Alerta con la galega!—Creyéndose traer un buen forraje, llegó a Chile hace pocos años la galega. Según los campesinos es una maleza "que no la comen ni los burros".

Pues bien, muchas de esas notas de partidos, manifiestos, discursos parlamentarios y reportajes de políticos que se publican frecuentemente, son pura galega.

Una visita al Observatorio Astronómico de Arequipa

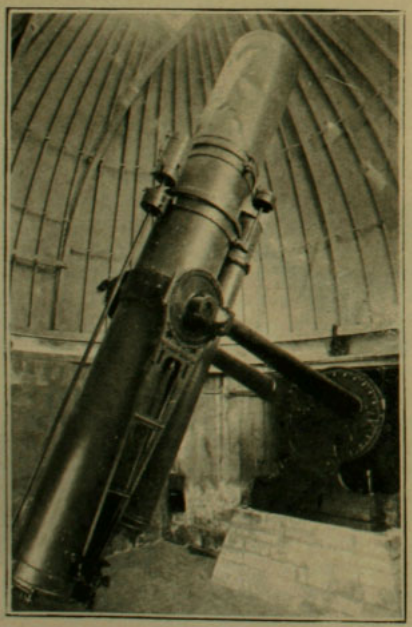
Por

G. ALEMAN-BOLAÑOS

Con ilustraciones fotográficas

En nuestro viaje a Chile, a fines del año pasado, tuvimos ocasión de visitar, de tránsito por el sur del Perú, el Observatorio Astronómico que la Universidad norte-americana de Haward tiene establecido en un lugar próximo a la ciudad de Arequipa, la hermosa e interesante metrópoli del mediodía peruano.

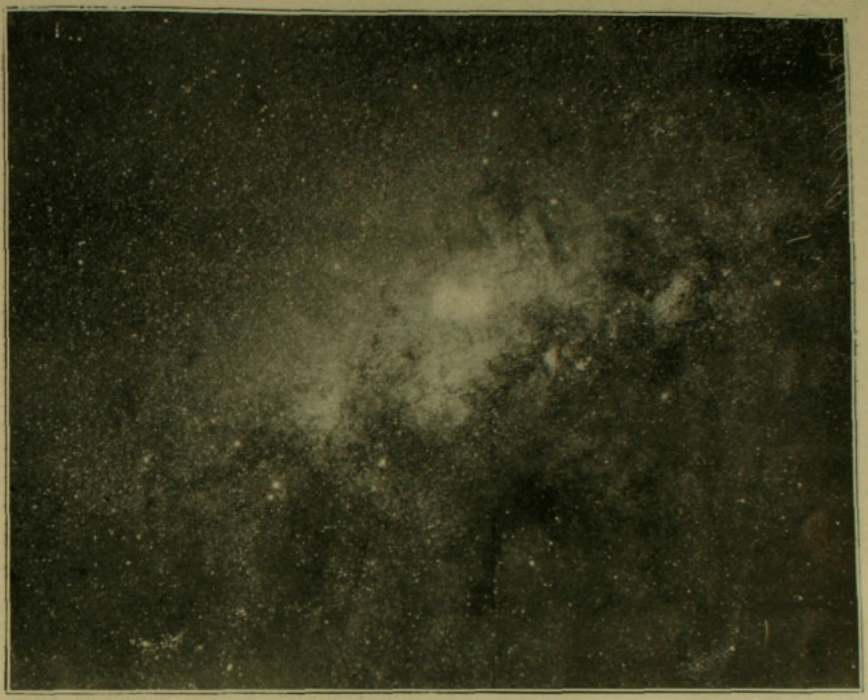
La famosa institución científica dispuso, años muy atrás, que se estudiase el cielo austral, y con cuantiosos dineros suministrados por el generoso Uriah A. Boyden, de Boston, resolvió construir un buen observatorio en tierras meridionales, sobre la costa



El doble anteojo fotográfico Bruce.

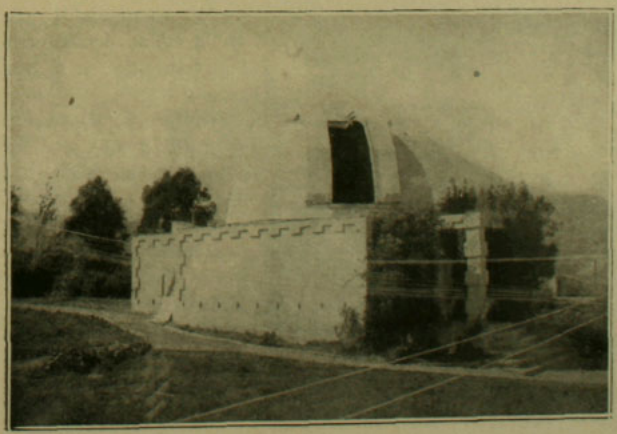
Fotografía del famoso cometa Halley.

del mar Pacífico. Los astrónomos de la Haward se dedicaron entonces a buscar el sitio más a propósito, es decir, el punto donde el cielo permanece más puro, donde mayor número de días y noches despejados cuenta el año. Eligieron, primero, una prominencia próxima a Lima, en el valle del Rimac, no sin antes pensar en la planicie del Copiapó chileno. Pero el profesor Bailey, que exploraba tesoneramente, encontró algo más propicio, el sitio denominado "Carmen Alto", en las inmediaciones de Arequipa. Y allí se instaló el observatorio.



La "Vía Láctea", con 30 horas de exposición. (Fotografía de la Haward).

Su fundador fué, pues, Bailey, pero quien realizó las construcciones e instaló los aparatos, responde al nombre de W. H. Pickering. Durante su administración—informa quien lo sabe—y ayudado por el profesor A. E. Douglass, se hicieron numerosas observaciones de Marte, Júpiter y Saturno, como también detalles de la superficie lunar, que despertaron un interés mundial. La excelente quietud y transparencia de la atmósfera de Arequipa hacen de ese lugar un sitio ideal para el estudio de los fenómenos planetarios.



La cúpula del Anteojo "Bruce" haciéndole pendant al Misti.

Otros profesores, como Frost y Hinkley, han pasado por la estación astronómica de Arequipa. El último director ha sido Mr. León Campbell, nuestro conocido y excelente informante. A él debemos muchos datos curiosos y las fotografías

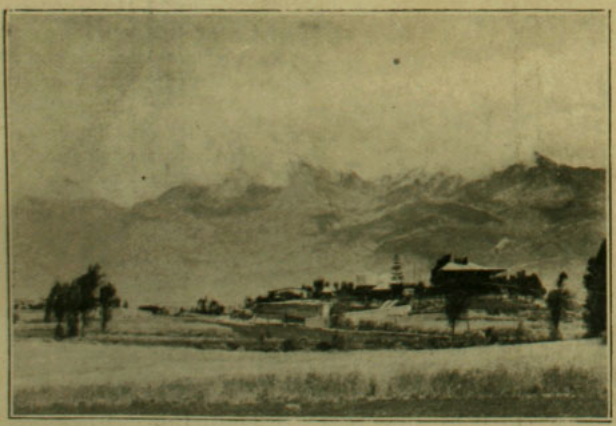
que ilustran las presentes páginas.

Este Mr. Campbell es el descubridor del cometa de 1914, que lleva su nombre, descubrimiento que fué disputado por dos astrónomos más. El doble anteojo fotográfico Bruce de 24 pulgadas (60 cm.), que es en el que ha trabajado Campbell, viene a ser el más grande y poderoso telescopio de su clase en el mundo. Con ese instrumento se han tomado en la estación de Arequipa más de 10,500 placas, casi todas de 14×17 pulgadas (35×425 cm.) por lado, con variadas exposiciones de 10 minutos hasta ocho horas. Fotografías del puro e inalcansable cielo! Curioso, en verdad. De ese cielo que el filósofo Anaximeno creyó sólido, formado de dura y glosera tierra, él que es tan azul; y que Ptolomeo, después, supuso fluído, hasta que Purbach, el precursor de Newton, en el siglo quinceno, teorizó y comenzó a pesar en la *fuerza primera*, en ese Dios de los sabios. Y Campbell las ha hecho,—las fotografías,—admirables en el detalle y en la fijeza, las ha hecho de este bello cielo austral, del florido cielo en que se destaca, como jazmines de luz, la constelación de los marinos, la Cruz del Sur.

El Observatorio de Arequipa y el volcán Misti, 19,200 pies.

Desde el observatorio meridional de Haward se tiene un bello panorama. Hacia el noreste se destaca el volcán "Misti", cuyo nombre, en lengua *quechúa*, significa "El Caballero". Imponente montaña, coronada de humo y nubes. Las nieves, año a año, le visitan. Y los fieles de la comarca, audaces, han plantado una gran cruz de hierro en la cima. El Misti, resopla a las veces, y a las veces sacude su coraza.

Fué a fines del noviembre anterior que nosotros llegamos a aquella serena región. Una mañana diáfana y aguijoneando un potro de pura sangre, avanzamos hacia la estación astronómica que en la colina denominada "Carmen Alto" está. Nos recibió el jefe, el sabio y tranquilo Mr. Campbell, que allí reside con su mujer y sus hijos, con sus libros y sus telescopios. Vigilante del cielo por la noche, en el día labra la tierra, plantándole frutos y flores. Dos, tres horas tardamos en la visita. Lo vimos todo, por todo preguntamos. Los recuerdos están vivos. Estás páginas son pálidas remembranzas.



Panorama del Observatorio Astronómico de Arequipa y el Monte Chachani, de 20,000 pies.

UN FLORILEGIO DE AMOR Y POESIA

Julio Munizaga, poeta elegante y entusiasta, ha dado a la estampa un bonito volumen, impreso a todo lujo, dedicado a "Los primeros juegos florales de Santiago". Nunca se elogiará lo bastante este bello florilegio de amor y poesía, en el cual figuran además de todos los pequeños poemas premiados en los juegos florales abiertos por la Sociedad de Escritores y Artistas las mejores estrofas dedicadas a la reina de la fiesta, señorita María Letelier del Campo; una crónica acuñamente que no se ha olvidado el menor detalle.

¿Qué decir de las poesías premiadas que ya no haya sido dicho durante el pasado año? Los sonetos a la muerte de Gabriela Mistral son sentidos y originales y la bonita "Plegaria a María" de Munizaga es un modelo de elegancia y de fuerza: tiene el encanto de las baladas por su metrificación armoniosa.

En fin, en nuestro mundo literario y en la sociedad este volumen ha de ser acogido con

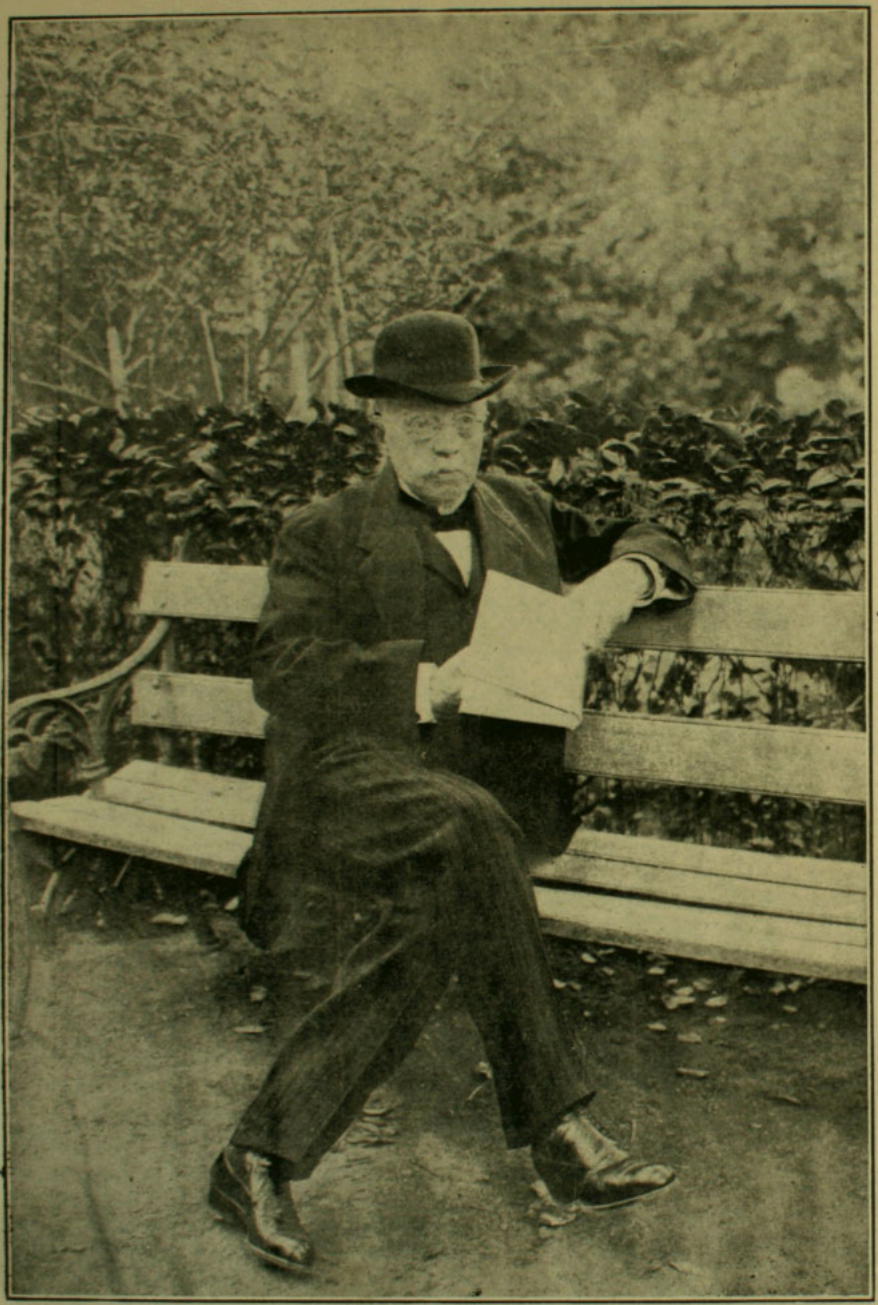
Señorita María Letelier del Campo

da en fina prosa sobre la noche de los juegos florales y un fragmento del discurso de Víctor Domingo Silva, mantenedor de dichos juegos.

Hemos advertido ya que la edición del libro es primorosa: Munizaga y la Empresa "Zig-Zag" se han esmerado a fin de realizar un trabajo que se podía colocar, sin menoscabo, junto a las mejores ediciones de lujo que nos llegan de Europa. Su portada estampada en oro y con una tricomía de Délano es de gusto y nada vulgar; los retratos que adornan el texto están bien escogidos y mejor impresos y las pequeñas viñetas filetes y marcos que cierran las páginas prueban claramente todo el interés que se merece tan fino y bello florilegio. Julio Munizaga ha realizado una labor de desinterés y de arte puro, reuniendo los resultados de los primeros juegos florales verificados en Santiago y los líricos homenajes de los poetas a la reina de aquella fiesta.

Los poetas y la bella corte de amor que se constituyó esa noche tienen ya para el futuro estampado en letras de molde el recuerdo de una velada inolvidable, que con ser la primera verificada en la capital, no creo que haya sido superada por otra alguna.

Julio Munizaga es acreedor al agradecimiento de todos por su trabajo desinteresado y hermoso que nunca se elogiará lo bastante.



Edward Mark

Don Enrique Mac-Iver

Por

Armando Donoso

Con ilustraciones fotográficas

Cincuenta años... cincuenta años de actividad constante, de labor infatigable, de acción ímproba y cotidiana; diez lustros de ininterrumpida existencia política que han acrecentado con el oro de la experiencia el caudal de su sabiduría; una vida, una larga y fecunda vida que declina en su otoño tranquilo, después de haber sido opima en frutos en el estío de su mocedad y de su madurez; una tranquila ancianidad, en fin, sobre la cual la nieve de los años ha deshecho su blancura... tal se nos aparece ante nuestra curiosidad la severa figura apostólica de don Enrique Mac-Iver.

Pocos, contados, para ser tenidos en los dedos de la mano, son los hombres que aún quedan de aquella generación inolvidable que se formó a promedios del siglo pasado cerca de los Lastarria, de los Matta, de los Gallo. Casi todos se han ido llevándose con ellos el tesoro de muchos recuerdos interesantes, que la muerte arrebató a la historia. Y como la historia de aquella época está aún por escribirse, las generaciones venideras sólo habrán de recurrir al testimonio de los documentos fríos, sin vida, en los que solo se estampa aquello que conviene a los que los redactaron y nunca la verdad intacta, la verdad vivida, la verdad pequeñamente humana. Quién nos hará ver de cerca, en todas sus intimidades, en su carácter total, a los fundadores del radicalismo chileno? Sus cartas andan desperdigadas, muchas se han estraviado y en la mayoría de estas ellos no fueron enteramente francos para mostrar intactos sus corazones y sus sentires: y el tiempo, el tiempo inexorable, también se ha ido con los que fueron sus discípulos predilectos y apenas si quedan de aquellos días algunos recuerdos dispersos, tantas enseñanzas mal aprovechadas, el hierro de las doctrinas enmohecido y uno o dos hombres que viven con tristeza en la época de venalidad actual, evocando la memoria de aquel entonces en que los hombres eran grandes y sus pequeñeces chicas por la inversa de nuestro presente en que los hombres son chicos y sus pequeñeces grandes. Entonces, como lo ha recordado con honda amargura Mac-Iver, los hombres públicos iban al gobierno a servir los intereses públicos mientras que hoy tantos de nuestros hombres públicos van a la Moneda a servir los intereses privados.

Es justo que quien como Mac-Iver vivió en medio de los más honrosos días de nuestra República, cerca de Lastarria, de don Manuel Antonio Matta, de Gallo; que supo del apostolado de las ideas y de los sacrificios que no se calculan según los intereses que han de rendir; que vió muy de cerca tirar más de una vez una fortuna para hacer una revolución en defensa de un credo; justo es que se sienta alejado de los hombres de hoy que ni por el carácter, ni por el convencimiento, ni por el corazón pueden decirse herederos o continuadores de los apóstoles de ayer. ¿Qué causa individual, qué razón colectiva han influído en la ausencia de carácter de nuestros políticos y en el relajamiento total de las ideas? ¿Dónde y entre quienes buscar hoy a los Recabárren, a los Rodríguez, a los Matta, a los Amunátegui, a los Valdivieso, a los Irarrázabal, a los Lastarria, a los Rengifo? Si ayer la política fué patrimonio de los hombres de estudio y pudieron sentarse en el Congreso poetas y legisladores, filósofos y

novelistas, historiadores y apóstoles de la investigación. hoy, desgraciadamente, no faltará en nuestras Cámaras más de un diputado que haga burla del divino Apolo y otro que lamente la preferencia fácil que se dá entre nosotros a un queso sobre una estrofa....

Henos aquí ante don Enrique Mac-Iver: de corta alzada, delgado, enjuto, ágil en todos sus movimientos. tranquilo y reposado en el hablar, jovial y decididor, a pesar de sus años parece renovarse en él toda la inquietud de la mocedad. Conserva su memoria fresca y viva, a veces apenas si tiene que realizar un leve esfuerzo cuando se propone evocar fechas. hombres y cosas distantes que ha dejado olvidadas hace ya muchos lustros en el último rincón de sus recuerdos. Cuando fluye a flor de labios una interrogación nuestra, apenas sí vacila un instante concentrando su atención y luego brota de su memoria, como un chorro cristalino, el hilo ininterrumpido de su charla de la que van cayendo los recuerdos uno a uno:

—Yo he vivido tanto—nos dice.—Comencé en la época en que terminaba la primera generación: yo conocí al Presidente Prieto; a don Manuel Montt como Presidente de la Corte Suprema siendo yo abogado; a don Antonio Varas...

Habla lenta. pausada, rítmicamente, sin vacilaciones, sin atropellos: su disciplina y su hábito de orador se traducen en la fluidez de su verba, en la inflexión amplia de la frase, en la majestad del concepto. Nosótros pensamos que si en este instante en que le oimos alzase un tono su voz e hiciese un ademán tribunicio, todo esto que nos dice podría constituir un severo y bello discurso. De tal modo su hablar es correcto, su vocalización tersa. su seguridad de pensamiento uniforme. Sin embargo, no creamos que en la simple charla el énfasis no le abandona o que hay en su expresión algún amaneramiento: tal vez en quien se hubiese formado en la escuela oratoria de los Castelar o de los Errázuriz, donde el arreo de la palabra está por sobre la acción de la idea, podría la influencia del gesto rotundo y del vocabulario altisonante llegar a constituir una costumbre. Pero Mac-Iver procede de otra filiación enteramente diversa: formado en el gusto de la escuela inglesa. por tradición de raza y gusto personal, la primera virtud que aprendió en ella fué la sobriedad; y, para ser sobrio antes logró ser sereno. Todas sus facultades naturales se purificaron en el crisol de severas disciplinas: Stuart Mill, Macaulay, Spencer. La lógica, el razonamiento, la precisión científica, realizaron insensiblemente el cultivo esmerado de sus facultades y cuando estuvo maduro el orador se reveló de un golpe. sin vacilaciones ni tanteos.

Nacido don Enrique Mac-Iver en Constitución recuerda con entrañable cariño su ciudad natal, que en la mitad del pasado siglo era uno de los primeros puertos de Chile. Allá, en el pequeño cementerio. cerca del mar, duerme el último sueño su padre y allá conserva también intacto el recuerdo de la casa paterna donde naciera hace setenta años.

—Eso ha cambiado mucho—dice don Enrique, con cierto dejo de tristeza.—Antes había en Constitución una esportación de ocho a diez millones de los antiguos pesos; cuando yo era niño se construían buques de gran tonelaje. Había buenos astilleros y excelentes armadores: uno de los que existe actualmente es hijo de otro de los de aquel entonces... Constitución fué fundada por constructores navales, en tiempo de la Colonia: la mayor parte de ellos eran bizcainos y como Constitución se parecía a Bilbao la llamaban Nueva Bilbao.

—¿En qué época llegó a Chile su padre?

—El año treinta y cinco. Naufragó en Valparaíso durante un temporal; quedó herido yendo a parar al hospital de don Nataniel Cox. Como no pudo volverse a Inglaterra por falta de buque se quedó ahí y se empleó en la casa de don Juan José Vives. Años después llegó a Constitución y contrajo matrimonio.

—¿No recuerda haber realizado algún viaje por mar durante los años de su infancia?

—El viaje más antiguo de que tengo memoria me dicen que debe haber sido por el año cincuenta y dos: fuimos a Valparaíso y nos volvimos a Constitución por mar. Recuerdos precisos no tengo sino impresiones vagas: una tempestad, creo que al llegar a Valparaíso...

—¿En qué colegio hizo su educación de humanidades?

—De Constitución me trajeron al colegio de los Padres Franceses de Valparaíso...

Solicitamos una pequeña interrupción para verificar la autencidad de la noticia que dá uno de sus biógrafos haciéndole aparecer como alumno del Colegio Británico de Valparaíso y más tarde del Instituto Nacional; pero don Enrique nos dice:

Casa de Constitución donde nació don Enrique Mac-Iver

—Yo no he estado nunca en un colegio propiamente inglés. De niño conocí el inglés familiarmente porque mi abuela, la madre de mi padre, vino a Chile y no aprendió una palabra de español. Así, pues, esto nos obligaba constantemente a hablar en aquella lengua; además en nuestra familia se nos enseñó el inglés porque todos los de la casa lo hablaban... Salí de los Padres Franceses y pasé a una casa de comercio; más, bien pronto me fuí a Constitución. Allí me dió la viruela que me dejó en muy malas condiciones: estuve más de un año de convalesciente. Pasé ese tiempo leyendo cuanto caía en mis manos: entre otros recuerdo que me permití leer "El contrato social" de Rousseau, por cierto que sin entender nada de él. Y, como ese libro muchos, muchos, una enciclopedia inglesa... de los cuales no saqué gran provecho pero, en fin... En seguida me vine al colegio de los Padres Franceses de Santiago a concluir mis humanidades. Mi padre era un inglés anglicano, profundamente religioso. Nosotros fuimos educados católicamente y, bien claro lo recuerdo, que mis hermanos y yo teníamos que cumplir estrictamente con nuestros deberes religiosos; en caso contrario, mi padre se disgustaba sobremanera: el hecho de no ir a misa constituía para él una falta grave...

—¿Estima usted que su educación en un colegio de religiosos influyó hondamente en sus ideas para llegar bien pronto, por reacción, a ser un liberal convencido, enteramente contrario a los credos recibidos en el hogar y en las aulas?

—Evidentemente: en Valparaíso nos hacían estudiar, nos explicaban un catecismo de cierta importancia del cual es autor un teólogo italiano, Perrone me parece, que es un ataque dogmático, teológico, contra el protestantismo y una denigración contra los hombres que iniciaron la reforma del si-

gio dieciseis. Allí se les pinta como a unos miserables. vendidos, sin moral ni ideales. En el catecismo se decía contra ellos cuanto malo es posible decir. Recuerdo que esas enseñanzas me sublevaban mucho: no olvido que un día tuve con nuestro profesor, el Padre Juan, que había sido carlista, una discusión bastante agria sobre la Reforma... Todo ello contribuyó directamente

Doña Leonor Rodríguez, madre de Don Enrique Mac-Iver

en mis ideas. Vea usted como a veces en la enseñanza religiosa no se tiene el tino suficiente para ver en el espíritu de los niños lo que le puede herir o levantar... Terminada mi educación en los Padres pasé a la Universidad.

—De entre sus condiscípulos de aquel entonces ¿a quiénes recuerda?

—Recuerdo de mis estudios de humanidades a Mariano Egaña, a los Marchant Pereira, a Enrique Sanfuentes y de los de leyes a Abraham König, a Miguel Varas, a Galvarino Gallardo, a Domingo Gana, a José Mariano Carrera, a Luis Dávila y a tantos otros a quienes ha segado la muerte. Egaña ha sido tal vez una de las personas que me han tenido mayor afecto.

—¿Era usted estudiante universitario cuando concurrió por vez primera al Club de la Reforma?

—Sí: era estudiante en la Universidad. El Club de la Reforma inició una campaña cuando la acusación de la Corte Suprema. En ella tomaron parte los estudiantes de la Universidad nombrando una comisión que los había de representar ante el Club: dicha comisión quedó compuesta por tres personas: Eduardo Matte, Agustín Concha Vergara y yo. En uno de los mitin celebrados hablé a nombre de los estudiantes universitarics y desde aquel momento quedé de hecho incorporado al Club de la Reforma. Poco después fuí secretario del Club siendo presidente Vicente Reyes... Recuerdo que en esa gran reunión hablaron también, y por primera vez, José Manuel Balmaceda y Luis Rodríguez Velasco... Yo causé algún efecto en aquella reunión debido a una causa más física que intelectual en realidad: de estudiante era yo un poco flaco, de estatura baja, no gastaba patilla ni bigote; de modo que mi aspecto no correspondía a mi edad. Así pues todos creyeron oir hablar a un niño de cosas que no correspondían a su edad... El Club estud que se formó entre los años de 1858 y de 1868; sobre todo por los jóvenes que habían pertenecido al partido nacional y por otros afiliados al radical. Entonces formaban entre los radicales muchos que más tarde no lo fueron: por ejemplo, los Matte. Eduardo y Augusto, Demetrio Lastarria, Aníbal Zañartu... La persona más calificada del Club, según mi entender, era don Jerónimo Urmeneta, por su edad, por sus servicios numerosos, todos le consideraban con cariño y con respeto... Las ideas del Club no eran nuevas; eran las antiguas ideas radicales que allí comenzaron a ser vulgarizadas: en aquel contacto perdieron su tiesura, su aspecto filosófico, lo cual perjudicaba a todas luces al partido pues mas que una agrupación basada sobre principios humanos parecía una institución que andaba por las nubes. El Club de la Reforma humanizó todo esto y lo esparció por el centro y el sur del país, lo hizo llegar a todas partes; popularizó las ideas liberales en Chile. En

aquella época también las ideas radicales no encontraban la resistencia que tienen hoy, pues en ese entonces la cuestión religiosa no ocupaba el lugar que hoy se le ha dado: el partido radical no era combatido como un partido anti-religioso... Entre los muchachos del Club la figura que miraban con mayor simpatía y cariño era la de Vicente Reyes... En las reuniones que se verificaban en el Club, y este fué el mayor servicio que hizo, se discutían todas las ideas políticas, con mucha amplitud y libertad y con un criterio extremadamente liberal. Si es cierto que el programa del Club era radical, sus hombres no aparecían con el ceño adusto que caracterizaba al radicalismo de entonces.... En 1871 el Club casi tomó la dirección de la campaña presidencial en que los partidos radical y reformista y una fracción liberal levantaron la candidatura de don José Tomás Urmeneta contra la de Errázuriz. Fué ese el candidato de lo que se llamaba la fusión liberal conservadora.

—¿No intentaron alguna vez los adversarios políticos dar un golpe contra el Club?

—Eso no era fácil: el Club no podía ser clausurado. Felizmente teníamos garantías al respecto desde los tiempos de don José Joaquín Pérez, un hombre de mucho mundo que había vivido muchos años en Estados Unidos y en Europa y que comprendía demasiado que a golpes no se hace el orden. El Presidente Pérez creó en Chile dos libertades que antes no existían: la de la prensa y la de reunión y asociación. Ese Presidente es el creador de la paz interna entre nosotros y por lo mismo nadie lo recuerda.... El Club de la Reforma tuvo una actitud de franca y tremenda oposición contra el Presidente Pérez, porque en esos años se mantenía viva una lucha partidarista que agrupaba por un lado a los antiguos nacionales, a los reformistas y a los radicales y por otro al partido de gobierno formado por los conservadores y los que llamaban los liberales moderados, la fracción liberal conservadora....!

—¿En el Club de la Reforma conoció usted a Balmaceda?

—Sí. Era yo estudiante universitario de Práctica Forense y veía frecuentemente a Balmaceda. En el mitin del Club pronunció Balmaceda un discurso que llamó mucho la atención, abiertamente liberal. Balmaceda había evolucionado completamente hasta las ideas radicales. Formaba parte del Club y creo que había sido uno de sus fundadores. Por ese entonces, tal vez en 1868, le conocí y llegué a ser muy amigo con él. Era él algunos años mayor que yo y se le contaba como a uno de los jóvenes de más prestigio en la sociedad: rico, de familia distinguida, y con un brillante porvenir.

—Cuando no se trataba de simples campañas políticas ¿cuál era la acción cultural del Club?

—Continuamente se verificaban en el Club

Don Enrique Mac-Iver, padre de don Enrique

reuniones y se dictaban conferencias destinadas a ilustrar. Recuerdo que en muchas de ellas tomó parte sobresaliente Balmaceda. Las figuras descollantes en el Club eran: he hablado ya de don Jerónimo Urmeneta; los Arteaga Alemparte, Vicente Reyes, José Manuel Balmaceda y otros muchos cuyos nombres se me escapan. Me dicen que de ese Club sólo quedan vivas seis personas: Victorino Garrido, Abraham König, Vicente Reyes, Luis Martiniano Rodríguez... El Club tuvo una influencia enorme, decisiva en el país, sobre todo en el desenvolvimiento de las ideas liberales.

Bruscamente se abre una puerta en el fondo de la pieza: penetra en ella un hijo

Don Enrique Mac-Iver en 1870

de don Enrique, le dice algo al oído, a lo cual asiente con un leve movimiento de cabeza el anciano y luego aquel abandona la sala de trabajo. Continuando el hilo de los recuerdos, le preguntamos:

—¿Conoció de cerca a don Domingo Arteaga Alemparte?

—La de Domingo Arteaga estimo yo que ha sido una de las más altas personalidades intelectuales chilenas... El año 75, durante la recomposición de los partidos y cuando se constituyó la Alianza Liberal, Domingo Arteaga en lugar de embarcarse en ella la rechazó y fué quien le aconsejó a Balmaceda que la resistiera. Eso le acarreó el disgusto de la juventud radical de la que hasta entonces había sido propiamente nuestro jefe. Don Manuel Antonio Matta no tenía una acción tan eficaz sobre la juventud radical: Arteaga era el alma de ella. Pero desde este momento se produjo una escición: si esto no acontece tengo la seguridad que el sucesor de don Aníbal Pinto, no habría sido Santa María sino Domingo Arteaga... Desgraciadamente en su último tiempo Domingo Arteaga se apagó, por completo: agriado, triste, comenzó por aislarse totalmente en su retiro. Don Isidoro Errázuriz, que era un ingenio preciso y tremendo para juzgar a un hombre en una frase, decía de Domingo Arteaga, con una expresión de un Ministro de Felipe segundo, que era un ajo confitado... Y es preciso recordar que en esos tiempos en que nadie reparaba por hacer cualquier sacrificio en pro de sus ideas, no podía menos que chocar el egoismo reconcentrado y calculador de Domingo Arteaga: Gallo botaba su fortuna y la que había heredado de su madre por hacer una revolución y don Manuel Antonio Matta daba cuanto tenía por hacer servicios políticos. El ejército del Norte en el año 59 fué mantenido por Gallo y por don Felipe Matta.... Ya, en sus últimos años, el pobre Domingo Arteaga se encontraba decaído, acongojado, deshecho. Recuerdo que en una sesión de las Cámaras en que se discutía la cobranza en oro de los derechos aduaneros, encontró este proyecto mucha resistencia en dos diputados. Yo contesté los discursos de ambos tomándolos un poco a la broma, pero tal vez con excesiva dureza. Después de la sesión, al atravesar por uno de los pasillos, me encontré con Domingo Arteaga quien, encarándome, me dijo: "Ud. ha abusado de la debilidad de mis amigos"... Profundamente extrañado yo le pregunté que en qué forma y el me dijo que yo aprovechaba mi superioridad sobre ellos para ponerlos en ridículo. Como a pesar de mis explicaciones él insistiera en su reclamación le repliqué: "¿Por qué no los defendió Ud.?" A lo cual me repuso con cierto dejo de tristeza: "¡Si yo conservase mis facultades de antes!"... Esto me explicó su apagamiento, su total olvido a pesar de su enorme talento y de ser uno de los hombres de más valer que hemos tenido... ¡Ah, los hombres de ese tiempo eran hombres de Plutarco: si tenían flaquezas no se las veía!

—¿Qué recuerdos conserva de don Manuel Antonio Matta?

—Don Manuel Antonio era un apóstol, todo corazón. Yo recuerdo haberle oído hablar por primera vez en una asamblea que se verificó en un centro radical que había en la esquina de Catedral y Morandé. Yo no le conocía: su figura, su manera de decir, su pensamiento, el entusiasmo que fluía de él me hicieron el efecto de ver en él un

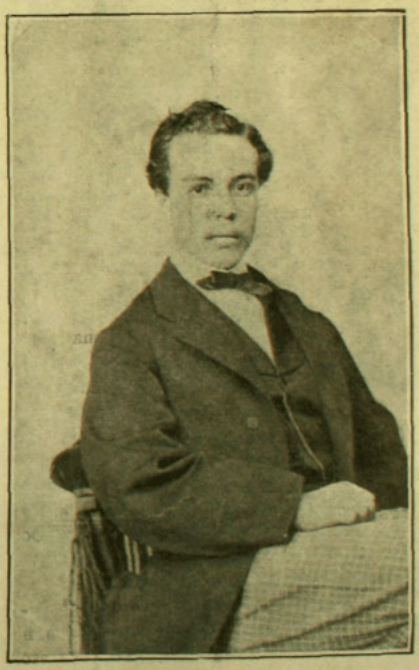
apóstol con cierta unción religiosa. Después lo conocí personalmente, en la intimidad; no tengo idea que haya podido existir en este país un hombre moralmente más grande. Sus ideas políticas eran muy netas como también su filosofía. Procedía de la escuela inglesa de Stuart Mill. Su manera de decir solía ser un poco obscura y por eso no siempre se le comprendía bien en todo el alcance de sus doctrinas y de sus enseñanzas. Tenía la debilidad de creer que todos los radicales eran santos y le causaba pena cuando yo no encontraba a todos mis correligionarios de talento superior y dignos del cielo... Era don Manuel Antonio extremadamente culto, de una afectuosidad extrema, de modales de dama. ¡Qué bondadoso era! No olvido cuando fuimos a Rengo, a una gran manifestación política, durante la elección presidencial del año 71. Nos tocó alojarnos en casa de un caballero de la ciudad. Yo he dormido generalmente mal por las noches y aquella, con las agitaciones del día, debe haber sido peor que ninguna. En medio de mi sueño noté en la noche que me arreglaban dos o tres veces la ropa, con solícito cuidado. Y, tan sólo en la mañana, al venir el día, vi que era nada menos que don Manuel Antonio quien me tapaba cuando la ropa del lecho me dejaba descubierto.

—¿Don Manuel Antonio tenía fortuna?

—Sí, pertenecía a una familia rica que tenía minas valiosas en el Norte. Las dirigía don Felipe, pero cuando murió éste y se descompuso mucho el negocio minero en Chile, don Manuel se vió obligado a realizar un largo viaje a fin de atender de cerca el negocio y poder velar por los intereses de todos los suyos.

—Respecto de su amor propio literario, ¿recuerda usted algún rasgo curioso?

—No lo tenía, porque no tenía ninguno de los pequeños defectos que nos aquejan; pero don Manuel se preciaba de escribir muy gramaticalmente, muy a la española y conocía en efecto el idioma extraordinariamente, como que también había sido discípulo de don Andrés Bello. Gustaba mucho del empleo de palabras arcaicas. Toda nuestra fraseología parlamentaria es de don Manuel Antonio Matta... Recuerdo que era muy oportuno para las interrupciones en la Cámara. En cierta ocasión se discutía el artículo quinto de la Constitución sobre la libertad religiosa. Yo estaba en la barra, pues desde muchacho fuí muy barrero. El diputado por Rere, don Joaquín Larraín Gandarillas, un sacerdote muy respetable, decía en su discurso al hablar del protestantismo: "Allí donde se ven religiones fundadas por sastres y por zapateros"; lo cual interrumpió de pronto don Manuel Antonio Matta para decir: 'Como otras por carpinteros"... Otra vez se discutía en la Cámara la cuestión de unos buques traídos por Vicuña Mackenna de Estados Unidos. Al hacer la prueba de uno de dichos buques, en Valparaíso, no habían conseguido hacerlos andar. Benjamín Vicuña pronunciaba un discurso queriendo probar en la Cámara la facilidad del andar del buque susodicho, que era el "Poncas". De pronto, en el momento en que Vicuña Mackenna pretendía probar la bondad del "Poncas" en su andar, don Manuel Antonio le interrumpió: "Como la yegua de Orlando"... usted sabe que la yegua de Orlando no andaba. Esta interrupción no podría hacerse hoy en la Cámara porque nadie entendería la cita; pero, en aquellos años, todos conocían el poema del



Don Enrique Mac-Iver en 1864

Ariosto.... Sin embargo, don Manuel Antonio no era nunca procaz; era de una pureza de carácter y de costumbres admirables. Nadie le conoció nunca un desliz en la vida. Alguien dijo que tuvo inclinación por una muchacha suiza a quién le dedicó una composición... Don Manuel Antonio era más que un político un filósofo: estaba empapado en el pensamiento alemán: Conocía a Kant y a Hegel como raras personas les han conocido aquí. Su gusto por los estudios filosóficos era muy decidido.

—¿Fué amigo de don Guillermo Matta?

—A Guillermo lo conocí mucho, mucho. Era un niño grande, un alma de oro. Guillermo era un poeta, un poeta y nada más. Sin embargo, como funcionario, en los empleos que sirvió, se condujo como nadie: era muy cumplidor... Su oratoria arrastraba. Yo le oí una noche en el Teatro Municipal: debe haber sido el dieciocho de septiembre de 1865. Había llegado la escuadra española a Valparaíso: no se ignoraba que venía con la exigencia de obligarnos a saludar su bandera o, de lo contrario, se nos declararía la guerra. Recuerdo haberle oído a Guillermo varias frases y tres o cuatro estrofas. Jamás he experimentado un efecto igual: nunca he visto arrastrar a la gente en esa forma.

—¿También conoció usted muy de cerca a don José Victorino Lastarria?

—Sí. Fuí muy amigo con uno de los hijos de don Victorino, con Daniel Lastarria, en una época en que vivía en una antigua casa de la subida del cerro, que hoy ha desaparecido. Entonces se reunía allí la Academia de Bellas Letras. En seguida ví mucho a don Victorino en las Cámaras. Esto era allá por los años de 1864 o 65, más o menos. Entre la juventud era muy respetado aunque no tenía sobre ella el ascendiente de los jefes radicales. No era Lastarria un hombre popular entre ella: Guillermo Matta y Vicente Reyes eran, por la inversa de don Victorino, los ídolos de la juventud de entonces; Lastarria no tuvo nunca esa comunicación constante con los jóvenes que les hace verlos muy de cerca... Don Victorino ha sido tal vez uno de los oradores que más impresión me ha causado. Desgraciadamente, en sus últimos años, había tomado la mala costumbre de llevar su discurso escrito y lo desimulaba en los pliegues de su capa, lo cual le hacía perder mucho en espontaneidad y en fluidez. Porque Lastarria hablaba como escribía, con la misma perfección y análoga elegancia. Yo le conocí bastante aunque no estuve siempre muy cerca de él. Una noche estaba en el palco cueva del Municipal, en el cual se reunían los Matte, don Miguel Luis Amunátegui, don José Victorino, don Jorge Huneeus y muchos otros. Como alguien hablase de un discurso que yo había pronunciado recientemente y sin advertir yo que don Victorino estaba

UN GRUPO ANTIGUO.—De pie: Señores Manuel Barros, Leoncio Rodríguez y Diego Antonio Rodríguez.— Sentados: Señores Enrique Mac-Iver, Javier Gana y Augusto Orrego Luco

Don Enrique Mac-Iver en 1886

presente, me puse a hablar de política llegando hasta afirmar que entre nosotros antes de 1864 no existían verdaderamente doctrinas políticas liberales, pues todo nuestro credo liberal se basaba en pedir la reforma de la Constitución. En buenas cuentas me permití expresar que entre nosotros no existía un concepto claro del liberalismo. Nunca debí de haber dicho tal: don José Victorino que me oía se indignó hasta el punto que lo menos que me dijo fué que yo era un ingrato. Felizmente don Jorge Huneeus arregló las cosas alegando que don José Victorino había formado a don Miguel Luis, don Miguel Luis a él y él a su vez era mi maestro, con lo cual todo podía explicarse por una sucesión de causalidad... Felizmente más tarde, cuando se discutió en la Cámara la jubilación de don Victorino, yo pronuncié un discurso con el que obtuve un feliz éxito habiendo conseguido allegar razones decisivas en favor de él: se votó dicha jubilación con una feliz mayoría. Con este motivo don Victorino me fué a ver y a agradecerme mi afortunada participación en su favor.

—Mediaba una amistad estrecha entre don Manuel Antonio Matta y don José Victorino Lastarria?

—Tanto como estrecha creo que nó: Don Manuel Antonio tuvo siempre mucho respeto por don Victorino y éste lo mismo por aquel. Don Manuel Antonio era hombre de estudio, de inteligencia superior, de ilustración muy vasta, de criterio muy elevado, de ideas netas y definidas; don José Victorino Lastarria fué más un profesor que un político a pesar de la actuación brillante que le cupo tener en las Cámaras del 48 y del 49 y veinte y más años después. Los autores europeos ejercían mucha influencia en él y gradualmente evolucionó, desde las enseñanzas de los constitucionalistas de la primera mitad del siglo XIX, hasta lo que él llamó la política positiva. Sus aspiraciones fueron las de un ardiente liberal pero sus ideas prácticamente se caracterizaron en la reforma, no siempre acertada de la Constitución de 1833.

—¿Fué amigo usted, también, de don Isidoro Errázuriz? ¿Qué recuerdos conserva de él?

—El de Isidoro Errázuriz fué tal vez uno de los cerebros más poderosos que hemos tenido en Chile. Contaba una educación política muy extensa, tenía conocimientos muy generales y facultades combativas de primer orden: con una frase mataba a un hombre. En el Club de la Reforma de Valparaíso le cupo una acción muy directa, porque estos

En su sala de trabajo

Don Enrique Mac-Iver en 1872

Club existían en muchas partes. Isidoro Errázuriz era de la misma época de los Arteaga, de Vicente Reyes, de todos los jóvenes que comenzaron el 57 y el 58. Isidoro desarrolló su oratoria parlamentaria un poco tarde, pero desde su primera juventud fueron admiradas sus cualidades tribunicias; él no hablaba, pintaba. Tenía el talento de los contrastes y un talento enorme para hacer frases que en otros hubieran resultado una enormidad... Ante el pueblo, en el mitin, Isidoro constituía un poder muy grande, sabía ir derecho al corazón. La frase no la hablaba, la esculpía, quedando estampada como en marfil. En la Cámara tenía un defecto: defendía muchas causas y a veces solía crearse situaciones difíciles. Defendió y combatió a todos los partidos: nació como radical y el radicalismo lo amparó mucho levantándolo a una situación de prestigio... En cierta ocasión apareció un protocolo firmado por Isidoro con un Ministro extranjero en el cual complicaba al país en responsabilidades graves. Mucho se habló de eso, más, había sido hecho con el mejor móvil del mundo, a fin de facilitar nuestras relaciones internacionales. Isidoro Errázuriz vale mucho más que la reputación moral que se le ha creado: era voluble, inconstante, pero un gran cerebro y su gran espíritu.

Transcurre un instante. Como la conversación ha sido larga y sostenida don Enrique Mac-Iver se siente fatigado. Me despido de él para regresar al siguiente día...

Día miércoles, tarde a la tarde, a la hora en que el sol muere en los tejados y el incendio crepuscular comienza a bañar la ciudad y las lejanías más remotas. Reina en la sala una penumbra suave, propicia al recogimiento. De pronto se abre una puerta y aparece don Enrique, con paso ágil y gesto amable.... Los minutos que vuelan son preciosos: iniciamos inmediatamente y sin rodeos nuestras preguntas:

—¿Qué parte tomó usted en la acusación al Intendente de Valparaíso en 1876?

—Yo me estrené en la Cámara con esa campaña, hablando en contra de la acusación que era un asunto político, de partidos. Me designaron los radicales para que hablara a nombre de ellos a fin de sostener la no aceptación de la acusación. Promovió este asunto un debate muy largo y muy acalorado en el cual tomaron parte los principales oradores de la Cámara: Isidoro Errázuriz por el lado de la acusación. Fué un debate que constituyó un ataque a la situación política: el Intendente de Valparaíso era todo el gobierno: cuñado del Presidente de la República y un hombre que tenía una altísima situación en el partido liberal. Yo hablé al fin del debate para fundar un voto.

—¿Qué recuerdos conserva del año 78? ¿Cuál fué su actuación antes, y después de la guerra del Pacífico?

Cavila un instante don Enrique Mac-Iver y, en seguida, como concentrando todos sus recuerdos en un sólo punto, nos dice, hablando lentamente:

—Antes de la guerra del 79 hubo un preliminar largo que fué la amenaza de guerra con la Argentina. A fines de 1878 estuvo a punto de estallar la lucha entre ambos países. También en esa fecha veíamos muchos venírsenos encima la guerra con el Perú y Bolivia y yo recuerdo que, en una sesión secreta de la Cámara, dije que por evitar la guerra con la Argentina seguramente la iríamos a tener con las tres repúblicas.

Era la lucha por la vida, creí que la riqueza la sabríamos aprovechar muy bien y no hemos hecho otra cosa que dilapidarla... El conflicto con el Perú y Bolivia vino cuando se hacían las elecciones del año 79, en las que el Gobierno combatió a ciertas fracciones liberales y especialmente a los radicales con crueldad. Naturalmente cuando la guerra vino y todos pensaban que era necesaria la unión de todos los chilenos, nació la cuestión ministerial de que no podían unirse cuando se tenía al frente un Ministerio que había atacado sin respeto a la ley y a los hombres. Es preciso que le recuerde que, desde el año 75, se encontraba asentada la Alianza Liberal que había gobernado hasta ese año 79: pero en esa fecha de la declaración de guerra algunos liberales reaccionarios se unieron con los conservadores e intentaron realizar un movimiento de reacción. Era Ministro del Interior don Belisario Prats. El Congreso se reunió para declarar la guerra el 3 ó 4 de abril del 79, en sesión secreta.

Mientras se detiene un instante en la evocación de sus recuerdos don Enrique Mac-Iver, aprovechamos el momento para hacer un paréntesis formulando una pregunta curiosa:

—¿Es cierta aquella anécdota que pinta el coronel Godoy saliendo de una sesión rigurosamente secreta del Consejo de Estado y, al encontrarse con una persona conocida, decirle, no pudiendo contener su entusiasmo: "¡Al fin le declaramos la guerra al Perú!"?

Por única respuesta don Enrique lanza una carcajada fresca y espiritual; y, con la expresión de la hilaridad aún reflejada en su rostro, nos responde:

—Sí, es cierta... y es muy curiosa...

—¿Qué impresión conserva de aquellos días?

—Lo que caracterizó aquella guerra fué la confianza absoluta del país en el éxito. Esa confianza era de tal naturaleza que habría existido lo mismo si la guerra hubiera sido no solo con el Perú y Bolivia sino también con Argentina. Se confiaba mucho en la energía nacional y en la eficacia de la administración. Fué peculiar en esa guerra el hecho de que no la hiciera ningún general ni la dirigiese en sus aspectos principales el Gobierno. La realizó el país, la dirigió el país, el pueblo, la opinión pública. La campaña de Tarapacá, la de Tacna, la de Lima fueron obra de la opinión o impuestas por la opinión... Vea usted lo que está pasando hoy en Inglaterra: exactamente lo mismo pasó aquí en la política. Desde luego, el Gobierno no cambió de rumbos políticos; mantuvo la situación de la Alianza Liberal. Hubo entera libertad para criticar al Gobierno en el Congreso y fuera de él. No hubo censura ninguna: se procedió en todo con mayor libertad de lo que se procede ahora en Inglaterra. Las críticas y censuras a los directores de la guerra

Don Enrique con el menor de sus nietecitos en sus brazos.

eran tremendas a veces. Uno de los Ministros de aquella época, don Miguel Amunátegui, decía una vez (a propósito, él no llamaba al público sino *la fiera*): "¿Qué le decimos hoy, qué le damos de comer a la fiera". Esto da una idea del contacto en que se encontraban el pueblo y la opinión con el Gobierno mismo... Recuerdo que fueron días de honda impresión aquellos que trascurrieron entre las primeras noticias recibidas del combate de Iquique y las noticias sobre el resultado del combate. Ah, en esos días el

Don Enrique Mac-Iver en 1891

Gobierno temió más de una vez las exaltaciones populares.

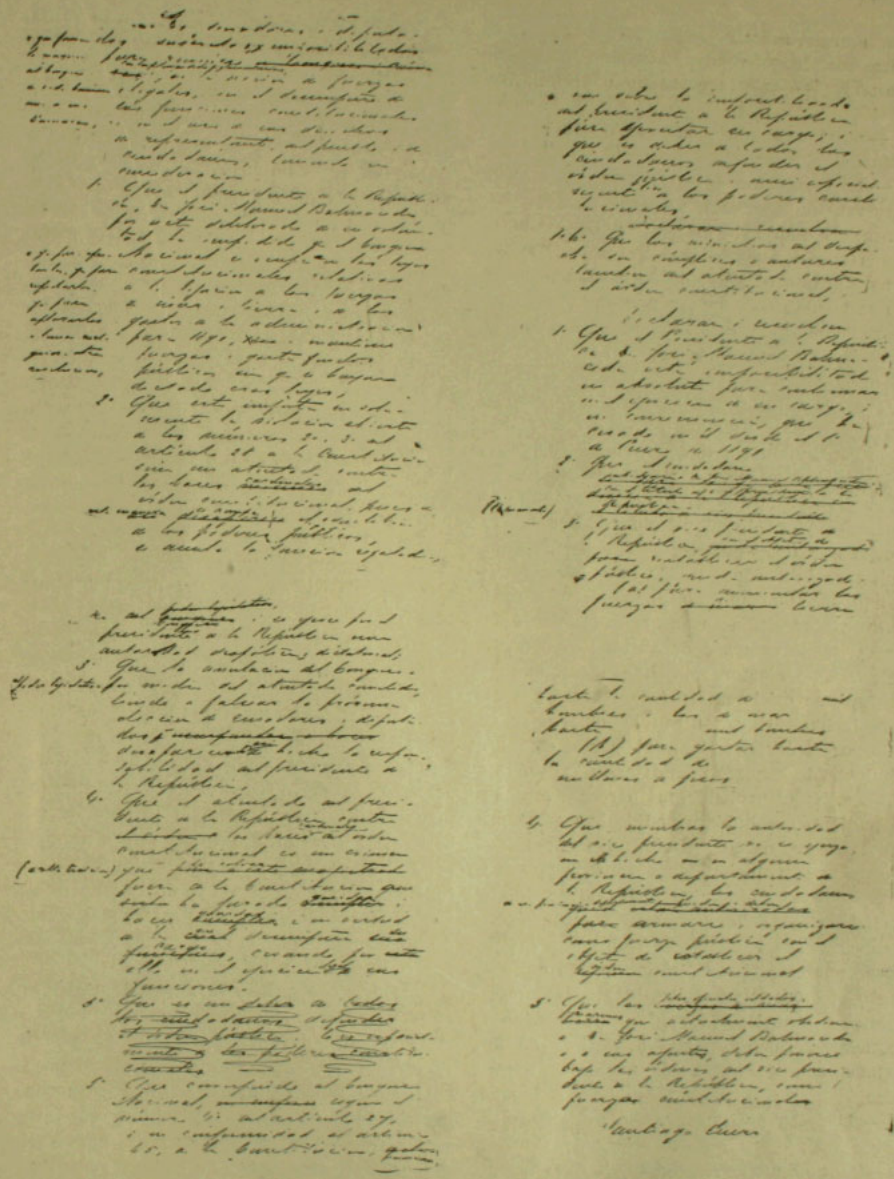
—Cuando, después de la guerra, regresaron las tropas a Santiago ¿conserva usted alguna impresión particular?

—No las yí: iba yo en viaje al sur a buscar a mi familia. No olvido que en el tren en que viajaba sólo iba una persona: una viejecita con su canasto, en el carro de tercera.

Calla un instante la voz de don Enrique; luego, como hablando consigo mismo, dice: "¡Qué lejanas comienzan a verse esas cosas!"

—¿Su primer recuerdo de Balmaceda data del mitin organizado por el Club de la Reforma?

—Sí, del mitin convocado por el Club para protestar de la acusación de la Corte Suprema. A Balmaceda le conocí mucho y muy de cerca. Lo que predominaba en él era la fantasía. La falta de conocimiento de los principales idiomas vivos limitó en él el campo del estudio y de las lecturas provechosas. Como hombre de imajinación era fácilmente impresionable y la viveza de sus impresiones debilitaba en él considerablemente la contemplación detenida y verdadera de las cosas. Así se explican algunos de sus errores: vió la prosperidad argentina en el regimen del papel moneda y el estupendo desarrollo del Banco de la provincia de Buenos Aires y vinculó la prosperidad de la nación vecina y de su banco provincial no a la riqueza del suelo y a la inmigración, sino a la facilidad del crédito por medio del papel y del banco oficial... Sus pasiones eran vivas aunque no tenaces y persistentes y no era difícil sugerirle ideas y sentimientos conformes con la pasión. La atmósfera que le rodeaba dominaba mucho en el espíritu de Balmaceda. Era un hombre de acción, de extremada acción, aquí donde tan escasos son los hombres que hacen, que ejecutan, que realizan lo que proyectan o piensan. Acrecentaba sus energías la circunstancia de que pasaba muy fácilmente sobre los inconvenientes de las cosas... Quería el mayor bien posible para su país. Sus lecturas romanas le llevaron a formarse una idea cesárea del gobierno y como era el mismo personalista con aquella idea cesárea y su yoismo se convirtió su persona en la autoridad y la autoridad fué su persona... Deseó gobernar bien pero no pudo o no supo emplear los resortes y los medios para realizar su gran propósito. Creyó que con las obras públicas, con la mejora y extensión de la enseñanza, con la benevolencia para con los partidos podía hacerse todo y no vió o no quizo ver la crisis nacional que amenazaba a la República y que lo amenazaba a él si persistía en conservar el depósito sagrado, como decía, que había recibido de sus antecesores. Ese depósito sagrado era la intervención del Presidente de la República en la designación y elección de su sucesor... Se equivocó, y yo hasta ahora guardo cariñoso el recuerdo del adalid del Club de la Reforma y lloro en mi alma su desgracia y la de mi país... La historia le juzgará.



Facsímil del borrador del acta de deposición del Presidente Balmaceda redactada por don Enrique Mac-Iver

—¿Lo llamó alguna vez al Gobierno Balmaceda?

—Sí, más de una vez. Recuerdo que en una época en que era Ministro de Relaciones Demetrio Lastarria y Ministro del Interior don Ramón Barros Luco, no recuerdo en qué año, me llamó a la Moneda y me ofreció la cartera de Relaciones; es decir, el cuero de Demetrio Lastarria. "Véngase al Ministerio—me decía;—dentro de seis me-

ses reorganizaremos el Gobierno. Sea usted Ministro, luego vendrá Augusto Matte con nosotros; ¡y qué de cosas no podremos hacer!"

—¿Qué recuerdos conserva de la revolución del 91?

—La revolución del 91 fué la crisis de la intervención electoral, un caso único y curioso en nuestra América. Honra a nuestro país y a nuestra raza el que por la defensa de una fórmula de derecho, la de que no se puede gobernar sin presupuestos y sin contribuciones legalmente autorizadas, se sacrificara todo, la paz, la tranquilidad, los bienes y hasta la vida. Conforta este recuerdo de la vitalidad nacional aunque después hayamos sufrido y suframos la depresión consiguiente a tan hérculeo esfuerzo... Los ingleses hicieron algo parecido en el siglo dieciocho, pero allí estaban de por medio las ideas religiosas. Por cierto que ésto nos enaltece. Quien lea los boletines de sesiones y siga su curso comenzando desde el año 64, puede decir a cada paso: ¿Dónde iré a encontrar la revolución?; de tal modo comenzó de antiguo la defensa del derecho electoral... La revolución del 91 fué una crisis fatal; fué el desenlace de una lucha antigua entre el Gobierno y el país por el derecho electoral, por el establecimiento de la piedra fundamental de la República. No es probable, me parece a mí, que se pudiera o se hubiera podido hacer la conquista de ese derecho pacíficamente, por medio de una evolución lenta y progresiva. El país había crecido mucho; las ideas de libertad y de derecho se habían acentuado extremadamente y no era probable que se tolerase por más tiempo la usurpación del derecho electoral por el Presidente de la República. Aquello deprimía, avergonzaba: Balmaceda fué en parte la víctima de un sistema con el cual había nacido la República.

—¿De los preliminares de la revolución?...

—Cuando nos convencimos que todo estaba perdido procuramos ponernos de acuerdo algunos para decidir lo que podía hacerse. Recuerdo que hablé primero con Eduardo Matte, éste se fué a ver a Agustín Edwards y ambos hablaron con don José Besa. En seguida se le comunicó nuestro pensamiento a Altamirano. Besa y Altamirano tuvieron una reunión con Irarrázaval, y de este modo se originó el germen de las cosas... Yo no formé parte nunca, me parece, de juntas ejecutivas revolucionarias, por que nunca me consideré tampoco con las aptitudes del caso; pero, conocía casi todo sino todo lo que pasó hasta los primeros días de enero del 91. Durante uno de esos días, probablemente en los comienzos de enero, después de una larga conversación en que la habíamos estado presente con don Enrique Valdés y otros que habían venido de Valparaíso y en la que tuvimos conocimiento de muchos detalles lel movimiento que se proyectaba, me encontré en la esquina del Club de la Unión con un amigo que me refirió con todos sus detalles, el plan del levantamiento de la escuadra, que se me había comunicado bajo la más absoluta reserva; entonces me formé la idea de que los planes de la revolución no eran un secreto muy bien guardado y que se encontraban en conocimiento de muchas personas. Esta idea probablemente hizo precipitar el levantamiento de la escuadra.

—¿Usted fué el encargado de redactar el acta de deposición del Presidente Balmaceda?

—La redacción del acta la hice yo y en seguida se le entregó a don Manuel Irarrázaval y la enmendó y adicionó, según me parece, don Abdón Cifuentes. La diferencia primordial entre una y otra está en esto: en que en el acta redactada por mí se dá como única causa de la acción del Congreso la proclamación de la dictadura o el intento de gobernar sin presupuestos, y en la otra acta se dan esta causa y las infracciones legales contra el derecho electoral de que se había hecho reo el Gobierno de Balmaceda. Cuando yo firmé el acta sabía yo ya que era más que lo que había redactado.

—¿En qué época salió usted de Chile en viaje a la República Argentina?

—Yo salí en febrero del año 91 por la cordillera, con una comisión que sospeché entonces y me confirmé en mis sospechas después que no tenía más objeto que quitarme los escrúpulos que yo tenía para salir del país en esos momentos. Me fuí a Buenos Aires y de Buenos Aires, por la vía de Bolivia y después de un viaje muy penoso, subí hasta Guanchaca y bajé a Antofagasta, de donde me fuí a Iquique. Cuando llegué a esta ciudad reinaba un malestar grande. Se había constituído el gobierno revolucionario y habían quedado fuera de él los representantes de las ideas liberales del país y había sucedido ésto porque no había personas de

cierta situación especial fuera de don Isidoro Errázuriz que pudiera formar parte de ese gobierno. Se había sufrido la pérdida de las armas que había traído el "Itata". No había cañones, ni rifles, ni comunicaciones. Los cuatro mil Manlicher, que se habían tomado en Valparaíso, carecían de municiones. Creí que se me quería hacer centro de los descontentos y por eso pensé irme a Lima, pero apaciguadas las cosas con la llegada del "Maipo" quedé de nuevo en Iquique. Serví en los consejos de gobierno cuantas veces me llamaron y me parece que el señor Altamirano y yo, más él que yo, éramos algo así como Ministros sin cartera... En Iquique había dos casas, en la calle Baquedano, que todos llamaban La Monedita, pues allí se verificaban las reuniones. El edecán del gobierno era el almirante Valenzuela, que entonces era, me parece, capitán. En el Norte jamás oí pronunciar el nombre de Balmaceda, todos decían "El Dictador". Cuando comenzó a discutirse el plan de guerra se había propuesto hacer una campaña a Coquimbo, cuyos resultados se consideraban seguros; luego un desembarco en Concepción, del cual se desistió cuando comprendieron que estaríamos pronto en invierno, que podían cortar los puentes y aislarnos, que los soldados podían quedársenos en el camino; por fin se habló de un desembarco en San Antonio, que no encontró acogida por estimarse ser éste un lugar situado a las puertas de Santiago. En una de las reuniones dije una vez que podíamos hacer el desembarco en Quinteros; pero Holley, que estaba presente y con quien éramos muy amigos, me dijo: "¡Estás loco! ¡A quién se le ocurre desembarcar en un puerto y marchar sobre Valparaíso y sobre todo cuando hay que pasar el Aconcagua, en pleno invierno!" Tan absurda se consideró la idea que no se la discutió siquiera y fué rechazada por unanimidad.

Don Enrique Mac-Iver acompañado de su esposa y rodeado de sus nietos.

Y, vea lo que son las cosas, poco después se resolvía hacer el desembarco en Quinteros, aceptando aquella idea que se había tenido por disparatada... Se vino de allá con la idea de que en una batalla se resolvería el triunfo. Lo que se trajo de allá y no faltó nunca fué la seguridad absoluta del éxito, convicción que no sólo existía en quienes dirigían las operaciones, sino que en la tropa. Cada hombre era un convencido, no de que peleaba por una causa política sino de que peleaba por Chile y por la libertad de Chile. Era una especie de apostolado: venían con el propósito de libertar el sur del país. Antes de haber armas, el ejército revolucionario probablemente no pasaba de cinco mil hombres; días después, sin la menor presión, sin el menor llamado al patriotismo ni a ninguna idea noble, el ejército tenía tantos hombres cuantas armas tenía la revolución.

—Durante los días de excesos cometidos en Santiago ¿contribuyó usted a salvar alguna persona de la venganza de las masas?

—Sí, libré a Allende, a Juan Rafael Allende. El día que llegué a Santiago me mandaron un papelito en que me decían que le iban a trasladar a la cárcel, pero que en su trayecto el pueblo seguramente lo iba a despedazar. Tras muchos tragines ante el jefe de la ciudad conseguí salvarle la vida a un hombre que, seguramente, pudo haber muerto a manos de las turbas enfurecidas.

—¿Durante su estada en Buenos Aires conoció a algunas personalidades interesantes?

—Estuve en la metrópoli argentina como tres meses: me fuí en los comienzos de febrero y salí de Buenos Aires para el Norte el 21 de mayo. Allí conocí a Mitre, que recién llegaba de Europa, y al general Roca. A Mitre le visitábamos a menudo y él nos visitaba también. Un día, cuando llegó la noticia de que se había echado a pique el "Blanco" en Caldera, recuerdo que nos hizo una visita Mitre e, ignoro si para consolarnos, nos dijo, entre otras cosas: "Para la revolución la voladura del "Blanco" equivale al hundimiento de la "Esmeralda" en Iquique". Como es de suponer, nosotros estábamos muy afectados con la noticia del desastre y sobre élla el chaparrón de Mitre no era para hacernos reír; y ésto sin contar que ignorábamos aún la muerte de Valdés, el obrero más eficaz y laborioso de la revolución... De esta galantería de Mitre debe acordarse muy bien Adolfo Guerrero.

La hora avanza. Es tarde. El cañonazo en el Cerro, que indica el medio día, nos obliga a cortar el hilo del recuerdo que fluye de la memoria fresca de don Enrique Mac-Iver.

—Hasta mañana... hasta mañana, nos dice tendiéndonos la mano franca.

Comienza un suave crepúsculo cuando llegamos a la casa de don Enrique Mac-Iver. En el instante en que penetramos en la sala de trabajo está sumergido entre un alto de papeles, legajos, libros y periódicos. Cuando advierte nuestra presencia se levanta rápidamente y se apresta al sacrificio de nuestro interogatorio.

¿Cuál fué su actitud—le decimos—como Ministro de Hacienda durante el Gobierno del almirante Montt?

Mientras él cavila un instante repasamos en nuestro recuerdo lo que le hemos oido en cierta ocasión a don Abraham König: "Si hubiéramos hecho la conversión cuando la propuso Mac-Iver—recordaba el señor König—otra suerte tendría nuestra Hacienda hoy: ¡pensar que el proyecto de Mac-Iver consistía en una cuenta tan sencilla como la de las viejas: enterar un fondo de acumulación igual al del circulante hasta que se hubiera podido hacer la conversión... pero en este país estas cosas no las entenderán jamás!"

—Cuando tuve la cartera de Hacienda durante el Gobierno de don Jorge Montt—recuerda don Enrique—presenté un proyecto de conversión de papel moneda, que entonces era una aspiración verdaderamente nacional. Ese proyecto fué considerado bueno pero encontró de parte de los conservadores una resistencia invencible, que se manifestó sobre todo en al Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados. Me convencí que el proyecto no pasaba porque era yo su autor, o, mejor dicho, porque provenía de un Ministro de filiación radical. Trabajé entonces otro proyecto, que presentó a la Comisión como propio don Eduardo Matte. Era y tenía que ser inferior al anterior, pero ante este otro proyecto cedió la resistencia conserva-

dora y él constituye la ley de conversión de ese entonces.

—En esa resistencia contra su proyecto ¿no mediaría un interés político determinado?

—Seguramente. Como entonces se incubaba la candidatura presidencial de Federico Errázuriz Echáurren, del que era amigo pero a quien yo no podía apoyar, y tal vez porque se presentía en mí un adversario de esa candidatura a quien se creía muy influyente en el gobierno, no repararon en hacerme blanco de una serie de historias y ataques.

Dice estas palabras don Enrique con un gesto de piadosa indiferencia como el que está muy alto, muy lejos del lodo que los enemigos pretenden arrojarle. Sin embargo, no brota de sus labios ni una palabra dura contra nadie, ni una frase hiriente contra algunos de sus contemporáneos: bien se ve que sobre el cristal de su corazón no se refleja siquiera una sombra.

—¿Qué piensa usted del Gobierno del Presidente don Jorge Montt?

—Nunca he conocido a un hombre más deseoso del bien público y de la corrección y la honorabilidad suyas en todos sus actos.

—¿Qué recuerdos conserva de la lucha presidencial entre don Vicente Reyes y don Federico Errázuriz Echáurren?

—Con entusiasmo combatí de parte de Vicente Reyes. Creíamos entonces que era el hombre llamado a ponerle atajo a la relajación administrativa que había comenzado durante el Gobierno de Santa María.

—¿Cuál ha sido el período más activo de su acción parlamentaria?

Probablemente fué durante la administra-

En su estudio.

cion Santa María y en las vísperas de la revolución de 1891.

—¿Cómo ha adquirido usted su cultura oratoria? ¿Se ha impuesto una disciplina rigurosa al respecto o es en usted una virtud natural? ¿Cuál son entre nuestros oradores aquellos que usted prefiere?

—Yo he hablado porque sí, como el pájaro vuela. Nunca he estudiado literariamente, ni métodos o modos oratorios. He admirado mucho siempre a los oradores franceses: la precisión y la admirable claridad con que exponen el argumento. El inglés es más difuso; en cambio, en el fondo de las ideas, los ingleses son admirables, aún en sus oradores que no son los principales. Los ingleses hacen una distinción entre los que llaman ora-

Don Enrique con su nietecito menor

dor y *debater*... Con temperamento oratorio entre nosotros he conocido muchos, hablo de los oradores parlamentarios, naturalmente: Santa María, don Manuel Matta, don Antonio Varas, han tenido grandes cualidades oratorias. Pero, a mí el que me ha agradado generalmente más por su forma, ha sido Lastarria; por su fondo, no; no sabía argumentar, no sabía exponer don Victorino. Como tribuno, el primero de todos ha sido Isidoro Errázuriz, y aún como orador parlamentario era grande; pero antes que nada era orador popular. Altamirano hablaba bien; Máximo Lira, habla admirablemente: me encanta oirlo. De los otros lados, literariamente, el primero de todos, aunque con su refinamiento excesivo, era Ambrosio Montt y por su refinamiento, su intención y aticismo Julio Zegers; don Domingo Santa María era un hombre que impresionaba: su figura, su manera de decir. Recuerdo que le oí un discurso en defensa de la Corte Suprema que me hizo mucha impresion; no lo he olvidado nunca. Generalmente en el orador parlamentario lo que hace mayor efecto no es la forma, es el razonamiento; pero si a eso usted le agrega un sentimiento de lo que se está diciendo, algo que se comunique a los que lo oyen, entonces el efecto es extremado. En nuestras Cámaras corrientemente se habla muy bien. Luis Aldunate era un excelente orador; Domingo Arteaga razonaba admirablemente; Zorobabel Rodríguez tenía una dicción mui difícil pero razonaba muy bien. Quien recuerdo que hablaba con mucho sentimiento era Abraham König.

—Conoció usted muy de cerca a Robinet?

—Mucho le conocí. Es uno de los hombres de corazón más bondadoso que he encontrado: la abnegación en él era tan natural como las colores en las flores; él no hacía un esfuerzo al trabajar por el bien de los demás: satisfacía una necesidad de su naturaleza. Inteligente, activo, enérgico, leal hasta el extremo, hasta la muerte. Toda su vida vivió para los demás y se olvidó tanto de él que tuvo que salir trágicamente de la vida.

—¿Cuáles han sido sus ideales dentro del Partido Radical?

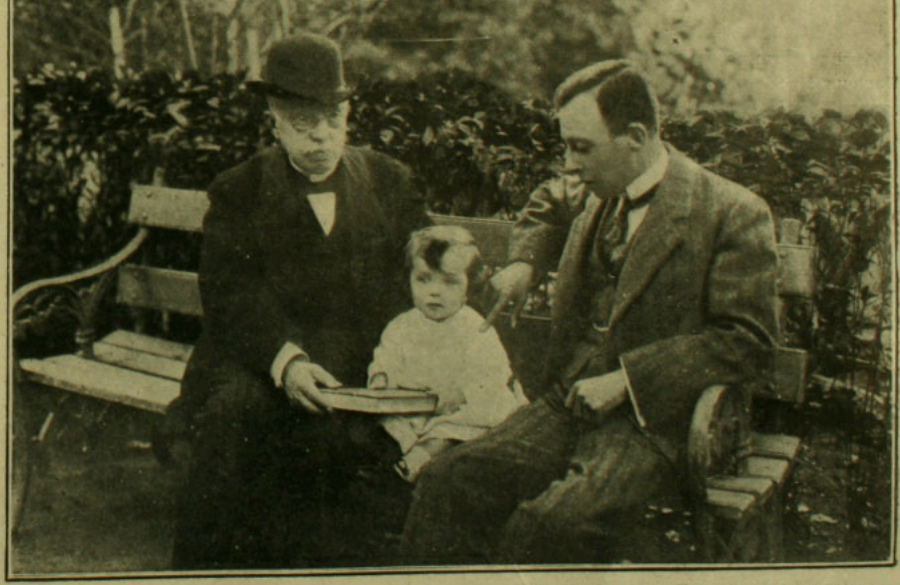
—Yo he sido hombre que he formado mis ideas creyendo que la organización política y social había de tener por base el principio de libertad y a él he servido y por eso he sido radical. Porque el radicalismo tradicional, el radicalismo inglés, el radicalismo de nuestros primeros hombres es el radicalismo de la escuela económica inglesa y el de la filosofía de Stuart Mill. Las necesidades y las imposiciones del industrialismo europeo que se ha convertido ahora en lo que se llama la cuestión social, no desmedran y no desmienten el principio de libertad, sino que obligan a transacciones con los hechos nacidos de ese industrialismo, y que no es posible desconocer ni desentenderse de ellos. En una palabra: he sido y soy liberal, por principios... radical. El radicalismo inglés no ha sacrificado sus principios a las excepciones: el problema obrero, el feminismo, los trata el radicalismo inglés tomándolos como hechos sin alterar sus principios, todo lo contrario de lo que sucede aquí, donde parece haberse tomado la forma del radicalismo francés que se ha hecho socialista. Se pueden tomar los hechos y trabajar por una causa pero sin alterar los principios. Hay aquí una anarquía de ideas: no existe la pureza de doctrina de hace treinta o cuarenta años... En seguida la instrucción, con este fraccionamiento de la enseñanza, ha perdido la síntesis de las cosas, y por lo mismo se han perdido mucho los ideales. ¡Qué más socialismo que la beneficencia y la enseñanza superior! Y, sin embargo, nadie las censura. Es muy difícil, en los países nuevos, mantener ideales políticos.

—¿A qué se debe su alejamiento del Partido Radical?

—Mi alejamiento se debe a la salud, a las fuerzas; ahora he sentido las fuerzas físicas un poco disminuídas. Yo tengo la falta de modestia de pensar que con una acción enérgica podrían acentuarse las ideas y restablecerlas; pero, ¡allá se restablecerán ellas solas! La moda de hoy es la alemana: el estado; mañana volverá a ser la inglesa, el individuo.

—¿A qué atribuye usted nuestra decadencia parlamentaria?

—A dos motivos: primero a la venalidad



Don Enrique Mac-Iver con su hijo Enrique y su nietecito menor, hijo de su primogénito Malcolm.

electoral y en seguida al voto acumulativo. Hay que pagar la entrada al Congreso. Antiguamente usted veía otra manera de proceder. El Gobierno era el que gobernaba: el interés del partido que gobernaba era el de llevar la mejor gente al Congreso y el interés de la oposición era llevar también su mejor gente a las Cámaras. En el día de hoy no se busca la mejor gente para el Congreso sino que se busca lo que se puede; se busca al que pueda costear su elección; y, dependiendo la elección del dinero, no siempre va al Congreso lo mejor; los partidos no buscan lo mejor que tienen, sino lo que pueden. Además, hay una depresión general: no sólo ha bajado el nivel del Congreso sino que todos los niveles están de baja... Sin embargo, yo considero que el Senado de Chile, a pesar de todo, es una Cámara que hace honor al país y creo todavía que cuando no se trata de los que llaman aquí intereses partidaristas o electorales, es la Corporación más sana y más levantada de la República. Es lo mejor que nos queda... es lo que nos queda. Yo he admirado mucho los discursos de Pancho Valdés, de Luis Claro, que demuestran una labor enorme por ilustrar al país en asuntos de tanta importancia.

Apenas termina estas sus palabras don Enrique Mac-Iver oímos unos leves golpecitos en los cristales de una ventana próxima: una criada tiene en sus brazos a un nene rubio, que mueve sus bracitos como haciendo un ademán de llamar al abuelo. Y don Enrique, que está fatigado con el hablar sostenido, no vacila un instante: se alza de su asiento y va a la ventana desde donde el pequeñuelo le mira con sus ojos saltarines. Le insinúa dos o tres gestos de cariño y vuelve en seguida a su asiento, pero no ya con las pupilas fatigadas que han reflejado la visión de recuerdos tristes, sino que con los ojos alegres, vivos, que dejan traspasar hasta el fondo de su corazón que en ese instante ha recibido un baño de ternura, que proviene no ya de los hombres entre quienes ha vivido y ha luchado sino del lindo nietezuelo que ignora estas rudas cosas de la vida. En su hogar, en la felicidad de su santo hogar, don Enrique Mac-Iver guarda el mejor tesoro para su noble ancianidad: cuando, fatigado de las pesadas labores del día; cuando las luchas mezquinas de la política se han desencadenado sobre su cabeza; cuando ha visto afuera, en la calle pública, en el Congreso, en las plazas, las agitaciones de las masas, las ruindades de los mal agradecidos que muchas veces alargaron la mano y siempre ignoraron lo que ella había recibido, entonces él se recluyó en su hogar y allí encontró el agua fresca de todas las ternuras que le hizo olvidar los sabores amargos de las pasiones, y allí encuentra hoy también el rayo de sol que alegra los años serenos de su ancianidad.

Los ilusos del dia

Con fotografías.

No otro epíteto puede aplicarse hoy a los sabios que se han preocupado y se preocupan de profundizar en el misterioso problema de la prolongación de la vida. En efecto, ¿quién tomará en serio sus investigaciones ante el desprecio y el derroche que se hace de las vidas en los sangrientos campos de batalla europeos?

Sin embargo, dos hombres de ciencia no desmayan en la tarea de estudiar nada menos que el problema de la muerte!

Elie Mentchicoff y el doctor Carrel se han dedicado a tan admirable cuanto estéril labor.

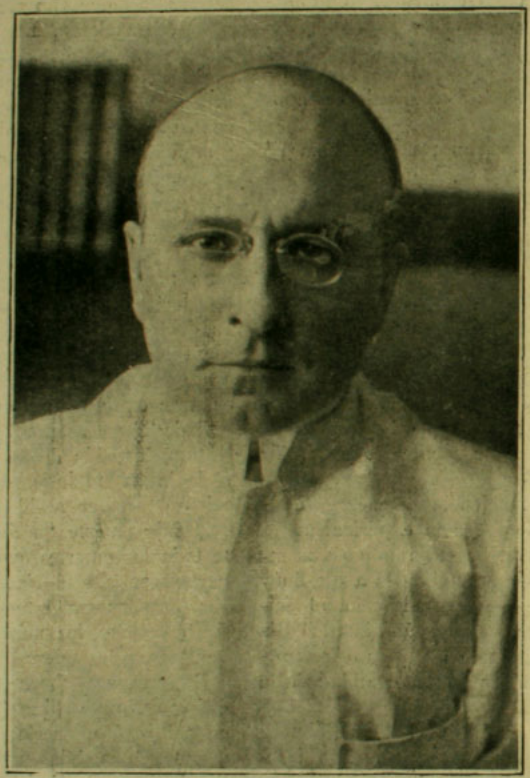
La muerte de los organismos animales, ¿es inevitable? pregunta el doctor Mentchicoff. Y a esta pregunta se encarga de contestar en forma negativa el no menos sabio doctor Carrel, del Instituto "Rockefeller", asegurando al mismo tiempo que los principios sentados por el doctor Mentchicoff son hipótesis que tienen un sólido fundamento científico, y que la ciencia se encargará de comprobar por medio de la experiencia. El mismo doctor Carrel ha emprendido una serie de experimentos encaminados a ese fin y de los resultados que hasta hoy ha obtenido, se desprende que no está lejano el día en que la ciencia, unida a la filosofía, proclamen a una sola voz la inmortalidad de la carne.

En el curso de su libro, el doctor Metchnicoff plantea problemas y formula interrogaciones como éstas: ¿Cuál es la causa de la vejez? ¿Por qué el cuerpo y el espíritu humanos no permanecen eternamente jóvenes? ¿Por qué siempre hemos de morir? ¿La muerte inevitable, como algo que es esencialmente inherente a la estructura del cuerpo humano, o es, por el contrario, un accidente susceptible de ser evitado?

Al tratar esta materia se usa con frecuencia la palabra "muerte" en un sentido poco preciso. El sentido en que Mentchicoff y Carrel toman la palabra es raro en extremo. La ciencia distingue dos clases de muerte: la muerte "accidental" y la muerte "natural". Casi la totalidad de los hombres mueren "accidentalmente", su muerte es esencialmente violenta. En ese caso no mueren realmente, sino que los matan; y al decir que los matan no queremos decir que sea necesario el empleo de armas de fuego o cualesquiera otras. El niño que muere de sarampión, el hombre que cae víctima de una neumonía o de un cáncer, mueren accidentalmente. Todas las muertes ocasionadas por las enfermedades son de esta clase y todas pueden ser prevenidas, teóricamente al menos; pero hay otras muertes, que son consecuencias de ataques que provienen de fuera del organismo y éstas no son necesariamente inherentes al mismo organismo. Ya sea que muere un hombre atropellado por un tren expreso que camina con una velocidad de 20 millas por hora, o a consecuencia de una invasión de los microbios del tétano o de la tuberculosis, su muerte presenta el mismo carácter accidental. Todos ellos son casos de muerte "accidental". Prácticamente toda las muertes que observamos a diario pertenecen a esta clase. Todas nuestras luchas son contra estos enemigos exteriores, de los cuales los más numerosos y persistentes, son los micro-organismos.

Supongamos ahora que vivimos hasta el último instante, libres de toda enfermedad; en tal caso no sería posible escapar a la muerte. A medida que pasan los años sentimos cierto decaimiento general; los cabellos encanecen, la piel se arruga, el sistema muscular pierde su agilidad de la juventud; los huesos se vuelven quebradizos y la sangre no puede correr con facilidad en las venas. A pesar de ésto los médicos no podrán decirnos que padecemos una enfermedad determinada y específica; por lo general la única explicación que se da, es que comenzamos a envejecer. Finalmente, después de un período de senilidad el corazón deja de latir; al instante morimos, ordinariamente con quietud y sin dolor. Sin embargo, no

hay signo de enfermedad o muerte "accidental"; el diagnóstico popular, es que morimos de "vejez". Esta pérdida gradual de las energías, esta desintegración paulatina de las fuerzas vitales es a lo que los hombres de ciencia llaman "muerte natural". Esta clase de muerte natural es muy rara y hay quienes sostienen que todas las muertes habidas hasta hoy han sido muertes accidentales. Sin embargo, la opinión de los más reputados expertos es que, de cuando en cuando, se dan casos de muertes que pueden ser consideradas como naturales.



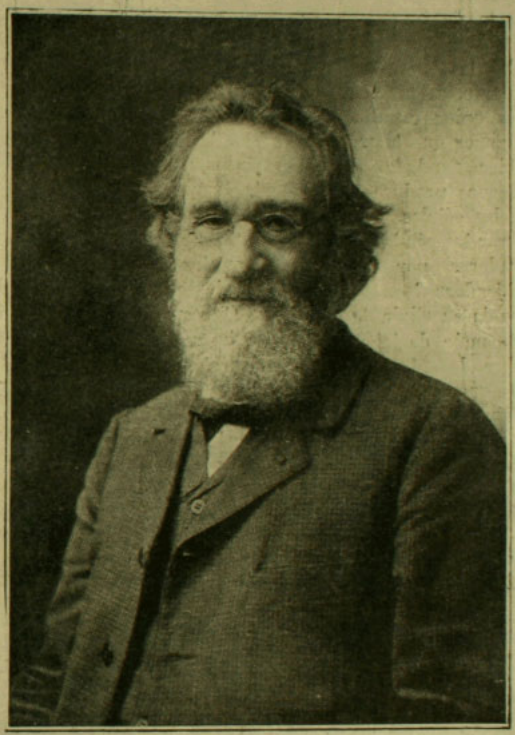
Dr. Alescio Carrel

Según esto, además de los numerosos enemigos exteriores con los que tenemos que luchar constantemente, hay en nuestro organismo un principio esencial que nos tiene condenados a la muerte. ¿Cuál es esa fuerza misteriosa? Teólogos y filósofos encuentran una pequeña dificultad en ese problema. La muerte es el complemento de la vida: hay un principio de muerte, de la misma manera que hay un principio de vida. El nacimiento, la edad madura, la senilidad y la extinción completa del hombre, representan de manera exacta el orden del ciclo de la existencia. Esta ley es la misma que rige la revolución de los planetas, o el cambio de las estaciones; pero lo hombres de ciencia, especialmente los materialistas, no aceptan esta explicación metafísica. Para ellos la muerte no es una mera frase, una abstracción, un "principio", sino un hecho físico y material. Y un hecho físico, demanda una explicación también física. La degeneración física y el decaimiento no se producen por sí mismos; tienen varias causas, entre las cuales la más palpable son los microbios que producen las enfermedades contagiosas.

El doctor Mentchicoff piensa que la muerte se produce de otros varios modos; que en ocasiones es una muerte "natural" Conforme a esta teoría las células de que está compuesto el cuerpo humano, independientemente de cualquiera otra influencia general o producen ciertos venenos que son los que a la postre se encargan de destruir a los propios tejidos o células que los ha producido. Las células se destruyen entre sí y son reemplazadas por otras nuevas. En el curso de este proceso de transformación se producen ciertos venenos y toxinas, cuyos principios son antagonistas de la vida. La "muerte natuarl" en otras palabras, no es otra cosa que una especie de suicidio inconsciente y desconocido. Esta teoría, conforme la expone el gran fisiólogo ruso, quiere decir que la muerte es inevitable, pues si en algunas ocasiones el hombre puede librarse de la acción de los venenos que lleva interiormente, nunca se puede librar de ella; pero si podemos escapar de los accidentes violentos y de las enfermedades malignas en apariencia, no hay razón para que no po-

damos vivir eternamente. El elixir de la vida será aquel agente que pueda libertar a las células de los venenos que producen ellas mismas sin cesar.

Hace tres años, el doctor Alexis Carrel, el joven investigador francés del Instituto "Rockefeller" comenzó sus trabajos de experimentación para hacer la luz en esta importante materia. Después de una serie de investigacions y experimentos en los tejidos de pollo, llegó a determinar que la carne puede crecer fuera del cuerpo del animal. Para demostrar esto le bastó poner los trozos de carne dentro de una incubadora, a la temperatura del cuerpo y substituir los alimentos por ciertas substancias; logró así que los tejidos del pollo creciesen tan vigorosos como si formaran parte del animal vivo.



Dr. Elie Mentchicoff

Uno de los experimentos del doctor Carrel consistió en mantener vivo por espacio de 104 días, un corazón de pollo, sin que en todo ese tiempo dejase de verificarse el fenómeno de la pulsación. "Las células que crecen fuera del cuerpo—dice el doctor Carrel—se conducen lo mismo que las que crecen mientras forman parte de él, es sabido que las células de un animal joven crecen con mayor rapidez que las de un animal viejo y este mismo fenómeno ha sido observado en los trozos de carne de pollo que se han conservado dentro de la incubadora a la temperatura del cuerpo. También se ha visto que las células tomadas de un polluelo se multiplican con una rapidez asombrosa; en cambio, las células tomadas de un perro viejo crecen con mucha lentitud.

Un fenómeno más interesante todavía es el observado a través del microscopio, pues allí se ha visto que las células se desarrollan en un ciclo regular de vida, justamente de la misma manera que se desarrolla el cuerpo embrionario, su juventud, su madurez y su período de decaimiento; finalmente, sobreviene la uerte. En el primero, las células crecen con rapidez lujuriante de los primeros años del niño. Una vez que las células han llegado al período de la madurez, permanecen estacionarias por algún tiempo, presentando entonces las células signos de laxitud y saciedad; han alcanzado el punto más alto de la vida y van descendiendo gradualmente. Después del período ordinario de la vejez, la vida "pavesea" y esta es la señal de que la muerte está próxima.

Todos estos fenómenos sucesivos se han observados en los experimentos emprendidos con las células desprendidas del cuerpo animal. Pero lo que más ha intrigado al doctor Carrel, es la cuestión siguiente: ¿Cuál es la causa de esta final disolución? La ciencia médica actual solamente puede dar dos explicaciones: o las células perecen, o padecen alguna enfermedad que no es más que una infección microbiana. Ahora bien: el doctor Carrel ha logrado proteger las células contra los gérmenes de disolución; pe-

ro los tejidos siempre mueren de muerte "natural", pues mueren de "viejos".

"El cuerpo del animal, dice el doctor Carrel, está compuesto de un número infinito de células; estas células son el asiento de la vida, de las enfermedades y de la muerte. Por consiguiente, si queremos descubrir lo que pasa en el cuerpo cuando muere, necesitamos, ante todo, conocer lo que pasa a cada célula en el mismo caso. Hasta hoy nadie se ha preocupado de investigar esto porque la célula no ha sido considerada como el asiento de todas las energías individuales y, por consiguiente, de la vida."

El doctor Carrel es quien estudia ahora este fenómeno por suponer que la teoría de Metchnicoff estaba bien fundada, pues la autoproducción de venenos produce la senilidad y la muerte de las células. ¿Por qué, entonces, no poder librar las células de estas substancias desintegradoras, por medio de otras substancias purificadoras?

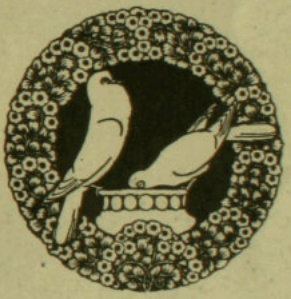
El doctor Carrel funda su elixir de la vida en una substancia común de laboratorio, conocida con el nombre de solución "Renger". Toma las células que le han de servir para la experimentación, en el momento en que están próximas a morir; las baña en ese líquido y después las coloca en un medio nuevo y fresco. Estos cambios dan en seguida los más asombrosos reultados. Aparentemente vuelve la vitalidad y la juventud a las células. Después de una débil lucha entre la vida y la muerte, las células se sienten vigorizadas y comienzan a crecer con la misma rapidez lujuriante de la juventud. Este ciclo se repite siempre con los mismos resultados. Después de un período de juventud rebosante de vida, viene el período de la madurez, luego se presenta el período de la decadencia y el momento de la muerte. Antes de que expiren las células, el doctor Carrel las baña de nuevo en la solución "Renger" y las coloca en seguida en un medio fresco. Inmediatamente desaparecen todos los signos de muerte y de vejez; las células comienzan a rejuvenecerse y recorren el mismo ciclo anterior. El doctor Carrel ha repetido este mismo proceso por espacio de tres años, sin interrupción ninguna. Tan luego como aparecía la vejez en los tejidos, procedía a rejuvenecerlos. Como resultado de sus prolongadas experiencias, asegura que no tiene límite conocido el tiempo que puedan durar estos procesos. En el curso de sus experiencias ha logrado que en un mismo espécimen, el fenómeno se repita 358 veces, obteniendo siempre los mismos resultados: la carne, próxima a perecer por la muerte, se ha rejuvenecido y ha vuelto a la vida.

Hablando de estas células, que ha logrado preservar de la muerte por espacio de tanto tiempo, el doctor Carrel dice que ha destruído al gran destructor de la vida. Para esas células la muerte simplemente no existe. Por largo tiempo que hayan estado o estén sometidas a este sencillo tratamientos, esos especímenes de tejidos animales vivirán eternamente. Por primera vez, desde que los sabios se dedican a investigar los secretos de la Naturaleza, la inmortalidad de la carne es un hecho bien establecido. "Ese trozo de pollo, dice el doctor Carrel, ya no está bajo la influencia del tiempo. Si excluímos los accidentes, este tejido de células puede seguir creciendo indefinidamente".

Ciertamente que no es un misterio lo que se ha realizado en esta materia. Los "baños" que el sabio doctor ha dado a las células ha destruído el principio que podía matarlas. Metchnicoff habría escrito: "La muerte natural" en los animales es producida por ciertos venenos que segregan las mismas células. Estos venenos han sido removidos, o se ha suprimido la acción tóxica que producen los tejidos. Jamás en la historia de la medicina se ha hecho una generalización científica tan brillante, ni tan rápida como fruto de una paciente investigación."

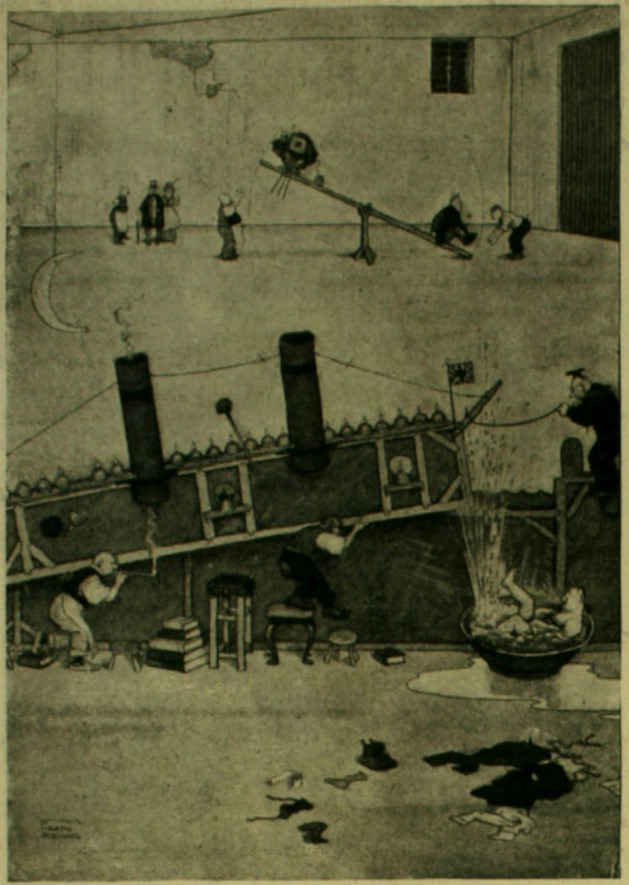
La ciencia experimental ha demostrado que la "muerte accidental" no es una necesidad de la naturaleza. Todas las muertes ocasionadas por las enfermedades pueden ser prevenidas. Unicamente la ignorancia y el descuido de los individuos y de la sociedad pueden hacer posible la muerte; pero los experimentos del doctor Carrel suscitan una cuestión de un interés más vital. ¿Hay algo inevitable en lo referente a la "muerte natural"? En un sentido se puede afirmar claramente que nó. No existe un "principio" de muerte; no hay nada inherente al organismo humano y que necesariamente produzca el decaimiento y la ruina. Conforme a la composición y a la estructura de las células, no hay razón para que el cuerpo permanezca eternamente joven. Una vez que se ha encontrado la manera de destruir los venenos que producen la muerte de las células,

y de los tejidos no hay motivo para que el cuerpo no viva indefinidamente. En estas circunstancias un balazo o un ataque de apendicitis poco importarían; pero no podemos asegurar que este problema sea resuelto en plazo corto por los doctores Carrel o Metchnicoff. Sin embargo, los experimentos hasta hoy realizados demuestran que es posible impedir las causas de la muerte natural y que en un día tal vez no muy lejano se encontrarán los medios de prevenir la muerte accidental.



LOS CELEBRES MONOS DE HEATH ROBINSON

¡COMO SE FABRICAN LAS PELICULAS DE LA GUERRA!



El arribo de prisioneros alemanes a Boulogne

Los últimos momentos de la reina del Harem... que es conducida prisionera a Inglaterra

En la Escuela de los Marinos

Por

GUSTAVO SILVA

Con ilustraciones fotográficas

Sobre una colina que levanta su ladera, apenas oblicua, a corto trecho del mar; teniendo a sus pies, al frente, y a izquierda y derecha, el espectáculo de la bahía semicircular, de día febrilmente activa, y de noche, formando con el pueblo, una fiesta de luces que Blasco Ibáñez comparara con una procesión de luciérnagas en lenta ascensión; semi-perdida entre el boscaje de un parque, con mano prolija mantenido, y plantado en cerro que hace treinta años no era más que lo que por allí suelen llamar un "peladero", la Escuela Naval, con que Valparaíso se enorgullece, es uno de los edificios mejor situados y más confortables del Puerto. Seis años de profesorado, de que aún estamos nostálgicos, nos permitieron conocer las interioridades de aquel plantel de educación militar, cívica, intelectual, moral y física; su organización; su cuerpo directivo y de profesores; sus "cadetes", traviesos, vigorosos, vivos, y, que como niños de tan varia edad—12 a 18 años—presentaban cada uno al profesor un problema psicológico indi-

Vista de la Escuela Naval

Aspecto del puerto desde una de las terrazas de la Escuela

vidual. Demos un paseo por la Escuela Naval; las ilustraciones de este artículo llenarán los vacíos que él deje.

Como casi todo en Chile, la Escuela Naval encuentra su origen histórico en los días apenas post-coloniales; pero, como casi todos los servicios públicos del país, también sufrió interrupciones el funcionamiento de la Escuela, por razones de economía, que entonces ya—hace un siglo—alegaba el Estado...

Claro está que, entonces—y hasta el año 1893—la Escuela no funcionó en el local de hoy. Edificios diversos ocupó, y con frecuencia, además, parece que los jóvenes cadetes—esos años—entre los cuales hay muchos hombres ilustres y heroicos—eran "embarcados", para la práctica de las velas, de las durezas del mar, y, naturalmente, del "mareo", que es la primera de ellas.

La historia de la Escuela Naval se halla naturalmente vinculada a la historia—en la paz y en la guerra—de nuestro país. Durante la paz, los marinos en la Escuela formados han contribuído eficazmente a los reconocimientos geográfico-marítimos: los trabajos y estudios *hidrográficos*, en efecto, constituyen un aporte valiosísimo a la geografía nacional; el cual, sin embargo, no es bastante conocido ni apreciado por el común de la gente. El "Anuario Hidrográfico"; las cartas y mapas de las costas, obra han sido de los viejos y los jóvenes marinos muchos de cuyos nombres están recordados por tal islita, río, roca o canal, descubiertos en los vericuetos aún no bien explorados, a lo que parece, de la región austral del país. Marino fué—el estudioso y pundonoroso comandante Whiteside—el primero en rebatir, con documentos de mérito irrefragable, la pretensión argentina al dominio de las islas Lenox y demás que hoy nos disputan, los argentinos mediante la variación *ad-hoc* del curso del Canal de Beagle. Marinos han contribuído, con eficacia, al estudio de los problemas sobre demarcación de límites. El general don Arístides Martínez, cuando ejerció de perito, se hizo acompañar de dos tenientes de la Armada.

Los servicios militares de la marina, sus

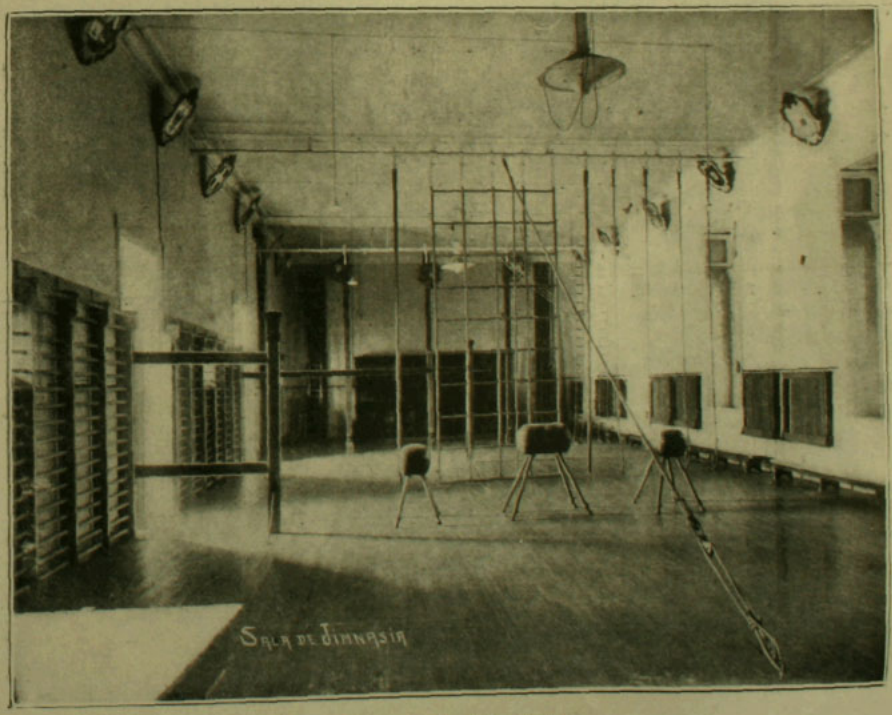
glorias guerreras, son sin duda más del conocimiento general; porque eso está más en los textos de historia. Y los nombres de Prat y de Latorre, de Serrano y Thompson, de veinte o treinta más, son, en el corazón chileno, el símbolo del poder y de las glorias navales del país.

Pero volvamos a la Escuela actual, a la Escuela nueva. Subiendo por el ascensor del Cerro Artillería (nombre sin duda tradicional) de dos zancadas se llega al Jardín de la Escuela. Una amplia escalera "debida a la munificencia del señor don Federico Varela", según reza una inscripción, nos conduce al edificio. Nos hallamos en el hall, vasto hall, que algún imaginativo compararía a un museo naval: allí están en sendas vidrieras, los modelos de nuestros buques de guerra. Trabajos de hábil prolijidad, parecen haber sido obsequiados por los astilleros constructores, y sirven—dice alguien en broma—para que los niños se vayan acostumbrando al mar...

En el piso bajo, las salas de estudio y de clase; la biblioteca y el señor Leguas Alvarez; los gabinetes técnicos, física, química, mecánica, navegación, astronomía, trabajos manuales; la sala de gimnasia; los comedores, el salón, donde a la hora de la digestión paga su tributo un piano eléctrico; la sala de lectura... Hay, en el patio del fondo, un buque, un simulacro de buque, en que los cadetes deben aprender prácticamente la nomenclatura naval: los mástiles y sus nombres; las diversas velas y sus nombres; etc. Es como si a un bergantín se le hubiera allí enterrado medio cuerpo, dejando la otra mitad a la expectación pública. Los cadetes sienten cariño por este "buque de tierra firme"; y de una generación escolar a otra pasa el nombre con que le tienen bautizado: *El no-te-muevas!*

Por un lado, el espléndido baño de natación, y el patio preparado para las partidas de football.

En el segundo piso, los vastos, claros, y aireados dormitorios; los baños de ducha y lluvia, "gratuitos, obligatorios, y natural-



Gimnasio de la Escuela

Dormitorios de la Escuela

mente, laicos"; el gabinete de electricidad; salas, destinadas a la Academia de Guerra Naval; dormitorios y casino de oficiales: todo muy limpio, bruñido y bien puesto.

Hemos hablado del "continente". Faltaría hablar del "contenido", es decir, del plan de estudios, de la parte intelectual de la Escuela. Pero falta espacio. Y, por lo demás, como, según la frase bíblica, "por sus frutos los conocerás", lo que importa es saber de qué han sido capaces los marinos salidos de la Escuela Naval...

—De todo hay en la "viña del Señor", nos observará algún hipotético contradictor.

—Por lo menos—habría que contestar,—además de sus héroes, de la Escuela Naval han salido un Presidente de la República (1) y hasta tres Ministros de Estado... que no lo han hecho *nadita* de mal (2).

Y tendremos que suponer que el contradictor hipotético se ha quedado sin responder....

(1) El vicealmirante retirado don Jorge Montt, hoy alcalde de Valparaíso.

(2) El finado vicealmirante don Luis Uribe O.; el hoy vicealmirante don Joaquín Muñoz Hurtado; y el Ministro de Marina actual, capitán de navío don Guillermo Soublette.

La nacionalización de la minería

(Párrafos de una conferencia universitaria)

Por

SANTIAGO MARIN VICUÑA

Con ilustraciones fotográficas

Chile posee, al tener de los reconocimientos hechos, inmensos depósitos de fierro, ya sea que se les juzguen por su "calidad", como por su "cantidad". De entre ellos se distinguen entre los primeros los del Tofo, ubicados en la provincia de Coquimbo, y entre los segundos los del Algarrobo, ubicados en la de Atacama, y que ya han sido adquiridos por sindicatos extranjeros: los del Tofo por la Sociedad francesa que instaló los "Altos Hornos" de Corral y los de Algarrobo por una Sociedad germano-holandesa, en la cual han tomado parte la Gutehoffnungsütte de Oberhansen y la Casa Müller de Rotterdam, que giran con cientos de millones de marcos de capital.

Estos yacimientos últimos, estimados como los más abundantes de Chile, están en su período de cubicación y los primeros han empezado a ser exportados por la conocida firma norte-americana Bethlelem, que lo ha arrendado al Sindicato francés; pero ambos, con el andar de los años irán "íntegros" a usinas extranjeras y sus explotaciones no dejarán al país otra cosa que el recuerdo de lo que fueron.

La historia del mineral del Tofo es tan poco conocida y tan edificante, que vale la pena contarla.

Perteneció a un antiguo amigo de mi padre, al prestigioso ingeniero serenense don Eulogio Cerda, quien, con la previsión del industrial que supo apreciar su importancia y la enorme riqueza que encerraba, recomendó a su familia, al morir, que aceptara muchos sacrificios antes de venderlo; pero tras la ida del jefe, llegaron días tristes y amargos y luego promesas y ofrecimientos tentadores, jamás cumplidos y que hubieron de traducirse después de una larga "vía-crucis" de engaños, en la enajenación definitiva del mineral, que fué adquirido en 70,000 francos por el ya citado Sindicato francés.

Iniciado el negocio de historia tan ingrata como conocida de los Altos Hornos de Corral, que contó con el apoyo cuantioso, sin medida e incondicional de nuestro Gobierno, vino la falencia del Sindicato que lo patrocinara y entonces la firma Bethlehem Steel Co. arrendó por noventa años la explotación del mineral del Tofo, de los cuales sólo quince les son obligatorio, se-

Oficina de la Administración del Mineral del Tofo

Vista general del gran montículo de fierro del Tofo y de las casas de los trabajadores

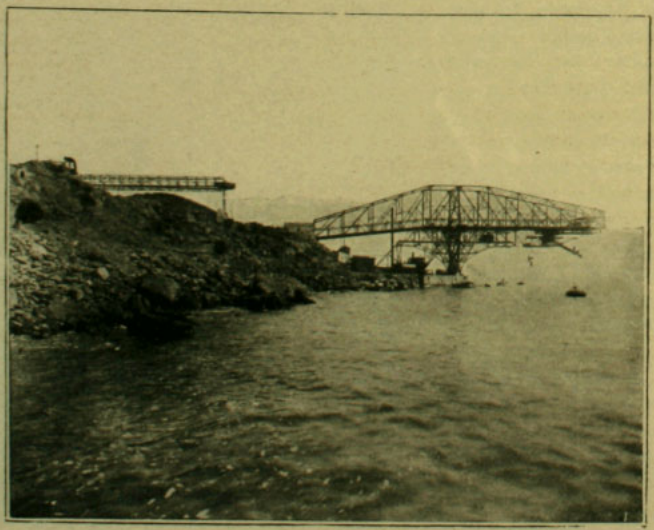
guros quizás que en ese lapso de tiempo habrán de agotarlos.

Según el contrato firmado, la Casa americana paga a la francesa por la explotación del mineral un canon anual que empieza por 375,000 francos y termina con 1.625,000, más un derecho o "regalía" de extracción, también creciente cada lustro, que era al principio de 0.50 francos por tonelada extraída y de 1.65 a su término.

Esta fórmula, como se ve, manifiesta que ambos contratantes están interesados en una explotación "intensa", diga mos quince años, con lo cual el único perdidoso, la única víctima será el país, que verá en tres lustros agotado un depósito nacional de incomparable ley y sin beneficio práctico para nuestros intereses económicos sean éstos fiscales o particulares.

Cuando el Sindicato francés arrendó la explotación del mineral del Tofo se habían ya cubicado 45 millones de toneladas con un común de 70 por ciento en fierro y sin ley apreciable en fósforo, lo que constituye un "desidératum" para una correcta y fácil fundición; pero sondajes posteriores, al tenor de datos publicados, han hecho subir esa existencia de minerales a 130 millones de toneladas.

"La cotización de minerales con ley de 68% de fierro en los mercados europeos y americanos oscila entre 30 y 32 chelines la tonelada, habiendo llegado a 34 chelines", dice un tratadista, por lo cual, atendida la circunstancia que los del Tofo llegan hasta 84%, con sólo 0.04 por ciento de fósforo, quizás no sea exagerado fijarles un precio medio de 35 chelines. Tendríamos así que los actuales depósitos de ese mineral, una vez exportados, representarían un valor neto superior a 200 millones de libras esterlinas, o sea, unos seis mil millones de pesos de nuestra actual moneda.



Gran cantilever de embarque en la caleta Cruz Grande

El mismo panorama del mineral del Tofo, cubierto por la neblina

Hace meses conversaba en La Serena con un ingeniero de la Casa Bethlehem, encargado de los trabajos que han de facilitar la explotación del mineral (perforadoras, ferrocarril, dársena etc.) y nos decía enfáticamente que en diez años de explotación lo habrán ya agotado. Una sonrisa de escepticismo cruzó por el rostro de muchos de los oyentes; pero cuidado! que esos magos que han perforado un istmo en cinco años, son enamorados de los *records*. Eso los obligaría a una exportación de 13 millones de toneladas al año; contando la última cubicación; pero quedándonos en los números previstos por el Sindicato francés, o sea, que el cubicazo sólo suba a 45 millones de toneladas y el arrendamiento a 15 años de plazo, se requeriría una exportación de 3 millones de toneladas al año, y en tal caso la utilidad que obtendría por el canon o regalía ya citada, subiría a 37 millones de francos.

Recuérdese que ese mineral fué adquirido en 70 mil francos.

Esos 37 millones de francos constituirían la utilidad líquida para sus actuales dueños, los capitalistas franceses. Es interesante estimar ahora la utilidad que ha de reportarle a la firma exportadora, para lo cual conservaremos el precio de 35 chelines por tonelada, que no es exagerado si se considera la disminución constante del stock mundial de minerales de gran ley.

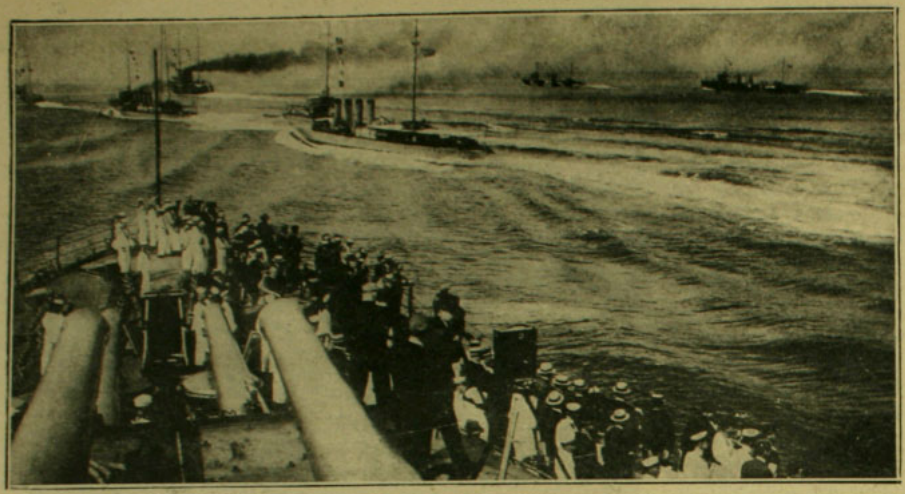
Los minerales del Tofo, cuya explotación es muy económica y que sólo requieren 23 kilómetros de recorrido en ferrocarril para ser embarcados en la caleta Cruz Grande, tienen un costo (puestos a bordo y estimando el canon y regalía de extracción) que se le calcula en un promedio de 3½ chelines, o sea, $ 4.67 de nuestra moneda al cambio de 9 d. Para abaratar su transporte a Estados Unidos, la firma Bethlehem está construyendo una serie de vapores "ad-hoc", con los cuales cree poderlos transportar hasta sus propias usinas con un costo inferior a 11½ chelines la tonelada, lo que sería superior al flete de 8 chelines que la misma firma paga por el flete de 4.400 millas que median entre Narvia (Suecia) y Nueva York.

Tendríamos así, ateniéndonos a esas informaciones, que ellos mismos dan, que los americanos piensan transportar los minerales del Tofo a Pitzburgo con un costo medio de 18 chelines la tonelada, que elevándolo a 1 £ les dejaría una utilidad líquida de 15 chelines.

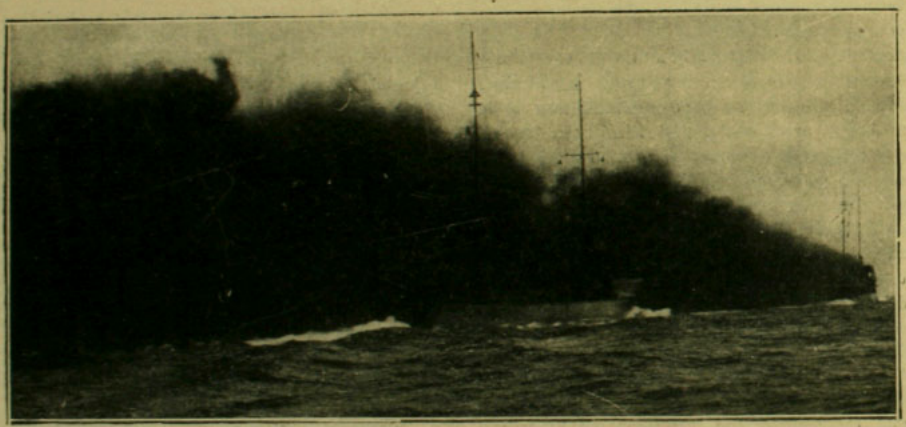
De manera que conservando estas cifras y todavía el cubicazo inicial de sólo 45 millones de toneladas de minerales, a los quince años de explotación el Sindicato francés habría obtenido, como lo hemos dicho, 37 millones de francos de utilidad líquida por arrendamiento de los depósitos y el Sindicato americano 875 millones por su explotación, o sea, un total de más de 900 millones de francos. El cubicazo posterior de 130 millones de toneladas, en vez de 45 millones, que se ha hecho de estos yacimientos, "triplicarían" estas fabulosas gananciales.

Este el tesoro nacional que un boulevardier parisiense, el conde Armand, adquirió de los tenedores chilenos en setenta mil francos!...

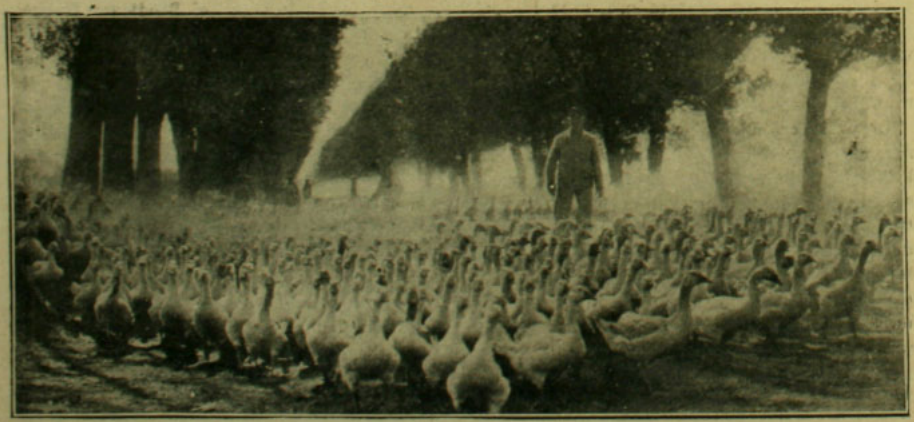
LA ULTIMA GRAN REVISTA DE DESTROYERS EN ESTADOS UNIDOS



La partida de destróyers.



Ejercicio de destróyers en unas maniobras en que se simulaba un ataque de submarinos.



Soldados alemanes capturando prisioneros una partida de gansos para la cocina

Las artes plásticas en nuestra epoca

AUGUSTO RODIN Y SU OBRA

Cosa bella di natura passa, ma non d'arte.

Con ilustraciones

"Las cosas bellas de la naturaleza pasan, pero no así las del arte", ha dicho el gran florentino Leonardo Da Vinci. Este pensamiento, en apariencia tan sencillo, encierra un mundo de ideas y se presta a un amplio desarrollo.

El nos hace ver cuán efímeras son las bellezas de la vida, pero nos demuestra también que hay un medio de perpetuarlas, un medio de dejar impresas las emociones de nuestras existencias, los mejores momentos de nuestra vida, aquellos en que salimos de nosotros mismos para confundirnos por un instante con el gran todo del Universo, y en los que tal vez se nos revela algo de lo que hay más allá de la existencia. Y este medio es "las artes". Ellas nos permiten estampar en el papel, en el mármol o en la tela, el sello de nuestra personalidad y legar a las generaciones venideras un testimonio de nuestro paso por este mundo, de la vida que hicimos, de lo que en ella nos emocionó y nos hizo vibrar.

Sombras.

Por medio de las artes conseguimos comunicarnos con los siglos venideros y hacerles sentir nuestra existencia, con tanta fuerza, como si aún viviéramos. Si hoy uno de nosotros contempla una estatua de Tanagra y admira su belleza, vibra con los corazones que existieron hace dos mil años, habla, conversa, se puede decir, con los hombres que vivieron en el año 500 antes de Jesucristo y puede apreciar lo más íntimo, lo más delicado de esas almas que pasaron hace tantos siglos por este mundo.

Leonardo, al decirnos que las artes son inmortales, nos recuerda también que las generaciones venideras han de juzgarnos según las producciones artísticas que legamos al porvenir: que nuestra historia quedará escrita en nuestras artes y que en ellas medirán los hombres de mañana la profundidad de nuestro pensamiento, la finéza de nuestra sensibilidad y el grado de desarrollo intelectual que hemos alcanzado. Por este motivo las artes son de interés común a toda la colectividad humana, y cada uno de nosotros tiene el deber de contribuir, en lo que sea posible, para facilitar su desarrollo. Digo el deber, debiendo decir la necesidad, puesto que las artes son el único lenguaje que posee el intelecto humano para comunicarse, y los que las desconocen, se condenan a ser mudos, sordos y ciegos en la vida del espíritu, que es el patrimonio especial de los hombres y lo que nos hace superiores al resto de la creación.

Estudiar las artes de nuestra época es, por consiguiente, estudiarnos a nosotros mismos; es hacer el análisis de nuestras cualidades intelectuales, es la investigación de lo que somos los hombres modernos, en comparación a nuestros antepasados.

El medio más eficaz de realizar este análisis será estudiando la obra de los artistas más eminentes que ha producido nuestra época, porque ellos son la síntesis del pensamiento de nuestra generación. En ellos se han reunido todas las fuerzas esparcidas, para formar ese prodigio que llamamos genio y que deberá representarnos ante las generaciones futuras. La obra de estos hombres serán los embajadores que enviemos al porvenir así como las generaciones pasadas han enviado hasta nosotros los suyos.

La época griega nos ha legado a Homero y Esquilo en la literatura, a Fidias, Escopas y Praxíteles en la escultura; la Edad Media al Dante como poeta, al Giotto, a Orcagna, al Beato Angélico, a Boticelli, como pintores; al Pisano, al Donatello, a Verrochio, como escultores; el Renacimiento a Miguel Angel, Leonardo y Rafael.

También nuestro siglo lega un buen número de inmortales: Delacroix en la primera mitad del siglo XIX, Millet y Corot en la segunda, y por último, en nuestros días, Puvis de Chavannes, Rodin y Carriére. De estos tres grandes artistas, dos han muerto, ya hace algunos años. Sólo queda entre nosotros, aunque a una edad avanzada, pero siempre lleno de vigor y entusiasmo, el escultor Augusto Rodin.

En el escaso tiempo de que disponemos en esta conferencia, vamos a hacer lo posible por estudiar la obra de este poderoso artista; ella nos representará en parte el pensamiento y la cultura de nuestra época, y será la prueba más evidente de que la generación de la última mitad del siglo XIX es una generación de alta cultura y de pensamiento elevado, puesto que ha podido abrigar en su seno, darle los medios para subsistir y comunicarle el entusiasmo para el trabajo, a un genio de tan alto fuste como Rodin.

Podemos decir con orgullo que la obra de este poderoso artista se ha impuesto y ha sido comprendida por toda nuestra generación. Aunque ciertamente debemos reconocer que la imposición de su obra le ha costado a Rodin muchas luchas y muchas amarguras, pero estas luchas y estas amarguras son inherentes a todo triunfo y son tal vez su más poderoso factor. Estoy seguro que el mismo Rodin reconocerá hoy que los esfuerzos que le impuso la incomprensión momentánea de sus contemporáneos, le sirvieron grandemente para la realización de su misma obra. Y hoy que todo el mundo lo reconoce, recuerda él con placer los momentos de tristeza que pasara al principio de su carrera, porque esos momentos le sirvieron para templar sus fuerzas, apoyándose en el pequeño grupo de sus admiradores, que tuvo siempre a su lado, y que le bastaban para no perder la confianza en sí mismo.

Así Rodin pudo trabajar durante muchos años bajo la más absoluta incomprensión del público y sobre todo de las instituciones oficiales. Desde sus primeros estudios, la Escuela y la Academia de Bellas Artes, le fueron hostiles. Tres veces se presentó a los concursos de la Escuela y las tres veces fué rechazado, lo que le impidió beneficiar las ventajas de una educación gratuita. Sus escasos medios de fortuna no le permitían tampoco pagarse un profesor, pues ya a muy corta edad estaba obligado a ganarse su subsistencia. El único medio que encontró para continuar sus estudios fué entrar como ayudante al taller de Carriére-Belleuse, y hacer copias de los antiguos en los museos.

Carriére-Belleuse era en aquel tiempo uno de los escultores de moda; de aquellos que sacrifican todo: personalidad, talento y trabajo, al gusto vulgar del público mediocre. Naturalmente, en este taller no tenía Rodin ningún ejemplo que seguir, y sólo las necesidades de la vida lo obligaban a quedarse en él, ocupando largas horas del día en modelar cosas en el gusto almibarado que se le exigía. Este trabajo mecánico no afectaba en nada el desarrollo de la personalidad artística de Rodin, pues, mientras lo hacía, su cerebro viajaba por mundos muy diferentes, su inteligencia buscaba una fórmula opuesta a la que ejecutaban sus manos. Esta fórmula le era sugerida por la contemplación de las estatuas antiguas en el Museo del Louvre y por la observación constante de la naturaleza.

En 1867 Rodin pasó a Bruselas a trabajar con el escultor Van Rasbourg, en el frontón de la Bolsa y en diversos otros trabajos decorativos. En esa ciudad se que-

Eternal Spring

dó diez años. De este período de su vida el público no sabe nada. El estudio obstinado y silencioso, le ocupó todo el tiempo que le dejaba libre el trabajo subalterno que debía ejecutar bajo la dirección de Rasbourg. Es durante estos diez años de aislamiento y meditación que Rodin descubre su propia conciencia y determina el camino que ha de seguir en el resto de su vida. Mientras trabaja en los edificios de Bruselas, viviendo la vida obscura de los obreros, su cerebro está constantemente en acción y resuelve uno tras otro los problemas que él mismo se pone referentes a su arte.

Durante estos diez años de lucha, Rodin seguramente pasó muchas veces por la ansiedad de la duda y por toda la tragedia interior del artista que se busca a sí mismo. El desaliento visitó muchas veces su pequeña mansarda de estudiante, pero la gran voluntad de que está dotado lo hacía persistir y volver a encontrar el camino que hubiera perdido.

Por fin, en 1877, a los 37 años de edad, Rodin se siente seguro de sí mismo y se presenta por primera vez al público con una estatua titulada "La Edad de Bronce", obra maestra, ya perfectamente definida, exenta de vacilaciones, de dudas e incertidumbres, y en la que están ya marcados todos los principios que Rodin seguirá desarrollando en el resto de su obra.

Esta estatua fué una gran sorpresa en el mundo artístico y tuvo, como era natural, partidarios entusiastas y enemigos decididos. Mientras unos proclamaban la revelación de un genio, otros decían que "La Edad de Bronce" era un simple amoldado sin valor artístico, y un grupo de escultores, muy conocido por sus altos triunfos académicos, se opuso a la adquisición de esta estatua por el Museo.

Por suerte, el Ministro de Bellas Artes en aquel entonces, hombre muy culto y de gran inteligencia, no se dejó influenciar por la ilustre corporación académica y adquirió "La Edad de Bronce", para colocarla en el Jardín del Luxemburgo, en donde pasó largos años antes de formar parte del Museo.

Como decía anteriormente, esta estatua nos muestra ya todas las cualidades de Rodin, perfectamente unidas, y en ella podemos determinar las grandes líneas de toda la obra de este genial escultor. La base de la fórmula de Rodin es concebir su estatua dentro de alguna gran idea simbólica de la vida y con preferencia de la vida intelectual, y expresar esta idea en la mayor intensidad plástica que sea posible, valiéndose únicamente de los medios que la realidad material le proporciona; es decir, la realidad del movimiento y del modelado. Estas dos últimas cualidades son para Rodin las cualidades indispensables para la producción de una obra de arte.

Enrique Ibsen tiene en uno de sus dramas una frase que aplicada a la obra de Rodin, la sintetiza, y nos la revela en dos palabras. En el final de "El Pequeño de Eyolff", los padres se preguntan cómo han de seguir viviendo después de la catástrofe ocurrida, en la cual todos sus viejos principios se habían derrumbado, y uno de ellos contesta: "es preciso vivir sólidamente apoyado sobre la tierra y con la vista dirigida hacia el cielo, hacia las estrellas."

Esta fórmula, que es tal vez la más bella y la más verdadera que se ha dado para la vida, puede a su vez aplicarse a la obra de Rodin. La base en que se apoya, es la perfección del oficio, de la realidad material, mientras su pensamiento vuela a las más altas regiones del espíritu.

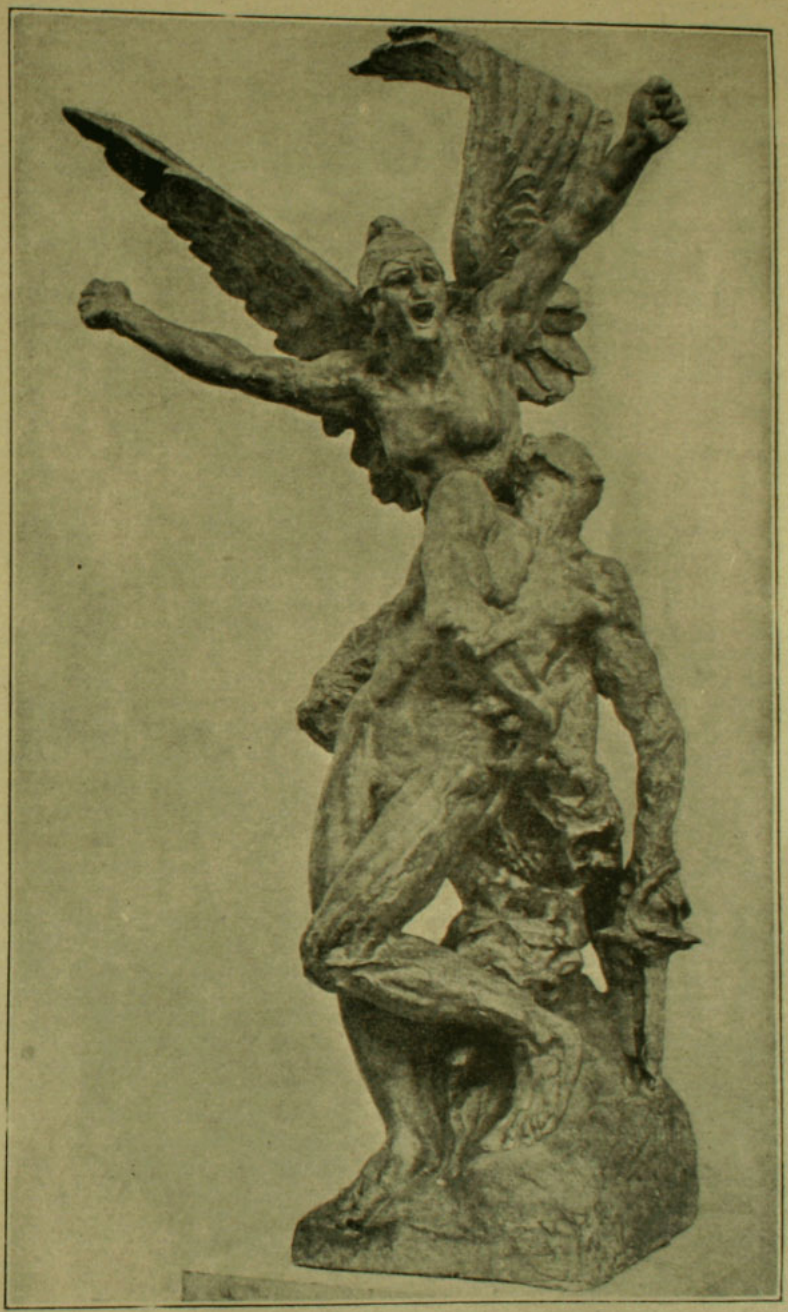
Oigamos al mismo Rodin disertar sobre sus ideas, para darnos más claramente cuenta de su manera. En los diálogos de Gsell, dice este último: "Un domingo que estaba con Rodin en su taller, me detuve delante del amoldado de una de sus obras. Es una bella joven cuyo cuerpo está dolorosamente contorsionado. Parece presa de un tormento misterioso; su cabeza está profundamente inclinada; sus labios y sus pupilas están cerrados, y parece dormir. Pero la angustia de sus rasgos revela la dramática contorsión de su espíritu. Lo que perturba cuando se la mira, es que no tiene ni brazos ni piernas; parece que el escultor las hubiese quebrado en un exceso de descontento consigo mismo y uno no puede dejar de sentir que una figura tan poderosa esté incompleta.

Como yo manifesté, a pesar de mí, este sentimiento delante de mi huésped, éste me respondió con asombro: ¿Pero qué reproche me hace Ud? Créame que voluntariamente yo he dejado mi estatua en ese estado. Ella representa la meditación; por eso no tiene ni brazos ni piernas para moverse. ¿No ha notado Ud., que la reflexión, cuando se la lleva muy lejos, sugiere argumentos plausibles para las determinaciones más opuestas, de tal manera que ella más bien aconseja la inercia?

Estas pocas palabras bastaron para hacerme volver de mi primera impresión, y admiré sin reservas, desde entonces, el alto simbolismo de la imagen que tenía ante mí. Comprendí entonces que la estatua era el emblema de la inteligencia humana, imperiosamente solicitada por los problemas que ella no puede resolver, preocupada con los ideales que no puede realizar, obsecada por el infinito que no puede abrazar. La contracción de su torso expresa la tortura del pensamiento y su gloriosa, pero vana obstinación de ocuparse de los problemas que es incapaz de resolver.

A pesar, me acordé entonces de una crítica que han provocado a menudo las obras de Rodin, y, naturalmente, sin asociarme a ella, la sometí al maestro para saber cómo replicaría.

—Los literatos, le dije, no pueden sino aplaudir las verdades substanciales que expresan todas vuestras esculturas; pero algunos de vuestros censores os reprochan tener una inspiración más literaria que plástica. Ellos pretenden que contáis hábilmente con el sufragio de los literatos, dándoles tema sobre el cual puedan darse libre carrera sus retóricas; y ellos declaran que el arte no admite tantas ambiciones filosóficas.



Monumento a Prat

—Si mi manera de modelar es mala, respondió vivamente Rodin, si yo cometo faltas de anatomía, si interpreto mal los movimientos, si yo ignoro la ciencia de animar el mármol, estos críticos tienen cien veces razón. Pero si mis figuras son correctas y vivas, ¿qué pueden reprocharme? ¿Y con qué derecho querrían ellos prohibirme el agregar a ellas algún pensamiento? ¿De qué se pueden quejar, si además de mi trabajo profesional les ofrezco ideas y enriquezco con una significación, formas que son capaces por sí solas de seducir los ojos?

Por otra parte, se equivocan grandemente los que se imaginan que los verdaderos artistas pueden contentarse con ser obreros hábiles y que la inteligencia no les es necesaria.

—Pero, interroga nuevamente Gssell, volviendo a una cuestión más particular, no hay entre el arte y la literatura una línea frontera que los artistas no deben pasar.

—Yo le confieso, respondió Rodin, que en lo que me concierne soporto muy mal las prohibiciones de pasar. No hay reglas, a mi parecer, que puedan impedir a un escultor el crear una obra bella, a su voluntad. ¿Y qué importa que sea escultura o literatura, si es una obra que produce una emoción? La pintura, la literatura y la música, están más cerca una de otra que lo que se cree generalmente. Ellas expresan todos los sentimientos del alma humana ante la naturaleza. Son solamente los medios de expresión los que varían. No niego, por otra parte, que no sea útil meditar sobre las diferencias que separan los medios literarios de los medios artísticos.

En primer lugar, la literatura ofrece la particularidad de poder expresar ideas sin recurrir a imágenes. La literatura puede decir, por ejemplo, que la reflexión demasiado profunda, lleva a menudo a la inacción, sin tener necesidad de figurar una mujer pensativa, puesta en la imposibilidad de moverse. Y esta facultad de juzgar con las abstracciones por medio de las palabras, da, puede ser, a la literatura, una ventaja sobre las otras artes, en el dominio del pensamiento.

Es preciso notar también, que la literatura desarrolla historias que tienen un principio, un medio y un fin; encadena diversos episodios de los cuales saca una conclusión; mueve personajes y muestra las consecuencias de su conducta. Así las escenas que evoca, se refuerzan por su sucesión y toman valor en razón de la parte que tienen en el progreso de la intriga.

No es lo mismo para las artes de la forma. Estas no representan sino una faz de una acción. Este es el motivo por qué los pintores y escultores, deberían temer de tomar los asuntos para sus obras, de los escritores. El artista que interpreta una parte de una narración debe, en efecto, suponer conocido el resto del texto, y su obra no adquiere toda su significación sino cuando se esclarecen los hechos que preceden y los que siguen. Cuando el pintor Delaroche, representa, tomado del drama de Shakespeare, o más bien de su pálido imitador Casimiro Delavigne, a los hijos de Eduardo que se abrazan estrechamente, es preciso saber, para interesarse en esta escena, que son los herederos de un trono, que están encerrados en una prisión, y que sicarios enviados por un usurpador van a surgir al instante para asesinarlos.

Cuando Delacroix el genio, que pido excusas para citar al lado del muy mediocre Paul Delaroche, toma de un poema de Lord Byron el asunto de su 'Naufragio de Don Juan'' y nos muestra sobre un mar de oleaje pesado una embarcación en la cual los marineros sacan de un sombrero pedazos de papel, es preciso saber para comprender esta escena, que esos desgraciados, desesperados por el hambre, están sacando a la suerte cuál de ellos va a servir de alimento a los demás.

Tratando asuntos literarios, estos dos artistas han cometido la falta de pintar obras que no llevan en sí su sentido completo. Sin embargo, mientras que la obra de Delaroche es mala, porque el dibujo es frío, el color es duro y el sentimiento es melodramático, la obra de Delacroix es admirable, porque esa barca flota verdaderamente sobre las olas pesadas, porque el hambre y la desgracia desfiguran trágicamente la expresión de los náufragos, porque la coloración sombría y salvaje, hace presentir un crimen, porque, en fin, a pesar de que la narración de Byron se encuentra truncada en este cuadro, en cambio, el alma febril, salvaje y sublime del pintor, se encuentra allí toda entera.

Moralidad de estos ejemplos: cuando después de reflexiones muy maduradas, se hayan puesto en materia de arte las prohibiciones más razonables, se podrá siempre re-

Ugolino y sus hijos.

prochar legítimamente a los mediocres, el no haberse conformado a ellas; pero se podrá observar con sorpresa que los genios, pasan por encima de ellas, casi impunemente.

Mientras que Rodin hablaba, mi vista encontró en su taller un amoldado del Ugolino. Es ésta una figura de un realismo grandioso. Ella no recuerda absolutamente el grupo de Carpeaux, en el cual el conde pisano, torturado por la rabia del hambre y el dolor de ver a sus hijos a punto de perecer, se muerde a la vez los dos puños. Rodin ha supuesto el drama más avanzado. Los hijos de Ugolino están ya muertos, ellos yacen ya en el suelo, y su padre, que el hambre ha convertido en bestia, se arrastra en cuatro pies por sobre sus cadáveres. Se inclina hacia sus carnes, pero al mismo tiempo echa a un lado la cabeza. En su alma se libra un violento combate entre el bruto que quiere saciar su hambre, y el sér racional, el padre amante, que tiene horror de un sacrilegio tan monstruoso.

Nada hay más patético.

—He ahí, dije al maestro, un ejemplo que se agrega al "Naufragio de Don Juan", para confirmar sus palabras. Pues ciertamente, es indispensable haber leído "La Divina Comedia" del Dante, para representarse el martirio que sufre vuestro Ugolino. Pero, aún ignorando los tercetos del Dante, sería imposible no emocionarse ante el espantoso tormento interior que expresan la actitud y los rasgos de su personaje.

—En verdad, replicó Rodin, cuando un asunto literario es tan conocido, el artista puede tratarlo sin temor de no ser comprendido; pero a mi juicio, es a la vez preferible que las obras de los pintores encierren en ellas mismas todo su interés. El arte, puede, en efecto, suscitar el pensamiento y el ensueño, sin necesitar recurrir para ello a la literatura. En vez de ilustrar escenas de los poemas, es mejor servirse de símbolos claros, que no subentienden ningún escrito.

Tal ha sido generalmente mi método, y me ha dado buen resultado.

Lo que mi huésped decía, lo proclamaban muy claramente sus esculturas, en su mudo lenguaje. Yo veía a mi alrededor, los amoldados de varias de sus obras, las más radiantes en ideas. Me puse a contemplarlas y pude admirar la reproducción de esa encantadora escultura que posee el Museo del Luxemburgo, titulada "El Pensamiento".

¿Quién no conoce esta obra singular? Es una cabeza femenina, joven y delicada, de rasgos de una fineza, de una sutileza milagrosa. Está inclinada y se aureola de un ensueño que la hace parecer inmaterial. Los bordes de una cofia liviana que cubre su frente, parecen ser las alas de sus sueños; pero su cuello y casi su barba, están presos en un macizo y grosero block de mármol, del cual parece imposible que pueda desprenderse. El símbolo se comprende fácilmente; el pensamiento se desarrolla en el seno de la materia inerte, y la ilumina con el reflejo de su esplendor, pero es en vano que ella se esfuerce para escapar a las pesadas trabas de la realidad.

Admiré también "La Ilusión, hija de Icaro". Es un ángel de encantadora juventud: mientras que volaba con sus grandes alas, un brutal golpe de viento la precipitó al suelo, y su cara acaba de hacerse pedazos lamentablemente sobre una roca; pero sus alas que han quedado aún intactas, baten en el espacio, y, como es inmortal, se adivina que va a levantarse nuevamente para volver a caer con igual crueldad que la primera vez. ¡Incansable esperanza y eternas caídas de la Ilusión!

En temas de esta especie, me dijo Rodin, el pensamiento se liga a la obra sin trabajo, despierta sin ningún recurso extraño la imaginación del espectador y además, lejos de encerrarlo en límites estrechos, le da camino para divagar a su fantasía, pues es éste, según creo, el rol del arte. Las formas que crea deben proporcionar un pretexto a la emoción para que se desarrolle indefiniblemente.

En este momento, yo estaba ante un grupo de mármol que representa a Pigmalión y su estatua. El escultor antiguo, estrecha apasionadamente a su obra, la cual se anima bajo su brazo, y Rodin me dijo:

—Se sorprendería Ud. si le mostrara el primer boceto de esta estatua, y me condujo hacia un amoldado de yeso. Efectivamente me sorprendió, pues la obra que me hacía ver, no tenía ninguna relación con la fábula de Pigmalión. Era un fauno cornudo y velloso que enlazaba fogosamente a una ninfa. Las líneas generales eran más o menos las mismas, pero el asunto era muy diferente. Rodin parecía divertirse con mi asombro si-

lencioso. Esta revelación era para mí un tanto desconcertante, pues, contrariamente a todo lo que acababa de oír, mi huésped me probaba el poco caso que hacía a veces del asunto que trataba.

—En resumen, me dijo, no se debe atribuir demasiada importancia a los temas que se interpretan; sin duda tienen su valor y contribuyen a interesar al público, pero la principal preocupación del artista, debe ser construir musculaturas que tengan vida. He ahí lo más importante.

Y después, adivinando lo desorientado que yo estaba, me dijo:

—No crea, querido Gssel, que mis últimas palabras contradicen las que pronuncié hace poco. Si yo juzgo que un escultor puede limitarse a representar en sus estatuas, únicamente la carne que palpita, sin preocuparse de un asunto determinado, eso no significa que yo excluya al pensamiento de la obra de arte. Si declaro que un escultor puede hacer bellas estatuas sin buscar símbolos para ellas, eso no significa que sea partidario de un arte desprovisto de sentido espiritual. Pero a decir verdad, todo es símbolo. Así las formas y las actitudes de un sér humano, revelan necesariamente las emociones de su alma; el cuerpo expresa siempre el espíritu del cual es la envoltura y para aquel que sabe ver, el desnudo ofrece las significaciones más ricas: en el ritmo majestuoso de los contornos, un gran escultor, un Fidias, reconoce la perenne armonía esparcida por la sabiduría divina, en toda la naturaleza. Un simple torso, radiante de fuerza y de gracia, puede hacerlo pensar en la razón todopoderosa que gobierna al mundo. Un bello paisaje no encanta solamente por las emociones más o menos agradables que procura, sino sobre todo por las ideas que despierta. La línea y los colores de que se componen, no emocionan por ellos mismos, sino por el sentido profundo que contienen. En la silueta de los árboles, en el corte del horizonte, los grandes paisajistas, los Ruysdael, los Cuyp, los Corot, los Theodoro Rousseau, perciben pensamientos risueños o graves, atrevidos o tristes, tranquilos o angustiosos, que concuerdan con las disposiciones de su espíritu.

Monumento a Víctor Hugo.

El artista en quien excede el pensamiento, no puede imaginar nada que no esté dotado como él mismo. En toda la naturaleza supone una gran conciencia, semejante a la suya. Cualquier organismo vivo, cualquier objeto inerte: una nube en el cielo, una brizna verde en la pradera, le confía el secreto de un poder inmenso, que existe bajo todas las cosas.

Mirad las obras del arte. Toda su belleza viene del pensamiento, "de la intención que sus autores han creído ver en el Universo."

¿Por qué nuestras catedrales góticas son tan bellas? Porque en todas las representaciones de la vida, en las imágenes humanas que adornan sus portadas y hasta en las hojas de plantas que adornan sus capiteles, se descubre la huella del amor celeste. En todas partes los amables escultores de imágenes de la Edad Media, han visto resplandecer la infinita bondad, y en su ingenuidad

encantadora, han proyectado un reflejo de la bienaventuranza, hasta en las caras de sus demonios, a los cuales han dado un aire de malicia amable y como un aire de parentesco en los ángeles.

Observad cualquiera obra de un gran maestro: un Ticiano, un Rembrandt, por ejemplo: En todos los señores del Ticiano, se nota la energía altanera, que sin duda alguna, lo animaba a él mismo. Sus mujeres opulentas, se dejan admirar como divinidades, seguras de su dominación, sus paisajes, decorados por árboles majestuosos y que se empurpuran con triunfantes puestas de sol, no son menos altaneros que sus personajes. Sobre toda la creación, el Ticiano ha hecho reinar el orgullo aristocrático, y fué éste el constante pensamiento de su genio.

Otra especie de orgullo ilumina las máscaras traposas y arrugadas de los viejos artesanos que pintó Rembrandt. Es la bella actividad de los seres modestos, la santidad de las cosas vulgares, pero, piadosamente amadas, la grandeza de la humanidad, que acepta y llena dignamente su destino.

Tan profundo y tan lleno de vida es el pensamiento de los grandes artistas, que se muestra en cualquier asunto. No hay necesidad siquiera, de una figura completa para que pueda expresarse. Tomad cualquier fragmento de una obra maestra y podréis reconocer en él el alma de su autor; comparad por ejemplo las manos en dos retratos pintados por Rembrandt y por el Ticiano. La mano del Ticiano, será una mano dominante; la de Rembrandt será modesta y valiente, y así estos pequeños trozos de pintura, contienen todo el pensamiento de esos maestros.

—En resumen: las más puras obras maestras, son aquellas que no tienen ni un trozo inexpresivo, de forma, de línea y de color, y en las que todo, absolutamente todo, se resuelve en pensamientos y en alma.

Es posible que cuando los maestros animan la naturaleza con sus propios ideales, se ilusionen.

Por lo menos, el artista representando al Universo, tal como él se lo imagina, formula sus propios sueños respecto a la naturaleza y por consiguiente es su alma lo que nos muestra, y de esta suerte enriquece el alma de la humanidad, pues, impregnando con su espíritu el mundo material, revela a sus contemporáneos, mil finezas de sentimiento; les hace descubrir en ellos mismos, riquezas hasta entonces desconocidas y les da nuevas razones para amar la vida, nuevas luces anteriores para guiarse.

Es, como decía Dante de Virgilio, su guía, su señor y su maestro."

Hemos querido seguir hasta el fin este diálogo, para dejar claramente establecidas las intenciones que guían la obra de Rodin. Pasemos ahora a dar una pequeña revista a sus obras más importantes; ellas nos hablarán un lenguaje más elocuente aún que las propias palabras del maestro que acabamos de oir, porque ellas encierran lo mejor y lo más íntimo de su sér.

Como decíamos anteriormente, su estreno en público, fué con "La Edad de Bronce". Esta estatua simboliza la primera palpitación de la conciencia en la humanidad. Es el despertar a la vida del alma humana que surge del sér aún dormido.

Ese adolescente, bello como un Narciso, de formas sanas y robustas, siente palpitar, por primera vez, la inteligencia dentro de su sér, y, con sus ojos cerrados, percibe el mundo interior que antes no conocía. La expresión de sus facciones nos indica la delicia inefable que le proporciona el nacimiento a la vida del espíritu y todo su cuerpo vibra en un estremecimiento de felicidad.

Observemos cómo todas las partes de esta estatua están subordinadas a la emoción como ningún trozo atrae separadamente la vista sino que todos se unen y se enlazan íntimamente para contribuir a la expresión de la idea generadora, que se comunica como una onda eléctrica al espectador, sin que éste tenga tiempo de analizar el por qué de su emoción.

Observemos cómo el movimiento de esta estatua conduce paulatinamente nuestra vista al punto culminante que es la cabeza. La parte baja, los pies y las piernas, están en una actitud más floja que el resto y mientras que la vista asciende, el movimiento se acentúa hasta llegar a los brazos, los cuales se levantan y van a concurrir a la parte cerebral de la cabeza, que es el punto en donde pasa el drama interior que ella representa.

Respecto al oficio, la ejecución, el dibujo, y el modelado, es tan perfecto que parece ser la vida misma, sin que en ninguna parte se vea el deseo de hacer alarde de habilidad ni lujo de conocimientos.

Danaïd.

Las cosas están descriptas con toda naturalidad, sin que se sienta el menor esfuerzo ni tampoco el menor énfasis. La estatua parece surgir del suelo como una planta que vemos desarrollarse sin darnos cuenta de la manera cómo se producen sus formas. En ningún trozo sentimos la mano del escultor, pero sí su alma que vibra y palpita en todo el bronce.

Tres años más tarde exhibe Rodin su "San Juan Bautista", obra que sigue la misma línea de la anterior, y que es su natural continuación. En ella nos muestra Rodin al profeta inspirado que va por el mundo repitiendo la palabra divina. El profundo sentimiento místico de esta estatua y su poderosa convicción, lo hacen emparentarse con los más puros artistas góticos de las catedrales francesas. No son más inspiradas ni de una fe más convencida, las inolvidables estatuas de la catedral de Reims.

Este mismo parentesco podemos notar en su "Eva, escuchando la tentación de la serpiente", estatua admirable que simboliza a la mujer, tal vez más que ninguna otra en el mundo. El drama femenino de la tentación está expresado aquí con fuerza incomparable. Todo el cuerpo de esa mujer se repliega sobre sí mismo para huir de la tentación que la serpiente silba a su oído, pero una fuerza misteriosa la impide moverse y se presiente ya la caída que ha de venir fatalmente a pesar del horror en que todo el cuerpo se estremece.

Tanto el "San Juan" como "Eva" y "La Edad de Bronce", le conquistaron a Rodin un grupo de admiradores convencidos.

El Ministro de Bellas Artes adquirió para el Luxemburgo otra de sus estatuas, a pesar de la oposición tenaz de la Academia, que envió una nota al Ministro, en la que declaraban los escultores firmantes, que consideraban a Rodin, incapaz de hacer una copia del natural, y que sus estatuas eran un simple amoldado sobre el vivo. ¡Curiosa ironía! Se acusaba de no saber su oficio al más sabio de los escultores, que ha habido desde Miguel Angel hasta hoy...

Por suerte, Rodin tuvo defensores, se efectuó la compra y más tarde se consiguió aún un encargo del Estado. El monumento de los burgueses de Calais, para el Hotel de Ville de esa ciudad. El tema elegido por Rodin fué el sacrificio impuesto por los ingleses a la ciudad de Calais, de seis de sus notables, en cambio del perdón de la ciudad.

Este grupo es la obra más dramática que ha producido la escultura. El drama humano del sacrificio de la propia vida en beneficio de los demás, de la abnegación, del desprecio de la existencia, de la marcha voluntaria hacia la muerte, ha sabido expresarlo Rodin con fuerza incomparable. Esos seis hombres que están colocados en el dintel de la vida, tienen algo del misterio del más allá. En un momento más esas seis almas robustas serán separadas de sus cuerpos, esas seis cabezas rodarán en el suelo del patíbulo. Cada uno de ellos expresa de manera diferente el mismo sentimiento de resignación y de valor que los une. El que ocupa el sitio central y que atrae primero la vista, es, dice Gssell, Eustaquio de Saint Pierre. Inclina su cabeza de largos cabellos venerables; no se ve en él ninguna irritación ni miedo. Avanza tranquilamente con los ojos vueltos hacia su alma. Si vacila un poco, es a causa de sus años y de las privaciones que ha sufrido durante el sitio. Es él el que inspira a los otros, es él el primero que se ha ofrecido para formar parte de los seis notables, cuya muerte, según las condiciones del vencedor, debe salvar a sus conciudadanos.

El burgués que está a su lado, no es menos valeroso y no se lamenta sobre su propia suerte; pero la capitulación de su ciudad le causa un insoportable dolor. Teniendo en su mano la llave que va a entregar a los ingleses, todo su cuerpo se crispa para poder soportar la humillación inevitable. En el mismo plano que ellos, a la izquierda, hay otro de los burgueses que probablemente es menos valiente, puesto que se apresura demasiado, se diría que habiendo tomado su resolución, trata de disminuir en lo posible el tiempo que lo separa del suplicio. Detrás de éste hay otro que se oprime el cráneo entre las manos y se abandona a la más violenta desesperación. Tal vez piensa en su mujer, en sus hijos, en los seres queridos a los que tal vez va a dejar sin apoyo en la existencia.

Un quinto notable se pasa la mano por los ojos, como para disipar una alucinación espantosa; y por fin, he aquí el sexto notable, más joven que los otros y que parece un indeciso. Una preocupación terrible contrae su cara. ¿Es la imagen de su amor la

que ocupa su pensamiento?... Pero sus compañeros marchan, él los alcanza y ofrece su cuello al hacha de la suerte.

Rodin deseaba colocar sus estatuas una tras otra a la salida del Hotel de Ville de Calais, para que hubieran sido, como lo dice él mismo, "una cadena viva de sufrimiento y sacrificio". Mis personajes, continúa Rodin, habrían parecido dirigirse de la casa municipal al campo de Eduardo III, y los habitantes de Calais se habrían familiarizado con ellos y habrían sentido la solidaridad que los liga con sus héroes del pasado."

Otra de las particularidades del genio de Rodin, es la complejidad. Hasta ahora lo hemos visto ejecutar obras poderosas, de un vuelo psicológico profundo, de una ejecución ruda y casi brutal. Al lado de estas obras de un carácter salvaje y grandioso, ejecuta otras de incomparable ternura y de un temperamento suave, fino, delicado, casi femenino. Su ejecución, lo mismo que su manera de componer, cambia en estas obras y se hace mórbida y suave. Rivaliza en belleza y nitidez del modelado, con los más puros griegos de la edad de oro. Escopas y Praxíteles, parecen haber conducido sus manos al devastar el mármol.

Un ejemplo de esta manera de Rodin, es ese incomparable grupo titulado "La Eterna Primavera". Esa pareja humana enlazada de una manera tan tierna y tan bella a la vez, parece un grupo arrancado al parnaso griego.

El gótico sentencioso y preocupado por los problemas del espíritu y perseguido por el fantasma de la muerte, ha desaparecido para dar paso al más puro, al más idealista de los griegos, que ama ingenuamente y con pasión el mundo de las formas, que quiere respirar hasta el fin el perfume de la tierra, y que sólo piensa en conservar la belleza, la eterna belleza que es su religión y su Dios.

Ninfa.

"La Ondina" "El Beso" y "Las Nereidas", son otros tantos ejemplares de esta manera de Rodin.

A pesar de la semejanza con los griegos o con los góticos que observamos en estas estatuas, no se crea por eso que el arte de Rodin es una imitación del arte de aquellas épocas. Si se parecen es porque tienen una madre común y esta es la observación racional de la vida. Los antiguos eran ante todo obreros apasionados de la naturaleza y si determinaron algunas leyes o fórmulas, estas eran únicamente la deducción lógica de la vida y no su trasgresión a recetas, como han pretendido hacerlo los académicos.

Rodin ha estudiado a los antiguos en la naturaleza y es en ella donde ha vuelto a encontrar todas las bellezas del pasado, o

más bien dicho, la "belleza", la única que ha existido en todos los tiempos y cuya procedencia también es única y ésta es la *verdad*.

Su arte es grande y emocionante, ante todo porque es verdadero, porque procede directamente de la naturaleza y de sí mismo, porque es la expresión ingenua y sincera de su manera de ver el natural.

"Cuando se sigue a la naturaleza con amor fiel, todo se obtiene", decía en una ocasión. "Cuando tengo de modelo un bello cuerpo de mujer, a veces los dibujos que hago me dan la imagen de pájaros, de insectos, de peces..."

Esto se creería imposible y yo tampoco lo sospechaba.

En cierta época me ocupé de componer vasos para la manufactura de Sevres, y a pesar de mis esfuerzos, no llegaba a encontrar las formas y las líneas que deseaba, porque tomaba como base de mis investigaciones, únicamente mi imaginación.

Más tarde, observando las formas humanas, éstas me han dado en su misterio, formas de vasos verdaderos y armoniosos.

No se trata, pues, de inventar nada en arte. Crear, improvisar, son palabras desprovistas de sentido. Todo se encuentra en lo que nos rodea; todo está relacionado en la naturaleza; todo es un movimiento perpetuo.

Una mujer, una montaña, un caballo, están construídos según los mismos principios, y su concepción es idéntica.

Los artistas jóvenes, arreglan y pliegan a sus modelos según una idea preconcebida, en vez de inspirarse en ellos, y de comprender que en ellos está el Infinito.

Otra parte muy importante de la obra de Rodin es la serie de bustos de sus contemporáneos. Esta serie además del gran valor artístico que encierra, tiene un gran valor histórico, porque dejará para el porvenir impresa la efigie de algunos de nuestros hombres más notables. Y los hombres de mañana podrán comprender muchas de las particularidades de nuestro carácter, sólo con el estudio y la observación de estos bustos porque ellos valen más y nos describen con más justeza al personaje que muchas de las biografías que se haya escrito sobre ellos.

El mismo Rodin dice:

El arte del retrato es una de las ramas difíciles de las artes plásticas: "no hay trabajo artístico que necesite más perspicacia que los bustos y los retratos." Se cree a menudo que el oficio de artista pide más habilidad manual que inteligencia. Basta mirar un buen busto para comprender este error. Los bustos de Houdon, por ejemplo, están escritos como capítulos de historia. Epoca, raza, profesión, carácter personal, todo está indicado en ellos.

Oigamos al mismo Rodin hacer la descripción de algunos de estos bustos para darnos cuenta tanto de su manera de comprenderlos como las intenciones que él mismo trata de imprimir a los suyos.

Ante el Voltaire de Houdon, dice: este busto es la personificación de la malicia.

La mirada ligeramente oblicua parece buscar a algún adversario. La nariz aguda semeja la de un zorro: se diría que olfateara a un lado y a otro los abusos y el ridículo; se le ve palpitar. ¿Y la boca? ¡Qué obra maestra! ¡Está encuadrada por dos surcos de ironía. Y parece masticar quién sabe qué sarcasmo!

He aquí Rousseau frente a Voltaire. Mucha fineza en la mirada. Es la cualidad común a todos los personajes del siglo XVIII. Son críticos: ellos controlan todos los principios admitidos hasta entonces y tienen ojos escrutadores.

Veamos ahora el origen. Es el plebeyo genovés. Tanto Voltaire es aristocrático y distinguido cuanto Rousseau es grueso y vulgar: pómulos salientes, nariz corta, barba cuadrada, se reconoce al hijo del relojero y sirviente. Profesión: es el filósofo: frente inclinada y mediativa, porte antiguo acusado por las bandeletas clásicas que ciñen la cabeza; aspecto voluntariamente salvaje, cabellos descuidados y cierto parecido con un Diógenes o un Menipo, es el predicador de la vida primitiva de la naturaleza.

El carácter individual: una crispación general de la cara: es el misántropo: cejas contractadas, arrugada vertical de preocupación en la frente: es el hombre que se queja y a menudo con razón, de ser perseguido. Yo pregunto ahora si no es éste el mejor comentario de la "Las confesiones".

Mirabeau. Actitud provocante, peluca en desorden, traje ajado. Un soplo revolucionario pasa por su cara de fiera próxima a

rugir. El origen. Un aspecto dominador, bellas cejas bien arqueadas, una frente altanera: es el antiguo aristócrata. Pero la pesadez democrática de las mejillas cubiertas de marcas de viruela y el cuello perdido entre los hombros caracterizan al conde de Riquetti.

La profesión. Es el tribuno. La boca avanza como portavoz y para poder lanzar sus palabras levanta la cabeza, porque era bajo, como la mayor parte de los oradores. Los ojos no se fijan en nadie sino que vagan sobre una gran asamblea. Es una mirada a la vez indecisa y altanera. ¿Decidme si no es un milagro, un tour de force, evocar por medio de un arbusto a toda una multitud, mejor todavía, a todo un país que escucha? En fin, el carácter individual. Observad la sensualidad de los labios, de la doble barba, de las narices palpitantes y reconoceréis los defectos de Mirabeau. Libertinaje y necesidad de diversión."

Busto de madame Morla Vicuña.

Con tanta o tal vez más fuerza que Houdon ha dejado Rodin la imagen psicológica de muchos de sus contemporáneos.

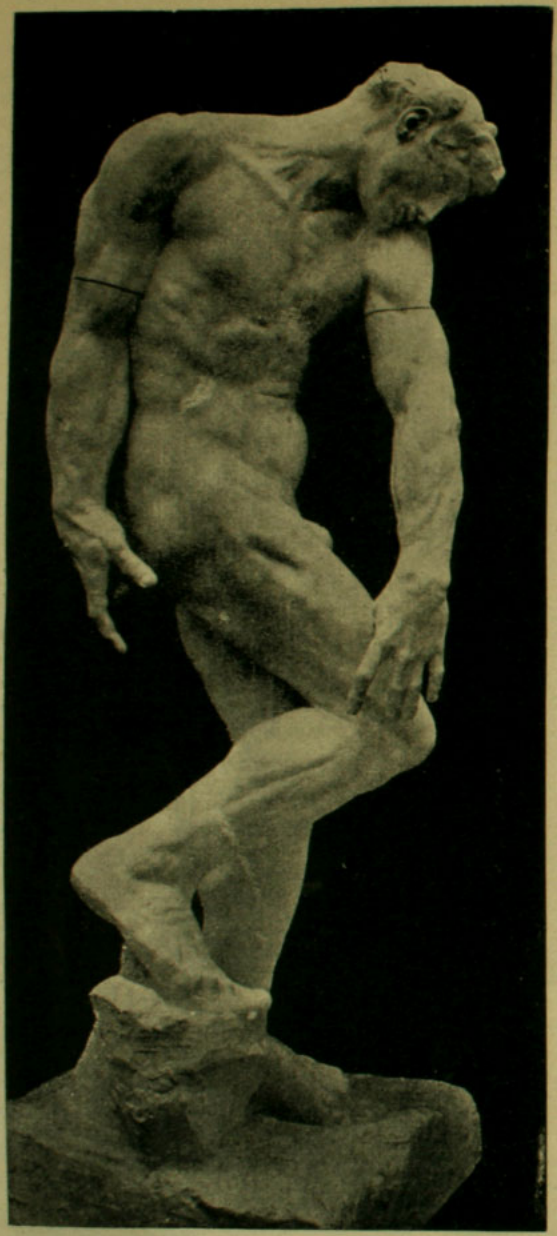
Comenzando por Víctor Hugo, el poeta que llenó con sus cantos la última mitad del siglo XIX; la serie de bustos de Rodin es el más vivo, el más palpitante recuerdo que lega nuestra época al porvenir. Allí está el gran poeta representado en sus últimos años con la cabeza inclinada escuchando sólo las voces interiores que le dictan sus pensamientos. Se diría a Júpiter Olímpico que piensa en las leyes que va a dictar al mundo. Víctor Hugo fué el Júpiter de sus contemporáneos, fué el centro de la intelectualidad, la cabeza más eminente de su época. Sus palabras fueron leyes, sus libros rigieron a la humanidad durante largos años. De ahí el aspecto olímpico de su expresión. Se diría que va a dictar alguna ley irrevocable, la única justa y verdadera.

Parece que va a hablar, que de sus labios va a salir la palabra mágica que encantó al mundo. No se puede pedir mejor comentario de la obra colosal; ampulosa y enfática a veces, pero animada a menudo de un soplo divino que legó al mundo el gran poeta del siglo XIX.

Después de Víctor Hugo, el hombre de más alta talla retratado por Rodin es el pintor Puvis de Chavannes; Rodin tenía la admiración más entusiasta, más apasionada por Puvis. "Pensar, dice a veces, que Puvis, ese genio digno de las más radiantes épocas del arte, ha vivido entre nosotros, que nos ha hablado, que yo le he estrechado la mano. Se me imagina que es como si hubiera estrechado la mano de Nicolás Poussin.

Llevaba la cabeza erguida, continúa Rodin, su cráneo sólido y redondeado parecía más bien hecho para llevar el casco. Su pecho alto parecía estar acostumbrado a llevar la coraza. Podía imaginársele fácilmente batiéndose en Pavía al lado de Francisco I para salvar el honor."

No hay ningún artista moderno por quien Rodin haya profesado más respeto y admiración que por el pintor de Santa Genoveva.



Hombre primitivo.

tranquila extendida sobre su amplio horizonte revelan al gran decorador, al sublime paisajista.

Jean Paul Laurent, el pintor de la época merovingia, es otro de los bustos admirables de Rodin. Este aldeano de Foueveau, que a fuerza de voluntad y abnegación ha llegado a ocupar los más altos puestos oficiales en el Instituto de Francia y en la Academia, está representado en toda su fuerza psicológica. La mirada vaga y lejana, la expresión ruda e inculta, nos representa al evocador de las épocas semi-salvajes de la Edad Media en que los hombres eran robustos e intuitivos. La frente plegada y las cejas rectas nos muestran al hombre de gran voluntad que ha sabido por su propio esfuerzo conquistar su ciencia.

Rochefort, el gran polemista, los escultores Falguiere y Dalou, Berthelot, el gran químico, el admirable humorista inglés Bernard Shaw, el duque de Rohan, etc., son otros tantos bustos en los cuales nos muestra Rodin a estos grandes hombres en lo que tienen de mejor y más interesante.

A esta serie debemos agregar los bustos femeninos: en ellos ha sabido contarnos Rodin toda la fineza, toda la gracia, todo el encanto de sus modelos.

El mejor y más admirado de estos bustos es el que posee el Museo de Luxemburgo, en París y que representa a una de nuestras más distinguidas damas chilenas.

La perfección de esta obra es tan grande, que, según los críticos más autorizados, es el mejor busto de mujer que se ha ejecutado en el siglo XIX. En este busto podemos obser-

En su busto se reconoce al aristócrata de vieja estirpe, la frente vasta y las cejas majestuosas revelan el filósofo y la mirada

var nuevamente cómo el oficio de Rodin cambia, según el tema que trate. Así como en los bustos de hombres su ejecución es robusta y casi brutal, en éste el modelo es fino y liso. La morbidez de la carne y la frescura de la piel parece sentirse en el mármol. El peinado está cuidadosamente hecho, el pelo rodea la cara en orden perfecto. El dibujo es tan puro, tan justo, que la vida misma no lo es más.

No se crea que Rodin, por atender a estas cualidades de ejecución, ha descuidado su parte psicológica; al contrario, bajo este punto de vista, este mármol es también una obra maestra. Y la prueba más evidente es una anécdota que me refería en días pasados la distinguida señora a quien pertenece este busto.

Hace algún tiempo, decía, recibió un libro que estudiaba muy detalladamente la obra de Rodin, en el cual había una larga descripción de su propio busto. Con asombro constató que esta descripción era el más fiel retrato moral de ella misma en aquel entonces. Y su admiración fué aún mayor, al darse cuenta que el autor de ese libro era una persona que no la conocía y que ni siquiera la había visto una vez en la vida.

No se puede dar ya pruebas más evidentes de la gran penetración psicológica de Rodin. Así como Houdon ha escrito por medio de sus bustos las memorias del siglo XVIII, así Rodin nos ha dado las de fines del siglo XIX. Sus personajes son más concentrados y rudos que los de Houdon. No son simple críticos que anotan y comentan los hechos, son seres que desean obrar, que están obsesionados por mil problemas nuevos, que tienen la pasión de lo imposible, la angustia del infinito. En cada una de esas caras se ve la lucha tenaz que libra el espíritu con la materia, la lucha de la inteligencia que quiere comprenderlo todo, que ha llegado hasta el umbral vedado en donde se alza la eterna incógnita del más allá, y que quiere sin embargo transpasarlo.

Esto es en síntesis lo que Rodin ha dejado escrito de sus contemporáneos y no podremos negar que es el más bello y más viviente comentario de la psicología de nuestra época que podrá recoger la historia.

"He hecho lo que he podido, dice Rodin, refiriéndose a sus bustos, no he mentido jamás, ni he tratado de alabar a mis contemporáneos. Mis bustos a veces no han gustado, porque eran demasiado verdaderos. Ellos tienen seguramente un mérito: éste es la veracidad. Que ella les sirva de belleza."

El tiempo no nos permite seguir describiendo la obra de Rodin, habría aún mucho que decir sobre este gran artista, pero la hora ha pasado y debemos conformarnos con este bosquejo demasiado sumario, que apenas podría servir de prólogo a un estudio más completo. Permítaseme solamente decir aún una palabra sobre la laboriosidad y el amor al estudio que ha demostrado Rodin en toda su carrera.

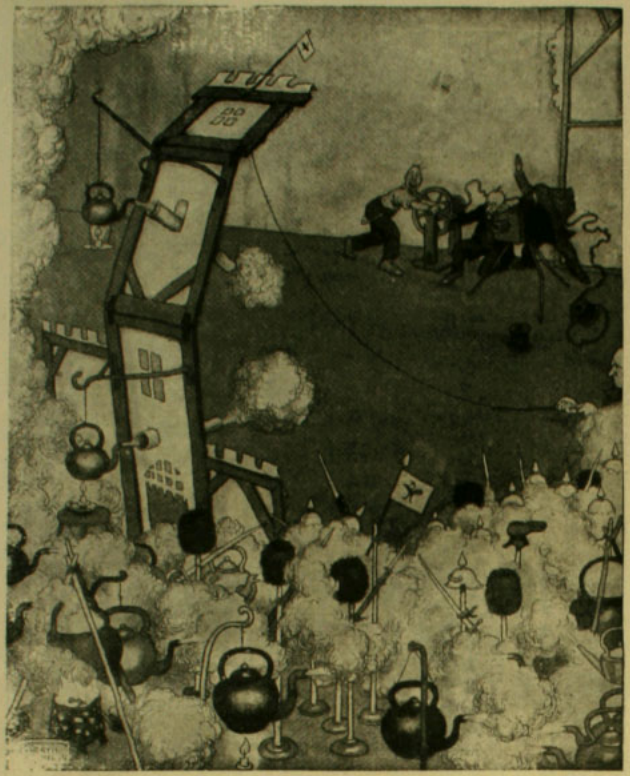
En una época, como la nuestra, que ha tenido momentos de descuido y en la cual no siempre ha sido el estudio concienzudo la cualidad más en boga, la figura de Rodin se destaca como una gran pirámide, a la cual han ido a asirse muchos náufragos que estaban ya casi perdidos en el oleaje de la divagación.

Durante un tiempo, Rodin fué un solitario, fué el único que alzaba la bandera de la honradez y de la seriedad en el arte. "Ante todo es preciso ser verdadero en arte y para conseguirlo es necesario conocer de tal manera su oficio, que se pueda escribir, modelar o pintar con la misma facilidad con que se habla o se anda." Este es el gran principio que ha sostenido Rodin toda su vida, no sólo con palabras, sino ante todo con el ejemplo. Hemos visto ya cómo no presenta ni ejecuta ninguna obra de importancia antes de sentirse absolutamente seguro de su oficio. A los 37 años de edad, cuando muchos creen haber terminado su obra, Rodin se presenta por primera vez al público. Durante 20 años, desde los 17, que inicia sus estudios, a los 37, no ha hecho otra cosa que estudiar, consultar a la naturaleza, buscarse a sí mismo. De los 10 años de concentración que pasó en Bruselas, data la construcción de toda su obra. En esos 10 años puede decirse que concentró el trabajo de toda su vida y si nos ha asombrado después con una producción tan rápida, tan variada y tan prodigiosamente fecunda, es porque casi todas sus obras fueron concebidas y perfectamente determinadas durante esa época.

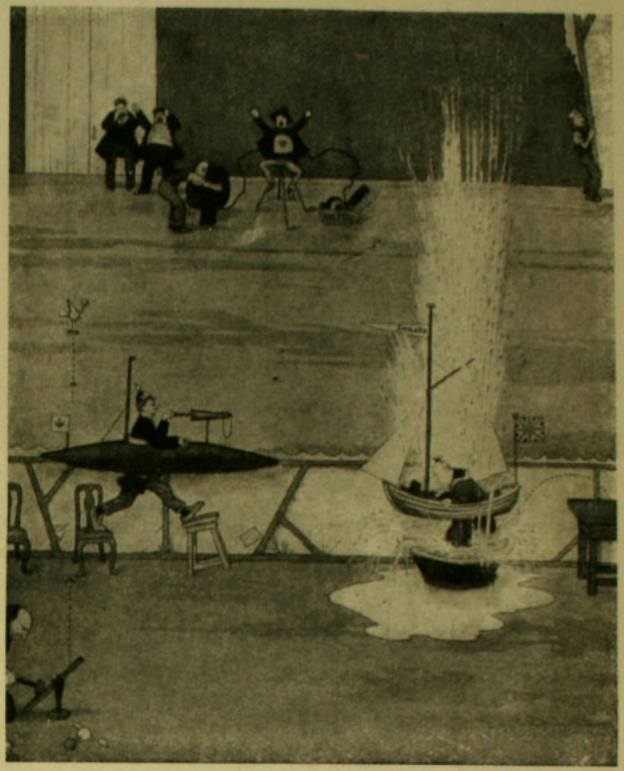
Más tarde no ha tenido más que ejecutar las obras que pudo madurar lentamente en el silencio de Bruselas, sólo consigo mismo, y ante la naturaleza que ha sido siempre su guía y su maestro. El ejemplo de este hombre que es, sin duda alguna, el más alto genio de nuestra época, debería servir de guía a la generación que comienza.

LOS CELEBRES MONOS DE HEATH ROBINSON

¿COMO SE FABRICAN LAS PELICULAS DE LA GUERRA?



La toma de Przemyls



Las hazañas de un submarino alemán

Un poeta atormentado

Por

ERNESTO GUZMAN

Con fotografía

Hoy que por el exceso de lo que llaman práctico se carga sobre el corazón del mundo el doble peso de un atropello y de un dolor, es aliviador volver el pensamiento hacia esta santa inutilidad de la belleza.

Los utilitaristas actuales, enamorados de la acción productiva a toda costa, de esa que ha de resolverse en riqueza material y ha de procurar el inmediato surgimiento de industrias y actividades nuevas, eliminan al Arte, por inoficioso y superfluo, de los factores educativos. Su concepción unilateral, simple postura de reacción, acaso por incapacidad de visión o por conveniencia de exposición de doctrinas, resulta fragmentaria y antojadiza. Y esta especie de daltonismo intelectual se hermana, por unión de ocultas raíces subterráneas, con la otra tan voceada teoría del "arte docente". No han penetrado ambas muy adentro en la trama de la sensibilidad humana, y se han detenido precisamente allí donde la experiencia individual de unos cuantos les hubiera clareado las afirmaciones rotundas. Verdad es que acaso no se le puede hacer cargo por esa suposición elegida, porque probablemente, nunca se sintieron sacudidos por la alta emoción estética que una bella obra produce, desligada en su noble pureza de todo fin práctico, como lo están también una sonrisa de felicidad o una sincera y espontánea carcajada de alegría. Y estas cosas, nadie lo negará, han de tener parte en la aireación de nuestro universo interior.

Una emoción estética nos hace olvidarnos de todo lo que signifique mezcla de barro humano; eleva nuestro espíritu a una alta aspiración de belleza y, como consecuencia inmediata, tonifica y encumbra nuestra visión moral. Salimos de ella, como de un baño refrigerador y confortante, más ágiles y más aptos para el esfuerzo que guía hacia algún ideal, y al sentirnos más buenos y poderosos, la comprensión se amplía y se agranda el corazón.

Vigorizados por ella, nuestras acciones serán más justas, y en la trama de los acontecimientos sociales la

emoción estética algo significará por el intermedio de los que han sabido estar preparados para recibirla. Al hacernos mejores, al elevar nuestra dignidad en el fértil huerto de la ética, los frutos que entonces salgan al mercado humano nutrirán mejor la sangre de los que han de recibirlos. Influencia acaso invisible, pero real y fecunda la de la emoción estética, es un poderoso factor de educación y de acción social. Hagamos por llegar a experimentarla siquiera una hora en cada día, y la conciencia de nuestra dignidad humana nos hará más confiados en nuestras propias fuerzas.

o

Por sobre el artificio retórico de Lugones y el vocear bullicioso de Almafuerte, se destaca en el vecino país el alarido penetrante de Arturo Capdevila. Y mientras aquellos han paseado, cubriéndolos de resonancia, sus nombres por la América, éste ni siquiera había sido notado por los que vivimos tan cerca. Y, sin embargo, lo merecía más.

Este excelso y joven poeta nació en Córdoba a mediados de marzo de 1889. Estudió y vive en su ciudad natal, donde ejerce la profesión de abogado. En 1913 concurrió, como delegado de los universitarios de Córdoba, al Congreso de Estudiantes que se reunió en Ithaca, en Estados Unidos. Con esa ocasión, viajó por Inglaterra y por Francia.

Ha publicado cuatro libros de versos: "Un concierto de mis musas", "Tambo nuevo", "Jardines solos" y "Melpómene"; además, uno de carácter jurídico, "Dharma".

En el presente mes aparecerá su quinto libro de poesías: "El poema de Nenúfar".

En su libro "Melpómene", Arturo Capdevila es un poeta atormentado. "Melpómene" será siempre—creo—mi libro más vivido y por lo mismo más amado", dice él. Y, en efecto, de su verso desesperado fluye sencillamente la emoción; nos invade y nos fuerza, con la sinceridad de lo hondamente sentido, a revivir sus momentos dolorosos. Se le siente, en estas páginas caldeadas de vida, crispado de angustia el corazón; y porque éste le ha dolido de verdad, ha enredado el poderoso ritmo de una desgarradura en muchas partes de sus poemas. Son todos ellos fragmentos de la tragedia de un gran espíritu solitario: del que ha perdido a sus padres—el libro tiene esta dedicatoria: "En memoria de mis padres"—y cuya amada lo ha hecho "cruzar por los caminos de la desesperanza".

En un verso ricamente dotado de naturalidad y sencillez, en que a menudo dice lo estrictamente necesario para vaciar con exactitud su emoción, nos cuenta Capdevila, con bella ingenuidad a veces, sus torturas y sus visiones. El pensamiento atormentado por la fatalidad de la muerte constituye para él una verdadera obsesión; y este instante, este momento de su alma, lo fija en cada uno de los trabajos de su libro, de entre los cuales se afirman con alto y poderoso relieve "¡Santificado sea!", "Mi oración", "Puesta de sol", "Padre nuestro", "Astro muerto", "Elegía de los soles negros", "Profecía", "La oda de mi amor", "Canto de augur".

Es Capdevila un alto y noble poeta, muy honrado y muy sincero; de una gran capacidad emotiva y perfectamente diferenciado, es decir, de personalidad original e inconfundible. Intensidad de pasión, hermosura en las visiones, belleza y oportunidad en las imágenes, todo esto hay en "Melpómene". Pero hay también defectos, de los cuales el no menos grave es el de dar desmedida extensión a los trabajos, lo que se hace visible por la falta de correspondencia entre la concepción poética y la manera de presentarla; por el exceso en la agrupación de detalles, y hasta por el afán de dar importancia a lo que no lo tiene. Adolecen de estos defectos, sobre todo, "Cristo rojo", "Danza egipcia" y algunos más. De aquí que el libro haya podido reducirse en extensión en beneficio de la intensidad. Pero aún así, su autor es en la Argentina y en la América un árbol fuertemente arraigado y que encumbra su vigorosa copa más alto, mucho más alto, que otros más ruidosos y menos corpulentos.

El dolor, que tiene siempre lista la crueldad de su mano para estrujarnos el corazón, es también, y por sobre todo, un santo robustecedor del sentimiento: de la mayor capacidad de sufrirlo nace la mayor capacidad de comprender y casi revivir el ajeno. Nos vuelve poderosamente imaginativos, y en este sentido nos amplía la piedad. Somos entonces más humanos y más bue-

nos, y decimos "La buena palabra" de este poeta:

"Nunca seas la espada que lastima.
Sé, tan sólo, la espada que defiende."

Con ingenua sencillez, pero con profundidad de congoja e intenso desgarramiento interior, palabrea los versos de su poema "Santificado sea!..."; versos tan fáciles, que no parecen hechos sino hablados. Es en pequeños cuadros—pequeños por la extensión, pero grandes por la intensidad de la emoción y la naturalidad de la frase—que nos da la visión de sus momentos angustiosos, de los atormentados sacudimientos de su alma frente a su padre muerto:

"Y ahora, hermanas, viertan los pobres ojos
[nuestros
sus lágrimas. Murmuren los labios padre
[nuestros
inconsolables... Cierto. Ya no tenemos nada.
Recogí de mi padre la postrimer mirada,
—una mirada limpia que fué casi lo mismo,
por lo tranquila y buena, que una agua de
[bautismo:—
una mirada... —hermanas ¿cómo os diré?—
[más vaga
que la luz de una estrella lejana que se apa-
[ga...
algo impalpable... aroma que a cualquier
[soplo cede...
crepúsculo que quiere brillar y que no pue-
[de!...
Yo recogí en mis ojos su postrimer mirada,
y es cierto, hermanas mías, ya no tenemos
[nada!

Teníamos el alma rosada de esperanza...
La muerte ya se iba. Dijimos la alabanza
del Señor... de la tierra... de los astros...
[Dijimos
que la vida era un huerto cargado de raci-
[mos
de bendición. Pensamos que la senda era
[grata;
bueno, el sol; y tañimos las campanas de
[plata
de la ilusión. Dijimos... ¡Dijimos tantas co-
[sas!
Los búcaros volvieron a rebosar de rosas.
El piano, el piano mismo, se estremeció de
[acordes.
Escancié vino en cada cristal hasta los bor-
[des.
Y retornaron todos los pájaros ilusos de la fe.

Los signos se cumplieron! ¡Oh, sabed la
[indecible
palabra, la siniestra palabra, la terrible
palabra, hermanas mías! Nuestro padre ago-
[niza...
Y llorásteis. Lloramos. Una fría ceniza
de realidad deforme, nubló las resolanas
de la ilusión. Tocaron a muerto las campa-
[nas.
Y fué la hora vacía, crepuscular, horrible
de su muerte! Y fué el vuelo silencioso, in-
[tangible
de su espíritu enorme, santo... ¡infinita-
[mente
santo, puro y enorme! ¡Y fué que, frente a
[frente
del misterio, quedamos desolados, heridos,
cogidos de la mano como niños perdidos
en un bosque, de noche, cuando todas las
[cosas
dan miedo en las profundas tinieblas cla-
[morosas!

Y quién os dice ahora, con sollozante
[acento,
que al fin partimos todos en acompaña-
[miento?
Ni quién os cuenta ahora de la esfinge ca-
[llada
que en vano interrogamos, porque no sabe
[nada?
Ni quién os habla ahora de la suprema duda,
del sí... del no... del miedo a la verdad
[desnuda?
Y luego ¿quién ha dicho que en ultratumba
[crezca
siquiera un débil árbol que dé sombra y
[florezca?
Quién dijo: Yo mi huerto regué bajo las
[losas?
Quién dijo: Yo he regado mi huerto y me
[dió rosas?
Y aquél que dijo: Amigos, Dios es un mito,
[y todo
no es más que la inconsciente transforma-
[ción del lodo,
¿miró de extremo a extremo la esfera ili-
[mitada,
y vió que Dios no existe, y vió que allí no
[hay nada?
Mintieron los que hablaron.

Después de estos cuadros desolados, el cuadro de la buena bendición:

Y ahora, hermanas mías, santificado sea:
Por el plácido viento que en las noches orea
las rosas:
por la gota nocturna de rocío;
por la hierba del campo; por la espuma del
[río;
por la ilusión que espande; por la ilusión
[que alivia;
por la sonrisa que arde sobre una boca ti-
[bia;
por el ave que trina bajo la selva espesa;
por el amor que canta; por el amor que
[besa;
por la apacible brisa que jugueteando mueve
las frondas, en que hay suave sombra en la
[rama, y leve
rumor entre las hojas;
por la canción serena
que las monjas teresas cantan en Noche
[Buena;
por el buen sol que alegra la marcha por
[las rutas;
por el olor a flores; por el olor a frutas;
por todo huerto;
en toda noche de primavera;
en toda mies dorada que ondula en la pra-
[dera;
en toda fuente clara, que es júbilo en los
[lares;
entre los nidos nuevos y entre los palo-
[mares.

¡Y así, séale blanda la enmarañada selva
cuando por fin renazca y a acariciarnos
[vuelva!

Pero antes de éste, y en medio de la desesperación, que es generosa madre de fe y de religiones, roza al autor con ala leve la siempre perdida esperanza del *más allá*. Y encarándose a Dios, dice:

¿Por qué, Señor y Padre, fatal Señor
[adusto,
tronchaste aquella vida que era un árbol
[augusto,
verde en hojas y rico de fruta, cuya larga
sombra fué siempre buena sobre la senda
[amarga;
bajo cuya apacible caridad de hoja amiga
el pájaro cantaba:
"Arbol, tu fronda abriga
más que el Sol!
Tú llegaste, leñador, con el hacha
entre las duras manos. Una funesta racha
se complicó en la aleve comisión del intento;
y tronco y ramas y hojas desbarató su
[aliento,
desparramando en polvo la que hasta ayer
[fué larga
caridad de hojas verdes sobre la senda
[amarga.
¡Debiste, Dios y Padre, pensar por tus adentros,
que allá quién sabe dónde, por quién sabe
[qué encuentros
de eternidad, por pactos con Satanás, pudiera
ser que viniese el día de decirte una fiera
blasfemia, alguna fiera blasfemia obscura y
[rara,
gritada a pulmón lleno, mi Dios, y cara a
[cara!"

No puede conformarse ante la visión del total desaparecimento de los seres amados; no se conforma con el aniquilamiento absoluto de la personalidad humana, y esta inconformidad es la más alta y eterna protesta de la vida. Queremos sobrevivir a toda costa; ser siempre y por la eternidad nosotros mismos, y ante la impotencia de este anhelo que nos magulla el corazón, cruzamos en desesperada soledad bajo los cielos solitarios y sordos. No podrá nunca el hombre, a menos que pierda sus instintos de conservación y perpetuación, que son las más nobles defensas de la individualidad y de la especie, mirar con entera resignación la insolubilidad del más vital de sus problemas. El pensamiento nos duele cuando la visión de nuestra mortalidad nos invade, y entonces queremos que haya Dios; lo queremos con nuestras entrañas desgarradas de espanto; queremos que exista a pesar de nuestra razón y contra ella; lo creamos en fuerza de sentimiento y de congoja, porque estamos agobiados de su ausencia y porque necesitamos que nos salven de la muerte.

Y hay esta desesperación, esta desesperación honda y sincera, en las estrofas de "Mi oración" de Capdevila; la misma que en los "Salmos" de Unamuno, y vale como uno de ellos esta poesía. Misericordioso y altivo, lleno de piedad y orgulloso de sentir tan hondamente, dice:

"Dios y Señor: Es menester que hablemos,
bien a bien, mal a mal y cara a cara.
Fuerza es que en lo más hondo nos miremos.
Empieza tú. Yo soy como agua clara.
Yo soy como agua clara. Ya lo viste:
río que pasa soñoliento y manso.
Pero tú, mi Señor, y esto es lo triste,
eres la obscuridad bajo el remanso.
Yo no sé dónde flotas. En la altura
diz que tú moras en perpetuo goce.
Tal vez!... Pero esta cosa es bien segura:
que aquí no estás. Que el sol no te conoce.
Siento en el corazón un regocijo
y un dolor... Tengo la intuición de hallarte.
Si eres bueno, mi Dios, seré tu hijo.
Si no eres bueno ¿para qué buscarte?
Dios que lo puede todo y que, a fe mía,
nada puede, en verdad, que otro no pueda.
Que lo que ansío yo también lo ansía:
¡romper el matorral donde se enreda!
Para que seas Dios, esto te pido:
¡algunas flores por la senda triste...
un poco de bondad para el caído...
que ames al hombre, si en verdad lo hicis-
[te!...
Trocar en risa la inquietud del llanto
no debe serte inaccesible cima:
Yo sé trocar la estrofa de mi canto
con un mísero cambio de la rima!
Muéstrate a mí. Dime, por fin, tu verbo...
Haz que en mi corazón la aurora irradie...
Confiesa lo más vil, lo más protervo,
lo más procaz!... No he de contarlo a nadie.
Muéstrate a mí, Señor. Yo sé de un loco
que ha dicho:—"El que es Creador debe ser
[fuerte,
inexorable!"—Y bien, tú has creado un po-
[co...
un mundo... y una vida... y una muerte...
y un gran dolor universal... Y has hecho
cosas crueles... y cosas que pudiste
no hacer.. Pues bien, Señor; aquí en mi pe-
[cho,
yo te traigo el perdón por lo que hiciste'
Pero cuenta... Es preciso que lo cuen-
[tes...
Yo sé que hay sangre obscura entre tus ras-
[tros.
Y qué importa? Si ahora te arrepientes
con luz más buena brillarán los astros!...
Siento en el corazón un regocijo
profundo... Tengo la intuición de hallarte.
Si eres bueno, yo vengo a ser tu hijo...
Si eres malo, yo vengo a perdonarte...
—Y si no existe ...
—Cierto... Alguien lo dijo,
ya no sé ni en qué tiempo, ni en qué parte."

Pasea su mirada por los cielos estrellados y ante las miradas de astros exclama en "Padre nuestro":

"He visto tras la lente
la santa multitud de las estrellas...
Padre nuestro, yo he visto
su brillante grandeza,
con el alma humillada,
con las ideas ebrias,
con el valor de hinojos,
con la osadía muerta.
Yo vi en el telescopio
nuevas constelaciones de la esfera,
nuevos soles dorados,
acaso nuevas tierras
donde también se sufre,
donde también se reza,
donde también se duda,
donde también se espera;
porque tal vez la Vida
como en la tierra en las alturas sea
el esperar inútil
por siempre ¡oh Dios! de lo que nunca llega!
.....
Y entonces las estrellas
pasaban como un largo chorro de oro.
Y los fríos jardines de mi alma,
donde por siempre se albergó el otoño,
de frente a las estrellas recogían
el agua luminosa de aquel chorro!"

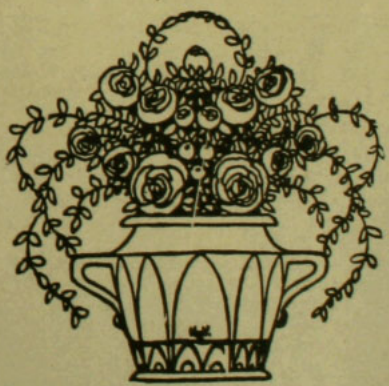
En "Astro muerto" y en la "Elegía de los soles negros" hunde su espíritu en la consideración de lo efímero de todas las cosas, y de la loca vanidad que nos impulsa a afirmar una huella en el camino de la eternidad:

"En un punto del cielo, en un remanso
formidable del cielo,
falta ahora una estrella que hasta anoche,
titilando con pálidos destellos,
imitaba el latido intermitente
de un luminoso corazón enfermo!
Astro que ha muerto... Glorias que se han [ido...
Efímeras locuras que murieron...

Tal vez en aquel astro,
ahora mudo y para siempre muerto,
también corrió la vida,
también ardió el deseo,
también hubo un amado y una amada,
Julietas y Romeos,
perfumados balcones de Verona
donde una alondra suspendió un ensueño!...
Tal vez por un camino inverosímil
alguna vez un infinito Homero
dijo a sus apostólicos rapsodas
el claro son de su divino verbo...
Y fué la procesión por los caminos
con el milagro cándido del verso...

Y tal vez hubo un Cristo sacrosanto,
algún sublime y fraternal Maestro,
que en la inocencia azul de una parábola
hizo soñar con la ilusión del cielo!...
En el fondo del cielo, en un abismo
del cielo, un astro ha muerto.
Así también un día,
poeta o no poeta, en un extremo
de la creación, desde otro pobre mundo,
que porque sí recorra el firmamento,
en esas noches en que hay muchos astros
que miran como muchos ojos buenos,
yo he de ver tristemente,
contemplando la calma de los cielos,
una lejana chispa que se apague
en el confín del horizonte negro.
Y no sabré siquiera, en la inconsciencia
de vivir y vivir como en un sueño,
que ese lejano globo que se apaga
es esta tierra donde ahora aliento...
Y no sabré siquiera que hubo un día,
un día mío en ese mundo muerto,
en que yo sufrí mucho y amé mucho,
y también hice versos...
Recemos por los astros que se mueren.
Suframos por los astros que se han muerto.
. . . . . .
Yo rezo por vosotros. Yo demando
piedad para vosotros, pordioseros
astros que erráis con fatigosas huellas,
en un eterno mendigar quién sabe
qué limosnas de luz a las estrellas."

1.º de mayo de 1915.



Acuarela de Méheut.

Dibujo de Montagné.

"La sepultación", de Broca

Un gran escritor español

Conversando con Galdós

Por

GINÉS DE ALCANTARA

"Espíritus dotados de tal energía, sea cualquiera el cauce por donde le han hecho correr, tienen en su propia fuerza inicial un título aristocrático que se impone a todo respeto".

Con estas frases de Menéndez Pelayo, al hablar de un atormentado poeta, te invito, lector, (sin tomar en cuenta tu sentir religioso ni político) para que ames conmigo a este coloso de las Letras Españolas, que en la trágica quietud de sus pupilas ciegas, hace pensar en la lámpara de mortecina luz que vimos en una antigua viñeta, simbolizando la honrada vida del trabajador intelectual a quien le consumieron sus energías, las vigilias dedicadas al pensamiento.

Con ilustraciones fotográficas

El recuerdo de Galdós lo asocia siempre mi fantasía al del rancio caserón de mis abuelos entre picachos cobijado, que arrogante asoma sus blasones al camino real de un pueblecito montañés donde cuesta muy poco imaginarse a Jehová como Dios de las justicias.

Allí el trueno tabletea de continuo y el relámpago fulgurante, ciega.

Tal vez sería curiosa prueba de que la imaginación de don Ramón del Valle Inclán no es tan calenturienta como parece que yo acertara a precisar bien, que en esa villa peregrina (donde se me vino a las mientes ir a conocer a don Benito), hay mozas, como Adega, "de frente dorada como la miel"; pícaros ciegos como Llectus, que imploran en una salmodia desesperante; y dueñas quintañonas como una criada de mi abuelo, que esconden los cabos de escoba para que las brujas no tengan corcel que las conduzcan al aquelarre...

Una vez al año, ese pueblecito de hidalgos cántabros se estremece con los argentinos sones de atención de un automóvil, a quien la callejuela pina obliga a disminuir su marcha trepidante.

Y la Sacra Real Majestad de D. Alfonso XIII, el Rey amable, pasa envuelta en las sonoridades de esa canción, donde un simbolista reconocería la voz vibrante de una osada juventud ansiosa de movimiento.

Pérez Galdós en 1889

Nosotros le hacíamos al Rey uñas ovaciones deliciosas; y el Rey nos saludaba, recogía las coronas de flores, pasaba por una de ellas la juvenil cabeza y continuaba su carrera loca... Pero se llevaba algo del alma inefable—toda tradición

y romance—de la aldehuela milenaria en nuestras flores campesinas.

Flores ingenuas, que morirían añorantes de la paz virgiliana de sus noches de aldea, cuando tomaban por guiños picarescos el romántico parpadear de las estrellas.

Leía mi abuelo, católico como buen hidalgo español, "El Año Cristiano", cuando en el portal de la casona, tipo purísimo de un siglo medioeval, apareció el peatón que iba diariamente a la ciudad vecina en demanda de la correspondencia.

Alcancé únicamente a reparar en el gesto de generosidad herida, con que el zafio acogió las monedas que mi abuelo le ofrendaba, y abrí los diarios de Santander, la capital de provincia más próxima.

"Ha llegado a su finca, San Quintín, don Benito Pérez Galdós", decía uno de ellos.

Y preguntando la satisfacción que una visita al glorioso viejo iba a procurarme, decidí—para honrar una colección—ir a pedirle su retrato, llevado más por el deseo de poseer el grafismo que sabía vigoroso, del autor inmortal de los "Episodios Nacionales".

Fuimos.

Un ferrocarril eléctrico nos dejó ante el palacete pulido y esbelto de "El Abuelo".

"San Quintín" decía una placa, y yo recordé que a esa residencia le había servido de madrina la producción galdosiana del mismo nombre.

Un momento quedamos sobrecogidos ante la majestad augusta de aquel gran silencio.

En la acera, enlosada, impoluta, ni un alma. A la espalda, el palacio que hubiérase dicho encantado, del gran viejo; al frente el mar, el portentoso mar rumoreante.

Y en la mente, martillándonos, forzando a la memoria a una gimnasia monótona; terminándolos para volverlos a empezar, los versos añejos y grandiosos de un gran lírico, que habían estremecido mi alma infantil, como la relación de un sucedido trágico:

"Yo no acierto a explicar qué afinidades
Hay entre el mar y el pensamiento humano
Entre esas dos augustas majestades
Que encierran el abismo y el arcano.
Hondas tormentas, sordas tempestades
Agitan la razón y el océano;
Sólo que ruge el mar cuando batalla
Y la razón en sus tormentas calla."

Torcemos la calle en busca de la entrada principal; tiramos débilmente del llamador unido a hilo metálico, y un sonido vocinglero, argentino, interminable, nos responde. Dijérase que la campanilla, cual chiquillo prisionero, se aprovecha de la ocasión para hacer cabriolas.

La puerta se abre, y un fámulo muy bien vestido, pero sin librea, como cuadra al servidor de un espíritu democrático, que rechaza para sus subordinados toda ostentación de servidumbre, espera respetuoso la demanda.

(Después supe que era Victoriano, el "escudero" de Galdós, un buen criado del mejor de los amos; un criado que sale a paseo cuando quiere, viste de "señorito" y hasta tiene aficiones fotográficas).

—¿Podríamos ver a don Benito?

—Imposible, lo siento muchísimo, pero no puedo trasmitirle el aviso. Soy fiel a una consigna severísima. A esta hora o trabaja o duerme. Hasta las cinco no está para nadie.

Y el criado sonrió como para dulcificarnos que sólo fueran las tres de la tarde.

Desilusionados y cariacontecidos también sonreímos, para hacer de la necesidad, virtud, como aconsejaba Santa Teresa.

Habíamos andado unos pocos metros y regresado a la minúscula estación del tren eléctrico con intención de tomarlo, cuando el criado de Galdós, surgiendo de una puerta de hierro, diminuta, nos hizo una cortés seña para que no tomáramos billetes.

Don Benito había oído ruido de voces, le había hecho llamar y nos suplicaba que pasáramos.

La puerta, ofrenda tal vez de un fantástico admirador de Liliput, abrió en nuestro honor su único batiente; unas cuantas gradas, y estábamos en la huerta mezclada en jardín, de Galdós, ornada de arbolillos enanos, y donde atado a uno de ellos, ¡visión de égloga! un cabritillo precioso de remos ágiles e hipotético rabillo juguetón, husmeaba golosamente.

Arriba, en el primer piso, asomado a un

El obispo de Jaca y Galdós.

ventanal de colores que daba al jardín. Galdós en persona presenciaba nuestra entrada.

Nos acogió con afectuosa cortesía, con cariño quizá; pese a Eusebio Blasco que en 1884 decía que Galdós era "un muchacho flaco, serio, casi sombrío, de un carácter del que apenas se puede decir nada por la monomanía que todos le reconocen de vivir aislado del mundo".

Después de algunas frases amables, subrayadas por don Benito con paternales sonrisas, nos condujo a un diván amplio, acogedor; el polo opuesto de las sillas frágiles de numerosos salones a la moda.

Galdós me invitó a sentarme a su lado y empezó la charla.

El padre de "Mariucha", que no tiene, ni pensarlo, condiciones de *causeur* (lo que tal vez es una suerte para sus aptitudes estupendas de observador afortunado) tiene en cambio y con ganancia el rarísimo don de saber escuchar. Pero este don, por obra y gracia de sus ojos, entonces vivísimos, me produjo al principio, efectos desconcertantes. Hubiérase dicho que sonreían burlones; después me convencí de que era picardía inconsciente.

A propósito del amor que Galdós siente por los niños, y en descargo de la hora inoportuna, yo recordé la frase de una carta-prólogo dirigida por don Benito al doctor Tolosa Latour, el gran cultivador de la pediatría:

"Y debo añadir que si a tus "Niñerías" las estimo por su parentesco con la hermosa hija de Esculapio no me entusiasman menos por la atención preferente que en ellas dedicas a la parte más interesante de la humanidad, los chiquillos, que a mí tanto me gustan, como sabes, y con los cuales hago muy buenas migas, dejándome tratar por ellos de igual a igual con una especie de santa nivelación ante la inocencia."

Me pareció, al repetir lo que más venía a cuento de este párrafo, que una lumbre especial brillaba en las pupilas de "El Abuelo", y que un santo rubor viril llegaba a sus mejillas.

Había herido, tal vez, la cuerda resonante de su alma.

Se desentendía mi atención de los reposados conceptos del Maestro, para adherirse a pensar en qué bondadoso y encantador abuelo hubiera hecho, el glorioso solterón empedernido que teníamos delante, cuando Galdós se irguió, luciendo su estatura aventajadísima, con la confesada intención de buscar para mí un retrato. Y empezó el abrir y cerrar de armarios, cajones y maletas.

—Esto anda todo revuelto, porque acabo de llegar de un viaje. Pero ya que no hallo un retrato muy bueno que me acaba de hacer Franzen, le voy a dar a Ud. otros, y varias postales. Todo lo que encuentre.

Y se dirigió a su escritorio.

Yo aproveché la ocasión para curiosear por el despacho, que es un museo.

Del techo pende un galeón del siglo XVII; de las paredes cuelgan originales de las ilustraciones de los "Episodios Nacionales"; telas de pintores españoles de la penúltima hornada: Sala, Baruete, Lhardy, y una acuarela con afectuosa dedicatoria de don Antonio Maura, el nombre que en la política española, representa la idea más encontrada a la que encarna el de Galdós.

"Véase, por donde lo que se desata en la tierra de las creencias, es atado en los cielos puros del Arte", como nos ha dicho en un maravilloso prólogo don Benito.

A una chimenea maravillosa, que Galdós encargó a Inglaterra (y con la que él, como buen africano debe regodearse) la corona un plato monumental de hierro nielado, que le obsequiaron sus paisanos, los canarios residentes en la Corte.

Flanqueando la chimenea, valiosas librerías talladas atestadas de libros recluídos a segundo término—pues sirven de sostén a docenas de fotografías de hombres españoles notables—hacen reparar en este detalle, simbólico en el novelista de quien dijo Menéndez Pelayo:

"Ha estudiado más en los libros vivos que en las bibliotecas."

Tapizan las paredes, coronas de laurel, de hojas áureas las más, recordando las noches gloriosas de muchos estrenos; y andan por todos los muebles, fotografías de geniales intérpretes de la dramaturgia galdosiana.

Ignoro si por reverencia o simpatía especial, o por hurtarlos al sobo de quienes creen tener los ojos en las manos, Galdós ha puesto gruesos vidrios a los retratos de Cánovas, de Castelar, de Zola y de Sagasta.

El áspero solitario de Médan, había escrito sobre el suyo, con la pluma bien cargada de tinta: "Pérez Galdós. Fraternelle sympathie".

¡Y pensar que fué este mismo escritor hispano, de los pocos a quienes inmunizó el buen gusto, hasta librarlo de la imitación zolesca!

Al autor de "Le Réve" alude don Benito, cuando entonando alabanzas al naturalismo

precursor de Pereda, dijo: "Hizo prodigios (Pereda) cuando aún no habían dado señales de existencia otras maneras de realismo, exóticas, que ni son exclusivo don de un célebre escritor propagandista; ni ofrecen, bien mirado, novedad entre nosotros, no sólo por el ejemplo de Pereda, sino por las inmensas riquezas de este género que nos ofrece la literatura picaresca."

Galdós, que había terminado de escribir (recojo mi hebra) intentó alzarse del sillón románico que le servía de asiento. Acuciado por el interés, yo me acerqué hasta colocarme cerca de la mesa.

Reparé entonces en varios detalles que hubiera glosado Azorín, el mago que torna áureas las cándidas pequeñeces.

Galdós vestía con desaliño; se sirve para escribir de unas plumillas muy incómodas; de esas que remedan una cabeza de pato; y fuma... enormemente.

El cenicero—(que don Benito confesó haber hecho desocupar ese día varias veces), estaba lleno de restos de puros. Con escasas excepciones, me parecieron ser de los que necesitan un fuelle para encenderse.

Por lo que toca al indumento de Galdós, confesaba a gritos la ausencia de unas diligentes y amorosas manos femeninas, porque era de lo más pintoresco que cabe: pantalón color *kaki;* americana obscura, y juzgándola piadosamente, muy gastada; chaleco que en la tienda tenía varios de sus botones.

Azorín excusa a Galdós donosamente: "La modestia de don Benito respecto a indumentaria es propia de todo gran trabajador intelectual. No podemos imaginarnos, atildado, prendido de veinticinco alfileres a un hombre—Flaubert o spencer, Nietzscre o Leopardi—cuya única preocupación son las cosas de la inteligencia, un hombre absorto en una honda, noble y desinteresada labor intelectual.

El último retrato de don Benito.

Al interesarme yo por la obra, que creí en preparación, de ese verano.

—Me siento fatigado y abatido—me dijo.—A pesar de que en esta casa rejuvenezco y de que en ella concebí y planeé muchas de mis obras más aplaudidas.

Hablando de Tolstoy, (cuyo ejemplo, al decir de Menéndez Pelayo, tiñó de espiritualismo algunas obras galdosianas), pude reparar que su fatiga mental era efectiva. Le costó recordar el nombre de la ciudad, entonces residencia, del gran eslavo; y con señorial sencillez solicitó ayuda para intercalar en la conversación, una palabra de uso vulgar y corriente.

Charlamos de música; y yo que sé que Galdós toca muy bien el piano, y puede ser un excelente crítico, le ví equivar todo exhibicionismo, como si ese arte le fuera tan ajeno como a cualquier vulgar nesciente.

Por aquel entonces preocupaba al mundo taurino, la boda del "torero de la emoción". Pregunté a Galdós si era cierto lo que se decía que él iba a servirle de padrino.

—No, padrino será el padre de la novia. Yo que aprecio a Machaquito, porque es

muy buen muchacho, seré su testigo. Y dirigiéndose a mí, paternalmente:

—¿Le gustan a Ud. las corridas de toros?

Infatuados mis pocos años de verse tomados en cuenta para una opinión, me acuerdo, con rubor, que contesté doctoralmente:

—No; yo soy abolicionista.

—Pues piensa Ud. igual a mí—dijo con beatífica sonrisa don Benito.

Y en ese momento mi orgullo juvenil casi me hizo experimentar el vértigo que debió sentir Napoleón al sentir sobre su frente la corona de Emperador.

El camino del despacho a la huerta fué acompañado por los "roncos arrullos" que hubiera dicho Argensola, por aleteos y revuelos de palomas que Galdós tenía en gran cantidad y de las más hermosas variedades, sin reparar tal vez, en cómo armonizaban las dulcísimas aves, con su dulcísima modestia.

Si algún día viene a cuento la piedad conmovedora de este generosísimo hombre, yo recordaré la dolorosa ternura con que Galdós me habló de su perro agonizante; todo el inmenso amor con que extrajo de su americana, vieja, arrugada y desteñida, unos cuantos granos de maíz para el endiablado cabritín que al ver venir a Galdós, me hizo desear que su ágil apéndice dorsal fuera postizo...

—Riñanlo a él, porque su golosina me priva del placer de darles flores (insistía el gran anciano).

Y miraba al glotoncillo con unos ojos de ternura, que decían a voces:—"¡Pero qué has hecho, hombre de Dios, que no has comido lo poco por comer, que en el jardín te queda!"

Cuando desde el tren divisamos la entonces erguida silueta de Galdós, que desde el andén de su finca nos saludaba, yo con cariño filial quise mirarle varias veces. Y le miré con el purísimo afecto, con que se intenta grabar en el recuerdo, la figura del abuelo cariñoso, cuya memoria a través de la vida toda, despertará emociones abrileñas en el alma.

A Galdós más que a otro novelista español se le podía hacer encarnar el aforismo de Baglivi: "Ars tota in observationibus"; y la frase justiciera de un Goncourt: "El artista es un crucificado de sus esfuerzos intelectuales".

De los de nuestro novelista, hablan cien títulos, que distribuídos en sucesivas ediciones, dan un total de un millón seiscientos setenta y tres mil ejemplares publicados en la Península; como de su observación nos hablan, sus magistrales tipos de mujer española, de la mujer española de la clase media especialmente, de quien Galdós nos ofrece aguafuertes admirables.

Y elegíacamente, dice de su desprendimiento, la honrada pobreza, que a su atlética figura moral aureola de gloria.

Hubo un tiempo que las revistas peninsulares rezumaban admiración galdosiana; y que supimos que esa admiración cristalizó en un homenaje.

Llevan los españoles tan injusta fama de tradicionalistas, de fanáticos y de rancios; de mulos de noria, en una palabra, que no saben a la milésima vuelta, sino marcar la huella que dejaron a la primera, que a muchos ha de sorprender la verdad, que fuera un sapientísimo obispo quien de los primeros se adhiriera al homenaje.

El entonces Obispo de Jaca, hoy Arzobispo de Tarragona, autorizó estas declaraciones al periodista español González Fiol.

—"¿Cree Ud. conmigo que todos los españoles sin distinción de ideas ni de creencias, debemos tributarle a Galdós el homenaje de la admiración nacional?

—"¿Es que la justicia y la caridad han dejado de ser virtudes cristianas? Apartemos la vista de "Electra", de "Casandra", de todo lo sectario que ha producido Galdós, y de sus predicaciones radicales. Pero por muy abominables que sean algunas de sus obras, ¿podemos olvidar la primera serie de los "Episodios Nacionales", colosal obra artística y patriótica, que bastaría para inmortalizarle? ¿Podemos olvidar novelas hermosísimas, verdaderas joyas de nuestra literatura, como "Fortunata y Jacinta", por no citar otras?... Y aún poniéndonos en el peor de los casos, aún suponiendo que todas sus obras fueron condenables, ¿podríamos, como españoles, negar que Galdós es un genio, un prestigio mundial y digno de figurar en el cielo de la literatura al lado de Balzac, de Tolstoy y aún del propio Cervantes? No. Eso sería antipatriótico y, ahora, en España, hace falta mucho patriotismo. Ya que en el ex-

tranjero no se nos teme como potencia guerrera, que se nos admire como cuna de artistas y de genios. Por patriotismo, no debemos conformarnos solamente con solicitar el premio Nobel para Galdós: debemos darle otro premio aquí, dentro, en nuestra España, para que no se pueda decir que tratamos de imponer al mundo entero una admiración que aquí regateamos. Tiene Galdós obras maestras que son de todos los españoles, no de determinada bandería. Festejemos al autor de esas obras. Galdós es un artista verdaderamente genial, y prescindiendo del mal uso que haya hecho del genio, debemos enaltecerle. Honrando al genio, honramos a Dios, de donde el genio procede."

Y el resultado de estas declaraciones fué la entrevista de los dos grandes ingenios al terminar la cual—refieren los cronistas—Galdós besó el anillo pastoral de ese gran Obispo.

Mucho se ha hablado de las ideas religiosas de Galdós; hay quién cree al dulcísimo autor de "Marianela" una especie de ogro que cerrado a piedra y lodo a toda transigencia, desprecia y rechaza toda idea que no forme parte de las suyas. Y sin embargo, sus grandes amigos fueron dos grandes tradicionalistas: un genial don Marcelino, con gloria suficiente para satisfacer a varias generaciones; que a sí mismo se denominaba católico a machamartillo y empezó unas famosas oposiciones con la señal de la cruz; y un admirable escritor, carlistón convencido, y pese a su gloria, muy atrabiliario. Yo no puedo figurarme los paseos de Menéndez Pelayo y Galdós, sin pensar en Carlyle y Tennyson, otros dos grandes amigos taciturnos.

Me han dicho que en la alcoba de Galdós, en su casa de Madrid, y encima del lecho de hierro, una sombría y artística reproducción del Divino Crucificado, preside, sin desentonar, esa habitación donde se podrían cobijar las meditaciones de un asceta.

Ensayando una obra de Galdós.

Por mi parte, puedo atestiguar, que vi en su palacete de Santander, entre mil objetos de arte, que la admiración ató con cinta de los colores de la vieja Patria, una bendita Virgen de consoladora y poética leyenda.

"Galdós es hombre religioso (ha dicho Clarín). En momentos de expansión le he visto animarse con una especie de unción recóndita y pudorosa."

De este principalísimo aspecto de su alma, nos hablan, por modo artístico, varios personajes y escenas de sus novelas; por ejemplo y sobre todo, ciertos misticismos muy bien sentidos y expresados de "La batalla de los Arapiles" y singularmente aquel Luis de Gonzaga de "La familia de León Roch", cuando próximo a la muerte, desde su jardín contempla el cielo estrellado, detrás del cual, está el Dios de su fé de santo."

No tiene Galdós aquello que nuestros hermanos galos definen tan exactamente: "le physique du rôle".

Nadie como él para engañar a los necios que juzgan del valer por la vitola.

Al revés del excelso poeta de "La Nave" que cambió los prosaismos de un Cayetano... y Rapagnetta! por un eufónico Gabriel y un reclamesco D'Annunzio; al contrario de Rubén el admirable, que trocó por un nombre judío y un apellido persa su aburguesado don Félix García Sarmientos, el que engendró las altiveces del león de Albrit, no ha renunciado a firmarse siempre, Pérez... y Benito.

Este don Benito Pérez Galdós, tan dulce, tan suave, tan modesto, que no ha pretendido jamás que sus escritos sean *maná* para satisfacer todos los gustos intelectuales; que no se ha envanecido por ser el dignificador profesional de la pluma; sino que en momentos de expansión la ha denominado "el condenado oficio"; este don Benito Pérez Galdós que lleva ternos raídos y sombreros de paño muy sobados, (como el

buen burgués que no conoce el rubor por un rotundo '*haiga*", es el estupendo orfebre de la lengua castellana, que en más de cien volúmenes ha vestido para la Historia con ropaje de oro incrustado de gemas refulgentes, la palabra *España*.

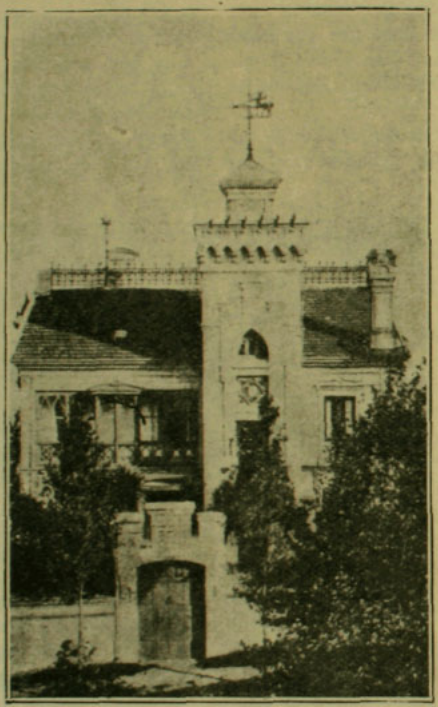
La sencillez ideal de Galdós y su señorial llaneza deben comprender la ingenua alegría de leer entre sonrisas las teorías de Heine sobre la super-hombricia; y los relatos de aquellos cronistas que nos presentan a Ibsen, yendo diariamente a un café a encerrarse entre cristales, para que los admiradores transeuntes contemplaran a pleno sabor al ídolo, y se hicieran la ilusión que algo de su aliento espiritual pásaba como una bendición sobre sus almas.

Y aquí hago punto, para ti, lector, si es que todavía estás delante. No te extrañe si te miro a la cara espiando la impresión que estas borrosas emociones personales te hubieren causado.

Aspiro a saber, con gran empeño, si he logrado prender en tu espíritu algo de la simpatía por Galdós, de que rebosa mi alma.

Somos algunos tan inquietos que lo que tenemos que decir, nos priva de pensar bien lo que diciendo estamos; y como Galdós, 'novelista, dramaturgo y hombre'', es un tema tan complicado como los que desarrollaba en sus polifonías Wagner, me enmudeció el temor, de que notaras en mí los incoherentes balbuceos del que ataca 'Lohengrín" siendo músico principiante.

Si nada dije y nada pude hacerte comprender del novelista, no me causa desazón, y por tanto me consuelo pronto. No fué ese mi intento, y como ¡gracias a Cervantes! muchos y con autorizada palabra, han hablado antes que yo, a ellos te remito. Pero si no supe hacerte admirar el alma nobilísima de ese hombre predestinado, no quiero que te vayas sin decirte, que el escritor español que tiene una merecida gloria, comparable a las de Dickens y Balzac (que seguramente habrán llegado a tus noticias), la cambiaría toda, por una corona de filiales besos.



Finca "San Quintín" en Santander.

Ofrenda

Señor y Maestro: un ingenio peregrino de la madre-tierra ha expresado en forma simplísima su concepción soberana del Arte.

Azorín le llama emoción.

Dejadme repetir, entonces, que sois un soberano artista, porque vuestro arte es de los que más ha emocionado.

Vuestra *Historia* cuya reigambre prende allá en pleno corazón de vuestro pueblo, muy lejana de toda superficie.

Vuestro *Teatro*; fuente de aguas vivas donde encuentran regodeo todos los labios.

Vuestra *Novela*; tan donosamente castiza, tan rudamente hispana, que si baja al arroyo para chapotear en el barro de los humildes decires, se parece al sol en lo de ornaldo de reflejos irisados. Y encadenando la emoción hasta llegar a vuestra ancianidad poética, pasando por vuestra entera vida honrada. Considerar vuestra viril modestia, emociona hasta el escalofrío, como vuestra ceguera emociona hasta las lágrimas.

He leído que estáis ciego, y pienso con

amargura en vuestros interminables soliloquios ante nuestra señora la Quimera, que ahora veréis a plena luz espiritual, porque la ceguera de los ojos de vuestro cuerpo, reforzará, sin duda, la visión que perciban los de vuestra alma.

Y decidme, entonces, Maestro, ¿no volvéis los ojos de vuestro espíritu, de vuestro gigantesco y aquilino espíritu, hacia estas tierras de promisión, a las cuales, nuevo Moisés, sólo podéis bendecir, sin seros permitido contemplar?

El mundo enloquece; Europa cual Lady Macbeth, lleva en sus manos sangrientas máculas; nuestros espíritus infantilmente sorprendidos, sienten un cansancio infinito; se vuelven al Rancio Solar, en demanda de paz y de paz...

Y clamamos un grito que no es nuevo:

Fatigados estamos de la música cancamurriesca y de la letra anodina, que algunos mercaderes del templo hispano, quieren hacernos pasar por cifra y compendio de ese, que sabemos, robusto arte.

Ahitos estamos de la bazofia literaria, que en escudillas de cuplés salpimentados, con adición de taconeos lascivos, se nos sirve como plato genuinamente español, a toda hora.

Y los que no han tenido la suerte de conocer a España, se encuentran espiritualmente desorientados. *¿Quid est veritas?* se preguntan perplejos ante un "Episodio" vuestro, y un gesto zarzuelero de jaque.

¿Dónde está la verdad, si la guapeza afinca en el predio lozano de nuestro idioma, y se empeñan muchos en hacer de España, un tema del más extraño maridaje, profundamente jeremíaco y repugnantemente chulesco?

Labre España un pino de sus montes; hilen sus velas las madres que confiaron sus hijos a tierras de Colón; despídalo la liturgia del sentimiento; tráigalo el desinterés y recíbalo el amor.

Seríamos muchos los que avizoráramos la dulce epifanía de esa nave, que santiguara nuestros mares con las cruces de amor de sus mástiles, y que portadora de ideas, distribuyera a mares las obras luminosas de las actuales y pretéritas glorias de España.

Hay muchos en estas tierras que no confunden la charanga estrepitosa de Felipe Trigo con la música versallesca de Valle Inclán.

Somos muchos los que daríamos todas las chulaperías *faisandées* de algunos autores, por una frase marfileña y exquisita de Benavente.

Formamos legión, los que hacemos ante el convencional teatro de un gran sabio, la fría e impuesta reverencia que los lusitanos hacen en un drama, ante Doña Inés, la que reinó después de muerta.

Hacia vos nos volvemos, Maestro, que a la honrada y vera España debéis vuestro ideario.

Yo os oí frases de amor para esta raza de éste nuestro país americano, que por su estructura anímica le sería fácil integrar el ideal helénico. Porque huye del "*poco*" y deja pasar el "*demasiado*".

Brisas renacientes soplan para el arte español, y ojalá lleguen hasta nosotros, confundidas con las que ya le oreaban.

Vengan en sus obras en buena hora; Galdós y Benavente; los Baroja y Valle Inclán; Azorín y Ricardo León; Ortega y Gasset y Maeztu; y López de Ayala; y Rusiñol; y Pedro Corominas; y Palacio Valdés; y Casas; y Répide; y Antonio de Valbuena; y Rodríguez Marín; y Cejador; y Doña Emilia; y Martínez Sierra; y Marquina; y los Quintero; y Eugenio D'Ors; y Juan Ramón Jiménez; y Anselmo de Miguel Nieto; y Romero de Torres; y Julio Antonio; y Zuloaga; y Sorolla; y muchos que debiera citar y que me callo para que todos, hasta los que no lo merecen lo tomen a involuntaria omisión y no se den por ofendidos.

Vengan todos, enbuenhora; y que tanta antagónica tendencia artística, se integre en un sólo nombre: *España;* la verdadera, no la falseada España.

Yo quisiera que la emoción infinita, que la sola enunciación de esta idea me causa, comunicándose a vuestro excelso poder de fantasía, se tradujera en la evocación por vos, de la sublime figura de Nazarín; del melancólico "Miau"; de "Marianela", la flor cándida; de toda esa chiquillería adorable, que recibió calor de vida en vuestra mente.

Yo quisiera contemplarlos rodeando vuestro sillón de ciego; en torno a vos, que entre la Patria y los niños repartísteis vuestras ternuras; y que gran patriota antes que escritor, sacrificásteis vuestra gloria, a lo que vos creísteis gloria de España.

Yo quisiera verlos trepados en vuestras rodillas; a tientas acariciados por esas manos que tantas glorias escribieron; presentidos por esos ojos sin luz, que deben, sin embargo, reflejar algo de la luz espiritual que os consume.

Y quisiera, antes que todo, sorprender el contenido sollozo de vuestro pecho nobilísimo; y guardar en el relicario de mi corazón, las lágrimas con que vos, que a tantos habéis emocionado, confesaríais vuestra emoción de sublime silencioso.

Junio de 1915.

EL VALLE DEL TERROR

Nueva aventura de Sherlock Holmes

Por

A. CONAN DOYLE

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR RAMONDRIAG

Con ilustraciones

—El estaba casado ya cinco años. De modo que Ud. debe haber vuelto de allá, por la época de su casamiento.

—Un mes antes. Yo fuí uno de sus testigos en la ceremonia.

—¿Ud. conocía a Mrs. Douglas antes de su matrimonio?

—No, imposible. Hacía diez años que faltaba yo de Inglaterra.

—¿Pero Ud. la vió frecuentemente después?

Backer miró de hito en hito al detective.

—La he visto frecuentemente después, respondió. La he visto porque no se puede visitar con frecuencia a un hombre sin ver también a su mujer. Si Ud. cree que en esto pueda haber alguna conexión...

—Yo no creo nada. Mr. Backer. Voy solamente derecho a mi asunto investigando lo que necesito. Pero esto no es ofender a nadie.

—Hay preguntas que ofenden desde luego, respondió Backer con dureza.

—Eso es culpa de los hechos que tratamos. En interés de Ud. y en el de todos está aclarar cuantos puntos sea necesario. ¿Era en absoluto del agrado de Mr. Douglas la amistad de Ud. con la esposa de él?

Backer se puso pálido y sus puños musculosos se crisparon nerviosamente.

—No tiene Ud. derecho a hacer semejantes preguntas! gritó. ¿Qué tiene que ver ésto con lo que Ud. trata de investigar?

—Preciso será que repita a Ud. la pregunta.

—Bueno, pues, yo rehuso contestarle.

—¿Que Ud. rehusa contestar? Bien, pero Ud. convendrá conmigo en que su misma negativa implica una contestación, puesto que Ud. no tendría que rehusar si no tuviese algo que ocultar.

Backer quedó un momento suspenso con el ceño adusto y sus espesas cejas contraídas. Después miró de frente con la sonrisa en los labios.

—Vaya, después de todo comprendo que ustedes, señores, no hacen más que cumplir con su deber y que no tengo razón para disgustarme por ello. Unicamente me permitirán rogar a ustedes no incomodar a Mrs. Douglas en preguntas de esta índole, ya que bastante tiene ella con su desgracia. Puedo confesar a usted que el pobre Douglas tenía sólo una falta en su vida y era sus celos. Como a amigo me tenía un afecto insuperable. A su esposa la adoraba ciegamente. Miles de veces me pedía que viniese a verle y me mandaba llamar. Y sin embargo si su esposa y yo salíamos juntos o notaba entre nosotros manifestaciones de simpatía, la ola de los celos invadía su alma, se ponía furioso y como fuera de sí y proferia palabras hirientes en su acaloramiento. Más de una vez me fuí de su casa por este motivo y otras tantas me escribió tan arrepentido mandándome cartas tan suplicantes que yo volvía. Pero doy a ustedes mi palabra, señores, y puedo jurarles cual si estuviese próximo

a morir que ningún hombre tuvo jamás una esposa más amante y más fiel y también diré, un amigo más leal y sincero, como en nosotros tuvo Mr. Douglas.

Backer hablaba con generoso entusiasmo. Pero el inspector Mac-Donald no se daba aún por satisfecho.

—¿Ud. sabe, insistió éste, que el anillo de boda de Mr. Douglas fué robado de su dedo?

—Así parece, dijo Backer.

—Qué quiére Ud. decir con eso de "así parece"? ¿Sabe Ud. algo concreto sobre el particular?

—Backer pareció confuso y vacilante.

—Digo parece porque muy bien pudiera ser que él mismo se hubiese quitado el anillo.

—Y el mero hecho de faltar el anillo, sea como sea, ¿no le parece a Ud. que pueda tener alguna relación con la tragedia?

Backer encogió sus fornidos hombros.

—No podría opinar sobre este punto, contestó, pero si Ud. cree ver en esto algo que pueda afectar el honor de esta señora (por un momento sus ojos relampaguearon de ira, pero al momento se hizo dueño de sí mismo) Ud. verá, pero está Ud. en un completo error, se lo aseguro.

—No me ocurre más por el momento que preguntar a Ud., dijo Mac-Donald secamente.

—Una pequeña pregunta, exclamó Sherlock Holmes. Cuando Ud. entró en el cuarto estaba sola la vela sobre la mesa, ¿no es así?

—Cierto.

—¿A la luz de la vela vió Ud. que había ocurrido algo terrible?

—Efectivamente.

—¿Al instante pidió Ud. socorro?

—Sí.

—¿Y llegó pronto éste?

—Cuestión de un minuto o cosa así.

—Pero cuando acudieron al llamado todos encontraron la vela apagada y la lámpara encendida. Esto parece sorprendente.

De nuevo Backer dió señales de indecisión.

—No sé lo qué es lo que pueda sorprender a Ud. Mr. Holmes, dijo por fin tras una breve pausa. La vela daba una luz escasa. Mi primera ocurrencia fué tener otra mejor. La lámpara estaba en la mesa, así es que la encendí.

—¿Y apagó Ud. la vela?

—Exactamente.

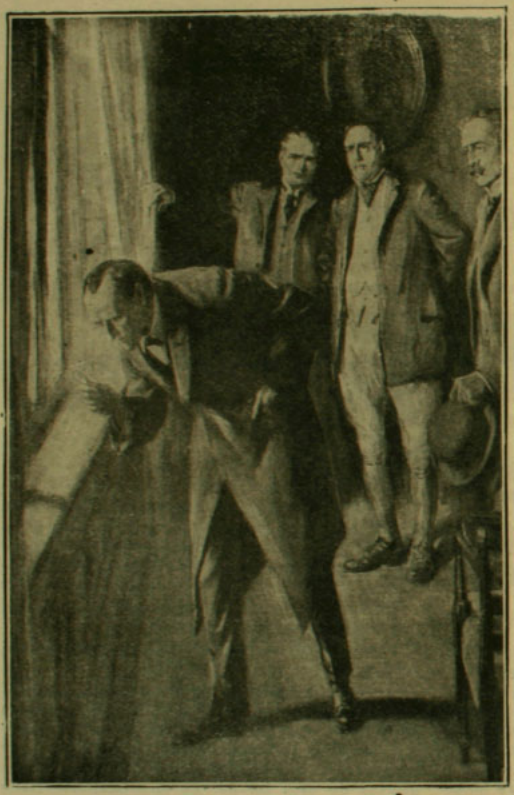
Holmes cesó en su interrogatorio y Backer, después de echar sobre cada uno de nosotros una mirada de las que parecía leerse desconfianza, salió del comedor.

El inspector Mac-Donald había mandado un aviso a la señora Douglas preguntándole si podría recibirnos en su gabinete, pero ella contestó que vendría al comedor. Entró. Era una hermosa mujer como de treinta años, alta, esbelta, reservada y de completo dominio de sí misma, muy diferente de la mujer abatida y desolada que yo me había imaginado. Cierto que su rostro estaba pálido y descompuesto, como el de quien acaba de recibir un gran golpe, pero su ademán era compuesto y la blanca y torneada mano que apoyó sobre la mesa, acusaba un pulso firme y seguro. Sus ojos tristes y expresivos se fijaron de uno en uno de nosotros con inquisidora curiosidad. Tras su mirada interrogadora preguntó ex-abrupto con manifiesta ansiedad.

—¿Han averiguado ustedes algo ya?

En su pregunta parecióme que había más bien un fondo de temor que de esperanza.

—Hemos hecho cuanto está de nuestra parte, Mrs. Douglas, respondió el inspector. Tenga Ud., señora, la completa seguridad de que nada omitiremos para averiguarlo.



Holmes se dirigió a la ventana y con sus lentes observó la marca sangrienta de la tarima

—No escatimen el dinero, dijo ella con un tono débil. Deseo que no se omita ningún esfuerzo en cuanto sea posible.

—¿Quizás pueda Ud. manifestarnos algo que dé alguna luz sobre el asunto?

—Me temo que no, pero cuenten ustedes con cuanto yo sepa.

—Nos acaba de decir Mr. Backer que Ud. nada ha visto, y que no ha estado Ud. en el cuarto desde que ocurrió la tragedia.

—No. El me hizo volverme desde la escalera. Me suplicó que me fuera a mi gabinete.

—Exacto. ¿Ud. oyó el disparo y se apresuró Ud. a bajar al momento?

—Me cubrí con una bata y salí.

—¿Cuánto tiempo transcurriría desde que Ud. oyó el disparo hasta que Ud. fué detenido en la escalera por Mr. Backer?

—Habrán sido como dos minutos. No es fácil en esos momentos precisar el tiempo con exactitud. Mr. Backer me rogó que me volviese atrás. Dijo que nada podría yo hacer. Entonces me volví a mi cuarto en compañía de mi ama de gobierno. Parece que todo hubiera sido una pesadilla.

—¿No podría Ud. precisar el tiempo que pasó desde que su esposo bajó la escalera hasta el momento en que oyó Ud. el disparo?

—No, no sabría decirle. El bajó desde su gabinete y no le sentí salir. Antes de acostarse daba todas las noches una vuelta por toda la casa, pues tenía mucho miedo a un incendio. Es la única cosa que he visto que le intimidaba y ponía nervioso.

He aquí un punto sobre el que quería interrogar a Ud. Mrs. Douglas. Ud. conoció a su esposo solamente en Inglaterra, ¿no es así?

—En efecto. Hace cinco años que estamos casados.

—¿No le oyó Ud. nunca hablar de algo que le ocurriese en América y a consecuencia de lo cual hubiese sobre su cabeza algún peligro inminente?

Mrs. Douglas quedó un momento pensativa antes de contestar:

—Sí, dijo al fin. Siempre he creído que algún peligro le amenazaba. El siempre rehuyó hablarme sobre esto. En este punto no quiso hacerme su confidente (a pesar de que reinaba entre nosotros el amor y la confianza más completos) pero se esforzaba sin duda en ahuyentar de mí toda sombra de alarma. Pensó que me impresionaría hondamente al saber lo que fuese y prefirió guardar silencio.

—¿Y cómo conoció Ud. esto entonces?

En el rostro de Mrs. Douglas se dibujó una tenue sonrisa.

—¿Puede acaso un esposo guardar dentro de sí un secreto toda su vida sin que la mujer que lo ama lo sospeche? Yo lo he conocido por muchos estilos. Lo he conocido por su pertinaz negativa a hablarme de algunos episodios de su vida en América. Lo he conocido por ciertas precauciones que siempre tomaba. Lo he conocido por ciertas frases que se le escapaban. Lo he conocido por el recelo con que miraba a toda persona extraña o desconocida. Yo estaba plenamente convencida de que tenía enemigos muy poderosos, que él opinaba le seguían la pista y contra los cuales siempre estaba en guardia. Tan segura estaba de esto que desde hace años, cuando se retrasaba en llegar a casa, yo sufría horriblemente.

—Por Dios, señora, vuélvase a su cuarto, le gritó

—¿Podría yo preguntar, dijo Holmes, qué palabras eran las que llamaron su atención?

—El "valle del terror", respondió ella. Es-

ta frase la solía usar siempre que yo le importunaba con mis preguntas. "Yo he estado en el Valle del terror". Aún no estoy del todo fuera de él. Tengo el temor de nunca vernos libres de ese "valle del terror". Le preguntaba yo a veces cuando le veía más preocupado que de ordinario. "Temo mucho que no", me contestaba.

—¿Seguramente le preguntaría Ud. qué quería decir eso de "Valle del terror"?

—Ya lo creo. Pero su rostro se contraía y su respuesta era un sacudimiento de hombros. "Por desgracia preveo que uno de nosotros ha de sucumbir bajo su sombra", me dijo. Plugue al cielo que no seas tú la víctima. Debe ser este un valle real en que él vivió y en el que debió ocurrírsele algo espantoso, de esto estoy segura, pero no puedo dar más detalles.

—¿Y nunca pronunció él ningún nombre?

—Sí, una vez en el delirio de una fiebre, cuando sufrió un accidente de caza tres años atrás. Recuerdo que entonces había un nombre que salía frecuentemente a sus labios. Le pronunciaba con angustia y con una especie de horror. Ese nombre era Mr. Guity, el corpulento Mr. Guity. Cuando se restableció le pregunté quién era ese corpulento Mr. Guity. "No me lo vuelvas a nombrar" dijo y no pude sacar más de él. Pero no cabe duda que hay alguna conexión entre el corpulento Mr. Guity y el valle del terror.

—Otra cosa, dijo el inspector. Ud. conoció a Mr. Douglas en una casa de pensión de Londres, ¿no es así? ¿Y allí llegó Ud. a ser su esposa? ¿Hubo durante su noviazgo algo novelesco, algo secreto o misterioso? Novela hubo, ¿y en qué noviasgo no la hay? ¿Secreto o misterio no hubo ninguno? ¿Existía algún rival?

—Ninguno; era completamente libre.

—Habrá Ud. oído decir que el anillo nupcial ha desaparecido de la mano de Mr. Douglas. ¿Qué opina Ud. de este robo? Suponiendo que algún enemigo de su antigua vida, le hubiera seguido la pista y hubiera cometido el crimen, qué noticias podría éste tener para robarle su anillo de boda.

Por un momento me pareció que una débil sonrisa se esbozaba en los labios de aquella mujer.

—No podría decirles, contestó. Verdaderamente hay en esto algo extraordinario.

—Bueno, no molestaremos a Ud. más tiempo y ruego a Ud. nos disculpe haberla importunado tanto, dijo el inspector. Hay desde luego otros puntos que aclaran, pero eso se hará cuando las circunstancias lo requieran.

Se levantó y de nuevo pude observar en ella aquella mirada rápida y escrutadora con que a todos nos había examinado, como si con ella preguntara: ¿Qué impresión les ha producido mi presencia? La pregunta era tan clara como si hubiera sido hecha de palabra. Luego, saludó inclinando la cabeza y salió.

—Hermosa mujer, muy hermosa mujer, exclamó Mac-Donald así que ella hubo desaparecido. Este Backer no es extraño que se haya sentido atraído hacia ella. Por otra parte él es también un tipo interesante para cualquier mujer. Confiesa él que Douglas se mostraba celoso y tal vez sabe mejor que él mismo Douglas las causas que éste tenía para ver excitados sus celos. Y luego el asunto ese del anillo. No es posible pasarlo por alto. Un hombre que quite el anillo de boda a un cadáver... ¿Qué dice Ud. a todo esto, Mr. Holmes?

Mi amigo permanecía sentado con la cabeza entre las manos, sumido en hondos pensamientos. De repente se levantó y tocó la campanilla.

—Ames, dijo, al entrar el mayordomo, dónde está ahora Mr. Cecil Backer?

—Voy a verlo, señor.

Volvió al momento para decirnos que Mr. Backer estaba en el jardín.

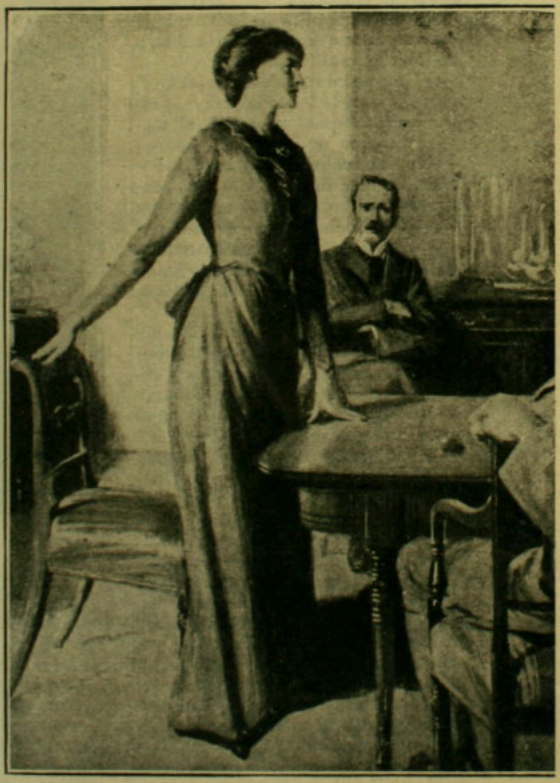
—¿Podría Ud. recordar, Ames, qué calzado llevaba Mr. Backer la noche pasada cuando entró al salón?

—Sí, señor. Llevaba un par de chinelas. Las botas se las puso cuando fué a avisar a la policía.

—¿Dónde están esas chinelas?

—Todavía están en el hall debajo de una silla.

—Bien, Ames, Necesitamos a todo trance



—¿Han averiguado

saber cuáles huellas son de Mr. Backer y cuáles puedan ser las de alguno de afuera.

—Yo puedo anticipar a ustedes que las chinelas estaban manchadas de sangre, así como las mías también.

—Esto es natural dadas las condiciones en que estaba el cuarto. Muy bien, Ames. Si le necesitamos a Ud. ya llamaremos.

Minutos después estábamos en el salón del drama. Holmes había llevado las chinelas que estaban en el hall. Como Ames había hecho notar, las suelas de ambas chinelas estaban manchadas de sangre.

—¡Extraño! murmuró Holmes al pararse en la luz de la ventana y examinándolas detenidamente. Muy extraño es esto!

Agachándose con una de las chinelas en la mano la colocó sobre la huella de sangre que había en la cornisa de la ventana. Correspondía exactamente. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

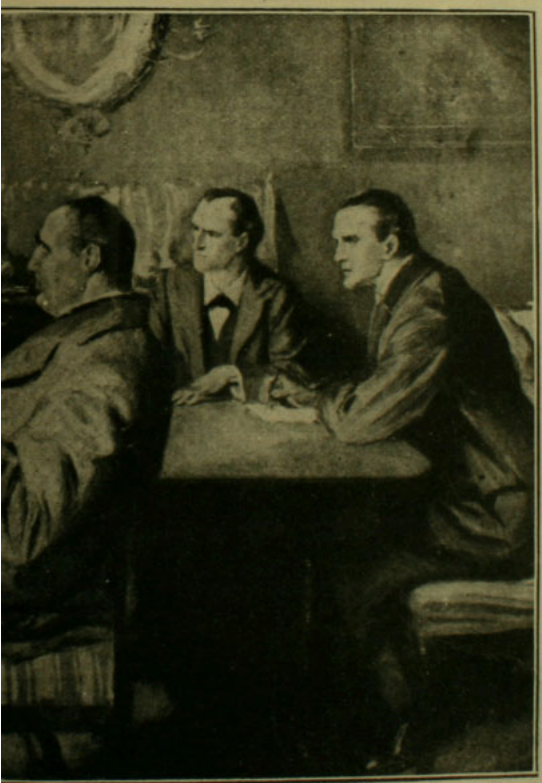
El inspector estaba en un estado de nerviosa excitación.

—Hombre, exclamó. Esto no ofrece la menor duda. Backer ha sido el que dejó la huella en la ventana. La marca no puede confundirse. Ud. decía que era la de un pie ancho, achatada, y he aquí la explicación, pero cómo desenredar el hilo, Mr. Holmes, cómo desenredar el hilo.

—Eso digo yo, ¿cómo desenredarlo? repitió mi amigo nuevamente, preocupado.

White Mason sonreía y se frotaba sus gruesas manazas en su satisfacción profesional.

—Ya decía yo que ésto era algo sensacional gritó, y efectivamente de algo sensacional se trata!



ustedes algo ya?

CAPITULO VI

Luz boreal

Los tres detectives tenían muchos detalles que aclarar y yo me dirigí solo a las habitaciones de mi hotel; pero antes de retirarme a ellas quise dar un paseo por el viejo jardín que rodeaba la casa. En torno de éste se alzaban apiñadas filas de tejas antiquísimas, que formaban en su centro una hermosa plazoleta que convidaba a descansar.

Aquí me propuse yo calmar un poco la excitación de mis nervios en tensión.

A la sombra de las tejas corpulentas en aquella profunda quietud quería olvidar las fuertes emociones experimentadas o recordarlas al menos como una pesadilla ya desvanecida.

Pero precisamente en este mismo momento en que yo me disponía a tranquilizar el espíritu, un incidente vino a arrebatarme mi tranquilidad y a presentar de nuevo ante mi vista la imagen del cadáver que atrozmente desfigurado yacía en un salón del castillo.

Ya he dicho que filas de árboles circundaban el jardín. Al extremo opuesto frente por frente al castillo se apiñaban éstos formando una especie de muralla y al otro lado de esta muralla medio oculto a la vista por la espesura había un banco de piedra. Me acercaba yo a esta espesura cuando percibí un rumor de voces; una grave, profunda, de hombre indudablemente, otra fina, de mujer. Un momento después transponían la muralla de tejas y aparecían de repente a mi vista Mrs. Douglas y Backer. El hablaba tranquilamente y ella reía junto a él. Su presencia me impresionó profundamente. En el comedor su aspecto era compuesto y grave. Ahora todo asomo de gravedad había desaparecido. En los ojos de ella se relataba la alegría de vivir y todo su rostro aparecía iluminado por la sonrisa al fijar su vista en el compañero. Este estaba sentado junto a ella, apoyando los codos en las rodillas, juntas las manos y sonriendo también en presencia de ella. En un instante, (pero un instante demasiado tardío) vistiéronse de nuevo las máscaras de tristeza, al aparecer yo junto a ellos.

Cruzaron entre sí una o dos palabras rápidamente y al punto Backer se levantó y salió a mi encuentro.

—Disculpe Ud., señor, me dijo: ¿es el doctor Watson a quien tengo el honor de hablar?

Mi seca respuesta con una desdeñosa inclinación de cabeza debió mostrarle claramente la impresión que su vista había en mí producido.

—Suponíamos que sería Ud. dada su conocida amistad con Sherlock Holmes. ¿Tendría Ud. la bondad de venir un momento a hablar con Mrs. Douglas?

Lo seguí con gesto duro. En mi imaginación veía la figura sangrienta tendida en el castillo. Y allí a las pocas horas de la tragedia estaba la esposa de la víctima y el mejor de sus amigos en alegre coloquio, riendo juntos en el mismo jardín que había sido de él. Yo fijé una mirada rencorosa en la señora. Su aspecto desolado me había conmovido cuando se presentó al comedor, pero no me podía explicar su ligereza del momento.

—Temo que Ud. me juzgue dura e insensible, me dijo.

Hice un sacudimiento de hombros.

—Nada tengo que ver yo en esto, repliqué.

—Quizás algún día pueda Ud. hacerme justicia.

—Si sólo Ud. interviniera...

—No tiene para qué intervenir, increpó vivamente Backer. Como él mismo ha dicho, nada tiene que ver él en esto.

—Efectivamente, afirmé yo; ruego a ustedes por tanto me permitan proseguir mi interrumpido paseo.

—Un momento, doctor Watson, gritó ella con voz suplicante. Hay un punto que puede Ud. resolver mejor que nadie y que es de grandísima importancia para mí. Ud. conoce a Mr. Holmes y sus relaciones con la policía mejor que ninguno. Suponiendo que se le comunicase a este algún asunto confidencial, es en absoluto preciso que él se lo comunique a los detectives.

Sí, eso es, apoyó al punto Backer, ¿obra de por sí o depende enteramente de ellos?

—No alcanzo a comprender el motivo que habría para dilucidar este punto.

—Yo le ruego, le replico, doctor Watson; aseguro a Ud. que nos hará un servicio enorme, a mí, sobre todo, si nos informa Ud. sobre este particular.

Había tal acento de sinceridad en sus palabras por un momento me olvidé de todos, de su ligereza misma y me resolví a complacerla.

Mr. Holmes es absolutamente independiente en sus pesquisas, le dije. El es su propio jefe y obra exclusivamente según su propio juicio. Al mismo tiempo guarda naturalmente lealtad con los agentes que con él trabajan y no les ocultará nunca nada que pudiese ayudarles al triunfo de la justicia y al castigo del culpable. Fuera de esto nada puedo decir y sería preferible que acudiese al propio Mr. Holmes si desea más pormenores y detalles.

Y al decir esto me descubrí y seguí mi camino, dejándoles sentados en el mismo banco tras de la espesa muralla de la arboleda. Cuando transponía ésta eché la vista atrás y pude apercibirlos aún sentados y al parecer discutiendo acaloradamente. Por las miradas que echaban en dirección a mí podía suponerse que el motivo de su discusión era sólo la conversación que acabamos de sostener.

—No necesito sus confidencias, dijo Holmes cuando yo le comuniqué lo ocurrido. El había estado en el Palacio Señorial toda la tarde en consulta con sus colegas y había vuelto a las cinco de la tarde dando muestras de un apetito extraordinario al servirse unas once que yo mandé que le preparasen. Nada de confidencias, Watson, que esto sería sumamente peligroso si se llega a un caso de arresto por complicidad o asesinato.

—¿Ud. cree que se llegará a ésto?

Holmes estaba de un humor encantador, inmejorable.

—Amigo Watson, en cuanto dé cuenta de este cuarto huevo te pondré brevemente al corriente de cuanto ocurre. No digo yo que havamos dado en el fondo de la cuestión (ni mucho menos) pero en el momento que hallemos la palanqueta perdida....

—La palanqueta!

—Querido Watson, ¿quizás no te hayas apercibido de que la cuestión depende ahora de la palanqueta que falta? Bueno, bueno, no te confundas por esto, porque aquí para internos, no creo que el inspector Mac ni el excelente agente de policía local haya dado la importancia que tiene, a este incidente. Una palanqueta, Watson! Imagínate un atleta con una sola palanqueta. Suponte tú el desarrollo unilateral, el peligro inminente de una curvatura de la médula espinal. Asombroso, Watson, asombroso!

Yo miraba a Holmes que mientras engullía tostadas de pan con mantequilla contemplaba mi confusión con miradas en que brillaba la malicia. El mero hecho de que comiese con tan voraz apetito era signo evidente de su éxito, pues yo recordaba perfectamente tantos días y noches sin probar bocado cuando su espíritu se hallaba preocupado por algún problema cuya solución no alcanzaba. Por último, encendió su pipa y sentándose junto al fuego de la vieja chimenea comenzó a hablar tranquilamente más bien como alguien que monologase a solas con su pensamiento que como uno que hace una relación de sus averiguaciones.

Es una historia, Watson, nada más que una historia burda, inadecuada y mal hilvanada la que nos han contado. Este es nuestro punto de partida. Toda la declaración de Backer es una pura invención. Pero Mrs. Douglas apoya y corrobora la historia de Backer. Por consiguiente, también ella miente. Los dos se han confabulado para mentir. Por tanto la cuestión es clara. Los dos mienten, ¿cuál es la verdad que ambos tan cuidadosamente tratan de ocultar? Veamos amigo Watson, si Ud. y yo podemos ahondar en esta cuestión y descubrir la verdad!

—¿Cómo he conocido yo que mienten? Porque su historia es una historia burda que sencillamente no puede ser verdad. Reflexione Ud.! Según la historia que nos han contado, tuvo el asesino menos de un minuto después de cometer el crimen, para tomar la argolla que estaba debajo del otro anillo en el dedo de la víctima, volver a poner el anillo (cosa que él no habría hecho, con toda seguridad) y dejar esa extraña tarjeta junto al cadáver,

Yo sostengo que esto es completamente imposible.

Podría Ud. argüir (aunque conozco demasiado su talento para creer que Ud. piense así) que el anillo pudieron quitárselo además antes de matarle. Lo poco o casi nada que estaba consumida la vela demuestra que la entrevista fué muy rápida. ¿Y era Douglas, por lo que de él sabemos, hombre para entregar de buenas a primeras su anillo nupcial, ni aún siquiera dejárselo arrebatar en forma alguna? No, no, Watson; el asesino estuvo solo con el cadáver por un rato con la lámpara encendida. De esto no me cabe ninguna duda.

—El disparo del fusil es, al parecer, la causa de la muerte. Pero, sin embargo, el fusil tiene que haber sido disparado antes de lo que nos han asegurado. En esto no puede haber error ninguno. Estamos, por lo tanto, en presencia de una confabulación deliberada por parte de dos personas que oyeron el disparo, Backer y la señora Douglas. Si a esto se agrega que yo he podido comprobar que la marca de sangre hallada en la repisa de la ventana fué puesta intencionalmente por Backer para dar a la policía una pista falsa habrá Ud. de convenir que el caso se presenta obscuro en contra de ellos.

—Tratemos ahora de inquirir la hora exacta en que debió ocurrir el asesinato. Pasadas las diez y media aún andaba la servidumbre de un lado a otro por la casa, luego no puede haber sido antes de esa hora. A las once menos cuarto se habían ido todos a sus habitaciones con excepción de Ames que estaba en la despensa. Esa tarde después que Ud. se separó de nosotros estuve haciendo varios experimentos y he comprobado que ningún ruido de cuantos hizo Mac-Donald, desde el salón pudo llegar hasta mí en la despensa, estando todas las puertas cerradas. Otra cosa es, sin embargo, desde el cuarto del ama de gobierno.

Esta está no lejos del corredor y desde allí puede débilmente oirse cualquiera voz o ruido pocos fuertes.

El ruido de un disparo se atenúa considerablemente cuando éste se hace completamente a boca de jarro y no hay duda que así se hizo en nuestro caso. No debió, por tanto, ser muy estrepitoso y, sin embargo, en el silencio de la noche tiene que haber llegado necesariamente hasta la habitación de Mrs. Allen.

Esta, según nos ha manifestado, es un poco sorda, pero en cambio también ha confesado ella misma que oyó algo así como el ruido de una puerta al cerrarse de golpe, una media hora antes de que se diese la alarma.

Media hora antes de la alarma eran las once menos cuarto. No me cabe duda de que lo que ella oyó fué el estruendo del disparo y que éste fué precisamente el momento crítico del asesinato. Siendo esto así, tenemos ahora que determinar qué es lo que pudieron estar haciendo Mr. Backer y Mrs. Douglas, suponiendo que no sean ellos los autores reales del crimen, desde las once menos cuarto, cuando el estruendo del disparo los sorprendió, hasta las once y cuarto, cuando tocaron la campanilla y llamaron a los criados. ¿Qué hicieron durante ese tiempo y por qué no dieron la alarma inmediatamente? He aquí la cuestión cómo se presenta; cuando podamos contestar a esta pregunta, tendremos seguramente mucho adelantado en la solución del problema.

—Tengo la convicción, dije yo, de que

Agachándose con una de las chinelas en la mano la colocó sobre la huella de sangre

existe completa inteligencia entre estas dos personas. Ella necesario es que sea una mujer sin corazón para poder entregarse a la risa a las pocas horas del asesinato de su esposo.

—Ni más, ni menos. No ha manifestado dolor la esposa ni aún dándose cuenta exacta de lo ocurrido.

Yo no soy, como sabes, un admirador muy entusiasta de la mujer, Watson; pero mi experiencia de la vida me enseña que hay pocas esposas que teniendo siquiera un poco de consideración por su marido renunciasen la sola indicación de un hombre al ver el cuerpo de su esposo asesinado. Yo no me casaré nunca, Watson, pero si alguna vez lo hiciese procuraría inspirar a mi mujer algún sentimiento, merced al cual no pudiese alejarse tranquilamente con su ama de gobierno, sin ir a ver mi cadáver, tendido a pocos pasos de ella. Esto ha sido un error en la combinación, porque el más novicio e ignorante de los detectives se sorprendería de no oir los acostumbrados lamentos femeninos en tales casos. Aún cuando nada más hubiera, este sólo dato podría sugerir la idea de una confabulación premeditada, según yo opino.

—Luego, piensa Ud. en definitiva que Backer y la señora Douglas son culpables del asesinato?

—No andéis con rodeos, Watson, en vuestra pregunta, dijo Holmes sacudiendo su pipa. Me las lanzáis derechas como balas. Si Ud. supone que Backer y Mrs. Douglas conocen toda la verdad acerca del crimen y tratan de ocultarla, yo puedo darle una respuesta categórica. Estoy persuadido que así es. Pero su más terrible suposición, no es tan clara. Consideremos por un momento las dificultades que ofrece esta hipótesis.

Supongamos que esta pareja se hallaba unida por los lazos de un amor culpable y que decidieron deshacerse del hombre que estorbaba entre ellos la felicidad. Por supuesto esta es una suposición gratuita, pues las discretas averiguaciones hechas entre la servidumbre distan mucho de corroborar tal hipótesis. Muy al contrario, existe la plena convicción que los esposos Douglas eran estrechamente afectos el uno al otro.

—Lo que estoy seguro de que no puede ser cierto, dije yo acordándome de la cara feliz y sonriente que sorprendiera en ella en el jardín.

—Bueno, por lo menos daban la impresión de ello. Pero supongamos sin embargo en esta pareja habilidad extraordinaria para engañar a todo el mundo y conjurarse para asesinar al marido. Resulta que éste era un hombre sobre cuya cabeza había inminente un peligro.

—Esto sólo lo sabemos por la palabra de ellos.

Holmes me miró pensativo.

—Está visto, Watson. Tú partes siempre de la base de que cuanto ellos han dicho es una falsedad. A tu modo de ver, jamás habría habido aquí ni amenaza de alguna sociedad secreta, ni valle del terror, ni Boss MacSomebody; ni nada por el estilo. Bien, esta puede ser una teoría aceptable. Veamos a qué consecuencias nos lleva. La historia contada es pura invención de ellos para explicar el crimen. Para dar visos de veracidad a esta historia dejaron la bicicleta en el parque, prueba de la existencia de alguna de fuera.

La misma idea corrobora la marca de la ventana. Queda la famosa tarjeta que puede haber sido preparada en la casa. Todo esto está dentro de la hipótesis: ¿verdad, Watson? Pero luego damos con hechos absurdos, que no tienen ni pueden tener explicación. ¿Por qué ese fusil recortado y a qué suponer la existencia en esto de un americano? ¿Cómo pudieron ellos estar seguros de que el estruendo del tiro no llevaría la alarma a los criados? ¿Fué sólo una verdadera casualidad que Mrs. Allen no saliese de su cuarto para averiguar que fué aquél ruido como de puerta que se golpea? ¿Cómo pudo obrar así, Watson, su criminal pareja?

—Confieso que no acierto a explicármelo.

—Luego, además, ¿si una mujer y su amante se conjuran para matar al marido es posible que vayan a delatar su crimen con la estentación, quitándole su anillo de boda después de muerto? ¿Le parece a Ud. probable tal cosa, Watson?

—Claro que no.

—Y aún más, al ocurrírseles la idea de dejar escondida una bicicleta, ¿le parece a Ud. que tal podría ser ni siquiera pasable, cuando al más negado detective vería que lo primero que el criminal necesitaría para su fuga sería la bicicleta?

—Verdaderamente que no se concibe esto, no se explica.

—Y sin embargo, no hay combinación de hechos para los que el ingenio humano no encuentre una explicación. Simplemente como un ejercicio mental, sin aseveración ninguna de que ello pueda o no ser cierto construyamos una hipótesis probable. Y es de advertir que muchas veces en el terreno de las hipótesis fructifica la verdad.

Supongamos que hay un secreto criminal, un secreto realmente vergonzoso en la vida de este señor Douglas. Este secreto ocasiona su muerte por uno que podemos suponer sea un vengador, uno de afuera. Este vengador, por razones que estoy muy lejos de comprender quita al muerto su anillo de boda. La venganza puede por tanto referirse a la época del primer matrimonio y ser esta la causa de la desaparición del anillo. Antes de que este vengador abandonase la casa alcanzaron a sorprenderle Backer y Mrs. Douglas. El asesino les persuadió de que todo intento de detenerlo sería origen de un escándalo ruidoso. Ante este temor prefirieron sin duda dejarlo libre.

Con este objeto ellos mismos bajaron probablemente el puente, lo que pudo hacerse sin ningún ruido, y luego lo levantaron. El huyó y sin duda creyó más seguro que podía escapar a pie, que en bicicleta y dejó por eso su máquina escondida donde no pudiese

ser hallada sino después que ya él se encontrase a salvo. Todo esto no está muy lejos de tener visos de verdad, ¿no es así?

—En efecto, todo ello cabe en lo posible, dije yo con alguna reserva.

—Y hemos de tener presente, Watson, que cuanto aquí ha ocurrido es verdaderamente extraordinario. Continuando siempre en el terreno de las suposiciones, la pareja (no es indispensable que sea culpable) se da cuenta una vez escapado el asesino, de la comprometida situación en que queda, puesto que les será difícil probar que no son ni partícipes, ni conocedores del crimen. De una ojeada se hicieron cargo de su crítica situación. Backer puso en el antepecho de la ventana la marca de sangre señalada por su zapatilla, para dar la idea de que por allí había escapado el asesino. Ellos dos eran, a no dudar, los que tenían que oir el ruido del disparo, por lo tanto, ellos fueron los que dieron la alarma, ni más ni menos, como lo habrían hecho en un caso real, pero la dieron como media hora después del suceso.

—¿Y cómo podría Ud. probar esto?

—Veamos; si ha habido aquí alguno de afuera ha podido ser descubierto y detenido. Esto hubiera dado la prueba más concluyente de todas. Pero si no lo ha habido, bueno; aún no están agotados los recursos de la ciencia. Yo pienso que una tarde que yo pasase solo en aquel gabinete me serviría mucho.

—¿Una tarde solo?

—Tengo el propósito de ir allá ahora mismo. He preparado la cosa con el estimado Ames, que no es de los más adictos de Backer. Me situaré en ese gabinete y veré si la atmósfera me proporciona alguna inspiración. Tengo cierta fe en el **genuine lock**. Ud. se sonríe, amigo Watson; en fin allá veremos. Desde luego puedo disponer de su paraguas, ¿no es así?

—Aquí lo tiene.

—Bueno, pues, entonces me lo llevo prestado.

—Curiosa el arma para un caso de apuro!

—No hay cuidado, amigo Watson, si no ya hubiera solicitado su ayuda. Me basta con el paraguas. Por el momento no espero más que la llegada de nuestros colegas de Tumbridge Wells, donde están ahora afanados en buscar al dueño de la bicicleta.

Era ya el anochecer cuando el inspector Mac-Donald y White Mason regresaron de su expedición y llegaron gozosos por haber hecho grandes progresos en sus investigaciones.

—Hombre, reconozco que yo tenía mis dudas sobre si habría alguno de fuera, dijo Mac-Donald, pero ya no hay lugar a dudas. Hemos conseguido identificar la bicicleta y tenemos la filiación de nuestro hombre, lo que es un gran paso en nuestras pesquisas.

—Y yo creo que esto no es más que el principio del fin, dijo Holmes; estoy seguro, y felicito a ustedes sinceramente.

—Bien; partiendo del hecho de que Mr.

Mr. Holmes es absolutamente independiente en sus pesquisas, le dije

Douglas pareció desasosegado desde el día antes, que había estado en Tumbridge Wells, había de ser ahí donde él adquiriera el presentimiento de un peligro. Era pues evidente que si alguno había venido aquí en bicicleta, de Tumbridge Wells debería de haber partido necesariamente.

Llevamos por tanto con nosotros la bicicleta y la mostramos en los hoteles. Por fin fué reconocida por el administrador del hotel del Aguila Comercial como perteneciente a un tal Hargrave que había tomado allí una habitación dos días antes. Todo el equipaje del viajero eran la bicicleta y un maletín. El viajero se inscribió en los registros como procedente de Londres, pero no dió ninguna dirección. El maletín estaba fabricado en

Londres y cuanto en él se contenía era de fabricación inglesa, pero el hombre era fuera de toda duda americano.

—Magnífico, magnífico, dijo Holmes alegremente, han hecho ustedes obra sólida, mientras aquí mi amigo y yo hemos estado haciendo hipótesis, levantando castillos en el aire. Es esto una verdadera lección de hombres prácticos, Mr. Mac.

Oh, sí que lo es en verdad, Mr. Holmes, dijo el inspector satisfecho.

—Pero todo es perfectamente compatible con sus teorías, insinué yo.

—Qué podrían a no ser ciertas. Pero sepámoslo todo, Mr. Mac. ¿No se ha hallado nada para identificar a ese hombre?

—Tan poco, que se ve evidentemente que ha puesto un sumo cuidado para librarse de la identificación. No ha dejado ningún papel, carta o marca que permita esta identificación. Un mapa local de la región quedó sobre el velador de su habitación. El misterioso viajero dejó el hotel anteayer por la mañana después del almuerzo, salió en bicicleta y nadie volvió a saber nada de él hasta el momento de nuestras pesquisas.

—Que es lo que me confunde a mí, Mr. Holmes, dijo White Mason. Porque si el pájaro no quería despertar sospechas y hacer recaer dudas sobre sí, parece lo probable que hubiese vuelto a su hotel y hubiese en él permanecido como un pasajero inofensivo. Al obrar como lo hizo debió comprender que sería delatadlo a la policía por el fondista y que su desaparición había de relacionarse con el asesinato.

—Así parece. Pero hasta ahora está justificada su conducta en cuanto no ha podido ser habido. Bueno pero ¿y su filiación?

Mac-Donald consultó su libreta de apuntes.

—He aquí todos los detalles que nos han podido suministrar. No hay ninguno que sea una señal característica, pero tanto el portero como el mozo y la sirvienta de piezas convienen en los datos siguientes: Se trata de un hombre como de cinco pies y nueve pulgadas de alto, cincuenta años poco más o menos, cabello gris, bigote gris, nariz encarnada y rostro que todos ellos han convenido en describir como feroz y terrible.

Bueno, excepto la expresión, todos esos detalles pueden considerarse como una descripción del mismo Douglas, dijo Holmes. Este tenía aproximadamente unos cincuenta años, pelo y bigote gris y la misma estatura más o menos. ¿Qué más detalles hay?

—Llevaba traje gris con pelliza, sobretodo amarillo, corto y sombrero flexible.

—¿Y qué se sabe del fusil?

—El fusil tiene menos de dos pies de largo. Pudo muy bien llevarlo escondido en el maletín. Después pudo llevarlo perfectamente debajo del abrigo.

—¿Y qué opina Ud. de todo esto en relación con nuestro caso en general?

—Que es de suma importancia, Mr. Holmes, respondió Mac-Donald y cuando tengamos al hombre en nuestro poder (y puede Ud. creer que sus señas las transmitió el telégrafo a todas partes cinco minutos después de que las supimos) veremos más claro en este asunto. Pero en fin, de todos modos no hemos adelantado poco. Sabemos que un americano bajo el nombre de Hargrave llegó hace dos días a Tumbridge Wells con maletín y bicicleta. En el primero llevaba un fusil recortado, prueba evidente de su premeditación del crimen. Ayer por la mañana se dirigió a este pueblo en su bicicleta, con el fusil oculto bajo el abrigo. Nadie lo vió llegar, que nosotros sepamos, pero tampoco tuvo necesidad de atravesar por medio del pueblo para llegar al castillo, y por otra parte, tampoco es cosa rara fijarse en un ciclista cuando pasan tantos a cualquiera hora por el camino. Es de suponer que el mismo con su bicicleta se escondió entre los laureles del parque esperando ojo avizor, que Mr. Douglas saliese. Un fusil recortado es naturalmente un arma extraña para usarla dentro de una habitación, pero no para usarla fuera, pues esto presentaba varias ventajas, que es difícil errar con él la puntería y es cosa corriente y no llama la atención el ruido de un fusil donde hay tantos amantes de la caza.

—Eso es muy cierto, anrmó Holmes.

—Bueno. Resulta que Mr. Douglas no apareció. ¿Que iba a hacer en este caso el acechante? Dejó su bicicleta y se aproximó a la casa al atardecer. Vió que el puente estaba bajado y que no había nadie por allí. Decidió pues arriesgarse aprovechando la ocasión y dispuesto si era sorprendido a dar una excusa cualquiera. No encontró a nadie. Se deslizó en el primer cuarto que halló a la mano y se escondió tras de la cortina. Desde su escondite pudo sin duda ver cómo levaban el puente y comprendió que su único medio de evasión estaba en la laguna. Esperó hasta las once y cuarto, hora en que Mr. Douglas siguiendo su costumbre hizo la ronda nocturna y penetró en el cuarto. Entonces disparó y huyó según había prevenido. Se le ocurrió que la bicicleta podría ser una señal para que le descubrieran y prefirió abandonarla y escapar por otros medios a Londres o a cualquier lugar de refugio que se hubiese preparado de antemano. ¿Qué tal, Mr. Holmes?

—Bien, Mr. Mac; todo eso puede muy bien haber sucedido tal como Ud. dice. Sin embargo, yo pienso otra cosa. Yo creo que el crimen se cometió media hora antes de lo que nos han dicho; que Mrs. Douglas y Mr. Backer están en combinación y nos ocultan algo; que ellos ayudan al criminal a huir, o por lo menos que ellos llegaron al gabinete antes de que el asesino huvese, y que ellos arreglaron la falsa pista de la huída por la ventana y que según todas las probabilidades ellos mismos bajaron el puente para que huyese el criminal. Este es el fin del principio, a mi modo de entender.

Los dos detectives menearon la cabeza.

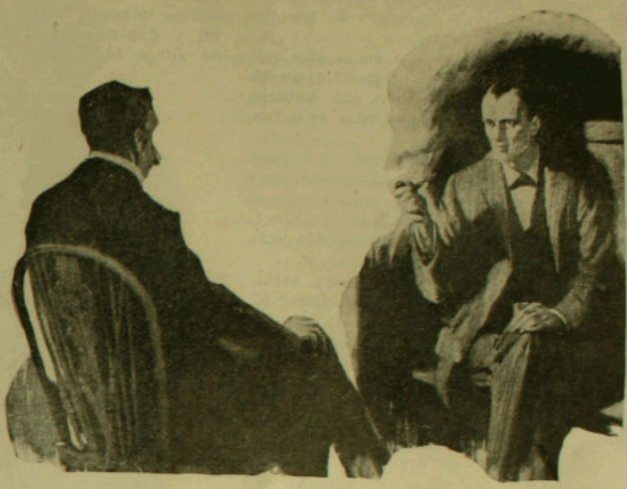
—Bien, Mr. Holmes, si eso es así quiere decirse que vamos de un misterio a otro, dijo el inspector Mac.

—Y hasta cierto punto, en otro peor, agregó White Mason. La señora Douglas no ha vivido jamás en América. ¿Qué posible relación puede haber entre ella y un asesino americano para que ella le ayudara a escapar?

—Convengo en lo difícil de la cuestión, dijo Holmes. Y me propongo hacer esta noche una pequeña investigación por mi propia cuenta, la que espero habrá de contribuir algo al éxito de nuestra causa.

—¿Podemos ayudar a Ud. en algo, Mr. Holmes?

—¡No, no! La obscuridad y el paraguas del doctor Watson. He ahí todo cuanto necesito. Y Ames, el bueno de Ames creo que me servirá de mucho. Todas mis ideas recaen invariablemente en una cuestión primordial, ¿cómo puede un atleta desarrollar sus músculos de un modo tan anti-natural como sería con el empleo de una sola palanqueta?



Es una historia Watson, nada más que una historia

❦

Era ya muy avanzada la noche cuando Holmes regresó de su solitária excursión. Nosotros ocupábamos una habitación con dos camas, que fué la mejor que se nos pudo proporcionar en aquella fonda de lugarejo. Yo estaba medio dormido, cuando me despertó Holmes al entrar.

—¿Qué tal, Holmes, murmuré yo, ha dado Ud. con algo de nuevo?

Paróse delante de mí en silencio, con su vela en mano. Luego, inclinando hacia mí su cuerpo de estatura gigantesca, susurró:

—Dígame, Watson; ¿tendría Ud. miedo de dormir en una misma alcoba con un lunático, un loco con reblandecimiento cerebral, un idiota cuya cabeza ha perdido el equilibrio?

—De ninguna manera, contesté yo atónito.

—Oh, es una suerte, dijo Holmes y no volvió a pronunciar palabra en toda la noche.

CAPITULO VII

La solución

A la mañana siguiente, después del desayuno encontramos al inspector Mac-Donald y a Mr. White Mason encerrados en el pequeño despacho del cuartel de policía local en afanoso trabajo. Sobre una mesa delante de ellos había amontonadas numerosas cartas y telegramas que ellos abrían y leían con avidez. Separados a un lado habían tres telegramas.

—¿Aún tras las huellas del fugitivo ciclista? preguntó Holmes regocijadamente. ¿Qué hay de nuevo de ese bandido?

Mac-Donald señaló con desaliento el montón de telegramas sobre la mesa.

—Han llegado noticias de Lancaster, Nottingham Scouthampton, Derby, East Ham, Richmone y otros 14 puntos. En tres de ellos. East Ham, Lancaster y Liverpool hay vehementes sorpresas contra un individuo y ha sido detenido. Toda la comarca parece invadida de fugitivos con abrigo amarillo.

—Válgame Dios, dijo Holmes alegremente. Bueno, Mr. Mac y Ud. Mr. White Mason, voy a permitirme dar a ustedes un consejo importantísimo. Al tomar yo cartas en este asunto convinimos como ustedes recordarán muy bien, que no expondría a ustedes mis ideas y teorías a medio probar, sino que seguiría mis propias iniciativas y obraría de por mí hasta obtener un resultado satisfactorio y evidente. He aquí por qué no puedo por el momento decir a ustedes todo cuanto yo tengo en mi cabeza. Pero, por otra parte, comprendo que maldita la gracia que tiene estar empeñado en una partida perdida de antemano y gastar inútilmente las energías que tanto se necesitan. Por consiguiente, me veo en la obligación de dar a ustedes un consejo, que se reduce a tres palabras: Renunciad la partida.

Mac-Donald y White Mason quedaron atónitos mirando a su célebre colega.

—¿Considera Ud. el caso desesperado? exclamó el inspector.

—Considero desesperado su caso, o mejor dicho, su plan. Pero no desespero de que lleguemos a conocer la verdad.

—Pero, ¿y ese ciclista? Eso no es una quimera. Tenemos su filiación, su maletín, su bicicleta. En alguna parte tiene que haberse metido el granuja. ¿Por qué no tratar de echarle el guante?

—Sí, sí; claro que ha de estar en alguna parte y que es preciso echarle el guante, pero yo quisiera que no perdiesen inútilmente el tiempo buscándole por East Ham o Liverpool. Estoy seguro de que buscándolo más cerca obtendremos mejor resultado.

—Cualquiera diría que va Ud. para atrás. Esto no es digno de Ud., Mr. Holmes. El inspector se mostraba furioso.

—Ud. conoce mi sistema de obrar, Mr. Mac. Yo retrocedo, pero será por poco tiempo. Sólo espero constatar algunos detalles en mi plan, cosa muy fácil de hacer, para coger mi maleta y marcharme a Londres, dejando mis resultados a disposición de ustedes. Debo a Ud. mucho para proceder de otro modo, porque puedo asegurarles que nunca en mi vida he intervenido en un asunto tan singular e interesante como éste.

—Todo está muy bien, Mr. Holmes. La noche pasada estuvimos con Ud. cuando llegamos de Tumbridge Wells y usted estaba de acuerdo con nosotros en nuestras pesquisas. ¿Qué ha sucedido desde entonces para hacerle cambiar de ideas tan radicalmente?

—Bueno, ya que ustedes lo exigen, les diré que, según había manifestado, pasé algunas horas anoche en el palacio señorial.

—Bien, ¿y qué sucedió?

—Oh, a esta pregunta sólo puedo contestar por el momento muy vagamente. Por de pronto, estuve examinando una cuentecita pequeña, pero clara e interesante de la casa, por la insignificante suma de un penique. Entonces Holmes sacó de su bolsillo un papelito adornado con un tosco grabado de la casa señorial. Esto contribuye muchísimo al éxito de una investigación cuando se tiene fundada simpatía con el ambiente histórico de cuanto a uno lo rodea. No me mire Ud. con tanta extrañeza, que yo le garantizo que basta una cuenta tan insignificante como esta para evocar una especie de pintura del pasado en la imaginación de cualquiera.

Permítanme ustedes un ejemplo. Erigido en el quinto año del reinado de Jaime I y levantado en el lugar mismo que ocupó un edificio mucho más antiguo aún, el palacio señorial de Birlstone es uno de los más curiosos modelos existentes de residencias con foso al estilo de aquella época.

—Ud. nos va a volver locos, Mr. Holmes.

—Calma, calma, Mr. Mac. Es la primera vez que veo en Ud. señales de mal humor. En fin, no hablaré más, ya que Ud. parece tan nervioso por lo que voy diciendo. Pero cuando Ud. sepa que hay aquí una cuenta por la toma de esta plaza por un coronel parlamentario en 1644, por el ocultamiento de Carlos durante varios días en la guerra civil y finalmente por la visita a este lugar de Jorge II, tendrá Ud. que convenir con-

—*Magnífico, magnífico, dijo Holmes.*

migo en que hay más de una sociedad interesada en esta antigua mansión.

—No lo dudo, Mr. Holmes, pero, ¿qué nos importa ésto a nosotros?

—¿Que no nos importa? Mi querido Mr. Mac, una de las cualidades indispensables en nuestra profesión es ser largos de vista, la asociación de ideas y los detalles más ajenos son a veces de un interés extraordinario. Ud. disculpará esta observación de quien, aunque nuevo **amateur** en asuntos policiales, es ya perro viejo en el oficio y tal vez con más experiencia que Ud. mismo.

—Soy el primero en reconocerlo así, dijo al punto el detective. Ud. va a su asunto, lo reconozco, pero tiene Ud. un modo tan extraño, tan misterioso de proceder...

—Bueno, bueno, dejaré la historia y me atendré a los hechos del momento. Como ya he dicho yo estuve esta noche pasada en la casa señorial. No vi ni a Mr. Backer, ni a Mrs. Douglas. No tuve necesidad de molestarles; pero tuve el gusto de saber que la señora no tenía gran pena al parecer y que había comido con excelente apetito. Mi visita fué especialmente para el bueno de Mr. Ames, con el que tuve una agradable entrevista y quien me permitió permanecer sólo durante un buen rato en el salón, sin que nadie se apercibiera.

—¡Cómo! ¿Con el cadáver? interrumpí yo.

alegremente, han hecho ustedes obra sólida

—No, no; ahora está ya todo en orden. Según supe, Ud., Mr. Mac, dió autorización para esto. El salón estaba arreglado como de costumbre y en él pasé un cuarto de hora provechoso.

—¿Qué estuvo Ud. haciendo?

—Bueno. No haré un misterio de una cosa tan sencilla. Estuve buscando la palanqueta perdida. Yo daba a este incidente gran importancia. Al fin la encontré.

—¿Dónde?

—¡Ah! Aquí llegamos al límite de lo desconocido. Déjenme ustedes obrar unos momentos más, muy pocos, y yo prometo a ustedes que estarán al tanto de cuanto yo sé y he descubierto.

—Bien; no tenemos inconveniente en dejar a Ud. a sus propias iniciativas, dijo el inspector, pero como Ud. nos dice que renunciemos a proseguir nuestras pesquisas... ¿Por qué, digamos en nombre de todos los santos, hemos de dejar nuestras pesquisas?

—Por la sencilla razón, amigo Mr. Mac de que se han separado ustedes de la idea principal que aquí perseguimos.

—El asesinato de Mr. John Douglas, del palacio de Birlstone.

—Sí, eso es, efectivamente. Pero para eso prescindan ustedes del misterioso dueño de la bicicleta. Yo les aseguro que nada adelantarán por este lado.

—Y entonces, ¿qué nos aconseja Ud. que hagamos?

—Se lo diré a ustedes, si prometen hacerlo escrupulosamente.

—Bueno, yo reconozco y confieso que Ud. siempre da en el clavo a pesar de sus procedimientos extraños.

—Prometo a Ud. complacerlo.

—¿Y Ud. Mr. White Mason?

El detective nos miraba desalentado a uno y a otro. Desconocía en absoluto a Mr. Holmes y sus métodos de investigación.

—Bueno, si el inspector encuentra todo esto aceptable yo por mí acepto, dijo al fin.

—Soberbio, exclamó Holmes. Bien. Entonces yo me permitiría aconsejarles un paseíto por estos bellos lugares. Me han dicho que desde la cima del picacho de Birlstone sobre el bosque se ven hermosas vistas. Seguramente no faltará por ahí algún fonducho donde tomar un bocadito, aunque yo desconozco la región y no puedo recomendarles ninguno.

En la tarde cansados, pero felices...

—Parece propiamente que se estuviera Ud. riendo de nosotros, dijo Mac-Donald furioso, levantándose de su asiento.

—Vaya, vaya, pasen ustedes el día como les plazca, contestó Holmes, golpeándole el hombro cariñosamente. Hagan ustedes lo que quieran y vayan donde gusten, pero vengan aquí a verse conmigo antes de anochecer, sin falta, pero sin falta, Mr. Mac.

—Esto me parece ya más razonable.

—Yo sólo daba un consejo amigable. Pero no insisto; sólo les ruego que estén aquí a esa hora en que los necesito. ¡Ah! Antes de marcharse deseo me escriba Ud. una esquelita para Mr. Backer.

—Como Ud. guste.

—Yo dictaré, si le parece. ¿Estamos?

"Estimado señor: Se me ha ocurrido que deberíamos secar el foso, pues abrigo la esperanza de que habremos de encontrar alguna cosa...

—Imposible, dijo el inspector. Yo he hecho ya mis averiguaciones.

—Calma, calma, mi querido señor. Hágame el favor de hacer lo que le pido.

—Bueno, siga Ud.

—"Abrigo la esperanza de encontrar alguna cosa que nos ayude en nuestras pesquisas. Lo he dispuesto todo y mañana a primera hora irán los trabajadores a retirar el agua"...

—Imposible.

—"A retirar el agua; de palabra y personalmente daré a Ud. más pormenores".

Ahora, fírmela y mándela por un mozo como a eso de las cuatro. Después nos reuniremos de nuevo en este cuarto. Hasta entonces pueden ustedes hacer lo que gusten y yo les garantizo que este asunto toca a su término.

Expiraba ya la tarde cuando nos volvimos a reunir. Holmes tenía un aspecto grave, yo

estaba intrigado de curiosidad y los detectives aparecían ceñudos y disgustados.

—Bien, señores, dijo gravemente mi amigo. Tengo que suplicar a ustedes me acompañen para ser testigos presenciales de algo, y ustedes juzgarán si las observaciones que yo he hecho justifican las conclusiones a que he llegado. La tarde está helada, no sé el tiempo que nos irá a ocupar nuestra expedición, de modo que yo rogaría a ustedes se proveyesen de sus más pesados abrigos. Es absolutamente indispensable que estemos en nuestros puestos antes de que se eche encima la noche; por lo tanto, si a ustedes les parece nos pondremos en marcha al momento.

Atravesamos unos linderos que corrían fuera del parque de la casa señorial y llegamos a un boquete abierto en la valla que lo circundaba.

Nos deslizamos por el boquete y a favor de las sombras seguimos detrás de Holmes hasta llegar a un plantío de árboles cerca de la casa, frente a la puerta principal del edificio y el puente levadizo. Este no estaba aún levantado. Holmes se agazapó detrás de unos laureles y nosotros hicimos lo propio.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer aquí? preguntó Mac-Donald con visible mal humor.

—Tener mucha paciencia y hacer el menor ruido posible, respondió Holmes.

—Y, ¿a qué viene todo esto? Creo que podía Ud. usar con nosotros de mayor franqueza.

Holmes sonrió.

—Dice Watson que yo soy un verdadero dramaturgo en la vida real, contestó. Hay efectivamente en mí rasgos de artista, que se traducen en mis obras. Nuestra profesión sería indudablemente insulsa y sin interés, Mr. Mac, si a veces no arregláramos la escena para mejor brillo de nuestros éxitos. La acusación ruda, el aterrador golpecito sobre el hombro, ¿qué interés puede tener este desenlace? ¿Pero la deducción rápida, la asechanza ingeniosa, la sutil penetración de los acontecimientos, la triunfante vindicación de las más atrevidas teorías no son ya de por sí el orgullo y la justificación del trabajo de toda una vida?

En estos momentos tiemblan ustedes ante lo fascinante de esta situación, análoga a la del cazador en acecho de su presa. ¿Cómo podrían ustedes experimentar estas sensaciones si todo apareciese claro y preciso como en un cartel? Yo no pido más que un poco de paciencia, Mr. Mac, y todo aparecerá claro ante sus ojos.

Bien; esperemos que este orgullo, justificación y todo lo demás llegue antes de que nos hayamos quedado aquí muertos de frío, dijo el detective de Londres con cómica resignación.

Todos teníamos razones poderosas para esperar lo mismo, pues nuestra vigilia fué larga y penosa.

Lentamente las sombras de la noche fueron ennegreciendo la sombría fachada de la vieja mansión.

Un frío agudo y penetrante nos calaba hasta los huesos y nos hacía dar diente con diente. En el edificio no se veía más que una lámpara sobre el portón de la entrada principal y una débil lucecita en el gabinete fatal, que filtraba sus tenues rayos por la entreabierta ventana. Todo lo demás estaba sumido en la más negra obscuridad.

—¿Hasta cuándo va a durar esto? preguntó de pronto el inspector, y qué es lo que esperamos aquí?

—Yo no sé hasta cuándo irá a durar, respondió Holmes con alguna aspereza. Si los criminales fueran siempre exactos y puntuales en sus operaciones, como lo son las horas de llegada y salida de los trenes, claro que esto sería mucho mejor para nosotros. En cuanto a lo que... Vaya, ya está aquí lo que teníamos que esperar.

Cuando Holmes hablaba, la tenue luz amarillenta del gabinete se obscureció por la presencia de alguno que iba y venía de un lado para otro pasando por delante. Los laureles entre los cuales nos ocultábamos estaban frente a frente de la ventana, y a una distancia de unos cien pies a lo sumo

La ventana se abrió de par en par rechinando sus goznes suavemente y apareció tras ella la silueta de un hombre que sacaba hacia fuera el cuerpo para examinar el exterior. Durante algunos momentos estuvo quieto, inclinado hacia adelante, en atenta observación como tratando de cerciorarse de que nadie le veía. Después se apoyó sobre la repisa de la ventana y en el silencio de la noche pudo percibirse en breve un rumor como de agua que se agita. Parecía que registraba la laguna del foso con algo que tenía en una mano. De pronto vimos que levantaba algo, así como el pescador que levanta una presa, un objeto abultado, redondo que tapó la luz al ser introducido por la abierta ventana.

—Ahora! gritó Holmes, ahora!

Estábamos todos de pie, sosteniéndonos apenas con nuestras piernas embotadas por el frío, cuando Holmes en uno de esos arranques de nerviosa energía que le hacían a veces el hombre más fuerte y más ligero, echó a correr desesperadamente, atravesó el puente y agitó violentamente la campanilla.

Se oyó por dentro el descorrer de cerrojos y el asombrado Ames apareció en la puerta. Holmes pasó veloz a su lado sin proferir palabra seguido de todos nosotros y penetró en el gabinete que ocupaba el hombre que habíamos estado observando.

Una lamparita de aceite sobre la mesa difundía la luz que nosotros veíamos desde fuera. Al entrar nosotros Cecil Backer tomó la luz en la mano y nos enfocó con ella en pleno rostro. Tras la luz se veía su cara vigorosa, enérgica y completamente afeitada, y sus ojos amenazadores.

—¿Qué diablos significa esto, gritó, y qué es lo que buscan ustedes?

Holmes echó una rápida mirada en rededor y al momento se apoderó de un atado, que, empapado de agua y envuelto en cordeles, había bajo la mesa-escritorio del gabinete.

—Esto es lo que buscamos, Mr. Backer. Este lío dentro del cual para hacer peso hay una palanqueta, y que Ud. acaba de sacar en este momento del fondo de la laguna.

Backer quedóse mirando a Holmes con el asombro pintado en el semblante.

—¿Y cómo diablos puede Ud. saber nada de esto?

—Muy sencillo, porque yo fuí quien lo puso allí.

—¿Que Ud. lo puso? ¿Ud.?

—Debí decir mejor, lo volví a poner, dijo Holmes.

Ud. recordará, inspector MacDonald, que yo estaba sumamente intrigado por la falta de una palanqueta. Yo llamé a Uds. la atención sobre este punto, pero la premura de los posteriores acontecimientos les impidió dar a este hecho la importancia requerida y no sacaron por tanto las consecuencias que eran del caso. Cuando hay agua cerca y desaparece un peso, no se necesita gran discurso para pensar que hay algo sumergido en el agua. Por lo menos la idea es obvia, así que con la cooperación de Ames que me introdujo al gabinete y con la ayuda de este paraguas del Dr. Watson pude pescar y examinar ese atado. Pero era para mí de suma importancia poder averiguar quién lo había puesto allí. Para este objeto fué el aviso que le dimos, previniéndole que mañana secaríamos la laguna, la que necesariamente había de ser causa de que el que hubiese ocultado en ella el lío, lo sacase tan pronto como la obscuridad se lo permitiese.

—¿Qué tal, Holmes, murmuré yo, ha dado usted con algo de nuevo?

Nada menos que cuatro hemos tenido lugar de presenciar esto tal como yo lo había supuesto; de modo, Mr. Backer, que en mi concepto huelgan ya las historias y es hora de conocer la verdad de todo.

Sherlock Holmes puso el atado sobre la mesa junto a la lámpara y desató la cuerda que lo rodeaba. De dentro sacó una palanqueta, que tiró a un rincón del gabinete junto a sus colegas. Después sacó un par de botas. Son americanas como ustedes ven, dijo, señalando las punteras.

Luego sacó y puso sobre la mesa un cuchillo enorme y enfundado. Por último desenrolló un lío de ropa en que había un traje interior completo, calcetines, un terno gris y un abrigo corto y amarillo. El traje no tiene nada de particular, observó Holmes, pero sí el abrigo en que hay detalles curiosos. Lo extendió contra la luz mientras sus dedos largos y delgados lo examinaban por todas partes. Aquí hay, fíjense ustedes, un bolsillo interior entre el forro, sumamente largo, donde puede muy bien esconderse un fusil recortado. En el cuello está la etiqueta del sastre. Neale, Autfitter, Vermissa, U. S. A. He aprovechado la tarde en la biblioteca del cura de la localidad y he podido averiguar que Vermissa es una pequeña ciudad, floreciente capital de un distrito minero de carbón y hierro en los Estados Unidos. Tengo idea, Mr. Backer, que Ud. asociaba el recuerdo de estos distritos mineros con el de la primera mujer de Mr. Douglas y no creo, por tanto, que fuera muy desacertada la hipótesis de que la V. V. de la tarjeta encontrada junto al cadáver quiera significar Vermissa Valley, y que este valle que manda emisarios asesinos, sea el mismo valle

del Terror de que hemos oído hablar. Todo esto aparece lógico y evidente. Ahora, Mr. Backer, creo llegado el caso de que Ud. prosiga su declaración.

Era verdaderamente curioso observar la cara de Mr. Backer durante esta larga exposición de Mr. Holmes. La angustia, el asombro, la consternación y la duda se dibujaban en ella sucesivamente. Por fin, adoptando un aire amargamente irónico, dijo:

—Ud., que conoce tanto en esta materia, Mr. Holmes, podrá decirnos sin duda, alguna cosa más.

—Cierto que podría decir, no algo, sino mucho más, Mr. Backer, pero opinó que tendrá más interés y más gracia saliendo de sus labios.

—¡Oh! Un millón de gracias. Bueno, pues todo lo que yo puedo decir a ustedes es que aquí hay un secreto que no me pertenece, y que yo no soy el llamado a descubrirlo.

—Bien, si Ud. adopta este sistema, Mr. Backer, dijo tranquilamente el inspector; nos veremos precisados a vigilar a Ud. mientras llega la orden de su arresto.

—Pueden ustedes hacer los que les plazca, dijo Backer provocativamente.

Y aquí parecía que había de terminar desgraciadamente este asunto, pues al mirar el rostro impasible e impenetrable de Mr. Backer se veía claramente que no habría castigo por duro y terrible que fuese, que le hiciese doblegar su voluntad. Pero el duro ceño de aquel hombre de roca se suavizó como por encanto a la voz de una mujer, Mrs. Douglas, que había estado escuchándolo todo por la puerta entreabierta y entraba a la habitación.

—Bastante ha hecho Ud. ya por nosotros, Cecil, dijo ella. Pase lo que pase en adelante, Ud. ya ha hecho bastante.

—Bastante y más que suficiente, recalcó Sherlock Holmes. Tengo por Ud. profunda simpatía, señora, y ruego a Ud. encarecidamente nos exponga cuanto antes sus confidencias para facilitar la labor de la policía en este complicado asunto. Reconozco por mi parte que quizás haya caído en falta al no seguir las insinuaciones que Ud. tuvo a bien hacerme por conducto de mi amigo el doctor Watson; pero en ese entonces yo abrigaba mis sospechas de que tuviese Ud. participación en el crimen. Ahora ya sé a ciencia cierta que no es así. Pero al propio tiempo hay aquí muchas cosas inexplicables y yo rogaría a Ud. con todo empeño pidiese a Mrs. Douglas nos cuente su propia historia.

—Mrs. Douglas lanzó un grito de asombro al oir estas palabras de Holmes. Y no fué menor la estupefacción de los detectives y mía cuando vimos en nuestra presencia un hombre, que, como salido por escotillón, avanzaba desde un ángulo de la pieza en dirección nuestra. Mrs. Douglas se volvió y al momento sus brazos rodearon al aparecido, que tendió su mano a Mr. Backer.

—Esto es lo mejor, Jack, decía su esposa; estoy segura que esto es lo mejor.

—Sí que lo es, Mr. Douglas, confirmó Sherlock Holmes. Yo también estoy seguro de que Ud. lo hablará mejor

El hombre quedóse clavado, mirándonos fijamente, pestañeando sin cesar como quien sale de repente a luz, de la obscuridad. Tenía un aspecto interesante, ojos obscuros, audaces, bigote gris, recio y recortado, barbilla cuadrada y saliente y boca burlona. Nos miró a todos detenidamente, y luego con asombro mío, se dirigió hacia mí y me alargó un rollo de papeles.

—He oído hablar de Ud., me dijo con acento que no era ni del todo inglés, ni del todo americano, sino una mezcla agradable de ambos. Ud. será el historiador de estos apuntes. Aseguro a Ud., Dr. Watson, que nunca habrá tenido en sus manos una historia como esta, que me ha costado hasta el último dólar. Relátela Ud. en su estilo, pero aquí tiene los hechos, que intrigarán al público que los lea.

Los he recopilado en estos dos días en las pocas horas de luz que en ellos he podido disfrutar metido en esa ratonera. Ud. sabrá sacar de ellos el partido necesario para su publicación. He aquí la historia del Valle del Terror.

—Esto es del pasado, Mr. Douglas, dijo tranquilamente Sherlock Holmes. Lo que nosotros necesitamos por el momento es su historia de ahora.

—La sabrá Ud., señor, respondió Douglas. ¿Puedo fumar mientras hablo? Vaya, mil gracias, Mr. Holmes. Ud. mismo que es un gran fumador si mal no recuerdo, se hará cargo de lo terrible que es estar durante dos días encerrado solo en un cuchitril, con tabaco en los bolsillos, ser un fumador incorregible, y sin embargo no poder dar ni una chupada por temor de ser delatado por el humo. Se apoyó sobre la mesa y empezó a fumar el cigarro que le diera Holmes. He oído hablar mucho de Ud. aunque nunca creí, Mr. Holmes, que tuviéramos que ver uno con otro. Antes que Ud. se imponga de esto (señaló el paquete de papeles que yo tenía) referiré a Ud. algo de lo más recientemente ocurrido.

El inspector Mac-Donald había estado contemplando con el mayor asombro al nuevo aparecido.

—Bueno, esto ya me gusta, exclamó al fin. Si Ud. es Mr. John Douglas, el del señorío de Birlstone, entonces, ¿quién es ese cuya muerte hemos estado investigando en estos dos días y dónde diablos ha estado Ud. en este tiempo? Porque me da Ud. la idea de haber salido por escotillón, como si hubiera sido vomitado por la tierra.

—¡Ah! Mr. Mac, dijo Holmes levantando su índice amenazador, Ud. no quiso leer aquel documento local que describía el escondrijo del rey Carlos.

Nadie se ocultaba en aquellos días sino en sitios muy secretos y a propósito, y el escondite que una vez fué usado bien pudo serlo otra vez ahora. Yo estaba persuadido de que encontraríamos a Mr. Douglas bajo este techo.

—¿Y por qué nos ocultó Ud. esta circunstancia tanto tiempo? dijo el inspector amargamente. ¿Por qué ha consentido Ud. que perdiésemos tanto tiempo tras una pista que Ud. sabía que era falsa?

—Un momento, mi querido Mr. Mac. Sólo esta noche pasada he podido dar una apariencia de realidad a mis suposiciones en este sentido. Y la realidad no podía ser completa y evidente hasta esta noche. Invité a Ud. y a su colega a pasar un día de recreo y no seguir sus gestiones. ¿Qué más podía yo hacer? Cuando encontré en el agua el lío de ropa, se me ocurrió al momento que el cadáver que nosotros habíamos visto, no era el de Mr. Douglas, sino más bien el del ciclista de Tumbridge Wells. No podía suponer otra cosa. Me propuse luego determinar el lugar en que podría encontrarse Mr. John Douglas y según todas las probabilidades supuse que, en connivencia con su esposa y su amigo, se había ocultado en la casa, que tantas facilidades presentaba para un fugitivo, y que oculto ahí, esperaría tranquilamente la ocasión propicia para huir en definitiva.

Y no anduvo Ud. desacertado en sus suposiciones, confirmó Mr. Douglas. Pensé que habría caído bajo la sanción de las leyes británicas y, por otra parte, quise aprovechar la ocasión para despistar de una vez por todas a los sabuesos que venían en mi persecución. Tengan ustedes por entendido que nunca jamás hice cosa ninguna de que tuviera que avergonzarme y que no debiese hacer; pero ustedes juzgarán mejor cuando les haya contado mi propia historia. No tengo nada que temer, señor inspector, y estoy pronto a revelar a ustedes toda la verdad de cuanto ha ocurrido.

No empezaré desde el principio. Eso ya lo verán ustedes ahí (y volvió a señalar el rollo de papeles que yo tenía) y verán que se trata de una extraña y peregrina historia, que se reduce a lo siguiente: hay algunas personas que tienen fundados motivos para odiarme y darían hasta el último centavo de su fortuna por conseguir mi muerte. Mientras yo aliente o vivan ellos, no habrá nunca en el mundo seguridad ni tranquilidad para mí.

Me han seguido desde Chicago a California, han venido tras de mí de América a Europa; al casarme y fijar mi residencia en este tranquilo rincón creí por un momento que mis últimos años se deslizarían en calma. Nunca había querido imponer a mi esposa de estos acontecimientos. ¿Para qué había de hacerlo? Esto la hubiera robado la tranquilidad para siempre, y a cada momento creería cernerse sobre mí el peligro.

Mrs. Douglas se volvió y al momento sus brazos rodearon al aparecido, que tendió su mano a Mr. Backer

Sé que ella sabía algo por alguna palabra que pudo escapársele inconscientemente, pero anteayer, después que ustedes, señores, la interrogaron, jamás estuvo al corriente de este asunto.

Ella les declaró a ustedes todo cuanto sabía y lo mismo hizo Backer, pues en la noche que ocurrió el suceso, no hubo tiempo ni-

guno para explicaciones. Ahora ya está perfectamente enterada de todo y reconozco que hubiera yo obrado más cuerdamente si antes la hubiese puesto en conocimiento de ello. Pero era una cuestión difícil, querida, (y estrechó entre sus manos las de su esposa) y yo hice lo que me pareció más conveniente.

Bien, señores; el día antes de estos acontecimientos estuve en Tumbridge Wells y sorprendí el relámpago de la mirada de odio de un hombre en la calle. Fué sólo un relámpago, pero estaba ya aleccionado por la experiencia y ni un momento dudé de quién se trataba. Era el peor, el más encarnizado de todos mis enemigos, uno que me había seguido todos estos años como una pesadilla, como sigue al tímido siervo que huye del lobo hambriento. Adiviné que se acercaba el momento difícil y regresé a casa y me preparé a recibirlo. Había luchado contra todos ellos con todo el derecho de mi parte. Hubo un tiempo en que mi buena estrella fué el tema de conversación en todos los Estados Unidos. Nunca temí que ésta me hubiese abandonado. Durante todo el día siguiente estuve en guardia, y por ningún motivo salí del parque. Esto fué mi salvación, porque al momento se habría echado sobre mí con un recortado fusil antes de que yo pudiese defenderme. Después de levar el puente (mi ánimo quedaba siempre más tranquilo cuando se alzaba el puente en las tardes) desechó de mi cabeza todo temor. Nunca pude figurarme que tenía al enemigo en mi casa y al acecho. Pero cuando ya en bata de noche hice mi acostumbrada ronda por toda la casa, no bien puse los pies en el gabinete, tuve el presentimiento de un peligro. Tengo para mí que cuando un hombre ha corrido muchos peligros en su vida (y yo los he tenido innumerables) se desarrolla en él una especie de sexto sentido que agita ante su vista la bandera roja. Yo vi claramente la señal del peligro, y sin embargo, no sabría decir cómo ni por qué. Un momento después distinguía una bota asomando bajo el cortinón de la ventana y entonces me convencí de lo acertado de mi presentimiento.

La única luz que había en la pieza era la vela que yo tenía en la mano, pero por la puerta abierta penetraba la luz de la lámpara del hall. Tiré la vela y de un salto me apoderé de un martillo que yo había dejado sobre la alfombra. En el mismo momento se abalanzó él sobre mí. Vi el centelleo de la hoja de un cuchillo y descargué el martillo sobre mi agresor. Debí acertar bien el golpe porque el cuchillo cayó al suelo. Rápido como el rayo se resguardó tras de la mesa y sacó del interior del abrigo el fusil. Pude percibir el ruido que hizo al amartillarlo, pero me eché encima de él antes que tuviese tiempo de disparar. Yo sujetaba el fusil por el cañón, y durante un minuto o más luchamos desesperadamente con todas nuestras fuerzas por arrebatarnos el arma. Iba la muerte para el que cediese. Mi adversario no soltó nunca, pero hubo un momento bastante prolongado durante el que cedió un poco y predominó mi fuerza. No sé si sería yo quien apretó el gatillo; probablemente fuimos ambos en nuestra desesperada lucha. El caso fué que el tiro salió en ocasión que el cañón del fusil daba exactamente bajo su barba y yo estaba separado de Ted Baldwin a todo lo largo de mi brazo. Yo le había reconocido ya en Tumbridge Wells y después de nuevo al lanzarse sobre mí; pero su propia madre no le habría identificado en el estado en que quedó al recibir el tiro. Mucho me había costado vencer, pero no pude menos de sentir impresión al verle después. Estaba aún al borde de la mesa cuando Backer entró precipitadamente. Oí luego a mi esposa que llegaba y corrí a la puerta para detenerla. No era aquel espectáculo para una mujer. La prometí que en seguida me reuniría con ella. Hablé una o dos palabras con Backer, que de un vistazo se dió cuenta de la situación, y esperamos a que llegasen los demás. Pero ninguno vino, Comprendimos que no habían oído nada y que sólo nosotros estábamos al cabo de cuanto había ocurrido.

Fué en este preciso momento cuando me ocurrió la idea. La sorpresa de los acontecimientos me habían tenido atontado. La manga del brazo de mi enemigo se había subido y quedaba al descubierto en su antebrazo la marca de la logia. Véanla ustedes.

El que ahora aparecía como Douglas se levantó la manga y dejó ver marcado también en su antebrazo un triángulo dentro de un círculo, exactamente igual a la marca del cadáver.

—Fué la vista de esta marca la que me volvió a la realidad y me hizo pensar. Fué aquello como una inspiración repentina. Su estatura, su cabello, su tipo, coincidían con los míos. Por su cara nadie podría sacarla, ¡pobre diablo! Entonces, en un momento bajé ropa y en cosa de un cuarto de hora Backer y yo le quitamos la suya y le pusimos esa, la mía, que es con la que ustedes encontraron vestido el cadáver. Toda su ropa la metimos en un lío y poniendo dentro del atado el único peso que encontré a mano, una de mis palanquetas, la tiramos por la ventana. La tarjeta que él pretendió dejar junto a mi cadáver, la dejamos junto al suyo. Le pusimos en sus dedos mis anillos, pero al llegar a mi anillo de bodas (y mostraba su mano musculosa) pueden ustedes convencerse de que fué imposible sacarle. Jamás me lo había sacado desde el día de mi matrimonio y para sacarlo habría tenido necesidad de una lima. No sé, de todos modos si habría tenido valor para desprenderme de él, pero aún cuando hubiera querido no habría podido hacerlo. Tuvimos, pues, forzosamente que prescindir de este detalle y abandonamos a la casualidad. Por otra parte, yo traje un pedacito de tela emplástica y se lo puse precisamente en el mismo sitio en que yo llevaba uno

en aquella circunstancia. Aquí se le escapó a Ud. el ardid, Mr. Holmes; pues si hubiese Ud. levantado el parchecito del cuello, habría Ud. visto que debajo de él no había nada.

La situación era, por tanto, la siguiente: Si yo lograba desaparecer durante algún tiempo y marcharme luego a un punto donde pudiera reunirme con mi esposa, tendríamos por fin ocasión de vivir tranquilos por todo el resto de nuestra vida. Los peligros que me amenazaban no habrían de durar más allá de esta vida; en el momento en que mis enemigos viesen por los diarios que ya Baldwin había consumado su venganza, sería llegado el fin de mis sufrimientos. No fué mucho el tiempo de que dispuse para explicar todo esto a mi esposa y a Backer, pero en cualquier forma se impusieron de todo, lo bastante para ayudarme. Yo conocía bien todo lo que había respecto al escondite, y lo mismo lo conocía Ames, pero nunca se le ocurrió a éste relacionar el asunto del crimen con este conocimiento. Me oculté en mi escondite, por tanto, y Backer se encargó de lo demás. Opino que ustedes de por sí podrán darse cuenta exacta de lo que hizo. Abrió la ventana y puso la marca sobre la repisa para dar una idea de cómo escapara el asesino. Fué esta indudablemente una medida atrevida, pero alzado como estaba el puente no había más camino para la huída. Después, cuando todo estuvo listo, tocó la campanilla para dar la alarma. Lo que después sucedió ya lo saben ustedes, señores; pueden, por consiguiente, proceder como les parezca, pero yo he dicho a ustedes la verdad, y la verdad entera. ¡Ayúdenme ustedes por Dios! Y tengan la bondad de decirme, ¿en qué condiciones me encuentro respecto a la ley?

Hubo un momento de silencio, que rompió al fin Sherlock Holmes:

—La ley inglesa es esencialmente una ley justa. No le tratará a Ud. peor de lo que merece. Pero podrá Ud. decirme, ¿cómo supo este hombre que Ud. vivía aquí? ¿Cómo pudo introducirse en su casa de Ud. y cómo pudo esconderse?

—No sé nada, absolutamente.

Holmes tenía un semblante por demás serio.

—Me temo que aún no haya concluído esta historia, dijo. Puede ser que Ud. encuentre peligros peores que los de la ley inglesa y aún por los de sus enemigos de América. Preveo para Ud. días de angustia, Mr. Douglas. Guíese Ud. de mis consejos y manténgase siempre alerta.

Y, ahora, pacientes lectores míos, os suplico que os alejéis conmigo por algún tiempo muy lejos del palacio señorial de Birlstone, y lejos también del año en que se han desarrollado los interesantes acontecimientos que acabamos de relatar y que terminarán con la extraña historia del hombre que hemos conocido como a John Douglas. Si queréis retroceder unos veinte años en cuanto al tiempo y unos cuantos miles de millas al accidente respecto al lugar, tendré ocasión de presentar ante vosotros una historia terrible y singularísima, tan singular y terrible que se hace difícil el creer que ella pueda haber ocurrido tal y cómo tengo el placer de relatárosla. No penséis que empiezo a contaros una nueva historia antes de ter-

Yo sujetaba el fusil por el cañón

minar otra. A medida que vayáis leyendo os convenceréis de que no es así. Y cuando yo os haya referido esos distantes acontecimientos y vosotros hayáis descorrido el misterio del pasado, volveremos de nuevo a encontrarnos reunidos en estas habitaciones de Backer Street donde de igual suerte que otros muchos acontecimientos, tendrá fin los de esta peregrina historia.

2.ª PARTE

LOS MERODEADORES

CAPITULO I

El hombre

Era el 4 de febrero de 1875. Reinaba un invierno crudo y la nieve cubría densamente las profundas gargantas de las montañas de Gilmerton.

Sin embargo, la máquina de vapor había roturado las capas de nieve y estaba expedita la vía férrea. Ese mismo día corría un tren por la extensa línea que pone en comunicación los diversos puntos mineros y establecimientos de fundición del distrito, y ascendía penosamente las escalonadas pendientes desde Staquilla hasta la llanura de Vermissa, cuidad central cabeza del Valle de Vermissa. Desde este punto el ferrocarril va descendiendo hasta el Cruce de Boston, Heldale y la región agrícola de Merton. Era un ferrocarril de vía amplia, pero a cada estación, y estas eran numerosas, hileras enormes de vagones cargados de cobre y hierro pregonaban la enorme riqueza arrancada al terreno por una población laboriosa y activa en aquel rincón de los Estados Unidos de América.

¡Y qué rincón tan desolado! El primer caminante que atravesara aquellos páramos incultos difícilmente hubiera podido imaginarse que las más ricas y exuberantes praderías de otras comarcas eran de ningún valor comparadas con aquel terreno árido y triste de negros peñascos y enmontañados bosques. Por encima de las selvas espesas e impenetrables los cubiertos y pelados picachos de las montañas, coronadas de nieve se alzaban gigantescas y las vertientes de uno a otro lado formaban allá abajo en su fondo un valle sinuoso interminable y profundo.

Por este valle se deslizaba el tren pesadamente. Acababan de encenderse las lámparas en el coche de pasajeros, un vagón largo y desnudo en el que tomaban asiento unas veinte o treinta personas.

La mayor parte de estas eran trabajadores que volvían de su tarea de la parte más profunda del valle. Una docena de ellos por lo menos atestiguaban su condición de mineros por sus caras ennegrecidas y sus linternas de seguridad.

Estaban sentados en un grupo, fumando y charlando en voz baja y echando de vez en cuando miradas de reojo a dos hombres que en un ángulo opuesto del vagón, se veía por sus uniformes y sus insignias, pertenecían al cuerpo de policía. Unas cuantas mujeres también obreras y uno o dos viajeros que bien pudieran ser, por la traza, pequeños comerciantes del lugar; componían el resto de la comitiva, excepción hecha de un hombre joven, que iba solo en uno de los rincones del coche. Procuremos trabar conocimiento con este personaje, y examinémosle con detención porque no habrá de interesar, seguramente.

Es un hombre joven, de complexión robusta y regular estatura, que puede asegurarse no dista mucho de los treinta años. Tiene ojos grandes, vivaces y pardos de mirada astuta e interrogadora, y a través de sus anteojos, lanza, de cuando en cuando, rápidas miradas escudriñadoras. Se echa de ver fácilmente que es de un carácter sociable, quizás sencillo, deseoso de trabar amistad con todo el mundo. Cualquiera le creería a primera vista de instinto gregal y comunicativo por naturaleza, de viva inteligencia y de afable sonrisa.

Pero el que se fijase en nuestro hombre detenidamente, habría podido notar por cierta dureza de expresión, que se traslucía en su rostro, por lo acentuado de su barba y en no sé qué de desdeñoso en sus labios, que aquel joven irlandés, bonachón y simpático, de blondos cabellos, podía muy bien soltar la máscara y servir para el bien o para el mal, según el medio ambiente que le rodease.

Tras de hacer una o dos veces inútiles tentativas para entablar conversación con el minero más próximo y habiendo sólo recibido contestaciones monosílabas, el viajero se resignó al obligado silencio, asomándose a la ventanilla para contemplar el paisaje fugitivo. Y en verdad que éste tenía poco de delicioso. Por el árido terreno aparecían continuamente las rojas bocas de fuego de los hornos en las faldas de las colinas. A su lado y en fila interminable grandes montones de escoria y de materias calcinadas a lo largo de la línea, de trecho en trecho, grupos de casas de madera, cuyas ventanas comenzaban a destacarse a la luz de las lámparas del interior, y en las estaciones de parada aglomerábanse los habitantes de aquellas míseras viviendas mostrando su tez curtida por el sol y el sudor del rudo trabajo. En el distrito minero de Vermissa no se conocían ni labriegos ni desocupados. Se batallaba con ardor, la lucha por la vida y sólo se conocía el trabajo rudo y los rudos y fornidos obreros que lo acometían.

El joven viajero iba examinando este tris-

te paisaje con una mezcla de interés y desagrado que demostraba que el espectáculo era para él nuevo y desconocido. A veces sacaba de su bolsillo interior una carta voluminosa en cuyo margen hacía algunas anotaciones. Una vez, del bolsillo de atrás del pantalón sacó un objeto, que cualquiera se habría extrañado de ver en poder de un hombre, al parecer tan tranquilo. Era un enorme revólver de marino. Al ponerlo oblicuamente frente a la luz pudo verse que se hallaba completamente cargado.

Lo examinó con una rápida mirada y lo volvió al punto a su bolsillo secreto, pero no sin que antes hubiera sido sorprendido en sus movimientos por un obrero que estaba sentado en un asiento del lado.

—Caramba, compañero, dijo éste. Parece que viene Ud. prevenido.

El joven sonrió con cierto embarazo.

—Sí, respondió; esto es muy necesario en puntos como el de que yo vengo.

—¿Y dónde es eso?

—Ultimamente estuve en Chicago.

—¿Ud. no es de por aquí?

—No.

—Aquí encontrará Ud. lo que desee, dijo el obrero.

—Oh, ¿sí? El joven pareció interesarse.

—¿No ha oído Ud. nada de lo que ocurre por aquí?

—Nada, absolutamente.

—¿Cómo? Yo creía que en todo el país no se hablaba de otra cosa. Pronto estará Ud. al cabo de todo. ¿Y cómo es que vino Ud. por acá?

—Me han dicho que aquí hay siempre trabajo para el que lo desea.

—¿Es Ud. miembro de la "Labor Union"?

—¡Cómo no!

—Entonces no le faltará trabajo, se lo aseguro. ¿Tiene Ud. algún amigo?

—Aún no; pero tengo medios de proporcionármelos.

—¿Y de qué modo?

—Soy socio de la antigua orden de Hombres Libres. No hay ciudad donde ésta no tenga su logia, y en dondequiera que haya una logia he de encontrar amigos.

Estas palabras produjeron sobre el obrero un efecto singular. Echó en derredor una mirada fijándose en los otros obreros del coche, recelosamente.

Los mineros hablaban en voz baja y sostenían animada conversación. Los dos agentes de policía dormitaban. Se levantó, sentóse junto al joven viajero y le tendió su mano.

—Choque, Ud., le dijo.

Ambos se estrecharon la mano efusivamente.

—Tengo la convicción de que me ha dicho Ud. la verdad; pero no está demás cerciorarse

Levantó su mano derecha poniéndola junto a la ceja derecha. El viajero entonces levantó la izquierda hasta su ceja izquierda.

—Las densas tinieblas molestan, dijo el obrero.

—Sí, a los que acostumbran viajar, respondió el otro.

—Es suficiente. Soy el hermano Scanlan, Logia 341, Valle de Vermissa. Bienvenido sea Ud. por estas tierras.

—Muchas gracias. Yo soy el hermano Mc. Murdo, Logia 29, Chicago. Gran Maestre Y. H. Scott. Me considero feliz de haberme encontrado tan pronto con un hermano.

—Muy bien; aquí encontrará Ud. infinidad de ellos. No verá Ud. en ningún otro punto de Estados Unidos tan floreciente la orden como en este Valle de Vermissa. Aquí tenemos también algunos tan jóvenes como Ud. Pero lo que yo no acierto a comprender es que un hombre activo de la "Labor Unión" no encuentre trabajo en Chicago.

—Yo tenía trabajo de sobra, dijo Mc. Murdo.

—Y entonces, ¿cómo es que lo dejó Ud.?

Mc Murdo se volvió disimuladamente hacia la policía y sonrió.

—Me parece que estos darían algo por saberlo, dijo.

Scanlan lanzó una exclamación de simpatía.

—¿Le persiguen a Ud.? preguntó con voz imperceptible.

—Ya lo creo.

—¿Asunto grave?

—Gravísimo.

—¿Alguna muerte, acaso?

—Es muy pronto para hacer tales confesiones, repuso Mc Murdo con el aire de quien se arrepiente de haber hablado ya más de la cuenta. Yo tengo mis razones para dejar Chicago y esto debe de bastarle a Ud. ¿Quién es Ud. para preocuparse tanto de mí y hacer tantas averiguaciones?

A través de sus lentes sus ojos pardos despidieron un relámpago de ira amenazadora.

—Está bien, compañero. No hay que incomodarse. No por eso van a abrazarle a Ud. los muchachos, sea lo que sea lo que Ud. haya hecho. Y ¿a dónde se dirige Ud. ahora?

—A Vermissa.

—Es la tercera estación que viene de la línea. ¿Y dónde piensa Ud. hospedarse?

Mc Murdo sacó unos papeles, de su bolsillo y se puso a leer uno aproximándose a la lámpara.

—Aquí está la dirección: Jacob Shafter, calle Sheridan. Es una casa de huéspedes que me recomendó un amigo que conocí en Chicago.

—No sé, no la conozco; aunque yo no resido en Vermissa. Yo vivo en Hobson's Path, que es la estación a que vamos a llegar. Pero antes de marcharme quiero dar a Ud. un consejo. Si se ve Ud. en apuros en Vermissa, vaya al momento a la Union House y véase con el "Boss" Mc Genty. Es el Gran Maestre de la logia de Vermissa y nada puede ocurrir por estos lugares sin la expresa voluntad de él. Hasta la vista, compañero.

Probablemente nos veremos una de estas noches en la logia. Y no olvide mi advertencia. Si algo le ocurre véase con el Gran Maestre Mc Genty.

Scanlan descendió del tren y Mc Murdo quedó de nuevo entregagdo a sus pensamientos. Ya la noche había caído y las rojas llamaradas que se escapaban de los hornos parecían manchas sangrientas en el lóbrego manto de la obscuridad. A sus rojos resplandores las negras sombras proyectadas por las enhiestas colinas del terreno se apocaban y se agrandaban simulando una batalla de gigantes y pigmeos por escalar las cumbres cubiertas de nieve inmaculada.

—Parece este paraje en verdad una visión del infierno, dijo una voz.

Mc Murdo se volvió y encontróse con uno de los policías que de pie junto a él observaba con atención el paisaje por la ventanilla.

—Yo creo, dijo otro policía, que el infierno no ha de ser más horrible que esto. Y hasta no faltan aquí diablos que son peores de los que suelen pintarnos a los de allá. Ud. parece que es aquí extranjero; ¿no, joven?

—Sí, ¿y qué? respondió Mc Murdo con voz segura.

—Nada, señor; que desearía prevenir a Ud. que ande con mucho tiento para escoger sus amigos. Yo en su lugar no empezaría nunca por tratar a sujetos como Mike Scanlan, por ejemplo.

—¿Y qué diablos le importa que yo escoja estos o aquellos amigos? exclamó Mc Murdo con voz airada, lo que hizo que todos los del vagón volviesen la cabeza al oir la disputa. ¿Le he pedido yo a Ud. consejos, o cree Ud. que soy algún imbécil que no sé gobernarme sin ellos? Guárdese sus consejos para quien los desee y ya puede Ud. esperar sentado si he de ser yo quien se los pida.

Volvió la cara refunfuñando y miró a los mineros como el perro acosado que muestra los dientes.

Los dos policías, hombres apocados y de buen carácter quedáronse sobrecogidos ante la violenta respuesta dada a su amistosa advertencia.

—No se incomode Ud., extranjero. Fué un aviso en bien suyo, que le dimos al ver que era Ud. nuevo y desconocedor de estos sitios.

—Lo cual maldito lo que le importa a Ud., interrumpió Mc Murdo furiosamente. Siempre han de ser ustedes los mismos en todas partes, metiéndose a dar consejos a quien no los pide ni los necesita.

—Tal vez más adelante, y a no tardar sepamos algo más de Ud., interrumpió uno de los obreros circunstantes. Si no me equivoco, Ud. debe ser un camarada.

—Lo mismo pienso, afirmó otro. Creo que hemos de volver a encontrarnos.

—No vayan ustedes a figurarse que esto me intimida, exclamó Mc Murdo. Me llamo Mc Murdo, ¿oyen ustedes? Y si necesitan ustedes encontrarme pueden verme en Vermissa, calle Sheridan, casa de Jacob Shafter. Ya ven ustedes que no trato de esconderme, ¿no es eso? De día o de noche nunca temeré encontrarme con ninguno de ustedes cara a cara. Sobre esto no tengan ustedes la menor duda.

Corrió entre los mineros un murmullo general de simpatía y admiración ante la valiente actitud del nuevo compañero, mientras los dos policías encogían los hombros, y reanudaban entre ambos su conversación. Momentos después penetraba el tren a un recinto luminoso y una radiante claridad invadió el vagón. Era la estación de Vermissa, la más importante de la línea. Mc Murdo cogió su saco de viaje. Iba ya a bajar las escaleras del vagón cuando uno de los mineros se le acercó.

—Por los diablos, compañero, dijo con tono respetuoso, que sabe Ud. el modo de hablar a los de casco. He gozado oyéndole a Ud. Permítame que le lleve la maleta y le enseñe el camino. Precisamente tengo que pasar por Shafter, camino de mi casa. Al cruzar por el andén frente al vagón, todos los mineros saludaron en coro al camarada: "Buenas noches". He aquí cómo aún antes de poner los pies en la ciudad ya el turbulento Mc Murdo tenía en aquellos tipos fama de hombre enérgico y valiente.

La comarca había presentado un aspecto desolador y de tristeza horribles, pero el camino que conducía a la ciudad no era más pintoresco.

Por el extenso valle reinaba al menos la grandeza del horror en los hornos colosales que vomitaban ingentes llamaradas y densas nubes de humo negruzco, mientras que arriba en los arrogantes picachos de las montañas la nieve orlaba las abruptas rocas con su manto inmaculado.

Pero aquí, en el camino de la ciudad no había más que un aspecto de muerte y de tristeza. La calzada sembrada de baches profundos producidos por el tráfico, era un inmenso lodazal. Las aceras eran estrechas y desiguales. Los numerosos faroles del alumbrado servían sólo para mostrar una larga fila de casas de madera con sus pequeñas galerías al frente, ennegrecidas por el fango. Ya en el centro de la ciudad cambiaba la escena bruscamente por una larga serie de tiendas y almacenes iluminados profusamente y una porción considerable de bares y de garitos donde los mineros gastaban todo el caudal de sus salarios nada escasos, pero penosamente adquiridos.

—Esta es la Unión House, dijo el guía señalando un edificio que apenas si merecía los honores de creérsele una fonda. Jack Mc Genty es aquí el amo.

—¿Y qué clase de hombre es ese? preguntó Mc Murdo.

—¡Cómo! ¿No ha oído Ud. hablar del Gran Maestre?

—¿Cómo quiere Ud. que haya oído hablar

de él si yo soy forastero en estos lugares?

—Bah, yo creía que en toda la Unión era este nombre conocido. Bastante han hablado de él los papeles.

—¿Con qué motivo?

—Hombre, (el obrero bajó la voz) por sus negocios.

—¿Qué negocios?

—Por los diablos, señor, que tiene Ud. ocurrencias bien raras, y perdone que se lo diga. Aquí no hay más que una sola clase de negocios de que he oído hablar por estas tierras, los negocios de los merodeadores.

—Ah, sí; creo que oí hablar de ellos en Chicago. Una banda de asesinos ¿No es eso?

—Calle Ud., por su vida, exclamó el minero alarmado y mirando a su compañero con asombro.

Hombre, me parece que dura poco su vida si habla Ud. así en plena calle en estos lugares. A muchos les ha olido la cabeza a pólvora por menos de lo que Ud. ha dicho.

—¡Hombre! yo no sé nada de ellos; digo sólo lo que he oído.

—Y yo no quiero decir que no haya oído Ud. decir la verdad. El hombre miraba con recelo a todas partes mientras hablaba como si temiese algún inminente peligro. Si el que mata es asesino, entonces bien sabe Dios que aquí los hay. Pero líbrese Ud. de pronunciar el nombre de Mc Genty en conexión con todo esto, extranjero, porque puede haber quien le lleve el cuento, y no es él de los que dejan pasar tales desmanes. Ahora, esta es la casa a que Ud. viene (señalando una detrás de la calle). Ahí encontrará Ud. al viejo Jacob Shafter que goza fama de hotelero honrado en la ciudad.

—Muchas gracias, dijo Mc. Murdo, despidiéndose de su nuevo conocido con un apretón de manos, y tomando su maleta, atravesó el sendero que conducía a la casa de huéspedes, a cuya puerta pegó un sonoro aldabonazo. Esta se abrió al punto, pero en el umbral apareció una persona muy distinta de la que Mc Murdo esperaba.

Era una joven de hermosura singular. Tenía tipo sueco, cabello rubio, dorado marco de un rostro encantador con el que contrastaban poderosamente dos hermosos ojos negros y grandes. El extranjero quedó clavado y mudo de admiración y ella al sentir de cerca la admiración profunda de aquel desconocido, vió su rostro inundarse en una oleada de rubor. Con la luz en la mano, de pie en el umbral de la puerta abierta parecíale a Mc Murdo la joven una divina aparición de belleza insuperable, algo así como un cuadro de bella idealidad que contrastaba enormemente con la triste realidad de los contornos. Una violeta que floreciese sobre los promontorios de escorias hacinadas, no hubiera causado en el forastero sorpresa más extraña. Tal fué su estupefacción que quedó sin pronunciar palabra, ensimismado en la contemplación de aquella aparición y fué ella la que tuvo que romper el silencio.

—Creí que era mi padre, dijo con un pequeño y agradable acento sueco. ¿Desea Ud. verle a él? Está allá abajo en la ciudad. Le estoy esperando de un momento a otro.

Mc Murdo prosiguió en la muda contemplación de la joven, que bajó sus ojos ruborizada.

—No importa, señorita, dijo aquel al fin. No tengo prisa por verlo. Me han recomendado su casa para hospedaje. Pensaba que tal vez me conviniera, pero ahora ya veo que efectivamente me conviene.

—Calle usted, por su vida, exclamó el minero, alarmado, y mirando a su compañero con asombro

—Pronto ha podido Ud. verlo, dijo ella sonriendo.

—Y cualquiera lo vería a no ser ciego, respondió.

Ella sonrió agradeciendo la galantería.

—Sea Ud. bienvenido, señor. Yo soy miss. Ettie Shafter, hija de Mr. Shafter. Mi madre murió y yo corro con el gobierno de la casa. Puede Ud. esperar en el saloncito de al lado hasta que llegue mi padre.

Ah, aquí está ya; puede Ud. arreglarse con él.

Un hombre pasado de edad, llegaba sacudiéndose el barro del calzado. En pocas palabras le expuso Mc Murdo sus deseos. Un conocido, Murply le había recomendado la casa en Chicago. Al llegar le habían hablado bien de ella. El viejo Shafter indicó al punto las condiciones. El extranjero las aceptó todas sin discusión. Pagaría doce dó-

lares adelantados a la semana por casa y pensión. Y así fué cómo Mc Murdo, el que se confesó a sí mismo cómo huyendo de la justicia pasó a vivir en la casa de Shafter, constituyendo este hecho el primer eslabón de la cadena de tantos y tan terribles acontecimientos, que terminaron muy lejos en los lugares que principia nuestra historia.

CAPITULO II

El Gran Maestre

Mac Murdo era hombre que pronto se daba a conocer. Dondequiera que iba pronunciaba su nombre en todo el contorno. En menos de una semana se había hecho el personaje más importante de Shafter.

Había allí diez o doce pensionistas extranjeros pero eran simplemente honrados comerciantes, o vulgares dependientes de condición muy diferente a la del joven irlandés. Cuando en las tardes se reunían todos, sus bromas eran siempre las más celebradas, su conversación la más amena, y sus cantos los mejores. Era un camarada insuperable y despèrtaba a su alrededor alegrías y simpatías a granel. Y sin embargo, no eran pocas las veces en que como en el coche del ferrocarril daba muestras de irritabilidad y fiereza de carácter extraordinarias, lo que le acarreaba también el respeto y hasta el temor de los que le trataban. Con la ley y todo lo que con ella se relacionaba hacía pública ostentación de un desprecio absoluto, que encantaba a algunos y alarmaba a otros de sus compañeros de pensión.

Desde un principio hizo ostensible, por una franca admiración que había conquistado su corazón la hija del dueño, desde el momento mismo que fijó sus ojos en la hermosura y encanto de la joven. Y no era un pretendiente de los tímidos. Al segundo día la confesó su amor y desde entonces siguióle repitiendo la misma historia sin importarle un comino cuanto ella pudiera decir para desalentarle.

—¡Que hay otro? exclamaba; bueno; pues peor para él. Que ande con mucho ojo. ¡Voy a resignarme yo a perder la felicidad de toda mi vida y los anhelos de mi alma por otro cualquiera? Ud. puede seguir diciendo que "no", Ettie! Día llegará en que diga Ud. "sí", y yo soy joven aún para esperar.

Era un pretendiente peligroso, con aquel dejo irlandés y aquel sistema de enamorar tan grato y halagador. Tenía además en torno suyo el atractivo de la experiencia y el misterio con que se captaba las simpatías de una mujer y en seguida su amor. El podía hablar de los valles apacibles del condado de Monagham de donde venía; de la tranquila isla remota, cuyas pequeñas colinas y verdes praderas aparecían a su imaginación como el más bello paisaje de la tierra al evocarlos desde aquel lugar de desolación y nieve. El había vivido la vida de las grandes ciudades del Norte del Estrecho y de los terrenos madereros de Michigan, de Búfalo, y de Chicago, donde trabajó en las serradurías. Y por si esto fuera poco venía después la parte novelesca, los acontecimientos que le habían sobrevenido en esta gran ciudad, acontecimientos tan extraños y de índole tan íntima que no le era permitido relatarlos. Y hablaba con calor de una súbita partida, del rompimiento de antiguos lazos y su huída a un mundo extraño, a aquel valle terrible; y Ettie lo escuchaba ensimismada, fijando en él sus hermosos ojos soñadores, con piedad y simpatía, cualidades ambas que muy pronto habían de convertirse en un amor espontáneo y decidido.

Mc Murdo había conseguido ocupación accidentalmente como tenedor de libros, pues su educación era bastante esmerada. El cargo le ocupaba la mayor parte del día y no había tenido por tanto ocasión de presentarse en la Logia de la antigua orden de Hombres Libres, Vino, sin embargo, a reprocharle su negligencia una noche la visita de Mike Scanlan, el compañero y consocio con quien se encontró en el tren. Scanlan era un hombre de pequeña estatura, nervioso, de rostro enjuto y ojos negros; pareció muy contento al volver a ver a Mc Murdo.

—Mire, Mc Murdo, le dijo; me acordé de su dirección y me he atrevido a visitarlo. Me ha extrañado mucho que no haya Ud. ido a ver al gran maestre. ¿Cómo es que no se ha presentado Ud. aún a Mc. Genty?

—Muy sencillo. Lo que yo necesitaba era ocupación y como ya la tengo...

—A pesar de eso debiera Ud. haber hallado tiempo para ir allá. Por Dios, hombre, ¿está Ud. loco que no ha ido todavía a la Union House y no se ha inscripto en los registros el primer día de su llegada? Si se ha descuidado Ud. vaya, es preciso que no se descuide, ya lo sabe.

Mc Murdo se quedó medio sorprendido.

—Hace ya más de dos años que soy miembro de la Logia, Scanlan, y nunca he oído decir que sean estos deberes tan apremiantes.

—En Chicago, tal vez no.

—¿Y no es esta de aquí la misma sociedad?

—¿Cómo? Scanlan se quedó mirándole fijamente. Había en sus miradas un no sé qué de siniestro.

—¿No lo es?

—Ya me lo dirá Ud. dentro de un mes. Supe que había tenido Ud. unas palabras con los de la ronda después que yo bajé del tren.

—¿Cómo lo ha sabido Ud.?

—Oh, corren mucho en este distrito las noticias: lo mismo para el bien que para el mal.

—Bueno; pues sí; les dije cuatro frescas tal y como se lo merecían.

—Caramba, hombre, es Ud. uno de los que

busca y necesita Mc Genty; ni que fuera Ud. cortado por un patrón.

—¡Cómo! ¿También él odia a los polizontes?

Scanlan prorrumpió en una sonora carcajada.

—Vaya, vaya Ud. a verlo, compañero, dijo levantándose de su asiento. No es a los polizontes sino a Ud. a quien él va a odiar si Ud. no se apresura a ir a visitarle. Conque, tome el consejo de un amigo y vaya cuanto antes.

Hubo en aquella misma tarde otro acontecimiento que impulsó a complacer al compañero.

Fuera que sus atenciones para con Ettie hubiéranse hecho más ostensibles, o que estas hubieran ido paulatinamente ablandando el ánimo de su patroncita, el caso fué que el pensionista llamó a su cuarto al joven pupilo y sin rodeos ni circunloquios le dijo de pronto:

—Me parece a mí, señor, que trata Ud. de conquistar a mi Ettie. ¿Es así, o me equivoco?

—Efectivamente, así es; respondió el joven.

—Bueno, pues debo advertirle a Ud. que esto es de todo punto imposible. Hay alguien que ha llegado antes que Ud.

—Ya me lo ha dicho ella.

—Bueno, pues le ha dicho la pura verdad. ¿Pero no le ha dicho a Ud. quién es él?

—No; se lo he preguntado, pero nunca ha querido decírmelo.

—Yo tampoco me atrevo. Ahí es nada! Sin duda ella no ha querido asustarle a Ud.

—¡Asustarme! Mc Murdo tuvo un arranque de indignación.

—Sí, amigo mío; no se avergüence Ud. por esto. Hay que saber quién es él. Es Teddy Baldwin.

—¿Y quién diablo es ese?

—Es un capitán de los Scowrers.

—¡Los Scowrers! Ya he oído hablar de ellos antes. Hay Scowrers en todas partes, no sólo aquí. ¿A qué viene ese temor? ¿Quiénes son los Scowrers?

El fondista bajó la voz instintivamente, como todo el mundo cuando hablaba de esta terrible sociedad.

—Los Scowrers, dijo, son la antigua orden de hombres libres.

El joven sintió un estremecimiento repentino.

—Bueno; pues yo también soy un miembro de esta orden.

—¡Ud.! Jamás hubiera consentido tenerle en mi casa si tal hubiera sabido, aunque me hubiese Ud. pagado cien dólares por semana.

—Pero, ¿y por qué ese horror a la orden? Si no es más que una sociedad de caridad y compañerismo. Los reglamentos lo dicen bien claro.

—Eso será en otras partes. Aquí no!

—¿Y qué cosa es aquí?

—Una sociedad de asesinos, eso es lo que es.

Mc Murdo sonrió escépticamente.

—¿Y cómo me lo probaría Ud.? preguntó.

—¡Probarlo! Pues, ¿qué no bastan para eso los cientos de asesinatos? ¿Qué sucedió con Milman, con Van Shorst, con la familia de Nechelson y con el viejo Mr. Hyan, y el pequeño Billy James y otros muchos? ¡Probarlo! ¿Hay un solo hombre o mujer en todo el valle que no lo sepa?

—Vamos a ver, dijo al punto Mc Murdo. Necesito que se retracte de cuanto me ha dicho o que me lo pruebe Ud. evidentemente. Y esto ha de ser antes de que yo salga de este cuarto. Póngase Ud. en mi caso. Yo soy un extraño en esta ciudad. Pertenezco a una sociedad que yo tengo por inofensiva, y que está difundida por todos los Estados Unidos y en todas partes es tenida como sociedad honrada. Y ahora, en el momento que yo me dispongo a incorporarme aquí a ella, viene Ud. y me dice que esta sociedad es la misma cosa que la sociedad de asesinos conocida por el nombre de Los Scowrers. Necesito, por tanto, una retractación o una explicación satisfactoria, Mr. Shafter.

Pues yo no puedo decirle más que lo que todo el mundo sabe, señor. Los capitanes de una son los capitanes de la otra. Si Ud. falta a una, es la otra la que se encarga de dar a Ud. su merecido. Esto lo hemos visto ya demasiadas veces.

—Pero estas no son más que habladurías; yo quiero pruebas, dijo Mc Murdo.

—Si Ud. continúa viviendo aquí, ya tendrá Ud. la prueba. Pero estaba olvidando que Ud. mismo es uno de ellos. Pronto se hará Ud. tan malo como los demás. Pero puede Ud. encontrar otros alojamientos, señor. Yo no puedo tenerlo a Ud. aquí. Bastante desgracia es para mí que uno de esos forajidos corteje a mi Ettie, y que yo pueda darle con la puerta en las narices, para que vaya a tener ahora otro en mi propia casa como alojado. De modo que, sin más, bueno será que no duerma Ud. aquí ya esta noche.

He aquí de qué manera quedó Mc Murdo sentenciado a dejar su confortable alojamiento y a separarse del lado de su amada. Aquella misma tarde la encontró sola en el salón y le contó todos sus contratiempos.

—Acaba de notificármelo su padre, le dijo. Verdaderamente poco me importaría marcharme, si sólo se tratase de dejar mi aloiamiento; pero, ¡ay! Ettie, aunque hace sólo una semana que la conozco, es Ud. ya mi vida entera, y sin Ud. no puedo vivir.

—Oh, calle Ud. Mc Murdo! No diga Ud. eso, respondió la joven. ¿No le he dicho a Ud. varias veces que ha llegado Ud. demasiado tarde? Hay otro de por medio y si bien es cierto que todavía no le he dado palabra de casamiento, ya sabe Ud. que no podría dársela tampoco a ningún otro.

—Supongamos que yo hubiese llegado pri-

mero, Ettie, hubiera tenido la felicidad de ser aceptado?

La joven hundió el rostro entre sus manos.

—Plugiera al cielo que Ud. hubiera sido primero, sollozó.

Mc Murdo hincóse al punto de rodillas ante ella.

—Por amor del cielo, Ettie, reflexione Ud. bien. ¿Va Ud. a destrozar su vida y la mía propia por miramientos tan escrupulosos? Siga los impulsos de su corazón, querida. Ellos son un guía más seguro que esa promesa que Ud. pudo hacer sin saber casi lo que hacía.

Al hablar oprimía entre sus robustas manos la blanca y delicada mano de Ettie.

—Dígame que quiere ser mía y juntos lucharemos por nuestra felicidad.

—¿Pero no será aquí?

—Sí, aquí.

—No, no Jack! Ahora él la estrechaba entre sus brazos. Aquí no puede ser. ¿No puedes llevarme lejos?

Una ráfaga de angustia pasó por un momento por el rostro de Mc Murdo; pero pronto quedóse impasible y contestó:

—No, aquí. Yo te defenderé contra el mundo entero, Ettie; estamos muy bien aquí.

—¿Y por qué no alejarnos?

—No, Ettie; yo no puedo marcharme de aquí.

—¿Por qué?

—Porque no me perdonaría nunca haber tenido tal cobardía. Y en realidad, ¿qué es lo que hay que temer? ¿No somos dos seres libres en un país libre? Si tú me amas y yo te amo a ti, ¿qué puede acobardarnos?

—Tú no sabes, Jack. Vives aquí aún muy poco tiempo. No conoces a ese Baldwin. No conoces a Mc Genty y a sus Scowrers.

—Verdad; ni los conozco ni les temo, ni pienso que los temeré nunca, dijo Mc Murdo. He vivido entre los pieles rojas, querida mía, y en vez de temerlos yo, han sido ellos los que me han temido a mí siempre, Ettie, ¡y los pieles rojas no son buenos para enemigos!

Si esta gente, según dice tu padre, ha cometido crímenes tras crímenes en el valle, y si todo el mundo los conoce, ¿cómo es que no han sido delatados a la justicia? ¿Qué dices a esto, Ettie?

—Porque nadie se atreve a declarar en contra de ellos. No viviría un mes el que tal hiciera. Y además porque también ellos tienen sus hombres que juran que el acusado estaba lejos del lugar del suceso en el momento del crimen. Pero, seguramente, Jack, tú tienes que haber leído todo esto. Tengo entendido que no hay diario en Estados Unidos que no se haya ocupado del asunto.

—Sí, algo he leído, es verdad, pero yo creía que todo eso eran historias. Tal vez esas gentes tienen algún motivo para proceder de ese modo. Tal vez se ha cometido con ellos alguna injusticia y no tienen otro medio de valerse.

—Oh, Jack, te suplico que no hables así. Eso es lo que decía siempre él, ese otro!

—¿Baldwin te decía esto?

—Sí, y esa es la causa porque tanto le odio. Jack, ahora ya te lo puedo confesar todo; yo odio a ese hombre con toda mi alma, pero también le temo. Le temo por mí misma y, sobre todo, por mi padre. Sé que algo muy terrible nos sucedería si él llegase a saber estos sentimientos que le profeso. He aquí por qué me llevaba entreteniéndole con medias promesas. Esto era en rigor de verdad nuestra única esperanza. Pero si tú quieres que huyamos de aquí, Jack, podemos llevarnos a mi padre con nosotros y vivir tranquilos fuera del alcance de estos miserables.

Otra vez se pintó la indecisión en el semblante de Mc Murdo y otra vez volvió al punto a quedarse impasible como roca de granito.

—No habrá peligro ninguno para ti, Ettie, ni para tu padre tampoco. Y en cuanto a esos miserables yo les demostraré bien pronto y tú te convencerás que soy tan terrible como el que más entre ellos.

—No, no Jack; no es preciso que te expongas.

Mc Murdo sonrió amargamente.

—¡Por Dios! Qué poco me conoces. Tu alma sencilla, querida mía, no puede comprender lo que por la mía pasa. Pero, calla; ¿quién viene?

La puerta se abrió violentamente y, en el dintel apareció un joven con aire fanfarrón como el que entra como dueño en su propia casa. Era un hombre joven, bien parecido y bien portado, de la misma edad y complexión, poco más o menos, de Mc Murdo. Bajó el sombrero flexible de anchas alas, que no hizo amago de quitarse, asomaba un hermoso rostro de ojos grandes, fieros y dominadores, y una nariz encorvada y aguileña. Al entrar clavó una mirada feroz en la pareja que sentada conversaba junto a la lumbre.

Ettie se había puesto inmediatamente de pie, llena de confusión y terror.

—Cuánto gusto de verlo por aquí, Mr. Baldwin, le dijo. Ha llegado Ud. más pronto de lo que yo esperaba. Pase y siéntese usted.

Baldwin quedóse clavado con las manos en jarras mirando descaradamente a Mc Murdo.

—¿Quién es este? preguntó lacónicamente.

—Es un amigo, Mr. Baldwin; un nuevo pensionista de casa. Mr. Mc Murdo, ¿me permite Ud. que le presente a Mr. Baldwin?

Los dos jóvenes se saludaron de un modo violento y poco amistoso.

—Probablemente le habrá dicho a Ud. Ettie lo que hay entre nosotros? dijo Baldwin.

—No sabía que hubiera entre ustedes relación alguna.

(Continuará).

Dbre. 1915

PACIFICO MAGAZINE

Precio: UN PESO

FERROCARRIL DE ANTOFAGASTA A BOLIVIA

Servicio directo semanal
ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

TRENES DE SUBIDA

Antofagasta . . .	Sale . .	8.40 P. M.	Sábado
Uyuni	Llega. .	7.30 P. M.	Domingo
Oruro	" . .	7.40 A. M.	Lunes
La Paz	" . .	4.30 P. M.	Lunes

TRENES DE BAJADA

La Paz	Sale . .	1.40 P. M.	Sábado
Oruro	Llega . .	8.27 P. M.	Sábado
Uyuni	" . .	7.55 A. M.	Domingo
Antofagasta . . .	" . .	Amanece	Lunes

NOTA.—El tren de Antofagasta combina con el vapor rápido del Sur de la Compañía Sud-Americana de Vapores, y el tren de La Paz combina con el vapor rápido de la misma Compañía, procedente del Norte.

Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y del Norte.

El precio de un pasaje de primera clase de Antofagasta a Oruro es de £ 3.8.8½ y de Antofagasta a La Paz de £ 4.14.5.

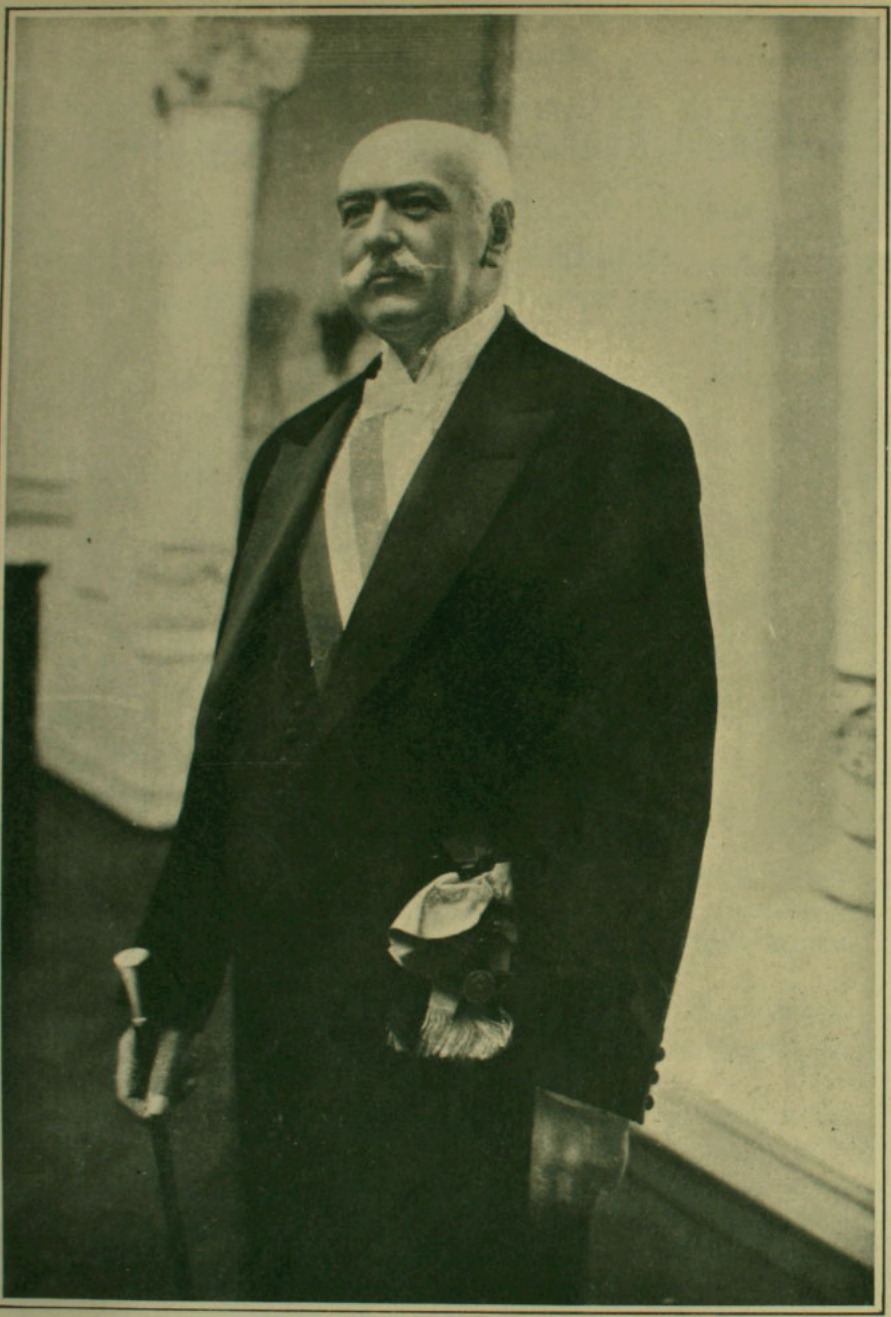
El boleto de cama por cada noche importa £ 0.12.1 y en un viaje a Oruro o La Paz debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa salitrera (Sección chilena) salen de Antofagasta diariamente, menos los domingos, a las 8 A. M.

Para mayores datos dirigirse a

Prat 65 - Casilla 43
Valparaíso

Moneda 1120
Santiago



EXMO. SEÑOR DON JUAN LUIS SANFUENTES, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA POR EL PERIODO CONSTITUCIONAL DE 1915-1920.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer. VOL. V.—Santiago de Chile, diciembre de 1915—Núm. 38 — Que mañana.

S. E. el Presidente de la República

No se puede negar—fenecida ya la administración Barros Luco— que el Excmo. señor Sanfuentes fué su primer ministro. Intervino en su elección, le facilitó su gobierno, aprovechó la anarquía política para manejar los partidos y tuvo, pues, legítima aunque excesiva influencia, en el pasado gobierno sin participar mucho de sus responsabilidades. Estas no pertenecían sólo al señor Sanfuentes sino también a los grandes partidos históricos que se enredaban en una política bizantina alejada de toda lógica y buen sentido. El gran partido liberal, entre ellos, se había dejado manejar por su juventud más ardiente que reflexiva y estampó en sus estatutos fundamentales cierta valla para pactar coaliciones con los conservadores.

El señor Sanfuentes es ante todo político; si se quiere ha sido politiquero muchas veces; pero no se le puede negar el dón esencial de los políticos verdaderos: el inmediato aprovechamiento de las faltas y errores ajenos. Cuando el señor Sanfuentes vió a los liberales separados de los conservadores por esta muralla material, por esta grosera falta de buen sentido político, comprendió — como Bonaparte en la primera mirada al campo de batalla— que los jóvenes liberales le habían dado la banda. Costaría recogerla; pero era suya.

El partido liberal separado de los otros grupos poderosos, se arrojó en la extrema izquierda y unido a radicales y demócratas, debió abdicar de sus naturales espectativas de dar al país un candidato liberal que entrara sin lucha a la presidencia.

Una convención tumultuosa silbó e invectivó a los jefes liberales más virtuosos y de talento; y solamente ante el peligro de un fracaso fué proclamado un candidato respetabilísimo; pero sin popularidad dentro de su partido. He aquí el triunfo del señor Sanfuentes que parecía imposible, explicado en cortas líneas y sin apasionamiento alguno, que en esta revista no cabe ni sería admitido.

Si el primer ministro de entre bastidores pasa a ser un gobernante de primera fila es algo que antes de poco nos lo dirán sus hechos. Desde ahora el político pasa a ser el Presidente y en este país una vieja tradición honesta y sana hace que los Presidentes sean tratados por los amigos y adversarios con profundo respeto y con lealtad. El Presidente debe recibir ayuda de todos para hacer buen gobierno.

El Excmo. señor Sanfuentes es joven, vigoroso, inteligente, tiene larga práctica de componedor, quiere dirigir las relaciones internacionales como debe hacerlo siempre el primer mandatario y poner mano severa en las finanzas, como puede efectuarlo quien ha sido comerciante y ministro de hacienda.

Saludamos al Presidente de la República y hacemos votos porque sus actos, inspirados en el patriotismo más puro, sean los de un gran mandatario.

Vicente Roy

Recuerdos de cincuenta años

DON VICENTE REYES

POR

Armando Donoso

Con ilustraciones fotográficas

En dos grandes épocas históricas el nombre de don Vicente Reyes ha estado en todas las bocas: cuando fué presidente del Club de la Reforma y durante la campaña presidencial de 1896. Y dicen los pocos que aún sobreviven de aquellos años y que estuvieron en el seno de ese centro, que nunca un jefe fué tan querido y respetado de la juventud como lo era el joven presidente de ese entonces; porque durante los días del Club apenas si don Vicente Reyes contaba siete lustros cumplidos, edad que aún debió parecer menor a los reformistas si recordaban a su antecesor, don Gerónimo Urmeneta, varón provecto, maduro en años y venerado de todos como no lo fuera un padre. Hogar de la nueva generación liberal, en el Club de la Reforma se formaron muchos de los que más tarde, en el correr de los años, habían de ser honra y provecho de su tierra: de su histórica tribuna dirigieron la palabra a las masas y a escogidos auditorios los Matta y Balmaceda, Mac-Iver y Reyes, los Arteaga y Demetrio Lastarria, Rodríguez Velasco y los Matte. Ventiláronse en el seno del Club y en los mitins al aire libre los más árduos problemas políticos de la época; como una hoguera enorme, hecha de entusiasmo y atizada por todos los fuegos del sacrificio, fluyó de allí un calor benéfico que prendió en muchos corazones. Quienes primero vieron el Club con malos ojos bien pronto llegaron a él, y si antes había iniciado éste tan solo sus sesiones con la cooperación de algunos jóvenes, bien pronto se confundieron en sus bancos las frentes mozas y las calvas relucientes. Cuando la campaña presidencial de don José Tomás Urmeneta era el Club de la Reforma una entidad política formidable, capaz de dirigir una lucha electoral colocándose frente al Gobierno. Y no es que sus miembros persiguiesen puras ventajas en las urnas llegando a constituir una máquina electoral; su programa limitábase a contrarrestar la acción omnímoda del Gobierno sobre todo contra sus facultades intervencionistas; pedía la reforma electoral que otorgase el derecho de sufragio a todos los ciudadanos capaces de ejercerlo; darle el carácter de precepto constitucional a la tolerancia religiosa; absoluta libertad en la ley de imprenta; limitación de las facultades del Presidente de la República; independencia absoluta del poder judicial. La acción del Club fué grande y fructífera en bien de las ideas liberales: cuando don Vicente Reyes ocupó su presidencia, el centro no hacía más que acrecentar constantemente su prestigio y su influencia. Su elección unánime en el Club fué un señalado triunfo, un éxito que llevó su nombre a todas partes en la metrópoli y que anunciaba ya su futura designación para la candidatura a la presidencia de la República.

¿Qué podremos decir, que ya no se haya estampado en letras de molde, de su popularidad cuando fué exaltado a la candidatura presidencial en 1896? ¿Qué? Sería preciso recordar los tiempos del general Bulnes y de don Manuel Montt para darse cuenta del ardor de aquella lucha reñidísima en que la unión liberal paseó por todo el país el nombre de don Vicente Reyes como una bandera doctrinaria que azotaba el viento de todos los entusiasmos y en la que los contrarios veían un reto a muerte de ideas y de creencias. La popularidad, la más amplia popularidad, saludó el nombre de don Vicente Reyes cuando fué proclamado por la Con-

Don Manuel Reyes, padre de don Vicente.

vención presidencial y por él riñó durante medio año el país entero dividido, con furia, con pasión sin igual, que hacían recordar los cerrados odios de las guerras civiles.

Pero todo aquello está distante ya; pertenece a la historia. Cuando don Vicente recuerda aquellos días se sonríe bondadosamente y nos dice:

—De seguro no estaría conversando con usted ahora si hubiera sido Presidente: ya estaría enterrado mucho tiempo. ¡Es ese un molejón muy duro! Santa María murió poco después de bajar de la Presidencia; Balmaceda y Errázuriz murieron en ella; Pedro Montt también...

De joven fué don Vicente Reyes buen estudiante: su carácter se templó más tarde en las aulas universitarias como el hierro en la llama viva; de mozo comenzó en la política su carrea de un salto: antes de abandonar la presidencia don Manuel Montt le ungió diputado; después, llegó a la presidencia del Club de la Reforma y con ella conquistó el unánime cariño de toda una generación.

Quienes le conocieron de mozo hablan de él con sincero entusiasmo: jamás un joven fué mejor dotado para surgir fácilmente en la vida. De regular estatura, bien espigado, ojos inteligentes, vivísimos, frente amplia, rostro sereno, era don Vicente Reyes a los veinticinco años un buen mozo. Los viejos retratos que de él se conservan confirman el testimonio personal de quiennes le conocieron. En el trato diario, en las tertulias, se le tenía por un charlador insuperable, de palabra fácil y vivísimo ingenio. Yo le he oído referir a un viejo amigo suyo que en los salones más aristocráticos don Vicente Reyes triunfó siempre: su trato afable, su decidora alegría, su humor gentilísimos preocuparon a más de un corazón de dieciocho primaveras. Ahora, que van corridos tantos años desde aquellos venturosos días y cuando ya su vida, se ha tornado tranquila y transparente como el espejo de las aguas inmóviles que reflejan un pedazo de cielo, recordamos lo que sería el calor de su admirable juventud cuando estos sus ochenta años, ante la menor evocación, florecen en bellos y animados recuerdos. Habla don Vicente Reyes con una franqueza comu-

Señora Luisa Solar y Valdés, esposa de don Vicente Reyes.

Curioso retrato de joven de don Vicente Reyes.

nicativa que bien parece la de un mozo; le vemos reir como se ríe un niño, con el alma puesta a flor de labios; sencillo, enemigo de la gravedad insolente, con gestos finos y corteses de gran señor, amable, franco y espiritual, su vivacidad despierta en nosotros rápidamente la alegría porque toca directamente a los sentimientos, ajena a toda actitud preconcebida. Bien se nos alcanza que si este su invierno de hoy tiene aún el calor de la jovialidad que hace nacer flores en él, aquella su primavera de antaño debió ser un puro derroche de vivo y agudo ingenio.

Nacido don Vicente Reyes en la primera mitad del pasado siglo, en 1835, de muy niño pudo ser testigo de los mayores acontecimientos de nuestra historia. Sus recuerdos alcanzan hasta aquellas lejanas y ya casi olvidadas fechas en que apuntaban los primeros albores del liberalismo chileno: él estuvo entre las multitudes el día en que en plena plaza se instruía el proceso contra la "Sociabilidad chilena" de Francisco Bilbao, mientras el entusiasmo de los jóvenes paseaba en triunfo a través de las calles al joven apóstol; él oyó el estruendo de la fusilería en las jornadas de 1851; estuvo más tarde cerca del Presidente Montt y recuerda el movimiento subversivo de 1859; él vió al ilustre Gallo cuando era inspector en el Instituto Nacional; recuerda lleno de emotiva gratitud a don Antonio García Reyes, que una muerte temprana arrebató antes de las cuarenta años, y su memoria conserva intacta la imágen de Jotabeche cuando hablaba desde su banco de las Cámaras, siendo don Vicente aún muy niño. Sin embargo, cuando evoca aquellos días ya tan distantes, parece que su memoria se anima, se despierta de su sueño no interrumpido, y los recuerdos comienzan a brotar de sus labios sin esfuerzo, suavemente.

Le insinuamos apenas nuestra primera pregunta y don Vicente cavila un instante: retrocede sesenta y nueve años en su vida, a fin de colocarse en aquellos sus dorados días de colegial. Entonces nos dice:

—Entré al Instituto Nacional en octubre del año cuarenta y seis; recuerdo que llegamos a la misma clase y el mismo año con Julio Zegers y Carlos Armando Rogers. Más tarde ingresaron a nuestro curso José Gabriel Palma y Emilio Valdés. Era profesor don Manuel Chaparro, quien fué nuestro maestro durante el primer año, un caballero muy bueno. Entonces en los cursos de huma-

Otro retrato tomado poco después de ser elegido diputado.

nidades un profesor tomaba al alumno desde el primer año y lo llevaba hasta lo último, es decir, hasta la clase de filosofía. Duraba este aprendizaje total cuatro o cinco años. Nosotros estuvimos cinco años. Desde el segundo año fué nuestro profesor don Raimundo Silva. En 1847 hubo oposiciones para proveer clases de humanidades y se las llevaron las del primer curso Silva y las del segundo Miguel Amunátegui. Don Raimundo era un admirable profesor: ¡qué hombre tan inteligente y tan bueno! No recuerdo que nos

Fotografía de don Vicente tomada antes del año 80.

impusiera jamás un castigo; era la bondad en persona. Nos enseñaba el latín, la historia, la geografía, cuatro ramos de matemáticas, con admirable versación en todos ellos. Algunas veces, para sus cursos de matemáticas elementales se hacía enseñar las materias por un ingeniero amigo y luego iba preparado a sus clases concienzudamente. ¡Era una enciclopedia! Algunos días nos complacía hasta en nuestros antojos: le pedíamos que no nos hiciera clase y entonces mandaba cerrar las puertas de la sala y nos leía algún trozo de "La Jerusalén libertada" o de "El libro de los oradores". Otras veces, y como tenía una gran memoria, solía repetirnos algunos de los buenos discursos que se habían pronunciado en las Cámaras... Era muy curiosa la vida en el Instituto entonces: como había un capellán se decía misa diariamente y se rezaba el rosario. Claro está que tanto la hora del rosario y de la misa la aprovechan los estudiantes para hacer diabluras: arrojar pelotillas o tomarnos las vinajeras. Yo no los acompañaba porque era un niño beato, que había sido educado piadosamente. Sólo mucho más tarde cambié de ideas...

—¿Qué libros leían con predilección entonces?

—Leíamos todo lo que caía en nuestras manos, pero generalmente novelas: los libros de Alejandro Dumas, "El judío errante" y "Los misterios de París" de Eugenio Sue; los folletines de Feval; y tantos, tantos otros que se me han olvidado ya. Yo me acuerdo que me eché al cuerpo, sin llegar a entenderla por supuesto, una "Historia de diez años" de Luis Blanc.

Y después de estas sus lecturas de adolescente evoca don Vicente Reyes sus asistencias frecuentes a la barra de las Cámaras, desde cuyos asientos fué testigo de más de una escena memorable. Como nosotros le preguntamos sobre la verosimilitud de una anécdota popularísima de Lastarria, don Vicente recuerda la sesión de las Cámaras en que don José Victorino Lastarria defendía al Ministerio de don Manuel Camilo Vial, mientras era crudamente impugnado por los conservadores. Después de pronunciar un discurso Lastarria, Jotabeche le dijo, como burla burlando: "El señor diputado tiene mucho talento". Vallejos tenía reputación de ser irónicamente mordaz y sus palabras despertaron la hilaridad en la barra, lo cual le indujo a repetir la frase en abierto son de burla: "El señor diputado tiene mucho talento". Entonces don José Victorino, sin inmutarse siquiera, le contestó: "Lo tengo y lo luzco".

Don Vicente echa reir de buenas ganas mientras Miguel Luis Rocuant, que se encuentra presente, y yo nos miramos de hito en hito riendo también con el sabor de la anécdota, que ya tiene total popularidad en el país aún cuando no todos saben quiénes fueron los actores que la vivieron.

—Don Vicente, le preguntamos, ¿conoció usted a Francisco Bilbao y recuerda la condenación de la "Sociabilidad chilena"?

—A Bilbao lo conocí aunque no muy de cerca. No olvido que era muy cariñoso con los niños: iba frecuentemente a la casa de mi bisabuelo, donde vivía Antonio García, a verlo, pues eran muy amigos. Alguna vez recuerdo haberlo encontrado entre los niños, conversando alegremente. Su aspecto bondadoso, su rostro de apóstol, sus maneras distinguidas no las olvidaré nunca. También solía verlo muy a menudo en la casa de los Lynch, donde yo me pasaba con frecuencia los días... El día del jurado, cuando se condenó su libro en la plaza pública, nos juntamos con Luis y Eliodoro Lynch a fin de ir a hacer coro en favor de Bilbao, porque, le repito, todos le queríamos mucho. Mientras el jurado deliberaba estuvimos todo el tiempo en la plaza: los gritos, los vivas a Bilbao se sucedían a cada instante; era aquella algarabía infernal. De repente, me acuerdo que el juez, un caballero Silva, de Talca, salió del juzgado a la plaza a perorar al pueblo para imponerle orden; sin embargo, la gritería siguió con más furia porque bien parece que toda la concurrencia de la plaza estaba de parte de Bilbao. Yo no ví toda la cuestión, que después me contaron los Lynch, pues cuando me encontraba en lo mejor de la función ayudando a meter ruido, un pariente de mi padre acertó a pasar por allí y, buen corre vé y dile, llevó el cuento inmediatamente a mi casa de donde llegaron en un vuelo en mi busca. Me gané una magistral represión... Los Lynch me refirieron después que en la plaza se había formado una colecta a fin de pagar la multa que el jurado le impuso a Bilbao y don Guillermo Blest, padre de los Blest Gana, había dado once onzas. Después se llevaron en triunfo a Bilbao por la calle del Estado y luego por la Alameda de las Delicias: al pasar frente al Instituto unos músicos tocaron la Can-

Retrato de don Vicente hecho antes de la Revolución del 91.

ción Nacional, lo cual fué motivo para que el Gobierno destituyera de su cargo al jefe de la tropa... Cuando Bilbao volvió a Chile, después de su viaje a Europa, no recuerdo haberle visto.

—De la revolución del 51 ¿conserva algún recuerdo?

Retrato de don Vicente Reyes, tomado en 1892.

—Todo lo que supe de ese movimiento, descontando lo de aquí de Santiago, se lo oí referir a Antonio García, que era secretario del general Bulnes. Estábamos entonces en los días en que comenzaban los movimientos revolucionarios, antes que don Manuel Montt subiera a la Presidencia. El 20 de abril de 1851 fué en Santiago un día de muchas historias: la gente despertó ese día con la noticia de que se había sublevado el batallón Valdivia. Se produjo la confusión general por todas partes y todos no encontrábamos mejor garantía que no salir por lo menos de nuestras casas... Después la revolución del sur: el 19 de septiembre, cuando don Manuel Montt se preparaba para ir a la Pampilla, le llegó un propio del sur, en el que le comunicaban que se había levantado el general Cruz. Me acuerdo haberle oido contar a Antonio García que el general Bulnes salió de Santiago sin tropas y se fué buscando gente; después que había partido le enviaron el batallón Chacabuco y otros. Por el camino requería a las personas que eran influyentes y a quienes conocía para que le prestasen su ayuda.

Aprovechando el alto que hace don Vicente un instante para encender un cigarrillo, cigarrillo de noble hoja talquina que fuma desde hace más de medio siglo, le preguntamos:

—En una de nuestras entrevistas nos dijo don Marcial Martínez que la batalla de Loncomilla había quedado indecisa en realidad y que el general Cruz se había dado por derrotado cuando en realidad no lo estaba. ¿Qué piensa usted sobre el particular?

—En aquellos años hubo muchas personas que afirmaron lo mismo; pero, el hecho es que el general Bulnes quedó dueño del campo... Y Bulnes se portó muy generosamente con sus enemigos; también es cierto que esa conducta era tan propia de su carácter. Fué con los vencidos magnánimo a más no poder. Tomó el camino de la generosidad, del respeto para los militares vencidos. Hizo un tratado que le permitió a los vencidos quedar en situación de seguridad: esta fué una medida pacificadora. Así como fué un gran mandatario, Bulnes era un general valeroso, esperto y que sabía aprovechar las condiciones propias del soldado chileno.

—¿Conoció usted de cerca a don Manuel Montt?

—Tanto como haberlo conocido de cerca no podría decir; fuí como un espectador cualquiera que presenció los acontecimientos de su administración. A don Manuel Montt le tengo por uno de los grandes presidentes que hemos tenido, pero fué desgraciado porque estuvo en lucha constante contra el régimen nuevo que pretendía conquistar libertades. Es cierto también que él era conservador ante todo. Además, la causa de muchos de estos disturbios fué la cuestión electoral, que es la que siguió siendo durante muchos años más y ahora mismo. Por lo demás fué un hombre que le dió un enorme impulso al país. Generalmente en los retratos que por aquellos años se publicaban cuando la candidatura de don Manuel Montt, se le hacía aparecer con una cartilla en la mano, significando con ello que era amigo de la instrucción. Su gobierno fué prototipo de una seriedad administrativa ejemplar... Si hoy se piensa en todo aquello llega uno a la conclusión de que le sobra razón al poeta: todo tiempo pasado fué mejor... había entonces tanto desinterés y tanto espíritu público. Entonces se hacían las cosas reposadamente, con constante estudio y deliberación, mientras que

más adelante ha sido frecuente el afán de hacer, de terminar las cosas aunque sea de un modo imperfecto. Cuatro días antes de transmitir el mando don Manuel Montt firmó su Ministro don Antonio Varas el contrato para el ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, después de haber sido estudiado a fondo, minuciosamente: no importaba que otro Gobierno lo realizara, pues la cuestión era que se hiciese un trabajo bien hecho.

—Los biógrafos de don Manuel Montt aseguran que era un buen orador: ¿tuvo usted ocasión de oir alguno de sus discursos?

—Sí. Recuerdo que, en cierta época en que la oposición había querido negar la aprobación de las contribuciones, don Manuel Montt pronunció un discurso que llamó mucho la atención. La base de su argumento era: no tenemos dinero, luego saldrán los presos de las cárceles, se morirán los enfermos en los hospitales, quedarán desiertas las escuelas. Parece que el discurso causó un gran efecto, pues no le contestó nadie en la Cámara. Hoy día, tal vez, se cambiaría un ministerio más y todo seguiría lo mismo.

—¿Estaba Ud. en Santiago cuando estalló el movimiento revolucionario de 1859?

—Sí; recuerdo que se hizo aquí una reunión, en un centro que llamaban El Casino: numerosas personas conocidas concurrieron a fin de acordar la manera de pedir la reforma de la Constitución. Pero, en lo mejor de la sesión, el Gobierno que había tenido noticias de ésta y estimándola sediciosa, acordó disolverla. Fué, tal vez, un error porque eso enconó mucho los ánimos. Bien pronto estallaron movimientos en el sur y en el norte. Yo no recuerdo más que esa reunión de que le he hablado. Por esos años era yo jefe de sección en el Ministerio de Instrucción Pública, al que había pasado del Ministerio del Interior, donde comencé mi carrera de empleado público. Era entonces Ministro de Instrucción don Rafael Sotomayor... Otros recuerdos que conservo del 59 son muy borrosos: sí que no olvido uno a causa del que fueron separados de sus puestos algunos emplados públicos que tomaron parte en un banquete político.

—¿A don Pedro León Gallo lo conoció entonces?

—Nó: a Gallo recuerdo haberlo conocido cuando yo era alumno en el Instituto Nacional. El pertenecía a los grandes: porque entonces en el Instituto podían quedarse los alumnos en calidad de internos o, generalmente, con el carácter de inspectores hasta que se recibían de abogados. Gallo creo que era estudiante de legislación cuando yo estaba en el Instituto; era muy querido de los niños. Nos conversaba sobre historia, literatura, procurando siempre instruirnos. Nos quería mucho. Corrieron los años y después recuerdo haberlo visto mucho en el Club de la Reforma.

—Por lo que respecta a las luchas políticas, a la oposición que se le hacía al liberalismo, a las campañas de los conservadores cuando fué elegido don Manuel Montt, ¿conserva algunos recuerdos precisos?

—No se han repetido más en Chile los despliegues de energía de que se hacía lujo por ambas partes en las luchas electorales de aquellos años. Don Manuel Montt fué elegido, por ejemplo, por los conservadores y los clérigos. El secretario del Arzobispado, don José Hipólito Salas, casi se ahogó al pasar el Cachapoal yendo en viaje al Olivar, a fin de trabajar en las elecciones de don Manuel

Curioso retrato de don Vicente, que fué muy popular cuando se le proclamó candidato a la Presidencia de la República en 1896: circundan la fotografía dibujos alegóricos que le muestran como protector de la instrucción, el progreso y la justicia.

Montt. Cuando los conservadores estuvieron en el poder estiraron demasiado la cuerda, empezando por pedir que se pusiera el Instituto bajo la dirección de los clérigos; pidieron que se dejaran sin efecto las leyes de Carlos III, que desterraban a los jesuítas y bien pronto pretendieron que se resarciera a la orden de los perjuicios sufridos por las propiedades durante su destierro. Además, antes ya habían excitado mucho los ánimos otras medidas tomadas por el clero; por ejemplo, la pastoral del Arzobispo contra la Iglesia protestante de Valparaíso; además la pastoral fué seguida por una solicitud de los conservadores más respetables en la que pedían que fuera demolida la iglesia. ¡Ah!, y, a propósito, recuerdo una anécdota curiosa que toca de cerca a esto de que hablamos ahora: me contaba una vez Belisario Prats que en un banquete que se le daba al obispo Salas, cuando volvió de Roma, donde había asistido a un concilio, habló Federico Errázuriz Zañartu declarando que se felicitaba de estar en compañía de quien había estado con contacto con el espíritu Santo. Dicho banquete fué una manifestación muy curiosa, pues cada brindis pronunciado fué como una profesión de fe... Eran tiempos esos de crudas exaltaciones, de luchas reñidísimas. Muchos años más tarde, el año 72 o el 73, cuando se estableció la libertad de exámenes, recuerdo que se estableció al otro lado del Mapocho un Colegio de la Purísima, para hombres, donde se rindieron más de noventa exámenes de latín final en una seman... Así, pues, fué un producto natural de los excesos del tiempo la Alianza Liberal, que se formó al terminar el Gobierno de Errázuriz.

—Durante el Gobierno de don Federico Errázuriz Zañartu, ¿tomó usted una gran participación en las luchas políticas?

—Me tocó atacar crudamente al Gobierno, desde "El Ferrocarril", defendiendo a Palazuelos, porque en circunstancias que éste era arrendatario en la Ligua de un fundo tuvo un encuentro con don Manuel Valledor por cuestiones de aguas. Un día mandó Valledor a sus inquilinos a fin de que rompiesen una boca-toma deslindante entre ambas propiedades. Iba a la cabeza de los inquilinos de Valledor el administrador del fundo que era al mismo tiempo subdelegado. Como éste pretendiera con su gente realizar un atropello, amparados en la fuerza del número, Juan Agustín y Pedro Enrique Palazuelos se vieron forzados a disparar contra ellos. Pronto pasó el asunto a poder de la justicia y la Corte Suprema declaró que el de los Palazuelos había sido caso de legítima defensa, pero de exceso de defensa. Condenó a la pena de destierro a Antofagasta tanto a los Palazuelos como al administrador de Valledor. Pero el gobierno cometió la injusticia de intervenir de parte de Valledor, indultando a su administrador mientras dejaba vigente la pena para los Palazuelos. Entonces tomé yo la defensa de éstos en "El Ferrocarril", realizando una verdadera campaña a fin de reparar aquella injusticia en la que no poca parte había tenido el presidente.

Deseábamos vivamente que don Vicente Reyes trajese a colación el nombre de Palazuelos, pues ello nos había de dar pábulo para pedirle nos recordase la historia del primer matrimonio civil que se verificó en Chile cuando aquél, no habiendo podido obtener que le casaran en la curia con la señora Maturana, hubo de recurrir a contraer nupcias ante algunos amigos que le sirvieron de testigos. Este acto tuvo una enorme trascendencia, contribuyó a la aprobación de la ley de matrimonio civil que la prensa liberal de entonces apoyó desde aquel día de un modo decidido.

—Aprovechando—le decimos a don Vicente—que usted recuerda el nombre de don Juan Agustín Palazuelos ¿podría contarnos cómo se verificó su matrimonio civil con la señora viuda de Maturana, y en el que usted fué testigo?

Cavila un momento don Vicente, saca su petaca con cigarrillos, deshace uno y lo lía de nuevo y, cuando ya lo ha encendido, nos replica:

—El matrimonio de Palazuelos abrió el camino para la ley de matrimonio civil, que se dictó durante el Gobierno de Santa María... Cuando Juan Agustín fué elegido diputado se suscitó en la Cámara una agria controversia con motivo del juramento de regla que éste debía prestar. Desde ese momento el clero comenzó a mirar a Juan Agustín con manifiesto desagrado, así es que cuando éste se presentó a la curia solicitando permiso para contraer matrimonio con la señora Clorinda Maturana, ésta se negó a concederle dicho permiso, pues aseguró que no podía casarse

CUATRO JENERACIONES

Cuando don Vicente Reyes cumplió sus ochenta años, en el presente de 1915, la sociedad de Santiago le tributó el más bello homenaje de cariño que pueda esperar un ciudadano. También el dia de su aniversario pudo verse el ilustre hombre público rodeado en su hogar de su numerosa descendencia, que constituye cuatro generaciones. El objetivo consignó ese instante de felicidad único para don Vicente Reyes en la magnífica fotografía que reproducimos.

como católico, pues se le consideraba un sacrilegio que estaba fuera de la iglesia. Como Juan Agustín pidiera que le casase entonces como protestante o de otra secta o religión, no accedió la curia tampoco por estar bautizado; lo que se quería en verdad era que se retractara: ponerle entre la espada y la pared a fin de que se arrepintiese de su ofensa hecha a la Iglesia. Comprendió Juan Agustín que en vano luchaba contra el clero, pues nada había de conseguir y entonces apeló a realizar su matrimonio como un simple acto civil que tendría por testigos a personas caracterizadas. En efecto así lo hizo: se verificó el acto en los altos del Portal Mac-Clure y sirvieron de testigos, entre otras personas cuyos nombres recuerdo: don Manuel Antonio Matta, Carlos Palazuelos, Domingo Arteaga, Carlos Rogers, Ambrosio Montt, Juan Nepomuceno Espejo, los Gallo, Manuel Recabárren y muchos otros más... Al decidirse a este matrimonio Palazuelos lo realizó con el firme propósito de poder hacerlo, tan pronto fuese posible, con todas las formas legales, lo que se verificó poco después, bendiciéndolo don Francisco de Paula Taforó... Tras este acto se inició una campaña decidida en la prensa liberal del país pidiendo la aprobación del matrimonio civil, mientras la prensa conservadora tronaba contra Palazuelos y sus defensores.

—¿Le ligó a usted con los Arteaga una amistad estrecha?

El Rosal, entre cuyos árboles perfumados, pasa don Vicente Reyes los calurosos días de diciembre.

—Fuímos condiscípulos desde el segundo año en el Instituto Nacional. Ellos eran externos, pero nos veíamos frecuentemente y trabamos una firme amistad. Ambos tenían mucho talento: Justo se dejaba llevar más fácilmente por la imaginación, era más impresionable; Domingo en todas las cosas iba más a fondo, reflexionaba más; Justo era un gran periodista, de mucha agudeza; era un periodista a la francesa: me parece que su tipo predilecto era Girardin...

Como en ese instante Miguel Luis Rocuant le dice a don Vicente Reyes que a menudo se ha dicho de Justo que fué el primer periodista que usó guantes, don Vicente se sonríe y agrega:

—En efecto, iba siempre de guantes a la imprenta y escribía con distinción. Si hasta en eso le agradaba parecerse a Girardin; además, como el fino escritor francés, tuvo también su duelo. Fué un desafío con don Manuel Antonio Matta, que era un enemigo decidido de estos lances, pero como era la primera vez que se le desafiaba no quiso aparecer en una situación equívoca ante el público y aceptó el duelo. Justo disparó primero y en seguida don Manuel Antonio descargó el arma contra su sombrero... Domingo era también apasionado, pero se dominaba mucho.

—¿Qué recuerdos conserva de su estada en "El Ferrocarril" y de don Juan Pablo Urzúa?

—Don Juan Pablo fué un talento de quien ahora no tiene idea el público. Hombre de mucha cabeza, de una rectitud a toda prueba, de un gran espíritu público, honrado como ninguno. Desde su escritorio, siempre lejos de la exhibición, hizo por las ideas liberales y por el Club de la Reforma lo que otros no hubieran realizado jamás. Don Juan Pablo Urzúa era un hombre muy completo. Nadie logró sacarlo jamás de su escritorio: odiaba con toda su alma la vana ostentación, el dejarse ver. ¡Qué habilidad la suya en el manejo del diario! Estoy cierto que si hubiera vivido no se la habría ganado ninguno... Me dispensó él a mí una amistad franca; lo conocí mucho desde que se fundó "El Ferrocarril". Recuerdo que un día me encontré con Miguel Luis Amunátegui, quien me dijo que tenía encargo de don Juan Pablo para que fuese a hablar con él. Fuí, en efecto, y desde ese día ingresé al diario. Esto pasó allá por diciembre del 56; permanecí todo el año siguiente hasta que, habiéndome venido una disentería muy larga tuve que irme a convalecer a Copiapó; pues bien, por todas partes me persiguió don Juan Pablo con el sueldo: me obligó a aceptar hasta el último centavo. Después que regresé del Norte seguí escribiendo en "El Ferrocarril". Había sido nombrado yo empleado ministerial. Mas tarde colaboré en el diario... durante toda la época del Gobierno de don Joaquín Pérez yo escribí mucho, hasta versos.... pero como simple cooperador y como amigo de Juan Pablo Urzúa.

Retrato de don Vicente tomado en 1913.

Este juicio de don Vicente Reyes sobre don Juan Pablo Urzúa nos hace recordar lo que muchas veces le hemos oído referir a don Enrique Matta Vial:—"Debe haber sido un hombre muy bueno don Juan Pablo Urzúa—nos decía—pues todos los que le recuerdan no lo hacen sino con el mayor cariño. Respecto

de su sincerísima modestia he oído decir con frecuencia que jamás permitió que su nombre figurara para nada en "El Ferrocarril". Alguien me contaba una vez que una noche de luna que caminaba en compañía de don Juan Pablo por la calle y en circunstancias que iban por la vereda que quedaba en la sombra, su acompañante le dijo a don Juan Pablo:—¡Por qué no pasamos al lado que alumbrada luna? Está tan clara la noche!—Y aquel le respondió inmediatamente:—De esta vereda obscura nosotros vemos todo lo que pasa en la alumbrada, en cambio nadie nos vé a nosotros." Esta anécdota tien el alcance de un símbolo sobre su actitud periodística.

—¿Cuándo fué elegido diputado, por la primera vez?

—Antes de salir don Manuel Montt del Gobierno quiso dejar a algunos jóvenes en las Cámaras: a Justo Arteaga, Zenteno, Manuel Salustio Fernández, otros cuyos nombres se me escapan y a mí nos hizo diputados. Digo nos hizo porque en realidad no fuimos elegidos sino que ungidos por la autoridad gubernativa que era la que regía en aquellos tiempos en materias de elecciones. Yo fuí diputado suplente por Ovalle.

—Podría decirnos cómo se organizó el Club de la Reforma? ¿Asistió usted a las sesiones preliminares en que se echaron las bases del Club?

—El Club obedeció a una aspiración liberal nacida entre el elemento joven y algunos hombres de alta situación. A los viejos de entonces les pareció muy mal la idea de fundar el Club; más bien que mal diremos peligrosa. Bien pronto el Club de la Reforma tomó un auge que nadie soñaba. La campaña presidencial del 70, la proclamación de Urmeneta como candidato, nació del y en el Club, con la asistencia de todos los viejos montt-varistas que antes no miraban con buenos ojos la institución y que poco a poco llegaron a ella...; también tomaron parte los radicales Matta; Gallo; Espejo. Pero, usted desea saber los preliminares de la fundación del Club de la Reforma. Las primeras reuniones para fundarlo se iniciaron en casa de Victorino Garrido. Asistían, entre otros, Domingo Arteaga, Isidoro Errázuriz, José Manuel Balmaceda, Manuel Salustio Fernández, joven este mui inteligente, laborioso, que hacía los estatutos y las circulares. El primer presidente del Club fué don Gerónimo Urmenta; le sucedí yo cuando él terminó su período; después fué, creo que Domingo Arteaga y luego José Manuel Balmaceda. Balmaceda era entonces muy moderado: el antiguo seminarista no había muerto del todo en él. Cuando se discutió en el Club la separación de la Iglesia y el Estado, él se mantuvo en cierta prudente reserva. Después cambió mucho...

—¿Fué acaso para hacer la proclamación de don José Tomás Urmeneta cuando se hizo la primera Convención presidencial?

—No se puede decir que fué esa la primera Convención. Para proclamar a Urmeneta hubo una Convención embrionaria. La primera Convención presidencial la hizo don Federico Errázuriz Zañartu. Apoyaba él la candidatura de Pinto y como se preparaba también, por la parte contraria, la de Miguel Luis Amunátegui, creo que se le ocurrió la idea de una Convención que, por lo demás, fué muy acertada, ya que la candidatura de Amunátegui arrastraba a mucha gente y era, por lo tanto, temible. A mí me pareció muy bien la idea de una convención porque en vez de salir un decreto, un úkase que imponía una candidatura, era mucho mejor una reunión de personas que deliberase al respecto. Me habló a mí no sé si Zenteno o Altamirano; luego hubo una reunión en casa de José Manuel Balmaceda y les pareció muy mal la idea de la convención: Domingo Arteaga dijo que se dejaría cortar una mano antes de tolerar eso. Se verificó la Convención, me parece que en noviembre del 75. Concurrimos todos, unos a votar por Pinto y otros por Amunátegui. Yo era partidario de Miguel Luis. Pero don Federico Errázuriz trajo del sur unos huilliches, que eran mayores contribuyentes, y, a pesar de tener mayoría Amunátegui, salió Pinto.

Don Vicente se ríe cordialmente y agrega:

—¡Don Federico nos tapó con sus huilliches!...

Son las dos y media de la tarde, hora que nos ha indicado don Vicente, con bondadosa resignación, para continuar nuestra charla. Cuando entramos a su sala de trabajo él nos aguarda, de pie. Nos recibe con bondadosa

gentileza y antes que le hagamos una pregunta, nos dice:

Ya ven ustedes que no tengo nada interesante que contarles. Si no sé nada.

Nos ofrece asiento y cuando él ha terminado de encender un cigarrillo, le decimos:

—De su estada en el Ministerio del Interior, durante el Gobierno del Presidente Pinto ¿qué recuerdos conserva?

—Se organizó ese Ministerio el año 77 un poco a disgusto del partido oficial que estaba en el poder en la presidencia de Errázuriz. El Ministerio anterior al nuestro había sido formado con los partidos de la oposición de Errázuriz; el que yo presidí estaba constituido por la mayoría de los que no habíamos apoyado a Pinto: Miguel Luis Amunátegui era Ministro de Justicia; Augusto Matte, de Hacienda; Manuel García de la Huerta, de Guerra; Interior, yo; y Relaciones Exteriores, José Alfonso. Dos de estos Ministros, Alfonso y Amunátegui, pertenecían al Gabinete anterior y nosotros entrábamos al Gobierno habiendo sido adversarios de la candidatura de Pinto.

—¿Por qué razón cayó el Ministerio?

—El partido gobiernista, oficial, que había estado con Errázuriz casi durante toda su presidencia, no estaba contento con nuestro Gabinete que no pertenecía a su círculo; además, ellos veían un peligro creciente en el hecho de que estuviésemos trabajando constantemente a fin de procurar que el Gobierno no continuara interviniendo en las elecciones. Su caída se produjo cuando presentó Augusto Matte tres o cuatro proyectos relativos a la Hacienda Pública, que tendían a aliviar un poco la situación crítica porque atravesaba el país. Además, yo, como Ministro del Interior, hice declaraciones en la Cámara y en la Memoria ministerial y el Presidente lo dijo también en el Mensaje, respecto de la absoluta necesidad de que el Gobierno no interviniese en la cuestión electoral. Aprovechando las Cámaras la presentación de los antedichos proyectos del Ministro de Hacienda y estando Augusto Matte ausente de Santiago, se pusieron en tabla estos proyectos y en una sesión se rechazaron todos, no porque en verdad les pareciesen mal sino que a fin de producir la crisis.

—¿Siendo usted Ministro del Interior en ese Gabinete dictó el decreto que concluía con la antigua costumbre de la paralización del tráfico durante la Semana Santa?

—Yo lo dicté, en efecto. Antes no se había hecho porque parece que se temía que fuera a levantar gran polvareda entre el clero. Un día le dije a don Aníbal Pinto:—Señor, esta paralización del tráfico constituye una molestia para el vecindario y no tiene ninguna razón legal. El aprobó la idea autorizándome para que procurara hacer redactar el decreto. Entonces llamé al Intendente, pues era de su incumbencia dictar el decreto respectivo. Tuvo al principio el Intendente ciertos temores, pues tenía mayoría conservadora en la Municipalidad, pero cuando yo le aseguré que era acuerdo del Gobierno dicha medida, se decidió inmediatamente. El texto del decreto lo redacté yo mismo; cuando salió no se promovió ni un desorden, ni una protesta: todo el mundo, incluso los mismos conservadores y los clérigos, deben haber pensado que se trataba de una cosa muy justa que en

Don Vicente Reyes descendiendo una de las escaleras de la casa solariega en El Rosal.

nada afectaba a la observancia religiosa.

—¿Qué otras medidas de bien público recuerda usted que se dictaron durante su estada en el Ministerio del Interior?

—Había en aquel tiempo una serie de gabelas que pesaban mucho sobre la gente pobre: por ejemplo, el servicio de la guardia nacional que se hacía gratuitamente los días domingo, institución profundamente anti-democrática, pues estaba exclusivamente formada por la clase obrera; y el servicio de policías rurales a cargo de los que llamaban celadores, que también estaba compuesto por los pobres labriegos, sin remuneración ninguna. En el Club de la Reforma recuerdo que se había tratado esto: así es que cuando estuvimos en el Gobierno con Manuel García, que también había pertenecido al Club, nos ocupamos activamente de ésto hasta llegar a dictar un decreto que suprimía la guardia nacional y los celadores...; el decreto fué dictado mientras se organizaba la guardia nacional en forma democrática.

—A pesar de haber sido usted opositor de la candidatura del Presidente Pinto ¿fué después amigo de él y siempre estuvo cerca de su Gobierno?

—Sí. Pinto era un hombre muy inteligente: un mandatario que ante todo quería el bien del país y que a sus adversarios políticos de antes no los consideró jamás como tales. Fué un gran Presidente y el mejor de los amigos. El no subió a la Presidencia con el calor de un entusiasmo muy grande; antes bien, su candidatura fué recibida con cierta frialdad. Nadie le había visto lucirse como orador desde una tribuna parlamentaria y mientras era candidato a la Presidencia no pronunció discursos brillantes, que esta es la manera de llegar más fácilmente hasta el público. Pinto no era hombre de brillo, pero, en cambio, era un gobernante reposado, concienzudo, inteligente, que conocía las necesidades del país y conocía también a los hombres que lo rodeaban. Quiso antes el bien de Chile que satisfacer anhelos personales: tuvo en la mayor parte de sus Ministerios a la gente que se había opuesto a su candidatura. Y después de estar en el Gobierno con él, Matte, Recabarren, Amunátegui Valderrama, todos, en fin, salimos guardándole un profundo y sincero afecto. Pinto era bueno y leal: un caballero cumplido a toda prueba y al mismo tiempo un hombre de un sentido práctico admirable. Su cultura era vastísima: probablemente no ha habido aquí un hombre más lector que él. La seriedad administrativa fué siempre intachable y es menester tener presente que durante su Gobierno la situación de la Hacienda Pública, como ya creo que le advertía antes, era muy crítica. Cuando nosotros llegamos al Ministerio los presupuestos habían sido presentados ya y sumaban 20 millones de pesos; pero, como el país estaba en un verdadero trance económico, hubo necesidad de retirarlos y hacer una revisión minuciosa en sus gastos. Así se logró reducirlos a 18 millo-

nes de pesos... El Presidente Pinto era muy contraido al trabajo: su labor hubiera puesto en jaque las fuerzas de cualquier otro hombre. Le tocó a él soportar la inmensa responsabilidad de la guerra del Pacífico y, también, gran parte de su dirección. Felizmente él contaba con el contingente valiosísimo de los Ministros en campaña don Rafael Sotomayor y don José Francisco Vergara. Porque si es cierto que Manuel Baquedano era un general muy valiente y esforzado hasta el sacrificio no habría podido sobrellevar solo el peso de toda aquella campaña que tenía muchos hilos y cuyo peso suponía un esfuerzo sobrehumano. A pesar de las continuas dificultades y de ser atacado constantemente por la oposición liberal conservadora, el Presidente no suspendió un solo día el imperio de la Constitución. Cuando, después de los triunfos del ejército chileno, todo el país pedía a gritos la marcha a Lima, el Presidente Pinto decía:—Ya hemos ganado bastante gloria y tenemos ganado también bastante territorio... Temía él, con razón, que en la recelosa suspicacia en que estaban los argentinos, pudieran suscitarnos en el exterior un gran conflicto. Pero, una vez que Pinto vió en todos el deseo tan firme, incontrarrestable, de marchar a Lima, se decidió la expedición. Sin embargo, su prudencia era justificada... Y, ese Presidente que nos había creado la mayor riqueza, que había recibido en sus manos a un país pobre, con serias dificultades económicas, y lo había devuelto a los suyos cargado de riqueza y de gloria, bajó de la presidencia muy pobre. No tenía más bienes de fortuna que su derecho a la cuarta parte en las minas de Puchoco, de las cuales era dueño principal un señor Rojas. Recuerdo que al terminar su período presidencial me encomendó que me viera con el señor Rojas, a fin de que le propusiera si quería comprarle su parte para pagar algunos compromisos que tenía pendientes. Cumplí su encargo, pero, como encontré muchas dificultades de por medio, hube de renunciar a mi cometido. Entonces Pinto se puso al habla con el señor Rojas y le vendió sus derechos a las minas en ciento ocho mil pesos, cantidad exacta a la que ascendían sus deudas y que le sirvió para cubirlas inmediatamente. Por supuesto que después estas minas han sido valorizadas en millones de pesos... No olvido que un día don Juan Pablo Urzúa, amigo personal del Presidente, me llamó para decirme:—"Aníbal está pobre, muy escaso de fortuna; dígale usted que en el diario hay necesidad de una persona como él, que, habiendo leído tanto, pueda aconsejarnos las cosas que se deban traducir para ser publicadas. Bastará que él nos indique, nada más, y aquí se harán traducir. Dígale que se le pagará por esta incomodidad que le vamos a imponer una renta de dos mil pesos anuales." Recuerdo que don Aníbal se había ido a vivir a una casa de arriendo situada en la calle Chacabuco, de propiedad de Eusebio Lillo; allí le fuí a

Ultima fotografía de don Vicente Reyes.

ver yo y le transmití el encargo de don Juan Pablo. Aceptó Pinto pero con la condición de que él traduciría lo que encontrase conveniente y que al mismo tiempo escribiría de cuando en cuando algunos artículos editoriales para el diario.

—De las personas que conoció por aquellos años, ¿qué recuerdos conserva de don Isidoro Errázuriz y de Lastarria?

—Isidoro tenía mucho talento. A ese no se le derretían las alas fácilmente: se elevaba bastante, hasta donde quería. Era un orador muy fogoso... Don José Victorino era también un gran orador. No lo traté yo en la intimidad. ¡Qué hombre tan honrado! Vivió siempre en un estado mediano de fortuna: y era un abogado distinguido que hubiera podido hacerse rico fácilmente. Lastarria impulsó mucho el movimiento literario en el país. Recuerdo que en los primeros tiempos, cuando yo estaba en "El Ferrocarril", tuve ocasión de asistir a las reuniones de una academia literaria que se reunía en su casa, situada a la subida del Cerro, donde nos leyó sus primeras novelas Alberto Blest Gana. También recuerdo haberle oído leer un trabajo sobre economía, su tema favorito, a don Marcial González.

—¿Fué amigo de don Alberto Blest Gana?

—Por aquellos años tuve poca ocasión de verle con frecuencia. En París sí que cultivé con él una amistad muy franca y muy cordial. ¡Qué memoria conserva este hombre hasta para dar la sensación precisa del lenguaje popular: no hay más que leer uno de sus últimos libros, "El loco Estero", para ver cómo reproduce la vida de aquellos días ya tan distantes. ¡Si parece que fuese una fotografía!

—¿Fué muy amigo con los Amunátegui?

—Los conocí mucho y muy de cerca. ¡Qué hombres tan buenos! Así como tenían de talento eran en la vida privada unos modelos de virtudes. Se formaron solitos, a fuerza de perseverancia. Cuando murió su padre tuvieron que tomar a su cargo el sostén de su familia. Entre ellos eran de una unidad hermanable digna de ejemplo. Las anécdotas todas que circulan sobre ellos prueban su cariño entrañable. Entre nosotros se contaba, por ejemplo, que cuando Gregorio y Miguel Luis estaban de novios, salían juntos a visitar a sus futuras y mientras el primero iba a ver a la suya el segundo le aguardaba hasta que, después, llegaban a la casa de la otra novia y aguardaba a su vez el primero al segundo. Don Pedro Godoy, que era un hombre muy ocurente y muy divertido, decía con mucha gracia: "Cuando Miguel Luis habla en la Cámara, Gregorio está balando en la plazuela..." Estas anécdotas, que, por otra parte, son muy bien intencionadas, pintan, tal vez, el aspecto más bello de aquellas dos vidas ejemplares. Su hermandad era como la de Castor y Polux, una fraternidad que no podía haberla mayor... Generalmente Miguel era muy tranquilo mientras que Gregorio solía ser más apasionado. Respecto del primero había una apreciación muy errada: era de una firmeza de convicciones inamovibles. No escribía una línea de historia que no reflejase su manera de pensar y sus aspiraciones políticas. El quería que la historia fuese el reflejo de la verdad pura y exacta... Frecuentemente asistíamos a la tertulia que se verificaba en su casa, donde asistía gente muy caracterizada. Miguel, por la misma bondad de su alma, era muy optimista; Gregorio le salía de través, aunque éste era más vehemente pero solía ser más desconfiado de los hombres y de las cosas. Gregorio fué siempre un colaborador activo de Miguel Luis: gozaba de una situación muy grande como juez, a la que se juntaban su integridad y lo vasto de sus conocimientos.

—¿Fué también muy amigo usted de Zenteno?

—Muy amigo. Era un hombre muy retraído, medio montaraz. Estuvo de redactor en "El Ferrocarril" después de Justo Arteaga. Fué una lástima que no se diera a conocer bien; pero no había forma de que nadie le sacara de su modo de ser huraño. Recuerdo que cuando fuimos a Talca, en una campaña política y siendo candidatos a diputados Arteaga, Zenteno, Isidoro Errázuriz, Aniceto Vergara y yo, Zenteno se negó terminantemente a tomar la palabra en un mitin. Como presidía don José Bruno González tuvimos que decirle a este caballero, en vista de la negativa de Ignacio, que lo disculparía de alguna manera. Pero a don José Bruno se le pasó la mano y dijo: "El señor Zenteno ha sentido mucho no poder venir, pero está indispuesto"... y Zenteno estaba ahí presente, sentado debajo del tabladillo en que se pronunciaban los discursos... Zenteno

era un gran lector, muy conocedor de Voltaire: era un voltariano puro y de gran talento.

—¿Y Barros Arana?

—También conocí muy de cerca y quise mucho a Diego. No olvido que en el Instituto alcancé a conocer a Barros Arana, cuando él era inspector en la sala nuestra. Desde muy joven era de una laboriosidad extremada: su criterio histórico era muy sólido. Tenía una firmeza de convicciones extraordinarias. Siendo alumno del Instituto publicó la traducción de una novela francesa y creo que su trabajo sobre Magallanes. En casa de Antonio García Reyes le veía constantemente. Recuerdo que un día le oí contar que le habían encargado escribiera la biografía de uno de los personajes de la revolución de la Independencia para un libro que iba a publicar el editor Desmadryl. Cumplió su cometido pero a la familia del personaje no le pareció bien dicha biografía y quisieron que Barros Arana cambiara algunas cosas. Diego se mantuvo firme en no tocar su trabajo y así también se lo aconsejó Antonio García. Claro está que no se publicó en el libro de Desmadryl y sólo algunos años más tarde lo dió a la estampa Diego.

La última entrevista que nos concede don Vicente hemos querido dedicarla enteramente a los recuerdos que conserva de los bailes, los teatros, la vida social, en fin, de ese tiempo. Estrechamente vinculado con lo más distinguido de la sociedad santiaguina, don Vicente ha vivido muy de cerca cincuenta años de interesantes relaciones entre las personas más distinguidas que han cruzado el escenario de la vida chilena, durante la segunda mitad del pasado siglo.

—De los bailes de su tiempo—le preguntamos—los del general Blanco y de don Manuel Antonio Tocornal; de los teatros a que asistía cuando joven, ¿qué recuerdos conserva?

—A los bailes del general Blanco y de don Manuel Antonio Tocornal, no recuerdo haber asistido. Creo que don Manuel Antonio Tocornal dió una vez un gran baile de fantasía, de máscaras. Pero yo no asistí. Las fiestas frecuentes que se daban en ese entonces se hacían en la Filarmónica que estaba situada donde hoy está la Casa Francesa. Allí se hacían fiestas, tertulias cada quince días: y eran muy agradables. No había dueño de casa, así er que reinaba en ellas la mayor sencillez y la mejor confianza... De los teatros recuerdo que había ópera todos los años: las temporadas líricas se hacían en el actual Teatro Municipal, que por entonces era completamente diverso: tenía una arquitectura muy pesada, con unas grandes columnas entre los palcos que casi tapaban el procenio para el espectador. Después se quemó. Venían actores a veces de mucha celebridad: recuerdo haber visto ahí a un gran actor argentino, Casa Cuberta. Uno de los años más memorables del Teatro Municipal fué el 57, en el cual se inauguraron cosas notables: se estrenaron el Código Civil, el Teatro Municipal, el gas en Santiago y muchas cosas más que olvido por el momento. Cuando se construía el Teatro Municipal, antes del 57, las representaciones de la ópera se daban en un teatro que se llamaba Teatro de la República, situado en la calle del Puente: el Municipal se quemó el año 70, mientras cantaba una hermana de la Adelina Patti. Se reedificó con mucha mejoría para su comodidad: antes había sido construido por un arquitecto francés que era miiltar e hizo un edificio muy sólido, demasiado pesado, como ya le decía antes, con enormes columnas que impedían casi ver... Lo que nos gustaba por esos años en el teatro dramático, eran las obras francesas de Scribe, Dumas hijo y algo de Víctor Hugo; en cuanto a los españoles se representaban mucho las cosas de Bretón de los Herreros. Entonces tuvimos aquí en Chile trágicos notables: la Ristori, Rossi, Salvini. Yo recuerdo que fuí a oir a la Ristori con cierta preocupación porque pensaba que estaba gastada: no concebía yo sino que nos enviasen de Europa los huesos de los que habían sido grandes actores. La ví en "Isabel de Inglaterra" y me quedé con la boca abierta: ¡qué emoción de arte tan grande! A Salvini, que era un trágico notable, no le hicieron gran caso. Le negaron el Municipal: en sus funciones tuvo muy poca gente, mientras un circo que había en la Cañadilla estaba atestado de gente. Más tarde vino Vico: su voz era un poco desagradable: estaba un poco ronco. Algo influiría, además, que no me

gustase mucho la declamación española. Calvo tampoco me agradó mucho: me chocaba el exceso declamatorio, algo que era tan diverso del género de Rossi y de Novelli. Es necesario reconocer que todos estos actores contribuyeron directamente en la formación del gusto del público... Y, a propósito de actores extranjeros, recuerdo una anécdota sabrosísima que le sucedió aquí a un actor argentino, Velasco: salía en una obra llevando el antiguo pantalón de tapas. En lo mejor de la representación se le cae la tapa trasera del calzón y el apuntador le grita, apresurado, en voz bajísima: "La tapa"; y el pobre Velasco repite en alta voz, con solemne tono declamatorio:—¡La tapa!... Ya, todo confundido, el apuntador, vuelve a decirle: "La tapa, señor, la tapa..."; y el desgraciado repite con más énfasis:—¡La tapa, señor!... ¡La tapa!... Solo cuando las carcajadas del público eran estrepitosas vino a darse cuenta.

De buenas ganas ríe don Vicente Reyes, sin poder contener el sentimiento de hilaridad que le embarga; se ríe alegremente como podría reir un colegial. Bien parece en ese instante que sus ochenta años desaparecieran y que reviviera en él la sana alegría moza de sus veinticinco años.

—¿Qué recuerdos conserva de su campaña presidencial de 1896?

Bien comprendemos, por el gesto de don Vicente, que tras la alegría de aquella anécdota esta pregunta es inoportuna. Siempre una campaña política deja recuerdos bien poco agradables: a través de las pasiones desnudas, que en las luchas electorales se muestran en toda su primitividad, el hombre suele olvidarse que es hombre y se convierte en lobo: la astucia, la mentira, la deslealtad pueden entonces más que las amistades sinceras y que los afectos hondos.

Con levantada indiferencia, don Vicente Reyes nos replica:

—Me dijeron algunos amigos que' creían conveniente fuese candidato. Estaba en edad de poder aceptar. Hice lo que ellos quisieron. Los radicales estuvieron conmigo como una tabla; también los liberales democráticos y los demócratas. Los liberales se dividieron. Al fin la cosa quedó en manos del Congreso; se promovió la cuestión de si podían votar los parientes; y se acordó que debían votar si tenían derecho a voto.

—¿Ha gastado usted dinero alguna vez para comprar votos?

—Jamás Recuerdo que un día le dije a don Enrique Salvador Sanfuentes, que fué una de las primeras personas que me habló para que aceptase la candidatura presidencial:—Si va una persona por la vereda del frente y me dicen que pase a pedirle su voto, no paso...

Dice estas palabras don Vicente Reyes con segura e inconmovible firmeza, como acentuando en ellas el desprecio que le inspiran los mercenarios de elecciones que se eligen ellos mismos antes que tener la dignidad de ser elegidos.

Mientras se apaga el último eco de la charla observamos su rostro de firmes facciones, su cansancio sereno que parece esconderse tras la palidez de sus pupilas. En este instante de tranquilidad suma y antes de que él nos tienda su mano franca para despedirnos, miramos una vez más su rostro y en él sus ojos parecen repetirnos:—De seguro no estaría conversando con usted ahora, si hubiera sido Presidente: ya estaría enterrado mucho tiempo. ¡Es ese un molejón muy duro!...

Afuera la ciudad es un incendio blanco de sol. Un tranvía aturde con el estruendo metálico de su campana...

La Población de América

Con ilustraciones fotográficas

En una edición reciente de "The Journal of Heredity", de Washington, D. C., aparece, bajo el título que antecede, una interesante disertación por el Dr. Ales Hrdlicka, sobre el origen probable de los indígenas americanos. El Dr. Hrdlicka, encargado de la sección de antropología Física en el Museo Nacional de los Estados Unidos, establecido en Washington, es considerado como la primera autoridad de los Estados Unidos en esta materia. Ha hecho estudios y exploraciones en muchos países del hemisferio meridional, así como del septentrional, y sus conclusiones se basan en muchos años de estudios e investigaciones personales. Para muchos profanos inteligentes, así como para los hombres de ciencia, el estudio del hombre y el origen de las razas despierta constante interés, y el "Boletín" siempre aprovecha gustoso la oportunidad de llamar la atención hacia cualesquiera nuevos datos con los cuales el Dr. Hrdlicka pueda contribuir a aumentar los conocimientos que el mundo tiene acerca de estas investigaciones.

En el artículo de que se trata el Dr. Hrdlicka primeramente hace un breve bosquejo de las teorías más o menos fantásticas que de tiempo en tiempo han prevalecido acerca del origen de los indios americanos, tanto del continente septentrional como del meridional. Descartando tales teorías y concretándose a la hipótesis racional del siglo XIX, encontramos que la mayor parte de los antropólogos modernos, tales como Humboldt, Brerewood, Bell, Swinton, Jefferson, Latham, Quatrefages y Peschel, se inclinan a creer que todos los indígenas americanos con excepción de los esquimales, eran de una misma raza y descendientes de inmigrantes del nordeste de Asia, y, sobre todo, de los tártaros o mogoles.

Según el Dr. Hrdlicka, los escritores más recientes—con una sola y notable excepción —están enteramente de acuerdo en cuanto a que este país fué poblado mediante la inmigración y multiplicación local de sus habitantes; pero la localidad, índole y época de la inmigración son cuestiones que aún están sobre el tapete. Algunos autores se inclinan a creer que el origen procede exclusivamente del nordeste de Asia; otros, como Ten, Kate y Rivet, por ejemplo, demuestran cierta tendencia a seguir la teoría de Quatrefages, que cree que por lo menos algunas partes de la población indígena americana descienden de los polinesios; Brion sostenía que en la antigüedad vinieron desde Europa por una garganta de tierra; Kollmann, fundando su creencia en algunos pequeños cráneos, dice que una raza de enanos precedió al indio en América. El Dr. Hrldicka dice lo que sigue tocante a la excepción a que se ha aludido:

"El Sr. Ameghino, paleontólogo sud-americano, en estos 30 últimos años y, sobre todo, desde el principio de este siglo, ha formado una notable hipótesis relativa al origen de la población indígena americana, la cual merece un capítulo aparte. Según esta hipótesis—brevemente descripta—el hombre, no sólo la raza americana, sino el hombre o sea la humanidad, tuvo su origen en Sud-América; que el hombre primitivo llegó a diferenciarse en el continente meridional hasta convertirse en un número de especie, la mayoría de las cuales andando el tiempo se extinguieron; que de Sud-América sus antepasados emigraron por antiguas conexiones terrestres a Africa, y desde allí poblaron, a la manera de **Homo ater**, las partes más extensas del continente americano y la Oceanía; que una raza se multiplicó y esparció por Sud-América y en alguna época, durante la segunda mitad del período plioceno, emigró a Norte América, y que de allí el hombre se trasladó al Asia y a Europa, donde creó los **Home mongolicus** y **Homo caucasicus.**

No hay para qué decir que el Dr. Hrdlicka no está de acuerdo con el eminente hombre de ciencias sud-americano. En cuanto a los esquimales, el sabio doctor explica que generalmente han sido considerados independientemente del indio, siendo así que algunos sostienen que precediendo a este último

y otros que le siguieron. Por lo general, se han relacionado con los asiáticos del nordeste, pero también hay quienes crean que existe una íntima relación original entre los esquimales y los lapones, y aún entre los esquimales y los europeos paleolíticos.

Habiendo enumerado así algunas de las opiniones más o menos probables que se han expuesto acerca de la identidad étnica y del lugar de origen del indio americano, el Dr. Hrdlicka sostiene que es lógico que la próxima palabra que se diga sobre estos problemas se refiera especialmente a la antropología física, que trata de las que, consideradas en conjunto, son las partes menos mutables del hombre, es decir, su cuerpo y esqueleto. En la actualidad se ha adelantado tanto en los estudios e investigaciones que se han hecho sobre la somatología de los indios, que por lo menos pueden hacerse algunas imuortantes deducciones generales acerca de ellos, y, según el autor de dicho artículo, las que pueden citarse con alguna posibilidad son las siguientes:

"1. No existe prueba alguna aceptable ni ninguna probabilidad de que el hombre tuviera su origen en este continente; 2. el hombre no llegó a América hasta después de haber alcanzado un desarrollo superior al del último hombre del período cuaternario en Europa, y después de haber sufrido una avanzada y completa diferenciación en el tronco y aún de raza y tribu; y 3, por más que el hombre desde que comenzó la población del continente americano ha sufrido numerosas modificaciones sub-étnicas secundarias, locales y de estructura, estas modificaciones aún no pueden considerarse establecidas terminantemente, puesto que en ningún detalle importante han borrado los antiguos tipos y subtipos del pueblo".

"Además, podemos asegurar", continúa diciendo el Dr. Hrdlicka, "que, a pesar de las varias modificaciones físicas secundarias que se acaban de citar, los indígenas americanos, exceptuando los esquimales de más lejano parentesco, en todo el Hemisferio Occidental ofrecen numerosos e importantes rasgos comunes, merced a los cuales se distinguen claramente como ramas de un tronco de la humanidad". Estos rasgos son los siguientes:

1. El color de la tez. El color del indio varía, según las localidades, desde el blanco amarillento obscuro hasta el chocolate, pero el color que prevalece más es el moreno.

2. Por regla general, el cabello del indio es negro, un tanto áspero y lacio; poca barba, sobre todo en los lados de la cara, y nunca larga. El cuerpo está desprovisto de vellos, excepto en los sobacos y el pubis, y aún en estas partes suelen ser escasos.

3. Por lo general, el indio está exento de todo olor característico. Su corazón late lentamente, y su mentalidad es muy semejante en todas partes. El tamaño de la cabeza y de la cavidad cerebral es proporcionado en todos los individuos, siendo por término medio algo menor que en el hombre y la mujer blancos de idéntica estatura.

4. Por regla general los ojos son de color pardo obscuro, conjuntiva amarillenta y sucia en los adultos, y los cortes del ojo indican la tendencia, más o menos notable en diferentes tribus, a un leve sesgo hacia arriba.

5. El puente de la nariz aparece bien desarrollado, y la nariz misma, así como la cavidad nasal en el cráneo (salvo algunas excepciones individuales y de localidades), tienen proporciones mesorínicas relativas. Por regla general, la región malar es prominente.

Se citan y describen detalladamente otros rasgos físicos que son comunes entre todos los indígenas americanos, demostrándose claramente la unidad fundamental de los indios. En contestación a la pregunta que surge naturalmente, a saber: "¿A cuál de los diferentes pueblos del globo se asemeja más el indio, tal como en el presente estudio se ha descripto?" el articulista dice lo que sigue:

"A pesar del conocimiento imperfecto que tenemos de la materia, la pregunta puede contestarse de una manera bastante terminante. Hay un gran tronco o rama humana que comprende pueblos que varían desde el color blanco amarillento hasta el moreno obscuro, con el cabello negro y lacio, escasa barba, cuerpo sin vellos, ojos morenos y a menudo más o menos sesgados, nariz generalmente mesorínica, un prognatismo alveolar medio, y otros rasgos esenciales bastante semejantes al indígena americano. Y este tronco—que comprende varios sub-tipos—habita la mitad oriental del contienente asiático y una gran parte de Polinesia".

Según opina el Dr. Hrdlicka, desde el punto de vista físico y antropológico, todo parece indicar que el origen del indio americano debe buscarse entre los pueblos de tez morena amarillenta, que ya se han mencionado. No existen en el globo dos grandes ramas de la humanidad que demuestren tener relaciones físicas fundamentales más íntimas.

JOVEN DE LA TRIBU DE LOS PAWNEES, DE LOS ESTADOS UNIDOS

El leve sesgado del corte del ojo y la conformación del párpado superior, en el ángulo interior del ojo, los cuales, generalmente, se supone que son característicos de los mongoles son igualmente comunes entre los indios americanos. La conjuntiva es amarillenta, como lo es en la raza mongólica

TIPO DE UNA URGANITA

Según el doctor Hrdlicka, si se vistiera con la ropa de la india americana, no podria distinguirse de un indígena del Nuevo Mundo. Urga es la capital de Mongolia septentrional

Sin embargo, cuando tratamos de atribuir el origen del indio a una rama determinada del pueblo de tez morena amarillenta, el Dr. Hrdlicka reconoce que surgen muchas dificultades. Por ejemplo, encontramos que el indio está tan íntimamente relacionado con algunos de los pueblos malayos, como con una parte de los tibetanos o con algunos de los asiáticos del nordeste. No cabe duda que esto explica la hipótesis que atribuye el origen de los indios americanos en parte, a los tártaros, y en parte a los polinesios.

Acerca de esta hipótesis el Dr. Hrdlicka dice lo que sigue:

"Todo cuanto puede decirse en esta ocasión es que las circunstancias indican, de una manera muy convincente, un advenimiento, no precisamente una emigración, después del período glacial, ya por tierra, sobre el hielo, por agua opor ambos medios, de partidas relativamente pequeñas procedentes del nordeste del Asia, desbordamiento de los pueblos del apartado oriente de aquella época, y la población de América por la multiplicación local del hombre, importado, como queda dicho, y las llegadas de otros que se repitieron probablemente cerca del principio del período histórico.

En cuanto a las emigraciones de polinesios dentro del Pacífico, hasta donde puede determinarse con certeza, todas fueron relativamente recientes, puesto que se efectuaron cuando América sin duda tenía ya una gran población y había desarrollado varias ramas de razas indígenas. Sin embargo, es probable que después de haberse esparcido por las islas algunas pequeñas partidas de polinesios llegaran accidentalmente a América. Si así sucedió, puede haber modificado en algunos detalles la raza indígena, pero como son, desde el punto de vista físico, semejantes al pueblo que los recibió, se amalgamarían fácilmente con el indio, y su progenie o linaje no podría distinguirse. De idéntica manera algunos pequeños grupos de blancos pueden acaso haber llegado al continente por el este. Ellos, a su vez, pueden haber introducido algunas modificaciones en las razas, pero necesariamente hubieran tenido que componerse sólo de hombres y de pequeñas partidas que—con el transcurso del tiempo—se habrían mezclado completamente con el indio.

Por tanto, se llega a las siguientes conclusiones: Los indígenas americanos representan principalmente una sola rama o raza, homotipo. Esta rama es idéntica a la de las razas moreno-amarillas de Asia y Polinesia; y la emigración principal de los americanos se ha efectuado gradualmente y por la ruta del noroeste, a principios de un período reciente, cuando ya el hombre había llegado a un grado relativamente alto de desarrollo físico y de múltiples diferenciaciones secundarias. Es muy probable que la inmigración fuera un desbordamiento a manera de goteo prolongado, debido, tal vez, a una congestión o necesidad, y al deseo de buscar lugares más propicios para la caza y la pesca en una dirección en que hasta entonces no ofrecía ninguna resistencia por parte del hombre. A esta sucedió la multiplicación, propagación y las varias diferenciaciones menores del pueblo en el nuevo y vasto continente que ofrecía un medio ambiente variadísimo, la rápida diferenciación de idiomas debido al aislamiento, y a otras condiciones naturales y al desarrollo—sobre la base de lo que se había transportado—de ramas americanas más o menos locales. También es probable que, durante los 2,000 últimos años a la costa occidental de América, en más de una ocasión, llegaran pequeñas partidas de polinesios, y que a la costa oriental llegaran de una manera semejante pequeños grupos de hombres blancos, y que éstos hayan podido ejercer cierta influencia en las ramas de americanos, pero tales acrecimientos no modificaron en ninguna parte, hasta donde hemos podido averiguar, la población indígena".

EL CANAL

Medalla de bronce en el Concurso de "El Mercurio" de Valparaíso, 1915.

Por

ISMAEL PARRAGUEZ

Con Ilustraciones por Max.

En una mañana de abril, avanzaba por el camino de Larmahue, de cara al sol naciente, un extraño ejército. Por sobre la cabeza de aquellos hombres, todos peones de la hacienda, en marcha al trabajo, brillaba un resplandor fantástico. Marchaban en desorden, cubriendo el camino en todo su ancho, unos sesenta peones; todos llevaban su pala al hombro, como un fusil. De allí provenía el brillante resplandor que los cubría. Las palas, bruñidas como espejos de plata con el trabajo de veinte días sin descanso, copiaban el sol y lo reflejaban. Cada movimiento arrojaba en distintos sentidos la imagen del astro, que se levantaba radiante sobre las cordilleras dentadas como una sierra, y sobre aquel batallón del trabajo, sesenta soles jugueteaban, como dioses abroquelados de diamante.

Un hombre opaco, montado en un caballo soñoliento, seguía a aquella ascua movible que avanza lenta por el camino; era el capataz.

Llegados a un recodo del tortuoso camino de Larmahue, los peones hicieron alto y apoyaron sus palas en el suelo. Los soles hicieron un último espejo, como un saludo de despedida. Cesó el encanto de aquel radioso juego de luces y quedaron a la vista aquellos sesenta hombres vestidos pobremente y calzados con ojotas.

El capataz dió sus órdenes y el batallón se dispersó a lo largo del cauce seco del gran canal que bordea el camino. De repente, no se vió sino al capataz, montado en su caballo, como si a los demás hombres se los hubiera tragado la tierra. La visión deslumbradora de la peonada en marcha, con sus palas al hombro, desapareció como un sueño de la fantasía.

Junto a un enorme sauce, una mujer joven y fuerte conversaba con un peón...

Hacía veinte días que las compuertas del gran canal que riega la vasta hacienda habían sido cerradas. La tierra, en cambio, con las aguas, había parido la gloria de sus últimos frutos, y reposaba, como una joven madre. Varias leguas de cauce seco guardaba apenas en las pozas el agua necesaria para la

bebida de los habitantes que bordean el camino. Los chiquillos bajaban al fondo del canal, que tantos borrachos y niños imprudentes se había tragado el año último, y pescaban con canastos las truchas y pejerreyes que se habían refugiado en las pozas.

El canal corría a tajo abierto a la vera del tortuoso camino. Alamos y sauces lo flanqueaban, formándole con sus raíces y raicillas un revistimiento natural y pintoresco. A su orilla crecían toda clase de plantas y yerbas altas, adornándolo de un verde festón que nunca se marchitaba.

Cada año era necesario limpiar el canal. El agua fecundante hacía crecer las plantas y las raíces de los árboles de la orilla; una u otra piedra del río, empujada por la corriente, tomaba la senda arriesgada del canal y los animales soltaban la tierra vecina a sus bebederos; todo lo cual haría mermar el agua, si no era oportunamente retirado. Por eso en otoño, los extensos valles de la hacienda regada por el canal, enviaban su peonada a despejar el cauce, dejando limpio su ancho seno para que pasase libre el agua vivificadora de la cosecha futura.

Aquella mañana de abril la peonada trabajaba en la parte más poblada del camino. Mujeres y niños se asomaban a la orilla del canal y miraban a los peones acometer, pala en mano, las raíces salientes, que pronto eran amputadas por el filo de las palas, y luego rellenar las pozas del fondo, de donde se extraían por la última vez los canastos en que coleteaban y saltaban truchas y pejerreyes.

Junto a un sauce, cuya raíz profunda defendía al camino en una leve vuelta del canal, una mujer, joven y fuerte, conversaba con un peón que desde el fondo del cauce la miraba, apoyado en la pala.

—Oiga, Glafira, yo me adelanté a los peones para limpiar la cueva del sauce.

Los ojos de la muchacha brillaban y su cara se iluminó de gozo.

—Venga a las oraciones, Cirilo, aquí lo espero; tengo muchas cosas que contarle.

El galope de un caballo se detuvo bajo la enramada amarillenta del sauce. Era el capataz.

—¿Qué hace aquí, Glafira? preguntó con rabia

—Vengo a traer agua—contestó con llaneza la mujer. Luego lo miró con desprecio y le preguntó:

—¿Y esa es su manera de saludar a la gente?

El capataz se desmontó, fué a dar la mano a la joven, y miró recelosamente al fondo del canal. Cirilo había desaparecido como por encanto. Más abajo de la vuelta, se oían confundidos los cantos tristes y las conversaciones alegres de los peones.

El capataz habló a la mujer con una inflexión cariñosa en la voz:

—Glafira, no me haga sufrir. Yo sé que Cirilo querrá venir a verla... le dí tarea allá abajo. No hay que arrastrar el poncho, porque yo soy capaz de... y llamearon de celos los ojos del capataz.

—Y, ¿qué me importa a mí? contestó Glafira. Después que Ud. lo convino todo con mi padre, ¿para qué tomarme parecer ahora?

—No se enoje, Glafira. Donde hay celos hay amor, y un hombre celoso es capaz de todo.

—Haga lo que quiera—concluyó Glafira.—Hasta luego... Y se fué hacia la casa, que a unos cuantos metros del canal se divisaba detrás de los parrones.

El capataz, hombre de unos cincuenta años, había convenido con su amigo de la infancia, el padre de Glafira, en casarse con la joven. El padre lo anunció a la hija; le hizo ver las positivas ventajas de tal casamiento, y cuando la joven se echó a llorar, le dijo:

—Ya está; esto es asunto concluído. Todas las mujeres se ponen a llorar por esto, en lugar de agradecer a su padre que se anda ocupando del bien de ellas....

Glafira lloraba pensando en Cirilo, muchachón de la vecindad con el que se querían. Se habían conocido pescando truchas y pejerreyes en las pozas del canal, del cual conocemos todos los secretos. Al pie del enorme sauce de la casa de Glafira, tenían en otoño sus más agradables citas. Al chocar el agua contra las raíces, había formado una caverna donde podían bien solazarse dos personas.

Cuando el canal estaba seco, allí acudían los amantes, y, sentados sin ser vistos, platicaban libremente sus amores. Cuando, levantadas las compuertas de la boca-toma, las aguas cubrían de nuevo la misteriosa caverna, los amantes suspiraban por ella, pues sus citas eran más difíciles y lejanas en la quebrada vecina.

Descubiertos en una ocasión de cita en la quebrada, el padre le enrostró a Glafira y la castigó cruelmente. Buscó en seguida al mu-

chacho, le enrostró su pobreza supina y lo amenazó de muerte si lo sorprendía en palabras con la chiquilla, pues él había encontrado para ella el marido que le convenía.

La quebrada había sido indiscreta con los amantes; solamente la caverna del sauce había guardado fielmente el secreto de sus amores.

Entonces fué cuando Cirilo marchó a trabajar a la hacienda y quedó bajo las órdenes del capataz, que le arrebataba su novia con el poder de los pesos que tenía en ahorros y animales.

A las oraciones de aquella dorada tarde de abril, los amantes tuvieron la cita convenida. Glafira le contó llorando a Cirilo que su padre había resuelto casarla con el capataz, apenas éste terminara los trabajos de otoño en la hacienda. La limpia del canal sería el último.

Los amantes se quedaron pensativos. Estaban sentados en el fondo de la cueva; apenas se veían las manos y la cara; las raicillas del sauce jugaban con sus cabellos. Después de un rato, Cirilo abrazó a la fresca muchacha, la besó en las mejillas y le dijo:

—No se le dé nada, Glafira. Si Ud. me quiere, todo lo arreglaremos. Venga todas las tardes; mañana o pasado le diré lo que vamos a hacer.

Y los amantes se colmaron de caricias, olvidando las amenazas que sobre ellos se cernían. Al despedirse, bajaron al fondo del canal. En ese momento un hombre atravesaba el puentecillo tendido a la sombra del sauce. Se detuvo. Oyó los cuchicheos y los besos y se puso al acecho. Vió a Cirilo escurrirse a lo largo del canal, hacia abajo, mientras Glafira seguía hacia arriba. La joven subió a la orilla y poco más allá el capataz le salió al encuentro.

Un hombre opaco montado en un caballo soñoliento, seguía...

—¡De dónde viene? le preguntó airado.

—¡Bah! Todavía no soy su mujer y ya me está tomando cuenta...

—Glafira, usted me tiene como un condenado; ¿apostaría que estaba con Cirilo?

—¡Segurito! Cirilo será algún sapo del canal... ¿Que no vé que vengo de la poza?

—¿Y qué andaba haciendo?

—¿Qué le importa a usted?

—¿Qué me importa? Y como una fiera se echó sobre Glafira. La muchacha dió voces, como pudo se desprendió del hombre y corrió a la casa. El padre les salió al encuentro. Glafira, llorando, le dijo:

—Padre, el capataz quiso pegarme y usted quiere que me case con él! ¡Cómo irá a ser después! Yo le tengo odio, padre! No quiero nada con él!

El capataz guardaba silencio. El padre quiso arreglar las cosas; pero Glafira le interrumpía a cada rato.

—¡Le tengo odio! ¡Le tengo odio!

Hicieron entrar a la muchacha y los dos hombres se sentaron a platicar en el corredor; pero el novio guardaba obstinado silencio.

A la tarde siguiente, el capataz hizo suspender más temprano el trabajo y devolvió la peonada hacia el campamento.

El sol se ponía cuando el batallón del trabajo empezó a desfilar por el camino, llevando sus palas al hombro. El rojo sol se copiaba en ellas y resplandores sangrientos brillaban hacia todos lados con cada movimiento. Por sobre aquellos hombres cansados y cabizbajos, las llamaradas del crepúsculo, reflejadas por las palas bruñidas, parecían los fulgores de un incendio. Detrás de la peonada, el capataz seguía el paso lento de su cabalgadura. Se había echado la chupalla hacia atrás, como acalorado; y los arreboles del poniente reflejaban en su rostro un resplandor sangriento.

Era que durante el día el capataz había recorrido el canal y descubrió la caverna que formaban las raíces del sauce. Se sintió arder de celos, pues comprendió que en la mañana y en la tarde los amantes habían buscado aquel refugio invisible a todas las miradas.

Apenas despachó la peonada volvió al galope a casa de su novia. Encontró a la joven en la bajada del canal. Ella se sorprendió y el capataz le gritó en seguida:

—¡El pecado la acusa! ¿A dónde vas?

—A ninguna parte; venía aquí no más.

El fingió no sospechar nada y dijo a la joven:

—Glafira, por la última vez, óigame. ¿Por qué se porta así conmigo? Casémonos antes, si quiere, y yo olvidaré lo de anoche.

—Pero yo no olvido que usted me pegó—replicó ella rencorosamente.

—Perdóneme, no supe lo que hice: tenía un furor tan grande.

—Después irá a ser peor cuando nos casemos.

—No, Glafira, seré cariñoso como con una hija con usted...

—Claro, porque de sobra podría ser usted mi padre, y así quiere casarse conmigo.

El tono de la mujer era hiriente y el capataz pensó inmediatamente en Cirilo que era guapo muchacho.

—Por Dios, Glafira, no me desespere. ¿Tiene gusto en hacerme sufrir?

—¿Y Ud. por qué me hace sufrir a mí?

—La quiero tanto...

—Yo no lo quiero a usted...

—Después me querrá, viendo ol que yo la quiero.

—¡Nunca! ¡Nunca!—respondió la joven con tono convencido.

—¿Nunca? Entonces ya no me verá nunca más....

La joven no supo ocultar su alegría, pensando que el capataz se declaraba derrotado y que se iría lejos.

El hombre conoció los sentimientos que agitaban a la muchacha y rugió con los ojos llameantes.

—Por la última vez, ¿nos casamos Glafira?

—¡No! contestó ella enérgicamente.

El capataz corrió hacia su caballo, masculando palabras ininteligibles; montó, partió a toda carrera camino arriba y luego se perdió en las sombras de la noche que se avecinaba.

Glafira, con el rostro radiante de contento, bajó el fondo del canal y se dirigió a la caverna, en donde ya la esperaba Cirilo. Los amantes, felices, conversaban acariciándose.

Después de media legua de vertiginosa carrera, el capataz detuvo su caballo casi reventado. Ya era de noche. El río murmuraba a unos cuantos pasos. El hombre buscó las compuertas de la boca-toma con movimientos febriles. Sacó una llave y abrió los candados que aseguraban la compuerta del canal de Larmahue. En seguida cogió el volante para alzar la gruesa lámina de fierro. De pronto creyó fracasada su venganza; el moho hacía

resistencia y el volante, apenas giró un punto, se detuvo. Se necesitaba la fuerza de dos hombres para moverlo. El tiempo avanzaba... Los amantes podían separarse... Sacó un puñal y raspó el moho del tornillo. Luego, con un supremo esfuerzo, el volante giró, y una fina lengua de agua se deslizó bajo la compuerta. Febrilmente agarrado al volante, aquel hombre parecía el demonio de las venganzas; y el tornillo giró, giró hacia arriba hasta dar en el tope. El agua alborotada pasaba como un turbión bajo la compuerta...

En la caverna del sauce los amantes se acariciaban todavía. Puesto que el capataz se marchaba no tendrían ellos necesidad de escaparse. Cirilo trabajaría y ahorraría dinero; el padre de Glafira cedería al fin, y mientras tanto, la cueva del sauce les prestaría su grato misterioso apartamiento.

De pronto Cirilo creyó oir un ruido extraño, algo como una gran serpiente que se deslizaba canal abajo. Los amantes prestaron oído un momento...

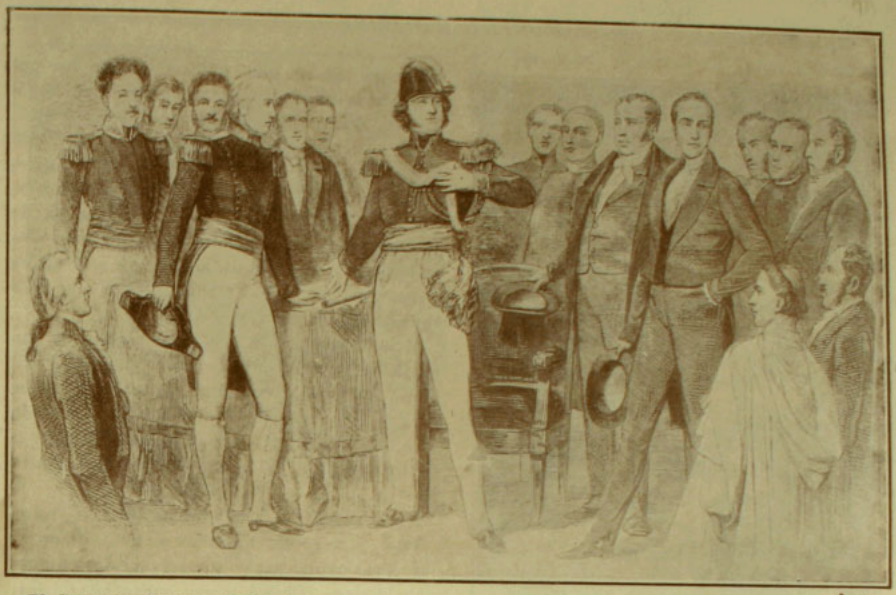
—¿Qué será?—preguntó Glafira.

Cogidos de la mano se asomaron cautelosamente a la boca de la caverna. El ruido se hizo enorme y ellos comprendieron el peligro. A una voz exclamaron, agrandando los ojos por el terror:

—¡El capataz!...

Y se echaron fuera de la cueva. En ese momento una tromba blanquecina los arrojó con fuerza formidable hacia el fondo de la caverna, aturdiéndolos con el golpe. Se oyó el silbido con que el agua ocupaba rápidamente todos los intersticios, y luego el suspiro con que siguió corriendo, amorosamente abrazada por el viejo cauce del canal festoneado de palquis y bergamotas.

Después de media legua de vertiginosa carrera...



El Supremo Director O'Higgins renuncia al mando de la República.—(Cuadro de Monvoisin). —La Deposición de este cuadro se ha perdido.

Iconografía de don Bernardo O'Higgins

POR

Nicanor Molinare

Con ilustraciones fotográficas

Desde muchos años atrás acariciábamos la idea de escribir algo sobre los retratos de O'Higgins, el gran soldado, el fundador de la independencia de Chile.

Poco a poco fuimos reuniendo estampas, cuadros y fotografías, copias casi todas, de los pocos originales que han quedado del vencedor de Chacabuco, del glorioso herido de Cancha Rayada y de Maipú, del mil veces héroe, en el inmortal día en que, por pedirlo el pueblo, dimitió el mando Supremo, en el histórico 28 de enero de 1823!

Pero a pesar del empeño gastado, nuestro deseo, reunir una iconografía de O'Higgins, no se habría cumplido si para nuestra fortuna no se hubiese fundado por el Inspector General de Instrucción Primaria, señor Rafael Luis Díaz Lira, la oficina, el taller patriótico, en que hoy se graban e imprimen los retratos de los hombres del pasado, de los que algo han hecho y harán por engrandecer a la República, que se denomina "Decorado Escolar".

Ahí, en esta curiosísima, sencilla y pobre repartición, que no cuesta al Erario nacional sino doce mil pesos al año, incluyendo arrien-

Doña Isabel Riquelme, madre de don Bernardo O'Higgins, fotografía del cuadro al óleo existente en el Museo Histórico de Chile, de José Gil.

do, útiles y sueldos de un director, dos fotógrafos y un carpintero, que hace también el oficio de portero, encontramos reunido todo cuanto a la iconografía del mandatario que dió libertad al Perú, mandando a ese virreinato un ejército esencialmente chileno al mando de San Martín.

Sepa, pues, quien nos lea, que todos los grabados que damos en este estudio iconográfico, han sido paciente y discretamente reunidos por "El Decorado Escolar", con el fin de llegar a producir un retrato real y verdadero del eximio prócer, de uno que llamaremos oficial, porque no se dará a la publicidad sino con la aprobación gubernativa.

Habremos de agregar también aquí, que la misma discreta seriedad que se ha gastado para hacer un O'Higgins, se ejecuta con los numeroso grabados que de este taller han salido ya, y que poco a poco van cubriendo los muros de nuestras escuelas y cuarteles, y las cámaras de las naves de la Escuadra nacional, santa tarea que desplazará a los grabados de monarcas y mariscales extranjeros que hoy, sin derecho ninguno, adornan todos los salones oficiales, y en los que, desgraciadamente, no se sabe quiénes fueron los padres de la patria, quién se nombró Prat, cuál Lynch, Rafael Sotomayor y Manuel Montt.

Si chilenos nacieron Baquedano, Antonio Varas, Aníbal Pinto, Freire, Pedro Lagos, monseñor Valdivieso, Eleuterio Ramírez, Matta y Walker Martínez, tiempo es ya de proclamarnos chilenos, de no tener vergüenza de serlo, de colocar en magníficos pedestales a los que nos dieron Patria, a los que han continuado engrandeciéndola.

"El Decorado Escolar", encargado de tan gratísima misión, si el público y las autoridades lo ayudan, cumplirá su austera misión, tapizando al país con todo lo suyo, con todo lo que es nacional; con las manifestaciones de las ciencias, del arte y de la agricultura chilena.

Nuestra variada y magnífica flora; el reino animal y vegetal; nuestros valles y montañas, los ríos del sur y sus selvas; los campos magallánicos; Chiloé y sus encantadas islas; Valdivia con sus fábricas; Tarapacá, Antofagasta y Tacna con sus nitratos; en una palabra, Chile entero, en todas sus magníficas relaciones histórico-políticas, industrial y mineras, social y artística, tendrá que pasar por el tamiz fotográfico de "El Decorado

Ampliación del de Thénard hecho en 1862, en París, de orden de don Demetrio O'Higgins.

Don Bernardo O'Higgins, 1778-1842. — *Supremo Director y capitán general de Chile desde* 1817 *a* 1823.—*Tomado de los billetes fiscales.*

Escolar'', para llegar a la escuela, al taller, a la maestranza ferrocarrilera, al Ejército, a la Marina, a todas parte donde aliente un chileno que adore y ame a su tierra, que tenga el culto del pasado, lo grande, lo bello y lo bueno.

Pues bien, en este santuario patriótico, en este oculto hogar en que se reune todo lo honrado que tiene, ha tenido y tendrá Chile, en él, repetimos, hemos encontrado casi todos los retratos de O'Higgins, **El Grande**.

Difícil tarea es descubrir cuál fué el primer retrato de O'Higgins; alguien, ha pocos días, nos ha asegurado que en un respetable hogar santiaguino existe un pequeño óleo en marfil o cartón en que aparece nuestro prócer cuando niño, en que su padre, el marqués de Osorno, lo envió a Talca, allá por los años de 1782 a 86.

Si la noticia fuese efectiva, cosa que no dudamos, porque quien nos la ha comunicado es un alto empleado de la Corte de Cuentas, la miniatura de que nos ocupamos habría sido tomada tal vez con autorización de don Juan Albano Pereira, guardador de don Bernardo por esa época y vecino de Talca, ciudad de donde es oriunda la respetable familia que se dice poseedora del retrato en cuestión.

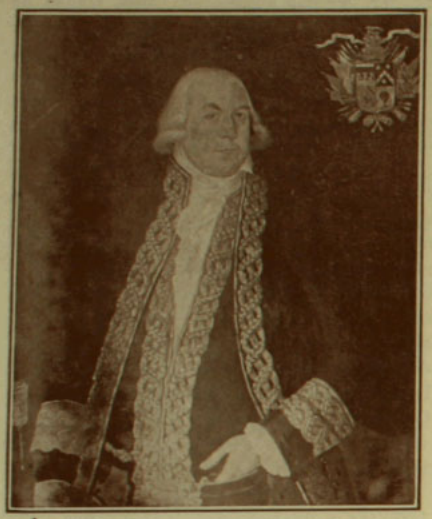
Pronto sabremos a qué atenernos sobre tan importante requisición iconográfica, porque alguien se ha encargado ya de buscar tan importante pintura.

Descartando, pues, a esta miniatura, nosotros casi nos atrevemos a dar la primacía de la mayoridad a un óleo de Gil, artista que muchos creen nació en el Perú porque en ese país vivió por 1821, razón de no mucho fundamento si se tiene presente que José Gil residió en nuestro país durante muchos años antes, y en el que existía dicho apellido desde antaño; que don Ramón Gil, capitán de Infantes de la Patria, murió heroicamente en Concepción por abril de 1814, dejando una viuda nombrada doña Carmen Carranza, que heredó su montepío.

Los Giles fueron oficiales de Pardos, de Infantes y de Ingenuos, batallón que murió en Rancagua el año de catorce.

Creemos, pues, que el retrato más antiguo es de José Gil, el que existía en la hacienda de Montalván, compañero de los de doña Isabel Riquelme, madre del héroe, y de su hermana doña Rosa, óleos también del mismo artista, y que fueron pintados en 1819.

Don Bernardo O'Higgins; fotografía del grabado ejecutado por Thénard en París en 1862 *por orden de don Demetrio O'Higgins, hijo de don Bernardo.*



Don Ambrosio O'Higgins.—Municipalidad.

Viene en seguida, cronológicamente hablando, el curioso cuadro de Gericault, afamado pintor militar francés, llamado "Batalla de Maipú", y en que aparecen en primer término San Martín y O'Higgins a caballo, rodeados de numeroso estado mayor, teniendo sobre uno de sus flancos a un grupo de prisioneros.

A sus espaldas la artillería independiente cañonea las casas de Lo Espejo, que se ven envueltas en humo y llamas.

Este cuadro, que es mural, de grandes proporciones, me fué facilitado por un hermano del general don Carlos Rojas A. para exhibirlo en la Exposición Histórica el año de 1910.

El directorio de esa corporación no quiso dar a la tela el valor inmensamente histórico que tenía, y lo colocó como a escondidas en el lugar más inadecuado que encontró.

O'Higgins, en este cuadro, aparece a caballo, con un brazo en cabrestillo, la cabeza desnuda, frente a San Martín, a quien se ha pintado en toda su gloria y majestad.

Los señores argentinos pidieron permiso para obtener fotografías, sacando todas las que quisieron.

Un año después, a fines de 1911, recibí de Buenos Aires una copia litográfica de esta tela, en la que se había falsificado el rostro de O'Higgins y una banderola que se ve en el suelo.

Gericault, que debió recibir datos exactos de San Martín, pintó a este general un tanto parecido, y no teniéndolos de O'Higgins, lo representó imitando la cara de Napoleón Bonaparte.

Ahora bien, en las litografías coloreadas de Buenos Aires aparece O'Higgins adulterado con patillas inglesas, y la banderola adornada con una cruz de Borgoña.

La falsificación es burda y mal hecha.

Se comprende que nuestro héroe no es tal, es un Bonaparte sin apuntado, ridículo; es una falsificación tan grosera como la que Mitre ha hecho de su novela, que no historia de San Martín.

En el Museo Histórico de Buenos Aires se exhibe un cuadro titulado la "Tarde de Maipú"; por desgracia hemos olvidado el nombre del autor.

El lector encontrará en el "San Martín" de Carranza y en el núm. 1.o de "Patria", de 13 de abril de 1912, a fs. 65, una reproducción del óleo en cuestión.

San Martín aparece como recostado en el

Don Ambrosio O'Higgins.

Doña Rosa O'Higgins, hermana de don Bernardo O'Higgins; fotografía del cuadro al óleo existente en el Museo Histórico de Chile.

suelo; a O'Higgins se le ve sentado en un taburete y con su brazo atado.

Al frente de ambos generales, un ayudante como que espera órdenes.

Siempre hemos creído que este último personaje es el comandante Escalada, a quien confió San Martín, por ser cuñado, la honra de llevar a Buenos Aires el parte de Maipú.

La tela, que creo es de 1819, no tiene mérito artístico ninguno.

En 1821, un oficial de la marina inglesa retrató a O'Higgins.

Andando el tiempo, don Roberto Simpson, por 1859, cuando Lord Cochrane publicó en Londres la primera edición de "Sus memorias", obsequió a sus relaciones algunos ejemplares de ellas, con un retrato fotográfico tomado del que hizo el marino inglés, y al pie del cual se lee:

"Sua Excelenza don Bernardo O'Higgins. —1821."

No sabemos por qué se nos antoja que éste es el retrato de O'Higgins que debe de tener más parecido con el original.

La sencillez del uniforme que viste, la falta de apuntado, de plumas, de entorchados y relumbrones, prendas que no se avenían con la sencillez ruda, republicana de O'Higgins, nos inclinan a tomar este retrato como el mejor de todos los que conocemos.

Como puede verlo y observarlo, quien nos lea, el Director Supremo carga uniforme que no puede ser más serio.

Ciertamente que, cuanto a parecido, difiere de todos los demás que se conocen; tal vez con el único que se semeja es con el que don Francisco Echaurren Huidobro encargó a Europa, con la litografía de A. Leyenizel, que se puede ver en "La Cama del Héroe", edición oficial de 1872.

El 17 de septiembre de 1873, el entonces Intendente de Santiago, don Benjamín Vicuña Mackenna, inauguró la Exposición del Coloniaje, y en ella, bajo el número 80, se exhibió un **"retrato auténtico del capitán general don Bernardo O'Higgins"**, de propiedad de don Osvaldo Rodríguez Cerda, que lo hubo de su señor abuelo don José Antonio Rodríguez Aldea.

José Gil fué quien pintó este retrato.

¿Dónde y cuándo? Lo ignoramos; pero, como O'Higgins aparece con las condecoraciones de la Orden del Sol, y esta institución se fundó el 8 de octubre de 1821, y el cuadro

Don Bernardo O'Higgins en uniforme de mariscal de Ayacucho, copia del que existía en Montalván y que envió Lynch.

Trabajo producido por el pintor señor Julio Zúñiga para "El Decorado Escolar", teniendo en vista todos los retratos publicados en este artículo.

fué mandado hacer por Rodríguez Aldea, y éste llegó al apogeo de su poder en 1822, creemos que ese fué el año en que Gil lo pinto.

He aquí la curiosa leyenda que obstenta:

"Retrato del Excelentísimo señor ciudadano don Bernardo O'Higgins, brigadier general de los ejércitos de las provincias unidas del Río de la Plata, condecorado con las medallas de Chacabuco y Maipú y con el cordón de oro de Buenos Aires. Fundador de la honorable Orden del Sol del Perú, grande oficial y presidente de la Legión del Mérito de Chile, primer almirante de la escuadra de la República, su capitán general de Ejército y la misma clase en el Estado del Perú y Director Supremo del Estado de Chile, etc., etc.—Hecho por José Gil."

En nuestro magnífico y bien tenido Museo Histórico, establecimiento que atiende con particular cariño su director don Joaquín Figueroa L., que es un santuario de glorias, de reliquias, que el pueblo visita constantemente, existe otro retrato de O'Higgins, sin firma de autor.

Este óleo, sin duda, tiene algo de parecido con el de 1821, con el que pintó el marino inglés.

La postura, la banda y el uniforme son diferentes.

En 1862, don Demetrio O'Higgins, hijo del prócer, mandó hacer a Thenard, el más popular y conocido de todos los grabados que existen del vencedor de Rancagua, Chacabuco y de Maipú, el en que aparece de cuerpo entero, apoyado en su sable y teniendo su apuntado en la mano derecha.

El retrato que se tomó para hacer el grupo con Portales y Carrera no sabemos de quién sea.

En Montalván se encontró junto con el de Gil de 1819, otro retrato de O'Higgins. ¿Quién lo pintó? No lo sabemos.

Este cuadro se hizo cuando ya O'Higgins había cumplido los cincuenta años y en uniforme de gran mariscal de Ayacucho.

De este retrato existe una copia en que resalta la cabeza, porque se nota que el autor, quien lo pintó, no es el mismo que ejecutó el cuerpo, el uniforme.

Fotografía de un cuadro que ostenta la orden del Sol.

Oleo de José Gil, 1819.—Traído de Montalván por don Patricio Lynch en 1882. — (Museo Histórico).

Réstanos todavía estudiar los dos cuadros de la "**Deposición**", del grandioso drama del 28 de enero de 1823, el día, el fasto más glorioso de O'Higgins, **El Grande**, que en esa jornada demostró inmenso civismo, inmaculado amor por Chile y por las instituciones republicanas.

El primero, el núm. 1, fué pintado por Monvoisin, que lo vendió a Demetrio O'Higgins en 4,000 duros, es o fué una tela colosal, que difiere del de Caro, que lo pintó para don José Tomás Urmeneta, existiendo, entendemos, una copia en el Museo Histórico.

Monvoisin vistió a O'Higgins con verdad histórica; sin botas, al contrario de Caro, en riguroso uniforme de capitán general, de Director Supremo del Estado.

Con sumo cuidado y paciencia hemos estudiado la "Deposición de O'Higgins" y podemos aseverar, sin temor a sufrir un engaño, que el uniforme que Monvoisin dió al héroe es absolutamente verídico y ajustado a la indumentaria militar y a la historia.

Agregaremos que el señor Julio Zúñiga, de orden del "Decorado Escolar", para pintar el retrato de O'Higgins, ha tenido también a su vista no sólo todos los óleos de que nos hemos ocupado, sino que también ha examinado atentamente los de don Ambrosio O'Higgins, los de la señora madre del prócer, doña Isabel Riquelme, y de su hermana, doña Rosa Rodríguez.

El núm. 1 representa a don Ambrosio en uniforme de virrey y fué hecho el año de 1796, fecha en que se trasladó a Lima, su autor se firmó N. R.

Don Benjamín Vicuña Mackenna dió una magnífica reproducción de él en el tomo 2.o de su Historia de Valparaíso.

El núm. 2 es copia del que existe en la Municipalidad de esta capital.

Aparte lo expuesto, el artista señor Julio Zúñiga, ha estudiado bien la vida del gran mariscal y Director Supremo de Chile. Todo cuanto han repetido María Graham y los ilustres viajeros que lo conocieron, referente a su sér moral y físico, ha llegado a serle familiar.

Un buen pintor debe conocer a fondo física y moralmente a la persona que va a pintar.

De O'Higgins "El Decorado Escolar" lo

Don Bernardo O'Higgins.—(De un grupo en que aparecen los señores José Miguel Carrera y Diego Portales.

Retrato de O'Higgins, tamaño del natural por un marino inglés.

sabe todo, ha llegado hasta reconstruir el modo ligero, nervioso, apresurado de su andar, un tanto balanceado, como de viejo lobo de mar. Su director, don Jorge Díaz Lira, estudia a fondo a todos sus personajes.

Hecho por autor desconocido.—Museo Histórico—Salón No. 3.

De esperar es, pues, qué el futuro retrato oficial de O'Higgins, **El Grande**, sea digno de su nombre y de la discreta e inteligente dirección de "El Decorado Escolar".

En mayo de 1882 llegaron a Chile, mandadas desde Lima, por el vice-almirante Lynch, las reliquias que se han llamado de O'Higgins, es decir, lo que del héroe quedaba en Montalván.

He aquí, más o menos, la nómina de ellas,

Original que existía en Montalvan, en uniforme de mariscal de Ayacucho y que don Patricio Lynch envió a Chile.

que la damos a fin de que los honorables señores Joaquín Figueroa L. y el coronel don Leandro Navarro, director y administrador del Museo Histórico, tomando nota de ella, vean lo que tienen y lo que les falta.

Advertiremos de paso que los objetos que vamos a detallar fueron recibidos por el distinguido señor don Francisco Solano Astaburuaga, siendo los siguientes

Dos casacas, una de paño blanco, la de capitán general, recamada de oro, sembrada de

estrellas, la que llevaba el héroe el 28 de enero de 1823, que es la misma con que Monvoisin uniformó a su personaje y la que carga la estatua que se inaugurará en Chillán.

Un peti azul, que don Bernardo se mandó hacer en Lima por 1840, para regresar a Chile, con botones de metal y escudo chileno.

Un retrato de don Ambrosio O'Higgins, el núm. 1, el que hizo el señor N. R.

Tres retratos de Gil: de las señoras Isabel Riquelme y Rosa Rodríguez y uno de don Bernardo, todos de 1819.

El de la señora Riquelme tiene esta cifra: "Doña Isabel Ricaelme.—Fexit Josephus Gil. Anno Libertatis, 1819."

Uno de San Martín, jurando la independencia del Perú, en 1821.

Otro de Simón Bolívar, que aparece meditabundo, sombrío.

El gran cuadro de Monvoisin, tela mural colosal, que llegó muy estropeada, que nadie sabe dónde se encuentra, que es necesario aparezca y de la cual existe una copia que publicó Vicuña Mackenna en el "Ostracismo de O'Higgins", fs. 457, edición de 1862.

Un retrato al óleo de Demetrio O'Higgins.

Otro de Almagro y uno de Pizarro.

Dos litografías iluminadas de Chacabuco y Maipú, obstentando unidos los escudos chileno-argentinos, que suponemos sean las de Gericaul.

Un plano de la batalla de Maipú; los de las de Ayacucho y Pasco; y tres cuadritos franceses que fueron de don Ignacio Zenteno.

Una docena de baúles marcados a fuego con el gran nombre: **O'Higgins.**

Objetos de plata también llegaron algunos.

Batalla de Maipú, del pintor militar Gericaut, 1821.

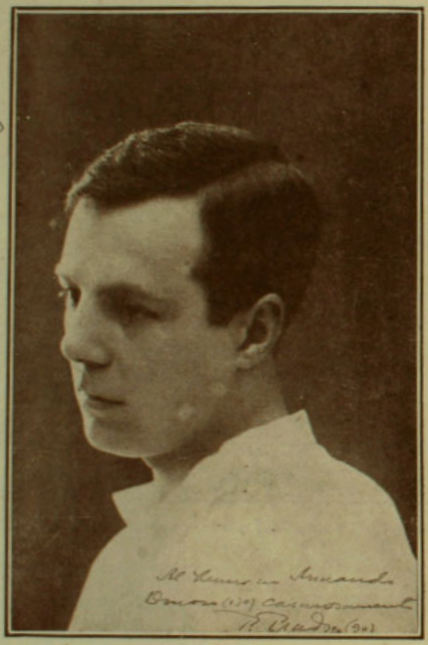
Y aquí termineremos este trabajo, que nos prometemos ahondar en un día no muy lejano, a fin de que él sirva no sólo al "Decorado Escolar", sino a los numerosos artistas que pueblan nuestra Escuela de Bellas Artes.

⚜

Un nuevo libro de Pedro Prado

Con fotografía

En el aislamiento de su vida artística Pedro Prado no se da tregua un sólo instante: laborioso, modesto, busca en paz armoniosa de su soledad la aspiración de su existencia. De cuando en cuando nos llega de él un nuevo libro, pequeño, sutil, armonioso. A principios del año fueron "Los pájaros errantes", ahora es "Los Diez", libro de índole originalísima.



Pedro Prado.

¿Por qué razón el título de "Los Diez"? Fué la de los diez un cenáculo artístico compuesto de pintores, músicos y escritores, que procuraban hacer intensa y solitaria vida artística. Pedro Prado quiso ser el cronista de "Los Diez" e ideó esta bella fantasía que hoy corre impresa: más que una fantasía cabría decir un elogio de las aspiraciones del cenáculo. Cada uno de los hermanos habla, casi diríamos predica su oración de belleza: el hermano errante refiere la historia de sus andanzas y esa historia está preinchida de bellas y sutiles observaciones, de imágenes armoniosas, de conceptos originalísimos. Luego los hermanos músico, poeta, escultor y pintor harán también el elogio de sus corazones copiosos de bellos conceptos y en aladas sinceraciones.

Se termina el poema de "Los Diez" con una fantasía *La barca,* que es tal vez la parte más bella del libro: los diez hermanos se han hecho al mar en una barca y luego la nave se remonta en el azul, en pleno milagro ideal: más tarde la barca, como una lámpara que comienza a encenderse empieza a brillar, lejos, lejos de la tierra y de los hombres.

No es posible transcribir ni dar una idea de este libro: "Los Diez" debe ser leído, debe ser gustado en toda su transparente belleza. Es una obra de arte puro, hija de un temperamento sabio y originalísimo que vive su aislamiento magnífico en medio del milagro de sus creaciones.

Pedro Prado es un gran laborioso, pero un laborioso sabio que escribe por que cada vez tiene algo nuevo e interesante que decir.

A.

✣ ✣

El Regalo de Ernestina

Ilustraciones fotográficas

En la mañana del primero de enero salió a pie de un hotel situado en el barrio de San Marcelo el bueno del señor Chanterelle.

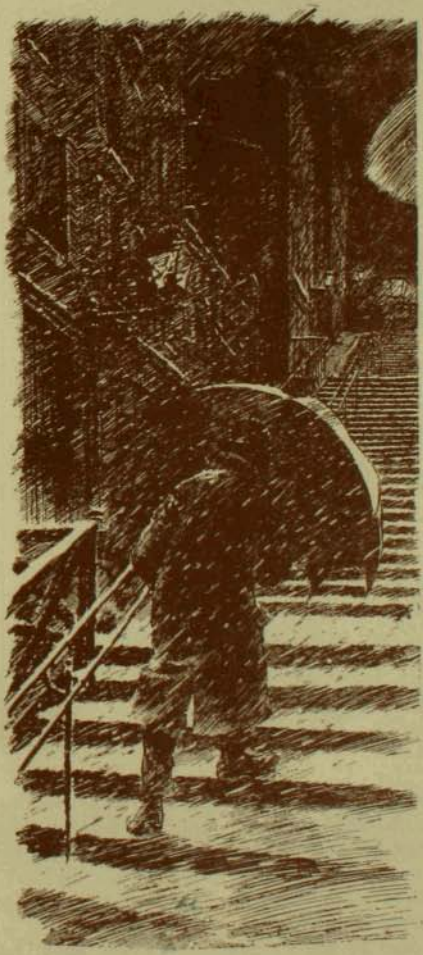
Continuando con sumo dificultad atravesó varias calles, sobre las cuales caía la nieve, sufriendo las inclemencias del frío, que entorpecía sus movimientos.

Para castigar su carne pecadora con la mistificación, había dejado el carruaje en la cochera, pues desde su última enfermedad cuidaba más la salud de su alma que la salud de su cuerpo. Vivía alejado de toda clase de amistades y solamente visitaba a su nieta Ernestina, preciosa niña de siete años.

Apoyado en su bastón llegó a la calle de Saint-Honoré, penetrando en la tienda titulada "Le Janier Fleuri".

En aquel establecimiento había infinidad de juguetes expuestos para los regalos de aquel señalado día, y el visitante veíase casi imposibilitado de moverse en medio de aquella abundancia de bailarines automáticos, pájaros musicales, muñequitos habladores, casitas llenas de figuras de cera, soldados puestos en fila con los uniformes más caprichosos y muñecos vestidos de amos y de criados, cual si las desigualdades establecidas por el mismo Dios tan inocentes figuras.

El señor Chanterelle escogió entre aquellos juguetes una muñeca vestida como la princesa de Saboya a su llegada a Francia, sonrió de satisfacción al pensar en la alegría que iba a causar a su nietecilla con tan precioso regalo.



Cuando Mme. Pinson, la dueña del establecimiento, le entregó la princesa de Saboya perfectamente envuelta en su papel de seda, el anciano le dió cortésmente las gracias, y con su muñeca bajo el brazo dirigióse a casa de Ernestina.

En la calle del Arbol Seco encontróse con un amigo, el señor Spon, hombre de gran nariz y de no menos intransigencia en las cuestiones religiosas.

—Buenos días, señor Spon, díjole en cuanto le divisó.—Le deseo a Ud. un buen año y pido a Dios que se cumplan todos sus deseos.

—¡Ay, amigo Chanterelle! ¡No diga Ud. eso! exclamó el señor Spon. Sólo por castigarnos es por lo que Dios satisface nuestros deseos.

—Tiene Ud. mucha razón. Nunca aprendemos a conocer nuestros verdaderos intereses. Tal y como Ud. me ve puedo servir mejor que nadie

de ejemplo para el caso. He creído que la enfermedad que vengo padeciendo hace dos años era un mal, y hoy he llegado a comprender que, por el contrario, ha sido un bien inmenso, puesto que me ha obligado a abandonar la abominable vida que hacía. Esta enfermedad que imposibilita mis piernas y turba mi inteligencia es, a mi ver,

una prueba de la infinita bondad de Dios... ¿Pero no me hará Ud. el honor de acompañarme hasta la casa de mi nieta Ernestina? Le llevo el regalo de año nuevo.

Al oir aquello levantó el señor Spon los brazos y exclamó con acento irritado:

—¡Qué dice Ud.! ¿Cómo es posible que haciendo una vida santa y retirada vaya Ud. a caer en los vicios del siglo?

—¡Ah! Pues yo no creía dar en esos vicios, respondió, temblloroso, el señor Chanterelle. ¿Es posible que sea tan grave pecado regalar una muñeca a mi Ernestina? ¡Yo necesito que alguien me ilumine! Hable Ud., hable Ud.

—Pues es un pecado y muy grande. Este regalo que quiere Ud. hacer a esa pobre niña, es, más bien que una muñeca ,una figura diabólica, un ídolo. Ha de saber Ud. que la costumbre de los regalos a principios de año es una superstición funesta y un resto horrible del paganismo.

—Yo lo ignoraba.

—Pues sepa que esa costumbre viene de los romanos, que veían algo divino en todos los principios y divisaban el principio del año. Por consiguiente, amigo mío, obrar como ellos es hacerse idólatra.

El señor Chanterelle que, a duras penas podía sostenerse a causa de la debilidad de las piernas, pidió apoyo al brazo de su interlocutor, y mientras caminaban siguió diciendo este último:

—Porque los astrólogos han fijado el día primero de enero como principio de año, ¿se cree Ud. obligado a hacer presentes en este día? ¿Qué necesidad siente Ud. de reavivar en tal fecha la amistad de sus amigos? ¿Vale tanto esta amistad que haya de cosservarse con dádivas y regalos?

—Señor Spon, respondió el pobre Chanterelle, esforzándose por arreglar su paso al de su impetuoso compañero; antes de

mi enfermedad era un miserable pecador, que sólo procuraba tratar con delicadeza a mis amigos y regular mi conducta a los principios de la probidad y del honor. La Providencia quiso apartarme de aqueel abismo, y desde mi conversión me atengo en todo a los consejos de mi director espiritual. Pero he sido tan ligero o tan torpe, que no le he consultado a propósito de este asunto. Lo que Ud. me dice ahora, con su indudable autoridad, me deja confuso.

—Más le he de confundir todavía, replicó el señor Spon, voy a iluminar su razón, con las luces de mi inteligencia, que desgraciadamente son cortas, pero con las de un gran doctor, que seguramente le convencerá. Siéntese Ud. en este guardacantón.

Y colocando al señor Chanterelle en el quicio de una puerta-cochera, sacó el señor Spon un libro encuadernado en pergamino. AbrióIo con cuidado, y después de hojearle durante unos instantes, púsose a leer en alta voz, llamando la atención de los transeuntes con sus voces y sus gestos.

He aquí lo que leyó:

"Nosotros que sentimos horror por las fiestas de los judíos, y que hallaríamos extraños sus sábados y todas sus solemnidades de otros tiempos, no debemos familiarizarnos con las saturnales y las calendas de enero.

Continúan los regalos; los presentes andan por todas partes y por todas partes vemos banquetes y diversiones. Los paganos observaban mejor su religión; porque se guardaban de solemnizar nuestras pascuas por miedo de parecer cristianos, mientras nosotros no nos avergonzamos de parecer paganos, celebrando sus mismos festivales".

—¿Ha emprendido Ud.? añadió el señor Spon. Así habla Tertuliano, que creo que es una autoridad bastante para demostrar a Ud. la indignidad de su conducta. No tengo el honor de conocer a su director espiritual; pero tiemblo al pensar en el abandono en que le ha dejado. ¿Está Ud. seguro de que el día de su muerte, cuando aparezca Ud. ante Dios, ha de estar su confesor a su lado, para purgar los pecados que le ha dejado cometer?

Dicho esto guardó el señor Spon su libro en el bolsillo y se retiró furioso seguido de la gente que había presenciado la escena en medio del mayor regocijo.

Quedóse el señor Chanterelle sentado en el guardacantón, con la princesa de Saboya entre las manos, y pensando que se exponía a las penas del infierno por el solo hecho de regalar a Ernestina una linda muñeca.

Quiso levantarse y echar a andar; pero sus piernas vacilantes negábanse a sostenerle y continuó sentado.

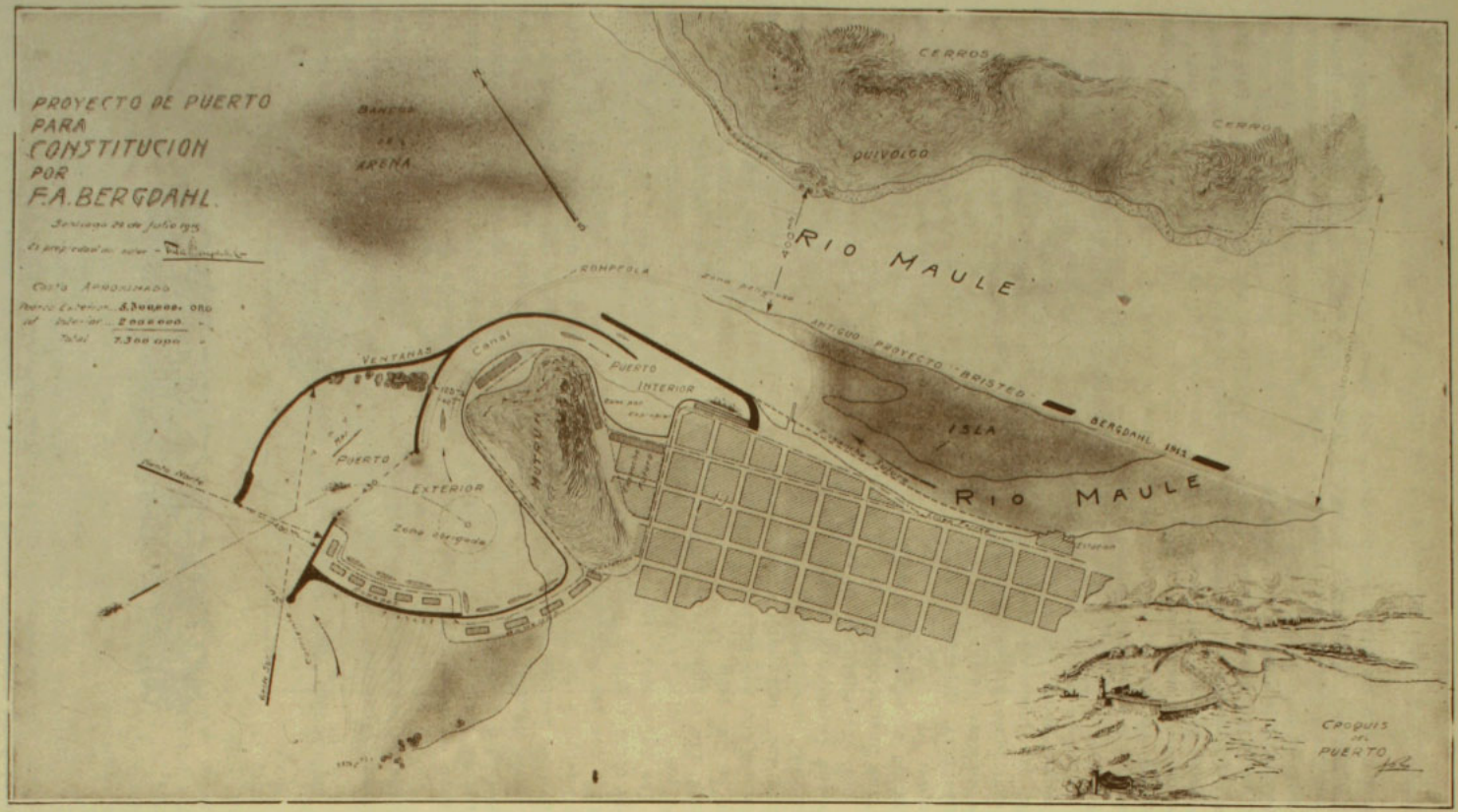
Hacía algunos minutos que permanecía en esta situación, cuando se le acercó un capuchino, diciéndole humildemente:

—Caballero, ¿no tendrá Ud. algo que dar a los pobres hermanitos?

—¿No teme Ud., hermano, dijo asombrado Chanterelle, que se pierda su alma por seguir la costumbre de los regalos de Año Nuevo?

—No; respondió el hermano. San Francisco no prohibe que sus hijos se distraigan honestamente. Puede Ud. sin faltar, darme algo para hacer hoy una buena comida y poder sufrir con alegría el ayuno y la abstinencia de todo el año.

Levantóse el señor Chanterelle, sacó del bolsillo un puñado de monedas y, dándoselas al religioso, encaminóse con paso lento a llevar a su nieta Ernestina la preciosa muñeca que tenía en las manos.



EL PROYECTO DE PUERTO PARA CONSTITUCION

El puerto de Constitucion

El Proyecto del Ingeniero F. A. Bergdahl.

POR

CARLOS ACUÑA N.

La inauguración del puente sobre el Maule que establece la continuidad en el ferrocarril de Talca a Constitución, ha hecho pensar nuevamente en el complemento obligado de esta línea férrea, que sería la ejecución de las obras de mejoramiento del puerto marítimo.

Ya los representantes autorizados del Gobierno que concurrieron a la inauguración del puente dejaron constancia de que únicamente la situación actual del Erario impedía por el momento llevar a la práctica una antigua aspiración de los Poderes Públicos que permitiría dar salida al mar a los productos de una zona rica y comercial, en el centro de la cual está enclavado Constitución. Hoy ofrecemos a nuestros lectores el último proyecto de puerto de que es autor el ingeniero señor F. A. Bergdahl.

En 1912 este mismo distinguido profesional en unión del ingeniero señor Bristed, entonces Director-jefe de los trabajos del Longitudinal, presentaron a la consideración del Gobierno un proyecto de puerto interior en la ría, cuyas líneas generales pueden verse en el plano que acompañamos.

Posteriormente, un estudio más detenido, llevado a cabo con minuciosidad en el mismo terreno, ha permitido al señor Bergdahl presentar a la Comisión de Puertos un nuevo proyecto que con un costo aproximado al del anterior, dota a Constitución de un doble puerto, interior en el río, y exterior en el mar, con ventajas que a la simple vista del plano pueden apreciarse.

En la exposición hecha por su autor se manifiestan las razones que apoyan al nuevo proyecto, sobre las cuales daremos una idea sucinta.

En el puerto exterior, excavando en gran parte el cerro Nutrún, se ha dispuesto un muro especial en forma de T en dirección aproximada de Este a Oeste (véase el plano). El muro evita que las fuertes y pesadas marejadas tengan efecto sobre el área tranquila de la zona abrigada e impide, asimismo, que la corriente Sur que a veces arrastra arenas pueda entrar y embancar la parte tranquila. El canal que une ambos puertos sirve también de protección contra el mar.

Respecto del viento Norte y de la influencia del río, puede verse por la flecha del plano marcada "viento Norte", que esas marejadas no tendrán efecto en el puerto, pues se estrellarán con la misma muralla T, mientras que las influencias del río contribuirían a rechazar más lejos, hacia el mar, la corriente Sur; pues, dichas influencias serían guiadas por el rompe-olas marcado "Ventanas" en el plano. Este rompe-olas se extiende a bastante distancia, mar adentro, para proteger completamente el puerto; sin formar una trampa (catch-trap), para la arena, pero, por su, situación ayudaría a desalojar la entrada del puerto.

El puerto interior contempla una completa seguridad y calma. En su extremo se sobrepondría el rompe-olas de manera de al bajar el río con fuerza no habría el menor riesgo de que penetrase al puerto interior; y, por el contrario, contribuiría a su seguridad el hecho de que la corriente aumentaría en velocidad.

Respecto de cómo el mar afectaría ambos puertos en los días de calma, se verá por las flechas marcadas "mar" que las rocas de "Las Ventanas" obrarían de una manera muy eficaz. Estas rocas, siendo naturales, absorberían el mar entre ellas y nunca se gastarían.

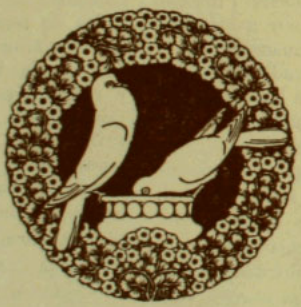
El canal que circunda el Mutrún al Norte forma, por sí mismo, parte del puerto, con línea del ferrocarril y bodegas, como lo demuestra el plano.

En el proyecto se consulta el ensanche para las necesidades futuras. Así, el puerto exterior puede ser ampliado ya desviando el rompe-olas más al Sur o excavando el cerro en la misma dirección.

Observando el plano, puede verse que en el antiguo proyecto, la anchura del río en el extremo Oriente de la Isla, es grande y va disminuyendo hasta estrecharse casi hasta su tercera parte frente al muelle. Encauzando en esta forma el río en un espacio tan estrecho y en una distancia no mayor de 2 kmts., que está en una parte reforzada por rocas y con rompe-olas en la otra, el río minaría por debajo, destruiría el rompeolas, y el agua inundaría la población, llenando el puerto y el canal de arena. Se ven, pues, los inconvenientes y los peligros de la idea primitiva, que su mismo autor ha expuesto con honrada franqueza, al presentar el nuevo proyecto.

Sabemos que el ingeniero señor Bergdahl hará próximamente viaje a Estados Unidos, en donde hay fuertes capitalistas, con los cuales está en correspondencia, interesados en efectuar la negociación de las obras del puerto de Constitución.

El buen éxito de estas gestiones, y su aceptación por el Gobierno, permitirían dotar al país de un puerto moderno, cuya situación geográfica lo transforma en una verdadera necesidad nacional.



La tecnica del tiro en el duelo

De B. Deinert Mayor a D. Director del Instituto de Experiencias, para armas de fuego de pequeño calibre en Halensee

Ilustraciones fotográficas

El Código Penal del Imperio Alemán, castiga el duelo con armas mortíferas y la provocación a él, con arresto en una fortaleza. Nadie podrá negar el hecho de que el hombre depende del medio en que vive, y que es imposible abolir de golpe costumbres existentes desde tiempos inmemoriales. La ley debe considerar, por lo tanto, el duelo y reglamentar sus prescripciones, de manera que no estén en abierta contradicción con las leyes de la justicia, por una parte y no desatiendan, por otra, las imposiciones de la vida en este sentido.

Si a continuación hago un estudio, hasta cierto punto metódico, del tiro en el duelo, no me guía el propósito de extenderme, con cierta sans façon, sobre un tema delicado, sino únicamente, el vehemente deseo de hacer más humanitario el lance. En la mayoría de los casos, un arma, en manos de un duelista medianamente diestro y ejercitado, no es, necesariamente, un instrumento de muerte.

La persona que ocupa un puesto expectable y de delicada actuación, debe familiarizarse con la idea de que, con culpa o sin ella, puede verse arrastrado a una situación difícil. Cosa suya es entonces, prepararse para afrontar cualquier situación que se le presente, en forma pronta y digna. No debe aceptar con fatalismo la teoría de que el duelo es una cuestión de nervios. La conciencia de la seguridad en el manejo del arma da al duelista, aún cuando él no se dé cuenta de ello, un gran dominio sobre sus nervios antes del lance y durante él.

¡Cuánto no se ha escrito sobre las formalidades antes y durante el duelo! ¡Cuán poco se sabe sobre lo que tiene mayor importancia: el arma y la técnica del tiro!

Los duelistas marchan al lance, generalmente, con poca o ninguna preparación, y lo aceptan todo, como se aceptaban los fallos en la época medioeval.

Para establecer una comparación, presento, de relieve, el estado de ánimo con que un mal jinete monta a un caballo de temperamento nervioso, y con qué seguridad lo hace un buen equitador de la misma constitución nerviosa que el primero.

Quien va a un duelo, tiene sus motivos justificados; no quiere tomar medidas a medias ni permitir que el duelo degenere en una farsa indigna, porque en este caso, el desgaste nervioso durante los preliminares, no guardaría relación con el resultado dudoso.

El ejercicio con pistola de tiro al blanco, educa, hasta cierto punto, la vista y la mano; pero no puede ser considerado como preparación para el manejo de la pistola de desafío en un duelo. Aquella, con alza y punto de mira y con ánima rayada para cuyo manejo, el errador goza de entera libertad de movimiento, y puede disparar cuando lo estime conveniente; no tiene nada de común con la pistola de desafío y en un duelo.

En el duelo se trata de disparar, a voz de mando, con un mraa desconocida, y de tener lo más pronto posible el primer impacto.

Haciendo caso omiso de las formalidades propias de un duelo a pistola, pasaremos a ocuparnos a continuación de la parte puramente técnica.

La pistola de desafío, cuyo uso está más generalizado, tiene un calibre de 9 mm., cañón fijo de ánima lisa, y gatillo visible.

El proyectil es esférico, de plomo; es expulsado por una carga de proyección de 1.2 gramos de pólvora negra. Para cargar se vacia la cantidad indicada de pólvora en el interior del cañón, se coloca un disco de lien-

zo engrasado sobre la boca de éste y sobre el mencionado disco, el proyectil; con ayuda de una baqueta y de un martillo de madera, se introduce, después, el proyectil en el interior del cañón hasta dejarlo en íntimo contacto con la carga de proyección; en el último momento se coloca el fulminante.

Las pistolas de desafío deben ser de la mejor marca, y a pesar de carecer de todo adorno, fluctúa su peso entre 450 y 500 grs. Sólo con un material de primera clase se puede conseguir una perfecta uniformidad en el par de pistolas. El correcto funcionamiento del disparador, que no tiene primer descanso, es de importancia capital. La energía que se emplea para hacer funcionar el disparador, debe guardar cierta relación con el peso de la pistola, y no debe bajar ni exceder de 2 kgrs.; así se impide un disparo prematuro si el duelista, nervioso, aprieta inconscientemente el disparador, y se evita al mismo tiempo un esfuerzo exagerado para hacerlo funcionar en el momento oportuno. Con pistolas baratas de 150 a 200 m., es imposible conseguir un correcto funcionamiento del disparador. Las armas valiosas son trabajadas con absoluta uniformidad y esta uniformidad es indispensable para la imparcialidad en lo que se refiere a la técnica del tiro. Los padrinos tienen el deber de controlar el funcionamiento de disparadores por medio de pesos, y si es necesario, recurrir a la intervención de un armero. Es indispensable también introducir una aguja en el oído del portafulminante, para cerciorarse de que está expedito. La omisión de esta obligación, puede dar lugar a la más grave de las injusticias.

El punto de mira de la pistola no debe tener brillo metálico y el alza debe ser bajada o retirada completamente.

Para poder disparar con rapidez y seguridad, es indispensable educar el instinto de la dirección; para ello, el alza sirve sólo de estorbo, por cuanto atrae la vista e induce al tirador a hacer coincidir el punto de mira con la ranura, con la consiguiente pérdida de tiempo.

La distancia entre los dos adversarios no debe ser inferior a 16 pasos, ni superior a 22, para obtenerla avanzan los adversarios, puestos espalda con espalda, 8-11 pasos, según las condiciones estipuladas, y luego hacen frente. No es permitido avanzar por saltos, por cuanto es imposible controlar su largo.

A esta distancia, las pistolas lisas tienen casi la misma precisión que las pistolas rayadas; la trayectoria tiene una desviación muy poco pronunciada hacia arriba de modo que el impacto coincide casi, exactamente, con el punto en blanco.

La mayor elevación de la trayectoria de la pistola lisa, como también de la pistola rayada, es de 1 cm. a 15m.=20 pasos de distancia.

La diferencia entre la herida producida por la bala redonda y la herida producida por el proyectil de pistola de ánima rayada, es una cuestión puramente quirúrgica. Distancias mayores que las indicadas no tienen ningún valor, porque no existe tirador que tenga un pulso tan tranquilo que en esas condiciones pueda hacer un disparo rápido y seguro, aún si toma por blanco la parte más ancha del cuerpo del adversario, la correspondiente a las caderas.

Es lógico que los duelistas se vuelvan los costados a fin de presentarse el blanco más pequeño. El duelista delgado y bajo está en condiciones más ventajosas. Es muy justo entonces que al adversario más grande se le permita doblarse en las caderas, a fin de presentar un blanco más pequeño.

En Alemania del Sur y en Rusia es costumbre que a la voz de mando "atención" los duelistas sólo se concentren interiormente y tomen posición dejando caer el brazo con la pistola a lo largo del muslo. A la voz de mando ¡uno! se levanta la pistola con el brazo estirado; se dirige contra el adversario.

El inconveniente de este sistema consiste en que, al poner en tensión el muslo del brazo para levantar la pistola, es muy fácil tocar prematuramente el disparador. También puede suceder que se levante demasiado la boca del cañón; en resumen, no parece conveniente buscar el punto en blanco, yendo de abajo hacia arriba, porque el tiro puede resultar o demasiado alto o demasiado bajo.

Mucho más conveniente es la costumbre de que a la voz de ¡atención! se levante lentamente el brazo con la pistola, de modo que la boca del cañón se muestre hacia arriba. A la voz de mando ¡uno! se baja entonces rápida y cuidadosamente la pistola, tomando la puntería desde la cabeza del adversario,

hasta el hueso de la cadera; está el duelista en condiciones de disparar cuando el punto de mira aparece sobre la boca del cañón, quedando oculto este último. Los duelistas de larga vista, deben hacer esta operación con el brazo estirado aunque esto significa un trayecto más largo con la consiguiente pérdida de tiempo, circunstancia que no deja de tener importancia por cuanto es necesario disparar dentro de las voces de mando

nación de 12º hacia adelante (véase Fig. 1). A la voz de mando ¡uno! se obtiene el punto en blanco que se desea, manteniendo rígida la posición del brazo derecho y bajando la boca del cañón mediante una simple presión del puño hacia abajo.

Las ventajas del procedimiento descripto saltan a la vista. El punto de mira se encuenta a una distancia conveniente del ojo de vista normal y del que es corto de vista.

Atención.

¡uno! ¡dos! ¡tres! dadas con intervalo de sólo 2 segundos.

El duelista que antes está listo para disparar, tiene por lo tanto una incuestionable ventaja. La creencia de que la persona retada a duelo tiene derecho al primer disparo, es un error muy común; estaría en contradicción con las leyes de imparcialidad.

El duelista de vista normal, o corto de vista, debe doblar el brazo en cuya mano lleve la pistola, no sólo para hacer el disparo, sino, también a la advertencia ¡atención! El ángulo formado por el brazo será más o menos de 140º. El puño se levanta hasta la altura del hombro, y doblando la muñeca hacia atrás, se da a la pistola una incli-

El trayecto que recorre la boca del cañón hacia abajo es corto y demanda muy poco tiempo y el duelista tiene completo dominio sobre su arma. Fácilmente se evita una desviación hacia los costados y aún las personas cortas de vista pueden encontrar sin mayores dificultades el punto en blanco. La mano obedece ciegamente a la vista aún cuando ésta apenas perciba al adversario como una masa difusa.

¿Qué es lo que necesita ahora el duelista para alcanzar destreza y seguridad en la ejecución de estos movimientos?

En primer lugar y sobre todo en el primer período de instrucción, es preciso que, a la advertencia ¡atención! ponga en rígida ten-

sión la musculatura de todo el cuerpo. Las rodillas están rígidas, los músculos del vientre contraídos, los hombros levantados y contraídos los músculos del cuello. La mano derecha aprieta firmemente el mango de la pistola. Lista para obedecer a la señal; el dedo índice descansa ligeramente sobre el disparador del gatillo ya preparado. Para alcanzar esta rigidez de todas las partes del cuerpo se necesita un alto grado de auto-educación, tanto mayor, cuanto todos los miembros deben obedecer casi al mismo tiempo y en diverso sentido a la voluntad. El que cree poder descuidar una sola de estas condiciones, por ejemplo, estar en posición sin poner en tensión todos los músculos, disparará fuera del blanco aunque tenga buena puntería. Para cerciorarse de ello, tómese una pistola descargada, y, haciendo la puntería con la misma despreocupación que en el polígono de tiro, hágase funcionar el disparador y se verá cómo el punto de mira se mueve en todas direcciones.

Aún cuando un ejercicio de semanas y meses haya dado un cierto grado de destreza para un tiro rápido, en la posición indicada, muchas veces, todavía, se obtendrá resultados desfavorables, aún a las distancias más cortas, porque el índice de la mano derecha no desempeña sus funciones en el momento debido y oprime prematuramente el disparador, en vez de hacerlo suavemente y con una presión siempre creciente. Los músculos de la mano que tiene la pistola, se educan lentamente y sólo después de algún tiempo y mediante un constante ejercicio, se conseguirá dar al índice la libertad de movimiento que necesita, a pesar de la rigidez de la mano.

Muchas veces sucede durante los ejercicios, que el tirador, después de errar el blanco una o dos veces, se pone nervioso. En este caso hay que empezar de nuevo con los ejercicios. Conviene usar para los ejercicios un blanco de figura de metal, de 3.5 cm. de espesor, que represente el perfil de un hombre de 1.65 m. de alto, y de 35 cm. de ancho en la región de las caderas. Por el sonido que se produce al chocar el proyectil contra el blanco, el tirador sabrá, siempre, que ha obtenido un impacto o errado el blanco.

Los preparativos para el tiro en el duelo consisten en la educación de la voluntad para dominar los nervios y lograr la rigidez del cuerpo. Como ejercicio el empleo en la forma descripta del arma descargada y provista sólo de fulminante. Se empezará con el tiro a diez pasos de distancia sobre el blanco de metal, al principio sin voz de mando y por reloj, procurando efectuar el disparo dentro del intervalo de tres segundos. Desde el principio debe girarse la muñeca hacia la izquierda, de modo que el punto de mira coincida perfectamente con el centro de la base del cañón, es decir, con el punto donde se encontraría la muesca del alza.

Generalmente se incurre al principio de los ejercicios en la falta de no llevar la muñeca suficientemente a la izquierda, sufriendo en consecuencia, el proyectil, una desviación hacia el mismo lado. Más tarde, se exagera el movimiento indicado, obteniendo, entonces, un tiro demasiado a la derecha. Pero estos inconvenientes desaparecen en la práctica y los errores de desviación lateral se presentarán sólo cuando el tirador se descuide en el momento decisivo, o cuando tiene un disparador demasiado duro.

Como no hay seguridad de poderse conseguir pistolas de primera calidad en el intervalo de tres días, conviene ejercitarse con distintas pistolas para acostumbrarse a las diferentes reparticiones del peso. Porque el tirador acostumbrado a disparar con una pistola que tiene el peso adelante extraña el manejo de una pistola bien equilibrada y fácilmente le resulta un tiro demasiado alto, y viciversa.

Cuando se adquiera alguna seguridad después de ocho o diez días de práctica, se disparará a voz de mando (véase Fig. 2), debiendo darse las voces de mando 1-2-3 con intervalos de un segundo. Poco a poco se aumentarán las distancias que eran de diez pasos, a 11 y 12 pasos de ahí a 20 pasos; aumentándolas en un paso después de cada disparo.

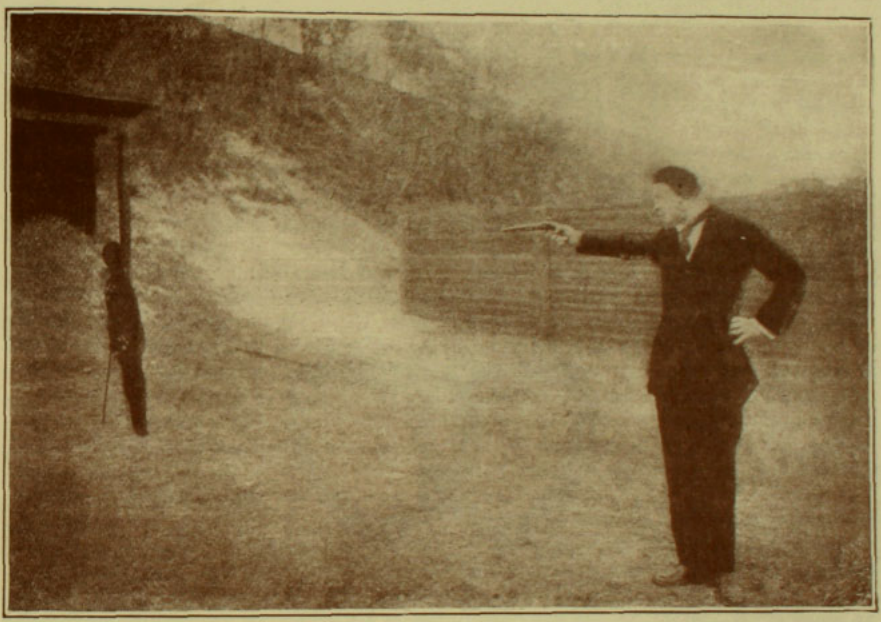
Cuando después de una serie de disparos se nota que el tirador comete una o dos faltas, se apodera de él cierta nerviosidad o decaimiento físico, lo que se revela en la falta de estabilidad de la boca del cañón, se volverá inmediatamente a la distancia de doce pasos y se pasará paulatinamente a la primitiva de 20 pasos, aumentando un paso después de cada disparo. Al que ha tenido ocasión de adiestrar caballos sabe que cuando el animal demuestra cierto malestar, es

conveniente pasar de las lecciones difíciles a las fáciles.

Se da término a los ejercicios diarios colocándose el duelista en posición de duelo al frente de otra persona y disparando sobre ella, a voz de mando, con pistola provista sólo de fulminante. La persona que se encuentra al frente está en condiciones de criticar el disparo por la dirección de la boca del cañón de la pistola. Este ejercicio no se

previamente si las propias fuerzas no están en desproporción manifiesta con las del adversario, a no ser que circunstancias muy especiales, lo obliguen a ello.

La destreza en el tiro de pistola de duelo, que debe poseer todo caballero, se conserva como todo ejercicio corporal, por ejemplo, esgrima, natación, equitación, etc. y sólo es necesario renovar los ejercicios, de tarde en tarde, para recuperar la seguridad perdida.



Voz de mando "Uno".

podrá hacer naturalmente sin haber tomado, antes, las correspondientes medidas de precaución.

Mediante ejercicios repetidos y metódicos, se adquiere una gran seguridad y la capacidad de dirigir, en poco tiempo, la bala sobre la parte del adversario que se quiera. Si a pesar de ello, ella se desvía y hiere partes vitales del cuerpo del adversario, o si un disparo prematuro de un mal tirador da en el blanco, contra todo lo que se esperaba, entonces es llegado el momento de someterse con fatalismo a lo irremediable.

En todo caso se debe evitar presentarse a un duelo a tontas y a locas y sin examinar

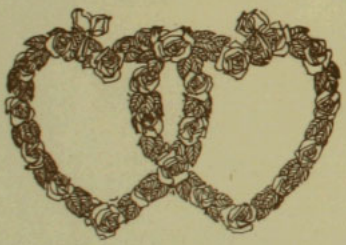
El que no está en situación de prepararse metódicamente en un polígono de tiro, siempre tendrá ocasión de hacerlo en la pieza o en el jardín siguiendo las indicaciones dadas, y con un poco de talento, bastan después unos cuantos ensayos con pistola cargada, para adquirir la seguridad requerida.

El temible duelo en su resultado inseguro puede ser modificado en sus consecuencias mediante una continua práctica y mediante la habilidad técnica que, a consecuencia de ella, se adquiere. Cuando a pesar de toda nerviosidad en el lapso de un segundo después de la advertencia "atención", se logra colocar, casi inconscientemente, un tiro que sólo pone

fuera de combate al adversario, entonces se considera lavada aún la más grave ofensa.

Los padrinos deben preocuparse, además, de evitar los suelos duros y colocar a los duelistas en suelo arenoso y blando, porque, aún cuando la herida ocasionada por el proyectil no sea peligrosa por sí, la caída puede ocasionar graves lesiones internas. Asimismo, es deber de los padrinos velar porque los duelistas lleven ropa interna de seda y desinfectada, para prevenir así una infección de la herida.

Tratándose del duelo a pistola, no siempre tiene aplicación, la frase de un conocido general ruso, que dice que la bala es loca, no hay necesidad de hacerla valer, siempre, tratándose del uso de pistolas de desafío.



Juanita, la Losera...

Por

CARLOS ACUÑA N.

Con ilustración fotográficas de Coke

—Muy buenos días tenga, patroncito.

—Buenos, Milagros, y a Ud. ¿cómo le va? ¿Cómo está Juanita?

La chiquilla se ruboriza y baja los ojos para contestarme:

—Bien, patrón, ¿y su mercé?

Pasan la madre y la hija patio adentro y se pierden por el corredor en busca de las habitaciones de mi madre.

La mañana es una preciosa mañana de estío. De la arboleda cercana llega el parloteo de los pájaros: al armonioso silbo de los zorzales, el piar destemplado de los tordos, negros como la noche, que picotean en la higuera vecina los frutos olorosos y maduros...

El sol ha traspuesto apenas la cordillera y va fundiendo las escasas nubes azulejas del rocío mañanero...

—No ve, patrón, lo que vale estar en pie de alba...

Mientras arregla prolijamente los pellones de mi avío chileno, ensillando mi mulato predilecto, Ramón me guiña el ojo hacia la muchacha que al ascender las gradas del corredor muestra una pierna bellísima bajo la tosca media campesina...

—De veras, le digo yo, en jerga huasa, "manda fuerza la chiquilla!..."

Ramón lanza una carcajada estrepitosa y sana, que espanta al mulato cuya respiración acelerada sale de las narices temblorosas del animal con un vaho neblinoso.

Mientras Ramón, con una rodilla en tierra, me coloca las grandes espuelas plateadas, le interrogo, como que no quiere la cosa.

Sus datos son precisos. La Milagros es viuda Aunque no es costumbre en la hacienda dejar mujeres en las pueblas, después de la muerte de José del Carmen, el marido, ha sido tolerada porque es gente de largos servicios, de los inquilinos más antiguos, y porque los terrenos de la posesión son malos, no dan para siembras. La Milagros se mantiene fabricando loza; es una artista de la greda. Nadie cuece como ella en el horno cantaritos, ollas de greda, jarros, todos los humildes artefactos que forman la vajilla de los ranchos:

—Ahora le trae loza a la señora, me dice Ramón. Verá cómo tiene Ud. su parte. La Milagros es muy cariñosa, y la Juanita que tiene manos de ángel para locear no se olvidará del patroncito Pancho...

El muchacho vuelve a sonreir, mirándome de abajo a arriba al ojalar la talonera, con su franca sonrisa de campesino, que muestra sus dientes blancos y parejos, blanqueando entre el bozo negro que comienza a sombrearle el labio.

—Te ha dado con la Juanita, le contesto tratando de ocultar la satisfacción que me produce oir nombrar a la hermosa campesina...

De veras que me interesa. No lo puedo negar. En mis vagancias por los potreros la encontré un día. Con un muchachito que debe ser su hermano, porque tiene los mismos ojos grandes, negros y risueños, con una pupila jugosa como la uva; la hallé sacando arcilla del suelo con una pequeña barreta. Los brazos desnudos eran morenos, pero de un contorno estatuario y juguetón. El hoyito del codo se atraía mis ojos con golosería.... ¡Lindos brazos jóvenes, para sentirlos como un amoroso collar!

Ramón me acompañaba también entonces, y con la maliciosa perspicacia de los huasos leyó en mis miradas que la hallaba bonita, que se me había entrado por los ojos y me había dejado una deliciosa espinita clavada

en el corazón. Por eso me pitorreaba ahora...

—Te pasas de malicioso, le dije. Vamos a caballo, que tiempo nos queda...

—¿Iremos por el lado de los sauces?

El bribón me adivinaba. En aquel potrero estaba la puebla de la Milagros.

—Donde se te ocurra llevarme, le contesté, haciéndome el disimulado...

—Andémosle, patrón; con el rodeo que tenemos que dar, ya habrán vuelto de las casas y su mercé verá cómo trabajan, ya que tiene tantas ganas de ver locear...

Como acababa de montar el mulato, empuñé el ramal para dar un chicotazo a Ramón, pero él, como huaso ladino, me esquivó el cuerpo enterrando espuelas a su caballo...

Me costó poco conformarme, al galope por los campos rientes y asoleados.

Era realmente bonita Juanita la locera. Lástima que ahora no mostrara desnudos los deliciosos brazos morenos.

Como trabajaba delante del patrón, vestía una blusa de blanco percal con mangas ceñidas hasta la muñeca.

Linda sí que estaba. No había guinda más roja que sus labios carnosos y breves, ni terciopelo más suave que sus pupilas humedecidas por la humildad.

En el fuentón cercano introducía el trapo y lo empapaba de agua para estrujarlo sobre la arcilla, dócil a sus manos prolijas. El florero tomaba ya la forma definitiva: la pequeña barriga, el cuello airoso en que debían pegarse las asas.

—Enséñame, Juanita, la dije yo por bromear.

—Para qué se va a ensuciar las manos... Me lo decía sonriendo, ruborosa, bajando las largas y sedosas pestañas, temerosa de mirarme cara a cara, con un candor que, como flor campesina, se marchita en la ciudad...

—Es cierto que sólo tus manos pequeñas y bonitas pueden moldear la greda. No así las mías, grandes y toscas de hombre.

—No, patrón; se le parten las manos; este no es trabajo para los ricos!...

Accedió al fin. Amasó entre sus manos un trozo de arcilla. Y comenzó mi aprendizaje.

Ramón, a unos cuantos pasos, daba grandes

—Enséñame, Juanita, la dije yo por bromear...

risotadas charlando con la Milagros. Mientras el campo se incendiaba con el sol de la siesta, los sauces echaban sobre nosotros una sombra espesa y fresca, entre la cual una brisa tibia agitando el ramaje solía arrojar sobre la tierra alguna fugaz chispa de oro.

No le decía cursilerías a Juanita la locera. La poesía del ambiente ponía en mis labios frases sinceras. Era muchacho y poeta. Ella era bonita y virginal. Moldeando el cántaro, nuestras manos se entralazaban y, como en el poema de Mistral, un dulcísimo estremecimiento frisonaba el contacto de las yemas.

Anhelábamos los dos, con los ojos húmedos y la garganta seca, de una sed divinal...

Ni ella ni yo supimos que nos besábamos con un beso tan dulce y tan puro como el agua cristalina que cantaba en la quebrada.

Los labios de Juanita la locera tenían olor a flor de espino, a verbena silvestre, a poleo fragante, a hierbabuena del valle.

¡Sabor de cantarito de greda que ningún vaso de amor me ha dado después!

El Ensueño del Arbol

I

El árbol yerto, a la primera y leve
escarcha cristalina del otoño,
se estremece, despierta y se remueve
creyendo florecido algún retoño.

A la brisa más fría, cuál si fuera
a los cálidos soplos con que anima
la tierra y el azul la primavera,
inclina su amplia, rumorosa cima.

Y si esa leve ondulación desprende
el hielo nocturnal de alguna rama,
lo imagina una hoja que desciende
y se pierde a lo lejos en la grama.

Y desde el tronco a la más alta fibra
de su ramaje tembloroso, queda
soñando que un rumor de flores vibra
entre las hojas, que la brisa enreda.

Mas luego viene el día; se difunde
celeste luz en el confín, y el manto
de la soñada floración se funde,
gota por gota, en silencioso llanto.

II

Así también el corazón que espera,
en los instantes de fervor, de brío,
ve surgir claridad de primavera
que anima todo el horizonte umbrío.

Al verla, sueña revivir, sonríe
con alegría de estival orgullo,
y siente que su vida se deslíe
en esperanza de amoroso arrullo.

Mas la verdad sus claridades vierte,
y se disipa el ilusorio estío;
queda el ensueño detenido, inerte,
y vuelve el mustio corazón al frío.

Vuelve a sentir que su alegría expira,
que se han desvanecido los renuevos,
que era su floración una mentira,
mentira el rosa de los sueños nuevos.

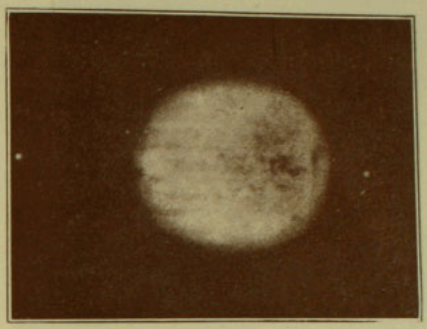
Y perdida la luz que del hastío
lo llevó a la esperanza postrimera,
deja correr en lágrimas de frío
el soñado calor de primavera.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

La astronomía ayudada por la fotografía

Con ilustraciones fotográficas

Este es el título de un artículo muy interesante publicado en "The American Museum Journal" de Nueva York, por E. C. Slipher,



JUPITER Y DOS DE SUS SATELITES

Esta fotografía, única de Júpiter, fué sacada por medio del telescopio de refracción de 24 pulgadas del observatorio de Lowell, en Flagstaff, Estado de Arizona. El punto brillante que se divisa a la izquierda del planeta es el Satélite III, y la mancha que se ve al extremo izquierdo es la sombra proyectada por este satélite. A la derecha, más cerca aparentemente planeta se ve el Satélite I

que ha estado asociado por varios años con el reputado astrónomo norte-americano, Dr. Percival Lowell, en su trabajo del Observatorio de Lowell, en Flagstaff, Arizona, Estados Unidos de América. Este observatorio se halla a una altura de 7,250 pies (2,209 metros) en una región del país conocida por la notable claridad y sequedad de la atmósfera, condiciones excepcionales que han facilitado sobremanera las investigaciones del Dr. Lowell y su ayudante, permitiéndoles alcanzar excelentes resultados en la fotografía de planetas, estrellas, nebulosas y cometas por medio de dos enormes telescopios—uno de refracción de 24 pulgadas y otro de reflexión de 40 pulgadas—de aparatos fotográficos especiales y del espectroscopio, con lo que han podido efectuar muchas investigaciones astronómicas de suma importancia en los últimos años.

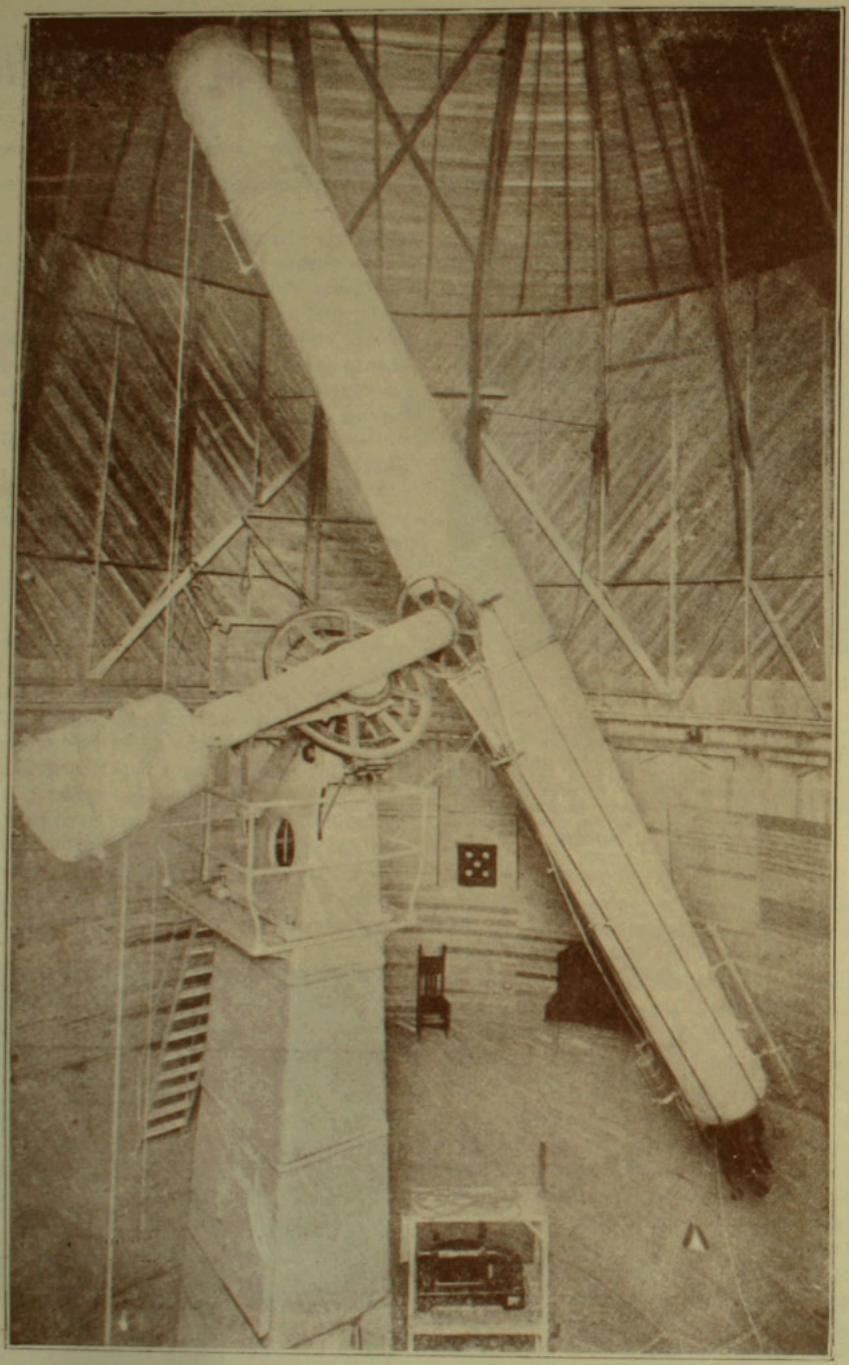
El Sr. Slipher dice en su artículo que se han sacado magníficas fotografías del gran planeta Júpiter por medio del telescopio de refracción, que muestra a primera vista la notable faja circular de la superficie visible—probablemente producida por los diversos gases de una atmósfera muy densa en el fondo de la cual raras veces vemos—e innúmeras marcas más finas como fuegos fatuos entrelazando las fajas. Las fotografías del planeta que muestran diferentes longitudes presentan un aspecto variado de esas fajas, y las que se han sacado en diferentes años indican muchos cambios caóticos patentes allí.

A través de la esfera del planeta Saturno se notarán en los grabados casi las mismas marcas como fajas paralelas al ecuador, aunque menos acentuadas, y esto indica una condición parecida en las atmósferas de Júpiter y Saturno.

Aunque menos pintoresco que las fotografías directas, las observaciones espectroscópicas también están llenas de revelaciones. Después de que la luz de un cuerpo celeste ha pasado por el prisma de un espectroscopio, se revelan muchos rasgos importantes que por otros medios sería imposible conocer. Es por el análisis espectroscópico que derivamos mucho de nuestro conocimiento de la densidad y constitución de las atmósferas planetarias, de los movimientos o cambios de lugar y situaciones de las estrellas, cometas y nebu-

VISTA DE UNA NEBULOSA DE LA CONSTELACION VIRGO

Fué sacada con el telescopio de reflector de 40 pulgadas del observatorio de Lowell el 18 de abril de 1911, y es objeto de particular interés por ser la primera nebulosa, cuyo movimiento alrededor del eje de rotación ha podido observarse.



GRAN TELESCOPIO DE REFRACCION DEL OBSERVATORIO DE LOWELL

Este instrumento es conocido de los astrónomos de todo el mundo por lo perfecto de sus enormes lentes y por los grandes descubrimientos hechos con él, relativos a Marte, Saturno, Júpiter, Urano y otros planetas, estrellas, cometas y nebulosas. Fué fabricado en Cambridgeport, Estado de Massachusetts.

losas. El espectroscopio sirve también de barómetro que nos permite conocer muchas de las condiciones existentes en el sistema planetario, nos ha revelado que Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno están circundados de atmósferas muy densas, y que la densidad de éstas aumenta con la distancia de los planetas al sol, y fué por medio del espectroscopio que se evidenció en el Observatorio de Lowell que Marte no sólo tiene atmósfera, aunque menos densa que la de la tierra, sino que contiene las substancias esenciales de vida: el óxigeno y el vapor del agua.

Sin embargo, lo que ha despertado mayor interés, dice el Sr. Slipher, son las incomparables fotografías de los canales de Marte, la probable obra de mano de seres inteligentes. Esas marcas peculiares, características de artificiales construídos por seres inteligentes

A medida que el tiempo pasa y aumentan nuestros conocimientos sobre Marte, esta teoría va siendo más y más probable, pues está de acuerdo con todos los hechos sacados a luz por observación y responde de los cambios notables que ocurren en la red peculiar de marcas que geométricamente cortan la superficie de los planetas. La observación crítica y seria del ojo perspicaz del Dr. Lowell ha revelado que hay una relación más íntima entre el derretimiento de las nieves polares y la intensidad del sistema de canales. El desarrollo de los signos de vegetación sigue el paso del sol de un hemisferio del planeta al otro, y es más intenso durante las estaciones de primavera y verano en Marte. Este planeta está en un grado más avanzado de

EL PLANETA SATURNO

Fotografiado por el doctor Lowell, el 12 de marzo de 1915, mostrando los anillos en su mayor extensión

Marte únicamente, fueron descubiertas primero por el célebre astrónomo italiano Schiaparelli en 1877. Debido a su semejanza de color y a su relación con las grandes regiones verde-obscuras que se suponía entonces, por lo general, que eran lagos y mares, Schiaparelli llegó a creer que eran canales o ríos, y consecuentemente las denominó "canales". En 1892 se descubrió que las mismas marcas lineales invadían los mares de Marte y asimismo que la posición de esos canales era estacionaria, lo que refutó la existencia de los supuestos mares. Entonces el Dr. Lowell no tardó en descubrir que los canales crecían y disminuían, que tenían una estación "viva" y una "muerta", y en 1894 lanzó la teoría de que los canales y lagos de Marte no eran de agua, sino fajas y oasis de vegetación sustentados por las aguas provenientes del derretimiento de los nevados distribuídas sobre el árido planeta por un sistema de canales

evolución planetaria que la tierra y le queda sólo una escasa provisión de aire y agua. El Dr. Lowell cree que las numerosas líneas que se divisan allí son marcas de creciente vegetación debida a un sistema de regadío forzosamente construído. Dos hechos significativos deducidos por observación confirman esta teoría: Primero, la marcada rectitud de las líneas, que causas naturales no explican; y segundo, la manera característica cómo se desarrollan con las estaciones y el derretimiento de los nevados.

Desde que Schiaparelli descubrió los canales ha existido cierto escepticismo, aunque no general, respecto a su realidad y las observaciones de aquellos que los han visto han sido criticadas considerablemente. Se han adelantado varias teorías para explicarlos como ilusiones, pero todas fueron repentinamente rebatidas cuando en 1905 el Sr. Lampland con máquina fotográfica y métodos de

MARTE Y SUS CANALES

El doctor Lowell ha descubierto que los canales de Marte aumentan y disminuyen y tienen lo que parece ser una estación "viva" y una "muerta". Por consiguiente, se cree que son fajas y oasis de vegetación mantenidas por las aguas de los derretimientos de los nevados, distribuída por canales construídos por seres inteligentes

su propia invención logró fotografiarlos. Perfeccionamientos subsiguientes del método trajeron consigo mejores resultados y durante las sucesivas fotografías del planeta muchos de los canales y oasis han dejado su impresión en la placa. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la vista es casi instantánea, mientras que la emulsión fotográfica requiere frecuentemente una exposición de tiempo. Debido a esto y al hecho de que aún en la atmósfera más tranquila la imagen telescópica permanece fija solamente por un lapso de tiempo muy corto, la imagen fotográfica se encuentra en condiciones muy desventajosas, resultando una impresión muy deficiente del planeta en ese momento.

LOS CUATRO

POR

AMANDA LABA RCAUBERTSON

(De la serie "Cuentos a mi señor")

Con ilustraciones fotográficas

Estos eran cuatro ladrones. Se llamaban Pedro, Daniel, Juan y Ramón. No eran hermanos, pero como si lo fueran, porque desde una vez que se encontraron en la patente de Misiá Carmen y se contaron los cuatro sus grandes aventuras, se juraron amistad. Y juntos andaban por los caminos y juntos entraban a los poblados en busca de hombres a quienes robar y de mujeres que mancillar. Jamás se vió caso de que ninguno de ellos riñera con el otro. Todos se tenían grandes consideraciones y cada uno decía a quien le quería oir, que sus compañeros eran los más hábiles ladrones de la comarca. Así fué cómo los demás del oficio les cobraron ojeriza y cuando se sintieron envidiados y odiados se alzó más su orgullo, porque entonces comprendieron mejor su fuerza. Desafiaban a los guardias y a los campesinos y cada uno tenía en las haciendas cercanas un refugio desconocido al que llevar a los demás en caso de peligro; pero esto no sucedió jamás, pues eran valientes y audaces como nadie. Y vivían felices.

Eran cuatro. Pero, el mayor, en los momentos de ataques, era el capitán, a quien los otros tres obedecían ciegamente, porque habían probado su sagacidad: Daniel era callado, apacible en el reposo e intrépido en el combate; Juan era recio y gustaba de las palabras duras; Ramón, el menor, alegre y dicharachero, animaba a los otros en las largas esperas contando aventuras heroicas de los Pincheiras y los Falcatos, a veces de él mismo, y aunque solían no creerle, a todos gustaba su labia y su chiste.

Eran cuatro, y una vez que un mocetón fué a pedirles que le dejaran asentarse con ellos para seguir sus aventuras o ser su sirviente, unánimemente dijeron que no. Nadie merecía juntarse con ellos, ni ellos tenían necesidad de nadie.

Pero sucedió que un día, Pedro dijo:

—Hoy he visto en la Placilla una muchacha que me ha gustado más que todas las otras juntas.

—Te la vamos a buscar, dijeron en coro los tres.

—No; no la quiero lo mismo que a las demás. Quiero que sea mi mujer.

Los otros se miraron sorprendidos; ninguno se atrevió a decir palabra por no turbar su amistad, pero dentro de su corazón cada cual protestó.

Tiempo después, la Mena llegó al campamento. No era bonita; sólo tenía, como todas las mujeres de la tierra, unos ojazos negros que echaban chispas.

Cada uno se preguntó qué había podido gustarle a Pedro de esta mujer: no era hermosa, ni tenía lindo cuerpo, ni parecía buena para nada; mas, Pedro la quería y ella también a él.

Dijo Pedro:

—Filomena, estos tres son Daniel, Juan y Ramón, no hemos nacido de la misma mujer, pero somos hermanos.

—Y tú serás la hermana de los tres, contestaron.

—Sí, dijo ella, seré la hermana de Uds. y cuidaré de sus ropas y de sus comidas y donde vayan Uds. yo también iré.

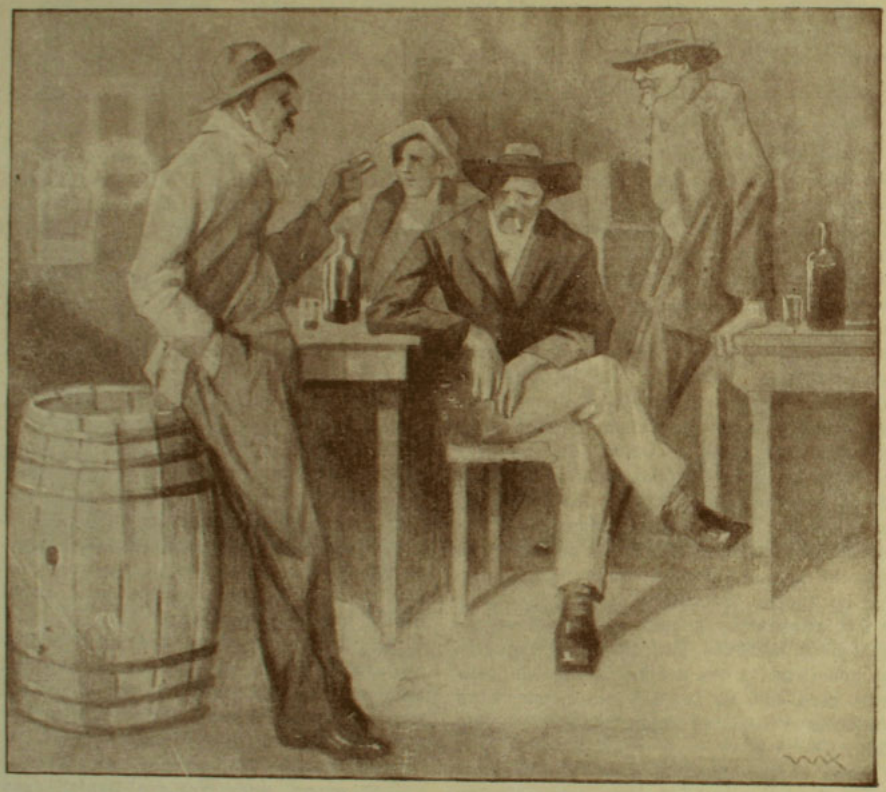
No resultó mala la Mena: era hacendosa y trabajadora y parecía quererlos bien a todos. Cuando volvían de sus andanzas pedía que le contasen la aventura. Ramón la adornaba con todos los detalles y los demás escuchaban ensimismados. En la relación

cada uno adquiría proporciones gigantescas, aunque no decían nada, agradecían al compañero que tan bien sabía narrar sus hazañas.

En un gran trabajo necesitaron de alguien que les avisase la proximidad del peligro. La Mena—que se había ido aficionando poco a poco al oficio—se ofreció. La aceptaron a pesar de Juan, quien no creía que pudiera resultar nada bien donde se metían mujeres. Pero resultó; bajaba cerros y saltaba piedras casi con la misma facilidad que ellos, gustaba de sus ejercicios y no conocía el miedo. Desde entonces fué la habitual compañera de sus correrías.

De estas cosas, Pedro era el único satisfecho; los demás no podían acostumbrarse a que una extraña presenciara sus intimidades y que los tratase como a iguales. Les parecía que Pedro no tenía con ellos la misma antigua confianza y cada vez que los dejaba para retirarse con su Mena, los demás quedaban hoscos y apesadumbrados. Falta no hacía, era una intrusa en su compañía. ¿A qué se había venido a meter con ellos?

Una vez habían salido Pedro y Mena. Da-



...y se contaron los cuatro sus grandes aventuras; se juraron amistad.

niel. Juan y Ramón estaban en lo alto de un cerro, sesteando.

Juan fué el primero que habló.

—Siempre habían de ser las mujeres las que metieran cizaña entre los hombres. Por esta intrusa no somos ya los cuatro los mismos de antes.

Era la primera vez que alguien hablaba así de ella, pero Juan estaba seguro que

sus compañeros pensaban como él. ¡Alguna vez había de desahogar su corazón!

—No hay para qué quejarse—repuso Daniel—con las palabras no se llega a nada; y se tendió boca arriba, mirando el sol.

—Las palabras—sonrió el menor—son armas de mujeres; los hombres las despreciamos.

Y no hablaron más aquella tarde.

Pasó el tiempo. Mena no se confiaba mucho en ellos, porque, como mujer, era zahorí y a veces le parecía ver malignidad y rencor en los ojos de los tres. Sin embargo, no tenía razón: ninguno dejó escapar jamás ante ella una palabra soez, porque habría sido herir a Pedro y no hay que olvidarse que los cuatro eran hermanos. Daniel—callado siempre—era el que le había sabido inspirar más confianza y cuando salían de aventuras—sino estaba Pedro—sólo se iba con él.

Después un golpe seco, apenas perceptible.—¡Adiós, Mena, dijo sonriendo Ramón...

Aquel día habían de salir de madrugada atravesar unos cerros y llegar en la tarde a los Quillayes, donde les esperaba Pedro, que preparaba un gran asalto a casa de unos ricos avarientos.

La mañana estaba fresca, y el sol y el viento acariciaban la montaña. Adelante iban Daniel y la Mena y más atrás Juan y Ramón. Los caminos eran muy malos, lo cual no importaba, porque los cuatro los conocían y además para ellos no había habido nunca ni riscos, ni precipicios. Así fueron caminando; Ramón contaba aventuras increíbles que gustaban a Mena, quien a menudo le aplaudía con alegres carcajadas. El sendero se estrechaba y apenas si cabía una sola persona; abajo un gran precipicio, arriba el monte cortado a pico y serpenteando entre ambos el camino angosto y falso. En un momento, Daniel miró hacia atrás y encontró clavadas en él las miradas de Juan y Ramón. Se adelantó un poco y caminando lentamente siguió conversando con Mena que iba a su zaga. Pasito a paso. Juan se apresuró y antes que Mena lo sintiera, de un fuerte empujón la echó a rodar.

Ni un grito, ni un gemido; algunas piedras arrancadas de su sitio que acompañaban la caída vertiginosa. Después un golpe seco apenas perceptible.

—Adiós Mena, dijo sonriendo Ramón.

Y ese fué su epitafio.

Nadie miró para atrás, siguieron su camino sin preocuparse de la muerta.

Concluído el sendero malo se reunieron los tres.—¡Pobre Mena, dijo Daniel, quién hubiera dicho que se iba a caer así!

—Pobre Pedro, dirás—contestó Juan—la va a sentir mucho, pero es hombre y sabe sobrellevar desgracias.

—Y hay tantas mujeres bien hechas en la tierra—concluyó Ramón.

A la tarde llegaron a los Quillayes. Pedro salió a su encuentro. Todos tenían el

aire triste y dolorido. Daniel habló el primero y con voz temblona por la emoción contó la caída de la hermana y cómo todos habían tratado de salvarla.

—Ha muerto—dijo Juan—y estas cosas no tienen remedio, pero nosotros te consolaremos y trataremos de distraerte.

Pedro no contestó. Oía al principio con semblante espantado y a hurtadillas pasaba el reverso de la mano por sus ojos.

—Pobre Mena!

Los demás lo rodearon, tratando cada cual de mitigar a su modo el dolor del compañero. El los escuchaba silencioso, cabizbajo. Al fin habló.

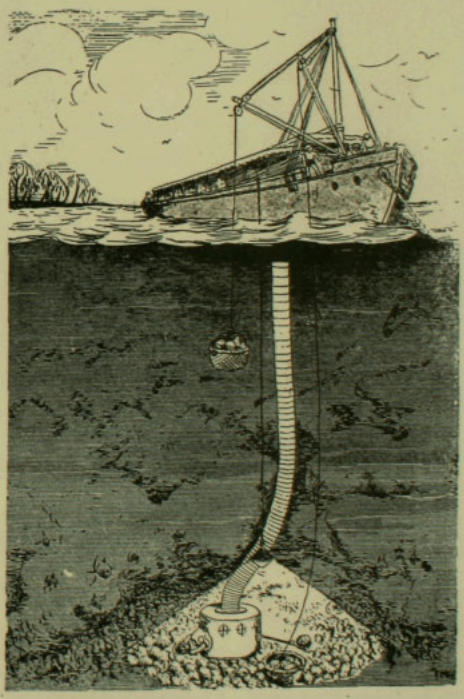
—¡Ah! si no fuera por Uds. qué triste se me habría hecho la vida!

Y los cuatro sentían que una gran paz y una gran amistad volvía de nuevo a ligarles para siempre...

Vistas submarinas animadas

Con ilustraciones fotográficas

Parece que los usos docentes y de diversión a que puede aplicarse la película cinematográfica no tiene límites. Casi a diario aumentan sus posibilidades. Sin duda sorprende ver cómo los obreros y las obreras, los industriales y maestros, los ricos y pobres, de todas las clases sociales y de todas las edades imaginables desde el abuelo hasta el niño de pocos años sentados cómodamente en un cinematógrafo, a pocos pasos quizás de sus hogares, mediante un gasto de unos cuantos centavos, pueden contemplar ahora con igual interés vistas y escenas que habrían permanecido fuera de su alcance si no es por este maravilloso invento moderno. La película cinematográfica ha invadido por completo el dominio de los viajes, y en un momento transporta a los espectadores a calles repletas de gente de ciudades extranjeras; los hace testigos oculares de maravillas escénicas de tierras distantes; les muestra pueblos, costumbres y maneras de vivir extrañas; los transporta a grandes fábricas modernas para que vean cómo se fabrican los productos que comemos o usamos de mil maneras; les muestra cómo viven y qué hacen en sus guaridas los pájaros silvestres y los animales salvajes y les pinta con toda la realidad humana los habitantes de las regiones de las nieves eternas o las bestias feroces que vagan por las selvas tropicales del Africa. Tanto al espacio como a la tierra se les ha impuesto tributo de nuevos tópicos para describir, y hasta las profundidades del mar han tenido que revelar los ocultos misterios del mundo submarino.



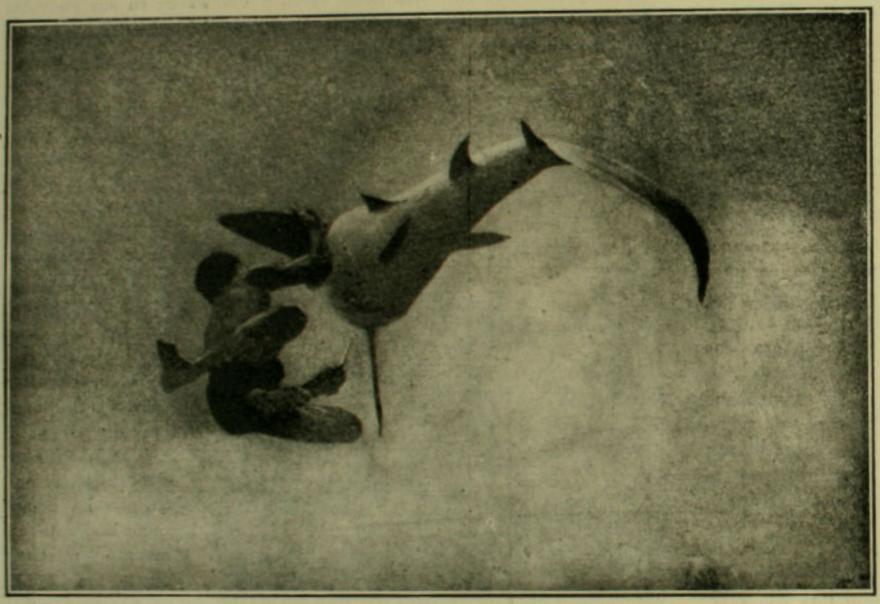
DISEÑO DEL INVENTO DEL CAPITAN WILLIAMSON

Este diseño da una idea exacta del buque construído especialmente para explotar el invento del capitán Williamson, consistente en un tubo flexible de 3 pies de diámetro, del cual pende un cuartito circular que sirve de observatorio y de taller de fotografía para sacar vistas submarinas. Los detalles del invento se describen en el artículo que antecede, que es un extracto del que publicó el señor Arthur J. Lang, en un número reciente de la revista Sport American Industries

Este triunfo reciente del cinematógrafo ha alcanzado mediante un invento relativamente sencillo de un veterano marino de los Estados Unidos, el capitán Charles Williamson, consistente en un aparato bastante ingenioso para descender fácil y cómodamente hasta el fondo del mar, el cual fué descripto por el Sr. Arthur Lang en el número de junio de la revista "Export American Industries",

órgano oficial de la Asociación de Fabricantes de los Estados Unidos.

Según el relato citado, el capitán Williamson logró fabricar un tubo flexible suspendido de debajo del buque por el cual puede descender cualquiera hasta el fondo del agua sin ninguna de las dificultades que estorban a los buzos. El armazón de este tubo, de 3 pies de diámetro, está fabricado de zunchos superpuestos como escamas y unidos por una serie de anillos de hierro maleables colocados a un pie de distancia entre sí. El armazón está cubierto con una funda de lona impermeable formando de este modo un cilindro suficientemente flexible para vencer la oposición del agua a su paso, bastante fuerte para resistir la presión del agua a profundidades considerables y de espacio suficiente para permitir libre acceso y descenso a los operadores, mantenerlos en constante comunicación con el buque y proveerlos de aire fresco en abundancia. Por entre esta especie de chimenea sub-marina se puede bajar como por una escalera hasta regiones de centenares de pies de profundidad bajo el agua sin tener que hacerle frente a inconvenientes como el de aspirar aire comprimido que acontece a los buzos, porque el aire es natural y puro. La boca del tubo se abre como un aljibe en la cubierta del buque, y su extremo inferior termina en una especie de cuarto circular de 5 pies de diámetro, que constituye un verdadero observatorio, pues está provisto de una ventana en forma de embudo. Esta ventana está resguardada con marco de hierro fundido y provista de vidrios suficientemente fuertes para proteger a los trabajadores que generalmente son dos, se ocupa uno en sacar las vistas y el otro en vigilar y dar las órdenes. La cámara de observación se maneja por medio de un cabrestante pequeño que la sube o baja a voluntad.

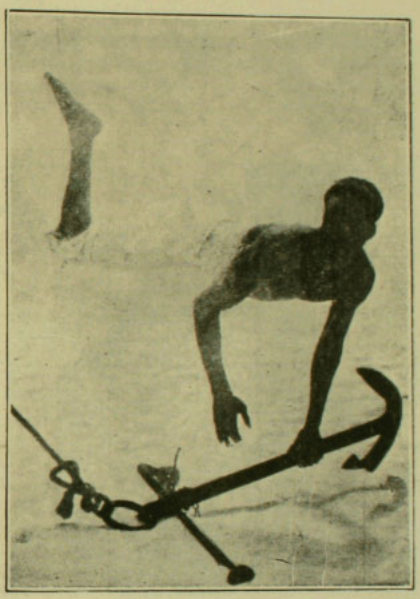


NOTABLE VISTA SUBMARINA

Lo culminante de la expedición fueron las vistas cinematográficas que logró obtener de tiburones peleando entre sí por la presa colocada en el anzuelo y de Ernest Williamson peleando con un tiburón debajo del agua y matándolo con una cuchilla por toda arma.

Al diseñar el aparato parece que al inventor no se le ocurrió la idea de usarlo para fines fotográficos, pues su objeto fué hacer posible el descenso al fondo del mar para facilitar la busca de tesoros perdidos, la pesca de perlas y esponjas, la reparación de buques, etc.

pero su hijo mayor, Ernest Williamson, que es dibujante y fotógrafo, vió inmediatamente las posibilidades del invento para los fines de la fotografía submarina. Inmediatamente se construyó un buque especial y se efectuaron los primeros experimentos en la Bahía de Norfolk, pero el agua estaba tan turbia que ni a medio día se distinguían los objetos a más de unos pocos pasos, por lo que se decidió usar luz artificial. Después de mil dificultades se logró arreglar una batería de potentes lámparas eléctricas de tungsteno que alumbraran dentro del agua, y debido a esto pudieron sacarse notables vistas de peces y otros objetos submarinos. Estas fotografías causaron gran sensación en la primera Exposición Cinematográfica Internacional, celebrada durante el otoño del año pasado, y a renglón seguido se organizó una compañía entre los interesados para explotar la nueva industria y se proyectó una expedición al Archipiélago de las Bahamas donde las condiciones lumínicas del agua auguraban mejores resultados. En febrero de 1914 salió Ernest Williamson para Nasau a vigilar la construcción del buque y fué seguido luego por su hermano, George, que llevó el tubo y otros accesorios. Un mes después otros miembros de la expedición, inclusive un técnico cinematógrafo, llegaron al lugar de la escena con más equipo y provisiones. La expedición permaneció en Nassau durante los meses de abril y mayo trabajando diariamente con excelentes resultados. El Sr. Lang dice que "son tan radiantes los rayos tropicales y tan cristalinas las aguas de esas regiones que de 8 a 10 brazadas se tomaron magníficas fotografías de las raras y silenciosas profundidades del mar, donde millones de peces multicolores se deslizan suavemente por entre los montes de vivo coral o atraviesan los undulantes jardines acuáticos matizados de rojo, púrpura y oro".



VISTA TOMADA BAJO EL AGUA

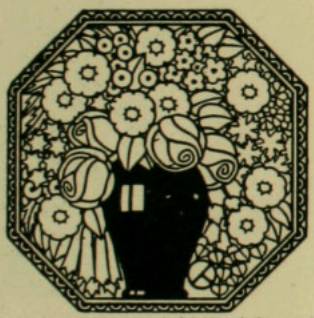
Nadador fotografiado en el momento de agarrar el ancla del buque en el fondo del mar en las cercanías de las Bahamas. Con condiciones favorables se pudieron sacar vistas a una profundidad de 150 pies, sin la ayuda de luz artificial.

Bajo condiciones favorables pudieron sacarse fotografías hasta 150 pies de profundidad, y se impresionaron 20,000 pies de películas de diferentes escenas, tales como los naturales sumergiéndose en el agua en busca de monedas y luchando por ellas en el fondo; un buzo con su aparato buscando tesoros en un buque que naufragó, o sentado en el fondo del mar asiendo un abanico acuático color púrpura; y magníficas vistas de tiburones, todas las cuales están circundadas del encanto peculiar y del misterio de la media luz subocéanica. A mayor profundidad y durante la noche se hizo uso de la luz artificial, tomándose con ayuda de ella las vistas cinematográficas más maravillosas que pueden imaginarse. En una de ellas un nadador, iluminado por las lámparas eléctricas, undulló entre millares de peces que lo rodeaban atraídos por la luz como las mariposas. Pero el resultado más notable de la expedición fué unas vistas cinematográficas que logró sacar de tiburones peleando por la presa puesta en un anzuelo—un caballo muerto que se botó al fondo con tal fin; y finalmente Ernest Williamson en persona peleando con un tiburón bajo el agua y matándolo con una cuchilla por toda arma.

Como dice el Sr. Lang, "el número de usos a que puede aplicarse este aparato es ilimitado.

No solamente ha hecho posible el descenso hasta ocultas regiones del océano y el estudio de los lugares donde habita la maravillosa fauna del mar, su espléndida flora, su indescriptible colorido, que— está por demás decir— nunca están al alcance de todos nosotros; sino que por medio de la combinación con la fotografía se pueden poner todas esas maravillas ante los ojos del público.''

Las vistas cinematógraficas citadas se han exhibido en muchas ciudades de los Estados Unidos, y dondequiera la enorme concurrencia ha dado pruebas de que todos los elementos de esa mezcla conocida como público, han derivado el placer más intenso al contemplar los antes ocultos dominios de Neptuno.



El Milagro de San Antonio

POR

ARMANDO HINOJOSA

Ilustraciones fotográficas

Sala de recibo en un segundo piso. Puerta al foro, a la izquierda balcón practicable sobre la calle. A la derecha un pequeño busto de San Antonio sobre una mesilla rinconera.

ESCENA I

Auristela, sola

Auristela.—Vuelta otra vez a empezar
con la misma letanía!...
¡Cuándo, Señor, será el día
que yo pueda descansar!...
Es un quehacer inhumano!
esta es una vida atroz,
desde que amanece Dios
con el plumero en la mano!...
Y barra usté el corredor,
el pasadizo, la escala,
limpie la pieza, la sala,
el baño y el comedor. (Pausa).
No hay más remedio! es preciso
ponerlo todo ordenado:
el musiquero a este lado,
este florero en su piso.
Ay!... al mono japonés
se le ha roto una patita...
si lo ve la señorita
tiene para hablar un mes!
Sobre esta mesa de centro,
las revistas semanales...
Pero el álbum de postales
dónde estará?... No lo encuentro!...
Aquí está; a ver si ha aumentado
la preciosa colección?...
No; siempre está el corazón
con la flecha traspasado.
Eso busca mi patrona
con el alma va deshecha...
pero no encuentra la flecha,
pues nadie se le apersona!...
La patrona!... qué dije es:
una viudita muy joven,
que desea que le roben
el corazón otra vez.
Y tiene tan grande empeño
en reponer su partido,
que al soñar con un marido
siempre se le espanta el sueño!!
¡Cómo se engaña en el mundo!...

Cuando su esposo vivía,
de fijo le juraría
que era su amor sin segundo...
¡Sin segundo!... ¡Bufonada!...
Buscando nuevos amores
pasa jugando en las flores,
al mucho, poquito y nada.
Jurar así es un perjurio,
pues le ha faltado tan sólo
solicitar un pololo
en avisos de "El Mercurio"...

La pasión le ha entrado fuerte,
no va a haber quién la soporte:
¡para ser ella consorte
es una dama sin suerte!...
No me puedo consolar—
repite en su desvarío—
¡dejó mi esposo un vacío
muy difícil de llenar!

ESCENA II

Auristela y Rosa

Rosa.—¡Auristela! Qué no oyó
que yo la estaba llamando?
¿No me responde? ¿Hasta cuándo
me va a hacer lesa usté?
Auristela.— ¡Nó!
Señorita! Yo no trato
de eso, perdone!
Rosa.— ¡Ya está!
¡A ver, cuándo limpiará
el polvo de aquel retrato?
¡Sí, Auristela! ¡No se enoje!
¡Discúlpeme!
Auristela.— ¿Yo, de qué?
Ya puede retarme usté
todo cuanto se le antoje.
Comprendo su situación.
Rosa.—No sé a lo que se refiere.
Auristela.—Me refiero a que Ud. quiere
proporcionarme un patrón.
¿Desea otro matrimonio?
¿Se cansa Ud. de ser viuda?
Rosa (Pesarosa).—Sí, Auristela, y no me ayuda
ni el bendito San Antonio!
Auristela.—¿Tanto le llegó a gustar
a Ud. su anterior estado?
Rosa.—¡Ay, sí! Cuando se ha probado
no es tan fácil renunciar!
¿Ud. tiene novio?
Auristela.— ¿Uno?
¡Qué hago con un novio solo,
si tener sólo un pololo
casi es no tener ninguno!
Rosa.—¡Ya ve usted!
Auristela.—(Aparte).—¡Se descubrió!
Rosa.—Luego dicen que me agobio;
todo el mundo tiene novio,
todo el mundo, menos yo!
Auristela.—¡Ya se puede retirar!
(Aparte).—La envidio, ¿por qué negarlo?
Si no puedo remediarlo,
déjeme a solas llorar.
Auristela.—¡Hasta lueguito!
Rosa.— ¡Qué idea!
¡Y no olvido el matrimonio!
Auristela.—Pues, pídale a San Antonio,
que le dé lo que desea.
(Váse derecha)

ESCENA III

Rosa sola; al final Auristela

Rosa.—Y ahora aquí sola y entre
cuatro paredes,
y que nadie me escucha
no más que ustedes,
les diré que no tengo
ya confianzas
y que he perdido todas
las esperanzas.
Joven, viuda y no fea,
me figuraba
que otro nuevo marido
pronto se hallaba;
pero me he convencido
por mis fracasos,
que, sin duda, los hombres
andan escasos.
El paseo, el teatro,
las diversiones,
la plaza, las carreras,
y los salones,
todo pacientemente
lo he recorrido;
pero en ninguna parte
pesco un marido.
Y de mi fe prestando
fiel testimonio,
me convertí en devota
de San Antonio!
Si en el plazo fijado
me envía un novio
y así cesan las penas
porque me agobio,

prometí una locura;
sí, un imposible,
una cosa tan grave,
que es increíble:
llevar trajes de tristes
negros colores.
¡un año, dos, tres, cuatro?
Más, más, señores,
hasta que se compongan
los pavimentos:
y esto tarda más años,
dos o trescientos.
Pero si San Antonio
no me hace caso
y no me libra pronto
de tal fracaso,
me da toda la rabia
fiera, inhumana
y boto a San Antonio
por la ventana.
Hoy el plazo se vence,
hoy a las doce
y lo cumplo; ese santo
no me conoce!

(Un reloj da las doce)

¡Las doce! ¡No hay quien desee
mi matrimonio?...
pues, al tiro, ¡a la calle,
mi San Antonio!

(Se oye ruido que viene de la calle).

¡Ese ruido! (asomándose al balcón).
Un caballero
del suelo recoge el santo,
y mira hacia arriba, en tanto
que se sacude el sombrero!
¡Ya me vió! ¡Eh? Va a subir!
¡Llaman! ¡Le abren! ¡Qué barrunta?

Auristela.—Un caballero pregunta
si le puede recibir!

ESCENA IV

Rosa y Juan

Juan.—¡Señorita, mi osadía
por cierto no es nada escasa;
más, francamente creía
que a San Pedro encontraría
a las puertas de su casa,
pues, ahora mismo, al pasar
por bajo de su ventana
vi su hermosura brillar
y creí de buena gana
que era el cielo este lugar;
porque encendía mi anhelo,
tanto su divino encanto
que dije, subo en un vuelo:
no hay duda, aquello es el cielo
porque se ha caído un santo...

Rosa.—Que Ud. me disculpe espero;
¿se lastimó, caballero?

Juan.—¡No! Si aún contemplo felices
San Antonio en mi sombrero
y la guagua en mis narices.

Rosa.—Perdone, ha sido casual;
discúlpeme, le repito:
no lo dude Ud.

Juan.— No tal,
ha sido un salto mortal
de San Antonio bendito...
Pues yo, francamente, cuando
ví que estaban abollando
mi sombrero de ala plana,
dije, es alguien, que está echando
la casa por la ventana.
¡Botar un santo, acción fiera,
imperdonable pecado
que sólo hacerlo pudiera
un radical exaltado
o una muchacha soltera!

Rosa.—¡Equivocación fatal!...

Juan.—¿Cómo, equivocado estoy?

Rosa.—No es pecado ni venial,
porque he sido yo, y no soy
soltera ni radical.

Juan.—¿No es soltera?

Rosa.— No; lo he sido.

Juan.—¿Casada?

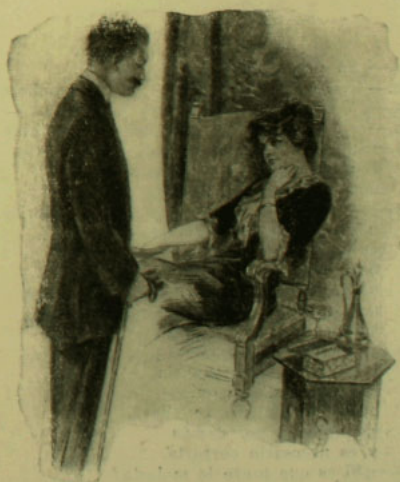
Rosa.— También, no ahora.

Juan.—Viuda, pues, se su partido,
es Ud. conservadora
del amor de su marido.

Rosa.—De eso perdí la esperanza!

Juan.—Pues, no veo la razón.
En amor todo se alcanza
y cuando falla una alianza,
se encuentra una coalición.

Juan.—Pero noto que, entre tanto,
mi situación se hace crítica
y mis intentos quebranto:
vine a devolver un santo
y no a hablarle de política.



Con que, así, me marcharé;
pero, antes le pido que
al tiempo de despedirme
haga el favor de decirme
cuál es su gracia de usté.

Rosa.—¡Mi nombre? Rosa Espinosa
viuda de Ramos.

Juan.— ¡Qué cosa!
De seguro no encontramos
en Santiago muchos ramos
que tengan tan linda rosa.

Rosa.—Es Ud. muy lisonjero.
¡Su nombre?

Juan.— Juan Fuenzalida.

Rosa.—¡Cuál es su estado?

Juan.— Soltero.

Rosa.—¡Su profesión?

Juan.— Soy bombero.

Rosa.—¡Y su edad?

Juan.— Indefinida.

Rosa.—Si fuí indiscreta, perdón,
la curiosidad me incita
como mujer.

Juan.— Señorita.
no existe la indiscreción
en una mujer bonita.
Soy yo quien debo pedir
perdón por mi atrevimiento;
más, no sé por qué, presiento
que tendré que bendecir
algún día este momento.
Pero temo importunarla
con mi presencia quizás,
pues sin sentir esta charla
se prolonga por demás
y es necesario cortarla.

Rosa.—¡Si es que tanto le molesta?

Juan.—¡Molestarme a mí? ¡Es curioso!
El charlar, poco me cuesta,
más quizás la charla ésta
molestará a algún celoso.

Rosa.—¡Ay, no! No me lo repita,
no hay ningún interesado.

Juan.—Pues siendo Ud. tan bonita...
(me tinca que la viudita
desea cambiar de estado).

Rosa.—Pues, nadie.

Juan.— ¿Cómo que no?
Acaso Ud. desea
no volver al matrimonio?

Rosa.—Al revés. ¡Si eso causó
el salto de San Antonio!

Juan.—Lo comprendo, fué un castigo.
Pues con franqueza lo digo,
si piensa en reincidir
puede Ud. contar conmigo.

Rosa.—¡Pero así tan de improviso!
Es un tiro de cañón
su pronta declaración.

Juan.—Pero, no obstante, es preciso
que me dé contestación.
Tómese el tiempo que quiera
que yo su respuesta afronto,
más, que medite quisiera
que el amor es una hoguera
que se enciende así de pronto.
Salta una chispa amorosa
y prende en el corazón
una llama poderosa,
que se vuelve presurosa
la hoguera de la pasión.
Del pecho por un resquicio
hace pronto un estropicio
y es de los males compendio;
si no se apaga el incendio
se destruye el edificio.
Y es en ello lo peor,
que, para salir de apuros
sólo se encuentra el rigor,
porque no existen seguros
de incendios en el amor.
Con que, si siente abrasada
su mente, avíseme luego,
soy bombero y si le agrada
yo le enchufo una mirada
y la localizo el fuego.
Me marcho de aquí conforme
esperando que se informe,
porque, si de valor es arma,
en cuanto yo oiga la alarma
vendré con el uniforme!
Mi amor la señal espera
y esta pasión por merced
quiero la juzgue sincera;
señora, hasta que Ud. quiera,
estoy a los pies de usted.

ESCENA V

Rosa, después Auristela

Rosa.—Pero, Dios mío, me ha dejado helada
con tal declaración;

y me lo ha dicho todo tan de prisa,
que francamente yo
apenas he podido darme cuenta
de sus frases de amor.
Al escuchar lo que anhelaba tanto
no pude alzar la voz,
sentí un nudo terrible en mi garganta
mi vista se nubló.
En cada frase apasionada, tierna,
con que amor me juró,
quería interrumpirle y no podía,
me faltaba valor,
y sentía aquí adentro que me daba
un vuelco el corazón.
Todo progresa en este siglo veinte,
progresa hasta el amor.
¡Qué diferentes los pololos de antes
y los pololos de hoy!...
Ya lo han visto: dos frases de cumplido
tras la presentación;
una caída de ojos y en seguida
dicen, ¡allá voy yo!
¡Ni siquiera le dan a una tiempo
de cambiar de color!...
Ni alcanza una a decirles: "Caballero,
usted se equivocó,
me ha tomado por otra, Ud. no sabe
con quién habla, señor,
Ud. vendrá, tal vez, y no lo dudo,
con muy buena intención;
pero los dos recién nos conocemos"...
¡En fin, válgame Dios!
va todo tan de prisa en este siglo,
tan rápido va hoy,
que en cuestiones de amor, nos falta tiempo
para decir que no.

Auristela.—Señorita.
Rosa.— Oye, Auristela.
Auristela.—¿Nada al fin de matrimonio?
Rosa.—Llévate a mi San Antonio
y le prendes una vela.
Auristela.—Pero, ¿que no estaban mal?
Rosa.—¡Calla, impía!
Auristela.— ¡Qué curioso!
Rosa.—Si es él el más milagroso
de la corte celestial.
Auristela.—Pero...
Rosa.— Bien decía yo
que con fe todo se alcanza.
Auristela.—¿Pero hay alguna esperanza?
Rosa.—Si ya se me declaró...
Auristela.—Más, ¿quién es él?
Rosa.— ¡El más fiel!
¡Ay! cuánto me alegro, cuánto...
Auristela.—¿Ese que traía el santo?
Rosa.—No, el santo lo trajo a él.
Auristela.—Rezaba con tanto empeño
poniendo el santo al revés!
Rosa.—¡Ya no será mi viudez
la que a mí me quite el sueño!
¡Al fin tendré quien me quiera,
ya no me faltará nada;
ser viuda es no estar casada
sin poder estar soltera.

Auristela.—¿Cumplió el santo?
Rosa.— Hoy a las doce
me presentó un caballero.
Auristela.—Es simpático?
Rosa.— Es bombero.
Auristela.—¿Y eso en qué se le conoce?
Rosa.—Ya no escucharé a mi paso
las necias murmuraciones
ya no volveré a los salones;
ya me caso, ya me caso.

Si preguntan ¿quién es ella?
Contestarán, bien lo sé,
esta es la señora de
y no la viudita **aquella.**
Todos me respetarán,
volveré a amar como amaba;
dejaré de ser la esclava
del eterno "qué dirán".
Y aquellos que con perfidia
me pelaban tanto y tanto
con el milagro del santo,
se van a morir de envidia.
Cambiará la situación,
no pasará lo que pasa,
porque él mandará en la casa.
Auristela.—¿Y será bueno el patrón?
Rosa.—¡Cómo nó, si amor le inflama
y en sus frases no hay engaño!
Auristela (Maliciosa).—Entonces yo, este otro año,
podría servirle de ama.

ESCENA FINAL

Rosa y Juan

Juan.—Señora, perdone usté
que falte a mi compromiso;
pero es que juzgo preciso
que Ud. se imponga...
Rosa.— ¿De qué?
Juan.—Del suceso original
que ha ocurrido para bien
quizás de nosotros en
el Casino del Portal.
Salí de aquí medio loco
de amor; más llegué a pensar:
" ¿Pero te vas a casar
" Fuenzalida? ¡Poco a poco!
" Reflexiona que es muy grave
" lo que vas a hacer; ten tino;
" te metes en un camino
" del que salir nadie sabe,
" Abdicar tu libertad,
" encadenarte por gusto,
" francamente, eso no es justo,
" es una barbaridad."
Y así pensando y pensando
equivocado o certero,
en el pecho de un bombero,
se iba el fuego amortiguando.
Llegué hasta dudar de usté;
sí, perdóneme, señora,
pues, como es encantadora,
yo, francamente, pensé:
—" Si esto va con viento en popa,
"¿cómo con mil alicientes
" tiene menos pretendientes
" que un Consulado en Europa?"
Y en tal cruel incertidumbre
calles y plazas crucé,
hasta que donde Palét
entré, como es mi costumbre.
—Nó, no me debo casar!
sin cesar me contestaba;
pero tanto me angustiaba,
que hasta llegué a traspirar.
Bebo—y al buscar sencillo
para pagar—aquí dentro
meto la mano y me encuentro,
esta guagua en el bolsillo.
(Mostrando la guagua que el santo lleva en brazos).
De mi dicha vengo en pos:
me acepta usté en matrimonio,
o se queda el San Antonio
por gala partido en dos..
Arrepentido y contrito
vengo a que me dé usté el sí;
¡piense que me trajo aquí
de la mano un angelito!
Rosa.—¿Quiére que conteste?
Juan.— ¡Toma!
¿Mi afán no se lo revela?
Rosa.—Pues, contestaré. ¡Auristela,
traiga el frasco de la goma.
Juan.—Pero, para qué demonio
quiere la goma? ¿Qué fragua?
Rosa.—Para pegarle la guagua,
al bendito San Antonio!!
Juan.—¡Oh, gracias, feliz seré!
Rosa.—¿Será su eterno cariño?
Juan.—Siempre el santo con el niño.
Rosa.—Pues, siempre yo con usté!
El santo fué milagroso
y a él la dicha le debemos;
con que, así, se lo ofrecemos
a las que piden esposo!

Juan (Al público).—Niñas encantadoras,
de quince a veinte,
contemplad esta viuda
reincidente;
y pensad sólo
que amor no se conforma
con el pololo.
El matrimonio es lazo,
que en los altares
anuda corazones
y forma hogares.
¡Esa es la vida!
pero si a vuestros novios
les intimida,
rezadle mucho al santo
casamentero
y creed que si el ruego
sale sincero,
hay matrimonio
y se cumple el milagro
de San Antonio!

El Trust del Escandalo

Por

RAMONDRIAG

El Palacio de la nueva Prefectura de Policía de New York

Siempre son de capital interés social los hechos delictuosos emanados a consecuencia de esa plaga mortífera denominada *juego*, pero ese interés se ve centuplicado en casos en que como el últimamente ocurrido en New York, el affaire Rosenthal, son sus proyecciones tan colosales que el escándalo traspasa las fronteras y lleva la consternacion al mundo entero.

Los telegramas neoyorquinos nos comunicaron el 30 del pasado julio el desastroso fin del teniente Becker, el protagonista de este escándalo, que murió electrocutado, protestando hasta el último momento de su inocencia.

Todos conocéis el ruidoso asunto Becker-Rosenthal y no ha mucho el famoso detective Mr. Jaume, ex-inspector jefe del Servicio de Seguridad en Nueva York, publicaba, a raíz del suceso un artículo interesantísimo relatando en resumen extraordinarios acontecimientos que despertaron la atención de todo el mundo.

Por la palpitante actualidad que ellos adquieren al presente por la muerte de Becker y por lo interesante en sí de tales acontecimientos, voy a dar a los lectores de "Pacífico Magazine" una breve reseña de todos ellos.

Están aún muy frescos los hechos. El propietario de una casa de juego en Nueva York, Herman Rosenthal, tuvo algunas dificultades con la policía local. Y no fué que ésta se entrometiese en los asuntos privados de Rosenthal en cumplimiento de su deber y con fines depurativos de moralidad; nada de eso: las dificultades provenían de que la policía se quejó porque las coimas que percibía no eran tan abundantes como ella exigía. Nada importaban a la policía el eterno funcionar de los naipes y de la ruleta; su vigilancia era sólo para que no se cercenasen las entradas con que se premiaba su ceguera voluntaria.

Rosenthal respondió a aquellas exigencias con ciertas revelaciones ante el Procurador del Distrito, el honorable Mr. Whitman. Expuso a éste las exigencias de

la policía sobre el particular y acusó abiertamente al teniente Becker, jefe del destacamento policial del distrito, de obligarle a entregar a los policiales el 50% de sus ganancias. Y queriendo ya dar un golpe soberbio, formuló acusaciones terribles contra altos funcionarios de la policía de New York.

A los pocos días Herman Rosenthal amanecía asesinado: había caído, víctima de aquellos a quienes se atrevió a denunciar. Cuatro bandidos pagados habíanle ultimado a tiros de revólver desde un automóvil, y aunque el asesinato se había perpetrado frente a uno de los más suntuosos hoteles de la metrópoli, en plena calle, ningún policía había acudido al ruido de los disparos, nadie se había interpuesto y los criminales habían escapado impunes.

Cuatro bandidos pagados ultimaron, donde su automóvil, a Rosenthal, a tiros de revólver.

El asunto metió ruido. Y no fué la personalidad de Rosenthal ni las circunstancias del crimen lo que produjo aquel alboroto: Rosenthal, un austriaco de 34 años, con veinte de residencia en América, era un sujeto que había vivido siempre del juego, del vicio y de todo cuanto más vergonzoso y repugnante existe en la sociedad; el crimen, aunque misterioso, no podía despertar gran indignación. Pero la prensa, que lanzaba frecuentes quejas de la policía, presentó el cuadro con tintes sombríos, exigió investigaciones y emprendió una enérgica campaña anti-policial. Sin embajes ni rodeos impuso al público de los negociados de una organización que debía ser honrada. La policía entonces tuvo que dar satisfacciones a la opinión pública; suspendióse de su empleo a un agente que debió haberse encontrado a cien metros del lugar en que Rosenthal fué asesinado. Suspendióse también al teniente Becker, aunque debido a intrigas particulares y a poderosas influencias, no tardó en ser repuesto en su empleo.

Mientras tanto, había sido tan colosal el escándalo y tan evidentemente descubierto, que se organizó un Comité de Salud Pública, o como si dijéramos Liga de Acción Cívica, la que encargó al famoso detective William I. Burns descubriese a los culpables. Comenzaron las pesquisas y los acontecimientos se precipitaron.

El editor Rose que alquiló el automóvil de que se sirvieron los asesinos, los chauffeurs Libby y Shapiro y el teniente de policía Becker, fueron aprehendidos. El arresto de este último fué una nota sensacional. Fué preso precisamente en el momento mismo en que condenaba como juez a severas penas y castigos a pobres vagabundos sin más crimen que su miseria y su desgracia.

William I. Burns descubrió con su pesquisa una maquinación extraordinaria. Dos de los individuos detenidos, obstinados al principio en hacer protestas de inocencia, concluyeron por declarar que no podían ha-

blar porque tenían la plena seguridad que el hablar sería para ellos su sentencia de muerte; les había prevenido la policía que a la primera palabra serían asesinados. Hizo entonces el hábil detective trasladar a su casa a los dos detenidos y allí, libres de la policía, y seguros de no ser oídos por ella, refirieron cómo ambos habían sido obligados por el teniente Becker a eliminar a Herman Rosenthal.

El editor Rose se encargó de buscar dos bandidos para esta comisión y por fin se la encomendó a dos individuos que no se les conocía sino por sus apodos: "Frank el Italiano" y "Gyp el Rojo" y que se comprometieron a efectuar el negocio por 2,000 dólares.

El asesinato debió haberse perpetuado algunos días antes en un establecimiento nocturno que frecuentaba Rosenthal; pero sus ejecutores tuvieron miedo y el crimen no se cometió. Furioso Becker por este contratiempo, la emprendió con el organizador de la cosa, el editor Rose, hasta que pocos días después quedaba el hecho consumado.

Quedaba, pues, perfectamente establecida por la pesquisa de Burns la ingerencia de la policía en el asunto; nadie dudaba ya de ésto. Pero un nuevo hecho vino a confirmar esta opinión, y a demostrar la culpabilidad de Becker y sus cómplices. Charley Monells, propietario de un bar en la 6.a Avenida, al saber algunos detalles de aquel asunto quiso secundar la acción de la policía. Desgraciada ocurrencia la suya! La policía que no estaba dispuesta a que se hiciesen revelaciones sobre sus negocios particulares, hizo asesinar a Charley en su propio bar al día siguiente.

Vino después una nueva detención, y no la menos interesante, por cierto. Se aprehendió a Sam Scheppe, tesorero de los asesinos de Rosenthal, en Flat-Springs en Arkansas. Quiso que se le trasladara a New York inmediatamente. No era preciso. según él, esperar el decreto de extradición. Pero la policía se opuso terminantemente. Debía pedirse la extradicción y cumplir los requisitos legales. En este afán de la policía iba envuelto el de poder así *despachar* a Sam Scheppe para que no pudiese revelar las extrañas costumbres de la policía.

Informado al momento el honorable Mr. Whitman de la oposición de la policía de Arkansas y sabedor de que se habían dado órdenes para que en cuanto llegase el detenido fuese inmediatamente conducido a casa de Mr. Naldo, prefecto de policía, se propuso desbaratar estos planes y se dirigió a Albany, ciudad a 200 kilómetros de New York, a esperar el tren que debía conducir a Scheppe. Llegó, entró al departamento en que viajaba el prisionero y conversó con él extensamente. Las revelaciones que Scheppe hizo y constaron en el pro-

Becker era arrestado en el preciso momento en que condenaba como juez...

ceso pusieron una vez más de manifiesto de una manera irrecusable, la criminal actuación de la policía y sus vergonzosos manejos. Por ellas aparecía gravemente comprometido el prefecto Naldo, el que quería impedir que Scheppe revelase sus secretos. Un inspector de policía, Cornelines Flayes, declaró haber recibido de manos de Naldo una lista de establecimientos a los que no había que molestar con visitas de inspección. Estos eran, naturalmente, los que pagaban gruesas coimas en pago de aquella oculta protección.

El editor Rose no vaciló en declarar en el curso del proceso que él había recibido por cuenta de Becker una suma de tres millones de francos entregada por los jugadores; y aseguró que no ingresaban por este medio en las cajas de la policía menos de 12 millones de francos por año. Fué sensacional esta declaración de Jack Rose, el "Bola de Billar" como le llamaban todos por su moronda calva. El gran jurado acusó de asesinato al teniente Becker y a cuatro de sus cómplices, pero el proceso se desarrolló lentamente merced a los continuos esfuerzos e influencias del Alcalde Gaynor.

Una caricatura inspirada en las ganancias formidables que obtuvo Becker en su puesto policial, su sueldo era de 11,000 francos anuales y había depositado en el banco más de 300,000 en ocho meses.

Pero Burns no cejaba en su porfía y había de vencer una vez más. Queriendo dar una prueba contundente de los manejos policiales, montó él mismo una casa de juego, la que la policía, ignorante de todo, puso a contribución como las demás. Burns pagaba siempre sus subvenciones en billetes señalados, cuya numeración anotaba. No dudaba que aquellos billetes los hallaría en poder de altos funcionarios, cuyos nombres revelaría llegado el caso.

Por otra parte, el detective se hizo también de un documento firmado del comandante Bingham, antiguo jefe de la policía de New York, en el que este jefe presentaba la dimisión de su cargo ante la imposibilidad de poner coto a los eternos compromisos del cuerpo de su mando. En ese escrito declaraba el comandante que si hubiera querido cerrar los ojos a los manejos de sus subordinados hubiera podido hacerse anualmente con no menos de seis millones de francos.

La policía no perdonó a sus perseguidores. El procurador de distrito, Mr. Withman,, fué obsequiado una vez con una caja de bombones envenenados y el detective Burns, que se mantiene siempre alerta, ha recibido innumerables veces paquetes postales destinados a hacer desaparecer al que tantos perjuicios originaba a los cínicos ex-actores policiales.

La organización policial neoyorquina

Conócense generalmente bajo el nombre de *system* en Estados Unidos ciertas agrupaciones políticas, como la Tammany Hall de Nueva York, que son las verdaderas dueñas de la ciudad. Sus dirigentes son los que todo lo disponen y gobiernan. Un caso entre mil: cuando un joven desea ingresar, por ejemplo, al Cuerpo de Policía, si pertenece al partido, al *system*, nada se le pre-

gunta ni se le exige, siendo admitido *ipso facto* e *incontinenti*; ni aún necesita requisitos de moralidad. Si no tiene relaciones con algún alto funcionario deberá pagar por su empleo mil o mil doscientos dólares, cosa que hace muy gustoso porque sabe que muy pronto se resarcirá de ese gasto, una vez que entre en funciones. Teniendo santos en la corte, como suele decirse, no necesita ni aún hacer este desembolso y todo marcha a pedir de boca. Una vez en su puesto, los ascensos dependen de su disposición y actividad; si se muestra hombre de negocios, listo, como se necesita que lo sea, subirá rápidamente los escalones de la jerarquía policial. Si no muestro disposiciones, pronto será trasladado de distrito o depuesto al más mínimo pretexto.

Fuentes de entrada en la policía americana

Son éstas muchas y muy diversas. No hay establecimiento particular a quien no se exija su contribución, según su fama o importancia; toda tolerancia tiene su tarifa. Ciertos cafées en algunas ciudades deben pagar un censo anual a la policía, y el más mínimo incidente es causa de que este censo se eleve considerablemente. Un Alcalde de San Francisco, Eugenio Schmutz, fué condenado porque exigía que la policía cobrase un impuesto a todos los dueños de cafées de la ciudad. El procedimiento era sencillo. Cuando alguien quería abrir un café tenía que solicitar permiso a la policía.

Informábase al punto al solicitante que acudiese a su abogado (alguno de los cuatro o cinco del partido). El abogado exigía una fuerte suma que repartía entre sus correligionarios y al momento se concedía la autorización. Mientras dicha suma no se abonare, jamás se daba el permiso pedido.

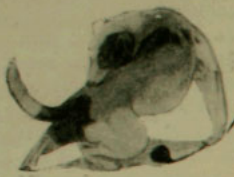
En forma parecida se concedían permisos para construcción y reparación de edificios, etc., y no faltaban casos en que indignados ya los esquilmados propietarios ante exacciones tan descaradas, se unían para la defensa común y aparecía el escándalo en toda su vergonzosa desnudez. Así fué cómo un alto jefe de policía de una gran ciudad del oeste se suicidó hace pocos años, abrumado por el peso de terribles acusaciones. Otro capitán de policía, Michael Comvay, que tenía el hábito de beber y beber sin tasa, mató una vez de un tiro a un pacífico transeunte. No pudo eludir su responsabilidad; pero en caso como ése, en que cualquier otro habría merecido el presidio, él consiguió primero la libertad bajo fianza y luego, tras un extraño y originalísimo proceso, la libertad incondicional.

Organización viciada y corrompida, dirá alguno, que es preciso destruir. Pero precisamente aquí estaba lo difícil, porque todos los elementos administrativos de algunas ciudades perseguían el mismo fin, la exacción y el despojo. Fué así cómo el asesinato de Rosenthal produjo una reacción violenta, de la que indispensablemente habrán de desprenderse en el futuro serias reformas y saludables consecuencias. Por de pronto, y a pesar de sus obstinadas protestas de inocencia, ha caído ya bajo la acción depuradora de la justicia Becker, el terrible Becker, cuyo nombre nos evoca el recuerdo de otro desventurado que también pagó sus crímenes aquí, y el detective Burns, ese nuevo y valiente Sherlock Holmes de la realidad, ha conseguido otro ruidoso triunfo en su gloriosa carrera profesional.

Burns es el famoso detective que inició su carrera con el descubrimiento de los fraudes electorales de Ohio, en 1885; el que persiguió y aniquiló la célebre banda de incendiarios de San Luis; el que gozó de la confianza de Roosevelt por su actuación y perspicacia insuperables; el que hizo sentar en el banquillo de los acusados al omnipotente Schmutz, Alcalde de San Francisco; el que logró dar con la pista de los famosos falsificadores de billetes de Costa Rica; falsificación habilísima que puso en jaque al Gobierno costarricense y cuyo principal agente era nada menos que el general Wedrico de Mora, nieto del primer Presidente de Costa Rica, que quiso de aquel modo procurarse los fondos necesarios para hacer la revolución en su país.

Hombre de hierro, infatigable, de astucia y habilidad prodigiosas, Burns ha demostrado en todo el transcurso de su larga carrera policial, que nada le intimida, nada se le escapa y que el tesón y la inteligencia puestas al servicio de la buena causa pueden hacer mucho por el bien de la sociedad.

Prueba de ello el beneficio inmenso reportado a su país con el descubrimiento y el castigo de los culpables en el affaire Rosenthal, caso que el mismo Burns calificaba como el más grande escándalo del mundo.



Napo

Víctor Silva Y.

Ilustraciones fotográficas

Vino al mundo en casa de una pobre lavandera de la calle Sama. Al nacer le pusieron Napoleón; pero el cariño acorta los nombres y de ahí que se llame Napo. Cuando llegó a la edad de un año, abandonó el hogar y vivió en las calles. Todas las mañanas almorzaba en los tarros que ponen las compasivas cocineras en las puertas de casa para los miserables y abandonados. Como era chico y enteco, le brindó la vida muchos palos de los hombres y recios mordiscos de sus semejantes. Jamás pasó por su lomo la suavidad de una caricia. Esto lo puso desconfiado y le hizo amar la soledad.

—

Una tarde caminaba oliendo todas las puertas y rincones, según era su habitual costumbre. De pronto rozóle la nariz el vestido de una señora que, acompañada de un caballero, entraban en la casa que allí había, y que por lo grande parecióle a Napo ser de un senador. Los siguió maquinalmente y con ellos llegó al salón. Nadie estorbó su marcha, cosa que le admiró no poco, habituado como estaba a muy malos tratamientos.

Miró Napo con humildad a los visitantes y ellos le miraron con cariño. Algo se dijeron que Napo no entendió, por lo cual supuso que los señores eran diplomáticos extranjeros de visita en casa de su amigo el senador. Creyó, entonces, del caso, adoptar una conducta de toda etiqueta y se sentó en las patas traseras, que es donde suelen aposentar sus reales los perros de buena educación.

El diplomático fué hacia él y le acarició. Llamóle la atención esta fineza, y su asombro subió de punto al ver que la propia señora del diplomático le llamaba con frases llenas de dulzura.

Hallábanse los tres en este idilio, cuando aparecieron los dueños de casa. Diéronse la mano los caballeros, y Napo observó que las señoras se ponían las suyas en la espalda mientras cruzaban sus cabezas con singular donaire. Le pareció la bienvenida muy semejante a la que él y sus amigos acostumbraban, y esto lo llenó de satisfacción.

Después de expresar a los diplomáticos el gusto que de verlos tenía, el senador, enclillándose con extrema dificultad a causa de su gordura, y con la cara amoratada por el esfuerzo que la dicha posición le ocasionaba, dió a Napo cariñosas palmaditas en ambos lados de la cara, mientras le decía:

—¿Qué haces tú por aquí, malazo? Tenías ganas de verme, ¿no es cierto?

Y como Napo le miraba con sus redondos ojillos, inundados de felicidad, poniéndose de pie, dijo el senador.

—¡Qué perro más simpático!

La señora del senador, que contemplaba beatíficamente la escena, levantó su mano regordeta, y haciendo sonar el dedo pulgar con el del medio, le indicó que se acercara.

Napo titubeaba: jamás se había visto agasajado en forma tan sincera y entusiasta y por gente de tamaña calidad. Pero fué tanta la insistencia de la señora senadora que, al fin, dando un salto algo brusco y grosero para el salón en que se hallaba, puso sus dos patas delanteras en la falda de seda y le besó la nariz. La señora dió un gritito y le rechazó suavemente; Napo insistió y de nuevo rozó su ordinario hocico aquella nariz carnosa y colorada por el frío de la tarde. La senadora, siempre fingiendo amabilidad, le rechazó con más energía, y le dijo:

—¡Quita allá!

Todo corrido bajó Napo de la falda, metió el rabo entre las piernas, y se fué con inseguro paso al rincón más obscuro de la sala.

—¡Pobre perro! Se ha asustado—dijo la diplomática.

—Sí, hija—repuso el senador dirigiéndose a su mujer—has estado un poco brusca.

—Me puso tan nerviosa que...

—Pero había otras maneras, pues hija. Al fin y al cabo el pobre perro quiso hacerte una caricia.

—Yo le llamaré para que se alegre. Y el diplomático le llamó, haciendo con la boca:

—¡Psch! ¡Psch!

Vino Napo con aire un poco desconfiado; pero viendo que aquel buen señor se golpeaba las rodillas con las manos, en ellas colocó sus patas; y como arreciaran las caricias, armóse de valor y las puso en la pechera blanca de la camisa, donde por estar embarradas dejaron dos manchas color café.

—El perro le ha ensuciado la camisa—expresó el senador.

—¡Oh! no es nada: un poco de tierra que saldrá pasándose el pañuelo.

En tanto ocurría ésto, ya Napo había saltado a la falda de la diplomática, y sin que nadie atinara a impedirlo, había arrancado con el hocico un buen pedazo del encaje que adornaba la blusa de la elegante señora.

—Pues no le ha roto a Ud. el vestido el sinvergüenza! exclamó la del senador.

—El pobrecito no sabe lo que hace, señora—respondió la diplomática. —Además el vestido está ya viejo...

A todo esto el diplomático iba perdiendo la paciencia, y no pudiendo dominar por más tiempo los nervios, preguntó con cierta sorna:—¿Cómo se llama este simpático animalito?

—¿Qué cómo se llama dice Ud.? Pero, ¿qué no es de ustedes el perro?—repuso el senador con los ojos abiertos por el asombro.

—No, señor; ¡si nosotros hemos creído todo el tiempo que ese animal pertenecía a ustedes!

—Entonces se trata de algún perro vago que aprovechó la llegada de Uds. para colarse hasta el salón—apuntó el senador, que siem-

pre trataba de conocer el origen de las cosas.

—¡Que me haya besado la nariz ese asqueroso!—dijo la senadora, poniéndose las manos en la cabeza. ¡Habráse visto algo más horrendo?

—¡Y qué me dice Ud. de mi camisa, señora?—responde el diplomático.

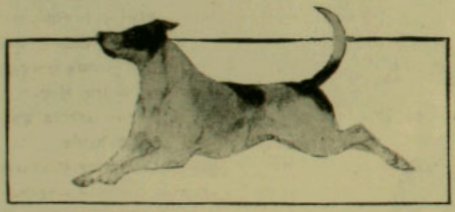
—Lo que es mi vestido está inservible. Y la diplomática mira con pena, mezclada de ira, su encaje de Irlanda hecho pedazos. Algo vió Napo en los semblantes de aquellos señores, y tuvo ganas de huir muy lejos.

Pero ya el senador, la senadora, el diplomático y la diplomática habían dejado sus asientos, y entre exclamaciones de ¡vago!, ¡callejero!, ¡asqueroso!, le perseguían a puntapiés hasta la puerta de la casa.

Tras larga carrera, tomó Napo por una calleja obscura, en dirección al pobre hogar de la lavandera.

Pensó que allí, con el mísero pan de todos los días, había de recibir el cariño desinteresado que sólo conocen los pobres, los que nada esperan.

X.



¡Dios sabe que pena!

Por

Antonio Orrego Barros

Ilustraciones de A. Bustos.

La vez que la veida pasar. Dios lo sabe,
me daba qué pena
verla tan solita
y en tanta miseria:
un pañuelo e rebozo di abrigo,
invierno y verano, una cosa mesma:
la mesma chupalla,
la mesma pollera
y el mesmo chiquillo, llorando en sus brazos,
Dios sabe qué pena!

Y toas las tardes
así pasaba ella:
una olla en la mano,
algo que le daban abajo en la puebla.

Tanto que l'ijeron:
—"No te cases chiquilla'. Pero ella
era guenamoza, era consentía,
y más que tóo era
d'esas niñas que too se lo hallan
como echo pa ellas,
que hacen tós sus caprichos
y ¿casarse qu'era?

—"No te casís niña"
l'ijo su taita cuando iba a la iglesia
y su maire lo mesmo le hubiera pedío
al no hallarse muerta,
pero tó jué inútil,
palabras i preicas,
consejos y ruegos
qu'estaba resuelta.

El era gracioso, él era arrestao,
él, por lo claro, era
uno d'esos tunos
y de siete suelas,
d'esos que tienen más artes y maulas,
más mañas y tretas,
que leyes los jueces
y un rosario cuentas.

Y cómo recuerdo
a la Maalena
de los tiempos guenos
de trillas y encierras,
del tiempo e los viejos patrones,
de las grandes cosechas!
Con sus ojos grandes, grandes y projundos
como las tinieblas
y aterciopelaos como pensamientos
di hojas renegras
y en medio e esas sombras una lucecita
como candelilla entre pestañas negras.
Y nun eran sus ojos
lo mas mejor d'ella
ni aquellos oyitos que se le formaban
cuando se reida,
ni sus dientes blancos,
ni sus trenzas negras,
ni ese cuerpo en que puso sus artes
el Dios al hacerla,
qui así, pa mi gusto,
lo más mejor d'ella
eran sus modales, esa simpatía...
¡Cómo icir lo qu'era
si naiden ha dicho
en qué está la ciencia
qui hay mujeres qu'en viéndolas uno
pierde la cabeza.
Yo no creo en duendes
ni en esas que mientan sirenas
pero creo qui hay dentro del cuerpo
algo más que tierra
y que cuando ese algo si asoma a los ojos,
como si asomaba a los de Maalena,

tié encantos de cielo.
tié juerza e sirenas,
y a no ser to un santo.
se vá la cabeza
y si hacen locuras,
y si hacen tonteras.

Era en esos tiempos
di apartas y encierras...
pintaba el verano,
las brebas estaban en punto e comerlas,
y en los campos pegaban los soles
tanto qu'era un rescoldo la tierra

En una esplana
de propósito hecha,
estaba la parva
y a un lao las yeguas
y ponche y cantoras
bajo las higueras,
y en campos y en cielos
el sol que una fiesta;
que cantaba de luces el llano
y paecía un incendio la cuesta.

Y empezó la trilla,
echaron las bestias,
y empezó el voceo
¡a yegua y a yegua!
y a correr el ponche,
los gritos, las cuecas...
Aquí se hacía aro,
pu allá daban gueltas
los mozos qu'estaban
corriendo las bestias,
allí tamboreaban
al pié e las viguelas,
y pu allá bailando se desparecían
la mar de parejas,
ruio e zapateos,
retintín di espuelas,
y toos gritaban "animarse niños!"
"a ver l'otra cueca!"
que no quee coja, "que no crien maña!"
"afinen las cuerdas",
"hácele chiquillo",
"clávale l'espuela".
Puntiaban las arpas,
no daban ya más las viguelas,
las cantoras cantaban... cantaban,
¡Dios mío, qué fiesta!
y el ponche corriendo
como agua en la acequia,
y el sol paraíto,
y la nubá e tierra
y brillando, como oro en los aires,
la paja que guela.

Pa pasar los calores
mi habeida metío bajo las higueras,
me tenía el ponche más que curantiao,
y el mundo paecía que se daba gueltas.
Eí quié tirao
durmiendo la siesta,
cuando al poco rato
—"No José" m'ijo ella
No s'esté durmiendo que pué darle un aire
—Gracia, Maalena!
Ella cantaba, cantaba en guitarra
d'esas cancioncitas qu'eran solo p'ella
Y allí estaba el gallo
haciendo la ruea,
tenía una gracia
por cá gracia d'ella,
Era e ver los ojos, y era e ver los dengues,

y e ver las maneras,
y e ver las maneras
y e ver el alma
e la Maalena.
Cuando le cantaba: "¿Qué por tí me muero?"
¡guena cosa e pena!
y el otro l'icía
—"Muérete de veras!"
Y era tó un incendio,
qui hasta el sol parecía qui habeida
hechao su trago

y andaba de guenas,
botando tó su oro
pa alegrar la fiesta
y echándole juego a los corazones,
y, con tanto juego,
haciendo más durce la sombra e la higuera.

Yo tenía mi más y mi menos
con la Maalena;
de niño la habeida hasta palabriao.
y de guaina habeida
sentío ya ese algo
que nos fantasea entro e la mollera.
Cuántas palabritas
pa mí no tuvo ella!
cuántas veces no ví esos ojazos...
¡más pa qué se piensa!
Así Dios lo quiso,
y a qué darle gueltas!
Como toa dicha
tiene su pena,
cambiaron las cosas
y di un de repente tó se me dió gueltas.
Y ya dende entonces
ni quería verla.
ni hallaba alegría
ni en las mesmas fiestas,
y si habeida yo echao mis tragos,
y si andaba a medias,
era pa olvidarme
qu'estaba en la tierra.
que tenía un alma
y en l'alma una pena,
qui estaba a dos pasos
y tan lejos d'ella.
—¿Por qué ya ni hablas?
—¿Por qué Maalena?
—Acércate niño
déjate e leseras!
Toos somos hombres
y a tós nos manejan.
Bastó con lo qu'ijo
pa que juera a onde ella.
El otro era un gallo
y yo era una bestia,
que cuando el cariño se nos entra aentro.
lo primero qui hace, es cerrar la puerta,
y deja la boca como con candao.
y dempués espanta hasta las ideas.
Yo estaba callao,
y el otro gracioso qui hasta yo me reida.
Ella me miraba
más di otra manera:
nu era con cariño,
qu'era con tristeza;
qu'ella estaba leyendo en mis ojos
toas mis dolencias
y quería quitarme esa angustia.
qu'ella al fin pa conmigo era guena.
—¿Por qué estais callao?
Antes así nu erais!
—Ni tú así tampoco!
jué toa mi réplica
y ella cantó un canto
en que puso su alma, y la puso entera:

"Van las golondrinas
pasando la cuesta;
ya se jué el calor
y el frío las echa!
Pobres las que tienen alma e golondrina!
pobres las que guelan!
qui amor es calor y cuando se pasa
no tienen la culpa si el frío las echa!
Van las golondrinas
pasando la cuesta!"

¿Quién armó ese canto?
¿quién hizo esa letra?
Salió tan di adentro
que pa mí lu hizo ella.
Dempués hubo risas
dempués hubo cuecas,
más para mí n'hubo más qu'esa angustia
que se esconde adentro, como cosa fea.

—"No te casís niña", l'icía la gente
de que conocían la pieza qu'él era,
"No te casís niña", pero tó jué inútil,
qu'estaba resuelta.
Y quí alegre salió di onde el cura
la mañana aquella!
Si sentí alegría de ver su alegría,
como hoy siento pena, de mirar su pena.

Primero pasaban como dos pichones
en la primavera.
y dempués pasaban
pu aquí por mi puerta,
él más ailante

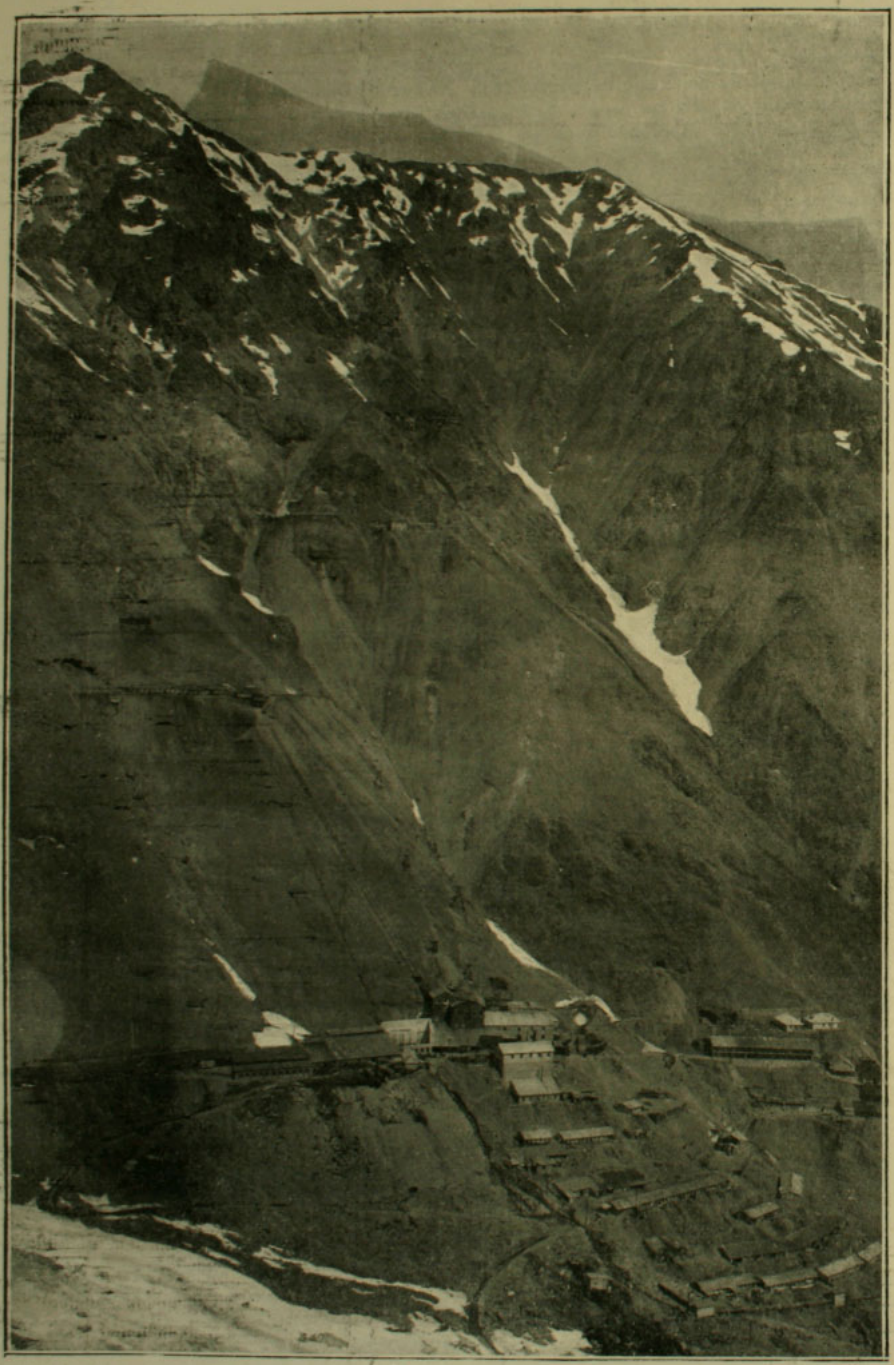
y más pa atrás ella,
él con ese moo de quien na l'importa,
y ella con l'angustia de la que ná espera.
El era un tuno
y de siete suelas.
Se pasaba hasta meses perdío,
y ella sola y callá con sus penas.
Por fin saltó el cuete:
llegaron iciendo a la puebla
qu'él era casao,
que tenía mujer pu otras tierras,
y el gallo s'hizo humo,
ni más que lo vimos ni nosotros ni ella.

D'entonces solita la vía
pasar por mi puerta,
como si llevara colgao a l'espalda
un costal de penas;
ni pa qué sus ojos, ni pa qué sus cantos,
que tó se jué d'ella!...
era una flacura que daba en los guesos,
sus ojos aentro, como calavera.

Al pasar, un día
l'entoné en mi puerta:
"Pobres las que tienen alma e golondrina!
pobres las que guelan!"
Ni miró pa verme,
más pu allá en la cuesta,
la ví que lloraba, la ví que lloraba,
la ví que se echaba llorando en las piedras.
Corrí a consolarla.
—Olvía tus penas,
se mía, te quero como t'hei querío
toa la vía entera.
—No pueo quererte... no pueo casarme.
—Si tú eres soltera...
—Ya Dios me dió ese hombre, nu hay poder [humano
que dél me separe en la tierra!
—Si nu eres casaa.
—Lo soy, por l'iglesia.
Olvíame, olvíame... oye... ¡te quiero!
déjame morirme sola con mi pena.

Por meses y meses
no pasó la pobre delante e mi puerta,
por más que yo toas las tardes
me pasaba horas esperando verla.
Y el tiempo que too
y tó se lo lleva,
tapó en mi alma, con tierra di olvío,
el juego e esa pena.
Más dondi hay rescoldo, nunca muere el juego,
se va la ceniza con viento cualquiera,
y si arden las brasas,
y too s'incendia.

Eso mi ha pasao
con la Maalena:
Cuando la veo
pasar por mi puerta
así tan solita
y en tanta miseria,
sólo Dios lo sabe
qué pena es mi pena.
Y ya entre nosotros
palabras no median,
ni sé lo que sufre,
ni sé lo que piensa,
sólo sé que m'ijo:
De qu'era casá por l'iglesia,
que pa separarla di aquel hombre malo,
nu hay poder humano abajo en la tierra.



PAISAJE.

PAGANINI

POR

EDUARDO GARCIA GUERRERO

Ilustraciones fotográficas.

A principios del pasado siglo, recorrió la Europa, en jira triunfal de conquistador invencible, un artista de genio, nuevo monstruo de la humana naturaleza a quien la fantasía popular, maravillada como ante un brujo, dueño de poderes ocultos, prestó todos los mágicos caracteres de un personaje de leyenda.

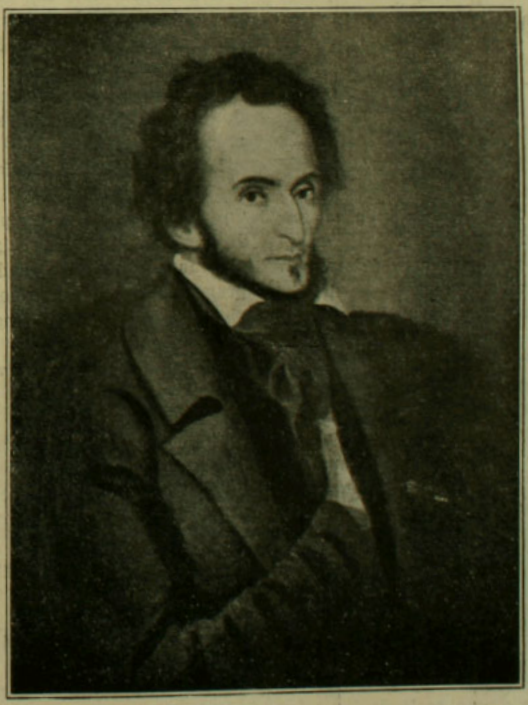
Ese artista fué Paganini.

Lo dramático y lo cómico, lo extraordinario y lo ridículo, lo humano y lo inverosímil se suceden y alternan en la vida de este célebre violinista, como en aquellas novelas de aventuras creadas por la imaginación pletórica de algún escritor romántico.

Como la generalidad de los hombres de genio, Paganini fué un niño precoz. Le bastaron unas cuantas lecciones que le dió su padre para que al cabo de pocos meses pudiera tocar a primera vista cualquiera pieza de violín que se le presentara y aún cuando su educación musical fué encomendada al cuidado de algunos maestros de cierta notoriedad en la época, puede decirse que él lo aprendió todo de sí mismo. La ciencia que aportaba con su maravillosa constitución psicológica y fisiológica era superior a la de todos los tratados escritos hasta entonces sobre la técnica del violín.

Cuéntase que su padre, deseoso de que el niño prodigio obtuviera todo el provecho posible de sus dotes naturales extraordinarias, le encerraba durante días enteros para que se contrajera al estudio.

Pero un buen día, descontento tal vez de la vida en familia y sintiéndose con sobradas fuerzas para ganarse su existencia en libertad, Paganini abandonó la casa paterna y sin más bagaje que su violín, se lanzó en jira por diversas ciudades de Italia.



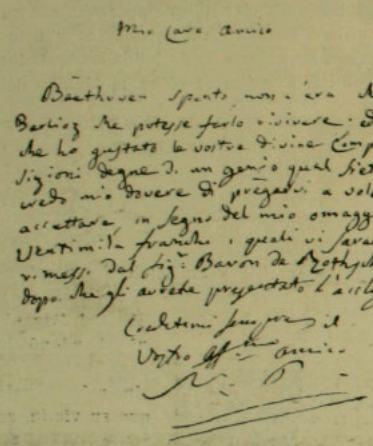
Retrato de Paganini, por Nicola.

El éxito artístico fué en todo momento un fiel e inseperable compañero del gran virtuoso, pero sucedía que lejos de la guarda paternal, su extrema juventud no le defendía bastante de las tentaciones que el viajero afortunado encuentra en el camino de la vida. Y así fué que Paganini llevó por este tiempo una vida licenciosa, hasta el punto de que en una ocasión, ha-

biéndolo perdido todo al juego, incluso el violín, la miseria le sorprendió en circunstancias de no poder dar conciertos.

Felizmente un aficionado le prestó un magnífico Guarnerio y tanto asombro le produjo la ejecución del artista, que le hizo obsequio del instrumento.

Este violín fué legado por Paganini a su ciudad natal y se conserva como reliquia.



Autógrafo de Paganini.

cubierto con un vaso de cristal en el Palacio Municipal de Génova.

Luego Paganini se desaparece del mundo por tres o cuatro años y nadie sabe de él. Sus biógrafos tratan en vano de llenar esta misteriosa laguna de su vida. El nos dice en su autobiografía que, durante este tiempo, se dedicó a la agricultura y a la guitarra—hay que advertir que Paganini fué también un gran guitarrista—y todo lo que se sabe de cierto es que vivió de tiempo en tiempo en el castillo de una gran dama, admiradora del artista y aficionada a la música.

En seguida se le ve reaparecer en Luca, como primer violín de la Corte y desaparecer nuevamente, esta vez por cinco años, después de nuevas jiras en que su fama se acrecienta más y más.

La falta absoluta de noticias sobre su persona, dió origen a una serie de leyendas que él se esforzó después en desmentir con todo género de razones.

Se decía que el gran artista estaba afiliado a los carbonari, una asociación de bandidos.

Otra versión le hacía en la cárcel a consecuencia de haber muerto a una mujer por celos. Y se agregaba que su carcelero, por temor de que se ahorcara con las cuerdas del violín, no le daba sino de a una, y que debido a esto, había adquirido su prodigiosa habilidad para tocar en una sola cuerda.

Hay un grabado célebre que representa a Paganini tocando el violín sentado en el humilde lecho de una celda.

Los biógrafos más serios explican estas desapariciones del artista atribuyéndolas al estado de su salud que, a consecuencia de una enfermedad nerviosa, agravado por prematuros excesos, le obligaba a frecuentes y prolongados reposos.

Aún cuando Paganini no había salido de Italia, su nombre era conocido en toda Europa y las curiosas aventuras de que aparece llena su biografía circulaban por todas partes junto con las más extraordinarias leyendas. Se le llamaba mago del mediodía, brujo, rey del violín.

Más o menos a la edad de 44 años abandonó por primera vez su patria para recorrer la Europa.

La ciudad de Viena, donde dió los primeros conciertos de su jira, le recibió con un entusiasmo indescriptible: una muchedumbre inmensa se precipitaba a los teatros al anuncio del mago del Mediodía y la prensa vibraba al unísono con el público vienés. Durante su estadía, fué el hombre de moda en Viena.

En los hoteles se servían "cotelettes" a la Paganini, panecillas a la Paganini, en forma de violín; entre las señoras se difundían las cintas, "echarpes" y botones a la Paganini; se fabricaban pipas y cigarros marca Paganini, y entre los aficionados al billar hizo época una manera especial de jugar "a la Paganini".

Los poetas escribían sonetos y acrósticos en su honor y uno compuso un poema de doce cantos.

He aquí la descripción que un escritor nos hace de la extraña figura del artista: Es tan flaco como es posible serlo, de color pálido, con una gran nariz de águila y de-

Paganini en la prisión.

dos largos y huesosos. Parece que apenas pudiera soportar el peso de su ropa y cuando hace reverencias, su cuerpo se mueve de una manera tan rara que despierta el temor de verle desarmarse y convertirse en un montón de huesos. Cuando está en reposo, su cuerpo forma una especie de triángulo. Al tocar, hecha hacia adelante el pie derecho y en los tiempos rápidos marca el compás con cierta vivacidad cómica, sin que el rostro pierda nada de su impasibilidad de muerto.

Y cuando estallan los aplausos, su mirada profunda, aunque impregnada de cierta dureza, recorre el auditorio. (1).

✪

Permitidme ahora, señoras y señores, que antes de seguir mi relato, explique en unas cuantas palabras cuáles eran, en el dominio del arte, los rasgos característicos de este artista portentoso que hace unos ochenta o cien años hacía delirar de entusiasmo a los públicos europeos.

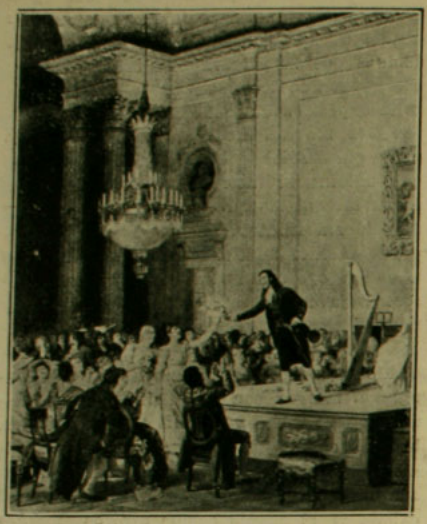
Dicen sus contemporáneos que todo en él es nuevo, inaudito; que arranca a su instrumento expresiones hasta entonces desconocidas que la palabra no puede traducir; que su sonido rivaliza con la voz humana en la expresión de todas las pasiones, de todos los movimientos de la sentimentalidad; que asombra el poder diabólico con que domina el instrumento y la facilidad de su mecanismo que abre a la fantasía un espacio sin límites.

Su staccato no tiene nada de común con lo que se oye ordinariamente, dice un escritor. Deja caer el arco sobre las cuerdas, y recorre series de escalas con increíble rapidez y los sonidos salen de sus dedos, redondos como perlas. Yo no he visto jamás, agrega, marcar con esa nitidez, sin la menor perturbación del ritmo, tiempos débiles, brevísimos, en los movimientos más rápidos. Y ¡qué fuerza adquiere su arco en los sonidos prolongados, con qué profundidad exhala en el adagio como suspiros amargos de un corazón entristecido!

"El empleo de sonidos armónicos, dice otro escritor, cuyo dominio ensanchó hasta lo inverosímil, era uno de los recursos más notables de su ejecución. Los usaba con una habilidad extraordinaria: escalas cromáticas ascendentes y descendentes, trinos simples y dobles, frases enteras en doble

Paganini tocando en su Stradivarius.

(1) Schottky, citado por Prod'homme: Paganini, pág. 25. Laurens, edit., París.



Paganini aclamado al terminar un concierto.

cuerda y todo en sonidos armónicos con la mayor facilidad."

Entre los violinistas y aficionados de la época circulaban como verdaderos enigmas algunos de los tour de force de técnica de Paganini. Con sólo cinco dedos en la mano no había explicación posible para ciertas proezas del artista. Y cuando se le interrogaba a él sobre el particular, respondía invariablemente:

—"Ognun'a suoi secretos", lo que quiere decir: "Cada uno tiene sus secretos".

Pero un director de orquesta y violinista distinguido, Karl Guhr, que en varias ocasiones acompañó con su orquesta a Paganini, se propuso penetrar en ese misterio y mediante prolongadas y atentas observaciones, pudo descubrir la clave de muchos de aquellos secretos a primera vista inexplicables.

Desde luego, Paganini afinaba el instrumento de una manera particular: a veces subía un medio tono las cuatro cuerdas, otras veces subía el sol un tono y medio o dos tonos, es decir, que lo convertía en si bemol o en si natural. Para ciertas piezas colocaba la cuerda de sol al lado de la prima, en lugar del la.

Usaba en el violín un puente menos convexo que el de los otros violinistas, especialmente en el lugar donde cae la prima, lo que si por un lado le dificultaba enormemente tocar una cuerda sin rozar las otras, por otro, le permitía en la parte alta tocar tres cuerdas a la vez con gran facilidad.

Además, introducía modificaciones en el grueso de las cuerdas.

Pero no se crea, sin embargo, que estos trucs bastan para que cualquier violinista pueda convertirse en un Paganini. Estos pequeños detalles nada significan al lado de las facultades prodigiosas de que estaba dotado el gran artista italiano.

La constitución entera de su organismo, aún en ciertos detalles verdaderamente curiosos que a primera vista pudieran parecer sin importancia, estaba hecho como ex-profeso para un gran violinista.

A este propósito, tenemos una interesante noticia fisiológica del doctor Benatti, que conoció íntimamente a Paganini por haber sido médico suyo durante algún tiempo.

Su hombro izquierdo era mucho más alto que el derecho, de modo que estando de pie con los brazos colgantes, el brazo derecho aparecía mucho más largo que el izquierdo.

Además, podía observarse en él una extensibilidad extraordinaria de los ligamentos capsulares de las espaldas y una verdadera relajación de los ligamentos que unen la mano al antebrazo, el carpo al metacarpo y las falanges de los dedos entre sí.

La movilidad increíble de su puño le hacía a Castil Blaze el efecto de un pañuelo atado al extremo de un bastón y sacudido por el viento.

Su mano no era más grande que la normal, pero Paganini conseguía doblar esas dimensiones con la elasticidad sorprendente de cada una de sus partes. Así, por ejemplo, podía imprimir a las primeras falanges de los dedos de la mano izquierda un movimiento de flexión natural, sin que la mano cambiara de posición.

Podía también dar a la vez cuatro do o cuatro re o cuatro mi bemol en diversas octavas, sirviéndose de las cuatro cuerdas y de los cuatros primeros dedos.

Pero lo más extraordinario tal vez en este artista era la delicadeza de su sentido auditivo. En medio de la más ensordecedora actividad de los instrumentos en percusión, le bastaba rozar apenas las cuerdas para afinar el violín; en iguales circunstancias podía apreciar la desafinación de cualquiera de los instrumentos menos sonoros y esto

a una distancia increíble. En muchas ocasiones demostró la perfección de su órgano musical tocando con perfecta afinación en un violín desafinado.

Los pabellones de sus orejas estaban admirablemente dispuestos para recibir las ondas sonoras. Es imposible, dice Bennati, imaginar una oreja más amplia, más proporcionada en todas sus partes y dibujada con líneas más firmes que la suya.

o

Concluída su temporada en Viena, Paganini continuó su jira por las principales ciudades de Europa.

En Praga encontró algunos críticos severos que, comparándole con los maestros clásicos, tildaron de charlatanismo su predilección por los pasajes en armónicos, sus fantasías en la cuarta cuerda y otros de sus recursos más efectistas. Pero estas críticas no encontraron eco en la opinión del público que le tributó manifestaciones delirantes, análogas a las que había recibido en Viena.

El último de los conciertos dados en Praga, fué anunciado de la siguiente manera por uno de los periódicos de la localidad: "El caballero Paganini, virtuoso de S. M. el Emperador de Austria, tendrá el honor de dar mañana sábado 20 de diciembre, (1828), a pedido general, un concierto más, que será el último. (aquí, como en otras partes, Paganini se vió obligado a dar varios conciertos, con la advertencia cada uno de ellos de que sería el último), en el cual se ejecutará, entre otras piezas, La Tempestad, sonata dramática a gran orquesta, con solos y variaciones de violín en la cuarta cuerda: 1 la tempestad se aproxima, 2 comienza la tempestad, 3 la plegaria, 4 furor del mar, 5 el huracán, 6 el desorden en su colmo, 7 vuelve la calma y 8 explosión de la más viva alegría."

He recordado este curioso anuncio, porque puede servir para explicar, en parte a lo menos, la crítica de charlatanismo que, como he dicho, algunos críticos de Praga hicieron a Paganini.

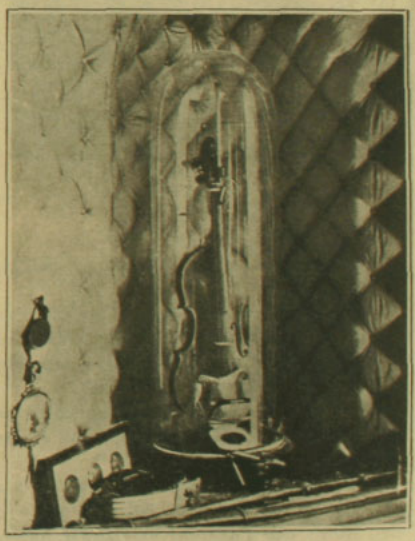
En Leipzig no pudo dar conciertos a consecuencia de haberse producido un conflicto entre él y la orquesta del teatro. Paganini subía considerablemente los precios de las localidades cada vez que se presentaba en público y era costumbre en el Teatro de Leipzig, que cuando esto sucedía se subieran también los honorarios de los profesores de orquesta. En esta ocasión, Paganini quería subir al triple el valor corriente de las localidades, pero se negaba a pagar a la orquesta mayor retribución que la ordinaria y como estas condiciones no fueran aceptadas por los profesores, se retiró de Leipzig sin dar conciertos.

Continuó su jira por otras ciudades de Alemania: Berlín, Dresde, etc., y llegó hasta Varsovia, donde dió un concierto, al cual asistió Chopin, el célebre compositor y pianista polaco que muy luego debía abandonar su patria para ir a buscar a Francia la consagración de su genio.

De vuelta en Alemania, la reina de Baviera le invitó a su castillo. La noticia corrió de boca en boca entre la gente de los alrededores y en el momento mismo en que comenzaba la audición, un gran tumulto se produjo en las afueras del castillo.

Era que una poblada de campesinos pedía que se dejaran abiertas las ventanas para oir ellos también al mago del Mediodía, al brujo cuya fama llegaba con los esplendores de una leyenda hasta los más obscuros habitadores de los campos.

Por fin, en febrero de 1831, Paganini lle-



El violín de Paganini.

gó a París. Germinaba en la gran ciudad aquel gran movimiento literario y artístico que se llamó romanticismo, lo que importa decir que el ambiente estaba excepcionalmente dispuesto para que el gran romántico del violín fuera recibido en palmas.

La noche de su estreno, dice un escritor, fué una velada inolvidable en los anales de la Academia Real de Música. Todo lo que hay de notable en París estaba representado en aquella sala llena de borde a

La mano de Paganini.

borde: la Corte, la aristocracia, la política, la literatura, las bellas artes.

Después de una serie de conciertos en esta ciudad, siguió viaje a Inglaterra, donde se renovaron las manifestaciones que habían marcado su paso en el continente.

En Londres la entrada de algunos de sus conciertos, subió a la suma fabulosa de cincuenta mil francos.

El Rey Jorge IV, habiéndole invitado a su palacio, le pidió rebaja del honorario de cien libras que Paganini exigía por hacerse oir en la Corte, a lo cual Paganini contestó que Su Majestad podía darse el placer de oirlo por un precio mucho más módico con sólo tomarse la molestia de asistir al teatro.

En Winchester ganó doscientas libras en veintiocho minutos, es decir, doce libras diez chelines por segundo, mientras que en ciertas regiones, comentaba con tristeza un diario de la época, los trabajadores apenas ganan cuatro chelines seis peniques por semana...

La admiración que Paganini despertó en Inglaterra, da testimonio elocuente una carta suya en que dice: "Aún cuando la curiosidad de verme ha sido ya satisfecha desde hace tiempo, aún cuando ya he tocado en público más de treinta veces y mi retrato ha sido reproducido en todas las formas y estilos posibles, no puedo salir de casa sin que la gente me rodee, me siga por todas partes, me hable en inglés del cual no entiendo una palabra y me toque como para darse cuenta de si soy de carne y hueso. Y esto, no sólo de parte del pueblo, sino aún de la gente educada."

Sin embargo, mereció de la prensa inglesa algunos reproches amargos. Así, por ejemplo, un diario musical se quejaba de que el artista, después de acumular doscientas mil libras en su jira por Inglaterra, no hubiera dado un solo concierto de beneficencia.

Ya en Francia, se le habían hecho reproches en el mismo sentido, por haberse negado a prestar su concurso para una fiesta a beneficio de los pobres.

Y a propósito de esto, quiero decir dos palabras respecto de la avaricia de Paganini. Sabido es que el eximio violinista tuvo durante toda su vida la triste fama de ser un avaro. Se decía que su afición al juego tenía como origen precisamente su amor desmedido al dinero.

El hecho es que Paganini fué siempre muy parco en dar conciertos de beneficencia; en ocasiones negó su concurso a fiestas de caridad y en general los precios de sus audiciones eran excesivamente subidos, lo que en varias partes provocó comentarios muy desfavorables para él. Todo lo cual parece dar fundamento a su fama de avaro.

Sin embargo, dicen algunos autores que en todo esto hay mucho de fantasía, de aquella fantasía que siempre rodeó la vida y milagros del gran artista y que si Paganini logró hacer fortuna, fortuna que por lo demás nunca alcanzó ni con mucho a la suma fabulosa para la época a que la hacía subir la leyenda popular, fué debido a sus

hábitos de economía, que no deben extrañarnos si recordamos que Paganini era italiano y que los italianos son generalmente muy económicos.

Además, parece que en aquella época no se reconocía tan francamente como hoy el legítimo derecho de un artista para ganar dinero con su arte y para hacerse millonario como cualquier otro mortal afortunado, y, así, por ejemplo, provocó en aquellos tiempos un verdadero escándalo el hecho de que Paganini firmara un contrato con un empresario, según el cual, mediante una determinada cantidad de dinero, el artista quedaba obligado a dar una serie de conciertos por Bélgica y el norte de Francia.

Esto de que un artista vendiera su talento a un tercero para que lo explotara corriendo con los riesgos,—cosa que hoy día hacen todos los artistas del mundo, sin que nadie se admire,—pareció en aquella época, como ya hemos dicho, algo extraordinario.

Hay que advertir, por lo demás, que Paganini era el primer artista que firmaba contratos de esta naturaleza.

Su fama de avaro le ocasionó muchos sinsabores en su vida.

Después de una ejecución de Haroldo en Italia, de Berlioz, se supo en París que Paganini había enviado al autor de la obra una carta de felicitación, acompañada de una orden de pago por valor de veinte mil francos.

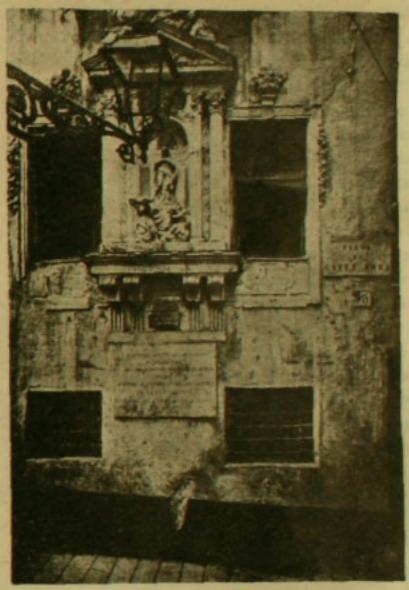
La noticia circuló por la prensa europea comentada de muy diversas maneras, porque como nadie creía a Paganini capaz de un rasgo de generosidad tan elocuente, era necesario buscar alguna explicación a esta actitud insólita del artista.

Según Liszt, el eminente compositor y pianista, cuya autoridad moral es indiscutible,—la causa de este desprendimiento de Paganini fué su deseo de congratularse con el público francés, pues tenía el propósito de dar algunos conciertos y no gozaba de las simpatías de ese público, por haber negado su concurso a una fiesta de caridad.

Según otra versión, no fué Paganini el que desembolsó los veinte mil francos, sino un admirador de Berlioz, que quiso permanecer en el incógnito y buscó al violinista para que sirviera de intermediario.

Después de nuevas jiras por Inglaterra y Francia, Paganini dió un concierto en Bruselas y fué aquí donde sufrió su único fracaso de su carrera artística. Apenas se presentó en escena aquella cabeza de pájaro sostenida por una armazón de huesos en forma de triángulo, el público se largó a reir y los movimientos del artista durante la ejecución no hicieron más que redoblar la hilaridad.

Por esta misma época, se vió envuelto en un proceso ruidoso, sensacional, como otros tantos de que está llena su biografía y que le dan tan vivo interés. Estaba en



Casa donde nació Paganini.

Boulogne-sur-Mer, cuando se le presentó un señor Watson, de Londres, que venía siguiéndole, a pretexto de que Paganini le había robado su hija. Decía este señor que el violinista había prometido a la niña casarse con ella cuando estuvieran en el continente, y le exigía ahora el cumplimiento de su palabra.

Paganini dió explicaciones por la prensa: lejos de haber raptado a miss Watson, según él, ella, maltratada por su padre y por su madrastra, había venido de motu propio a buscar un refugio al lado del virtuoso, y a pesar de él, le seguía por todas partes.

La prensa dió cuenta de esta aventura.

como es de suponerlo, adornándola con toda clase de comentarios satíricos.

Paganini volvió a Italia, coronado de laureles, y pudo experimentar la satisfacción de asistir a la inauguración de un busto suyo, que uno de sus admiradores más entusiastas levantó en su quinta en los alrededores de Génova.

Pero muy luego sus antiguas dolencias comenzaron a agravarse y de este modo cortaron al artista su carrera triunfal por los escenarios de Europa.

Durante los últimos años de su vida los diarios no imprimen su nombre sino para narrar sus aventuras, que siempre fueron compañeras inseparables del artista.

Tuvo Paganini la peregrina idea de entrar en sociedad con unos comerciantes franceses para fundar en París un gran establecimiento que se llamaría Casino Paganini, y cuyo objeto era, según el prospecto, proporcionar al público y a los numerosos extranjeros que afluyen a París, buena música, danza, conversación, lectura, paseos, etc. Se compró para este objeto un magnífico palacio y el Casino fué inaugurado con grandes fiestas.

Paganini no era sólo un accionista de la sociedad sino que había contraído además el compromiso de tocar ciertos días en el Casino.

Comentando estos acontecimientos, Berlioz escribía en un diario de París: "Por lo que respecta a la parte que tomará en todo esto, el célebre violinista, podemos decir que se reducirá a lo siguiente: Paganini ciertos días dará tres vueltas al jardín... si hace buen tiempo."

Como no diera cumplimiento a sus compromisos por impedírselo su enfermedad, Paganini fué llevado a la justicia y los tribunales lo condenaron a tocar dos veces por semana en el Casino, bajo apercibimiento de una multa de seis mil francos por cada infracción. Además, esta sentencia autorizaba el empleo de la fuerza para el caso de que Paganini se negara a cumplirla.

Todos estos incidentes ocasionaron al artista considerables desembolsos de dinero y las contrariedades que son de suponer.

El dichoso Casino tuvo una vida efímera y al poco tiempo se convirtió en una sala de baile, conservando siempre el nombre de Paganini.

A sus desgracias de índole financiera, se unían ahora en el desdichado artista las desgracias de su salud. Una afección a la garganta le tenía completamente afónico; no era sino una sombra y no había más medio de entenderse con él que seguir los gestos de su organismo esquelético y penetrar en sus sentimientos por la mirada de sus ojos fatigados.

Murió en Niza en 1840, pero no terminaron con su muerte sus aventuras.

A pretexto de que Paganini había hecho una vida desordenada y rehusado los auxilios religiosos en artículo de muerte, el Obispo de Niza se negó a concederle sepultura eclesiástica. Mientras tanto, el cadáver fué exhibido al público en la casa del artista y trasladado después a un lazareto, por orden de la autoridad, en razón de que comenzaba a despedir mal olor.

Mientras tanto el hijo de Paganini, Aquiles, hizo gestiones ante el Papa para obtener la revisión de la orden del Obispo de Niza. El Papa mandó instruir una información respecto de los sentimientos católicos del difundo, cuyo resultado no ha sido jamás conocido.

Tres o cuatro años después de muerto Paganini, se presentó al lazareto de Villafranca un individuo premunido de los papeles y certificados necesarios y acompañado de dos boteros. Sacó el cadáver en una barca y lo fué a enterrar cerca de Génova, en una propiedad de Paganini, donde el Papa había autorizado una sepultura provisoria.

Pero no permaneció mucho tiempo en este sitio, pues en 1853 Aquiles le trasladó al ducado de Parma, donde su padre había dejado otra propiedad, y pudo aquí rendirle algunos homenajes religiosos, haciendo valer las circunstancias de que el difunto había sido en vida caballero de San Jorge.

Unos veintitrés años después el cadáver viajero de Paganini fué sacado de allí y transportado al cementerio de Parma, donde tampoco descansó en Paz para siempre, pues en 1896, con motivo de la creación de un nuevo cementerio en esa ciudad, el cadáver fué transportado al cementerio nuevo.

¿Será ésta la última exhumación? se pregunta un escritor. Es permitido esperarlo, aunque no asegurarlo, porque parece que un implacable destino se haya obstinado en no permitir reposo en este mundo, reposo, sin embargo, bien merecido al que fué Nicolo Paganini.

La Sociedad de Educación Nacional ha querido hacer revivir, en esta ocasión, el alma de Paganini, hacer que su espíritu flote en la atmósfera de esta sala y que el público aquí reunido vibre con el mismo frenético entusiasmo que los públicos de hace un siglo, al paso triunfal del mago portentoso.

Hemos tenido la suerte de contar, para ello, con el concurso deferente del único artista del mundo capaz de realizar hoy semejante prodigio.

Es inútil nombrarlo.

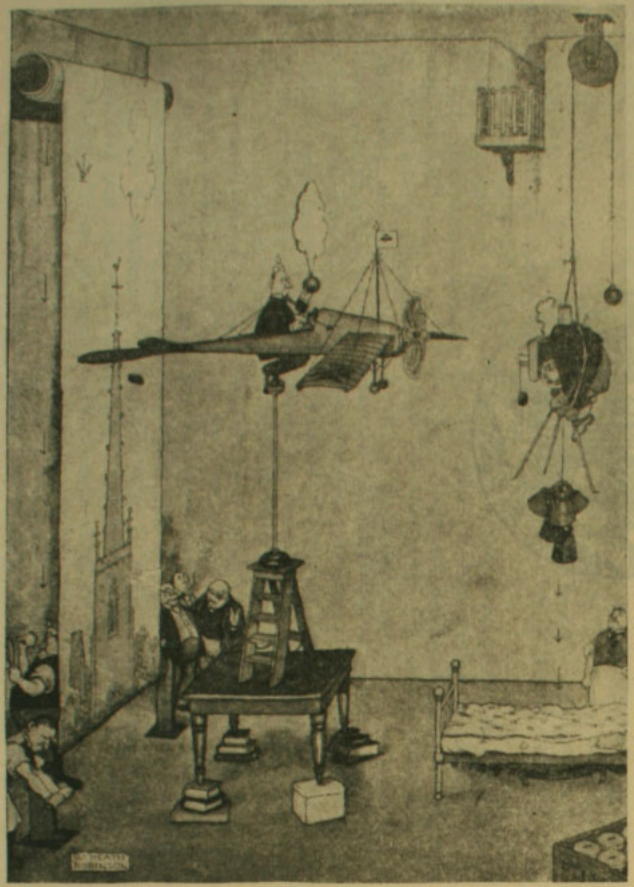
Perdonadme, pues, si con mi largo relato he provocado vuestra impaciencia, la natural impaciencia de quien se prepara para experimentar una honda emoción de arte. (1).

---

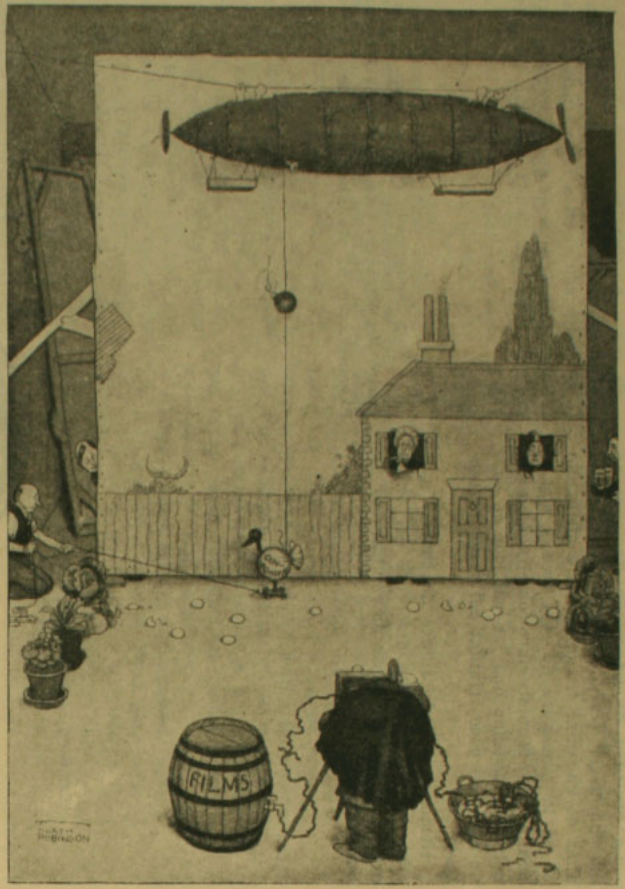
(1) Esta conferencia fué leída en una sesión de la Extensión Universitaria, en el Teatro Municipal, el 8 de julio de 1913 e ilustrada con la ejecución de algunas obras de Paganini, por el violinista Kubelic.

LOS CELEBRES MONOS DE HEATH ROBINSON

¡COMO SE FABRICAN LAS PELICULAS DE LA GUERRA!



Preparando la aparición de un "Taube" sobre la Catedral de Reims



Un Zeppelin vuela sobre una aldea de los Vosgos

EL VALLE DEL TERROR

Nueva aventura de Sherlock Holmes

Por

A. CONAN DOYLE

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR RAMONDRIAG

Con ilustraciones

—¡No lo sabía Ud.! Bueno, pues ya lo sabe Ud. Tengo el gusto de notificarle que esta señorita es mía y que hace una tarde hermosísima para paseo.

—Oh, mil gracias. No tengo ganas de pasear.

—¡Que no! Baldwin despedía por sus ojos relámpagos de furor. Quizás tenga Ud. ganas de reñir, señor pensionista.

—Precisamente, exclamó Mc Murdo, poniéndose de pie. No podía Ud. decir cosa más acertada.

—Por Dios, Jack, por Dios! exclamó la pobre Ettie toda confundida. ¡Oh, Jack, Jack, que te va a matar!

—¡Ah, sí! con que Jack, ¡verdad! Se conoce que las cosas han ido muy de prisa.

—Oh, Ted, sea Ud. razonable, sea bueno. Por mi amor, Ted, si alguna vez me ha amado, muéstrese generoso y olvide.

—Me parece Ettie, que si Ud. nos dejara solos, nosotros arreglaríamos pronto este asunto, dijo tranquilamente Mc Murdo ¿O prefiere Ud., Mr. Baldwin, que salgamos los dos a la calle! Hace una tarde espléndida y aquí cerca hay un magnífico potrero.

—Ya me las entenderé con Ud. sin necesidad de ensuciarme las manos. Pronto deseará Ud. no haber puesto nunca los pies en esta casa para no encontrarse conmigo.

—Ninguna ocasión mejor que esta, dijo Mc Murdo.

—La ocasión yo la buscaré, señor. Deje Ud. esto por mi cuenta. Mire Ud.! De pronto se remangó la chaqueta y mostrando en su brazo un signo especial que parecía estar marcado a fuego y que consistía en una cruz dentro de un triángulo, preguntó, ¿Sabe Ud. lo que quiere decir esto!

—No lo sé, ni me importa.

—Bueno; pues ya lo sabrá usted, se lo prometo, y a no tardar. Puede que miss Ettie sepa informarle a Ud. de algo. Y en cuanto a Ud. Ettie, ya vendrá Ud. a implorarme de rodillas. ¡Lo oye Ud., niña! De rodillas! Y yo daré a Ud. entonces el castigo que merece. Ud. ha sembrado. Veremos, vive Dios, lo que cosecha. Lanzó después sobre ambos una mirada furiosa, giró sobre sus talones y un momento más tarde desaparecía dando al salir un terrible portazo.

Hubo un rato de profundo silencio entre Mc Murdo y la joven. Luego ella exclamó rodeando con sus brazos el cuello de su amado.

—Oh, Jack, ¡qué valiente eres! Pero esto no puede ser, es preciso que te marches. Esta misma noche, Jack, esta misma noche! Es tu única salvación. Te asesinarán. Lo he leído en sus ojos terribles. ¿Qué vas tú a hacer contra una docena de ellos, escudados con el poder del Gran Maestre Mc Genty y de toda la logia!

Mc Murdo se desenredó de los brazos que

le aprisionaban, dió a la joven un beso apasionado y le dijo obligándola suavemente a sentarse en un sillón.

—Aquí, preciosa, aquí. No te inquietes por nada, ni tengas temor por mí. Yo también soy hombre libre. Así acabo de manifestárselo a tu padre. Probablemente yo no soy mejor que los demás; no me creas, pues, un santo. Quizás ahora que te he dicho esto, me tomes odio.

—¡Odiarte yo, Jack! Jamás lo podría hacer en mi vida. Yo sé que no hay mal ninguno en ser hombre libre más que aquí; ¿por qué, pues, habría de juzgarte yo mal por esto? Pero si tú también eres de esa sociedad, ¿por qué no vas en seguida allá abajo y haces amistad con Mc Genty? Oh, apresúrate, Jack, apresúrate. Sé tú el primero en hablar, que si no pronto van a seguirte la pista y...

—Estaba pensando exactamente lo mismo, dijo Mc Murdo. Ahora mismo me voy y arreglo esto. Puedes decir a tu padre que esta noche dormiré aquí y que mañana me dedicaré a buscar nuevo hospedaje.

El bar de Mc Genty estaba tan concurrido como siempre, pues era el sitio de reunión favorito del elemento más borrascoso de la ciudad.

Su dueño era popular por su carácter tosco y alegre, especie de máscara tras la que encubría un verdadero natural. Pero aparte de esta popularidad el miedo que se le tenía en toda la ciudad y hasta en todo el contorno en treinta millas a la redonda por el valle y hasta el otro lado de las montañas, era en sí bastante para llenar su bar y para que todos se cuidasen a porfía de no incurrir en su enemistad.

A más de este poder secreto de que todo el mundo le sabía dotado y el que ejercía de la manera más despiadada, era un alto funcionario oficial, consejero municipal y comisario de caminos, elegido para el cargo por los votos de toda la canalla, que espera, en cambio, de él señalados beneficios y favores. Los impuestos y gabelas eran enormes, las obras públicas estaban lastimosamente abandonadas, las cuentas del municipio enredadas por obra de contadores inescrupulosos y descarados, y los ciudadanos honrados, dominados por el terror tenían que soportar exacciones inicuas y sufrir en silencio antes de que les sucedieren cosas peores. He aquí cómo, año por año, los prendedores de Mc Genty ostentaban diamantes más grandes, las cadenas de oro de su reloj eran más pesadas y macizas y el salón de su bar fué agrandándose más y más hasta llegar a ocupar todo un costado de la Plaza del Mercado.

Mc Murdo empujó la puerta del vasto salón, la que crujió ligeramente, y atravesó entre medio de los numerosos concurrentes, entre la espesa atmósfera del humo de los cigarros y el vaho de los licores espirituosos. El bar estaba profusamente iluminado y los grandes y elegantes espejos de las paredes multiplicaban las luces del salón ofreciendo un espectáculo fantástico y curioso.

En el mostrador iban de acá para allá varios mozos en mangas de camisa sirviendo a los clientes cervezas, vinos o licores según pedían. En un extremo del mostrador, apoyando en éste su gruesa humanidad y con un cigarro en un ángulo de sus labios había un hombre alto, fornido, corpulento, que no podía ser otro que el mismo Mc Genty en persona. Este era un gigante, de pelo negro, espesa barba hasta los ojos, y una especie de melena hirsuta que le caía hasta los hombros. Tenía el tipo moreno de un italiano, ojos profundamente negros de mirada amenazadora, lo que unido a un ligero estrabismo le daba un aspecto particularmente siniestro. Todo en aquel hombre, su tipo modales, su aire de desenfado, todo se amoldaba perfectamente con aquella jovialidad de que hacía afectación. Ese se dirían más de cuatro, es un buen hombre, algo rudo, pero de corazón sencillo y abierto aunque por sus palabras parezca otra cosa. Sólo en sus ojos negros de mirada cruel y amenazante se clavaban en alguien a quien pretendía dominar, se daba uno cuenta de que estaba frente a frente de un hombre en el que podía existir un fondo inagotable de maldad, maldad que hacía infinitamente más terrible; una fuerza, un valor y una astucia insuperables.

Tras de contemplar detenidamente a aquel hombre, Mc Murdo avanzó hacia él con su aire resuelto y despreocupado de costumbre, y se colocó delante del grupo de cortesanos y aduladores que rodeaban al poderoso Gran Maestre, riendo estrepitosamente a la más insignificante de sus ocurrencias.

El extranjero fijó descaradamente, a través de los lentes, sus ojos pardos en el corpulento Mc Genty que se volvió ligeramente a ver quien era el que llegaba.

—No puedo recordar su fisonomía, joven...

—Es que soy nuevo por acá, Mr. Mc Genty.

—No será Ud. tanto que no pueda dar a un gentleman el tratamiento que le corresponde.

—Es el consejero Mc Genty, joven, dijo uno del grupo.

—Ud. perdone señor consejero; pero desconozco los usos del país. Me dijeron que viniera a ver a Ud.

—Bueno, pues ya me ve Ud. ¿Qué hay? ¿Qué opina Ud. de mí?

—Vaya, es pronto para eso. Si el corazón responde a la corpulencia de Ud. y es su cara el espejo de su alma, opino que no puede darse nada mejor, dijo Mc Murdo.

—Por los diablos, que se ve a la legua que es Ud. irlandés a machamartillo, exclamó el cantinero no sabiendo a punto fijo si tomar a chacota el desparpajo de su visitante o darse un aire de dignidad. ¿De modo que es Ud. capaz de juzgar a alguien aparte de su exterioridad?

—Desde luego, contestó Mc Murdo.

Quizás tenga usted ganas de reñir señor pensionista.—Precisamente, exclamó Mc. Murdo, poniéndose de pie

—Y le dijeron a Ud. que viniera a verme?

—En efecto.

—¿Quién le dijo?

—El hermano Scanlan, de la logia 341, Vermissa. A su salud, señor consejero, y por nuestro mejor conocimiento. Levantó un vaso so que se le había servido y al beber alzó el dedo pequeño.

Mc. Genty que se había quedado mirándolo fijamente, correspondió a esta señal con un enarcamiento de sus negras y pobladas cejas.

—Oh, está Ud. muy bien, dijo. Ya hablaremos más despacio sobre el particular, señor...

—Mc. Murdo.

—Más despacio, Mr. Mc Murdo, porque no se puede ener plena confianza en nadie ·os dice. Venga por aquí conmigo y hablaremos.

Entraron en un cuarto no muy grande, repleto de barriles alineados y botellas. Mc. Genty cerró la puerta cuidadosamente y se sentó tranquilamente sobre un barril encendiendo un cigarro y observando a su acompañante con mirada escrutadora. Durante unos dos minutos hubo un absoluto silencio.

Mc. Murdo aguantaba el exámen impasible, con una mano en el bolsillo de su chaqueta, y atusándose con la otra los bigotes. De repente se puso de pie Mc. Genty y sacó un revólver.

—Mire Ud., señor bromista, le dijo, como yo adivine que pretende Ud. jugarnos alguna treta, este se encargará de ajustarle las cuentas.

—Extraño modo de recibir, replicó Mc. Murdo con dignidad, el Gran Maestre de una logia de hombres libres a un hermano de fuera.

—Ah, esto es precisamente lo que Ud. nos va a probar, y pobre de Ud. si la prueba no es convincente. ¿Dónde fué Ud. inscrito?

—Logia 29, Chicago.

—¿Cuándo?

—El 24 de junio de 1872.

—¿Quién es el Gran Maestre?

—James H. Scott.

—¿Quién es gobernador de su distrito?

—Bartholomen Wilson.

—¡Hum! Muy listas parece que tiene Ud. las contestaciones. ¿Y qué hace Ud. por aquí?

—Lo mismo que Ud., trabajar, aunque a más pobre tarea.

—¿También es Ud. hábil en la réplica?

—Sí, siempre he tenido facilidad de palabra.

—¿Y es Ud. lo mismo en la acción?

—Esa opinión han tenido de mí cuantos me han conocido.

—Bien, eso lo veremos más pronto de lo que Ud. piensa. ¿Ha oído hablar de la logia en estos lugares?

—He oído que está dispuesta a aceptar un socio.

—Cierto, afortunadamente para Ud. ¿Por qué dejó Ud. Chicago?

—Siento no poderselo manifestar.

Mac Genty abrió los ojos desmesuradamente. No estaba acostumbrado a que le contestasen en aquella forma y esto le divertía.

—¿Por qué no puede Ud. decírmelo?

—Porque ningún hermano puede engañar a otro.

—Entonces, ¿la verdad es demasiado horrible para decirla?

—Puede Ud. pensarlo así, si es que le place.

—Mire Ud., señor. Supongo que no pretenderá Ud. que como Gran Maestre admita en mi logia a un hombre que no puede responder de su pasado.

Mc Murdo quedóse confundido. Entonces sacó de su bolsillo interior de su chaqueta un recorte de diario.

—¿No comprometerá Ud. a su compañero? preguntó.

—Si vuelve Ud. a proferir una frase como esa le cruzo la cara de un bofetón, exclamó Mc Genty furioso.

—Tiene Ud. razón, señor consejero, dijo Mc Murdo, mansamente. Pido a Ud. disculpas. Hablé sin pensar. Bueno, ya sé que me puedo confiar a Ud. Lea Ud. ese recorte.

Mc Genty echó una ojeada sobre el relato de la suerte de un tal Jonas Pinto en el Lake Solson, calle del Mercado, Chicago, la semana del Año Nuevo del 74.

—¿Obra suya? le preguntó al devolverle el papel.

Mc Murdo asintió con la cabeza.

—¿Por qué le mató Ud.?

—Yo ayudaba al tío Sam a acuñar moneda. Quizás la mía no sería de tan buen oro como la suya; pero al menos tenía tan buena vista y resultaba más barata para hacer. El tal Pinto me enseñó la matingala.

—¿Qué es eso?

—Quiero decir que me enseñó a poner la moneda en circulación. Entonces dijo que me iba a denunciar; quizás alcanzó a delatarme. Yo juré vengarme. Le maté a tiros de revolver, y huí a esta región minera.

—¿Y por qué a esta región?

—Porque yo sabía por los diarios que la policía no era muy eficaz en estos sitios.

Mc Genty sonrió.

—Ud. fué primero monedero falso, después asesino, y viene Ud. a estas tierras pensando ser bien recibido.

—Poco más o menos así es la cosa, afirmó Mc Murdo.

—Bueno, hombre; Ud. irá lejos. Dígame, ¿podía hacer Ud. todavía estos dólares?

Mc Murdo sacó una media docena de su bolsillo.

—Estos nunca han envidiado a los de Washington, dijo.

—¡Qué me cuenta! Mc Genty se acercó con las monedas a la luz y las dió vueltas entre aquellas manos que más bien parecían las de un gavilán. No encuentro diferencia ninguna! ¡Diablos! Estoy pensando que puede Ud. sernos un socio muy útil. Con uno o dos hombres poco escrupulosos de entre los nuestros podríamos hacer algo, amigo Mc Murdo, porque alguna vez hemos también nosotros de llevar nuestra parte. Nosotros estamos ya entre la espada y la pared sino hubiéramos hecho retroceder a los que nos acusaban.

—Bien está; creo que ya en unión de los compañeros podré también contribuir con lo mío,

—Parece que Ud. es hombre de nervios: Permaneció Ud. impasible cuando le apunté con esta pistola.

—No era yo el que corría peligro.

—¿Entonces, quién?

—Ud. señor consejero. Mc Murdo sacó de su bolsillo una pistola amartillada. He estado acechándole todo el tiempo. Aseguro a Ud. que mi disparo habría estado tan listo como el suyo.

Mc Genty se puso rojo de vergüenza y rompió luego en una estrepitosa carcajada.

—Por todos los diablos, dijo. ¡Por lo visto no es Ud. de los que se duermen. Ibamos de pillo a pillo, eh? Presumo que la logia va a estar orgullosa de contarle entre sus miembros... ¿Qué es eso? ¿Qué demonios quiere? ¿Es que no puedo yo retirarme cinco minutos a conversar tranquilamente con un caballero sin que vengáis a interrumpirme?

La conversación iba contra uno de los mesoneros que había entrado de pronto y quedándose parado en el umbral de la puerta.

—Siento haberlo molestado, señor consejero, pero es Mc Ted Baldwin. Dice que tiene absoluta necesidad de hablar con Ud. inmediatamente.

El anuncio del visitante era inútil, porque detrás del hombro del mozo se veía el semblante duro y hosco de un hombre. Empujó bruscamente al mozo a un lado, entró en la habitación en que nosotros conversábamos y cerró la puerta tras de sí.

—Muy bien, dijo lanzando a Mc Murdo una furiosa mirada, me ganó Ud. la delantera, ¿verdad? Tengo que hablar con Ud., consejero, una palabra acerca de ese hombre.

—Diga lo que sea aquí, ahora, delante de mí.

—Lo diré cuando quiera y donde me dé la gana.

—¡Silencio, silencio! dijo Mc Genty, levantándose de su asiento. Aquí no hay discusiones. Este es un nuevo hermano, Baldwin, y no es ese el modo con que debemos recibirle. Dele Ud. su mano y todo está concluído.

—Nunca, gritó Baldwin, bramando de furor.

—Ya le ha dicho que estoy dispuesto a luchar con él si él se cree ofendido, dijo Mc Murdo. Podemos entendernos a puñetazos, o si esto no se le satisface, en la forma que tenga por conveniente. Y ahora per-

mítame Ud. consejero, que le explique lo que hay, para que Ud. juzgue y medie como Gran Maestre.

—Vamos a ver, ¿de qué se trata?

—De una mujer. Ella es libre de escoger al que quiera.

—¿Ella? exclamó Baldwin.

—Como se trata de dos hermanos de la logia, opino que es ella la que debe escoger, dijo Mc. Genty.

—Ah, ¿es esa vuestra opinión? Eso pensáis.

—Sí, eso pienso, Ted Baldwin, contestó el Maestre, fijando en él una mirada dura. ¿Es Ud. el que osará contradecirme?

—De modo que va Ud. a perjudicar a un hombre que ha estado cinco años a su lado para favorecer a otro a quien jamás ha visto en su vida? Por fortuna no ha de ser Ud. Gran Maestre por toda la vida, Jack Mc. Genty y voto a... cuando llegue la próxima votación...

El consejero saltó sobre él como un tigre. Apretóle la garganta con sus manos y le tiró de espaldas sobre un montón de barriles. En su furor le habría sin duda estrangulado entre sus manos si Mc. Murdo no hubiera intervenido.

—No se exalte consejero, no se exalte; por Dios, gritó éste, tratando de apartarle de su víctima.

Mc. Genty soltó su presa y Baldwin acobardado y tembloroso, jadeante, vacilando en sus piernas como quien acaba de ver la muerte muy de cerca sentóse pesadamente sobre el barril en que se había visto derribado.

—Hace días que andaba Ud. buscando tres pies al gato. Ya se encontró lo que buscaba, Ted Baldwin, exclamó Mc. Genty, levantando su robusto pecho en un gesto de vencedor orgulloso. ¿Creerá Ud. tal vez que si yo cesase en mis funciones de Gran Maestre es Ud. el que ha de reemplazarme? Eso lo dirá la logia. Pero al menos mientras yo sea el jefe no consentiré que nadie me levanté la voz ni se atreva a contradecir o desobedecer mis órdenes.

—Yo nada he hecho contra Ud., murmuró Baldwin con voz entrecortada.

—Bueno; entonces, replicó el otro en un arranque repentino de buen humor, seamos de nuevo buenos amigos y ha terminado toda cuestión.

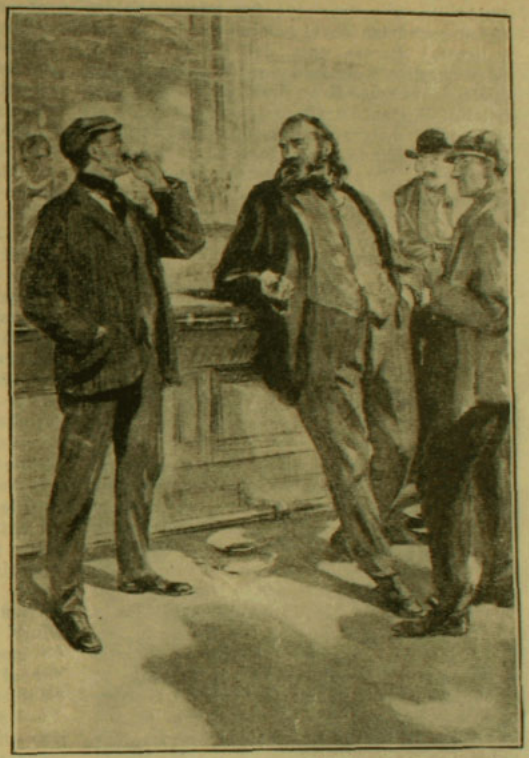
Tomó luego de un rincón una botella de champagne y la descorchó.

—Vaya, ahora, dijo poniendo tres vasos ante nosotros, bebamos y brindemos con el brindis de las contiendas de la logia. Después de esto, como ustedes saben no puede haber odios entre nosotros. Así, pues, puesta la mano izquierda sobre el corazón, yo le pregunto a Ud. Baldwin, ¿qué quejas son las que Ud. tiene?

—Son nubarrones muy negros, contestó Baldwin.

—Pero, ¿se disiparán para siempre?

—Y así lo prometo.



El extranjero fijó descaradamente, a través de los lentes, sus ojos pardos en el corpulento Mc Genty, que se volvió ligeramente a ver quién era el que llegaba

Bebieron ambos y la misma ceremonia repitióse luego entre Baldwin y Mc Murdo.

—Eso es, exclamó Mc Genty frotándose las manos, aquí acabaron ya las rencillas. Queda Ud. bajo la disciplina de la logia y sepa que ésta tiene por acá la mano muy pesada, como ya sabe el hermano Baldwin y Ud. mismo lo sabrá pronto, hermano Mc Murdo, si dá Ud. motivos para ello.

—No hace falta; estoy pronto a certificarlo, dijo Mc Murdo. Tendió su mano a Baldwin. Soy tan pronto para el rencor como para el olvido. Dicen que tengo la sangre caliente, como buen irlandés. Pero ya pasó todo y no guardo rencor.

Baldwin tuvo que estrechar la mano que

se le tendía porque sentía pesar sobre él la mirada fulminante del terrible Maestre. Pero su faz contraída demostraba bien a las claras cuán poco le habían conmovido las palabras del compañero.

Mc Genty dió a ambos un golpe cariñoso en los hombros.

—¡Vaya! Estas mujeres, estas mujeres! Quién iba a pensar que las mismas faldas se interpondrían en el camino de dos de mis valientes! Parece cosa del diablo! Bueno, estas cuestiones de faldas están fuera de mis atribuciones como *Gran Maestre, de lo que me* felicito. Bastante trabajo tenemos entre nosotros para meternos en asuntos de mujeres. Ud. será afiliado a la logia 341, hermano Mc Murdo. Para esto nosotros tenemos costumbre y métodos diferentes de las de Chicago. El sábado por la noche tenemos reunión; si Ud. va le haremos a Ud. para siempre hombre libre del valle de Vermisa.

CAPITULO III

La Logia 341 de Vermisa

El día después de ocurridos los impresionantes acontecimientos que acabamos de relatar, dejó Mc-Murdo la casa de pensión de Jacobo Schafter y tomó nuevo alojamiento en la casa de la viuda Mac-Namara en un barrio extremo de la ciudad. Scanlan, su eventual conocido de viaje, tuvo oportunidad de ir a Vermisa poco después, y hospedóse en la misma casa de Mc-Murdo. No había en la ciudad más casa de pensión y su dueña era una irlandesa complaciente, que les dejaba en completa libertad y ellos por su parte se entendieron tan perfectamente y tan acordes marcharon en obras y palabras, que los dos llegaron a ser como un solo hombre. Shafter había por fin consentido en dar a Mc-Murdo la pensión de mesa en su casa, ya que la de Mc-Murdo estaba tan lejos, de suerte que no se vieron interrumpidas sus entrevistas con Ettie; antes por el contrario, sus relaciones se hacían cada vez más íntimas y estrechas a medida que pasaban los días.

En las habitaciones de su nuevo hospedaje creyóse Mc-Murdo seguro y a salvo para montar sus máquinas y troqueles, y con todo el sigilo del caso llegaban allí sus hermanos de Logia para ver la instalación llevando de regreso cada uno en los bolsillos unas cuantas muestras de moneda falsa tan bien acuñadas y con tanto arte, que no podía saberse en qué se diferenciaban de las legítimas, de modo que ninguna dificultad presentaba el pasarlas como buenas. Para sus compañeros era un algo inexplicable cómo poseyendo un arte y habilidad tan prodigiosos se empeñaba Mc-Murdo en trabajar, aunque él daba la clave del enigma a cuantos le preguntaban, diciéndoles que él cubría las apariencias, pues si se le conocían medios de vida, pronto la policía estaba sobre su pista.

Una vez le descubrió efectivamente uno de la policía, pero el caso contribuyó a dar a nuestro aventurero más bien provecho que perjuicio. Después de su presentación, había pocas tardes en que éste no fuese a pasar un rato por las noches al bar de Mc-Ginty con objeto de ir intimando poco a poco con los "muchachos" que era tal el título con que se denominaban mutuamente los terribles miembros de aquella sociedad, que asolaba al país de punta a punta. Aquel modo desenvuelto, aquel desenfado en su conversación le hicieron el favorito de todos, a la par que su habilidad y su arte en hacer la competencia a los acuñadores oficiales del tío Sam le acarrearon el respeto y la admiración de toda aquella banda de foragidos. Pero un casual incidente vino ponerle aún más alto en la estimación de sus camaradas.

Una noche a la hora precisa en que mayor solía ser la concurrencia se abrió la puerta del bar y entró en la sala un hombre con el uniforme azul y el kepis característico de los oficiales de policía del distrito. Era un cuerpo especial organizado y sostenido por los propietarios de ferrocarriles y minas para suplir la deficiencia de la policía del gobierno, *completamente impotente para reprimir* los desmanes de las organizadas cuadrillas de bandidos que infestaban el territorio. Al entrar el oficial hubo un cuchicheo general y se clavaron en él muchas miradas de curiosidad y recelo, a pesar de que las relaciones entre policía y criminales eran cosa corriente en Estados Unidos y el mismo Mc-Ginty, que estaba detras de su mostrador, no mostró extrañeza ni sorpresa alguna al ver al policial entre los concurrentes a su establecimiento.

—Un whisky fuerte, que la noche está perra,—dijo el oficial.—¡Me parece que no nos conocemos, señor consejero?

—¡Será Ud. tal vez el nuevo capitán? preguntó Mc-Ginty.

—Así es. Nosotros hemos pensado en Ud. y otros miembros prestigiosos del distrito para establecer la ley y el orden en esta comarca. Mi nombre es capitán Marvin, de la Coal and Iron.

—*Nosotros nos arreglaremos mejor sin Ud.*, capitán Marvin, dijo Mc-Ginty con crudeza. Nosotros tenemos en la ciudad nuestra policía propia y no necesitamos ayudas importadas. ¡Y qué son ustedes al fin y al cabo más que un puñado de asalariados por capitalistas, encargados por ellos de oprimir y aún de matar a sus menos afortunados conciudadanos?

—*Bueno, bueno, no es este el momento* oportuno para discutir, dijo alegremente el oficial.—Opino que tanto nosotros como ustedes cumplimos nuestro deber, aunque miremos las cosas desde distinto punto de vista.

Apuró su vaso y ya se disponía a marcharse, cuando sus ojos sorprendieron allí cerca de él a Mc-Murdo, que le miraba con hosco semblante.

—Hola, hola, exclamó, mirándole de arriba abajo. Aquí veo un antiguo conocido.

Mc-Murdo se apartó desdeñosamente.

—Yo no he sido en mi vida amigo de Ud. ni de ningún polizonte, le dijo.

—Ser conocido no es siempre lo mismo que ser amigo, respondió el capitán, malhumorado. Ud. es Jack Mc. Murdo de Chicago, no me cabe duda, y no podría Ud. negármelo.

—Ni trato de hacerlo, dijo Mc. Murdo encogiéndose de hombros. ¿O cree Ud. que tengo por qué avergonzarme de mi nombre?

—Puede que en alguna ocasión lo haya Ud. tenido.

—¿Qué diablos quiere Ud. decir con eso? preguntó dando un paso hacia adelante, cerrando los puños.

—Cuidado, Jack, no se sulfure Ud. He sido oficial en Chicago antes de venir a esta región minera y por lo mismo cuando veo una cara de allí no se me despinta nunca.

El semblante de Mc. Murdo palideció por un momento.

—Ah, ¿Ud. es Marvin de la policía central de Chicago?

—Exactamente, el viejo Teddy Marvin, a sus órdenes. Aún no hemos olvidado la muerte de Jonas Pinto.

—Yo no lo maté.

—¿No? Pero no es su negación una prueba muy concluyente que digamos. De cualquier modo aquella muerte misteriosa fué un golpe de audacia y de destreza. Pero dejemos a un lado todo aquello, que ya pasó (aunque no sé si con esto me extralimite en mis deberes) y supongamos que nada puede aducirse en contra suya y que un día podrá Ud. volver a Chicago tranquilamente y con entera libertad.

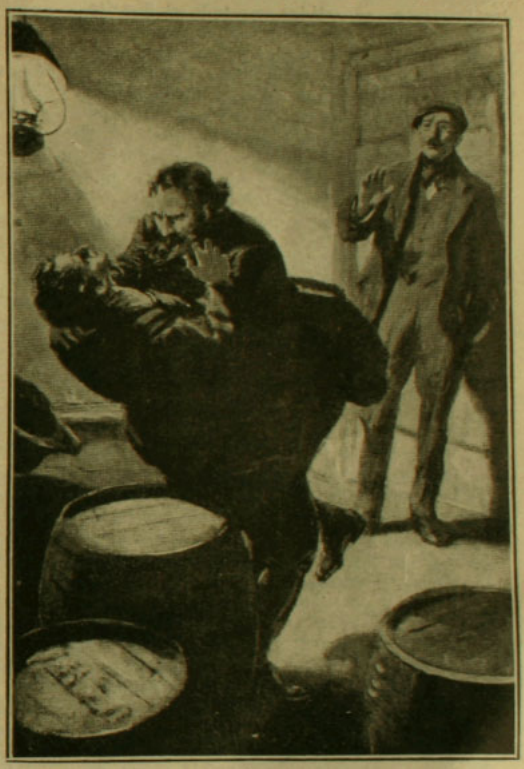
—Estoy muy bien aquí donde estoy.

—¡Vaya! le estoy hablando a Ud. amistosamente y haciéndole un servicio y Ud. se empeña en adoptar ese tono injusto en vez de darme las gracias.

—Bien, quiero creer en su buena intención y se lo agradezco, dijo Mc-Murdo de un modo muy amable.

—Yo callaré mientras le vea a Ud. vivir por aquí honradamente, pero el día que Ud. se tuerza, ¡por Belcebú! Aquel día nos entenderemos. Con que muy buenas noches tenga Ud. y buenas noches, señor consejero.

Y abandonó el local, pero en él había ya dejado un héroe. Todos comentaban las hazañas de Mc-Murdo en Chicago. El contestaba todas las preguntas que le hacían con una sonrisa maliciosa, como aquel que no quiere decir sobre sus cosas más de lo que le conviene. Pero el hecho no podía negarse y aquellos camaradas de bar rodearon a su héroe y se enorgullecían de estrechar su mano. Desde aquel momento podía ya considerársele "hombre libre" de aquella comunidad. Pudo haber prolongado aquella noche



El consejero saltó sobre él como un tigre. Apretóle la garganta con sus manos

la tertulia y haber bebido más de lo regular, pero su compañero Scanlan no había ido ni estaba allí para ayudarle a llegar a su casa, de modo que el héroe festejado no pudo pasarse la noche entre sus camaradas.

Un sábado en la noche fué Mc-Murdo introducido en la logia. Se había pensado en un principio admitirlo sin ceremonia ninguna, toda vez que era ya un miembro de la de Chicago; pero había en Vermisa ritos peculiares de que ellos se mostraban orgullosos y estos habían de cumplirse por todo postulante. El cónclave reuniése en un vasto

salón de la Unión House destinado para el caso. Concurrieron unos sesenta socios de Vermisa, pero aquel número no representaba ni con mucho la totalidad de los miembros de la asociación, pues había por todo el valle una infinidad de logias y no menor número al otro lado de las montañas, que se prestaban mutua ayuda, cuando la importancia de algún negocio lo exigía, de tal suerte que podía cometerse un crimen cualquiera por individuos extraños de la localidad. En total no bajaba de quinientos el número de los inscriptos, repartidos por todo el distrito.

En el salón de juntas del bar estaban los socios sentados a lo largo de una gran mesa. Al lado había otra mesa llena de vasos y botellas, hacia la que algunos miembros de la logia echaban ya miradas harto significativas. A la cabeza de la mesa grande estaba sentado Mc-Ginty con una especie de birrete de terciopelo negro en la cabeza y una estola color púrpura alrededor del cuello; parecía un sacerdote presidiendo una ceremonia religiosa de algún rito diabólico.

A derecha e izquierda estaban los altos oficiales de la logia y el hermano Ted Beldwin mostraba entre ellos su rostro hermoso de expresión dura y cruel. Cada uno de ellos ostentaba al pecho un escapulario o medallón como distintivo de su dignidad. La mayoría eran hombres de edad madura, pero habían algunos jóvenes de 18 a 20 años, muchachos prontos y arriesgados para llevar a cabo las órdenes de los viejos. Entre estos había muchos cuya cara revelaba un alma dura y despiadada, pero fijándose detenidamente en otros, jóvenes, parecía imposible que aquellos rostros de candidez y de inexperiencia fuesen de hombres dominados por la maldad y plenamente entregados en poder de hombres desalmados y asesinos: no podía uno explicarse cómo aquellos tiernos corazones habían podido experimentar una transformación tan completa y llegar a un grado de corrupción tan refinada, que mirasen como a un semidios a un desconocido, que llegaba hasta ellos ostentando como glorias el crimen y el asesinato.

Para sus naturalezas corrompidas era un algo sublime y caballeresco prestarse para atacar a uno que ningún mal les había hecho y a quien en muchos casos no conocían ni de nombre, ni habían visto en su vida. Cometido el crimen, lo relataban con la naturalidad y sangre fría de quien habla de un accidente cualquiera y les divertía oir relatar los gritos y contorsiones de sus víctimas. Al principio guardaban cierta reserva prudencial en sus procedimientos, pero ya en la época que [illegible] los acontecimientos que aquí referimos procedían con absoluto descaro, pues las continuas infracciones a la ley les habían demostrado que por una parte nadie se atrevería a declarar en contra suya y por otra podían ellos contar con un número ilimitado de testigos falsos a su favor y una caja de fondos bien provista para encomendar sus defensas a los mejores abogados del foro de todos los Estados Unidos. En diez años de continuas fechorías no se había dado un solo caso de condena y el único peligro que podría sobrevenir a los scowrers era el de que algún asociado tomado por sorpresa dejase en poder de sus perseguidores la marca o distintivo de la sociedad.

A Mc-Murdo se le había indicado que se iban a llenar con él ciertos requisitos, pero nadie le había dicho cuáles eran estos y en qué consistían. En un cuarto interior esperaba en compañía de dos hermanos. A través del tabique podía oir algunas palabras de las que se pronunciaban en la sala contigua entre los asistentes a la asamblea. Una o dos voces parecióle oir pronunciar su nombre y supuso desde luego que estaba en discusión su candidatura. Después entró un hermano con una faja verde y oro al pecho.

El gran maestre ordena, dijo, que lo introduzcáis atado y vendado.

Los tres hombres le despojaron entonces de su chaqueta, le arremangaron el brazo derecho de la camisa, le ataron las manos atrás y le vendaron los ojos. Pusiéronle después en la cabeza un gran gorro negro que le entraba hasta tapar le la nariz, de modo que era imposible que pudiera ver absolutamente nada. Entonces fué así conducido a la asamblea. Bajo el gorro o capuchón la obscuridad era completa. Sus oídos apenas si podían oir un vago rumor de cuchicheos: en seguida oyó como débil y lejana la voz de Mc-Ginty, que decía:

—John Mc-Murdo, ¿es cierto que sois ya miembro de la antigua orden de hombres libres?

Una inclinación de cabeza fué la respuesta.

—¿Pertenecéis a la logia 19 de Chicago?

Otra nueva inclinación.

—Las densas tinieblas son ingratas, dijo la voz.

—Sí, para los que no acostumbran a viajar, contestó Mc-Murdo.

—Los nubarrones son negros.

—Sí se aproxima la tormenta.

—¿Están satisfechos los hermanos? preguntó el gran maestre.

Hubo un murmullo general de asentimiento.

—Ya vemos, hermano, por vuestra seña y contraseña que sov a no dudar uno de los nuestros, dijo Mc-Ginty. Es preciso, sin embargo, que sepáis que tanto en esta región como en otras de por aquí tenemos nuestros ritos propios y también ciertos deberes que exigir a nuestros adictos. ¿Estáis pronto para cumplirlos?

—Lo estoy.

—¿Sois hombre de corazón firme?

—Lo soy.

—En prueba de ello dad un paso hacia adelante.

En el momento de darse tal orden, sintió

que dos puntas aceradas habían sido colocadas frente a sus ojos y le oprimían en tal forma que parecía indudable que al dar un solo paso las puntas se clavarían en ellos. Pero a pesar de esto hizo un esfuerzo de energía y avanzó resueltamente, notando en el acto que el punto de presión había desaparecido. Un murmullo general de aprobación recorrió la sala.

—Es de corazón firme, dijo la voz.

—¿Podéis soportar el dolor?

—Tanto como cualquiera, respondió.

—Probádnoslo.

Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para no gritar, pues acababa de traspasarle el brazo un dolor espantoso. Al sentir de improviso aquel dolor agudo casi se desmaya, pero mordióse con furia el labio inferior, cerró los puños vigorosamente y disimuló su tortura.

—Aún puedo resistir más que esto, dijo.

Entonces estalló un aplauso cerrado. Jamás se había presentado en la logia una presentación tan soberbia. Infinidad de manos le golpearon cariñosamente la espalda y el gorro fué retirado de su cabeza. Mc. Murdo quedó pestañeando y sonriendo entre el corro de hermanos que le felicitaban por su valor.

—Una última palabra, hermano Mc. Murdo, dijo Mc. Genty. Ud. ha hecho ya el juramento de secreto y fidelidad y sabe perfectamente que el quebrantarle es causa inmediata e irremisible de muerte.

—Lo sé, contestó Mc. Murdo.

—¿Y promete Ud. estar bajo las órdenes del gran maestre siempre y en toda circunstancia?

—Lo prometo.

—Entonces en nombre de la logia 341 de Vermisa hago a Ud. compartícipe de todos sus derechos y negocios. Sirva Ud. vino, hermano Scanlan, y bebamos a la salud de nuestro digno hermano. Entregaron su chaqueta a Mc. Murdo, quien antes de ponérsela examinó su brazo aún dolorido por la horrible quemadura.

Allí en la carnosidad del antebrazo lucía su marca indeleble un triángulo cerrado en un círculo rojo y profundo, cual lo había dejado el hierro candente. Uno o dos de sus compañeros se arremangaron el brazo derecho y le mostraron la misma marca.

—Todos la hemos soportado, aúnque no con tanto valor como Ud., exclamó uno.

—Calla, hombre, esto no es nada; pero quema y escuece como diablos.

Cuando dieron fin las libaciones y brindis propios de la ceremonia de admisión, se procedió en seguida a tratar los asuntos de la logia.

Mc-Murdo acostumbrado a las monótonas sesiones de Chicago oía con toda atención mucho más sorprendido de cuanto hubiera podido figurarse.

—¿Qué diablos quiére Ud. decir con eso?, preguntó dando un paso hacia adelante, cerrando los puños

—El primer asunto en cartera, decía Mc-Ginty, es tratar de un negocio de la logia 249 del distrito de Merton y leer la siguiente carta del maestre Windle. Dice así:—"Estimado señor: Existe aquí un negocio que hacer en la persona de Andrew Rae de la Sociedad Rae y Sturmash, propietarios de minas de carbón en estas inmediaciones. Recordará Ud. que su logia nos es deudora de un servicio, ya que últimamente prestamos a esa dos miembros de la nuestra para el asunto de la patrulla. Si se sirve Ud. mandarnos dos buenos muchachos les impondrá de su cometido el tesorero Higgins, cuya dirección Ud. ya conoce. Por él sabrán cuándo

y dónde hay que obrar. Su consocio J. W. Windle (D. M. A. O. F.)"

Nunca ha dejado Windle de prestarnos su ayuda cuando hemos acudido a él en solicitud de uno o varios hombres y estamos, por tanto, en el deber de corresponderle. Mc-Ginty paseó una mirada maliciosa por los circunstantes.—"¿Quién se ofrece voluntario para este negocio?"

Hubo varios que levantaron el dedo. El gran maestre los miró con sonrisa de aprobación.

—Ud. será uno, Tiger Cormac. Si se porta Ud. tan bien como la última vez, no tendremos nada que decirle. Ud., Wilson, será el otro.

—Yo no tengo revólver, exclamó este último, un muchacho que no pasaría de los dieciocho años.

—Esta va a ser su primera hazaña, ¿no es así? Bueno, alguna vez le había de tocar. En cuanto a revólver procúreselo Ud. como pueda. El lunes que se vayan ustedes creo que será suficiente. A su regreso se les dará una agradable bienvenida.

—¿Y no hay ningún premio esta vez? preguntó Cormac, un joven enjuto, mal encarado, de mirada brutal que le valiera el apodo de "tigre".

—Ud. no se preocupe del premio. Hágalo por el bien y gloria de la logia. Puede ser que cuando el asunto se lleve a cabo no falten algunos dólares de recompensa.

—¿Y quién es el que hay que liquidar?

—Eso tampoco es cuenta de Ud. Es a otros a quienes corresponde; a Ud. no le toca más que obrar. El asunto no es cuenta nuestra y sólo debemos hacer lo que nos piden, como ellos lo han hecho cuando se lo hemos pedido nosotros. Y a propósito, dos hermanos de la logia de Merton vinieron a ésta la semana pasada y desempeñaron perfectamente una comisión que nosotros les encargamos.

—¿Quiénes fueron ellos? preguntó uno.

—Es mucho más cuerdo no preguntar nada de esto, porque si nada saben ustedes, nada pueden atestiguar y por esa parte hay para todos un peligro menos que temer. Pero afortunadamente, tenemos hombres que desempeñarán su cometido con toda lealtad y celo siempre que llegue el caso.

—Y pronto, gritó Ted Baldwin. Hay por aquí gentes que se nos van insolentando. Sin ir más lejos, la semana pasada, han sido despedidos tres de los nuestros por el regente de imprenta Blaker. Y esto está ocurriendo ya hace tiempo y es necesario que este individuo tenga lo suyo cuanto antes.

—¿Qué es lo suyo? susurró Mc-Murdo al oído de un compañero vecino.

—Una bala de revólver, contestó el interrogado con una sonrisa diabólica. ¿Qué le parecen a Ud. nuestros procedimientos?

El espíritu pervertido de Mc-Murdo parecía haber absorbido en un solo momento toda la esencia de maldad de que estaba impregnada aquella vil asociación.

—Magníficos, contestó. He aquí una buena ocasión para un mozo de coraje.

Algunos de los que estaban sentados alrededor oyeron estas palabras y aplaudieron.

—¿Qué ocurre? preguntó el gran maestre desde el extremo de la mesa.

—Es nuestro nuevo hermano que aprueba y ensalza nuestros procedimientos.

Mc-Murdo se puso en pie al momento.

—Yo quisiera decir, honorable señor, que si para este asunto se necesitase a alguno yo me consideraría muy honrado de ser elegido para ello y contribuir al bien de la logia.

Resonó otro aplauso general. Presentíase que un nuevo astro se levantaba en el horizonte, a algunos de los más viejos les parecía que el ascenso era demasiado rápido.

—Yo me atrevería a decir, exclamó el secretario Harraway, un viejo con cara de buitre, que estaba sentado al lado del presidente, que el hermano Mc-Murdo debe esperar a que la logia tenga a bien ocuparle, cuando ella lo crea conveniente.

—Indudablemente, y no deseo otra cosa. Estoy completamente a su disposición, contestó Mc-Murdo.

—Ya le llegará su turno, hermano, dijo el presidente. Estamos convencidos de que es Ud., un hombre de voluntad y no le faltara a Ud. tarea que hacer por estos sitios. Esta misma noche hay un pequeño negocio que terminar y puede Ud., si lo desea, tomar parte en él.

—Por mi parte preferiría esperar a que hubiese algo digno de interés.

—De todos modos, puede Ud. intervenir esta noche y esto le servirá para darse cuenta de nuestro modo de operar en este distrito. Luego haré las notificaciones del caso. Antes—y echó una mirada a su libreta de apuntes—, tengo uno o dos asuntos que comunicar a la sociedad. En primer lugar deseo preguntar al tesorero de la sociedad por el estado de la caja. Hay que conceder una pensión a la viuda de Jim Carnaway. Murió trabajando por la logia y es deber nuestro procurar que nada le falte a su viuda.

—Jim fué muerto el mes pasado al tratar de matar a Chester Wilcox, de Marley Creek, informó a Mc-Murdo uno de sus vecinos.

—La caja no va mal por el momento, dijo el tesorero, examinando el libro de caja, que tenía delante. Las casas comerciales se han mostrado generosas en extremo. Max Linder y Co. han pagado quinientos pesos porque se les permita obrar por su cuenta. Walker Herms. mandaron cien, pero yo les devolví esa suma reclamando el pago de quinientos. Si para el viernes no han contestado, consideraremos roto todo trato con ellos.

El año pasado hubo que quemar su maquinaria para hacerlos entrar en razón. La Compañía Carbonífera Occidental pagó también su contribución anual. Por el momento tenemos suficiente para atender nuestras necesidades y obligaciones.

—¿Y qué hay de Archie Swindon? preguntó uno de los socios.

—Lo vendió todo y se marchó del distrito. El diablo del viejo dejó escrita una carta diciendo que prefería ser un barrendero de la calle pero libre, en New York, que un propietario de minas aquí bajo el yugo de una tropa de bandidos. ¡Por todos los

Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para no gritar.

diablos! Hizo bien el viejo en desaparecer antes de que la nota llegase a nuestro poder.

Presumo que no se atreverá a asomarse nunca por estos sitios, porque carita le saldría la broma.

Un hombre ya de edad, completamente afeitado, de aspecto amable y bonachón se levantó desde un extremo de la mesa que estaba enfrente del presidente y preguntó:

—¿Podría saberse, señor tesorero, quién compró las propiedades de este hombre a quien acabamos de echar del distrito?

—Sí, hermano Morris. Las ha comprado el Estado y la Compañía ferrocarrilera del distrito del Merton.

—¿Y quién adquirió las minas de Todman y de Lee que de igual manera se pusieron en venta el año pasado?

—La misma compañía, hermano Morris.

—¿Y quién compró las grandes fundiciones de Manson y de Shuman y las de Van Deher y de Atwood, que fueron vendidas hace poco?

—Todas las compró la compañía general de minas de oeste, Gilmerton.

—Creo, hermano Morris, que maldito lo que puede importarnos quién las compra, toda vez que no pueden llevarse las propiedades del país.

—Con el debido respeto, venerable maestre, permítame que le diga que no pienso lo mismo, y que esto puede importarnos mucho. Esta situación viene prolongándose desde hace diez años. Poco a poco vamos perdiendo todos nuestros pequeños contribuyentes. ¿Qué va a resultar de aquí?

Que vienen en su lugar grandes compañías como la de ferrocarriles y la General de Hierro, que tienen sus directores en New York o en Philadelphia, y que no les importa un bledo nuestra sociedad. Podemos, es verdad, deshacernos de ellos, pero esto no significaría más sino que serían reemplazados por otros, y esto en cambio haría más difícil y peligrosa nuestra situación. Los pequeños no son un peligro para nosotros.

Carecen de poder y de dinero. Mientras no estiremos demasiado la cuerda ellos permanecerán bajo nuestro dominio. Pero estas grandes compañías en el momento que encuentran que somos un obstáculo a sus intereses, no perdonarán gastos ni esfuerzos para hundirnos y llevarnos ante los tribunales.

Un silencio profundo siguió a estas fatídicas palabras y unos a otros se miraron con rostros sombríos. Tan omnipotentes e intangibles se habían considerado que hasta la idea de la posibilidad de un contratiempo les parecía absurda. Pero aquellas palabras produjeron en todos, aún los más despreocupados, un escalofrío de terror.

—Soy de opinión, prosiguió el interlocutor, que no se oprima tanto a los pequeños industriales. El día que todos ellos se hayan ido y sacudan nuestro yugo, habrá quebrado nuestra sociedad.

Las verdades amargas y los malos presagios no suelen caer bien.

Al volver el viejo a ocupar su asiento dejáronse oír voces de desaprobación.

Mc-Ginty se levantó, fruncido el entrecejo.

—Hermano Morris, dijo; Ud. siempre ha de ser un chuncho. Sepa Ud. que mientras los miembros de esta logia permanezcan unidos no hay en toda la nación fuerza capaz de vencernos. ¿Acaso no lo hemos visto ya comprobado así en los tribunales de justicia: Yo confío en que las grandes compañías encontrarán más fácil y cómodo pagar que luchar, lo mismo que lo hacen las pequeñas Y ahora, hermanos, agregó Mc-Ginty quitándose el birrete de terciopelo negro y la estola, ha terminado la logia la sesión y no queda sino un pequeño asunto que puede tratarse momentos antes de retirarnos. Ahora bebamos y charlemos en amigable camaradería.

Qué extraña es la naturaleza humana. Allí estaban reunidos aquellos hombres avezados al crimen y al asesinato, que una y cien veces habían hecho desaparecer a un padre o jefe de familia a quien las más de las veces ni aún conocían, y que habían eliminado sin una sombra de remordimiento o conmiseración hacia la esposa desolada o los infortunados huérfanos; esos hombres se conmovían hasta derramar lágrimas al escuchar una canción triste o sentimental. Mc-Murdo poseía una hermosa voz de tenor y si de antemano no hubiera ya tenido conquistada la simpatía y admiración de sus camaradas, esto sólo hubiera bastado para ello. Oírle cantar aquello de "I'm Sitting on the Stile, Mary" y "On the Banks of Allan Water". Aquella noche, la primera en rigor de su noviciado el recién inscripto se había hecho el más popular de todos los socios; se le veía predestinado para ocupar los más altos puestos en breve plazo. Y, sin embargo, no eran las cualidades conocidas las únicas que presagiaban a Mc-Murdo un rápido avance en su carrera, y antes de terminar la reunión había dado una prueba más de su superioridad sobre otros. La botella de whisky había circulado repetidas veces entre los contertulios y los ánimos estaban ya medios caldeados cuando el gran maestre se levantó una vez más para hablar a los suyos:

—Muchachos, dijo, hay en la ciudad un hombre que necesita le arreglemos unas cuentas y es preciso que se le arreglen. Me refiero a James Stanger el del Heraldo. ¿Habéis visto cómo otra vez ha vuelto a emprenderla con nosotros? Hubo un murmullo general de asentimiento y algunos juramentos entre dientes. Mc-Ginty sacó de uno de sus bolsillos una hoja de papel.—"Justicia y orden" Así empieza el artículo. "El reino del terror en el distrito minero. Doce años han transcurrido desde que el primer asesinato demostró la existencia de una criminal asociación en medio de nosotros. Desde aquel día no han dejado de repetirse tales hechos y a tal punto han llegado en estos momentos que constituyen una vergüenza para el mundo civilizado. ¿Es para llegar a este resultado para lo que nuestra gran nación dió albergue en su seno al extranjero, que huía del despotismo de las naciones europeas? ¿Será posible que se ejersa la más criminal de las tiranías sobre aquellos que acogimos en nuestro suelo y que a la sombra de la gloriosa bandera de las franjas y de las estrellas se cometa una situación de terror y de insulto a las leyes que aún existiendo en alguna de las más agotadas monarquías de oriente nos llenaría de horror? Se conoce a esos hombres. La organización es pública y notoria. ¿Hasta cuándo va a durar esta situación? Es que vamos a vivir siempre..."—Vaya, no quiero seguir leyendo disparates, exclamó el presidente arrojando el papel sobre la mesa. Esto es lo que dice de nosotros. Ahora hay que ver, digo yo, lo que nosotros le vamos a decir a él.

—Matarle, gritaron algunos, enfurecidos.

¡Protesto, dijo el hermano Morris, el viejo de rostro afeitado y semblante bonachón. Yo os aseguro, hermanos, que estamos haciendo demasiado pesada nuestra mano en este valle y va a llegar momento en que para su propia defensa se junten todos y nos aplasten. James Stanger es un anciano respetado en la ciudad y en el distrito entero. Todo el mundo sabe que su diario goza de sólida situación. Si este hombre muere habrá en todo el país una conmoción general, que concluírá con todos nosotros.

—¿Y de qué modo van a concluir con nosotros, señor alarmista? gritó Mc-Ginty. ¿Con la policía? Seguramente... La mitad de ellos están pagados por nosotros y la otra mitad nos teme demasiado. ¿O será por los jueces y tribunales? ¿Qué no sabemos ya por experiencia propia lo que podemos temer por esa parte?

—Existe un juez, Lynch que puede muy

bien dar cuenta de nostros, dijo el hermano Morris.

Aquellas palabras produjeron un estremecimiento general de angustia.

—Y yo no tengo más que levantar un dedo, voceó Mc-Ginty, y puedo lanzar sobre la ciudad doscientos hombres, que la despejarían de punta a cabo.

Después, levantando aún más la voz, y enarcando de un modo feroz sus espesas cejas negras, gritó:

—Mire, hermano Morris; hace tiempo que vengo observándole a Ud. Es Ud. un hombre sin energías y trata Ud. de quitar a sus hermanos la que ellos tienen. Esto va a costarle a Ud. caro el día en que yo le apunte en el libro verde, y me parece que de esta no se escapa Ud. sin que le anote.

Morris se puso pálido como la acera, se le doblaron las rodillas y se dejó caer sobre su asiento. Levantó el vaso con mano temblorosa y bebió antes de hablar de nuevo.

—Pido disculpas al venerable maestre y a todos los hermanos si he dicho más de lo que debiera. Soy un hermano leal, bien lo sabéis, y sólo mi temor y cariño por la logia me ha hecho expresarme en la forma que lo he hecho, tan angustiosa. Pero tengo en vuestro criterio más confianza que en el mío propio, honorable maestre, y yo le prometo a Ud. que no volveré a molestarle con mis recelos.

El entrecejo del gran maestre se desarrugó a medida que oía tan humildes palabras.

—Muy bien, hermano Morris, yo soy el primero en lamentar haberme visto precisado a dar a Ud. esta lección. Pero mientras yo esté en esta silla presidencial, ha de estar unida a la logia en palabras y en hechos. Y ahora, muchachos, continuó echando una mirada en derredor, os diré con sinceridad una cosa: que si este Stanger fuese a recibir todo su merecido podría traernos esto más de algún grave conflicto. Estos periodistas están todos unidos, y no habría en todos los Estados Unidos un solo diario, que no clamase contra nosotros pidiendo justicia y policía. Pero confío, sin embargo, que podremos darle un buen escarmiento. ¿Quiére Ud. encargarse de ello, hermano Baldwin?

—¿Cuántos hombres necesita Ud.?

—Seis, y dos para guardar la puerta. Ud., Gower, vendrá conmigo y Ud., Manse y Ud. Scanlan, y los dos Willaby.

—He prometido al hermano Mc-Murdo que iría con ustedes, dijo el presidente.

Ted Baldwin miró al nuevo hermano con ojos que demostraban que no había perdonado ni olvidado.

—Bueno, puede acompañarnos si lo desea, asintió Baldwin con voz segura. Cuanto más pronto pongamos manos a la obra, mucho mejor.

La reunión se disolvió al momento entre vivas y aclamaciones y cantos de borrachos. En el bar había aún una porción de trasnochadores y algunos de la logia se quedaron entre ellos. La pequeña partida organizada para la empresa de aquella noche salió a la calle separándose en grupos de dos y tres para no llamar la atención. Hacía una noche extremadamente fría. Una luna raquítica brillaba en el cielo plomizo tacnonado de estrellas. Los excursionistas se detuvieron y reunieron en un terreno frente a una casa profusamente iluminada. Delante de las ventanas por las que se escapaban chorros de luz podía verse un gran letrero con letras doradas que decía "Heraldo de Vermisa". Adentro se oía distintamente el ajetreo de las prensas.

—Ud. aquí, dijo Baldwin a Mc-Murdo. No

Levantó el garrote pero ya Mc. Murdo había sacado la pistola y apuntaba a su agresor.

se mueva de la puerta y procure que tengamos siempre expedita la salida. Arturo Willaby puede quedarse con Ud. Los demás vénganse conmigo. Y no temer nada, muchachos, que en este momento tenemos en el bar de la Unión lo menos una docena de testimonios a nuestro favor.

Era ya la media noche y la calle estaba desierta, salvo alguno que otro trasnochador que se retiraba presuroso hacia su casa. La partida cruzó la calle y empujando la puerta del edificio de la imprenta entraron Baldwin y los suyos, quedando a la entrada Mc-Murdo y el otro compañero. Subieron la escalera. De pronto de uno de los cuartos de encima se escapó un grito de socorro y oyóse ruido de pisadas y de sillas que caen. Después un hombre de cabello gris que corría desolado escalera abajo. Antes de llegar a la puerta fué alcanzado y sus lentes cayeron a los pies de Mc-Murdo. Se oyó una imprecación y un gemido. Sobre el rostro del perseguido se habían descargado simultáneamente seis gruesos bastones. El pobre viejo vaciló, se tambalearon sus piernas largas y delgadas y cayó al suelo. Los demás cesaron al punto en su acometida; pero Baldwin, dibujando en su rostro implacable una sonrisa diabólica seguía golpeando incansable la cabeza del pobre viejo, que en vano trataba de esquivar los golpes defendiéndose con los brazos. Baldwin golpeaba donde veía un sitio indefenso hasta que la sangre formaba en la cabeza de la víctima con el pelo gruesos pelotones. Mc-Murdo entonces subió las tres escaleras que le separaban de aquel cuadro y gritó a Baldwin apartándole del infeliz.

—Váis a matarlo. Dejadle ya.

Baldwin quedóse asombrado ante aquel atrevimiento.

—Retírese Ud. inmediatamente. ¿Quién es Ud. para intervenir en este asunto, Ud. que es precisamente el más novicio de la logia? Atrás.

Levantó el garrote pero ya Mc-Murdo había sacado la pistola y apuntaba a su agresor.

—Tiene razón Mc-Murdo, murmuró uno de los de la comitiva.

—Por todos los diablos, exclamó otro. Estáis comprometiéndoos neciamente. Todas las ventanas están alumbradas y antes de cinco minutos vamos a tener encima a toda la ciudad.

Sintióse en efecto al punto el ruido de un disparo en la calle y un grupo de cajistas y linotipistas se reunía en el hall listos para la defensa. Dejando, pues, en el suelo el cuerpo inmóvil y ensangrentado del periodista, los bandidos abandonaron la casa y se perdieron al momento entre las sombras de la calle. Algunos de ellos llegándose hasta el bar de la Unión House en que todavía estaban los contertulios de Mc-Ginty comunicaron a éste que el negocio se había llevado a cabo sin novedad. Otros y Mc-Murdo entre ellos, tomaron silenciosamente el camino de sus casas y se retiraron a descansar.

CAPITULO IV

El Valle del Terror

Al despertar Mc-Murdo a la mañana siguiente tenía sobrados motivos para acordarse de su ingreso en la logia. El brazo aparecía hinchado y le ardía la cabeza. Mas como él tenía sus recuerdos particulares, no se molestó en ir a su oficina y quedóse en casa todo el día escribiendo una larga carta a un amigo. Después cogió el "Heraldo". En columna especial y en la sección de última hora se leía este título: "El asalto a la imprenta del Heraldo". "El director gravemente herido". Y seguía una breve pero detallada relación de los acontecimientos de la víspera. El párrafo terminaba así: "El asunto está ya en manos de la policía, pero podremos esperar que esta vez los resultados de sus investigaciones sean más positivos. Algunos de los asaltantes han sido reconocidos. Se tiene sus nombres. Inútil es decir que se trata desde luego de esa infame secta que tanto tiempo viene cometiendo en el país todo género de fechorías, y contra la que el "Heraldo" ha emprendido valiente y enérgica campaña. De todos modos, los amigos de Mr. Stanger se alegrarán al saber que aunque gravemente herido no corre nuestro director peligro de muerte por ahora.

Comunicaba después el diario que se había pedido para la seguridad del público una guardia especial de la policía minera armada con fusiles Winchester.

Mc-Murdo dejó el papel y se puso a fumar tranquilamente una pipa, cuando unos golpes en la puerta de su cuarto llamaron su atención. Era la criada que le presentó una carta.

"Necesito hablar con Ud., decía esta, pero no en su casa. Le ruego acuda al Miller Hill, donde nos veremos. Tengo cosas de importancia que comunicarle".

Mc-Murdo leyó la carta dos y tres veces con extrañeza. ¿Sería aquello el origen de alguna aventura amorosa de las que más de una vez le habían ocurrido? Pero la letra no era de mano de mujer. ¿Qué hacer? Tras corta vacilación decidió acudir.

Y pues Miller Hill era un hermoso paseo en el centro de la ciudad, pero que en aquella época de invierno permanecía completamente desierto. Al llegar encontróse de pronto con un embozado que le salió al paso.

Era el hermano Morris, el que incurriera la pasada noche en el enojo del gran maestre. Cambiaron los signos de la logia.

—Necesitaba hablarle, dijo el viejo. Agradezco a Ud. que haya venido.

—¿Y por qué no me dijo Ud. quién era?

—La prudencia es muy necesaria, y en estos tiempos toda precaución es poca.

—Pero con los hermanos de la logia...

—También, también. Cuanto se dice, cuanto se piensa, llega a oídos de ese hombre, de Mc-Ginty.

—¿Viene Ud. a poner a prueba mi fidelidad a los juramentos que acabo de hacer anoche?

—Si empieza Ud. por desconfianza, me retiro.

—Bueno, ¿y qué quiere Ud. de mí?

—Que hablemos libremente, sin que llegue a oídos de Mc. Genty.

—Yo sé guardar un secreto, pero líbrese Ud. de comprometerme en nada contra la logia.

—No se trata de eso. Dígame: cuando Ud. llegó aquí, ¿supuso Ud. que la Sociedad de Hombres Libres fuera lo que es, una sociedad de criminales?

—¿Criminales dice Ud.? preguntó Mc. Murdo.

—Sí, criminales, afirmó Morris con voz angustiosa. Ya ha visto Ud. un poco, pero aún verá mucho más. ¿No fué un crimen lo que se hizo anoche con ese pobre anciano respetable?

—Quizás no sea crimen, sino guerra. Una guerra en que cada cual hace lo que puede.

—¿Y así pensaba Ud. antes de ser miembro de la logia?

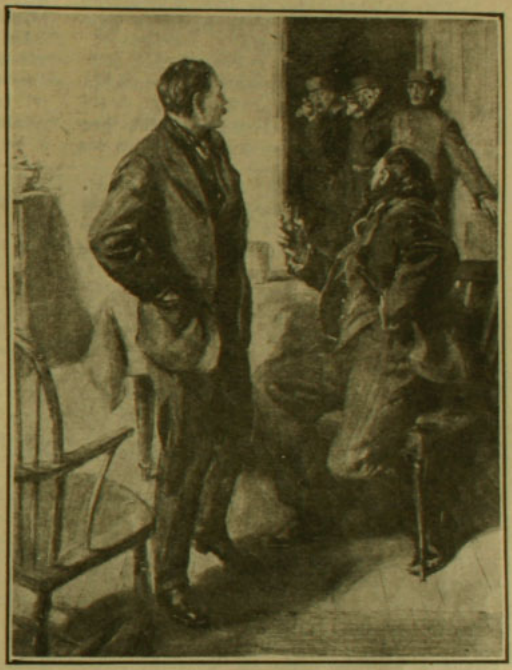
—Hombre, confieso ingenuamente que no.

—Ya lo creo. Ni yo tampoco discurría así cuando estaba en Filadelfia. Yo vivía allí feliz con mi mujer y mis tres hijos. Tenía un negocio y no me iba mal. Un día oí hablar de este país, creí que me iría aquí mejor y aquí me vine. Como era hermano de la sociedad de Hombres Libres, tuve que incorporarme a la logia de aquí, y en ella he tenido que permanecer si no quería perderme para siempre y causar la ruina de los míos. ¡Cuánto he sufrido, sólo Dios lo sabe! Y se tapaba la cara con las manos y extremecían su cuerpo violento sollozos.

—Me parece que es Ud. muy pusilánime. No vale Ud. para la logia...

—Yo tengo religión y tengo conciencia. Nunca podré ser un criminal como ellos. Y, sin embargo... Yo también tengo un peso en mi alma. Una vez me eligieron para un golpe. Había que obrar. Iba en ello la felicidad y quizás la vida de los míos. Fué en una casa retirada.

Se me puso de espía y centinela a la puerta tal, como Ud. anoche. Ellos entraron a perpetrar su crimen. De pronto se precipita hacia la puerta un niño como de cinco años, que huía de la vista de su padre al que acababa de ver asesinar. El horror se pintaba en la carita de la criatura. Huía a salvarse. Yo soy padre. Vacilé; pero si le dejaba escapar, el niño hubiera hablado y tal vez mis hijos hubieran visto también después el cadáver de su padre... Y lo detuve. Yo



Abrióse la puerta con estrépito y aparecieron en el dintel tres policías.

soy católico, pero el sacerdote no quiere oirme en confesión mientras sea un scowrer y estoy por tanto excomulgado. He aquí mi situación a la que veo que Ud. va a llegar pronto y pregunto yo. ¿Se halla Ud. dispuesto a ser uno de esos asesinos? ¿No se podría hacer nada para volver atrás?

—Me parece, Morris, que es Ud. muy apocado y muy pesimista.

—¡Pesimista! Ya me lo dirá Ud. más tarde. Mire Ud. en derredor. Las bocas de miles de chimeneas ennegrecen el espacio. Pues yo le aseguro a Ud. que aún obscurecen más la atmósfera los crímenes de esos asesinos. Estamos en el Valle del Terror, el Valle de la Muerte. El terror es lo único que impera en todos. Ya lo verá Ud. con el tiempo.

—Bien, bien; pues cuando le vea se lo

diré a Ud. Lo único que veo ahora es que Ud. no es de estos lugares, que no podrá aclimatarse aquí y que lo que Ud. debe hacer es realizar, cuanto tenga y escapar. En fin, no sé sus intenciones, pero como yo presumo que es Ud. un espía...

—No, no, gritó afligido Morris.

—Bien, le creo a Ud. y acepto su buena intención al hablarme. Yo tal vez algún día esté dispuesto a volver atrás. Ahora me retiro a mi casa.

—Una palabra antes de irse, dijo Morris. Puede que nos hayan visto juntos y quieran saber de qué hablamos?

—¿Y qué?

—Puede Ud. decir que yo le ofrecí una plaza en mi almacén.

—Y que la rehusé. Corriente. Adiós hermano Morris y que le vayan a Ud. bien las cosas en adelante.

Aquella misma tarde estaba Mc-Murdo solo en su cuarto, pensando y abstraído en sus pensamientos, cuando se abrió de pronto la puerta y apareció la corpulenta figura de Mc-Ginty. Cambiaron los signos y sentándose el gran maestre frente a frente de Mc-Murdo le quedó mirando fijamente.

Mc-Murdo sostuvo sin pestañear aquella mirada.

—Yo visito poco, Mc-Murdo, dijo al fin, porque mis ocupaciones no me dan tiempo para ello. Pero he creído que bien merece Ud. una excepción y aquí estoy.

—Muy honrado me siento con su visita, consejero, contestó Mc-Murdo mientras sacaba de un cajón una botellita de whisky. No esperaba tanto honor.

—¿Cómo va ese brazo?

—Bien, ya ni me acuerdo, dijo haciendo un gesto de desdén.

—¿Y qué trataba Ud. con el hermano Morris esta mañana en el parque Miller Hill?

Fué tan súbita la pregunta que gracias a que Mc-Murdo tenía ya la contestación preparada, no se confundió.

—Fué el bueno de Morris, que sin duda creyó que andaría algo apurado de dinero, pues me ofrecía un puesto en su almacén.

—¿Eso fué?

—Ni más ni menos.

—Y Ud. no aceptaría.

—Naturalmente. Con cuatro horas de trabajo en mi cuarto puedo ganar cien veces más.

—Bien; de todos modos, no quiero volver a ver a Ud. en compañía de Morris.

—¿Por qué?

—Porque no quiero. Esta razón basta a todos.

—Bastará a todos, pero no a mí, consejero. Si Ud. conoce a los hombres no le extrañará mi proceder.

Mc-Ginty quedóse mirando de hito en hito al joven. De pronto rompió en una sonora carcajada.

—Vaya, veo que es Ud. incorregible. Le diré por qué. ¿No le ha dicho nada Morris contra la logia?

—Nada.

—¿Y contra mí?

—Tampoco.

—Será que no se ha atrevido. Pero me consta que Morris no es leal. Creo que tendremos que ajustarle las cuentas y no quiero que Ud. se nos haga desleal también.

—No habrá muchas ocasiones para que nos veamos y respecto a lo de desleal a ningún otro que no fuera Ud. hubiera consentido tal ofensa.

La conversación fué bruscamente interrumpida de modo imprevisto. Abrióse la puerta con estrépito y aparecieron en el dintel tres policías: el capitán Marvin y dos gendarmes que apuntaban el fusil a la cara, a los sorprendidos scowrers.

El capitán se dirigió a Mc-Murdo sonriendo diabólicamente.

—Ya he dicho a Ud. que en cuanto hiciese alguna de las suyas caería en mis manos. Mc-Murdo, dese Ud. preso.

—¿Qué significa esto y qué modo de atropellar a dos pacíficos ciudadanos es este? dijo enfurecido Mc-Ginty.

—No es nada con Ud., consejero Mc-Ginty, respondió el capitán.

—Pero atropella Ud. a un amigo del que yo respondo en absoluto como de mí mismo.

—Bastante hará Ud. en responder por sí propio; no responda Ud. por los demás. Muchachos, detened a ese pájaro y conducidlo a la prefectura.

—¿De qué se me acusa? preguntó Mc-Murdo.

—De haber asaltado anoche la imprenta del "Heraldo". Casi nada, como quien dice, de un asesinato.

—Bah, bah, bah. Si no es más que eso puede Ud. dejarlo tranquilo en libertad, dijo Mc-Ginty. Precisamente anoche a la misma hora en que se verificó el asalto estaba este hombre conmigo y otros amigos en mi propio bar. Puedo probarlo con no menos de una docena de testigos.

—Eso es cuenta de ustedes. Yo cumplo mi misión llevando preso al acusado. Y no me pongan ustedes sentencia, porque no respetaría nada.

Había tal determinación en las palabras del capitán que Mc-Murdo y el gran maestre tuvieron que resignarse a las circunstancias.

Mc-Ginty profirió sólo no sé qué encubiertas amenazas contra los polizontes.

Hubo un apretón de manos entre los dos hermanos de logia y Mc-Murdo partió escoltado por los gendarmes, no sin que estos hubieran sido prevenidos por el capitán de que disparasen al primer intento de evasión del detenido.

El capitan Marvin quedóse, según expresó, registrando la casa; pero parece ser que nada descubrió de la secreta instalación, porque al rato se unió en la calle a los gen-

darmes y con ellos condujo al preso a la prefectura.

Anochecía; una densa neblina envolvía la ciudad; pero al paso del detenido, los que se cruzaban en el camino, al ver al prisionero prorrumpían en mal contenidos gritos de indignación y amenazas.

—¡Muera el scowrer! ¡Que lo linchen, que lo maten!

Al llegar a la prefectura, tras breve interrogatorio fué encerrado en un calabozo, donde se encontró con Ted Baldwin y otros tres camaradas de los que tomaron parte la noche anterior en el asalto.

Hasta aquella mansión de las leyes y la justicia llegaba la influencia de los scowrers.

Aquella noche que habían de pasar juntos y encerrados los de la logia, no faltó quién ocultamente entre un jergón de paja les proporcionase naipes y un par de botellas de whisky para que la prisión se les hiciese más llevadera.

Y entre las copas y el juego esperaron los bribones la mañana siguiente en que el juez había de oírlos y libertarlos por falta de pruebas para acreditar su inculpabilidad.

En efecto, no aparecían motivos sólidos para seguir la causa; por una parte los empleados de la imprenta tuvieron que reconocer que la luz no era muy clara, que reinaba entre ellos la confusión y, que no podían, por tanto, afirmar categóricamente quiénes eran los asaltantes, aunque creían que los detenidos eran de la partida. El director que aunque herido prestó su declaración, no dió tampoco mucha luz al asunto, pues lo único que pudo afirmar era que su sorpresa y su terror al verse asaltado tan de improviso fueron grandes y que no podía dar más señas de los forajidos sino que uno de ellos, el que parecía ser el jefe, llevaba bigote. Añadió que no le cabía duda de que los asaltantes eran scowrers, porque él a nadie había hecho nunca daño en su vida y conocidas eran de todos las campañas que en su diario había emprendido contra aquella funesta asociación en bien del país. Añadíase a esto el testimonio de no menos de seis ciudadanos y entre ellos el mismo consejero Mc-Ginty que atestiguaron que los detenidos habían estado a la hora del asalto en el bar de Mc-Ginty, jugando una partida de naipes y se comprenderá cómo el mismo consejero reclamaba enérgicamente ante el juez y protestaba contra la policía que tan bárbaramente había atropellado los derechos de cuatro ciudadanos inocentes. La orden de libertad de los detenidos fué acogida entre los scowrers con un júbilo extraordinario y la recepción que a Mc-Murdo se le hizo en la Unión House fué verdaderamente delirante. Desde que la logia era logia no se había conocido nunca una inclinación tan sorprendente y brillante como la de Mc-Murdo. En 48 horas había sido presentado a la logia, sufriendo heroicamente la prueba de la marca, se había encargado de un asunto de la sociedad, y había sido preso y absuelto por los tribunales de justicia. Era aquello el récord de velocidad en la carrera del crimen, que a seguir así le llevaría indudablemente muy lejos.

—*Renuncia a eso, Jack, por mí, por mi amor, por lo más sagrado, te lo pido.*

CAPITULO V

La hora negra

Si algo le faltaba a Mc-Murdo para su completa popularidad se lo habían dado de sobra los acontecimientos referidos. Se admiraba en él aquella audacia, aquel valor para no consentir una ofensa ni aún al omnipotente Mc-Ginty, aquel cerebro capaz de idear un plan diabólico con más astucia que ninguno y de llevarlo a cabo con mano firme como ningún otro.

Desde aquel momento fué el brazo derecho de Mc-Ginty y no fueron pocos los que miraron con envidia aquel descollar y el rápido subir del joven neófito.

Todos lo respetaban, sin embargo los que no por sincera admiración, por temor al menos a sus puños y a su coraje, capaces de tener a raya al más pintado.

Hubo, sin embargo, una persona, cuyo favor y amistad se le enajenaron enteramente, y precisamente la persona que mas hubiera el querido tener propicia y amiga. Fue Shatter, el padre de Ettie, que no quiso en adelante tener nada con el, y que le prohibió terminantemente volver a pisar las puertas de su casa. La misma Ettie, que lo amaba locamente no dejaba de comprender los peligros que envolverían un matrimonio con un nombre semejante.

Una mañana, después de una noche de insomnio y de lágrimas, la joven se propuso verle, y hablarle quizas por última vez. Tomada esta determinación se fue a casa de su novio, y resuelta y sin vacilaciones se dirigió al cuarto de Mc-Murdo. Allí estaba el, sentado, de espaldas a la puerta, embebido escribiendo una carta, hasta tal punto que no sintió a la joven que entraba sigilosamente, y esperando dar una sorpresa a su amado avanzó hasta su asiento y colocole una mano sobre el hombro: Pero la sorpresa fue de ella; como impulsado por un resorte Mc-Murdo levantose bruscamente de su butaca y al mismo tiempo que con una mano ocultaba precipitadamente el papel que momentos antes escribia, con la otra trató de oprimir la garganta del inopinado visitante.

Aquel brusco y repentino movimiento sobresaltó a Ettie, y por otra parte no fue menor la estupefacción de Mc-Murdo al ver delante de si a quien menos esperaba, a su adorada Ettie.

Al furor que se había pintado en el rostro del joven en el primer momento sucedió el asombro y la alegría.

—¡Tu eres! exclamó confundido, y pensar que yo, vida mia, tenia intenciones de estrangularte. Ven, hermosa mia, perdoname y dejame estrecharte entre mis brazos.

—¿Qué es lo que tienes, Jack? ¿Por qué ese subito temor? Jack, Jack, si tuvieras tranquila la conciencia no te habrías sobresaltado de ese modo.

—Es que mi pensamiento estaba muy lejos y como tú entraste tan sigilosamente...

—No, no; eso sólo no puede ser. De pronto una idea le vino a la mente. Déjame ver esa carta que estabas escribiendo.

—Imposible, Ettie.

Sus sospechas se convirtieron en certidumbre.

—Es para una mujer. Estoy segura. ¿Por qué habías de ocultarte de mí? ¿Es a tu mujer a quien escribías? Cómo voy yo a saber si tú no eres casado, tú, un extranjero a quien no conoce a nadie...

—No soy casado, Ettie. Te lo juro. Tú eres la única mujer a quien yo he amado.

Había tal fuego y tal sinceridad en estas palabras que Ettie no tuvo más remedio que creerle.

—Bueno, dijo, y entonces, ¿por qué no me enseñas esa carta?

—Voy a decírtelo, mi hijita. Porque no es asunto mío, sino de la logia, y los secretos de la logia no puedo yo revelarlos. ¿Comprendes ahora mi sobresalto cuando llegaste? Tu mano que se posó en mi hombro, ¿no podía haber sido la de un detective?.

Convencida ya, se echó en sus brazos y los besos apasionados del joven borraron por completo sus dudas y temores.

—Siéntate aquí en mis rodillas, hermosa mía. Pobre trono es este para una reina como tú, pero no tengo otro que ofrecerte por el momento. Vaya, ¿estás ya tranquila?

—Tranquila, imposible. ¿Cómo quieres que lo esté cuando te veo metido entre criminales, como uno de ellos? Ayer por vez primera te oí nombrar Mc-Murdo el scowrer; aquella palabra me hirió como un puñal.

Naturalmente, la palabra no es para gustar.

—¿Pero es cierto eso?

—Mira, linda; la cosa no es tan grave como tú supones. Nosotros no somos más que unos infelices que queremos mantener nuestro derecho.

Ettie rodeó con sus brazos el cuello de su amado.

—Renuncia a eso, Jack, por mi por mi amor, por lo más sagrado, te lo pido. Vuelve sobre tus pasos y deja esa maldita asociación. Te lo pido aquí a tus pies, de rodillas.

El la levantó, oprimiendo la cabeza de la angustiada joven contra su corazón.

—Tranquilízate, querida mia. Tu no sabes lo que pides. ¿Cómo quieres que quebrante un juramento y traicione a mis camaradas? No es posible, y aunque lo fuera, ¿crees tú que la logia dejaría vivir tranquilo al que se va en posesión de todos sus secretos?

—Yo lo he pensado y previsto todo, Jack. Mi padre tiene algún dinero. Odia este lugar donde reina el terror y está pronto a marcharse de aquí. Huiremos lejos, a Filadelfia o a Nueva York, y allí estaremos fuera de su alcance.

Mc-Murdo sonrió.

—El brazo de la logia alcanza mucho. ¿Crees tú que no llegaría a Nueva York o Filadelfia?

—Pues nos vamos a Inglaterra o a Suecia, a cualquier parte con tal que sea lejos del Valle del Terror.

Mc-Murdo se acordó de pronto del hermano Morris. Era aquella la segunda vez que oía designar con aquel nombre esos lugares.

—¿Te has olvidado, prosiguió ella, de Ted Baldwin? ¿Crees tú que ese malvado va a resignarse con la derrota sufrida? No le conoces...

—¡Por Dios! Yo me encargo de que ese no

intente nada. Pero no es posible que yo me vaya de aquí. Sábelo de una vez. Sin embargo, deja esto a cuenta mía que yo procuraré buscar una fórmula de arreglo y salir de aquí honrosamente.

—No cabe honra en este asunto.

—Bueno, bueno. Tú lo piensas así. Pero déjame solo un plazo de seis meses y todo se arreglará.

La joven rió con alegría.

—¡Seis meses! ¿Me lo prometes?

—Si no son seis meses serán ocho. En fin, de todos modos antes de un año, dejaremos este valle.

hasta al mismo Mc-Ginty inspiraba repulsión análoga a la que debió sentir el enorme Danton hacia el pequeño pero peligroso Robespierre.

Evans Pott era el nombre del astuto delegado. Un día, recibió Scanlan, el compañero de hospedaje de Mc-Murdo una carta de Mc-Ginty en la que le incluía otra del delegado Evans Pott, previniéndole que de un momento a otro llegarían a la localidad dos hombres encargados de un asunto.

El delegado indicaba a Mc-Ginty que no convenía que ningún extraño se impusiera de la presencia de los visitantes, y como quie-

La respuesta que Andrerr dió al administrador fué apretar el gatillo de un revólver.

Fué todo lo que Ettie pudo conseguir. Y no era poco. Había ya una esperanza para el futuro y Ettie se fué a su casa más satisfecha y feliz que nunca lo había estado desde que conociera a Mc-Murdo.

Se pensará tal vez que como miembro de la logia Mc-Murdo estaba en posesión de todos los secretos de esta. Nada menos cierto, sin embargo. Aún el propio Mc-Ginty el gran maestre había cosas de las que no estaba en el secreto, pues existía un delegado provincial, que residía en Habronis Patch, que tenía poder sobre diferentes logias, las que él gobernaba a su capricho.

Sólo una vez pudo verle Mc-Murdo. Era un viejo de cabello gris, de aspecto ladino y socarrón, de mirada maliciosa, que a todos,

ra que esto no sería posible alojándonos en la Unión House, Mc-Ginty encargaba a Scanlan y Mc-Murdo les proporcionaran alojamiento por unos días, mientras desempeñaban su cometido.

Al siguiente día llegaron los dos hombres. Uno era un hombre ya de edad, solapado, callado y receloso. Vestía una levita negra y vieja y hasta su gorro raído de terciopelo negro y sus cabellos grises le daban un aspecto de misionero. Su compañero era un joven, casi un niño, de aspecto alegre y simpático; parecía más bien un colegial que disfrutaba un día de asueto. Llamábase Andrerr y su viejo compañero Lawler. Ambos eran distinguidos miembros de la asociación y habían sido elegidos para aquel asunto por sus

especiales condiciones de hombres temperantes. Con ellos no había temor de indiscreciones ni tropiezos.

Mostráronse ambos con sus colegas, comunicativos y locuaces; hacían alarde de sus hazañas: 14 muertes tenía en su cuenta el viejo y tres el joven; pero referente a la comisión que iban a desempeñar en aquel lugar nada se les escapó, y nada pudieron saber, por tanto, Scanlan ni Mc-Murdo.

Propusieron, no obstante, estos enterarse de lo que se trataba y cuando una mañana al empezar a amanecer abandonaron los forasteros la casa para ir a cumplir su cometido, siguiéronles a corta distancia sigilosamente Mc-Murdo y Scanlan.

La casa de pensión estaba casi en un extremo de la ciudad. Al llegar a las afueras, en una encrucijada presentóse a Lawler y Andrerr un grupo de tres, que tras breves palabras se unieron a ellos y juntos los cinco tomaron el camino de la mina denominada "Croow Hill".

El día empezaba a romper y por los distintos caminos comenzaban a afluir los trabajadores que se dirigían a sus faenas.

Mc-Murdo y Scanlan se confundieron entre un grupo de éstos, sin perder un momento de vista a sus huéspedes.

De pronto rasgó los aires el silbido de una sirena. Era la señal para los mineros: iba a comenzar la faena del día.

Al llegar a un espacio abierto junto a la mina Mc-Murdo y Scanlan se echaron al lado de un montón de escorias, de donde dominaban la situación y lo veían todo.

Los mineros estaban agrupados en torno a la boca de la mina, golpeando el suelo con los pies y soplándose los dedos, pues el frío era entumecedor.

Los forasteros situarónse en un solo grupo junto a la casa del ingeniero. Este salía al poco rato en dirección a la mina. Era un escocés de luengas barbas, llamado Menzias. Poco después salía también de la casa un joven alto, de rostro afeitado y simpático que se dirigió resuelto hacia la mina. Al momento salióle al encuentro y cortóle el paso el joven Andrerr. Era el que venía el administrador de la mina y contra él iba el golpe. De una ojeada debió éste darse cuenta del peligro, porque dando un paso atrás y resuelto a todo preguntó. ¿quién es Ud.? ¿Y qué desea de mí? Al mismo tiempo fijó su mirada en el grupo que inmóvil y silencioso contemplaba la escena. Le hubiera sido difícil conocer a ninguno. Los cinco llevaban el cuello del abrigo subido y el sombrero calado hasta los ojos.

La respuesta que Andrerr dió al administrador fué apretar el gatillo de un revólver y meterle una bala en el vientre.

El agredido, vaciló, llevóse las manos a la herida y cayó exánime en tierra, a la vista del enorme grupo de trabajadores que como paralizado contemplaba el crimen sin intervenir ni moverse. Menzias el escocés, al imponerse de aquella audacia inaudita se fué resuelto y encolerizado hacia el asesino blandiendo una barra de hierro. Dos balas certeras le dieron en pleno rostro y lo dejaron al momento sin vida.

Inicióse entonces un movimiento de protesta entre algunos operarios, que sin duda se disponían a atacar, pero cuatro cañones de rifle dirigidos a sus pechos por los del grupo silencioso contuvieron las iras de aquellos y los asaltantes se retiraron desapareciendo en dirección a Vermisa.

Todo se había realizado en un momento y ninguno de los mineros podía dar señas de los atacantes, a quienes no vieron la cara.

Un crimen más y crimen doble quedaba en el número de los impunes.

Scanlan y Mc-Murdo se retiraron también a sus casas, preocupado y pensativo el primero, pues era el primer hecho de sangre que presenciaba con sus propios ojos, callado y pensativo también el segundo, aunque no parecía compartir los sentimientos de simpatía de su compañero.

—Esto es como una guerra, decía. Una guerra entre ellos y nosotros y el que más puede es el que más hace.

Aquella noche la animación en los salones de la Unión House fué extraordinaria, no tan sólo por los acontecimientos del día que se comentaban, la fuerte del administrador y el ingeniero de la mina Crou Hille, hecho que bajaría los humos de los propietarios mineros y los haría entrar en trato con la poderosa Asociación de los Scowrers, sino porque aquel suceso implicaba un nuevo triunfo para los miembros de la logia.

En efecto, el delegado provincial al mandar a Vermisa sus cinco hombres de confianza, había prometido en cambio que tres hombres escogidos de la logia de Vermisa irían a Gilmerton y daría cuenta de William Hales de la Stake Royal, uno de los más conocidos y queridos propietarios de minas del contorno, pero que hombre íntegro y enérgico no había consentido en sus minas a ciertos individuos borrachos y de malos antecedentes, y como éstos eran miembros de la logia, la logia quería vengarse, y había condenado a muerte al pobre propietario.

Y la sentencia se cumplió estrictamente. Ted Baldwin, el lugarteniente del gran maestre, fué el encargado de la comisión. Con otros dos camaradas se trasladó a Gilmerton; pasaron la noche en el picacho de una montaña, desde donde se dominaba la casa del acaudalado minero y los caminos que a ella conducían, y al salir de su casa llovieron sobre él las balas. Desgreñados, cubiertos de polvo, con las huellas del camino en el rostro regresaron de su expedición los merodeadores orgullosos y satisfechos, siendo recibidos en triunfo cual si trajesen consigo todas las glorias de un general romano.

Los scowrers de Vermisa habían acreditado

ante los de Gilmerton que eran hombres con quienes se podía contar para todo.

El mismo día en que los de la logia celebraban el fausto acontecimiento del asesinato de William Hales, Mc-Ginty llamaba aparte a Mc-Murdo y le decía:

—Va Ud. por fin ha demostrarnos lo que vale. Tengo un asunto que sólo a Ud. quiero encomendárselo, y que ha de proporcionarle mucha gloria y el agradecimiento de toda la logia. Dos veces se ha intentado ya y otras tantas se ha frustrado. En su realización perdió últimamente la vida vuestro hermano Luis Cornoway. Se trata de liquidar a Chester Wilcox el jefe de la Iron Dike Company. Vive en una casa retirada y conviene dar el golpe de noche y de improviso porque está ya prevenido y escarmentado y no le faltan armas ni servidumbre para su custodia. La empresa es ardua, pero si en ella obtiene Ud. éxito, su suerte está hecha.

—Procuraré corresponder a la confianza que en mí se deposita.

—Hay dos mujeres y dos niños en la casa.

—¿Y también es preciso despacharlos?

—Ud. verá. Según el caso.

—¿Y cuándo?

—Cuánto antes mejor.

—Pues, no hay más que hablar. Con una o dos noches que me tome para preparar mi plan tengo bastante.

—Bien, dijo Mc-Genty estrechándole la mano. Con esto será Ud. el ídolo de los nuestros.

Mc. Murdo pensó detenidamente en la nueva tarea que se le había encomendado. La casa de Chester Wilcox estaba en lugar solitario como a cinco millas, en la garganta de un valle.

Aquella noche la pasó en reconocimiento del terreno y era ya de día cuando regresó a su mansión. Al siguiente día se puso de acuerdo con dos de sus camaradas y aquella misma noche, los tres armados hasta los dientes y con un saco de pólvora a cuestas, se dirigieron hacia la casa del sentenciado. Ya en sus inmediaciones avanzaron en silencio y cautelosamente hasta las paredes mismas de la casa. Ni un ruido, ni un movimiento allá dentro. Sin duda dormían todos, ajenos al peligro que los amenazaba. Mc-Murdo se acercó a la puerta de entrada, se cercioró de que todo estaba tranquilo adentro, apoyó el saco de pólvora contra la puerta, hizo con el cuchillo un agujero en el saco, aplicó una larga mecha y mientras ésta se consumía, huyeron a todo correr los asesinos, quedándose a respetuosa distancia para esperar el estallido. A poco la pólvora reventó; volaron las paredes del edificio hechas polvo por los aires y tranquilos y satisfechos se fueron los malhechores a dar cuenta a la logia de su cometido.

Pero por esta vez no quiso el destino que se realizara la criminal venganza de los scowrers. Chestes Wilcox, sabedor de que su vida estaba sentenciada y temeroso por los crímenes cometidos en aquellos días, había abandonado secretamente, y precisamente el día antes del atentado, su casa desierta y refugiándose en lugar más seguro, bajo la custodia de la policía.

Sé que este detective no es cualquiera.

—No importa, decía Mc-Murdo. Dejádmelo por mi cuenta. Ese es hombre mío, y antes de un año yo respondo que está liquidado.

Toda la logia acordó a Mc-Murdo un voto de agradecimiento y confianza y cuando po-

cas semanas después se supo que Wilcox había sido asesinado, era un secreto a voces que aquello era obra de Mc-Murdo.

Tales eran los procedimientos empleados por la asociación de Hombres Libres conocidos con el nombre de merodeadores o scowrers. Los crímenes se sucedían en interminable serie y el terror imperaba en toda la región. Hoy eran dos policías, muertos a balazos en el momento que trataban de aprehender a algunos miembros de la logia; otro día era el asesinato de una pobre mujer, por ocultar al esposo, mandado castigar por el gran maestre; otro la destrucción de toda una familia, la mutilación de James Musdoch, y mil hechos más que pueden históricamente comprobarse por la prensa de aquel tiempo. Las sombras del terror cada vez más densas y más negras se cernían sobre el desgraciado valle de Vermisa.

¡Duraría mucho aquella horrible situación?

¡Hasta cuándo había que esperar un rayo de justicia y de esperanza que rasgase aquellos espesos nubarrones?

CAPITULO VI

Peligro

El terror estaba en todo su apogeo. Mc-Murdo había adquirido ya una preponderancia enorme y se le vindicaba como futuro sucesor de Mc-Ginty. Pero los ciudadanos de Vermisa parece que se decidían ya a unir sus fuerzas para poner coto a la maléfica influencia de los scowrers. En la imprenta del "Heraldo" decíase que todos los operarios y empleados iban armados y que se habían construído en el edificio puertas secretas para un caso dado. Los merodeadores, sin embargo, no se inquietaban mucho por este despertar.

La noche de un sábado en los momentos en que Mc-Murdo iba a salir de su casa para asistir a la sesión general de la logia presentósele el hermano Morris, con el semblante afligido.

—¡Puedo hablar con Ud., Mc-Murdo?

—¡Cómo no!

—Tengo algo horrible que comunicarle.

—¡Y qué es ello?

—Estamos perdidos. Sé que a estas horas hay en nuestra pista un detective.

—¡Habrá tantos! ¡Y qué tiene eso de nuevo?

—Sé que este detective no es cualquiera. Es, según tengo entendido, el más hábil de Pinkerton y en este caso no hay duda; estamos perdidos.

—No será tanto. ¡Y cómo ha sabido Ud. eso?

—Un amigo me lo escribe desde Filadelfia con el debido sigilo. Vea Ud. su carta.

Mc-Murdo leyó:

—Sí que es grave el caso. Bueno, pues se le mata y punto concluído.

—¡Por Dios! Basta de crímenes. Basta de sangre. ¡No habría otro medio?

—Difícil en un caso tan crítico. ¡No sabrá nadie más este asunto? ¡Ha hablado Ud. de esto con alguien, o habrá su amigo comunicado esto mismo a algún otro de aquí? Lo digo porque en este caso quizás pudiéramos tener alguna noticia, alguna descripción de nuestro hombre, ese famoso Birdy Edwards, como dice su amigo que se llama.

—Yo a nadie he hablado de esto más que a Ud. Difícilto que haya aquí en Vermisa quién sepa nada tampoco.

—Qué hacer, dijo Mc-Murdo pensativo. De pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó: ¡Calla! Ya tengo a mi hombre. No me cabe duda. ¡Cómo no se me ha ocurrido antes? Oiga, Morris, ¿quiere Ud. dejarme esta carta para que yo haga uso de ella?

—Con tal que me desligue Ud. de cuanto venga...

—Desde luego. Haré cuenta que la carta se me ha escrito a mí. Ni siquiera pronunciaré su nombre.

—Tengo en Ud. absoluta confianza. Defendamos. Pero no más asesinatos.

—La propia defensa no es asesinato, Morris. Deje Ud. las cosas por mi cuenta.

Aunque Mc-Murdo aparecía tranquilo, la cosa no había dejado de preocuparle seriamente, porque en el momento de quedarse solo, bien fuese por los rasgos de su conciencia, bien por la forma del detective de Pinkerton, bien por el conocimiento del peligro, ello fué que antes de ir a la logia entregóse a un acto de depuración en su cuarto. Registró todo minuciosamente, rompió y echó al fuego cuanto papel creyó que pudiera comprometerle y salió.

Antes de llegar a la Unión House pasó por la casa de su amada. Ettie debió leer algo en la cara de él, porque al salirle al encuentro, exclamó:

—¿Qué te pasa, Jack? ¿Qué es lo que tienes?

—Nada, no te asustes. Sólo que pienso que es preciso huir antes de que las cosas se empeoren.

—¡Huir?

—Ya te dije un día que nos iríamos. Creo que ese día ha llegado. Corren malos vientos y espero una tremenda.

—¡La policía acaso?

—Ahórrame explicaciones, querida mía. Tú no estás al cabo de estas cosas. ¡Tienes confianza en mí?

Ella por única contestación le tendió su mano.

—Bien; entonces escucha. Estate lista para el momento oportuno. Y en cuanto yo te avise, te diriges a la estación y allí me esperas.

—Día o noche iré en cuanto tú ordenes.

—Gracias, mi vida. Dios premie tu confianza.

Yo sería un monstruo si abusase de ella. Nada temas. En el punto a donde iremos conozco una señora respetable que me estima, y en su casa estarás hasta que se haya verificado nuestro enlace.

Después de esto Mc-Murdo se encaminó a la logia. Esta estaba en sesión. Dando las señas y contraseñas requeridas pasó a través de los vigilantes y llegó al salón de sesiones. Un rumor de bienvenida lo acogió. El salón estaba repleto.

—Se os echaba de menos, hermano Mc-Murdo. Hay un asunto para el que se precisa el juicio de nuestro Salomón.

Mc-Murdo se colocó en su puesto, y de pie, alzó la mano y dijo con tono grave dirigiéndose al gran maestre:

—Respetable maestre, reclamo urgencia.

—El hermano Mc-Murdo pide urgencia, dijo Mc-Ginty, y según las reglas de la logia, debe de tratarse un asunto antes que nada. Hable Ud. hermano Mc-Murdo, que ya escuchamos.

—Respetable maestre y hermanos, dijo Mc-Murdo, sacando de us bolsillo una carta. Soy portador de malas nuevas, pero es preferible esto a que se nos coja desprevenidos, y se nos confunda. He sabido que las más poderosas y ricas compañías del país se han unido en nuestra contra y han contratado los servicios del más hábil detective de Pinkerton, un tal Birdy Edwards, que debe estar actualmente en el valle recogiendo datos para ponernos la soga al cuello y hacer de cada uno de nosotros un precioso monte de la Calular. He aquí el asunto que os comunico y para el he reclamado urgencia.

Siguióse un profundo silencio, que rompió por fin la voz del gran maestre.

—¿Y qué evidencia tiene Ud. de lo que le afirman?

.. Se abren con estrépito las ventanas, y asoman por cada una las bocas de los fusiles de la policía.

—Esta carta. Y leyó un párrafo de ella He dado mi palabra de honor de no poneros al corriente de más detalles, ni dejar la carta en vuestro poder; os garantizo, sin embargo, que nada más hay en ella que pueda interesar a la logia.

—Yo sé, dijo un anciano, que ese tal Birdy Edwards es el mejor busca de Pinkerton.

—¿No hay quien le conozca de vista? preguntó Mc-Ginty.

—Sí, dijo Mc-Murdo, yo le conozco.

Corrió entre todos un murmullo de estupefacción.

—Yo le conozco, añadió, y creo que fácilmente le daremos caza si obramos con ligereza y maña.

—Bueno, pero, ¿y qué podemos temer de él? ¿Qué secretos de la logia va a saber?

—Si todos fueran tan seguros como Ud. nada habría que temer. ¿Pero cree Ud. que les será difícil a un hombre que dispondrá del oro a manos llenas comprar a alguno de los nuestros, si es que no lo ha comprado ya? Para conjurar el peligro no hay más que un remedio.

—Quitarle del medio, exclamó Baldwin.

—Ni más ni menos, asistió Mc-Murdo.

—¿Y dónde está? ¿Cómo conocerle?

—Respetable maestre. Es un negocio este de suma importancia y no debe tratarse en sesión pública, porque una sola palabra que llegase a oídos de nuestro hombre sería nuestra ruina. Yo propondría una comisión secreta compuesta de Ud., señor presidente, del hermano Ted Baldwin y cinco más. Así yo podría hablar libremente y acordaríamos lo necesario.

Aceptóse la proposición. Organizóse la comisión secreta ipso facto, tomándola el presidente Mc-Ginty, Ted Baldwin, Carter el tesorero, el secretario Hanoway, Tiger Cormac el brutal asesino, y los dos hermanos Willaby, que ante nada retrocedían ni nada temían.

Y comenzó el consejo.

Mc-Murdo expuso que el tal detective era individuo residente en Hubson y Patech, que decía llamarse Steve Wilson y ser de la prensa. Se había encontrado con él varias veces en el telégrafo y le había hablado con interés de los scowrers, cuya asociación mostraba afán de conocer en su carácter de periodista para informar a su diario. Este interés por los scowrersr, el hecho de acudir todos los días al telégrafo, haberle visto una vez en tirada conversación con el capitán Marvin, y residir en Hubson Patech donde no había prensa, la habían dado la seguridad de que él y no otro era el detective de Pinkerton.

Todos estuvieron conformes. Entonces se propuso un plan; como no se sabía la casa donde el pseudo periodista residía, Mc-Murdo se vería con él, el encontradizo, a la mañana siguiente camino del telégrafo, hablaría con él, le confesaría que él también era un scowrer y le ofrecería en venta los secretos y papeles de la asociación. Se entraría con mucho sigilo a su casa, que reunía las especiales condiciones de estar retirada, y una vez allí, ya en la ratonera, darían de él buena cuenta.

El diabólico plan de Mc-Murdo fué en todas sus partes aprobado, se previeron hasta los más mínimos detalles. Mc-Murdo esperaría y recibiría al encubierto detective en su cuarto; en el cuarto contiguo, ocultos y debidamente preparados esperarían Mc-Genty y demás miembros de la comisión y llegado el momento oportuno, a una señal de Mc. Murdo, se precipitarían en la estancia inmediata y el cazador quedaría cazado.

En la trampa

Todo salió a pedir de boca. Mc-Murdo estuvo en la mañana en el telégrafo a la hora que el detective solía ir. Precisamente éste pareció tener aquel día mayor interés que nunca en hablar con Mc-Murdo. Y hablaron largamente. Mc-Murdo fué a dar después cuenta del buen éxito con que comenzaba su cometido. El detective le había dado una bolsa de oro anticipadamente y se la daría mucho mayor al día siguiente por los papeles prometidos.

—¿Y qué papeles? pregunto Mc-Ginty.

—Ninguno, respondió Mc-Murdo. Es que yo le he dicho que poseo documentos secretos de la logia, los estatutos de la sociedad, copias de algunas de sus sesiones y varias cartas de importancia. Y aquí está mi plan. Es preciso no sólo que le matemos, sino que sepamos hasta qué punto ha sido ese detective feliz en sus pesquisas y qué es lo que ha podido averiguar de nosotros. Para esto hay que apoderarse de él vivo. Yo cuando le reciba le hago ver que voy por los papeles, entro en el cuarto donde ustedes se ocultan, (esta será la señal para que ustedes estén prevenidos) saco un royo de papeles cualquiera y en el preciso momento que él fija su atención en alguno para examinarlo yo me echo encima de él de un salto y le quito su revólver; él es fuerte, pero yo también lo soy, y como ustedes han de acudir en seguida yo respondo de que por unos momentos he de ser capaz de sujetarlo. Luego se le amarra y ya es nuestro. Se le hace confesar.

—¡Magnífico! ¡Soberbio! aplaudió el grupo de la comisión.

—La cita con el policía es a las diez. A las nueve, pues, conviene, si a ustedes les parece, que estemos todos reunidos.

Y así quedó convenido.

Cuando Mc-Murdo regresó a su casa, se dedicó a hacer los preparativos, para cazar al detective. Examinó y limpió cuidadosamente su revólver Smith y Wesson. Después examinó el cuarto en que había de hacerse la caza. Era una gran pieza. Al centro una gran mesa de comedor; al fondo la chimenea y a ambos lados de ésta dos ventanas sin postigos, provistas sólo de ligeras cortinas para aminorar la intensidad de la luz. Mc-Murdo pensó que aquel detalle no era muy a propósito para el negocio que iba a realizarse, pero como la casa estaba retirada de la población y a espaldas del camino, no dió al hecho gran importancia. Después pensó en Scanlan. Aunque scowrer era hombre pacífico, que se horrorizaba con la sangre; en consecuencia, le aconsejó que pasase el día fuera, a lo que Scanlan accedió gustoso.

Llegó la hora convenida. Uno a uno fueron llegando a casa de Mc-Murdo, el gran maes-

tre, Ted Baldwin, el tesorero Carter, el secretario Hanaway, los dos hermanos Willaby y el sanguinario Tiger Carnac.

Mc-Murdo obsequió a sus camaradas con una botella de whisky y cuando cada cual tuvo su copa y copa esperaron.

Tres golpes discretos con los nudillos de la mano sonaron en la puerta de afuera.

Mc-Murdo impuso silencio llevándose un dedo a los labios. Salió cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí.

Los de la logia quedaron en nerviosa expectación. Sintieron abrir la puerta de la calle, oyeron una voz extraña que conversaba con Mc. Murdo; después la puerta de la calle se cerraba y en la pieza contigua hablaban sigilosamente.

Ya estaba el ratón en la trampa. Esperaron unos momentos que se les hicieron siglos. En seguida Mc. Murdo entró a donde estaban sus colegas. Dirigió a un extremo de la mesa. Un cambio radical se había apoderado en él. Aparecía con semblante fiero; sus ojos despedían chispas através de los lentes. Era una verdadera fiereza, y fijaba su mirada aterradora de uno a otro.

Todos le miraban asombrados.

—¿Qué hay? dijo por fin Mc. Genty. ¿Está hí? ¿Vino Birv Edwards?

Aquí está Birdy Edwards. Birdy Edwards soy yo.

Durante diez segundos, los hombres atónitos no acertaron a responder. El silencio fué de muerte. De pronto se abren con estrépito las ventanas, caen las cortinas y asoman por cada una las bocas de los fusiles de la policía con el capitán Marvin a la cabeza. Consternados por el súbito golpe, miran todos a Mc. Murdo, que, revólver en mano, daba orden de desarmarlos a todos.

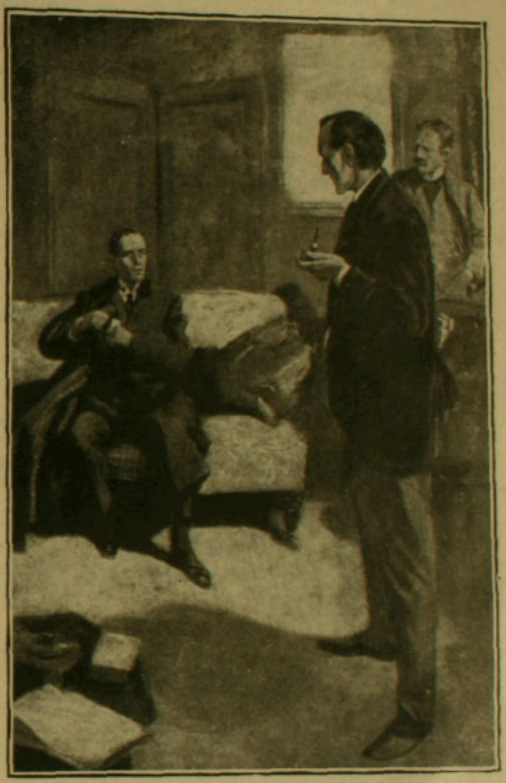
—Es inútil la resistencia, dijo. Cuarenta policías armados rodean la casa. Al primero que haga un movimiento lo abrazo. Capitán, regístrelos y desármelos.—No hay duda. Estaban cogidos. Bramaban de coraje y el gran maestre se dejó caer en su silla lanzando un terrible juramento.

Ahora, antes de que vayan ustedes conducidos a la cárcel, de donde dudo que hayan nunca de salir, quiero decir a ustedes una palabra:

—Ya saben ustedes quién soy. Al fin puedo jugar a juego descubierto. Yo soy Birdy Edwards, de la policía de Pinkerton. Me propuse desbaratar una banda y lo he conseguido. Ruda era la partida, pero he vencido.

Yo creía que cuantos horrores se contaban de vosotros eran pura invención de la prensa. Sabía que pertenecíais a la asociación de Hombres Libres y me hice hombre libre en Chicago. Mayor fué entonces mi convencimiento de que cuanto se decía eran infundias. La sociedad de hombres libres en Chicago era inofensiva, era hasta benéfica.

Resuelto a averiguar la verdad de todo,



Presentóse un día Cecil Backer en casa de Mr. Holmes, portador de malas nuevas

vine aquí. Me hice de los vuestros. Para mayor confianza vuestra fingí aquello de un asesinato en Chicago, y lo de la falsificación de moneda. Todo era falso. Nunca he matado a nadie y las monedas que os dí eran tan buenas y legítimas como las que más.

Dentro de vuestra sociedad tuve que tomar parte en vuestros crímenes. Pero yo los evité siempre que pude. Cuando el asalto al director del "Heraldo" no tuve tiempo de prevenir mi aviso a Mr. Stanger, pero Ud. recordará Baldwin que yo le impedí que se ensañase y se llevase su crimen adelante.

No pude evitar el asesinato de Dum y Menzias porque ignoraba en absoluto de lo que se trataba. Cuando el atentado de Cherter Wilcox, fuí yo quien le avisé para que dejase la casa y se frustrase el crimen. Y en mil ocasiones más no me han faltado medios para prevenir a las víctimas amenazadas y librarles de vuestra criminal venganza.

—Traidor, miserable, escupió Mc-Ginty.

—Sí, para Ud. soy traidor, sé que para todo el mundo seré un libertador. Sois gente desalmada y sin conciencia, que vivís fuera de toda ley y habéis sembrado el terror y la muerte por toda la comarca. Yo he exterminado vuestro poder y he extinguido en vosotros la mayor plaga social que ha existido. He sido más listo que vosotros. He vencido. Capitán, conducid a estos miserables y al que intentase lo más mínimo, matadlo como a un perro.

. . . . . .

El tribunal que juzgó a aquella banda fué inexorable. No valieron influjos, ni dádivas, ni dinero. Los jefes de la banda fueron todos condenados a la horca; y cincuenta miembros de la sociedad castigados con diversas grandes pènas en cárceles y presidios.

Mc-Murdo, el que ellos habían conocido con el nombre de Mc. Murdo, o sea Birdy Edwards huyó para siempre de aquella maldita región con su adorada Ettie, y a los diez días de celebrado su matrimonio con ella en Chicago, siendo testigo de la boda el viejo Jacob Shafter.

Pero la felicidad no pudo ser duradera. Ted Baldwin logró escaparse de la cárcel y él con algunos otros scowrers que escaparon a la acción de la justicia fueron la eterna sombra de su delator.

De Chicago tuvo que huir Birdy Edwards a California, pues dos veces, sobre su pista los perseguidores, intentaron asesinarlo.

En California volvió a ser descubierto y dos veces salvó su vida por milagro. Huyó entonces a un distrito minero bajo el nombre de Douglas, y allí trabajó con éxito haciendo una considerable fortuna, hasta que avisado secretamente de haber sido de nuevo descubierto, viudo ya de su esposa Ettie, fallecida en California, se refugió en Inglaterra, donde casó, fijando su residencia en el condado de Suwex, punto en el que termina esta interesante historia.

Epílogo

El tribunal que conoció en la causa de Jon Douglas por el crimen Manor House o el Palacio Señorial, absolvió a este libremente por obrar en legítima defensa.

—Váyase de Inglaterra, le dijo Holmes, pues prevea Ud. graves peligros.

Dos meses después presentóse un día Cecil Backer en casa de Mr. Holmes portador de malas nuevas. La señora Douglas había desaparecido sin saberse cómo ni cuándo. Los scowrers, mejor dicho, la banda de Moriarty habían sin duda realizado su venganza.

Holmes aseguraba que en aquel suceso sólo había intervenido la banda de Mariarty.

Indudablemente, se trataba de un crimen.

—¿Pero estos bandidos, no habrá quién pueda aniquilarlos? preguntó el doctor Watson.

—Calma, calma, aconsejó Mr. Holmes. También a estos les llegará su día. Pero todavía es pronto. Esperemos aún.

FIN